



Universidad de Alicante

Guido Rodríguez Alcalá en el contexto de la narrativa histórica paraguaya

M. Mar Langa Pizarro

Tesis de Doctorado

Facultad: Filosofía y Letras

Director: Dr. José Carlos Rovira Soler

2001

UNIVERSIDAD DE ALICANTE

GUIDO RODRÍGUEZ ALCALÁ
EN EL CONTEXTO DE LA
NARRATIVA HISTÓRICA PARAGUAYA

TESIS DOCTORAL

M. MAR LANGA PIZARRO

Alicante, 2001

DIRIGIDA POR: JOSÉ CARLOS ROVIRA SOLER

INTRODUCCIÓN	6
LA HISTORIA IMPOSIBLE	8
I.- El Paraguay colonial	11
1.- La Provincia Gigante de las Indias	13
2.- Las misiones jesuíticas	17
3.- Problemas y enfrentamientos	19
II. - Las dictaduras del siglo XIX	24
1.- El doctor Francia	26
2.- Carlos Antonio López	32
3.- El mariscal López	38
III. - La era liberal	47
1.- La inmediata posguerra (1870-1880)	48
2.- Los viejos generales (1880-1904)	52
3.- Los gobiernos liberales (1904-1936)	55
IV. - La vuelta a las dictaduras	61
1.- De 1936 a 1954	61
2.- Stroessner: 1954-1989	66
V. - La larga transición democrática	79
1.- Andrés Rodríguez	80
2.- Juan Carlos Wasmosy	83
3.- Raúl Cubas	85
4.- Luis González Macchi	89
LOS MITOS HISTÓRICOS	93
I.- El nacimiento del revisionismo paraguayo	97
1.- La generación del 900	97
2.- La labor de O'Leary	102
3.- El revisionismo durante la Guerra del Chaco	105
II.- La evolución del revisionismo en Paraguay	108
1.- El revisionismo de 1936 a 1954	108
2.- La labor de Stroessner	110
3.- La pervivencia en la etapa democrática	115
DE LOS ORÍGENES A LA NUEVA NOVELA HISTÓRICA PARAGUAYA	118
I. - La narrativa paraguaya hasta los años ochenta del siglo XX	121
1.- Hacia la novela: la literatura colonial y decimonónica	121
2.- Los comienzos de la ficción	135
3.- La renovación narrativa	151
II. - Del retraso secular a la esperanza	165
1.- Algunos factores del retraso	166
2.- El despertar de los años ochenta y noventa	179
3.- Las cuestiones pendientes	193
III. - La nueva narrativa histórica paraguaya	196
1.- Hacia una definición del género	197
2.- La novela histórica de los años ochenta	199
3.- Autores paraguayos representativos	204

LAS NOVELAS HISTÓRICAS DE GUIDO RODRÍGUEZ ALCALÁ	211
I. El autor y su obra	213
II. <i>Caballero</i>	223
1. Intención y recepción	223
2. La utilización de las fuentes	228
3. Las voces del relato	231
4. La desmitificación	240
4.1. Los héroes que dejan de serlo	240
4.2. La desmitificación de la guerra de la Triple Alianza	248
5. Juegos de verdad y ficción	257
5.1. Mentiras que parecen verdades	257
5.2. La manipulación temporal	260
5.3. La selección de los hechos: contra la tesis revisionista	267
5.4. El relato de la guerra al servicio del personaje	286
III. <i>Caballero rey</i>	289
1. Intención y recepción	289
2. Las fuentes	292
3. Las voces del relato	297
4. La desmitificación	299
4.1. La crítica al revisionismo	299
4.2. La desmitificación del pasado	306
4.3. Una nueva visión de Caballero	314
4.4. La crítica política	330
5. Juegos de verdad y ficción	342
5.1. Mentiras verosímiles y verdades sospechosas	343
5.2. Anacronías intencionadas	355
5.3. La selección de los hechos: una política picaresca	357
5.4. La política al servicio de los políticos	371
CONSIDERACIONES FINALES	407
BIBLIOGRAFÍA	414

AGRADECIMIENTOS

Al **Instituto de Cultura Juan Gil Albert**, por las dos becas para la realización de esta Tesis Doctoral (1998-2000).

Al **ICI**, por las dos becas Intercampus (1994 y 1995), gracias a las cuales pude conocer Paraguay y a los paraguayos.

A **José Carlos ROVIRA**, por la dirección de este trabajo, y por permitir que me haya valido de tus conocimientos, tu experiencia y tu biblioteca.

A **José Vicente PEIRÓ BARCO**, por prestarme tu tesis y tus fondos bibliográficos; y por tu generosa amistad.

A **Guido RODRÍGUEZ ALCALÁ**, por el aliento continuo; y por la información y los contactos que me has facilitado.

A **Claude CASTRO, Francisco DORATIOTO, Teresa MÉNDEZ-FAITH, Dolores MOYANO, Betsy PARTIKA y Sonja STECKBAUER** por los consejos, los datos y la disponibilidad.

A **la Embajada de Paraguay** en España, especialmente a su ex delegado cultural, **Alcibiades GONZÁLEZ DELVALLE**, por poner a mi disposición los fondos de su Biblioteca.

A **Gerónimo ANGULO** y a **Aníbal BENÍTEZ**, por autorizarme a acceder a las Bibliotecas del Club Centenario y del Instituto Paraguayo-Japonés, respectivamente.

A **Hugo DUARTE RODI**, por permitirme usar tu biblioteca privada y tu sabiduría.

Por vuestra generosidad, a los **escritores paraguayos** Feliciano ACOSTA, José Eduardo ALCÁZAR, Margot AYALA, Jorge CANESE, Carlos COLOMBINO, Susy DELGADO, Renée FERRER, Luis FERRER, Osvaldo GONZÁLEZ REAL, Lourdes ESPÍNOLA, Luis HERNÁEZ, Alejandro HERRNDORF, Luisa MORENO, Dirma PARDO, Francisco PÉREZ-MARICEVICH, Margarita PRIETO, Yula RIQUELME, Augusto ROA BASTOS, Hugo RODRÍGUEZ ALCALÁ, Raquel SAGUIER y Helio VERA.

A **Pupi y Jonni DUARTE RODI**, porque me acogisteis en vuestra casa (1994, 1995 y 1998) y en vuestras vidas, y os habéis mantenido presentes en la distancia.

A **Gabriela DUARTE RODI**, por el altruismo con el que me brindas tu tiempo y tu cariño; y por descubrirme buena parte de Paraguay, y ayudarme a verlo con otros ojos.

A **Hugo y Mabel DUARTE MANZONI**, por regalarme libros, poemas, veladas y reflexiones, antes y durante la realización de esta tesis.

A Fabiana, Fabián, Paula, Techí, y a cuantos contribuyeron a que mis estancias en Paraguay se convirtieran en un recuerdo imborrable.

A **César CUEVAS, Andrea CUEVAS, Ana LANGA, Maribel PIZARRO y Aurelio LANGA**, por estar siempre cuando os necesité, dispuestos a ofrecerme cariño y apoyo.

A todos vosotros, gracias. Sin vuestra ayuda, este trabajo hubiera sido imposible.



INTRODUCCIÓN

Los estudios diacrónicos sobre literatura paraguaya señalan que las circunstancias políticas y sociales del país no favorecieron el desarrollo de un corpus narrativo; que las tendencias literarias llegaron con retraso a Paraguay¹; y que, hasta la segunda mitad del siglo XX, no existió una prosa de calidad. Aun ahora, la narrativa paraguaya sigue siendo una de las más desconocidas de su continente: las investigaciones todavía resultan escasas, y pocos autores consiguen publicar en el exterior.

Aparte de Roa, casi ningún escritor de narrativa paraguaya es conocido afuera. Por allí alguien ha leído algo de Casaccia, o de Rivarola Matto, casi por accidente. Claro, está el dato de que Guido Rodríguez Alcalá o Raquel Saguier han publicado afuera. Pero son gotas en el mar. Para la inmensidad de los lectores del resto del mundo, la imagen del Paraguay literario no existe. Fuera de Roa, no tenemos nada que nos represente en literatura².

Esta situación podría llevarnos a pensar que tenía razón Augusto Roa Bastos cuando, durante una entrevista mantenida en su domicilio de Asunción el 4 de junio de 1998, declaró: “la narrativa paraguaya no existe: esto sigue siendo un páramo [...] un desierto cultural”. Sin embargo, el objeto de este trabajo es demostrar que, desde la década de 1980, las letras del país han dado claras muestras de un despertar. No sólo ha aumentado considerablemente el número de obras publicadas³, sino que han aparecido novelas y colecciones de cuentos de calidad, y se han diversificado las tendencias narrativas. Como se señala en el folleto para la Feria del Libro de Frankfurt de 1993, elaborado por la Cámara Paraguaya de Editores y Libreros Asociados,

Antes de la década de 1970, los sellos editoriales eran casi inexistentes en Paraguay [...]. A mediados de los 70, surge una editorial -Narrativa Paraguaya (NAPA)- que, en un arranque quijotesco, comienza a editar obras de autores paraguayos [...]. Para sorpresa de todos, el público respondió positivamente [...]. Durante los años 80 la producción de libros fue en aumento [...]. Tras el golpe contra Stroessner [...] se dio una eclosión de publicaciones nunca antes registrada [...]. Ahora [...] se mantiene un ritmo regular de publicaciones y hay un público que crece, en número y en expectativas⁴.

¹A pesar de esta afirmación general, hemos de señalar que, dada la escasez de estudios y documentos, y el mal estado de las bibliotecas y los archivos del país, bien pudiera suceder que hubiera obras importantes todavía no encontradas o no analizadas.

²Andrés Colmán Gutiérrez, “¿A dónde va la literatura paraguaya?”, *Mundo del Libro*, año I, nº 1, abril de 1995, p. 2.

³José Vicente Peiró, en el anexo a su tesis doctoral (generosamente cedida por el autor), ofrece un listado de las obras publicadas en Paraguay desde el siglo XVII hasta nuestros días. Si consideramos exclusivamente la cantidad, se observa un notable aumento a partir de 1980 (especialmente, desde 1984). Atendiendo a la calidad, hay que decir que, entre 1986 y 1987, se publicaron tres excelentes novelas (obras de Guido Rodríguez Alcalá, Raquel Saguier y Juan Manuel Marcos).

⁴*Paraguay, libros - revistas - periódicos*, Cámara Paraguaya de Editores y Libreros Asociados (Imprenta salesiana), 1993. En el mismo folleto, se especifica que hay en Paraguay treinta sellos editoriales e igual número de (continúa...)

Este auge de la narrativa paraguaya ha coincidido con el éxito de la novela histórica en todo el mundo; y con el desarrollo de lo que, desde la publicación del estudio de Seymour Menton, *La nueva novela histórica de la América Latina 1979-1992*, se conoce como “la nueva narrativa histórica hispanoamericana”. Consideramos que, analizando las manifestaciones de este subgénero en Paraguay, conseguiremos demostrar que, quizá por primera vez en su historia literaria, el país está siguiendo con claridad las tendencias universales. Y, como la “nueva novela histórica” cuestiona las “verdades” de la historiografía oficial, la aparición de este subgénero en Paraguay tiene (además de la lectura propiamente literaria) una lectura social y política: a causa del llamado “revisiónismo histórico”, la historia paraguaya ha sido sistemáticamente manipulada y tergiversada, con el objeto de servir de justificación a los diversos gobiernos dictatoriales. Por medio de la narrativa histórica de las últimas décadas, los autores paraguayos han investigado los sucesos de la historia, los han narrado en sus obras de ficción, y han cuestionado así la verdad establecida.

Para comprender la importancia de estos dos fenómenos que se aúnan en el género que nos proponemos estudiar, dedicaremos la primera parte del trabajo a hacer un recorrido por la historia del país; la segunda, a analizar la creación de los mitos históricos que esta nueva narrativa se está encargando de destruir; la tercera, a revisar brevemente la literatura paraguaya desde la colonia, y a tratar de definir el género histórico que, a través del análisis de las novelas de Guido Rodríguez Alcalá, estudiaremos en la cuarta parte.

Con el objeto de reservar la nota a pie de página para ampliaciones o puntualizaciones, hemos desplazado al interior del texto el sistema de citas que identifica las referencias bibliográficas. Por tanto, excepto la primera vez que aparecen, dichas referencias se resumen en una palabra clave, que servirá al lector para reconstruir el título de los libros y los artículos a través de la bibliografía final.

⁴(...continuación)

librerías, y que el promedio anual de venta de libros es de cuatro millones y medio de dólares (de los que tres y medio fueron debidos a libros importados).

BIBLIOTECA VIRTUAL

MIGUEL DE
CELVANTES

LA HISTORIA IMPOSIBLE

BIBLIOTECA VIRTUAL
UNIVERSIDAD DE PARAGUAY

Soy un convencido de las relaciones “necesarias” entre la producción cultural y el estado de la sociedad en que ésta se manifiesta. Si existe una literatura en que dichas relaciones son patentes, ésta es la paraguaya, marcada por los avatares en que su historia ha sido pródiga.

Rubén Bareiro Saguier, “Prólogo” a Teresa Méndez-Faith, *Paraguay: novela y exilio*.

Se ha convertido en un tópico la afirmación de que literatura e historia surgieron y se desarrollaron tan unidas en Paraguay, que resulta difícil establecer los límites entre una y otra¹. Esta pérdida de límites se debe a la influencia del “revisiónismo histórico”, que Noé Jitrik define como una “teoría de lectura de documentos mal leídos o no leídos por ocultamiento interesado”². En un país como Paraguay, carente de “historiografía” propiamente dicha³, la versión revisionista de la historia se ha articulado sobre las bases de la política y de la literatura. Así, para entender el valor y las características de la actual novela histórica paraguaya, se hace indispensable repasar la historia paraguaya, su tratamiento en los textos, y los motivos políticos que impulsaron a la fusión de las dos disciplinas.

La propia fusión de historia y literatura dificulta la labor de establecimiento de “la verdad”, y convierte la historia paraguaya en una “historia imposible”. Aún más imposible si consideramos lo difícil que resulta acceder a los documentos: muchos desaparecieron fortuita o intencionadamente; y los que todavía existen se hallan dispersos y sin clasificar. La situación que reflejaba Félix de Azara, en el prólogo a su *Descripción general del Paraguay* (1790), apenas ha variado: “no he podido escribir cosa que valga de lo pasado [...] el Archivo de la capital [...] está en el mayor desorden”.

Por otra parte, la historia paraguaya es “imposible” en el sentido de “inconcebible”: en el siglo XX, sólo tres presidentes (Schaerer, Rodríguez y Wasmosy) completaron sus mandatos⁴. Esto supone que los golpes de estado, las revoluciones y la presión de las armas han jugado un papel fundamental en el devenir paraguayo. Tanto es así que la publicidad del

¹En realidad, sucedió lo mismo en toda América Latina, e incluso, en los comienzos de todas las literaturas. Por no extendernos en los ejemplos, recordemos que Seymour Menton (*La nueva novela histórica de la América Latina, 1979-1992*, México, F.C.E., 1993, p. 32), al comentar la frase de Hoffman “la historia es la obsesión de los novelistas haitianos”, concluye que esa afirmación “bien podría aplicarse a los novelistas de toda América Latina”. Creemos, no obstante que, en el caso de Paraguay, por la tardía aparición de la narrativa, y la importancia del “revisiónismo histórico”, la dificultad para establecer los citados límites es mayor.

²Noé Jitrik, *Historia e imaginación literaria. Las posibilidades de un género*, Buenos Aires, Biblos, 1995, p. 84.

³Como señala Castro (*Historia y ficción: “Caballero” de Guido Rodríguez Alcalá*, Asunción, Don Bosco, 1997), el estudio de Lewis Jones (*Paraguay. A bibliography*, New York-London, Garland Publishing In., 1979) “confirma la muy tardía emergencia de la historiografía paraguaya. Si consideramos el período que sigue a la independencia, podemos constatar que el número de obras sobre la historia (incluso las relativas al periodo colonial) editadas entre 1811 y 1880 es exiguo. Además, ese tipo de trabajo lo realizaron mayormente los extranjeros” (132). Castro añade: “en lo relativo a los acontecimientos de la guerra del Paraguay, estudios recientes demuestran un cambio en la manera de emprender la escritura de la historia. Podemos citar el libro de Milda Rivarola, *La polémica francesa sobre la Guerra Grande* (Asunción, Editorial Histórica, 1988); o el de Juan Carlos Herken Krauer y María Giménez de Herken, *Gran Bretaña y la guerra de la Triple Alianza* (Asunción, Arte Nuevo, 1983)” (141).

⁴Como veremos, los mandatos de muchos presidentes terminaron violentamente. Así lo hicieron los de los colorados Emilio Aceval, Juan Antonio Ecurra, Pedro Peña, Higinio Morínigo, Natalicio González, Raimundo Rolón, Felipe Molas López, Federico Chaves y Alfredo Stroessner; los de los liberales Juan Bautista Gaona, Benigno Ferreira, Manuel Gondra, Albino Jara, Liberato Rojas, Eusebio Ayala; y el del febrerista Rafael Franco.

ventilador anunciado en Buenos Aires hacia 1900 sostenía: “tiene más revoluciones que el Paraguay”.

Nuestro intento de entender la historia del país pasa por esbozar la época colonial, para centrarnos en el Paraguay independiente, dividiendo éste en los tres períodos ya clásicos: el dictatorial que surgió casi con la independencia (1811) y se prolongó hasta el fin de la guerra de la Triple Alianza (1870); el liberal (1870-1936); y el de las dictaduras que se desarrollaron a partir de 1940, y que concluyeron con el golpe de estado de 1989. En ese momento, comenzó una nueva etapa que hemos dado en llamar “la transición democrática”. Sin embargo, para que los conceptos ideológicos implícitos no llamen a engaños, comenzamos por advertir: “Paraguay [...] ha vivido de ideas europeas, adoptándolas e imitándolas como mejor podía. En un sentido estricto, puede decirse que no ha habido ni liberalismo, ni fascismo, ni marxismo ortodoxos en América Latina”¹.

I.- El Paraguay colonial

Vinieron. Ellos traían la *Biblia*, y nosotros teníamos las tierras. Y nos dijeron: cierren los ojos y recen. Y cuando abrimos los ojos, ellos tenían las tierras y nosotros teníamos la *Biblia*.
Pensamiento del arzobispo Desmond Tutu, reproducido por Eduardo Galeano.

En el siglo XVI, Paraguay estaba poblado por varios grupos de indígenas que habían llegado en sucesivas migraciones. Según los estudios de Branislava Susnik², “ya existían en el Paraguay los paleolíticos unos 6.000 años a. de C. y los neolíticos 3.000 años a. de C. y así los encontraron los españoles al llegar, con el mismo tipo cultural, sin ninguna evolución” (I, 15). Las diferencias entre ambas culturas pronto provocaron enfrentamientos que obligaron a los paleolíticos a desplazarse o a adoptar la lengua (*ava ñé'é*) de los nuevos pobladores. Para comprender el proceso de colonización en Paraguay, resulta fundamental que conozcamos algunas de las características de los pueblos neolíticos con los que establecieron contacto los “descubridores”.

Estos pueblos son, erróneamente, conocidos como “raza guaraní” (la llamada “raza guaraní”, en realidad, es el tipo racial amazónico, al que pertenecen también los caribes, los jíbaros, etc.). Los guaraníes “se hallaban distribuidos en diferentes parcialidades con asentamientos geográficos bien definidos [...] conocidos [...] como guára [...] el concepto de guára es un concepto sociopolítico que determina una región bien definida, delimitada

¹Guido Rodríguez Alcalá, *Ideología autoritaria*, Asunción, RP, 1987, p. 6. Con esta cita nos introducimos en un debate que excede el ámbito de este estudio. Queremos, sin embargo, señalar que existen al respecto ideas contrarias a la de este autor, igualmente sostenibles: hay toda una tradición de la expresión americana, desde José Martí hasta Carlos Rama. Sobre este punto, pueden consultarse, entre otros, los recientes trabajos de Luis Hachim Lara (*Tres estudios sobre el pensamiento crítico de la Ilustración Americana*, Murcia, Universidad de Alicante, 2000) y Nelson Osorio T. (*Las letras hispanoamericanas en el siglo XIX*, Murcia, Universidad de Alicante, 2000).

²Para los datos sobre los indígenas, a no ser que se indique lo contrario, estamos siguiendo el trabajo de Branislava Susnik, *El rol de los indígenas en la formación y en la vivencia del Paraguay*, Asunción, Instituto Paraguayo de Estudios Nacionales, 1982-1983 (dos tomos) que, en adelante, citaremos indicando sólo el tomo y el número de página.

generalmente por ríos” (I, 32). Cuando llegaron los españoles, existían catorce *guáras*¹. Unos acosados por diversas tribus de paleolíticos (como los payaguáes y los guaicurúes), otros cambiando de lugar en busca del *Candiré* (la tierra del metal y del bien, que ubicaban en el imperio incaico).

Dentro del *guára*, vivían en aldeas (*teko'á*), y practicaban la agricultura en tierras en las que, previamente, tenían que talar los árboles con sus hachas de piedra. Estas talas exigían un trabajo de grupo, que quedaba garantizado por la relación del *tovayá* (obligación de ayuda mutua entre todos los parientes políticos). La poligamia implicaba un mayor número de parientes para el desarrollo del *teko'á*, y favorecía el establecimiento de relaciones con otros grupos guaraníes. Pero estas relaciones no siempre eran cordiales: para aumentar el número de mujeres, los guaraníes recurrían a menudo a la “saca de mozas”.

Como explica Marilyn Godoy Zioga², en las aldeas, el trabajo estaba perfectamente dividido: “el hombre va a la caza, a la pesca y a la guerra, mientras que las mujeres se encargan de la huerta, de los frutos de la cosecha, del cuidado de los cultivos, y de la educación de los niños”.

¹Eran los siguientes:

- **Los cairos:** establecidos entre los ríos Manduvirá y Tebicuary, en una de las zonas que más tempranamente poblaron los españoles. Estaban acosados por los eyiguayeguis y por los payaguáes, que constantemente robaban sus cosechas, y secuestraban a los jóvenes para pedir rescates. Pronto fueron aglomerados en pueblos hispanocristianos (*táva*).
- **Los tobatinés:** asentados entre los ríos Manduvirá y Jejuí, en el camino que los españoles usarían para penetrar en el Chaco con el objeto de llegar a los Andes. Vivían en pequeñas aldeas dedicadas a la agricultura. Al igual que los cairos, fueron pronto introducidos en los *táva*.
- **Los guaramberenses:** ubicados entre los ríos Jejuí y Blanco. Una parte de los guarambarenses decidió acompañar a Alejo García en su viaje hacia los Andes. Más tarde, organizaron cinco revueltas contra los españoles. Aglomerados en un *táva*, sufrieron el acoso de los mbayá-guaicurúes, quienes acabaron ocupando la zona a partir de 1664.
- **Los itatines:** vivían entre el río Blanco y el actual río Miranda. Las características de la tierra que ocupaban los llevaron a practicar el pillaje en otros *guáras*, y a decidirse, también ellos, a acompañar a Alejo García (a quien asesinaron). Posteriormente, un grupo acompañó a Ñuflo de Chávez hasta Santa Cruz de la Sierra (donde se asentó). Los que habían permanecido en su *guára* hubieron de abandonarlo ante los ataques de los *bandeirantes*. Muchos de ellos participaron en la fundación de los pueblos de las misiones jesuitas.
- **Los mbarakayúenses:** establecidos en la zona del Paraná, entre las sierras Mbaralkayú y Amabay, rodeados por los paleolíticos kaingangues, con los que estaban en conflicto.
- **Los mondayenses:** entre los ríos Acaray y Monday. La primera noticia de su existencia data de 1630, cuando entraron en contacto con los jesuitas.
- **Los paranáes:** entre los ríos Tebicuarí y Paraná. Eran excelentes canoeros. En el siglo XVII, fueron misionizados por los jesuitas.
- **Los ygañáenses:** en la zona donde actualmente se ubica Capitán Meza. Eran canoeros y cultivadores, y estaban en contacto con los paranaes. También fueron misionizados.
- **Los yguazúenses:** en otro recodo del Paraná, rodeados de tribus paleolíticas.
- **Los uruguayenses:** en las riberas del río Uruguay, en el camino seguido por los conquistadores para ir de la costa Atlántica a Buenos Aires. Su *guára* era pequeño, ya que estaba rodeado de tribus paleolíticas. Fueron misionizados por los jesuitas.
- **Los tapes:** entre los ríos Ybycu'í y Yacuí, en la zona que interesaba a la gobernación de Buenos Aires para buscar una salida hacia la costa atlántica.
- **Los mbiazás:** cerca de la costa atlántica. Este *guára* sirvió para el aprovisionamiento para las expediciones.
- **Los guairáes:** entre el río Añemby y el Yguazú. Se fueron desplazando por el continuo acoso de los gualachos. Más tarde, se enfrentaron a las persecuciones de los *bandeirantes*. Al fin, doce mil de ellos acompañaron a Ruiz de Montoya a fundar Loreto.
- **Los chandules:** asentados en las islas de los ríos Paraná y Uruguay, en cuyas riberas se encontraban otras tribus. Fueron los primeros con los que entraron en contacto los españoles.

²Marilyn Godoy Ziogas, *Indias, vasallas y campesinas. La mujer rural paraguaya en las colectividades tribales, en la Colonia y en la República*, Asunción, Arte Nuevo, 1987, p. 28.

La magia y el mito son elementos fundamentales en la mentalidad guaraní. Y los representantes de los poderes mágicos eran los *karaíva* (señores de la palabra, que recorrían las diferentes parcialidades). Al entrar en contacto con los españoles, que llegaban con sus caballos y sus objetos metálicos, los guaraníes creyeron ver en ellos algo mágico, y les dieron el tratamiento de *karaí*.

El primer europeo que pisó tierra paraguaya fue el portugués Alejo García (náufrago de la armada de Juan Díaz de Solís), quien emprendió un viaje a pie (1521), desde la costa atlántica hasta las estribaciones de los Andes. Como la búsqueda de “El Dorado”, que motivó esa expedición, no era ajena a la búsqueda del *Candiré* (el país del metal) que existía entre algunos grupos de indígenas, García fue guiado por los guaraníes. Las noticias de ese viaje determinaron el cambio de rumbo de Sebastián Caboto (1527), pero éste no consiguió llegar mucho más allá de lo que hoy es Asunción.

Años más tarde, habiendo fracasado Pedro de Mendoza en su intento de establecer una población permanente en Buenos Aires, la expedición remontó el río durante tres meses hasta llegar al actual emplazamiento de la capital paraguaya. En 1537, Juan de Salazar fundó el fuerte Nuestra Señora Santa María de la Asunción, con el objeto de tener un asentamiento desde el que emprender la búsqueda de El Dorado. Ese mismo año, la Real Célula del doce de septiembre otorgó a los conquistadores del Río de la Plata el derecho de elegir gobernador en el caso de que el enviado por el rey muriera. Aunque se trataba de una autorización para el caso puntual de la muerte de Pedro de Mendoza, esa facultad se convirtió en una costumbre y, hasta 1735, no hubo un decreto que expresara la caducidad de tal Célula.

La fundación de esta ciudad fué, más por vía de cuñadazgo que de conquista, porque navegando los españoles por el río Paraguay arriba, que es muy caudaloso, los indios que estaban poblados en este puerto les preguntaron quienes eran [...] que no pasassen adelante porque les parecía buena gente, y así les darían sus hijas y serían parientes. Pareció bien este recaudo a los españoles. Quedáronse aquí, recibieron las hijas de los indios y cada español tenía buena cantidad; de donde se siguió que en breve tiempo tubieran tanta cantidad de hijos mestiços, que pudieron con poca ayuda de gente de fuera poblar todas las ciudades que agora tienen y también las de gobernación del río de la plata, que son otras cuatro¹.

Comenzaba así la creación de lo que Josefina Pla definió como “esa Provincia Gigante de la Indias, de dilatado litoral atlántico; luego Gobernación mediterránea; y finalmente nación recoleta”².

1.- La Provincia Gigante de las Indias

Establecido el fuerte de Asunción, los guaraníes se reunieron en sus inmediaciones, para pedir a los españoles que exterminaran a los payaguaes, esas tribus de canoeros y pescadores que poblaban el río Paraguay, y que hacían incursiones en el *guára* cairo para robar cosechas, y secuestrar a jóvenes guaraníes de ambos sexos. Para compensar esa ayuda, ofrecieron alimentos, noticias del *Candiré* (país del metal), y unos mil quinientos

¹Relación de diciembre de 1620, citada por Cardozo, *El Paraguay colonial: las raíces de la nacionalidad*, Asunción, El Lector, 1991, pp. 74-75. Se ha mantenido la ortografía original.

²Josefina Pla, *La cultura paraguaya y el libro*, Asunción, Biblioteca de Estudios Paraguayos, 1983, p. 6.

guerreros para la expedición que emprendió Ayolas. Parece que llegaron hasta Potosí, pero Ayolas fue asesinado por los payaguaes.

Como señala Susnik, “según el censo realizado por Irala [...] los españoles que llegan no son más de 400 y todos ellos hombres, sin ninguna mujer” (I, 69). Por eso, los guaraníes trataron de asimilarlos creando un pacto de ayuda mutua (*to vayá*) que, como siempre, basaron en la entrega de mujeres: a cambio del trabajo de los parientes de esas mujeres, los guaraníes esperaban recibir hachas de metal, cuya ventaja sobre sus hachas de piedra les resultó evidente para sus talas de árboles. La mezcla de sangres fue tan importante que, según los cálculos del padre Martín González, en 1575, había ya más de diez mil mestizos¹. Frente a lo sucedido en otros lugares de Iberoamérica, los mestizos se consideraron españoles, y a ellos se encomendó, en muchas ocasiones, la fundación de nuevas ciudades.

Sin embargo, ya a los dos años de cooperación, los guaraníes no se sentían tratados como *to vayá* (parientes), sino como *tapi'i* (seres inferiores). Eso les llevó a organizar un motín en 1539: con el pretexto de participar en la celebración del Corpus Christi, unos cien mil guaraníes de varias parcialidades llegaron a Asunción para matar a los españoles. Éstos, alertados por una indígena, usaron sus armas de fuego contra ellos, e hicieron sonar el clarinete, que, normalmente, servía de aviso de un ataque de los guaicurúes chaqueños. Los guaraníes trataron de huir, pero los caciques fueron apresados.

El mismo año en el que se dismanteló Buenos Aires (1541), Domingo Martínez de Irala² reunió en Asunción a los pobladores del Río de la Plata, constituyó el Cabildo, dio a la actual capital paraguaya el rango de ciudad, y fue elegido gobernador. Estos hechos sobrepasaban las facultades otorgadas por el rey, ya que los conquistadores sólo estaban autorizados a crear fortalezas carentes de gobierno. Para sustituir a Irala, y evitar que las ideas comuneras se propagaran, Carlos V envió al adelantado Alvar Núñez Cabeza de Vaca (1542), representante del poder centralista español.

Aunque las relaciones entre españoles y guaraníes apenas cambiaron, Cabeza de Vaca exigió que éstas se reglamentaran. Los guaraníes ofrecieron sus guerreros al nuevo adelantado para emprender otra expedición, reclamando castigo para los guaicurúes (los mbaya) que atacaban su *teko'á*. Cuando Cabeza de Vaca combatió a los mbaya, éstos huyeron. Pero comprendieron la importancia de la posesión de caballos, y se dedicaron a robarlos. A partir de entonces, fueron múltiples los enfrentamientos: cada vez que los españoles trataban de penetrar en el Chaco, los mbayas norteños se lo impedían con violencia, y robaban cuanto podían. La situación continuó hasta que, en 1678, el gobernador Francisco Ayala de Mendoza hizo con ellos un pacto de amistad, por el cual aceptaba tomar como esposa a la hija del cacique. Cuando los mbayas acudieron a la boda, fueron degollados. Quedaron, no obstante, los mbayas del sur. Las luchas contra ellos se prolongaron hasta más allá de la independencia. Llegaron a aliarse con los portugueses, y sufrieron la represión del doctor Francia.

Hemos de volver ahora al siglo XVII, cuando las diferencias entre la tendencia

¹Carta. Colección Copias del Archivo de Indias (Buenos Aires), 42.1339, citada por Cardozo, *Paraguay* 68.

²Domingo Martínez de Irala (Vergara, 1510 circa - Asunción, 1556) es uno de los personajes más atractivos de la historia paraguaya. En busca de la tierra del Plata, remontó el río Paraguay por mandato de Pedro de Mendoza. Exploró el Chaco, y creó el Cabildo de Asunción. Tuvo hijos reconocidos con siete mujeres. En 1544, cuando una revolución mandó a España a Cabeza de Vaca, Irala no participó en los hechos porque, teóricamente, estaba dormido. El valor de su testamento no alcanzaba lo que hubiera sido un mes del sueldo que correspondía cobrar de España, pero que nunca reclamó.

centralista y la comunera llevaron a una rebelión. Según un testigo de esta revolución, “se juntaron y conspiraron contra él y con mano armada con gran alboroto y escándalo a boz [sic] de ‘comunidad y libertad’ una noche [...] le fueron a prender” (recogido por Cardozo, *Paraguay* 151). Cabeza de Vaca fue derrotado (1544), y enviado a España como reo en la carabela “Comuneros”, con la acusación de haber pretendido ser rey de esas tierras. Por votación popular, se designó a Domingo de Irala para el cargo de adelantado. El rey, en lugar de apoyar a Cabeza de Vaca, le impuso una pena rigurosa, y confirmó a Irala en el cargo.

Con el acceso al poder de Irala, comenzaron las “rancheadas” (cada español podía tomar indígenas de las aldeas para usarlos como siervos o como mano de obra). Además, Irala exigió a los guarambarenses alimentos y guerreros para su expedición por el Chaco. Ante la negativa y la rebelión de esta parcialidad, Irala ordenó el ahorcamiento del cacique Aracaré. Otras parcialidades, obligadas por sus lazos políticos, se sublevaron, pero los españoles lograron sofocar la revuelta: Irala hizo las paces con los guaycurúes chaqueños, tomó cautivo a un cacique guaraní, y consiguió que éste lo llevara hasta el escondite de los amotinados. Así, Irala venció de nuevo, y las relaciones de los guaraníes empezaron a ser de abierta servidumbre. Para entonces, el sistema social guaraní se había debilitado: muchas mujeres preferían estar en las casonas españolas, y sus hijos ya no regresaban a las comunidades indígenas. Además, gran parte de los jóvenes guerreros que acompañaban a los españoles en sus expediciones se negaban después a integrarse en el *teko'á*.

En 1551, los oficiales reales presionaron a Irala para establecer el sistema de encomiendas por el cual el indígena servía al español, y éste tenía que educarlo y defenderlo¹. De ese modo, las veintisiete mil familias indígenas hubieron de asentarse en los *tavá* (“pueblos indios” creados en las cercanías de las casonas de los españoles). Mientras unos aceptaron esos cambios (dado el aliciente de la novedad, y el hecho de que suponían nuevas tierras), otros trataron de defender su sistema de vida tradicional. Se generaron así tensiones entre los propios indígenas y, más tarde, entre los miembros de los *tavá* y las

¹Como es sabido, había dos tipos de encomendados, generalmente conocidos como “mitayos” (con esta palabra, de origen quichua, se designaba a los indígenas varones que, entre los quince y los cincuenta años, se veían obligados a trabajar en las casonas durante un determinado tiempo cada año); y “yanaconas”: los indígenas sometidos durante las expediciones del Chaco, que eran usados como servicio doméstico, y carecían de los derechos de los mitayos (en el caso de las mujeres yanaconas “el señor tenía derecho de disponer de su cuerpo y mantener relaciones sexuales con ellas antes que sus maridos”, Gogoy Ziogas, *Indias* 71). Según el “Informe del gobernador del Paraguay Agustín Fernando de Pinedo a S. M. el rey de España” (1777), “las encomiendas de Indios que hay en esta Provincia se dividen en dos clases: unos llamados Originarios y otros Mitarios. Los [...] originarios no tienen agregación a pueblo alguno, ni tierras, bienes temporales, ni espirituales, que los que les quieren permitir o dar sus Encomenderos, y realmente son unos esclavos con título de encomendados, contra lo que V. M. tiene mandado [...]: asisten en las casas de los Encomenderos y regularmente en sus chacras, estancias y granjerías, [...] sin estipendio, utilidad ni otra cosa alguna, que la escasa comida y pobre vestuario que les dan sus amos y los más casi desnudos [...], y toleran la vejación, el dolor y aun a veces la causa de su muerte [...]. Los Indios nombrados Mitarios tienen residencia fija en sus pueblos, con curas que los asisten en lo espiritual y Administradores españoles, que cuidan de sus temporalidades suministrándoles todo necesariamente de los bienes de comunidad para su sustento y vestuario, y para lo civil y político tienen sus Cabildos y Justicias, que ellos entre sí nombran anualmente de este Gobierno. La diferencia que hay de los Originarios a los Mitarios es que los Originarios de uno y otro sexo, sin excepción ni privilegio alguno, en la práctica sirven a sus Encomenderos como esclavos, desde que nacen hasta que mueren, porque aunque solo los varones están obligados a servir dos meses cada año, desde los diez y ocho años hasta los cincuenta de su edad, no teniendo estos miserables como no tienen casas propias en que vivir ni tierras que labrar con que sustentarse, se ven precisados a estar sujetos siempre a los Encomenderos como esclavos; pero los Mitarios viven y asisten en sus Pueblos diez meses del año y sirven los dos restantes personalmente a la voluntad de los Encomenderos en el paraje, lugar o ejercicio a que los destinan, sin recibir otro beneficio, utilidad ni ratificación que el preciso sustento en los dos meses de servicios, y tolerando la misma opresión y videncias que los Originarios con igual sufrimiento, bien que con la esperanza de restituirse a sus pueblos, fenecido el término asignado de cuyo alivio carecen los Originarios”.

autoridades españolas, que demandaban trabajadores para las obras públicas. A estas dificultades, se sumó la falta de apoyo por parte de España: la carencia de metales preciosos provocaba el caso omiso que la corona hacía a todas las peticiones de ayuda. En vano trataron de convencer al rey, en un memorial de 1571 (citado por Cardozo, *Paraguay* 87), de que “todas las cosas que se siembran producen con mucha facilidad” y, por tanto, Paraguay podía convertirse en un próspero granero para España.

En 1592, por votación popular, ocupó el cargo de gobernador el paraguayo Hernandarias¹, convirtiéndose así en el primer criollo que accedió a la función pública en Iberoamérica. Confirmado en el cargo en 1597, reunió a letrados y preladados para dictar una ordenanzas que regularan las relaciones con los indígenas, asegurándoles su protección. Bajo su gobierno, se abrieron las primeras escuelas de Paraguay. Pero no pudo evitar el cierre del puerto de Buenos Aires: la Corona prohibió al Río de la Plata el comercio marítimo, y obligó a usar el puerto de Potosí².

Una nueva esperanza para la región llegó de la mano de las “minas de yerba mate”, llamadas así porque, “como la yerba era una producción espontánea de la tierra, en la legislación española fue considerada como un mineral”³. El cultivo de este producto que, según el Padre Nicolás del Techo (citado por Cardozo, *Paraguay* 94), “lo mismo reconcilia el sueño que desvela; igualmente calma el hambre que estimula y favorece la digestión; repara fuerzas, infunda alegrías y cura varias enfermedades”, se extendió. A pesar de las condenas de la Inquisición (que la consideró vinculada a la brujería indígena), de Hernandarias y de varios jesuitas, como el padre Torres, los impuestos recaudados por el tráfico de yerba fueron cada vez mayores⁴.

Sin embargo, esos impuestos no acabaron con los problemas de la región, a los que se añadieron los ataques de los *bandeirantes* que penetraban en la zona del Guairá para secuestrar a los indígenas, y llevarlos como esclavos. La distancia entre Asunción y el Guairá impedía que la ayuda de la capital fuera efectiva: ya en 1579, el tesorero Montalvo, preocupado por la gran extensión de la Provincia, había sugerido a la Corona la institución de tres gobernaciones; y, en 1607, Hernandarias propuso crear un gobierno independiente en el Guairá. El rey pidió informes al virrey del Perú, el marqués de Montes Claro. Como la carta de Hernandarias había sido enviada desde Buenos Aires, el virrey consideró que era

¹Hernando Arias de Saavedra (Asunción, 1564 - Santa Fe, 1634) actuó como gobernador de Tucumán y Río de la Plata. Elegido por votación popular en 1592, el virrey decidió imponer a Fernando de Zárate, cuya salud le impidió acceder al cargo de gobernador, que volvió a Hernandarias. Se encargó entonces al virrey de Perú, Juan Ramírez de Velazco, que se ocupara de Paraguay. Éste facultó a Hernandarias para que gobernara en su nombre en tanto él llegaba, y, ya en tierra paraguaya, lo designó teniente gobernador. Así, cuando Velazco murió (1597), Hernandarias se quedó al frente del gobierno hasta que la corona nombró a Diego Rodríguez Vazco de Gama. Tampoco él vivió mucho tiempo y, en 1602, el virrey de Perú volvió a dar el cargo en interinidad a Hernandarias.

²En 1662, se establecería el “puerto preciso” en Santa Fe: allí eran obligados a descargar sus mercancías los barcos paraguayos. Si querían proseguir viaje, había de ser por tierra. Este “puerto preciso” siguió funcionando hasta 1780. Sobre la importancia de Potosí, véase Carlo Maria Zipolla, *La saga de la Plata española*.

³Thomas Whigham, *La yerba mate del Paraguay (1780-1870)*, Asunción, Centro Paraguayo de Estudios Sociológicos, 1991, p. 14.

⁴En 1664, el gobernador de Buenos Aires propuso el pago de impuestos de la yerba mate, para costear la fortificación de Buenos Aires (refundada en 1580, el mismo año en que España se anexó Portugal), que se hallaba acosada por los piratas ingleses. Estos impuestos se duplicaron en 1701, con el fin de costear la defensa de Santa Fe y Tucumán. Para más datos, véase el citado libro de Thomas Whigham.

ésa la cabeza de la gobernación. Así, aunque se mostró favorable a la creación de dicho gobierno, en su informe del dieciocho de marzo de 1610, recomendó: “se le agregase también la ciudad de la Assumpçion donde oy está la Cathedral de Paraguay y tiene la misma o poco menos dificultad de ser visitada desde Buenos Ayres”(Cardozo, *Paraguay* 165. Se ha mantenido la ortografía original). En 1616, el rey decretó la división de la provincia basándose en ese informe: el Río de la Plata incluía Buenos Aires, Santa Fe, Concepción y Corrientes; en el Guairá quedaban integradas Villa Rica, Ciudad Real, Jerez y Asunción. Terminaba así la existencia de “la Provincia Gigante de las Indias”, que abarcó medio continente, desde el Amazonas al estrecho de Magallanes, desde el Atlántico al Pacífico. La región (privada de su salida al mar, y de gran parte de su territorio) quedaba aislada en el corazón de Sudamérica.

2.- Las misiones jesuíticas

En 1580, a pesar de que el Concilio de Lima de 1567 había decidido que el “indio” era incapaz de pensar, los franciscanos comenzaron a crear reducciones¹ en Paraguay. Como apunta Augusto Roa Batos²,

Las reducciones no fueron una idea original de los jesuitas [...]. Las primeras tentativas de fundar reducciones entre los indios se debieron a la actividad infatigable de Bartolomé de Las Casas. El mismo fundó las dos primeras en Venezuela, hacia 1515 [...] por diversas razones, tales reducciones fueron efímeras [...]. En Paraguay, hacia 1580, fueron los franciscanos los que iniciaron este sistema de evangelización.

En 1607, empezaron a surgir las reducciones jesuitas que, alentadas por el pensamiento de San Agustín, suscitaron la atención humorística de Voltaire, el sarcasmo de Hegel, la alabanza de sabios y filósofos, como Buffon y Montesquieu, y la crítica de Pascal, los jansenistas y los precursores de la Revolución Francesa³. Los jesuitas eligieron para fundar su “República de Dios” la zona del Guairá, donde sólo existían dos ciudades españolas: Ciudad Real y Villa Rica del Espíritu Santo. Pronto los intereses de las misiones entraron en conflicto con los de los villarriqueños, quienes reclamaban el derecho a la mano de obra guaraní. Los jesuitas argumentaron que el hombre es esclavo de Dios y no de otros hombres. Desde esa concepción, criticaron a los conquistadores, y trataron de desarrollar

¹La idea de “reducir a los indios”, implícita en el término “reducciones”, fue desarrollada fundamentalmente por franciscanos y jesuitas. Hans Roth (*Una joya en el oriente boliviano*, Ed. del Vicariato Apostólico de Chávez, 1985, p. 15) define las “reducciones” de la siguiente manera: “Clanes y tribus vagas fueron concentrados bajo la dirección de sus jefes, los caciques, en estaciones comunes, las llamadas Reducciones, término de origen latino que procede la frase ‘ad ecclesiam et vitam civilem essent reducti’, es decir, que se iniciara a los indios en la vida civil y eclesiástica”. En la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, existe una interesante relación de artículos y libros de temática jesuítica, así como una selección de textos sobre el tema, y enlaces con otras páginas de internet. Pueden consultarse en http://www.cervantesvirtual.com/bib_tematica

²Augusto Roa Bastos, introducción a Jean Paul Duviols, *Tentación de la utopía. La república de los jesuitas en el Paraguay*, Barcelona, Tusquets-Círculo de Lectores, 1991, pp. 14-15.

³Es evidente que, en el ámbito de la Ilustración, caben varias posiciones. Tal vez, el texto principal sobre este tema sea el libro de Muratori (1672-1750), *El cristianismo feliz en la misiones de los padres de la compañía de Jesús en Paraguay*, originalmente publicado en Venecia, en 1743. Esta obra, que describe las misiones en la primera mitad del siglo XVIII, se aproxima a la idea de la bondad del hombre natural desde la nueva clave del “cristianismo feliz”.

unos asentamientos en los que los indígenas neolíticos (que cultivaban la tierra) fueran conquistados por el evangelio. Para ello, se centraron en los jóvenes, a los que adoctrinaron y educaron en su propia lengua¹. Al convertir “a los niños en fiscales de sus padres” (Susnik, I, 161), crearon una brecha generacional.

Prometieron a los indígenas nuevas tierras, y dieron a los caciques varas de autoridad. Intentaron neutralizar la influencia de los chamanes con “el poder de la cruz”, y usaron a los neófitos para combatir a los infieles, fueran o no guaraníes. En una de esas luchas entre fieles e infieles, los jesuitas “describen que había alrededor de 3.000 muertos en ambos bandos” (Susnik, I, 185). Según Roa Bastos,

Ciertas coincidencias míticas y mesiánicas [...] iban a facilitar aún más la conquista espiritual. En primer lugar, la intensa religiosidad ceremonial de los indios, su fe en la palabra mesiánica de los chamanes, la cohesión de los núcleos tribales en los rituales de la plegaria, el canto y la danza. (Introducción a Duviols, *Tentación* 25).

También otros autores, como M. Hauberet (*La vie quotidienne au Paraguay sous les jésuites*) y B. Melià (Suplemento Dominical de *Abc*, 14 de marzo de 1976), han creído ver una gran similitud entre la religión cristiana y la guaraní. Sin embargo, los indígenas se resistieron al abandono de la poligamia y de los enterramientos en urnas funerarias, y a la aceptación del bautismo (para ellos, el nombre era revelado por medio de la magia). H. Castre (*La terre sans mal*) sostiene que jamás se asimiló la religión católica; y Susnik, tras afirmar que los guaraníes “verdaderamente no fueron cristianizados nunca” (I, 192), analiza los nueve principales factores de rechazo del cristianismo: los guaraníes no tienen el concepto de “redentor” sino el de “retentor” (el que retiene las fuerzas malignas); no pueden concebir que el hombre dependa de la voluntad divina, ya que para ellos todo se puede manejar mediante la magia de los chamanes; no entienden la idea de almas buenas o malas, puesto que su *aivú* (alma), al morir, va al *ambá*, donde se reúne con toda la comunidad, por eso no tiene sentido el castigo por los pecados, ni la oposición entre cielo e infierno; la idea más próxima que ellos tienen a la de “gracia divina” es el *aguiyé* (estado de trance que se consigue a través de la danza); les es ajeno el concepto de “santo” si no va unido a la magia; y los ritos han de incluir el estado de trance.

Cada reducción era supervisada y organizada por dos jesuitas, que se ocupaban de reglamentar el día a día de los indígenas, quienes vivían mejor que los campesinos europeos del momento, pero carecían de libertad y de contacto con el resto de la Colonia.

Al alba, llevando en andas la imagen de un santo y entonando cánticos religiosos, iban a trabajar al campo, distribuíanse los varones en las diversas chacras y quedaban las mujeres en las casas para hilar y tejer. Los campos laborados eran de tres categorías: el “tabambaé”, perteneciente a la comunidad; el “abambaé”, usufructado por los jefes de familia; y el “Tupambaé”, destinado a sostener los gastos del Culto, y al sustento de las viudas, huérfanos, enfermos, inválidos y ancianos. El trabajo era obligatorio. [...] A quien no podía trabajar se le alimentaba públicamente. El ganado era de propiedad pública [...]. Los varones a los diecisiete años y a los quince las mujeres, debían contraer matrimonio [...]. Redobles de tambores recordaban a ciertas horas de la noche la obligación de cumplir el deber conyugal. (Cardozo, *Paraguay* 126-127).

¹Roa Bastos (introducción a Duviols, *Tentación* 23) lo explica así: los jesuitas aprendieron guaraní, y “entrados en la lengua de los indios, los padres habían conquistado la mitad de su alma”.

Entre 1607 y 1631, llegó a haber más de cuarenta y tres reducciones; pero, en las décadas de los años treinta y cuarenta, más de la mitad fueron devastadas por el ataque de los *bandeirantes* portugueses, necesitados de esclavos para sus plantaciones¹. Esos ataques llevaron al padre Ruiz de Montoya a la decisión de abandonar la Provincia del Guairá, emprendiendo un éxodo de un año y medio de duración. Aun así, entre comienzos del siglo XVIII y el momento de la expulsión (1767), existieron unas treinta reducciones, que ocupaban una superficie de trescientos mil kilómetros cuadrados².

3.- Problemas y enfrentamientos

En el siglo XVII, la situación de la Provincia Paraguaya era cada vez peor: carente de ejército, los propios pobladores habían de organizar su defensa ante los constantes ataques de los *payaguáes*, que robaban las cosechas e impedían el comercio fluvial.

Los salvajes guaycurús, lenguas, mocobíes, tobas, abipones y mbayas, vilmente destrozaron la Provincia con masacres y robos, sin dejarles a los habitantes un lugar donde respirar, o medios de resistencia. Para eludir sus ataques, se han levantado pequeños fuertes en las márgenes del [río] Paraguay, equipados con un solo cañón, que, siendo disparado cuando los salvajes se aproximan, alerta a los vecinos a pelear o a escapar³.

Los campesinos, acuciados por los ataques de los indígenas que vivían en la selva, comenzaron un éxodo masivo hacia el sur. Ocuparon las tierras de los *tavá* indígenas, creando el descontento de los guaraníes, y rompiendo la frágil estabilidad del sistema de encomiendas, que nunca había sido completamente acatado en Paraguay. Además, desde 1620, los jesuitas empezaron a comerciar con yerba mate y, en 1639, lograron de Urbano VIII una bula contra la esclavitud de los indígenas, lo que incrementó el descontento de los encomenderos. A raíz de la Revolución de Lisboa (1640), España y Portugal empezaron su proceso de separación, generándose así mayores problemas en la zona limítrofe de Brasil y Paraguay, con incursiones brasileñas para robar esclavos. Un año más tarde, un ejército de indígenas liderado por los jesuitas venció a los mamelucos en la batalla de Mbororé: los jesuitas habían obtenido permiso para formar sus propias milicias defensivas. De ese modo, se fue fraguando una independencia cada vez mayor, y llegó un momento en el que sólo habían de obedecer al Papa.

En 1641, el obispado de Asunción, vacante desde hacía siete años, fue ocupado por el franciscano Bernardino Cárdenas, lo que no resultó del agrado de los jesuitas ni del gobernador Hiestrosa. Ruiz de Montoya aprovechó su estancia en Lima, en 1643, para desacreditar al obispo, que todavía no había recibido la bula papal. Ese mismo año, Cárdenas emprendió una inspección a las misiones jesuíticas. Durante su viaje, su sobrino fue raptado

¹Susnik (I, 170) señala: “sabemos, tanto de fuentes jesuíticas como de fuentes del gobierno civil asunceno [...] que en 1631 en el mercado de San Pablo se vendieron 60.000 guaraníes”. Además, los “pomberos” (mensajeros) ofrecían hachas de metal a cambio de cautivos, y los caciques llevaban a cabo ese tipo de trueques.

²Datos tomados de la introducción de Francisco Borghesi al libro de Muratori, *El cristianismo feliz*. Para más información, véase el libro de Alberto Armani, *Ciudad de Dios, Ciudad del Sol. El “estado” jesuita de los guaraníes*.

³Padre Martín Dobrizhoffer. Citado por Wayne Bernhardson y María Massolo, *Argentina, Uruguay y Paraguay*, Barcelona, Kairós, 1993, p. 525.

del convento franciscano, apaleado, y enviado a Santa Fe. Cárdenas reaccionó culpando al gobernador, y excomulgándolo. En 1644, llegó la nulidad de su consagración como obispo, y su expulsión de Paraguay, donde volvió en 1647, cuando cambió el gobernador. Dos años más tarde, el Cabildo lo propuso como Gobernador de Asunción.

La cada vez mayor influencia de los jesuitas ponía en peligro las encomiendas por el trato especial que éstos recibían: gracias a una Real Cédula de 1645, obtuvieron permiso para que los indígenas cultivaran y comerciaran legalmente con yerba mate, sin pagar impuestos, y sin pasar por Asunción. La población civil lo interpretó como lo que ahora llamaríamos “competencia desleal”, y reaccionó decretando la expulsión de los jesuitas de la capital (1649). El ejército guaraní procedente de Misiones derrotó con crueldad a los caudillos. Éste fue el primero de una serie de enfrentamientos entre las dos “repúblicas”. Como expuso Julio César Chaves en su ponencia en el Tercer Congreso Internacional de Historia de América, la llamada Revolución Comunera tuvo tres etapas: de 1641 a 1660; de 1717 a 1725; y de 1730 a 1735. Pero no hay que olvidar que, tras las rebeliones comuneras, además de un enfrentamiento contra los jesuitas, subyace, según Justo Pastor Benítez, una lucha contra el absolutismo y el poder del virrey de Lima.

En 1661, los jesuitas lograron incorporar a los indígenas encomendados al sur del río Tebicuary, privando de su servicio a los encomenderos. Para paliar la situación, éstos comenzaron a tomar esclavos en sus incursiones en el Chaco. Los jesuitas argumentaron que tal procedimiento era contrario a las Leyes de Indias, que prohibían hacer siervos a los indígenas cautivados. Años más tarde, consiguieron que el gobernador Diego de Reyes y Balmaceda forzara a entregar a los misioneros los payaguaes cautivos en una expedición al Chaco (1717). El Cabildo se resistió y, a pesar de que Reyes había puesto centinelas para impedir que las denuncias contra él llegaran a Charcas, logró que la Audiencia de Charcas enviara jueces para investigar unos hechos que, en las Actas Capitulares conservadas en el Archivo Nacional de Asunción, se exponía del siguiente modo:

Los religiosos de la compañía de Jesús tienen y han tenido siempre a esta miserable Provincia sujeta, abatida y arruinada [...]. Avasallan al pueblo con sus amenazas, lo tienen en suma pobreza, cogiéndose las mejores tierras de la Provincia [...]. Ocupan propiedades ajenas, quemando las casas de los vecinos [...] además de unas 15 y 16 leguas que pretenden de otros vecinos. Todas estas tierras son para un Colegio que nunca mantiene más de 5 o 6 sujetos, cuando bien pueden acomodarse en ellas más de 200 familias que andan vagando, sin tener un palmo de tierra en el Real Servicio. [...] tienen abarcado el comercio del río y de la tierra [...] sin pagar la Real alcabala, derecho de Estanco a la ciudad, ni los diezmos a la Iglesia, alzándose con los yerbales de que esta ciudad es dueño, enviando a los indios tapes para que echasen, despojasen y matasen a los beneficiadores españoles¹.

En 1721, llegó a Asunción el panameño José de Antequera y Castro, como Juez Pesquisidor. Antequera resolvió que la razón estaba del lado del Cabildo sublevado, arrestó a Reyes de Balmaceda, y reclamó que los pueblos misioneros situados al sur del río Tebicuary volvieran al dominio español. Consideraba que los jesuitas les estaban robando los mejores yerbales y la mano de obra guaraní, privando, además, a los indígenas del contacto “culturizador” con el resto de la población. Reyes de Balmaceda logró huir a Misiones, y los jesuitas consiguieron que el virrey de Perú lo restituyera en 1722. Antequera secuestró a

¹Citado por Natalicio González, “De los Comuneros a López”, *Guaranía*, nº 28, 20 de febrero de 1936, p. 1.

Reyes, y se vio apoyado por el Común.

A pesar de que Reyes de Balmaceda estaba respaldado por el ejército de Misiones, el Cabildo no aceptó la restitución. El virrey ordenó la comparecencia de Antequera, y envió a Baltazar García Ros como gobernador. En 1723, el Cabildo resolvió sostener a Antequera, y negarse a aceptar a Reyes de Balmaceda y a García Ros. Para cumplir con ese fin, los paraguayos se atrincheraron en el río Tebicuary, lucharon contra el ejército de Misiones, y consiguieron impedir el paso a García Ros.

En 1724, los jesuitas fueron nuevamente expulsados de Asunción, y el ejército que apoyaba la llegada de García Ros volvió a ser derrotado en el Tebicuary. Los jesuitas convencieron a la Corona de la necesidad de reducir a los rebeldes, y ésta dio orden al gobernador de Buenos Aires, Bruno Mauricio García Zavala, de emplear sus efectivos en esa misión. Zavala decretó el bloqueo comercial, y lideró un ejército de seis mil hombres. Antequera comprendió la inutilidad de la resistencia, y partió para solicitar el amparo de la Audiencia de Charcas, donde fue apresado por orden del nuevo virrey (Castelfuerte), y arrestado en el convento de las Carmelitas de Lima, donde conoció al valenciano Mompox, que había tenido problemas con la Inquisición.

Así, Zavala entró pacíficamente en Asunción en abril de 1725, dejó en libertad a Reyes, y nombró gobernador a Martín de Barúa. Pero Barúa se alió a la causa popular: ni permitió la vuelta de los jesuitas al colegio de Asunción ni ajustició a los jefes de una revuelta que ya había tomado el nombre de comunera. Aunque fue destituido en 1730, el pueblo le impidió entregar el mando a Ignacio de Sorotea, que era pariente del virrey de Lima. Cuando Barúa quiso ceder el gobierno, Fernando de Mompox (que se había fugado de la cárcel de Lima, y había seguido manteniendo correspondencia con Antequera) pronunció un discurso sobre los derechos del pueblo, emanados directamente de Dios, y animó a los paraguayos a crear una Junta Gubernativa presidida por un miembro del Cabildo. Este hecho, que era prácticamente equiparable a la elección de un presidente, se produjo medio siglo antes de la Independencia de Estados Unidos y de la Revolución Francesa.

El presidente de la Junta Gubernativa, José Luis Barreiro, traicionó a los habían confiado en él, y entregó a Mompox, quien consiguió huir e incorporarse al movimiento comunero correntino. El pueblo se rebeló contra Barreiro, y nombró a Miguel de Garay, quien poco después fue violentamente depuesto, y sustituido por Antonio Ruiz de Arellano. Sorotea había comunicado a Castelfuerte la existencia de una correspondencia entre Mompox y Antequera, lo que provocó la ejecución de este último. La sentencia que lo condenaba a muerte se hizo pública el tres de julio de 1731 y, aunque los franciscanos, el Cabildo y la Universidad pidieron que se le conmutara la pena, Antequera fue ejecutado dos días después. Cuando, en 1732, llegó la noticia del ajusticiamiento de Antequera, se desató la furia popular contra los jesuitas (que nuevamente fueron expulsados de Asunción), y se incrementó la anarquía. El rey envió a Manuel Agustín de Ruiloba como gobernador. Los paraguayos no se opusieron a él hasta que descubrieron su simpatía por los jesuitas. Ruiloba murió en 1733, en una batalla contra los comuneros. Tras el intento de restituir el orden por parte de varios gobernadores, Zavala volvió a Paraguay en 1735. Con un ejército de ocho mil hombres, venció a los poco más de doscientos comuneros en la batalla de Tabapy y, prácticamente, terminó con esa revolución (aunque, en 1747, hubo un nuevo alzamiento, liderado por fray José Vargas Machuca) que, como recoge Luis María Ferrer Agüero en su guión cinematográfico *Paracuaria*, es considerada predecesora de las ideas independentistas:

Una protesta contra el Absolutismo de la Corona, el centralismo del régimen gubernativo y la autoridad sin control del virrey de Lima. Es también una reacción contra el comercio jesuita privilegiado de las principales fuentes de riqueza del país [...] el Cabildo, por un lado, y el Gobierno (gobernadores y jesuitas, es decir, el Poder), por el otro (17).

Desde esa perspectiva, podría decirse que, en 1735, venció el poder: los jesuitas volvieron al colegio, los comuneros fueron ajusticiados o hechos prisioneros, se quemaron los documentos de Antequera, y se anuló el Cabildo. Con ello no terminaban las dificultades para las misiones: como señala Thomas Whigham (*Yerba* 16), “comenzando la década de 1750, la Corona celosa, siguiendo el consejo de los cortesanos regalistas, iniciaba la revocación de los privilegios de los jesuitas”.

Además, el tratado hispano-luso de 1750 estipulaba la cesión a Portugal de parte del territorio ocupado por las misiones, a cambio de la devolución de la colonia Sacramento. Los guaraníes se rebelaron ante la orden de trasladar las misiones al otro lado del río Uruguay. La resistencia duró desde 1753 hasta 1756, momento en el que fueron vencidos. Para comprender estos acontecimientos, hay que explicar que, desde siempre, uno de los objetivos fundamentales de Paraguay fue detener el avance portugués. Cuando la Corona española envió la armada de Pedro de Mendoza, su intención era ocupar las tierras del Río de la Plata antes de que los portugueses llegaran a ellas. De hecho, el gobernador de Brasil, Tomás de Souza, denunció que Asunción había sido fundada en territorio portugués. Para mantener los dominios de la Corona Española, se establecieron asentamientos sobre el Atlántico, y el objetivo de poblar el Guairá era tener ciudades que sirvieran de escala entre la costa y Asunción. Como se recordará, los ataques de los *bandeirantes* provocaron importantes batallas en la zona. Además, expediciones exploratorias procedentes de Asunción obligaban a los portugueses establecidos a abandonar esos dominios. Durante la Revolución Comunera, los portugueses aprovecharon para ocupar nuevos asentamientos. El tratado de 1750 vino a legalizar tales asentamientos, y a establecer los límites entre Brasil y Paraguay. Pero esos nuevos límites eran tan ambiguos que dicho tratado fue anulado en 1761. Tras nuevas batallas, se firmó otro tratado, en 1777, a pesar de las protestas del gobernador paraguayo.

Aunque los jesuitas negaron su participación en las revueltas de mitad del siglo XVIII, las guerras guaraníes tuvieron su influencia en la expulsión de esta orden, que ya empezaba a tener problemas en Europa¹. En 1767, los jesuitas fueron expulsados de España y América, después de que el conde Aranda presentara a Carlos III un plan de los jesuitas para socavar su autoridad, y terminar con su vida. Los indígenas se repartieron las provisiones de los almacenes y, cinco años después, el cuarenta por ciento se había fugado

¹En 1759, la orden fue expulsada de Portugal, y en 1764 de Francia. En el nº 73 (30 de abril de 1926) de la revista *Juventud*, aparece la traducción del artículo “Gobierno jesuítico en Paraguay” (supuestamente publicado por Schiler en *Der Teutsche Merkur*, 1788) que sirve de muestra del descrédito en el que habían caído las reducciones jesuíticas. En el citado artículo, se afirma que, antes de la batalla de Caybaté (1756, aunque el texto dé como fecha el 12 de septiembre de 1759), que enfrentó al ejército jesuita contra las tropas españolas y portuguesas, fueron tomados prisioneros dos padres de la orden y varios indígenas. A uno de los padres se le encontró un librito que sentaba las bases del gobierno jesuítico. Entre sus bases estaban las siguientes: “1) Dios es la causa final de todas las acciones [...] 6) Los hombres deben defenderse de sus enemigos. 7) Los enemigos son los hombres blancos, que vienen de lejanas comarcas para traer la guerra y son maldecidos por Dios [...]. 10) Dios manda que exterminemos a nuestros enemigos y hagamos irrupción en sus dominios para castigarlos [...]. 12) Quien habla con un europeo o comprende su lenguaje será condenado a la hoguera eterna. 13) Quien mata a un europeo será bienaventurado [...]. 18) Quien [...] llegue a reconquistar una de las plazas o fuertes ocupados injustamente por los españoles, tendrá en el paraíso, entre todas las mujeres del cielo, una muy hermosa”.

de las antiguas reducciones.

Después de la expulsión, la región minera pasó a manos de agentes reales (corregidores o gobernadores) en un arreglo que teóricamente respondía a los intereses de los indios. En cambio, esos administradores robaban sistemáticamente [...]. Al escribir su informe en 1799, Félix de Azara [...] [señaló:] “creo que puedo decir positivamente que ni un solo pueblo ha recibido ropas, ni una sola vez, desde la expulsión de los jesuitas”. (Whigham, *Yerba* 18).

En 1776, se creó el virreinato del Río de la Plata, integrado por Argentina, Bolivia, Paraguay, Uruguay y el alto Perú, con capital en Buenos Aires. El “Informe del gobernador del Paraguay Agustín Fernando de Pinedo a S. M. el rey de España acerca de la pobreza de la provincia y de la opresión de los indios”, redactado en 1777, denunciaba:

Pacificados, reducidos é instruidos los Indios el amor, la humanidad y benevolencia con que los miraron y trataron los primeros conquistadores y Pobladores, pasó a ser en sus sucesores una insaciable codicia, crueldad é inhumanidad. [...] Se ve rodeada y cercada esta Provincia de muchas y varias Naciones Idólatras [...] que, como testigos de vista, observan la pesada esclavitud en que tienen los Encomenderos a los Indios reducidos y civilizados y, por no verse en igual opresión y miseria, se mantienen obstinados en su Idolatría [...]. Actualmente llega el número de los vecinos a cinco mil setecientos y cincuenta [...] y las Encomiendas solo alcanzan a ciento y dos. [...] Los Encomenderos [...] son causa de que cinco mil seiscientos treinta y ocho vecinos empleen la mitad del año en la defensa de la Provincia a su propia costa. [...] A mas de perder el fruto que les debía rendir su trabajo en la mitad del año que ocupan en Guardias, Destacamentos y salidas, tienen que costear y costean caballos, Armas, Pólvora, y Munición, cuyo gasto les usurpa el producto de la mitad de los seis meses que trabajan porque las Armas, Pólvoras y Munición les cuestan muy caros, como que todos estos Pertrechos son conducidos de Europa por los Mercaderes y que cuando llegan a esta remota Provincia han tenido ocho ó diez ventas y reventas, aumentándoseles de precio en cada uno los costos [...]. Tres objetos son, a los que [...] se aplican todos los Habitantes de esta Provincia: unos al beneficio de la Yerba en los Montes donde se cría; otros a su conducción por el Río en las embarcaciones del trafico a Buenos Aires; y otros al cultivo de la tierra. Los dos ejercicios primeros son penosísimos [...]. Los dedicados al tercer ejercicio [...] pierden toda ó la mayor parte porque, a mas de privarles el servicio Militar la mitad del tiempo, la interrupción del que les queda para emplearlo en el cultivo de la tierra es causa de que pierdan sus cosechas ó de que no les rinda lo correspondiente [...]. Y por esto caen de animo, contentandose con sembrar Maíz, [...] y unas raíces llamadas Mandiocas [...]. Esta suma pobreza y opresión es causa de que apetezcan emplearse en la navegación del Río de Santa Fe y Buenos Aires [...]. Y de esta deserción y mayor aplicación a la navegación resulta también mayor pensión en lo Militar a los que quedan dentro de la Provincia [...]. En toda esta Provincia no hay ni corre moneda alguna. [...] La Yerba es el fruto mas apetecido [...] cuyo comercio se extiende a todo el Perú y Chile; su uso es común entre Ricos y Pobres. [...] Las causas de la quiebra, y atrasos del comercio [...] consiste [...] en que por su pobreza no hay ningún mercader, que comercie con caudal propio. Las facturas que traen les fian en Buenos Aires y les dan muy caras, y con la obligación de pagar un ocho por ciento de réditos [...]. Lléalos [los productos] el Beneficiador, procura venderlos [...] a los miserables peones, [...] que no pueden pagar [...]. De estas quiebras que padecen los beneficiadores en los Peones resultan las de los Comerciantes, que trafican en esta Provincia. De las de estos, las de los de Buenos Aires, que les fian. De las de los de Buenos Aires, las de Cádiz, cuyo comercio los surte, y en las quiebras de los de Cádiz, pierden su dinero infinitas personas de estos dominios [...]. Los otros Ramos del Comercio de esta Provincia consisten en Tabaco, Azúcar, y Miel, por cuyos frutos fian los Mercaderes a los del País vestuarios, Armas y Caballos. [...] Al presente se reconoce ya una notabilísima decadencia. [...]. Esto es anunciar la total ruina, cuyo riesgo juzgo muy inminente [...]. Otro perjuicio, que [...] padece [...] esta Provincia [...] es el privilegio de puerto preciso, que goza la Ciudad de Santa Fe de la Vera Cruz de los Barcos, comercio y Frutos del Paraguay, circunstancia que ha causado exorbitantes gastos, y

aun pérdida de muchas embarcaciones con sus cargas. (Se ha mantenido la ortografía original).

Creemos que la extensión de esta cita se justifica porque da idea de los múltiples problemas de la provincia paraguaya, cuyo comercio se vio favorecido con la abolición del “puerto preciso”. Además, por los mismos años, comenzó el auge de los tabacales y de las extracciones madereras, la creación de astilleros, el fomento de la ganadería... impulsados por la llegada del virrey Avilés a Buenos Aires (1789), quien implantó el liberalismo económico, y la voluntad de explotar los recursos naturales para contribuir a las arcas del estado español. Pero, a pesar del crecimiento económico y comercial de los últimos años de la colonia¹, Paraguay arrastraba las consecuencias de su tradicional economía de subsistencia, y de su aislamiento de los grandes centros de poder. Además, el fracaso de la Revolución de los Comuneros terminó con buena parte de la elite asunceña, y la expulsión de los jesuitas privó al país de la única prensa existente. Por otra parte, el Paraguay colonial careció de enseñanza superior: cuando el Cabildo de Asunción solicitó una Universidad para su ciudad, el virrey se negó, alegando falta de fondos. En 1754, las donaciones de los ciudadanos consiguieron los fondos necesarios, pero la Corona decidió que no se invirtieran en una Universidad sino en un Seminario. Así, la primera Universidad del Virreinato se creó en Buenos Aires, en 1777. Y Asunción hubo de conformarse con la fundación, en 1783, del Colegio Carolino, sufragado con los bienes de la Compañía. La recaudación de fondos para la Universidad de Asunción volvió a intentarse en 1788. Entonces, la Corona estuvo de acuerdo, pero no el virrey. Por eso, Paraguay no tuvo Universidad hasta 1889: los paraguayos que quisieron dar enseñanza superior a sus hijos, tuvieron que mandarlos a la Universidad de Córdoba. Así, cuando llegó la Independencia, el país carecía de una clase dirigente capaz de asumir las tareas de gobierno.

II. - Las dictaduras del siglo XIX

Mbokaja ha mboriahúrente rayo ho'áva.
(Sobre el cocotero y el pobre sólo cae el rayo).
Refrán guaraní.

En 1808, comenzó la guerra de la Independencia Española. Las noticias de la debilidad de la metrópoli llegaron a Iberoamérica poco después de los intentos ingleses de invadir el Río de la Plata (1806-1807). Ya en 1809, las Juntas de La Paz y Quito trataron de negarse al sometimiento a la Junta Suprema Central de España. El aborto de dichas tentativas no acabó con el problema: en 1810, se instaló la Primera Junta de Buenos Aires, presidida por Cornelio Saavedra, quien envió emisarios para procurar la anexión de las provincias del antiguo virreinato. Dos meses más tarde, el gobernador-intendente de

¹Whigham (*Yerba* 20), basándose en *Libro de asientos de guías, tornaguías y alcabalas* (1773-1812), Félix de Azara (*Geografía física y esférica del Paraguay*) y ANANE (11, 80, 155, 188, 418, 1159, 1167, 1186, 1790, 2900, 3089, 3337, 3341, 3345, 3356, 3360), ha establecido así las arrobas de yerba que Paraguay exportó:

1781: 125.271	1783: 247.290	1784: 115.533	1786: 161.258	1787: 166.207	1788: 120.353
1789: 169.875	1790: 148.837	1791: 142.245	1792: 234.787	1793: 116.145	1794: 130.163
1795: 154.058	1796: 201.172	1797: 236.205	1798: 330.480	1800: 217.110	1801: 281.790
1802: 246.833	1803: 231.928	1804: 283.544	1805: 263.344	1806: 279.992	1807: 297.800
1808: 327.150	1809: 204.547	1810: 151.425	1811: 162.097	1812: 150.300	

Paraguay, Bernardo de Velazco y Huidobro, convocó Provincial (24 de julio de 1810), donde el Cabildo de Asunción se negó a reconocer la autoridad de la citada Junta de Buenos Aires. Los porteños trataron de someter a los paraguayos, pero el enfrentamiento en las batallas de Paraguarí (9 de enero de 1811) y Tacuarí (9 de marzo de 1811) dio la victoria a estos últimos. A partir de ese momento, comenzaron una serie de reuniones en las que participaron “los capitanes Caballero, Troche, A. T. Yegros y Rivarola, fray Caballero, el clérigo Molas, el señor Recalde, los tenientes Zarco y Montiel y los hermanos Iturbe”¹. Dichas reuniones fueron el origen del motín que se produjo en 1811.

El golpe revolucionario fue adelantado en Asunción, produciéndose la noche del 14 de mayo. Dos fueron las causas importantes que impulsaron [...] a precipitar el movimiento: [...] La llegada de un enviado del dominio portugués, el teniente José de Abreu, quien vino a ofrecer al gobierno españolista el auxilio de las tropas portuguesas; [...] El conocimiento de parte de los jóvenes revolucionarios, de que Velazco estaba enterado de lo que se tramaba².

El dieciséis del mismo mes, se firmó el Acta de la Constitución del Gobierno Provisional, compuesto por Fulgencio Yegros, Pedro Juan Caballero, Francisco Javier Bogarín, Fernando de la Mora y José Gaspar Rodríguez de Francia. Al día siguiente, el gobierno hizo público un documento (reproducido por el diario *Patria* del 11 de septiembre de 1992) en el que afirmaba: “No tenemos por objeto entregar o dejar esta provincia al mando, autoridad o disposición de la de Buenos Aires ni de ninguna otra y mucho menos de sujetarla a ninguna potencia extranjera”. La Junta Gubernativa decretó obligatoria la enseñanza, y creó la Sociedad Patriótica Paraguaya, que tenía la finalidad de reglamentar la educación. Además, prometió una Facultad de Matemáticas, abrió una Academia Militar, encargó al Cabildo establecer medios para hacer estudiar a los huérfanos, y para dotar de becas a los alumnos, y pidió a Buenos Aires *La educación de los niños* (Locke) y *El Emilio* (Rousseau) para repartirlos entre los maestros y los padres de familia. Estas medidas, sin embargo, no tuvieron tiempo de desarrollarse.

Según Whigham³, las condiciones sociales y económicas del Paraguay del siglo XIX empeoraron respecto a los últimos tiempos de la colonia: mientras la población crecía, la principal exportación del país (la yerba mate) descendió, y la ganadería no aumentó.

La Independencia trajo finalmente una amplia reestructuración de las posibilidades del mercado de yerba. El sistema de crédito que tuvo tanto éxito bajo los Borbones dejó de funcionar totalmente porque las fuerzas revolucionarias no podían impedir las actividades de los corsarios realistas que operaban desde Montevideo. Más tarde, los Artiguistas también empeoraron ese estado de cosas ya caótico. La situación para los comerciantes de yerba paraguaya se tornó desesperada mientras que el comercio se hacía cada vez más peligroso. (Whigham, *Yerba* 30).

Guido Rodríguez Alcalá indica, además, que en esta etapa se perpetuaron las instituciones coloniales (servidumbre, esclavitud, diezmos), y que las Leyes de las Siete

¹Hipólito Sánchez Quell, “Caballero, libertador del Paraguay”, *Guaranía*, 20 de mayo de 1935, p. 22.

²Julio César Chávez, “Entrada triunfal de un patriota”, en Marialuisa Artecona de Thompson, *Antología de la literatura infanto-juvenil paraguaya*, Asunción, Ed. Paraguayo SRL, 1992, pp. 140-141.

³Thomas Whigham, *The Politics of the River Trade*, Albuquerque, The University of New Mexico Press, 1991.

Partidas y las Leyes de Indias estuvieron vigentes hasta 1870¹. Así, hasta terminada la Guerra de la Triple Alianza, se aplicaron las leyes coloniales, pero sin la posibilidad, existente antes de la Independencia, de apelar y recurrir ante tribunales como la Audiencia de Buenos Aires y el Consejo de Indias. Las nuevas leyes que, durante las dictaduras iniciales, se añadieron a las antes existentes, no sirvieron para garantizar los derechos de los ciudadanos, sino más bien al contrario: la de 1844, exigía propiedades para acceder a cargos públicos de nivel superior; y la de 1848, anuló las propiedades de los indígenas. Lo estudiaremos al revisar la situación de Paraguay bajo los mandatos de sus tres primeros dictadores: José Rodríguez de Francia (1814-1840), Carlos Antonio López (1842-1862) y Francisco Solano López (1862-1870). Muchos autores han visto una gran influencia del experimento jesuítico en las dictaduras de Francia y los López. Creydt llega a afirmar:

El magno experimento sociológico conocido bajo el nombre de *reducción jesuítica* [...] [fue un] experimento desgraciado que ha ejercido honda influencia en el curso de nuestra evolución política y social, dando lugar a las *dictaduras tutelares* del Dr. Francia y de don Carlos Antonio López, que subieron de punto bajo el segundo López y tuvieron su desenlace fatal en la hecatombe del 64 [Guerra contra la Triple Alianza]².

Según ese autor, los jesuitas, al igual que los primeros dictadores de la Independencia, impusieron “la obediencia ciega, [...] la sumisión incondicional, [...] la reverencia servil, [...] la resignación pasiva”. Sea como fuere, los más de cincuenta años transcurridos bajo el poder de estos tres hombres convirtieron Paraguay en una especie de monarquía sin reyes.

1.- El doctor Francia

A pesar de que José Gaspar Rodríguez de Francia y Velasco (1776-1840) no participó en la revolución que llevó a la Independencia³, formó parte del primer gobierno de la misma. Según Robertson, desde esa posición, el futuro dictador se dedicó a sembrar

intrigas contra el gobierno [...] era todo humildad y condescendencia para los inferiores y todo altivez

¹Guido Rodríguez-Alcalá, “Temas del Autoritarismo” (ensayo presentado en el Congreso de la Universidad de Maryland en abril de 1994. Edición de un amigo del autor, sin fecha, lugar, ni editorial, p. 14) Varios contemporáneos del mariscal López, como Silvestre Aveiro y Juan Crisóstomo Centurión, mencionan en sus memorias la aplicación de la ley de las Siete Partidas, que sirvió al mariscal para condenar a conspiradores (reales o imaginados), conmutando la horca por el fusilamiento. Además, Teodosio González (*Lecciones de Derecho Penal*, Asunción, Ediciones Cerro Corá, tomo I, p. 206) afirma: “nos rigieron, durante la Colonia, las Leyes de Partida [sic] con [...] modificaciones y agregaciones”; y Guido Rodríguez Alcalá (*Justicia Penal de Francia*, Asunción, Expo Libro - RP, 1997) recoge varias referencias a la aplicación de las Leyes de las Siete Partidas durante el mandato de este dictador. Por ejemplo, en el proceso contra Mateo Vallejos se dice: “el defensor general de pobres [...] fundamentó su petición en la partida 7ª, título 1, libro 8” (31); y en la causa criminal contra José Ignacio Jiménez por criticar al dictador, se lee: “por tanto, siguiendo el espíritu de la Ley 6ª, inciso 3º, Partida 7ª, confisco para el estado los dos caballos” (168).

²Oscar Creydt, “Gobierno jesuítico en el Paraguay”, *Juventud*, nº 73 y 74 (30 de abril y 15 de mayo de 1926).

³Hipólito Sánchez Quell (“Caballero” 22-23) recoge testimonios que avalan esta tesis: “Demersay dice que, retirado Francia en su quinta de Ybyrá-í (Trinidad) hacía un año, ignoraba la revolución que se preparaba. Wisner de Morgenstern afirma que la moción de que Francia ocupara un cargo en la Junta fue extensamente rebatida por el elemento militar, pues la persona no había tomado parte en la revolución libertadora. Y agrega que como fray Fernando Caballero convenciera a los militares que su sobrino Gaspar también anhelaba la desaparición del poder español, los revolucionarios terminaron por aceptar la inclusión de Francia en el Gobierno Provisorio”.

para las clases sociales superiores. Su plan era inculcar en los campesinos la impresión de que estaban mal gobernados por pocos hombres ignorantes desprovistos de mérito alguno [...] ¿Quién es don Fulgencio Yegros? (entonces Presidente de la Junta), “Un gaucho ignorante”. ¿Qué tiene mejor don Juan Pedro Caballero? Nada¹. [...] De este modo, Francia derramaba veneno de desafección y descontento en los oídos de sus compatriotas que, a su vez, admiraban el patriotismo, respetaban la integridad y veneraban su sabiduría².

En octubre de 1813, se estableció la República del Paraguay, y se nombró a Yegros y a Francia para compartir del poder ejecutivo durante un año. Yegros, un héroe de Paraguarí sin formación, pronto fue dominado por el abogado e ideólogo Rodríguez de Francia³.

Durante los últimos cuatro meses del consulado de Francia y Yegros, éste no participó [...] del Gobierno, mientras que el primero no solamente monopolizó todo el Poder Ejecutivo, sino que maniobraba activa aunque secretamente, para [...] su nombramiento de dictador de la República. Yegros, estanciero ignorante, aunque dignificado con los títulos de Cónsul y general de los ejércitos de la República, no podía de ningún modo competir con Francia. (Robertson, *Letters* 157).

Argumentando la voluntad anexionista de Buenos Aires, Francia convocó un nuevo congreso en 1814. Allí, gracias a la simpatía popular, y al soborno al ejército, logró ser nombrado dictador supremo de la República. Robertson (*Letters* 163-167) lo explica así:

Como el Consulado doble expiraba en octubre de 1814, Francia tomó las medidas para convocar un nuevo Congreso alrededor de esa fecha [...] propuso [...] que el nuevo Congreso se compondría [...] de mil diputados [...] el Gobierno preparó las listas y éstas se adoptaron como cosa natural [...]. Francia nombraba a sus enemigos porque sabía que tendría mayoría sin ellos o a despecho de ellos. Si votaban por la Dictadura, él siempre se volvería a ellos para decirles que habían visto la conveniencia de investir a alguno con poder absoluto: que ese poder absoluto lo habían puesto en sus manos [...]. Si votaban en contra, y él ganaba la jornada, todos eran hombres perdidos. Tarde o temprano Francia los destruiría uno por uno [...]. Otra razón para convocar esta abrumadora multitud de senadores, era que las tres cuartas partes eran pobres [...] no podían costearse la permanencia en ciudades [...] no obstante las precauciones tomadas por Francia, empezaron a presentarse algunas dudas sobre la conveniencia de la Dictadura [...]. Francia se impacientó, y muy delicadamente envió una numerosa guardia de honor para velar por los diputados. La tropa estaba bien armada [...]. El asunto se puso a votación, y por unanimidad Francia fue investido con la Dictadura por tres años.

¹El general Fulgencio Yegros (1780-1821) fue uno de los héroes de la Independencia paraguaya. Murió fusilado, tras intentar conspirar contra Francia junto a otros líderes del independentismo. Por su parte, el general Pedro Juan Caballero (1785-1821) participó en la revolución que llevó a la Independencia de Paraguay. En 1820, Francia lo acusó de conspiración, y lo encarceló. Se suicidó en la prisión para evitar la ejecución.

²J. P. y G. P. Robertson, *Letters on Paraguay*, Asunción, Imprenta Nacional, 1995, pp. 110-111

³Las reflexiones que Robertson (*Letters* 109-110, 151, 154-155) hace sobre Francia, al que trató personalmente durante años, nos dan una idea de su carácter: “La vanidad me pareció ser el rasgo dominante [...]. Hacía alguna ostentación de su familiaridad con Voltaire, Rousseau y Volney [...]. Pero, más que todo, se enorgullecía de ser reputado algebrista y astrónomo. En realidad, había penetrado muy poco en estas ciencias [...] su integridad intrépida [como abogado] le ganó el respeto de todos [...] sus maneras eran [...] esquivas y altaneras; estudiaba constantemente y evitaba la sociedad. Nunca se casó; sus intrigas ilícitas eran a la vez ruines y altaneras; no tenía amigos [...] era vengativo cruel e inexorable [...]. Su ambición era tan ilimitada como su crueldad [...]. Su educación era la mejor que se podía obtener en Sud América [...]. Era sagaz, astuto, paciente y perseverante”.

En 1816, otro congreso lo convirtió en “Dictador perpetuo y sin exemplar”, basándose en “la plena confianza que justamente ha merecido del pueblo el Ciudadano José Gaspar de Francia”¹. Al mismo tiempo, se estableció: “Congreso general tendrá la República cada vez y quando [sic] que el Dictador haya por necesario”. De ese modo, Francia, “partidario declarado de la ilustración y de un liberalismo radical, se hizo nombrar *Dictador Perpetuo* y gobernó arrogándose potestades regias; resulta así que no es rey, ni liberal, ni ilustrado, sino una peculiar combinación, típicamente criolla” (Guido Rodríguez Alcalá, *Ideología* 6). Mariano Antonio de Molas² objetó que una dictadura perpetua sería como una monarquía sin rey, y fue encarcelado hasta la muerte de Francia.

Sin volver a convocar la Cámara, Francia gobernó el país el resto de su vida. Como sostiene Hipólito Sánchez Quell (“Caballero” 23), desde su puesto de Dictador Perpetuo, “defendió la integridad territorial -éste es su mérito indiscutible- pero extremó la nota con el enclaustramiento nacional y con los innecesarios crímenes de su larga y estéril dictadura”. Según algunos autores, el gobierno de Francia fue “una especie de versión laica del experimento jesuítico”³.

La historia oficial lo presenta como “el Padre de la Patria” (O’Leary lo define como “un padre para su pueblo”⁴). Según esa versión de los hechos, Francia alejó al país de la anarquía reinante en Argentina, mejoró la agricultura y la ganadería, y desarrolló la industria. Así, Newton Freitas no duda en afirmar: “el gobierno de los López encontró el país en la fase que sucede a las grandes etapas de tranquilidad pública y social: el Estado feliz, un pueblo trabajador, una tierra poco cansada”⁵. Sin embargo, los testimonios de sus contemporáneos⁶, y algunas investigaciones actuales dan una imagen mucho menos idílica

¹Lo tomamos de Guido Rodríguez Alcalá (*Ideología* 18). Como él, creemos conveniente destacar la falta de coherencia de una frase que incluye términos como “pueblo” y “ciudadano” con un apellido que contiene el “de”, distintivo de la nobleza. Por otra parte, es un “de” que a Francia, hijo de *bandeirantes* portugueses, no le correspondía, y cuyo uso él negó a algunos nobles. Sobre el trato que Francia dio a los españoles, véase Robertson, *Letters*. Por poner sólo un ejemplo, éste autor dice: “decretó que dentro del territorio del Paraguay no se les permitiera contraer matrimonio excepto con negras y mulatas” (178).

²Molas (1787-1844) se licenció en Derecho en Buenos Aires. Natalicio González (*Solano López y otros ensayos*, Asunción, Cuadernos Republicanos, 1991, p. 123) cita su obra *Descripción histórica de la Antigua Provincia del Paraguay*, escrita en la cárcel, como la más importante de su tiempo. En realidad, ese libro (publicado en Buenos Aires, en 1868) parece que fue “el único [...] escrito por un paraguayo contemporáneo de la dictadura” (Guido Rodríguez Alcalá, *La justicia penal de Francia*, Asunción, Expo Libro - RP, 1997, p. 12).

³Son varios los autores que hicieron declaraciones similares durante las entrevistas que mantuvimos en Asunción. La frase textual es de Carlos Colombino, y la pronunció en su taller, en junio de 1998. Esta afirmación se ve avalada por el hecho de que, aunque el libro del abate Raynal, *Histoire philosophique et politique des établissements et du commerce europeens dans les deux Indes* (1770), fue quemado en las puertas del Palacio de Justicia de París, varios estudiosos dan fe de su llegada a América. Según Cardozo (*Paraguay* 140-141), un ejemplar fue leído por Gaspar Rodríguez de Francia, quien siguió su modelo de aislamiento y reglamentación de la vida individual.

⁴Emiliano O’Leary, *El doctor Francia: héroe máximo de la independencia nacional*, Asunción, Imprenta Militar, 1978.

⁵En Natalicio González, *Letras paraguayas*, Asunción, Cuadernos Republicanos, 1988, p. 339.

⁶Además de la citada obra de Molas, “Proclama de un paraguayo” (opúsculo de fray M. L. Velasco, Buenos Aires, 1815), pueden consultarse: *Essai historique sur la revolution du Paraguay* (París, 1827), de Johann Rudolph Renger y Marcelline Longchamp, retenidos en Paraguay hasta que el representante británico los liberó en 1826; “Clamor de un paraguayo” (opúsculo atribuido a Molas, y escrito hacia 1828); *Letters on Paraguay and Francia’s Reign of Terror*, (continúa...)

de su gobierno. Para Alberto Vargas Peña, “los procedimientos de Francia [...] nos llevan a un país sombrío, casi una enorme prisión, en la cual, las personas estaban en permanente espera de la arbitrariedad que los llevara al cepo, a los azotes o la naranjito, donde se fusilaba”¹.

Su actuación puede resumirse en los siguientes hechos: en 1816, Francia prohibió toda reunión pública excepto algunas fiestas religiosas²; en 1820, cuando los antiguos líderes revolucionarios se amotinaron, Francia los torturó y fusiló, acusándolos de conspiración; en 1821, exigió a la iglesia jurar fidelidad a su persona³; y en 1824, suprimió el Cabildo.

Animaba a las clases inferiores a esperar de él favores y empleos; y sembraba discordia y recelo en el círculo distinguido de la sociedad por todos los medios clandestinos [...]. Instaló un sistema de espionaje que diariamente aumentaba y se ramificaba [...]. Todos los [...] seres vivientes de Asunción le temían. (Robertson, *Letters* 158 y 161).

Durante su mandato, rompió las relaciones con el Vaticano; mantuvo la esclavitud⁴; impuso la pena de muerte para quien tratara de entrar o salir del país sin su permiso⁵; exigió autorización para desplazarse dentro de Paraguay, y para contraer matrimonio⁶; decretó el

⁶(...continuacion)

publicadas en Londres (1838 y 1839, respectivamente) por dos comerciantes británicos expulsados de Paraguay por el dictador: John y William Robertson; y *Veinte años en un calabozo* (Rosario, 1863), donde Ramón Gil Navarro narra la prisión sufrida por dieciocho santafesinos, encarcelados, desde 1823 hasta 1840 por ser extranjeros.

¹Alberto Vargas Peña, “El antecedente terrible”, *Revista de La Nación* (Asunción), 1 de mayo de 1997.

²Johann Rudolph Renger y Marcelline Longchamp (*Ensayo histórico de la revolución del Paraguay y el gobierno dictatorial del doctor Francia*, Asunción, Imprenta Nacional, 1995 pp. 267-268) refieren: “prohibió todas las ceremonias nocturnas y procesiones, fuera del Corpus. Queriendo más tarde abolir aquella multitud de días de fiesta [...] hizo que trabajasen estos días, exceptuando sólo los domingos [...]. Cesaron de celebrarse [...] únicamente porque el dictador se burlaba de ellas”. En todas las citas de este libro, se mantiene la ortografía del original.

³Renger (*ibidem*) afirma: “el dictador gobierna la iglesia y el estado [...] cada fraile [...] llegaba, el día fijado para la ceremonia, á casa del vicario general. Este le hacia prestar juramento de fidelidad al dictador [...] el dictador nombra y destituye los curas á su antojo”.

⁴Hasta 1842 (después de la muerte de Francia) no se acabó con la trata de esclavos. Una ley de esa fecha decretó que los hijos de esclavos nacidos a partir de ese momento serían liberados al cumplir los veinticinco años. Todavía el censo de 1846 reflejaba la existencia de 7893 esclavos en una población de 238.862 habitantes.

⁵Renger (*Ensayo* 215), sostiene: “no permitía [...] salir del país, porque la experiencia le habia demostrado que siempre volvian á su casa con ideas liberales, cuya propagacion no podia dejar de causarle perjuicio”. Julio Calviño afirma: “A pesar de las persecuciones y ejecuciones a sus oponentes, el número de víctimas no llega a cien” (“Los protocolos del disparate político: *El Supremo* como dictador/dictador”, *Ínsula*, nº 521, 1990, p. 22). Vera (*En busca del hueso perdido. Tratado de paraguayología*, Asunción, RP, 1990, p. 213) añade: “El propio Cecilio Báez [...] nos dice que ‘la tiranía de Francia no espanta por el número de los ajusticiados en 1821 y 1822, que, según el testigo imparcial Renger, fueron cuarenta más o menos”. Similar es la afirmación de Ángel Rama (*La crítica de la cultura*, Caracas, B. Ayacucho, 1985, p. 327): “este hombre, que es implacable con sus enemigos, a quienes persigue y destruye [...] a quienes tortura y ejecuta públicamente [...] concluye sus casi tres décadas de gobierno sin que sus opositores puedan contabilizar la cifra de cien víctimas”.

⁶En la citada obra de Renger, se reproduce un pasaporte de la época (213-214), y el autor comenta que es necesario solicitar uno “cuando hay que alejarse á mas de veinte leguas de su domicilio. Los de la primera clase sólo puede darlos el dictador [...] son unos memoriales en que el viagero expone los motivos de su mudanza, el parage donde desea ir, de qué manera, si es por tierra ó por agua y en este último caso debe indicar el barco ó canoa á cuyo bordo
(continúa...)

toque de queda a las diez de la noche¹; suprimió el servicio de correos²; y propició la delación³. Un ejemplo de su forma de actuar es el caso del sabio francés Aimé Bonpland, quien fue detenido por los soldados paraguayos cuando investigaba en una zona que se disputaban Argentina y Paraguay, y retenido por Francia durante diez años, a pesar de las amenazas de Bolívar.

Para mantener su poder, el dictador creó un ejército de cinco mil hombres⁴, y los gastos militares “en 1838 alcanzaron el 94,51% del presupuesto” nacional. No es un dato puntual: en 1816 suponían el 83,88% del mismo, en 1823 el 84,57%, y en uno de los años de menor porcentaje, 1818, llegaron al 77,33%⁵. Como señala Ángel Rama (*Crítica* 321), “este intelectual, que jamás participó de una acción militar, habría de ser quien organizara un ejército que llegó a inspirar temor en los países vecinos”.

Aunque Francia hubiera deseado continuar sus relaciones con Europa, el continente se negó a reconocer que Paraguay no era una provincia argentina. El dictador supervisó todo el comercio; y prohibió los intercambios con Inglaterra, y el tráfico fluvial hacia Buenos Aires. El aislamiento fue tal que Paraguay era llamado en la época “la China americana”.

El gobierno del Dr. Francia [...] favorecía las ventas ganaderas sobre las exportaciones de yerba [...]. Francia consideraba su tarea principal la de consolidación de su política, y todos sus objetivos económicos fueron subordinados a ese fin [...]. Los comerciantes dependían de conexiones de crédito con Buenos Aires [...]. A los ojos del Dr. Francia, tales conexiones los hicieron aliados naturales de los porteños [...]. Los habilitados no podían depender tanto de la eficacia de los préstamos porque la mayoría de los comerciantes que podía ofrecer tales préstamos ya se había fugado del país o estaba en reclusión en el campo paraguayo [...]. La exportación de la yerba mate, que hasta mediados de los años 1810 había sido relativamente libre de restricciones, ahora conocía controles rígidos. A partir de 1823, el Dr. Francia insistió que un tercio de todas las exportaciones desde Itapúa [...] fuera

⁶(...continuacion)

quiere hacer su viage” (212-213). En 1814, Francia y Yegros decidieron: “no se autorice matrimonio alguno de varón europeo con mujer americana [...] española [...] bajo la pena al Párroco [...] de extrañamiento perpetuo de la República y confiscación de todos sus bienes [...] y el Europeo contrayente la de [...] prisiones al Fuerte de Borbón por [...] diez años y confiscación también de todos sus bienes”. Así, los europeos sólo podían casarse con “indias [...] mulatas y negras”. Citas tomadas de Guido Rodríguez Alcalá, *Justicia* 15 y 101, respectivamente.

¹Renger (*Ensayo* 211) menciona: “en la Asunción son [...] frecuentes patrullas de tropa de línea, que detienen á los que encuentran en las calles después de las diez”.

²Respecto al servicio de correos, Renger (*Ensayo* 218-219) dice: “todos fueron suprimidos, bajo el pretexto de facilitar medios de comunicación demasiado fáciles. Sin embargo, dejó el dictador subsistir á los maestros de posta [...]. Esta disposición tiene un objeto, que es el de hacer que caigan en manos del dictador todas las cartas que llegan de los países extranjeros, ó que se envían á ellos. Entonces las abre, y según que su contenido le agrada ó le disgusta, las retiene ó las manda [...] han sido interceptadas la mayor parte de las cartas que durante seis meses nos llegaron de Europa [...]. Esta violación del secreto de las cartas está tan bien conocida, que ya no se toman el trabajo de cerrarlas”.

³Renger (*ibidem* 211) afirma: “no faltan personas complacientes que, sin estar encargadas directamente por la autoridad, hacen una especie de policía secreta [...] el dictador ha asemejado al delincuente toda persona que tiene conocimiento de un delito [...] y que no le denuncia inmediatamente á la justicia”.

⁴Renger (*ibidem* 223) menciona: “la fuerza armada se compone de cinco mil hombres de tropas de línea, y de cerca de veinte mil de milicias. En tiempo del gobierno español no había mas que esta última clase de tropas; y aun estaba tan mal organizada, que podía mirársela como nula”.

⁵Datos recogidos por uno de los defensores de la dictadura de Francia, Richard A. White (*La primera revolución radical de América: Paraguay*). Los tomamos de Guido Rodríguez Alcalá, *Ideología* 26.

de los depósitos que eran propiedad del Cabildo [...]. Las exportaciones de yerba paraguaya acusaron una caída dramática. (Whigham, *Yerba* 30-33)¹.

Respecto a la cultura, Francia cerró la única institución de enseñanza secundaria de Paraguay (el Seminario, fundado en 1783), y prohibió la llegada de cualquier libro o periódico que no fuese destinado a su biblioteca personal. Además, en 1834, fijó el sueldo de los maestros en seis pesos que nunca se les pagaron (en 1790, cobraban doscientos pesos, más casa y comida²). Y, en las escuelas, los niños debían memorizar el llamado *Catecismo patrio reformado*, una cartilla de instrucción cívica que, como el catecismo tradicional, se estructuraba en una serie de preguntas y respuestas. El texto del catecismo, que se halla recogido en el libro de Guido Rodríguez Alcalá, *Ideología* (19), afirmaba, por ejemplo, que aunque “el hombre, por muy buenos sentimientos y educación que tenga, propende para el despotismo, nuestro actual primer Magistrado [Francia] acreditó, con la experiencia, que sólo se ocupa de nuestra prosperidad y bienestar”. No opinó lo mismo su sucesor, Carlos Antonio López, quien se quejó de que no existían funcionarios sino “meros escribientes”, y de que “no había establecimiento ninguno de educación, instrucción elemental, moral y religiosa: había algunas escuelas primarias de particulares mal montadas”³.

En este clima, resultaba imposible el desarrollo cultural de un país que Francia consideró poblado de “indios salvajes” y “naciones bárbaras”, de “pura gente idiota, donde el Gobierno tiene que volver los ojos, siendo preciso que lo haga, que lo industrie, y lo amaestre todo”. Según Guido Rodríguez Alcalá (*Ideología* 14, 24 y 25), Francia afirmó, además: “en Paraguay hay mucha escasez de hombres aptos y útiles”. No es necesario comentar el desprecio del dictador por su pueblo, pero quizá conviene recordar que la burguesía criolla y los intelectuales tuvieron que exiliarse: el dictador que sirvió de base a Augusto Roa Bastos para su obra *Yo el Supremo* no toleraba las conciencias críticas.

Aislamiento, falta de publicaciones, carencia de educación, y exilio o encarcelamiento de la alta sociedad fueron las claves que impidieron el desarrollo económico y cultural durante los primeros años de la independencia. Como afirman Juan Carlos Herker y María Giménez, “la destrucción parcial del poder económico y político de los grupos oligárquicos criollos realizada por Francia condujo que a su muerte no existiese un sector social capaz de imponer un dinamismo económico propio”⁴.

[Resulta paradójico que] un hombre de letras que había estudiado teología y jurisprudencia, leído con devoción a los enciclopedistas franceses, acopiado la mejor biblioteca del país, un hombre apasionado de las ciencias naturales que había descubierto el XVIII (el globo celeste, el telescopio, el teodolito, y aun ese meteoro que hizo traer desde el fondo de la selva para depositarlo en su

¹Whigham, basándose en el *Cuaderno de Extracción* (Itapúa, 1930) y el *Cuaderno de derecho de extracción* (Itapúa 1831-1833), establece las exportaciones de arrobas de yerba mate durante la etapa de Francia:

1816: 289.920	1818: 205.482	1819: 109.520	1820: 42.365	1829: 11.222	1832: 26.018
1835: 24.016	1837: 27.447	1838: 28.196	1839: 9.084		

²Dato de Manuel Domínguez, *El alma de la raza*, Buenos Aires, Ayacucho, 1946, p. 128.

³Carlos Antonio López, *Mensajes*, Asunción, Fundación Cultural Republicana, 1987, p. 94.

⁴Juan Carlos Herker y María Giménez, *Gran Bretaña y la guerra de la Triple Alianza*, Asunción, Arte Nuevo, 1983, p. 45.

gabinete de trabajo)¹, [fuera] quien aboliría las formas de convivencia política dentro del país, suprimiría la tarea de los intelectuales, impediría el desarrollo de la educación superior y clausuraría las fronteras patrias. (Rama, *Crítica* 321).

Johann Rudolph Renger, que vivió en el país entre 1819 y 1826, afirmó que, bajo la dictadura de Francia, “enmudeció hasta la guitarra”. Así, “el Paraguay vive en estado de sitio y las ideas nuevas que entonces conmueven el mundo no encuentran ahí ningún eco” (Renger, *Ensayo* 156). Todos los autores coinciden con Centurión en destacar que “en el transcurso del gobierno dictatorial del doctor José Gaspar de Francia no existió, realmente, vida literaria en el Paraguay”². Para Hugo Rodríguez Alcalá, “la literatura era imposible. El país estaba amordazado”³. Y, según Teresa Méndez-Faith, “la eliminación sistemática de toda posibilidad de manifestación artística y espiritual tendrá, en el plano cultural, consecuencias nefastas para el futuro”⁴. Esas consecuencias pueden traducirse, principalmente, en la carencia de un *corpus* literario, y en la falta de preparación para asumir las tareas de gobierno.

2.- Carlos Antonio López

Cuando Francia murió, el veinte de septiembre de 1840, se planteó el problema de su sucesión. Ese mismo día, se formó una Junta de Gobierno Provisional de cinco miembros: Manuel Antonio Ortiz (alcalde primer juez ordinario), Agustín Cañete (comandante en armas del Cuartel de la Plaza), Pablo Pereira (comandante del Cuartel del Hospital), Miguel Maldonado (comandante del Cuartel de S. Francisco) y Gabino Arroyo (comandante del Cuartel de la Rivera). Dicha Junta fue ratificada el veinticuatro del mismo mes por una nueva Junta formada por todo el Cuerpo Municipal. Según un manuscrito de la Junta,

La Junta dió libertad a algunos presos [...] ordenó que se celebraran [...] misas clásicas de requiém en bién del alma del Dictador; tomó medidas para continuar el exterminio de la garrapata [...] nombró nuevos comandantes para los cuarteles [...] dispúsose además que “se abra y franquee la Biblioteca fundada por el finado señor Dictador, para que [...] concurren los sugetos aplicados al estudio”⁵.

A pesar de que la Junta había prometido convocar al Congreso para su ratificación, nunca cumplió tal promesa. El veintidós de enero de 1841, un movimiento militar terminó con ella. Otro manuscrito de la época, citado en el mismo artículo de Garay, justificaba ese golpe “en vista de la ilegitimidad, y ninguna legalidad [...] para el Supremo Gobierno de la República” (25). Un Cuerpo de Gobierno de tres miembros sustituyó a la Junta y, cinco días

¹Esta pasión por las ciencias de Francia hizo que el filósofo francés Auguste Comte (1789-1857) lo “canonizara” en su *Catecismo positivo*.

²Carlos R. Centurión, *Historia de la cultura paraguaya*, Buenos Aires, Ayacucho, 1947-51, tomo I, p. 210.

³Declaraciones en Ubaldo Centurión Morínigo, *Hugo Rodríguez Alcalá y la vida intelectual del Paraguay*, Asunción, Editora Paraguaya, 1993, p. 46.

⁴Teresa Méndez-Faith, *Paraguay: novela y exilio*, New Jersey, SLUSA, 1985, p. 21.

⁵Citado por Blas Garay, “De la dictadura al Consulado. Gobiernos intermedios entre la Dictadura perpetua y el segundo Consulado”, *Guaranía*, 20 de marzo de 1936, pp. 21-23. Se ha respetado la ortografía original.

después, quedaba convocado un Congreso de quinientos sufragantes que habrían de votar el diecinueve de abril. El largo plazo para la convocatoria del Congreso creó un clima de desconfianza que aprovechó Carlos Antonio López: el nueve de febrero de 1841, varios comandantes, dirigidos por Mariano Roque Alonso, acabaron con el triunvirato mediante un golpe de estado. Según escribió Fidel Maíz, en una carta del veintinueve de diciembre de 1908, dirigida a Enrique Solano López, y recogida en *Mensajes de Carlos Antonio López*,

En tales circunstancias vino D. Carlos Antonio a la Asunción, obró con fino tacto político y una pacífica revolución destituyó la última de aquellas juntas de ilusos, y creó una Comandancia General de Armas, a cargo del Teniente Mariano Roque Alonso, asistido del mismo D. Carlos en carácter de Secretario (274).

En marzo, reunida la Asamblea, se decidió instaurar un gobierno de tres años compartido entre el citado comandante y el civil, Licenciado en Leyes, Carlos Antonio López. Según Poucel, “el Congreso ordenó que los Cónsules jurasen formalmente en su presencia, sobre los santos evangelios, ‘Conservar y defender la independencia y la integridad de la República’¹. Este Segundo Consulado supuso un comienzo de apertura de Paraguay. Además, se crearon numerosas escuelas, y se fundó la Academia Literaria (1841), con las cátedras de Latinidad, Castellano y Bellas Artes, a las que más tarde se añadiría la de Filosofía.

La situación económica alejaba al país de la posibilidad de conseguir los préstamos necesarios. Para solucionar el problema, se puso en marcha una reforma agraria: en 1842, se decidió premiar a los indígenas “capaces y de servicios” con tierras y ganados. Como recuerda Guido Rodríguez Alcalá (*Ideología* 40), dado que las veintiuna comunidades indígenas existentes tenían reconocidas esas propiedades desde el siglo XVII, lo que hizo la reforma agraria fue privar de los yerbatales, bosques y ganado a los pequeños propietarios que no se consideró “capaces y de servicios”. Estos ex propietarios fueron empleados en tierras del estado que habían sido de ellos. En 1843, se pidieron los comprobantes de pago de la *media anata*, una contribución que no se aplicaba desde el siglo XVIII. De ese modo, una buena parte de las tierras que un año antes habían sido conservadas como propiedad privada pasaron a ser estatales.

En marzo de 1844, el Congreso se reunió para adoptar un sistema presidencial. La primera magistratura recayó en Carlos Antonio López por un periodo de diez años, pero su gobierno se prolongó hasta su muerte (1862). A pesar de las diferencias, no es ésta la única similitud entre los dos primeros dictadores de Paraguay. Carlos Antonio López continuó la política centralista y paternalista de Francia, y gobernó desde el autoritarismo. Además, mantuvo el mismo desprecio por su pueblo que su predecesor:

Los Pueblos de América antes española no estaban preparados, ni tenían la educación y cualidades necesarias y adecuadas para gozar, sin perturbaciones, de la libertad y derechos a que los empujaron algunas imaginaciones exaltadas e inexpertas [...] es imposible un completo sistema representativo, porque las masas no comprenden. (*Mensajes* 94-95).

Por eso, aunque su ley de 1844 estableció la separación de los poderes, años más

¹Benjamín Poucel, “Formation de la nationalité paraguayenne” (en *Mensaje de Carlos Antonio López* 388). La parte entrecorrida pertenece al periódico *El Paraguayo Independiente* del catorce de junio de 1865.

tarde, López afirmó: “en el estado en que se hallaba y aun se halla el país esa separación no ha sido posible” (*Mensajes* 97). Y lo mismo sucedió con los derechos civiles. Siguiendo la reforma agraria emprendida por el Segundo Consulado, el gobierno se declaró propietario de los bosques y yerbales, en 1846¹; y, por el decreto del siete de octubre de 1848, se suprimieron los Cabildos de los veintiún pueblos indígenas que, desde antes de los Borbones, tenían un estatuto privilegiado. A partir de tal decreto, los hombres se verían obligados a cumplir con el servicio militar, y podían ser reclutados como mano de obra.

Los términos de este decreto establecían que, a partir de 1852, se imponía a los indios el pago de todos los impuestos [...] que debían ser pagados en yerba. Además, casi todas las tierras comunales, así como una cantidad importante de bienes inmuebles propiedad de los cabildos pasaban inmediatamente a manos del estado. (Whigham, *Yerba* 43).

A cambio, se ofreció a sus habitantes el status de “ciudadano”. Pero la ley de 1844, que regulaba este status, negaba la igualdad de derechos que enunciaba: se necesitaba ser propietario para poder formar parte del congreso, y tener un capital de ocho mil pesos para acceder al cargo de presidente de la República (desde 1856, incluso los electores habrían de ser propietarios). Como en el caso de la separación de poderes, Carlos Antonio López declaró: “proclamemos [...] los derechos civiles esenciales y primordiales de todo hombre, la libertad, propiedad, seguridad é igualdad ante la ley, pero excusemos por ahora establecer libertades y derechos políticos hasta que se entienda y conozca lo que importan estas palabras” (*Mensajes* 97).

En la enseñanza básica, se utilizó un manual de instrucción pública en el que era difícil llegar a comprender el valor de “esas palabras”. Se trataba de la actualización del *Catecismo de San Alberto*, parcialmente reproducido por Guido Rodríguez Alcalá en *Ideología* (36-38). Advirtiéndolo a los maestros de que debían entender “presidente de la República” donde decía “Rey”, los niños aprendían que el rey no estaba sujeto al pueblo ya “que esto sería estar sujeta la cabeza a los pies”; que no era necesario que el pueblo aprobara las leyes “porque esto más sería gobernarse por su voluntad que por la del soberano”; que el vasallo había de sufrir las penas “porque son justas y establecidas por ley”; que era pecado “juzgar y sentir bajamente del soberano” incluso si éste “fuese malo”; y que “quien desprecie al rey ó a sus ministros” desprecia “a Dios”.

En el célebre “Catecismo político y social” de la época de Don Carlos Antonio López, se respondía con un rotundo “de ninguna manera” a la pregunta siguiente: “¿Es prueba de patriotismo poner en evidencia los vicios más o menos reales de la organización política de su país?”. Otra pregunta decía: “¿Qué debe hacer el patriota para que mejoren las condiciones de su país?”. La respuesta incluía la confianza en que “lleguen los gobiernos a mejorarse a sí mismos” (Helio Vera, *Hueso* 197).

No obstante, hay que reconocer la preocupación de Carlos Antonio López por la instrucción básica (en su mensaje de 1844, afirmó: “los verdaderos monumentos que podemos ofrecer a la libertad nacional son las escuelas”): en 1863, llegó a haber

¹El decreto de 2 de marzo de 1846 estableció el estricto monopolio estatal en las exportaciones de yerba mate, que los revisionistas interpretan como una continuación del espíritu de la revolución comunera que, en el siglo XVIII, luchó contra la posesión de las mejores tierras por parte de los jesuitas. González (“Comuneros”) señala: “correspondió a los López encarnar [...] el trunco sueño de los Comuneros [...]. La tierra, la riqueza ganadera y los yerbales dejaron de estar sujetos al monopolio privado para convertirse en factores de prosperidad general”.

cuatrocientas treinta y cinco escuelas de instrucción primaria, con más de veinticuatro mil alumnos. Además, la Academia Literaria, fundada durante el Segundo Consulado, siguió funcionando, y contrató como profesor al gaditano Ildefonso Antonio Bermejo, quien creó el Aula de Filosofía (1856), y dirigió el recién inaugurado Teatro Nacional. Así mismo, se estableció la enseñanza superior, y se fundaron las Escuelas de Derecho, Matemáticas y Latín. Y la ley de becas de 1844 permitió a algunos estudiantes paraguayos viajar a Europa para completar sus estudios. Sin embargo, el testimonio de algunos de los que se beneficiaron de tal sistema no dice mucho en su favor. Juan Crisóstomo Centurión¹, por ejemplo, fue enviado a Inglaterra, pero hubo de volver antes de lo previsto, ya que el gobierno consideró que se estaba volviendo “demasiado liberal”. En sus *Memorias*, Centurión afirma: “ni en la distancia nos escapábamos de la oprobiosa tendencia a la tiranía erigida en sistema en el Paraguay”², “carecía de sentido práctico recibir una educación superior que resultaría inconveniente en un sistema despótico donde los más inteligentes se veían obligados a desaprender lo aprendido” (I 75).

La presidencia de Carlos Antonio López se diferenció de la de Francia en dos aspectos fundamentales: terminó con el aislamiento paraguayo, y comenzó la modernización del país, con ayuda de técnicos europeos. Ya en los años cuarenta, permitió que se instalaran en Paraguay algunos artesanos, comerciantes y médicos extranjeros. Además, reanudó las relaciones con el Vaticano y, en 1844, obtuvo la bula de Gregorio XVI para instituir los primeros obispados paraguayos: nombró obispos a su hermano mayor (Basilio Antonio López) y a su tío (Marcos Antonio Maíz). Respecto a los países vecinos, inició el contacto con la provincia argentina de Corrientes, y autorizó el comercio fluvial.

Para garantizar que estas aperturas no hicieran peligrar la independencia paraguaya, formó un ejército de dieciocho mil soldados; creó la marina mercante estatal (1850), en la que empezaron a fabricarse los primeros barcos paraguayos; estableció un astillero (1860); e incrementó la producción de la fundición de Ybycuí³. Además, durante el viaje de Francisco Solano López a Europa (1853-54), se firmó un contrato con la empresa de ingeniería naval A. Blythe y Cia, de Limehouse, para que ésta proporcionara equipos, barcos, armas y personal. Todo costado directamente por el gobierno. Unos doscientos británicos llegaron a Paraguay para enseñar a los peones del país, y en 1860, la mitad de las licencias mercantiles paraguayas estaban en manos de extranjeros.

Para poner en marcha tales medidas, López necesitaba fondos. Según Thomas Whigham (*Yerba* 49), dado que “la afluencia de dinero proveniente de la yerba representaba regularmente del 40-50 por ciento de las divisas obtenidas por las exportaciones paraguayas [...] en 1860 [...] se redujo el precio [...] por conseguir dinero efectivo sin demora”. Sin

¹Centurión (1842-1902) participó en la guerra de la Triple Alianza. Fue herido y apresado en la batalla de Cerro Corá. Tras la guerra, llegó a ser ministro. Con el pseudónimo de J. C. Roenicunt y Zenitram Juan, publicó una novelita romántica, escrita en Nueva York: *Viaje nocturno de Gualberto o Recuerdos y reflexiones de ausente* (1877).

²Juan Crisóstomo Centurión, *Memorias o reminiscencias históricas sobre la guerra del Paraguay*, Asunción, El Lector, 1997, tomo I, pp. 122-123.

³Según Josefina Pla (*Los británicos en el Paraguay*, Asunción, Arte Nuevo, 1984, p. 29), en 1838, ya funcionaba esta fundición. En 1849, Carlos Antonio López contrató al ingeniero inglés Henry Godwin, que había trabajado en una fundición brasileña. Pero las múltiples dificultades hicieron desistir dos años más tarde a Godwin. Con la apertura del tráfico fluvial, parte de los problemas desaparecieron, y su sucesor, el sueco A. Lillierdat, consiguió fundir, en 1854, un pequeño cañón y algunas balas.

embargo, este menor precio no hizo aumentar las exportaciones.

La modernización tuvo una finalidad fundamentalmente militar, aunque incluyera la construcción de cementerios, caminos¹ y edificios públicos (como la Aduana, la Catedral, el Teatro Nuevo, el Cabildo y el Oratorio); el tendido de las líneas de ferrocarril y telégrafo; y la creación de la primera imprenta civil paraguaya². Gracias a ella, se publicaron libros educativos, y nació el primer periódico del país, cuyo único precedente era una especie de Registro Oficial llamado *Repertorio Nacional* (1841), editado durante el Segundo Consulado. El diario gubernamental *El Paraguayo Independiente* estuvo dirigido por el propio Carlos Antonio López, y su propósito era defender la independencia paraguaya frente a Argentina. Hasta tal punto fue ése su cometido que, el dieciocho de septiembre de 1852, sólo dos meses después del reconocimiento de la citada independencia por parte de Juan Manuel Rosas (15 de julio de 1852), *El Paraguayo Independiente* dejó de publicarse. Más tarde, Bermejo³ impulsó la publicación de *El Semanario de Avisos y Conocimientos Útiles* (dirigido por Juan Andrés Gelly⁴), y de la primera revista literaria y de divulgación del país, *La Aurora* (octubre de 1860- agosto de 1861). Según el “Prospecto” con la declaración de intenciones de la publicación, aparecido en la primera página del primer número de la revista, *La Aurora* trató de “abrir un nuevo camino a la civilización”. Acogió el nacimiento del romanticismo paraguayo, y los primeros textos narrativos publicados por autores del país: los de un grupo de jóvenes paraguayos (en su mayoría, alumnos del Aula de Filosofía) cuya edad no solía superar los veinticinco años. Además de contener resúmenes y traducciones de artículos y relatos aparecidos en el extranjero, *La Aurora* incluía artículos y cuadros de costumbres del propio Bermejo, quien, en los seis primeros números, firmaba con el

¹Los Mensajes de Carlos Antonio López de 1842, 1844, 1849, 1854 y 1857 aluden a la necesidad de mejorar las comunicaciones entre los distintos puntos del país, para así facilitar “la civilización, prosperidad y riqueza”.

²La primera imprenta de la etapa independiente, inaugurada en 1845, tenía tipografía inglesa. El listado de las publicaciones de la misma puede consultarse en Josefina Pla, *La cultura paraguaya y el libro* (172-177). Hemos de recordar que las misiones jesuíticas tuvieron su imprenta desde 1700 (aunque su permiso no llegó hasta 1703). A pesar de que se han perdido, se tiene constancia de la edición de *Martirologio romano* y *Flos sanctorum*, en 1700 y 1704, respectivamente. Y se han conservado obras impresas por los jesuitas desde 1705 hasta 1727. Para más datos, véase el Suplemento Cultural de *Abc*, de 9 de agosto de 1981.

³Bermejo (Cádiz, 1820 - Madrid, 1892) tuvo una gran importancia en la evolución cultural de Paraguay. Llegó al país en 1854, y permaneció allí hasta que, en 1863, presintiendo la guerra, volvió a España. Durante su estancia en Paraguay, organizó la Escuela Normal y el Aula de Filosofía, y publicó *El Eco del Paraguay*, el primer periódico no estatal. En 1856, fue nombrado director de *El Semanario*. Dedicó a Carlos Antonio López *Un paraguayo leal* (1858) que, editada por la Imprenta Nacional, fue la primera obra teatral estrenada en la etapa independiente de Paraguay, y sirvió para inaugurar el Teatro Nacional. Además, fue autor de la comedia *Un sombrero y una llave* (1858), dedicada a Francisco Solano López. En sus memorias, *Vida paraguaya en los tiempos del viejo López* (existe edición en Buenos Aires, Eudeba, 1973), la figura de Carlos Antonio López aparece como la de un tirano. Por contradecir la doctrina oficial, su nombre es silenciado en casi todas las historias literarias de Paraguay; y O’Leary llegó a escribir un libro contra él (*Ildefonso Bermejo, falsario, impostor y plagiaro*, 1953). Como señala Viriato Díaz-Pérez (*La literatura del Paraguay*, Palma de Mallorca, Luis Ripoll, 1980), Amaral afirmó: “la influencia de Ildefonso A. Bermejo [...] no ha sido tanta ni tan extraordinaria”. Sin embargo, Juan Pablo Oliver (prólogo a Ildefonso A. Bermejo, *Vida paraguaya en tiempos del viejo López*, Buenos Aires, Eudeba, 1973, pp. 21-22) sostiene: “han entrado a saco en su producción, para atribuir muchos de los escritos de Bermejo a otros personajes a quienes interesaba inflar intelectualmente, vestidos así, como el grajo, con plumas ajenas”.

⁴Juan Andrés Gelly regresó de su exilio en Buenos Aires en 1845. Emilio Carilla (*El Romanticismo en la América Hispánica*, Madrid, Gredos, 1967) lo cita como uno de los dos románticos paraguayos (el otro sería Gaspar Rodríguez de Francia), y lo vincula a la generación argentina del 37.

pseudónimo “el Pobrecito Censor”, lo que denota su voluntad de imitar a Mariano José de Larra. Entre los colaboradores estaban Mariano del Rosario Aguiar, Marcelina Almeyda, Gumersindo Benítez, Mauricio Benítez, José Mateo Collar, Juan Bautista González, Enrique López, Andrés Maciel, Domingo Parodi, José del Rosario Medina, América Varela y Natalicio de María Talavera, éste último considerado “el gran cantor de las glorias nacionales” durante la Guerra de la Triple Alianza (1865-70).

Según el listado ofrecido por Josefina Pla, la Imprenta Nacional sólo publicó cuatro obras literarias desde su creación hasta el final de la Guerra contra la Triple Alianza: las dos piezas teatrales de Ildefonso Bermejo (*Un paraguayo leal* y *Un sombrero y una llave*, ambas de 1858); y dos novelas cortas en formato de libro: *Por una fortuna una cruz*¹ (de Marcelina Almeida, probablemente uruguaya), y el primer relato conocido de una autor nacional, *Prima noche de un padre de familia* (del deán Eugenio Bogado), que apareció primero en una separata de *El Semanario* y, una vez adquirió rango de libro, fue repartido por las escuelas para jóvenes insolventes.

Aunque la historia oficial proclame a Carlos Antonio López como uno de los padres de la patria, que llevó al país a la felicidad y la paz², su mandato no estuvo exento de problemas con Estados Unidos, Francia e Inglaterra; ni sirvió para fijar las fronteras con Brasil y Argentina. De hecho, se estaba gestando la guerra que estallaría bajo el gobierno de su sucesor, Francisco Solano López. Argentina, durante la presidencia de Rosas, siguió considerando a Paraguay una provincia díscola. La alianza de Paraguay con Brasil y Corrientes llevó al dictador Rosas a intentar la represión mediante el bloqueo, al que Paraguay respondió declarando la guerra a Argentina en 1845. La falta de preparación del ejército paraguayo hizo que éste se convirtiera en mero instrumento de Brasil. Fue ésta la situación que determinó a Carlos Antonio López a modernizar el país. La caída de Rosas permitió el libre comercio³, que no siempre benefició a Paraguay, ya que algunos productos importados resultaban más baratos que los producidos en el país⁴.

¹La novela no se conserva, pero *La Aurora* (nº 9, 1860) dio noticia de su publicación, y la calificó de “una esperanza más para la América”. Fue Amaral quien le atribuyó a esta autora la nacionalidad uruguaya.

²Fidel Maíz, en 1908 (*Mensajes de Carlos Antonio López* 272), decía: “don Carlos Antonio [...] inmortalizó su nombre y dio realce y majestad a su pueblo y nación, con una administración la más laboriosa, al par que eminentemente patriótica, dígame lo que se quiera de su forma de gobierno”; y citaba las siguientes palabras de Garay de para sostener su argumento: “en su época Paraguay era una de las más fuertes potencias militares sud-americanas; poseía [...] ejército, arsenales, fábricas de pólvora y balas, ferrocarril, escuelas [...], imprenta, comercio próspero”.

³Whigham (*Yerba* 44-45) señala que, a la caída de Rosas (1852), se crearon nuevas circunstancias para el comercio, que suscitaron la atención de Carlos Antonio López, quien “estableció destacamentos militares en los yerbales de Villarrica y en el extremo norte con el propósito de defender estos lugares de los ataques de los indios [...]. Los jefes militares reclutaban [...] a los hombres de esos asentamientos para aumentar la mano de obra [...]. El pago se hacía con vales [...] utilizables en los almacenes estatales. Por supuesto, el cambio de los vales era muy desventajoso para los trabajadores [...]. Para atraer a nuevos empresarios, López redujo los impuestos sobre la yerba, proceso éste que había comenzado en 1842, cuando rebajó los impuestos para obras públicas del 15 al 5 por ciento”.

⁴Cuando las manufacturas extranjeras llegaron, las maderas y los tejidos importados resultaban mucho más baratos que los de producción nacional. Esto perjudicó dos de los pilares de la economía del país: algodón y maderas. Respecto a las exportaciones de yerba mate durante su gobierno, reproducimos las cifras ofrecidas por Whigham (*Yerba* 46):

año	arobas	pesos fuertes	año	arobas	pesos fuertes	año	arobas	pesos fuertes
1845:	81.988	81.270	1851:	85.923	233.204	1852:	68.195	157.108
						1853:	123.449	304.378

(continúa...)

Algunos de sus contemporáneos no dudaron en señalar los defectos de la dictadura de Carlos Antonio López. Bermejo, en *Vida paraguaya en tiempos del viejo López*, lo retrata como un tirano similar a los dictadores tropicales. Por su parte, Centurión resume su gobierno de la siguiente manera:

Bajo su administración, el país llegó a alcanzar una altura considerable de progreso material; pero el templo de la libertad permaneció siempre cerrado. El sistema de gobierno no era otra cosa que una derivación del que había fundado el Dr. Francia. Era una dictadura reglamentada de manera a acomodarla a las necesidades del espíritu de la época. (*Memorias* I 117).

El de Carlos Antonio López fue, por tanto, un gobierno que, aunque modernizó el país, tuvo mucho en común con el de su predecesor, como el hecho de no propiciar la libre expresión (ni artística ni civil) de los ciudadanos.

3.- El mariscal López

Hablar de Francisco Solano López supone enfrentarse a un claro ejercicio de mitificación, generado por los revisionistas, y ampliamente difundido. Como prueba de ello, queremos reproducir parte de un texto perteneciente a un libro de lecturas obligatorias:

El Mariscal Francisco Solano López es la representación heroica del Paraguay de todas las épocas. Luchó denodadamente por la independencia de su Patria [...] hasta caer inmolado con la espada en la mano en Cerro Corá el 1º de Marzo de 1870. En esta larga y sangrienta guerra, la bravura del soldado guaraní brilló en todo su esplendor [...]. El juramento solemne que hizo el Mariscal en Humaitá, al comienzo de la Guerra [...] lo cumplió en la última batalla [...] VENCER O MORIR. ¡Gloria eterna al Héroe Máximo de la Epopeya Nacional!¹.

Como veremos, la actitud de Solano López (nacido en Asunción, probablemente en 1826²) no fue tan venerable como se ha pretendido: la página web de Lonely Planet llega a definirlo como “a megalomaniacal [...] who set about destroying the country”.

Para analizar su figura no basta con hablar de su periodo presidencial, ya que, desde niño, se le preparó para gobernar: “fue educado como un heredero real; dentro de los límites de su magro y excéntrico carácter”³. Su abuelo, Lázaro Rojas, lo nombró heredero universal de su fortuna. Carlos Antonio López le hizo estudiar latín, francés e inglés; con diecinueve años lo convirtió en Ministro de Guerra y Marina y en su principal colaborador, y le dio el grado de coronel.

⁴(...continuacion)

1854: 85.676 282.485	1855: 168.000 336.000	1856: 85.519 508.115	1857: 124.951 749.820
1858: 92.575 574.040	1859: 130.540 781.210	1860: 178.537 1.093.860	1861: 264.513 674.367

¹Mercedes Domaniczky de Céspedes, *Acosta Ñu (texto obligatorio de lectura 4º grado)*, Asunción, s.e, s.d., p. 59. Aunque no aparece la fecha de edición, ésta es posterior a 1969, ya que la última de las lecturas hace referencia a la llegada a la luna. El texto tiene también páginas dedicadas a “El Centauro de Ybycuí” (Bernardino Caballero), y a “Los niños mártires de Acosta Ñu”, cuya muerte colectiva constituye “una enseñanza sublime”.

²La historia oficial ha difundido la fecha de 1827 para hacerlo así hijo legítimo del matrimonio de Carlos Antonio López con Juana Carrillo.

³Leslie Bethell (ed.), *Historia de América Latina*, Barcelona, Crítica, 1985, tomo VI, p. 310.

Aunque no entró en combate, dirigió la expedición de Corrientes (1845) contra el dictador argentino Rosas, quien había establecido un bloqueo fluvial del río de la Plata. Como los correntinos estaban en guerra contra Rosas, se firmó un tratado por el cual Corrientes reconocía la independencia paraguaya, y Paraguay enviaba soldados para ayudar a los correntinos. Parte del ejército al mando de Solano López (al que llamaban *el generalito*) se amotinó en febrero de 1846 para forzar la vuelta a Asunción, y solicitar un congreso extraordinario que reformara la política paraguaya. Solano López se enfrentó a los amotinados, fusiló a los oficiales de mando, y decidió volver a la capital paraguaya. Similar fue su actuación en Brasil cuatro años más tarde, cuando una división dirigida por Solano López se adentró hacia el río Uruguay para tratar de restablecer la comunicación terrestre con ese país, cortada en esa ocasión por Corrientes. El ataque correntino sorprendió a los paraguayos, quienes trataron de huir. De nuevo, Solano López hizo fusilar a dos oficiales.

A raíz de su primera experiencia bélica, Solano López convenció a su padre, que se mostraba receloso de los vínculos con el extranjero, de los beneficios de establecer relaciones comerciales con Europa. Con ese fin, el doce de junio de 1853, emprendieron viaje al viejo continente Francisco Solano y cinco becarios paraguayos, elegidos por el presidente: Juan Crisóstomo Centurión, Gerónimo Pérez, Andrés Maciel, Gaspar López y Cándido Bareiro. Como ministro especial y plenipotenciario, recorrió Inglaterra, Francia, España, Prusia y Cerdeña. Además de enamorarse de Mme. Lynch¹, trató de promocionar el uso de la yerba mate; intentó que España reconociera la independencia de Paraguay; conoció la organización de los ejércitos prusianos, y sus sistemas defensivos; firmó un tratado de amistad y comercio con Gran Bretaña (1853); compró abundante material bélico²; y contrató ingenieros, personal sanitario³, instructores militares, y profesores de distintas materias. Para transformar la agricultura, concertó la llegada a Paraguay de ochocientos agricultores franceses en 1855. La medida parece que disgustó al presidente, quien los ubicó en una zona alejada de los núcleos de población, y les prohibió salir de ella, pero les otorgó unos derechos de los que carecían los agricultores paraguayos. De los cuatrocientos franceses que realmente llegaron, sólo la cuarta parte eran agricultores. Confinados en Nueva Burdeos, pronto intentaron huir, y la colonia hubo de ser desmantelada un año

¹Eliza Lynch era una irlandesa a la que Solano López llevó con él a su vuelta a Paraguay. Carlos Antonio López jamás admitió ese concubinato, del que nacieron ocho hijos. Parece que Mme. Lynch tuvo una gran influencia en la forma de actuar de Solano López. En 1863, el teniente Andrés Herreros, advertía a Centurión (*Memorias* 1 139-140): “si quiere usted andar bien, tiene que adular a esa grandísima p... que le acompaña al presidente”. Antonio Gutiérrez Escudero (*Francisco Solano López. El Napoleón del Paraguay*, Madrid, Anaya, 1988, p. 124), cuando trata de defenderla, afirma: “suele achacársele su excesiva influencia sobre el Presidente, vital en los ascensos de los militares, [...] y en los sucesos de San Fernando y Curuguaty [...] no rechazó nunca títulos de propiedades a su nombre, pero no está probado que consiguiera acumular fortuna”.

²Francisco Solano López firmó un contrato de compra de suministro de material bélico con la A. Blythe y Cia, de Limehouse. Dicho contrato, por el cual Paraguay se convirtió en uno de los principales clientes de la compañía, establecía, además, la enseñanza a aprendices paraguayos y la contratación de unos doscientos técnicos ingleses. Para más información, véase Leslie Bethell (ed.), *Historia* VI 309.

³Como señala Josefina Pla (*Británicos* 41-45), Whytehead fue uno de los principales ingenieros: llegó en 1855 para ocupar el cargo de “Ingeniero del Estado”, y dirigir los altos hornos, el astillero, la fundición, el arsenal y los obrajes auxiliares. La misma autora (*ibidem* 77-84), recuerda que, desde los últimos tiempos de la colonia, hubo personal sanitario en Paraguay. En 1848, el médico alemán Federico Meister fue contratado para formar médicos y cirujanos paraguayos. Hacia 1857, llegó al país el doctor William Steward (que había participado en la guerra de Crimea), quien se convertiría en jefe de la Sanidad Militar Paraguaya durante la Triple Alianza. Antes, se había dedicado a la formación de personal sanitario.

después. Según Juan Carlos Herker y María Giménez (*Gran Bretaña* 19), “el estrepitoso fracaso de la colonia de Nueva Burdeos (1854-1855) creó una ruptura de las relaciones [franco-praguayas] hasta entonces altamente cordiales”.

La expedición de Solano López volvió de Europa a Paraguay en 1855, a bordo del “Tacuary”, un barco de guerra que éste había mandado construir en Londres. Su viaje al viejo continente convirtió a Francisco Solano López en admirador de la tecnología británica, y de las ideas imperialistas de Napoleón III. Estos dos factores resultan claves para explicar su gobierno. Además, cautivado por las cortes europeas y sus costumbres aristocráticas, intentó europeizar el país: hizo construir el Palacio de Gobierno y el Panteón, imitando la arquitectura parisina. También copió el uniforme militar francés, y estableció quintas anuales de reclutas.

Al regresar del viaje, le fueron transferidos todos los poderes para solucionar el conflicto con Brasil: el encargado de negocios brasileño (José Pereira Leal) había sido acusado de calumnias, y expulsado de Paraguay; y el Emperador Pedro II amenazaba con enviar una escuadra para reparar la afrenta. En previsión del ataque, Solano López creó la fortaleza de Humaitá, y se decretó el estado de sitio. Aunque Argentina facilitó el acceso de los militares brasileños a Paraguay, Solano López trató de solucionar diplomáticamente el conflicto. En las conversaciones, la delimitación de las fronteras entre Paraguay y Brasil quedó aplazada un año. Se acordó el libre tránsito por los ríos que limitaban los territorios de ambos países, de modo que dos barcos de guerra brasileños podrían recorrer las aguas paraguayas sin permiso. Pero este acuerdo, como todos los demás, quedaba supeditado a la ratificación del resto de las cuestiones, en especial el tratado de límites. Así, el pacto era completamente favorable a Paraguay, hasta el punto de que Pedro II se negó a admitirlo como compromiso. Hubo entonces nuevos contactos y, en 1858, se llegó al tratado López-Paranhos, que permitía la libre circulación de naves por los ríos Paraguay, Uruguay y Paraná, y fijaba Bahía Negra como límite territorial.

Las dotes de mediador de Solano López fueron internacionalmente reconocidas cuando se solicitó su intercesión para solucionar el conflicto entre la Confederación Argentina y Buenos Aires, en 1859. El problema terminó con la unidad de todas las provincias argentinas.

En 1857, el congreso acabó desechando, para no provocar una crisis, la posibilidad de proponer la candidatura de Solano López a presidente. Cuando Carlos Antonio López murió, el 16 de septiembre de 1862, dejó un testamento en el que designaba a Francisco Solano López como presidente provisional de Paraguay. La sucesión, que parecía inevitable, era vista con agrado en Paraguay, y con temor en Brasil: Solano López parecía el único capaz de frenar sus intereses imperiales. Según Antonio Gutiérrez Escudero,

Por las informaciones del confesor del presidente Carlos A. López, parece que éste se llegó a plantear la posibilidad de designar sucesor a su hijo Benigno, de reconocido talante liberal, dialogante y tranquilo, dejando a Francisco al frente de la dirección del Ejército más el desempeño de algún ministerio. Las dudas del padre [...] radicaban, se afirma, en la sospecha de que el ímpetu y la vehemencia del primogénito podrían acarrear males irreparables a la nación. (*López* 66).

Sea como fuere, seis días después de la muerte de Carlos Antonio López, Francisco

Solano convocó el congreso¹. Aunque la Constitución de 1844 prohibía el acceso a la presidencia de eclesiásticos y militares (y Solano López pertenecía a la segunda de estas categorías), algunos ya habían empezado a llamarle Francisco I. Con tan sólo un voto en contra, el de José María Varela, fue elegido presidente por una década. Ese mismo año, Bartolomé Mitre se convirtió en el primer presidente constitucional de la Argentina unificada.

Una vez ocupado el cargo, López se apresuró a encarcelar a Varela (hasta su muerte), y a confinar en el interior a su hermano Benigno López, acusado de intentar impulsar una nueva constitución que diera menos poderes al Presidente. No fueron los únicos: López procesó por traición a cuantos opositores tuvo o imaginó².

El que por cualquier motivo no estaba más en la gracia y buen concepto del Mariscal, vivía aislado; todo el mundo le rehuía, le miraba de reojo y le despreciaba [...]. El delator era tenido por el más leal y adicto ciudadano, y de consiguiente, premiado con demostraciones de aprecio y consideración. (Centurión, *Memorias* I 300-301).

Ante esta situación, muchos paraguayos emigraron a Buenos Aires. Sin embargo, el pueblo llano lo apoyaba. Para mantener su simpatía, López dictó medidas paternalistas que incluían premios y préstamos para los campesinos, y becas para estudiantes. Pero tuvo buen cuidado en aislar a los que regresaban de Europa, sospechosos de importar ideas contrarias a su régimen. Uno de ellos afirmó:

Con razón puede ser calificado el puesto que ocupaba como una especie de prisión disimulada calculadamente para que tuviese el menor contacto posible con el pueblo, o las gentes del pueblo, por temor sin duda, de que fuera a contagiar a éstas con la propaganda de ideas liberales con perjuicio del sistema político en práctica. (Centurión, *Memorias* I 166).

Su gobierno fue en muchos aspectos una prolongación del de su padre: “continuó la política de intervención estatal, de controlar la economía y de monopolizar la yerba [mate] y su exportación”³ (Bethell, *Historia* VI 310); construyó una línea de telégrafo entre Asunción y Paso de Patria, y alargó la línea ferroviaria⁴. Siguió publicando *El Semanario* bajo la tutela gubernamental. Fabricó material bélico (el astillero, dirigido por Whytehead

¹Los volúmenes 331, 333 y 334 de la sección histórica del Archivo Nacional de Paraguay contienen documentos sobre las maniobras que trataron de impedir que Solano López se hiciera con la presidencia del país.

²Creydt (“Gobierno”) menciona los tormentos más habituales empleados por Francisco Solano López para castigar “a las víctimas de su manía persecutoria. El cepo uruguayana rompía las costillas o hacía reventar el corazón; el cepo colombiano producía la dislocación de los huesos. Los azotes eran aplicados durante días enteros hasta dejar exánimes a los pacientes [...] y otros eran metidos en hormigueros con la espalda desgarrada y ulcerada. Algunos morían estaqueados en los campos, a veces con los párpados cortados. Para obtener las declaraciones se aplicaban grillos candentes y pavesas encendidas, que carbonizaban los dedos [...]. A las mujeres [...] se las hacía ultrajar bárbaramente. Las ejecuciones se efectuaban a bala, bayoneta, lanza y cuchillo [...] los fusilamientos se concluían casi siempre a lanzazos, y los lanceamientos no producían la muerte sino después de varias lanzadas”.

³Reproducimos los datos de Whigham (*Yerba* 46) respecto a las exportaciones de yerba mate durante los años de gobierno anteriores a la Guerra Grande: 1862: 187.559 arrobas, 706.204 pesos fuertes; 1863: 191.836 arrobas, 965.135 pesos fuertes; 1864: 224.381 arrobas, 1.231.998 pesos fuertes; 1865: 78.606 arrobas 534.065 pesos fuertes.

⁴En 1863, llegaba hasta Pirayú, a sesenta kilómetros de Asunción. Y al año siguiente hasta Paraguari, a ochenta kilómetros de la capital. Además, se compraron nuevas locomotoras a Inglaterra. Según Josefina Pla (*Británicos* 207), en junio de 1865, López proyectaba construir una línea que llegara hasta Bolivia.

entre 1864 y 1865, fundió cañones de ánima lisa y rayada, proyectiles y granadas y, con la guerra, la producción se incrementó notablemente), y mandó comprar armas (en 1864, Cándido Bareiro recibió el encargo de hacerlo en París y Londres); incrementó el número de barcos¹; completó las fortificaciones; y continuó contratando personal extranjero (por ejemplo, el médico George Frederick Masterman, que acompañaría a López durante la campaña, llegó al país en 1861, tras haber servido en la guerra de Crimea).

Solano foi um continuador das políticas de seus antecessores, de desenvolvimento econômico e de independência frente aos vizinhos, notadamente a Argentina [...]. Essas políticas eram obra dos dois ditadores anteriores [...]. Mais Solano foi o primeiro a querer fazer sua voz ser ouvida na região e para tanto estava prestes a iniciar uma corrida armamentística².

Según Guido Rodríguez Alcalá (*Ideología* 48), el ejército fue reforzado, debido no tanto “a la amenaza exterior sino a la necesidad de controlar políticamente a la población mediante militarizaciones masivas”. Así lo advirtió el cónsul francés en Asunción; y Centurión (*Memorias*, I 139-140) anotó una conversación en la que el teniente Herreros sostenía: “nuestro país en la actualidad se parece más a un imperio que a una república. Doquier Usted vuelva la vista, no verá sino ostentación de fuerzas militares”. Este refuerzo del ejército sembró el recelo entre los países vecinos, situación que se agravó cuando comenzaron los conflictos entre ellos.

En 1863, Uruguay estaba gobernado por los blancos (conservadores) y Argentina por los colorados (liberales). Los colorados uruguayos, ayudados por el gobierno argentino, intentaron tomar el poder. Uruguay solicitó la ayuda de Paraguay, y éste pidió a Argentina que explicase su postura pero, ante el rumor de un pacto secreto de ayuda de Solano López al gobierno uruguayo, Argentina no dio explicaciones. Por su parte, el gobierno uruguayo había entablado conversaciones con Argentina, y elegido al emperador brasileño como mediador, aunque anteriormente había ofrecido ese papel a López. En medio de un clima de desconfianza por todas las partes, López, en previsión de un conflicto, concentró treinta mil hombres en Cerro León, diecisiete mil en Encarnación, diez mil en Humaitá, cuatro mil en Asunción, y tres mil en Concepción. Según Doratioto, tras esos motivos aparentes de ayuda a Uruguay, “necessitando ampliar seu comércio exterior, o Paraguai viu em Montevideo o porto marítimo que atenderia essa necessidade”³.

Brasil, molesto por el trato a sus ciudadanos en los límites con Uruguay, situó una tropa numerosa frente a las costas de este país. Argentina creyó que eso era un intento de anexionarse Uruguay. Para evitar problemas, Argentina propuso a Brasil una actuación

¹En 1860, se adquirió en Inglaterra el barco Paraguari. Desde 1862, Paraguay hizo gestiones para la compra de acorazados británicos. Ricardo Bonalume Neto, en su artículo “A pressa do ditador” (*Folha do Sao Paulo*, 9 de noviembre de 1997, Suplemento *Mais!*, p. 9), recuerda que Lord Russell permitió la venta de esos barcos en octubre de 1864 porque “o governo paraguaio no estava em guerra com nenhuma potência estrangeira”. Todas las gestiones quedaron invalidadas tras la derrota de Riachuelo, ya que, a partir de ese momento, Paraguay no pudo recibir armas desde el exterior. Por su parte, el ingeniero William Whytehead planeaba la construcción de una cañonera acorazada cuando murió en 1864. Ese mismo año y el siguiente, Paraguay capturó cuatro barcos, que fueron acondicionados en el astillero.

²Ricardo Bonalume Neto, “Novas lições do Paraguai”, *Folha do Sao Paulo*, 9 de noviembre de 1997, Suplemento *Mais!*, p. 4.

³Francisco Doratioto, “A construção de um mito”, *Folha do Sao Paulo*, 9 de noviembre de 1997, Suplemento *Mais!*, p. 6.

conjunta en Uruguay. Este país, temeroso de tal acuerdo, mandó un enviado a Solano López para advertirle del peligro de una alianza argentino-brasileña. Pero el enviado se excedió en sus funciones y, sin tener permiso para hacerlo, ofreció a López mediar entre Uruguay y Brasil. Ninguno de los dos países aceptó ese arbitraje, puesto que estaba ya formada una comisión negociadora. La citada comisión fracasó, Brasil exigió satisfacciones en un plazo de seis días, tras los que llegaría una ofensiva militar. Argentina permaneció impasible, y Solano López pensó que existía un pacto entre Argentina y Brasil para repartirse Uruguay y Paraguay. Amenazó a ambos países con una guerra si invadían el territorio uruguayo.

Además de las razones políticas hasta ahora recogidas, Gutiérrez Escudero afirma que, en la actitud de Solano López, había otras motivaciones: el verse rechazado dos veces como mediador, el deseo de imitar a Napoleón y formar un imperio (para ello, intentó el matrimonio con una hija del emperador brasileño, pero fue rechazado), la ridiculización que de su persona hizo la prensa argentina, el orgullo y la vanidad heridas... La citada obra de Leslie Bethell (VI 311) añade que López estaba convencido de la superioridad del Paraguay, que “despreciaba a los brasileños casi con intensidad racial”, y que quería defender el honor nacional. Guido Rodríguez Alcalá (*Ideología* 45) apunta que éste último fue el motivo que el propio López señaló para justificar la guerra, y nos recuerda que la lectura preferida del mariscal siempre fue *Genio del cristianismo* (de René de Chateaubriand). Así, Chateaubriand sería quien hubiera infundido en López el sentido del honor y el sentido de la rebeldía.

El doce de octubre de 1864, Brasil invadió Uruguay. Argentina no reaccionó, y el representante británico, al no advertir de la gravedad de los hechos a Europa, evitó la mediación. López manifestó: “los pueblos extranjeros [...] nos llaman apáticos, hasta nos conceptúan como un pueblo bárbaro... tal vez sea ahora la ocasión de mostrarles lo que realmente somos”¹. Paraguay acordó con Argentina la neutralidad de ésta si Paraguay cruzaba Entre Ríos para enfrentarse a Brasil. Tras el acuerdo, el once de noviembre de 1864, Paraguay capturó un vapor brasileño que había pasado por Asunción portando armas y dinero, cerró las aguas interiores al tráfico fluvial, y mandó tropas al Mato Grosso (24 de diciembre de 1864) en la creencia de que Brasil, al saberse invadido, abandonaría Uruguay para socorrer su propio territorio. El avance paraguayo fue rápido, y las tropas se incautaron de gran cantidad de material militar. Pero Brasil se apresuró a terminar la ofensiva en Uruguay, dejando un gobernador de confianza. Según la citada obra de Bethell, “éste fue el primer error estratégico de los muchos que [López] cometió: hubiera podido atacar a Brasil en Uruguay, pero no en el corazón de su propio territorio” (VI 311).

El catorce de enero de 1865, López solicitó permiso para la circulación de sus tropas por territorio argentino para atacar Río Grande do Sul. Dicho permiso fue denegado. El nuevo gobierno uruguayo, impuesto por Brasil, ofreció su ayuda a éste último país. Llegaron noticias de que Argentina permitiría a las tropas brasileñas transitar por su territorio hacia Paraguay. Así, Paraguay decidió emprender la guerra contra todos ellos. En marzo de 1865, el Congreso otorgó a López el grado de mariscal, y declaró rota la paz con Argentina. El enviado que presuntamente partió de Asunción para declarar la guerra a Argentina nunca llegó a su destino. En abril de 1865, Paraguay tomó Corrientes, desde donde emprendería su campaña contra Brasil. El acto fue presentado por Argentina como piratería, y permitió a Argentina un pacto con Brasil cuyas consecuencias políticas hubieran sido nefastas para

¹Francisco Solano López, *Proclamas y cartas del Mariscal López*, Buenos Aires, Ed. Asunción, 1957, p. 123.

su gobierno en otras circunstancias. Pero, en contra de lo que López había previsto, no hubo un levantamiento general de los correntinos contra Buenos Aires, sino que algunos de los paraguayos exiliados formaron, ese mismo mes de abril, un cuerpo armado, la Legión Paraguaya¹, que combatió la dictadura de López junto a las tropas de la Triple Alianza.

El uno de mayo de 1865, Argentina y Brasil firmaron un pacto de ayuda mutua, al que se unió Uruguay. Varios países americanos y europeos condenaron la Triple Alianza sin tomar otras medidas que las diplomáticas. Parece que Argentina pretendía la anexión de Paraguay a su territorio, lo que causó disputas entre los firmantes del acuerdo. Dichas disputas se solucionaron estableciendo el respeto, por cinco años, de la soberanía paraguaya². Pero el acuerdo era secreto, y López temía que la soberanía y los límites de Paraguay estuvieran en juego en aquella Triple Alianza. La confusión (o manipulación) viene determinada por el propio texto del tratado que, en su artículo decimotercero, establece: “este tratado quedará en secreto hasta que el objeto principal de la alianza [derrocar a Solano López] se haya cumplido” (Thompson, *Guerra* 244).

Al parecer, el Ministro de Relaciones Exteriores de Uruguay (Carlos Castro) entregó una copia del tratado a Lettson (un diplomático británico), que después pudo filtrarse a la prensa. Así, el supuesto texto del tratado fue publicado en Paraguay como justificación de la guerra. Según este texto, los tres países firmantes se repartirían el territorio de Paraguay. Sin embargo, la autenticidad del documento publicado fue negada por los firmantes, y Paraguay, que interesaba como zona de contención entre Argentina y Brasil, no se dividió cuando los aliados vencieron a López.

López llevó al país a una guerra para la que su ejército no estaba preparado; y, aunque se recurrió a la movilización de niños, ancianos y mujeres, la población paraguaya era insuficiente para resistir a la Triple Alianza³.

¹El artículo séptimo del Tratado de la Triple Alianza (reproducido por George Thompson, *La guerra del Paraguay acompañada de un bosquejo histórico del país y con notas sobre la ingeniería militar de la guerra*, Asunción, RP, 1992, pp. 241-245) ya contemplaba la creación de una legión: “no siendo la guerra contra el pueblo del Paraguay, sino contra su gobierno, los aliados podrán admitir una legión [sic] paraguaya de todos los ciudadanos de esta nación que quieren concurrir a vencer a dicho gobierno y la abastecerán con todos los elementos que necesite”. Los miembros de la Legión procedían de la Asociación Paraguaya, nacida en diciembre de 1864 con el “el santo y único fin de libertar a nuestra República del poder tiránico que la oprime” (estatutos citados por Castro, *Historia* 27). A su vez, la Asociación Paraguaya procedía de la Sociedad Libertadora, creada en agosto de 1858 por los exiliados en Argentina.

²Los artículos octavo y noveno del Tratado (Thompson, *Guerra* 241-245) son claros: “los aliados se obligan [...] a respetar la independencia, soberanía e integridad territorial del Paraguay [...] el pueblo paraguayo podrá elegir su gobierno y darse las instituciones que le convengan” (art. 8); “la independencia, la soberanía e integridad territorial de la República del Paraguay, será garantizada [...] por el periodo de cinco años” (art. 9).

³Los revisionistas han sostenido que Paraguay tenía, antes de la guerra, entre 800.000 y 1.300.000 habitantes. Y así lo han reproducido investigaciones más recientes, como la de Bárbara Ganson de Rivas, *Las consecuencias demográficas y sociales de la Guerra de la Triple Alianza* (Asunción, Litocolor, 1985) donde se habla de casi 1.000.000 de paraguayos en la etapa anterior a la guerra. Para llegar a esa conclusión, se basan en que el censo de 1857 establecía que la población paraguaya era de 1.337.439 personas (Du Graty, *La Republique du Paraguay*, 1862). También el *Almanach de Gotha para 1859* daba la cifra de 1.200.000 habitantes pero, en posteriores ediciones, la redujo a menos de la mitad. Un gran defensor de Bernardino Caballero que vivió en Paraguay durante su gobierno, E. de Bourgade la Dardye, revisa los datos de la población paraguaya (*El Paraguay 1889*, Asunción, Arte Nuevo, 1985, pp. 99-102) de la siguiente manera: “el primer dato de confianza [...] remonta a fines del siglo pasado [él escribe en 1889]. Nos lo transmite Azara [*Viajes* II 328], quien dice que el censo oficial fijaba la población de la provincia a 97.480 individuos. Este hecho queda corroborado por Aguime [Memorias manuscritas, 24 de diciembre de 1788], quien estima el número de habitantes a más o menos 96.000. En 1828, según Bally, se contaban 250.000 habitantes. Esta cifra está en relación con el aumento (continúa...)

Una guerra contra Paraguay de ninguna manera era popular en Argentina. Muchos la veían como una acción iliberal cuyos resultados aumentarían el poder del estado, incrementarían el ejército nacional y, mientras enriquecerían a los proveedores del estado, crearían cargas intolerables a la población. Además, se contemplaba a Brasil como un aliado odioso porque mucha gente consideraba que verter sangre argentina y gastar dinero argentino en apoyo de las ambiciones imperialistas de un estado esclavista era la mayor de las locuras [...]. Sin embargo, López no supo explotar las divisiones internas de Argentina, o las que había entre Argentina y Brasil, y malgastó imprudentemente sus recursos [...]. López necesitaba una victoria rápida y, si no podía ganar rápidamente, probablemente no ganaría. Con una táctica de defensa, Paraguay era virtualmente inexpugnable [...]. Pero en cambio lo que hizo López fue dar golpes sin criterio y malgastó sus fuerzas. (Bethell, *Historia* VI 311-312).

Pronto los soldados paraguayos dejaron de percibir sus salarios, y el pago se redujo a una ración diaria de carne, a la que las “soldadas” no tenían derecho. Como señala Centurión, el único derecho de todos ellos era dar la vida por Solano López:

El mariscal López, cuyo egoísmo y desconfianza no conocían límites, observaba la más rigurosa reserva en todas sus determinaciones, y cuando tenía el buen humor de hacerlas saber, no era nunca en busca de nuevas luces o de mejor parecer (puesto que él estaba en la firme creencia de que ningún otro en el país era capaz de concebir mejores ideas que las suyas), sino más bien para tener la satisfacción de escuchar los elogios y las lisonjas que le hacían los aduladores que le rodeaban. (*Memorias* I 301).

Tras la fase ofensiva, Paraguay entró en una fase defensiva, que comenzó en junio de 1866, y se prolongó mucho más de lo esperado por la Triple Alianza. Los intentos de los mediadores internacionales de dar al conflicto una solución diplomática no sirvieron de nada, ya que López siempre rechazó el requisito de dejar el poder. En la etapa defensiva, resultó vital la labor de los técnicos ingleses que colaboraban con el ejército paraguayo. Según palabras de 1867 del Secretario de la Legación Británica en Buenos Aires, G. Z. Gould:

El servicio médico está en manos de cuatro cirujanos y un boticario ingleses. La explotación de minas

³(...continuacion)

normal de la población en los países de América del Sur. En efecto, da una progresión anual promedio de 2,40% [...]. De 1848 a 1857 fueron emitidas las más variadas apreciaciones [...]: mientras unos fijan un total de 1.100.000 habitantes [...]. El cónsul de Francia [Conde de Brossar, *Considerations sur les Republiques de la Plata*, 1850, 12], al informar a su gobierno, indica que la cifra de 600.000 es la que más se acerca a la verdad [...]. Si aplicamos ahora la progresión anual de 3 por ciento a la cifra de 250.000 habitantes dada por Bally al Paraguay de 1828 [...] en 1866, la población de Paraguay debía alcanzar la cifra de 768.883 almas”. Algunos cálculos más recientes han rebajado esa estimación a casi la mitad: Vera Blinn Reber en “The Demographics of Paraguay” (citado por Doratioto, “Construção”) concluye que la población de Paraguay antes de la guerra no superaba las 318.144 personas, y que el censo de 1857 fue falsificado para disuadir a posibles invasores. Similares son los datos de Diego Abente (“The War of the Triple Alliance: Three Explanatory Models”, *Latin American Research Review*, n° 2, 1982, p. 56). Según Abente, Paraguay tendría, al comienzo de la guerra, unos 400.000 habitantes (mientras, la población de Brasil era de 9.100.00 habitantes, la de Argentina de 1.737.000, y la de Uruguay de 250.000). En *Historia* (Bethell, VI 312), se llega a afirmar: “la valoración tradicional que considera que hubo un millón de muertos es un dato gratuito [...]. Perdió la mitad de su población, que descendió de las 406.646 personas que había en 1864 a las 231.000 de 1872”. Los datos de estos autores se hacen todavía más verosímiles si consideramos el censo de 1846, donde se da la cifra de 238.826 habitantes (de ellos, 17.212 pardos, de los cuales 7.893 eran esclavos y 523 libertos). No parece probable que, en sólo once años, la población de un país se multiplicase por cuatro. Además, Bartolomé Mitre, en agosto de 1868, calculaba: “el ejército paraguayo había perdido 80.000 soldados, entre los que se contaban niños de diez a catorce años, ancianos y aún mujeres” (Pablo Rocca, “Los límites de la ficción histórica”, *El País Cultural*, 13 de septiembre de 1996, p. 8). Si bien es cierto que todavía faltaban dos años para acabar la contienda, no lo es menos que cada bando suele sobreestimar las bajas del enemigo. Por lo tanto, resulta inverosímil que el descenso de la población durante la guerra sea la que han considerado los revisionistas.

está dirigida por ingenieros ingleses. Las obras del Arsenal son efectuadas por ingenieros y artesanos ingleses. Los maquinistas de los vapores son ingleses. Su ferrocarril, muchos de los edificios públicos, y el formidable sistema de las obras de defensa [...] han sido levantados bajo la dirección de tres ingenieros civiles ingleses. A los esfuerzos de este puñado de ingleses se debe principalmente que el Paraguay [...] haya podido prolongar la desesperada lucha que emprendió hace más de dos años. (Citado por Pla, *Británicos* 25).

Aunque, en 1869, Asunción fue tomada por Caxias (quien consideró terminada la contienda, y se retiró del combate), López y unos cuantos hombres continuaron una guerra de guerrillas, que sólo terminó cuando los aliados consiguieron acabar con el mariscal en Cerro Corá, el primero de marzo de 1870. Parece que sus últimas palabras fueron “muero con mi patria”. Según los datos de buena parte de los historiadores, así era: la población se reducía a doscientas mil personas¹. Paraguay quedó arruinado y condenado a una estructura económica de subsistencia (por poner sólo un ejemplo: frente a los dos millones de cabezas bovinas anteriores a la guerra, sólo había, en 1870, quince mil).

En 1852, Argentina y Paraguay firmaron el tratado Derqui-Varela, que reconocía como paraguayo el territorio al norte y al sur del Pilcomayo. El presidente norteamericano Rutherford Birchard Hayes (1871-1881) se basó en esos antecedentes cuando actuó de árbitro, y otorgó a Paraguay parte del Chaco sur (pero Bolivia nunca aceptó ese fallo, situación que llevaría, años más tarde, a la guerra del Chaco). Así, “sólo” se perdieron 142.500 km² de territorio: se entregó a Brasil la zona al noroeste del río Paraguay, y a Argentina el territorio entre el Paraná y Uruguay. En contra de lo que se había anunciado sobre la Triple Alianza, Paraguay mantuvo la independencia.

A pesar de lo expuesto sobre él, López ha sido venerado como un héroe épico que sacrificó su vida por su patria, como el artífice de la incuestionable gallardía que los paraguayos demostraron en la guerra, como el luchador contra las potencias “invasoras”. Se convirtió en un mito de la historia oficial, en el defensor de la independencia nacional. Y los dictadores que siguieron a la etapa liberal, especialmente Stroessner, se encargaron de avivar la imagen de este “héroe mítico”. Con más objetividad, Peiró sostiene en su tesis:

Su positivismo le conducía a un pragmatismo que contrastaba con su idealismo. Su sentido de gobierno se entroncaba con la tradición napoleónica, y despreciaba cualquier planteamiento crítico y las ideologías. Guido Rodríguez Alcalá manifiesta que López fue un Napoleón sin ejército, sin industria, sin una tradición de pensamiento pragmático en que apoyarse, aunque sustentado en una burguesía financiera internacional que lo sostenía con sus préstamos. Tomaba del positivismo latinoamericano el sentido jerárquico y autoritario de la sociedad ya que creía que el fin de la política consistía en hacer de todo ciudadano un funcionario social, enteramente subordinado al poder con

¹El primer censo tras la guerra es el de 1886, donde se da la cifra de 239.774 habitantes. Respecto a la distribución por sexos, Gutiérrez Escudero (*López* 124) llega a afirmar que, al final de la guerra, sólo un diez por ciento de los supervivientes eran varones; Josefina Plá (*Obra y aporte femeninos en la literatura nacional*, Asunción, Centro Paraguayo de Estudios Sociológicos, 1976, p. 26) sostiene: “en el Paraguay había hasta siete mujeres por cada hombre”; E. de Bourgade la Dardye (*Paraguay* 104) señala: “todavía se encuentra gente que afirma, como quien sabe, que en el Paraguay, para cada hombre hay treinta y dos mujeres”; y Bárbara Ganson (*Consecuencias* 11) estima tres mujeres por cada hombre. Sin embargo, en el citado censo de 1886 (recogido por Helio Vera, *Hueso* 82), las cifras son las siguientes: población de 15 a 20 años: 10.641 hombres y 13.478 mujeres; de 21 a 30 años: 22.586 hombres y 31.900 mujeres; de 31 a 40 años: 6.420 hombres y 18.697 mujeres; de 41 a 50 años: 3.497 hombres y 12.124 mujeres; de 51 a 70 años: 2.652 hombres y 9.285 mujeres. Es decir, 1,86 mujeres por cada hombre (si sumamos, veremos que sólo aparecen algo más de 131.000 individuos entre ambos sexos. Ello se debe a que el anuario estima la población indígena en torno a 100.000 habitantes, sin especificar sexos ni edades).

la obediencia más completa. Su positivismo era un despotismo ilustrado en un país sin ilustración; sin universidades ni institutos de investigación científica, ni pensadores, y ni una burguesía empresarial emprendedora. López era el obstáculo para la racionalización de la sociedad, de la misma forma que se afirmó como dirigente romántico nacionalista mítico.

El romanticismo, que le llegó a través de las lecturas que antes hemos citado, no impidió que en López apareciera una tendencia positivista en su intento de emular a Napoleón. Como señala Guido Rodríguez Alcalá, se creyó “en la libertad de gastar soldados en aventuras guerreras; como el Corso, sentía un profundo desprecio hacia los planteamientos críticos” (*Ideología* 47). Tampoco su religiosidad evitó que persiguiera a la iglesia y se declarara jefe de la misma. Para agradar al mariscal, algunos de sus miembros llegaron a nombrarlo “Dios sobre la tierra”.

Respecto a la vida cultural, durante la guerra, la literatura se redujo a los cantos y poemas propagandísticos publicados en los diarios que se encargaron de enfervorizar a las tropas mediante crónicas manipuladas de los combates, sátiras del enemigo, y exaltación de las virtudes de los paraguayos. Con ese fin nacieron *El Centinela* (abril 1867- julio 1868), *Cabichui*¹ (mayo 1867 - julio 1868), y *La Estrella* (febrero 1869 - agosto 1869), todos ellos con textos en español y guaraní; y *Cacique Lambaré* (julio 1867 - setiembre 1868), sólo en guaraní. Hemos de tener en cuenta que, desde el tiempo de las misiones jesuíticas, ésas son las primeras publicaciones de textos en guaraní.

Al terminar la contienda, la situación cultural era tan desastrosa como la social y la económica. Méndez-Faith (*Paraguay* 22) recuerda: “(de 1814 a 1870) las elites intelectuales y el proceso cultural fueron dos veces anulados, primero bajo la dictadura del doctor Francia y luego como consecuencia de la Guerra Grande”. Por tanto, Paraguay se enfrentó a la posguerra sin hombres suficientemente formados para dirigir el país.

III. - La era liberal

Asunción, ocupada por los aliados el uno de enero de 1869, fue sometida al pillaje de los soldados (principalmente, brasileños). En junio, los aliados propiciaron la formación de un gobierno provisional a cargo de José Díaz de Bedoya, Carlos Loizaga y Cirilo Antonio Rivarola. Dicho gobierno prometió celebrar elecciones en el plazo de un año, declaró a López como forajido, y confiscó sus propiedades².

Los triunviros [...] hicieron una labor excelente. Se apresuraron a crear campos de trabajo para las familias sin hogar, formaron una milicia para suprimir los saqueos y el bandidaje, instituyeron nuevos sistemas fiscales y judiciales, pusieron en marcha un programa de obras públicas con el fin de crear puestos de trabajo e hicieron que los inválidos y los huérfanos quedaran bajo la protección del

¹Cabichuí es el nombre de una avispa negra de pequeño tamaño. La portada del primer número (13 de junio de 1867) contiene un grabado en el que dichas avispas atacan a un brasileño, y un texto (probablemente de su director, Juan Crisóstomo Centurión) en el que se aclaran sus intenciones: “*El Cabichuí* vuela a asirse a la bandera de los libres, a esa bandera que siempre ha conducido a la victoria, [...] quiere tener el orgullo de combatir en el mismo campo [...] del bravo soldado paraguayo contra las viles y esclavas legiones que han venido [...] a desolar el tranquilo hogar”.

²El decreto de 17 de agosto de 1869 puso al mariscal fuera de la ley (Registro oficial 1869-1875, folio 221-222); el de 19 de marzo de 1870 (firmado por Rivarola) ordenó el embargo de sus bienes; y el de 4 de mayo de 1870 (firmado por Rivarola y Loizaga), el embargo de los bienes de Mme. Lynch.

estado. (Bethell, *Historia X* 136).

Sin embargo, necesitaban la aprobación de los aliados para cada una de sus acciones, y éstos no solían ponerse de acuerdo. No obstante, a pesar de la inestabilidad y de los graves problemas del país, durante la llamada era liberal, se organizó la administración estatal, se redujo el ejército, se creó un sistema de educación pública, y se declaró obligatoria la instrucción básica. Gracias a aportaciones privadas, se abrió una biblioteca pública. En 1877, se fundó el Colegio Nacional¹, de cuyas aulas saldrían la mayor parte de los escritores y los intelectuales de los que hablaremos al tratar esa etapa. Por iniciativa de Juan José Decoud, en 1889, se inauguró oficialmente la Universidad Nacional (en cuyas primeras promociones, se graduaron algunos de los hombres que llegarían a ocupar la presidencia de la República, como Cecilio Báez, Manuel Domínguez y Eusebio Ayala). Y, en 1895, se creó el Instituto Paraguayo, importante foro de debate y de difusión intelectual, que, en 1933, se fundió con el Gimnasio Paraguayo. Contaba con sala de lectura y de conferencias, con la biblioteca heredada del Ateneo Paraguayo, y con secciones de idiomas, literatura, esgrima, gimnasia, música y pintura. Además, el Instituto Paraguayo impartió clases de contabilidad, fotografía, taquigrafía, dibujo y telegrafía. Desde 1896 hasta 1909, publicó una revista (muy interesada en la historiografía, pero con artículos dedicados también a la literatura, el pensamiento, la geografía, las leyes, las ciencias...) en la que colaboraron, entre otros, Cecilio Báez (1862-1941), Moisés Bertoni (1857-1929), Guido Boggiani (1861-1901), Carlos R. Centurión (1902-1969), José Segundo Decoud (1848-1909) y su hermano Diógenes (1857-1920), Viriato Díaz Pérez (1875- 1958), Manuel Domínguez (1868-1935), Blas Garay (1873-1899), Juan Silvano Godoi (1846-1926), Manuel Gondra (1871-1927), Fulgencio R. Moreno (1872-1933), Juan E. O'Leary (1879-1969) e Ignacio Pane (1880-1920).

El nuevo clima de libertad posibilitó el nacimiento de la prensa independiente: entre 1869 y 1916 se publicaron unos ochenta periódicos² y numerosas revistas de diversa tendencia y temática. Pero la libertad, por sí sola, no era capaz de acabar con los problemas de un país destrozado. En un intento desesperado de conseguir fondos para sacar a Paraguay de su ruina, los sucesivos gobiernos favorecieron la venta de las propiedades del Estado que, en muchos casos, pasaron a manos extranjeras. Además, poco de aquel dinero llegó a las arcas estatales: la mayor parte fue a parar a los bolsillos de los gobernantes, que concibieron el poder como una vía de enriquecimiento personal.

1.- La inmediata posguerra (1870-1880)

A partir del momento de la toma de Asunción por los aliados, los disidentes

¹Según E. de Bourgade (*Paraguay* 81), “el Colegio Nacional cuenta con veintidós profesores, reclutados entre los paraguayos, o entre extranjeros, contratados directamente en Europa [...]. En 1888, los cursos de derecho fueron organizados en los locales del Colegio Nacional. [Impartieron las clases] Los principales abogados de la ciudad, los miembros más importantes del tribunal superior, todos los doctores de facultades de derecho extranjeros”.

²Dato de Carlos R. Centurión, tomado de Claude Castro, *Historia* 31. Mafalda Victoria Díaz Meliau (*Índice General de la Revista del Instituto Paraguayo (1896-1909)*, Paraná, Revista del Instituto Paraguayo, 1970, p. 3) señala: “en las dos últimas décadas del siglo XIX aparecieron: *La Democracia*, 1881; *Diario oficial*, antiguo *Boletín Oficial*, 1889; *La Religión*, 1889; *Revista de la Universidad Nacional*, 1893; *El Tiempo*, 1891; *El Pueblo*, 1894; *La Opinión*, 1894; *Revista Mensual*, 1896; *La Verdad*, revista, 1896; *El Paraguay Ilustrado*, 1896; *El Rayo*, 1896; *El Cívico*, diario, 1896; *El Deber*, boletín, 1896, y, en Villa del Pilar, *El Popular*, 1896”.

empezaron a regresar al país. Las antiguas divergencias, antes acalladas por la falta de libertad, y alentadas en la posguerra por los intereses divergentes de Brasil y Argentina, pronto se materializaron en la aparición de varios grupos. Argentina apoyaba a los antiguos miembros de la Legión Paraguaya, representados por Facundo Machaín¹, José Segundo Decoud² y el recién nombrado jefe de las milicias, Benigno Ferreira³. Brasil respaldaba a Cirilo A. Rivarola⁴: su condición de ex sargento del ejército paraguayo, torturado durante la guerra, lo convertía en un patriota que no lamentaba la desaparición de López. Por último, había un grupo dirigido por Cándido Bareiro⁵, al que pronto se uniría Bernardino Caballero⁶.

El grupo de Bareiro constituyó, el veinticuatro de marzo de 1870, el Club del Pueblo que, desde *La Voz del Pueblo*, apoyó al general Patricio Escobar para la presidencia. Dos meses después, el grupo de Decoud creó El Gran Club del Pueblo, que apoyó a Cirilo Antonio Rivarola desde *La Regeneración*. El tres de julio de 1870, se convocaron las

¹Facundo Machaín (1847-1877) negoció, en 1876, el tratado de paz con Argentina, siendo Ministro de Relaciones durante el gobierno de su rival político, Gill. Defendió como abogado a los asesinos de Gill. Fue asesinado en la cárcel.

²José Segundo Decoud (1848-1909): en la época de Carlos Antonio López, se exilió a Argentina con su familia. Regresó a Paraguay con las fuerzas aliadas, y fundó el diario *La Regeneración*. En 1877, actuó como diplomático en Estados Unidos. Fue canciller en los gobiernos de Bareiro, Caballero, Escobar y Aceval. Participó en la firma del tratado con Bolivia (1879). Redactó el documento fundacional del Partido Colorado. Se suicidó.

³Benigno Ferreira (Asunción, 1846 - Buenos Aires, 1920) luchó contra López durante la guerra de la Triple Alianza. Al finalizar la contienda, fue Jefe de la Guardia Nacional y, más tarde, Ministro de Guerra y Marina, Interior, Justicia, Culto e Instrucción Pública. Encabezó la revolución de 1904, y fue Presidente Provisional de la República. Consiguió unir bajo su dirección a cívicos y radicales, iniciando así la etapa liberal. Llegó a ser Presidente de la República en 1906 pero fue depuesto, dos años más tarde, por los radicales amotinados a las órdenes del coronel Albino Jara.

⁴Cirilo A. Rivarola (1833-1878) cayó prisionero de los aliados durante la Gran Guerra. Fue Ministro del Interior en el gobierno provisional instaurado en 1869, y Presidente del Gobierno (1870-71). En enero de 1871, “decretó que los peones de establecimientos industriales no podían abandonarlos sin permiso escrito del dueño [...]. En agosto 3 y 5 Rivarola reinstauró la práctica francista de ordenar qué tipo de plantaciones se efectuarían” (Ricardo Caballero Aquino, artículo en el Suplemento Cultural de *Abc*, 26 de julio de 1981). En octubre de ese mismo año, disolvió el Parlamento, formó uno nuevo, y ofreció su renuncia esperando ser confirmado en el cargo. No sucedió así: Jovellanos ocupó la presidencia. Desde el exilio, conspiró contra el gobierno. Regresó al país durante el mandato de Bareiro, y dirigió la sublevación que acabó con la vida del presidente Juan Bautista Gill. Fue asesinado en 1878.

⁵Cándido Bareiro (1833-1880) fue uno de los cinco becarios enviados a Europa en 1858. Según Centurión, era el encargado de delatar a los otros cuatro. Se enroló en la Legión Paraguaya para combatir a López. Fundó el Club del Pueblo. Participó en la revolución de 1873. Su presidencia (1878-80) concluyó debido a su muerte natural.

⁶Bernardino Caballero (Ybycuí 1839 - Asunción, 1912) tenía el grado de general de división al terminar la Guerra Grande. En 1873, lideró una revolución. Ese mismo año, apareció en Corrientes un manifiesto antilopista supuestamente redactado y firmado por él, aunque, el catorce de diciembre de 1906, en una carta a O' Leary, afirmaba: “yo no redacté ese documento [...]. Las circunstancias me obligaron en ese momento a no hacer cuestión, porque no estaba en situación de romper con entusiastas y eficaces colaboradores” (Carta reproducida en el Suplemento Cultural de *Abc*, 8 de marzo de 1981). Fue ministro del Interior (1877) durante el mandato de Gill, con cuya viuda se casó. Cuando murió Cándido Bareiro (1880), el ejército se hizo cargo de la situación, y dio un golpe de estado en el que apartó al Vicepresidente en favor de Caballero, quien ocupó la presidencia de la República (1880-1886): Caballero fue legitimado por el Congreso para terminar el periodo presidencial correspondiente a Bareiro. Concluido dicho periodo (1882), fue elegido Presidente de la República. Como, según la Constitución, no podía ser reelegido, se aseguró de que el general Patricio Escobar ocuparía el cargo. En 1887, fundó la Asociación Nacional Republicana (Partido Colorado), cuya jefatura ejerció hasta su muerte. A través de ella, y desde su puesto de parlamentario, Caballero controló el país designando y destituyendo presidentes, hasta que la insurrección liberal de 1904 puso fin al dominio colorado.

elecciones para formar la Asamblea Nacional. Los antiguos legionarios se hicieron con el triunfo, disolvieron el triunvirato, y nombraron a Facundo Machaín como presidente interino. Brasil interpretó el acto como un golpe de estado: su ejército obligó a Machaín a dimitir, y se designó a Rivarola para sustituirle. En la obra de Bethell (*Historia X* 136) se afirma: “Rivarola era bastante inculto y tenía poco talento político, pero resultaba útil porque no era partidario de la Legión ni de López”.

El Gran Club del Pueblo se encargó de redactar la Constitución de 1870, basándose en la de Estados Unidos. Esta constitución, promulgada en noviembre, estableció la división de poderes, un mandato presidencial de cuatro años, y la creación del Senado (con trece miembros, elegidos cada seis años) y de la Cámara de Diputados (con veinte miembros, elegidos cada cuatro años). Cada dos años, la mitad del Congreso y un tercio del Senado habían de ser renovados mediante nuevas elecciones. Además, se abolió la tortura, la esclavitud, el exilio y la pena de muerte por motivos políticos. Se prohibió la reelección de un presidente hasta pasados ocho años de su mandato, se estableció que un gabinete de cinco miembros y un vicepresidente ayudaran al presidente y, para vigilarlo, el Congreso nombraría una Comisión Permanente. A falta de otras leyes particulares, el gobierno decidió adoptar, provisionalmente, las hasta ese momento vigentes leyes coloniales. El veinticuatro de agosto de 1871, Paraguay empezó a aplicar el código penal de Buenos Aires.

Al igual que otros revisionistas, Natalicio González la define como una “constitución exótica, que organiza un Estado esencialmente antiparaguayo”¹. Según el técnico francés E. de Bourgade, que pasó dos años en Paraguay en la década de 1890,

Muy liberal, la nueva Constitución hizo caer todas las barreras restrictivas que habían sido acumuladas [...] por los gobiernos anteriores. En adelante, la navegación de los ríos era libre, y los paraguayos, así como los extranjeros, tenían derecho a entrar y salir de la República, sin trabas ni pasaporte. Era la primera vez que la frontera se abría de esa manera, y que ese curioso país entraba en comunicación con el resto del mundo. (*Paraguay* 77-78).

Sin embargo, según Bethell (*Historia X* 137) esta constitución democrática, liberal y centralista “no tenía ninguna posibilidad en una sociedad como la de Paraguay, donde la mayoría de la gente era desesperadamente pobre e inculta”; y, como “el gobierno era una de las pocas oportunidades de enriquecerse que se ofrecían al ciudadano, [...] había una lucha feroz por controlarlo [...] tampoco los aliados estaban dispuestos a que en Paraguay funcionase un gobierno verdaderamente libre”.

Argentina protegía en Paraguay a los antiguos desterrados; Brasil, tras de hacerse ceder los territorios en disputa, avaló a un gobierno dominado por los antiguos generales de López, al que sostuvo en su oposición contra las exigencias territoriales argentinas. Así se afirmó la hegemonía brasileña, mientras los nuevos gobernantes presidían una alegre liquidación de las tierras del Estado; la reconstrucción de Paraguay se hace bajo el signo de la gran propiedad privada, y es [...] muy lenta; el país está destinado a mantener su principal vinculación con Argentina, a donde se dirigen la mayor parte de sus exportaciones, y de cuyo sistema de navegación fluvial depende en su comunicación con ultramar².

¹Natalicio González, *El Paraguay eterno*, Asunción, Cuadernos Republicanos, 1986, p. 81.

²Tulio Halperin, *Historia contemporánea de América Latina*, Madrid, Alianza, 1990, p. 270.

Argentina aceptó el tratado de límites dictado por un arbitraje internacional en febrero de 1876, y comenzó su retirada del territorio paraguayo. Brasil (que había firmado el tratado de paz en enero de 1872) retiró sus tropas en julio de ese mismo año, ya que consideró excesivos sus costos de mantenimiento. Pero, durante el tiempo de ocupación, este último país seleccionó varios presidentes marioneta, todos ellos de la órbita de López, como Juan Bautista Gill¹ (1874-77) y Cándido Bareiro (1878-1880).

El primo del mariscal López, Juan Bautista Gill, fue “figura central en todas estas intrigas de la posguerra [...]. Político brillante pero despiadado, pronto convenció a los brasileños de que era más capaz de gobernar el país que el rústico e inepto presidente [Rivarola]” (Bethell, *Historia X* 138). Con el apoyo de Brasil, puso en lugar de Rivarola al vicepresidente Salvador Jovellanos. Antes de que Gill pudiera arrebatarle el poder a éste, Benigno Ferreira lo detuvo, y lo expulsó del país. En 1871 y 1872, Jovellanos negoció dos préstamos con una casa de banca británica (la Barning Brothers) pero el dinero, en lugar de revertir en el bienestar de los ciudadanos, se malgastó, o pasó a formar parte de la fortuna personal de los dirigentes. Según E. de Bourgade (*Paraguay* 83), de las 1.438.500 libras esterlinas obtenidas, por “las dificultades de comunicación -hábilmente explotadas- a las cajas del estado no llegó sino [...] 200.000 a lo sumo. [...] en 1874 [...] se vio obligado a suspender el pago de los intereses”.

Con la presidencia de Jovellanos aumentó la influencia argentina hasta que, en 1874, una revuelta encabezada por Caballero obligó a Ferreira a marcharse al exilio. La intervención de los brasileños llevó a Gill a la presidencia. Durante su mandato, Machaín firmó un ventajoso tratado de límites con Argentina (Tratado Machaín-Irigoyen, 1876). El presidente fue asesinado el doce de abril de 1877, por un grupo de hombres a los que se ha calificado de “lopistas disidentes” ya que, además de oponerse a Gill, estaban enfrentados a Caballero y Bareiro. Contaban con que el magnicidio llevara a Rivarola a la presidencia, pero el ministro de guerra (Patricio Escobar) y el general Caballero apoyaron al hasta entonces vicepresidente, Higinio Uriarte, derrotaron a los rebeldes, y apresaron a sus líderes.

Uriarte convocó elecciones para 1878. Los lopistas presentaron a Bareiro como candidato; y José Segundo Decoud, como consecuencia de un conflicto personal con Facundo Machaín, decidió apoyar al candidato lopista. La candidatura de Machaín, sin embargo, contaba con posibilidades de victoria: su papel como negociador con Argentina le había dado popularidad, y era el abogado de los asesinos de Gill. Para evitar su triunfo electoral, Caballero, Bareiro y Escobar lo acusaron de tramitar un golpe de estado. Con esa excusa, la policía de Uriarte lo encarceló, fingió un intento de fuga, y lo asesinó en la cárcel.

A pesar de la revuelta popular, Bareiro llegó al poder, y ofreció una amnistía a Rivarola, quien regresó a Asunción. No llevaba una semana allí cuando fue asesinado. Bareiro tenía vía libre para gobernar. Dado que una de las obligaciones constitucionales del gobierno era fomentar la inmigración, se creó una oficina dirigida por el general austriaco, excombatiente de la Triple Alianza, Francisco Wisner von Morgenstern. Como recuerda Guido Rodríguez Alcalá, en 1880, el gobierno proyectó la llegada de diez mil inmigrantes

¹Juan Bautista Gill (Asunción, 1840-1877) fue Ministro de Hacienda de Rivarola. Acusado de malversación de fondos, fue enjuiciado (1871) y destituido por el Congreso, pero un año después resultó elegido Presidente del Senado. Apoyado por los brasileños, consiguió llegar a la presidencia de la República.

alemanes¹. Nunca se alcanzaron tales cifras, y cuando, en 1881, llegó el primer grupo de alemanes para fundar San Bernardino², Bareiro ya no vivía para verlos: en 1880, enfermó y murió repentinamente. A partir de esa fecha, comenzó la época presidencial que López Decoud denominó de “los viejos generales”: Bernardino Caballero (1880-1886), Patricio Escobar (1886-1890) y Juan Bautista Egusquiza (1894-1898).

2.- Los viejos generales (1880-1904)

La tendencia a que colaboradores de López accedieran a la presidencia no terminó con la retirada de Brasil: el general Bernardino Caballero, que fue lugarteniente del mariscal, y se pretendía sucesor legítimo de López³, se hizo con el poder tras la muerte de Cándido Bareiro. Dos años después, Brasil consiguió impedir la llegada a la presidencia de José S. Decoud, y Caballero se convirtió en el único presidente de esta etapa que excedió la duración legal de su mandato (1880-86). Entre las decisiones acertadas de su gobierno, hay que destacar que, en 1881, estableció la obligatoriedad de la enseñanza⁴: una medida muy necesaria, dadas las circunstancias culturales del país.

La enseñanza pública [...] bastante reducida en la época de López, había sido descuidada por completo durante la guerra [...]. Según el *Anuario de estadísticas* del año 1886, solamente el 14%

¹Guido Rodríguez Alcalá, “Paraguay-Alemania: inmigración y relaciones culturales”, en Karl Kohut (ed.), *La recepción de la cultura alemana en América latina. Cinco visiones*, Universidad de Eichstätt, 1998, p. 9.

²E. de Bourgade (*Paraguay* 108) señala: “según los datos de la oficina general de inmigración de Asunción, cada año llegan mil individuos. Los italianos son los que llegan en mayor número. Vienen luego los alemanes y los franceses. Los españoles y los suizos vienen en cuarto y quinto lugar”. Los hermanos Beatriz y Hugo Rodríguez Alcalá han dedicado el libro *San Bernardino, Historia, imagen y poesía* (Asunción, Arte Nuevo, 1986) a esta ciudad. Allí señalan que faltaban en Paraguay leyes de inmigración como las que tenían los otros países de su entorno, pero Bareiro prometió a los colonos bueyes, semillas, herramientas, pasajes a Buenos Aires, títulos de propiedad de tierras de labranza, y un subsidio para los seis primeros meses. Con esas garantías, llegaron en 1881 las cinco primeras familias berlinesas que se asentarían en San Bernardino: los cabezas de familia eran dos albañiles, un agricultor, un zapatero y un tejedor. En sólo un año, San Bernardino contaba con doscientos noventa y tres colonos; en 1886, su carpintería construía los primeros edificios; y en 1888, se alzaba el “Hotel del Lago”, principio de lo que llegaría a ser el principal balneario de descanso paraguayo. Desde comienzos del siglo XX, y hasta los años cuarenta, el turismo argentino se instalaba en San Bernardino durante el invierno, y el paraguayo lo hacía durante el verano. La carretera desde Asunción, el Club Náutico, la luz eléctrica, la creación del Hotel Casino, y las nuevas residencias dieron a San Bernardino un aspecto de balneario de nuevo ricos. Unos años después de la fundación de San Bernardino, Bernhard Förnster (casado con Elisabeth Nietzsche, la hermana del filósofo), fundó Nueva Germania, una ciudad para preservar a los genuinos alemanes de la mezcla imperante en su país. Aunque el proyecto fracasó, y Förnster se suicidó, Nueva Germania continuó existiendo. Fue casi una excepción: Paraguay no era el país agrícola que los colonos esperaban, y faltaban comunicaciones e infraestructuras.

³En la cuarta parte de esta tesis, trataremos el “testamento político de López” con algo más de extensión. Baste ahora decir que, a pesar de que ninguno de sus contemporáneos hace referencia a ello, O’Leary atribuye a López un discurso por el que ordena a las tropas que, cuando él falte, “lo améis [a Caballero] siempre, como yo lo amo, y que le sigáis siempre como me seguís”. El texto del supuesto discurso fue reproducido en *Patria* (“Tandey-1869”, 11 de septiembre de 1992), en un artículo que sostiene que, con la presidencia, Caballero “llegaba a cumplir la voluntad de su Jefe [...] con la espada de cien batallas envainada, y con la bandera de su credo flameante y victoriosa. Con el partido Nacional Republicano despertaba de nuevo el alma de la raza. Con él sobrevivía para siempre la LÍNEA NACIONAL”.

⁴Los efectos de la ley fueron muy positivos. Según Bourgade (*Paraguay* 81), “en 1882 [...], ya se contaban 175 escuelas de enseñanza primaria, frecuentadas por 6.782 alumnos; en 1886, ya existían 213 escuelas [...]; en 1887, el número de alumnos de ambos sexos alcanzaba la cifra de 15.882 [...]. Al lado de estas escuelas oficiales, se establecieron numerosos colegios particulares, y en la sola ciudad de Asunción, en 1887, se contaban 5 escuelas libres para varones y 9 para mujeres [...] aún no fue posible preocuparse con eficacia de la enseñanza superior”.

de la población paraguaya sabía leer y escribir y además, entran en esta cuenta los niños que pertenecen a las escuelas actuales. (Bourgade, *Paraguay* 80-81).

Como la situación económica del país era extrema, Caballero vendió el ferrocarril (que pasó a manos inglesas) y las “minas de yerba mate” (hasta entonces, alquiladas). Además, las leyes de 1883 y 1885 regularon la venta de las tierras estatales, que eran casi todo el territorio paraguayo, ya que, al finalizar la Guerra, muchas familias habían desaparecido, y sus posesiones habían pasado al Estado. A pesar de los bajísimos precios, los campesinos paraguayos no podían permitirse adquirir el lote mínimo (media legua cuadrada). Por contra, Caballero y sus colaboradores consiguieron préstamos estatales para comprar las mejores propiedades; y grandes extensiones de tierra pasaron a ser propiedad de unos pocos terratenientes extranjeros. Así, el mundo rural se transformó: cuarenta y cinco compañías se adueñaron de buena parte de los yerbales paraguayos. No pagaban impuestos, y los trabajadores vivían en unas condiciones poco mejores que la esclavitud. El negocio fue tan rentable para los inversores que puede calificarse de especulación. Según los datos de E. de Bourgade la Dardye (*Paraguay* 98), compraron las tierras por un precio de entre cien y mil doscientos pesos la legua cuadrada que, en 1889, se vendía entre cuatro y quince veces más cara. El historiador Ricardo Caballero Aquino afirma: “las leyes de ventas de tierras y yerbales fiscales de 1883 y 1885 tuvieron consecuencias económicas más catastróficas que la propia Guerra de la Triple Alianza”¹.

Otro oficial del ejército de López, Patricio Escobar², sucedió a Caballero (1886-90). El que fuera su ministro y confidente, César Gondra, lo describió de la siguiente manera:

Pertenecía a una estirpe de hombres que han desaparecido en el Paraguay [...] se cuentan hechos que hicieron famosos su valor y su serenidad en los combates; los que en unión con sus dotes militares naturales, lo llevaron a las más altas jerarquías en esta carrera [...]. Tampoco Escobar es hombre de muchas letras, pero posee una astucia proverbial y un sentido común de certera eficacia en los afanes de la política. Es un zorro de los tejemanejes y conciliábulos. Conoce y domina todas las mañas y artimañas del oficio. (Citado por Gondra, *Escobar* 137-138).

Durante el mandato de Escobar, se vendieron más tierras del estado, se oficializó el Banco Nacional del Paraguay, se constituyó el poder judicial, se fomentó la inmigración, y se promulgó una ley de obras públicas, gracias a la cual se emprendieron obras de mejora de las comunicaciones, la rehabilitación del Palacio de Gobierno, y la construcción del Teatro Nacional y el Hospital de la Caridad. Respecto al mundo cultural, una nueva ley de

¹Ricardo Caballero Aquino, “El proceso de privatización de tierras y yerbales estatales 1871-1885”, Suplemento Cultural de *Abc*, 27 de julio de 1981, pp. 4-5.

²Patricio Escobar (San José de los Arroyos, 1843 - Asunción, 1912), durante la Guerra de la Triple Alianza, llegó a ser Ayudante de Campo del mariscal, y alcanzó el grado de coronel. Ocupó la cartera de Guerra y Marina con Jovellanos, Gill, Uriarte, Bareiro y Ecurra. Durante la presidencia de Jovellanos, participó en la revolución de 1873. Ejerció como Ministro del Interior y Jefe de la Policía durante el mandato de Caballero. Fue condecorado por Brasil (1890) y Venezuela (1890). En 1893, Godoy lo acusó (*Monografías* 49) de haber matado a Venancio López; varios amigos de Escobar se apresuraron a negar esos hechos. Se retiró de la política cuando terminó la revolución de 1904. Bogarín relata una anécdota extraña: cuando los aliados encontraron a Escobar, después de haber matado a López, el capitán brasileño “sacó del bolsillo de su chaqueta una tarjeta y se la entregó. En dicha tarjeta decía un alto Jefe brasileño: ‘cuando encuentren al Coronel Escobar trátenlo con toda consideración’” (*Anécdota histórica en Cerro Corá*, 1936, citado por César Gondra y Víctor I. Franco, *El general Patricio Escobar visto por César Gondra y Víctor I. Franco*, Asunción, Arte Nuevo, 1990, p. 157).

educación atribuyó rentas especiales para el mantenimiento de las escuelas. En 1887, se crearon la Biblioteca y el Museo Nacional; y, dos años más tarde, empezaron a funcionar Colegios de Enseñanza Secundaria en varias ciudades, se inauguró la Universidad Nacional, y se estableció el Consejo Superior de Educación.

En 1887, comenzaron las tensiones en el Chaco: Bolivia izó su bandera en la Casa de Administración de Puerto Pacheco. Paraguay ordenó la retirada de la bandera, ocupó el puerto, fundó el fortín Bahía Negra, e hizo prisioneros a los bolivianos. Como respuesta, Bolivia retiró a su representante en Asunción. Más tarde, se restablecieron las relaciones.

Tampoco la política interna se libró de las tensiones: en 1888, los hermanos López encabezaron la revolución de San Pedro, que fue sofocada. Además, nacieron dos partidos todavía vigentes en la política paraguaya. El dos de julio de 1887, se creó el Centro Democrático (que, en 1894, cambió su nombre por el de Partido Liberal), heredero del Gran Club del Pueblo, y contrario a Caballero. Sus miembros eran antiguos legionarios, ex lopistas desilusionados, y jóvenes reformadores que pretendían terminar con el control militar del estado, e instaurar un gobierno justo. Procedentes de ideologías tan diferentes, la unión entre los miembros de este partido era la acusación a Caballero de enriquecimiento ilícito, y de corrupción oficial. Dos meses después, bajo la dirección de Caballero y José Segundo Decoud, se fundó la Asociación Nacional Republicana (más conocida con el nombre de Partido Colorado por el color usado), procedente del Club del Pueblo, e integrada por antiguos lopistas y ex legionarios: una unión tan extraña como la del partido adversario.

Tanto el Partido Liberal como el Partido Colorado [...] tomaron como programa la constitución, con un objetivo: asumir el gobierno, dominar las definiciones electorales y las disputas de la actividad pública [...] el pueblo se inclinó más a buscar la protección en los hombres dirigentes que en las normas legales. Así el personalismo de los caudillos civiles, ilustrados universitarios o de militares. (Díaz Meliau, *Índice* 3).

El Partido Colorado gobernó el país hasta 1904, a través de los ya citados Escobar y Caballero, y de Marcos Morínigo (1894), Juan Bautista Egusquiza¹ (1894-98), Emilio Aceval² (1898-1902), Andrés Héctor Carvallo (1902) y Juan A. Ecurra (1902-04). Pero la permanencia en el poder de este partido no estuvo exenta de luchas internas. En su seno se enfrentaban la facción moderada de Egusquiza, y la extremista de Caballero, quien destituyó

¹Egusquiza (Asunción, 1845-1902) fue comandante militar de Misiones y Ministro de Guerra (1890). Encabezó el movimiento revolucionario que depuso a Morínigo (1893-1894), y lo llevó a la presidencia (1894-1898). Trató de formar un gobierno en el que se integraran miembros del Partido Colorado y del Partido Liberal. Mientras los liberales más radicales (como Gondra y Báez) se negaron a aceptar los cargos ofrecidos, los más negociadores (liderados por Ferreira) accedieron a ocuparlos. El apoyo de los miembros menos extremistas de ambos partidos lo ayudó a dirigir el país, al que regresaron buena parte de los que se habían exiliado a causa de la inestabilidad política. Durante su mandato, aumentó la población, y se desarrolló una eficaz política financiera y cultural (se fundaron el Instituto Paraguayo, 1896; y la Escuela Normal y de Agricultura, 1897). Además, firmó el Tratado Benítez-Ichazo, que puso fin a la cuestión de límites con Bolivia, y organizó el Tribunal de Justicia. Como no podía volver a la presidencia hasta que hubieran pasado ocho años, apoyó a otro colorado civil de tendencia moderada: Emilio Aceval.

²Emilio Aceval (Asunción, 1854-1931) fue diputado y Ministro de Guerra y Marina (1894-1898). Accedió a la presidencia en 1898, con la protección de Egusquiza, quien instó a los liberales para que presentaran un candidato a las elecciones. Las divisiones en el Partido Liberal impidieron el consenso respecto a su candidato, por lo que se optó por no participar en dichas elecciones. Así, Aceval llegó al gobierno sin un claro apoyo popular y, dada su condición de civil, sin el apoyo del ejército. Trató de seguir una política de aproximación al Partido Liberal, y de distanciamiento de los militares. De ese modo, Caballero encontró una vía para reafirmar su liderazgo, e instó al ejército para deponer a Aceval. En 1902, su Ministro de Guerra, Juan Antonio Ezcurra, lideró el golpe militar contra él.

a Juan G. González¹ (1894) y a Emilio Aceval (1902) por medio de sendos golpes de estado.

3.- Los gobiernos liberales (1904-1936)

El Partido Liberal estaba también dividido en dos grupos: radicales y cívicos. Cecilio Báez² encabezaba la facción radical, convencida de que el liberalismo era el único medio de librar a Paraguay de la barbarie. El líder de los cívicos, el general Benigno Ferreira, pretendía pactar con los colorados menos extremistas para así llegar al poder. Aprovechando las luchas internas del Partido Colorado, radicales y cívicos se unieron a los colorados eguzquicistas, partidarios del depuesto Aceval. Juntos, y con el apoyo de Argentina (que consideraba a Caballero demasiado brasileñista), protagonizaron la Revolución de 1904, liderada por el general Ferreira. Tras cuatro meses de luchas, se alzó con el poder el Partido Liberal; y se mantuvo en él, con la sola interrupción de la presidencia del colorado Pedro Peña, hasta 1936. De hecho, como los colorados no confiaban en la transparencia de esas elecciones, se negaron a presentar un candidato hasta 1927, y se dedicaron a fomentar las divergencias entre los miembros del Partido Liberal.

Una vez derrotado el enemigo común, los liberales fueron incapaces de mantener la unidad del partido, y volvieron a las antiguas luchas internas. Así, el primer presidente liberal, Juan Bautista Gaona (1845-1932), de tendencia radical, fue derrocado por los cívicos al año de su mandato. Tampoco el nuevo presidente, Cecilio Báez, consiguió ocupar su puesto más de un año: fue sustituido por el cívico Benigno Ferreira, quien, desde su posición de Jefe de las Fuerzas Armadas, logró imponer su candidatura en 1906. Como el ala radical era más numerosa en el Partido Liberal, en 1908, un golpe de estado radical privó de la presidencia a Ferreira, quien fue enviado al exilio. Dicho golpe fue liderado por el comandante en jefe del Ejército, Albino Jara³, que veía en Ferreira el mayor obstáculo para alcanzar el poder.

¹Juan G. González llegó a la presidencia en 1890, tras haber ocupado la cartera de Instrucción durante el gobierno de Caballero. A pesar de que, en la fecha de la investidura de González, Caballero había comenzado a perder el dominio de su partido, consiguió que éste fuera elegido. Pero no pudo impedir que intentara la conciliación con los liberales. De hecho, aunque González era uno de los fundadores del Partido Colorado, había pertenecido a la Legión Paraguaya, y mantenía buenas relaciones con miembros de Partido Liberal. González decidió ofrecer la vicepresidencia al partido opositor (aunque, tras duras discusiones, éste rechazó el ofrecimiento). Este intento de acercamiento a los liberales, unido al hecho de que González era un civil, hacía desconfiar a los militares. En 1891, un ataque liberal estuvo a punto de acabar con su mandato. Su Ministro de Guerra, el general Egusquiza, consiguió vencer a los liberales en una sangrienta batalla, y se alzó como héroe militar. Parecía el más firme candidato a la presidencia, pero González prefería que ésta fuera ocupada por un civil, y comenzó una campaña a favor de José Segundo Decoud. Los militares acudieron a la llamada de Egusquiza, y dieron un golpe de estado. El hasta entonces Vicepresidente, Marcos Morínigo, asumió la presidencia en funciones hasta que Egusquiza fue elegido.

²Cecilio Báez (1862-1941) era abogado. De su labor dentro de la generación del 900 trataremos más adelante. Fue uno de los fundadores del Centro Democrático (más tarde, Partido Liberal). Tras el golpe de estado de 1891, se exilió a Argentina, donde permaneció un año. Desde 1894, lideró el sector radical del partido Liberal. Fue secretario de la Cámara de los Diputados, y canciller en los gobiernos de Gaona, Ferreyra, Jara y Paiva. Actuó como Presidente Provisional (1905-06). Se retiró de la política para ocuparse del Colegio Nacional. Presidió la comisión encargada de firmar el tratado de límites con Bolivia al concluir la Guerra del Chaco.

³Albino Jara (Luque 1878 - Paraguarí 1912) intervino en la sublevación que acabó con la presidencia de Benigno Ferreira (1906-1908). Fue ministro de Guerra durante el gobierno de Emiliano González Navero (1908-1910). Un año más tarde, derribó a Manuel Gondra (1910-1911), y se hizo elegir Presidente de la República. Con el apoyo de los
(continúa...)

Para acallar a quienes lo acusaron de oportunismo y de ambiciones desmedidas, Jara puso al radical Emiliano González Navarro como Presidente Interino.

A las elecciones de 1910, no se presentaron ni colorados ni cívicos, de modo que el nuevo líder radical, Manuel Gondra¹, no tuvo opositores. No obstante, su presidencia duró tan sólo dos meses: en enero de 1911, el coronel Albino Jara se sublevó, y lo retiró del cargo. En marzo, Jara se enfrentó a una revuelta radical encabezada por uno de los ministros de Gondra, Adolfo Riquelme. En un intento de escarmentar a los radicales, Jara ejecutó a los líderes de la sublevación. Sin el apoyo de buena parte de los militares, y con la oposición declarada de colorados, cívicos y radicales, Jara sufrió un nuevo levantamiento en julio. Los cívicos y los colorados, que se habían unido para derrocarlo, consiguieron su propósito.

Subió entonces al poder el cívico Liberato M. Rojas², que contaba con el beneplácito del ala menos extremista de su partido, y de los colorados. Sin embargo, Rojas hubo de dimitir en febrero de 1912. Los radicales, reagrupados en Argentina, habían comenzado a invadir Paraguay en noviembre de 1911, liderados por Eduardo Schaerer³, y apoyados por un crédito de doscientos cincuenta mil pesos oro de un prestamista portugués. El colorado Pedro Peña intentó detenerlos a las puertas de Asunción, pero fue derrotado en marzo. De nuevo, Jara se sublevó en agosto, y murió en el campo de batalla. Sin enemigos visibles, Schaerer ocupó la presidencia, y el prestamista cobró su deuda, de las arcas del estado, al máximo tipo de interés legal. La presidencia de Schaerer puso fin, momentáneamente, a la inestabilidad política. Además, modernizó la administración pública, extendió el sistema ferroviario hasta Encarnación y, para favorecer el progreso económico, creó el Departamento de Desarrollo, modernizó el puerto de Asunción, y fomentó el comercio y la inversión extranjera. La necesidad de productos cárnicos surgida con la Primera Guerra Mundial lo llevó a construir varias plantas de preparación de carne. A pesar de su creciente popularidad, los cívicos intentaron, sin éxito, dar un golpe de estado en 1915. Schaerer fue el primer presidente civil que consiguió terminar su mandato.

³(...continuacion)

conservadores, gobernó dictatorialmente, y derrotó a los liberales en la batalla de Bonete, pero tuvo que dimitir a causa de la presión de los ciudadanos (junio de 1911), y abandonó el país. Regresó un año después, para enfrentarse a los liberales en el poder, pero resultó herido, y murió en 1912.

¹Manuel Gondra (Asunción, 1871-1927) fue autor de un estudio sobre Rubén Darío y de otro sobre el publicista argentino Alberdi. Su biblioteca, una de las mejores de Paraguay, está en la Universidad de Austin (Texas). Aunque fue una de las principales figuras de la generación del 900, sólo publicó artículos, entre los que destacan “Consideraciones sobre la revolución de la Independencia y el doctor Francia”, “El catecismo de San Lamberto” y “En torno a Rubén Darío”. En 1904, participó en la revuelta liberal que derrocó al presidente Escurra (1902-04). Lideró el ala radical del Partido Liberal, y llegó a la presidencia en 1910. Desde ese puesto, trató de establecer el sufragio universal, pero fue depuesto por Albino Jara en 1911. Un año después, dirigió a un grupo de guerrilleros liberales contra Jara, en la llamada “Insurrección de los Montoneros”. Ocupó un Ministerio durante el gobierno de Eduardo Schaerer (1912-16). De nuevo alcanzó la presidencia en 1920, pero sólo la ocupó un año. Representó a Paraguay en la Conferencia Panamericana de 1923, donde se firmó el “Pacto Manuel Gondra”, que estableció la frontera del Pilcomayo entre Paraguay y Argentina. Fue nombrado ministro durante la presidencia de Manuel Franco (1936-37).

²El colorado Liberato Rojas (Asunción, 1870-1922) fue elegido Presidente de la República (1911-12), con el apoyo de los cívicos del Partido Liberal, tras derrotar a Jara. Durante su mandato, hubo de hacer frente a momentos de anarquía generalizada, causados por la sublevación de los radicales. Fue derrocado por una revolución colorada.

³Eduardo Schaerer (Caazapá, 1873- Buenos Aires, 1941) participó en la revolución de 1912, y fue el primer Presidente de la República que consiguió terminar su mandato en el siglo XX (1912-1916).

Sin candidatos opositores cívicos ni colorados, Manuel Franco¹ ganó las elecciones de 1916. Franco instituyó la votación secreta y el registro civil de votantes; pero, sobre todo, se dedicó a mantener el orden. Aunque no continuó las reformas económicas de su predecesor, tampoco obstaculizó la bonanza del comercio ni las inversiones extranjeras. La evidente mejoría de la situación del país hizo a Franco muy popular; pero su muerte inesperada acabó con su gobierno en 1919. Para entonces, la población paraguaya superaba las ochocientas mil personas, y Asunción tenía ya noventa mil habitantes. El crecimiento de la ciudad, la aparición de pequeñas industrias, y el aumento de las desigualdades económicas habían propiciado el nacimiento del Partido Obrero Paraguayo (1914). Aunque ni este partido ni los intentos de formación de sindicatos de los trabajadores portuarios tuvieron aún repercusiones, fueron una muestra del creciente descontento en las clases populares.

La muerte de Franco y el final de la Guerra Mundial (con la consiguiente reducción de las exportaciones) pusieron fin a los años de prosperidad. El vicepresidente en funciones, José Pío Montero², no consiguió hacer frente a los problemas. Y de nuevo surgieron las divisiones en el seno del Partido Liberal cuando, en su convención de 1920, hubo de elegir al candidato para la presidencia. Finalmente, se optó por presentar a Manuel Gondra, y nombrar presidente del Partido a Schaerer. Schaerer comenzó entonces a transformar y tratar controlar el Partido Liberal. Los partidarios de Gondra vieron en ello un intento de asegurarse la candidatura para las siguientes elecciones, y el Ministro del Interior, José Patricio Guggiari³, fomentó una rebelión contra Schaerer en el seno de la organización política. En un clima de tensión creciente, en octubre de 1921, Schaerer asaltó el cuartel de la policía de Asunción, y exigió la dimisión de Guggiari. Gondra dimitió al no conseguir que el ejército obedeciese su orden de detener la sublevación. Schaerer fue acusado de propiciar el caos y la anarquía. Radicales y cívicos se pusieron de acuerdo para nombrar a Eusebio Ayala⁴ como presidente interino, y él aceptó con la condición de que se convocaran elecciones tan pronto como fuera factible.

Manuel Domínguez⁵, el presidente del Partido Colorado que, previamente, había

¹Manuel Franco (Asunción, 1875-1919) intervino en la revolución de 1911, oponiéndose a la prórroga del mandato del presidente Liberato Rojas. En agosto de 1916, sucedió a Eduardo Schaerer (1912-1916) en la presidencia de la República. Su gobierno se caracterizó por una política de restauración administrativa y de pacificación política. Promulgó una ley electoral de lista incompleta, y amnistió a los presos políticos. Creó el registro civil permanente, fundó escuelas, y reabrió la Facultad de Medicina.

²José Pío Montero (?-1927) fue Ministro de Exteriores y Vicepresidente de la República (1916) durante el gobierno de Franco. A la muerte de éste, ocupó interinamente la presidencia (1918-1920), hasta la elección de Gondra.

³José Patricio Guggiari (Asunción, 1884 - Buenos Aires, 1957) fue Fiscal General del Estado (1908-1910), diputado (desde 1912), presidente del Partido Liberal, director del periódico *El Liberal*, Presidente de la Cámara de Diputados (1924) y Presidente de la República (1928-1931; 1932). En 1931, como consecuencia de algunas sospechas sobre su postura política, delegó la presidencia para ser juzgado por el Parlamento. Como resultó absuelto, volvió a ocupar el cargo hasta el final de su mandato (1932).

⁴Eusebio Ayala (1874-1942) era abogado. Su trayectoria política estuvo siempre vinculada al Partido Liberal. Fue presidente de Paraguay en dos ocasiones: tras la renuncia de Manuel Gondra (momento en el que hubo de enfrentarse a la revolución del coronel Chirifé, que dio lugar a la guerra civil de 1822-23), y durante la guerra contra Bolivia (1832-35). Tras el golpe de estado de 1936, abandonó la vida pública, y se exilió a Argentina.

⁵Manuel Domínguez (Pilar, 1868 - Asunción, 1935) fue escritor de la generación del 900, periodista, historiador y ensayista. Su obra se inscribe dentro del revisionismo. Algunos de sus títulos son: *El alma de la raza* (1918), *El* (continúa...)

propuesto al coronel Adolfo Chirife dar un golpe de estado contra los liberales, hizo público que su partido apoyaría a Chirife si éste se presentaba a las elecciones de 1920. Los cívicos, conscientes de las escasas posibilidades de Schaerer, también apoyaron a Chirife. Ante la probabilidad de que éste llegara a la presidencia, los radicales decidieron aplazar las elecciones, y Ayala aceptó mantenerse en el puesto hasta concluir el mandato de Gondra, en 1924. En mayo de 1922, Chirife se sublevó, y comenzó una guerra civil que duró trece meses. En su transcurso, Eusebio Ayala dimitió, y subió a la presidencia Eligio Ayala; y Chirife murió de neumonía, siendo sustituido por el coronel Pedro Mendoza. Los sublevados fueron finalmente derrotados, y las urnas corroboraron a Eligio Ayala¹, en 1923.

La presidencia de Eligio Ayala (1923-1928) supuso un saneamiento en la administración pública, y un duro golpe a la corrupción. Aumentaron las exportaciones, y se pagaron las deudas del ferrocarril. Además, su ley electoral garantizó la representación de las minorías, y su ley de tierras trató de solucionar el problema creado por los latifundios: sólo el seis por ciento de los agricultores era propietario de las tierras que cultivaba. Con el objetivo de dotar de pequeñas propiedades a los campesinos, se expropiaron algunos latifundios, y se instalaron colonos en las tierras del estado. Así, más de diecisiete mil familias pasaron a poseer unas doscientas treinta mil hectáreas cultivables, teniendo prohibida su venta y su arrendamiento.

En 1925, Máximo M. Pereira exponía los que él consideraba los principales problemas del país:

La Universidad Nacional [...] parece [...] declararse irresponsable de los destinos nacionales [...] existe en el corazón de América una juventud que parece [...] entecada en la grandiosidad de su historia [...] los vicios que minan más de cerca nuestra propia vida [...] son: la desorganización del hogar, el alcoholismo, la mortalidad infantil, la anquilostomiasis, la insuficiente educación popular, el flagelo del caudillismo, el abandono criminal en que yacen los 800 reclusos en la Cárcel Pública, la desgraciada situación de los hijos ilegítimos, la miserable suerte de los “mineros” del norte, la educación de la mujer abandonada al ruralismo, el irresuelto problema económico social, la ausencia de un criterio cooperativista en la masa del pueblo².

El mandato de Eligio Ayala trató de paliar algunos de estos problemas: se crearon las Facultades de Ciencias Físicas y Matemáticas (1926), y las Escuelas de Aspirantes a Oficiales y de Suboficiales en Reserva (1927). Además, se reformó la enseñanza primaria; y se contrataron profesores franceses para la Facultad de Medicina. Pero, aunque la situación interna mejoró, el conflicto externo era cada vez más cercano: desde finales del siglo XIX, Bolivia había venido reclamando sus derechos sobre el Chaco, y diversos historiadores y juristas paraguayos se habían dedicado a defender la falta de bases de tales

⁵(...continuacion)

Paraguay (1946), *Estudios históricos y literarios* (1956) y *La traición a la patria y otros ensayos* (1959).

¹Eligio Ayala (Mbuyapey, 1880 - Asunción, 1930) fue nombrado Presidente Provisional después de la renuncia de Eusebio Ayala (1922), a quien no unía ningún parentesco. Pacificó el país, disolvió el Congreso, y renunció en favor de Luis Alberto Riart (1924), para ser posteriormente elegido Presidente Constitucional. Su presidencia abrió un periodo de prosperidad y de restauración de las finanzas públicas, empañado por la rivalidad con Bolivia. En 1928, le sucedió José Patricio Guggiari, aunque Ayala retuvo la cartera de Hacienda para proseguir su programa financiero. Murió víctima de un atentado.

²M. Pereira, “Política universitaria”, *Juventud*, nº 65, diciembre de 1925.

derechos¹. Incluso, la Facultad de Derecho creó la cátedra de Historia Diplomática, ocupada por Cecilio Báez, con el objetivo de transmitir a los estudiantes la necesidad de defender los derechos paraguayos sobre el Chaco.

Durante la Guerra del Pacífico (1879-1883), Bolivia perdió el litoral pacífico, que quedó en poder de Chile, y se vio impulsada a buscar una nueva salida al mar a través del Chaco paraguayo. Con ese fin, los bolivianos realizaron varias incursiones en el Chaco. Bolivia y Paraguay habían mantenido reuniones en 1907 y 1913 para tratar de fijar definitivamente los límites pero, poco tiempo después de las mismas, los bolivianos reanudaban sus avances, y a Paraguay no le interesaba un conflicto bélico para defender las tierras chaqueñas, yermas y casi deshabitadas. En los años veinte, el descubrimiento de petróleo en la zona dotó al Chaco de nuevos atractivos, y aceleró el avance boliviano². En 1925, Ayala ordenó al general Manlio Scheoni la formación de un ejército permanente, con cuatro grupos de 5820 hombres cada uno, para el que se encargaron armas a Europa. Desde 1926 hasta 1930, militares franceses instruyeron a la caballería y la infantería paraguayas.

En febrero de 1927, los bolivianos capturaron una patrulla paraguaya cerca del Fortín Sorpresa, y asesinaron al jefe de la misma, Rojas Silva. A raíz de estos hechos, se reforzó el ejército, y se exigieron contribuciones a los ciudadanos para la compra de diez mil fusiles y carabinas. Aunque la población se manifestó en Asunción y en La Paz a favor de una declaración de guerra, los gobiernos trataron de resolver el conflicto mediante las Conferencias de Buenos Aires, que tuvieron lugar entre septiembre de 1927 y julio de 1928. El único acuerdo al que se llegó fue la declaración de que el conflicto se resolvería por cauces pacíficos, salvo en caso de legítima defensa.

En ese clima, accedió al poder el radical José Patricio Guggiari, en agosto de 1928. Dados los avances económicos que había propiciado Eligio Ayala, éste obtuvo la Cartera de Hacienda, que ocupó hasta su muerte, en 1930. El conflicto internacional no prosperaba y, en diciembre de ese mismo año, el mayor Rafael Franco decidió destruir el fortín Vanguardia. Los bolivianos respondieron atacando dos fortines paraguayos. Los dos países se movilizaron pero, según la declaración de uno de los movilizados en 1928, en Paraguay “no había cuarteles, ni sanidad, ni transportes. Los movilizados no tenían donde comer, y hubo que distribuirlos en casas de familia”³. El Presidente de Chile, Carlos Ibáñez, instó a Bolivia a postergar sus planes bélicos. Como Paraguay no estaba preparado para la guerra, hubo de acceder a firmar el protocolo de Washington, resultante de la reunión de la Conferencia Panamericana de Conflictos, por el que se comprometía a reconstruir el fortín

¹Entre los trabajos dedicados a ese fin destacan los de Alejandro Audibert (*Los límites de la Antigua Provincia del Paraguay*), Manuel Domínguez (*El Chaco fue, es y será del Paraguay*, de lectura en las escuelas) y Blas Garay (*Colección Garay*); y los artículos de Manuel Gondra, Juan León Mallorquín, Fulgencio R. Moreno, Isidro Ramírez, Juan José Soler, César Vasconcelos y Gerónimo Zubizarreta.

²La prensa de los años veinte recogió las discusiones paraguayo-bolivianas para establecer los límites en el Chaco. Manuel Domínguez se convirtió en el mayor defensor de la causa paraguaya. Un artículo de *Juventud* (“El Chaco Boreal”, n° 55, 31 de julio de 1925) llega a comparar su labor con la de O’Leary: “la Patria entre dos nombres, dos gestos armoniosos y simétricos: O’Leary y Domínguez [...]: uno hacia la vía crucis roja del pasado; otro, hacia las espesuras verdes del Chaco Boreal”. Poco después (n° 57-58, 15 de septiembre de 1925), la misma publicación daba cuenta de las conferencias de Manuel Domínguez en el Teatro Nacional, donde rebatió los argumentos del ministro de Bolivia (el Dr. Cornelio Ríos) ante el gobierno argentino.

³Recogida por Horacio Sosa Tenailon, *Cincuenta años después (Recuerdos de la Guerra del Chaco)*, Asunción, Arte Nuevo, 1985, p. 152.

destruido por Franco. El humillante tratado fue causa de numerosas críticas, y Guggiari cayó en el desprestigio generalizado, hasta el punto de que, cuando expulsó a Franco del ejército por haber tramado un complot para acabar con su gobierno, fue acusado de perseguir a los patriotas.

Por otra parte, en 1928, nacieron el Partido Comunista Paraguayo y la Liga Nacional Independiente. La Liga criticaba el liberalismo, y proponía un poder centralista autoritario como el de las dictaduras anteriores. La crisis mundial de 1929 aumentó el clima de descontento y, en agosto, un grupo de jóvenes intelectuales llamó a los paraguayos a la insurrección a través del texto *Nuevo Ideario Nacional*. Aunque rechazando el poder totalitario, el *Nuevo Ideario Nacional* condenaba los partidos políticos existentes y el sistema parlamentario, y criticaba el liberalismo.

En febrero de 1931, se disolvieron los sindicatos, y en octubre, una movilización que protestaba por la situación del país fue duramente reprimida: en un intento de controlar a la población, los soldados ametrallaron a varios estudiantes frente al Palacio Presidencial¹. Hubo once muertos y decenas de heridos, pero Guggiari fue absuelto en el juicio político. Ese mismo mes de octubre de 1931, terminó la libertad de prensa.

Las elecciones de 1932 llevaron de nuevo a la presidencia a Eusebio Ayala, a quien se definió como “uno de los grandes prohombres del Paraguay [...] manejaba los caudales públicos con una honradez total” (testimonio en Sosa, *Cincuenta* 123). A pesar de ello, tanto los colorados como los cívicos desconfiaban de él por su participación en la guerra civil de 1922. En julio, Bolivia se apoderó del fuerte Carlos Antonio López, y Paraguay respondió a la provocación movilizando ciento veinte mil hombres. Según una de las declaraciones recogidas por Horacio Sosa (121), antes de tal movilización, Eusebio Ayala reunió en su casa a las personas más relevantes del momento, para exponerles la situación:

Nuestro país, económicamente, está en condiciones de soportar una guerra internacional [...]. Tenemos armas en depósito², adquiridas en Francia [...]. Además, hemos creado la Escuela de Aspirantes a Oficiales de Reserva, para formar la oficialidad que ha de comandar nuestras tropas. Nuestros jefes militares han sido capacitados en el extranjero [...]. El gobierno se ha esforzado en mantener la paz, al mismo tiempo que -desde hace varios años- se ha preparado para la guerra por si ésta resultara inevitable [...] desgraciadamente, ahora es ya inevitable.

Como recuerda Cardozo³, Bolivia sólo ganó una de las batallas, y Paraguay demostró en todo momento la superioridad de su ejército. Este fortalecimiento militar fue el detonante para el fin de la era liberal porque, como se apunta en una de las declaraciones recogidas por Sosa (*Cincuenta* 155), “la unión reinante entre los paraguayos durante la guerra del Chaco

¹Según la declaración de uno de los estudiantes que participó en la manifestación (recogida por Sosa Tenailon, *Cincuenta* 176), “la nuestra fue una generación de estudiantes sin título a los que, previo exámenes que sólo fueron una comedia, entregaron una tira de papel con una constancia de Secretaría [...]. Una comedia porque nos preguntaban cualquier cosa, con tal de que abandonásemos el colegio lo más pronto posible en razón de que habíamos sido la médula de los desórdenes ocurridos frente al Palacio de Gobierno”.

²Se habían invertido unos dos millones de dólares en material bélico. Paraguay se dotó de mantas, uniformes, arneses, tiendas de campaña, fusiles, sables, pistolas, cartuchos, proyectiles, siete mil Mausers, doscientas ametralladoras, cuarenta morteros, veinticuatro cañones Scheneider, siete aviones de caza Wibault, siete aviones Potez, y los cañoneros Paraguay y Humaitá.

³Efraim Cardozo, *Breve historia del Paraguay*, Asunción, El Lector, 1996, pp. 135-145.

fue única. Pero, desgraciadamente, al terminar la guerra terminó también aquella unión, por el afloramiento de viejas discordias político-partidarias”. Para Halperin,

La experiencia de la guerra del Chaco (1932-35) transforma profundamente a ambos contendores. La guerra (que ha estallado a causa de las ambiciones de Bolivia, deseosa de conquistar en el Chaco un frente fluvial que reemplazase su perdido litoral marítimo [...]) fue, para una parte de los oficiales paraguayos y bolivianos, ocasión para el descubrimiento del pueblo del que habían vivido apartados; en su heroísmo [...] creyeron descubrir una nueva fuente para las agotadas energías nacionales. Fue ocasión para conocer mejor a los electores oligárquicos dominantes [...] en Paraguay acusados de aceptar una victoria mutilada por las presiones del sistema panamericano, en el que veían el defensor de los intereses petroleros norteamericanos titulares de concesiones en las zonas bolivianas amenazadas por nuevos avances paraguayos. (*Historia* 470).

Antes de hablar de la vuelta a las dictaduras, cabe recordar que, para enardecer a las masas, los discursos de la guerra del Chaco aludía a la contienda de la Triple Alianza, y a la valentía mostrada por los paraguayos. Además, los batallones llevaban nombres como “Mariscal López” y “Cerro Corá”; y los soldados repetían consignas de la Guerra Grande, como “vencer o morir”.

IV. - La vuelta a las dictaduras

Como hemos ido viendo, los últimos años de la era liberal estuvieron marcados por un creciente descontento popular hacia una política que no solucionaba los problemas del país. La victoria en la Guerra del Chaco proporcionó a los militares un prestigio y una autoridad que no dudaron en usar para instaurar una nueva etapa dictatorial. Su concepción política, además, se veía reforzada por las ideas fascistas procedentes de Europa, y difundidas por la prensa del país. Por ejemplo, la revista literaria *Guarania*, dirigida por Natalicio González, dedicó su número 26 (diciembre de 1935) al fascismo, incluyendo un extenso texto del propio Benito Mussolini. Si se analiza dicho texto (“El fascismo” 39-52), se pueden observar un gran número de coincidencias entre la concepción fascista y la ideología que sustenta a los gobernantes de la nueva etapa dictatorial paraguaya. Además, ese número de *Guarania* recoge artículos como “Sobre la nueva Italia” (1-3), donde Natalicio González afirmaba que, en la Italia del Duce, “el Parlamento no tiene más ni menos poder efectivo que en nuestras repúblicas demo-liberales, pero se le priva de la ocasión de corromperse [...]. No se puede negar que el fascismo ha hecho la grandeza de Italia”. De igual tendencia propagandística era el artículo de Víctor Morínigo “La nueva Italia y Mussolini” (5-9 y 75). Por su parte, Juan E. O’Leary aprovechó la ocasión para alabar a Pietro Badoglio, un italiano que combatió durante la guerra de la Triple Alianza (“Un héroe italiano en el Paraguay” 19-28).

1.- De 1936 a 1954

En un clima social e ideológico como el que la Guerra del Chaco contribuyó a crear, no sorprende que, en febrero de 1936, un golpe de estado (la revolución febrerista) acabara con la presidencia del liberal Eusebio Ayala, iniciándose así el autoritarismo castrense. El ejército, victorioso y reforzado tras la guerra, tenía el apoyo de la “Asociación Nacional de

Ex-Combatientes” (ANEC) y de los sindicatos. El confuso ideario del Partido Revolucionario Febrerista (PRF) permitía que se aglutinaran en torno a él personas de las más variadas tendencias. Según Guido Rodríguez Alcalá (*Ideología* 83-84), en la Proclama que hicieron pública, los golpistas se consideraban “legítimos representantes del pueblo y de la heroica tradición militar paraguaya”. Meses más tarde, González exponía:

El Coloradismo es una manifestación orgánica de la paraguayidad [...] caracterizada por su fidelidad a la tierra, a la raza y a la tradición de nuestra historia [...]. La revolución de febrero estalló precisamente para restablecer las tradiciones del pueblo paraguayo, para reanudar la continuidad de nuestra historia (“Diálogos” 16, 17 y 20).

Uno de los héroes del Chaco, el coronel Rafael Franco¹, ocupó el puesto de Presidente de la República. En 1936, junto con Bernardino Caballero, Juan Stefanich y Anselmo Jover, Franco firmó el decreto 152, por el cual Paraguay se identificaba con el fascismo. Se declaró admirador de Hitler y, aunque presidió el país con honestidad, y respetó los derechos humanos básicos, sus facultades de gobernar por medio de decretos allanaron el camino a las dictaduras posteriores. Sosa (*Cincuenta*) ha recogido lo que opinaban de él quienes estuvieron a su mando durante la guerra:

Yo no lo definiría como un revolucionario, pero sí como un volcán en erupción, total y definitivamente descontento o insatisfecho con la realidad de su tiempo (93).

El Cnel. Franco no sólo fue un gran soldado, sino que un gran patriota. Lastimosamente, se metió en política. Creo que fue un error, porque no tenía pasta de político. Era un conductor, un líder militar y un gran hombre, pero nada más [...]. Su tropa, soldados, oficiales y jefes lo adoraban [...]. Pero nunca debió haber aceptado la Presidencia Provisional de la República [...] porque nuestra política criolla destruye a sus paladines (183).

En agosto de 1937, Franco fue depuesto. Su sucesor, Paiva², se mantuvo en el poder sólo hasta la elección como presidente de otro héroe del Chaco, el general Estigarribia³. Las conspiraciones del ejército contra él llevaron a Estigarribia a dar un golpe de estado contra

¹Rafael Franco (Asunción, 1897-1972) intervino en la guerra del Chaco, y dirigió la revolución febrerista que derrocó al presidente Eusebio Ayala (1936). Elegido presidente provisional, fracasó en el intento de aglutinar a las fuerzas revolucionarias, y gobernó sólo con el apoyo de su partido, la Unión Nacional Revolucionaria, y el de la Liga Nacional Independiente. Su programa de reformas radicales en materia agraria y en política laboral no tuvo el respaldo de los trabajadores. Fue derrocado por un golpe militar de tendencia conservadora (1937) y, diez años después, fue expulsado del país, al tiempo que apoyaba la sublevación militar contra el presidente Higinio Morínigo (1940-1948). En 1951, creó el Partido Febrerista Revolucionario, que fue legalizado en 1964.

²Félix Paiva (Caazapá, 1877 - Asunción, 1965) fue profesor universitario, rector de la Universidad, y presidente del Tribunal Supremo. Ocupó diversos ministerios, la presidencia de la Corte Suprema y la del Poder Legislativo, y fue Vicepresidente de la República de 1920 a 1921. Accedió a la presidencia provisional tras el derrocamiento del presidente Rafael Franco. En 1938, firmó con Bolivia el tratado de paz y amistad que fijó las fronteras entre ambos países. Entre sus escritos jurídicos, destacan *Ensayos sobre el sufragio* y *Estudio de la Constitución de Paraguay*.

³José Félix Estigarribia (Caraguatay, 1888-1940) era agrónomo. Participó como militar en la guerra civil de 1822-23. En la Guerra del Chaco, fue Jefe del Ejército Paraguayo. Al terminar la contienda, la revolución de febrero lo obligó a exiliarse (1936). Volvió al país al ocupar la presidencia Félix Paiva (1937-1939). En 1938, intervino al frente de la delegación de su país en la conferencia de paz de Buenos Aires, que puso fin a la guerra del Chaco. En 1939, fue elegido presidente de la República, derogó la Constitución de 1870, y promulgó otra que reforzaba el ejecutivo. Murió en un accidente de aviación.

su propio gobierno, y a promulgar una nueva constitución de signo centralista en 1940, por la que se nombró dictador, asumió todos los poderes, disolvió los partidos, y acabó con la libertad de prensa. Lo justificó argumentando la corrupción del sistema democrático liberal, y la necesidad de volver los ojos al “glorioso pasado” de Francia y los López.

La tendencia nazista y alemanista en esta etapa cobra importancia [...] en la división de Caballería se inicia el 14 de febrero de 1940 un movimiento golpista con el fin de desplazar del Gobierno los elementos del Partido Liberal, y suplantarlos con los hombres de *El Tiempo*¹ [...] el día 18 de febrero de 1940 [...] el general Estigarribia asumió TODOS LOS PODERES DEL ESTADO: abolió la Constitución Nacional de 1870 [...] estableció la prensa dirigida [...] la LEY DE PRENSA dictada por este gobierno fue una de las más bárbaras leyes dictadas en el continente americano².

Paralelamente, algunos liberales empezaban a dudar de la conveniencia de un sistema democrático. En el Acta del Consejo de Ministros del dieciséis de febrero de 1940 (recogida *ibidem* 15), Cardozo llegó a afirmar: “pertenezco a una generación que ha perdido la fe en la democracia [...]. La democracia es un cadáver [...] y en política es peligroso abrazarse a los cadáveres”. Fue la convicción que llevó al Partido Liberal a dar un golpe de estado el veintisiete de enero de 1944.

El mismo año que promulgó por decreto la nueva constitución (1940), Estigarribia murió, y se nombró al general Higinio Morínigo³ para completar el periodo presidencial. Como apunta Teresa Méndez-Faith (*Paraguay* 28), “este nuevo régimen inculpa directamente al sistema individualista como principal causante de la anarquía política y miseria económica del país, y con él comienzan las persecuciones políticas más encarnizadas desde la época del doctor Francia”. Morínigo, inspirándose en Hitler y valiéndose de la nueva constitución, exigió al ejército jurar lealtad a su persona, restableció la pena de muerte por motivos políticos, y fundó el Departamento Nacional de Propaganda, reforzó el aparato policial, y usó la tortura. Según Ricardo Caballero Aquino, “con la Guerra Mundial entre las manos, [...] el general Morínigo se desenvuelve entre dos aguas [...] sus financistas eran demócratas norteamericanos, su apoyo militar era una camarilla castrense fascista”⁴. Aunque durante toda la guerra mundial Morínigo manifestó sus simpatías por el Eje, semanas antes de concluir la contienda, por la ley 7190 del ocho de febrero de 1945, Paraguay le declaró la guerra a Alemania, Italia y Japón. Así se garantizó el apoyo de Estados Unidos, y logró

¹La ideología de los miembros del periódico no era uniforme, pero sí era común su antiliberalismo, su culto a los héroes del pasado, y su conciencia de la necesidad de una reforma moral, y de un régimen corporativo. Según Guido Rodríguez Alcalá (*Ideología* 107), sostenían: “durante los gobiernos de Francia y de los López todo era felicidad en el Paraguay; con la llegada del liberalismo, el país decae”.

²Leandro Prieto Yegros, *Colorados al poder*, Asunción, Cuadernos Republicanos, 1993, pp. 44-45.

³Higinio Morínigo (1897-1983) luchó bajo las ordenes de Estigarribia durante la guerra del Chaco, y llegó a ser Jefe del Estado Mayor. En 1939, fue designado Ministro del Interior, y en 1940 de Guerra y Marina. A la muerte de Estigarribia, ocupó la presidencia de la República en interinidad. Elegido presidente en 1943, inició una sangrienta dictadura que llevó al exilio a un gran número de paraguayos. En 1946, impulsado por los militares más progresistas, decidió dar un giro democrático a su gobierno. Dos años después, tras la guerra civil de 1947, fue derrocado por un golpe de estado, y hubo de exiliarse a Argentina y Brasil. En 1956, Stroessner lo nombró ministro de Defensa, pero los enfrentamientos con el nuevo dictador volvieron a llevarlo al exilio en Argentina.

⁴Ricardo Caballero Aquino, *La tercera república del Paraguay 1936-19...*, Asunción, El Lector, 1988, pp. 13-14.

confiscar las tierras de los alemanes residentes en Paraguay, mediante la ley 13608, de 1946.

Para sostener su sistema, recibió el apoyo exterior de Brasil y Estados Unidos, y el interior del diario *El Tiempo*, fundado en 1939 por un grupo de católicos contrarios a la constitución de 1870. Guido Rodríguez Alcalá (*Ideología* 90-91) ha hecho notar que los tiempistas, que abogaban por “una especie de socialismo católico [...] apoyaron a Morínigo con la esperanza de *convertirlo* [...]. Pero la colaboración duró hasta 1945, cuando el presidente pensó que podía gobernar sin necesidad de ellos”. El resto de su gobierno puede resumirse con la siguiente cita de Caballero Aquino:

Terminada la [Segunda] guerra [Mundial], los demócratas norteamericanos [...] obligan a Morínigo a democratizarse; éste se queja amargamente. En 1943, el dictador militar Higinio Morínigo, bajo tremenda presión norteamericana, decide suprimir el adiestramiento militar a cargo de una misión de la Francia colaboracionista pro-nazi con sede en Vichy. Pero, los agentes Nazis seguían operando con toda libertad. La compañía telefónica era propiedad de una firma alemana y la misma se encargaba de espiar los teléfonos de las embajadas de EE.UU. e Inglaterra [...]. Morínigo, cuya base de poder incluía miembros de una logia militar nacionalista conocida como Frente de Guerra, de inocultada afición fascista, pronto se da cuenta de que la presencia norteamericana será ineludible en el futuro [...] expulsa de sus puestos claves [...] a los oficiales del Frente de Guerra. Y finalmente, Morínigo se ve obligado a “invitar” a políticos Febreristas y Colorados a formar parte de su gabinete. (*República* 14 y 59).

En 1947, liberales, febreristas y comunistas se rebelaron. Su ataque a la Central de Policía de Asunción, el siete de marzo, dio lugar a una guerra civil que duró cinco meses. Aunque Morínigo los venció, ayudado por Perón y el Partido Colorado, el mismo partido lo obligó a dejar el poder.

La descripción del país presentada por Luis Alberto Sánchez, en *Reportaje al Paraguay*, escrito durante su exilio en este país, nos da idea de la situación de las instituciones: el parlamento “tiene un tono estudiantil” (74) y “pueden acabar los Colorados devorándose entre sí” (71). El ejército “está demasiado politizado [...] todo anda mal [...] la patria, la dueña, al servicio de sus empleados, los militares” (75), “su rol es conservar el orden, la ley, la soberanía; no confundirla, burlarla y ponerla en peligro repetidamente” (124). La única organización obrera está dominada por el Estado, que se rige por “unas reglas absolutamente fascistas” (79). Y los estatutos de la Universidad se hallan dominados por “cierta mentalidad dictatorial” (87).

Entre 1948 y 1949, Paraguay tuvo cinco presidentes. Al forzar la renuncia de Morínigo, Juan Manuel Frutos fue nombrado Presidente Provisional. Lo sustituyó Natalicio González, quien se había enriquecido ilícitamente mientras ocupaba el cargo de Ministro de Hacienda, durante el mandato de Morínigo. Como recuerda Miranda, González fue el hombre “que prometió como plataforma de gobierno ‘no habrá un colorado pobre’ y cuyas huestes se enfervorizaban al grito de ‘a sablazo o a balazo, Natalicio irá al palacio’. De esa manera, llegó González a la presidencia. No duró mucho ahí”¹. El treinta de enero de 1949, la Asamblea Nacional eligió al general Raimundo Rolón como Presidente Provisional. Pero el veintiséis de febrero del mismo año, Rolón fue depuesto por un movimiento cívico-militar, que puso en su lugar a Felipe Molas López. Con el apoyo del ala democrática del Partido Colorado, Molas López fue elegido el diecisiete de abril; cuando perdió ese apoyo, dimitió.

¹Aníbal Miranda, *Corrupción y represión en el Cono Sur*, Asunción, Intercontinental, 1993, p. 132.

Era el diez de septiembre. Al día siguiente, el Congreso nombró un nuevo Presidente Provisional, Federico Chaves¹, líder del sector democrático del partido Colorado. Para Tulio Halperin Donghi (*Historia* 471), “el nuevo presidente decepcionó a quienes esperaban de él el fin de la dictadura; intentó, en cambio, darle nuevas bases, ampliando el poder del ejército y lanzándose a una política de beneficencia paternalista”.

El 13 de octubre de 1951, fue nombrado Comandante en Jefe de las Fuerzas Armadas de la nación el entonces General de División Alfredo Stroessner. En marzo de 1952 se creó el Banco Central de Paraguay. Tales son los hechos principales del gobierno de Chaves. (Prieto Yegros, *Colorados* 484).

No son hechos muy notorios, salvo por haber preparado el escenario para la más larga dictadura de las soportadas por el país.



¹Federico Chaves Careaga (Asunción, 1882-1978) ejerció la abogacía. En 1930, se afilió al Partido Colorado, cuya dirección asumió en 1946. Llegó a la presidencia de la República en 1949, como líder del sector democrático del coloradismo. Durante su mandato, inició una serie de cambios sociopolíticos: liberó a los presos políticos y restableció las garantías individuales. En 1954, fue depuesto por el golpe de estado del general Alfredo Stroessner. Un año después, éste lo nombró embajador en París.

2.- Stroessner: 1954-1989

En 1954, el Comandante en Jefe de las Fuerzas Armadas, Alfredo Stroessner¹, retiró a Chaves de la presidencia mediante un golpe de estado. Como señala Lewis, su dictadura fue consecuencia de los graves problemas que Paraguay arrastraba:

El triunfo de Stroessner no puede ser entendido sin hacer referencia a las sacudidas violentas del periodo posterior a la guerra del Chaco. Después de la segunda gran guerra [...] la nación entró a un periodo de severa revolución social, después, a un periodo igualmente duro de reacción, luego a una guerra civil, y finalmente, a una serie de gobiernos [...]. Al igual que España después de la guerra civil, Paraguay, en 1954, estaba exhausto. Cualquier hombre fuerte que fuera capaz de mantener la paz, aunque fuera la paz de la macana y de la pistola, tendría la gratitud de un gran número de personas, para quienes la democracia era una idea ajena².

Su dictadura se prolongó hasta 1989, momento en que fue derrocado por otro golpe militar. De ese modo, se convirtió en uno de los presidentes con más años de ejercicio en todo el continente. Este hecho llama especialmente la atención en un país en el que, como ha señalado Lewis (*Paraguay* 9), en los últimos cien años, la media de permanencia en el cargo presidencial (excluido Stroessner) es de menos de dos años.

Stroessner emprendió la llamada “Segunda Reconstrucción” (la primera sería la de Bernardino Caballero). Gobernó con una ideología nacionalista fundada en las ideas de Juan E. O’Leary³ y Natalicio González⁴, reforzando así el revisionismo, y la mitificación de los

¹Alfredo Stroessner (Encarnación, 1912-) estudió en la Academia Militar de Asunción. Participó en la guerra del Chaco, y fue ascendiendo hasta alcanzar el grado de comandante en jefe de las Fuerzas Armadas (1951). En 1954, derrocó al presidente Federico Chaves por medio de un golpe militar, y asumió la presidencia tras unas elecciones en las que era el único candidato. Utilizando el apoyo del Partido Colorado y del Ejército, suprimió por la fuerza a la oposición, y abolió la libertad de prensa. Durante su gobierno, dictadores derrocados y antiguos miembros del Partido Nacionalista alemán encontraron refugio en Paraguay. Utilizó la ayuda extranjera para estabilizar la moneda, reducir la inflación, y crear infraestructuras. Promulgó una nueva Constitución en 1967, y la reformó en 1977 para que permitiera la prolongación de su mandato. Derrocado en 1989 por un golpe militar, partió al exilio.

²Paul H. Lewis, *Paraguay bajo Stroessner*, México, F.C.E., 1986, pp. 418-419.

³Juan E. O’Leary (1879-1969) fue periodista, profesor e historiador. Se le considera el principal revisionista paraguayo. Dirigió el Colegio Nacional. Se vinculó a Bernardino Caballero en 1906. Fue canciller en los gobiernos de González y Rolón; y comisionado diplomático de Paraguay en Argentina en 1920. Entre 1925 y 1952, actuó como diplomático en varios países europeos, entre ellos España (cónsul general en Madrid durante la presidencia de Eligio Ayala; y embajador en 1926). Recibió una beca para sus investigaciones históricas en Sevilla (1927). En 1930, José P. Guggiari lo nombró director del Archivo Nacional. Fue autor de los ensayos *El mariscal López* (1920) y *El libro de los héroes* (1922). Publicó un tomo de poesías de tinte posmodernista, titulado *A la memoria de mi hija Rosita* (1918), y algunas composiciones en lengua guaraní. El resto de sus poemas (de escasa calidad) nunca llegaron a ser recopilados en forma de libro, pero pueden encontrarse en algunas antologías (como las de Raúl Amaral, *El Romanticismo paraguayo* y *Juan E. O’Leary. Antología poética*). Como puede observarse en ellas, O’Leary dedicó un buen número de composiciones a poner como ejemplo al mariscal López. En 1924, Heriberto Fernández (“La literatura paraguaya contemporánea”, *Juventud*, nº 41, 15 de diciembre de 1924, p. 408) decía de su obra: “en sus páginas, apasionadas y caldeadas siempre de un lirismo alto y epopéyico se hallan todos nuestros dolores y todas nuestras glorias [...]. O’Leary es el cantor del pasado”.

⁴Natalicio González (Villarrica, Paraguay, 1897 - México D. F. 1966) fue un conocido escritor y político paraguayo vinculado al Partido Colorado. Tradujo obras de Hitler. Publicó cuatro poemarios, dos obras narrativas, y una docena de ensayos. Gran parte de su producción se orienta al conocimiento y a la difusión de las raíces de lo que él llamó “la paraguayidad”. Tras ocupar cargos como el Ministerio de Hacienda en el gobierno de Morínigo, presidió la República (continúa...)

“héroes” patrios: se consideró heredero de esos héroes del pasado, y gustó de que lo compararan con los dictadores de la primera época de la Independencia.

Los escritores colorados rastrean una cadena de esfuerzo patriótico que se origina con Francia y sigue a través de los dos López y el general Caballero hasta Stroessner. En un discurso típico de campaña, pronunciado el 14 de diciembre de 1962 [...] Stroessner mencionó a Francia dos veces, a Carlos Antonio López siete veces, al mariscal Solano López seis veces, la guerra de la Triple Alianza dos veces (incluyendo una referencia a Cerro Corá, la última batalla de López), y al general Caballero tres veces [...]. En sus discursos ante el Congreso de los años 1957, 1959, 1962 y 1973, el único personaje liberal mencionado fue el capitán Benigno Ferreira, a quien Stroessner describió como “el sargento legionario que destruyó el país”. (Lewis, *Paraguay* 275-276).

Durante su mandato, muchos paraguayos tuvieron que abandonar el país por motivos políticos o económicos: “la tercera parte de la población de Paraguay [...] se encuentra en el extranjero” (Méndez-Faith, *Paraguay* 29). Además, hay que considerar el llamado “exilio interior”, al que se vieron obligadas las personas que, estando en Paraguay, hubieron de limitar sus actividades, y lidiar contra la censura.

Desde el primer momento, Stroessner fue consciente de lo importante que era dominar el ejército y la policía para mantenerse en el poder. Para asegurarse el control de las fuerzas armadas, hizo depender del Estado Mayor el mando de las tropas, y del Ministerio de Defensa la provisión de material; puso en los puestos importantes a personas de su confianza; mantuvo un trato personal con los oficiales; y formó una escolta presidencial de mil quinientos hombres.

Stroessner es esencialmente la clase de bucanero político que los latinoamericanos llaman caudillo [...] el modo como recluta y mantiene leal a su personal clave [...] muestra cómo Stroessner equilibra [...] y cómo utiliza la corrupción, la protección y las políticas de desarrollo económico. (Lewis, *Paraguay* 11).

Destinó buena parte de las partidas presupuestarias de Paraguay a los gastos de seguridad interna. Por el contrario, los gastos en sanidad y educación fueron escasísimos. Según Paul H. Lewis (*Paraguay* 244), en 1955, Stroessner pasó de los 180,5 millones de guaraníes que Chaves había destinado al Ministerio de Defensa a los 258,8 millones. Cinco años más tarde, la cifra casi se había triplicado. En 1965 alcanzó los 1.040 millones, y en 1970 ascendió hasta los 1.680. Este aumento es especialmente significativo si consideramos que el guaraní fue, durante su dictadura, una de las monedas más estables del continente. En el cuadro de la página 246 del citado libro, puede observarse la diferencia presupuestaria entre Defensa e Interior, y Educación y Salud: mientras los gastos de las dos primeras partidas jamás bajaron del 27,1 % (y llegaron a alcanzar el 47,3%), los destinados a las dos últimas partidas nunca superaron el 24 % (y llegaron a descender al 16,2 %).

⁴(...continuación)

durante tres meses (entre 1948 y 1949). Stroessner lo nombró embajador en México. En 1924, Heriberto Fernández (“Literatura” 409-410) lo consideraba “entre los últimos llegados la figura más sugestiva, la más literaria. Viviendo hace años en Buenos Aires, no deja de colaborar en las revistas y en los diarios paraguayos [...]. *Cuentos y Parábolas* es la colección de sus primeras manifestaciones: un amor a lo típico nacional, escenas campesinas, retazos de leyendas y creencias populares [...]. González, como casi todos los de su generación, no ha pasado sin rendir homenaje a la causa nacionalista”. De él opina Roa Bastos (declaraciones en entrevista mantenida en su domicilio el 4 de junio de 1998): “es un escritor mediocre, además del mayor ladrón del Paraguay”.

A pesar de que Stroessner se jactaba de haber construido una escuela cada semana de su mandato, la llegada de la democracia demostró que muchas de las escuelas supuestamente inauguradas jamás habían existido. Además, gran parte de los maestros del interior (en Paraguay, llaman “el interior” a todo el territorio que no comprenda Asunción y sus alrededores) eran bachilleres a los que se daba un cursillo acelerado que los habilitaba para la docencia; y la escasez de medios en los establecimientos escolares es todavía patente: faltan libros (incluso de texto), pizarras, mapas... y, en ocasiones, hasta paredes y pupitres. Respecto a la salud, el país pasó de tener sesenta y ocho clínicas a poseer mil trescientas. Sin embargo, el estado jamás pagó su cuota al IPS (Instituto de Previsión Social), la tecnología es inexistente, y se da frecuentemente el caso de que los propios pacientes tengan que aportar los materiales y medicinas para sus curas y tratamientos.

Además, sobre la importancia de la seguridad interna, no sólo hay que considerar las partidas presupuestarias sino también el uso que hizo de la dirección de los monopolios estatales: uno de los métodos que el dictador utilizó para mantener la lealtad de militares y policías fue el ejercicio de un padrinazgo mediante el que concedía la dirección de dichos monopolios, la mayoría de los cuales eran utilizados para el contrabando. Además, el Banco Nacional de Desarrollo siempre primó las solicitudes de las personas fieles al régimen.

Los militares disfrutaban de todo lo más moderno y cómodo que el gobierno puede ofrecer. Forman un grupo elitista y lo saben. Reciben salarios muy buenos [...] ventajas familiares, despensa, servicio médico gratuito y un buen sistema de pensiones. Los oficiales tienen fácil acceso a los préstamos para la construcción de casas o para iniciar un negocio, dirigen algunas de las empresas más importantes del país [...]. No pagan los derechos de tenencia de sus coches, ejercen una gran influencia [...]. Los policías son tratados casi tan bien [...]. Oficiales corruptos de la policía¹, al saber que no tienen ninguna restricción legal, pueden hacer [...] extorsión [...]. Militares y policías de alto rango tienen acceso a enormes recompensas por contrabando² [...]. Es imposible fijar exactamente el volumen de la mercancía ilegal, pero se dice que asciende a cerca de dos mil millones de dólares anuales (Paul H. Lewis, *Paraguay* 247-253).

Para el adiestramiento de sus tropas, el dictador recibió ayuda estadounidense, por valor de más de nueve millones de dólares; y, según los datos del Departamento de Defensa de Estados Unidos, “entre 1954 y 1978 más de 2.000 jefes y oficiales de las fuerzas armadas del Paraguay pasaron por cursos ofrecidos en la Zona del Canal y en territorio continental

¹Lewis (*Paraguay* 249-251) pone el ejemplo de uno de los episodios más recordados por los paraguayos: el caso del coronel Ramón Duarte Vera. En 1966, siendo jefe de la policía, recibió la petición de la Interpol de detener a dos estafadores alemanes que habían huido del país con cuatrocientos mil dólares. Duarte los localizó pero, en lugar de detenerlos, les ofreció una fuga hasta Brasil a cambio del dinero. Además, cercó el hotel en el que se alojaban para no darles otra alternativa sino la de aceptar su propuesta. El personal del hotel avisó a la Embajada Alemana, y el embajador presionó a Stroessner para que detuviera a Duarte, y depusiera al ministro del Interior, Edgar Ynsfran. Otra muestra del comportamiento policial data de 1973, cuando un ejecutivo de una empresa británica fue secuestrado, y la empresa ofreció trescientos mil dólares por el arresto de los secuestradores. Fue una detención sangrienta, pero los pocos supervivientes declararon que al menos ocho oficiales de la policía habían participado en el secuestro. Incluso se especuló con la posibilidad de que el jefe de la investigación fuera el cerebro del plan.

²Como señala el mismo autor, en los años setenta, el contrabando comenzó a introducir también drogas y armas. Eso molestó a los países vecinos, y a Estados Unidos. En 1976, el almirante Hugo González hubo de renunciar al puesto tras probarse que había vendido armas a guerrilleros argentinos.

de Estados Unidos”¹. Cuando, en 1971, dicha ayuda peligró debido al contrabando de drogas, Stroessner comenzó a establecer vínculos más fuertes con Japón, esperando que dicho país le proporcionara dinero.

El otro gran pilar de la dictadura era el Partido Colorado, que propiciaba la simpatía de las clases bajas. Los delegados de dicho partido llevaron a cabo una política paternalista de ayuda a los miembros de la agrupación política. Para ese fin, contaban con el cinco por ciento del salario de los empleados públicos, a quienes se descontaba esa cantidad en concepto de “donación”. De ese modo, una de las características del régimen fue “el sentimentalismo por los campesinos pobres, la atracción hacia los prejuicios que las clases bajas sienten contra los ricos y educados, y el desprecio por los procedimientos establecidos” (Lewis, *Paraguay* 276-277).

Estas políticas de tipo paternalista se unieron a los mecanismos de información (por los que se instaba a todos los ciudadanos “leales” a delatar a los sospechosos de deslealtad, creándose así una tupida red de delatores²), y a un tipo de mentalidad que Lewis, basándose en los cuestionarios de Byron Nichols a doscientos sesenta y nueve asunceños, considera muy arraigada en Paraguay: tres cuartas partes de los encuestados manifestaron que nunca habían pensado cambiar de partido. Dicho cambio supondría para ellos una traición, y no resultaría fácil ya que el Partido Colorado “es esencialmente una intrincada red de lazos personales sin ningún conjunto real de principios que lo separen de otros partidos [...] los líderes [...] prefieren hablar de la historia de sus partidos, sus símbolos y sus grandes líderes del pasado” (Lewis, *Paraguay* 271-274).

Stroessner supo usar eficazmente esos recursos. Para Lewis (*ibídem* 281), “la forma como Stroessner utiliza la organización masiva del Partido Colorado constituye un arma [...] mucho más poderosa de lo que Paraguay ha visto desde la época de Solano López”. Tal vez, la demostración más impresionante de ello fue la manifestación de más de cincuenta mil personas en 1973. En aquel momento, debido a la firma de los tratados con Brasil para la construcción de la central hidroeléctrica de Itaipú, el gobierno estaba siendo cuestionado desde publicaciones como *La Tribuna* y *Abc Color*, e incluso desde su propio ejército. Para contrarrestar el efecto de las críticas, no sólo se creó un nuevo periódico dedicado a alabar la gestión de Stroessner (*La Opinión Republicana*), sino que las calles de Asunción se llenaron de carteles, y organizaciones de todo tipo decidieron apoyar al presidente mediante una manifestación. El catorce de agosto, casi mil quinientos vehículos desplazaron a los simpatizantes de todo el país siguiendo a sus líderes; y se “aconsejó” asistir a los funcionarios de todo nivel y a sus familias. La multitud acalló las críticas.

A pesar de los abusos y de la corrupción generalizada, Stroessner contaba a su favor

¹Aníbal Miranda, *Prisionero en Paraguay. Reflexiones sobre la tortura bajo el stronismo*, Asunción, Miranda & Asociados, 1989, p. 125 (toma los datos de Lars Shoultz, *Human Rights and United States Policy Toward Latin America* 215). En el mismo trabajo (123-124), Miranda señala que las administraciones de Eisenhower y Kennedy enviaron a Asunción policías para adiestrar a los paraguayos. Además, muchos soldados de Stroessner recibieron becas para formarse en la Army School of the Americas y en la Inter-American Air Force. Con Johnson y Nixon, esta ayuda se incrementó. En su libro *EE.UU. y el régimen militar paraguayo*, este autor recoge interesantes documentos de fuentes norteamericanas en los que se comprueba la colaboración económica, las ventas de armas, y los adiestramientos que EE.UU. facilitó al régimen paraguayo en sus cuatro primeros años.

²Estos “espías” son llamados en Paraguay *pyrague*. Según la definición de Romero Sanabria (*Más paraguayo que la mandioca*, Asunción, Fundación El Alcher, 1996, p. 121) *pyrague* significa “espía, soplón, delator [...] ignorante y prepotente. Más amigo de la autoridad(d) que de la propia verdad [...] escuchaba lo que quería escuchar. Mejor dicho, lo que quería escuchar su jefe”.

con una de las tasas de desempleo más bajas de América Latina, una de las monedas más estables, y una de las inflaciones más moderadas (nueve por ciento anual). Como señalaba Lewis (*Paraguay* 314), “Paraguay goza de una sólida reputación en los círculos financieros internacionales, tanto que el FMI decidió, en 1976, incluir el guaraní entre las monedas que utiliza para sus transacciones”. Además, sus exportaciones aumentaron paulatinamente, la industria creció, y la agricultura empezó a mecanizarse. Todos estos factores (unidos a un control de la natalidad prácticamente inexistente, a una reducción considerable de la mortalidad infantil, y a la inmigración de brasileños en las zonas fronterizas) propiciaron que Paraguay tuviera uno de los índices de crecimiento de población más altos de su entorno (en torno al ocho por ciento anual): se pasó del millón trescientos mil habitantes de 1950 a los dos millones y medio de 1975. En 1995, ésta última cifra casi se había duplicado.

Hay que señalar, sin embargo, que no todos los paraguayos se beneficiaron de los avances en la misma medida. Incluso, durante los años sesenta, disminuyeron un cuatro por ciento los salarios de la clase trabajadora de menor cualificación profesional.

La parte recibida por la clase más alta, el 5% de la población, aumentó del 30% al 50% [...] el nivel de vida de los trabajadores está siendo sacrificado para promover el desarrollo capitalista [...]. Stroessner [...] se ha ganado el apoyo de los grandes agricultores e industriales dentro de Paraguay y ha expandido las oportunidades de prebendas por lealtades políticas. Para los miembros de las clases populares, los beneficios del sistema son mucho más modestos, pero algunos logran obtener trabajos dentro del gobierno y en el sector privado, sobre todo los que tienen un “patrón” en el partido Colorado o en el ejército. (Lewis, *Paraguay* 311-315).

A pesar de esa fidelidad, la dictadura no estuvo exenta de opositores que, desde dentro y desde fuera de Paraguay, lucharon por acabar con Stroessner. Una de sus primeras victorias contra la oposición dentro de su partido se produjo en 1955, cuando Stroessner venció a su rival político, el también colorado Epifanio Méndez Fleitas¹. Méndez Fleitas esperaba contar con el apoyo de la Caballería de Campo Grande, al mando del mayor Virgilio Candia, pero tres de los cuatro comandantes de ese regimiento desertaron. Días antes de la deserción, dos de ellos habían mantenido una entrevista con el capitán Luis María Argaña, quien les entregó una orden de Stroessner por la que se destituía a Candia. A partir de ese triunfo sobre Méndez Fleitas, aumentó la importancia del general Rodríguez, el artífice del golpe de 1989. Por su parte, Stroessner aprovechó la ocasión para destituir a los oficiales de los que sospechó afinidad con Méndez Fleitas.

En octubre de ese mismo 1955, la Cámara aprobó una ley “para la defensa de la democracia”, que suprimía las garantías constitucionales, y permitía el arresto sin orden judicial. Dicha ley fue utilizada para enviar al exilio al Presidente del Partido Liberal (Justo Prieto) y a seis miembros del Comité Ejecutivo de ese partido. Un año después, se tomaron medidas similares contra la ejecutiva del partido febrerista. Cuando, en 1958, se les permitió regresar, condenaron la dictadura en una convención pública a la que acudieron más de dos mil personas. La policía detuvo a más de treinta liberales, y el partido volvió al exilio. Otros exiliados prefirieron luchar contra la dictadura con métodos menos pacíficos. Para ello, se formó el Movimiento 14 de Mayo, dirigido por el liberal disidente Benjamín Vargas. En abril,

¹Epifanio Méndez Fleitas (San Solano, 1917) ingresó en el Partido Colorado en 1944. Estuvo al frente de la Policía de la Capital y, dos veces, del Banco Central. Colaboró en *El País*, y fue autor de los ensayos *El orden para la libertad*, *Batallas por la democracia* y *El valor social de la historia*.

los hombres de Vargas consiguieron cruzar la frontera, atacar el cuartel policial de Coronel Bogado, y huir con armas y municiones.

Al año siguiente, parte del ejército y de los demócratas exigieron el levantamiento del estado de sitio. De nuevo regresaron los liberales, que tuvieron que huir dos meses más tarde, cuando el dictador terminó con la oposición democrática, liderada por el jefe de la fuerza aérea (Epifanio Ovando). Así, Stroessner consiguió dar la dirección de los cuerpos militares a hombres de su absoluta confianza, como Rodríguez, Colmán, Cabello, Argaña y Cáceres.

Mientras, el Movimiento 14 de Mayo se unió a la Vanguardia Febrerista liderada por Arnaldo Valdovinos, quien consiguió apoyo financiero de Venezuela. Pero las luchas por el poder de la organización hicieron que pronto el pacto se rompiera. Además, Juan José Roleta, queriendo imitar a Fidel Castro, presionó a Vargas Peña para pasar a la acción. Vargas Peña consideraba que los actos debían ser cuidadosamente planificados, y Roleta abandonó el movimiento junto a otros mil hombres. En diciembre de 1959, los disidentes decidieron invadir Paraguay desde dos puntos; pero los soldados del gobierno rodearon al grupo más numeroso, y lo aniquilaron. El grupo menor sufrió un gran número de bajas, y hubo de dispersarse, perseguido por los soldados y los campesinos. No tuvo más éxito el movimiento 14 de Mayo, en su intento de abril de 1960.

Alentados por el éxito de Fidel Castro, fueron naciendo otros grupos guerrilleros, algunos de los cuales recibían ayuda económica de Cuba. Entre ellos estaba el Frente Unido de Liberación Nacional que, cruzando desde Brasil, atacó Capitán Bado con sólo diecisiete hombres. El ejército acabó con ellos antes de que logran abandonar Paraguay. Meses más tarde, hicieron un nuevo intento, esa vez con doscientos hombres, que tuvieron que huir al ser descubiertos. En diciembre, trataron de llegar a Asunción; de nuevo fueron descubiertos y perseguidos. En aquella ocasión, sólo se salvaron veinticinco hombres, que fueron recogidos en el Paraná por un buque argentino. Parece que los demás murieron en el enfrentamiento, o fueron hechos prisioneros y, según Aníbal Miranda (*Corrupción* 87), arrojados vivos desde aviones en vuelo nocturno.

En 1959, cuando el Movimiento 14 de Mayo y Frente Unido de Liberación Nacional (FULNA) comenzaron la lucha armada en Paraguay, Stroessner [...] había mutilado [...] el partido oficial, Colorado, proscrito los demás partidos y movimientos, descabezado la Confederación Paraguaya de Trabajadores (CPT), pasado a retiro a los jefes y oficiales de más prestigio de las Fuerzas Armadas y establecido un extendido aparato represivo. Las dos organizaciones se fundaron, entrenaron y armaron el exilio [...] cesaron de operar como fuerzas combatientes a fines de 1960. [...] Stroessner dejó de tener oposición efectiva desde entonces. (Miranda, *Corrupción* 33 y 43).

Tras esas tentativas, el intento de lucha violenta fue desapareciendo. Lewis explica el fracaso de la guerrilla por diversos factores:

La guerrilla no contaba, como los cubanos, con ninguna base en el campesinado [...] el ejército de Stroessner, a diferencia del de Batista, estaba bien adiestrado y tenía una alta moral [...] la comunidad de exiliados estaba plagada con espías de Stroessner, de manera que el gobierno siempre sabía cuándo y dónde iba a tener lugar la invasión. Y [...] tales invasiones ponían en peligro a familiares y amigos dentro de Paraguay, ya que la policía generalmente tomaba represalias arrestándolos e interrogándolos. (*Paraguay*, 338-339).

En sintonía con otros movimientos surgidos en diversos países, algunos intelectuales

paraguayos de los años sesenta empezaron a luchar contra el dictador¹. En esta apuesta, fue importante la aparición de la revista *Criterio*, nacida en 1966 bajo la dirección de Basilio Bogado Gondra. Juan Félix Bogado explica:

Allá por el 66 se constituyó un grupo de gente muy afín a las actividades culturales [...] que

¹En octubre de 1994, la revista de la Dirección de Cultura y el Centro Paraguayo Japonés (*La Isla*) se dedicó a analizar la resistencia a la dictadura en 1969. En ese número, titulado “1969-1994. Veinticinco años después” Luis Ocampo Alonso (“Años rebeldes” 8-13) hace un repaso de algunos acontecimientos entre 1966 y 1969. Si no señalamos lo contrario, tomamos los datos sobre los hechos acaecidos en Paraguay hasta 1969 del citado artículo. Así mismo, hemos considerado conveniente presentar en esta nota algunos acontecimientos que Ocampo reseña. Ninguno de ellos sucede en Paraguay, pero todos contribuyen a dar una imagen de la situación mundial en aquellos años:

1966:

- En febrero, moría en Colombia Camilo Torres, un sacerdote que un año antes había escrito un “mensaje a los cristianos”, afirmando: “la revolución no sólo está permitida, sino que es obligatoria para todos los cristianos que vean en ella la manera más eficaz de hacer posible un mayor amor para todos los hombres”.
- En la Conferencia Tricontinental de Cuba, Fidel Castro y el Che proponían “luchar contra el imperialismo en todos los frentes”. En agosto, entró en Bolivia Ernesto Che Guevara (precedido de otros ex combatientes cubanos). En diciembre, apoyado por algunos disidentes del Partido Comunista Boliviano, instaló su base de operaciones en el sur del país.
- Los estudiantes de Sao Paulo se manifestaron reclamando una reforma universitaria.
- En Argentina, el veintiocho de julio, el general Juan Carlos Onganía dio un golpe de estado, tras el que clausuró el parlamento, terminó con la libertad de prensa, ilegalizó los partidos, e intervino ocho universidades. Un mes más tarde, la policía hirió a más de sesenta personas en la Universidad de Buenos Aires. En septiembre, en una manifestación contra la policía en Córdoba, un estudiante fue asesinado por la policía.

1967:

- En marzo, en una conferencia en Estados Unidos, el arzobispo brasileño Helber Cámara instó a las Universidades del Tercer Mundo a “que denuncien el peor de los colonialismos que es el colonialismo interno”.
- En Brasil, los metalúrgicos, apoyados por artistas y universitarios, fueron a la huelga.
- En Argentina, un grupo de estudiantes irrumpió en la misa celebrada el uno de mayo en la Catedral de Buenos Aires (en la que estaba el dictador). Sus consignas contra el gobierno fueron aplaudidas por los presentes.
- En octubre, fue asesinado el Che, tras ser detenido en la Quebrada del Yuro.
- En Uruguay, comenzó una oleada de huelgas de trabajadores y estudiantes que reclamaban, respectivamente, mayores salarios, y más presupuesto para la educación.
- En Estados Unidos, creció la repercusión del movimiento hippy, y la crítica a la guerra del Vietnam. En Nueva York, nació el *black power* para reclamar los derechos de los negros.

1968:

- En Francia, los estudiantes salieron a las calles en lo que se conoce como la Revolución de Mayo. En China, los jóvenes protagonizaron la Revolución Cultural. En Estados Unidos, continuaron las protestas contra la guerra de Vietnam, y los movimientos a favor de los derechos de los negros. En Checoslovaquia, la invasión soviética puso fin a la Primavera de Praga.
- En Brasil, la policía asesinó a un estudiante en Río de Janeiro. Como respuesta, en Río y Sao Paulo se multiplicaron las protestas de estudiantes, artistas e intelectuales. En junio, la intervención de la policía en una manifestación terminó con un saldo de varios muertos y heridos. Más de cien mil personas se reunieron en Río para protestar por esos hechos. En octubre, hubo enfrentamientos entre estudiantes y paramilitares en Sao Paulo.
- En Uruguay, el gobierno censuró la prensa como respuesta a las huelgas. Más de cien mil personas se congregaron para dar el último adiós a Liber Arce, estudiante asesinado por la policía.
- En Argentina, nació un movimiento sindical de resistencia a la dictadura de Onganía. Se detuvo y torturó a varios jóvenes peronistas.
- En Perú, Juan Velasco Alvarado encabezó un golpe de estado con el que, según proclamó, se iniciaría una “revolución nacionalista, humanista, y con profundo sentido social”.

1969:

- Continuaron las manifestaciones contra la guerra del Vietnam y contra la ocupación soviética de Checoslovaquia.
- Nixon anunció que ya no dotaría de armamento a Perú, por la orientación “hostil” del gobierno de Velasco. Velasco decidió comprar armamento soviético, y enviar militares a la URSS para aprender su manejo.
- En Argentina, continuaron los enfrentamientos entre la policía y los estudiantes. En mayo, la rebelión popular de Córdoba terminó con catorce muertos y docenas de heridos. Las protestas contra Onganía se fueron radicalizando.
- En Uruguay, se convocó una huelga general como protesta por la creciente censura a la prensa, y por las difíciles condiciones de vida. El resultado fue la clausura de varios diarios, y la implantación del estado de sitio.

desembocó en la publicación de la revista *Criterio*. Ese grupo se dedicó a promover debates y actividades culturales, al tiempo que a estimular a otros que hacían teatro, música o poesía. Entre los que componíamos ese grupo había estudiosos, surrealistas y hasta bohemios [...] puedo citar a Juan Carlos Da Costa, a José Carlos Rodríguez, Nelson Roura, René Dávalos, Basilio Bogado, Emilio Pérez Chaves, Guido Rodríguez Alcalá, entre otros [...] nos distanciamos simultáneamente de la dictadura y de los partidos de la oposición, a los que consideramos obsoletos¹.

Ese mismo año, comenzaron a circular en los centros de enseñanza panfletos en los que se repudiaba la falta de respuesta de Stroessner ante la ocupación de Saltos de Guairá por parte del ejército brasileño; y el dictador destituyó al Ministro del Interior, Edgar Ynsfrán, por haber contactado con militares y miembros del Partido Colorado para presentar su candidatura a las elecciones de 1968.

En 1967, Stroessner, consciente de la mala imagen interior y exterior de su gobierno, convocó una Convención Nacional Constituyente. *Criterio* dedicó su editorial de marzo-abril a criticar la citada Convención. *Trinchera*, el periódico de los universitarios, denunció también a los partidos de la oposición que se prestaron a participar en las elecciones sin que fueran liberados los más de cien presos políticos, suprimido el estado de sitio, ni anulada la ley que establecía que dos tercios de los escaños del parlamento serían adjudicados al partido ganador. Las elecciones del once de febrero de 1968 dieron como resultado la continuación de Stroessner en el poder. Un manifiesto firmado por el director de *Criterio* y otros intelectuales y artistas (como Guido Rodríguez Alcalá, Carlos Colombino, Juan Félix Bogado, Jesús Ruiz Nestosa, Carlos Saguier y Pedro Gamarra) condenó el “acto comicial cargado de violencia y tácticas intimidatorias”, y rechazó “el absolutismo que el gobierno encarna”. En abril, *Criterio* publicó el “Manifiesto de Córdoba”, un proyecto argentino de reforma universitaria que Stroessner consideraba subversivo por la influencia que podía tener en la Universidad paraguaya². Ese mismo mes, hubo masivas manifestaciones estudiantiles. Desde octubre, el semanario *Comunidad* comenzó a difundir comentarios sobre la reunión episcopal de Medellín, en la que los obispos latinoamericanos afirmaron: “estamos en el umbral de una nueva época histórica en nuestro continente, llena de un anhelo de emancipación total, de liberación de toda servidumbre, de maduración personal y de integración colectiva”.

Al comenzar 1969, la Iglesia católica manifestó al gobierno su preocupación por los presos políticos. Tras la detención del estudiante Alfredo Carrillo, en junio hubo enfrentamientos entre universitarios y policías; Sabino Montanaro (Ministro del Interior) argumentó: “las manifestaciones estudiantiles obedecen a un plan terrorífico elaborado por extremistas del exterior para perturbar sistemáticamente la paz y el orden”. Cuatro días más tarde, los estudiantes ocuparon la Catedral y varias iglesias, reclamando la libertad de los presos políticos. El gobierno reaccionó dictando la “Ley de Defensa de la Paz Pública” que, según José Nicolás Morínigo, “fue utilizada con posterioridad como referente legal de las

¹Juan Félix Bogado, declaraciones en “Debate: el 69 y sus utopías”, *La Isla*, nº 4, 1994, pp. 21-22.

²Jorge Lara Castro (ibídem, 18-19) explica la importancia de ese documento: “la Facultad de Derecho de la Universidad Católica se constituyó en uno de los espacios de lucha entre el régimen stronista y la oposición estudiantil [...] la universidad representaba un espacio de libertad en el país y un centro de crítica y pensamiento [...]. Los documentos de la Reforma de Córdoba nos proporcionaron un marco de referencia para pensar en nuestra universidad y definir objetivos [...] la universidad se convirtió en un símbolo de la resistencia [...]. De hecho, la mayoría de los dirigentes del 68-69 estuvimos en prisión y pasamos por la experiencia dolorosa de la tortura”.

más perversas violaciones de los derechos humanos”¹.

Ese mismo mes, Nixon envió a Nelson Rockefeller a varios países latinoamericanos. Mientras los estudiantes de la Universidad Católica protestaban contra su presencia, en una entrevista a *Patria*, Rockefeller manifestó: “en 50 años nadie hizo tanto como Stroessner por el Paraguay”².

En octubre de 1969, Stroessner expulsó al profesor jesuita de la Universidad Católica Francisco de Paula y Oliva; reprimió las manifestaciones de protesta organizadas en la Universidad; y clausuró definitivamente el semanario *Comunidad*. El arzobispo, Mena Porta, reaccionó excomulgando al Ministro del Interior (Sabino Montanaro) y al jefe de la policía (Francisco Brítez). Un mes más tarde, el dictador argentino Juan Carlos Onganía visitó Paraguay, lo que provocó nuevos actos de protesta. Montanaro, que quería acudir a la boda de su hija, presentó sus disculpas al arzobispo, y logró que Brítez hiciera lo mismo. Mena Porta, creyendo en la sinceridad de ambos, suprimió la excomunión. Lo que parecía una tregua se rompió el ocho de diciembre, cuando la tradicional peregrinación hasta la virgen de Caacupé cambió su itinerario, convirtiéndose en una marcha de protesta silenciosa por las calles de Asunción. La policía reprimió con dureza esa marcha, y Mena Porta reaccionó suprimiendo todas las misas en Paraguay mientras Stroessner estuviera en el poder. Después, abandonó su puesto. Surgió entonces el problema del arzobispado vacante. Stroessner no podía imponer un sacerdote sin la autorización papal, y la Iglesia no podía nombrar un arzobispo sin el beneplácito del dictador. El Vaticano no aceptó la propuesta de Stroessner, y lo instó a hacer reformas. El dictador decidió entonces proscribir el Servicio Católico de Socorro, evitando así el trato entre el clero y la población civil.

Según los datos de la Organización Internacional del Trabajo manejados por Luis Ocampos, más de cien mil paraguayos huyeron a Argentina entre 1966 y 1969. Como hemos visto, parte de los que se quedaron en el país decidieron luchar contra el régimen, y la resistencia contra Stroessner se fue gestando en el seno de una juventud que, según Line Bareiro, sentía que “hacer cultura -es decir, escribir, pintar, hacer teatro, cantar- formaba parte fundamental del hacer política”³. De esta juventud vinculada a su tiempo, proceden buena parte de los escritores que estudiaremos al analizar los años ochenta y noventa.

La juventud crítica paraguaya [...] leía a Marcuse, a Erich Fromm, a Althusser y, quizá utilizando un atajo discutible, a Martha Harnecker, quien había escrito un manual sobre marxismo [...]. Era una juventud [...] que había descubierto la opresión, no sólo como resultado de un acto reflexivo, sino como respuesta del poder al intento de ejercitar y usar su libertad [...]. Mientras la ideología de la

¹José Nicolás Morínigo, “Tiempo de utopías”, *La Isla*, n° 4, 1994, p. 15-17.

²Como explica Luis Ocampos (“Años” 8-13), en Honduras, Nicaragua, Colombia y Ecuador hubo manifestaciones contra Rockefeller. En Montevideo, se lanzaron cócteles molotov contra la Embajada de Estados Unidos; y, en Buenos Aires, el grupo “Fuerzas Armadas Revolucionarias” incendió trece supermercados de la cadena Minimaz, propiedad de Rockefeller, y la policía asesinó a un manifestante. Perú, Venezuela y Chile cancelaron su visita. Su estancia en Bolivia se redujo a menos de dos horas por falta de garantías. En Brasil, los militares rodearon la Universidad de Brasilia, impidiendo el paso de estudiantes y profesores. La familia de Rockefeller era propietaria de la empresa petrolera Standard Oil, que apoyó a Bolivia durante la guerra del Chaco. Antonio Pecci (“En busca de la memoria perdida”, *La Isla*, n° 4, 1994, p. 35) sostiene: “los tres hechos históricos que mayor impacto causaron en Paraguay en la época fueron la muerte del Che Guevara [...] en octubre de 1967; la rebelión estudiantil del mayo francés del 68, y la rebelión popular de mayo de 1969 contra el régimen militar argentino, el ‘cordobazo’ [...]. Todo esto desembocó en la rebelión estudiantil del 69, provocada por la visita al país del banquero norteamericano Nelson Rockefeller”.

³Line Bareiro, declaraciones en “Debate: el 69 y sus utopías”, *La Isla*, n° 4, 1994, p. 20.

segunda reconstrucción -es decir del stronismo- se enraizaba en un pasado mitificado de una manera obsesiva, aquellos jóvenes miraban al futuro [...]. La tercera característica [...] fue la creencia firme en su capacidad para transformar la sociedad [...]. *Trinchera, Koeti [...] Comunidad [...]* constituyeron una experiencia clave para la edición posterior de una revista de calidad y profundidad sustantiva, que se convertiría en el vocero de la juventud crítica: *Frente* [...] el compromiso tiene una doble significación: [...] político pero a la vez social. (Morínigo, “Tiempo” 16-17).

En enero de 1970, se llegó a un acuerdo respecto al arzobispado, y se designó a Ismael Blas Rolón, quien no logró en aquel momento la libertad del padre Monzón, un sacerdote uruguayo acusado por Stroessner de estar en contacto con organizaciones terroristas de izquierdas. Aunque meses más tarde Monzón fue liberado, en los años setenta la represión se endureció, y las dictaduras de los países vecinos ayudaron a Stroessner en su lucha contra los exiliados. Además, la década se inauguró con la ley 209, dictada en 1970 “para defender la paz pública y la libertad de las personas”, y que permitía mantener presos por tiempo indeterminado a los perseguidos políticos.

El mismo 1970, Rolón envió al presidente de la Conferencia Episcopal, para solicitar a Stroessner el regreso de los sacerdotes exiliados, y la liberación de los presos políticos. Como era de esperar, Stroessner no le hizo caso. Un año después, los soldados rodearon la iglesia de Caaguazú, donde ciento cincuenta campesinos protestaban contra el régimen. Sus líderes fueron encarcelados, y uno de ellos murió en la prisión tras una huelga de hambre. También en 1971, Maneco Galeano, Juan Manuel Marcos, Carlos Noriega y Mito Sequera fundaron el movimiento “Nuevo Cancionero Paraguayo”. Los cuatro fueron detenidos y torturados¹ y, algo más tarde, dos de ellos optaron por el exilio: Sequera en 1972, y Marcos en 1977.

En septiembre de 1972, en la Escuela de Leyes de la Universidad Católica, se llevó a cabo una protesta por el arresto de varios estudiantes en las manifestaciones. A pesar de la presencia de algunos congresistas, la policía golpeó a los presentes, y destruyó el edificio.

En el 72 ocurren dos hechos importantes. Se realiza el primer festival de rescate folklórico, homenaje al prohibido José Asunción Flores [...]. Ese mismo año se crea la Muestra Paraguaya de Teatro, que será el más relevante polo de agrupamiento de los elencos independientes que superan sus diferencias, mantienen su estilo propio y juntan sus fuerzas para hacer festivales anuales, cursos, seminarios, talleres. (Pecci, “Memoria” 35).

Al año siguiente, campesinos de las Ligas Agrarias Cristianas se encerraron en las iglesias de Coronel Oviedo. Los propios campesinos colorados se encargaron de desalojarlos. Ese mismo 1973, varios jesuitas fueron expulsados del país, acusados de repartir propaganda comunista. Como protesta, Rolón suspendió la participación de los estudiantes en el desfile del día de la Independencia, y no ofició la misa del *Te Deum*. Poco a poco, los gestos de la Iglesia fueron disminuyendo, al comprobar que el régimen tenía más capacidad de movilización que su organización. Rolón sustituyó al Presidente de la Conferencia Episcopal (Bogarín) por un sacerdote más moderado (Felipe Benítez) pero ese gesto no tuvo las

¹Entre otros métodos de tortura, Anibal Miranda (*Corrupción* 15-28) describe la *baignoire* (conocido en Paraguay como la “pileta”), el predilecto del jefe de la policía Pastor Coronel (quien murió, tras diez años de prisión, en septiembre de 2000), utilizado por los nazis, e importado en el Cono Sur: “cuando el III Reich cayó, el selecto equipo de represores y torturadores nazis se desbandó en diferentes direcciones. Muchos de ellos se trasladaron posteriormente [...] afincándose en Argentina, Bolivia y Paraguay”.

deseadas consecuencias: en 1975, ocho campesinos fueron asesinados con armas de fuego en la comuna de San Isidro, y los arrestados fueron llevados a prisión. Un mes después, se detuvo a cinco campesinos y al sacerdote franciscano de la Colonia Comunitaria de Acaray.

En 1976, el ejército acabó con la Organización Político-Militar, un frente guerrillero integrado por estudiantes católicos vinculados al Ejército Revolucionario argentino. En el enfrentamiento, treinta miembros de la Organización resultaron muertos, y ciento cincuenta detenidos; la policía tuvo cinco bajas. Siete jesuitas, acusados de asesorar a los estudiantes, fueron expulsados del país.

Ese mismo año, por presión estadounidense, Stroessner hubo de reconocer la existencia (desde 1960) de una cárcel política en Emboscada, en la que estaban presos estudiantes, campesinos, políticos y profesores. Según datos de Guido Rodríguez Alcalá, de abril a julio de 1976, “hasta 1000 personas fueron privadas de su libertad”¹. El mismo autor da cuenta de detenciones arbitrarias, juicios basados en la ley 209, y el caso de Schaerer: mientras un informe oficial señala que Schaerer Prono murió en un enfrentamiento a tiros con la policía el cinco de abril de 1976, lo cierto es que, según los documentos aparecidos en el Archivo del Terror, en esa fecha, la policía detuvo a Schaerer y a su mujer, que estaba embarazada de siete meses. Tras la detención, él fue asesinado, y ella maltratada.

El proyecto de crear un partido desde el que oponerse al régimen “se desarticuló con la represión de 1977 (cierre de la revista *Criterio*- segunda época- y el apresamiento o exilio de los integrantes de su consejo de redacción y varios líderes independientes)” (Bogado, “Debate” 22). El presidente estadounidense Jimmy Carter exigió más respeto a los derechos humanos en Paraguay, y la prensa estadounidense empezó a hacerse eco de la situación del país. El seis de julio de 1978, Karen De Young denunciaba, en *The Washington Post*:

Por más de un año hemos estado siguiendo la pista de una sórdida historia de depravación sexual entre los cargos del gobierno paraguayo. Tuvimos noticias de que muchachitas entre 8 y 14 años eran usadas para la gratificación sexual de las máximas autoridades civiles y militares de Asunción [...]. En el pasado, Alfredo Stroessner se distinguió por tiranizar a su pueblo y dar refugio a los criminales de guerra de Adolfo Hitler. El dictador ha estado también conectado a este horrible escándalo sexual. [...] visita con frecuencia una casa en el barrio de Sajonia donde las criaturas son violadas [...]. Ha estado recibiendo unos US\$ 6 millones promedio en ayuda norteamericana durante los últimos 4 años. El flujo de asistencia militar se cortó recién este año. (Reproducido por Miranda, *Prisionero* 145-146).

En 1978, la Asamblea General de la Organización de Derechos Humanos aprobó una resolución en la que se hacía “un encarecido llamamiento al Gobierno del Paraguay” para que acatara las recomendaciones de su informe, que lo acusaba de violaciones constantes de los derechos humanos (como detenciones, muertes y desapariciones ilegales) y de negarse, desde la primera petición, en 1962, a permitir la entrada en el país de una delegación que investigara tales hechos. Sólo el delegado paraguayo ante la OEA, Luis María Argaña, votó en contra de la resolución, argumentando que el informe estaba basado “no en pruebas concretas sino en denuncias por parte de mercenarios opuestos al gobierno”; y que el estado de sitio se justificaba como medida contra las “invasiones crueles de guerrilleros” desde los países vecinos. Los informes de los años siguientes volvieron a denunciar la

¹Guido Rodríguez Alcalá, *Testimonio de la represión política en el Paraguay: 1975-1989*, Asunción, Comité Iglesias, 1990, p. 53.

violación del derecho a la vida, a la integridad personal, a la libertad, a la justicia, a la expresión, a la información, a la reunión y a la asociación¹.

En la década siguiente, la represión contra las ligas agrarias continuó. Guido Rodríguez Alcalá (*Testimonio*) señala el caso de veinte campesinos que salieron de Acatay el ocho de marzo de 1980: diez de ellos fueron asesinados, acusados después de asaltar un autobús de línea. Ese mismo año, un comando argentino-nicaragüense asesinó en Asunción al ex dictador de Nicaragua, Anastasio Somoza.

La subida al poder de Ronald Reagan, en 1981, supuso un nuevo recordatorio a favor de los derechos humanos en Paraguay. Esto hizo que la represión se suavizara, y que el gobierno comenzara a tambalearse. A pesar de todo, la represión no terminó: en 1982, se desarticuló un grupo “comunista prochino” de treinta y siete personas. Aunque veintiocho de ellas nunca confesara pertenecer a dicho grupo, y el resto lo hiciera en un juicio muy cuestionable, todas fueron encarceladas.

También en 1982, la censura tuvo un símbolo que nadie ha olvidado: se prohibió el poemario de Canese *Paloma blanca, paloma negra* (y se expulsó de Paraguay a Augusto Roa Bastos, que iba a presentar el libro²), porque uno de sus versos hablaba de “países de mierda como el nuestro”.

La triste verdad es que el libro de Canese había sido compuesto desde un punto de vista irónico, típico de la poesía coloquial y contracultural del post-boom; por lo tanto, para cualquier lector con un conocimiento mínimo de la sensibilidad contemporánea, el famoso verso realmente implicaba una declaración de amor de lo más romántica. La conclusión de la historia revela bastante en relación con la impotencia cultural del régimen: aunque prohibido, *Paloma blanca, paloma negra* circuló ampliamente y fue vendido en la clandestinidad; y se convirtió en el mayor éxito de ventas de la historia de la poesía paraguaya³.

Un año más tarde, el presidente del Partido Liberal, Domingo Laíno, fue expulsado del país por haber publicado un libro en el que denunciaba las relaciones comerciales entre Stroessner y Somoza. Sin embargo, la presión internacional obligó a Stroessner a admitir el regreso de algunos exiliados, y a liberar a algunos jóvenes que estaban en prisión por la Ley de Defensa de la Democracia y la Paz Pública (para entonces, Ángel Páez, ya había fallecido en la cárcel, según la versión oficial, “por heridas autoinfligidas en estado de ebriedad”). Así, la resistencia civil se fue intensificando, y *Abc Color* llegó a publicar, en

¹El diario *Abc* de Asunción publicó, el 23 de octubre de 1979, las acusaciones de la Comisión Internacional de Derechos Humanos de ese año: las denuncias arriba mencionadas, y las recomendaciones de acabar con el estado de sitio, hacer un examen médico a la entrada y a la salida de los centros de reclusión, poner en libertad a las personas retenidas sin cargos, dar un tratamiento especial a las presas embarazadas, sancionar a quienes incurrieran en abusos, y garantizar la seguridad de abogados y jueces.

²Esta expulsión ha sido, a menudo, esgrimida por el autor como prueba de su oposición al régimen stronista. El 24 de noviembre de 1990, apareció en *Correo Semanal*, con el título de “El día que Roa Bastos fue expulsado del Paraguay”, la entrevista de Antonio Pecci con Miguel Ángel Bestard (subsecretario del Ministerio de Interior en 1982). Bestard explicaba que la orden de expulsión llegó directamente de Stroessner, y añadía: “nosotros nos dábamos cuenta de que él [Roa] desarrollaba más bien una labor intelectual. Por ese año 82, en abril, se dijo que Roa vino a hacer campaña pro utilización de la repatriación de las cenizas del gran compositor José Asunción Flores [...]. Roa no estaba en eso [...] cuando venía se comportaba de manera muy pacífica, frecuentaba los centros culturales, hacía conferencias, recorría, era muy agasajado y mayormente nunca se metía en política, nunca había emitido una opinión política”.

³Juan Manuel Marcos, “Rodrigo Díaz-Pérez, Jesús Ruiz Nestosa y Helio Vera: narrativa contracultural de los ochenta en el Paraguay”, *Confluencia: Revista Hispánica de Cultura y Literatura*, vol. 2, 1987, p. 57.

enero de 1984, una solicitud, firmada por casi mil ciudadanos, para prevenir la tortura, y para pedir la reaparición de los desaparecidos. Pero la apertura fue mínima: aunque, en 1984, se permitió el regreso del exilio de los dirigentes del MOPOCO (Movimiento Popular Colorado), acusados, nueve años antes, de intentar atentar contra la vida de Stroessner, la policía los obligó a alejarse de la prensa, y Radio Ñandutí fue sancionada por nombrarlos.

En las elecciones de 1983, el cómputo oficial daba a Stroessner el noventa por ciento de los votos, aunque la situación del país era grave. Según Blinder, “mientras el 42 por ciento de la población se reparte el 7,7% del ingreso, en el otro extremo 7,7% de la población recibe 75% [...]. La corrupción administrativa es muy elevada [...] las ‘exportaciones’ e ‘importaciones’ ilegales son 2,5 veces mayores que las operaciones legales”¹.

El diez de diciembre de 1988, se convocó la Marcha por la Vida. La lucha contra la policía dejó heridos en ambos bandos, pero la oposición lo celebró como un triunfo. Los días de Stroessner estaban contados, y el ambiente en Paraguay se caracterizaba por:

Irrefrenable corrupción, confrontación en torno a la sucesión [...], sabotaje entre aparatos en el partido oficial y en las fuerzas armadas, presión norteamericana, argentina y de los países europeos en favor de la transición y creciente descontento más activismo de las fuerzas sociales y políticas antidictadura. Stroessner había mandado cerrar varias casas de cambio, entre ellas Cambios Guaraní del general Rodríguez. (Miranda, *Corrupción* 136).

La represión stronista tenía por finalidad el mantenimiento en el poder del dictador, para lo que éste usó también la corrupción generalizada (se atribuye a Stroessner la frase “la corrupción crea complicidad, y la complicidad crea lealtad”):

Se estima que entre 1000 y 2000 personas fueron asesinadas por Stroessner en 34 años de gobierno² [...]. Stroessner se hizo cargo de un país políticamente desmovilizado, domesticado por la dictadura del general Morínigo. En tales condiciones, no necesitaba matar *demasiado*. Por otra parte, Stroessner fue, por lo general, cauto [...]. Detenciones, amenazas, golpizas; esos eran sus medios de represión favoritos [...]. Tampoco significa que Stroessner haya sido [...] un tirano benévolo, como han tratado de presentarlo sus biógrafos el norteamericano Lewis y el brasileño Da Motta Meneses [...]. La represión de su gobierno no obedeció a principios ideológicos definidos [...] sino que obedecía al único propósito de perpetuarlo en el poder [...]. Mató menos que otros dictadores [...]. Pero [...] fue increíblemente ladrón [...]. Fue eficaz [la represión] para mantener al gobierno en el poder hasta los últimos años, cuando la corrupción alcanzó límites peligrosos hasta para la conservación del propio sistema y entonces comenzó a crecer la reacción interna que terminaría deponiendo a Alfredo Stroessner el 3 de febrero de 1989, pero permitiéndole salir del Paraguay con honores y con dólares. (Guido Rodríguez Alcalá, *Testimonio* 151-152).

En los años ochenta, comenzaron a surgir problemas en el seno del Partido Colorado: se debatía la sucesión de Stroessner. Ese debate fue el que llevó al golpe de estado de Rodríguez. Pero antes de hablar de la transición democrática, queremos resumir los largos años de dictadura stronista con las palabras de Lewis:

Cuando ascendió al poder, su posición era insegura [...] primero respaldó a los democráticos contra los epifanistas; después a los guionistas contra los democráticos, y finalmente eliminó a los

¹Samuel Blinder, *Paraguay, exilio, intolerancia*, Asunción, QP, 1995, pp. 17-21.

²Miranda (*Corrupción* 136-137) da cuenta de desapariciones y asesinatos que no han sido investigados.

guionistas. Tras la caída de cada facción rival, fue dominando cada vez más el partido. Por otro lado, cada sacudida iba acompañada por la caída de altos oficiales del ejército, y Stroessner designaba a los que ocuparían esos puestos. De esta manera, se apoderó, gradualmente, de los dos pilares sobre los que iba a basar su régimen: el Partido Colorado y las fuerzas armadas [...]. La base de los colorados, los campesinos, impidió a los partidos de la oposición que se encontraban en el exilio repetir el reciente ejemplo de la Revolución cubana, pues la red de espionaje [...] fue decisiva. (*Paraguay* 419-420).

A pesar de tales apoyos, la dictadura concluyó con un golpe de estado, a raíz del cual comenzó lo que hemos dado en llamar “la larga transición democrática”.

V. - La larga transición democrática

Desde mediados de los años ochenta, se rumoreaba en Paraguay la posibilidad de un golpe de estado que acabara con un régimen acechado por una grave crisis económica, rodeado de países que habían terminado sus dictaduras, dividido entre los que todavía creían en él y los que, cada vez más a menudo, se lanzaban a las calles en manifestaciones duramente reprimidas. Aun así, en 1986, Lewis seguía manteniendo:

No sería nada fácil para las fuerzas armadas derrocar a Stroessner [...] el Partido Colorado representa la fuerza potencial de las masas, cuya lealtad es [...] para Stroessner [...]. Las posibilidades de que tal conspiración no fuera descubierta [...] son prácticamente nulas [...]. Paraguay, con toda seguridad, seguirá siendo fiel a su extensa tradición de gobierno dictatorial. (*Paraguay* 421-426).

Como todos sabemos, la conspiración de Rodríguez tuvo éxito, pero las fuerzas armadas han intentado, en varias ocasiones, la vuelta de un gobierno de signo totalitario, que acabara con los esfuerzos por instaurar la democracia.

1.- Andrés Rodríguez

El dos de febrero de 1989, Stroessner firmó el decreto por el que pasaba a retiro al general Andrés Rodríguez¹. Como se recordará, Rodríguez había ocupado el puesto de Jefe de Campo Grande desde 1961, momento en el que Stroessner le premió por la ayuda recibida para derrocar a Epifanio Méndez Fleitas. Con el paso de los años, el general Rodríguez fue adquiriendo relevancia en la política del país, hasta el punto de ser considerado el hombre más fuerte tras el dictador. Rodríguez era conocido por sus cargos militares, por ser consuegro de Stroessner, y por sus maniobras de contrabando.

Entre 1970 y 1972 se empezaron a descubrir pruebas que implicaban a oficiales paraguayos de alto rango en el centro de un sistema de contrabando de drogas [...]. La mente maestra de la operación era un francés expatriado llamado Auguste Ricord [...] el principal partidario de Ricord no era otro que el general Andrés Rodríguez [...]. Tanto Rodríguez como Colmán se habían hecho ricos con las concesiones de whisky y cigarrillos a principios de los sesenta, pero ahora estaban obteniendo mayores ganancias al construir [...] pistas de aterrizaje donde aviones privados iban y venían durante la noche, transportando cargas de narcóticos. Se decía que el propio Rodríguez, que era el principal accionista de un servicio de taxis aéreos, había proporcionado algunos aviones [...]. Cuando los agentes estadounidenses de narcóticos finalmente penetraron las operaciones de contrabando en abril de 1971 y pidieron el arresto y la extradición de Ricord [...]. Rodríguez y Colmán estaban determinados a protegerlo. (Lewis, *Paraguay* 253-255).

Como sus intereses se fueron viendo cada vez más afectados por las directivas del gobierno, Rodríguez dio un golpe de estado la madrugada del dos al tres de febrero de 1989. El país estalló en júbilo, y el golpista apareció en televisión declarando que defendería los derechos humanos, la religión católica, el honor de las Fuerzas Armadas y la unidad del Partido Colorado; y que iniciaría el proceso democrático. Pocos días después, acompañado por su hijo y sus nietos (que son también nietos de Stroessner) prometió elecciones libres en un plazo de tres meses, de manera que se pudiera formar una Asamblea Nacional Constituyente que redactara una nueva Constitución. Así, se podría parafrasear a Ellen Spielmann para afirmar que curiosamente es un stronista, Andrés Rodríguez, quien liquida el stronismo con el apoyo de la pantalla de televisión².

Stroessner (de setenta y seis años) no fue juzgado: se le proporcionó un exilio dorado en Brasil, hacia el que partió en un avión de las Líneas Aéreas Paraguayas. El veintidós de diciembre de 1992, apareció el llamado “Archivo del Terror” en el Departamento de

¹Andrés Rodríguez Pedotti (Borja, 1923 - Nueva York, 1997) alcanzó el grado de subteniente en 1946, el de coronel en 1964, y el de general en 1970. Por medio de diversos negocios, logró reunir una importante fortuna. Fue miembro del sector tradicionalista del Partido Colorado, y perteneció al círculo del presidente Alfredo Stroessner, del que era consuegro. Estuvo al mando del I Cuerpo del Ejército, que era la unidad mejor equipada de las Fuerzas Armadas paraguayas. Dirigió el golpe de Estado que derrocó a Stroessner en febrero de 1989 y, en mayo de ese mismo año, fue elegido presidente de la República con el apoyo del Partido Colorado. Antes de su elección presidencial, como presidente provisional desde el tres de febrero, legalizó los partidos políticos proscritos por la dictadura. Bajo su mandato, se redactó la nueva Constitución, aprobada en 1992. Le sucedió el también miembro del Partido Colorado Juan Carlos Wasmosy. Tras retirarse del Ejército, pasó a ser senador vitalicio.

²La frase de Spielmann (“Populismo como utopía: la novela histórica *Viva o povo brasileiro* de Joao Ubaldo Ribeiro y el estudio historiográfico de *O povo brasileiro* de Darcy Ribeiro”, en Sonja M. Steckbauer (ed), *La novela latinoamericana entre la historia y la utopía*, Eichstätt, Universidad Católica, 1999, p. 178) dice: “curiosamente es un peronista, Carlos Menem, quien liquida la política peronista con el apoyo de la pantalla de televisión”.

Producciones de la Policía de Lambaré, donde se guardaban dos toneladas de expedientes secretos. Al día siguiente, el gobierno decidió mostrar a la prensa las dependencias de la Dirección Nacional de Asuntos Técnicos del Ministerio del Interior, donde había archivos, celdas e instrumentos de tortura que demostraban los métodos utilizados por el dictador. A pesar de eso, Stroessner ha seguido cobrando su sueldo de general jubilado, aunque sus bienes, administrados por Hiran Delgado Leppel, ascienden a más de cuatro mil millones de dólares¹.

Los paraguayos fueron llamados a las urnas en mayo de 1989 para elegir presidente. El mayor opositor de Rodríguez, Domingo Laíno, del Partido Liberal, había advertido en unas declaraciones para *El Día* (reproducidas en Blinder, *Paraguay* 47-49): “la ecuación anterior era represión y fraude, la actual es libertad y fraude. Fraude porque, aunque disminuido, el sistema electoral del stronismo está en pie”. El resultado de la votación fue favorable al general golpista. A partir de ese momento, buena parte de los intelectuales exiliados comenzaron a regresar al país, se patrocinaron premios artísticos, surgió la prensa libre, y se crearon revistas literarias (entre ellas, *Revista del Pen Club de Paraguay*, tercera época, 1989; *Cabichuí* 2, 1990; y *El Augur Mediterráneo*, 1992).

Dès sa prise de pouvoir, [...] Rodríguez a clairement voulu se démarquer du général Stroessner dans sa façon de gérer les affaires culturelles. Il a opéré une sorte de réhabilitation des intellectuels, et particulièrement des écrivains, anciens opposants au régime. Plus qu’ un réel intérêt pour la culture, il faut voir en cela une démarche politique tendant à avérer un changement radical d’ idéologie [...] le gouvernement a participé a l’organisation du premier prix national de littérature paraguayenne en novembre 1991. Le premier prix a été attribué [...] à Elvio Romero, poète banni sous le régime de Stroessner².

En 1990 se promulgó una nueva Ley Electoral, a cuyo amparo se eligió, en mayo de 1991, a los miembros de la Asamblea Nacional Constituyente. La nueva Constitución (20 de junio de 1992) establece la división de poderes, y el voto directo. Además, aboga por los organismos de control, ya sea reforzando los existentes (como el Ministerio Público y la Contraloría General de la Nación) ya implantando otros nuevos (como el Jurado de Enjuiciamiento de Magistrados, la Defensoría del Pueblo, y el Consejo de la Magistratura, que elige a los candidatos para los tribunales y para la Corte Suprema y la Justicia Electoral). Y procura la descentralización, mediante Gobiernos Departamentales y Municipales. Sin embargo, hay que señalar que la descentralización en Paraguay está siendo un proceso difícil, que se explica por su historia: en los siglos XVI y XVII, la población se concentró en torno a Asunción (ocupando un radio de unos cien kilómetros cuadrados) y Misiones. Las diversas dictaduras aumentaron el centralismo, y Stroessner nombró delegados de gobierno e intendentes municipales que servían a sus fines centralistas y autoritarios. Sólo desde 1990, los alcaldes han sido elegidos por el pueblo.

¹Según Miranda (*Prisionero* 21), “sus activos en el exterior se estiman en US\$ 4.000 millones [...] el equivalente al doble de la deuda pública externa”. Parece que la Comisión de Derechos Humanos brasileña está preparando un juicio contra Stroessner, tras lo sucedido con Pinochet durante su estancia en Londres. El diputado brasileño Marcos Rolim manifestó: “Brasil tiene jurisdicción legítima y deber ético de juzgar al ex dictador paraguayo”. Según denunció Martín Almada a través de un correo electrónico de difusión masiva, Leppel estaría preparando la fuga de Stroessner a Asunción para evitar ese juicio.

²Claude Castro, “Paraguay: actualité littéraire”, *L’Ordinaire Mexique Amérique Centrale* (Université de Toulouse-Le Mirail), nº 144, 1993, p. 19.

Mientras la Constitución de 1967 únicamente reconocía el derecho a la educación, el trabajo y la salud (derecho que no se cumplió, ya que, durante la dictadura, el Estado jamás aportó su cuota para el Instituto de Previsión Social), la de 1992 introdujo los derechos de los indígenas, las mujeres, los niños, los ancianos, los jóvenes y los discapacitados. Fijó para educación un mínimo del veinte por ciento del Presupuesto de la Administración Central, regló la defensa del medio ambiente¹, declaró imprescriptibles los delitos de tortura y desaparición de personas, y añadió el *habeas data* o acceso de los ciudadanos a la información que el Estado tiene sobre ellos. Sin embargo, según el informe *Situación de los derechos humanos en el Paraguay 1995* (8-9),

La idea del cambio constitucional no fue el resultado de movilizaciones sociales [...] sino fue más bien el producto de la sublevación del 2/3 de febrero de 1989. Los autores del golpe [...] buscaron afanosamente legalizarse frente a propios y extraños, sobre todo ante sí mismos y ante su propia corporación militar [...]. ¿Es que sólo el caos pudiera sobrevivir después de él [Stroessner] como lo aseguraban los operadores políticos del régimen? [...] la transición se pergeñó, desde el poder, con un calendario más bien electoral antes que desde una óptica de cambio estructural socio-económico y político-legal en general [...] este viejo-nuevo poder no pudo manejar las contradicciones de los diferentes sectores oficialistas que les representaban por lo que la reforma del Estado planteado en la Constitución fue mucho más radical de lo que se esperaba.

A pesar de que durante el mandato de Rodríguez volvieron los exiliados, comenzó la libertad para los partidos políticos antes perseguidos, se modificó la Constitución, y empezaron las elecciones de Intendentes Comunes y Juntas Municipales, no todo fue positivo: Rodríguez no terminó con los grupos de poder económico y político que se habían fraguado durante la dictadura, mediante estafas, robos y abuso del poder². Según Aníbal Miranda (*Corrupción* 10), “de Paraguay se expulsó a Alí Babá pero quedaron los cuarenta ladrones”. Para demostrarlo, en la página 128 del mismo trabajo, Miranda da los nombres de algunos de los colaboradores de Stroessner (incluido su hijo) que se enriquecieron de modo ilícito, que no han sido juzgados por ello, y que, en algunos casos, se mantienen en el mundo de la política.

Además, dentro del propio Partido Colorado se inició la batalla por el poder. Uno de los trataron de alcanzarlo fue un empresario, Guillermo Caballero Vargas. El grupo más afín a Rodríguez presentó como candidato a un ingeniero millonario: Juan Carlos Wasmosy³. Por su condición de civil y de empresario, podría ganarse al electorado que compartía con él estas características. Y, para contrarrestar el hecho de que Wasmosy era hasta entonces un

¹“The World Fatbook Page on Paraguay” (www.global.htm) estima que, entre 1958 y 1985, se perdieron dos millones de hectáreas de bosques.

²El periodista Santiago Leguizamón, que había comenzado a investigar el tráfico de drogas en Paraguay, fue amenazado y, finalmente, asesinado en 1991.

³Juan Carlos Wasmosy Monti (Asunción, 1938) es Ingeniero Civil por la Universidad Nacional de Asunción (1962), en cuya Facultad de Arquitectura ha trabajado como catedrático. Presidió el CONEMPA S.R.L (Comité de Empresas Constructoras Paraguayas), sociedad encargada (junto con UNICON) de la construcción de la mayor central hidroeléctrica del mundo (Itaipú); y el COCEP (consorcio Conempa-Cepaya), que se encargó de las obras de la Represa Hidroeléctrica de Yacyretá. En 1989, fue Consejero de Estado; y desde 1991, Ministro de Integración. Tras su elección como candidato presidencial del Partido Colorado, ganó las elecciones de 1993. Desde el gobierno, trató de mejorar la imagen internacional del país. En abril de 1996, sufrió un frustrado golpe de Estado dirigido por el general Lino César Oviedo. El quince de agosto de 1998, entregó la presidencia al también colorado Raúl Cubas.

desconocido en el mundo político, acompañaron su candidatura con la de un hombre tan popular como Ángel Roberto Seifart. El general Lino César Oviedo Silva se lanzó a una campaña a favor de Wasmosy, mediante reuniones con la tropa, y visitas a las zonas rurales. Aunque estos actos estaban prohibidos para los militares en activo, la falta de independencia del poder judicial impidió que la prohibición se cumpliera. Un sector del Partido Colorado animó a Luis María Argaña a presentarse como candidato. Argaña había sido canciller del general Rodríguez, y ahora se oponía a él recordando su pasado stronista. Pero Rodríguez, apoyado por Oviedo, impuso a Wasmosy; y éste instó al electorado a rechazar a Argaña en las urnas.

El mapa de las elecciones se completaba con otros dos partidos: Caballero Vargas creó el EN (Encuentro Nacional), que aglutinó a gran parte de la juventud paraguaya; y el doctor Domingo Isabelino Laíno Figueredo volvió a representar al PLRA (Partido Liberal Radical Auténtico). En un intento de asegurar la adhesión de sus copartidarios, Velázquez reclamó “de todos los colorados la restitución plena [...] la amistad cívica [...] que no admite ni la abstención, ni, mucho menos, [...] dar los votos hacia adversarios y enemigos del Coloradismo”, y les recordó:

El partido Colorado [...] en el siglo pasado construyó la Patria, destruida a sangre y fuego [...] y en la primera mitad del presente, luchó con valor estoico [...] para desbaratar los permanentes desbordes de los espurios y autocráticos regímenes del liberalismo. De nuevo en el gobierno a partir de 1947, el partido Colorado prosiguió su obra de progreso [...]. Del sistemático atraso y miseria, frutos de la incapacidad liberal, el Paraguay resurgió como un país dinámico, emprendedor, pujante, integrado y desarrollista¹.

Como puede observarse, el Partido Colorado de la democracia no ha dejado de usar ni los tópicos revisionistas ni las convocatorias cuyo lenguaje recuerda al de otras épocas, lo cual no fue óbice para que volviera a ganar las elecciones.

2.- Juan Carlos Wasmosy

El nueve de mayo de 1993, Wasmosy llegó a la presidencia con sólo el cuarenta por ciento de los votos (frente al treinta y tres por ciento de Domingo Laíno, PLRA; y el veintitrés por ciento de Guillermo Caballero Vargas, EN). Fue el primer presidente civil en casi cuarenta años, y hubo de regir el país en minoría: los partidos de la oposición obtuvieron mayoría en el Congreso (de los ochenta escaños, treinta y ocho fueron ocupados por miembros del Partido Colorado, treinta y tres por diputados del PLRA, y nueve por políticos del EN) y el Senado (de sus cuarenta y cinco escaños, veinte fueron para el Partido Colorado, diecisiete para el PLRA, y ocho para el EN), algo impensable en las “elecciones” convocadas durante la llamada “democracia guiada” de Stroessner.

En 1994, el Parlamento consiguió la aprobación de una ley que posibilitó la formación de un Consejo de la Magistratura autónomo, tras firmar un “Acuerdo Democrático” por el que Wasmosy negoció no vetarla, a cambio de la anulación de dos de sus artículos. El Consejo de la Magistratura comenzó a trabajar en 1995, año en el que se eligió a los miembros de la Corte Suprema de Justicia y del Supremo Tribunal de Justicia Electoral. Pero el Poder Ejecutivo vetó la Ley de la Defensoría del Pueblo, hecho que la prensa interpretó

¹Humberto Velázquez, “El mejor homenaje a los fundadores”, *Patria*, 11 de septiembre de 1992.

como una negativa de dicho poder a ser controlado.

Con Wasmosy, Paraguay no superó los años de dictadura, los siglos de aislamiento... A pesar de los avances en materia de democracia, el país vivió una grave crisis económica: la moneda se devaluó constantemente¹; quebraron muchas entidades financieras; mermaron las reservas del Banco Central del Paraguay; y el I.P.S. (Instituto de Previsión Social) fue usado para financiar empresas privadas, disminuyendo su ya escasa capacidad de asistencia sanitaria. Además, la situación de los campesinos se hizo cada vez más conflictiva: las malas cosechas de algodón los llevaron a la ocupación de tierras, contra la que la policía (con o sin orden judicial) procedió por medio de varios desalojos con violencia, que dieron como resultado muertos, heridos y la quema de viviendas, escuelas y cosechas. Este problema, que resulta paradójico en un país con una densidad de población de en torno a 12,5 habitantes por kilómetro cuadrado, se remonta como mínimo a las privatizaciones de la posguerra de la Triple Alianza. En febrero de 1994, setenta familias de Tavaí Borda ocuparon un latifundio perteneciente al colorado Blas Riquelme, cuyo desalojo provocó cincuenta y tres detenidos, y algunos heridos. Tampoco los derechos de los indígenas se respetaron ni se atendieron sus solicitudes de tierras tradicionalmente pertenecientes a esas comunidades, ni se ha creado un sistema educativo especial. Y siguen en marcha planes que tratan de “civilizar” esas comunidades.

A estos graves problemas, se unió el hecho de que la corrupción no desapareció. Por poner sólo un ejemplo, en abril de 1995, se conoció el robo de la bóveda del Banco Central. El Banco General (que compartía la cúpula directiva con el Central) fue intervenido. Poco después, se supo que el cuñado de Wasmosy, a cambio de una promesa de solucionar los problemas del Banco Central, había conseguido el quince por ciento de las acciones de Bancopar (que financió ilegalmente la candidatura de Wasmosy; y había sido fundado en 1981, presidido primero por el yerno de Stroessner, y más tarde por el de Rodríguez). Uno de los directivos del Banco Central declaró que el noventa por ciento de las entidades bancarias operaban en negro. Como señala el informe *Situación de los derechos humanos en el Paraguay 1995*,

El periodista Mariano Grondona diferenciaba la corrupción del Estado a la del estado de corrupción. En el primer caso la corrupción todavía es posible controlarla por parte de la estructura del Estado, en cambio en el estado de corrupción, la corrupción se ha extendido tanto que el propio Estado es prisionero de la corrupción. En el caso paraguayo puede graficar muy bien el segundo caso (44).

La promesa de Wasmosy de “adelantar cincuenta años en cinco” resultó ser poco más que un lema electoral: en vez de mejorar la administración del país, trató de dedicarse a los intereses comerciales y, como venía siendo tradicional en Paraguay, premió con la concesión de obras y negociados a empresas dirigidas por sus partidarios. Además, en sus discursos, atacó al poder legislativo y, en algunas grabaciones de reuniones privadas que después se hicieron públicas, propuso la disolución del Congreso. De hecho, como ha destacado Guido Rodríguez Alcalá, su asesor fue “Hernán Büchi, ex ministro de Pinochet” (*Temas* 14).

Por otra parte, seguía sin resultar fácil controlar a unas fuerzas armadas que han protagonizado buena parte de la historia del país desde su independencia, y que han

¹En 1991, un dólar equivalía a 1325 guaraníes; en 1992, a 1500; en 1993, a 1744; en 1994 a 1911; en 1996, a más de 2000 guaraníes; y en 2001, a 3760, y se rumoreaba que el cambio iba a alcanzar los 4000 guaraníes por dólar.

sustentado una de las más largas dictaduras del mundo contemporáneo. Aunque, en 1995, se prohibió la afiliación política a militares y policías en activo, el Partido Colorado sólo reconoció la existencia de setecientos casos, y la oposición dijo no tener ningún afiliado que cumpliera esas condiciones.

Desde el comienzo del mandato de Wasmosy, se rumoreó la posibilidad de un golpe de estado, que se concretó el veintidós de abril de 1996 con el intento de golpe del entonces Comandante del Ejército, general Lino Oviedo. Los intereses de los antes aliados¹ habían entrado en conflicto y, en los días previos al golpe, Wasmosy había hecho público un comunicado en el que se decía que Oviedo estaba desacatando sus órdenes, y que había peligro de golpe. Cuando este anuncio se hizo realidad, el presidente se refugió en la embajada de Estados Unidos, mientras el Parlamento se declaraba en sesión permanente, y la población se echaba a la calle para respaldar la democracia, y exigir la renuncia de Wasmosy y del vicepresidente Seifart. Para solucionar la crisis, el presidente ofreció a Oviedo el Ministerio de Defensa si deponía su actitud. Oviedo aceptó pero Wasmosy, ante la presión popular, decidió dejar sin efecto el nombramiento el veinticinco de abril.

En los casi dos años que transcurrieron entre el intento de golpe y el juicio, Lino Oviedo se preparó para presentarse como candidato a las urnas. Como militar que había repartido dádivas entre los suyos, contaba con el apoyo de parte de las Fuerzas Armadas. Con discursos populistas, promesas de acabar con la delincuencia, y un lenguaje cercano al del campesinado, fue ganando popularidad entre la población civil, cada vez más asediada por problemas económicos y sociales.

Oviedo fue juzgado el diecisiete de abril de 1998: tras ocho horas de deliberación, fue condenado a diez años de prisión, y a la baja deshonrosa en las Fuerzas Armadas. Sus abogados hablaron de fallo aberrante, y él declaró que no cumpliría la sentencia. Como Oviedo ya no podía presentarse como candidato, el Partido Colorado hubo de nombrar un cabeza de lista capaz de ejercer una labor continuista: el ingeniero Raúl Cubas Grau, afín al entorno de Wasmosy, e hijo del director del IPS durante la dictadura de Stroessner. El antiguo colaborador de Stroessner Luis María Argaña sería el candidato a vicepresidente.

Dado que gran parte de la población urbana rechazaba esas candidaturas, los discursos trataron de convencer al ámbito rural con lemas como “aún si el candidato del partido fuera el Pato Donald, los colorados lo tenemos que votar”, “el peor de los colorados es mejor que el mejor de los opositores” y “tu voto vale doble” (la presidencia para Raúl Cubas, y la libertad para el golpista Lino Oviedo). Así, se empezó a rumorear la posibilidad de un indulto si Cubas accedía a la presidencia.

3.- Raúl Cubas

A pesar de las esperanzas de la oposición, que se había unido en la Alianza Democrática para presentarse a los comicios, y de la división en el Partido Colorado entre wasmosistas, oviedistas y argañistas, Cubas ganó las elecciones de mayo de 1998, con un

¹Parece que Lino Oviedo (conocido en su país como “el jinete bonsai”, por su escasa estatura) fue quien ideó la campaña electoral de Wasmosy, y quien visitó personalmente diversas comunidades campesinas para ofrecerles la solución a sus problemas. Desde el derrocamiento de Stroessner hasta su intento de golpe de estado, Oviedo ascendió desde el puesto doscientos hasta el tercero de la escala militar. En 1998, fue elegido como candidato del Partido Colorado para las elecciones de ese año.

cincuenta y cuatro por ciento de los votos¹. Fueron las primeras elecciones de la historia de Paraguay cuyos resultados no se cuestionaron. Esto obligó a la oposición a analizar sus estrategias (habían olvidado que el país no sólo es Asunción), y reconocer su derrota. Por su parte, los gobiernos de Brasil y Argentina restringieron las importaciones a Paraguay para tratar de acabar con el contrabando.

Como se temía, la primera medida de Cubas fue dictar el decreto 117 del dieciocho de agosto, por el que, usando la atribución que tiene el Presidente de la República, Cubas conmutaba los diez años de prisión de Oviedo por una pena de arresto que ya se consideraba cumplida, y hacía desaparecer la suspensión de ciudadanía. Paralelamente, los militares que habían declarado en contra en el juicio de Oviedo empezaron a recibir presiones, y Cubas nombró a personas vinculadas al ovidismo para ocupar los altos cargos de las administraciones públicas.

Un sector del Partido Colorado, encabezado por el vicepresidente Luis María Argaña y por algunos partidarios del ya senador vitalicio Juan Carlos Wasmosy, se unió a la oposición para denunciar estas medidas. Así, dos tercios del Congreso se puso en contra de Cubas, declaró inconstitucional el decreto, y exigió un juicio político. Mientras, los grupos a favor y en contra de Cubas y Oviedo salían a la calle para manifestarse. En la primera manifestación, las dos tendencias se enfrentaron, produciéndose cuatro heridos, entre ellos el Presidente de Encuentro Nacional, Carlos Filizzola.

Oviedo empezó a recorrer el país, en busca de apoyo para su candidatura presidencial. La violencia fue en ascenso, y no se detuvo a los culpables. Tampoco hubo detenciones contra quienes hicieron llamamientos para atacar a jueces, periodistas y políticos. Helio Vera denunció en varias ocasiones, en el diario *Noticias*, que Cubas ordenó a la policía mantenerse pasiva, y retiró la custodia de los domicilios de varios amenazados. Oviedo sabía que sólo contaba con Cubas en el poder, ya que Argaña era su enemigo declarado desde hacía años. Por eso, presentó su candidatura a la presidencia del Partido Colorado, promovió ataques contra parlamentarios y miembros de la Corte Suprema de Justicia, e instó a sus partidarios a una guerra civil.

El diez de diciembre, los seguidores de Oviedo apedrearon el Congreso, que hubo de suspender la sesión; esa misma noche, Oviedo amenazó con que habría sangre si los ministros de la Corte que lo habían condenado a la cárcel no dimitían en el plazo de veinte días. Los congresistas partidarios de Oviedo pidieron la disolución de las Cortes, y las manifestaciones frente al Congreso “coincidieron” con huelgas del Antelco (la compañía telefónica), el Banco Central, los autobuses y los presidiarios. Algunos meses más tarde, Helio Vera hacía la siguiente reflexión:

El problema es que el ovidismo, como movimiento político, tiene las características de las organizaciones fascistas: la verticalidad, el sistema de escalafones jerárquicos, la rígida disciplina. Por algo su columna vertebral está constituida por militares y policías retirados [...]. Unace es un estafalario cóctel político que combina los rescoldos del militarismo, el sector de la plutocracia [...], algunos sobrevivientes de la vieja y desnorreada izquierda marxista [...], nostálgicos del autoritarismo stonista, políticos solitarios y marginados sociales².

¹Un dato curioso: a las elecciones de 1998, se presentó un “Partido Blanco”, que obtuvo un buen número de votos procedente de quienes creían que así votaban en blanco.

²Helio Vera, “Cómo sentarse sobre bayonetas”, *Noticias*, 11 de abril de 1999.

En medio de los problemas políticos, los económicos se incrementaron: a finales de 1998, quebró el Banco Nacional de los Trabajadores, que hacía años venía recibiendo el cinco por mil del sueldo de los trescientos noventa mil paraguayos asalariados.

El veintitrés de marzo de 1999, se sabotó el sistema de comunicaciones, se atentó con granadas contra una radio de tendencia argañista, y el vicepresidente paraguayo, Luis María Argaña, fue asesinado. Un asesinato político de ese tipo no sucedía en el país desde 1877, fecha de la muerte del presidente Juan Bautista Gill. La policía que acudió al lugar del atentado mantuvo una actitud que levantó sospechas: prohibió que las ambulancias se acercaran, y rescató a Argaña en último lugar, dejando transcurrir casi tres cuartos de horas entre el momento de los disparos y el traslado del cuerpo al Sanatorio Americano, que estaba a sólo cuatro kilómetros. Desde el primer momento, se presumió que Lino Oviedo estaba tras los hechos: la muerte de Argaña podía desatar una revuelta popular que permitiría a Cubas decretar el estado de excepción, disolver el congreso, y anular el juicio contra Oviedo. Otras fuentes sostenían que había sido Wasmosy quien lo había ordenado; y el abogado argentino de Oviedo, Pintos Kramer, difundió que Argaña había muerto de infarto aquella mañana, y la familia había simulado un asesinato para utilizarlo políticamente¹.

Brasil manifestó su preocupación por la situación paraguaya, y se puso en contacto con Argentina, Uruguay y Estados Unidos. El gobierno brasileño instó a los paraguayos a mantener la calma y comedir las acciones, y advirtió que no se consentirían regímenes no democráticos en el seno del Mercosur. De hecho, tras el intento de golpe de Lino Oviedo, en 1996, los integrantes de ese mercado comercial del Cono Sur habían establecido la suspensión de cualquier país que no respetara la democracia. Si Paraguay fuera expulsado del Mercosur, las consecuencias para el país serían muy graves: sus principales relaciones comerciales las mantiene con Argentina y Brasil, y Estados Unidos no dudaría en tomar represalias.

Meses después de la muerte de Argaña, se detuvo a cuatro individuos. Uno de ellos (Pablo Vera Esteche) reconoció su participación en el asesinato, implicó al resto de sus compañeros, dijo estar a las órdenes de Oviedo, y solicitó protección para su familia. La cita siguiente es una parte de la declaración prestada el veintisiete de octubre de 1999:

Que [...] en el mes de noviembre del año 1998, fue visitado en su domicilio por Luis Alberto Rojas y Fidencio Rojas, quienes le manifestaron sobre un trabajo [...] el trabajo consistía en matar al vicepresidente [...] conviniéndose la suma de US \$ 300.000 americanos, los cuales serían pagados en dos etapas; primero la suma de US \$ 120.000 americanos a repartirse entre ellos al finalizar la operación y [...] US \$ 180.000 [...] una vez que Lino Oviedo asumiera el poder, puesto que el plan consistía que durante Raúl Cubas en viaje oficial se encontrara en el Brasil, y el Dr. Argaña asumiera como Presidente interino, sea asesinado, quedando acéfalo el cargo presidencial, hecho que permitiría que Lino Oviedo asuma el poder [...]. Sigue manifestando, que [...] fueron contratados [...] con la autorización de Lino Oviedo, Raúl Cubas [...]. En muchas ocasiones intentaron consumar el hecho

¹Para defender la inocencia de Oviedo, se ha creado una página en internet: www.oviedolinocesar.com. Además, Saguier contrató a un médico argentino para investigar su muerte, lo que generó más dudas. Varios artículos en los diarios asunceños han sostenido la tesis de que Argaña no fue asesinado. Alfredo Boccia Paz, en “La patraña más grande del mundo”, expone los motivos por los que él considera que Argaña ya estaba muerto al recibir los disparos: su palidez, la escasa sangre aparecida, y el estar tumbado del lado en que le impactaron las balas.

[...] pero no fue posible por la rápida circulación del vehículo en que se desplazaba el Dr. Argaña [...] el mayor Servín [...] subió al lado del declarante [...] diciéndole que Lino Oviedo estaba molesto por el incumplimiento del compromiso asumido, con lo cual se arriesgaba, tanto el compareciente como su familia.

La violencia oviedista no consiguió los efectos deseados sino los contrarios: los paraguayos se unieron contra el oviedismo; y las centrales sindicales convocaron una huelga indefinida para repudiar el asesinato de Argaña, y pedir la renuncia de Cubas. Colegios, universidades, transportes y algunos comercios respondieron a la convocatoria, a la que se unieron los campesinos que habían llegado a Asunción reclamando la condonación de las deudas. Ante la imposibilidad de disolver la manifestación, el veintiséis de marzo, unos francotiradores dispararon contra ella, desde las azoteas de Correos y otros edificios cercanos. Para la opinión pública, Lino Oviedo estaba tras los hechos. El resultado fue de seis muertos y más de ciento cincuenta heridos. A pesar de las balas, Jóvenes por la Democracia, apoyados por campesinos y sindicatos, decidieron permanecer en la plaza. Cubas mandó movilizar un contingente desde Cerrito (a setenta kilómetros de Asunción). En la plaza, se improvisaron barricadas para impedir la llegada de las tanquetas. Cuando la resistencia fue imposible, los manifestantes se refugiaron en la Catedral. Entonces, la Armada amenazó con apoyar a los manifestantes, y situó sus cañoneros en la Bahía de Asunción, frente al Congreso. El Ministro del Interior (a la sazón, hermano del presidente) manifestó que la policía no obedeció sus órdenes.

Durante el velatorio de Argaña, la Cámara de los Diputados aprobó el juicio al presidente Raúl Cubas, acusando a su gobierno del asesinato. Mientras Argaña era enterrado, Lino Oviedo se entregó a la justicia. Esto hizo pensar que o bien éste había perdido buena parte de su poder, o bien se trataba de una treta más del general para hacerse con el gobierno paraguayo: el nuevo tribunal militar que habría de formarse para juzgarlo podría dejarle en libertad, enfrentándose así con la Corte Suprema, y proporcionándole un motivo para el golpe de estado. Además, la entrega de Oviedo restaba valor al juicio contra Cubas, quien podría ser destituido con el voto de dos tercios del Senado. Los rumores de un nuevo golpe empezaron a circular por las calles de Asunción, hasta que, esa misma noche, el Comando de Fuerza Aérea los desmintió.

La Cámara de Diputados ordenó la destitución de Cubas, quien presentó la renuncia, adquirió fueros de parlamentario, y pidió asilo político al Brasil. Por su parte, el avión particular de Oviedo aterrizaba en Argentina, a pesar de la falta de autorización.

4.- Luis González Macchi

Como establece la Constitución paraguaya para estos casos, el Presidente del Senado asumió la jefatura del país. En marzo de 1999, Luis González Macchi (simpatizante de Argaña) formó el Gobierno de Unidad Nacional, una coalición entre el Partido Colorado, el Partido Liberal y el Encuentro Nacional. A pesar de la huelga de tráfico, la plaza del Congreso se llenó de ciudadanos que querían apoyar al nuevo presidente.

Argentina y Uruguay ofrecieron asilo a Oviedo y, aunque Macchi sostuvo que la extradición de éste era una prioridad del Gobierno de Unidad, las gestiones del ministro paraguayo Saguier no dieron resultado. En el caso de Argentina, la situación era previsible: Oviedo ya había declarado que contaba con el apoyo de Menem (quien puso cuarenta agentes para garantizar la seguridad del golpista), el presidente argentino que años antes también había manifestado su amistad con Stroessner. Según Helio Vera (*Noticias*, 5 de septiembre de 1999), la decisión de Uruguay venía dada por el dinero recibido por Segovia Boltes a cambio de ese favor. Concluida la presidencia de Menem, finalizó el asilo político argentino para Oviedo, quien permaneció en la clandestinidad desde diciembre de 1999.

En febrero del año 2000, el Partido Liberal (el segundo en importancia del país) se retiró del terreno político, debilitando las gestiones del Ejecutivo. Tres meses más tarde, se convocó una huelga de empleados públicos de los servicios estatales que iban a ser privatizados: agua, luz y teléfono. Los trabajadores del sector público, descontentos por la pérdida de poder adquisitivo, y los campesinos, que siguen reivindicando una ley agraria, habían anunciado que se sumarían a la huelga. Lino Oviedo reapareció la noche del dieciocho de mayo, para volver a intentar otro golpe de estado, jalonado de errores de ejecución¹. Así lo narraba Helio Vera en uno de sus artículos:

Este golpe de estado fallido sólo agregó a los anteriores algunos detalles de opereta: una operación realizada con un celular prestado; un presidente que jugaba al fútbol mientras estallaba la crisis; un jefe de Policía que se evapora [...]; unos tanques que se pasearon por la ciudad [...]; un legislador (Luchi Guanes) tan perdido que no terminaba de saludar la llegada de los blindados cuando un cañonazo pasó sobre su cabeza; un cuartel, el más poderoso del Paraguay, tomado por una docena de oficiales retirados y un abogado; una avioneta que cruza el cielo arrojando bombas que no estallaban; el líder golpista (Lino Oviedo) quien, una vez sofocado el intento, dice que no tiene nada que ver con el asunto y que a los golpistas hay que castigarlos severamente².

Como la mayor parte de las Fuerzas Armadas decidió respetar el orden constitucional, el golpe fue un fracaso. A raíz del mismo, se detuvo a ochenta personas (la mayoría, militares activos o retirados, pero también tres diputados), y se decretó, casi por unanimidad, el estado de sitio que permite a Macchi el arresto por decreto, y la prohibición de las manifestaciones. La escasa organización de los golpistas, y las medidas tomadas por el presidente han hecho sospechar que el golpe fue un modo de imponer unas medidas que resultaban muy impopulares.

Al año de la presidencia de Macchi, el PIB paraguayo había caído más de un uno por

¹Por ejemplo, aunque pueda parecer una broma, la columna de tanques se paró frente a la Central de la Policía, y uno de los hombres entró para pedir prestado un teléfono móvil con el que consultar a sus superiores.

²Helio Vera, "La comedia de las equivocaciones", *Noticias*, 26 de mayo de 2000.

ciento (influido por la crisis argentina y el estancamiento brasileño); y los problemas sociales no habían disminuido: en marzo de 2000, los campesinos sin tierra y los empleados de la ANDE se pusieron en huelga; unos reclamaban la posesión de las tierras que cultivan, otros protestaban contra la privatización de la compañía eléctrica. A pesar de la represión policial (que produjo contusiones, e incluso heridas de bala), quince mil campesinos llegaron a Asunción. Tras treinta y siete días de movilizaciones, Macchi anunció un acuerdo.

Como hemos ido viendo, la transición paraguaya está plagada de contradicciones que impiden el asentamiento de la democracia. El informe *Situación de los derechos humanos en el Paraguay 1995* señaló:

Se dan arrestos arbitrarios sin orden judicial, interferencia arbitraria en la intimidad [...] la corrupción generalizada permite la impunidad como sistema de aquellos sectores que tienen poder económico [...] y el estado no garantiza el respeto [...] de aquellos sectores desposeídos¹ [...]. El sector militar sigue manteniendo su histórico hermetismo [...]. Sectores de la mafia siguen amenazando a diferentes periodistas [...]. No existe por parte del gobierno un plan nacional para promocionar las condiciones de vida de un gran sector de la población² [...] gran parte de los empleadores del interior del país recurren a coima para evadir sus obligaciones [...]. A pesar de la nueva Constitución [...] [la educación] sigue regida por leyes o decretos-leyes que datan de entre 1907 y 1962 [...]. Según datos censales de 1992, el 64.18% de las viviendas paraguayas no llegan a satisfacer las necesidades básicas³ [...] la situación de los menores [...] sigue en déficit⁴ [...] el 10% de la población se adueña del 42% de la riqueza, en tanto que el 40% de la población sólo recibe el 10% de la riqueza social⁵ [...] la tortura [...] es todavía utilizada [...] la violencia intramuros [...] ha crecido considerablemente [...] sólo el 8.24 % [de los reclusos] tiene condena [...] existe corrupción en cuanto al otorgamiento de los permisos especiales para algunos detenidos (22-36).

Los problemas del país ponen de manifiesto que, pese a las ambiciones de la Carta Magna, la vida cotidiana de los paraguayos sigue teniendo numerosos temas pendientes en el ámbito social, económico, político y cultural (por ejemplo, todavía no se ha nombrado un defensor del pueblo, como ordena la Constitución de 1992). En 1997, Petras sostenía:

Igual que en el resto de América Latina, la transición democrática tiene como premisa el

¹Sólo existen doce abogados de oficio en Paraguay.

²En 1992, fue asesinado el periodista Santiago Leguizamón, por denunciar actos de la mafia en la prensa. Tres años después, un comunicado de “Nunca más el terrorismo de Estado” y “Comisión Nacional por los Derechos Humanos” (reproducido en *Situación de los derechos humanos en el Paraguay 1995* 23) denunció “un agravamiento de los problemas sociales, como la alimentación insuficiente, las carencias en materia de salud, educación y vivienda, salarios reales que decrecen, la falta de tierra para los campesinos, la desocupación y la emigración de la población”.

³El ochenta por ciento de las viviendas carece de agua potable, y el sesenta y dos por ciento de sistemas de eliminación de residuos; el cincuenta y dos por ciento no tiene paredes o las tiene en mal estado, el cuarenta y dos por ciento de los tejados está en malas condiciones, y el cincuenta y uno por ciento de los suelos de las casas son de tierra. Datos tomados de la página 26 del informe citado en la nota anterior.

⁴Según la misma fuente (27), se dan numerosos casos de malos tratos; hay muchos “niños de la calle” vendiendo diarios o limpiando coches; y más de doce mil niñas trabajan como “criaditas”.

⁵La misma fuente (27) advierte que el cuarenta y uno por ciento de los habitantes de las ciudades, y el setenta por ciento de los habitantes de zonas rurales están en situación de “pobreza básica”. Además, se hallan en situación de “indigencia familiar” el doce por ciento de los pobladores de ciudades, y el cincuenta y dos por ciento de los habitantes de zonas rurales.

mantenimiento en el poder de la élite económica, la impunidad de los militares, una mayor liberalización y la represión de las movilizaciones sociales. Un apoyo clave para la transición es la Embajada de Estados Unidos [...]. La estrategia estadounidense consiste en mantener unido al régimen civil y a los militares de derechas para promover la liberalización económica y protegerla de la oposición que ejercen los sindicatos y los movimientos campesinos. (“Paraguay” 35).

El medio ambiente se sigue degradando y, según Helio Vera, “los pocos reductos naturales que quedan en el Paraguay sobreviven sólo porque no hay forma de llegar a ellos”¹. La seguridad ciudadana empeora día a día, la justicia es muy lenta, y las cárceles y reformatorios tienen unas deplorables condiciones². En 1999, con Macchi en el poder, algunos autores se mostraron más esperanzados:

Estamos expectantes a las directivas o voluntades concretas de la administración central para encarrilar el futuro del país. Estando cerca de finalizar el siglo, el país muestra un aspecto de carencia y debilidades, existiendo problemas que más que requerir urgencia, ya ha pasado a un estado de crisis endémica, como son la explosión demográfica, la falta de asistencia educativa y de salud, la falta de distribución equitativa de tierras a los labriegos, la cobertura sanitaria, de aguas tratadas, la depredación de los bosques, de la fauna, la contaminación ambiental, la invasión de colonos brasileños en enormes extensiones de territorio, la pérdida de la cultura nacional, el contrabando indiscriminado, el narcotráfico, el auto tráfico, la delincuencia incontrolable, la falta de básicos medios de comunicación, la corrupción galopante y desenfrenada, los desórdenes y desarreglos comunales heredados del régimen anterior, y la falta casi desesperante de puestos de trabajo, tal que el país sigue manejado por este grupo de interesados en negociados gubernamentales, que ojalá sea desplazado de una buena vez del poder. Esperemos que se priorice la dirección institucional de la república, hasta la entrega del poder en agosto de 2003³.

Sin embargo, pronto aparecieron las acusaciones, como la del SPP (Sindicato de Periodistas del Paraguay), que, en un comunicado de prensa del trece de enero de 2000⁴, señalaba casos de tiroteos, arrestos tras cuestionar decisiones judiciales, amenazas, juicios por investigar casos de narcotráfico y corrupción:

Los periodistas soportaron luego de asumido el gobierno de González Macchi los mayores pisoteos a sus derechos humanos por el ejercicio de su labor profesional, en su mayoría en respuesta a la difusión de trabajos periodísticos. Durante el gobierno de Cubas Grau, los trabajadores de prensa sufrieron, sobre todo, agresiones físicas [...]. La libertad de expresión es la piedra angular de todo sistema democrático y el periodista debe tener garantías para informar a la sociedad sin intimidaciones.

De un modo más genérico, el informe oficial de la Comisión de Derechos Humanos⁵

¹Helio Vera, “El dengue y los carpinchos”, *Noticias*, 13 de febrero de 2000.

²En el excelente ensayo fotográfico de Jorge Sáenz (*El embudo*, Asunción, Arte Nuevo, 1999) puede observarse la problemática situación de la cárcel de menores “Panchito López” de Asunción.

³Victor E. Baruja Romero, “Fin del milenio con muchas dudas”, *Una historia de Paraguay*, <http://members.tripod.com/narraciones/Paraguay>

⁴Comunicado de prensa extraído de <http://www.ifex.org/espanol/alerts/view.html?id=5957>

⁵Informe extraído de http://www.state.org/www7/global/human_rights/1998_hrp_reprot/paraguay.html

de 1998 seguía señalando:

The Government's human rights record improved slightly, but serious problems remain. The principal human rights problems included torture and mistreatment of criminal suspects, prisoners¹, and military recruits²; poor prison conditions³; arbitrary arrest; detention of suspects without judicial orders⁴; lengthy pretrial detention, general weaknesses within the judiciary; infringements on citizens' privacy⁵; discrimination against women, the disabled, and indigenous people; violence against women; abuse of children and child labor; and firings of labor organizers.

En tales condiciones, la transición a la democracia sigue siendo un camino difícil e incierto, y el futuro del país se balancea entre la inercia de la tradición autoritaria, y el intento de dejar atrás, definitivamente, los modos y consecuencias del pasado.



¹En el mismo texto, más adelante, señala: “torture (primarily beatings) and brutal and degrading treatment of convicted prisoners and other detainees continued. A human rights nongovernmental organization (NGO), the Committee of Churches, reported several cases of torture and other abusive treatment of persons, including women and children, designed to extract confessions, punish escape attempts, or intimidate detainees”. Todas las citas siguientes, hasta que se indique lo contrario, proceden de esta misma fuente.

²“Human rights monitors, including a support group for families of military recruits, report that 53 military recruits have died since 1989 at the hands of the military and the police”.

³“Security is another problem. For example, there are only 30 guards to supervise over 600 inmates in the Alto Parana prison. In 1997 the Congressional Human Rights Commission criticized the prisons for their poor nutritional standards. Prisons generally serve one meal a day and prisoners seldom get vegetables, fruit, or a meat protein source, unless they have individual means to purchase them. At the prison in Encarnacion there is one latrine for 280 detainees”.

⁴“Arbitrary arrest and detention are problems [...]. The police can arrest persons without a warrant if they catch them in the act of committing a crime but must bring them before a judge within 24 hours. However, according to human rights activists, the authorities often violated these provisions. Pretrial detention remains a serious problem. More than 95 percent of the over 5,000 prisoners were held pending trial, many for months or years after their arrest. Of the 600 inmates in Alto Parana prison, for example, only 18 have been sentenced.”.

⁵“Local officials and police officers abuse their authority by entering homes or businesses without warrants and harassing private citizens [...]. There also were credible allegations that some government agencies required or pressured their employees to join or campaign on behalf of the ruling Colorado Party. There were allegations of forced conscription of underage youth”.

BIBLIOTECA VIRTUAL

LOS MITOS HISTÓRICOS

Toda la historia es falsa o medio falsa y cada generación que llega resuelve lo que aconteció antes de ella y así la historia de los libros es tan inventada como la de los diarios.

Joao Ubaldo Ribeiro, *Viva o povo brasileiro*, Río de Janeiro, Nova Fronteira, 1984.



En la primera parte de este trabajo, hemos acometido el difícil intento de acercarnos a la Historia de Paraguay. La dificultad estriba en que, como decíamos al comienzo, los límites entre Literatura e Historia son particularmente difusos en el país que nos ocupa, ya que la historia oficial ha sido concebida desde la base del “revisiónismo histórico”.

Los autores revisionistas nunca ocultaron su opinión favorable a hacer de la historia un instrumento político al servicio de una determinada corriente ideológica o de ciertos partidos políticos, ni su rechazo del liberalismo y el socialismo por considerarlas ideologías extranjerizantes. A su vez el presentarse como un movimiento básicamente de revisión histórica, cuyo fin último es rescatar la historia verdadera –frente a la historia falseada por la oligarquía–, le ha permitido penetrar e influir en los distintos movimientos políticos de masas que ha conocido América Latina en las últimas décadas [...]. En efecto, si en el culto a los héroes del pasado como conductores de la nación y defensores de la soberanía establecen un modelo para nuevos líderes carismáticos, en su visión del presente político pretenden encontrar la reiteración o repetición de los hechos del pasado, convirtiendo a la historia precedente en una gran cantera proveedora de ejemplos y modelos para la acción inmediata. (Bobbio, *Diccionario* 1457-58).

Según Bobbio, el revisionismo histórico se caracteriza por tres factores: la necesidad de un conductor nacional (de un héroe como hacedor de la historia), el antiintelectualismo y el concepto de que la política británica del Río de la Plata era un plan consciente para impedir la realización de la grandeza nacional. Consideramos que los dos primeros factores conectan con la idea paraguaya del “karaísmo”: los pueblos indígenas estaban habituados a seguir los dictados del chamán, al que ellos llamaban *karaí*¹ (señor). Los misioneros jesuitas, al llegar al país, hicieron todo lo posible por convertirse en los nuevos *karaí*. Tanto las órdenes de los chamanes como las de los jesuitas procedían de su sabiduría y del contacto con la divinidad, y eran indiscutibles.

La *Conquista espiritual* [...] anticipa la historia que le tocará vivir a Paraguay [...] confirma que Montoya², como otras fuentes también lo indican, asumió frente a los guaraníes una función [...] la de un *karaí* [...] los discursos (proféticos) y las facultades (mágicas) que el narrador denuncia como diabólicos en sus rivales indígenas, son precisamente los que él logró usar con una eficacia inédita. El propio Montoya sabía, y lo escribió en una carta, que los guaraníes lo consideraban como reencarnación de un gran mago antiguo [...]. En la guerra guaraníca (1750-1756) [...] los guaraníes [...], ya sin el apoyo de los jesuitas, se siguen sirviendo de pautas análogas³.

Ya en la etapa independiente, Francia y los López consiguieron ser considerados

¹Bajo sus dictados proféticos, por ejemplo, efectuaron varias migraciones en busca de la “Tierra sin mal” (la última de las cuales se efectuó en 1940, según datos de Helio Vera, *Hueso* 112).

²Antonio Ruiz de Montoya (Lima 1585-1652) llegó a ser superior general de todas las misiones jesuíticas en 1639. Fue autor de *La conquista espiritual de las Indias*, obra de la que trataremos al hablar de la narrativa histórica.

³Martin Lienhard, “Del padre Montoya a Roa Bastos: La función histórica del Paraguay”, *Cuadernos Hispanoamericanos*, n° 493-494, 1991, pp. 58-59.

como nuevos *karai*¹, y forjaron la política nacionalista que sirve de base al revisionismo.

El Dr. Francia [...] con sus tesis de “no mudar una cadena por otra” cimenta y da forma al nacionalismo [...] la consigna enarbolada por Carlos Antonio López, de “Independencia o muerte” era la lógica continuación de los propósitos francistas [...]. *El alma de la raza*, de Domínguez, constituye algo así como el breviario del nacionalismo paraguayo [...] que con posterioridad se transforma en mera declaración, en una demagogia en manos de gobiernos dictatoriales tales como el de Morínigo y Stroessner, quienes verbalmente invocan un nacionalismo que llevará al Paraguay a no marchar hacia adelante sino hacia atrás².

Así, el revisionismo se inscribe en “una larga tradición de historiografía autoritaria que pretende imponer verdades indiscutibles”³. De hecho, la campaña de reivindicación comenzó de la mano de Solano López, cuando, “hacia 1864, [...] encargó a su agente Francisco Wisner von Morgenstern la tarea de mejorar la imagen del Supremo; siguiendo instrucciones, Wisner escribió *El dictador del Paraguay José Gaspar Rodríguez de Francia*”⁴. Esta concepción histórica de Solano López coincide con la del revisionismo:

[Nacido] como un movimiento militarista, minoritario y reaccionario a fines del siglo XIX, fue oficializado por los gobiernos militares a partir del 1930 y enriquecido con los aportes del revisionismo histórico argentino a finales del 1950. Hacia 1970, llega a Paraguay la *teoría de la dependencia*; a partir de entonces, la izquierda y la oposición rinden culto al “Mariscal de Hierro”. (Guido Rodríguez Alcalá, *Temas* 13).

Este es el proceso que nos proponemos estudiar: la transformación de la “historia real” en una “historia conveniente”. Ya durante la contienda, los escritores paraguayos incorporaron el tema de la Triple Alianza en sus creaciones literarias y periodísticas. Sin embargo, el revisionismo histórico “é um produto tardio. Teria sido inaceitável na época do fim da guerra de Tríplice Aliança, quando os López eram tao odiados no Paraguai [...]. Muita décadas após, os revisionistas paraguaios, que nao tiham feito a guerra, reivindicariam o tirano”⁵. Así, desde el final de la guerra, habrían de pasar varias décadas para que las ideas de los autores revisionistas repitieran con éxito los tópicos de la literatura bélica.

¹Robertson (*Letters* 159), en una carta de 1838, menciona que uno de los espías de Francia “arengaba con elocuentes tiradas en guaraní en elogio del Carai Francia”. Por su parte, los periódicos publicados durante la Guerra de la Triple Alianza llamaban “karai” a Francisco Solano López.

²Luis María Martínez, “El nacionalismo en Paraguay”, *Debate*, nº 25, año VII, 1996, p. 38.

³Silvia Molloy, “Historia y fantasmagoría”, en Enriqueta Morillas Ventura, *El relato fantástico en España e Hispanoamérica*, Madrid, Siruela, 1991, p. 105.

⁴Guido Rodríguez Alcalá, *Justicia* 13. A pesar de no recoger las ideas reflejadas en los libros de quienes sufrieron su dictadura, la obra de Wisner (publicada en 1923) “coincide con ellos en lo relativo a la severidad de las penas y en la discrecionalidad de su aplicación” (*ibidem*). A este dato podemos añadir que, en 1885, José de la Cruz Ayala (1864-1892), con el pseudónimo de Alón, colaboró en *El Herald* ensalzando la figura del primer dictador paraguayo.

⁵Guido Rodríguez Alcalá, “Fascismo e revisionismo”, *Folha do Sao Paulo*, 9 de noviembre de 1997, Suplemento *Mais!*, p. 7.

I.- El nacimiento del revisionismo paraguayo

La historia es inseparable del historiador.
Roland Barthes, “Le discours de l’histoire” 13.

Al terminar la Guerra de la Triple Alianza, se imponía analizar lo sucedido, y reconstruir el país. Pero no fue la literatura el medio preferido por los paraguayos para mostrar su punto de vista sobre el conflicto bélico y sus consecuencias.

El problema nacional concentra la atención y el esfuerzo del elemento intelectual. Debido a lo anterior, se produce una unilateralización de las actividades intelectuales centradas en una controversia histórico-política en torno a la catástrofe del año 70 y al presente de reconstrucción nacional [...] abunda el material historiográfico [...] y la literatura *per se* pasa a segundo plano, como actividad dependiente y al servicio de la patria. (Méndez-Faith, *Paraguay* 38).

Ésa fue la labor que emprendieron los hombres del 900, decididos a levantar moralmente un pueblo destrozado por la guerra.

1.- La generación del 900

La primera generación de intelectuales paraguayos, la llamada generación del 900, está considerada la fundadora de la cultura paraguaya moderna.

Fue la primera que tuvo la oportunidad de trabajar con alguna continuidad en el quehacer intelectual. Soslayó la poesía, la novela, el teatro “por considerarlos superfluos o simplemente inoperantes en la tarea que especialmente le preocupó: la definición de una conciencia histórica, la educación de un sistema de valores universales que prestase sentido a un devenir. Era a todas luces urgente dar a este pueblo abrumado, desnortado [sic], una fe, un ideario, un rumbo”¹.

Esta generación se formó en el Colegio Nacional, fundado en Asunción por Benjamín Aceval, en 1877. Sus alumnos recogieron la influencia del krausismo, del positivismo y del pragmatismo, y elaboraron un tipo de prosa ensayística fuertemente preocupada por la historia. Este interés histórico ha sido citado muchas veces como una de las causas de la tardía aparición de la narrativa de ficción en Paraguay. Peiró, en su tesis, llega todavía más lejos al afirmar que la historia “ha sido una preocupación y un tema de discusión perenne en el país, donde nunca se han tenido claros los límites entre ambas disciplinas [historia y ficción], y se ha utilizado la historia en provecho de la política y de los partidos”.

Roque Vallejos² se basa en la cronología de Amaral para señalar que los maestros europeos de esta generación fueron Ramón Zubizarreta (España, 1840-1902), Victorino Abente (España 1842-1934), Moisés Bertoni (Suiza, 1858-1929), Guido Boggiani (Italia, 1861-1901) y Rodolfo Ritter (Rusia, 1863-1945); sus precursores nativos, Alejandro Audibert (1859-1919), Cecilio Báez (1862-1941), Delfín Chamorro (1863-1931) y Emeterio González (1863-1941); y sus coetáneos residentes en Paraguay, Rafael Barrett (España,

¹Helio Vera, *Hueso* 143-144. Las palabras entrecomilladas corresponden a Josefina Plá, “Contenido humano y social de la narrativa”, *Panorama*, n° 8, marzo-abril 1964.

²Roque Vallejos, *Antología crítica de la poesía paraguaya contemporánea*, Asunción, Don Bosco, 1968, p. 30.

1874-1910), Viriato Díaz Pérez (España, 1875-1958), Martín de Goycochea Menéndez (Argentina, 1877-1906) y José Rodríguez Alcalá (Argentina, 1883-1958). Además, Vallejos divide la generación en tres grupos: el primero, integrado por Arsenio López Decoud (1867-1945), Manuel Domínguez (1868-1935), Manuel Gondra (1871-1927), Fulgencio R. Moreno (1872-1933), Blas Garay (1873-1899), Ignacio A. Pane (1879-1920), Eligio Ayala (1879-1930) y Juan Emiliano O'Leary (1879-1969); el segundo, compuesto por Teodosio González (1871-1932), Alejandro Guanes (1872-1925), Juan Francisco Pérez Acosta (1873-1958), Eusebio Ayala (1875-1942), Ramón Indalecio Cardoza (1876-1943), Gualberto Cardús Huerta (1877-1949), Ricardo Brugada (hijo) (1880-1920) y Juan José Soler (1880-1963); y el tercero, o posnovocentista, que incluye a Eloy Fariña Núñez (1885-1929), Manuel Riquelme (1885-1961) y Ramón V. Mernes (1887-1920).

Como destacó Hugo Rodríguez Alcalá (en Centurión Morínigo, *Rodríguez Alcalá* 53), esta generación fue fundamental en la cultura paraguaya: dio dos poetas notables (Alejandro Guanes y Eloy Fariña), el primer sociólogo paraguayo (Ignacio A. Pane), el primer historiador del país (Blas Garay), un ensayista tan influyente como O'Leary, e insignes estadistas como Eligio Ayala y Eusebio Ayala.

El que empezó siendo el motor del grupo, el asunceño Cecilio Báez¹, fue uno de los primeros alumnos del Colegio Nacional y, como profesor del centro, adquirió gran celebridad. Hugo Rodríguez Alcalá llega incluso a compararlo con Unamuno:

Salvando la debida distancia, se puede decir que Cecilio Báez (1862-1941) asumió en su generación un papel semejante al de Unamuno en la de 1898. Báez era un sabio de cultura enciclopédica, filósofo positivista, jurista eminente, docto en ciencias naturales y gran erudito en saberes de historia de América y del mundo [...]. Liberal spenceriano [...] fue un apasionado defensor de las libertades cívicas. Amaba la verdad con el fervor de un genuino filósofo liberal y por ello fue duro al enjuiciar a su país. (En Centurión Morínigo *Rodríguez Alcalá* 47).

Según Viriato Díaz Pérez, el primer artículo de Cecilio Báez, “El doctor Francia, fundador de la nacionalidad paraguaya”, inauguró el revisionismo en el país:

La aversión al “tirano Francia” es [...] una herencia romántica. En esta actitud se mantuvieron Juan Silvano Godoi, José Segundo Decoud y Juan Crisóstomo Centurión, entre los principales, y también Diógenes Decoud a través de *La Atlántida* (1885, 1901 y 1910) [...]. Cecilio Báez da comienzo en 1888, aunque sin mayor eco, a la reivindicación del Supremo Dictador, inaugurando así el revisionismo histórico nacional, que desde otros ángulos continuarán: Garay, desde 1896 y O'Leary, desde 1902. (*Literatura* 215).

Sin embargo, ni ese artículo tuvo gran resonancia ni Báez ha pasado a la historia por sus reivindicaciones de los “héroes patrios”. Más bien ocurre todo lo contrario: en una serie de artículos publicados en *El Cívico*, Báez consideraba al mariscal López como el causante de los males del país. Su carta a la juventud de 1902 (reproducida en su libro *La tiranía en el Paraguay*), advertía que la verdad y la educación eran las únicas esperanzas de Paraguay:

¹Cecilio Báez tiene editados *Descripciones y cuadros históricos*, *Ensayo sobre la libertad civil* (1893), *La tiranía en el Paraguay* (1903), *Ensayo sobre el doctor Francia y la dictadura en Sud América* (1910), *Introducción al estudio de la Sociología, Filosofía del derecho* (1929) y *Bosquejo histórico del Brasil* (1940). Aunque Natalicio González (López 125-126) lo reconoce como “uno de los más eminentes jurisconsultos con que cuenta Paraguay”, no duda en señalar: “sus juicios históricos han de aceptarse con reservas, pues lleva al pasado el eco de las querellas contemporáneas y mezcla sin escrúpulos la verdad con la mentira”.

Yo digo que la verdad debe decirse aun contra el crédito del propio país, porque esa es la manera de servirle y de corregir sus errores.

¿Qué mal hay en decir que el despotismo ha embrutecido al pueblo paraguayo, anulando su sentido moral y su sentido político?

¿Qué mal hay en decir que el tirano López ha acometido al Brasil y la Argentina sin causa justificada, acarreado al país su ruina y el exterminio de sus habitantes? [...]

Debemos educar al pueblo para no volver a caer bajo el yugo del despotismo. Sólo los pueblos embrutecidos son el pasto de las tiranías [...]. Es necesario multiplicar las escuelas para educar al pueblo [...] por falta de instrucción, el pueblo paraguayo no tiene todavía costumbres democráticas.

Contra estas afirmaciones, se alzó la voz de Juan O'Leary (1879-1969), otro miembro de la generación del 900, que había sido alumno de Báez. O'Leary reaccionó ante los ataques al mariscal, y trató de devolver al pueblo paraguayo el orgullo perdido. Para ello, ensalzó la figura de López, y el valor mostrado por su pueblo durante la contienda.

Al principio, la versión triunfalista de los acontecimientos de 1864-1870 propuesta por O'Leary no consigue muchos adeptos. Es todavía difícil, dada la proximidad temporal del conflicto, manipular la historia. Una parte de la población, que ha vivido los acontecimientos directamente, tiene su propia visión de la guerra. O'Leary deberá esperar hasta el año 1936 para ver logrados sus esfuerzos. (Claude Castro, *Historia* 35).

Muchos de los intelectuales paraguayos trataron de reivindicar los héroes patrios, en respuesta a la campaña argentina que justificó la Guerra de la Triple Alianza como una lucha de la civilización aliada contra la barbarie lopista¹. Por ejemplo, uno de los principales discípulos de O'Leary, Anselmo Jover Peralta, (Carapeguá, 1895 - Asunción, 1970) escribió poemas modernistas dedicados a Francia y a López, antes de colaborar con Osuna en el *Diccionario guaraní-español* (1952). Por su parte, Jean-Paul Casabianca (Córcega, 1865? - París, 1960?), que ejerció durante unos años como profesor de francés en el Colegio Nacional y en la Escuela Normal, y que es considerado el introductor del modernismo en Paraguay, se unió con su poesía al proceso de glorificación (*Oda*, 1903; *Le Marechal López*, 1921). Aunque Cecilio Báez continuó exponiendo sus teorías, siguió recibiendo críticas cada vez más duras. Prueba de esto es la defensa que Silvio A. Vázquez hace de él en 1924:

No existe otro paraguayo, que como el doctor Báez esté dando más vigoroso impulso a la cultura nacional, y a la educación de las actuales generaciones universitarias [...]. Es cierto que el doctor Báez sustenta un criterio histórico bien distinto y demarcado del de otros criterios en pugna entre nosotros [...]. Sustenta en las cuestiones nacionales una tesis que sostiene con indomable ardor, pero no trata de imponerla nadie [...] como expositor de ciencias históricas [...] es impersonal, severo y justo [...]. Existen preocupaciones más hondas y serias que las viejas rencillas históricas [...] generadoras de hostilidad y disolución. Ya poco interesa a las nuevas generaciones, esas vanas disputas que no han hecho otra cosa que crear valores artificiales [...] al mismo tiempo que dar vida

¹La frase que calificó la guerra de la Triple Alianza como una “guerra de civilización contra barbarie” es del escritor y político argentino Faustino Sarmiento, pero fue adoptada casi como un *slogan* por el conjunto de los aliados: “Para a historiografia tradicional brasileira, ele [López] era um monstro sanguinario e megalomaniaco, disposto a criar um império no Rio da Prata por força das armas, no que foi impedido por grandes heróis como o general duque de Caxias, Luis Alves de Lima e Silva (1803-1880), o general marquês Herval, Manuel Luís Osório (1808-1879), ou o almirante marquês de Tamandaré, Joaquim Marques Lisboa (1897-1897)” (Bonalume, “Lições” 4).

a círculos con profundos rencores unos hacia otros¹.

Sin embargo, las rencillas siguieron creciendo, y las teorías revisionistas fueron ganando espacio. Según Roque Vallejos, “el nacionalismo paraguayo es [...] producto de su frustración histórica y política”². Una frustración que, para este autor, coincide con la de otros movimientos nacionalistas: “el fascismo concentró sus especulaciones en ‘la explotación de las pasiones demoníacas del hombre’ [...]. El nazismo en su paranoide agresividad racial [...]. Pero todos acusan en la raíz del problema un abrumador complejo de inferioridad”.

En su intento de demostrar la falsedad de la tesis argentina, los intelectuales paraguayos presentaron el país como una nación poderosa y feliz, que quedó destruida por no supeditarse a los intereses británicos. La idea de que Paraguay era una de las naciones más avanzadas del continente ha sido repetida por todos los autores revisionistas. Así, para rebatir que el desarrollo económico de Paraguay antes de la Triple Alianza era “una leyenda patriota y además peligrosa” (como sostenía *El Economista Paraguayo* en su número 49), Manuel Domínguez publicó, en 1934, un extenso artículo en el que trataba de demostrar que, en el Paraguay de antes de la guerra, “no había una sola familia sin hogar [...]. En instrucción primaria y con su escuela-taller, se adelantó a Europa y a América [...]. Era el único país sudamericano que no estaba en bancarota, el único de moneda sana [...] ninguna nación americana le igualó en producción”³. Investigaciones posteriores no ayudan a sostener tal imagen, como puede observarse el resumen que hizo Guido Rodríguez Alcalá, durante la entrevista con Laura Bado para la *Revista de La Nación* (13 de julio de 1997):

Hasta 1870 Paraguay era un exportador de yerba, tabaco, madera y cuero. Es decir, de productos primarios. Era un país muy atrasado. No había desarrollo autónomo [...]. En tiempos de la colonia se estaba mejor [...]. Después del 70, se trató de tomar en serio dos cosas: la justicia y la educación.

Por otra parte, una de las tesis revisionistas más difundidas sostiene que Gran Bretaña, la principal potencia “capitalista” en los años de la Guerra Grande, financió a la Triple Alianza en su lucha contra Paraguay, ya que la independencia de este país frenaba sus intereses económicos. Sin embargo, hemos ido viendo que las relaciones entre Inglaterra y Paraguay, antes de la guerra, se pueden calificar de excelentes: no sólo era su principal proveedor de armas y de personal técnico, sino que, como recuerdan Juan Carlos Herker y María Giménez:

Para mitad de la década del cincuenta [del siglo XIX] se estima que Gran Bretaña aportaba un 75 por ciento de las importaciones paraguayas [...]. No sorprende consecuentemente que el interés oficial y privado británico residió, en un primer momento, no en propulsar el conflicto bélico, sino en evitarlo [...]. Con la propagación y el desarrollo abierto del conflicto, [...] la prensa británica [...] adopta una posición [...] generalmente en defensa de la posición paraguaya en el conflicto. (*Gran Bretaña* 16-18).

¹Silvio A. Vázquez, “Un profesor austero”, *Juventud*, nº 38, pp. 360-361.

²Roque Vallejos, *La literatura paraguaya como expresión de la realidad nacional*, Asunción, Don Bosco, 1971, p. 32.

³Manuel Domínguez, “El Paraguay, lo que fue, lo que es y lo que será”, *Guarania*, 20 de noviembre de 1934.

La obra de la que ha sido extraída la cita anterior demuestra que, aunque algunos ministros británicos se decantaran por los aliados, otros fueron abiertamente proparaguayos. Además, añade que, en 1862, el Parlamento Británico hizo público el tratado secreto de la Triple Alianza, lo que suscitó las protestas de los aliados, y provocó “el vuelco de la opinión pública europea y americana en favor de la causa del Paraguay” (55). También los trabajos de Pelham Horton Box corroboran que no hubo ninguna conspiración internacional contra Paraguay¹.

En busca de los artífices de esa nación “maravillosa” cruelmente devastada por los intereses extranjeros, los revisionistas deificaron a Gaspar Rodríguez de Francia, Carlos Antonio López y Francisco Solano López. Aun así, conviene señalar que la deificación de la figura de Francia está menos arraigada en Paraguay que la de los dos López. Incluso O’Leary, en su libro sobre el Mariscal Solano López, habla de la “feroz tiranía de Francia”; y el periódico *La Reforma*, en la época de Bernardino Caballero, publicaba artículos en los que la imagen del primer dictador paraguayo era bastante negativa. En realidad, la reivindicación de Francia fue llevada a cabo, fundamentalmente, por la izquierda paraguaya, ansiosa de encontrar un exponente autóctono del socialismo que se enfrentara a las tesis del capitalismo.

López fue convirtiéndose en “un conductor nacional”, en un “héroe hacedor de la historia”. La frase, como se recordará, era el primero de los tres factores señalados por Bobbio y Matteuci al caracterizar el revisionismo. Esa actitud reivindicatoria fue ya denunciada el uno de marzo de 1920 por el editorial de *El Liberal*:

Este hombre [el mariscal López], más que tal, una fiera abrasada de ambiciones desatadas, de instintos carniceros, sensual, codicioso y pusilánime, arrastró tras de sí, hasta el exterminio, a su pueblo, noble, sufrido, valeroso [...] hay compatriotas que se proponen glorificar a este protervo, presentándolo como modelo de gobernante y conductor de pueblos [...] pero esta pretensión absurda sólo se cifra y fundamenta en la necesidad, ineludible a su juicio, de forjar un ser superior, legendario, epónimo para inculcar a nuestros conciudadanos el sentimiento del nacionalismo de cuño tiranófilo.

A pesar de este tipo de advertencias, desde el final de la guerra de la Triple Alianza hasta la guerra del Chaco, se fue formando una literatura historiográfica idealizante, que Pérez-Maricevich ha dado en llamar “la ficcionalización de la historia o la historicación de la ficción”². En esta literatura, cuyo máximo representante fue Juan Emiliano O’Leary, el mariscal Francisco Solano López se convirtió en el símbolo de una guerra contra el imperialismo, y en pro de la independencia.

¹Pelham Horton Box, *Los orígenes de la Guerra de la Triple Alianza*, Asunción, Nizza, 1958.

²Francisco Pérez-Maricevich, *La poesía y la narrativa en el Paraguay*, Asunción, Centenario, 1969, p. 57.

2.- La labor de O'Leary

En la década de 1880, volvió a Paraguay el hijo del mariscal López y Elisa Lynch, Enrique Solano López. Como señala Francisco Doratioto (“Construção” 5), en su viaje de 1885, Mme. Lynch no pudo recuperar las tierras públicas que López le dejara¹, ya que, parte de ellas habían pasado, tras la guerra, a ser propiedad de Brasil o Argentina. Por eso, transfirió los derechos a su hijo, quien pretendía reclamarlas al estado. Aunque fracasó en ese cometido, O'Leary lo ayudó en su segunda misión: rehabilitar la memoria de su padre². Y el Partido Colorado le proporcionó la posibilidad de entrar en política, y llegar a ser senador electo en 1917.

Con O' Leary, las dictaduras de los López se convirtieron en los reflejos de “el alma de la raza”. Según Guido Rodríguez Alcalá (*Ideología* 79-83), O'Leary tomó del publicista francés Charles Maurras (1868-1952), autor de *Mes idées politiques*, el “nacionalismo integral” que diferencia entre patriotismo y nacionalismo. El primero se refiere al deber de defender la patria frente a los extranjeros. El segundo establece el deber de defender la esencia nacional, no sólo frente a un hipotético enemigo externo, sino también frente a los que no lo respetan desde dentro. De ese modo, el Estado, convertido en una especie de divinidad, exige al individuo una total sumisión. Para defender el “interés de la nación”, no sirven los partidos políticos ni los sindicatos, sino los sistemas corporativos.

Esas ideas se manifestarían en las obras de Juan Emiliano O' Leary a partir de 1902. Hasta esa fecha, este autor había denunciado la crueldad de López. Tenía motivos personales para hacerlo así: su madre, Dolores Urdapilleta Caríssimo, estaba casada con el juez Bernardo Jovellano, quien dictó una sentencia que no agradó al mariscal. Como consecuencia, Francisco Solano López encarceló a Jovellano hasta su muerte, y su mujer fue acusada de traición, y desterrada en el interior. Los hijos menores del matrimonio murieron durante la marcha a la que fue forzada su madre. Tras la guerra, Dolores se casó en segundas nupcias, matrimonio del que nació O'Leary. En un texto, el joven O'Leary afirmaba:

¡Pobre madre mía! [...] ¡Ah, los tiranos, mi maldición para ellos!. En este mismo día, hace 36 años, eras conducida ante el juez inicuo que había de dictar tu sentencia [...] te condenaron por traidora [...] antes había muerto en la cárcel, víctima también del tirano, tu generoso compañero [...] tus hermanos, perseguidos por el tirano, morían unos tras otros, ya lanceados, ya en el cepo de Uruguayana, o ya en la miseria y de hambre [...] escuchaste de boca del juez la inicua sentencia y

¹Varios medios dan cuenta de esa donación. Por ejemplo, el editorial de *El Liberal*, del primero de marzo de 1920, dice: “López tuvo el cinismo y la desvergüenza de ir despojando a este pueblo [...] de unos 6.000.000 de hectáreas, que servirían para asegurar el porvenir de la aventurera [Elisa Lynch], de sus hijos, de sí mismo, si lograba escaparse, como lo ha intentado en Cerro Corá”. Según Arturo Bray (*Hombres y épocas del Paraguay*, Asunción, El Lector, 1957, tomo II, p. 110), “desde América instaba Juan B. Gill a la señora Lynch en una serie de cartas, la primera de las cuales está fechada en Montevideo el 29 de agosto de 1872, a que regresara sin tardanza al Paraguay a hacer valer sus derechos, asegurándole todas las garantías del caso”. En *Paraguay, La década de la posguerra*, el historiador Harris Gaylord Warren explica que Elisa Lynch regresó a Paraguay para recuperar sus posesiones el 24 de octubre de 1875. Llevaba cartas de recomendación del duque de Caxias y del barón de Rio Branco. Mientras unos la aclamaban, cincuenta mujeres firmaban una petición de expulsión. El presidente Gill le sugirió que se marchara, y ella le instó a detenerla. Tras otros dos intentos, Lynch empezó a temer por su vida, pidió protección, y abandonó el país esa misma noche.

²En el editorial de *El Liberal* antes citado se señalaba: “Uno de los hijos del tirano López [...] con ahínco y constancia había logrado embaucar a unos cuantos jóvenes ingenuos para que sumieran la defensa vindicatoria del verdugo de la nación”.

marchaste resignada al destierro [...] tú me enseñaste a perdonar [...]. Pero [...] siento agitarse el odio inmenso [...]: odio hacia el tirano [...] para tus verdugos y para los verdugos de nuestra patria [...] mi odio es eterno [...] mis hermanos, muertos de hambre en las soledades de tu peregrinación [...] tú perdonaste al tirano [...]. Yo no lo perdono. (Reproducido por Junta Patriótica, *López* 430-432).

Sin embargo, a partir de 1902, O' Leary comenzó a reivindicar a los héroes patrios, principalmente a López, a quien ensalzó por luchar hasta la muerte. Según el historiador Francisco Doratioto (“Construção”), “o Senhor O' Leary lançou-se na campanha lopista por interesses inconfessáveis de dinheiro’ e nela permaneceu ao dar-se conta de que era fonte de prestígio e vantagens materiais”¹.

En obras como *Historia de la Guerra de la Triple Alianza*² (1912), *Nuestra epopeya* (1919), *El mariscal Solano López* (1925) y *Apostolado patriótico* (1930), este autor trató de devolver al pueblo paraguayo el orgullo perdido. Al leer sus textos, tenemos la sensación de que se sentía llamado a cumplir con el cometido encargado por el autor de un artículo de uno de los periódicos de la Guerra Grande, *El Cabichuí* (5 de diciembre de 1857):

Asombro causará la historia de esta guerra; asombro de ineptitud y cobardía por parte de la Triple Alianza; asombro de valor, disciplina y constancia de parte del Ejército y pueblo paraguayo. Hoy somos nosotros mismos los que referimos nuestras proezas, y no faltará quien dude; mañana se disiparán las sombras y escritores imparciales pondrán sobre la cabeza del pueblo paraguayo la inmarcesible corona que ha conquistado su valor y disciplina.

El propio O' Leary, en *Apostolado patriótico*, afirmó: “he querido ser, ante todo, el animador [...]. Para devolver a la nacionalidad su fe perdida, para unificar su conciencia, para curarla de su derrota y de su derrotismo”. Esta postura de acercamiento a los hechos históricos hace que Amaral, en *Historia de la Triple Alianza*, diga que, para O' Leary,

La historia es [...] una severa exaltación, [...] una *escuela de patriotismo* [...] estuvo desde luego (y por ello mismo) más cerca de la literatura, de la crónica, de la monografía o del ensayo informativo, que de la aportación erudita o la sesuda “ópera magna” [...]. Prefiere entonces ser cronista a historiador, según su propia confesión [...] prefirió de continuo lo hablado a lo escrito [...] la descripción sicológica o ambiental a las indagaciones de la pura documentología. [...] la historia es en sí misma “una ciencia trascendental” (frase suya ésta) que converge en un “evangelio de moral patriótica” [...] en su concepto la historia del Paraguay ha sido redactada por los vencedores o a su gusto por parte de los cómplices nativos. Mas no como manual de aprendizaje sino como catecismo elevado a la categoría de evangelio de la nacionalidad [...]. O' Leary anticipa [...] un vasto movimiento de reivindicación nacional, de *revalorización histórica* (por lo común denominada *revisiónismo*).

Como podemos observar en la cita, su defensor nos da la pauta de los defectos que

¹Las palabras entrecomilladas las toma de “Relatorio Político sobre o Paraguai (confidencial), por Arthur dos Guimarães Bastos, 2º Secretário da Legação em Assumpção”, Anexo al Oficio 122, Asunción, 5 de octubre de 1931. Archivo Histórico de ItaMARATY, 201-4-6.

²En el prólogo a la edición de 1992, Amaral informa de que el texto apareció en *Álbum Gráfico de la República del Paraguay 1811-1911*, dirigido por Arsenio López Decoud. La segunda versión del mismo trabajo se publicó en 1924, junto a otro ensayo de O' Leary (*El Paraguay en la unificación argentina*). Además de obras citadas, O' Leary publicó los poemarios *Los conquistadores* (1921) y *Elegías a mi hija* (1923). En 1983, se editó una selección de sus poemas en *Antología poética*.

se pueden achacar a la labor historiográfica del principal revisionista paraguayo: no le importó tanto la “verdad histórica” como el patriotismo. Por eso, no tuvo escrúpulos en ignorar cuantos testimonios pudieran desmentir el heroísmo del mariscal López. Con el fin confesado de devolver a la patria el orgullo perdido, su *Apostolado patriótico* aboga por una revisión de la historia paraguaya, en la que López se identifica con la “paraguayidad”. Así, el amor a la madre es como el amor a la patria, y el amor a la patria es el amor al mariscal.

Esa figura es como el nudo de nuestra historia, principio y fin de nuestra epopeya, clave de nuestro pasado, cumbre y cima, aurora y ocaso, [...] encarnación de todas nuestras grandezas morales y símbolo vivo de todos nuestros dolores [...]. Montaña de patriotismo, en sus entrañas brama el fuego de su amor desmesurado a nuestra tierra y en su alta frente pensativa parece que bullen todos los anhelos de nuestra raza [...]. Se habla de sus errores y hasta de sus crímenes. [...] Su gran error fue no haber vencido. Su crimen, haber amado demasiado a su patria [...]. Los que hurtan en las intimidades de nuestra historia [...] para empuqueñecer o anular los méritos de nuestros grandes hombres, para disminuir ese patrimonio moral que es nuestro único título al respeto y a la admiración del mundo, más que nuestro odio, deben merecer nuestra compasión [...] úlceras aún no cicatrizadas, [...] quieren hacernos creer que no somos sino carne putrefacta; idiotez irremediable que quiere confundirnos con su propio cretinismo, aislémosles en el leprocomio de nuestro desprecio, mientras seguimos cantando el himno de nuestras glorias, seguros de que en los días que vendrán han de ser también para nosotros esa reparación que nos debe Dios en los designios de su justicia inmanente¹.

La labor de O’Leary dio sus mayores frutos a partir de 1936, momento en el que volvió a implantarse en Paraguay la dictadura. Sin embargo, la literatura anterior a la guerra del Chaco ya mostraba cómo estaba cambiando la visión que los paraguayos tenían del mariscal López. En “La Leyenda”, publicada en los números 47 y 48-49 (1925) de la revista *Juventud*, Jorge Báez describía a López como “un guerrero de férrea contextura moral que llevaba en sus miradas el don imperativo y la magestad [sic] de un semidiós en persona, como el protagonista de una tragedia antigua”. En el relato, durante la última cena, López hace un discurso ante los altos jefes, militares y capellanes, reflexionando así:

Bien sé que sobre el vencido en esta guerra han de recaer todas las responsabilidades consiguientes y, sobre mi cabeza, ha de derramarse toda la sangre vertida durante estos cinco años de encarnizada lucha [...]. Una generación envilecida surgirá después de nosotros, que hará coro triunfal de nuestros vencedores y escarnecerá nuestra memoria [...] porque los vencedores serán los únicos historiadores de esta guerra [...]. Sólo después de tres generaciones, tal vez, se estudie [sic] con criterio sereno e imparcial los sucesos de esta sangrienta lucha y recién entonces la verdad brillará resplandeciente como el honor de nuestras armas.

Este relato de Báez convierte al mariscal López en un visionario que predice el nacimiento del revisionismo, y describe cómo será tratada su figura una vez muera. Un año después de la publicación del mismo, uno de los discípulos de O’Leary, Natalicio González, organizó una manifestación para conmemorar el cumpleaños de López. Los escasos participantes en la misma solicitaron una declaración gubernamental a favor del mariscal. Habrían de pasar diez años y otra guerra para que el liberalismo tuviera cada vez menos adeptos, y se desarrollara, con el nacionalismo, el clima necesario para que las figuras del siglo XIX cobraran la importancia que González, imitando a su maestro, quiso darles. Como muestra ese intento, incluimos un fragmento de su poema “Solano López”:

¹Emiliano O’Leary, *Prosa polémica*, Asunción, NAPA, 1982, pp. 152-159.

Mariscal: ya no ladran furiosos los lebreles [...].
 Por eso, Mariscal, tu torturado nombre
 no evoca la mortal carnadura del hombre,
 sino que incorporado a mitos seculares.
 Integraste del pueblo los dioses tutelares
 después de recorrer tu glorioso camino
 dejando como rastro un resplandor divino¹.

Terminamos este apartado con dos visiones más íntimas de los hechos: los recuerdos autobiográficos que nos ofrecen Hugo Rodríguez Alcalá y José María Rivarola Matto:

En la tercera década de este siglo el **lopismo** ya se establecía como religión patriótica. En los recreos, [...] no faltaba algún muchachón agresivo y grosero que fuera preguntando a uno y otro escolar:

- ¿Vos sos lopista o antilopista? El que decía **anti** se llevaba una trompada².

Esa época anterior a la Guerra del Chaco [...]. Se usaba leer en voz alta para la audiencia menuda. Entusiasmaban los relatos de las hazañas de la Guerra Grande. Cierta día un oyente más agudo notando que cada batalla se peleaba como nunca y se perdía como siempre preguntó: “¿Pero quién ganó la guerra?”. Mi tía [...] vaciló un momento [...]. Esta clase de patriotismo sólido, valdría por divisiones en la guerra que vino después, pero a mí me dejó desconfiado de las verdades de la historia³.

En estas citas, observamos como, en el Paraguay anterior a la Guerra del Chaco, la postura lopista iba ganando adeptos, a pesar de sus escasas bases históricas.

3.- El revisionismo durante la Guerra del Chaco

La historia del país entre 1902 y 1936 favoreció la vuelta al nacionalismo, y creó las condiciones necesarias para la revisión del pasado. En ese contexto, la nueva guerra internacional se convirtió en una ocasión perfecta para reivindicar la contienda contra la Triple Alianza, para buscar las similitudes con el conflicto chaqueño, y para tratar de extraer de todo ello las virtudes inmanentes del pueblo paraguayo. Manuel Domínguez sostenía:

En realidad, el Mariscal fué la personificación fascinante de las virtudes excelsas de su raza, como lo son ahora tantos jefes que en el Chaco, con su voluntad irreductible, están encadenando la victoria. En ellos y en su ejército revive el Mariscal, el espíritu de ese profesor de heroísmo que brindó al Universo una emoción de epopeya y le enseñó cómo ha de cumplirse el juramento y cómo se muere por la Patria⁴.

Si el anterior es el tono de una revista cultural, no ha de sorprender que las similitudes se explotaran, con más motivo y más vigor, en las publicaciones destinadas a la tropa.

¹Recogido de Méndez-Faith, *Breve antología de la literatura paraguaya*, Asunción, El Lector, 1994, p. 135.

²Hugo Rodríguez Alcalá, *La doma del jaguar*, Asunción, El Lector, 1995, p. 117.

³José María Rivarola Matto, *La Belle Epoque y otras hadas*, Asunción, Arte Nuevo, 1980, pp. 12-14.

⁴Manuel Domínguez, “El juramento del héroe”, *Guaranía*, 20 de marzo de 1935.

Aunque aquí sólo estemos revisando textos en castellano, hemos de señalar que la idealización de la Guerra Grande se llevó a cabo también en guaraní. De hecho, Lustig afirma: “el protagonismo histórico que el idioma guaraní ha llegado a desempeñar se limita en principio a los momentos históricos de los grandes conflictos internacionales: la Guerra de la Triple Alianza y la Guerra del Chaco”¹. Como ejemplo de la literatura en esta lengua, recogemos “Chácore purahéi”, de Emiliano R. Fernández². Hemos elegido este poema por ser obra de uno de los más populares escritores paraguayos, y porque ejemplifica el modo en que la literatura de la Guerra del Chaco trató de enardecer a los paraguayos, vinculando esa contienda con la llamada Guerra Grande.

¡Soldados del setenta! de histórica jornada,
oíd este acento que ajusto en mi laúd,
hoy quiero tributaros con mi lira templada
en nombre de la Patria y de esta juventud.
¡Soldados del setenta! ore sy ha ore rukuéra
ko'ága mbovymíma oiméva peikove,
hi'ante ahupimíva ñe'ême pende réra
ha ahevykói teí pende rekovekue.
¡Soldados del setenta! ymami pehasáva
ro'y, kuarahy aku, ama, karupo'i,
oúramo vaekue ñane retã omo'áva
ku yvytu ñarõicha “Tupí ha Kerandí”.
¡Soldados del setenta! ndapeikuái vaekuemi
y'uhéi ha kan'e'õ ni aipo ñemomirí,
pikorõ sununu, pepóva yvatemi
pesêvo pejapo ¡Kambagui hu'iti!
¡Soldados del setenta! pejy vaekue tatápe
kamba vai jokóvo, Paso Puku guive
ha peheja vaekue Jata'ity Korápe
imombe'upyráva pene rembiapokue.
¡Soldados del setenta! pene retã rayhúre
pe'a ha pepu'ãmi, naperoyrõi mano,
jeperõ pejupita Tupãicha kurusúre,
upérõje ko'ýte hatã peñorairõ.
¡Soldados del setenta! ku oparõ pende ára
pe amo yvagapýpe pehóne pepyta
ha che pende ra'y penderupivehára
ko'ã Chaco ruguápe apurahéi vaerã.
¡Soldados del setenta! oiméko kuatiápe
oréve pehejáva ne'íra vai havé
peikóramo guare pembohovái kambápe
mboka ratafí guýpe, Cerro Corápeve.
¡Soldados del setenta! ko ága ya ore háma
mbokáre bayoneta ava rohuvaiti,
ha López Mariscal oiméne ohecháma
hakykuérepe ohóva soldado guarani.
¡Viva el Paraguay!

¡Soldados del setenta! de histórica jornada,
oíd este acento que ajusto en mi laúd,
hoy quiero tributaros con mi lira templada
en nombre de la Patria y de esta juventud.
¡Soldados del setenta! nuestras madres y nuestros padres ahora
ya sois pocos los que vivís
espero que pueda levantar vuestro nombre con mis palabras y
celebrar por fin vuestras vidas.
¡Soldados del setenta! que entonces pasabais
el frío, el calor del sol, la lluvia y falta de víveres
cuando vinieron los que ensombrecieron nuestro país como un
viento salvaje, “Tupí y Kerandí”.
¡Soldados del setenta! no conocías
la sed y el cansancio ni aquella humillación
el alarido del picorón, que saltabais alto (?)
¡al salir hicisteis harina de los negros!
¡Soldados del setenta! os quemasteis en el fuego
aguantando al negro malo, desde Paso Puku
y dejasteis en Jata'ity Kora
vuestra hazaña digna de ser relatada. (?)
¡Soldados del setenta! por amor a vuestra patria
caísteis y os levantasteis, no temíais la muerte
aunque subierais a una cruz como Dios,
no dejaríais de luchar duramente.
¡Soldados del setenta! cuando vuestros días se acaben,
y os vayáis para quedar en el cielo,
yo vuestro hijo el que os levanta
voy a cantar en el fondo del Chaco. (?)
¡Soldados del setenta! ya está escrito
lo que nos dejasteis aún no está enmohecido
lo de cuando estabais enfrentándoos al negro,
en el humo de los fusiles, hasta Cerro Corá.
¡Soldados del setenta! ya llegó nuestro turno
con el fusil y la bayoneta toparnos con el indio
y el Mariscal López tal vez ya vea
a soldado guaraní que pisa sus huellas.
¡Viva el Paraguay!

¹Wolf Lustig, “Literatura popular en guaraní e identidad nacional paraguaya”, en <http://www.uni.mainz.de/~lustig>. De la misma página extraemos el poema “Chácore purahéi”, que apareció el quince de enero de 1933. Hay allí también otras canciones del mismo autor, como “29 de septiembre”, “Soldado guaraní” y “1° de marzo”, además de un comentario sobre el primero de los textos aquí reproducidos.

²Emiliano R. Fernández (1894-1949), cuya instrucción escolar no pasó de la enseñanza básica, intervino en la Guerra del Chaco. Destinados a exaltar el ánimo de las tropas, muchos de sus poemas forman parte del cancionero del país, gracias a la música de los mejores compositores de su tiempo.

Al margen de los textos aparecidos en las publicaciones periódicas, y de las canciones de guerra, durante la contienda se siguieron editando obras “históricas” y de pensamiento, cuya lectura nos ayuda a comprender no sólo la repercusión creciente de los planteamientos revisionistas sino la historia paraguaya posterior: en 1935, Natalicio González publicó *El Paraguay eterno*¹, donde se dice: “el Paraguay, para salvarse, necesita estrangular el liberalismo sin piedad, con fría decisión. Así tornará a ser la nación grande y fuerte que fundó la civilización en el Río de la Plata” (113). La obra sostiene, además, que el gobierno unipersonal es la forma de gobierno connatural y tradicional en Paraguay, y lo demuestra poniendo el ejemplo de Francia y los López.

El Paraguay eterno trata de explicar “el caso paraguayo” con ideas tomadas de Taine²: “el triple influjo de la tierra, de la raza y de la historia” (60). En su exposición, no queda claro cuál es el influjo “de la tierra”, ya que González sólo explica los límites del país. Sin embargo, tanto en este libro como en los posteriores, incide en la idea de que los paraguayos han de conservar la tierra, sosteniendo “con una mano la manquera del arado, con la otra el fusil”³. La raza paraguaya se compone, según González, de la mezcla de lo español y lo guaraní (obviando así las otras etnias, ya que, desde su punto de vista, los guaraníes eran la “aristocracia” de los indígenas). Respecto a la historia, alaba la colonización española, mitifica a los primeros dictadores de la independencia, culpa a Inglaterra de incitar a

¹El 20 de noviembre de 1934, el mismo autor había publicado un artículo homónimo en la revista *Guaranía* (81-92). Según ese artículo, “mientras los países vecinos se consumían en el seno de una frenética anarquía, en la tierra guaraní surgió un estado fuerte [...] bajo la dictadura de Francia. [...] Francia [...] suprimió las castas aristocráticas para fundar la democracia paraguaya [...]. Hay una armonía profunda entre el régimen de los López y los ideales de su pueblo [...] el pueblo, que en nada participó en la elaboración de la Carta política que impusieron al país los vencedores del 70, conservó viva su capacidad creadora y las virtudes de su raza [...] ama la disciplina del patriotismo y gusta de sacrificar la vida individual en aras de la vida colectiva. Representa la concreción humana del Paraguay eterno”.

²Georg Lukács, en su célebre estudio *La novela histórica* (Madrid, Grijalbo, 1976, p. 196) afirma que Taine “bajo un léxico pseudo-científico-natural, una mitificación completamente ahistórica, incluso anti-histórica, de la raza [...] conduce a la supresión reaccionaria de la historia”. La influencia de Taine en el revisionismo paraguayo se puede rastrear en varios autores. Por ejemplo, Manuel Domínguez, para avalar su voluntad de que “el Paraguay abatido se levante, se enderece y camine”, cita la siguiente frase de Taine: “si la astronomía es, en fondo, un problema de mecánica y la fisiología un problema de química, la historia es un problema de psicología” (“Paraguay” 55-80).

³La idea está ya presente en *El Paraguay eterno*, pero tomamos la cita de una obra posterior de Natalicio González: *Proceso y formación de la cultura paraguaya* (1948). Esta imagen del “agricultor-soldado”, que enlaza con la figura del *rusticorum militum* de Horacio, está en la base del chauvinismo francés, y ha sido estudiada por Gérard de Puymège en *Chauvin, le soldat-laborateur. Contribution à l'étude des nationalismes*. Christiane Taroux-Follin (“Le pynandí, un soldat-laborateur dans le Paraguay des années 30-40”, comunicación presentada en el IV Congreso Internacional de Sociocrítica, Fez, Noviembre de 1995; Actas en prensa, en la Universidad de Montpellier III) ha analizado la transformación de la imagen del “agricultor-soldado” en la obra de Natalicio González, y el modo en el que éste se va politizando: a finales de los treinta, González escribe *La raíz errante* (publicada en 1951), donde alaba el valor de los “humildes labriegos [...] muy capaces de desafiar mil veces a la muerte para llevar al poder a los hombres de su filiación partidaria” (129). La escritura de esta obra coincide con su exilio bonaerense (1937-44), momento en el que González entra en contacto con la Fuerza de Orientación Radical de la Joven Argentina, que se opone al “imperialismo inglés”, y aboga por el revisionismo histórico. La importancia del “agricultor-soldado” en la teoría de González puede constatararse con un solo dato: su campaña electoral de 1948 se basó en ella, y el catorce de marzo de ese año se instituyó el “Día del Pynandí”, para conmemorar la victoria sobre la Revolución de 1947. Durante dicha conmemoración, el discurso de Víctor Morínigo señalaba: “el pynandí de nuestros días [...] ha encontrado el refugio de sus ideales en el Coloradismo”. Hay ideas similares en los discursos de Stroessner.

Argentina y Brasil a enfrentarse a Paraguay¹, y ve en la constitución del 70 una imposición del bloque aliado, que terminó con la dictadura connatural al país, y encarnó “las aspiraciones del antiparaguayismo, de los legionarios que empuñaron el fusil contra la patria, del invasor extranjero que destruyó nuestra heredad” (110). Este fue el tipo de ideas defendidas por las dictaduras que llegaron tras la Guerra del Chaco.

II.- La evolución del revisionismo en Paraguay

Myth, rather than history is most appealing to fascist regimes. The notion that myth defines the nation gives the false impression that national boundaries predate history and have essential “natural” status. Jo Labanyi, *Myth and History in the Contemporary Spanish Novel* 8.

1.- El revisionismo de 1936 a 1954

Como hemos visto, la guerra del Chaco fue un momento muy propicio para recordar y ensalzar esa otra contienda que sirvió tantas veces de fuente de inspiración a los revisionistas. Así lo entendieron no sólo los combatientes sino también los políticos que, al terminar el conflicto, encaminaron el país hacia una nueva etapa dictatorial.

Ya mencionamos que, en febrero de 1936, la Revolución Febrerista terminó con el mandato del liberal Eusebio Ayala, y puso en la presidencia a uno de los héroes de la Guerra del Chaco, el coronel Rafael Franco. El uno de marzo, fecha del aniversario de la muerte de López (que sigue siendo fiesta nacional en Paraguay), desde el balcón del “Palacio de López”, Franco afirmaba:

Hijo de su pueblo y de su raza, representa el Mariscal López la figura histórica más alta y más completa que ha producido la nación paraguaya y es nuestro deber honrar su memoria esclarecida tanto como seguir su ejemplo, para labrar la grandeza de nuestro pueblo, para cimentar su bienestar y exhibir de nuevo en nuestra América libre y fraternal, el ejemplo de este pueblo virtuoso, trabajador y digno, sobre cuyos hombros pueden reposar con seguridad los anhelos continentales y nacionales de tranquilidad, de civilización y de justicia. (Citado por Claude Castro, *Historia* 41).

En esa misma fecha, el gobierno provisional dictó el decreto ley n° 66 (firmado por R. Franco, L. Gómez Freire Estevez, J. Stefanich, A. Jover Peralta y B. Caballero), que declaraba al mariscal héroe máximo, y anulaba todas las disposiciones legales dictadas contra él. Fue el primer paso hacia la institucionalización del revisionismo, ya que el propio decreto hablaba de “la más profunda revisión de valores que pueblo alguno de América haya emprendido”, consistente en “el culto de los lares penates del terruño” y en “la reivindicación de todo el pasado del Paraguay y de la memoria incomparable de su Mariscal Presidente [Solano López]”. El decreto 66, reproducido por el diario *La República* del primero de marzo de 1998, decía:

¹Aunque ya hemos expuesto la falsedad de esta teoría, todavía en 1998, Luis Agüero Wagner (“La guerra del Paraguay”, *La República*, 1 de marzo de 1998, pp. 6-7) seguía manteniendo ideas similares: “Argentina [...] quedó enormemente endeudada a los banqueros ingleses del Banco de Londres, la casa Rothschild y los Baring Brothers. Es decir, los ingleses fueron los grandes beneficiarios del conflicto [...]. Los montoneros acusaron además a Mitre de ser un mandadero de la diplomacia británica encabezada por [el representante británico en Buenos Aires] Edwar Thorton”.

Quedan cancelados para siempre de los Archivos Nacionales, reputándose como no existentes, todos los derechos-libelo contra el Mariscal Presidente [...]. Declárese Héroe Nacional sin ejemplar al Mariscal Presidente [...]. Eríjase en glorificación de la memoria del Héroe nacional [...] un gran monumento conmemorativo [...] costado por la nación paraguaya.

También en marzo de 1936, Natalicio González (“Comuneros” 1) reclamaba “a las nuevas generaciones la magna y vital labor de reanudar la continuidad de nuestra historia interrumpida al día siguiente de Cerro Corá”. Y el doce de octubre, se inauguraba el Panteón de los Héroes, con el traslado al monumento de los supuestos restos de López. El culto al mariscal era el culto a las gestas militares promovido por un ejército que, tras la Guerra del Chaco, se sentía fuerte, y consideraba: “la Revolución [Febrerista] es la heredera y continuadora de una gran tradición de nuestra raza” (texto de *Patria*, citado por Claude Castro, *Historia* 41)

A partir de ese momento, la vieja disputa de los intelectuales lopistas se convirtió en una reivindicación del pueblo, gracias a los sucesivos mandatarios de esta nueva etapa dictatorial. Y si, como señala Carlos Mata, “manipular y falsificar la historia de un pueblo es uno de los primeros pasos para destruir su conciencia histórica y tratar de cercenar su libertad”¹, la reivindicación de los gobiernos unipersonales y nacionalistas de Francia y los López fue uno de los modos que estos nuevos dictadores usaron para justificar sus propios actos. Con ellos, el revisionismo histórico adquirió, poco a poco, el grado de historia verdadera, y como tal empezó a aparecer en los libros de texto escolares.

Siguiendo la tendencia general, Augusto Roa Bastos se unió a los ensalzadores de López² en 1953, afirmando: “nuestro Mariscal de Hierro [...] encarnó el afán de pervivencia de nuestra raza y de nuestra nación [...] paraguayo ejemplar, maravilloso ejemplo americano de fortaleza moral y de patriotismo militante”. Roa comparó al colorado Epifanio Méndez Fleitas con López porque, según le confesó, había “llegado incluso al convencimiento de que en un país como el nuestro donde las instituciones no han acabado todavía de formarse, las personas realmente superiores son lo más valioso que existe en la escala de los valores jerárquicos [...]. Tú estás, evidentemente en esta situación”³.

¹Carlos Mata, “Retrospectiva sobre la evolución de la novela histórica”, en Kurt Spang et alii, *La novela histórica, teoría y comentario*, Pamplona, Eunsa, 1995, p. 40.

²Casi treinta años después, Augusto Roa Bastos seguía repitiendo el tópico de la edad de oro paraguaya que, según la versión difundida por los revisionistas, correspondió a las tres dictaduras del siglo XIX: “después de haber alcanzado, a mediados del siglo XIX, los niveles más altos de progreso material y cultural sobre la base de una efectiva independencia y de su autonomía económica y política, el Paraguay fue arrastrado a sangre y fuego en cinco años de guerra por los ejércitos de la Triple Alianza” (“La narrativa paraguaya”, *Quimera*, n° 28, 1983, p. 54). En el prólogo a *El dolor Paraguayo*, de Barrett, Roa sostiene: “desde 1865 hasta 1870, hasta el trágico [...] grito de ¡Muero con mi patria! de Solano López, asesinado por las hordas imperiales [...] la población de cerca de dos millones de habitantes, quedó reducida a menos de trescientos mil ancianos, inválidos, mujeres y niños [...]. Una población de fantasmas ambulantes sin pan, sin hogar, sin destino [...]. Salvo, naturalmente, los aliados y guías nativos de los invasores cuyos privilegios quedaban a partir de entonces férreamente asegurados como testafierros de la dominación” (p. XVII). Además, en *El fiscal* (1993), la imagen que se nos da de López es la de un patriota admirable (aunque no muy cuerdo) contra el que lucharon, sin justificación, las tres potencias enemigas.

³Las dos citas proceden de “Del poeta y escritor paraguayo Augusto Roa Bastos a don Epifanio Méndez”. Epifanio Méndez era un alto funcionario público del gobierno de Federico Chaves en el momento de la publicación de esta carta. En “Del Señor Augusto Roa Bastos al Coronel Esteban López Martínez”, Roa vertió elogios similares al jefe de la policía de Asunción.

2.- La labor de Stroessner

A la labor de sus antecesores, se sumó la utilización que Stroessner hizo de la ideología de Juan E. O’Leary y de Natalicio González. Como afirma José Vicente Peiró en su tesis, Stroessner

utilizó el nacionalismo fascista de sus predecesores. Hizo del mariscal López un héroe sobrehumano, y él mismo se decía heredero de su poder. Mientras historiadores críticos como Eduardo Galeano y Jorge Abelardo Ramos fueron desautorizados por el régimen, a pesar de que Galeano alabó el afán independentista de Solano López en *Las venas abiertas de América Latina*, O’Leary y Natalicio González eran las únicas voces válidas, a pesar de que sus aportaciones no eran asumibles universalmente. La sobrestimación de los personajes históricos paraguayos como Francia, los López y Caballero era visible en la cantidad de fiestas conmemorativas existentes. Incluso el cadáver de la denostada históricamente Elisa Lynch, la concubina de López, fue repatriado desde Francia para ser enterrada en el Panteón de los Héroes de Asunción.

Al analizar la ideología de la dictadura de Stroessner y su medio de difusión, Guido Rodríguez Alcalá la resume de la siguiente manera:

Descartó las consignas populistas y americanistas de González para convertirse en el interlocutor válido de los organismos crediticios e inversionistas internacionales [...]. Utilizó la semántica de ese socialismo de derecha que es el fascismo para procurarse apoyo popular [...]. Con unas 2.000 muertes en su haber, no incurrió en las masacres de Hitler [...]. Prefirió [...] los métodos de coacción incruentos: discriminación, inclusión en listas negras. Y “concientización” [...] desde la escuela primaria, reorganizada para la [...] instrucción en el culto supersticioso de la autoridad, de lo heroico, de lo pasado [...] censura e instrumentación de los medios masivos de comunicación, [...] multiplicación de los “héroes” en calles, plazas y lugares públicos [...]. Canciones, desfiles, posters, banderas, ceremonias, estribillos de las emisiones en cadena. Recordación en exceso frecuente de las fiestas nacionales. Exhibición de los trofeos de guerra (del setenta) en locales céntricos [...] anulación de los límites entre lo público y lo privado [...] un totalitarismo que prefería idiotizar antes que asesinar. (*Temas* 11-12).

En 1954, Stroessner organizó una serie de actos oficiales para su toma de posesión presidencial. Uno de los invitados de honor fue el presidente argentino Juan Domingo Perón, quien acudió acompañado de una comisión de paraguayos residentes en Argentina. Entre ellos, se encontraba Roa Bastos¹, que fue la primera persona a la que Stroessner recibió en

¹Sobre la trayectoria política de este escritor paraguayo, que recibió el Premio de la Comisión Europea de Derechos Humanos, la Orden de la Legión de Honor Francesa, y el Doctorado *honoris causa* por la Universidad de Corrientes y por la Universidad Nacional de Asunción, véanse los artículos de Guido Rodríguez Alcalá “Ecos de Maryland: trayectoria política de Roa Bastos” (suplemento *Cultura de Noticias*, 15 de mayo de 1994, pp. 2-3), “El chapulín exiliado” (*El Diario*, 4 de noviembre de 1987, pp. 4-5) y “Diplomáticos y escritores” (*Abc Color*, 20 de octubre de 1997, p. 12). Hemos consultado los decretos a los que Rodríguez Alcalá hace referencia, y constatado que, como señala este autor, Roa Bastos trabajó para el Departamento Nacional de Propaganda (DENAPRO) durante la dictadura de Higinio Morínigo, quien lo nombró, por medio del decreto 16.016 (20 de octubre de 1946), secretario de la Embajada de Buenos Aires. (Sin embargo, preguntado sobre este punto por *O Estado de Sao Paulo*, en una entrevista publicada el 5 de abril de 1997, Roa afirmaba haber salido del país en 1946, “depois que o chefe da polícia pediu minha captura vivo ou morto, e minha casa foi invadida pela polícia”, 12). Más tarde, Federico Chaves, por los decretos 18.528 y 18.529 (25 de junio de 1953), le encomendó una misión artística “por varios países de América del Sud [sic], Centro América y Europa [...] siendo necesario asignarles viáticos”. Unos meses después de la mencionada reunión con Stroessner, el dictador encomendó a Roa “la misión de estudiar en Europa los modernos métodos y modos de difusión y extensión (continúa...)”

Audiencia tras haberse hecho cargo formalmente de la presidencia (el diario *Patria* da cuenta de ello en su portada del once de agosto de 1954). El veinte del mismo mes, *El País* publicó el poema de Roa “¡Eternamente hermanos!”, dedicado a Stroessner y Perón. Los versos siguientes son sólo una muestra del mismo:

Tierra de la paloma y del Centauro¹ [...].
 Hablo del hombre ilustre
 del Paraguayo Yegros con sus huestes
 defendiendo la altiva Buenos Aires
 contra las invasiones.
 o de Bogado, aquel Centauro
 de sangre guaraní², [...]
 Los soldados austeros,

¹(...continuacion)

cultural y de propaganda” (decreto 1.062, de fecha 27 de enero de 1954).

A pesar de la versión de que el exilio de Roa comenzó en 1947, lo cierto es que el escritor vivía en el extranjero por las mayores oportunidades para publicar que allí tenía, pero siguió visitando el país: en 1966, asistió al encuentro de escritores que reunió en Asunción a García Márquez, Vargas Llosa, Jorge Edwards y Gabriel Casaccia. Además, existen documentos gráficos y artículos que dan cuenta de otras visitas, como la foto de Roa con Antonio Carmona, Rubén Bareiro y otros, de 1968 (publicada por *Correo Semanal* el 29 de julio de 1995). Participó en mesas redondas y homenajes: según el *Abc* del 26 de septiembre de 1970, Roa estaba en Asunción por esas fechas, debatiendo sobre la narrativa actual; el mismo diario, el 1 de mayo de 1982, daba cuenta de la asistencia de Roa al homenaje a Agustín Barrios; y el 28 de abril de 1982, titulaba “Roa Bastos con estudiantes”. Asistió a presentaciones y exposiciones de libros: *Abc*, el 28 de septiembre de 1979, anunciaba que Roa, que “se encuentra en Asunción desde hace un par de meses en plan de vacaciones”, asistiría al lanzamiento de *Lucha hasta el alba*; y el 25 de abril de 1982, el mismo diario hablaba de su asistencia a una exposición de libros. Organizó talleres literarios (*Abc* informa sobre algunos de ellos: 21 de septiembre de 1970, 7 de septiembre de 1971, 9 de septiembre de 1971), publicó artículos (como el aparecido en el Suplemento Cultural de *Abc* el 15 de febrero de 1981), y mantuvo correspondencia con el Ministro del Interior de Stroessner, Edgar Ynsfrán, y el Jefe de la Policía de Asunción, Esteban López. Además, el propio Roa desmentía en los años setenta que su exilio fuera político: el 20 de septiembre de 1970 se publicaba en *Abc* una entrevista en la que Roa afirmaba: “quiero dejar bien sentado [...] que, contrariamente a lo que suele decirse [...] yo no me considero un exiliado”; siete días más tarde, en otra entrevista del mismo diario, Roa Bastos volvía a declarar que su exilio “en realidad fue siempre voluntario. No quiero que se me confunda con la posición de exiliado político [...]. Dentro de dos meses estaré de regreso para ocuparme con más tiempo de los numerosos amigos que tengo en Asunción”. Y, ese mismo día (27 de septiembre de 1970), Roa Bastos declaraba para *La Tribuna*: “se tiene la sensación de que es un país tranquilo en todos los órdenes”. La expulsión se llevó a cabo en 1982. Después de la misma, Roa escribió la famosa “Carla al pueblo paraguayo”, en la que empezó a llamar a Stroessner “el Tiranosaurio”. Sobre dicha expulsión, Miguel Ángel Bestard (viceministro del interior en esa fecha) afirmó (*Última Hora*, 24 de febrero de 1990) que la medida, “dictada directamente por Stroessner, fue injustificada”. Guido Rodríguez Alcalá sostiene (“Ecos”): “parte del error se debe a las declaraciones falsas del propio Roa. Según comentarios, la causa de la expulsión fue que Stroessner se molestó porque Roa, en el extranjero, se atribuía la condición de perseguido político”.

Roa Bastos ha mantenido en repetidas ocasiones que estuvo exiliado cuarenta años. Así lo hizo, por ejemplo, en su discurso de recepción del Premio Cervantes (“esta distinción viene a coronar una larga batalla de extramuros en la que llevo empeñada mi vida y a la que he dedicado mi exilio de más de cuarenta años”), y en el del *doctorado honoris causa* por la UNA del veinticinco de abril de 1990: “es probable que nadie que no haya vivido esta experiencia crucial de realizar su obra entera en el destierro sepa [...] la emocional desgarradura que comporta para su autor el haber escrito su obra total en el lenguaje del exilio [...]. El largo exilio fortaleció en mi espíritu y, por tanto, en mi trabajo de escritor, la visión de la unidad de la patria como un todo orgánico [...]. Por ello nunca me sentí atraído hacia una determinada actitud de preferencia o militancia política [...]. He tratado de describir mi país [...] evitando las facilidades superficiales del pintoresquismo [...] del patriotismo, del falso nacionalismo [...] de lo que se ha dado en llamar ‘literatura comprometida’”.

¹Se refiere a Bernardino Caballero que, como hemos visto, fue Presidente de Paraguay, y fundador del Partido Colorado (que sustentó la dictadura stronista).

²Bogado luchó junto a San Martín en los Andes.

surgidos marcialmente de sus pueblos,
 son héroes de esta paz y de esta unión
¡Stroessner y Perón! [...]

Abanderado de la Paz,
 insobornable adalid de la Justicia,
 [Perón] rectifica el pasado [...]

y nos devuelve, transformados
 en el símbolo de paz y de hermandad,
 los sagrados trofeos de la guerra [de la Triple Alianza]
 [...] El Mariscal de Hierro los recibe [...]

Stroessner y Perón sellan su abrazo
 con la emoción creadora de los hombres
 que vencen al destino
 y hacen en la historia a golpes de verdades
 vivientes como el himno de los hombres [...]

En sus hombres soldados
 en sus pueblos de paz, en su destino
 común de patrias enlazadas,
 Paraguay y Argentina están unidos
 de corazón a corazón,
 hermanos para siempre.

Siguiendo con su adhesión a las ideas revisionistas, tres años más tarde, Roa dedicó un poema a Cerro Corá, en el que se comparó al mariscal Francisco Solano López con Jesucristo:

Aquí crucificaron como a un Cristo guerrero
 Al indomable Mariscal [...]

Ved la lanza incrustada en sus entrañas [...]

Goteando luz y gloria [...]

Su médula estelar y su infinita Pasión de Libertad y de Justicia¹.

Era el tipo de afirmaciones preferidas por el dictador. Por eso, cuando Benjamín Velilla, en 1957, dictó una conferencia en la que criticaba tímidamente la capacidad militar de López, Stroessner se consideró ofendido. Como recuerda Guido Rodríguez Alcalá (*Temas* 14), terminada la conferencia, Velilla fue arrestado y desterrado.

Antes de que concluyeran los años cincuenta, el propio Stroessner inauguró un monumento a O'Leary en la Plaza de los Héroes, centro neurálgico de Asunción. Como O'Leary no estaba en el país, escribió “Una carta al Presidente” donde, antes de exhortar a Stroessner para que “siga usted siendo, como ya lo es, el continuador de la obra constructiva de los tres grandes que forjaron la nacionalidad [Francia y los López]”, dice: “en días como los presentes, aproximémonos a reverenciar al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo de nuestra Trinidad Patriótica: al doctor Francia, al Patriarca de nuestro progreso y al Mártir de Cerro Corá”². La unión entre el revisionismo y la dictadura era ya un hecho. Y

¹Roa Bastos, “Cerro Corá” 65-67. En la misma línea, está su poema dedicado a Estigarribia, parcialmente reproducido por *Noticias*, el dos de septiembre de 1990.

²Castro incluye esta carta completa en las páginas 227-229 del tomo segundo de su tesis doctoral (*Historire et fiction dans la littérature paraguayenne actuelle*, que citaremos como “tesis”). Además, fue publicada en *El País* (21 (continúa...))

una prueba de ello se encuentra en el documento (reproducido por el *Diario Noticias* el 4 de mayo de 1986) del “Centro Anticomunista Paraguayo General Rogelio E. Benítez”, fundado en 1960, que califica a Stroessner de “sapiente e idolatrado ser mortal de nuestros tiempos”, y le pide que “Francia, los López, Caballero, sigan presentes en vuestra mortal existencia”.

Desde los años sesenta, el revisionismo paraguayo se vio reforzado por las nuevas aportaciones llegadas de Argentina y Brasil. En esa década, aunque con una perspectiva política justamente opuesta, los autores revisionistas de los países vecinos comenzaron a coincidir con la visión de la Guerra de la Triple Alianza de los revisionistas paraguayos: Brasil y Argentina, siguiendo los dictados ingleses, habían tratado de terminar con la autodeterminación del pueblo paraguayo. Como señala Bonalume Neto,

Para os revisionistas de esquerda da década de 60, ele [López] era un líder quase socialista, tentando criar uma nação indepêndente do imperialismo da principal potência capitalista da época [Gran Bretaña] [...]. O Paraguai seria uma Cuba derrotada do século 19 [...] o autor mais marcante [...] foi o argentino León Pomer, que veio ao Brasil em 1977, expulso da Universidade de Buenos Aires pelo regime militar [...]. Embora voltando principalmente para o papel da guerra na Argentina, sua tese básica é de quem mais se aproveitou dela foi o imperialismo britânico¹. (“Lições” 4).

Así, los autores brasileños y argentinos de izquierdas empezaron a mantener en sus obras tesis parecidas a las que los revisionistas paraguayos habían venido sosteniendo. Prueba de ello es el enfoque de la Guerra de la Triple Alianza que se da en los libros de Tulio Halperin Donghi (*Historia contemporánea de América Latina*, 1966), Eduardo Galeano (*La venas abiertas de América Latina*, 1971) y Roberto Ares Pons (*El Paraguay del siglo XIX. Un estado socialista*, 1987). Ares llega a plantear explícitamente: “el sacrificio del pueblo [...] demostró la factibilidad del desarrollo nacional independiente [...] incluso por vías socialistas [...]. Puso al desnudo el carácter criminal de la reacción oligárquica e imperialista”. Por la misma época, también la literatura de los países vecinos se fijó en la figura del mariscal (por ejemplo, en su obra de 1981, *Ensayo general*, el poeta argentino Gustavo García Saravi dedicó cuatro sonetos a López y dos a Mme. Lynch). Estas ideas empezaron a influir en la oposición al régimen stronista, haciendo que incluso los adversarios de Stroessner se declararan herederos del mariscal López.

²(...continuacion)

de mayo de 1959), y Guido Rodríguez Alcalá la recoge parcialmente en la página cinco de su *Temas*. En dicha carta, fechada el once de mayo de 1959, O’Leary le dice a Stroessner: “cuando estuve a punto de morir y caí en el delirio de la fiebre, dialogaba con Ud., mi querido amigo, y con espanto de mis hijos, estallaba en alegres carcajadas, ponderando la magnitud de su afecto”. Después, pasa a enumerar las virtudes del doctor Francia.

¹En el mismo artículo, Bonalume recoge las opiniones de otros revisionistas de izquierdas, como Galeano (“hasta su destrucción, Paraguay se erguía como una excepción en América Latina: la única nación a la que el capital extranjero no había deformado”) y Chiavenatto (quien afirmó que Francia ejerció su dictadura “en favor del pueblo”, y que Paraguay era “el país más progresista de América del Sur”). En “A didáctica conspiratoria” (*Folha do Sao Paulo*, 9 de noviembre de 1997, Suplemento *Mais!*, p. 4), el autor reflexiona sobre la visión que tienen de la guerra tres brasileños de 20, 40 y 60 años. Para el mayor, Brasil respondió a un agresor con un ejército dirigido por “héroes”. Para el menor, la guerra fue promovida por Gran Bretaña, y los culpables del exterminio de los niños paraguayos fueron los aliados. El brasileño de cuarenta años puede estar en cualquiera de las tendencias anteriores: es la generación que hoy está escribiendo la historia. También Doratioto (“Construção”) señala la importancia de las obras de Pomer y Chiavenatto en la construcción de la idea de los revisionistas de izquierdas de que el Paraguay de la preguerra era una especie de Cuba socialista atacada por los intereses del más importante país capitalista de la época, Gran Bretaña.

Progresivamente, la casi totalidad de los actores políticos toma partido por los dictadores del siglo XIX, convertidos en símbolos de la Edad de Oro del Paraguay [...]. En cuanto a la “izquierda” paraguaya, ella también incorpora ciertos puntos tomados de la historia en su discurso ideológico. Principalmente, le interesa demostrar que “la pérfida Albión”, Inglaterra, fue la causante de la guerra de la Triple Alianza. El verdadero objetivo del conflicto, según esto, hubiera sido la integración del Paraguay al sistema capitalista internacional, del que se había mantenido apartado gracias a la política “socialista” instaurada por Francia y continuada por los López. (Castro, *Historia* 44).

Aunque de mucha mayor trascendencia, lo sucedido en Paraguay con la figura de López puede compararse a lo ocurrido en España con la del Cid. Utilizo la siguiente afirmación de Alan Deyermond como exponente de la gran polémica surgida en torno a este tema: “los franquistas se apoderaron del Cid, haciendo de él la esencia de lo español. Pero también el pensamiento marxista [...] según el cual Rodrigo Díaz de Vivar se opuso a todo el sistema feudal” (extraída de su entrevista en *Abc* del diez de enero de 1999).

En un contexto como el existente en Paraguay, no parece extraño que la manipulación de la historia llegara a afectar incluso a estudiosos poco partidistas. Cardozo, una de las grandes figuras del Partido Liberal, publicó una crónica en el diario *La Tribuna* (1965), con motivo del centenario de la Guerra de la Triple Alianza, titulado *Hace cien años*. Este reconocido historiador por sus trabajos sobre la época colonial, que revisó “fuentes auténticas, documentales o bibliográficas”, desliza en su escritura sólo los datos que considera interesantes para sostener la valentía de los paraguayos.

El hecho de que Cardozo oriente los acontecimientos (aun dentro de límites aceptables), puede explicarse de dos maneras. O bien el historiador no pudo, como muchos paraguayos, apartarse de la versión idealizada del conflicto (la que, de historia oficial, pasó a ser también historia popular), o bien se vio obligado a participar, de algún modo, en el movimiento de sacralización de la historia nacional que tenía lugar entonces. En aquel momento de celebración del centenario de la Guerra Grande, con el Paraguay gobernado por Stroessner por once años, hubiera sido muy difícil proponer al gran público una versión de los acontecimientos muy distinta de la versión oficial. A pesar de las objeciones anteriores, *Hace 100 años* es el trabajo más completo (al menos en lo relativo al relevamiento [sic] del desarrollo de los hechos) escrito por un paraguayo después de Juan Crisóstomo Centurión. Es una lástima que esa presentación de los acontecimientos, que debió exigir un gran esfuerzo de investigación, no haya sido acompañada por el análisis. (Castro, *Historia* 140).

La defensa a ultranza de la historia nacional creada y recreada por el revisionismo, y sustentada por las dictaduras, se comprende porque, como señala la misma autora,

Entre 1936 y 1989, bajo el impulso de diversos gobiernos autoritarios, y principalmente el del general Alfredo Stroessner (1954-89), el revisionismo histórico se ha convertido en historia oficial. Toda tentativa de crítica de esa versión mitificada será considerada traición a la patria. Evidentemente, el fenómeno debió tener su impacto en el dominio de la literatura. (*Historia* 46).

Todavía en 1986, ante la publicación de la desmitificadora novela *Caballero*, en el diario gubernamental *Patria* del 28 de noviembre, se hacía esta reflexión:

Hay algunos [...] que escriben en forma irreverente sobre las grandes figuras de nuestra historia. El pretexto es reducir tales figuras a su nivel puramente humano [...]. ¿Qué buscan con esta operación que consiste antes que nada en roer los mármoles sobre los cuales se asientan los arquetipos de nuestra patria y de la historia del Paraguay, especialmente el mariscal y el General Caballero? [...] desmitificar tales figuras para quitarles definitivamente cimiento al partido [Colorado] que fundara

el General Bernardino Caballero [...]. Lo que nos parece descomedidamente antiparaguayo es tratar de derribar a nuestros héroes y mártires y prohombres del pedestal que ya la tradición y la historia le habían dado [...] la patria es la historia de la patria. Si por desmitificarla terminamos con los cimientos gloriosos de la misma el ser nacional paraguayo quedará reducido a valores utilitarios que los fabricantes de esta nueva modalidad antihistórica y antinacional usan a su gusto y paladar.

El partido que sostenía a Stroessner se sentía tan identificado con el revisionismo y la “paraguayidad” que cualquier crítica a estos conceptos era interpretada como una afrenta contra el coloradismo. “La patria”, como ellos mismos sostienen, “es la historia de la patria”. O, mejor dicho, la historia que han fraguado para adaptarla a sus intereses.

3.- La pervivencia en la etapa democrática

El golpe de Rodríguez, que terminó con la dictadura stronista, no acabó con la censura a la crítica a López. Aunque finalmente Rodríguez cedió, el tres de febrero de 1989, durante el gobierno de éste, se prohibió el estreno de la obra de Alcibiades González Delvalle *San Fernando*, que no había podido ser representada durante la dictadura, por poner en escena la represión del mariscal López en los procesos de San Fernando.

Por otra parte, sigue estando presente en la mente de los paraguayos la idea de la guerra de la Triple Alianza como una “epopeya nacional”. Ya en 1926, Natalicio González (*López*) decía: “Solano López es un divino poeta de la acción [...] la guerra del Paraguay es una extraña epopeya”. Aun hoy, ese conflicto reivindicado por los revisionistas es mucho más que un recuerdo histórico: “traducida por Natalicio [González], adoptada por Morínigo y bendecida por Stroessner [...] esta concepción populista y antidemocrática sigue corriendo”¹. Prueba de ello es que, en 1998, Miguel Ángel Caballero² igualaba “la inmensa generosidad de un Ernesto Guevara, de un Francisco Solano López [sic], de un Rodríguez de Francia”.

La labor de los propagandistas oficiales, los libros de texto, y los símbolos en forma de Panteón de los Héroes y de estatuas en las calles no terminó con la dictadura. Ejemplo de ello es la edición del diario *Patria* del primero de marzo de 1991 (fecha del centenario de la muerte de López), cuyo editorial afirmaba:

Cerro Corá está latente, como latente está la patria misma. López era la patria y el símbolo más elocuente de su supervivencia en la lucha sin igual de cinco años, sostenida solamente por el coraje, el heroísmo y la bravura de nuestros soldados [...] emulando el patriotismo de nuestros héroes [...] ha llegado la hora de la acción ardorosa y entusiasta del patriotismo [...] la gloria de nuestros héroes descansará siempre en la grandeza de la patria, y la grandeza de la patria está en la voluntad de sus hijos. Hoy nuestro compromiso es la grandeza.

Ese mismo día, *Patria* reprodujo grabados y textos que ensalzaban al mariscal López, recordaban los últimos años de la guerra, y presentaban su “heroica muerte en Cerro Corá”:

Por primera vez aquel puñado de valientes, resto glorioso del grande e invencible ejército [...] se reconoció vencido. Un silencio inusitado y mortificante acogió la alocución del mariscal presidente

¹Guido Rodríguez Alcalá, “Arte proletario”, *Noticias*, 23 de julio de 1995, p. 4.

²Miguel Ángel Caballero, “Elogio del silencio”, *La República*, 1 de marzo de 1998, p. 3.

[...]. Su potente voz de otros tiempos que poseyó la mágica virtud de las de los poetas de Israel ante cuyo eco ponían pie medio millón de almas para correr al sacrificio, se apagó en sus labios. Consiguíó empero todavía [...] la promesa formal de que la [sic] acompañarían a librar la última batalla y morir¹.

Dos años después, en el ochenta aniversario de la muerte de Caballero (26 de febrero de 1993), *Patria* volvió a recurrir a los tópicos revisionistas para presentar al general como “el inolvidable reconstructor de la patria”, el “poderoso defensor de las libertades y los derechos del pueblo”. Tanto el presidente de la República como las Fuerzas Armadas y la Junta de Gobierno del Partido Colorado le rindieron homenaje. Por no extendernos con los ejemplos, terminamos por citar que, el 11 de septiembre de 1992, el artículo de *Patria* “La línea nacional” volvió a vincular a los tres “fundadores de la patria” (Francia y los dos López) con el Partido Colorado:

Francia fue entonces como puede comprobarse, a más del creador, el profundo y aferrado defensor de la LÍNEA NACIONAL [...]. Don Carlos Solano López, consolidándose durante su mandato la LÍNEA NACIONAL [...]. Nadie creía entonces [a la muerte de don Carlos, en 1862] que los enemigos de la Patria llevarían al Paraguay a la inevitable tragedia. Francisco Solano López siguió enarbolando la bandera de la LÍNEA NACIONAL [...] el patriotismo del mariscal no tenía reparos, su nacionalismo era inmaculado [...]. La defensa del Paraguay ha de ser [...] la bandera de un gran Partido [el Colorado].

Desde una ideología opuesta, el historiador Ricardo Caballero Aquino sostenía, en 1992, que la pervivencia de los mitos revisionistas suponía una losa para la democracia. Al comentar una conferencia del también historiador Charles Standifer, Caballero Aquino explicaba:

Standifer [...] al estado actual [de la historia en Paraguay] llamó “masacre”. Y los grandes contribuyentes a ello eran la enseñanza en las escuelas, colegios y facultades así como la propia Academia Nacional de la Historia [...]. Stansifer más adelante [...] dijo: “Sin transición no hay historia y sin historia no se llega a la democracia”. Se explicó diciendo que la dictadura le teme siempre a la historia y por ello la tergiversa, creando héroes máximos por decreto y villanos por discursos oficiales [...]. Stansifer lamentó que ocurrida la caída del tirano, el papel de la historia siguió siendo tristemente pobre. No hay ninguna carrera que pueda llevar ese nombre, la bibliografía local está obsoleta [...]. Y en esas condiciones -Stansifer dixit- el futuro de la transición es realmente dudoso².

Como puede observarse, esta cita apoya el planteamiento con el que comenzábamos nuestro trabajo: la nueva narrativa histórica paraguaya, con su destrucción sistemática de los mitos revisionistas, además de conectar la literatura del país con los movimientos literarios universales, es una voz en pro de la democratización.

¹Reproducción del texto de Juansilvano Godoi, “La muerte del Mcal. López”, 1912.

²Ricardo Caballero Aquino, “Historia Paraguaya Q.E.P.D.”, *Abc Color*, 14 de junio de 1992.



BIBLIOTECA VIRTUAL

**DE LOS ORÍGENES A LA NUEVA NOVELA
HISTÓRICA PARAGUAYA**

Every writer names the world. But the Latin American writer has been possessed by the urgency to discover; if I do not name, no one will; if I do not write, all shall be forgotten; and if all is forgotten, we shall cease to exist [...]. Since the Latin American history beats fiction, fiction has tried to beat history.

Carlos Fuentes, "Latin America and the University of the Novel" 1 y 6.

Tras haber resumido la historia y el proceso de formación de los mitos históricos, ha llegado el momento de comprobar que "la vertiente más poblada de la literatura paraguaya está dedicada, directa o indirectamente, a la celebración y sacralización de la Historia"¹. El examen de los relatos sobre la Triple Alianza y la Guerra del Chaco, y de los cuentos costumbristas de principios del siglo XX, nos ayudará a verificar que, tradicionalmente, las letras de este país han tratado de acercarse a su realidad histórica.

Ese acercamiento alcanzó su momento cumbre en los años ochenta, con la profusión de obras literarias paraguayas de contenido histórico, que conectó con el auge de este género en todo el mundo². Paraguay empezó así a seguir claramente las pautas literarias

¹Jean Andreu, "Ojo por diente o la pasión paraguaya según R. Bareiro Saguier", en VV. AA, *Rubén Bareiro Saguier. Valoraciones y comentarios acerca de su obra*, Asunción, Arte Nuevo-Araverá, 1986, p. 97.

²Aunque el fenómeno pueda remontarse algo más atrás en el tiempo, el éxito de obras como *El nombre de la rosa* y *El perfume* suele citarse entre los indicadores de ese auge. A la lectura masiva de títulos puntuales ha de añadirse la oferta de colecciones (en nuestro país, por ejemplo, "Narrativas históricas" de Edhasa, "Novela histórica" de Salvat y (continúa...)

universales¹, inscribiendo obras de calidad en una tendencia que ya se conoce como “la nueva narrativa histórica hispanoamericana”. Para comprender la importancia de este fenómeno, se hace imprescindible comenzar este estudio repasando la literatura paraguaya desde la Colonia. Confiamos en que ese repaso se convierta en un modo de explicar y de reivindicar las palabras de Juan Bautista Rivarola Matto:

Nuestra literatura, al igual que nuestro pueblo, ha vencido enormes dificultades para sobrevivir y realizarse. Ha acumulado un riquísimo material que debe ser comprendido y respetado para que sirva de base a desarrollos posteriores. Para esto, empecemos por reconocer lo evidente: que nuestra literatura existe².

Al ocuparnos de las letras del país desde el siglo XVI, comprobaremos que, a pesar del tópico y de los problemas, “la literatura paraguaya existe”³. Sin embargo, no podremos hablar de novela histórica propiamente dicha hasta el siglo XX, porque este género, “dentro de la historia de la literatura mundial, aparece relativamente tarde”⁴. Ya Georg Lukács destacó el nacimiento de la novela en Europa como un hecho vinculado al Romanticismo:

La novela histórica ha nacido al comienzo del siglo XIX, aproximadamente en el momento de la caída de Napoleón (*Waverley*, de Walter Scott, apareció en 1814). Sin duda ha habido novelas de tema histórico ya en los siglos XVII y XVIII [...] pero [...] no trata[n] la historia más que como escenario y decoración [...] la novela llamada histórica anterior a Walter Scott carece de lo específicamente histórico, a saber, de la deducción de la particularidad de los hombres que actúan a partir de la peculiaridad histórica de su época. (*Novela* 15).

En aquellos momentos, las naciones americanas eran todavía demasiado jóvenes para sentir que poseían historia:

América parece ser un territorio vedado, ya que “carece de historia” [...] las nuevas naciones latinoamericanas [...] no se pueden dedicar que a la historia reciente, contemporánea [...]. Finalmente, [...] en el realismo mágico, [...] no había lugar para la historia, si no fuera como símbolo u horizonte externo [...]. Así, la novela histórica en la tradición de la literatura latinoamericana fue siempre una rareza. (Rössner, “Utopía” 68).

²(...continuación)

su homónima de Planeta, y “Grandes éxitos de la novela histórica” de Bruño) dedicadas a este género.

¹La matización viene dada porque, aunque la primera “novela de la tierra” paraguaya (*La raíz errante*, de Natalicio González) se publicó en 1953, su escritura data de 1937, coincidiendo, por tanto, con el momento de mayor auge de este subgénero.

²Juan Bautista Rivarola Matto, “La literatura paraguaya existe”, *Hoy*, 31 de marzo de 1982, p. 8.

³Aunque siga habiendo pocos trabajos bibliográficos sobre literatura paraguaya, conviene anotar que su existencia ha sido avalada por estudios recientes: José Vicente Peiró y Guido Rodríguez Alcalá (*Narradoras paraguayas*), Margarita Kallsen (*Los poetas paraguayos y sus obras*, donde anota 904 referencias a libros y folletos de poesía paraguaya), Teresa Méndez-Faith (*Breve diccionario de la literatura paraguaya y Breve antología de la literatura paraguaya*), Marialuisa Artecona de Thompson (*Antología de la literatura infanto-juvenil paraguaya*) y Guido Rodríguez-Alcalá y María Elena Villagra (*Narrativa paraguaya*).

⁴Michael Rössner, “De la utopía histórica a la historia utópica: reflexiones sobre la nueva novela histórica como re-escritura de textos históricos”, en Sonja M. Steckbauer (ed), *La novela latinoamericana entre la historia y la utopía*, Eichstätt, Universidad Católica, 1999, p. 68.

A este retraso general en la aparición de la novela histórica en el continente americano, se añade un retraso particular de Paraguay: allí, el Romanticismo no penetró hasta 1860¹; y la novela, que “floreció en el mundo [...] en el siglo XIX”², lo hizo en el XX. De hecho, la primera novela en formato de libro en Paraguay, *Zaida*, no apareció hasta 1872. Como el autor de la misma (Francisco Fernández) era un argentino, la primera considerada como paraguaya es *Ignacia* (1905), del también argentino de origen, pero paraguayo de adopción, José Rodríguez Alcalá.

En Paraguay no hay narrativa hasta la segunda mitad del siglo XX. Pero si entendemos la narrativa estrictamente como la construcción de un discurso estéticamente significativo en el que se opta por fabular antes que razonar, debemos convenir que sí la hubo. Ella se encuentra, íntegra y apasionada, en obras cuya apariencia externa es la historia o el alegato social³.

Así, para estudiar la novela histórica paraguaya, habremos de centrarnos en la segunda mitad del siglo XX ya que, sin considerar las circunstancias particulares del país, las obras que pueden resultar interesantes en la historia de la literatura mundial no surgieron hasta los años cuarenta: hasta ese momento, las novelas paraguayas se mantuvieron dentro de los márgenes de lo tradicional, y no trataron de adentrarse en innovaciones ni formales ni temáticas. La ruptura de esta tendencia llegó con las obras de Casaccia y Roa Bastos, quienes abonaron el terreno para la actualización literaria que se llevó a cabo a partir de los años ochenta, mediante la evolución de todos los géneros narrativos, y el auge de la nueva novela histórica, que trata de devolver la verdad a la historia a través de la literatura.

I. - La narrativa paraguaya hasta los años ochenta del siglo XX

La historia es la estrella de la literatura paraguaya, tanto cuando se trata de investigación como cuando se entra en el terreno de la ficción.

Antonio Carmona, “Ficción, ironía y el marco de la historia”.

1.- Hacia la novela: la literatura colonial y decimonónica

Marcelino Menéndez Pelayo llega a asegurar que no hubo literatura en el Paraguay colonial⁴. No obstante, aunque no existieran ni un Inca Garcilaso ni una Sor Juana paraguayos, tampoco se debe caer en el error del polígrafo español: atribuir a Argentina todas las obras allí publicadas. Además, antes de estudiar la literatura colonial paraguaya,

¹El dato es de Josefina Pla y Francisco Pérez-Maricevich (*Narrativa paraguaya (Recuento de una problemática)*, sobretiro de *Cuadernos Americanos*, nº 4, 1968), quienes añaden que el Romanticismo, en esa fecha, no se manifestó en el ámbito de la prosa sino en el de la poesía.

²Rafael Conte, *Lenguaje y violencia. Introducción a la narrativa hispanoamericana*, Madrid, Al-borak, 1972, p. 48.

³José Vicente Peiró, “La novela paraguaya en vísperas del nuevo siglo”, en *Actas del XXXI Congreso del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana* (en prensa), Salamanca del 20 al 30 de junio de 2000.

⁴Marcelino Menéndez Pelayo, *Historia de la literatura hispanoamericana*, Santander, Aldus, 1948, tomo II, p. 301.

nos gustaría recordar que, basándose en los estudios de Ralph Freedman (quien, en “The Possibility of a Theory of the Novel” afirmó: “en vez de aislar los géneros y subgéneros artificialmente [...] resulta más simple ver toda la prosa-ficción como una unidad”), Roberto González Echevarría considera:

La historia y la ficción latinoamericanas [...] fueron concebidas al principio en el contexto del discurso de la ley, una totalidad secular que garantizaba su veracidad y hacía posible su circulación [...]. Fue [...] Colón¹ [...] el primer narrador de América [...]. Ese primer documento sobre una América aún por descubrir [...]. Se trata tal vez del primer texto novelístico hispanoamericano².

En la misma línea, pero ya centrado en la historia de la literatura paraguaya, Cardozo (“Paraguay”) afirmaba: “las primeras y más importantes manifestaciones culturales de la comunidad [de conquistadores] establecida a orillas del río Paraguay” se dieron dentro del campo de la historiografía. Esta tendencia, común a la de otros países de Iberoamérica³, está entre los motivos de la predilección del continente por el género histórico. Así, en el somero repaso de la literatura colonial paraguaya que nos proponemos hacer, no sólo queremos constatar que tal literatura existió, sino que pretendemos establecer lo que se ha dado en llamar “la prehistoria de la literatura paraguaya”.

Los tiempos de la colonia no fueron fértiles en creaciones propiamente literarias, salvo la cantidad apreciable de testimonios históricos -o historiográficos- aportados por los conquistadores, misioneros y exploradores, en medio de los cuales, sin embargo, pueden rastrearse episodios inequívocamente ficticios [...] interpolados en las crónicas de los presumibles hechos reales. Estos momentos [...] constituyen, ciertamente, la presencia inicial de la narrativa en la cultura nacional y conforman su prehistoria. (Pérez-Maricevich, *Diccionario* 158).

A pesar de la temprana prohibición de “libros de romances y materias profanas y fabulosas”⁴, los documentos paraguayos de esa época, al igual que los del resto de la

¹González Boixo (“Realidad y ficción”) ha agrupado la presencia de lo fantástico en el *Diario* de Colón por temas. En primer lugar, destaca la descripción que hace de las Antillas para asemejarlas a las tierras asiáticas en las que él pensaba estar, y al Paraíso Terrenal que insinuaba haber descubierto. Además, no faltan las referencias a “hombres de un ojo y otros con hocicos [sic] de perros que comían los hombres” (cuatro de noviembre), a “una isla adonde no avía [sic] sino solas mujeres” (seis de enero). Para más información sobre el uso del *locus amoenus* (vinculado a la idea del Paraíso Terrenal) que Colón utiliza en sus descripciones, puede verse José Carlos Rovira, *Entre dos culturas (voces de identidad hispanoamericana)*, Alicante, Universidad de Alicante, 1995, pp. 29-35.

²Roberto González Echevarría, “Bakhtin, los orígenes de la novela y las crónicas de Indias”, *Ínsula*, n° 525, p. 134.

³Giuseppe Bellini (*Nueva historia de la literatura hispanoamericana*, Madrid, Castalia, 1997, p. 172) sostiene: “el primer documento propiamente narrativo de importancia para el género [...] fue *El Carnero*, del colombiano Juan Rodríguez Freyle (1566-1640). La obra, crónica del descubrimiento y conquista del reino de Nueva Granada [...]. Más que una crónica [...] es una serie extraordinariamente interesante de cuadros de la vida local, especialmente ricos en aventuras, escándalos y delitos, de tal modo que la página asume un claro ritmo narrativo. Pareciera que Freyle, habiendo partido de una sincera intención de ser cronista histórico, se dejase llevar muy pronto por la ficción”.

⁴Texto de la Real Cédula de 1543. Además, la Cédula de cinco de septiembre de 1550 exigía un listado detallado de todos los libros que salían hacia América. La ley del nueve de octubre de 1556 mandaba a los prelados que “averiguasen por todos los medios posibles si en sus diócesis había libros de esa calidad e hiciesen de ellos lo ordenado por el Consejo de la India [quemarlos]”, y una medida similar se dictó en 1589, para que fueran los oficiales reales los que controlasen los libros. La Cédula del veintuno de septiembre de 1556 prohibía cualquier edición no aprobada por (continúa...)

América hispana, están llenos de fantasía.

Muchos de quienes emprendieron la aventura de escribir crónicas de Indias lo hicieron teniendo cerca provechosas lecturas propias [...]. Parece ya indudable que, a pesar de la obstinación de la Corona decretando la prohibición de la prosa de ficción en Indias, no fueron pocos los ejemplares de las más célebres novelas de caballerías, y de *La Celestina* también, los que circularon por el Nuevo Mundo. [...] La prohibición temprana de importar, publicar y consumir novelas de caballerías en Indias [...] engendró la conciencia de que la ficción debía [...] presentarse bajo el disfraz de una crónica histórica¹.

Ya sabemos que los pueblos que habitaban el actual Paraguay eran iletrados. Respecto a los conquistadores, Josefina Pla sostiene: “un 25% sabía leer y escribir [...] individuos de cierta preparación [...] fueron pocos”². Por tanto, en los primeros años, la situación cultural en las tierras que hoy pertenecen a Paraguay no era muy propicia para el quehacer literario. Sin embargo, no faltaron algunas (tímidas) experiencias que “siguieron los modelos del Romancero, la Crónica de Indias, los poemas épicos, y el teatro peninsular”³. Se considera que primer poeta en Paraguay fue el clérigo Luis de Miranda de Villafañá⁴, cuyo *Romance Indiano*⁵, de ciento treinta y siete versos distribuidos en diecisiete coplas de pie quebrado, narra hechos de la conquista, como la rebelión contra Alvar Núñez:

⁴(...continuación)

el citado Consejo, imponiendo multas para los impresores. Esta Cédula se vio refrendada por otras de los años 1647 (diecinueve de marzo), 1653 (dieciocho de septiembre) y 1668 (catorce de junio). Además, en 1571, se dispuso: “no se consienta pasar Misales [...] Brevarios, Diurnales y Horas”. Cuando los comerciantes empezaron a dejar libros prohibidos en América, las órdenes se multiplicaron: por ejemplo, la de 1609, establecía “que se recojan los libros herejes y se impida su comunicación”. Tal cantidad de medidas hace suponer que las prohibiciones no se cumplían. Sobre este tema, puede verse el trabajo de Irving A. Leonard, *Los libros del conquistador*, México, FCE, 1959.

¹Javier Aparicio Maydeu, “Notas sobre ‘lo fingido verdadero’ en la prosa de Indias. Con un ejemplo de Juan de Cárdenas”, en *Actas del XXIX Congreso del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana*, Universidad de Barcelona (15-19 de junio de 1992), Barcelona, PPU, 1994, tomo primero, pp. 253-254.

²Josefina Pla, *Cultura* 14-15. Más tarde (p. 19), la autora reduce su estimación de los conquistadores letrados a un veinte por ciento.

³César Alonso de las Heras y Juan Manuel Marcos, *Curso de literaturas hispánicas*, Asunción, FVD Colegio San José, 1981-82, tomo I, p. 146.

⁴Luis de Miranda de Villafañá (1500?-1575?), al que Josefina Pla cita como “Villafañé”, llegó al Río de la Plata en 1536. Se instaló en Asunción, y tomó partido por el adelantado Alvar Núñez, rival del gobernador Martínez de Irala. A este autor se atribuye también la pieza de teatro religioso *La comedia pródiga*, publicada en Valladolid en 1544.

⁵De las Heras y Marcos (*Curso* I 146) señalan que el poema se divide en diecisiete octavas reales. Esta estructura es calificada de “mezcla, no demasiado afortunada, de las octavillas de Santillana y las sextinas de Manrique”. Si no indicamos lo contrario, los textos siguientes los tomamos de esta obra, pp. 148-154.

Salazar por cuya mano
tanto mal nos sucedió;
Dios haya quien lo mandó
tan sin tiento,
tan sin ley y fundamento,
con tan sobrado temor,
con tanta envidia y rencor
y cobardía.

En punto, desde aquel día,
todo fue de mal en mal,
la gente y el general
y capitanes.
Trabajo, hambres y afanes
nunca nos faltó en la tierra
y así nos hizo la guerra.

También en el siglo XVI, se escribió un romancillo anónimo que, como puede observarse, narra la muerte de Ñuflo de Chaves (el lugarteniente de Martínez de Irala):

El conde don Nuño
madrugando está
porque a su casita
ya quiere llegar.
Al Perú se fue
dos años hará.
Del Perú ya es vuelto
aquí al Paraguay.

Plata y oro trae
y perlas del mar
diez pares de ovejas,
de cabros un par. [...]
Don Nuño y los suyos
acuden allá.
Los indios los matan,
murió el capitán.

El resumen de Jean Andreu sobre los inicios de la literatura paraguaya y su vinculación con la historia es muy significativo:

1544. En Nuestra Señora de la Asunción, fundada desde hace apenas siete años, estalla la primera revolución paraguaya: Alvar Núñez Cabeza de Vaca, gobernador designado por la corona española y apoyado por el bando de los “leales” es reemplazado por Domingo Martínez de Irala que encabeza el bando de los “comuneros”. Ese mismo año, el poeta Luis Miranda es condenado a ocho meses de prisión por haber manifestado públicamente sus opiniones “lealistas”. Un año después, el poeta Gregorio de Acosta, partidario de gobernador depuesto, hace representar una farsa donde deja malparado al nuevo gobernador: es castigado con una paliza que le proporcionan los “iralistas”. Como se ve, la todavía balbuceante literatura paraguaya está implicada desde sus comienzos en la historia del país y tiene que vérselas con el gobierno de turno. (“Ojo” 97).

Aunque se ha perdido el texto, se sabe que, el día de Corpus Christi de 1544, se estrenó una farsa de Juan Gabriel de Lezcano, que satirizaba la figura de Alvar Núñez (depuesto dos meses antes). Debió de ser una de las primeras escritas en Paraguay, junto con la citada pieza atribuida a Miranda. También se tiene noticia de una obra teatral escrita por Gregorio de Acosta. Y Josefina Pla (*Cultura* 15) cita unos “libros de romance y de mano lectural”, que el capitán Salazar y Espinoza (1508-1560) manifestaba en su testamento tener escritos. Como sostiene la misma autora, y en contra del apodo de “el capitán poeta” que recibió Salazar, los “libros en romance” debían de ser libros inéditos en castellano que, seguramente, darían cuenta de los hechos de la conquista. Puesto que tales obras desaparecieron, se considera *Viaje al Río de la Plata y Paraguay*¹ (1567), del bávaro Ulrich Schmidl, como la primera crónica sobre la conquista de la zona. Es, además, la primera obra

¹Hay una edición de 1986, al cuidado de Klaus Wagner, publicada por Alianza, con el título de *Relatos de la conquista del Río de la Plata y Paraguay 1534-1554*. Además, la obra puede encontrarse en <http://cervantesvirtual.com/servlet/sirvelbras/15086075115449379566014>

que contiene elementos propios de la narrativa de ficción.

El más importante de los exponentes de esta “prehistoria” literaria es la obra de Martín Barco de Centenera¹ conocida como *La Argentina* (Lisboa, 1602), y cuyo título completo es *Anales del descubrimiento, población y conquista de las provincias del Río de la Plata. Argentina*. Domínguez (*Alma* 214) la define como “poema por el verso, prosa por la desnudez del estilo y el desaliño de la locución, e historia por la materia”. Aunque la calidad literaria de sus veintiocho cantos en octavas reales es escasa, destaca por su valor “historiográfico”, por su condición de poema épico novelable que (en el aspecto del contenido) lo acerca a *La Araucana*: parece que el autor ha conseguido seguir la historia, desviándose de ella sólo en los detalles.

El primer canto trata del origen de los guaraníes, y de las principales expediciones por el Río de la Plata; el segundo y el tercero describen la zona desde el punto de vista geográfico; los cantos del cuarto al decimoquinto relatan la conquista y colonización del Río de la Plata; y el decimoctavo y decimonoveno hablan de los gobernantes paraguayos (el resto del poema se centra en hechos que no atañen a Paraguay).

Además, *La Argentina* testimonia la existencia de teatro colonial, ya que incluye una farsa política; y recoge una canción guaraní (“*Obera, obera, obera, paytupa, yandebe, hiye, hiye, hiye*”; “Resplandor, resplandor del padre, también Dios a nosotros, holguémonos, holguémonos, holguémonos”). Para observar el tono de esta obra, ofrecemos el siguiente fragmento:

Cualquiera en la Asunción está gozoso
con sólo su comer vive contento;
no anda por la plata codicioso
metido en su morada y aposento [...].
Sobre el cuarenta el quinto año corría,
cuando el buen Alvar Núñez ha llegado,
y no el cuarenta y siete se cumplía,
cuando se ve de grillos rodeado.
La causa de este mal y tiranía
y el de caer en su pobre estado,
envidia fue, que suele, do se ofrece,
aquello combatir que más florece [...].
Agora que lo estoy aquí escribiendo
me admiro como nunca castigado
aquesto fue, atroz y horrendo,
y el gran levantamiento confirmado.

Otro texto en prosa es también conocido con el título de *La Argentina* (1612). Se trata de *Anales del descubrimiento, población y conquista de las provincias del Río de la*

¹Martín Barco de Centenera (Gressa, España, 1535 - Lisboa, Portugal, 1605) estudió en Salamanca, y llegó al Río de la Plata con la armada de Zárate (1573). Intervino activamente en la vida política y religiosa paraguaya. Permaneció en Paraguay hasta 1581, momento en el que se trasladó al Alto Perú para ocupar diversos puestos eclesiásticos. Tras ser separado del cargo de Comisario del Santo Oficio en Cochabamba (1590), regresó a Asunción como gobernador del Obispado, desde donde fue trasladado a Buenos Aires. Volvió a España en 1594. Según Manuel Domínguez (*Alma* 214) “se le atribuye, acaso sin fundamento, una novela, *Desengaños del alma*”.

Plata, escrito por el primer autor en prosa paraguayo de nacimiento: Ruy Díaz de Guzmán¹. Varios críticos (entre ellos, Raúl Amaral) han señalado que la obra, que narra la conquista y colonización del Río de la Plata, incluye tres leyendas (“La Maldonada”, “Las Amazonas” y “Lucía Miranda”), y mezcla hechos maravillosos e históricos:

En este tiempo padecían en Buenos Aires la más cruel hambre que jamás se ha visto [...] comían sapos, culebras y cueros cocidos [...] los vivos se alimentaban de los que morían de hambre [...]. En este tiempo sucedió que una mujer española desesperada de la necesidad que la constreñía salió del real para irse con los indios [...] y tomando la costa arriba llegó cerca de la Punta Gorda a la cercanía del Monte Grande y [...] topando con una cueva [...] topó dentro con una fiera leona, que estaba en conflicto de su parto [...] ella tomando más aliento y ánimo la cuidó en el parto [...] y de que dio a luz dos leonillos en cuya compañía estaba algunos días sustentada de la leona con la carne de los animales que mataba [...]. Hasta que corriendo los indios [...] toparon con ella y la recogieron.

La llegada de los jesuitas a Paraguay, con su peculiar proyecto evangelizador, obliga a considerar un doble mundo social y cultural: el de la colonia y el de las misiones. A caballo entre los dos, por haber ejercido de rector del colegio de Asunción y de superior en las reducciones, se halla Diego de Boroa (1585-1658), autor de algunas crónicas provinciales, y de un soneto elegiaco de rasgos renacentistas, dedicado a la muerte de la religiosa Francisca Jesusa Pérez Bocanegra:

Cóncava Cava, ¿qué es de Nuestra Madre?
Querida Madre, dinos ¿dónde habitas? [...]
Ya no tenemos perro que nos ladre.
Lúgubre Parca, Muerte furibunda,
¿por qué nos has quitado nuestra luna
y se la has dado a la noche negra?
¿Dónde hallaremos, Muerte, otra segunda?
Más triste y corta fue nuestra fortuna,
pues que perdimos a nuestra Bocanegra.

Dos obras de otro misionero jesuita, Antonio Ruiz de Montoya, aparecieron en Madrid, en 1639: *La conquista espiritual en las provincias del Paraguay* (traducida al guaraní en 1733) y *Tesoro de la lengua guaraní*. Esta última recoge frases y dichos de los guaraníes; y supone el primer intento de construir un diccionario de la lengua indígena. Aunque hubo un acercamiento anterior a la gramática guaraní (hacia 1629, el padre Alonso de Aragona, inició su catecismo con una “breve introducción para aprender la lengua guaraní”), Montoya fue el primero que señala diferencias dialectales. Además de un estudio lingüístico, la obra constituye un tratado de etnografía. *La conquista* relata la historia de los guaraníes entre 1612 y 1638 (fundación de los pueblos jesuitas, y permiso del rey para que los guaraníes se pudieran defender con armas de fuego de los ataques de los *bandeirantes*), inscribiéndose así

en la doble tradición de la narrativa documental de las cruzadas [...] y de la novela de caballerías. Se narran las andanzas [...] del primer grupo de jesuitas en territorio guaraní. Los sucesos se encuentran insertados en un discurso cosmológico que divide todos los territorios, todos los

¹El mestizo Díaz de Guzmán (Asunción, 1554-1629), nieto de Irala, fue militar, y participó en la fundación de Villarrica. Existe una edición de su obra, de 1980, publicada por Ediciones Comunerros de Asunción.

personajes, todas las actitudes en dos campos: lo que es de Dios y lo que es del Demonio [...]. En las plazas, las iglesias y las alcobas de los pueblos misioneros, en los campos de batalla, se produce, escenificada con una pirotécnica brillante, una larga serie de sucesos sobrenaturales. Apenas muerto, un padre jesuita se aparece a un amigo (cap. 14); otro muerto regresa a tierra para llevarse a un moribundo (18); un personaje, moribundo e inmovilizado en su lecho, se transporta a una iglesia (ibid), un indio muerto resucita para contar las maravillas de la celestial ciudad de Dios (17) [...] el corazón de un misionero martirizado por los infieles echa a hablar (58) como habían hablado, pero inspirados por el Demonio, los huesos de los magos [...] las noches se llenan de almas en pena, silenciosas o ululantes [...] el relato dramático del jesuita resulta como un guión de un apocalipsis que se repite más de una vez en la historia paraguaya [...]. Por la magia de su palabra, el yo narrador crea un mundo especial en el que coexisten lo “natural” y lo “sobrenatural”. (Lienhard, “Montoya” 55-58).

Los diversos problemas del siglo XVIII dificultaron todavía más la precaria situación de la literatura paraguaya. Parece que el tema de la muerte de Antequera¹ fue el que generó más poemas populares. Al mismo Antequera se le atribuye un soneto conceptista, que habría escrito en la cárcel de Lima (1731). Si el dato llega a verificarse, sería el único soneto conocido escrito por un autor paraguayo en ese siglo:

El tiempo está vengado, oh suerte mía.
 El tiempo, que en el tiempo no he mirado:
 que me vine en un tiempo en tal estado,
 que al tiempo en ningún tiempo le temía.
 Bien me castiga el tiempo la porfía
 de haberme con el tiempo descuidado,
 que el tiempo tan sin tiempo me ha dejado,
 que ya no espero tiempo de alegría.
 Mas, pues del tiempo quise confiarme,
 teniendo el tiempo tantos movimientos,
 de mí, que no del tiempo, es bien quejarme.
 Pasaron tiempos, horas y momentos
 en que el tiempo pude aprovecharme
 para excusar con el tiempo mis tormentos.

Destaca, además, la labor del jesuita Pedro Lozano (1698-1752), que fue nombrado historiador de la provincia, está considerado el principal historiador jesuítico, y escribió obras como *Descripción chorographica del terreno, ríos, árboles, animales de las dilatadísimas provincias del Gran Chaco* (1733), *Historia de la Compañía de Jesús en la provincia del Paraguay* (1754-55), *Historia de la conquista del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán* (1773), e *Historia de las revoluciones del Paraguay* (inédito hasta 1905). Además, se imprimieron en las reducciones dos obras en guaraní del indígena Nicolás Yapuguay (*La explicación de el catechismo en lengua guaraní*, 1724; y *Sermones y exemplos en lengua guaraní*, 1727). Y, aunque el teatro no tuvo el impulso que se le dio en Brasil, se sabe que en las reducciones jesuíticas paraguayas se representaron espectáculos de música y danza: “tras cada danza suelen salir varios indios a representar algún entremés” (Francisco Xarque,

¹José de Antequera y Castro (1690-1731) lideró la Revolución de los Comuneros de Paraguay, durante los casi veinte años de lucha. Se lo considera uno de los Padres de la Patria. En la batalla de Tebicuary (1724), venció al ejército del gobernador de Buenos Aires. Murió ajusticiado en Lima. El fracaso de la revolución comunera llevó a la muerte (en combate o por la represión posterior) a buena parte de la clase culta paraguaya.

Insignes misioneros, 1687; citado por Heras, *Curso*). Sin embargo, del teatro de la época sólo se conserva el *Drama de Adán*, recogido por Manuel Gondra. Según Meliá, en la obra, “Dios habla en latín con los ángeles, el Ángel con el hombre en castellano, Adán y Eva entre sí en guaraní”¹.

Ya en el siglo XIX, es importante la obra científica de Félix de Azara², *Geografía física y esotérica del Paraguay* (1809). Y, a caballo entre el siglo XIX y el XX, Natalicio González (*López* 122) destaca la figura de un paraguayo que pasó casi toda su vida fuera del país: Pedro Vicente Cañete, bisnieto de Rui Díaz de Guzmán. Cañete estudió en la Universidad de San Felipe de Santiago (Chile), y llegó a ser fiscal de la Audiencia de Chacras. Además de su historia de Potosí (perdida), escribió una monografía sobre el patronazgo (1789), un folleto sobre la Real Hacienda (1800), *Fundación de Buenos Aires* (1802), *Intendencia de Potosí* (1802), *Legitimidad de Regencia Española* (1810) y *La confesión y la traición* (1812).

Las obras hasta ahora citadas son casi las únicas conocidas del Paraguay colonial, pero bien podría suceder que existieran textos sin descubrir, ya que el país careció de imprenta civil hasta treinta y cuatro años después de la Independencia, y la primera imprenta de carácter general del área fue la de Córdoba (Argentina), inaugurada en 1780. Por ello, el repaso de su literatura colonial es un rastreo de obras aisladas, publicadas en Buenos Aires, en Madrid, o en las imprentas jesuíticas (que funcionaron desde 1700 hasta el momento de la expulsión, en 1767).

Por otra parte, la escasez de producción resulta lógica si se tiene en cuenta el analfabetismo de los indígenas, el nivel cultural de los conquistadores, la escasez de hábito lector, y las dificultades de formación de un grupo de intelectuales capaces de generar un corpus literario. Josefina Pla (*Cultura* 19) ha estudiado los libros que fueron llegando desde la metrópoli: “sabemos que al embarcarse Don Pedro de Mendoza se traía las obras de Erasmo, Petrarca y Virgilio”, pero él no llegó a Asunción. El testamento del fundador de la ciudad, Juan de Salazar y Espinoza, da cuenta de ocho volúmenes: siete religiosos y uno de aritmética. Las sucesivas armadas del siglo XVI llevaron consigo obras de historia, derecho, medicina, religión... y casi ninguna que pueda considerarse literaria (excepto “un pequeño libro de Guzmán” mencionado en un testamento de principios del siglo XVII). Con la fundación de Buenos Aires y el asentamiento de los jesuitas, el panorama empezó a cambiar, pero las circunstancias políticas no posibilitaron que esos cambios fructificasen: Paraguay, que careció de Universidad hasta 1889, se enfrentó a un progresivo aislamiento que dificultó la formación de una clase culta. Además, la pequeña elite cultural quedó destruida al fracasar la Revolución de los Comuneros que, como se recordará, movilizó a la aristocracia asunceña contraria a la ocupación jesuítica de las mejores tierras para el cultivo del mate, y fue sofocada por Zabala en 1735. Según Josefina Pla (*Obra* 27), entre 1775 y 1811, se produjo un cierto despertar cultural.

Así, aunque la etapa colonial concluyó sin haber generado un corpus literario, el

¹Bartolomeu Meliá, *La lengua guaraní del Paraguay*, Madrid, Maphre, 1992, p. 131.

²Félix de Azara (1742-1821) permaneció en América entre 1781 y 1801. Sus obras, además de recoger abundante información sobre flora y fauna, son muy importantes para comprender las culturas indígenas. Sin embargo, no dudó en hacer afirmaciones tan poco científicas como ésta: “la unidad de lenguaje entre los guaraníes indica aún que estos salvajes han tenido el mismo maestro de lenguaje que enseñó a los perros a ladrar del mismo modo en todos los países” (*Viajes por la América Meridional* 248).

comienzo de la independencia se presentó más alentador. Además, la esperanza de formación de una clase culta, imprescindible para la existencia de la literatura, pareció consolidarse con los proyectos de la Junta Superior Gobernativa, que no sólo se propuso distribuir a los padres de familia “ejemplares de la *Educación* de Locke y del *Emilio* de Rousseau”, sino que dispuso lo necesario para la compra de una biblioteca y una imprenta¹. Esos proyectos se vieron pronto truncados por las primeras dictaduras.

Recordemos que José Gaspar Rodríguez de Francia (1814-1840) anuló la influencia de la oligarquía hispana llevándola al destierro o al silencio; impidió la llegada de cualquier libro que no fuera destinado a su biblioteca personal²; y cerró el único centro de enseñanza superior existente. Es lo que Josefina Pla (*Obra* 27) ha denominado la “decapitación de la élite cultural masculina: 1811-1840”. Como hemos señalado en una nota anterior, Mariano Antonio de Molas, encarcelado por el dictador, escribió en prisión *Descripción de la Antigua Provincia del Paraguay*, obra que Natalicio González (*López* 123) califica como la más importante de su tiempo.

La relativa mejora de las circunstancias durante la dictadura de Carlos Antonio López (1842-1862) no tuvo tiempo de consolidarse. Como apunta Josefina Pla (*Obra* 27), el “despertar cultural”, que se produjo entre 1840 y 1865, fue seguido de otra “decapitación de la élite cultural masculina: 1865-1870”. Habría que señalar, además, que se trató de un despertar muy tímido: López controló férreamente las publicaciones, y de su etapa sólo se pueden destacar tres obras: los *Mensajes* del propio dictador, publicados de modo póstumo; *El Paraguay, lo que fue, lo que es y lo que será*, de Juan Andrés Gelly; y la novela (perdida) *Prima noche de un padre de familia* (1858) del deán Eugenio Bogado, editada para su distribución gratuita en las escuelas. El mandato de su hijo (1862-1870) estuvo marcado por la guerra contra la Triple Alianza, que impidió desarrollar sus conocimientos a los intelectuales formados en Europa.

De todos modos, conviene que revisemos la literatura del Romanticismo antes de hablar de los escritores extranjeros que, llegados al país a principios del siglo XX, sirvieron de acicate para el nacimiento de la prosa paraguaya de ficción. Como movimiento literario, el romanticismo se desarrolló en el Río de la Plata a partir de las “Palabras simbólicas” de Esteban Echeverría (1837). En Paraguay, Raúl Amaral³ ha dividido su difusión en tres fases. La etapa precursora (1840-1860) estaría representada por autores que eran estudiantes de la Academia Literaria (creada en 1842) y de la Escuela Normal (1855). Estos autores publicaban sus escritos en *Semanario* (1852-1868), dirigido por Ildefonso Bermejo desde 1853. Los escritores del romanticismo pleno (1860-1870) colaboraban en *La Aurora* (1860-1861), y eran alumnos del Aula de Filosofía, y becados que conocieron en sus viajes las obras de los románticos europeos. El posromanticismo (1870-1910) es la época en la que este movimiento se va mezclando con otras tendencias, como el modernismo.

Según Carilla (*Romanticismo*), la etapa de desarrollo del Romanticismo en Hispanoamérica (1816-1840) tuvo sólo dos representantes en Paraguay: el dictador Gaspar

¹Los documentos se hallan en la Casa de la Independencia de Asunción.

²El propio dictador hizo un catálogo de su biblioteca, que Benigno Riquelme García descubrió en el Archivo Nacional de Paraguay. En el mismo lugar, se halla otra lista de libros elaborada por su fiel de fechos, Policarpo Patiño. Las diferencias entre ambos catálogos, según Josefina Pla (*Cultura* 115), no llegan al cinco por ciento.

³Raúl Amaral, *El romanticismo paraguayo 1860-1910*, Asunción, Alcándara, 1985.

Rodríguez de Francia y Juan Andrés Gelly (1792-1856). Éste último, durante su exilio en Argentina, participó en la elaboración del dictamen poético de Montevideo (1841). Sin embargo, conviene recordar que ninguno de los dos se dedicó a la literatura, y que los gustos de Gelly se acercaban más al neoclasicismo que al romanticismo.

La publicación fundamental para el nacimiento del romanticismo paraguayo fue la revista *La Aurora*¹, que, según Pérez-Maricevich, editó las primeras manifestaciones de la narrativa nacional². En ella, colaboró Marcelina Almeida (posiblemente uruguaya), autora de una novela (perdida) editada en forma de libro: *Por una fortuna una cruz*.

La periodización del romanticismo elaborada por Amaral nos es útil para comprender que este movimiento se desarrolló plenamente en Paraguay durante la Guerra de la Triple Alianza (1864-1870). Por eso, y por la asociación popular de López con el *karaí*, el conflicto fue interpretado por los paraguayos como una guerra romántica liderada por un hombre carismático. Además, entre los máximos representantes de la primera etapa del romanticismo paraguayo está el propio Francisco Solano López³, que participó en los periódicos de guerra. En la nota a los jefes aliados (24 de diciembre de 1868), López escribió sobre la contienda: “mi patria [...] me impuso este deber y yo me glorifico de cumplirlo hasta la última extremidad, que, en lo demás, legando a la historia mis hechos, sólo a Dios debo dar cuenta”. Esta frase, a la que Hugo Rodríguez Alcalá atribuye “un no deliberado ritmo de versos de bronce”⁴, nos muestra la motivación del mariscal, su altanería... y la realidad paraguaya durante años: los “hechos” que López legó a la Historia, glorificados por sus compatriotas, pasaron a la “historia” del país, y se fueron transformando hasta convertirse en heroicos. Este proceso comenzó, gracias a la prensa, durante la guerra.

Los periódicos creados en los países combatientes publicaban todo tipo de escritos que trataban de enfervorizar a la población. Según Seiferheld, “el lenguaje del *Centinela* y de *Cabichuí* era usualmente despectivo cuando hacía alusión al enemigo”: usaba “términos

¹Existe un índice de la revista, elaborado por Francisco Pérez-Maricevich (*La Aurora. Contenido y significado* Asunción, Cuadernos Republicanos, 1975). Además, sobre el contenido de esta publicación, se puede consultar el artículo de José Vicente Peiró, “La revista *La Aurora*: primera manifestación del Romanticismo en el Paraguay”, (*Noticias: Suplemento Especial de Cultura*, 1998: 9, 16, 23 y 30 de agosto, y 6 de septiembre), donde el autor argumenta que la influencia de Larra en Paraguay se dio de un modo indirecto: a través de los artículos de Ildefonso Bermejo, que aparecían en la sección “El pobrecito censor” de esta revista.

²Francisco Pérez-Maricevich, “La narrativa paraguaya: algunas coordenadas”, *Suplemento Cultural de La Nación*, nº 7, 10 de septiembre de 1995, p. 1. El concepto de narración de este autor no es equivalente al de “cuento”, ya que en él incluye cuadros de costumbres de Bermejo y un relato de Natalicio Talavera. José Vicente Peiró (“*La Aurora*”) añade la traducción de cuentos franceses, y la aparición del relato de D. L. T. “Dos horas en compañía de un loco”. Aunque Peiró reconoce no haber averiguado quién se esconde tras esas siglas, señala que la utilización de términos como “hacienda o cortijo” hace pensar en una autoría española, posiblemente el propio Bermejo.

³Parece que el propio Francisco Solano López escribió poesía. Jacinto Vicencio, en su libro *La tiranía de Francisco Solano López*, recoge poemas atribuidos al mariscal por algunos de los que sobrevivieron a la guerra. Concepción Leyes de Chaves transcribe dos de ellos en su novela histórica *Madame Lynch y Solano López* (89-90 y 327). Reproducimos las dos primeras estrofas del dedicado a Pancha Garmendia, y un fragmento de “La flor de la canela”:

- “Tú eres de mi amor asiento / bella gloria, dulce encanto / a quien mi amoroso llanto / rendidamente presento. / Tan solamente intento / que si ser tuyo consigo / que si aquí esta gloria recibo, / seré dichoso por cierto”.

- “No te envidio, joven rubia, / la belleza de tus pies, / ni la gracia cuando ríes / de tus labios de coral. / Porque dicen, Dios mío, / ¡cuánto quiero a mi canela! / Es la flor de la canela / esa morena con sal / no tu cuello de alabastro / ni el marfil de tu seno, / no el oro puro ni el lirio / de tu rostro angelical”.

⁴Hugo Rodríguez Alcalá, *Historia de la literatura paraguaya*, Asunción, Colegio San José, 1970.

como ‘macacos’, ‘negros’, ‘rabilargos’ [...] el vocabulario aliado no le iba a la zaga: los paraguayos seguían siendo ‘salvajes’ y ‘necesitados de civilización’¹. Y parecido era el contenido de los grabados: en 1869, una ilustración del brasileño Angelo Agostini (reproducida en *Mais!* el 9 de noviembre de 1997) presentaba a López como un nuevo Nerón sobre una montaña de huesos; *Cabichuí*, por su parte, hacía aparecer al almirante Tamandaré, al Emperador Pedro II y al general Polidoro como tres monos². Por tanto, como señala Murillo, “o inimigo, dos dois lados, deixou de ser gente: era monstro o animal”³. Pero, mientras en los países aliados parte de la prensa se opuso a la guerra⁴, en Paraguay, todos los periódicos eran oficiales y, como señala Thompson (*Guerra*), “los artículos destinados a publicarse en el *Semanario* eran antes leídos por López y una vez aprobados se espedían [sic] a Asunción por telégrafo”. Así, toda la información sobre la guerra tenía similares características: “insulsos y fastidiosos artículos que casi no contenían otra cosa que alabanzas a su persona [López], advirtiéndole que no se publicaba una línea sin la previa censura de él. ¡Pobres redactores!. Sólo eran de nombre...” (Centurión, *Memorias* I 298). Para comprender estas afirmaciones, vale la pena que nos detengamos en un ejemplo del periódico quincenal *Cabichuí*. El 24 de junio de 1868, entre textos conmemorativos del cumpleaños del Mariscal (en los que se llegaba a afirmar que López era “el más grande y portentoso destello de la Divinidad representada en el hombre”), se publicó el anónimo “Canto al glorioso natalicio de S. E. el Señor-Mariscal DON FRANCISCO SOLANO LÓPEZ”:

¡El veinticuatro de Julio!	Las armas del enemigo
¡Día célebre é inmortal!	Sus legiones y banderas
¡Que al mundo por Dios fué dado!	Están clavadas de suelo
¡Un héroe sin igual! [...]	Deshechas y prisioneras [...]
Es el día que la Patria	Nuestro honor y nuestras glorias,
¡Recibió á su Salvador! [...]	Nuestra vida y dignidad,
¡Don Francisco Solano López!	La fama de nuestra Patria,
¡Nuestro Invicto Mariscal!	Su grandeza y libertad:
Los bárbaros enemigos	Todo, todo lo debemos
De nuestra dichosa paz	¡A ese Genio tutelar!
Pactaron en feroz guerra	¡A ese brazo de Dios vivo
La muerte del Paraguay [...]	Nuestro Invicto Mariscal! [...].

Entre los nombres de los cronistas de guerra, las historias de la literatura paraguaya

¹Alfredo M. Seiferheld, “El *Cabichuí* en el contexto histórico de la guerra grande”, en Ticio Escobar y Osvaldo Salerno (compiladores), *Cabichuí, periódico de la guerra de la Triple Alianza*, Asunción, Museo del Barro, 1984.

²La reproducción se recoge en el mismo lugar que la anterior. Puede también verse en la edición facsímil de *Cabichuí, periódico de la guerra de la Triple Alianza*, a cargo de Ticio Escobar y Osvaldo Salerno.

³José Murillo de Carvalho y Pedro Paulo Soares, “Brasileiros, uni-vos!”, *Folha do Sao Paulo*, 9 de noviembre de 1997, Suplemento *Mais!*, p. 5.

⁴André Amaral de Toral, “Imagens em desordem”, *Folha do Sao Paulo*, 9 de noviembre de 1997, Suplemento *Mais!*, p. 5. Este autor ha dedicado su tesis doctoral a la iconografía de la guerra, y afirma que, desde finales de 1865, la prensa aliada ya criticaba el conflicto.

suelen destacar a Natalicio Talavera¹ y al padre Maíz². Desde el campo de batalla, el primero envió crónicas y poemas patrióticos a *El Semanario* y a *Cabichui*. El tono de sus escritos puede verse a través de unos versos de su *Himno Patrio*, de tintes románticos³:

¡Paraguayos!, ¡corred a la gloria!
y colmad vuestra patria de honor
inscribiendo, al luchar, en la historia
nuevos tintes de noble valor.

El feroz y cobarde enemigo
que cien veces tembló a nuestra vista
viene audaz a buscar la conquista
de la tierra que el cielo nos dio [...].

Otros cronistas, como Andrés Maciel, Gaspar López, Carlos Riveros, Julián Aquino, Manuel Trifón Rojas y Tristán Roca no suelen ser tan recordados. Quizá este “olvido” tenga relación con el hecho de que, como señala Claude Castro (*Historia* 26), todos ellos fueron “víctimas de la ‘justicia’ de López”. Tristán Roca (Santa Cruz de la Sierra, Bolivia, 1826 - San Fernando, 1868), por ejemplo, obtuvo asilo político en Paraguay en 1866, pero dos años más tarde fue ajusticiado en San Fernando. Durante su permanencia en Paraguay, colaboró en *El Semanario*, dirigió *El Centinela*, y fue autor de poemas patrióticos como “Canción de las areguanas”, “Canto de las mujeres de la capital y Areguá”, e “Himno al Ser Supremo”. Además, en 1867, publicó los ensayos *Literatura guaraní* y *Literatura nacional*.

Al finalizar la guerra, la temática histórica adquirió un puesto importante en las letras paraguayas, y la figura de López llegó incluso a ser ensalzada en la lírica de otros países⁴. Victoriano Abente (Mugía, España, 1846 - Asunción, 1935) se trasladó a Paraguay en 1869. Influidor por los post-románticos españoles, se lo considera el fundador de un tipo de literatura que se ha dado en llamar “de la consolación”, cuya explicación nos ofrece Hugo Rodríguez Alcalá:

¿Por qué la historia devoraba la literatura según frase feliz bien conocida? [...]. ¿Por qué se vivía absorto en el pasado y de espaldas al futuro? [...]. Para el Paraguay sólo existía el pasado [...] necesitaba ante todo consuelo y no podía aún aceptar crítica [...] la idealización en literatura era una

¹Natalicio Talavera (Villarrica, 1839 - Campamento de Paso Pucú, 1867) tradujo *Graziella*, de Lamartine, en 1860. Además, publicó en *La Aurora* sus primeros artículos, en los que reclamaba la defensa de la civilización, y la necesidad de la educación femenina. Murió en la contienda.

²Carlos Antonio López instituyó los primeros obispados paraguayos, y nombró obispos a su hermano mayor (Basilio Antonio López) y a su tío (Marcos Antonio Maíz). Éste último consiguió de Carlos Antonio López el nombramiento de Notario Eclesiástico para su sobrino Fidel Maíz, aunque era menor de edad. En 1862, Fidel Maíz fue encarcelado por dudar de la capacidad de López para dirigir el país; liberado al retractarse en 1867, publicó en *El Semanario*, y defendió a López hasta su muerte.

³Lo tomamos de Siforiano Buzó, *Índice de la poesía paraguaya*, Asunción, Nizza, 1959, p. 34.

⁴Ejemplo de ello es el poema “Al Paraguay” de Manuel del Castillo: “Era López tu espléndido caudillo / raudor planeta, corazón de acero / cuyo potente brillo / pudiera iluminar el orbe entero, / cuya fulminea espada / en el templo inmortal está colgada. / ¡Salud mil veces, capitán famoso! / No me es dado loarte en mis cantares, / porque pálidos son, y tú, coloso / exánime y caído, / a quien no puede contener los mares / ni límites poner, nunca, el olvido” (tomado de Natalicio González, “López” 13).

manera ilusoria de restañar una profunda herida¹.

El propósito de la literatura de la consolación (también llamada “de la resurrección nacional”) era devolver al país la confianza y el orgullo perdidos en la contienda, como puede verse en la siguiente poesía de Natalicio Talavera, que tomamos de Hugo Rodríguez Alcalá, *Historia* 35:

No llores más, Patria mía,
levanta la noble frente
y mira al sol refulgente
de un nuevo y hermoso día.

Caracterizada más por sus objetivos que por su estilo, la “literatura de la consolación” tuvo seguidores como Enrique D. Parodi (Asunción, 1857 - Buenos Aires, 1917). Emigrado a Argentina al finalizar la guerra, Parodi escribió relatos costumbristas que aparecieron en *Revista Paraguaya*, la publicación que él fundó y dirigió en Buenos Aires. Entre sus poemas, destaca *Patria*, algunos de cuyos versos tomamos de Buzó (*Índice* 40-43):

[...] ¡Patria, diosa querida de mi culto,
compendio de mi amor y mi esperanza;
cuna del patriotismo y la hidalguía,
Polonia de la tierra americana! [...]

Y allí, en la soledad de la hecatombe
los brazos sobre el pecho, abandonada,
esperas como Lázaro el mensaje,
la voz potente que te diga: ¡marcha!

Por su parte, el poeta y narrador Adriano Mateu Aguiar (Asunción, 1859 - Montevideo, 1913), que emigró a Uruguay siendo un niño, incluyó crónicas noveladas en la serie *Episodios militares de la guerra contra la Triple Alianza* (1898), donde personajes ficticios relatan algunos de los hechos bélicos. En 1910 (con versión definitiva de 1983), fue editado su volumen *Yatebó y otros relatos*. Aguiar siguió usando el tema de la guerra en los cuentos que aparecieron en la revista de Montevideo *Vida Moderna*. Además, fue autor del volumen de relatos *Varia; cuentos, tradiciones, leyendas* (1903). Su prosa se ha considerado una continuación de la de Goycoechea Menéndez, de quien trataremos al hablar de la narrativa histórica. En su poema “Recuerdo de Patria”, que tomamos de Buzó (*Índice* 46-48), Aguiar dice:

Soy trovador errante que en tierra extraña canto [...].
Soy hijo de ese pueblo que en la lucha no se abate
y muere en el combate sin exhalar un ¡ay!. [...]
Un pueblo que creyeron ilota, afeminado,
ante el peligro, osado, vil, se puso en pie. [...]
¡Cinco años de exterminio! Por fin la hueste fiera
luchó por vez postrera allá, en Cerro Corá,
y López, su caudillo, envuelto en la matanza
al bote de una lanza rodó al Aquidabán.

Para terminar con este somero repaso a la literatura de consolación, transcribimos parte del poema “Al Paraguay”, de Venancio V. López (Asunción 1862 - Buenos Aires

¹Hugo Rodríguez Alcalá, “Luis Alberto Sánchez y el Paraguay. Historia de una incógnita”, en *La incógnita del Paraguay y otros ensayos*, Asunción, Arte Nuevo, 1987, pp. 21-22.

1926):

Levanta, patria mía, tu lívida cabeza
y mira los escombros de tu poder de ayer;
levántate y contempla la huella de grandeza
que sublimes héroes dejaron caer.

Sin embargo, no todos los autores vieron la contienda como un momento histórico en el que se pusieron de manifiesto el valor paraguayo y la arrogancia del mariscal. Ya sabemos que, en agosto de 1869, el gobierno provisional declaró a López “traidor a la patria”. Muchos de los integrantes del romanticismo pleno fueron exiliados que volvieron a Paraguay al finalizar la guerra. Por ejemplo, la familia Decoud emigró a Argentina en 1860, cuando Carlos Antonio López fusiló a Teodoro y Gregorio Decoud, acusándolos de conspiradores. Diógenes Decoud (Asunción, 1857 - Buenos Aires, 1920) publicó *Leyenda americana*, *Gloria del mar* y el libro de historia americana *La Atlántida*, del que Natalicio González (López 125) opina: “es un buen libro. El lírico estilo de su autor, siempre resonante y armonioso, se eleva a ratos a gran altura. Usa y abusa de la terminología científica [...] pero ello no oscurece el brillo de sus páginas”. Según Francisco Pérez-Maricevich (“Narrativa” 1), el número 289 de *La Reforma*, recogió su relato *El indio errante*, el primer cuento paraguayo tras la guerra de la Triple Alianza. El hermano de Diógenes, José Segundo Decoud (Asunción, 1848-1909), que formó parte de las tropas aliadas, volvió a Asunción en 1869, donde años más tarde dirigió el Colegio Nacional, y participó en la creación de la Universidad Nacional y del Ateneo Paraguayo. Juan José Decoud (Asunción, 1847-1871) y Héctor Francisco Decoud (1855-1930) usaron el tema de la guerra, en verso y prosa respectivamente, para mostrar la tragedia a la que Paraguay fue empujado por López. Hoy, resulta más difícil encontrar las obras de estos autores opuestos al autoritarismo que las de los poetas de la consolación. Es la consecuencia lógica del influjo del revisionismo: durante años, no ha sido la calidad, sino el contenido ideológico, el criterio para enjuiciar la literatura en Paraguay. Sinforiano Buzó, que no juzgó los versos que antes hemos reproducido, cuando recoge uno de los poemas de Juan José Decoud, no se priva de decir:

No pasa de ser un mediocre versista. Sus versos aquí reproducidos, los mejores de su cosecha, tienen el mérito de reflejar el estado de postración y de dolor en que quedó la patria a raíz de la Guerra de la Triple Alianza y son, tal vez, el tardío arrepentimiento que sintió ante las ruinas humeantes de la República quien, sumado a otros paraguayos ofuscados por su odio a López, se enroló en los ejércitos extranjeros. (*Índice* 35).

Más ecuánime, a pesar de su dureza, parece el juicio de conjunto emitido por Roque Vallejos:

La literatura de esa época carecía absolutamente de poder vivificador, de rango estético. Merrero Marrengo, José Segundo Decoud, Enrique Parodi, Victoriano Abente, Cristóbal Campos estaban lejos de ofrecer el menor tributo literario. Cultivaban una literatura pseudoclasicista y pseudoromántica, escasamente apta desde el punto de vista estético [...]. Literatura de palabra enferma que sucumbió sin dejar un solo verso a la posteridad, y sin haber consolado a un solo corazón de sus contemporáneos. (*Literatura* 30).

Al margen de las aportaciones citadas, conviene recordar que a la pluma del argentino

Francisco Fernández se debe la primera novela editada en forma de libro en Asunción: el texto amoroso y morisco *Zaida* (1872). Además, Centurión publicó en Nueva York (con el pseudónimo de J. C. Roenicut y Zenitram) una novela corta titulada *Viaje nocturno de Gualberto o Recuerdos y reflexiones de ausente* (1877). Este breve conjunto de obras (al que hay que añadir el volumen de cuentos *Leyenda guaraní*, 1885, de José de la Cruz Ayala; y *Las últimas memorias de un loco; cuentos que parecen mentiras*, 1890, de Z. Albornoz y Montoya) constituyen un nuevo “despertar cultural” que, según Josefina Pla (*Obra* 28), se perfila desde 1870 hasta 1900, y se concreta en una “segunda etapa: 1900-1932”. Otro indicio de este despertar fueron las reuniones de intelectuales paraguayos en torno a la figura de Sarmiento. Justo Pastor Benítez recuerda que Sarmiento “vino al Paraguay, por primera vez, en 1887”, y “presidía el primer cenáculo intelectual de aquella época [...] los más asiduos contertulios [...] eran don José Segundo Decoud, doctor Benjamín Aceval, doctor Zacarías Caminos, Señor Alcorta, don José Macías, don Ignacio Ibarra, doctor Hassler y muchos otros”¹.

Eran tímidas muestras de lo que estaba por venir. Como se recordará, en torno a 1900, surgió una generación de intelectuales en el país, creadora de una prosa reivindicativa. Hugo Rodríguez Alcalá² llega a comparar esta situación con la vivida en el sur de Estados Unidos al concluir la Guerra Civil. Efectivamente, tanto la de la Triple Alianza (1864-1870) como la de Secesión (1861-1865) fueron contiendas presentadas por los vencedores como luchas de civilización contra barbarie (o contra esclavitud), lo que provocó en los vencidos una reivindicación nacionalista del pasado. Pero creemos que ahí terminan las coincidencias: la de Paraguay fue una guerra contra tres ejércitos extranjeros, en un país pobre y sin tradición literaria, que terminó destruido. Por eso no hay un William Faulkner que relate el dramatismo de la vida paraguaya tras la contienda. Cuando pudo formarse un grupo intelectual, el tema de la guerra de la Triple Alianza no generó obras novelescas sino reflexiones: “la reivindicación de hombres y hechos de la pasada contienda [...] no funcionó al principio al nivel creador, sino sólo al nivel de la historia o de la política” (Pla “Narrativa” 184).

Por tanto, hasta el siglo XX, sólo existieron en Paraguay algunas novelas cortas, caracterizadas por “la unidad de acción y empleo amplificado de las estrategias textuales del cuento de carácter tradicional” (Peiró, “Vísperas”). Como señala Rivarola Matto (“Existe” 8), “la historia absorbió los mejores talentos, porque era necesaria, y acaso porque la realidad superaba a la ficción”. La prosa de ficción no alcanzó los niveles deseables en Paraguay hasta que tres extranjeros comenzaron a cultivarla.

2.- Los comienzos de la ficción

Los comienzos de la narrativa literaria suelen relacionarse con la llegada a Paraguay de un español (Rafael Barrett) y dos argentinos (José Rodríguez Alcalá y Martín de Goycochea Menéndez), que se consideran como paraguayos en las historias de la literatura

¹Justo Pastor Benítez, “D. Domingo Sarmiento. Rememoración de su estadía en Paraguay, de los afectos procesados y de los homenajes rendidos al recio vencedor de la barbarie”, *Juventud*, nº 57-58, 15 de septiembre de 1925.

²Hugo Rodríguez Alcalá, “La narrativa paraguaya desde comienzos del siglo XX”, en *Narrativa hispanoamericana: Güiraldes-Carpentier-Roa Bastos-Rulfo (estudios sobre invención y sentido)*, Madrid, Gredos, 1973, pp. 37-81.

del país.

José Rodríguez Alcalá (Carmen de Patagones, Argentina, 1883 - Asunción, 1959) vivió en Asunción desde 1900. Escribió numerosos ensayos históricos y biográficos, la primera *Antología Paraguaya* (1910), y dos volúmenes de cuentos románticos: *Gérmenes* (1903) y *Ecos del alma* (1904). Pero es conocido, fundamentalmente, por ser el autor de la que se ha considerado la primera novela paraguaya (*Ignacia, la hija del suburbio*, 1905). Se trata de una obra que, a pesar del costumbrismo naturalista en la presentación de la sociedad, tiene rasgos románticos y tema folletinesco. Como, en su tiempo, “el escritor no podía desentenderse de la historia [...] quien pugnase por ir contra la corriente, o era rechazado por no patriota o amistosamente urgido a tratar temas históricos. Esto último aconteció [...] en el caso de José Rodríguez Alcalá”¹.

Martín de Goycochea Menéndez (Córdoba, Argentina, 1877 - Mérida, México, 1906) sólo estuvo en Paraguay cinco años (1901-1906), y generó casi toda su obra literaria fuera de este país. Antes de llegar a Paraguay, había publicado el libro en prosa de “medallones” *Los Primeros* (1897), la obra dramática en tres actos *A través de la vida* (1898, aparecida en *El Mercurio de América* de Buenos Aires) y *Poemas Helénicos* (1899), un libro modernista cuyas prosas poéticas se inspiraron en la mitología y en la historia de la Grecia clásica. Después, colaboró en la prensa paraguaya, se declaró discípulo de O’Leary (“devoró todos mis libros y papeles sobre la guerra inicua -cuenta O’Leary- y después oyó de mis labios todo cuanto necesitaba saber”), y consideró a Manuel Domínguez “el más encumbrado de los talentos paraguayos”. Fue autor de obras nacionalistas en las que, a juicio de Raúl Amaral, se hace patente “el notorio revisionismo histórico de Goycochea Menéndez -valientemente expresado- y su vinculación con O’Leary”². Dichas obras narran el heroísmo del país, y ensalzan a los héroes de la guerra contra la Triple Alianza, a Francia y al mariscal López (a quienes atribuye ser “dos montañas entre las eminencias de una época”³). Su volumen *Cuentos de los héroes y de las selvas guaraníes* (1905) fue definido así por la revista *Juventud* (15 de agosto de 1925):

Una serie de poemas en prosa [...] de bello estilo literario y hondo sentimiento de la vida paraguaya [...] muchas veces, la fuerza de su imaginación desatada y el poder de su lirismo generoso, en un espejismo de poeta, han sobrepasado la visión real de los personajes, las escenas y los escenarios [...]. Es un poeta, en fin, que escribe en prosa. Antes que narrar, canta los seres y las cosas que fugan bajo el mirador de su alma, a veces tocada de soplos épicos, siempre lírica [...] y musical.

Para formarnos una idea del contenido de *Guaraníes*, basta que mencionemos algunos de los temas de sus relatos. “El asta de la bandera” se centra en la guerra de la Triple Alianza: cuando la fortaleza de Humaitá es bombardeada por los aliados, cae la bandera paraguaya; un niño sube a la torre para volver a ponerla en su lugar, y decide

¹Hugo Rodríguez Alcalá, “La narrativa paraguaya desde 1960 a 1970”, en *La incógnita del Paraguay y otros ensayos*, Asunción, Arte Nuevo, 1987, p. 49

²Raúl Amaral, introducción a Martín de Goycochea Menéndez, *La noche antes*, Asunción, Alcándara, 1985, p. 16.

³Tomamos las dos citas de O’Leary de Hugo Rodríguez Alcalá, *Historia* 173. Sus declaraciones sobre Manuel Domínguez, Francia y el mariscal López aparecen en “Las ruinas gloriosas. Ante Humaitá”, publicado en *La Patria* (diario entonces dirigido por Enrique Solano López), el 11 de junio de 1901.

arriesgar su vida para sostenerla, usando su propio cuerpo como asta. “La espada rota” presenta a un legionario que encuentra los cuerpos sin vida de una madre y sus dos hijos. En “La batalla de los muertos”, un cacique indígena tiene una visión de la batalla de Curupayty. El relato poético “La noche antes - Cerro Corá”, narra del siguiente modo la noche anterior a la batalla en la que murió el mariscal:

Ante su deshilachada tienda de campaña, el mariscal contempla su ejército [...] en la noche precursora de la Historia [...]. De sus conciudadanos no quedaba sino un montón informe, un harapo de pueblo [...]. ¡Y aquel señor de naciones, a quien concluían de hostigar sus mismos hermanos de raza, dentro del cerco de hierro en que le envolvían; aquel amo de pueblos, ante cuyo camino se prosternaban las multitudes, como ante el paso de un dios; aquel guerrero cuya espada se aprestaba a descubrir bajo los cielos la elíptica sangrienta, entre cuyos términos iba a rimarse el último canto de la epopeya, se sintió inmenso porque se sintió la Patria! [...] Y aquello era el crimen de que se le acusaba, el gran delito de caer con todo su pueblo, de sumirlo en su fosa [...]. Llegaba el día. Y ante el ejército que se aprestaba a la pelea, el mariscal saludó por última vez el estandarte [...] se desplomaban un ideal, una patria, una raza. (Tomado de Méndez-Faith, *Antología* 158-163).

Claude Castro (*Historia* 50) apunta: “la utilización de términos como raza, amo de pueblos, epopeya, Patria, ideal [...] permite dar una visión de la guerra y de sus actores, así como familiarizar al lector con las nociones que servirán para la elaboración de la ideología nacionalista”.

El último de los narradores extranjeros que hemos mencionado, Rafael Barrett (Santander, 1876 - Arcachon, 1910) procedía de una familia aristocrática (su madre pertenecía a la Casa de Alba, y su padre era un británico, representante de los intereses de la Corona de su país). De él recuerda Ramiro de Maeztu: “hacia 1900 cayó por Madrid [...] vivió una temporada la vida del joven aristócrata [...]. Se le veía en el Real y en la Filarmónica [...] se gastó su dinero, [...] por lo que la buena sociedad empezó a darle de lado”¹. A partir de ese momento, Barrett tuvo que soportar las injurias de sus enemigos, lo que provocó que Maeztu se diera de baja en la lista de los Caballeros de Honor en la que figuraban algunos de los que habían descalificado a Barrett.

Llegó a Asunción en 1904, tras una breve estancia en Argentina; y permaneció en el país hasta que su artículo “Bajo el terror” (1908) lo condujo a la cárcel, a la deportación a Corumbá (Brasil), y después al exilio en Uruguay. Sus principales obras², *Lo que son los yerbales* y *El dolor paraguayo*, se publicaron por entregas. Además, fue autor de una obra de inspiración platónica titulada *Diálogos*, y de los volúmenes de relatos *Cuentos breves* y *Del natural*. En vida, sólo vio una de sus creaciones publicada en forma de libro: *Moralidades actuales*.

Sus narraciones y ensayos se alejaron del tono imperante en la promoción del novecientos, ya que Barrett rechazó la historia como tema literario, y evitó la exaltación de los tópicos del país. Por eso, apoyó a Rodríguez Alcalá; y por eso, en 1936, Manuel Domínguez evaluaba su producción de la siguiente manera:

¹Ramiro de Maeztu, “Rafael Barrett”, *Juventud*, nº 67-68, 15 de febrero de 1926, p. 3.

²Las ediciones en libro de *Lo que son los yerbales* y *El dolor paraguayo* son póstumas: Montevideo, O. M. Bertani, en 1910 y 1911, respectivamente. *Moralidades actuales* apareció en la misma editorial, 1910. Hay una edición (en la misma editorial) de *Cuentos breves* (1911). Sus *Obras Completas* se publicaron en Buenos Aires en 1943 y 1954 (Ed. Americalee), y en Asunción en 1988 (RP Editores).

Era ciertamente un pensador [...] estaba enterado de la literatura francesa contemporánea. Con reminiscencias de Maeterlinck, siguiendo a Paul Adam en algunas de sus tesis [...] dió en el Paraguay y en Montevideo impresión a las inquietudes del alma moderna [...] calcaba un tanto al Nietzsche [sic] del *Anticristo* y del *Ocaso de los ídolos* [...]. Pasaba días como Flaubert buscando el vocablo exacto [...]. En prosa tan bella nos enseñó a pensar, ensanchó nuestro horizonte; pero aquí cumple a la crítica notar que Barrett no era pintor como lo fue Goycochea Menéndez [...] y por no serlo, escribiendo en el Edén, no nos dejó el reflejo de [...] un paisaje risueño en que descanse la mente. [...] Entraba más bien en su temperamento literario cierta poesía psicológica que ponía el espíritu en tensión continua. Demasiado continua. [...] Y, le faltó también la facultad evocadora del pasado. Para el amante de la energía humana, no existía nuestra leyenda donde esa energía alcanzó el rango de epopeya. [...] Barrett tuvo, sin embargo, corazón para ser paladín del oprimido [...]. Delató el crimen colectivo; fue pregonero de redención social. Desgarró las carnes del burgués espeso con las puñaladas de su pluma¹.

Su obra estuvo marcada por su ideario anarquista, y por su vinculación a la generación del 98. En lugar de ensalzar a los héroes del pasado, denunció la injusticia² y trató de infundir la esperanza al pueblo: “Paraguay mío, donde ha nacido mi hijo, donde nacieron mis sueños fraternales de ideas nuevas [...] haz de tus entrañas de un golpe, por una hora, por un minuto, la justicia plena, radiante, y resucitarás como Lázaro” (*El dolor paraguayo*, en *Obras completas* I 281). Barrett impulsó el ensayo periodístico de análisis, y fue el primero en Paraguay en decantarse por la denuncia social por medio de una literatura que se alejaba de lo que, en ese momento, se consideraba la necesidad del país. Como sostiene Hugo Rodríguez Alcalá (“Desde 1960” 49), “no se perdonaba [...] que denunciara la explotación en los yerbales o la miseria de los trabajadores de la ciudad o del campo. Había que levantar el espíritu nacional *no criticando* la realidad que se vivía, sino exaltando la historia que se había vivido”. A pesar de eso, sus aportaciones literarias le valieron, además de la protección de José Enrique Rodó, un capítulo del estudio *La otra América*, obra en la que el crítico chileno Armando Donoso estudió también a autores como Gabriela Mistral y Henríquez Ureña.

Barrett destaca por sus artículos (que están a caballo entre la crónica y la ficción) y, aunque su narrativa más literaria adolece de múltiples defectos, es de mayor calidad que la de los autores argentinos que aquí estamos citando. Sin embargo, su postura no tuvo seguidores hasta muchos años más tarde: “este cuentista excepcional fue ignorado y repudiado por quienes no vieron en él otra cosa que un resentido o un anarquista utópico. Esta puesta al margen del mayor artista que escribiera en este país, propinó a nuestra literatura [...] cuarenta años de balbuceo literario” (Pérez-Maricevich, *Diccionario* 167). En cambio, las obras de los argentinos influyeron en los escritores paraguayos del momento.

Los cinco relatos de *Gérmenes* [José Rodríguez Alcalá, 1904] [...] han ejercido una influencia sorprendente en los jóvenes narradores que vinieron poco después. Esta influencia fue estéticamente perniciosa, pues la mediocridad de estos relatos incidió en la laxitud tanto constructiva cuanto expresiva con la que vinieron los cuentos adolescentes de la inicial narrativa paraguaya [...]. Goycochea Menéndez y su modernismo inmaduro dejaron dilatada descendencia en la literatura de este país. (Pérez-Maricevich, *Diccionario* 167).

¹Manuel Domínguez, “Rafael Barrett”, *Guaranía*, año III, 20 de junio de 1936, pp. 15-17.

²Entre otras muchas acusaciones, Barrett (*Los yerbales*) escribió: “hay en Europa presidios en que el menú es más variado que el de nuestros trabajadores” (extraído de <http://cervantesvritual.com/servlet/sirvelbras>).

Para el tema que aquí nos ocupa, nos interesa particularmente la influencia de Goycochea Menéndez, quien creó una cierta tradición de narración “histórica”: obras literarias que se centran, desde un punto de vista subjetivo, en un personaje histórico, en un episodio de la historia del país, o en la recreación de las costumbres de un momento determinado de la historia paraguaya.

Influidos por los narradores extranjeros, los escritores paraguayos comenzaron el siglo XX desarrollando una prosa de tipo modernista. Como señala Rivarola Matto,

En esa época, bajo la influencia del romanticismo primero y del modernismo después, la literatura estaba concebida como un devaneo de bohemios y tipos raros, un juego socialmente inútil en una nación que soportaba tensiones tan agudas y que debía justificar su propia existencia. De ahí que la literatura [...] vivió dispersa en periódicos de mezquina tirada, en alguna que otra revista de efímera existencia, en algún que otro libro. [...] Tuvimos así algunos bellos poemas, algún cuento logrado, una que otra obra de teatro, y pocas, muy pocas novelas¹.

A pesar de la aparente inutilidad de la literatura, Marcos (en su introducción al *Mancuello*, de Villagra) asegura que ésta no se aisló del clima histórico del momento:

No es casual que en el turbulento contexto histórico del modernismo [...] las expresiones literarias estuvieran impregnadas de un fuerte tono social. Tal es el caso de Cecilio Báez (1862-1941) y de Blas Garay (1873-1899), los dos mejores ensayistas nativos del Paraguay en ese período. Otros autores fueron inspirados por el exotismo melancólico [...] como los poetas Ricardo Marrero Marengo (1879-1919), Fortunato Toranzos Bardel (1883-1941), Roberto A. Velázquez (1883-1961) y Guillermo Molinas Rolón (1891-1941). Una poesía más nacionalista, de un sensual ambiente heroico tipo Zorrilla de San Martín y una ambigüedad ideológica típicamente *mundonovista* fue la de Francisco Luis Bareiro (1878-1930), Gomes Freire Esteves (1886-1970) y Pablo Max Insfrán (1894-1972).

Entre las pocas creaciones narrativas de este periodo, hay que citar las estampas folclóricas de Fortunato Toranzos Bardel², elaboradas a principios de siglo, y reunidas en 1960 en el volumen *Alma guaraní*. A Eloy Fariña Núñez³ debemos la que se ha considerado la más pura aportación paraguaya al modernismo: el libro de cuentos *Las vértebras de Pan* (1914), donde, a las características propias del movimiento, une la exaltación del país. Por otra parte, varios autores publicaron novelas cortas: Lucio F. Mendonça, *Alma de proscripto*, *Hojas secas* y *Mitái*; Rafael Almeida, *Flores de pasión* (1922); Malner R. Torres, *Vidas truncas* (1923); y se sabe que Federico García dejó incompleta la novela *Trepadora* (1918).

¹Juan Bautista Rivarola Matto, “Algunas ideas acerca de la literatura paraguaya”, *Cuadernos Americanos*, 1972, p. 226.

²Fortunato Toranzos Bardel (Buenos Aires, Argentina, 1883 - Kendall, Paraguay, 1942) llegó a Paraguay con sólo cuatro años. Allí, colaboró en la revista *Crónica*. Es autor de *La odalisca* y *Rollinat* (1907), *Piedras vacilantes* (1935) y *El mesianismo de Virgilio* (1941). En ocasiones, sus poemas y relatos recogen temas nativistas, exaltan Paraguay y sus costumbres, y describen la postguerra de la Triple Alianza.

³Eloy Fariña Núñez (Humaitá, 1885 - Buenos Aires, 1929), a pesar de su nacionalidad paraguaya, pasó la mayor parte de su vida en Argentina, donde colaboró en publicaciones periódicas como *La Prensa*. Fue autor de un largo poema (*Canto secular*) dedicado al centenario de la Independencia, y de un poemario de ritmos clásicos, titulado *Cármenes*. De su novela *Rodopia* (1921) sólo nos ha llegado el título.

Además, la sobrina del mariscal López, Ercilia López de Blomberg¹, reflejó la vida del Paraguay de la posguerra en la novela *Don Inca* (1920; editada en 1965). Esta obra, considerada dentro de la última etapa de romanticismo paraguayo, es la primera novela conocida escrita por una mujer paraguaya. Las páginas de *Don Inca* están teñidas de sentimentalismo, salpicadas de personajes históricos, y condicionadas por la visión de la Guerra de la Triple Alianza como una heroica epopeya.

Ya dentro del realismo, se sitúa la obra de Juan Stefanich², autor de la primera novela larga publicada en formato libro por un escritor de origen paraguayo: *Aurora* (1920), en la que critica el estado social y político del país mediante una trama sentimental. También la sociedad se ve representada en las obras de Raúl Mendonça: *Lirio de amor*, *Flor de ausencia*, *El misterio de una sombra*, *Viejo gaucho*, *No me olvides*, *Carne de hospital* y *Papito tengo hambre, tengo frío*, novelas melodramáticas y folletinescas publicadas durante su exilio en Argentina, hacia 1920.

Según Donald L. Shaw³, hay dos líneas en la novela hispanoamericana de nuestro siglo: la de observación, y la conscientemente artística. La primera incluye las tendencias costumbrista, realista y naturalista, que predominan en la literatura del continente hasta 1926. A partir de ese momento, empieza el declive de la novela tradicional: con autores como Arlt, García Márquez y Donoso (a los que deberíamos añadir, al menos, a Asturias, Carpentier y Borges), se inaugura la narrativa de fantasía creadora y de angustia existencial. Además, Shaw destaca que la narrativa hispanoamericana, desde 1908 a 1929, comprende las obras que él llama “las seis de la fama” (*La gloria de don Ramiro*, Larreta, 1908; *Los de abajo*, Azuela, 1915; *El hermano asno*, Barrios, 1922; *La vorágine*, Rivera, 1924; *Don Segundo Sombra*, Güiraldes, 1926; *Doña Bárbara*, Gallegos, 1929), y las obras de denuncia, como *A la costa* (Luis A. Martínez, 1904), el libro de relatos *Sub terra* (Baldomero Lillo), *Tugsteno* (Vallejo, 1930), *Mancha de aceite* (César Uribe Piedrahita, 1935) y *Mamita Ynai* (Carlos Luis Fallas, 1941). Dentro de la novela de denuncia, incluye también la antiimperialista (como *La sombra de la Casa Blanca*, Máximo Soto Hall, 1927; *Canal Zone*, Demetrio Aguilera, 1935) y la indigenista (*Huasipungo*, Icaza, 1934; *El indio*, López y Fuentes, 1935; y *La serpiente es de oro* y *El mundo es ancho y ajeno*, Ciro Alegría, 1935 y 1941, respectivamente).

En el caso de Paraguay, las tres primeras décadas del siglo XX están marcadas por el costumbrismo regionalista, al que se adhirieron, entre otros, Eudoro Acosta (*Cuentos nacionales* y *Corazón raído*, ambos de 1923), Ricardo Santos (*El hombre de la selva*, novela corta de 1920) y “Rosicrán” (pseudónimo de Narciso R. Colmán, 1880-1954, autor de *Kavaju Sakuape*, los primeros relatos publicados en guaraní). El costumbrismo sirvió de vía a Natalicio González (*Cuentos y parábolas*, 1923) para verter sus deseos de exaltar lo que él consideró más genuinamente paraguayo; y a Teresa Lamas Carísimo de Rodríguez Alcalá para generar la primera obra publicada en forma de libro por una mujer paraguaya

¹Ercilia López de Blomberg (Asunción, 1865 - Buenos Aires, 1965), poco antes de terminar la guerra, se fue con su familia a Argentina, donde se formó, y publicó una gramática guaraní, poemas y relatos histórico-costumbristas.

²Juan Stefanich (Asunción, 1889 - Buenos Aires, 1979), además de la obra citada, publicó la novela corta *Hacia la cumbre* (1914) y el volumen de relatos costumbristas *Horas trágicas: prosas de paz y dolor* (1922). Heriberto Fernández (“Literatura” 408-410) lo calificó de “escritor vibrante de prosa cálida -con tendencia un poco oratoria”, y dijo que *Horas trágicas* era “una sensata crítica a nuestra política cuartelera y de barricada”.

³Donald Shaw, *Nueva narrativa hispanoamericana*, Madrid, Cátedra, 1983.

en su país.

Teresa Lamas (Asunción, 1887-1976) estuvo casada con José Rodríguez Alcalá. En 1919, ganó el concurso de cuentos de *El Diario* con un relato ambientado en las trincheras de Curupaity (“La vengadora”). Reflejó algunos sucesos del siglo XIX en sus dos volúmenes de cuentos costumbristas y sentimentales de fondo histórico, *Tradiciones del hogar* (1921, 1928), pertenecientes al género de las “tradiciones”, divulgado por el peruano Ricardo Palma (1833-1919). En su novela histórica *Huerta de odios* (publicada por entregas en *El País*, Asunción, 1944) recreó el ambiente de Paraguay a principios de siglo. Su volumen de cuentos costumbristas y sentimentales *La casa y su sombra*, que salió a la luz en 1955, en Buenos Aires (Ed. América-Sapucaí), incluye algunos relatos de tema histórico, como “La última salida del dictador” (sobre Francia); “De aquel viejo dolor” (sobre las residentas¹ de la guerra del 70); “Emociones de la Guerra del Chaco”, “Romance del camino” y “Drama de una soledad” (los tres sobre la guerra del Chaco); y “Entre las dos hogueras”, “Un sueño marcial” y “Repique de una campana” (todos ellos sobre la guerra de la Triple Alianza).

Casi a finales de la década de los años veinte, empezó a publicar Gabriel Casaccia (Asunción, 1907 - Buenos Aires, 1980), considerado el fundador de la narrativa paraguaya moderna a pesar de que generó la mayor parte de su producción en Argentina, ya que, en busca de mayores oportunidades para publicar, emigró a Posadas antes de la guerra civil. Escribió cuentos, novelas y una obra teatral. Su primera novela, *Hombres, mujeres y fantoches* (1928), se adscribe al costumbrismo vigente, y recoge la influencia de Valle Inclán. Como en el resto de su producción, esta novela manifestaba “una compleja denuncia de la hipocresía pequeñoburguesa, la ambigüedad *mundonovista* y la idealización simplista de los relatos y poemas épicos nacionalistas” (Marcos, Introducción a Villagra, *Mancuello* 26).

A pesar de estas tímidas muestras, la literatura paraguaya entró en la década de los años treinta sin haber alcanzado un nivel comparable al adquirido por las letras de otros países del continente. Un artículo de 1924 así lo reconocía:

El Paraguay que tiene una romancesca tradición no ha podido formarse aún una literatura que pueda compararse con la de otras naciones americanas. [...] las mismas razones que Larra daba en un bello y doloroso artículo *-Horas de invierno-* de la pobreza artística de la España del 30, podemos darles -¡con cuánta más razón!- nosotros ahora: Los artistas y los poetas no sobrellevan largo tiempo el silencio, y cuando las voces no tienen eco en las almas y en los corazones terminan acallándose para siempre. Publicistas y hombres de investigaciones más o menos científicas o históricas son los que, en general, han persistido en sus trabajos [...]. Es una lástima que falte una casa editora que facilite la impresión y circulación de nuestros pocos escritores². (Heriberto Fernández, “Literatura” 408-409).

Esta ausencia de editoriales explica, en parte, la escasez de libros literarios, y convierte las revistas en medio para estudiar el panorama cultural del Paraguay de comienzos de siglo. Entre 1896 y 1909 se publicó la revista quincenal del Instituto Paraguayo, que se

¹Se llamó “residentas” a las mujeres que fueron movilizadas durante la guerra de la Triple Alianza pero que, a diferencia de las “destinadas” y las “traidoras”, no estaban acusadas de ningún cargo.

²Entre los escritores paraguayos, Fernández cita a “publicistas e historiadores”, como Blas Garay, Diógenes Decoud, Juan Silvano Godoy, Fidel Maíz, Cecilio Báez, Juan O’Leary, Manuel Domínguez, Manuel Gondra y Arsenio López Decoud. La lista de los “literatos” recoge a Fulgencio R. Moreno, Alejandro Guanes, Eloy Fariña Núñez, Ignacio A. Pane, Juan Stefanich, Justo Pastor Benítez, J. Natalicio Talavera, Facundo Recalde, Pablo Max Ynsfrán, Manuel Ortiz Guerrero, Juan Vicente Ramírez, Raúl Battilana y Pedro Herrero.

había fundado en 1895. Al principio, estuvo dirigida por Manuel Domínguez y, desde el número sesenta, por Belisandro Rivarola. Cada número constaba de ciento doce páginas, en las que aparecían artículos, ensayos, poemas y resúmenes de libros. Sin embargo, la primera revista literaria paraguaya, *Crónica*, no apareció hasta 1913. A ella ha de aludir la cita de Juan Bautista Rivarola Matto que hemos incluido en la página 149. En *Crónica* (1913-1914), colaboraron autores nacidos en la última década del siglo XIX, en muchos casos educados en el Colegio Nacional, y literariamente inscritos en los movimientos simbolista y modernista. Aunque acogió, principalmente, creaciones poéticas, *Crónica* publicó fragmentos de la novela inédita *La residenta*, y de los proyectos de novelas de Leopoldo Centurión¹ (*El árbol muerto* y *La ciudad gris*). En 1925, Ramiro González calificaba *Crónica* como “la primera revista paraguaya que dio matiz y fisonomía propia a nuestras letras”.

En 1916, comenzó a publicarse en Asunción la revista mensual de Ciencia, Literatura, Crítica y Arte *Letras*, dirigida por Manuel Riquelme (1885-1961), y editada por la Imprenta Mundial. Carecemos de más datos sobre esta revista, de la que tan solo hemos podido consultar el número cinco del año uno, fechado en mayo de 1916. En ese número, aparecían artículos sobre psicología, y una traducción de un texto de Wilde.

Desde el punto de vista cronológico, la siguiente revista es *La Novela Paraguaya*, una publicación quincenal, surgida en 1921, bajo la dirección de dos argentinos: Silvio B. Mondazzi y Casimiro González Trilla. A pesar de su título, *La Novela Paraguaya* se nutrió en buena parte de autores extranjeros, y estuvo dedicada al cuento de estilo folletinesco, plagado de amores imposibles, moralismo y escasa calidad literaria. Sólo algunos relatos de los que editó consiguieron superar estos lastres. Entre ellos, José Vicente Peiró destaca en su tesis “El loco de la celda n° 13”, de Miguel González Medina; “Gavilanes y palomas”, de David de Valladares; y “El saco nuevo”, de Luis Álvarez. Hay que señalar, además, que el número quince de esta revista publicó el relato “Los cuervos de Icaria”, firmado por Carlos Frutos. Según las noticias aportadas por Pérez-Maricevich, el cuento carece de valor literario, pero presenta un acercamiento crítico a la realidad histórica y social de Paraguay. Aunque el autor sitúa la acción en una isla inexistente de la Polinesia,

Este país, por supuesto, no es otro que el nuestro [Paraguay]. Sus habitantes viven una vida aberrante [...]. Juzgan el país como el mejor del mundo [...]. Los políticos carecen de toda moral [...] y se guían más bien por sus ocasionales ambiciones [...] se asocian en grupos antagónicos y conducen al pueblo a luchas sangrientas. (*Diccionario* 190-192).

Pasados los primeros veinte años del siglo, y hasta la Guerra del Chaco, la situación literaria de Paraguay mejoró debido al clima de libertad, y de cierta estabilidad política (como se recordará, tras la guerra civil de 1922-23, llegó el mandato de Eligio Ayala, quien se mantuvo en el poder desde 1824 a 1828). De esta época datan las revistas *Juventud* (1923-1926) y *Alas* (1924), en las que publicaron buena parte de los escritores del momento, y por medio de las cuales se difundieron artículos sobre las corrientes literarias que surgían

¹Leopoldo Centurión (Concepción, 1893 - Asunción, 1922) fue periodista. Su obra literaria, de estilo decadentista, se halla dispersa en varias publicaciones periódicas. Fue autor de las piezas teatrales *El huracán*, *La cena de los románticos* y *Final de un cuento*. Además, escribió relatos históricos, y proyectó varias novelas.

en otros países. *Alas* fue una revista literaria, fundada y dirigida por José Concepción Ortiz¹, que sólo llegó a publicar tres números, en los que colaboraron firmas habituales en *Juventud*, como Raúl Battilana de Gásperi, Hérib Campos Cervera, Carlos R. Centurión y el propio José Concepción Ortiz. *Juventud* publicó obras de la segunda etapa del modernismo paraguayo. Fue fundada por el poeta y periodista Heriberto Fernández², quien actuó como co-director, con Raúl Battilana de Gásperi³, hasta la muerte de este último, continuando como único director hasta el número veinticuatro. En el veinticinco, asumieron esa función Manuel Barrios y Carlos Zubizarreta⁴, y en el veintinueve continuó Barrios, al que se unió Adolfo Irala Ferreira. Desde el número cuarenta y cuatro, aparecía Barrios como único director, y la revista dejó de paginar. En el número cincuenta y uno, Ramiro González (“Juventud”) lamentaba la muerte de algunos de sus impulsores: “Raúl Battilana de Gásperi, Pedro Herrero Céspedes⁵ y Héctor L. Báez”. Desde el número 56-57, la dirección de la revista fue asumida por José Concepción Ortiz, quien, en su carta “A los lectores y avisantes”, justificó el número doble como una forma de hacer frente a “una etapa nueva de la existencia de la revista, que ha venido atravesando por un periodo crítico e irregular”. A partir del número siguiente, la portada de la revista cambió, e introdujo ilustraciones litográficas. Pero no acabaron ahí sus problemas. En el número setenta y tres, una nota de “La dirección y la Administración” dice: “nuestras fuerzas son escasas pero no hemos querido nunca [...] abandonar el empeño de hacer vivir a *Juventud* [...]. Desde este número, su aparición regular será un hecho”. A partir del número ochenta y dos, volvió a cambiar la portada, y la forma de maquetar los textos.

Hemos tenido ocasión de revisar una colección de esta revista en la biblioteca privada de Hugo Duarte Rodi, y creemos que un repaso de su contenido puede servir como indicio de lo que en ella se publicaba⁶. En cada número de *Juventud*, había poemas o prosas

¹José Ortiz (Valle Pucú, 1900 - Luque, 1972) estudió Derecho, y fue profesor de Lengua y Literatura. Dirigió las revistas *Juventud* y *Alas*, y el diario *El País*. Escribió cuentos, críticas literarias y ensayos históricos. Es autor del poemario *Amor de caminante* (1943), y en 1983 se editó *Poesías completas*. Sus obras en prosa (como *Figuras de la aldea: Estampas rurales, Historia del campesino paraguayo* y *Albino Jara y su época*) permanecen inéditas.

²Heriberto Fernández (Asunción, 1903 - París, 1927) recogió sus poemas en *Visiones de églogas* (1925) y *Voces de ensueño* (1926), aparecidos en París. Sus inéditos se reunieron en *Sonetos a la hermana* (1957).

³Raúl Battilana de Gásperi (Asunción, 1904 - Areguá, 1924) fue definido por Buzó (*Índice* 229) como una de las promesas de la poesía paraguaya. Murió ahogado en el lago Ypacaraí, a los veinte años. En ese momento, codirigía la revista *Juventud* (cuyo número 23, dedicado a su memoria, incluyó textos de este autor, y de J. Stefanich, J. P. Benítez, P. M. Ynsfran, E. Prats, N. R. Colmán, J. Báez y E. Aceval).

⁴Carlos Zubizarreta (Asunción, 1904-1972) desarrolló la tendencia costumbrista con el volumen de relatos *Acuarelas paraguayas* (1940). Publicó los ensayos *Capitanes de la aventura* (1957), *Historia de mi ciudad* (1965), *Cien vidas paraguayas* (1961) y *Crónica y ensayo* (1969); y la colección de cuentos *Los grillos de la duda* (1966), en la que introduce el suspenso. Según Hugo Rodríguez Alcalá (en Centurión Morínigo, *Rodríguez Alcalá* 58), fue “el mayor discípulo paraguayo de Valle-Inclán”.

⁵Pedro Herrero Céspedes (Concepción, 1902 - Asunción, 1924) era poeta. Colaboró en las revistas *Juventud* y *Alas*. Su obra no ha sido reunida en forma de libro.

⁶Concretamente, hemos consultado los siguientes números: **año 1**: 21 y 22 (15 y 29 de febrero de 1924); **año 2**: 23 (15 de marzo de 1924), 24 (1 de abril), 25 (15 de abril), 26 (1 de mayo), 27 (15 de mayo), 29 (15 de junio), 30 (1 de julio), 31 (15 de julio), 32 (1 de agosto), 33 (15 de agosto), 34 (1 de septiembre), 35 (15 de septiembre), 36 (1 de octubre), 37 (15 de octubre), 38 (1 de noviembre), 39 (15 de noviembre), 40 (1 de diciembre), 41 (15 de diciembre), 42 (continúa...)

poéticas, y era habitual la aparición de cuentos o relatos en prosa, artículos sobre cultura, teatro y literatura, y sobre la historia y la situación del país. Las páginas centrales solían contener fotos de concursos de belleza o de personas destacables (por ejemplo, en el número cuarenta y tres, aparecían fotos de Floilana Mereles y Gabriela J. Valenzuela, que habían terminado Medicina) y, desde ese mismo número, se dedicó una sección ilustrada a la moda. Además, el número treinta y seis incluyó, por primera vez, un juego (una jugada de ajedrez), y desde el cincuenta y seis, se ofreció un crucigrama.

Entre los autores de poemas y prosas poéticas¹ que publicaron en la revista, se encuentran escritores no paraguayos de la talla de Rubén Darío, Juana de Ibarborou, Manuel Machado y Miguel de Unamuno; paraguayos cuyos nombres han entrado en la historia de su país, como Eudoro Acosta Flores², Arturo Alsina³, Ant. Alonso Quintana, Manuel Barrios,

⁶(...continuación)

(1 de enero de **1925**) y 43 (15 de enero); **año 3**: 44-45 (15 de febrero de 1925), 46 (1 de marzo), 47 (15 de marzo), 48-49 (15 de abril), 50 (1 de mayo), 51 (15 de mayo), 52 (1 de junio), 53 (15 de junio), 54 (15 de julio), 55 (31 de julio), 56 (15 de agosto), 57-58 (15 de septiembre), 59 (30 de septiembre), 60 (15 de octubre), 61 (30 de octubre), 62 (15 de noviembre), 64 (15 de diciembre), 65 (31 de diciembre), 66 (15 de enero de **1926**), 67-68 (15 de febrero) y 69 (28 de febrero); y **año 4**: 71 (31 de marzo de 1926), 72 (15 de abril), 73 (30 de abril), 74 (15 de mayo), 82 (15 de noviembre) y 83 (30 de noviembre de 1926).

¹Se señalan a continuación las obras publicadas de cada uno de los autores, y el número de la revista en el que aparecieron: Rubén Darío (“Versos de año nuevo” 42), Juana de Ibarborou (poesía dedicada a Esperanza Vizcay de Arnaldo Miriel, directora de la escuela Artigas 38; “Los viajes” 50), Manuel Machado (“La lluvia” 71), Miguel de Unamuno (“Dos sonetos de Unamuno”: “Tu voluntad ser aquí en la tierra” y “Taca mis labios con tu fuego santo”, fechados en París, en 1924, 61), Eudoro Acosta (“Glosas de tedio y de snobismo” 43), Gabriel Alomar (“Estilización poética del solsticio” 59), Arturo Alsina (“Plenilunio nupcial” 44-45; “Siempre vivas” 47), Enrique Federico Amiel (“El instante ideal” 54), Manuel Barrios (“Volvamos” 27), Raúl Battilana de Gásperi (varios textos, 23), Eladio Battilana de Gásperi (“El romance de la novicita que se murió” 66), Leopoldo A. Benítez (“Himno nacional” 44-45, traducción al guaraní, con un glosario explicativo), Hérib Campos Cervera (“Para ti” 44-45; “En un brevario galante” 55; “Siempre, siempre tras ella” 66; “Invocación al amor, al dolor y a la esperanza” 71; “Un recuerdo” 74), Efraím Cardozo (“Elogio a la amada” 46, “El eco” 56), Narciso R. Colmán (23), Leopoldo Díaz (“Violetas a la memoria de Pancha Garmendia” 41), Manuel Domínguez (“Las carabelas” 61), Heriberto Fernández (21; “En pos del ideal” 26), Natalicio González (“La niña recoge leñas” 22; “Anacreonte” 24; “Avatares” 32; “Medallón materno” 36), Darío Gómez Serrato (“Anhelos” 69), Ángel I. González (“Canción Nacional para niños y soldados paraguayos” 38), Ricardo Guanes (“Las leyendas” 52; en el mismo número se daba cuenta de su muerte), Vicente Lamas (“Desengaño” 22; “El dominó negro” 26; “Junto al piano” 38; “A Villaespesa” 71), Alcira de Larriera (“Poemas breves” 71, del libro *Caicobé*, aparecido en Montevideo), Arturo D. Lavigne (“Tus ojos” 44-45), Luisa Luisi (“Nocturno” 42; “Me dijeron amor cuando era niña” 34; “Y otra vez la esperanza” 35), Gerónimo Molas (“Invernal” 53), Mariano A. Molas (“Más allá. A la memoria de R. Battilana” 31; “Ausencia” 42; “Pensando siempre” 47; “Desafortunados” 57-58), Juan E. O’Leary (“Ñande Retá Ñeeme”, en guaraní y en castellano, 30 y 33; “Rumbo a Oriente” 32; “El alma de la raza” 39; “El último cacique” 40 y 50; “En un álbum” 41; “Vírgenes muertas” 51), Manuel Ortiz Guerrero (“El fuego eterno” 30; “Discurso fúnebre a de Carlos Friebrieg” 52; “Rogación” 61, primer premio de poemas de Posadas y segundo de Corrientes en los juegos florales del 12 de octubre de 1925), José Concepción Ortiz (“Canción andariega” 59; “Sabores” 66), José Antonio Pérez (hijo) (“Los poemas para ella” 33), Clotilde Pincho Insfrán (“Ya no vuelve” 26), Emilio Prats (23), Ant. Alonso Quintana (“Invierno” 31; “Hortensia” 33), L. Ramos Giménez (“En la senda” 22; “En un álbum” 26), L. Resquín (“Japoneerías” 32; “Dolorosa” 50), Hipólito Sánchez Quell (“Noche de retreta” 67-68), Fortunato Toranzos Bardel (“Azul” 30; “Piedras vacilantes” 31; “Ante el abismo”, “Tu ángel” y “La serpiente” 32; “Soledad” 35; “Bajo los Tilos” y “Ala de sombra” 44-45; “Los argonautas” 47; “España” 51) y Julián Villamayor (“Octava de Pierrot” 69).

²Eudoro Acosta Flores (Asunción, 1905 - Buenos Aires, 1976) fue autor de dos obras narrativas marcadas por el posromanticismo y el modernismo: *Cuentos nacionales* (1923) y *Corazón de raído* (s. d.).

³Arturo Alsina (Tucumán, Argentina, 1897 - Asunción, 1984) llegó a Asunción en 1909. Fundó el Centro Literario José Enrique Rodó, y co-fundó la Sociedad Paraguaya de Autores (1925) y la Compañía Paraguaya de Dramas y Comedias (1926). Escribió poemas y ensayos breves. Estrenó su primera pieza teatral, *La marca de fuego* (1926), y (continúa...)

Manuel Domínguez, Heriberto Fernández, Ricardo Guanes, Raúl Battilana de Gásperi, Natalicio González, Gerónimo Molas, Mariano A. Molas, Juan E. O'Leary, José Concepción Ortiz, Fortunato Toranzos Bardel, Hérib Campos Cervera¹, Efraím Cardozo², Darío Gómez Serrato³, Vicente Lamas⁴, Manuel Ortiz Guerrero⁵, L. Ramos Giménez⁶ e Hipólito Sánchez Quell⁷; y autores que hoy han caído casi en el olvido o en el anonimato, como Gabriel Alomar, Enrique Federico Amiel, Eladio Battilana de Gásperi, Leopoldo A. Benítez, Leopoldo Díaz, Ángel I. González⁸, Alcira de Larriera, Arturo D. Lavigne, Luisa Luisi (desde Montevideo), José A. Pérez (hijo), Clotilde Pincho Insfrán, Emilio Prats, L. Resquín y Julián Villamayor.

En el campo de la prosa de creación, *Juventud* publicó algunos cuentos de tema histórico, como “El desquite de Guaicurú” (Eudoro Acosta, 37, sobre Hernando Arias, gobernador de Paraguay a finales del siglo XVI), “La leyenda. Un banquete homérico en el

³(...continuación)

siguió contribuyendo al género con piezas como *Evangelista* (1926), *El derecho de nacer* (1927), *Intruso* (1928), *La llama flota* (1940), *La sombra de la estatua* (1947) y *La ciudad soñada* (1968), recogidas en 1990 en *Obra teatral completa*. En 1983, se editó su volumen de semblanzas *Paraguayos de otros tiempos*.

¹Hérib Campos Cervera (Asunción, 1905 - Buenos Aires, 1953) es considerado el poeta paraguayo más importante de la generación del 40, y ha tenido una enorme influencia en la literatura de su país. Publicó sus primeros poemas en la revista *Juventud*. Tuvo que exiliarse a Buenos Aires en 1947, y permaneció allí hasta su muerte. Sus poemarios son: *Ceniza redimida* (1950) y *Hombre secreto* (póstumo, 1966).

²Efraím Cardozo (Villarrica, 1906 - Asunción, 1973) comenzó publicando poemas, para dedicarse posteriormente al ensayo riguroso, espiritualista y de estilo trabajado, que generó obras como *Paraguay* (1959), *Historiografía paraguaya* (1959) y *Apuntes de historia cultural del Paraguay* (1963).

³Darío Gómez Serrato (1900-1985): músico y poeta bilingüe. Fue autor del poemario *Yasy Yateré* (1929), y del libro en prosa sobre folclore paraguayo *Visión de Patria* (1972).

⁴Vicente Lamas (Asunción, 1900-1982) colaboró en publicaciones paraguayas, argentinas y uruguayas. Como sólo publicó el poemario *La senda escondida* (1956), resulta difícil acceder al resto de su producción. En la revista argentina *Leoplán* apareció el cuento “El abogado”.

⁵Manuel Ortiz Guerrero (Villarrica, 1894 - Asunción, 1933): poeta modernista y dramaturgo, en español y en guaraní. Vivió aislado a causa de la lepra. Instaló una imprenta en la que publicó sus obras (entre ellas, *Surgente*, *Pepitas* y *Nubes del Este*). Algunos de sus poemas fueron musicalizados por José Asunción Flores. Póstumamente, se editaron sus *Obras completas* (1952).

⁶Leopoldo Ramos Giménez (Villarrica, 1891 - Asunción, 1988) fue uno de los precursores del modernismo. Sus poemas acogieron las reivindicaciones sociales y la defensa patriótica (fue él quien acuñó la frase “roedores de los mármoles de la patria” para hablar de los defensores del legionarismo, y la utilizó contra Pérez-Maricevich; e hizo dos versiones, en 1912 y 1921, del soneto “La cumbre del titán”, dedicado al Mariscal López). Publicó los poemarios *Piras sagradas* (1917), *Eros* (1918), *Alas y sombras* (1919), *Cantos del Solar Heroico* (1920) y *Canto a las palmeras de Río de Janeiro* (1932). Además, escribió la pieza teatral *La inquisición del oro* (1915).

⁷Hipólito Sánchez Quell (Asunción, 1907-1986): poeta, periodista, historiador, ensayista, profesor de historia, político y diplomático. Algunos de sus títulos son: *Estructura y función del Paraguay colonial* (1944), *Triángulo de la poesía rioplatense* (1953), *Por calles de París y tierras de sol* (1966), *Historia de la literatura paraguaya* (1970), *El tiempo que se fue* (1976), *Jornadas paraguayas junto al Sena* (1982) y *Por los caminos del mundo* (1983).

⁸La letra de su canción dice: “Entonemos / a la patria una canción; / un canto heroico en que vibren / los recuerdos de valor. / Las abuelitas nos cuentan / una historia de dolor / una guerra formidable / que al mundo entero asombró [...]. Nuestros abuelos lucharon / con altiva abnegación / defendiendo heroicamente / del Paraguay el honor / [...]. Juremos ahora nosotros / que en llegando la ocasión / dignos de nuestros abuelos / moriremos con honor”.

último vivac” (Jorge Báez, 47 y 48-49, sobre la última noche del mariscal López), y “El guardián de su tesoro” (Jorge Báez, 54, sobre el mito de los *porá* y los tesoros guardados durante la Guerra contra la Triple Alianza).

Además, aparecieron cuentos y relatos en prosa¹ de Rafael Almeida, Arturo Alsina, Manuel Barrios, Juan F. Bazán², Hérib Campos Cervera, Leopoldo Centurión³, Carlos Cudas, Rafael Frontaura, Juan Manuel Frutos Pane⁴, Darío Gómez Serrato, Natalicio González, Miguel González Medina, L. F. Mendonça, Juan Carlos Moreno, Josefina Pla⁵,

¹A continuación, se dan los nombres de los autores, seguidos del título del relato y el número de la revista en el que se publicó: Eudoro Acosta (“El desquite (cuento nacional)”, 22; “El hombre de honor”, 31; “El desquite de Guaicurú”, 37; “Cigarro-Mí (cuento nacional)”, 44-45), Rafael Almeida (“El último amor de la pecadora”, 40), Arturo Alsina (“La herencia de los inmortales”, 71), Jorge Báez (“La leyenda. Un banquete homérico en el último vivac”, 47 y 48-49; “El guardián de su tesoro”, 54), Manuel Barrios (“Del yermo de mi alma”, 34), Juan F. Bazán (“La vida del recuerdo”, 60), Hérib Campos Cervera (“La parábola del anciano”, 82), Leopoldo Centurión (“La vuelta”, 57-58; “A través de un alma”, 61), Carlos Cudas (“Cosas de domingo”, 66), Leopoldo Díaz (“Violetas a la memoria de Pancha Garmendia”, 41), Rafael Frontaura (“La leona. Relato chileno”, 50), Juan Manuel Frutos Pane (“Prosas románticas”, 40), Darío Gómez Serrato (“Leyenda de los ojos negros”, 41), Natalicio González (“Los elementos”, 66), Miguel González Medina (“Eva”, 32; “El poema imposible, cuento que fue una historia”, 51; “La pálida”, 55; “El accidente de Chamberí”, 59; “Otros párrafos de carta”, 66), L. F. Mendonça (“Horas breves”, 33), Juan Carlos Moreno (“Flores asesinas”, 66), Josefina Pla (“El arbolito”, 69; “La sombra del maestro”, 71), Rafael Odone (“Misterios”, 41; “Visiones trágicas”, 69), J. B. Otaño (hijo) (“M^a de la Cruz”, 25), José Rodríguez Alcalá (“Un sollozo en el crepúsculo”, 44-45; “La arrogancia del Supremo”, 57-58), Milner R. Torres (“La tristeza del pombero (cuento nacional)”, 21), José Vianna Souza (“Besos”, 50, traducido por E. Acosta) y Carlos Zubizarreta (“El sacrificio”, 22; “El diez y nueve colorado”, 26).

²Juan Felipe Bazán (Asunción, 1900-1980) trabajó como redactor en *El Diario*, *El Liberal*, *El País* y *La Tribuna*, dirigió el diario *Crítica* durante la Guerra del Chaco, y el semanario *El Progreso*, que había co-fundado con don Eugenio Friedmann. Fue autor de una novela en la que refleja la vida cotidiana, *Del surco guaraní* (1949), y de otra de la tierra, *El valle de las tormentas* (1975). Además, publicó los libros de cuentos *Polen al viento* (1954) y *La imagen invisible de una visita* (1974), y los ensayos *Divagaciones literarias* (1934), *La narrativa latinoamericana* (1970) y *Narrativa paraguaya y latinoamericana* (1976). La anunciada continuación de *Del surco guaraní*, que habría llevado el título de *Del surco nativo*, jamás vio la luz.

³Leopoldo Centurión (Concepción, 1893 - Asunción, 1922) era periodista y autor teatral (*El huracán*, *La cena de los románticos*, *Final de un cuento*). Fundó *Crónica* (1913-1914) con Pablo Max Ynsfrán y Guillermo Molas Rolán. Escribió relatos breves de intención histórica, y estética decadentista.

⁴Juan Manuel Frutos Pane (Asunción, 1906-1990): alcanzó el éxito con la zarzuela *La tejedora de ñandutí* (1956), y siguió practicando el género con *María Pacuri*, *Corochiré*, *Las alegres Kyguaverá*, *Paloma Pará* y *Sombrero Piri*. Es también autor de comedias musicales (*Raida Poty*), poemas sinfónicos (*Minas Cué*) y obras teatrales (*Amor imposible*, *Pacholí*, *La lámpara encendida*, *Una imagen en el espejo* y *Paí Ernesto*). Además, colaboró en publicaciones periódicas, y escribió poemas y ensayos.

⁵Josefina Pla (Canarias, 1909 - Asunción, 1999): aunque nacida en España, llegó a Paraguay en 1927, tras su matrimonio con el ceramista paraguayo Julián de la Herrería. Allí se convirtió en todo un símbolo cultural, ejerciendo como ensayista, crítica de arte, periodista, ceramista, pintora, poetisa (*El precio de los sueños*, 1934; *Rapsodia de Eurídice* y *Orfeo*, 1940; *La raíz y la aurora*, 1960; *Rostros en el agua*, 1963; *Invención de la muerte*, 1964; *Satélites oscuros*, 1965; *El polvo enamorado*, 1968; *Desnudo día*, 1969; *Luz negra*, 1975; *Follaje del tiempo*, 1981; *Tiempo y tiniebla*, 1983; *Cambiar sueños por sombras*, 1983; *La nave del olvido*, 1985; *Los treinta mil ausentes (Elegía a los caídos del Chaco)*, 1985; y *La llama y la arena*, 1987; en 1996 se reunió toda su obra poética en un volumen), dramaturga (de sus más de treinta obras, cabe destacar *Víctima propiciatoria*, 1927; *Porasy*, 1933; *La humana impaciente*, 1938; *Momentos estelares de la mujer*, 1949; *La tercera huella dactilar*, 1951; *El hombre en la cruz*, 1966; *El pretendiente inesperado*, 1977; y *Las ocho sobre el mar*, 1968), narradora (*La mano en la tierra*, 1963; *El espejo y el canasto*, 1981; *La pierna de Severina*, 1983; *La muralla robada*, 1989; y los cuentos infantiles *Maravillas de unas villas*, 1988) y novelista (*Alguien muere en San Onofre de Cuaramí*, 1984, obra vanguardista escrita en colaboración con Ángel Pérez Pardiella). Fue Consejera del Viceministro de Cultura paraguayo, miembro de la Academia Internacional de Cerámica, y miembro fundador del Pen Club Paraguayo. En reconocimiento a esas labores, se la nombró “Dama de la Orden de (continúa...)”

Rafael Odone, J. B. Otaño (hijo), José Rodríguez Alcalá, Milner R. Torres, José Vianna Souza y Carlos Zubizarreta.

Los textos sobre cultura y literatura nos sirven para comprender la gran labor que *Juventud* llevó a cabo en la difusión de autores y movimientos nacionales y extranjeros¹. Además del artículo de Ramiro de Maeztu sobre Rafael Barrett (61), y de fragmentos de un discurso de José Ortega y Gasset (61), la revista publicó artículos sobre el mundonovismo (Francisco Contreras, 42-43), el modernismo (Francisco M. Barrios, 44-45), la orientación literaria (editorial, 56), y la literatura paraguaya contemporánea (Heriberto Fernández, 41). Natalicio González, en el artículo “El escritor y su alma” (27), analizó así la nueva concepción del arte:

En los tiempos nuevos parece producirse un desplazamiento de valores en el alma de los artistas. Ortega y Gasset lo advierte diciendo que los escritores jóvenes no dan ya a la literatura el significado metódico y solemne que le adjudicaban sus colegas de antaño. Hay una tendencia de atribuir al arte un sentido netamente deportivo.

Los artículos de *Juventud* destacaron la importancia de las revistas culturales (Miguel González Medina, 22) y del pensamiento de Pérez de Ayala y Ortega y Gasset (Justo Pastor Benítez, 25). Estudiaron la correspondencia entre Rubén Darío y Miguel de Unamuno (Alberto Ghilardo, 73 y 74); y examinaron la influencia en Paraguay de Ramón María del

⁵(...continuacion)

Isabel la Católica” (España, 1977), “Mujer del año” (Paraguay, 1977) y “Doctora Honoris Causa” (Universidad Nacional de Asunción, 1981). Además, se le otorgaron, entre otros, la Medalla del Bicentenario de los Estados Unidos de América (1976) y la Johan Gottfried von Herber; el Premio de la Sociedad Internacional de Juristas 1991 (por su defensa de los derechos humanos); el Trofeo Ollantay a la Investigación Teatral (Venezuela, 1984) y la Medalla de Oro de Bellas Artes (España, 1995).

¹Los artículos a los que nos referimos son los siguientes: Ramiro de Maeztu (“Rafael Barrett”, 67-68), José Ortega y Gasset (“La nueva crítica del arte”, 61), Rafael Almeida (“Con el maestro. Dr. Manuel Domínguez”, 41), Jorge Báez (“La música nativa”, 34), Antonio Bellolio (“La pintura americana. Una exposición de artistas argentinos en Roma”, 83), Justo Pastor Benítez (“Descuido de la educación clásica”, 22; “Un aspecto del pensamiento español”, 25; “Moisés Bertoni”, 35; “D. Domingo Sarmiento. Rememoración de su estadía en Paraguay, de los afectos procesados y de los homenajes rendidos al recio vencedor de la barbarie”, 57-58), R. Capece Faraone (“Gustavo Adolfo Bécquer”, 46, fragmento de una conferencia sobre “La emoción de los poetas”), Cristóbal de Castro (“Blasco Ibáñez, cosmopolita”), Carlos Centurión (“Liberato M. Rojas, poeta”, 64, da la noticia de su muerte en Montevideo), Juan S. Chaparro (“Aires Nacionales”, 50), Francisco Contreras (“El Mundonovismo. El movimiento que triunfa hoy”, 42 y 43), Heriberto Fernández (“La literatura esportiva”, 37; “La literatura paraguaya contemporánea”, 41; “Alejandro Sux. La poesía en acción”, 46), Luis de Gásperi (“El esteticismo místico”, 65, sobre la influencia de Valle-Inclán en Paraguay), Alberto Ghilardo (“Epistolario de Rubén Darío. El archivo del poeta, su correspondencia con Unamuno”, 73 y 74), Remberto Giménez (“Flor de estero. Motivos del drama inédito del mismo nombre”, 65), E. Gómez Baquero (“Pierre Lousy. Su Grecia y su España”, sobre la obra de este escritor), Natalicio González (“El escritor y su alma”, 27; “*La Prensa* y el Paraguay”, 30; “Tronos vacilantes”, crítica al libro de Dominici, 35; “Mauricio Maeterlick, 67-68), Miguel González Medina (“La nueva familia espiritual”, 22; “Don Ramón María del Valle Inclán”, 69), Ramiro González (“José Martí”, 56; “El teatro”, 60; “Anatole de France a través de Crainquebille”, 74), Alejandro Guanes (“El secreto de la vida y de la muerte”, 44-45, comentario al libro de ese título de Antonio de Hoyos y Vicent), Gabriel Hamotaux (“Anatole France”, 44-45), Arsenio López Decoud (“Un educador”, 25; “Gracián, clásico francés”, 27), T. Osuna (“Notas guaránicas”, 34, 39, 43 y 44-45), Leopoldo Ramos Giménez (“Blanca Iris Robledo. Joven poetisa argentina”, 42), J. S. (“De la escena. Los recientes estrenos”, 38), Juan Sorazábal (“Crónicas de arte. La exposición Samudio”, 33), Gabriel F. Storni (“El arte del teatro”, 40), Silvio A. Vázquez (“Un profesor austero”, 38; “Decadencia de la cultura literaria”, 47; “El espíritu del *Ariel*”, 53), Leon Werth (“París, feria de pintura”, 82), Pablo M. Ynsfrán (“Sobre latinismo”, 51, 52, 53 y 54). Y los editoriales “Orientación literaria” (56) y “Actividad teatral” (57-58).

Valle-Inclán (Luis de Gásperi¹, 65). Y comentaron las motivaciones y las obras de Gustavo Adolfo Bécquer (Roque Capece Faraone², 46), Dominici (Natalicio González, 35), Anatole de France³ (Gabriel Hamotaux, 44-45; Ramiro González, 74), Ángel Guimerá (Miguel Pecci de Saavedra, 36), Martín Goycochea Menéndez (“Bibliografía nacional” del número 56 hablaba de *Guaraníes*, y anunciaba su segunda edición), Baltasar Gracián (Arsenio López Decoud⁴, 27), Antonio de Hoyos y Vicent (Alejandro Guanes⁵, 44-45), Blasco Ibáñez (Cristóbal de Castro), Pierre Lousy (E. Gómez Baquero), Maeterlick (Natalicio González, 67-68), José Martí (Ramiro González, 56), Blanca Iris Robledo (Leopoldo Ramos Giménez, 42), Leopoldo Ramos Giménez (el 61 comenta el poemario *Alas y sombras*), José Enrique Rodó (Silvio A. Vázquez, 53), Liberato M. Rojas (Carlos Centurión⁶, 64), Alejandro Sux (Heriberto Fernández, 46) y Ramón María del Valle Inclán (Miguel González Medina, 69).

La sección “papel impreso” daba noticias sobre libros; y “Teatrales” anunciaba y criticaba la cartelera del momento (por ejemplo, los números 31 y 32 hablaron sobre la Compañía Arce y su representación de *La casta Susana*; el 37 sobre el estreno de *El vencido*, de Pedro Juan Caballero; el 47 anunció el debut de la compañía de Pomar y Fuentes, y el 48-49 habló de la representación que éstos hicieron de la obra de Parravicini *Cristóbal Colón en la Facultad de Medicina*; el 52 anunció una compañía española de opereta y zarzuela; el 56, el estreno de *El juguete roto*, y el de la compañía uruguaya de Carlos Brussa). Además, se ocupó del teatro, a través de artículos como los de Ramiro González (60) y Gabriel F. Storni (40). Dio cuenta de estrenos de piezas de autores paraguayos (J. S., 38), analizando algunas de ellas, como *El juguete roto* de Facundo

¹Luis de Gásperi (Asunción, 1890-1975): periodista, profesor, ensayista y narrador. Presidió la Academia Paraguaya de la Lengua. Dirigió la *Revista del Centro Estudiantil* (1908), en la que llevó la sección “De las aulas”, y publicó relatos costumbristas y semblanzas de escritores paraguayos. Su conferencia de 1927, sobre el poeta argentino modernista Leopoldo Díaz, fue publicada en la revista *Nosotros* de Buenos Aires. Es autor de un estudio sobre la evolución literaria de la lengua guaraní: *Laudatoria del vernáculo* (1957).

²Roque Capece (Ficerna, Italia, 1894 - Asunción, 1928): aunque europeo de nacimiento, desarrolló toda su actividad literaria en Paraguay. Formó parte de la revista *Crónica*. Fue un autor de vida bohemia y obra decadentista, que se halla dispersa en publicaciones periódicas o inédita. Escribió relatos, y no llegó a terminar su novela.

³El número treinta y siete dedicó las páginas centrales a su muerte, señalando: “ha desaparecido para ir a dialogar con sus grandes amigos Rabelais, Montaigne y Voltaire”.

⁴Arsenio López Decoud (San Fernando, 1867 - Asunción, 1945) fue hijo de Benigno López y sobrino del Mariscal López. Al final de la Guerra de la Triple Alianza, se trasladó a Buenos Aires con su familia, de donde regresó a Paraguay en 1890. Ocupó diversos cargos públicos. Dirigió la revista *Figaro* (Asunción, 1918-1927), y colaboró en *Crónica* (1913) y *Juventud*. Tradujo textos simbolistas franceses. Mantuvo amistad con Valle Inclán y Manuel Ugarte. Fue presidente-fundador del PEN Club del Paraguay. Dedicó un ensayo a Oscar Wilde. Su obra se halla dispersa en diversas publicaciones periódicas y en antologías. El artículo aquí citado trata sobre el destierro de Valle Inclán y la conferencia que, tres años antes, dictara en México José Vasconcellos.

⁵Alejandro Guanes (Asunción, 1872-1925): periodista, poeta, y prosista. Tradujo a Edgar Allan Poe. Este autor de la generación del 900 fue uno de los primeros modernistas paraguayos. La mayoría de sus poemas, como *Las leyendas* y *Ocaso y aurora*, se inscriben dentro de la tendencia consoladora. Sus dos poemarios (*De paso por la vida*, 1936; y *Antología poética* 1984) y su libro de prosa poética (*Del viejo saber olvidado*, 1926) se publicaron póstumamente.

⁶Carlos R. Centurión (Asunción, 1902-1969): Doctor en Derecho y Ciencias Sociales. Fue decano y catedrático de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, fundó el Instituto Paraguayo de Letras, y fue co-fundador del Instituto Paraguayo de Investigaciones Históricas y del P. E. N. Club de Paraguay. De su labor como ensayista y crítico, destacan los dos volúmenes de *Historia de la cultura paraguaya* (1961), y los tres de *Historia de las letras paraguayas* (1947-1951).

Recalde¹, *El Mariscal López* de Francisco M. Barrios², *El clínico* de Pedro Juan Caballero, y *La Chala* de Eusebio Ayala (todas ellas en 57-58); reprodujo algunas escenas (el número 56, contenía la VII de *El juguete roto*; y el 74, un fragmento del drama de Arturo Alsina, *La marca del fuego*), e incluso comentó dramas inéditos (Remberto Giménez, 65).

Su constante inquietud didáctica dio como resultado artículos sobre algunos de los promotores de la cultura (Arsenio López Decoud, “Un educador”, 25; Rafael Almeida, “Con el maestro. Dr. Manuel Domínguez”, 41; y Silvio A. Vázquez, “Un profesor austero”, 38), reflexiones que manifestaban preocupación por la situación de las humanidades (Justo Pastor Benítez³, “Descuido de la educación clásica”, 22; y Silvio A. Vázquez “Decadencia de la cultura literaria”, 47), y denuncias por la escasez de medios (por ejemplo, el editorial del número 64 da cuenta de que “el estado ha suprimido la mayoría de las becas concedidas a algunos jóvenes ciudadanos”). Atendió de forma especial a los problemas de la universidad (Ramón P. Muñoz, “Extensión universitaria”, 33). Así, José Concepción Ortiz (“Defectos de nuestra cultura”, 53), entre otras deficiencias, señala: “falta de un cuerpo docente selecto y capaz de difundir, desde cátedras, la luz de las ciencias [...] pobreza material, motivo de la pobreza espiritual y vice versa”. Máximo M. Pereira (“Política universitaria”, 65), al preguntarse si ha cumplido su misión la Universidad Nacional, se responde: “hemos vivido fuera del pensamiento contemporáneo y de la acción eficaz”, y considera que urge “ayudar a la petición reciente de los maestros primarios [...] nombramiento de los profesores con el consentimiento del alumnado, mejoramiento de la mísera remuneración de aquéllos [...] combatir los vicios que minan más de cerca nuestra propia vida”. El mismo autor (“Un problema de psicología nacional”, 67-68) denuncia:

Es verdad que existen en la Biblioteca del Colegio Nacional algunos que otros hermosos y grandes libros [...] hace muchos quinquenios que no se han adquirido más libros, y de los escasos que tenemos, doscientos más o menos han desaparecido [...] la Universidad Nacional [...] careciendo de verdaderos maestros [...] y, estando 40 años atrasado del movimiento intelectual de Europa, de una plumada suprimidos [sic] las becas a los estudiantes paraguayos en el extranjero. En estas condiciones no puede pensarse seriamente en la evolución moral del pueblo.

Esa preocupación por el país los llevó a analizar el mundo rural (José Enrique Rodó, “La aldea y la ciudad”, 71; y Justo Pastor Benítez, “Las clases rurales”, 60), la situación de la infancia (Rafael Barrett, “Los niños tristes”, 72), y el papel de la mujer y sus problemas específicos (Justo Pastor Benítez, “Condición social y jurídica de la mujer en nuestro país”⁴, 27; y Carlos Centurión, “La fuente del dolor”, 44-45). Además, hubo artículos en los que quedaban patentes los conflictos que conducirían a la guerra del Chaco (sin autor, “Los

¹De la que se apunta: “si no fracasó, estuvo a punto [...] no ha sido comprendido lo que había de mérito en la pieza”. Su autor nació en 1896 y murió en 1969.

²Sobre ella opina: “ha obtenido un éxito inusitado, aunque no merecido [...]. La figura del héroe, [...] antes de ganar, ha perdido en fama y magnitud a través de la escenificación a la que ha forzado el señor Barrios”.

³Justo Pastor Benítez, (Asunción, 1895-1963) fue historiador, periodista, ensayista y diplomático. Actuó como promotor de la cultura paraguaya en el exilio. Escribió obras como *Bajo el signo de Marte* (Montevideo, 1934), *Algunos aspectos de la literatura paraguaya* (Río de Janeiro, 1935), *La vida solitaria del Dictador Francia* (Buenos Aires, 1937), *El solar guaraní* (Buenos Aires, 1947) y *Formación social del pueblo paraguayo* (1955).

⁴Aboga por la educación femenina.

derechos del Paraguay en el Chaco Boreal. Resumen de las conferencias dadas últimamente por el doctor Manuel Domínguez en el Teatro Nacional”, 56; y Justo Pastor Benítez, “Dos jalones de nuestra soberanía”¹, 33).

También la historia ocupó un lugar preferente en las páginas de *Juventud*. De ella trataron Cecilio Báez (“Último día del Imperio”, 41), Jorge Báez (“Descubrimiento de América. Mi homenaje a España”, 37), Justo Pastor Benítez (“D. Domingo Sarmiento. Rememoración de su estadía en Paraguay, de los afectos procesados y de los homenajes rendidos al recio vencedor de la barbarie”, 57-58), Oscar Creydt (“Gobierno jesuítico del Paraguay”, 74), Heriberto Fernández (“Gesta de leyenda”, 22), Máximo M. Pereira (“Criterio histórico”, 73), S. S. Sauri (“La América Íbera”, 66) y Alfredo Schiller (“Gobierno jesuítico en el Paraguay”, 73). No faltaron algunos estudios lingüísticos (Pablo M. Ynsfrán², “Sobre latinismo”, 51, 52, 53 y 54; y T. Osuna, “Notas guaranícas”, 34, 39, 43 y 44-45), noticias sobre pintura (Antonio Bellolio, “La pintura americana. Una exposición de artistas argentinos en Roma”, 83; Juan Sorazábal, “Crónicas de arte. La exposición Samudio”, 33; y Leon Werth, “París, feria de pintura”, 82), sobre música (Jorge Báez, “La música nativa”, 34; y Juan S. Chaparro, “Aires Nacionales”, 50), sobre prensa extranjera (Heriberto Fernández, “La literatura deportiva”, 37; y Natalicio González “*La Prensa* [Buenos Aires] y el Paraguay”, 30), y sobre ciencias (Justo Pastor Benítez, “Moisés Bertoni”, 35).

Los escritores de las nuevas promociones surgidas a principio de esa década y agrupados en torno a la revista *Juventud* [...] ansiosos de algo distinto, pero privados de directrices encauzadoras e incapaces de organizarse ante las corrientes de pensamiento de posguerra, buscaron el cauce evasivo y convencional en un decadentismo cuyo resultado fue una cosecha profusa y artificiosa en temas y circunstancias³.

Así, en sus tres años de funcionamiento, la revista *Juventud* fue un importante medio de expresión de los autores paraguayos, que sirvió, además, como foro de debate y de difusión de tendencias artísticas, literarias y filosóficas.

¹Sobre el Fuerte Olimpo y el Fuerte San Carlos, en el Chaco.

²Pablo Max Ynsfrán (Asunción, 1894 - Austin, EE. UU., 1972): periodista, poeta, ensayista y crítico literario. Fue uno de los fundadores de la revista *Crónica*. Publicó las memorias del general José Félix Estigarribia (*Marshal Estigarribia's Memoirs of the Chaco War, 1932-1935*, 1950) en cuyo gobierno (1939-1940) participó. Desterrado en 1940 por el general Morínigo, se trasladó a Estados Unidos. Es autor de *El Paraguay contemporáneo* (1929) y *La expedición norteamericana contra el Paraguay, 1858-1859*.

³Josefina Pla, “La narrativa en el Paraguay de 1900 a la fecha”, *Cuadernos Hispanoamericanos*, n° 23, 1969, p. 651.

3.- La renovación narrativa

Como se recordará, Shaw (*Narrativa*), sostiene que, en los años treinta, deja de predominar la “novela hispanoamericana de observación”; y surge el compromiso que desemboca en la obra abiertamente revolucionaria, y en la novela técnicamente innovadora¹. Ambas tendencias se unen en la producción de Roberto Arlt, quien revoluciona la fantasía en novelas de protesta. Así, los años treinta latinoamericanos están marcados por el influjo de las innovaciones literarias inglesas, francesas y alemanas, y por el surrealismo; y, en los cuarenta, termina la novela de la tierra.

En 1930 se clausura [...] la etapa “prenarrativa” en el continente. Y, en 1926, aparecían tres novelas clave: *El juguete rabioso*, del argentino Roberto Arlt, *Don Segundo Sombra*, de su paisano Ricardo Güiraldes, y *Los desterrados*, del uruguayo Horacio Quiroga [...]. Entre 1940 y 1967 se publican novelas fundamentales [...] que marcan [...] la “eclosión” universal de la narrativa hispanoamericana, que ha coincidido en torno a la concesión del premio Nobel a Miguel Ángel Asturias [1967]. (Conte, *Lenguaje* 32-35).

Paraguay no siguió ese proceso, que resulta válido para explicar la evolución narrativa de la mayoría de los países de Hispanoamérica. El editorial de *Juventud* del 15 de agosto de 1925 consideraba la vida literaria paraguaya “insignificante, poca, incipiente”: no se había creado un grupo intelectual ni había obras que superaran lo tradicional. Francisco Pérez-Maricevich lo explica de esta manera:

Dos veces intentó el Paraguay hacerse de una generación de narradores: la primera, en la última mitad del siglo pasado; la segunda, en la primera de este siglo [XX]. En ambas ocasiones el esfuerzo quedó baldío. El espejo mágico de la ficción [...] fuéese reiteradamente escamoteado, ya por la prematura confluencia en la muerte de sus escritores, ya por el extravío de éstos en los alienados cauces de la historiografía y sus mitos cristalizadores².

Así, hasta la Guerra del Chaco (1932-1935), la producción narrativa paraguaya se mantuvo en los márgenes del romanticismo y el modernismo, con tramas escapistas, costumbristas o folletinescas. Roa Bastos (“Narrativa”) considera: “la narrativa paraguaya digna de este nombre comienza al final de la década del 30 con las tres novelas surgidas de la guerra del Chaco”. Como veremos, esas obras constituyeron un pequeño núcleo aislado, que no consiguió cambiar el panorama general de la prosa paraguaya de ficción. Sin embargo, las décadas siguientes, con Casaccia y Roa, supusieron un hito en la renovación de la prosa: mientras *Mariano Pareda* (Casaccia, 1940) inició el camino de ese cambio temático y formal, con el éxito de *Hijo de hombre* (Roa Bastos, 1960) se asentaron las técnicas renovadoras en la novela paraguaya.

Con la nueva contienda internacional, renacieron en Paraguay los poemas populares en guaraní, y los reportajes, crónicas y obras testimoniales en castellano. Los autores de

¹Como señala este autor, Loveluck (*Novelista hispanoamericanos de hoy*, Madrid, Taurus, 1976, p. 12) cita, entre las técnicamente innovadoras *Alsino* (Pedro Pardo, 1920), *Margarita de niebla* (Torres Bodet, 1927) y *Libro sin tapas* (Felisberto Hernández, 1924). A ellas, Rodríguez Monegal (*El boom de la novela hispanoamericana*, Caracas, 1972) añade *El habitante y su esperanza* (Neruda, 1924), *Sátiro* (Huidobro, 1939) y *En la masmédula* (Girondo, 1934).

²Francisco Pérez-Maricevich, *Panorama del cuento paraguayo*, Asunción, Tiempo, 1988, p. 5.

poemas y canciones en guaraní (Emiliano R. Fernández, Leonardo R. Alarcón y Herminio Giménez) colaboraron en *Ocara Poty Cue-mi: Revista de Composiciones Populares*, editada desde 1922 por Félix F. Trujillo. La importancia de esta publicación durante la Guerra del Chaco es subrayada por Roberto Romero, al afirmar: “nuestros soldados portaron dos armas indispensables: el fusil y la revista *Ocara Poty Cue-mi*” (citado por Lustig, “Literatura”).

Entre las obras testimoniales en castellano, hay que señalar *Bajo el signo de Marte* (Justo Pastor Benítez), *Polvareda de bronce* (José Dolores Molas), *La selva, la metralla y la sed* (Silvio Massia), y las memorias de Estigarribia, publicadas por la Universidad de Texas bajo el título de *The Epic of the Chaco* (1950). Sin embargo, el conflicto chaqueño, que generó un gran número de obras de creación en Bolivia (entre las que destacan *Aluvión del fuego*, de Óscar Cerruto, 1935; y *Repete, diario de un hombre que fue a la guerra del Chaco*, de Jesús Lara, 1938) tuvo pocos exponentes en Paraguay. Entre ellos, el libro *Estampas de guerra* (Hugo Rodríguez Alcalá, 1937), algunos relatos diseminados en publicaciones periódicas y antologías (como el cuento “Un héroe”, incluido en el volumen de Bazán *Polen al viento*), y algunas obras muy posteriores (como las entrevistas noveladas que componen *El infierno verde*, de Amado Silva Lara, 1979).

La narrativa [...] prefiere el compromiso con una consigna nacional al compromiso con el hombre y con su tiempo. [...] evita, hasta muy recientemente, el tema chaqueño, a la vez que asistimos a una proliferación de obras de historia o crónica sobre esos mismos hechos bélicos. Como sucedió, primero en la época colonial (misiones guaraníes), en la posguerra del 70, luego hasta 1920, la Historia devoró a la Literatura. (Josefina Pla, “Fecha”).

No obstante, aunque pocas, hubo novelas que trataron sobre la guerra del Chaco. Supusieron un nuevo paso en el proceso de acercamiento a la realidad, ya que introdujeron las vivencias autobiográficas. Dentro de esta nueva tendencia, se inscriben las obras narrativas del actor, abogado, periodista y ensayista José Santiago Villarejo (Asunción, 1907), quien participó en la contienda contra Bolivia. Teresa Méndez-Faith ha calificado *Ocho hombres* (1934) como “una de las mejores novelas de la guerra del Chaco”¹. En ella, Villarejo reflexiona sobre la situación humana en la guerra. Del mismo año e igual temática es su colección de relatos *Hoohh lo saiyo boy (cuentos de la guerra y de la paz)*, en la que consigue personajes verosímiles en lugar de héroes arquetípicos. En *Cabeza de invasión* (1944), Villarejo trató el tema de la guerra mundial. Su obra narrativa se interrumpió durante casi toda la dictadura de Stroessner (excepto por alguna publicación breve en los medios periódicos), hasta la aparición de *Eutimio Salinas* (1986).

También el ensayista y periodista Arnaldo Valdovinos (Villeta, 1908 - Buenos Aires, 1991), exiliado en Argentina desde los años cuarenta, se acercó a la Guerra del Chaco a través de la narrativa (*Cruces de quebracho*, 1934), del artículo (*Bajo las botas de una bestia rubia*, 1933) y de la poesía (*El Mutilado del agro*, 1935). Además, publicó algunos cuentos en el libro ensayístico *La incógnita del Paraguay* (1950).

Al margen del tema de la guerra, la narrativa paraguaya siguió su proceso evolutivo y, en 1938, apareció el primer volumen de relatos de Casaccia, *El guajú*. Aunque esta colección de cuentos muestra características de la producción posterior de Casaccia, como la crítica social y la descripción de Paraguay alejada de arquetipos idealizantes, suele

¹Teresa Méndez-Faith, *Breve diccionario de la literatura paraguaya*, Asunción, El Lector, 1994.

considerarse que la renovación narrativa se inició dos años más tarde, cuando el mismo Casaccia publicó la novela psicológica de tintes existenciales *Mariano Pareda* (1940). En esta novela, Giuseppe Bellini ha señalado la influencia de escritores comprometidos: “desde Dostoievski a Proust, Hemingway, Gide, Mauriac y, en especial, Pío Baroja, en quien Casaccia aprecia sobre todo el hecho de haber subordinado la forma [...] al tema”¹.

Hemos de destacar, como ya lo han hecho varios autores, que la primera novela de la tierra paraguaya, *La raíz errante* (Natalicio González) data de 1937. Juan F. Bazán² ha apuntado que se trata de una obra bien estructurada, en la que el diálogo de los personajes no se adecua al nivel de lengua que les corresponde. Aunque su publicación se retrasara hasta 1953, no resulta exacta la observación de que esta tendencia, que exalta al hombre que se enfrenta al medio natural en que vive, surgió en Paraguay casi dos décadas más tarde que el resto del continente. Dicha observación sólo es válida si nos limitamos a constatar que la primera novela de tierra publicada fue *Del surco guaraní* (1949, Juan Felipe Bazán), obra que enciende el optimismo de Aldo Francis, y le hace sostener: “con *Del surco guaraní* [...] se inicia la novela de cuño nacional”³. También Justo Pastor Benítez afirma:

Benigno Casaccia Bibolini y Juan F. Bazán fueron los primeros noveladores de nuestra campaña [...]. Bazán ubicó el escenario de su novela en un período convulso; le dio por marco una revolución y como telón de fondo una deprimente dictadura. Por eso tiene una cierto viso político que distrae del tema central de novela costumbrista. (Prólogo a *Polen al viento* 7-10).

Aunque Pla (“Fecha”) sostenga que *Del surco guaraní* es “quizá la primera de carácter panorámico en esta literatura”, reconoce: “la intención de denuncia no logra definirse, bajo la carga descriptiva y sentimental”. Por eso, según Roque Vallejos (*Literatura* 66), esta obra de Bazán, como las primeras de Casaccia, se ubica dentro de una tendencia que llama “narcisista”, y que opone a la “realista-crítica”⁴. Sin embargo, podemos afirmar que, a partir de *Mariano Pareda*, la novela paraguaya profundizó en la renovación que culminaría con *Yo el Supremo* (Roa Bastos, 1974): en 1947 se introdujo la vertiente onírica (*El Pozo*, Casaccia), en 1948 apareció la novela naturalista (*El árbol del embrujo*, Anastasio Rolón Medina), en 1951 se creó la primera novela autobiográfica (*La ciudad florida*, Jaime Bestard⁵), y en 1952 se inauguró la novela realista-crítica con la denuncia de la situación del

¹Giuseppe Bellini, *Historia de la Literatura Hispanoamericana*, Madrid, Castalia, 1985, pp. 555-556.

²Juan F. Bazán, *Narrativa paraguaya y latinoamericana*, Asunción, T. G. Casa Américas, 1976.

³Aldo Francis, “La novela en el Paraguay”, en Juan Felipe Bazán, *Polen al viento*, Buenos Aires, Difusión, 1954, p. 167.

⁴Roque Vallejos (*Literatura* 66) divide la narrativa paraguaya publicada entre 1949 y 1965 en dos tendencias: la narcisista (Natalicio González, Concepción Leyes, Juan F. Bazán, Waldemar Acosta y Teresa Lamas) y la realista-crítica (Gabriel Casaccia, Augusto Roa Bastos, Carlos Garcete, Jorge Ritter, José María Rivarola Matto, José Luis Appleyard, Mario Halley Mora, Reinaldo Martínez, Carlos Villagra y Josefina Pla).

⁵Jaime Bestard (Asunción, 1892-1965), más conocido como pintor, es autor de dos comedias (*Arévalo* y *Los Gorriones de la Loma*) y de algunos cuentos inéditos.

campesino de los yerbales paraguayos (*Follaje en los ojos*, José Rivarola Matto¹). Simultáneamente, continuaron la tendencia costumbrista (*Acuarelas paraguayas*, 1940, Carlos Zubizarreta) y la del reflejo de la vida cotidiana (*El terruño*, 1952, Claudio Romero; y *Polen al viento*, 1953, Juan Felipe Bazán). Pero, a pesar de las tentativas, la novela paraguaya no alcanzó su madurez hasta la publicación en Buenos Aires de *La Babosa* (1952)², una obra que “escandalizó en el Paraguay a gente de buena fe sumida en la atmósfera patrioterá” (Hugo Rodríguez Alcalá, “Desde 1960” 52).

Por su parte, la poesía acogió en los años cuarenta temas y técnicas vanguardistas. El primer poemario de Dora Gómez Bueno de Acuña³ (*Flor de caña*, 1940) inauguró el género erótico en Paraguay. En 1946, se creó el Círculo Literario, dirigido por el padre Alonso de las Heras, y formado por antiguos alumnos del colegio de San José. En sus reuniones de los viernes, los miembros del Círculo hablaban de temas culturales y políticos. Algunos de sus integrantes se dedicaron a la literatura, como José Luis Appleyard⁴, Rubén Bareiro Saguier⁵, Carlos Colombino⁶, Rodrigo Díaz-Pérez⁷, José María Gómez Sanjurjo⁸ y

¹José María Rivarola Matto (Asunción, 1917-1998) fue autor de obras teatrales (*El fin de Chipi González*, 1965; *La cabra y la flor*, 1965; *La encrucijada del Espíritu Santo*, 1972; y *Su señoría tiene miedo*, 1983) y ensayos (*Hipótesis física del tiempo*, 1987; *Reflexión sobre la violencia*, 1993; y *La no existencia física del tiempo*, 1994). En 1978, publicó el volumen de narraciones *Mi pariente el cocotero*.

²Hay una edición en Madrid, Ed. Cultura Hispánica, 1990, con prólogo de Hugo Rodríguez Alcalá.

³Dora Gómez (Luque, 1903 - Encarnación, 1987) fue maestra de primaria, colaboradora de *El Orden Asunceno*, y actriz de radio. Según Pla (*Voces femeninas en la poesía paraguaya*, Asunción, Alcándara, 1982), es la única poetisa erótica de Paraguay. Tras *Flor de caña* (1940), publicó *Barro celeste* (1943), *Luz en el abismo* (1954), *Vivir es decir* (1977) y *Antología* (1985).

⁴José-Luis Appleyard (Asunción, 1927-1997) es autor de los poemarios *Entonces era siempre* (1963), *El sauce permanece y otros motivos* (1965), *Así es mi Nochebuena* (1978), *Tomado de la mano* (1981), *El labio y la palabra* (1982), *Solamente los años* (1983), *Las palabras secretas* (1988) y *Desde el tiempo que vivo* (1993). Su drama poético sobre la independencia paraguaya, *Aquel 1811*, obtuvo el Premio Municipal de Teatro 1961. En narrativa, además de la novela citada, publicó *Los Monólogos* (1971) y *La voz que nos hablamos* (1983).

⁵Rubén Bareiro Saguier (Villeta del Guarnipitán, 1930) fue cofundador y director de la revista *Alcor* (1955). Cuando ésta fue desmantelada por la dictadura, en 1961, Bareiro Saguier emigró a París como lector de español. Regresó varias veces a Paraguay, sin ocultar su pertenencia al Partido Liberal Radical Auténtico, y publicó el poemario *Biografía del ausente* (1964) que, según Augusto Roa Bastos (“Conversación con Rubén Bareiro Saguier”, en VV. AA, *Rubén Bareiro Saguier. Valoraciones y comentarios acerca de su obra*, 1986, p. 157) es, junto con *Ceniza redimida* (Hérib Campos Cervera, 1950) y *El viejo fuego* (Elvio Romero, 1977) uno de los más importantes de la literatura paraguaya del exilio. En 1972, fue detenido, torturado y, tras una movilización mundial de intelectuales, liberado y obligado a exiliarse en Toulouse, acusado de ser un agente del comunismo cubano, tras haber admitido el premio Casa de las Américas (Cuba) por su libro de relatos *Ojo por diente* (1971). En la Universidad de esa ciudad francesa, así como en la Sorbona y en la Unesco, ha desarrollado una importante labor de difusión del guaraní. Además, ha publicado estudios sobre cultura y literatura paraguaya, como *Literatura guaraní del Paraguay* (1980); *Augusto Roa Bastos; caídas y resurrecciones de un pueblo* (1989) y *De nuestras lenguas y otros discursos*. Actualmente, es embajador de Paraguay en Francia. Ha publicado los poemarios *A la vibora de la mar* (1977) y *Estancias, errancias, querencias* (1985). El libro que le valió el exilio, *Ojo por diente* (1971), fue editado en Francia con el título de *Pacte de sang* (1971), y trataba, directa o indirectamente, temas de la historia paraguaya, desde Antequera hasta las guerrillas antiestronistas. Posteriormente, sólo ha publicado otras dos obras narrativas: *El séptimo pétalo del viento* (1984) y *Cuentos de las dos orillas*.

⁶Desde 1963, el artista plástico Carlos Colombino Laila (Concepción, 1937) firma sus creaciones literarias como Esteban Cabañas (su abuela materna, la única de sus ascendentes con apellido paraguayo, se llamaba Estebana Cabañas), y manifiesta: “cuando estoy bien, pinto; cuando estoy mal, escribo” (declaraciones en su taller de Asunción en junio de 1998). Es autor de las obras teatrales *Momento para tres* (1956, editada en 1981) y *La parábola del sitio* (continúa...)

Carlos Villagra Marsal¹. Más tarde, el grupo pasó a estar dirigido por Josefina Pla, y a él se incorporaron jóvenes como Miguel Ángel Fernández, Francisco Pérez-Maricevich y Roque Vallejos. Aunque después volvamos a mencionar la Academia Literaria (que, un año después de crearse, cambiaría su nombre por el de Academia Universitaria), convenía citarla aquí, y añadir que, según César Alonso de las Heras y Juan Manuel Marcos (*Curso* III 121), este vanguardismo que empieza a desarrollarse en los años cuarenta tendrá su consolidación en novelas como *Hijo de hombre* (Augusto Roa Bastos, 1960), *Mancuello y la perdiz* (Carlos Villagra Marsal, 1965), *La quema de Judas* (Mario Halley Mora, 1965), *Imágenes sin tierra* (José Luis Appleyard, 1965), *Crónica de una familia* (Ana Iris Chaves de Ferreiro, 1965), *Ybypóra* (Juan Bautista Rivarola Matto, 1969), y en volúmenes de cuentos como *Ojo por diente* (Rubén Bareiro Saguier, 1973), *El contador de cuentos* (Jesús Ruiz Nestosa, 1980) y *Los hombres de Celina* (Mario Halley Mora, 1981).

La prosa paraguaya alcanzó su madurez en los años cincuenta, cuando algunos escritores paraguayos residentes en el extranjero comenzaron el camino que los conduciría hasta una “nueva narrativa paraguaya”, de mayor calidad que la anterior, y mucho más acorde con los movimientos narrativos universales.

À partir des années 50, plusieurs figures sont reconnues internationalement: Gabriel Casaccia, Augusto Roa Bastos, Elvio Romero² et Rubén Bareiro Saguier. Un point commun unit ces écrivains:

⁶(...continuacion)

más perfecto (1984), y de los poemarios *Los monstruos vanos* (1964), *El tiempo, ese círculo* (1979), *Los cuatro lindes* (1981), *Desentierro* (1982), *Premoniciones* (1986), *Foso de palabras* (1992) y *El naufrago insumiso* (Premio García Lorca 1998). En 1997, ganó el concurso de novela del Club Centenario con su obra de temática histórica *De lo dulce y de lo turbio*, cuya revisión ampliada publicó la editorial Sudamericana. Tres años más tarde, ha vuelto a publicar una *nouvelle* titulada *¿Quiere usted tomar un café en esa esquina?*, en la que los personajes (identificables aunque se les cambie el nombre, y aparezcan ridiculizados) conviven con políticos y dictadores paraguayos de todas las épocas. Además, es autor de cuentos (publicados en diversas antologías), y de una novelita inédita titulada *Juego de niños*. Prepara una novela histórica sobre Elisa Lynch.

⁷Rodrigo Díaz-Pérez (Asunción, 1924) es hijo del intelectual español Viriato Díaz-Pérez (quien vivió en Asunción desde 1906 hasta su muerte, en 1958, y sirvió de acicate cultural para las letras paraguayas). En 1957, se exilió a Estados Unidos, donde ha trabajado como médico, y ha desarrollado toda su obra poética (*El minuto de cristal*, 1969; *Los poros del viento*, 1970; *Astillas de sol*, 1971; *Playa del sur*, 1974; y *Cronologías*, 1983) y cuentística (*Entrevista*, 1978; *Ruidos y leyendas*, 1981; *Ingavi y otros cuentos*, 1985; *Incunables*, 1987; *Hace tiempo... mañana*, 1989; y *Los días amazónicos*, 1995).

⁸El poeta de la generación del 50 José María Gómez Sanjurjo (Asunción, 1930 - Buenos Aires, 1988) llegó a presidir la Academia Universitaria. Hijo de españoles, se exilió a Buenos Aires. Su poesía, de tono coloquial, está marcada por la misma huella existencialista que la de los miembros de la Generación del 27 española, como puede observarse en su obra *Poemas* (1978). Con *El español del almacén* (1987, escrita en 1955), hizo su única incursión en el ámbito narrativo, usando episodios de su autobiografía familiar, y acogiendo el tema del desarraigo.

¹Carlos Villagra Marsal (Asunción, 1932) formó parte de la Academia Universitaria. Cofundó y dirigió Alcándara Editora (1982-1988), dedicada a la publicación de obras poéticas paraguayas. También dirigió la Editorial Araverá (1985-1987). Ha sido funcionario internacional de Naciones Unidas, cofundador y primer presidente de la Sociedad de Escritores del Paraguay, profesor en la universidad, colaborador en diversos diarios, y miembro de varias tertulias. Es el embajador de Paraguay en Chile. Ha publicado la novela *Mancuello y la perdiz* (1965, nueva versión en 1991), la antología de artículos *Papeles de Última Altura* (1990), y los poemarios *Antología mínima* (1975), *Guaranía del desvelado [1954-1979]* (1979) y *El júbilo difícil* (1995).

²Elvio Romero (Yegros, 1926) es el más conocido de los poetas sociales paraguayos. En 1947, tuvo que exiliarse en Buenos Aires, donde publicó obras como *Días rotundos* (1948), *Despiertan las fogatas* (1953), *Los* (continúa...)

ils ont tous quatre produit la quasi totalité de leur oeuvre en exil. (Castro, "Paraguay" 15).

Sin embargo, esta prosa apenas influyó en los narradores que vivían en Paraguay. Ellos arrastraban un atraso literario difícil de superar, desconocían la producción exterior, y se enfrentaban a los problemas de un sistema dictatorial.

Los efectos de esta privación [de libertad] se hacen patentes [...] en el hecho de que las obras de narrativa en que se da cabida a la denuncia social o simplemente humana, aparecidas desde 1952 hasta 1960, hayan debido hacerlo todas desde el exterior, y que su aparición haya suscitado una oleada de crítica (llamémosla así, a falta de palabra mejor) tan pobre en la forma como incapaz y tendenciosa en el contenido. Todos estos factores coincidieron para crear en los autores posibles una autocensura¹ que se ha hecho sentir penosamente hasta hace unos pocos años [el artículo es de 1968] en la creación intrafronteras. (Pla y Maricevich, "Narrativa" 185).

Por eso, al analizar la literatura paraguaya de las tres primeras décadas del régimen stronista, hemos de referirnos a las diferencias entre lo que produjeron los escritores que vivían en Paraguay, y los avances conseguidos por los que escribían en el exterior. Como señalaba Mario Benedetti en 1981,

En los castigados países del Cono Sur se está gestando actualmente una [...] ruptura provocada por los respectivos gobiernos de fuerza en el campo estrictamente cultural. La persecución y discriminación políticas, así como la imposibilidad de publicar y trabajar, han motivado que un buen número de escritores, [...] universitarios, periodistas, etc. hayan sido empujados a exilio [...]. Entre los que se han quedado en el país [...] hay artistas y escritores que renuncian a hacer públicos sus trabajos [...]. En el exilio, en cambio, el escritor recupera la plenitud de la palabra; puede hacerle decir a ésta lo que efectivamente quiere².

En el caso de Paraguay, el exilio de gran parte de los intelectuales dio lugar a lo que Carlos Villagra llama "la trágica tajadura del 47"³.

La dirección de la producción literaria paraguaya se fue bifurcando debido a las influencias que

²(...continuación)

innombrables (1959), *Esta guitarra dura* (1961), *Destierro y atardecer* (1962), *Libro de la migración* (1966), *Los valles imaginarios* (1984), *Poesías completas* (2 volúmenes, 1990) y *El poeta y sus encrucijadas* (1991). Con el último de esos títulos ganó en el primer Premio Nacional de Literatura Paraguaya. El actor Arturo Fleitas ("Predicción cumplida", *El Augur Mediterráneo*, nº 11-12, 1993, p. 16) recuerda: "A Elvio Romero y Nicolás Guillén los leíamos en la clandestinidad en Paraguay. Copiábamos sus poemas y nos los pasábamos en secreto y subrepticamente como si fueran panfletos contra la dictadura. Y lo eran, porque ser sorprendidos por los 'pyragües' [la policía secreta stronista] con un poema de Elvio era suficiente motivo para ser encerrado y torturado [...]. Elvio ya no era un hombre ni un poeta, sino el símbolo de los anhelos de libertad del país entero". Para facilitar la comprensión de estas afirmaciones de Arturo Fleitas, reproducimos uno de los poemas más conocidos de Elvio Romero: "El dictador (epigrama)" (extraído de Teresa Méndez-Faith, *Antología* 254-255): "Pobló el solar / de cárceles; / supuso que a su paso / no crecerían nunca / las hierbas ni el rocío. / El desprecio a su imagen / y a su nombre / los verdeció / hace tiempo".

¹Francisco Pérez-Maricevich, en una entrevista mantenida en su oficina de Asunción el cinco de junio de 1998, añadía que, a la autocensura, se sumaba la censura previa, ya que las imprentas mandaban un ejemplar del manuscrito al Ministerio del Interior, sin cuyo permiso no se editaba ninguna obra.

²Mario Benedetti, "Los de adentro y los de afuera" en *Subdesarrollo y letras de la osadía*, Madrid, Alianza, 1987, 160-162.

³Carlos Villagra, "La obligada respuesta (III, final)", *Hoy*, 5 de noviembre de 1989, p. 15.

recibían los escritores, a los temas que les atraían, a la censura que padecían los de adentro y a la libertad de expresión que gozaban los de afuera, que se reflejó en el estilo: el uno perfeccionó el cultivo de la entrelinea [...] el otro [...] se expresó en nuevas formas [...]. Tanto el escritor exiliado como el insiliado viven aislados, no se comunican entre ellos, adaptándose a vidas paralelas¹.

Esas vidas paralelas no sólo llevaron a la ignorancia mutua, sino que facilitaron que el resto del mundo pensara que la única literatura paraguaya existente era la escrita en el exterior:

La narrativa producida en el destierro por escritores que llevan la carga del extrañamiento se benefició de una extrema difusión; en tanto la otra, troquelada dentro de los límites asfixiantes de un país donde disenter con el sistema provocaba el ensañamiento, el ostracismo o la cárcel, sobrelleva el estigma de lo incógnito y aún la sombra de la inexistencia².

Una inexistencia que, como vamos a ver, ha dejado de ser tal, para convertirse en mero desconocimiento. Pero antes hemos de referirnos a la literatura paraguaya en el extranjero. Como se recordará, la guerra civil de 1947 terminó con la derrota de los sublevados contra la dictadura de Higinio Morínigo. Se abrió así una etapa de inestabilidad y continuos cambios de gobierno, que condujo a la dictadura de Stroessner.

[La consecuencia de la guerra civil fue] el éxodo masivo de una cuarta parte de la población del país. En esta cuarta parte estaba comprendida la casi totalidad de la clase obrera y de sus dirigentes. La mayoría de los intelectuales, de los profesionales y de los estudiantes universitarios. La plana mayor y media de tres de los cuatro partidos políticos, a la que pronto siguieron fracciones del partido gobernante. Puede decirse que el centro de gravedad de la vida política y cultural del Paraguay se trasladó a Argentina. (Rivarola Mato, "Ideas" 226).

Es decir que, a raíz de los acontecimientos de 1947, se marcharon al exilio los escritores paraguayos de la llamada generación del cuarenta, por motivos personales y económicos (Roa Bastos) o políticos (Campos Cervera). Y fueron esos exiliados los que consiguieron crear obras maduras que merecieron la atención de la crítica.

Prácticamente todas las obras neobarrocas paraguayas importantes fueron escritas en el exilio, incluidas las de Herib Campos Cervera (1905-1953), Augusto Roa Bastos (n. 1917) y Elvio Romero (n. 1926) en Argentina; Carlos Villagra Marsal (n. 1932) en Chile; Gustavo Gatti (n. 1927), Gonzalo Zubizarreta (n. 1930), Roberto Thompson, entre otros, en Estados Unidos; Rubén Bareiro Saguier (n. 1930) en Francia. (Marcos, "Díaz-Pérez" 55).

Además de beneficiarse de la libertad para escribir sin censura, los escritores afincados fuera de Paraguay pudieron conocer otros medios y otras literaturas, y tuvieron a su disposición una industria editorial inexistente en su país de origen.

En el exilio [...] el escritor recupera la plenitud de la palabra; puede hacerle decir a ésta lo que efectivamente quiere. Sus eventuales limitaciones sólo serán las de su talento (o su falta de tiempo), el grado de vocación, la constancia de su trabajo. Pero hay una limitación nueva: la falta de su ámbito

¹Gloria da Cunha Giabbai, *La cuentística de Renée Ferrer: continuidad y cambio de nuestra expresión*, Asunción, Arandura, 1997, pp. 34-36.

²Renée Ferrer, "Narrativa paraguaya actual", *Exégesis*, n° 26, 1996, p. 42.

natural. (Benedetti, “Adentro” 162).

Parece que “esa falta de su ámbito natural” es lo que provocó en buena parte de los exiliados paraguayos unas obras marcadas por la nostalgia o por la crítica al país. En este sentido, se ha considerado fundamental en la evolución de la narrativa paraguaya la publicación en Argentina de *La Babosa* (Casaccia, 1952).

La literatura paraguaya en cuanto hecho literario vulgarizado extrafronteras, no existió hasta pasado el medio siglo¹ [...] la narrativa [...] sólo había producido, hasta esa fecha, pocas obras que excediesen el nivel de conato bien intencionado. Eloy Fariña Núñez (1885-1929) había plantado en 1912 con su cuento *Bucles de oro* un hito literario que tardaría cuarenta años en ser rebasado [...]. Teresa Lamas (1887) dio en 1924 y 1928 [...] sendos ejemplos de narración buena [...] que tampoco serían superados hasta pasado el medio siglo. Si Rafael Barrett (1875-1910) en 1910 había lanzado [...] su *Dolor paraguayo*, esta invitación a un examen de la realidad circundante sólo había sido recogida [...] en *Aurora* (1920) [...]; solamente pasado 1950 otro escritor de talento [Casaccia] recogerá esta preterida vertiente para denunciar el trágico destino de su pueblo. (Josefina Pla, “Fecha”).

Los protagonistas de *La Babosa* no son los héroes patrios de un país idílico, sino antihéroes que viven en un pueblecito opresivo y desprovisto de lirismo (Areguá, a orillas del mitificado lago de Ypacaraí). Con *La Babosa*, apareció por primera vez en la literatura paraguaya el uso continuado del monólogo interior, y la vocación de crear un mundo narrativo en el que analizar (con marcado pesimismo) la condición humana. Como explica Giuseppe Bellini (*Historia* 556), “la novela fue objeto de feroces críticas en Paraguay precisamente por la eficacia con que denunciaba la realidad nacional”.

Todavía en la década de los años cincuenta, otros escritores paraguayos residentes en Argentina, como Garcete y Roa Bastos, se unieron a la renovación temática inaugurada por Casaccia. Rivarola Matto sugiere algunas circunstancias comunes a Casaccia y Roa:

Vivieron la engañosa victoria de la guerra del Chaco y la experiencia nacionalista revolucionaria de 1936 [...] la derrota de la revolución democrática de 1947 [...] la obra de ambos escritores expresa el estado de ánimo de la burguesía y de la pequeña burguesía paraguayas, protagonistas responsables de todas las tragedias [...] tiene el mérito de haber dado un golpe de muerte al chovinismo embrutecedor, a la autosatisfacción de la ignorancia. [...] ni Casaccia ni Roa Bastos han podido descubrir y convertirse en intérpretes de un personaje que en el primero oficia de sirviente y en el segundo de fantasma [...]: el pueblo paraguayo. (“Ideas” 233-235).

Augusto Roa Bastos² entró en el mundo de la prosa con el libro de relatos *El trueno*

¹Esta situación de la literatura paraguaya es particularmente grave. Pero, respecto a la continental, creemos oportuno hacernos eco aquí de la reflexión de Roberto Fernández Retamar (*Para una teoría de la literatura hispanoamericana*, Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1995, p. 228): “aunque esta literatura [la hispanoamericana] hubiera dado ya figuras notables [...] sólo a partir de la década del 60 puede hablarse realmente de la entrada de la literatura latinoamericana en el mundo, de su articulación orgánica con la literatura universal”.

²Augusto Roa Bastos nació en 1917. Como de su vida y de su obra se hablará a lo largo de este trabajo, baste señalar ahora que pasó su infancia en Iturbe, donde escribió sus primeros poemas y una obrita teatral. Estudió en Asunción y, durante la segunda Guerra Mundial, fue corresponsal en Europa. Dejó Paraguay en 1947 para trasladarse a Buenos Aires, donde fue redactor del diario *Clarín*, y donde publicó la mayor parte de su obra. Entre 1976 y 1985, trabajó como profesor en la Universidad de Toulouse (Francia). En 1989, recibió el Premio Cervantes. Desde 1996, volvió a establecer (continúa...)

entre las hojas, publicado por Losada en 1953. Luis Sáinz de Medrano considera esta obra como una de las que sientan “las bases y motivaciones esenciales del ‘boom’ de la narrativa hispanoamericana”¹. Además, interesa señalar que ya en este primer libro de Augusto Roa Bastos encontramos temas históricos. Por ejemplo, “El Karuguá” presenta a un combatiente de la guerra del Chaco que, tras ser rescatado de una pila de cadáveres, regresa a su pueblo convencido de ser un profeta; “La excavación” aúna la fuga frustrada de un preso con el recuerdo de una excavación durante la guerra chaqueña; “El prisionero” está ambientado en la Guerra contra la Triple Alianza; y “La gran solución” presenta a un personaje que simula un accidente para no ir a la guerra.

Carlos Garcete, tras luchar en la Revolución de 1947, hubo de exiliarse a Argentina, donde reunió sus cuentos en *La muerte tiene color* (1958). Se trata de una obra realista, centrada en denunciar los problemas surgidos por la diferencia de partido o de color. Era el comienzo de una trayectoria literaria inscrita en el realismo social (materializada en volúmenes de relatos, como *El collar sobre el río*, 1986, y *El caballo del comisario*, 1996), y de una vida marcada por la emigración: en 1976, Garcete se marchó a Francia, para regresar a Buenos Aires en 1986, y a Paraguay en 1989.

La década de los años sesenta se abrió con la publicación de la primera novela de Augusto Roa Bastos, *Hijo de hombre*², que obtuvo el premio de la Municipalidad de Buenos Aires, y confirmó el buen hacer literario de su autor, y su capacidad para mezclar lo real y lo simbólico en su crítica sociopolítica. En esta novela se encuentran ya presentes “una visión cíclica de la historia [...] en espirales sucesivas de lucha y fracaso [...]. La incorporación de mitos y símbolos, la discontinuidad narrativa, los saltos cronológicos y la alternación de narradores” (Shaw, *Narrativa* 136). Menton³ considera que conjuga la visión local y la visión universal del hombre, uniéndose así al movimiento de renovación narrativa del continente.

La reconstrucción de la situación nacional determinada por la guerra del Chaco adquiere una dimensión de verdadera pesadilla [...] confluyen experiencias múltiples que van desde el Modernismo a la Vanguardia, lecturas de Proust y de Kafka, las aportaciones de Joyce, del psicoanálisis y, especialmente, del cine, donde Roa Bastos ha trabajado como director. (Bellini, *Historia* 553).

A pesar de que no vamos a detenernos en la producción de Augusto Roa Bastos ni en la de Gabriel Casaccia⁴, conviene recordar que, antes de que se cerrara la década, ambos

²(...continuación)

su domicilio en Asunción. Es *doctor honoris causa* por la Universidad de Corrientes (Argentina), y Jacques Chirac le entregó la Orden de la Legión de Honor.

¹Luis Sáinz de Medrano, *Historia de la Literatura Hispanoamericana (Desde el Modernismo)*, Madrid, Taurus, 1989, p. 330.

²*Hijo de hombre* se publicó en Buenos Aires (editorial Losada), en 1960. Su nueva versión apareció en 1982, en París (ed. Belfond). De ella procede la edición española de Alfaguara (Madrid), de 1985.

³Seymour Menton, “Realismo mágico y dualidad en *Hijo de hombre*”, *Revista Iberoamericana*, nº 63.

⁴Dado que sus obras han sido ampliamente estudiadas, nuestra investigación no llevaría sino a repetir ideas que han sido desarrolladas por críticos de merecido prestigio. Esta convicción nos ha hecho orientar nuestros esfuerzos hacia otros escritores menos conocidos en el ámbito internacional. Entre la gran bibliografía existente sobre Roa, conviene (continúa...)

publicaron varias obras. Roa Bastos reunió sus cuentos en cuatro volúmenes: *El baldío* (Buenos Aires, Losada, 1966), *Los pies sobre el agua* (Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1967), *Madera quemada* (Santiago de Chile, Edición Universitaria, 1967) y *Moriencia* (Caracas, Monte Ávila, 1969), aunque algunos de los relatos que allí aparecen habían sido editados previamente (por ejemplo, en *Los pies sobre el agua*, figuran como cuentos independientes los capítulos I y V de *Hijo de hombre*). Por su parte, Casaccia dio a la imprenta una edición aumentada de *El Pozo* (1967), y dos novelas: *La llaga* (1964) y *Los exiliados* (1966).

En *La llaga*, Gabriel Casaccia ataca de una manera aún más implacable los males estructurales del país, entre ellos la prolongada dictadura, con las violencias físicas y morales que implica, la subversión de todos los principios en personajes minuciosamente estudiados a la luz de Freud [...]. *Los exiliados* es un examen igualmente amargo de una situación que no tiene salida: la de los exiliados, precisamente, aniquilados por el tiempo de la espera en los confines de una patria inalcanzable. (Bellini, *Historia* 556).

Ya en los años setenta, Fernando Caballero publicó su novela *El río del este* (1971) en México, y Lincoln Silva se ganó el favor de los lectores argentinos con su crítica humorística del sistema político paraguayo (*La rebelión después*, 1970), y su sátira política en torno a un hombre de izquierdas que quiere acabar con la dictadura (*General, general*, 1975). Además, el mismo año en que Carpentier publicara *El recurso del método*, la prosa histórica paraguaya dio un giro con la novela que inaugura en Hispanoamérica la vertiente conocida como “novela del dictador”: *Yo el Supremo*¹ (Buenos Aires, Siglo XXI, 1974), basada en la obra de Julio César Chaves (1907-1989) *El Supremo Dictador. Biografía de José Gaspar de Francia*; y cuya cuarta parte es una reproducción de textos de historia. Según Juan Illanes², en 1967, Carlos Fuentes y Mario Vargas Llosa encargaron a varios autores la escritura de un capítulo para un libro sobre el perfil de los dictadores, que debería llamarse *Los padres de la patria*. A pesar de que tal proyecto no llegó a consolidarse, de él nacieron *El recurso del método* (Alejo Carpentier), *El otoño del patriarca* (Gabriel García Márquez) y *Yo el Supremo* (Augusto Roa Bastos).

Durante una entrevista que mantuvimos con Roa Bastos en su domicilio de Asunción, el cuatro de junio de 1998, él afirmó que esta novela “es la lucha titania [sic] contra el lenguaje, no contra el dictador”. Sin embargo, en *Yo el Supremo*, Roa Bastos no sólo utilizó

⁴(...continuación)

consultar: Francisco Tovar (*Las historias del dictador, “Yo el Supremo”*), Glagys Vila Barnes (*Significado y coherencia del universo narrativo de Augusto Roa Bastos*), Rubén Bareiro Saguier (*Augusto Roa Bastos*), y Carmen Luna Sellés (*La narrativa breve de Augusto Roa Bastos*); y el *Homenaje a Augusto Roa Bastos (Cuadernos Hispanoamericanos, nº 493-494)*. Sobre Casaccia, son importantes los trabajos de Francisco E. Feito (*El Paraguay en la obra de Gabriel Casaccia*) y Hugo Rodríguez Alcalá (*La narrativa hispanoamericana del siglo XX 195-210*).

¹Hay varias ediciones en España, entre las que destaca la de Milagros Ezquerdo (Cátedra, 1983).

²Afirmaciones de Juan Illanes, durante el seminario “La figura del dictador en tres novelas hispanoamericanas. Equivalencias y distorsiones narrativas, según testimonio de víctimas” (Alicante, 17 a 20 de octubre de 2000). En el mismo seminario, Illanes recordaba que la figura del dictador era la del magistrado supremo romano, nombrado por el poder ejecutivo, que sólo podía tener poder absoluto en caso de guerra y de sedición; y que los dictadores hispanoamericanos del siglo XIX basaron su ideología en *El Leviatán* de Thomas Hobbes (1538), obra que sostiene que las personas son naturalmente malas y “los gobernantes deben proteger a su pueblo del propio egoísmo [...] el mejor gobernante es el que tiene el poder de un leviatán”.

técnicas narrativas modernas, sino que desmitificó la figura de uno de los que el revisionismo consideró un pilar del “alma de la raza”. Con *Yo el Supremo*, Paraguay se unió a una tendencia común en Iberoamérica: la nueva novela histórica¹.

Se aleja visiblemente de la tradición, presenta interesantes novedades en su montaje, en el desarrollo de una aguda investigación sobre la dictadura, estigmatizada en su significado negativo por la propia alucinación del Supremo, por su verborrea y grafomanía, ya que dicta continuamente y escribe, reduciendo a su propio secretario [...] a un simple autómatas. En un enorme cúmulo de confesiones, diálogos, monólogos, dictados y escrituras [...] toma cuerpo un universo dominado por el terror², víctima de una idea alucinada del poder, del orden y del estado³, del cual el Supremo se siente encarnación única y sagrada. (Bellini, *Historia* 554).

En 1991, *Yo el Supremo* fue adaptada por Gloria Muñoz, y representada en el Teatro Municipal de Asunción, por el Centro de Investigación y Divulgación Teatral, con dirección de Agustín Núñez. Entonces, el propio Roa Bastos explicó *Yo el Supremo* como el producto de la conjunción de cultura individual y colectiva, de mito e historia (o la imposibilidad de separar lo real de lo imaginario). Y añadió la concepción cíclica del tiempo (con sus consiguientes acronías), y la ficcionalización de personajes reales sin el distanciamiento propio de la épica. También Osvaldo González Real señaló:

El diálogo entre la posmodernidad y la cultura oral de mi país, basada en el tiempo circular del “eterno retorno”, será fructífero para la creación artística. Un ejemplo ya lo tenemos en la novela *Yo el Supremo* [...] que plantea un entrecruzamiento de tiempos y espacios míticos e históricos que configuran la personalidad de un hombre y un pueblo⁴.

Además, en el programa de la representación teatral, un texto de Roa Bastos afirmaba que el doctor Francia,

famoso en los canales de la historia política americana, fue empero poco conocido en su propio país donde se convirtió en un mito oscuro y solitario, terrible y al mismo tiempo benéfico y providencial: en una suerte de Dios Término o héroe de origen como en las antiguas sagas orales que hacen los pueblos. Esta leyenda del poder absoluto y su reflexión en la mitología de nuestro tiempo es el núcleo central de la obra [...]. El personaje protagónico de *Yo el Supremo*, es así más fuerte que la muerte pues no sabe que ha muerto. Vive en la imaginación colectiva, en el presente inacabable de la memoria de un pueblo [...] que le permite revivir (no representar) los acontecimientos de su época pero también la época presente y todas las épocas puesto que en la dimensión de la memoria

¹Sin embargo, durante la citada entrevista, Roa Bastos afirmó desconocer que existiera una tendencia llamada “la nueva narrativa histórica hispanoamericana”, y confesó no haber leído novelas históricas escritas en Latinoamérica (como el *Bolívar* de García Márquez o la producción de Carpentier) “por una cuestión de higiene mental [...]. No tengo la afición localista [...]. Mi literatura está segregada de este contexto histórico [...]. *Yo el Supremo* es la lucha titania [sic] contra el lenguaje o con el lenguaje [...] en una sociedad desestructurada que no tiene su lengua propia a pesar de tener dos”.

²En la página siete de la novela (Bogotá, La Oveja Negra, 1984) se dice: “la memoria no recuerda el miedo. Se ha transformado en miedo ella misma”.

³Como el Calígula de Camus, el protagonista de *Yo el Supremo* está obsesionado por dominarlo todo, incluso el azar: “objetivo primer: armar en lo anárquico lo jerárquico [...]. Me preocupa dominar el azar. Poner el dedo en el dado, el dado en el dédalo. Sacar al país de su laberinto” (pp. 98-99, de la misma edición).

⁴Osvaldo González Real, “La posmodernidad en el Paraguay”, *Correo Semanal*, 4 de febrero de 1996, p. 13.

colectiva la imagen mítica del Padre Todopoderoso es indeleble e inagotable.

Estas características hacen que *Yo el Supremo* pueda ser considerada el primer exponente de la nueva narrativa histórica paraguaya. Sin embargo, esta novela fue mucho menos leída en Paraguay de lo que lo fuera *Hijo de hombre*, por lo que su influjo en los jóvenes escritores es considerablemente menor. Y casi desconocido resulta el relato *El sonámbulo* (aparecido en la revista *Crisis*, 1975), que se centra en la narración de uno de los militares acusados de traicionar a López poco antes del fin de la Gran Guerra, el coronel Silvestre Carmona, superviviente de la Guerra de la Triple Alianza y de la acción de Cerro Corá. Este cuento se desarrolló hasta convertirse en una novela corta homónima (que apareció en el libro sobre el pintor argentino Cándido López¹, publicado en Parma, Italia, por la editorial Ricci, en 1976), donde pone de manifiesto la incapacidad humana para juzgar.

Mientras la prosa paraguaya escrita en el extranjero alcanzaba fama internacional, muchos de los que no abandonaron el país se vieron confinados a lo que se ha dado en llamar el “exilio interior”. Como señala Gloria da Cunha-Giabbai (*Cuentística* 140), “las voces literarias de dentro fueron enmudecidas desde 1947 y, si bien las de afuera continuaron expresándose sin restricciones, se rompieron los lazos que las mantenían unidas en una sola literatura”. Además, para Augusto Roa Bastos, al exilio exterior y al interior “se agrega un tercer exilio: el que sufren los escritores en su interioridad misma y los despoja de la obra aún no escrita”². Según Juan Manuel Marcos, el enmudecimiento y la emigración hicieron que la literatura quedara en el país bajo el liderazgo de

adherentes nativos del dictador o por intelectuales igualmente conservadores de origen extranjero. El más exitoso entre estos últimos fue el sacerdote español César Alonso de las Heras (n. 1913), un buen poeta de un esteticismo abstracto y sin compromiso [...] impartió la misma doctrina a sus discípulos de la Academia Literaria, un taller literario burgués altamente selectivo [...] los alumnos [...] siguieron la huella esteticista [...] en poemas, dramas, relatos y ensayos. (“Díaz-Pérez” 55).

Dos de los integrantes de esa generación de autores, Francisco Pérez-Maricevich y Carlos Colombino, explicaban de manera bien distinta esta situación:

Nosotros fuimos los que trabajamos bajo la dictadura. Sin emigrar, sin hacernos los exiliados como Roa, con la esperanza de después escribir toda nuestra experiencia pasada: pero ¡cuesta tanto retomar la voz! (Declaraciones de Pérez-Maricevich en la entrevista en su oficina el cinco de junio de 1998).

Los autores del 60 vivimos el momento más terrible de la dictadura [...]. Teníamos una visión contraria a la de los escritores del cincuenta (Ramiro Domínguez, Carlos Villagra, Elvio Romero...) [...]. Poníamos bombas molotov en la calle, íbamos presos, ayudábamos a la gente que vivía en la clandestinidad, nos reuníamos... Éramos todos filocomunistas. Pero los textos eran medio surrealistas [...]. En 1964, voy a París, y Elvio Romero, que vivía allí, me invita a comer a su casa. Me pide que lea algo de lo que escriben los jóvenes. Empiezo a leer, y él monta en cólera, y me dice: “¿pero qué pasa con esta juventud? Yo he pasado por la historia de la literatura paraguaya y no ha quedado nada. Esto es escapismo, no tiene nada que ver con lo que pasa en el país” [...]. Había una visión de que el grupo estaba en contra de la literatura del cuarenta y del cincuenta, que hacíamos una

¹Cándido López, soldado de Mitre durante la Guerra de la Triple Alianza, reflejó en sus cuadros las batallas.

²Augusto Roa Bastos, “De escritores en exilio, militares y otras calamidades”, en VV. AA, *Rubén Bareiro Sagüier. Valoraciones y comentarios acerca de su obra*, 1986, p. 136.

literatura no comprometida. [...] Nosotros sentíamos que necesitábamos un mundo que fuera hacia otro lado. (Declaraciones de Carlos Colombino en la entrevista mantenida en su taller en junio de 1998).

Sea como fuere, las obras paraguayas más innovadoras se publicaron en el extranjero, o procedieron de escritores que, en su mayor parte, se habían formado fuera de Paraguay, y “prefirieron un camino más independiente, como [...] Rodrigo Díaz-Pérez, Rubén Bareiro Saguier y Carlos Villagra Marsal” (Marcos, “Díaz-Pérez” 55). A la vez, se extendió una literatura oficialista, heredera de la representada por Natalicio González, y caracterizada por “indigenismo, herolatría, idealización complaciente”¹. Es el caso de Ángel Peralta Arellano², ejemplo de autor al servicio de la dictadura. Aun así, dentro de Paraguay, hay que destacar esfuerzos memorables, como la labor de la revista *Alcor*, surgida en 1955 con la voluntad de dotar a la crítica paraguaya del rigor imperante en otros países. Bajo la dirección de Rubén Bareiro Saguier y Julio César Troche, *Alcor* tuvo una vida de más de quince años (más de cuarenta números), hasta que fue clausurada tras la detención de Bareiro (motivada por la aceptación de un premio literario cubano). En sus páginas, publicaron autores y críticos de la talla de Rubén Bareiro, Augusto Roa Bastos, Josefina Pla, Francisco Pérez-Maricevich, Hugo Rodríguez Alcalá, Elvio Romero, Carlos Villagra, José Luis Appleyard, Rodrigo Díaz-Pérez... Para Bareiro Saguier (en Roa Bastos, “Conversación” 161), *Alcor* “es la concepción de un sueño compartido. Un sueño de rebeldía, de esperanzas, de amor, de rabia, a veces. Una semilla sembrada en el vientre del futuro, pensando en nuestra patria”.

Sin embargo, estos escritores carecían de la libertad de los que publicaban fuera, y los avances narrativos fueron menores. En un intento de revalorizar las letras tradicionales paraguayas, y dentro de la tendencia que Roque Vallejos (*Literatura* 66) denomina “novela narcisista”, se inscribe la obra de María Concepción Leyes de Chaves (1891-1985). En *Tava’í* (1942), además de reflejar mitos y costumbres paraguayas, introdujo como personaje al hijo del histórico general Molas. La misma visión tradicional de la sociedad de su país se percibe en la recopilación de veintiún cuentos y una tragedia, titulada *Río Lunado* (1951), donde evoca leyendas folclóricas paraguayas. Uno de los relatos de ese libro es “Romance de la Niña Francia”, algunos de cuyos fragmentos extraemos de Pérez-Maricevich (*Panorama* 69-75):

Salió a su encuentro [del Dr. Francia] [...] doña Ninfa Cañete, su prima lejana y única amiga [...]. No demoró en presentarse una niña que frisaría en los veinte años [...] algo pugnaba en su espíritu, algo grande, ávido, más fuerte que el respeto, mejor dicho, que el tremendo temor que inspiraba aquel señor de un pueblo [...]. Amaba a un joven que la había pedido en matrimonio; pero el mozo no osaba presentarse al Supremo [...] por su mente [del Dr. Francia] desfilaron recuerdos. [...] la secreta inclinación fugaz que en la plenitud de su existencia le había dejado una paternidad, reducida a simple tutoría, sobre aquella niña [...].

- ¿Dónde se ven? [...]

- En la iglesia de la Trinidad, los domingos, después de la misa [...].

¹Rubén Bareiro Saguier, “Estructura autoritaria y producción literaria en Paraguay”, en *De nuestras lenguas y otros discursos*, Asunción, Biblioteca de Estudios Paraguayos, 1990, p. 107.

²Ángel Peralta fue Secretario General de la Presidencia, presidente del Directorio de Autores Paraguayos y de la Asociación de la Prensa Paraguaya. Sus poemarios son *La epopeya de la selva* y *Estampas de Asunción*. El primero, dedicado a Stroessner y a “el Caudillo del Pueblo Español, Generalísimo Don Francisco Franco, magníficos líderes de la hispanidad”; y el segundo consagrado a exaltar a Francia, los López, Bernardino Caballero y Stroessner.

- Ninfa -dijo, autoritario-. La Niña no volverá a poner los pies en la iglesia [...] y tanto tú como las criadas -agregó- cuidarán de que no salga al patio [...] - y la Niña morirá sin haber vuelto a ver el cielo libre sobre su frente [...] ocho hombres armados le cortaron el paso [al pretendiente], y lo llevaron preso [...]. La suerte que le cupo aun no se ha esclarecido [...]. Nadie reconocía en ella a la Niña Francia. Días, años enteros, con refinada y lenta crueldad, [...] el encierro, el fastidio, la envilecedora vigilancia [...]. En un día como ese, en que la Niña Francia hubiera deseado pasear por Asunción, cuatro soldados conducían sus restos. Detrás iban las dos mulatas [...] como temerosas todavía de ser sorprendidas en falta por el autócrata [que había muerto diez años antes].

Además de las obras citadas, Leyes escribió una de las primeras biografías noveladas de Paraguay: la novela histórica *Madame Lynch y Solano López* (1957), donde narró, desde un punto de vista romántico, la vida de la compañera del mariscal.

Durante los primeros años de la dictadura stronista, la narrativa producida en el país continuó la exaltación de lo paraguayo (*Ñandé*, 1958, Waldemar Acosta); y comenzó el realismo social de influencia picaresca (*Juan Bareiro*, 1958, Reinaldo Martínez). En la década siguiente, la poetisa Josefina Pla reunió por primera vez un volumen de relatos, *La mano en la tierra* (1963), donde da cuenta del sufrimiento de los más desfavorecidos, e incluye algún cuento de tema histórico, como el que da título al libro, que se centra en el personaje de Blas de Lemos, en los tiempos de Cabeza de Vaca, Velasco y la colonización de Buenos Aires. Además, Jorge Ritter¹ denunció la situación del campesino (*El pecho y la espalda*, 1961); Carlos Villagra insertó elementos populares en un relato experimental que renovaba la novela nativista y afrontaba el problema del bilingüismo (*Mancuello y la perdiz*, 1965); José Luis Appleyard se enfrentó al tema del exilio (*Imágenes sin tierra*, 1965); y Ana Iris Chaves de Ferreiro² tuvo presente el recuerdo de la Guerra de la Triple Alianza en una novela que, a juicio de Peiró y Rodríguez Alcalá, “tiene la apariencia de una sucesión de cuentos unidos por un hilo temático común”³: *Crónica de una familia* (1966). Esta obra rastrea los orígenes de la riqueza de una familia “lopista”, mostrando la evolución del pensamiento de los paraguayos desde 1870 hasta 1950, y mezclando recursos innovadores, como el monólogo interior indirecto y la elipsis, con la exaltación del nacionalismo, y las tramas amorosas de corte romántico.

La década de los años setenta se abrió con la publicación de una novela nativista (*El mangual*, de Noemí Ferrari); y dos novelas históricas *La estrella de las Navas* (sobre las Navas de Tolosa) y *Alvar Núñez “Maragatú”* (historia novelada de la conquista, centrada

¹Jorge R. Ritter (Asunción, 1907 - Buenos Aires, 1977) volvió a reflejar la difícil vida de los campesinos en su novela *La hostia y los jinetes* (1969). En 1974, publicó una novela sobre la Guerra del Chaco titulada *La tierra ardía*. Dejó inconclusa la novela *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*. Fue autor de cuentos, artículos y obras teatrales.

²Ana Iris Chaves de Ferreiro (Asunción, 1922 - San Lorenzo, 1993) era hija de M^a Concepción Leyes, y estuvo casada con el poeta Óscar Ferreiro. Organizó conferencias y asociaciones de escritores. Ganó varios premios de novela, cuento y teatro. Además de la *Crónica de una familia*, escribió la novela *Andresa Escobar* (1975), en la que la historia romántica se funde con el uso del erotismo. Fue también autora de las colecciones de cuentos *Fábulas modernas* (1983), *Retrato de nuestro amor* (1984) y *Crisantemos color naranja* (1989), en las que mezcla moralización e ironía.

³José Vicente Peiró y Guido Rodríguez Alcalá, *Narradoras paraguayas (antología)*, Asunción, Expolibro, 1999, p. 103.

en Cabeza de Vaca), ambas de Isidoro Calzada¹. Pero, mientras la crítica europea y americana analizaba las obras de Casaccia y Roa, la literatura producida en el país seguía siendo una desconocida. A pesar de todo, la evolución continuaba su curso: los jóvenes habían vivido una fallida resistencia cultural que sentaría las bases de un cambio de sensibilidad en los escritores, y Augusto Casola² (*El laberinto*, 1972) y Jesús Ruiz Nestosa³ (*Las musarañas*, 1973) se convirtieron en ejemplos del llamado exilio interior, con obras existenciales y pesimistas que manifestaban su disconformidad. *Las musarañas* relata, a través de un monólogo sin puntuar, el ascenso y la posterior caída de una familia de arrivistas. Con una técnica cinematográfica, *El laberinto* se centra en la figura de una chica que simboliza las dificultades de la juventud paraguaya para librarse del tradicionalismo imperante. De la misma época es *Y soy y no*, de la autora de origen argentino Teresita Torcida, donde se usa el monólogo interior para indagar en la psicología del personaje.

El espíritu de la Manifestación Estudiantil de junio del 69 ha producido la revolución cultural más vasta y radical en la historia paraguaya, que incluye su mayor auge de la industria editorial, liderada por Arte Nuevo, Araverá, El Lector, Alcándara, NAPA y otras firmas; una industria masiva del festival y las grabaciones de música popular [...] un renacimiento de las artes teatrales [...] un crecimiento notable de las artes visuales [...] una ola de creativas investigaciones etnológicas [...] y la evolución literaria menos convencional y más moderna jamás experimentadas en el exilio interior o exterior. Una valiente generación de periodistas de prensa y radio ha aparecido también, simbolizada por el editor del prohibido diario *ABC Color*, Aldo Zucolillo y por el director de la censurada Radio Ñandutí, Humberto Rubín. *Criterio*, una revista cultural y editorial literaria, fundada bajo la dirección de Basilio Bogado Gondra (n. 1947) en 1966, desempeñó un papel sobresaliente en esa resistencia espiritual. *Criterio* inspiró [...] prácticamente todas las nuevas ideas de los setenta y los ochenta en el Paraguay, a pesar de la muerte de algunos de sus editores [...] el exilio de su fundador en Venezuela; del hermano de éste [...] en Alemania Occidental; los ensayistas José Carlos Herken (n. 1948) en Francia y Juan Carlos Herker Drauer en Inglaterra. Otros intelectuales asociados con *Criterio* también han pasado algunos años fuera del Paraguay: como los poetas Guido Rodríguez Alcalá (n. 1946) en los Estados Unidos y Jorge Canese (n. 1947) en Argentina [...] Ricardo Canese, en Holanda, y el ensayista José Nicolás Morínigo en Costa Rica. (Marcos, "Díaz-Pérez" 55-56).

La extensión de la cita se justifica porque da idea de los cambios que se producen en la juventud de los años setenta, y explica sus condiciones de vida y de publicación: el terreno estaba abonado para un cambio en la narrativa del país.

II. - Del retraso secular a la esperanza

¹Calzada (Sestao, Vizcaya, 1927) llegó a Paraguay en 1967, tras vivir en Buenos Aires. En 1968, publicó los cuentos de *Vuelo encadenado*. Además, es autor de las novelas *Acá Carayá* (sobre la Guerra del 70) y *El tiovivo*.

²Augusto Casola (Asunción, 1944) es un ejemplo del pesimismo existencial de la narrativa paraguaya del "insilio". Además de la obra citada (en la que usa el monólogo interior y las técnicas cinematográficas), tiene publicado un volumen de poesía (*Veintisiete silencios*, 1966) y otro de cuentos (*La catedral sumergida*, 1982). Su novela *Tierra de nadie- Ningún* (2000) presenta el problema del contrabando en la frontera entre Paraguay y Brasil.

³Jesús Ruiz Nestosa (Asunción, 1941) es escritor, crítico de arte, periodista y fotógrafo. A causa de la intervención del gobierno de Stroessner, hubo de abandonar su cátedra en el colegio Cristo Rey (Asunción) y, más tarde, su cátedra en la Universidad Católica de Asunción. A finales de los años setenta, empezó su actividad contra la dictadura en el seno del Partido Liberal Radical Auténtico. Además de la obra citada, ha publicado *El contador de cuentos* (1980), *Los ensayos* (1982) y *Diálogos prohibidos y circulares* (1975).

Como hemos ido viendo, la prosa paraguaya nació con retraso, se desarrolló con lentitud, y alcanzó la madurez por medio de autores que no vivían en el país. Sin embargo, en los años ochenta, confluyeron una serie de circunstancias que la hicieron consolidarse, y enlazar con las corrientes universales contemporáneas. En esta etapa, además, aumentó sustancialmente el número de obras publicadas. Para acercarnos mejor a este cambio, hemos de analizar las causas de la escasez de obras hasta la citada década.

1.- Algunos factores del retraso

En principio, podría parecer normal que Paraguay careciera de novela durante la etapa colonial, ya que, como señala Rafael Conte,

La novela fue un fruto tardío en la América de habla española [...] durante todo el período colonial, floreció abundantemente la poesía, mientras la narración quedaba todavía muy por debajo de sus posibilidades. Tuvo que llegar la descolonización, el romanticismo y, sobre todo el modernismo, para que florecieran los primeros conatos de narrativa en el continente [...] puede decirse que no hay auténtica novela americana hasta tres siglos después del descubrimiento, cuando, en 1816, apareció *El Periquillo Sarmiento*, del mexicano José Fernández de Lizardi. (*Lenguaje* 39 y 45).

Sin embargo, si comparamos la aparición de la prosa en Paraguay con la de este género en otros lugares del continente, nos daremos cuenta del evidente retraso en sus comienzos: la primera novela en forma de libro (*Zaida*, del argentino Francisco Fernández) no surgió allí hasta 1872; hasta la edición de *Ignacia* (del argentino José Rodríguez Alcalá) en 1905, no conocemos ninguna novela larga publicada; y no parece que hasta 1920 (fecha de la aparición de *Aurora*, de Juan Stefanich) este género fuera adoptado por ningún escritor paraguayo. Por eso, Josefina Pla y Francisco Pérez-Maricevich (“Narrativa” 181) afirman que la narrativa paraguaya “no surge propiamente hablando hasta comenzado el siglo [XX]”. Las razones de este retraso pueden hallarse en la siguiente reflexión de Rafael Conte (*Lenguaje* 48): “el género novelesco, a diferencia del poético, sólo surge en sociedades ya consolidadas. Hasta existe alguna teoría que indica cómo el nacimiento del género está estrechamente ligado a la aparición y ascensión de la clase burguesa”.

Como hemos visto en la primera parte del trabajo, el devenir histórico paraguayo durante la colonia y la primera etapa independiente no facilitó el crecimiento de esa “clase burguesa”. Tras la guerra, llegó la fase de reconstrucción del país, y con ella la búsqueda de las raíces de la “paraguayidad”, que habría de devolver al pueblo el orgullo perdido. Más tarde, los gobiernos autoritarios, las guerras civiles y la larga dictadura stronista llevaron al exilio a buena parte de los intelectuales. Todas estas circunstancias justifican la categórica afirmación de Conte (*Lenguaje* 54): “del dictador Francia al dictador Stroessner, la literatura paraguaya ha sufrido una especie de amordazamiento interior”.

Estrechamente unido a ese amordazamiento político está el aislamiento geográfico del país: como se sabe, durante la colonia, Asunción pasó de ser “la madre de ciudades” (de donde partían los fundadores de otras poblaciones) a convertirse en la capital de una región que sólo importaba como contención del avance portugués. Privado de la salida al mar, Paraguay hubo de buscar una autosuficiencia que con Rodríguez de Francia se transformó en aislamiento. El intento de apertura de Carlos Antonio López se quebró con la guerra contra sus vecinos. A partir de ese momento, el deseo de reivindicar lo propio llevó a

despreciar e ignorar lo ajeno. Y “lo propio” estaba representado por el militarismo y las dictaduras desarrolladas por Francia y los López. Así, el aislamiento geográfico devino aislamiento cultural, y los intelectuales se convirtieron en sospechosos de introducir ideologías que no convenían a las dictaduras. Esto explica que las tendencias literarias llegaran con retraso a Paraguay, y que sus autores recrearan un mundo localista que no interesó en el extranjero. Así lo apunta Renée Ferrer:

El aislamiento de nuestro país, debido a estas lamentables circunstancias políticas y a sus características geográficas de mediterraneidad, nos ha condenado al desconocimiento de cuanto se hizo dentro de este espacio que se ha dado en llamar “el pozo cultural”, al decir del poeta Carlos Villagra Marsal, o “isla sin mar”, según Juan Rivarola Matto, o “esta pequeña isla rodeada de tierra”, en palabras de Augusto Roa Bastos. (“Narrativa” 42).

Un pozo cultural del que los autores están tratando de salir a pesar de las dificultades, una isla sin mar que continúa siendo desconocida en el extranjero. Cuando Luis Alberto Sánchez se propuso estudiar la novela hispanoamericana, tituló su ensayo *América, una novela sin novelistas*¹ (1933). Esa premisa tenía unos matices todavía más pesimistas en el caso de Paraguay: cuatro años más tarde, el mismo Sánchez, en su *Historia de la literatura americana*, no dudó en hablar de “la incógnita del Paraguay”, país al que dedicó apenas un párrafo de un volumen de más de seiscientas páginas. Hugo Rodríguez Alcalá (“Sánchez”) le reprocha que, habiendo vivido en Paraguay como refugiado político, en su *Reportaje al Paraguay* (1949) “ni siquiera nombra [...] a Efraím Cardozo” (18).

Hay sólo dos autores a quienes conoce bien: Juan E. O’Leary y su discípulo Natalicio González. Cita varios nombres más: Cecilio Báez, Blas Garay, Fulgencio R. Moreno [...] [pero] tampoco descubre [...] “nuevos valores poéticos” al final de una década en que precisamente surge una promoción llamada “generación de 1940”² [...] no llegó a enterarse de la obra de Josefina Pla, figura tan descollante no sólo en la lírica, sino en la dramaturgia, la narrativa, la crítica literaria y artística (26).

El crítico paraguayo denuncia que la imagen del país como “incógnita” persistió en los trabajos posteriores de Sánchez. En 1950, su *Nueva historia de la literatura americana*,

En las veinte líneas dedicadas al Paraguay no agrega nada sustancial a lo dicho en el *Reportaje* [...] cuando en 1968 publica la segunda edición corregida y aumentada de su *Proceso y contenido de la novela hispanoamericana*, el Paraguay sigue siendo una “incógnita”. Y eso que [...] cuenta con dos novelistas de primera categoría: Gabriel Casaccia, cuya primera novela es de 1952, *La babosa*, y Augusto Roa Bastos, cuyo gran libro, *Hijo de hombre*, de 1960, es una de las más notables obras de ficción de la América hispánica [...] en 1976 da a la stampa en tres volúmenes la tercera serie de sus *Escritores representativos de América*. En el prólogo del primero nombra al novelista paraguayo [Roa] [...] [pero] vuelve a emplear la misma palabra: “Paraguay [...] como parcialmente Bolivia, es

¹La idea de que Latinoamérica carecía de corpus novelesco perduró hasta bien entrados los años sesenta, como se puede observar en *La historia de la narrativa Hispanoamericana* (1964), del uruguayo Alberto Zum Felde. Hasta 1968, Luis Alberto Sánchez no incluyó en su estudio el capítulo “América, novela con novelistas”.

²El concepto de “generación del cuarenta” no responde a los requisitos necesarios para hablar de “generación literaria”. El término fue acuñado por Josefina Pla, quien elogió la modernidad de esta “generación” en diversos artículos. Después, lo recogieron Francisco Pérez-Maricevich, Roque Vallejos y otros críticos paraguayos, a los que Juan Manuel Marcos (“Díaz-Pérez” 55) acusa de oportunistas, y de haberse “comprometido públicamente con el régimen de Stroessner”.

una de las incógnitas sudamericanas” (26-28).

La frase de Sánchez tuvo éxito: como señala Hugo Rodríguez Alcalá (11-13), en 1945 Arnaldo Valdovinos tituló su estudio *La incógnita del Paraguay*. Seis años más tarde, apareció la primera obra dedicada a la poesía paraguaya: *La poesía paraguaya. Historia de una incógnita*, de Walter Wey. La idea de la incógnita ha creado escuela, se ha convertido en un tópico, y ha frenado el conocimiento de la literatura paraguaya: ha sido tan repetida que resulta difícil hacer un recorrido por la historia de la literatura del país. De hecho, los únicos escritores paraguayos internacionalmente conocidos por el público lector son aquéllos que forjaron su obra en el extranjero:

Si con los escritores fuera del país la narrativa paraguaya ha conseguido [...] colocarse a nivel contemporáneo, dentro del país aún debe considerarse enclaustrada, no sólo por la escasa ocasión y trascendencia que esta obra ha tenido y sigue teniendo. Si bien algunos de estos autores han obtenido cierta atención crítica fuera del Paraguay, ninguno de ellos ha conseguido todavía público lector extrafronteras. (Pla, “Fecha”).

El “lector extrafronteras”, que no puede acceder a las obras de los autores paraguayos, además, carece de referencias sobre las mismas, ya que los estudios sobre literatura hispanoamericana siguen asumiendo que Paraguay es un “desierto cultural”. Pero la falta de interés por la literatura paraguaya no sólo se da en el exterior. Las propias circunstancias del país reducen las posibilidades de los autores de publicar; y de contar con un número suficiente de lectores, y con una crítica seria. En “Sobre libros y autores”, José Antonio Bilbao¹ reflexionó sobre las causas de la escasez de obras narrativas en Paraguay, y estableció cuatro motivos fundamentales: la carencia de investigaciones; la falta de apoyo oficial a la creación artística; el precio de la edición; y la falta de lectores. Ésta última puede explicarse, en parte, por la poca agilidad de las distribuidoras, y el alto coste de los libros (Claude Castro, “Paraguay” 15, recordaba que el salario mínimo paraguayo era de unos 120 \$ mensuales; y el precio medio de un libro de 8 \$). A estos motivos se suman, como sugiere Reinaldo Martínez², el alto nivel de analfabetismo, y el falso bilingüismo del país. Así, para explicar la escasez de obras narrativas, hemos de estudiar cada uno de los fenómenos antes mencionados.

A las dictaduras que se sucedieron en el país a partir de 1936 no les interesó la formación del pueblo. Para ellas, la cultura era un peligro potencial, ya que facilitaba la aparición de mentalidades críticas. En 1998, en una carta en la que respondía a cuestiones que le habíamos planteado sobre la censura stronista, Hugo Duarte Manzoni (director de Arte Nuevo Editores) hacía la siguiente observación:

La prensa (que siempre tuvo muchos lectores) fue la que se llevó la peor parte. Por ejemplo, no se podía afirmar que se había desbordado un río, o que hubiera discapacitados. Por eso, la censura castigó a diarios como *La Tribuna*, *Última Hora...* y cuando *Abc* estuvo cerrado, quedó sólo el diario *Hoy*, que era propiedad de un ex yerno del dictador. En cuanto a las revistas, ya conocés lo que pasó con *Criterio*. Además, estaba *Diálogo*, en la misma línea, y *Acción y Sendero*, publicadas por el

¹Conviene señalar que José Antonio Bilbao es autor del volumen de cuentos *El caminante. Estampas terruñeras* (1986).

²Reinaldo Martínez, “Proyección de nuestra narrativa”, *Péndulo*, nº 8, año 3, 1966, pp. 20-22.

clero. El semanario *El Pueblo* (del partido Febrerista) se publicaba según el ánimo del dictador. Pero libros se censuraron pocos: *Paloma blanca, paloma negra*, de Canese; *Mi voto por el pueblo*, de Alcibiades González del Valle; y algún análisis de Domingo Laíno (hoy en el partido Alianza Opositora). En realidad, son pocos los lectores de libros, así que no merecía la pena censurarlos. En 1985, edité un libro de cuentos de Rubén Bareiro Saguier (*El Séptimo pétalo del viento*), al que habían expulsado de Paraguay en 1972: viajé a Buenos Aires con la edición, y me traje de vuelta los que sobraron. Nadie dijo nada ¿para qué?

Según declaraba Francisco Pérez-Maricevich en una entrevista mantenida en su oficina de Asunción el cinco de junio de 1998, la actitud de los dictadores respecto a la cultura propició “el temor al libro”. A este problema, se habría de añadir el alto índice de analfabetismo, y la alarmante carencia de hábito lector. Por no extendernos, daremos sólo un dato: casi la mitad de los alumnos que comienzan primer grado no acaban sexto¹.

Se fomenta el analfabetismo funcional, pues el educando [...] abandona la escuela al cabo de dos o tres años, sin haber aprendido a leer y a escribir. Poder dibujar penosamente su firma o deletrear sin entender un ápice no es ser alfabeto. Sin embargo, las estadísticas oficiales lo incluyen en esta categoría [...]. Según las [...] estadísticas de la dictadura el [...] analfabetismo no superaba el 14%².

Al analfabetismo funcional se suma el bajo nivel académico de las universidades paraguayas. Los más que exigüos salarios de los profesores impiden una dedicación plena. Los medios materiales resultan escasísimos: faltan bibliotecas y laboratorios, los edificios son antiguos y están mal cuidados, y la mayoría de los alumnos compaginan estudios y trabajo. Además, “el sector privado [...] produce graduados con el mismo entusiasmo que si fabricara chipas o butifarras [...] en la Universidad Nacional, las exigencias académicas han ido disminuyendo al compás de las presiones externas e internas”³. La influencia de estos factores en la escasez de producción literaria parece evidente: como señala Zubizarreta, “privado de la comunicación con el lector, ningún escritor produce”⁴.

La auténtica tragedia del Paraguay es que no tenemos lectores. Augusto Roa Bastos suele decir que él tiene trescientos lectores en el Paraguay. Entonces, si sacamos cuentas, Helio [Vera] tendría cincuenta; y yo tendría veinte. Una tragedia para cualquier escritor (Declaraciones de Carlos Colombino, en una entrevista en su taller de Asunción, en junio de 1998).

Además, hay que considerar la importante carga de oralidad en la cultura del país, relacionada con la idea que aparece en los mitos guaraníes de la creación del mundo, que

¹Según el anuario de 1992 del Ministerio de Educación y Culto, en nivel primario había 749.336 alumnos matriculados (334.695 en zonas urbanas y 414.641 en rurales), pero sólo 188.758 en nivel medio (de ellos, únicamente 18.984 en zonas rurales). Si consideramos que la población total era de 4.128.588 personas, y que el 41,5% de la misma (1.723.000 habitantes) tenía menos de catorce años, las cifras de escolarización resultan muy bajas.

²Rubén Bareiro Saguier, “Bilingüismo y diglosia en Paraguay”, *Río de la Plata*, vol. 10, 1990, p. 11.

³Helio Vera, “¿Quién pone el cascabel a la Una?”, *Noticias*, 16 de mayo de 1999.

⁴Carlos Zubizarreta, “Lo cuantitativo en la novela paraguaya”, *Péndulo*, nº 8, año 3, 1966, p. 28.

vinculan la palabra, el alma y la divinidad¹:

Ñanderuvusu (Nuestro Padre Grande) nos creó para resguardo de la selva. Para eso *Ñanderuvusu* nos dejó la selva, la miel y todos los animales que están en ella [...]. Nosotros somos hombres del bosque. No nos enseñaron a leer y a escribir porque no necesitamos poner nuestra palabra en un papel. Nuestra palabra sirve por sí sola, porque es nuestra alma. Los “blancos”, que no saben esto, necesitan poner su palabra en un papel para que se les crea. Esto significa que su palabra no tiene valor por sí sola, porque tienen un alma que no procede de *Ñanderuvusu*².

¹En 1914, Carl Unkel, un alemán que al convivir con los guaraníes adoptó el nombre de *Nimuendajú* (el que consiguió un lugar para sí) publicó *Die Sagen von der Erschaffung und Vernichtung der Welt als Grundlagen der Religion der Apapocúva-Guarani*, un ensayo en el que explica, en primera persona, el modo de ser de los que consideraba “su gente”, en el que incluyó dos textos largos de la cultura indígena: *La leyenda de la creación del mundo* y *La leyenda de la destrucción del mundo*. Sesenta años después, Miguel Alberto Bartolomé recogió otras variantes de estos mitos (*Orekuera royhendú*). En 1937, Jehan Vellard recopiló ocho textos cortos en dialecto mbyá, y los tradujo al francés (“Textes mbwiha recuillis au Paraguay”). A continuación, reproducimos la traducción de León Cadogán del *Ayvu Rapyta*, por considerar que su explicación sobre el origen del hombre y su lenguaje nos ayudará a comprender la mentalidad guaraní (hemos extraído el texto de <http://www.uni-mainz.de/~lustig>; los subrayados son nuestros): (1) El verdadero Padre Ñamandu, el primero, / de una pequeña porción de su propia divinidad, / de la sabiduría contenida en su propia divinidad, / y en virtud de su sabiduría creadora / hizo que se engendrasen llamas y tenue neblina. (2) Habiéndose erguido, / de la sabiduría contenida en su propia divinidad, / y en virtud de su sabiduría creadora / **concibió el origen del lenguaje humano / de la sabiduría contenida en su propia divinidad**, / y en virtud de su sabiduría creadora, / creó nuestro Padre el fundamento del lenguaje humano / e hizo que formara parte de su propia divinidad. / Antes de existir la tierra, / en medio de las tinieblas primigenias, / antes de tenerse conocimiento de las cosas, / creó aquello que sería el fundamento del lenguaje humano / hizo el verdadero Primer Padre Ñamandu que formara parte de su propia divinidad. (3) Habiendo concebido el origen del futuro lenguaje humano / de la sabiduría contenida en su propia divinidad, / en virtud de su sabiduría creadora / concibió el fundamento del amor. / Antes de existir la tierra, / en medio de las tinieblas primigenias. / Antes de tenerse conocimiento de las cosas, / y en virtud de su sabiduría creadora, / el origen del amor lo concibió. (4) Habiendo creado el fundamento del lenguaje humano, / habiendo creado una pequeña porción de amor, / de la sabiduría contenida en su propia divinidad, / y en virtud de su sabiduría creadora / el origen de un solo himno sagrado lo creó en su soledad. / Antes de existir la tierra / en medio de las tinieblas originarias, / antes de conocerse las cosas / el origen de un himno sagrado lo creó en su soledad. (5) Habiendo creado, en su soledad, el fundamento del lenguaje / habiendo creado, en su soledad, una pequeña porción de amor / habiendo creado, en su soledad, un corto himno sagrado, / **reflexionó profundamente / sobre a quién hacer partícipe del fundamento del lenguaje**: / sobre a quién hacer partícipe del pequeño amor; / sobre a quién hacer partícipe de las series de palabras que componían / el himno sagrado. (6) Habiendo reflexionado profundamente, / de la sabiduría contenida en su propia divinidad, / y en virtud de su sabiduría creadora / creó a quienes serían compañeros de su divinidad. (7) Habiendo reflexionado profundamente, / de la sabiduría contenida en su propia divinidad, / y en virtud de su sabiduría creadora / creó al (a los) Ñamandu de corazón grande. (8) Los creó simultáneamente con el reflejo de su sabiduría. / Antes de existir la tierra, / en medio de las tinieblas originarias, / creó al Ñamandu de corazón grande. / Para padre de sus futuros numerosos hijos, / para verdadero padre de las almas de sus futuros numerosos hijos / creó al Ñamandu de corazón grande. (9) A continuación / de la sabiduría contenida en su propia divinidad / y en virtud de su sabiduría creadora al verdadero Padre de los futuros Karai / al verdadero Padre de los futuros Jakairá / al verdadero Padre de los futuros Tupã / les impartió conciencia de la divinidad. / Para verdaderos padres de sus futuros numerosos hijos, / para verdaderos padres de las palabras-almas de sus futuros numerosos hijos / les impartió conciencia de la divinidad. (10) A continuación / el verdadero Padre Ñamandu / para situarse frente a su corazón / hizo conocedora de la divinidad / a la futura verdadera Madre de los Ñamandu, / karai Ru Ete / hizo conocedora de la divinidad / a quien se situaría frente a su corazón, / a la futura verdadera Madre de los Karai. / Jakaira Ru Ete, en la misma manera, / para situarse frente a su corazón / hizo conocedora de la divinidad / a la verdadera Madre de los Jakaira. / Tupã Ru Ete, en la misma manera, / a la que se situaría frente a su corazón, / hizo conocedora de la divinidad / a la verdadera futura Madre de los Tupã. (11) Por haber ellos asimilado / la sabiduría divina de su propio Primer Padre; / después de haber asimilado el lenguaje humano; / después de haberse inspirado en el amor al prójimo; / después de haber asimilado las series de palabras del himno sagrado / después de haberse inspirado en los fundamentos de la sabiduría creadora, / a ellos también llamamos: / excelsos verdaderos padres de las palabras-almas; / excelsas verdaderas madres de las palabras-almas.

²Miguel Chase-Sardi, *El precio de la sangre; Tuguy ñeë repy*, Asunción, Centro de Estudios Sociológicos, 1992, p. 234.

En ese sentido, Bartolomeu Melià¹ recoge una frase en la que un sabio guaraní le dice a León Cadogan²: “para aprender estas cosas, deberás permanecer un año conmigo en la selva [...]. Dejarás de leer, pues la sabiduría de los papeles te impedirá comprender la sabiduría que nosotros recibimos, que viene de arriba”. No es necesario comentar esta visión indígena de la lectura y la escritura como obstáculos para llegar a la verdad³; una visión vinculada a la desconfianza que sintieron los guaraníes en sus primeros contactos con la escritura: “han concebido que, cuando ven que nos comunicamos por cartas, que ellas nos hablan y nos revelan lo que está secreto y adivinan lo por venir”⁴.

Además, el pueblo ha desarrollado su capacidad creativa a través de la oralidad (por medio del “caso” y la “maravilla”⁵). En 1925, Teresa Lamas lo explicaba así:

¹Bartolomeu Melià, “Una metáfora de la lengua en el Paraguay”, *Cuadernos Hispanoamericanos*, nº 493-494, 1991, p. 71. El jesuita español Bartolomeu Melià (Porreres, Mallorca, 1932) llegó a Paraguay en 1954. Allí conoció al antropólogo León Cadogan (véase nota siguiente), y comenzó a estudiar guaraní bajo la dirección del padre Antonio Guasch. Por dirigir la comprometida revista *Acción*, hubo de exiliarse de Paraguay en 1976. Se lo considera uno de los principales conocedores de la cultura paraguaya, y ha publicado obras como *Elogio de la lengua guaraní* (1989), *Una nación, dos culturas* (1990) y *La lengua guaraní del Paraguay* (1992).

²León Cadogan (1889-1973) es uno de los principales investigadores de la cultura guaraní, y fue aceptado por los indígenas como “miembro genuino del asiento de nuestros fogones”. De entre sus numerosos trabajos destaca la recopilación de textos de la étnia mbya (*Ayvu Rapyta*, 1959; *Ywyrá ñe'ery; fluye del árbol la palabra*, 1970). Su trabajo se extendió al estudio de los chiripá-guaraníes (*Cómo interpretan los Chiripá (Avá-guaraní) la danza ritual*, 1959) y a los pän o kayová (*Aporte a la etnografía de los guaraníes del Amambái, Alto Ypané*, 1962).

³Esta visión se mantiene todavía en el subconsciente popular: en el “caso” que reproducimos dos notas más abajo, se dice: “el *abá* [prototipo del hombre ignorante y haragán] está casado con una mujer rica, hija de un comerciante [...] quien eligiera él mismo tal yerno, de miedo a que un tipo leído, un *carai arandú*, se casara con la muchacha y le derrochara la fortuna” (Teresa Lamas, “Del folk-lore nacional”, *Juventud*, nº 44-45). Además, en Paraguay, un “letrado” es una persona de la que hay que desconfiar. Como señala Osvaldo González Real (“La oralidad en la literatura paraguaya”, *Correo Semanal*, 10 de diciembre de 1994, pp. 20-21), la tradición procede de *letra-í*, que “se refiere a los contratos y leyes españoles que figuraban en los libros y que eran utilizados para expoliar a los paraguayos iletrados [...]. Por lo que está en letras de molde [...] se mata, se quema, se tortura [...]. La oralidad, por el contrario es tolerante, elástica”. Reflexiones semejantes se encuentran en referencias a literaturas de otros países de América, por ejemplo, Pedro López Adorno (“Descolonización literaria y utopía: el caso puertorriqueño”, *Exégesis*, nº 25, 1996) sostiene: “el europeo [...] se enfrentó a este discurso cultural-oral [...]. El tapaboca colectivo que Cristóbal Colón inauguró fue el de implantar un discurso escrito sobre un discurso oral [...] como base a la futura colonización”. Además, Walter D. Mignolo (“La grafía. La voz y el silencio”, *Ínsula*, nº 522, junio de 1990, p. 12), al estudiar las *Relaciones geográficas de Indias*, concluía: “el escribano, poseedor de la letra escrita, controla por su *lengua* la voz de los indios [...] en el discurso escrito”.

⁴Texto de 1614, extraído de *Cartas Anuas de la Provincia del Paraguay, Chile y Tucumán, de la Compañía de Jesús*.

⁵Natalicio González (“Letras paraguayas”, *Guarania*, nº 1, 1920, p. 17) define la “maravilla” como una especie de charada con la que se entretienen los campesinos. En una maravilla tradicional, la huella queda definida del siguiente modo: “nos encaminamos de ida y nos cruzamos de regreso”. Por su parte, el “caso” es un breve cuento, generalmente en guaraní, transmitido oralmente por aficionados o por contadores profesionales. Reproducimos parcialmente “el caso del *Abá*” (recogido por Teresa Lamas, “Folk-lore”), para que sirva de ejemplo: “El *abá* es el tonto perfecto [...]. Es haragán [...]. Esta vez el *abá* está casado con una mujer rica [...]. Un día [el suegro], muy de mañana, lo manda al pueblo [...] a comprar una bolsa de sal. [...] Pero, haragán como es, se le hace difícil alzarla sobre el caballo [...]. Encuentra más cómodo amarrarla al extremo de un lazo [...] y la conduce a rastras. [...] la lona se resiente del arrastre y se va rompiendo. [...] Él ni lo nota. [...] *Abá* queda solo. [...] cree que la chancha [que grita de hambre] se queja porque adivina su sentencia de muerte. Y la compadece [...]. Se va al cuarto [...] saca todas las joyas y el mantón. Le coloca prolijamente en el cuello y en las orejas todos los collares y los aros [...] la empuja hacia el campo [...]. Al suegro le da un soponcio al comprobar [lo ocurrido]”.

El pueblo que no lee, que no puede gozar del deleite de una bella página [...] necesita que sus ojos se vuelvan, aunque sea pasajeramente, ciegos para la realidad. Por eso cree las estupendas fantasías de su rico folk-lore [...]. Era un pueblo apacible [...]. Y era frente a la casa [...] donde nos reuníamos [...] asediando a la buena señora con nuestros pedidos de cuentos y más cuentos [...]. Y ella [...] se tornaba [...] en la Scherezada maravillosa de nuestros relatos campesinos [...] con sus *casos* tan variados como divertidos. (“Folk-lore”).

Por tanto, mientras la “literatura oral” pasaba de generación en generación, la escrita fue ajena a la mayor parte de la población durante siglos. Como hemos visto, esta falta de tradición literaria sólo empezó a romperse en torno a 1900, cuando la obra de algunos extranjeros afincados en Paraguay sirvió de estímulo a los escritores autóctonos. Aunque las producciones no fueron muy abundantes, para comprender su valor deberíamos tener en cuenta la escasa población del país, y acabar así con el tópico acuñado por Josefina Pla:

Hubo, sin duda, novelistas, y hasta algunas novelas o libros de cuentos; pero estas obras no rebasaron el nivel de la casuística curiosa al alcance de unos pocos críticos [...] la literatura paraguaya se desarrolló lenta, discontinua y pobre [...] esa pobreza y discontinuidad le impidieron a su vez hacerse presente en el cotejo internacional. (“Fecha”).

A pesar de los cambios que se vienen produciendo en los últimos años, los problemas de la oralidad persisten. En 1993, Aníbal Miranda sostenía:

Paraguay es un país de cultura eminentemente oral y fuera del mercado circunscrito a un estrato informado de poder adquisitivo medio alto y alto, el libro es lujo o mercancía innecesaria. Éxitos editoriales como tal no existen y las tiradas por lo común no sobrepasan de 1000 ejemplares. (*Corrupción* 131).

En conclusión: tenemos unas tiradas cortas, en un país de escasa población, pobremente formada, y que arrastra un problema de diglosia. El pensamiento nacionalista ha venido sosteniendo que la clave para comprender la identidad paraguaya es el mestizaje entre dos “razas” (la española y la guaraní), con sus distintas concepciones del mundo, su particular cultura y su lengua. Por no extendernos en los ejemplos, nos limitamos a seguir la argumentación de Manuel Domínguez (“Paraguay” 72-80): Domínguez cita a autores como Centenera, Fray José de Mendoza, Ruy Díaz y Azara para concluir: “la mejor gente de España, de la mejor época española, vino a nuestro país” (73), y allí se mezcló con un pueblo indígena (el guaraní) cuya superioridad puede “apoyarse en buenas razones” (75). Esta unión dio lugar a “uno de los primeros pueblos del mundo” (77), al “pueblo más cristiano de la tierra” (78). Pronto, “mestizaje” y “bilingüismo” se convirtieron en conceptos claves de las tesis revisionistas: se trataba de demostrar la superioridad de la “raza paraguaya”, y de alabar su condición de pueblo bilingüe, depositario de dos culturas.

Sobre la relación del castellano y el guaraní en la historia del país, Bartolomeu Meliá (*Lengua*) señala que, en sus comienzos, “el guaraní era usado por los castellanohablantes con propósitos típicamente coloniales, sean estos el ejercicio de un poder político, el intercambio comercial o la misión. Diversas serían las intenciones de los guaraníes al hablar castellano: entienden congraciarse con los recién llegados y usar la lengua de quien ya empezaba a llamarse *karai*” (53). Al colectivo de intérpretes bilingües, pronto se sumó la figura del mestizo, “políticamente español, lingüísticamente guaraní” (58). Con la llegada de los jesuitas, el guaraní empezó a tener entidad escrita, y quedó fijado por gramáticas y

diccionarios. Sin embargo, en 1812, el Estado dictó unas “Instrucciones para Maestros de Escuelas”, donde se les pedía que no usaran el guaraní, y que se esforzaran en la correcta pronunciación del castellano. El proceso de castellanización del país continuó tras la Independencia: durante el gobierno de Carlos Antonio López, se azotaba en las escuelas a quienes no usaran el castellano; y, en 1848, los apellidos guaraníes fueron castellanizados. Durante la guerra de la Triple Alianza, el guaraní jugó un papel estratégico para mantener los secretos militares: por primera vez en la historia, las instrucciones militares se dieron en guaraní; y aparecieron periódicos en esa lengua. Pero, en la posguerra, la situación volvió a cambiar: el guaraní aparecía como un obstáculo para la modernidad y, en 1870, se prohibió su uso. Desde 1904, los empleados y las tropas se vieron obligados a usar exclusivamente el castellano. La guerra del Chaco cambió esta tendencia: se prohibió el castellano en el campo de batalla, y se hizo del guaraní el vehículo de los secretos militares. En 1942, se creó la Academia de la Lengua y Cultura Guaraní y, durante la dictadura de Stroessner, la Constitución de 1967 estableció: “los idiomas nacionales de la república son el guaraní y el español. Será de uso oficial el español”; pero el Estado “protegerá la lengua guaraní, y promoverá su enseñanza, evolución y perfeccionamiento”. Para ello, se formó a profesores de guaraní, se introdujo esta lengua en las escuelas, y, desde 1971, se usó una cartilla de alfabetización en guaraní en algunos colegios campesinos. Además, se creó la Asociación de Escritores Guaraníes (1960), el Instituto de Lengua Guaraní (1962) y la Licenciatura en Lengua Guaraní (1971), y se incluyó el estudio de esta lengua en la Facultad de Medicina (1984).

En 1942, Pablo Max Insfrán decía: “la población [paraguaya] emplea indistintamente el guaraní o el español, en mayor o menor grado, según las circunstancias o respectivos sectores sociales”¹. Como sostiene Graziella Corvalán², a partir de 1964, los estudios sobre bilingüismo empezaron a recibir la influencia de la tesis doctoral de la antropóloga norteamericana Joan Rubin (*Bilingüismo en el Paraguay*). Desde entonces, el estudio se sistematizó, y se hizo más científico. Recientemente, Meliá llegaba a afirmar:

El Paraguay nunca ha sido bilingüe [...] en el Paraguay se confunde mucho lo que es con lo que debe ser [...]. Cuando un niño llega a la escuela, no sabemos cuál es su verdadera lengua. Y resulta muy grave cuando el guaraní entra en contacto con un castellano empobrecedor, porque ni se domina bien el castellano ni tampoco se domina bien el guaraní [...] considero el desarrollo de esta teoría del mestizaje como un verdadero desastre en términos culturales y lingüísticos [...] el mestizaje cultural en el Paraguay es una teoría que no tiene ninguna validez³.

Así, no podemos hablar de bilingüismo sino de “falso bilingüismo”⁴, y hemos de

¹Pablo Max Insfrán, “El Paraguay, país bilingüe”, *Revista del Ateneo Paraguayo*, 1942, nº 5-6, p. 60.

²Graziella Corvalán, *Avances y perspectivas de los estudios sobre el bilingüismo*, Centro Paraguayo de Estudios Sociológicos, 1982.

³En Andrés Colmán Gutiérrez, “Entrevista a Bartolomeu Meliá. El Paraguay nunca ha sido bilingüe”, *Vida* (revista de *Última Hora*), año I, nº 17, 23-30 de agosto de 1998, pp. 24-25.

⁴Resulta interesante observar la etimología que se usa en guaraní para designar los dos idiomas oficiales del país: mientras el castellano se llama *karai ñeê* (“lengua del señor”, ya hemos visto que *karai* es una palabra de connotación positiva que se usaba para designar al gran chamán), el guaraní es llamado *avañe’ê* (en principio, “lengua (continúa...)”).

vincular esta situación con la del analfabetismo que acabamos de comentar: aunque poco más de la mitad de la población es capaz de hablar castellano¹, “se ejerce el poder en castellano, como una prolongación del poder español; se lee y se escribe en castellano y la prensa es monolingüe”². Es decir, la situación lingüística de los hablantes de ambas lenguas es la de diglosia: el castellano es el idioma de la cultura, de las relaciones comerciales y empresariales; y el guaraní, la lengua de uso familiar. A esta estratificación hay que añadir que el castellano se usa fundamentalmente en las ciudades, y el prototipo del hablante monolingüe de guaraní se caracteriza por formar parte de

familias desintegradas, con alto número de madres solteras, prole numerosa; alto índice de morbo/mortalidad; analfabetismo absoluto o funcional; desempleo y baja calificación laboral. Para completar el cuadro, el número cada vez más creciente de campesinos sin tierra y de migrantes rurales³.

Según el artículo 140 de la Constitución de 1992, “el Paraguay es un país pluricultural y bilingüe. Son idiomas oficiales el guaraní y el castellano [...]. Las lenguas indígenas, así como las de otras minorías, forman parte del patrimonio cultural de la nación”. Desde 1990, la enseñanza del castellano y del guaraní es obligatoria en las escuelas paraguayas. Pero aunque, en teoría, la educación paraguaya sea bilingüe, según la definición oficial, un maestro bilingüe “habla español y guaraní, y, está alfabetizado en español”; además, el sesenta por ciento de los niños que comienzan la escuela no entienden ni hablan castellano y, sin embargo, reciben su educación en este idioma⁴.

Por lo dicho hasta el momento, podría parecer que castellano y guaraní son dos lenguas aisladas y jerarquizadas en el país⁵. Esto no es así: existe una variedad lingüística,

⁴(...continuación)

de la gente”, pero *ava* designa al hombre tosco). Para más información, véase Rubén Bareiro Saguier “Bilingüismo y diglosia en Paraguay” 3-12.

¹Melià (“Aprender guaraní ¿para qué?”, *Ñemity*, nº 32, 1996, p. 12) reproduce el resultado del censo de 1992, según el cual, el treinta y siete por ciento de la población habla sólo guaraní, el siete por ciento sólo castellano, el cincuenta por ciento ambas lenguas, y el seis por ciento otros idiomas. Sin citar sus fuentes, Shaw N. Gynan (“Sociolingüística actual del bilingüismo paraguayo”, *Ñemity*, nº 32, 1996, pp. 16-24) concreta más esos datos, y los actualiza hasta 1995: el 39,2% habla sólo guaraní, el 6,4% sólo castellano, el 48,9% ambas lenguas, el 3,3% portugués, y el 2,2% otros idiomas.

²Teodoro Zarratea, “Bilingüismo y marco legal”, *Ñemity*, nº 32, enero-junio 1996, p. 2.

³Ramiro Domínguez, “Bilingüismo y cultura”, *Ñemity*, nº 32, 1996, p. 14. Las tasas de mortalidad infantil de Paraguay son las más altas de Sudamérica, a excepción de Bolivia y Perú (“The World Fatbook Page on Paraguay”, www.global.htm, estimaba, en 1996, 23,2 muertes por cada mil niños paraguayos). Paralelamente, el promedio de vida del país (65 años) es de los más bajos del continente, sólo superior al de Bolivia y Perú.

⁴Graziella Corvalán, *Estado del arte del bilingüismo en América Latina*, Asunción, Centro Paraguayo de Estudios Sociológicos, 1985, p. 35.

⁵Conviene señalar que subsisten otras lenguas nativas, como el nivaclé, el aché y el lengua, habladas fundamentalmente por los indígenas chaqueños. Según Melià (*Lengua*), las lenguas del tronco tupí surgieron hace unos cinco mil años “entre los ríos Ji-Paraná y Aripuaná, tributarios del río Madeira, afluente, a su vez, del Amazonas” (p. 16). Los hablantes, por motivos religiosos (la búsqueda de la “tierra sin mal” o *yvy marane’ y*) o climáticos, llegaron hasta el Río de la Plata. En el siglo XVI, los tupíes ocupaban el norte del Paranapenema, y los guaraníes el sur. Hace unos dos mil años, la rama tupí-guaraní se separó en la lengua tupí (más conservadora) y la lengua guaraní (de mayor
(continúa...)

el *jopará*, que puede definirse como un guaraní fuertemente contaminado por el vocabulario, la pronunciación y las construcciones gramaticales del castellano, que se ha ido desarrollando desde el siglo XVIII, y ha generado una novela (*Ramona Quebranto*, 1989, de Margot Ayala de Michelagnoli). Además, el castellano paraguayo recoge estructuras y vocabulario guaraníes¹. Estas interferencias entre las dos lenguas han llevado a muchos paraguayos a pensar que “hablan mal”, y dicen que ha creado una particular concepción lingüística que, en alguna medida, podría explicar la escasez de obras literarias: “el escritor se encuentra con la dificultad de expresar en español una realidad pensada en guaraní”². Augusto Roa Bastos lo explica así:

En la literatura de este país, las particularidades de su cultura bilingüe, única en su especie en América Latina, constriñe a los escritores paraguayos, en el momento de escribir en castellano, a otros sonidos de un discurso oral informulado aún, pero presente ya en la vertiente emocional y mítica del guaraní. (Prólogo a la edición de Alfaguara de *Hijo de hombre* 17).

Sin embargo, creemos que el bilingüismo no justifica la escasez literaria si no se consideran dos fenómenos antes mencionados: es la falta de formación cultural la que conduce a la imposibilidad de separar las dos lenguas, y es la oralidad propia del mundo cultural paraguayo, ancestralmente aislado, la que lleva a la falta de interés lecto-escritor. Por otra parte, la mayoría de los autores paraguayos que utilizan el castellano en sus obras tienen éste como su primer (y, muchas veces, único) idioma.

En cualquier caso, esos autores viven en un país de algo más de cuatro millones y medio de habitantes³, de los que unos dos millones y medio habla la lengua en la que se escriben la mayoría de las obras literarias. De ellos, no todos saben leer, y de los que tienen esa capacidad, muchos carecen de hábito lector. Se trata de una situación lógica si se tiene en cuenta que muchos maestros de escuela carecían del nivel necesario para convertirse en educadores. Además, su salario y sus condiciones de trabajo les impedían actualizar y aumentar sus conocimientos, y no fomentaron el interés de los niños por la lectura. Por ello, el lector se decanta por la prensa como medio de conocer la realidad, y por el libro técnico, necesario para su carrera. En un contexto en el que los componentes de la clase media han de combinar varios trabajos, que les ocupan casi todo su tiempo, la literatura se convierte en algo superfluo, inútil, prescindible. Tanto es así que, según las declaraciones realizadas por el editor Rafael Peroni para *Abc Color* (30 de abril de 1995), una familia media paraguaya

⁵(...continuación)

evolución), que a su vez generaron ocho subconjuntos integrados por cuarenta lenguas de ellas derivadas. Todas estas lenguas de la familia tupí-guaraní siguen manteniendo una evidente unidad: Ayrón Rodrigues (“A classificação do tronco lingüístico Tupí”, *Revista de Antropologia*, nº 12, p. 103) afirma que el tupí y el guaraní tienen un noventa por ciento del vocabulario común. El “guaraní paraguayo” que se habla hoy procede del dialecto de los guaro-kairo de la zona de Asunción, transformado por la influencia del castellano.

¹Por ejemplo, para suavizar el imperativo se utiliza la expresión “un poco”, resultante de la traducción de la estructura imperativa del guaraní (“vení un poco” en lugar de “vení, por favor”); y la marca de la interrogación muchas veces no viene dada por la entonación sino por el uso de la partícula interrogativa guaraní “*piko*” (“cómo pikó viniste”).

²Natalia Krivoshein de Canese, “Cultura y bilingüismo en el Paraguay”, en <http://www.uni-mainz.de/lustig/hisp/guarani/reformed.html>.

³Estamos dando la cifra oficial, aunque “The World Fatbook page on Paraguay” (www.global.htm) haga una estimación de 5.504.000 habitantes.

consume menos de un libro al año.

Esta carencia de mercado lleva a que los editores no arriesguen su dinero sin garantías. José Antonio Rubio (de la librería y editorial Don Bosco) reconocía: “editar literatura en este país es sencillamente ir a pérdidas”. Para sufragar esas pérdidas, Don Bosco edita “textos escolares que son de salida grande y permanente. Tenemos además una librería con artículos escolares y religiosos”. Otras editoriales, dedicadas exclusivamente a la edición de obras literarias, han debido buscar sus propios recursos. Por ejemplo, Arandurá tiene “una empresa de producciones gráficas que cuenta con una pequeña imprenta [...] trabajamos con coediciones, y últimamente con auspicios de empresas”¹.

Hasta los años setenta, prácticamente no hubo editoriales en Paraguay, y los escritores habían de recurrir a publicar sus libros en el extranjero, fundamentalmente en Argentina. Incluso ahora, en muchas ocasiones, han de ser los propios autores los que costeen la edición de sus obras. Y, aun en el caso de que un escritor consiga que un editor cubra los gastos, sus derechos de autor no suelen traducirse en dinero sino en ejemplares del libro. En este contexto, parece evidente que vivir de la literatura en Paraguay es una quimera que sólo Augusto Roa Bastos ha conseguido convertir en realidad. El resto de los escritores han de dedicarse a otras profesiones para sobrevivir.

La falta de lectores hace que las tiradas sean mínimas: generalmente, de entre quinientos y mil ejemplares, ya que, según declaraba Peroni en la entrevista citada, el promedio de ventas de una obra de ficción suele ser de doscientos a setecientos ejemplares. Esto encarece el precio de los libros (que, según Peroni, en 1995, era de alrededor de veinte mil guaraníes, algo más de diez dólares). Por tanto, sólo una elite tiene libros a su alcance. Si a ello añadimos que las vías de distribución editorial siguen siendo precarias (las editoriales paraguayas no están integradas en ninguna distribuidora internacional), y que el ISBN sólo existe en Paraguay desde junio de 1998, comprenderemos que “el escritor que consigue vender mil ejemplares [...] ya es un auténtico best-seller [...]. Pero ¿se ha puesto a pensar qué porcentaje de la población del país consume esos mil ejemplares?. Estadísticamente, menos del 0.01%” (Colmán Gutiérrez, “Literatura” 2).

Aún hoy, cuando se pregunta a los escritores paraguayos por la situación de la narrativa en el país, todos responden: “estamos intentando hacer algo, pero todavía no encontramos los canales apropiados para proyectarnos” (declaraciones de Luis Hernáez, en una entrevista mantenida en Asunción el treinta de mayo de 1998). Esta dificultad de los autores para lograr un modo de difusión podría haberse paliado mediante el apoyo institucional, pero ya hemos visto que la larga dictadura stronista consideró que los intelectuales eran potencialmente peligrosos por su capacidad para difundir ideas críticas.

Parecería lógico que, frente a todas estas adversidades, los autores se unieran en un frente común. Sin embargo, la situación paraguaya dista mucho de ser así: ya en 1970, Mario Halley Mora (n. 1926) rebatió unas declaraciones en las que Augusto Roa Bastos afirmaba la inexistencia de una tradición de obras narrativas paraguayas. Y la polémica se agravó en 1982: a raíz del III Encuentro Internacional de Escritores (México), la agencia de noticias argentina Saporitti difundió que Augusto Roa Bastos había afirmado que Paraguay era el único país latinoamericano sin literatura, y que la producción local era mera “folletería”.

¹Las tres citas proceden de las páginas 14 y 15 de “Mesa redonda: La problemática del libro en el Paraguay”, *Mundo del Libro*, año I, nº 2, mayo de 1995.

Juan Bautista Rivarola Matto¹, que había emprendido una importante labor editorial para difundir la literatura nacional paraguaya, probablemente consideró que las declaraciones de Roa Bastos serían un obstáculo para dicha labor, y trató de rebatirlas. Sostuvo que, a pesar de las múltiples dificultades a las que se enfrentaba dicha literatura, ésta no era inferior a la de otros países latinoamericanos. Para demostrarlo, citó a treinta escritores paraguayos, y reclamó la necesidad de que sus obras fueran estudiadas.

La respuesta no llegó de la pluma de Roa sino de la del historiador Ricardo Caballero Aquino, quien denunció la “jauría nacional que está permanentemente al acecho de alguien con opiniones como Roa Bastos”². Ante esa acusación, Juan Bautista Rivarola Matto apeló a la libertad de opinión, y continuó en su empeño de demostrar la existencia de la literatura paraguaya, basando dicha existencia en la cantidad de obras publicadas, a pesar de los problemas por los que habían atravesado las letras y el pueblo paraguayos: con la Independencia, las clases sociales cultas fueron reprimidas, y el país quedó aislado; los esfuerzos posteriores se truncaron con la Guerra de la Triple Alianza; más tarde, el ensayo histórico acaparó las plumas mejor dotadas para la literatura³. Además, Rivarola añadió la inexistencia de la imprenta hasta 1845, la imposibilidad de una continuidad creadora a causa de las guerras y revoluciones, y la falta de una clase culta por el aislamiento del país⁴.

Roa Bastos trató entonces de desmentir sus supuestas declaraciones, mediante una carta al director de *Hoy*, publicada el 12 de abril de 1982. Allí, afirmaba que sus palabras habían sido tergiversadas, que simplemente había dicho que la narrativa paraguaya no conformaba un corpus, a pesar de la existencia de excelentes obras individuales. Añadía que no tenía ninguna intención peyorativa al llamarla “folletería”. El problema parecía haberse resuelto. El 17 del mismo mes, Rivarola publicó en *Hoy* “Una carta de Roa Bastos”, manifestando que había dudado del cable de la agencia Saporitti, porque tales afirmaciones “eran disparates”.

Sin embargo, cuando Roa volvió a Paraguay, el debate se reavivó, y superó la reflexión literaria para entrar en el terreno de unas acusaciones personales que crearon una fuerte fisura entre los intelectuales paraguayos. En 1989, los enfrentados fueron dos escritores que, a pesar de sus diferencias políticas, estaban, hasta ese momento, unidos por una gran amistad personal: Carlos Villagra Marsal y Augusto Roa Bastos. Roa había declarado en varios medios de comunicación que no existía en Paraguay un corpus literario. Villagra⁵ trató de rebatirlo, argumentando que todas las grandes obras universales constituían el sustrato cultural paraguayo, que todavía no se conocía suficientemente la tradición oral cuentística del país, y que se podían citar más de cien obras narrativas paraguayas publicadas en forma de libro en los últimos veinticinco años.

¹Juan Bautista Rivarola Matto, “¿Roa Bastos folletero?”, *Hoy*, 7 de marzo de 1982.

²Ricardo Caballero Aquino, “El *dilettante* como intelectual”, *Abc Color*, 13 de marzo de 1982.

³Juan Bautista Rivarola Matto, “Historia y literatura en Paraguay”, *Hoy*, 26 de marzo de 1982, pp. 8-9.

⁴Juan Bautista Rivarola Matto, “La literatura paraguaya existe”, *Hoy*, 31 de marzo de 1982, pp. 8-9.

⁵Carlos Villagra, “Variaciones sobre narrativas del Paraguay”, *Hoy*, 10 de septiembre de 1989, p. 15.

Augusto Roa Bastos no tardó en responder¹. Basándose en los trabajos de Roque Vallejos y Josefina Pla, argumentó la falta de ese corpus narrativo por la discontinuidad de las publicaciones. Pero sus artículos se jalaron de ataques personales contra Carlos Villagra: entre otras cosas, trató con cinismo los argumentos de Villagra, y tachó su artículo de mediocre. Villagra destacó que si Roa, como había declarado él mismo, no conocía lo que se escribía en su país, sus afirmaciones carecían de validez². En ese punto, el debate entre Roa y Villagra había dejado de ser una reflexión literaria para convertirse en un cruce de acusaciones particulares que no podía llevar a ningún resultado positivo. Mario Halley Mora³ decidió entonces entrar en la discusión: para comprobar la existencia de la narrativa paraguaya, decía, Roa sólo tenía que pasar una tarde en la librería Comuneros. Allí se percataría de que una literatura no deja de existir ni de tener calidad por el mero hecho de ser desconocida en el exterior. Y comprendería que fueron las circunstancias del mercado, y no la calidad, las que hicieron que sólo los que emigraron alcanzaran éxito internacional.

El estéril cruce de acusaciones continuó⁴, y concluyó con un artículo en el que Carlos Villagra Marsal⁵ reproducía fragmentos de una carta por la que Roa trataba de restablecer la amistad perdida. Como señala Andrés Colmán Gutiérrez,

Carlos Villagra Marsal [...] discrepó con Roa Bastos y exhibió una larga lista de creaciones literarias surgidas en los últimos tiempos, lo cual dio pie a una extensa y poco productiva polémica entre renombrados escritores, pues en lugar de centrarse en el punto medular -la literatura paraguaya, su pasado, presente y futuro- acabó en acusaciones y descalificaciones personales, avivando aun más la hoguera de las vanidades a las que son tan afectos muchos intelectuales compatriotas. (“Literatura” 2).

Ni estas polémicas ni los cambios en el panorama literario que estudiaremos a continuación han hecho cambiar de opinión a Augusto Roa Bastos. Prueba de ello son sus declaraciones de 1998:

La vanguardia cultural paraguaya está muy bien definida por el predominio de las artes plásticas y por la música [...]. Hablamos muy mal castellano, lo escribimos peor [...]. No hay literatura paraguaya [...]. Hay sí unos libros, pero un sistema literario no existe en Paraguay [...]. La novela prácticamente no existe y la poesía tampoco⁶.

El enfrentamiento entre Roa Bastos y Villagra terminó con una relación labrada durante años, y abonó un clima, que todavía pervive, en el que los escritores se escindieron en dos grupos: pro-Roa y anti-Roa. Claro que esto no significa que los autores paraguayos renieguen de la obra literaria de Roa Bastos. Incluso los acérrimos antirroistas reconocen que

¹Augusto Roa Bastos, “La tradición narrativa en el Paraguay”, *Hoy*, 16 y 17 de octubre de 1989.

²Carlos Villagra, “La única, obligada respuesta”, *Hoy*, 22 y 29 de octubre y 5 de noviembre de 1989, p. 15.

³Halley Mora, “Valga la intromisión”, *El Diario*, 11 de noviembre de 1989.

⁴Augusto Roa Bastos, “Tradición narrativa, segunda serie”, *Última hora*, 24, 25 y 26 de octubre de 1989.

⁵Carlos Villagra, “Carta de Augusto Roa Bastos”, *Hoy*, 17 de diciembre de 1989.

⁶Entrevista “Roa Bastos: un hombre de progreso”, *Abc Cultural*, cinco de abril de 1998.

muchos extranjeros han sentido interés por el país tras leer las novelas de su más conocido escritor. Sin embargo, hasta sus defensores reconocen que Roa ha tenido en su mano la posibilidad de difundir la literatura paraguaya y, en lugar de hacerlo, ha tratado de persuadir al público de la inexistencia de esa literatura.

2.- El despertar de los años ochenta y noventa

A pesar de todas las dificultades, la prosa paraguaya dio signos de un despertar en el segundo lustro de los años ochenta, coincidiendo con la crisis del régimen stronista. En la primera mitad de esa década, volvió a incrementarse la censura sobre los medios de comunicación (con hechos como el cierre de *Abc Color*, y las interferencias en la frecuencia de *Radio Ñanduti*). Ante esta situación, el público lector volcó su interés en el libro, especialmente en el de tema histórico y político, fuera o no de ficción. Para responder a la demanda, las editoriales publicaron más obras de todo tipo, entre ellas novelas y colecciones de cuentos que, por ser “ficción”, no tuvieron dificultades con la censura. Como señala José Vicente Peiró, “desde 1980 se han publicado más obras narrativas que en el resto de la historia del país desde su independencia”¹. Esas obras suelen tender hacia la subjetividad y el intimismo, incluir el erotismo y el feminismo, y criticar la historia y la sociedad del país.

Algunas de las obras narrativas de los años ochenta y noventa llegaron a convertirse en auténticos éxitos editoriales en un país carente de hábito lector; y su éxito sirvió de motivación tanto a los nuevos autores como a aquellos que tenían ya obras publicadas. Entre unos y otros, fueron consiguiendo romper con la discontinuidad que había caracterizado la prosa paraguaya.

Además, la democracia permitió a los escritores vivir sin el miedo a la represión, y ello contribuyó al aumento del número de publicaciones. A un mayor número de obras, también correspondió una multiplicación de las tendencias narrativas: los autores paraguayos asumieron subgéneros hasta ese momento inexistentes en su prosa, y ensayaron una ruptura con los géneros tradicionales. Como destaca José Vicente Peiró en su tesis, las obras de los escritores paraguayos actuales son mucho más universales que las anteriores. Predomina en ellas lo urbano sobre lo rural, lo individual sobre lo colectivo. Se ha abandonado el uso casi exclusivo del narrador omnisciente, y de la linealidad temporal. Además, desde los años ochenta, se ha observado un auge de la narrativa testimonial, política e histórica, y se han cultivado vertientes intimistas, experimentales y feministas, y géneros como la ciencia-ficción.

El cambio fue posible porque, frente al aislamiento tradicional y a la falta de conocimiento de los autores paraguayos de lo que estaba aconteciendo en el resto del mundo, muchos de los actuales escritores paraguayos han viajado, han recibido formación en el extranjero, y utilizan internet. Este interés por lo universal les ha proporcionado los datos para valorar lo que sucede fuera de Paraguay; para replantearse su historia, y buscar argumentos alejados del folclorismo y el regionalismo; para ser conscientes de la necesidad de forjarse un estilo.

En este cometido, han tenido una importante misión los talleres literarios, que dan a

¹José Vicente Peiró Barco, introducción a Carlos Villagra Marsal, *Mancuello y la perdiz* 28. Como señaló el mismo autor en “La novela paraguaya en vísperas del nuevo siglo” (ponencia leída en el XXXI Congreso del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana), desde la época colonial hasta 1980, se conocen setenta y tres novelas publicadas por autores paraguayos. Entre 1980 y 1998, fueron ciento cuatro las publicadas.

conocer lo acontecido en el exterior, y facilitan los medios para mejorar las producciones de sus participantes. Como se ha mencionado, los talleres poéticos surgieron en Asunción de la mano del sacerdote español César Alonso de las Heras: su Academia Universitaria (después dirigida por Josefina Pla) funcionó entre 1946 y 1960, y de ella surgieron poetas que más tarde publicaron también obras narrativas, como José María Gómez Sanjurjo, José Luis Appleyard, Carlos Villagra Marsal y Rubén Bareiro Saguier. Ya a finales de los años setenta, se creó el Taller Manuel Ortiz Guerrero (patrocinado por la Embajada de España); y, posteriormente, Osvaldo González Real y Carlos Villagra Marsal dirigieron otras experiencias.

En 1983, Hugo Rodríguez Alcalá, al jubilarse de la docencia en Estados Unidos, regresó a Asunción, donde empezó a perfilar lo que se convertiría en el Taller Cuento Breve, el primero consagrado en Paraguay a la narrativa. Sus integrantes son mujeres de clase alta o medio-alta, generalmente casadas (durante los primeros años, participó también Horacio Sosa). Trabajan bajo el lema de *nulla dies sine linea*, y publican volúmenes antológicos colectivos. Algunas han conseguido sacar a la luz obras individuales, y se han hecho acreedoras de multitud de premios literarios. Entre otras, han participado en el taller Stella M. Blanco de Saguier, María Beatriz Bosio, María Luisa Bosio, Gloria Paiva, la uruguaya Ita Yoffe de Quiroz, y Raquel Saguier, quien abandonó el grupo para poder dedicar todo su tiempo a la novela. Y conviene destacar a Neida Bonnet¹, Susana Gertopán², Maybel

¹Neida Bonnet de Mendonça (1933): aunque nació en Argentina, reside desde muy joven en el Paraguay, donde trabaja como profesora de artes plásticas, y ha recibido varios premios por sus relatos. Es autora de la novela *Golpe de luz* (1983, Premio de Literatura La República) y de los volúmenes de cuentos *Hacia el confín* (1986), *De polvo y de viento* (1988) y *Ora pro nobis* (1994).

²Susana Gertopán ha publicado cuentos en la prensa y en antologías, y es autora de las novelas *Barrio Palestina* (1998), centrada en la emigración de los judíos asunceños; y *El nombre prestado* (2000), que plantea las diferencias entre un hebreo ortodoxo y su hijo.

Lebrón¹, Lucy Mendonça², Luisa Moreno³, Dirma Pardo⁴, Lita Pérez Cáceres⁵, Yula Riquelme⁶ y Susana Riquelme⁷. Gracias a la invitación del profesor Rodríguez Alcalá, pudimos observar el método de trabajo del taller: lectura y reflexión sobre algún texto clásico, propuesta de un tema de trabajo, elaboración de los relatos, y lectura crítica de los mismos. Además, organizan conferencias y lecturas en colegios y, desde 1993, apoyan la labor de la Academia Paraguaya de la Lengua desde la Sociedad de Amigos de la Academia Paraguaya de la Lengua (formada por las integrantes del Taller).

Por otra parte, las transformaciones sociales han posibilitado un cambio de la situación de la mujer. Así, dentro de una tendencia general en las letras universales, y avaladas por la experiencia de la que reconocen como pionera (Josefina Pla), en los años ochenta y noventa aumentó el número de mujeres escritoras en el país. Se puede decir que todo comenzó cuando Neida Bonnet demostró, con *Golpe de luz* (1983), que el mundo femenino podía ocupar el protagonismo en la novela. Después, aparecieron las obras de excelentes escritoras, como Raquel Saguier y Renée Ferrer.

Raquel Saguier (Asunción, 1940), al contrario que la mayoría de sus compañeras, se ha dedicado casi exclusivamente a la novela, convirtiéndose en una de las mayores representantes del género en Paraguay. Socia fundadora de la Sociedad de Escritores del Paraguay (SEP), fue la primera paraguaya que omitió el apellido de su marido al firmar sus obras, lo que le valió un buen número de críticas. Su primera novela, *Los principios y el*

¹Maybell Lebrón de Netto (Córdoba, Argentina, 1923) vive en Asunción desde los siete años. Cuentista y poetisa, la mayor parte de su obra se halla dispersa en antologías y publicaciones periódicas. Ha recibido varios premios por sus relatos. Sus únicas obras individuales hasta el momento son el volumen de cuentos *Memoria sin tiempo* (1992), el poemario *Puente a la luz* (1994), y la novela histórica *Pancha* (2000).

²Lucy Mendonça de Spinzi (Asunción, 1932): hija del escritor Lucio Mendonça. Escultora y ceramista, fue premiada por su ensayo sobre Barrett (1988) y por la obra teatral *Los desarraigados* (1965). En *Tierra Mansa y otros relatos* (1987) y en *Cuentos que no se cuentan* (1998) se perciben las influencias de Borges y Cortázar. Uno de sus relatos fue incluido en la antología de narrativa hispanoamericana *Líneas Aéreas*, coordinada por Eduardo Becerra, y publicada por Lengua de Trapo.

³Luisa Moreno de Gabaglio (Chaco, 1949) es doctora en Ciencias Veterinarias, cuentista y poetisa. Ha publicado sus cuentos en antologías y en el diario *Hoy*. Su primer libro individual, *Ecos de monte y de arena* (1992; edición en español y guaraní de 1994, con el título de *Kapi'yva*) contenía dos relatos previamente premiados. Más tarde, ha seguido obteniendo premios de cuentos y poemas, y ha publicado el poemario *Canela encendida* (1994) y el libro de relatos *El último pasajero y otros cuentos* (1997).

⁴Dirma Pardo de Carugati (Asunción, 1934): coordinadora e impulsora del Taller Cuento Breve, socia fundadora y dos veces presidenta del Club del Libro. Ha ejercido como docente, comentarista de cine en el diario *La Tribuna*, y colaboradora de la revista *Visión*. Varios de sus relatos (publicados en antologías) han sido premiados. Además, es autora de poemas, y del libro de cuentos *La víspera y el día* (1992).

⁵Lita Pérez Cáceres (Asunción, 1940) vivió en Argentina entre 1947 y 1965. A su regreso a Paraguay, empezó a escribir cuentos, que aparecieron en publicaciones periódicas, y recibieron varios premios. Colaboradora de prensa, su único libro hasta el momento es el volumen de relatos *María Magdalena María* (1997).

⁶Yula Riquelme de Molinas (Asunción, 1941): diplomada en Historia, se dedica a la publicidad. En el campo literario, ha escrito poemas (*Los moradores del vórtice*, 1976), cuentos (*Bazar de cuentos*, 1995), la primera novela paraguaya de género fantástico-metafísico (*Puerta*, 1995) y la novela *Los gorriones de la siesta* (1996). Está trabajando en una nueva novela, *El sacrificio interrumpido*. Sus relatos han recibido varios galardones.

⁷Susana Riquelme de Bisso (1949): hermana de la anterior. Ha ganado varios concursos literarios. Publicó *Entre la cumbre y el abismo* (1995), una colección de cuentos intimistas, protagonizados casi siempre por mujeres.

símbolo, quedó finalista en el Concurso de Novelas 1965 de *La Tribuna*. Sus relatos han aparecido en varias antologías y publicaciones periódicas. *La niña que perdí en el circo* (1987), su primera novela publicada, es una excelente obra que se centra en el mundo infantil, y en la búsqueda del padre. Alcanzó un gran éxito en el país, y ha sido traducida al francés (1992) y al portugués (1993). Después, aparecieron *La vera historia de Purificación* (1989), donde aboga por la emancipación femenina en una sociedad machista como la paraguaya; *Esta zanja está ocupada* (1994, galardón especial en el Concurso de Novela Mario Andrade), que critica la sociedad y la política del país con una trama policial; y *La posta del placer* (1999), donde conviven personajes abrumados, retratados desde el distanciamiento. Su producción, que manifiesta el influjo de Gabriel García Márquez, Juan Rulfo, Miguel Ángel Asturias y James Joyce, es de las mejores, de las más elaboradas y atractivas de la literatura paraguaya. En todas sus obras, Raquel Saguier ha dado cuenta de su preocupación por el mundo de la mujer, y ha denunciado la situación de la misma.

Renée Ferrer (Asunción, 1944) es doctora en Historia. Fue presidenta de la Sociedad de Escritores del Paraguay. Empezó escribiendo poesía, y tiene casi una veintena de poemarios publicados, entre ellos, *Hay surcos que no se llenan* (1965), *Voces sin réplica* (1967), *Desde el cañadón de la memoria* (1984), *Peregrino de la eternidad* (1985), *Sobreviviente* (1985), *Nocturnos* (1987), *Viaje a destiempo* (1989), *De lugares, momentos e implicancias varias* (1990) y *El acantilado y el mar* (1992). Ha publicado volúmenes de relatos (*La seca y otros cuentos*, Premio de la República 1986; *Por el ojo de la cerradura*, Premio Los Doce del Año 1993; *Desde el encendido corazón del monte*, 1994) y de cuentos infantiles (*La mariposa azul y otros cuentos*, 1987; edición bilingüe castellano-guaraní 1996). Recibió la Mención del Concurso Hispanidad 1974, el Primer Premio Cultura Hispánica 1984 y el segundo premio Gabriel Casaccia 1985. Es también autora de dos novelas: la interesantísima *Los nudos del silencio* (1988; modificada en 1992; traducida al francés), donde se centra en la figura de una mujer, víctima de la sociedad paraguaya y de su marido, que es un torturador del régimen stronista; y *Vagos sin tierra* (1999, Mención Especial del Premio de Literatura), en la que las víctimas lo son de la historia del país. Además, ha escrito letras de canciones, y los ensayos históricos *Un siglo de expansión colonizadora* y *Los orígenes de Concepción* (1985); ha adaptado varias obras teatrales y tiene una inédita; y algunas de sus obras se hallan recogidas en antologías publicadas en Uruguay, Paraguay, Argentina, España y Estados Unidos.

La consolidación de la figura de la mujer paraguaya como escritora ha llegado hasta el punto de que “en 1995 hay más escritoras en activo que escritores” (Peiró, introducción a Villagra, *Mancuello y la perdiz* 30). El fenómeno resulta especialmente llamativo si consideramos el panorama de la producción narrativa femenina en 1979:

Las únicas novelistas que estamos en el Paraguay somos mi madre [M^a Concepción Leyes] y yo [Ana Iris Chaves]. Las paraguayas, claro. Después, está una argentina, Teresita Torcida; una rusa, Mariela de Adler; y una italiana, Noemí de Nagy¹ [...] la señora Plá [...] es española. [...] Y yo creo tener

¹Teresita Torcida de Arriola (1940-1988) publicó el volumen de relatos *Los cuentos de la tía Lulú* (1971). En 1975, su novela corta *Y soy y no* apareció compartiendo volumen con *Andresa Escobar* (Ana Iris Chaves). Es también autora de una obra teatral titulada *Farsa de una farsa* (1972).

Mariela de Adler (1909-1991) publicó dos libros de cuentos: *La endemoniada: historias de amor, fantasmas y curas* (1966) y *De otro modo, historias en voz baja* (1968).

Noemí Ferrari de Nagy (1914-1992) publicó la novela corta de tema nativista *El mangual* (1971), donde retrató la

(continúa...)

una explicación. Ocurre que nuestro ambiente es muy pequeño. Y cuando una escribe los demás creen que está haciendo autobiografía [...] las mujeres no escriben por eso: porque no pueden hacer una prosa testimonial por lo que pudiera ocurrir¹.

Al centrarse en las novelistas, Ana Iris Chaves no cita a autoras de relatos infantiles como María Luisa Artecona de Thompson y Nidia Sanabria de Romero. Como señalan José Vicente Peiró y Guido Rodríguez Alcalá,

Las escritoras que publican por primera vez en los años setenta son posiblemente las grandes olvidadas de la historia de la narrativa paraguaya [...] la proliferación de narradoras en los ochenta las ha solapado [...]. Pero ellas [...] abanderan una fase de transición [...] donde se van abandonando los temas tradicionales en favor de una temática más universal e intimista, y de la adopción de técnicas modernas más complejas. (*Narradoras* 19).

Al contrario de lo sucedido en otros países cuando la mujer se ha acercado de forma más o menos masiva a la escritura literaria, no han proliferado en Paraguay los estudios sobre la escritura femenina. Hasta el momento, sólo la obra de Renée Ferrer ha conseguido suscitar la atención de una investigadora uruguaya, Gloria da Cuhna-Giabbai, que ha analizado su producción desde el punto de vista de una feminista militante². En su trabajo, esta crítica vincula las dictaduras paraguayas con la escasez de literatura escrita por mujeres, y con el desconocimiento que el mundo tiene de la narrativa escrita en el país:

La expresión hispanoamericana ha estado sujeta a la férrea influencia del autoritarismo patriarcal ejercido en el plano político, social, personal y literario [...] es interesante comprobar la escasa consideración que ha recibido la historia y la literatura paraguayas por parte de críticos y editores extranjeros. [...] este autoritarismo político, interno y oscurantista, contribuyó a reafirmar el autoritarismo literario, el practicado en el exterior, desde el Paraguay del exilio, por la supremacía ejercida inconscientemente durante casi medio siglo por los escritores reconocidos [...]. Ferrer, como Josefina Plá, Neida de Mendonça, Raquel Saguier, Yula Riquelme Molinas, o Dirma Pardo de Caraguti, ha sufrido el autoritarismo político, personal y literario doblemente. Como escritora, insiliada dentro de las fronteras nacionales, padeciendo los efectos de la censura política. Como mujer, prisionera del hogar, de la sociedad, de la dictadura, insiliada dentro de los márgenes de la literatura “femenina”, voz censurada por la sociedad patriarcal, tratando de romper el cerco editorial que ha rodeado a las creaciones literarias de las mujeres (*Cuentística* 27, 33-34 y 49).

En una entrevista mantenida con la poetisa (y, actualmente, agregada cultural de Paraguay en España) Lourdes Espínola, el treinta de mayo de 1998, ella sostenía que existen

¹(...continuación)

sociedad asunceña. Un año más tarde, apareció su volumen *Rogelio: cuentos y recuerdos*, intimista y sentimental.

¹Ricardo Almada Roche, “Diálogo con Ana Iris Chaves de Ferreiro”, *La Prensa*, 2 de diciembre de 1979, p. 25. El problema al que alude en las últimas líneas de la cita todavía no ha desaparecido en el mundo literario paraguayo: al día siguiente de que apareciera la novela de Raquel Saguier *La niña que perdí en el circo* (1987), una prima suya publicó un artículo en el que la acusaba de burlarse de su familia. El resultado fue un gran éxito editorial. Según la autora, “todo el mundo compró la novela para enterarse de las infidelidades de mi padre” (entrevista mantenida en su domicilio en Asunción el ocho de junio de 1998).

²Como señala Edgar Valdés (“La cuentística de Renée Ferrer”, *El Correo Semanal*, 20 de diciembre de 1997, pp. 22-23) las opiniones de esta autora uruguaya pueden inscribirse en la “neohermeneútica” (o ginocrítica) a la que se adscriben los trabajos de la cubana Aralia López González y de las mejicanas Mercedes Barquet y Gloria Pardo.

notables diferencias en la forma de ver el mundo en las obras de hombres y mujeres:

El hombre, generalmente, escribe novela; la mujer, no. [...] el tiempo de la mujer es un tiempo doméstico, interrumpido. Además, como el hombre tiene una historia oficial, su narrador suele ser una voz masculina, que relata una sola historia con un discurso continuo. En el caso de la mujer, suele haber muchas protagonistas que cuentan múltiples historias [...]. En este país, durante la etapa de Stroessner, la mujer ha sido totalmente suprimida del ámbito público: tenía que usar [...] el apellido del marido, tenía que pedirle permiso para trabajar fuera de casa, y era el marido quien administraba sus salarios y sus bienes. A partir de 1989, se produjo un cambio: un anteproyecto para igualar los derechos. Por eso hay un boom de mujeres que han estado calladas (desde el 89 se ha triplicado la producción literaria de las mujeres). Las mujeres que publican son el producto de un cambio social.

Seis días más tarde, el crítico Francisco Pérez-Maricevich opinaba: “nuestra narrativa femenina carece que una visión femenina del mundo. Es decir, no existe narrativa femenina, sino un fenómeno de taller. Aquí, y en toda América Latina” (entrevista mantenida en su oficina de Asunción el cinco de junio de 1998). Faltan estudios más profundos para sostener cualquiera de las dos tesis, pero algo sí ha quedado claro: desde hace unos años, la palabra “escritores”, en Paraguay, ha dejado de significar, exclusivamente, “hombres que escriben”¹.

¹Además de las autoras mencionadas, conviene citar a Susy Delgado, Emi Kasamatsu, Fátima Silva, Carlota Rheineck de Méndez, Verónica Basetti y Gloria Paiva, además de a:

- Delfina Acosta (Asunción, 1956): publicó poemas en el volumen colectivo del Taller de Poesía “Manuel Ortiz Guerrero” (1984), y en sus poemarios individuales *Todas las voces, mujer...*, (1986) y *La voz del colibrí* (1993). Ha recopilado sus cuentos premiados en *El viaje* (1995).

- Margot Ayala de Michelagnoli (París, 1935): pintora. Preside el Grupo ADAC (Asociación de Apoyo a la Cultura), es Vocal de la Cultura del Consejo Nacional de Mujeres del Paraguay. Ha escrito tres poemarios (*Ventana al tiempo*, 1987; *Murmullo interior*, 1991; y *Cielos interiores*, 1994), una novela en jopará (*Ramona Quebranto*, 1989; adaptada al teatro por Halley Mora) y dos novelas en castellano (*Entre la guerra el olvido*, 1993; y *Más allá del tiempo*, 1995).

- Chiquita Barreto (Cecilio Báez, 1947): autora de los volúmenes de relatos *Con pena y sin gloria* (1990), *Con el alma en la piel* (1994, la primera colección de narraciones eróticas aparecida en Paraguay) y *Delirios y certezas* (1995).

- Milia Gayoso (Villa Hayes, 1962): con sus cuatro volúmenes de cuentos publicados (*Ronda en las olas*, 1990; *Un sueño en la ventana*, 1991; *El peldaño gris*, 1995; y *Cuentos para tres mariposas*, 1996), es una de las narradoras jóvenes paraguayas que utiliza el lenguaje poético y depurado.

- Sara Karlik (Asunción, 1935): reside en Chile, y se dedica al cuento de influencia borgiana (*La oscuridad de afuera*, 1987; *Entre ánimas y sueños*, 1987; *Demasiada historia*, 1988; *Efectos especiales*, 1989; *Preludio con fuga*, 1992; *Presentes anteriores*, 1996), y a la novela (*Los fantasmas no son como antes*, finalista del Premio Café Iruña 1989; *Juicio a la memoria*, Premio Sésamo 1991; y *Desde cierta distancia*, 1991). Su primera novela publicada, *Nocturno para errantes eternos* (1999), se centra en el tema de la emigración.

- Ester de Izaguirre (Asunción, 1923): profesora afincada en Buenos Aires, donde se licenció en Letras. Nunca se ha desvinculado de su país, en el que ha dirigido talleres, y se ha convertido en un modelo para las escritoras más jóvenes. Es autora de los poemarios *Trémolo* (1960), *El País que llaman Vida* (1964; Premio Fondo Nacional de las Artes), *No está vedado el grito* (1967), *Girar en descubierto* (1975; Gran Premio Dupuy-tren), *Qué importa si anochece* (1980; Faja de Honor de la SADE), *Judas y los demás* (1981; Premio Pluma de Plata del Pen Club), *Y dan un premio al que lo atrape vivo* (1986), *Si preguntan por alguien con mi nombre* (1990), *Una extraña certeza nos vigila* (1992) y *Poemas (1960-1992): Obras completas* (1993). Ha publicado los volúmenes de cuentos *Yo soy el tiempo* (1973; Primer Premio Municipal 1968) y *Último domicilio conocido* (1990). Su producción no se difundió en Paraguay hasta la aparición de esta última obra, claramente vinculada a la vertiente fantástica de Borges y Cortázar.

- Nila López: dirige la editorial Coraje, y es autora del libro de narraciones líricas *Una intrahistoria* (1996), y del libro de cuentos y poemas *Madre, hija y Espíritu Santo* (1998).

- Elly Mercado de Vera (Encarnación, 1937): autora de un poemario (*Vendimia de sueños*), una obra infantil (*La rebelión de las manchas y otras aventuras*) y un libro de relatos basado en leyendas sobre tesoros enterrados (*Plata Yygyuy*, 1991).

- Amanda Pedrozo (Asunción, 1955): ha publicado poemas en los volúmenes del Taller de Poesía Manuel Ortiz Guerrero (continúa...)

Entre las dificultades a las que se enfrentan las autoras y los autores paraguayos, vimos que estaba la de publicar. Como ha destacado Peiró en su tesis, durante los años setenta, se llevaron a cabo varias experiencias editoriales, entre las que destacan las surgidas desde las revistas *Criterio* y *Alcor*, que trataron de hacer de la poesía un “arma cargada de futuro”, una expresión de la resistencia cultural. Lamentablemente, esto apenas afectó a la prosa, salvo en casos puntuales, como el de Ediciones Criterio, que ha publicado obras de Guido Rodríguez Alcalá (*Cuentos decentes*) y Lucy Mendonça (*Tierra mansa*).

Al abrirse la década de los años ochenta, algunas editoriales de poesía se decidieron a incluir obras narrativas en sus catálogos (por ejemplo, Ediciones La República publicó *La catedral sumergida* de Augusto Casola); y algunos autores siguieron recurriendo a la autoedición o crearon sus propias editoriales para publicar sus obras. Así lo hicieron Juan Francisco Bazán (Editorial Curupí), Manuel E. B. Argüello (MEBA), José María Gómez Sanjurjo (Alfa), Mario Halley Mora (NB), y los integrantes del Taller Manuel Ortiz Guerrero. Además, la imprenta Arte Nuevo, que había editado revistas literarias y folletos, comenzó la colección Linterna, en 1979, con la publicación en formato libro del cuento de Roa Bastos *Lucha hasta el alba*. También Arte Nuevo editaría en los años ochenta obras narrativas tan importantes como *Los nudos del silencio* (Renée Ferrer) y *La isla sin mar* (Juan Rivarola Matto)¹. Por los mismos años, nació Ediciones Comuneros² (dependiente de la librería Comuneros); y Juan Bautista Rivarola Matto, desde la editorial NAPA, emprendió un proyecto tan ambicioso como innovador: la colección “Libro paraguayo del mes”. Napa mantuvo su periodicidad casi mensual desde septiembre de 1980 hasta agosto de 1982. Quebró en 1983. Después, publicó otros cinco números, hasta julio de 1986. Rivarola Matto explicaba los objetivos de su editorial de la siguiente manera:

El Paraguay tiene real y potencialmente una rica literatura, que se encuentra sumergida por falta de medios y la sociedad paraguaya ha alcanzado ya un grado de desarrollo suficiente para brindarle esos medios [...]. Hay una duda, expresada hasta por Gabriel Casaccia, en la conmovedora carta en la que

¹(...continuación)

(*Y ... ahora la palabra*, 1979; *Poesía Taller*, 1982) y en su poemario individual (*Las cosas usuales*, 1985), y ha recogido sus relatos junto a los de su hermana, Mabel Pedrozo, en *Mujeres al teléfono* (1997).

- Mabel Pedrozo (Asunción, 1965): abogada, poetisa, narradora y periodista. Ha recibido el Premio Amigos del Arte 1984, y la Mención en el Concurso de la Municipalidad de Asunción 1991. Ha publicado poemas en los volúmenes del Taller de Poesía Manuel Ortiz Guerrero, y relatos en *Mujeres al teléfono*.

- Lourdes Peralta (Buenos Aires, 1966): licenciada en Ciencias de la Comunicación. Ha publicado numerosos cuentos en el diario *Abc Color* (Asunción).

- Margarita Prieto Yegros: posee el doctorado en Historia y la maestría en Ciencias Políticas. Ha ejercido como profesora en todos los niveles de la enseñanza, y colabora semanalmente en el diario *Noticias*. Tiene publicado un libro de relatos titulado *En tiempo de chivatos* (1998).

- Nidia de Sanabria (Carapeguá, 1928): poetisa, cuentista y dramaturga, con obras destinadas al público infantil como *Tardecitas con alas* (1979), *Tierra en la piel* (1984), *Cascada de sueños* (1986), *La gran velada* (1985), *Balada de canto y musgo* (1989) y *En la habitación de los temblores* (1990).

¹Además de estas novelas, Arte Nuevo ha publicado una enciclopedia de guaraní y castellano, una docena de ensayos, un par de libros de derecho, una quincena de poemarios y algunas obras históricas. En su catálogo, además, se incluyen las novelas *Rasmudel* (1983, H. Duarte Manzoni, M. Azuaga y J. Aymar), *La pesadilla* (1985, C. González) y *El secreto de Sodoma* (1988, J. Zubizarreta); y los libros de cuentos *El retrato de nuestro amor* (1984, A. I. Chávez), *El séptimo pétalo del viento* (1984, R. Bareiro Saguier), *Así no vale* (1987, J. Canese), *Y entre el sexo y el seso... una mujer* (1987, V. Bassetti) y *Arto cultural* (1989, M. Azuaga).

²En 1980, publicó *Anales del descubrimiento población y conquista del Río de la Plata* (Ruy Díaz de Guzmán). Esporádicamente, ha ido editando algunas obras de autores como Mario Halley Mora y José Luis Appleyard.

nos brinda su total apoyo: si existe material suficiente para editar un libro paraguayo por mes sin desmedro de la calidad¹ [...]. Tenemos una lista de cuarenta y un títulos y autores de calidad, que, mediante una seria investigación, podría ser triplicada, sin contar que el estímulo que brinda la posibilidad de editar, hará que muchos escritores de talento, conocidos y desconocidos, se empeñen en dar lo mejor de sí mismos [...]. Tenemos lo que podría llamarse una literatura de escritores, muy pocos y entre ellos algunos muy buenos. Otra, muy rica, de carácter popular y semipopular, que se expresa preferentemente en guaraní. Hay una literatura de los indios guaraníes y acabamos de descubrir una deliciosa literatura de los nivaklé. Buscando un poco, iremos desenterrando verdaderos tesoros [...]. Toda persona que entregue un manuscrito a Ediciones NAPA debe tener la seguridad de que será tratado con respeto y que el dictamen no dependerá de los gustos personales de nadie. Para esto, estamos organizando un grupo de lectores calificados. Los nombres de sus integrantes serán mantenidos en reserva. No valdrán amistades, influencias, presiones ni discriminaciones. El único valor atendible será la calidad literaria. [...] mediante los avisos publicitarios podemos lanzar ediciones cuidadas a un precio asequible².

A pesar de que el proyecto fracasó, NAPA vino a demostrar que existía un público interesado en la producción paraguaya.

En 1982, nacieron las editoriales Alcándara³ y El Lector⁴. La primera se dedicó

¹A pesar de su propósito inicial, no todas las obras publicadas fueron novelas o cuentos. Como puede verse en el listado de publicaciones que ofrecemos a continuación, hay algunos volúmenes de poesía, de ensayo y de teatro: n° 0 (julio 1980): Juan Bautista Rivarola Matto, *De cuando Carai Rey jugó a las escondidas*; n° 1 (septiembre 1980): Jesús Ruiz Nestosa, *El contador de cuentos*; n° 2 (octubre 1980): Osvaldo González Real, *Anticipación y reflexión* (contiene ocho cuentos de ciencia-ficción y siete ensayos); n° 3 (noviembre 1980): Alcibiades González Delvalle, *Función patronal*; n° 4 (diciembre 1980): Gabriel Casaccia, *La llaga*; n° 5 (febrero 1981): Josefina Pla, *El espejo y el canasto*; n° 6 (marzo 1981): VV. AA., *Teatro breve del Paraguay*; n° 7 (abril 1981): Mario Halley Mora, *Los hombres de Celina*; n° 8 (mayo 1981): Coronel Arturo Bray, *Armas y letras. Tomo I* (memorias); n° 9 (junio 1981): José Luis Appleyard, *Tomado de la mano* (poesía); n° 10 (julio 1981): Coronel Arturo Bray, *Armas y letras. Tomo II* (memorias); n° 11 (agosto 1981): Miguel Chasi Sardi, *Pequeño decamerón nivaklé*; n° 12 (septiembre 1981): Coronel Arturo Bray, *Armas y letras. Tomo III* (memorias); n° 13 (octubre 1981): Tadeo Zarratea, *Kalaíto Pomboro*; n° 14 (noviembre-diciembre 1981): Gabriel Casaccia, *Los Huertas*; n° 15 (enero 1982): Juan E. O'Leary, *Prosa polémica*; n° 16 (febrero 1982): Natalicio González, *Vida y pasión de una ideología* (prosa polémica); n° 17 (marzo 1982): Jesús Ruiz Nestosa, *Los ensayos*; n° 18 (abril 1982): Gabriel Casaccia, *Cartas a mi hermano*; n° 19 (mayo 1982): José de la Cruz Ayala (Alón), *Desde el infierno* (biografía); n° 20 (junio 1982): Juan Bautista Rivarola Matto, *Yypóra*; n° 21 (julio 1982): Gustavo Sosa Escalada, *El buque fantasma* (biografía); n° 22 (agosto 1982): Amancio Pampliega, *Fusil al hombro* (memorias); n° 23 (marzo 1983): José María Rivarola Matto, *Tres obras y una promesa* (teatro); n° 24 (abril 1983): Arturo Alsina, *Paraguayos de otros tiempos* (semblanzas); n° 25 (mayo 1983): Ana Iris Chaves de Ferreiro, *Fábulas modernas*; n° 26 (junio 1983): Hugo Rodríguez Alcalá, *Relatos de norte y sur*; n° 27 (julio 1986): Juan Bautista Rivarola Matto, *Diagonal de sangre*.

²Juan Bautista Rivarola Matto, "Una carta de NAPA", Suplemento Cultural de *Abc Color*, 15 de febrero de 1981, p. 6.

³El listado completo de los poemarios publicados por esta editorial se halla la página cuatro del suplemento cultural de *Noticias* del siete de agosto de 1994.

⁴Entre sus primeras publicaciones, destacan *La babosa* (Gabriel Casaccia, 1982), *Hijo de Hombre y Madera quemada* (Augusto Roa Bastos, 1983), *La pierna de Severina* (Josefina Pla, 1983), *La voz que nos hablamos* (José Luis Appleyard, 1983), *Los exiliados* (Gabriel Casaccia, 1983), *Cuentos y microcuentos* (Mario Halley Mora, 1983), *Cuentos completos* (Gabriel Casaccia, 1984), *Los herederos* (Gabriel Casaccia, 1985) y *La seca y otros cuentos* (Renée Ferrer de Arréllaga, 1986). En los años noventa, su colección literaria incluye, por ejemplo, las primeras ediciones de las últimas novelas de Augusto Roa Bastos, *Los diez caminos* y *Hechizo paraguayo* (ambas de Santiago Trías Coll), *El invierno de Gunter* (Juan Manuel Marcos), *Los Huertas* (Gabriel Casaccia), *Cuentos completos* (Josefina Pla), *Cuentos, microcuentos y anticuentos*, *Amor de invierno* y *Los hombres de Celina* (los tres de Mario Halley Mora), *Diálogos prohibidos y circulares* (Jesús Ruiz Nestosa), *El último vuelo del pájaro campana* (Andrés Colmán Gutiérrez), *La doma* (continúa...)

exclusivamente a la poesía; la segunda se convertiría, en los años noventa, en la editorial que más obras literarias publicó en Paraguay. Dirigida por Pablo Burián, El Lector comenzó siendo un kiosco de prensa que se convirtió en librería, y empezó a publicar una colección histórica, algunos ensayos y obras literarias. Además, en 1984, nacieron Ediciones Mediterráneo¹ y Araverá. Esta última, creada por Carlos Villagra Marsal y Antonino Páez, trató de llevar a cabo la idea que había impulsado Napa: publicar obras en prosa de autores paraguayos. Para ello, Villagra contaba con la experiencia de haber dirigido Alcándara (que editó sesenta obras poéticas de autores paraguayos). Araverá, sin embargo, hubo de competir con otras editoriales que perseguían los mismos fines y, hasta su desaparición en 1987, sólo sacó a la luz cinco volúmenes de cuentos (de los escritores Helio Vera, Roberto Thompson, Rodrigo Díaz-Pérez y Sara Karlik).

En 1986, la editorial Escuela Técnica Salesiana (dependiente de la orden que le daba nombre) se convirtió en Don Bosco², y publicó obras de autores poco conocidos. Actualmente, es una de las editoriales más importantes y consolidadas. En algunos proyectos, se ha unido a Intercontinental, que está dirigida por Alejandro Gatti, ha recibido el apoyo de Radio Ñanduti (la emisora más castigada por el stronismo) para la coedición de obras de interés social o político³, y se caracteriza por la asiduidad de sus publicaciones.

También en la segunda mitad de los años ochenta, nacieron Arandurâ (que destaca no sólo por el número de obras narrativas, poéticas y de investigación publicadas sino también por su apoyo a los escritores noveles como Pancho Oddone, Maybell Lebrón, Yula Riquelme y Susana Riquelme) y R P Ediciones⁴ (que publicó más de noventa títulos). Cuando, en 1995, desapareció R P, sus fondos fueron adquiridos por la librería Expo-libro, que se convirtió así en editorial. Además, en los años noventa han surgido proyectos

⁴(...continuación)

del jaguar (Hugo Rodríguez Alcalá), *El mercader de ilusiones* (Juan Carlos Herken) y *Donde ladrón no llega* (Luis Hernáez). Además, ha editado algunos ensayos fundamentales para acercarse al estudio de las letras del país, como *La literatura del romanticismo en Paraguay* (Raúl Amaral), y *Breve antología de la literatura paraguaya* y *Breve diccionario de la literatura paraguaya* (ambos de Teresa Méndez-Faith).

¹Sus primeras publicaciones, de 1984, fueron las novelas cortas ganadoras del Concurso Hispanidad 1976: *El amor y su sombra* (Santiago Dimas Aranda) y *La sangre y el río* (Ovidio Benítez Pereira). Más tarde, editó obras de Alfredo Rojas León (autor de la novela *Arturo y Beatriz*, 1984), José R. Zubizarreta Peris (autor del volumen de relatos *Cuentos trágicos y frívolos*, 1970; y de las novelas *Dos historias en el cielo*, 1973; *Los pánicos de héroe*, 1979; *La casa grande; historia de una familia*, 1985; *Anatomía de un rapto*, 1986; *Los yetis del Yguazu*, 1986; y *El secreto de Sodoma*, 1988), José Santiago Villarejo y Elly Mercado de Vera (sobre estos dos autores, véase nota anterior).

²Don Bosco nació de una iniciativa del sacerdote español José Antonio Rubio. En ella aparecieron, por ejemplo, *Antología de la narrativa paraguaya (1980-1990)* (Guido Rodríguez Alcalá y María Elena Villagra), *Último domicilio conocido* (Ester de Izaguirre), *La víspera y el día* (Dirma Pardo de Carugati), *Hija del silencio* (Manuel Peña Villamil), *El viaje* (Delfina Acosta) y *Cuentos de mayo y abril* (Taller Cuento Breve).

³Así sucedió con la publicación de las dos partes del best-seller *Gustavo presidente* (Santiago Trías Coll); *Esa hierba que nunca muere* (Gilberto Ramírez Santacruz); y *Ora pro nobis* (Neida de Mendonça). En su catálogo destacan, además, obras como *Relatorios* (Gilberto Ramírez Santacruz), *Imágenes* (María Luisa Bosio) y *Tacumbú infierno y gloria* (Santiago Trías Coll).

⁴El proyecto de Rafael Peroni se inició en 1986. A él se debe la publicación de las novelas de Raquel Saguier (*La niña que perdió en el circo*, *Esta zanja está ocupada* y *La Vera historia de Purificación*), y de gran parte de la obra de Guido Rodríguez Alcalá (*Caballero*, *Caballero rey*, *Curuzú cadete*, *Cuentos*, *El rector*, *Ideología autoritaria*, *En torno al Ariel de Rodó* y *Residentas, destinadas y traidoras*). Además, editó *El ojo del bosque* (Hugo Rodríguez Alcalá), *El destino, el barro y la corneja* (Luis Hernáez) y *En busca del hueso perdido* (Helio Vera).

editoriales en ciudades del interior: en Coronel Oviedo, la narradora Chiquita Barreto Burgos creó, en 1995, la editorial Torales Kennedy & Asoc., con el objeto de reunir a los escritores de la región de Caaguzú.

El Catálogo de Paraguay para la Feria del Libro de Frankfurt consideraba que había en el país treinta sellos editoriales (de los cuales, citaba sólo veinticuatro; siete de ellos dedicados a la literatura¹) y el mismo número de librerías (aunque sólo reseñaba cuatro). Además, informaba de que, en el año anterior, se habían publicado ciento cincuenta títulos, se habían importado libros por valor de tres millones y medio de dólares, y la venta media anual de libros era de un millón más. Si comparamos esta situación con lo que ocurría durante el stronismo, veremos el mundo editorial ha mejorando notablemente; pero esa cifra de ventas indica que cada paraguayo se gasta poco más de un dólar anual en libros...

Para subsanar en parte ese problema, los autores de los años ochenta y noventa están contando con el acicate de la creación de concursos de narrativa, poesía y ensayo, como los convocados anualmente por la editorial El Lector y el diario *Hoy*. Algunos de esos concursos (como el organizado anualmente por la firma Veuve Cliquot Ponsardin) publican en volúmenes colectivos los cuentos galardonados y finalistas. Existen también premios de novela, como el del Club Centenario²; y certámenes literarios organizados por entidades públicas (como el de la Municipalidad de Asunción y el polémico Premio Nacional de Literatura³). Además, en el año 2000, se ha creado la ONG “Orbis Tertius”, que organiza periódicamente charlas, lecturas públicas y conferencias que tratan de acercar la cultura al pueblo, con el lema de “Vino, chipa y poesía”.

Son muestras del interés que, a partir de los años ochenta, ha suscitado la prosa paraguaya dentro del país. Desde ese momento, el proceso de actualización narrativa ha tenido un claro síntoma: el desarrollo de los mismos subgéneros que el resto del planeta. Así, puede constatarse la persistencia de la novela política, el auge de la novela histórica y

¹Arandurá (literatura e investigación), Don Bosco (literatura, educación y religión), Intercontinental (literatura, ensayo, política, religión, parapsicología, derecho), Ñandutí (literatura, ensayo, historia, religión), R. P. (literatura, política, educación), Schauman (literatura, historia, política) y Taller Ediciones (literatura, cultura, teatro). Base-Ecta (educación, tecnología y la revista *Análisis del mes*), Centro de Estudios Humanitarios (derechos del niño, de la mujer y de los pueblos indígenas), Centro de Documentación y Estudios (informativos laborales, de la mujer y de los campesinos), CIDE (desarrollo comunitario y economía social), Comité Iglesias (derechos humanos), Fundación en Alianza (educación), Grupo Editor (economía), IDAP (arte y educación), El Industrial y Marketing (técnicas industriales), NCR (informática), KALLSEN (bibliografía), La Ley Paraguaya (textos jurídicos), Fundación Moisés Bertoni (medio ambiente), Mujeres por la Democracia (mujeres, docentes, jóvenes), Rotterdam (idiomas y lingüística), Tauro (política, economía, sociedad) y Universidad Católica (ensayo jurídico, social y educativo).

²El ganador de la primera edición (1997) fue Carlos Colombino, con su novela histórica *De lo dulce y lo turbio*, que fue publicada por el Club. Anteriormente, hubo algunas otras experiencias puntuales, como la llevada a cabo para conmemorar el Quinto Centenario del descubrimiento: la obra ganadora (*Historia(s) de Babel* de Lito Pessolani) y la finalista (*El avioncito* de José Agüero Molinas) fueron también publicadas.

³El de la Municipalidad fue creado en 1992, y se falla el día quince de agosto de los años pares. En su primera edición, recayó en la novela *El destino, el barro y la corneja* (Luis Hernáez). El premio de 1994 fue para el poemario *La voz que nos hablamos* (José Luis Appleyard), y el de 1996 fue compartido por los poetas Jacobo A. Rauskin (*Fogata y dormitorio del caminante*) y Gladys Caramagnola (*Un sorbo de agua fresca*). En 1998, no hubo convocatoria, y los autores paraguayos temen que esto sea la muestra de su desaparición definitiva. El Premio Nacional de Literatura (bienal) fue creado en 1991, y recayó en el poeta Elvio Romero. La polémica comenzó en 1993 (se declaró desierto) y continuó en 1995, en una debatida final entre *Madama Sui* (Augusto Roa Bastos) y *El júbilo difícil* (Carlos Villagra Marsal), que terminó con la adjudicación del premio a la novela de Roa, por un voto de diferencia. En 1997, el premio recayó en José Luis Appleyard, quien moriría pocos meses después.

policiaca, y el comienzo de la novela de ciencia-ficción.

Hemos de recordar que, ya en los años sesenta, la novela política paraguaya del exilio denunció la figura de Stroessner. En el Paraguay de los ochenta, algunas novelas políticas camuflaron su crítica en el experimentalismo (*Los ensayos*, Ruiz Nestosa, 1982; y *El invierno de Gunter*, Juan Manuel Marcos, 1987) o aprovecharon la situación de los últimos años de la dictadura, cuando el debilitamiento del régimen y la escasez de público lector propiciaron que la censura casi nunca recayera en los libros. De esa etapa, data el testimonio de la represión tras la guerra de 1947, titulado *La pesadilla* (Santiago Dimas Aranda, 1980), que se editó junto a los cinco relatos recogidos con el título de *Alias, la muerte y otros cuentos*. Posteriormente, Dimas Aranda ha publicado *El amor y su sombra* (1984), donde narra una historia de amor en un contexto político; y *Medio siglo de agonía* (1994), que denuncia la corrupción y la violencia. Además, Reinaldo Martí, que había recibido el premio Amigos del Arte 1951 por “Kuarahy”, y tenía publicados el libro de relatos *Estampas del terruño* (1952), la novela *Juan Bareiro* (1957), y la primera novela paraguaya ambientada en el Chaco sin recurrir al tema bélico (*Pioneros del oeste*, 1978), dio a la imprenta *La noche blanca* (1986), una obra comprometida y algo maniquea.

Otros autores hubieron de esperar la caída de la dictadura para editar sus obras. Por ejemplo, Gilberto Ramírez Santacruz, que vivió exiliado en Argentina desde los veinte años hasta a la caída de la dictadura, escribió *Esa hierba que nunca muere* entre 1983 y 1987, pero no la publicó hasta 1989. La novela relata la lucha guerrillera contra la dictadura de Stroessner, combinando una ideología marxista con ideas del más rancio nacionalismo paraguayo. Seis años más tarde, apareció su volumen de cuentos *Relatorios*, en el que incluyó relatos políticos, históricos y fantásticos.

En la transición, la novela política continuó su curso, aunque, dadas las características del país, el fenómeno no alcanzó la resonancia que tuvo en otros ámbitos al terminar sus dictaduras. En este periodo, las obras políticas han tenido diferentes expresiones, que van desde la denuncia realista (Santiago Dimas Aranda, *Medio siglo de agonía*, 1992) a la experimentalidad. Entre las representantes de esta última tendencia, cabe destacar *Celda 12* (1991), de Moncho Azuaga¹; *Papeles de Lucy-fer* (1992), de Jorge Canese²; y la ya

¹Moncho Azuaga (Asunción, 1953) recibió el premio de teatro de la Universidad de Paraná en 1976 y en 1979, los premios de poesía de la Academia Literaria del Paraguay 1973, del Instituto Paraguayo de Cultura Hispánica 1977 y de Radio Chaco Boreal 1976. Es autor de los volúmenes poéticos *Bajo los vientos del sur* (1986) y *Ciudad sitiada* (1989); de la colección de relatos *Arto cultural y otras joglarias* (1989); y de las obras teatrales *Y no sólo es cuestión de mariposas* (1976), *En moscas cerradas* (1976) y *Cuando los animales asaltaron la ciudad* (1994). Además, publicó el poemario *Jirones de espera* (1981), escrito en colaboración con Jorge Aymar; y una obra experimental y crítica titulada *Rasmudel o el relato de tres relatos. Novela a tres manos para solista y coro* (1983) escrita junto con Jorge Aymar y Hugo Duarte, y con ilustraciones de Ramón Rojas. Esta “novela” recibió el premio del Concurso Nacional de Cuentos 1981.

²Integrante de la denominada promoción del 70, y vinculado a la segunda época de la Revista *Criterio* (1976-77), Jorge Canese (Asunción, 1947), que a veces firma como “Kanese”, es autor del poemario *Paloma blanca, paloma negra* (1982), uno de los pocos libros secuestrados durante la dictadura de Stroessner. Del resto de su producción poética cabe citar títulos como *Más poesía* (1977), *Esperando el viento* (1981), *Aháta aju* (1984), *De gua'u* (1986), *Kantos del akantilado* (1987) y *Alegrías del purgatorio* (1989). Ha publicado las colecciones de cuentos *¿Así-no-vale?* (1987), *Stroessner roto* (1989) y *En el país de las mujeres* (1995), y una colección de cuatro breves ensayos cuentísticos de carácter satírico, *Apólogo a una silla de ruedas* (1995). Es autor de un folleto (de treinta y una páginas) de difícil clasificación, titulado *Los halcones rosados* (1998). Su evolución puede observarse en la antología *Indios go-home* (1994), un *collage* de su producción literaria que cierra la etapa experimental.

mencionada *Historia(s) de Babel* (1992), de Joaquín Morales¹, que supone un intento de criticar la dictadura stronista, investigando nuevos modos de expresión literaria.

A excepción del último capítulo, *Celda 12* fue escrita antes de la caída de la dictadura. Narra la historia real de un profesor encerrado en la “Celda 12”, en un intento de animar al lector a superar el miedo. Además, la novela pasa revista al Paraguay colonial, a las guerras de la Triple Alianza y del Chaco, al tópico de la tierra sin mal de los guaraníes... Y, en ella, aparecen pasajes biográficos de personajes reales, como la delación sufrida por Rubén Bareiro Saguier, exiliado por su presunta militancia comunista, basada en el hecho de haber ganado un premio literario en Cuba. Como en la obra teatral de Benedetti *Pedro y el capitán* (1979), los protagonistas de *Celda 12* son el verdugo y su prisionero. Como *Caballero*, esta novela desmitifica al máximo mandatario, pone de manifiesto el poder de la escritura polifónica para reconstruir la verdad falseada, usa la ironía, e incluye discursos reales y fragmentos de publicaciones. Como *Yo el Supremo*, la obra de Azuaga reflexiona sobre el poder absoluto, y sobre el poder de manipulación del dictador y del escritor. Su experimentalismo puede observarse en la numeración de los diálogos, en las transgresiones de la ortografía, y en la fragmentación del discurso.

Papeles de Lucy-fer es una obra contracultural, dividida en once capítulos y un anexo, con párrafos numerados. Teresa Méndez-Faith (*Diccionario*) la califica de “poemario”, Jean Andreu (prólogo a *Papeles de Lucy-fer* 6) de MIX (mezcla de narrativa, ensayo, ficción y poesía), y José Vicente Peiró (Tesis) de “libro narrativo” por “la disposición continua y prosística de las frases”. La dificultad de incluirla en un género u otro viene de la propia subversión de la forma y el contenido de la obra. Una subversión cuya única finalidad, según el autor, es la búsqueda de una vía de expresión para cuestionar la cultura oficial y, como dice Hugo Duarte (prólogo a *Papeles de Lucy-fer*), denunciar “las pobrezas que caracterizan a nuestro Ser Paraguayo”. Además, desmitifica las bases de su sociedad, refleja la oposición entre la cultura guaraní y la española, y rompe los tópicos de la “Historia”, de los mitos y de la tradición paraguaya. Al mezclar el término guaraní *po'ê* (equivocarse), con el castellano “poesía”, funda la poesía basada en el error. Sin argumentos ni personajes, la palabra se convierte en el único motor de la obra. Para ello, juega con vocablos guaraníes y castellanos en busca de nuevos significados, con los que trata de explicar un país que, para Canese, funciona al revés que el resto. Consciente de las dificultades lingüísticas de este método, la obra concluye con un vocabulario de guaraní y jopará de más de trescientos términos. Por medio de frases breves y dinámicas, en las que no se respeta ni la ortografía (k por c, y por i, h intercalada) ni la concordancia verbal (“yo piensa”), se narra cómo el autor, que aparece como personaje de su obra, descende a los infiernos (Paraguay):

Los poetas -se sabe- tenemos el deber (o la maldita costumbre) de bajar periódicamente a LOS YNFIERNOS [...]. El hecho (la maldición) es que los po'êtas como YO, están-estamos asignados a una sección o zona especial [...] a cargo de nuestra vieja amiga y maestra Lucy-Fer [...]. La kosa es que los pobres diablos [...] se suponía que no escribían. Porque escribir es algo al pedo, y a ELLOS/ELLAS las cosas al pedo no les interesan. Esa es la novedad (21).

La “novedad” es que “Kanese” encuentra los papeles de la diabla Lucy-Fer; y los

¹Joaquín Morales es el pseudónimo de Virgilio Lito Pessolani (Asunción, 1955), autor de los poemarios *Postales de Bizancio* (1984) y *Poliedro* (1985).

ordena, los pule y los publica. En ellos, Paraguay aparece como el resultado de la maldad, la pereza institucionalizada (*kaigüetismo*), la dictadura, la tortura, la política, el beneficio personal a costa del pueblo. Son males que achaca a Stroessner tanto como a los que lo precedieron (los antihéroes) y a los que le han sucedido (“antes nos jodían con la dictadura, ahora nos joden con la democracia. ¿Demos-gracias?”); que existen por culpa de Stroessner pero también del servilismo del pueblo y, más concretamente, de algunos escritores. En contra de la imagen oficial de endiosamiento de los héroes, y de las características de la “paraguayidad”, el Paraguay de Kanese es, como ya lo fuera en *Paloma blanca, paloma negra*, un “país de mierda” manipulado por la televisión, el neopositivismo, el neoliberalismo, y la supuesta superioridad de la raza blanca.

Al margen del experimentalismo, el subgénero político ha generado obras irónicas, como *El rector* (1991), donde Guido Rodríguez Alcalá refleja la corrupción de la dictadura stronista, sin alcanzar el nivel de calidad de sus novelas históricas. Existen, además, obras de política-ficción (como las de Santiago Trías Coll¹); y autores que aproximan sus relatos a la picaresca (Emiliano González Safstrand²) o a las memorias (Catalo Bogado³).

Por último, no faltan exponentes en los que la novela política se une a la policiaca. Es el caso de *El último vuelo del pájaro campana* (1995, Andrés Colmán Gutiérrez) y *Una herencia peligrosa* (1994, Michael Brunotte). En la primera, un detective logra desarticular la trama de un golpe de estado que pretende devolver el poder a Stroessner, mientras se pasea por el Paraguay rural, sorprendido por lo poco que éste se parece al mito, y lo cerca que está del consumismo. *Una herencia peligrosa* es una narración de base histórica documentada con materiales de archivos, que desemboca en un conflicto argumental policíaco. El episodio histórico es el reclutamiento de un grupo de emigrantes europeos que llega a Argentina al comenzar la Guerra de la Triple Alianza. Los supervivientes guardan un manuscrito en el que atestiguan que el general argentino Díaz, en contra de la versión oficial, se equivocó de estrategia en el combate. Al requisar el ganado para el mantenimiento de la tropa, el general expidió unos certificados, una especie de pagaré, que más tarde el gobierno quiere recuperar. A partir del hecho histórico, se construye la trama policiaca basada en el

¹Santiago Trías Coll (Barcelona 1946-1996) comenzó su carrera literaria en Paraguay, donde vivió desde 1982. Sus obras son: *Los diez caminos* (1989, premio Julio César Chávez), *Gustavo presidente* (1990), *Tacumbú infierno y gloria*, *Gustavo presidente II Gloria* y *Hechizo paraguayo* (las tres de 1991), todas ellas centradas en el período stronista. *Gustavo presidente*, que se basa en imaginar qué hubiera sucedido si no hubiera triunfado el golpe que acabó con la dictadura, se ha convertido en el libro de más éxito de toda la literatura paraguaya. *Tacumbú, infierno y gloria* fue la primera novela paraguaya que se ubicó en las cárceles, para criticar el sistema judicial del país. *Hechizo paraguayo* actualiza el tema del Cándido, que llega a Paraguay para invertir y ganar dinero, y acaba siendo víctima de la delincuencia organizada.

²Emiliano González Safstrand es autor de *Memorias de un leguleyo en tiempos del oscurantismo* (1990), y de *Yo político. La creíble y alegre historia del pícaro Jenofonte y de su hermano el incauto* (1994). En ambas usa una estructura picaresca para criticar la corrupción de los poderes legislativo y ejecutivo durante la transición paraguaya. Como no existen datos biográficos sobre este autor, José Vicente Peiró sugiere en su tesis que podría tratarse de Cristian González Safstrand, que hubiera cambiado su nombre en las últimas obras. De ser así, a los títulos citados se habrían de añadir *Andanzas de un comisario de campaña* (1984), *Sueños y conflictos* (1984) y *La vida y sus secuencias* (1985), que comparten algunos de los rasgos de las novelas antes comentadas.

³La novela corta *El amor de la memoria* (1993), del periodista paraguayo afincado en Nueva York Catalo Bogado Bordón (Charará, 1985), es la rememoración de la infancia del protagonista, durante la cual, su padre fue incluido en la lista de sospechosos de ser liberales. El mismo autor ha publicado los libros de relatos *Días de verano* (1989) e *Iluminada orilla* (1989) y *...Por amor y otros cuentos* (1994); y los poemarios *La estatua, el invierno y las palomas* (1977), *El hijo varón* (1981) y *Los hombres del sur* (1983).

enigma del interés por esos certificados de los gobiernos paraguayo y argentino, y de una organización mafiosa de Asunción. Aunque bien estructura y documentada, la novela resulta a veces inverosímil por ser sus personajes excesivamente prototípicos y por su tratamiento maniqueísta.

Además, Roa Bastos se unió a la tendencia de novela política con la novela que cierra la trilogía “del dolor paraguayo”: *El fiscal* (Alfaguara, 1993), donde se mezclan la historia, la fantasía, la política y la autobiografía. A su protagonista, Félix Moral, el exilio le impide realizarse, y por ello se enfrenta a la dictadura, en un proceso en el que se va degradando paulatinamente. También los protagonistas de *Contravida* y *Madama Sui* tratan de autorrealizarse¹: el preso político de *Contravida* (1994), regresando a Maroré (lugar mítico en el que pasó su infancia); y Madame Sui, tratando de imitar a Madame Lynch y Evita.

A las novelas políticas citadas aquí, hay que sumar las mencionadas en otros lugares (como *El mercader de ilusiones*, 1995, Juan Carlos Herker); y los numerosos relatos de tema político aparecidos en los libros del Taller Cuento Breve, y escritos por autores como Renée Ferrer, Guido Rodríguez Alcalá y Yula Riquelme.

Por otra parte, existen en Paraguay novelas policíacas puras, como *Escenas* (Verónica Balansino, 1999); e incluso novelas de ciencia-ficción, como *El arca de Marangatu* (Gino Canese, 1997), que se desarrolla en Asunción, entre el año 2000 y el 2050: la corrupción, la falta de libertad y el agotamiento de los recursos naturales llevan a la Guerra Nuclear Mundial, de la que se salvan el protagonista y su familia gracias a una nave espacial que, como una nueva arca de Noé, los aleja del planeta Tierra. Al año siguiente, Gino Canese publicó *Qué linda era mi tierra*, un conjunto de recuerdos que arrancan de los años veinte, y recorren la contienda chaqueña para llegar casi hasta el presente.

Dentro de la ciencia-ficción, hay que destacar *El goto* (1998, José Eduardo Alcazar²), que tiene la particularidad de estar escrita en “espangüés” (mezcla de español y portugués), y de introducir elementos históricos y políticos. *El goto* transcurre en el siglo XXII, pero el ordenador que utiliza el protagonista mezcla algunos datos del presente de la narración con los de la Guerra de la Triple Alianza. Además, aparecen actores (O. Wells), personajes reales camuflados (la discípula de Freud, Melanie Klein, en la novela se llama “Pequeña Melania”), referencias a escritores (Camus) y a películas (Casablanca)... Pero lo más importante de la novela es su lenguaje. En una entrevista mantenida con el autor en Asunción, en junio de 1998, éste manifestaba: “me interesaba, sobre todo, desarrollar este

¹Además de las novelas citadas, desde los años ochenta, Augusto Roa Bastos ha publicado *Antología personal* (1980, México, que incluye un cuento ya aparecidos en *El baldío*), *Contar un cuento y otros relatos* (1984, Buenos Aires, recopilación de relatos antes publicados en *El trueno entre las hojas*, *El baldío*, *Madera quemada* y *Moriencia*) y *Récits de la nuit et de l'aube* (1984, narraciones infantiles traducidas al francés). Su obra teatral *La tierra sin mal*, que trata sobre la expulsión de los jesuitas, fue estrenada en Asunción en mayo de 1998 bajo la dirección de José Luis Ardissonne. La obra recibió en su país las críticas más diversas: mientras unos la calificaban de “estupenda”, otros sostenían que le faltaba fuerza, que resultaba tópica e inverosímil. En 1978, Arte Nuevo editó el que el autor ha dicho que fue su primer cuento: *Lucha hasta el alba*. Según manifestó en la entrevista mantenida en su domicilio el cuatro de junio de 1998, está trabajando en una nueva novela titulada *Un país detrás de la lluvia*, donde un hombre que busca la casa paterna la encuentra convertida en una ruina, en una cueva de delincuentes. Esos delincuentes asesinan al protagonista, pero todo el argumento resulta ser sólo un sueño.

²Brasileño afincado en Paraguay, José Eduardo Alcazar es cineasta, guionista y autor de una novela en portugués, *Do breviário Karmenotti sobre suplícios, tormentos, torturas e outras dores*, en la que el protagonista está preso sin conocer los motivos, e inventa historias para vencer el miedo. Prepara una obra de teatro (que transcurre en un ascensor), otra novela (que refleja la lucha por la tierra, y está protagonizada por un muchacho moribundo por la falta de cuidados) y un libro de cuentos (que tienen en común el escenario: la playa).

lenguaje con formas muy [...] cariocas, con expresiones del inglés del sur de EEUU, de cubanos y mexicanos”.

Por su parte, la novela regionalista no ha perdido fuerza pero, reflejando el ámbito del que proceden la mayoría de los autores, tiende a centrarse en los últimos años en escenarios urbanos. Ejemplo de esta tendencia son las obras de Mario Halley Mora¹ (*Los hombres de Celina*, 1981; *Memoria adentro*, 1989; *Ocho mujeres y los demás* 1994; *Cita en San Roque*, 2000), Borja Loma (*La Asunción de Narciso Bruma*, 1997), Jesús Ruiz Nestosa (*Diálogos prohibidos y circulares*, 1997) y Hermes Giménez Espinosa (*El amor que te tengo*, 1997). Aunque sigan existiendo novelas regionalistas tradicionales (como las de Gerardo Halley Mora²), éste tipo de obras ha evolucionado al incluir aportes del realismo mágico (como los cuentos de Helio Vera, *Angola*) o al mezclarse con el tema político y la experimentación formal, como sucede en la novela corta *La sangre y el río*, de Ovidio Benítez Pereira, que recibió el segundo premio en el concurso Premio Hispanidad 1976, y apareció publicada junto a los cuentos “Nahániri”, “Boceto de una sonrisa”, “María Refugio” y “Las avispas”.

3.- Las cuestiones pendientes

A pesar de los avances, todavía queda mucho camino por recorrer: algunas importantes editoriales han fracasado por falta de medios, algunas iniciativas bienintencionadas han quedado en meros proyectos³, siguen faltando publicaciones universitarias⁴, y las editoriales locales no han sabido integrarse en redes de mayor alcance. Además, la caída del stronismo propició que los lectores volvieran a interesarse por la prensa, en detrimento de la literatura; y la crisis de la segunda mitad de los años noventa ha hecho que el ritmo de publicación inmediatamente anterior haya disminuido, y que algunos autores ya reconocidos en el país tengan sus manuscritos inéditos. Todos estos factores contribuyen a la falta de proyección internacional, a que los estudios sigan siendo escasos, y a que muchos de ellos continúen centrándose en las obras de los pocos autores conocidos.

Por otra parte, en nada benefician las constantes manifestaciones de quien, a juicio de los escritores locales, debiera aprovechar su fama para difundir la cultura de su país: haciendo caso omiso de ese despertar que se viene observando desde hace más de una década, Augusto Roa Bastos sigue afirmando: “no existe la literatura paraguaya [...]. La

¹Mario Halley Mora (Coronel Oviedo, 1926) fue redactor del diario *El País*, Jefe de Redacción del diario *Patria*, y director de *La Unión*. Además, escribió guiones de radio, una zarzuela y numerosas obras teatrales. En narrativa, es autor de los volúmenes de cuentos *Palabras mágicas*, *Los habitantes del abismo*, *La quiebra del silencio*, *Cuentos, microcuentos y anticuentos*, *Un poco más acá del más allá y nuevos microcuentos* y *Todos los microcuentos*; y de una recopilación de artículos y memorias en forma de cuento titulada *Parece que fue ayer... Lecturas para la tercera edad* (1994). Sus novelas (*La quema de Judas*, 1965; *Los hombres de Celina*, 1981; *Memoria adentro*, 1989; *Amor de invierno*, 1992; *Manuscrito alucinado (Las mujeres de Manuel)*, 1993; y *Ocho mujeres y los demás*, 1994) han alcanzado un gran éxito, gracias a su prosa sencilla, y a sus temas populares. Augusto Roa Bastos adaptó al cine su novela inédita *Raíces de la aurora*, con el título *La sangre y la semilla*.

²En 1980, publicó dos novelas: *Fuego bajo la cruz del sur* y *La recompensa*; y, en 1982, apareció *El talismán*.

³Por ejemplo, en 1989, Roa Bastos anunció que iba a destinar el dinero del Premio Cervantes a la creación de Fundalibro, con el objeto de equipar las bibliotecas de obras de autores paraguayos. Todavía no se ha realizado.

⁴Sólo la Universidad Católica de Asunción tiene un catálogo de obras publicadas (mantiene las colecciones Biblioteca de Estudios Paraguayos y Biblioteca de Antropología, además de las revistas *Estudios Paraguayos* y *Suplemento Antropológico*) pero su interés no se centra en la literatura.

novela prácticamente no existe y la poesía tampoco”. Además de la citada, éstas fueron algunas de las ideas que manifestó durante la entrevista que mantuvimos en su domicilio de Asunción el cuatro de julio de 1998:

- Paraguay no tiene literatura [...] tenemos tres o cuatro o cinco libros, que no son tampoco de muy buena calidad [...]. Estamos en pleno yermo [...]. La historia escrita, la historiografía, ha reemplazado en cierta manera a la literatura [...]. Antes había una afición literaria, había vocaciones que no llegaron a concretarse. Pero hoy estamos peor, porque hemos recibido la contaminación de todos estos adminículos de la cultura moderna: la televisión, la radio... que han contribuido a ocupar de alguna manera la atención, el interés de la mayor parte del pueblo [...]. Esto sigue siendo un páramo [...]. La relación de mi país con los demás es realmente [...] de inferioridad secular [...]. Tenemos una cultura popular muy rica, una lengua nacional, el guaraní [...] incluso más rica que el español. [...] Este país ha vivido bajo una placa de plomo durante más de cien años ¿y cómo quiere usted que respire? Con su situación mediterránea geográficamente, su aislamiento, por tanto, de las culturas tanto superiores como de los demás países de América Latina [...] ha permanecido como un islote. [...] La escisión de un país en dos mitades [determinadas por sus dos lenguas] ha hecho que todas las cosas entraran una especie de colisión. Después, ha tenido una historia [...] con dos guerras internacionales terribles. Una, sobre todo, la primera [...] terminó [...] con la destrucción total del país [...]. Para peor, la gente que se había exiliado por miedo empezó a venir [...]. Inauguraron una política suicida. [...] ¿Qué puede hacer un prisionero con carceleros feroces alrededor? [...].
- ¿Cómo ve esta tendencia de los escritores paraguayos de revisar la historia a través de la literatura?
- ¿Escritores paraguayos?
- Por ejemplo, Luis Hernáez.
- ¿Luis Hernáez? No conozco.
- Carlos Colombino acaba de ganar el Premio Centenario con una novela también histórica...
- [...] El desierto cultural implica por lo pronto la existencia de la palmera [...]. Un desierto no es nunca un desierto total [...]. Hay que ver la calidad de las obras. [...] Hay que ser críticos, este país debió producir mucho más [...].
- Siendo una persona que ha conseguido el Premio Cervantes, que tiene un reconocimiento, que tiene un prestigio literario, quizá se espera que usted apoye a otros escritores...
- No se puede ayudar con la propaganda. Es decir, yo, como Premio Cervantes, justamente tengo una responsabilidad mayor que los otros, sobre todo a aportar [...] pensamiento crítico. [...] Yo me he formado con la literatura española, conozco mucho mejor la literatura española [...].
- ¿Y lee literatura de su país?
- Leo, sí, leo, sobre todo la de los jóvenes [...].
- ¿Ha encontrado algo que merezca la pena?
- Todavía no [...]. Pero incluso esta debacle del 70 [Guerra de la Triple Alianza] habrá sepultado varias obras maestras [...]. No tenemos ni la cohesión, ni la estructura, ni las líneas de fuerza de lo que es la tradición literaria [...]. ¿Por qué yo soy el mejor escritor del Paraguay (dicen que soy)? ¿Me comparan con alguien? ¿Y ese alguien dónde está? [...] No sé dónde está.
- Entonces ¿qué es? ¿el único?. No el más conocido ni el mejor, sino el único...
- Sí, el único. [...] Niego que yo sea el mejor escritor del Paraguay. [...] Mi cultura es [...] universal.

Falta la promoción pero, sobre todo, falta una base cultural que haga posible el aumento del número de lectores. Según los datos de la revista *Análisis del mes*, de mayo de 1995, el analfabetismo absoluto alcanzaba a un veinte por ciento de la población paraguaya. A esta cifra habría que sumar un veintisiete por ciento de analfabetos funcionales. Claude Castro (“Paraguay” 15) añade que sólo el 49,4% de los jóvenes de entre doce y diecisiete años acuden a centros escolares, y que “el 85% de la población en edad universitaria (19-24 años) queda fuera del sistema educativo”.

Aunque la postura del gobierno respecto a la cultura cambió durante la transición, el

apoyo y las transformaciones continúan resultando insuficientes: durante el mandato de Wasmosy, se creó la editorial Imprenta Nacional pero ésta no publicó ni una sola obra de ficción. Las bibliotecas públicas arrastran los lastres de etapas anteriores: las dictaduras no les prestaron ninguna atención; y sucedió, incluso, que algunos directores de Archivos y Bibliotecas sustrajeron materiales que podían comprometer las versiones históricas dadas por el régimen. Durante la presidencia de Juan Carlos Wasmosy, se empezaron a catalogar los fondos de las mismas, se fomentó la Biblioteca Municipal de Asunción (cuya segunda planta todavía no ha podido ser organizada), y se crearon varias bibliotecas en el interior (algunas auspiciadas por fundaciones privadas como Cabildo). A pesar de todo, la situación de las bibliotecas públicas en Paraguay sigue siendo muy deficiente por su escasez y desorden.

Además, en los colegios, los programas curriculares incluyen en la misma asignatura la producción literaria nacional y la latinoamericana, suelen concluir en los años cincuenta y, en muchos casos, acostumbran a ser meros catálogos de obras y autores. En la educación superior, no hay dedicación exclusiva a la docencia, ya que la situación de la Universidad en Paraguay obliga a los profesores a repartir su tiempo entre varias cátedras y algunos otros trabajos. Así, resulta prácticamente imposible dedicarse a la investigación. Por eso, no sorprende que las investigaciones literarias desarrolladas por paraguayos hayan sido elaboradas por profesores que vivían fuera del país (tal es el caso de Hugo Rodríguez Alcalá y Juan Manuel Marcos). Entre las escasas excepciones a esta regla se encuentran los trabajos de Francisco Pérez-Maricevich y de Raúl Amaral (de origen argentino pero afincado en Paraguay). La falta de equipos de trabajo universitarios, y de becas de investigación, se ve agravada por un plan Humanidades que necesita una reforma sustancial, y por la inexistencia del tercer ciclo universitario, que sólo se rompe cuando los doctorandos contratan, durante un año académico, a algún profesor que les dirija la tesis.

Así, Paraguay carece de crítica universitaria; y los periódicos dedican menos de una página a la cultura (cuatro en las ediciones dominicales, que suelen tener más de cincuenta consagradas a la política). Las reseñas literarias, cuando existen, no suelen tener el rigor necesario, dada la falta de especialización de los profesionales de estos medios.

En 1989 [...]. Se reabrieron radios y periódicos clausurados [...]. Volvieron al país escritores proscritos, como Elvio Romero y Rubén Bareiro Saguier [...] y puede decirse que ya no existe una censura literaria [...]. Ya no está prohibido escribir pero, ¿quién lee? La mayoría de la población es analfabeta o no tiene los medios económicos suficientes para convertirse en lectora de literatura [...]. Además, y esto es importante, no existe el hábito de la lectura entre los grupos de situación económica desahogada. [...] la llamada transición democrática no ha sido acompañada de una transición cultural. El nivel de la educación primaria, secundaria y universitaria sigue siendo muy bajo [...] mientras no haya más gente con mayores ingresos; mientras no haya más gente con mayor educación; mientras no haya una reforma seria de las instituciones de enseñanza, no habrá suficientes lectores. Sin suficientes lectores no podrá haber escritores profesionales en el Paraguay¹.

El escritor paraguayo sigue encontrándose con dificultades para publicar, con pocos lectores para sus obras, y con casi ningún impulso de las instituciones o de la crítica.

El problema actual de la literatura paraguaya dentro de fronteras no es su inexistencia sino su falta de difusión [...] debido al autoritarismo político interior y al literario exterior, inadvertidamente

¹Guido Rodríguez Alcalá y María Elena Villagra, *Narrativa paraguaya (1980-1990)*, Asunción, Editorial Don Bosco, 1992, p. 9.

ejercido por los escritores exiliados, así como a la dificultad de acceder a editoriales foráneas, hecho que puede explicar el aparente desinterés de los críticos por examinar el “otro punto de vista” de la realidad paraguaya, el de adentro. (Da Cunha, *Cuentística* 39).

A pesar de todo, los cambios que hemos estudiado, aunque todavía sean insuficientes, han propiciado una nueva situación literaria en Paraguay, tan novedosa como esperanzadora.

III. - La nueva narrativa histórica paraguaya

Una de las teorías más aceptadas sobre la evolución de la literatura consiste en vincular ésta con las grandes crisis sociales.

Por tres veces en este siglo, las letras latinoamericanas han asistido a una ruptura violenta, apasionada, de la tradición [...]. Lo que ocurrió hacia 1960, y coincidiendo con la mayor difusión de la revolución cubana, ya había ocurrido hacia 1940 con la crisis cultural motivada por la guerra española y la segunda guerra mundial, y tenía su más claro antecedente en la otra ruptura importante: la de las vanguardias de los años veinte [...]. Si por un lado cada crisis rompe con la tradición [...] por otro lado, cada crisis excava en el pasado¹.

Desde esa perspectiva, parece lógico que los años ochenta representen otro momento de renovación en las letras latinoamericanas. Como señala Gloria da Cunha-Giabbai, durante esa década,

Se destacan el colapso de la utopía marxista, iniciado con la caída de Allende; la entronización de dictaduras en los países del Cono Sur; el triunfo y fracaso de la revolución sandinista; la disolución de la Unión Soviética [...]; la soledad ideológica de Hispanoamérica ahora desprovista de argumentos frente al coloso del norte; [...] profundo examen y toma de conciencia de nuestro pasado a raíz de los quinientos años de la llegada de Colón a América; [...] controversia entre protección ambiental o continuidad de la pobreza. (*Cuentística* 20).

Como consecuencia de estos y otros cambios políticos y sociales, el escritor de los años ochenta

rompe abiertamente con el pasado [...] la historia invade la literatura y [...] se convierte en versión real disfrazada de ficción que permite analizar, desde la perspectiva del presente, aspectos descuidados del pasado [...] el ser hispanoamericano y su sociedad [...] vuelven a conformar el eje fundamental de las preocupaciones. (Da Cunha-Giabbai, *Cuentística* 21).

Esa tendencia universal se desarrolló también en Paraguay: en los años ochenta, los escritores del país, que estaban siguiendo con interés los cambios del mundo, asistieron al debilitamiento del régimen de Stroessner, y al debate sobre su sucesión. Así, la crisis general del continente adquirió para ellos unos rasgos propios, que se reflejaron en el cambio de su literatura. Este fenómeno se vio facilitado por los factores estudiados en el apartado anterior: los autores paraguayos de los años ochenta estaban mejor formados y más conectados con

¹Emir Rodríguez Monegal, “Tradición y renovación”, en César Fernández Moreno (coord.), *América Latina en su literatura*, México, Siglo XXI, 1972, p. 139.

las tendencias universales que sus antecesores; y sabían que tenían mayores posibilidades de publicar en su país.

La narrativa paraguaya, al despertar de su letargo, está manifestando los rasgos que definen las literaturas del resto de Hispanoamérica en estos años: disminuye el cultivo del realismo mágico, se multiplican los temas y las tendencias, aumenta sensiblemente el número de mujeres dedicadas a las letras, y triunfa el interés por la historia. Dicho interés se ha materializado en Paraguay en la publicación de obras históricas que tratan de encontrar en el pasado la explicación del presente del país, compartiendo las características de lo que se ha dado en llamar la “nueva narrativa histórica hispanoamericana”. Esto es particularmente importante en un país en el que la prosa de ficción (debido a su tardío nacimiento y al aislamiento de los escritores) arrastraba un considerable retraso respecto a la narrativa de su entorno. Por eso, antes de centrarnos en el análisis de las obras paraguayas, consideramos importante acercarnos de modo teórico a la caracterización de esa “nueva narrativa histórica hispanoamericana”, ya que con ella, por primera vez, Paraguay ha sido capaz de desarrollar sincrónicamente el subgénero más importante de las letras de su continente¹.

1.- Hacia una definición del género

No veo más camino para el novelista nuestro en este umbral del siglo XXI que aceptar la muy honrosa condición de cronista mayor, Cronista de Indias, de nuestro mundo sometido a trascendentales mutaciones.

Alejo Carpentier, *La novela latinoamericana en vísperas de un nuevo siglo* 25.

La novela histórica surgió a finales del siglo XVIII, y tuvo su primer momento de esplendor a principios del siglo XIX². Según Jitrik (*Historia* 17), este auge se debió a la confluencia de “dos pulsiones o tendencias. La primera canaliza un deseo de reconocerse en un proceso cuya racional no es clara; la segunda persigue una definición de identidad que, a causa de ciertos acontecimientos políticos, estaba fuertemente cuestionada”.

Si algo caracteriza esta tendencia de la novela es el constituir un subgénero “híbrido, mezcla de invención y realidad [...] si [el autor] peca por exceso en su labor reconstructora del pasado, la novela dejará de serlo para convertirse en una erudita historia anovelada; por el contrario, si por defecto, la novela será histórica únicamente por el nombre” (Mata,

¹Conviene aclarar que, al igual que en el resto del mundo, el nacimiento de la nueva narrativa histórica paraguaya no supuso la desaparición de la narrativa histórica de tipo tradicional. Ejemplo de ello son las tres novelas de Rivarola Matto que comentaremos más adelante; y los cuentos de Gilberto Ramírez Santacruz “El grito de Triana” y “Sargenta de López” (publicados en *Relatorios*, 1995). El primero es una de las escasísimas aproximaciones de la narrativa paraguaya a la figura de Cristóbal Colón. El segundo se centra en Ramona Ramírez, una residenta que sobrevivió a la guerra, y se mantuvo fiel al nacionalismo lopista. Ramona explica el Paraguay de antes de la guerra como un país feliz y culto, destruido después por los aliados; y pretende que sus sobrinos defiendan al mariscal.

²Para estudiar la narrativa histórica “clásica” sigue siendo fundamental el texto de Lukács, *La novela histórica*. Lukács, al analizar el auge de este género en el siglo XIX, aludía a la Revolución Francesa como movimiento que favoreció el desarrollo de la burguesía, y el sentimiento popular de ser parte de la historia. Mata (“Retrospectiva”) hace un recorrido por los posibles antecedentes de la narrativa estudiada por Lukács, incluyendo la epopeya, la épica, las crónicas medievales, las prosificaciones de los cantares de gesta, las novelas de caballerías... Por su parte, Noé Jitrik (*Historia* 18-27) señala que la primera novela histórica hispanoamericana, *Xicotencal*, surge en 1826, casi al mismo tiempo que las obras de Walter Scott. Cuando busca los antecedentes del subgénero, encuentra tres: el teatro isabelino, fundamentalmente el de Shakespeare (que modifica el sentido de la historia que recupera); el enciclopedismo francés en el teatro y la narración (con su interés por la alteridad); y el Siglo de Oro español.

“Retrospectiva” 17-18). En ese sentido, Jitrik (*Historia* 19) afirma: “la fórmula de la novela histórica [...] puede ser vista como un oxímoron”, ya que “la novela histórica [...] podría definirse [...] como un acuerdo -quizá siempre violado- entre ‘verdad’, que estaría del lado de la historia, y ‘mentira’, que estaría del lado de la ficción” (*Historia* 11). Sin embargo, “la historia está siempre en situación ancilar respecto a la ficción novelesca” (Mata, “Retrospectiva” 44).

Spang¹ ha destacado que este subgénero, que carece de una estructura definitoria, limita con las memorias, el diario, la biografía (principalmente autobiografía), la crónica, la leyenda, la epopeya, el cantar de gesta, el romance, la novela de sociedad, la novela de actualidad, la novela costumbrista, el Bildungsroman, la novela de ciencia-ficción (en el sentido de “historia por venir”), y los poemas y cuentos históricos. Además, varios autores han tratado de clasificar en subgrupos las novelas históricas. Por ejemplo, Carlos García Gual² las ha dividido así: novela mitológica, biografía novelesca, relato de gran horizonte histórico, novela de amor y aventuras, y relato histórico que se funde con el policiaco.

Podemos concluir que la novela histórica se define por reconstruir lo que Amado Alonso (*Ensayo* 144) denomina “un modo de vida pretérito” (no vivido por el autor³), mediante la inclusión de unos personajes que “se comportan como lo harían los personajes reales de aquella época”⁴. Así, el novelista “no hace más que interpretar, mediante los procedimientos de su época, cierto número de hechos pasados, de recuerdos conscientes o no, personales o no, tramados de la misma manera que la Historia”⁵. Pero, “la diferencia entre el narrador de la Historia, que debe ser verosímil y verdadero [...], y el narrador ficcional [es] que [éste último] altera la relación saber-verdad, la transfigura o la relativiza”⁶.

La novela histórica no representa pasivamente sino que intenta dirigir la representación hacia alguna parte, es teleológica y sus finalidades son de diverso orden. Se puede hablar, en este sentido, de finalidades estéticas, [...] políticas -las novelas apologéticas, como *Escenas de la época de Rosas*-, ideológicas -las novelas alusivas, como *El siglo de las luces*-, lúdicas -las novelas paródicas, como *El enterado*-, etcétera. Pero todas estas finalidades serían accesorias o estarían, sea como fuere, subordinadas a una finalidad mayor y más amplia, [...] el acercamiento a una identidad o la comprensión de una identidad. (Jitrik, *Historia* 60).

Las características enunciadas hasta el momento son comunes a la novela histórica

¹Kurt Spang, “Apuntes para una definición de la novela histórica”, en Kurt Spang et alii, *La novela histórica, teoría y comentario*, Pamplona, Eunsa, 1995, pp. 66-71.

²Carlos García Gual, *La antigüedad novelada. Las novelas históricas sobre el mundo griego y romano*, Barcelona, Anagrama, 1995.

³Menton (*Novela* 33) se basa en Anderson Imbert (1951) para decir: “llamamos novelas históricas a las que cuentan una acción ocurrida en una época anterior a la del novelista”. Al respecto, no hay cifras exactas, pero suele convenirse un lapso entre el acontecimiento y la narración de, al menos, cincuenta años (así lo sostiene, por ejemplo, Ciplijauskaitė, *Los noventayochistas y la historia* 13).

⁴Umberto Eco, *Apostillas a “El nombre de la rosa”*, Barcelona, Lumen, 1984.

⁵Marguerite Yourcenar, “Cuadernos de notas a las *Memorias de Adriano*”, *Memorias de Adriano*, Barcelona, Salvat, 1994, pp. 210-211.

⁶Mignon Domínguez, “Introducción” a *Historia, ficción y meta ficción en la novela latinoamericana contemporánea*, Buenos Aires, Corregidor, 1996, p. 12.

europea y a la hispanoamericana. Pero no todo entre ellas son coincidencias:

En un sentido general, la novela histórica europea [...] convierte en protagonistas a figuras que son del pueblo [...] en América Latina, por el contrario, [...] los protagonistas tienen como referente a sujetos principales del acontecer histórico [...] es necesario [...] considerar el peso que tuvo en América Latina la teoría del “hombre representativo” surgida del pensamiento saintsimoniano que tiene en *Facundo*, de Sarmiento, una formulación brillante. A su vez, Saint-Simon [...] desarrolla una teoría que viene de un punto de vista que preocupa a Hegel, el asunto del “grande hombre”, prolongación, a su vez, de las preocupaciones por el “genio”, características del siglo XVIII. (Jitrik, *Historia* 45).

La “teoría del hombre representativo” enlaza con la tendencia de la “historiografía” paraguaya a mitificar a los mandatarios del pasado, y con la utilización que las dictaduras hicieron de tales mitos. Por tanto, la nueva novela histórica paraguaya supone un importante paso democratizador en el replanteamiento de tales figuras.

2.- La novela histórica de los años ochenta

Durante los años ochenta, la literatura universal manifestó una acusada tendencia a la recuperación de la narratividad, que favoreció el desarrollo de los subgéneros policiaco e histórico. En este último, Soldevila ha creído hallar la salvación de “la novela de su naufragio en la categoría de géneros pasados”¹.

El auge universal de la novela histórica tiene una especial incidencia en América Latina ya que, como sugiere Juan Manuel Marcos (“Díaz-Pérez” 53), “el problema de la historia y la ficción en la narrativa latinoamericana posee una fuerza cautivante y magnética que nace del hecho simple de que es un problema esencialmente social, enraizado en nuestra vida cotidiana”. Por ello, no es extraño que la narrativa histórica se haya convertido en el subgénero predominante en las letras latinoamericanas desde 1979². Además, como señala Menton, en ese momento confluyeron la abolición de los límites entre los géneros literarios; la conciencia finisecular de las conexiones entre historia y ficción; la celebración Quinto Centenario³; y unas especiales circunstancias político-sociales:

¹Ignacio Soldevila, “Esfuerzo titánico de la novela histórica”, *Ínsula*, nº 512-513, 1989, p. 8.

²Seymour Menton (*Novela* 38-42 y 46-47) señala *El reino de este mundo* (Alejo Carpentier, 1949) como la primera novela perteneciente a este subgénero (cuyo precedente sería *Orlando*, Virginia Woolf, 1928). El mismo autor desarrolló la nueva narrativa histórica en los relatos “Semejante noche” (1952) y “El Camino de Santiago” (1954), y en las novelas *El siglo de las luces* (1962), *Concierto barroco* (1974) y *El arpa y la sombra* (1979). Al margen de las tres novelas de Carpentier, Menton sólo encuentra otras nueve en el periodo 1949-1978 (de ellas, siete publicadas entre 1974 y 1978). Sin embargo, a partir de 1979, los ejemplos se multiplican en todos los países, excepto en Chile. A pesar de que aquí nos ocupamos exclusivamente de la nueva narrativa histórica hispanoamericana, no podemos dejar de señalar que las conexiones entre historia y literatura se pueden rastrear en todos los tiempos y en todos los rincones del globo. Si nos limitamos a la cultura occidental, recordaremos que para los griegos la historia era un género literario más.

³Menton (*Novela* 48-51) señala que la proximidad al Quinto Centenario provocó la aparición de series filatélicas, la construcción de un faro conmemorativo en Santo Domingo (República Dominicana), y “la renovación de la polémica entre los críticos y los defensores de la conquista”. Según este autor, en literatura, la cercanía de la celebración de 1992 se manifestó en el protagonismo de Cristóbal Colón en *El arpa y la sombra* (Carpentier, 1979), *Los perros del Paraíso* (Abel Posse, 1983), *Las puertas del mundo (una autobiografía hipócrita del Almirante)* (Martínez, 1992) y *Vigilia del Almirante* (Roa Bastos, 1992), y en su aparición en *El otoño del patriarca* (García Márquez, 1975) (continúa...)

La situación cada día más desesperada de América Latina entre 1970 y 1992 ha contribuido a la moda de un subgénero esencialmente escapista. En un caso análogo, la derrota de España en la Guerra de 1898 contra los Estados Unidos y la pérdida de Cuba, Puerto Rico y las islas Filipinas [...] estimuló a los jóvenes intelectuales de ese periodo a que hurgaran en el pasado para buscar una justificación por la existencia de España en la modernidad del siglo XX [...] los autores de la NNH o se están escapando de la realidad o están buscando en la historia algún rayito de esperanza para sobrevivir [...] el derrumbe de los gobiernos comunistas de Europa oriental [...] la derrota electoral de los sandinistas y el papel cada día menos significativo de Cuba como modelo revolucionario han creado una tremenda confusión entre aquellos intelectuales latinoamericanos que desde los veinte han confiado ciegamente en el socialismo como única solución para las tremendas injusticias sufridas por sus compatriotas. (Menton, *Novela* 51-52).

Desde ese punto de vista, la novela histórica se convierte en un escapismo temporal, similar al que generó el Modernismo. Esta afirmación no siempre resulta sostenible: como ya hemos dicho, en el caso de Paraguay, la nueva novela histórica no es un modo de huida hacia el pasado, sino un camino para el análisis del presente. Pero antes de analizar este aspecto, conviene que caractericemos este subgénero. Para ello, hemos de empezar por recordar que la “nueva novela histórica” se inserta en un movimiento más amplio, que se ha dado en llamar “nueva novela hispanoamericana”, cuyos rasgos enunciaba Shaw de la siguiente manera:

Tendencia a abandonar la estructura lineal, ordenada y lógica, típica de la novela tradicional (y que reflejaba un mundo [...] ordenado y comprensible) [...] tendencia a subvertir el concepto del tiempo cronológico lineal [...] tendencia a abandonar los escenarios realistas [...] tendencia a reemplazar al narrador omnisciente en tercera persona con narradores múltiples o ambiguos [...]. Un mayor empleo de elementos simbólicos. (*Narrativa* 224).

La denominación de “nueva narrativa histórica hispanoamericana” comprende obras de estilos muy diferentes, y de muy diversos grados de historicidad: desde las minuciosamente documentadas, hasta las más puras invenciones que, sin embargo, parecen historia. Esta pluralidad, propia de la narrativa occidental de las últimas décadas, dificulta la definición de un subgénero que carece de un modelo común. Según Fernando Aínsa¹, lo fundamental es que cuestiona las versiones oficiales (a veces, hasta parodiándolas), y se acerca a los acontecimientos sin la “distancia épica” característica de la historiografía oficial, y de la novela histórica tradicional. Por medio del uso de múltiples perspectivas, transmite la idea de la imposibilidad de acceder a una “verdad” única. Superpone distintos acontecimientos históricos, llegando a la acronía; usa múltiples modalidades expresivas; incorpora la cultura individual y colectiva; y cultiva el lenguaje con humor. Como señala García Gual, “los novelistas vuelven a tratar ciertos temas que han dejado en el imaginario colectivo una amarga inquietud, el recelo o la sospecha de una cruel injusticia histórica”².

Por su parte, Seymour Menton alude a la influencia de Borges, en la idea de la

³(...continuacion)

y *Memorias del Nuevo Mundo* (Aridjis, 1988). Además, el motivo del descubrimiento se encuentra en *El mar de las lentejas* (Benítez Rojo, 1979), *Crónica del descubrimiento* (Paternain, 1980) y *Cristóbal Nonato* (Carlos Fuentes, 1987).

¹Fernando Aínsa, “La Nueva Novela Histórica Hispanoamericana”, *Les Cahiers du Criar*, nº 11, 1991, pp. 13-22.

²García Gual, “Explorar y reinventar el pasado”, *Babelia*, 22 de agosto de 1998, pp. 8-9.

imposibilidad de conocer la verdad, y en la visión cíclica de la historia, generadoras del concepto de que la historia es sólo lo que creemos que pasó. Esa influencia condiciona la narración de unos hechos históricos que se distorsionan de modo consciente, por medio de omisiones, hipérboles, anacronismos y ficcionalización de personajes reales (a diferencia de la novela histórica de tipo tradicional, que solía estar protagonizada por personajes ficticios). Y también sería Borges el inductor del uso de la metaficción, de la intertextualidad, de las notas apócrifas a pie de página, y de los conceptos bajtinianos de lo dialógico, lo carnavalesco, la parodia y la heteroglosia¹.

Menton (*Novela* 42-44) opone la novela histórica tradicional (con el tipo de protagonistas que Lukács llamaba “héroes medios”) a la nueva novela histórica (que rompe con el realismo, y desmitifica a los héroes hasta convertirlos en seres mediocres, por medio de un narrador que introduce datos históricos e indaga en la psicología del personaje). Según Brian McHale², la primera evita los anacronismos y las contradicciones con la historia oficial, y trata de construir un mundo literario compatible con el real. La segunda cuestiona las verdades de la historia oficial sin pretender la objetividad, inserta anacronismos, e integra lo real y lo inventado. Además, en la nueva novela histórica abundan los narradores intradieгéticos (frente al narrador extradieгético característico de la novela histórica tradicional); desaparece el argumento centrado en la aventura amorosa típica de la novela histórica del Romanticismo; y las dificultades del personaje ya no llegan desde el exterior sino desde su propia condición de ser humano.

Otros autores han tratado de acercarse a la novela histórica desde diversas clasificaciones que, de algún modo, sugieren la oposición entre el subgénero más tradicional y el más característico de las letras hispanoamericanas actuales. Para Carmen Bobes Naves³, la división se establece entre la “novela de intrahistoria” (donde la historia es un marco que repercute en la vida de unos personajes ficticios) y la “novela histórica propiamente dicha” (que ficcionaliza la vida de un personaje histórico real). Pilar Andrade Boué⁴ las llama “novelas históricas inventadas y disfrazadas” y “novelas históricas documentadas”, respectivamente. Y similar es el esquema de Carlos García Gual⁵, quien añade que las del primer tipo “suelen concluir con el triunfo de la pareja romántica [...] con el *happy end*”, mientras las del segundo “suelen concluir con la muerte del protagonista”.

Spang (“Apuntes” 73-94) establece dos grandes grupos, pero advierte: “ninguna novela concreta corresponde plena y exactamente a uno de estos dos grandes esquemas”

¹Como se sabe, Bajtin estudió lo carnavalesco (exageraciones humorísticas y atención desmedida a las funciones corporales) en la obra de Rabelais. Para Bajtin, lo dialógico implicaba la proyección de dos o más interpretaciones del mundo, los personajes y los hechos; y la heteroglosia, el uso consciente de varios niveles distintos de discurso.

²Brian McHale, *Postmodernist Fiction*, London-New York, Methuen, 1987.

³Carmen Bobes Naves, “Novela histórica femenina”, en José Romera Castillo et alii, *La novela histórica a finales del siglo XX*, Madrid, Visor, 1996, pp. 44-53.

⁴Pilar Andrade Boué, “Algunos problemas de la novela histórica documentada: el ejemplo de *Les pérégrines* y *Les compagnons d'éternité* de Jeanne Bourin”, en José Romera Castillo et alii, *La novela histórica a finales del siglo XX*, Madrid, Visor, 1996, p. 134.

⁵Carlos García Gual, “Novelas biográficas o biografías novelescas de grandes personajes de la Antigüedad: algunos ejemplos”, en José Romera Castillo et alii, *La novela histórica a finales del siglo XX*, Madrid, Visor, 1996, pp. 55-56.

(94). Por una parte, estarían las novelas “ilusionistas” en las que, desde una concepción objetivista de la historia, se trata de crear una ilusión de realidad, haciendo creer en la coincidencia de historia y ficción. Para eso, el autor usa procedimientos de investigación propios del documentalista, describe con minuciosidad, elige personajes que puedan resultar ejemplarizantes, e inventa finales cerrados. Por el contrario, las novelas “antiilusionistas” muestran el carácter de ficción de la obra, introducen personajes que no son grandes figuras históricas, y rompen la linealidad sin tratar de alcanzar la objetividad. Así, el tipo de novela depende del modo en el que el narrador enfoque la historia.

Al hablar de la novela antiilusionista, parece que Spang (al igual que Aínsa, Menton y McHale) sugiere el distanciamiento, la incredulidad con la que el hombre de finales del siglo XX se acerca a la historia. En ese sentido, nos permitimos recordar que Hayden White¹ planteó el análisis de los textos históricos desde una perspectiva literaria, ya que Historia y Literatura comparten, desde su punto de vista, el poder de construir imágenes de lo real, a través de un discurso que se convierte en un modo de conocimiento de la realidad. Como señala Rita Gnutzmann,

Desde los años sesenta, aproximadamente, se habla de una “crisis de la historiografía” y la Historia (con mayúscula) parece diluirse en una proliferación de historias (con minúscula).

- Se cuestionan los fundamentos epistemológicos.

- La posición hacia el valor del documento cambia [...].

- La materia se multiplica debido a los enfoques interdisciplinarios [...].

También el concepto de “verdad” (y “realidad”) y el principio de legitimidad del saber han sido replanteados con la consiguiente pérdida de fe en el estatuto de la historia [...] los estudios históricos han sufrido una transformación: la discusión sobre sus contenidos ha dejado paso al debate sobre su status epistemológico y su discursividad [...] en la actualidad, la “verdad objetiva” no es algo absoluto [...] toda verdad es relativa, es decir, múltiple y subjetiva².

Esos cambios en la concepción de la historia llevan a la novela a adoptar una actitud de cierto descreimiento, y a mostrar una versión diferente de la transmitida por la historia oficial. Esto se manifiesta en la abundancia de finales abiertos, y en procedimientos como la inclusión explícita de las dudas del narrador respecto a los hechos acontecidos, y la aparición de dos finales de la misma historia. Por eso, queremos detenernos en la conexión de la nueva narrativa histórica con la posmodernidad³, que supone una “ruptura radical con

¹Hayden White, *Metahistoria. La imaginación histórica en el siglo XIX europeo*, México, F.C.E., 1992.

²Rita Gnutzmann, “Historia, utopía y fracaso, en *La revolución es un sueño eterno* de Andrés Rivera”, en Sonja M. Steckbauer (ed.), *La novela latinoamericana entre la historia y la utopía*, Eichstätt, Universidad Católica, 1999, pp. 122-123.

³Creemos necesario acercarnos a este concepto aunque sea en una nota. Podemos aceptar, con Barth (“Literatura posmoderna”, *Quimera*, n° 46-47, 1985, pp. 13-20), que la modernidad criticó el orden social y la visión del mundo de la burguesía del siglo XIX. Similar es la idea de González Real (“Posmodernidad”) quien, basándose en Lyotard, resume: “la modernidad [...] nos había prometido la emancipación, las libertades políticas, la extensión de las artes y las técnicas. Esta promesa no se ha cumplido y de ahí proviene esa desazón, ese malestar de la cultura”. Según García Díez (“Experiencia & Experimento”, *Quimera*, n° 70-71, 1987, pp. 36-37), la modernidad estuvo representada “por Picasso en pintura, Stravinsky en música y Joyce en literatura”, y su estética “se basaba en la asunción por parte del perceptor de una serie de trucos o artificios que le mantenían aferrado al ‘ilusionismo de realidad’ generado por la manipulación de las convenciones narrativas”. Si aceptamos las anteriores definiciones de “modernidad”, todavía tendríamos que decantarnos por los críticos que consideran que la “posmodernidad” es su epílogo, o por los que sostienen que se trata (continúa...)

la Historia”¹ caracterizada por la conciencia de la relatividad del conocimiento. ¿No está acaso vinculada la imposibilidad de acceder a una verdad única con el hecho de cuestionar la historia, los mitos y las tradiciones? García Díez (“Experiencia” 36-37) proclamaba: “la historia no existe, Dios ha muerto si es que alguna vez estuvo vivo”; y Umberto Eco añadía: “puesto que el pasado no puede destruirse porque su destrucción conduciría al silencio, cabe volver a visitarlo con ironía, sin ingenuidad” (*Apostillas* 658).

La conciencia de que la verdad no es única se ha generalizado en esta posmodernidad finisecular², que se halla sustentada por una filosofía existencialista con notas marxistas. Parece que la contraposición de sincronía y diacronía (Saussure) ha facilitado el uso caprichoso del tiempo en la novela; y que la muerte de Dios (Nietzsche) ha propiciado la introspección en la narrativa. Por eso, la novela posmoderna europea y norteamericana no ofrece respuestas sino preguntas. Y creemos que esto mismo puede aplicarse a la nueva narrativa histórica hispanoamericana (y, por tanto, paraguaya) del post-boom³:

Ya no existen los grandes textos, los discursos que legitimen el poder [...]. El Ser ha llegado a su ocaso y el nihilismo se enseñoorea en nuestra manera de pensar la existencia [...]. El eclecticismo, la desilusión, el hastío, el cinismo, son nuestro destino. Estamos, en realidad, de duelo por la razón. Nuestra existencia se arroja en brazos del mito, de lo irracional, lo fragmentario. Nuestro hedonismo rechaza la concepción totalitaria y absoluta del proceso evolutivo [...]. Estamos condenados a

³(...continuación)

de una reacción contra ella. Pero creemos que tal disyuntiva es falsa, ya que el mismo Barth (“Literatura”) afirmó: “mi autor posmoderno ideal ni repudia meramente ni meramente imita a sus padres modernos del siglo XX; ni a sus abuelos premodernos del XIX”. Respecto a la “posmodernidad literaria”, ya en 1977, McCormick (“El posmodernismo norteamericano en la novela ¿animalizar?”, *Camp de l’ Arpa*, nº 41, 1977, pp. 12-17) decía que era un epígrafe confuso que englobaba a escritores cuya única coincidencia era dirigir su atención a todo excepto lo que la historia y la sociedad consideran importante. Y eso que, en principio, la nómina de la posmodernidad se redujo a Estados Unidos (Tubinga, Barthelme, Coover, Elkin, Pynchon y Vonnegut; más tarde, se incluyó también a Bellow y Mailer). Después, se habló de posmodernidad en las obras de Beckett, Borges, Nabokov, los escritores del *nouveau roman*, Fowles, Cortázar y la última etapa de Queneau. El propio Barth añade a la nómina de los “posmodernos” a García Márquez, la obra de Calvino a partir de 1965, y la más reciente de Letters.

¹Oswaldo González Real, “La posmodernidad: de Norte a Sur”, *Correo Semanal*, 28 de enero de 1996, p. 8. Como él mismo señala más adelante, la idea procede de *El fin de la historia* (Fukuyama).

²Sin embargo, el sentimiento no es nuevo. La relativización de la verdad es una consecuencia del afán, siempre frustrado, por llegar a esa verdad: ya en los años cincuenta, Marguerite Yourcenar (“Cuadernos” 217) afirmaba: “el hombre más apasionado por la verdad, o al menos por la exactitud, es por lo común el más capaz de darse cuenta, como Pilato, de que la verdad no es pura. De ahí que las afirmaciones más directas vayan mezcladas con dudas, repliegues, rodeos que un espíritu más convencional no tendría”.

³Consideramos muy acertado el punto de vista de Nial Binns (“La novela histórica hispanoamericana en el debate posmoderno”, en José Romera Castillo et alii, *La novela histórica a finales del siglo XX*, Madrid, Visor, 1996), quien excluye la novela del boom del movimiento posmoderno: “basta contraponer al desencanto ideológico de la posmodernidad europea y norteamericana la ‘inflación ideológica’ de Hispanoamérica en los años sesenta y setenta y la poderosa influencia unificadora de la Revolución Cubana [...] la novela del boom [...] pretendía encontrar y señalar respuestas [...] conforman la primera consagración de una novela moderna en Hispanoamérica; [...] se escribieron con una intención revolucionaria [...] el contexto socio-económico de su producción difería dramáticamente de [...] la sociedad de capitalismo tardío que es clave [...] para explicar las obras culturales de la posmodernidad”. Como sostiene Osorio (prólogo a Hachim, *Estudios* 13), “es por lo menos discutible para América Latina el postulado de los ideólogos posmodernos de haberse concluido y cerrado el ciclo de la modernidad”. Queremos recordar aquí que también varios autores españoles han denunciado la misma situación en nuestro país. Por ejemplo, en una mesa redonda presidida por el novelista Julio Llamazares en la Universidad de Zaragoza (1991), el escritor leonés decía: “hemos entrado en la posmodernidad sin haber sido nunca modernos”.

navegar entre corrientes diversas: el posmarxismo, el posestructuralismo [...]. Hemos asesinado a Dios y a la Razón, porque no hemos querido matar el Arte y el Sueño [...] la cultura deja de ser canónica, paradigmática; al contrario, se propugna la vigencia de las culturas marginales, con sus cosmovisiones y “textos” propios [...]. El fracaso fundamental del totalitarismo -dice Fukuyama- fue su incapacidad de controlar el pensamiento [...]. En el Paraguay tampoco fue posible -en el estado policíaco del dictador Stroessner- aniquilar las convicciones libertarias [...]. Ahora bien, [...] los supuestos de la posmodernidad chocan, inmediatamente, con el proyecto “inacabado” de modernidad de los países del Tercer Mundo [...] en el Paraguay tenemos dentro de la sociedad estadios premodernos (precapitalistas) y -en algunos estratos- posmodernos [...]. Hemos heredado un Estado prebendario [...]. La cultura autoritaria, paternalista, corporativista y elitista se niega a desaparecer. (González Real, “Norte”).

En un contexto así, una de las vías es buscar una nueva verdad que se oponga a las doctrinas impuestas. Y esto puede hacerse por medio de la novela. Claro que, entonces, la nueva novela histórica se estaría oponiendo a esa posmodernidad que, al cancelar “la idea de progreso que sustentó la modernidad”, está también acabando con “todo sentido para el futuro”¹. Porque, en muchas nuevas novelas históricas, el regreso al pasado no es sino un modo de desnudar a quienes forjaron la historia de la que todavía se nutren sus sociedades, un intento de reflexión, y una invitación a que los errores no se repitan.

3.- Autores paraguayos representativos

Sabemos que autores como Martín de Goycochea, Teresa Lamas y Concepción Leyes hicieron aportaciones al género histórico paraguayo. Además, aunque no vayamos a ocuparnos de ellas, cabe señalar que hay obras que usan un tema histórico sin ser narraciones históricas²: muchas veces, los acontecimientos sirven para reflexionar sobre la intrahistoria o para investigar en los sentimientos. Hecha esta aclaración inicial, pasamos a estudiar las obras propiamente históricas que ha producido el Paraguay de los últimos tiempos.

Con la década de los años noventa, Roa Bastos entró en un periodo creativo mucho más fértil que los precedentes (al menos, en cuanto a número de títulos): sólo en su primer lustro, publicó más obras que en toda su etapa anterior. Además, estas obras mantuvieron el interés por temas que ya habían aparecido en su literatura: toda la obra de Augusto Roa Bastos manifiesta la voluntad de mostrar la influencia de los acontecimientos históricos en la vida de las gentes, y las dos novelas de la “trilogía paraguaya” que hemos citado (*Hijo de Hombre* y *Yo el Supremo*) intentan explicar el presente del país y de sus personajes investigando en su pasado. También *El fiscal*³ tiene una parte histórica; y su novela histórica

¹José Carlos Rovira, “La pretensión posmoderna”, *Anales de Literatura Hispanoamericana*, n° 28, 1999, p. 356.

²Así, el relato de Rodrigo Díaz-Pérez “Gamarrá” (*Ruidos y leyendas*) narra la relación entre un combatiente de la Guerra Grande, y un narrador cuyos datos autobiográficos coinciden con los del autor. Pero el propósito del cuento no es mostrar la historia de los héroes, sino la dimensión humana de los combatientes anónimos. Del mismo modo, en “La sequía” (Rodrigo Díaz-Pérez, *Mujeres de mi tierra*), la búsqueda de los desertores de la Guerra del Chaco tiene la finalidad de mostrarnos la alienación de una abuela que sigue esperando a su nieto muerto.

³Como estudió José Vicente Peiró en su tesina, la larga redacción de *El fiscal* puede rastrearse en algunas publicaciones de Roa en la prensa periódica. Un año después de la aparición de *Yo el Supremo*, Roa publicó en el periódico *Abc Color* de Asunción tres fragmentos titulados “Cerro Corá”. El primero de ellos, al igual que su novela (continúa...)

Vigilia del almirante, centrada en la humanización de la figura de Colón, es una de las escasas aproximaciones paraguayas al tema del “descubrimiento” de América. En la entrevista mantenida con Augusto Roa Bastos en su domicilio de Asunción, el cuatro de junio de 1998, el autor declaró que *Vigilia del almirante* es, “desde el punto de vista morfológico, un tributo al modelo cervantino [...]. La fecha de publicación de la novela fue puramente casual. No es que yo fui inducido por el centenario [...]. Esta obra había germinado en mi hacía mucho tiempo”. Sin embargo, esta novela se publicó, precisamente, el año del Quinto Centenario. Sobre ella, Bellini (*Nueva* 491) ha opinado que, al leerla, queda “la impresión de un libro extraño, entre la ficción, la historia y el ensayo crítico, al fin y al cabo condenatorios, pues ve en Colón el iniciador de todos los males de América”.

No obstante, como hemos señalado, la escisión entre los narradores paraguayos que escribían dentro y fuera del país provocó el desconocimiento mutuo: a pesar del reconocimiento internacional de Augusto Roa Bastos, los autores que vivían en Paraguay manifiestan no haber leído *Yo el Supremo* hasta muchos años después de su publicación en Buenos Aires. Así, aunque esta novela sea la primera producción paraguaya que puede inscribirse dentro de la “nueva narrativa histórica”, no es en ella donde hemos de buscar el origen de esta tendencia en Paraguay.

En el proceso de asentamiento de este género en el país, resultan fundamentales las novelas históricas de Rivarola Matto¹. Aunque se inscriban dentro de la narrativa histórica tradicional, estas obras merecen una mención en este apartado porque, aún aspirando a la objetividad, suponen un importante intento de explicar la historia desde la ficción.

La primera de ellas, desde el punto de vista cronológico, es la novela corta *San Lamuerte* (Premio Gabriel Casaccia 1985), donde Rivarola Matto usa la primera persona para narrar la revolución de Chirife (1922), centrándose en personajes populares, e incluyendo mitos y leyendas. Según sostiene José Vicente Peiró en su tesis, “*San Lamuerte* es la más perfecta creación narrativa del autor”.

Un año más tarde, apareció la primera parte de la trilogía compuesta por *Diagonal de sangre* (1986), *La isla sin mar* (1987) y *El santo de guatambú* (1988). *Diagonal de sangre* es la primera novela histórica escrita por un autor paraguayo desde *Yo el Supremo*.

³(...continuacion)

anterior, cuestiona la verdad de la historia oficial por medio de la figura de un compilador, el investigador Carmona, que encuentra en los archivos de la Fiscalía General del Estado un escrito en el que se refuta la supuesta campaña de difamación contra López. En “El resplandor”, continúa el escrito de refutación, narrando la infancia de López, y el progreso de Paraguay durante el gobierno de su padre. En “El final”, se relata la campaña militar. Son los primeros pasos hacia la primera versión de *El fiscal*, cuyo tema cambió en la versión definitiva. En la revista argentina *Crisis*, los fragmentos aparecieron por las mismas fechas, pero unidos en el cuento *El sonámbulo*. Además, en el año 2001, Roa ha publicado “Frente al frente paraguayo - frente al frente argentino”, incluido en *Los conjurados del quilombo del Gran Chaco*, obra de cuatro autores, uno por cada país del Río de la Plata. Según un correo de José Vicente Peiró, de abril de 2001, se trata de un ejercicio intelectualista que se inspira en *El fiscal*: la primera parte amplía los diálogos entre Mitre y el pintor Cándido López, y la segunda la historia de Burton.

¹Juan Bautista Rivarola Matto (Asunción, 1933-1991) colaboró en varios diarios, fundó la editorial NAPA (con Álvaro Ayala), y fue autor de dos piezas teatrales (*El niño santo* y *Vidas y muerte de Chirito Aldama*). Comenzó su andadura narrativa durante su exilio en Buenos Aires, donde publicó *Ybypóra* (1970; edición paraguaya de 1982), una obra crítica y política, que Hugo Rodríguez Alcalá (*Incógnita* 53) califica de “novela de la tierra”, y en la que no faltan alusiones a hechos históricos, como la Guerra de la Triple Alianza. Más tarde, escribió la novela corta *San Lamuerte* (1985, Premio Gabriel Casaccia), y las novelas de tema histórico *Diagonal de sangre* (1985), *La isla sin mar* (1987) y *El santo de guatambú* (1988). Fue también autor de una obra en guaraní, *Karai rei oha'a ramo guare tuka'é kañy* (De cuando Karai rey jugó a las escondidas, 1980). En 1991, la editorial Arandurá sacó al mercado *Bandera sobre las tumbas*, que recoge *Ybypóra*, *Diagonal de sangre*, *La isla sin mar* y *El santo de guatambú*.

En ella, Rivarola Matto trata de analizar con objetividad casi ensayística la Guerra de la Triple Alianza, retratando con gran fidelidad la época, y manteniéndose dentro de los límites de la narrativa histórica tradicional. La obra narra el plan de Manlove, su llegada a Paraguay, y el avance de la guerra a favor de los aliados. La última parte comprende el final de la contienda, desde la entrada de los aliados en Asunción. El personaje que une las tres partes es el mayor James Manlove, quien pretendió crear una flota de corsarios con bandera paraguaya. A pesar de eso, Manlove resulta ser sólo uno más de los múltiples personajes que se dan cita en las páginas de esta novela en la que Rivarola trata de buscar la verdad, y se sitúa a medio camino entre los ensalzadores y los detractores de López, gracias al uso de múltiples fuentes documentales¹. Aunque la obra es, claramente, una novela histórica (en la que la documentación, a veces, frena el ritmo de la acción), el autor la denomina “ensayo, novelesco por la forma e histórico por el contenido” (60).

La isla sin mar se centra en los primeros años de la dictadura stronista, y narra las actividades de los colaboradores del régimen y de sus opositores. Sus pretensiones de objetividad no le impiden convertirse en una obra plenamente literaria, en la que la situación del presente se analiza como una continuación de acontecido desde la Guerra de la Triple Alianza, y se cuestiona la concepción de la historia de los revisionistas y de la propia dictadura. Por otra parte, esta novela encierra una fuerte crítica al modo en que Roa Bastos ha enfocado *Yo el Supremo*: una evidente parodia, Rivarola introduce un amanuense (el personaje José-Antonio Lara), que encuentra un manuscrito a partir del cual desarrolla la historia; y titula uno de sus capítulos “Borrador de informe” (como el cuento homónimo de Roa). Además, discute las afirmaciones de Roa sobre el mito de la isla de Tamoraé; revela que el conocido autor copió de Félix de Azara la frase “el paraguayo no se suicida, se deja morir”; y contradice a Roa al afirmar que Francia fue inhumado en el Hospital Militar.

En la última novela de la trilogía, *El santo de guatambú*, Rivarola Matto reconstruye la vida del padre Fidel Maíz, a través de la figura de un personaje inventado: su paje, que aparece como testigo de la etapa previa a la Triple Alianza. Así, en la obra se dan cita personajes históricos como Benigno López, Juana Carrillo, Ildefonso Bermejo, Juan Andrés Gelly, Benito Varela, Justo Pastor Benítez y Manuel Antonio Palacios. Por otra parte, los elementos de la tradición oral y las opiniones personales conviven con las fuentes documentales (entre ellas, *Tratado de derechos y deberes del hombre social*, de Carlos Antonio López; y artículos de *El paraguayo independiente* y *El Semanario*).

La novela histórica paraguaya dio el salto hacia la renovación con la arriesgada publicación por RP Editores de la primera novela de Guido Rodríguez Alcalá², *Caballero* (1986). Aunque *Caballero* no sea la primera obra literaria que critica el “heroico pasado

¹Entre las fuentes de la novela están: Juan Bautista Alberdi, Raúl Amaral, Richard Burton, Gregorio Benites, Faustino Benítez, James Butler Bowlin, Ramón J. Cárcano, Juan Crisóstomo Centurión, Dorotea Duprat, Pedro Fernández, Juan Silvano Godoy, José Federico Masterman, Bartolomé Mitre, Francisco Isidoro Resquín, José María da Silva Paranhos, José Sierra Carranza y Charles Ames Washburn.

²Guido Rodríguez Alcalá (Asunción, 1946) ha dirigido la colección histórica de RP Ediciones, y colaborado en diversos diarios locales y extranjeros, y en la televisión de su país. Actualmente trabaja para el diario *Abc*. Su actividad literaria, como la de gran parte de los autores paraguayos, comenzó en el ámbito poético. En prosa, es autor de tres novelas y de tres volúmenes de cuentos. Además, ha publicado varios ensayos y antologías.

paraguayo”¹, la importancia de esta novela en la nueva narrativa histórica paraguaya reside en su ejercicio de desmitificación, tan metódico y exhaustivo que sorprende que pudiera publicarse en el Paraguay de la dictadura.

Caballero narra la Guerra de la Triple Alianza dando una imagen del mariscal López contraria a la de la historiografía oficial: López es un cobarde que siempre se queda al margen de las batallas, un paranoico obsesionado por los posibles intentos de derrocarlo. El protagonista, Bernardino Caballero (fundador del Partido Colorado que sustentó a Stroessner, y considerado por el revisionismo el sucesor de López) aparece en la novela como un pícaro y un cobarde capaz de aprovechar cualquier circunstancia. Pero tampoco los aliados salen mejor parados: sus errores estratégicos, su pasividad y sus intereses económicos prolongan casi eternamente la guerra. Como analizaremos en la cuarta parte de nuestro trabajo, todos estos contenidos se relatan con un lenguaje cuidado, y se inscriben en una estructura labrada.

A partir *Caballero*, la historia tiene un papel relevante en la creación narrativa paraguaya, que ha empezado a presentar a los héroes consagrados sin la aureola mítica de la que habían sido revestidos por el revisionismo. Desde la segunda mitad de los años ochenta, la temática histórica ha sido desarrollada en forma de novela, cuento, obra teatral (*La tierra sin mal*, Augusto Roa Bastos), e incluso de un guión cinematográfico que no ha llegado a filmarse (*Paracuaria*, de Luis María Ferrer Agüero).

Entre las novelas, además de las ya citadas, hay que señalar las aportaciones puntuales de Marcelo Galli Romanach² y Adriana Cardús³, y conviene destacar las obras históricas de autores con una trayectoria literaria consagrada, como Renée Ferrer, Luis Hernáez, Carlos Colombino y Maybel Lebrón.

En *Vagos sin tierra*, Renée Ferrer recrea la fundación de Concepción, por medio de unos personajes inventados; de una minuciosa documentación; y de un cuidado lenguaje con resonancias lorquianas, que incluye giros populares y onomatopeyas. En una entrevista mantenida con la autora el seis de junio de 1998, ésta manifestaba: “no me gustaría reescribir la historia de un personaje que ya tiene su historia. Prefiero narrar la historia del pueblo”.

Carlos Colombino, en la novela corta *De lo dulce y lo turbio* (1997), trata el tema del descubrimiento de América, y se atiene a las premisas de la “nueva novela histórica”. El monólogo de Domingo Martínez de Irala da paso a una estructura en la que participa un narrador omnisciente (cuya voz alberga la de poetas contemporáneos, como Rauskin). La obra une la expresión poética, la influencia de Roa Bastos, y las intertextualidades literarias (anotaciones de Schmidl, cartas de Isabel de Guevara, y un poema de Camoes transformado).

¹Por ejemplo, *Rebelión después*, de Lincoln Silva (Barrero Grande, Paraguarí, 1945) fue escrita en el exilio, y publicada en Buenos Aires en 1970 (año del centenario de la muerte de López). Aunque critica la dictadura de Stroessner, el nombre de su protagonista, Lázaro López, nos recuerda, según palabras de Peiró (Tesis) que el mariscal López es “como un Lázaro resucitado de la tumba para pervivir a lo largo del tiempo en la memoria popular”. Lincoln Silva también es autor de *General, general* (1975), y de poemas y cuentos publicados en *Abc* y en la revista *Ne Engatú*.

²Este autor, médico de profesión, ha publicado la novela *Facundo Meza y la guerra del Paraguay* (1997), una desafortunada mezcla de novela y ensayo, que está plagada de tópicos revisionistas.

³Adriana Vázquez de Cardús (Carlos Casares, Argentina, 1952) ha cursado estudios de inglés, psicología y traducción. Desde 1978, vive en Paraguay, donde ha fundado una escuela rural. Es autora de la primera novela histórica que tiene un escenario no paraguayo: *Retrato de familia* recrea la Inglaterra de principios de siglo, e introduce unos personajes que han de buscar sus orígenes tras la muerte violenta de uno de ellos.

Maybell Lebrón, en *Pancha Garmendia* (2000), usa la primera y la tercera persona, para recrear la vida de la hija del español Juan Francisco Garmendia, fusilado por el dictador Francia. Acogida por la familia Barrios, Pancha se convirtió en la novia del mariscal López, y parece que acabó ajusticiada por él, acusada de participar en una conspiración. Lo más interesante de la obra es la visión de la vida cotidiana durante la Guerra de la Triple Alianza, y el modo en que la autora consigue hacernos partícipes de los pensamientos y los sentimientos de Pancha, a través de las palabras que ésta nunca llega a dirigir al mariscal.

Con *Donde ladrón no llega*, Luis Hernáez¹ logró una excelente narración ambientada en la época de la expulsión de los jesuitas (1767). La primera novela histórica paraguaya centrada en la época colonial tiene una acción lenta, y reconstruye, con intención objetiva, la vida cotidiana de la reducción de Trinidad. El enfrentamiento y la convivencia de la cultura jesuítica (europea) y la guaraní (autóctona) se narra a través de unos personajes muy bien trazados que, exentos de regionalismo y folclorismo, están dotados de una universalidad poco común en las letras paraguayas. Estos personajes cuestionan, sin citarlas, las tesis de Bartolomé de las Casas; y exponen las dudas que manifestaron algunos jesuitas sobre la forma de tratar a los indígenas: el modo de regular sus relaciones sexuales, la estrategia de convertir al Tupá en Dios y al Ayá en Diablo, la forma en que los estaban sometiendo a una especie de “niñez perpetua”... Además, como el autor no se inmiscuye en la trama, es el lector quien ha de juzgar los hechos.

El presente del relato es el año 1767, poco antes de que Carlos III dictara el decreto de expulsión; pero ese presente se mezcla con el pasado recordado por el indígena Bernardino, que trabaja en una encomienda de Asunción, tras haber huido de Trinidad. Al final de la obra, los dos planos temporales se alternan, para narrar en paralelo la situación de la reducción, y la llegada de un militar que va a cumplir la orden de expulsar a los jesuitas, con el fin de apropiarse de las riquezas que se supone que acumulan los padres.

Los datos históricos están perfectamente documentados, y sirven de marco para analizar la vida de quienes no han pasado a formar parte de la historia. Esa documentación previa hace que algunas anécdotas de la novela, aparentemente ficticias, estén tomadas de la realidad (como el violín que se lleva a Europa desde Misiones). A la historia y la ficción, Luis Hernáez no ha dudado en añadir datos autobiográficos (como la referencia al monasterio de Cañas, en La Rioja, que él visitó durante su viaje a España).

Las figuras históricas reales (el arquitecto Prímoli, y los músicos Domenico Zippoli y Antón Sepp) ocupan un lugar secundario, para ceder su importancia a personajes de ficción que nos muestran su personalidad a través del diálogo, en el que no usan el “vos” (ya que su aparición es posterior) sino un “tú” bien distinto del que actualmente utilizamos en España. El diálogo se combina con el uso de la primera persona narradora de Bernardino; y el de la tercera de un narrador omnisciente, que aclara al lector lo que los personajes no pueden explicar, y sufre una interesante contaminación lingüística del estilo del protagonista.

En contra de lo que sostiene Roa Bastos en *La tierra sin mal*, Hernáez considera que las misiones ejercieron una gran influencia en la vida de Paraguay. Así, el acatamiento de la figura del cura como autoridad (todavía existe la frase “lo dijo el cura” para manifestar

¹Luis Hernáez (Asunción, 1947) ganó el premio Municipal con *El destino, el barro y la corneja* (1989), centrada en la vida paraguaya de los años cuarenta. Además, es autor de varias obras teatrales, de algunos cuentos, y de la novela *Donde el ladrón no llega* (1996). Sobre los jesuitas en Paraguay, tiene un ensayo inédito titulado *Descubriendo Trinidad*. Hace años que Hernáez prepara una novela sobre la figura de Domingo Martínez de Irala, que tendrá por título el sobrenombre de este personaje (“Chomil”).

que algo es incuestionable) no sería sino un precedente de la sumisión a las dictaduras.

Los cuentos históricos han sido cultivados por Osvaldo Jaeggli (*Cuentos de la Guerra del Chaco y de otros tiempos*, 1987) y, ocasionalmente, por Dirma Pardo, autora de “La odisea del regreso” (publicado en el volumen colectivo *Verdad y fantasía*), donde narra la vuelta de la guerra de uno de los soldados de López, como si fuera un nuevo Ulises. Al tratar de constatar que su mujer le ha sido fiel como Penélope, se encuentra con que ella tiene un hijo de rasgos brasileños. Así, el relato se centra más en la intrahistoria que en la historia propiamente dicha: la alusión al mito se revela como un modo de mostrarnos la vida de los campesinos paraguayos.

Por su parte, Gilberto Ramírez Santacruz¹, en *Relatorios* (1995), incluyó “El grito de Triana” (sobre el descubrimiento de América), “Sargenta de López” (sobre la guerra de la Triple Alianza) y “Morir después” (sobre la revolución de 1947). Además, en el volumen *Memoria sin tiempo* (1992), Maybell Lebrón incluyó “Llor a un ajusticiado”, donde relata el caso del coronel Mongelós, ajusticiado por López en San Estanislao. Contradiendo la historia oficial, López se convierte en un “nuevo Cronos devorando a sus hijos”; y Francia, en “Pesadilla” (*ibídem*), aparece como un dictador poderoso y cruel que se refugia en lo sobrenatural para no enfrentarse con la realidad. En el mismo libro, “Momento” es el relato de Colón cuando divisa América, y “El Ñe’enga” narra la muerte del hijo de Cavañas, cuando su familia intenta de huir de la tiranía de Francia.

También Renée Ferrer utilizó el género histórico en el volumen *La Seca y otros cuentos*, escrito durante el periodo en el que acudió al taller literario de Hugo Rodríguez Alcalá. “Santa” es la reescritura de “La vengadora”, de Teresa Lamas, donde una madre que mata a uno de sus hijos por pelear contra López; “Crónica de una muerte” se centra en la figura de Pancha Garmendia, ajusticiada por López; “La confesión” trata el tema de las prisiones en los tiempos de Francia; y “El vigía” y “El delator” (*Por el ojo de la cerradura y La Seca y otros cuentos*, respectivamente) se sitúan en la guerra del Chaco.

Más constante ha sido la temática histórica en las obras de Hugo Rodríguez Alcalá y Helio Vera. El primero es un autor siempre preocupado por mostrar en sus relatos las consecuencias de lo exterior en el alma de los personajes. *El dragón y la heroína* recoge cuentos como “Juliana Insfrán de Martínez” (sobre una de las acusadas de traición por López), “La mano que se negó a firmar” (sobre la dictadura de Francia) y “El anillo del muerto”, “Traghochenko” y “Notas de un diario de guerra” (los tres sobre la guerra del Chaco). En *El ojo del bosque*, aparecen “El dragón cautivo (1821)”, donde un prisionero de Francia que va a ser ejecutado decide ejercer la única parcela de libertad que le queda; “Bajo el Supremo”, donde el protagonista narra sus últimas sensaciones antes de la ejecución; y “El as de espadas”, que recrea el asesinato del presidente Gill (1877). En *La*

¹Gilberto Ramírez Santacruz (Avai, 1959) es fundamentalmente conocido por su labor como poeta testimonial. Aun después de la caída de Stroessner, permaneció en Argentina, país al que se exilió en 1979. En su novela *Esa hierba que nunca muere* (1989), refleja los enfrentamientos entre la dictadura de Stroessner y la guerrilla de los exiliados, ensalzando la lucha por la libertad y por la revolución marxista de estos últimos. Una lucha que, tanto el autor como los propios combatientes, saben condenada al fracaso, debido a la colaboración que recibe el régimen por parte de la Iglesia (curas que delatan sin respetar los secretos de confesión), el ejército (militares que no dudan en asesinar a los detractores), los terratenientes (que desprecian al pueblo, y se aprovechan de la situación) y los mercenarios norteamericanos (que sustentan la dictadura). A pesar del compromiso revolucionario, los guerrilleros admiran a Francia y los López (modelos del propio Stroessner, al que combaten), y consideran la Guerra de la Triple Alianza como un acto de defensa de la libertad del país.

doma del jaguar, Hugo Rodríguez Alcalá¹ incluyó “El tesoro de la casa Scott” (que recoge algunos episodios de la Triple Alianza), “Las botas del prisionero” (centrado en la guerra del Chaco), y “Coloquio ya entre sombras” (que, como si de *La divina comedia* se tratara, es un diálogo entre Franco y Estigarribia, que contraponen las dos imágenes del mariscal López).

Finalmente, entre los relatos históricos del excelente narrador Helio Vera², destacan “La consigna” y “Destinadas” (ambos en *Angola y otros cuentos*, sobre la guerra del 70), y algunos de los aparecidos en su libro digital: “Primeras letras” (sobre la rebelión indígena de 1539, reprimida por Salazar gracias a la delación de la india Juliana, a la que estaba enseñando a leer), “La tierra sin mal no está muy lejos” (sobre las migraciones de los kairo en busca de la Tierra sin Mal, y la traición por venganza de uno de los hechiceros), “Valois” (sobre el robo de un gallo de pelea en tiempos del virreinato) y “Manorá: 12 de abril de 1877” (sobre el asesinato de Gill).

Así, en un país en el que la tradición autoritaria dificultó el desarrollo literario, y la literatura sirvió para transformar la verdad hasta hacer del revisionismo la historia oficial, la narrativa histórica paraguaya (ese género con el que, por primera vez, la prosa ha conseguido desarrollar la tendencia literaria vigente más significativa de Hispanoamérica) está empezando a desmontar los mitos de la historia con unas obras de calidad, que demuestran que las letras paraguayas merecen un análisis del que pocas veces han sido objeto.

¹Durante casi cuarenta años, Hugo Rodríguez Alcalá (Asunción, 1917) ejerció la docencia universitaria en Estados Unidos, donde fundó el primer departamento de Estudios Hispánicos de la Universidad de California, y de donde regresó a su país en 1982. Es doctor en Derecho y Ciencias Sociales, y consejero de *Hispanic Review*, *Revista Iberoamericana* e *Hispanic Journal*. En Asunción, dirige el Taller Literario Cuento Breve, desde 1983. Tiene publicada una treintena de obras, entre ellas las narrativas *Relatos del Norte y del Sur* (1983), *El ojo del bosque: historias de gente varia / historias de soldados* (1985), *La doma del jaguar* (1995) y *El dragón y la heroína* (1997). Además, es autor de poemarios como *El canto del aljibe* (1973), *El portón invisible* (1983) y *Terror bajo la luna* (1983); y de obras críticas y ensayísticas, como *El arte de Juan Rulfo* (1965), *Sugestión e Ilusión* (1967), *Historia de la literatura paraguaya* (1970), *Narrativa hispanoamericana* (1973) y *Ricardo Güiraldes: apología y detracción* (1986). Ubaldo Centurión Morínigo ha publicado un estudio sobre él, en el se revela la importancia de su figura en el mundo cultural paraguayo: *Hugo Rodríguez Alcalá y la vida intelectual del Paraguay*.

²Helio Vera (Villarrica, 1946) es autor del justamente alabado volumen *Angola y otros cuentos* (1984). Además, destacan sus ensayos humorísticos *En busca del hueso perdido. Tratado de paraguayología* (1990) y *Antiplomo. Manual de lucha contra pesados* (1997, Mención Especial del Premio Nacional de Literatura 1999), y su *Diccionario Contrera* (1994). En octubre de 2000, apareció su libro digital *La paciencia de Celestino Leiva* (<http://libros.yagua.com>), que contiene ocho cuentos inéditos ubicados en distintos escenarios.

De los orígenes a la nueva novela histórica paraguaya



**LAS NOVELAS HISTÓRICAS DE GUIDO
RODRÍGUEZ ALCALÁ**

El estudio del pasado [...] no puede concebirse como un mero afán erudito o una especie de ejercicio reconstructivo, [...] sino como un intento de comprender la realidad presente.

Nelson Osorio, Prólogo a Hachim Lara, *Estudios* 12-13.



I. El autor y su obra

Guido Rodríguez Alcalá (Asunción, 1946) nació en el seno de una familia muy ligada al mundo de las letras: es nieto de José Rodríguez Alcalá y de Teresa Lamas Carísimo, y sobrino de Hugo Rodríguez Alcalá. Además, está emparentado con Juan Emiliano O'Leary, ya que la madre de éste era tía de Teresa Lamas. Aunque se licenció en Derecho por la Universidad Católica de Asunción (1971), nunca llegó a ejercer como abogado. Sin embargo, participó desde muy joven en diversas publicaciones periódicas: ha trabajado en diarios y revistas paraguayos y extranjeros, y actualmente lo hace en el matutino *Abc Color* de Asunción. También ha colaborado en la televisión de su país, y ha dirigido la colección histórica de RP Ediciones.

En 1969, coincidiendo con las manifestaciones estudiantiles contra la visita de Rockefeller, pasó tres meses en la cárcel Tacumbú de Asunción. Además, la policía entró dos veces en su casa. Aunque el autor suele evitar hablar de esos temas, en una entrevista mantenida en Asunción el uno de junio de 1998, declaró: “se llevaron cuanto papel había [...] se hacían allanamientos periódicos [...]. En uno, quedó confiscada *La rebelión de las masas* [...]. Es gracioso, tenía libros de Marcuse, pero éstos no los tocaron”.

Su actividad literaria¹, como la de otros muchos autores paraguayos, comenzó en el ámbito poético. Tal vez influya en ello el hecho de que, dado el escaso número de lectores de poesía en Paraguay, la censura hacía mayores concesiones en las publicaciones poéticas. Como afirma José Vicente Peiró en su tesis, la poesía de Guido Rodríguez Alcalá “es un acto de afirmación personal en un presente que le es hostil. Ante todo se siente un creador de la palabra que vaga por un país donde no hay sitio para la rebeldía ni para los poetas que no alaben al poder”. A su primer poemario, *Apacible fuego*, siguieron *Ciudad sonámbula* y *Viento oscuro*, ambos en verso libre. Castro (*Historia* 61) destaca en ellos la presencia de cuestiones metafísicas, de enfoques introspectivos que no anulan las referencias a la realidad paraguaya de los años sesenta.

Diversas becas en el extranjero le permitieron ampliar su cultura, romper con el

¹Todas las citas serán extraídas de las ediciones que se mencionan a continuación, sin dar otra referencia que el número de página:

- *Apacible fuego*, Asunción, Época, 1966.
- *Ciudad sonámbula*, Asunción, Criterio, 1967.
- *Viento oscuro*, Asunción, Criterio, 1969.
- *Labor cotidiana*, Asunción, Diálogo, 1979.
- *Leviatán et cétera*, Asunción, NAPA, 1981.
- *Caballero*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1987 (primera edición: Asunción, RP, 1986).
- *Ideología autoritaria*, Asunción, RP, 1987.
- *Cuentos decentes*, Asunción, Criterio, 1987.
- *Caballero rey*, Asunción, RP, 1988.
- *Curuzú Cadete*, Asunción, Criterio, 1990.
- *Testimonio de la represión política en el Paraguay: 1975-1989*, Asunción, Comité Iglesias, 1990.
- *En torno al Ariel de Rodó*, Asunción, RP-Criterio, 1990.
- *Residentas, destinadas y traidoras*, Asunción, RP-Criterio, 1991.
- *El rector*, Asunción, RP, 1991.
- *Narrativa paraguaya (1980-1990)*, Asunción, Don Bosco, 1992. En colaboración con María Elena Villagra.
- *Cuentos*, Asunción, RP, 1993.
- *Cuentos de la Guerra del Paraguay*, Montevideo, Banda Oriental, 1995.
- *Borges y otros ensayos*, Asunción, Don Bosco, 1996.
- *Narradoras paraguayas*, Asunción, Expolibro, 1999. En colaboración con José Vicente Peiró.

aislamiento tradicional paraguayo, y ver su país desde otra perspectiva. En 1975, obtuvo una Fulbright para estudiar literatura en Estados Unidos. De esa etapa, datan su estudio antológico *Literatura del Paraguay 1970-1980*, y sus cuadernos de poesía *Labor cotidiana y Leviatán et cétera*. En el primero, el autor reivindica la poesía de lo cotidiano, y hace referencia a los problemas políticos paraguayos:

Yo soy como la voz
de muchas voces
como el canto de muchos [...].
No me queráis pedir
historias lindas
todos estamos mal.

Aunque publicado en 1981, *Leviatán et cétera* se gestó entre 1976 y 1979. Allí profundiza en su voluntad de convertir la escritura en un arma política, y manifiesta su debate entre la crítica y el amor por su país.

El dios Apolo llegóseme y me dijo: [...]
que registre los números oscuros [...]
las bodas y las muertes sospechosas
en Paraguay, en Chile, en Argentina. (9)

Desde lejos te alcanzo para verte
como una dama gorda y recatada
que ha perdido su tiempo en reuniones
y a veces (digo las más) se calla
o llora o va de compras, pero siempre está sola.
Mas déjame decirte que te quiero
con un amor convulso como el odio
con el amor del odio (26).

Tras sus estudios en las Universidades de Ohio y Nuevo México, alcanzó el grado de doctor. Desde su regreso a Paraguay, en 1981, y hasta que motivos políticos le impidieron seguirlo haciendo, dirigió el Suplemento Cultural de *Abc Color*. A través de artículos y selecciones de textos, el citado suplemento difundió los últimos movimientos artísticos. Además, Guido Rodríguez Alcalá utilizó este medio para publicar varios artículos en contra del autoritarismo y la dictadura¹. Por ello, su labor no estuvo exenta de críticas, procedentes del diario oficial del Partido Colorado. La siguiente es sólo un ejemplo de las mismas:

Cuando la crítica se ejercita con un espíritu nihilista, iconoclasta, falto de honestidad intelectual y hasta con espíritu malevolente y burlón ella carece de toda autoridad [...]. Sobre todo cuando jóvenes recién advenidos [...] escriben con falta de tolerancia con relación a figuras consulares y consagradas de la cultura nacional [...] a estos [...] jóvenes se les podría decir, si siguen en su tesitura desmitificadora, erga omnes, nihilista y ácrata, lo que Leopoldo Ramos Jiménez dijo con relación a

¹“Teatro, política y afines” (15 de febrero de 1981), “Cine e ideología” (1 de marzo de 1981), “Poesía y compromiso” (18 de octubre de 1981) y “El nacionalismo integral de Charles Maurras y Juan E. O’Leary” (21 de febrero de 1982). Éste último recibió duras críticas de Poncho Pytá (“En torno a O’Leary”, *Patria*, 3 de marzo de 1982, p. 24; y “Más sobre O’Leary”, *Patria*, 27 de marzo de 1982, p. 24), quien trató de desmentir cada una de las afirmaciones de Rodríguez Alcalá.

determinados voceros del legionalismo: “roedores de los mármoles de la patria”¹.

En 1982, gracias a la Konrad Adenauer Stiftung, prosiguió sus estudios en la Universidad de Duisburg (Alemania). A su vuelta a Paraguay, Stroessner mostraba claros signos de debilitamiento. Los problemas del propio régimen alejaban las posibilidades de la censura literaria. Quizá por ello, Guido Rodríguez Alcalá pudo publicar sin demasiados problemas su primera novela, *Caballero* (1986), donde critica el autoritarismo por medio de la desmitificación de la historia. Como afirmó él mismo en una entrevista que mantuvimos en Asunción en junio de 1998, “una forma de criticar al gobierno era criticar la historia. Pero al gobierno no le convenía darse por aludido [...], el Partido Colorado tenía ya demasiados problemas internos. No me molestaron excesivamente”.

En 1987, consiguió la International Writers Workshop de la Universidad de Iowa, que le permitió preparar la continuación de su primera novela, recreando la presidencia de Bernardino Caballero: *Caballero Rey*. Además, 1987 es la fecha del ensayo *Ideología autoritaria*, donde analiza la historia paraguaya desde la Independencia hasta los años treinta del siglo XX; y del volumen *Cuentos decentes*, una colección de once relatos protagonizados por gente aparentemente “decente”, y ubicados en el Paraguay de Stroessner². A pesar de la aclaración inicial, “la intención del autor ha sido hacer ficción y no historia [...] cualquier semejanza entre los personajes [...] y cualquier persona viva es pura coincidencia”, no cuesta descubrir que las “coincidencias” son algo más que casuales. Es muy probable que esa

¹Poncho Pytá, “Roer y roer”, *Patria*, 19 de marzo de 1982, p. 24.

²La única excepción es “La traidora (1864-1869)”, donde la prima de López relata sus recuerdos a Carmen, su prima lopista que, paradójicamente, se va a casar con un oficial brasileño (esta situación fue relativamente común al terminar la Guerra de la Triple Alianza: la propia Rafaela López, hermana del mariscal, se casó en segundas nupcias con el brasileño Dr. Pedra). En conexión con las características de la nueva narrativa histórica hispanoamericana, el cuento mezcla discursos, y revisa la tesis sobre personajes históricos consagrados. Así, aunque se centra en la época de la Guerra de la Triple Alianza, toda la historia paraguaya aparece como un *contium* de arbitrariedad y malos gobernantes. Además, se nos muestra la faceta menos difundida de los dictadores anteriores al mariscal; y, a través del recuerdo de la nieta, asistimos a una de las fiestas lujosas y afrancesadas, en las que el mariscal daba rienda suelta a sus afanes imperiales. Gracias a esas anécdotas, aparentemente triviales, se va perfilando la personalidad de López (“un cobarde que prometió luchar a la cabeza y se corrió del campo de Lomas Valentinas y sin prevenirnos”, 90), en buena parte dominado por su concubina (“el problema era Madama Lynch”, 94). La narradora no pierde la ocasión para criticar a esa mujer a la que al principio admiró (“me parecía tan linda con su cabellera rubia y siempre saliendo a todas partes sin pedirle permiso a nadie”, 95). Sólo más tarde, comprende: “si te invitaba a sus fiestas tenías que ir quieras o no [...]. Demasiado caro andar llevando un traje nuevo todos los días y en algunos casos dos porque la Lynch venía y te mandaba que fueran dos [...] López muy dispuesto a enseñarnos a vivir como en Europa” (95-96). Con la guerra, la vida del pueblo paraguayo se fue endureciendo, pero no así la de López y sus colaboradores. Igual que sucedía en *Caballero*, la imagen del mariscal es la de un paranoico que se siente superior a los demás, incomprendido y perseguido; y aquéllos que están a su lado propician esas ideas en un clima de delaciones en el que no se respetan ni el secreto de confesión ni las relaciones familiares. Pero si las circunstancias eran difíciles para los hombres, lo eran más aún para las mujeres: “una mujer [...] es todavía menos en estos tiempos de ocupación militar” (91), “a las reclutas [...] no le daban ni techo ni ración” (91), “las mujeres de la tierra no sólo parían entre bombas sino que también empuñaban la lanza [...] las militarizaron para tenerlas quietas, porque les resultaba más cómodo tenerlas de siervas, de criadas, de madres, de leñadoras y de ramerías; porque *bajo la bandera* no podían quejarse” (91). Tal vez por eso, el mensaje del cuento excede la crítica del mariscal, y se convierte en una crítica a toda la sociedad paraguaya (especialmente la masculina): “todos iguales, unos gallos de riña... Entonces, ¿por qué nadie hizo nada cuando López le fusilaba la hermana [...]? ellos no la defendieron [...] hicieron la guerra sin consultarnos [...] nos largaron solas desde el primer momento y ahora tenemos que seguir viviendo y decidiendo solas” (96-97).

aclaración tuviera la finalidad de eludir la censura¹, a lo que también contribuyó el hecho de que se ubicaran explícitamente en Paraguay sólo cinco cuentos². No obstante, en el resto de los relatos se critican, con ironía y sin maniqueísmo, tanto las situaciones propiciadas por el régimen dictatorial (represión, corrupción, traición, discriminación femenina, retraso cultural del país...) como la incapacidad de la oposición para frenar dichas situaciones³.

El tres de febrero de 1989, un golpe de estado acabó con los treinta y cinco años de dictadura de Stroessner. La producción posterior de Guido Rodríguez Alcalá parece encaminada a seguir dando testimonio de la realidad de su país. El propio título del volumen de cuentos *Curuzú Cadete: Cuentos de ayer y de hoy* insinúa la importancia de recordar la historia: “Ayer”⁴ contiene siete relatos que nos muestran el Paraguay de las primeras

¹Kurt Spang (“Apuntes” 100) señala: “en tiempos de censura, resulta peligroso sugerir similitudes entre la situación narrada y la presente, dado que el mismo hecho de mencionarlas podría impedir la publicación”.

²Además de “La traidora”, son los cuatro que aquí mencionamos. “Del diario de una adolescente” refleja la lucha de una muchacha por encontrar un camino en una sociedad machista, y alude a la necesidad de cultura para superar los problemas del país. En “La sesión de la OEA”, tres narradores alternan sus voces. De la conferencia de uno de ellos depende que consiga ser embajador en Europa, objetivo que le ha hecho cambiar su personalidad y dilapidar su fortuna. Su mujer es la principal víctima de sus ambiciones. “¡Viva Juan Pablo II!” ridiculiza al “bolincher” (eclesiástico de influencia en el ámbito político y social). “Cartas no necesariamente escritas” se centra en una becaria estadounidense que investiga sobre los partidos políticos, y da cuenta de la tranquila situación del país; pero también del retraso, la escasez de investigación, y la falta de ideología de los partidos. Sin apenas ser consciente de ello, se convierte en delatora de los opositores universitarios. De ese modo, se descubre el entramado de delaciones que hacían parecer el Paraguay dictatorial un país calmado.

³“Macario” denuncia el estado de las cárceles, mediante la historia del director de una sucursal bancaria acusado de un desfalco cometido por sus superiores. En “Error de rutina”, un detenido por envenenar a los osos del zoológico es torturado por un oficial, hasta que se descubre su posición social. “Don Juan” está protagonizado por una mucama, que ha de aceptar todo tipo de humillaciones (incluso sexuales). La educación católica es el blanco de la crítica de “La edad feliz”, donde un niño padece el miedo a los demonios, y un concepto del pecado que contradice lo que ve cada día. “Hacerse hombre” cuestiona la obligatoriedad del servicio militar, y la violencia empleada contra la guerrilla (en este caso la guatemalteca, aunque el resto de las referencias evocan Paraguay). Y, en “El beso al leproso”, el narrador nos cuenta la historia de Luisito, a quien ha matado para evitarle el sufrimiento de ser “el tonto del pueblo”.

⁴En “El negrito Pilar”, un esclavo de Gaspar Rodríguez de Francia narra su historia en primera persona. Desde el comienzo, sus palabras van creando una atmósfera en la que la vida y la muerte se funden como aspectos de una misma realidad. Pilar comienza a relatar: “de chico, me dijeron que nunca iba a morir” (9). Pero, de aquello, “deben de hacer cien años (ya no corre el tiempo)” (9). Así, la Asunción de Francia se transforma en una especie de Comala en la que los ajusticiados, como el capitán Caballero, “no le dejaban [a Francia] más en paz en su Casa de Gobierno” (9). No por eso el dictador decide cambiar el clima de temor que provoca. La propia vida de Pilar es un ejemplo de ello: “se podía escuchar el temblor de nuestras rodillas cuando el ruido de botas y cascos hizo saber que el supremo Dictador llegaba” (9). Pronto el protagonista comprende los beneficios de estar cerca de Francia: “el favor del Dictador me había vuelto más zafado [...] los que querían hablarle, se llegaban primero a mí [...] me dejaban robar las gentes del Mercado” (11). Seducido por esas ventajas, Pilar, como otros lacayos hicieron en dictaduras más recientes, asiste impasible a torturas y ajusticiamientos, y se convierte en un espía, hasta que la máquina de las delaciones se pone en marcha contra él, y Pilar cae en desgracia. A partir de ese momento, sabemos lo que estábamos intuyendo desde el comienzo del relato: Pilar está muerto y “si vivo, vivo gracias a ellas [a las gentes del Mercado], que todavía me recuerdan” (14). El cuento se transforma así en el testimonio de una memoria colectiva que hace que los ajusticiados no se olviden; y denuncia la traición que durante buena parte de la historia paraguaya ha servido como medio para conseguir privilegios. En “Juliana”, un narrador omnisciente en tercera persona nos hace penetrar en los pensamientos de Juliana Insfrán de Martínez. El cuento sitúa a la protagonista en la cárcel, esperando su ejecución. Y ahí encontramos la primera crítica: el carcelero dice tener doce años “pero Juliana tendía a considerarlo de nueve o diez” (15). En cualquier caso, “lo había separado tempranamente [de su familia] para darle una bayoneta sin fusil y un morrión de cuero” (15). De ese modo, el carcelero aparece como un representante de todos los niños que fueron alistados por López. Las penurias de la guerra no escapan a la crítica: el juicio se desarrolla con “la solemnidad de las Siete Partidas” (17) aunque el escribiente haya de usar “letra (continúa...)”

dictaduras, desmitificando la historia oficial, a través de las figuras de quienes no alcanzaron la categoría de héroes; “Hoy” recoge once narraciones de tema contemporáneo, en las que descubrimos que el presente paraguay, al igual que su pasado, está marcado por la violencia y la represión¹. Como reconoce el propio autor en la nota preliminar, ambas partes se basan

⁴(...continuacion)

chica porque el papel faltaba” (17), y lleve “la casaca del uniforme sobre un torso esquelético y sin camisa” (17); aunque la condenada esté atada con “correas de cuero, porque el hierro se había ido todo en armas” (17). Para acusar a Martínez, López contaba con que Juliana le ayudaría, pero ella se negó, y allí comenzó “la rutina de la cuestión: los estiramientos en el cepo, los martillazos en los dedos, la violación” (19). Al final, la condena y el fusilamiento. Con un juego temporal de relato circular, con un lenguaje sencillo de un narrador que penetra en la mente de la protagonista y juzga abiertamente los hechos, “Juliana” supone una nueva acusación contra la injusticia, contra la cobardía de López, contra la inconsciencia de los que “sin pensar demasiado” lo siguieron. Una voz femenina narra la europeización de la sociedad asunceña en “El peluquero”. El relato, que se basa (como la propia narradora señala) en el testimonio de Masterman, sirve para retratar la crueldad de Madame Lynch: Jules Henry, el peluquero homosexual de Elisa Lynch, de ser “como hermanos, le dijo una vez ella [...] que se sentía sola en un país como éste, medio salvaje” (53), acabó convertido en una víctima de los caprichos, la crueldad y las delaciones de Mme. Lynch. El peluquero es apresado: “Henry salió enseguida porque pagó una coima bien fuerte [...] inmediatamente fueron a contarle que el pobre había dicho: Voy a Luque para colocarle la peluca a una mujer calva” (55). La narradora se entera de que a Henry “lo han envenenado” (56). Aunque todo apunta que tras el envenenamiento está la venganza de Mme. Lynch, la crítica del relato va más allá: la versión de su muerte, al desmentir que Henry se ha ido a Francia, sirve como reflexión sobre la manipulación de la verdad: “cuentos del gobierno, ¿no te acordás que no querían que se dijera que nadie estaba preso?. Con los extranjeros decían siempre que volvió a su país; con los paraguayos que estaban en el frente. Nadie está preso. Nadie estaba mal” (56). “Braulio” es un cuento de apenas dos páginas, en las que el narrador-protagonista, que va a Asunción para vender un uniforme de oficial, retrata la situación del país. Las mujeres, condenadas a la soledad, le piden noticias de sus “muertos conocidos aunque los saben muertos” (57). Las palabras de Braulio manifiestan la angustia de un testigo resignado a la muerte; y retratan una guerra absurda en la que “nuestro mismo Mariscal Presidente [...] nos fusila más que el enemigo” (58). En “Facundo Machaín”, un narrador en tercera persona reconstruye la historia del personaje, que se encuentra en la cárcel de Asunción (minuciosamente descrita en la página 60, y cuyo plano se reproduce en la página 61). Una vez más, el pasado de la época de Francia, el presente del relato (1877) y el del lector parecen aunarse. Y los muertos visitan a los vivos para recordarles las injusticias cometidas en el país: al comienzo del cuento, “Facundo Machaín se despertó sobresaltado por la visita del hombre sin cara” (59). Ese hombre es Juan José Machaín, casado en 1805 con la mujer a la que pretendió el doctor Francia, quien “había perdido su carrera sacerdotal en Córdoba por el vicio de Sodoma” (59). Francia, ofendido por la negativa del padre de la joven a consentir la boda, decidió luego vengarse del Obispo, que “había apoyado discretamente” (59) esa acusación, y mandó matar al marido de la muchacha, cuyo fantasma viene a simbolizar el “infortunio de la persecución repetida” (60). La época de Francia revive en el protagonista del cuento cuando José Dolores Molas propone a Facundo Machaín una fuga, consciente de que “pensaban matarlo” (62). Recuerda entonces el protagonista su exilio y su juventud, su vuelta a Asunción tras la Guerra Grande, su defensa de Molas (acusado de matar al presidente Gill) a pesar de la advertencia de que “el que defienda a Molas será apuñaleado” (64). La noche de la fuga, Machaín opta por quedarse en su celda “con la certeza del fracaso” (66). Y allí encuentra la muerte a manos del “asesino conocido como Marcos Farol” (67), comprendiendo: “optaba por su propia muerte, entre las muchas que la dictadura le ofreció” (68). Guido Rodríguez Alcalá no evita que su narrador tome partido en ese intento de mostrar al lector historias distintas que parecen repetidas, que son el resultado de esa “ideología autoritaria” que ha mostrado en sus ensayos y que, según el punto de vista del autor, explican la historia del país.

¹En “Curuzú cadete”, un testimonio oral nos informa de la muerte del cadete Benítez, cuyo espíritu se aparece para ayudar a fugarse al capitán Ortigoza. De ese modo, el autor consigue denunciar la violencia como método del poder, y la falsedad de las versiones oficiales de los hechos. La misma idea subyace en “Condena”, relato en el que Benito es detenido, interrogado y duramente torturado por unos policías brutales e incultos. “Las guerrilleras” denuncia la delación y la represión mediante el relato de la crueldad con que se reprime a un grupo de guerrilleras. También la delación forma parte de “Investigación” (donde una pareja es arrestada y torturada tras la acusación de un delator), y de “Los vecinos” (donde el delator es miembro de la familia de los detenidos y torturados). En “La pareja Gómez”, un oficial trata de desmentir la versión de la prensa sobre un accidente de coche provocado por los hijos del general Cantero, a raíz de la cual comienza una represión policial. “Fragmentos de las memorias de una sindicalista” reúne los hechos de 1947 (cuando la narradora es detenida por defender a unas obreras despedidas), 1968 (cuando vuelve a ser condenada a prisión) y 1982 (cuando sale de la cárcel, y es detenida de nuevo por sus declaraciones sobre la libertad). El poder de las influencias se pone de manifiesto en “Juanchi”, mediante el discurso oral en el que se narra el ascenso de un joven, que queda truncado (continúa...)

en hechos reales: “hay poco o nada de original en los argumentos, que han sido tomados de libros de historia, reportajes y otros cuentos” (5).

Su ensayo *Testimonio de la represión política en Paraguay 1975-1989*, incide en el mismo tema que los cuentos de “Hoy”: estudia el sistema judicial de la última etapa de la dictadura, a través de siete casos en los que se hacen patentes las manipulaciones que dan apariencia de legalidad a los métodos represivos. Ese mismo año, apareció su novela *El rector* (Premio El Lector 1991), donde los personajes están más cerca del pícaro que del ideal de hombre de estado. La corrupción, la delación, el despotismo, la especulación, la utilización del poder para fines personales, y la opresión del régimen se manifiestan así en todos los ámbitos de la vida, y en todos los estamentos de la sociedad. *El rector* hace una sátira de las instituciones de la etapa stronista, por medio de unos personajes estereotipados que apenas esconden personas reales. Así, no es difícil descubrir a Stroessner en “Storrel”, a su hijo en “Gustavo Storrel”, a Rodríguez (el consuegro de Stroessner, y artífice del golpe de estado de 1989) en el “coronel Martínez”, a Domingo Laíno (líder de la oposición liberal) en el “doctor Domínguez”, al coronel Ramón Duarte Vera (jefe de policía destituido por Stroessner en 1966) en “Duarte”, y a Roa Bastos en el “maestro Rodas”:

Había viajado al extranjero y sobrevivido como compositor de música de películas. Era la primera vez que el nombre de un compatriota se veía asociado a filmes de gran éxito en Panamá, Puerto Rico y El Paso; el hecho llenaba de orgullo a muchos, si bien la música no era de la mejor. Por eso se consideró de mal gusto que un periodista recordara el poema compuesto por el anciano maestro a favor de Storrel (contraprestación de un estipendio gubernamental); el maestro, según la especie popular [...] había salido del país como exiliado. El número de exiliados creció terriblemente con la caída de Storrel; también creció el de los perseguidos *por la tiranía*, o el de los que se declaraban tales, hasta el punto de que el mismo don Ramón Duarte, ex jefe de la policía de Storrel, declaró a periodistas extranjeros que había sido víctima de la arbitrariedad de Storrel (189).

También en 1990, participó en el volumen colectivo *Humor después del golpe*, y publicó su ensayo *En torno al Ariel de Rodó*, donde denuncia el tradicionalismo de esta obra del escritor uruguayo, cuyo influjo “fue tan profundo que dio origen a un movimiento de ideas americanistas que se conoce con el nombre de arielismo”¹. En los tres años siguientes,

¹(...continuación)

cuando aparece alguien con más influencias que él. En “Casamiento de conveniencia”, se critica la educación de las mujeres, su falta de libertad, y su poco coraje para rebelarse ante las convenciones sociales. Pero también los personajes masculinos adoptan posturas acomodaticias, como el protagonista de “Peter”, que opta por seguir con su mujer en lugar de dejarse llevar por el amor por su amante. Los partidos tradicionales son cuestionados en “Fiesta azul”, donde unos policías, que esperaban la celebración de una fiesta liberal para detener a los opositores de Stroessner, acaban participando en dicha fiesta.

¹José Miguel Oviedo, *Breve historia del ensayo hispanoamericano*, Madrid, Alianza, 1990, p. 54. Todo el capítulo segundo de este libro se dedica al estudio de *Ariel*. Para intentar comprender el influjo de esta obra, reproducimos algunas de las afirmaciones de Roberto Fernández Retamar (*Para una teoría de la literatura hispanoamericana*, Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1995, p. 216): *Ariel* es una “interpretación del espíritu hispanoamericano que tendría vasta repercusión en su América”. La visión positiva que este crítico tiene del *Ariel* se refleja, por ejemplo, en la siguiente frase: “bajo este nuevo signo [la modernidad] se escribe el *Ariel* de Rodó, con su impugnación espiritualista de los nuevos conquistadores, y su énfasis poético en los valores latinos de nuestra cultura” (219).

publicó tres libros: *Residentas, destinadas y traidoras*¹, donde recopila de diez testimonios de mujeres que padecieron los abusos cometidos por el mariscal López durante la Guerra Grande; la antología *Narrativa paraguaya (1980-1990)*, escrita en colaboración con María Elena Villagra; y el conjunto de relatos *Cuentos*, que se acerca a la concepción de *El rector* en su intento de denunciar la dictadura de Stroessner partiendo de hechos de la vida cotidiana², y creando una atmósfera violenta en la que conviven personajes anónimos, seres

¹Dos de los testimonios de este libro sirvieron de base para sendos relatos publicados en *Curuzú Cadete*. El de la destinada Dorotea Duprat de Lasarre se desarrolla en “Las destinadas”, que narra el momento en que, por la orden de López de febrero de 1868, dos francesas se ven obligadas a salir de Asunción. Con una estructura lineal, la voz conductora del relato es la del oficial encargado de la vigilancia, uno de esos hombres que han asumido su suerte sin luchar: “estamos para obedecer sin protestar” (21). De camino a Piribebuy, el narrador observa el movimiento de las gentes a su alrededor, y comprende que los miembros del ejército de López “van haciendo sus cosas lentamente, con ánimo de dejarse agarrar [...] tratan de ir quedando rezagados, disimuladamente, esperando que en cualquier momento los agarren” (23). El desencanto los ha invadido a todos: “oigo que un recluta dice [...] que ya perdimos la guerra. En otros tiempos iba a denunciarle, como es mi deber, pero ahora ya no tengo tiempo” (24). El pueblo tiene hambre “pero si se convida a uno tenemos que convidar a todos y entonces pasamos hambre todos” (25), los hospitales no funcionan (“de los hospitales casi siempre se sale muerto”, 26), los soldados “hace meses que no cobramos” (29), y el único modo de conseguir que la guerra continúe es provocar el terror: “lo importante es que tenga miedo [...] los mitái le tienen mucho miedo al caraí [López]” (26). Mientras, las mujeres siguen luchando por sobrevivir, aunque “en Lomas Valentinas [...] muchas se volvieron locas con los cambá que les tiraban bomba sobre bomba y el cabo que les hacía recoger los pedazos para usar como metralla” (27). Una muere intentando cruzar un río: “todas nos vamos a morir, dicen [...] para qué la guerra, para qué las hacen dejar sus chacras y las acarrear como ganado para las cordilleras para morir de hambre allá” (31). En el camino, el panorama es cada vez más desolador: “desde la boca de la picada hasta la villa, son puras gentes y animales muertos. Incluso criaturas [...] nadie quiere que maten a nuestro Mariscal. Pero [...] la guerra dura ya demasiado [...] y así ya no se puede pelear” (32). Cuando llega al final de su trayecto, el sargento se entera de que sus custodiadas “son esposas de dos franceses fusilados en San Fernando [...] destinadas a Yhu [...]. Dios sabe lo que les espera por allá” (34-35). El relato concluye con un final abierto, dejándonos la sensación de penuria, de tristeza y de derrota. Y, sobre todo, de lo absurdo de esa guerra que los dos bandos prolongaron inútilmente. El testimonio de Héctor F. Decoud (*La masacre de Concepción*, Buenos Aires, Ayacucho, 1955) se ficcionaliza en “Toro pichai”, donde asistimos a la confesión de un hombre que mató a su primo Manuel Carísimo, condenado por Gregorio Benítez, a quien se describe de la siguiente manera: “no sabía leer, pero que recibió sus despachos por su maldad: cuando los otros se cansaban de azotarlos, él continuaba, con furia, y por eso lo llamaron toro pichai, malo como el animal ese” (38). Sólo más tarde sabemos el motivo de la confesión: él actuó como verdugo de Insaurralde: “lo hacía por miedo [...] pero ahora [...] tengo que decirle que me dio vergüenza ponerle grillos por mandato del asesino ese [Benítez]” (37); “le coloqué los hierros [...] porque el tirano nos volvía malos, y a usted le había ordenado violar el secreto de la confesión” (41). Verdugos y víctimas se convierten así en iguales: “nos envenena la guerra, padre y, me perdona el irrespeto pero a ustedes también” (42), “todos fuimos, por inacción, verdugos” (43). Después, el narrador se detiene en los casos de otros ajusticiados, fundamentalmente mujeres, con un tono cada vez más angustiado. Y termina relatando cómo mató a su propio primo: “es cierto que maté por miedo [...] que nos hacía respirar Francisco López, Nerón de una República de putas y cobardes” (46). Esta frase resume el contenido del relato. La guerra mitificada por los revisionistas se convierte así en el resultado de la cobardía de todo un pueblo que no supo derrocar a un tirano que lo enviaba a la muerte. La crueldad de algunos hombres se transforma, de ese modo, en el resultado de la influencia nefasta de ese Nerón del que los dictadores posteriores se declararon herederos.

²El único relato histórico de *Cuentos* es “El marqués de Guarani”, donde se recrea la figura de un personaje que trata de advertir al rey de España sobre la Independencia paraguaya. Por su hábil construcción, la personalidad del protagonista (que se adjudicó el falso título de “Marqués de Guarani” para conseguir audiencia con Fernando VII, y “estuvo a un paso de conseguir la audiencia [...] pese a lo ridículo del título”, 31) se cubre de ambigüedad, y ha de ser el lector quien decida si está ante la historia de un súbdito leal o ante la de un pícaro dispuesto a aprovecharse de las circunstancias. De ese modo, el autor consigue acercarnos a un concepto de la historia en el que la verdad se relativiza, se hace subjetiva; y el cuento se convierte en una recreación histórica de la Independencia Paraguaya, en una acumulación de datos sobre Francia, y en una descripción de los intereses de España y Portugal con respecto a las colonias americanas: como se cita en el relato, “estando el Rey Don Fernando prisionero de Bonaparte, su ilustre Hermana reclamó para sí los derechos sobre las posesiones españolas en América” (33). Mientras el juez decide dilatar el proceso contra Fort, con la esperanza de esclarecer la verdad, asistimos al clima de incertidumbre, a la escasa comunicación entre España y sus colonias: “se difunde la noticia de un combate en territorio Americano: Ayacucho. Las informaciones son contradictorias” (continúa...)

cuyas vidas no se transforman sustancialmente con la llegada de la democracia.

En 1994, uno de sus amigos editó *Temas del autoritarismo*, el ensayo que el autor presentó en la Universidad de Maryland para acercarse a la historia del revisionismo histórico paraguayo. Durante los dos años siguientes, Guido Rodríguez Alcalá recopiló algunos de sus mejores artículos en el volumen *Borges y otros ensayos*, donde se perfila la interinfluencia de literatura, sociedad y política; recibió el Premio Oscar Trinidad por la democratización de los canales de la cultura; y publicó en Uruguay su antología *Cuentos de la Guerra del Paraguay*, que incluye los relatos que aparecieron en “Ayer” (*Curuzú Cadete*), a excepción de “Facundo Machaín”.

Junto a José Vicente Peiró, preparó y prologó la antología *Narradoras paraguayas*, un trabajo que incluye fragmentos de las obras de veinticinco escritoras del siglo XX. Ha terminado la novela *Velasco*¹, en la que el último gobernador de la colonia actúa como narrador. Con un lenguaje actual no exento de arcaísmos, analiza la vida en Paraguay entre 1810 y 1812: la etapa de transición entre la colonia y la dictadura de Francia, momento en el que llega al país la Ilustración.

José Vicente Peiró ha destacado en su tesis que la producción de Guido Rodríguez Alcalá manifiesta una clara vocación de

combatir el didactismo y el apologismo histórico, como hace Alejo Carpentier; la necesidad de

²(...continuacion)

(36). Y contradictorio es también el final del relato: “El Rey ha otorgado una pensión a Fort”, y el juez ha sido “separado de su cargo sin motivo válido” (36). La figura de Francia como “Padre de la Patria” y defensor de la autonomía paraguaya queda en entredicho: si el lector opta por considerar que Fort es un pícaro que ha conseguido medrar a causa de sus embustes, habrá de ver a Francia desde la misma óptica. Mientras, el honrado juez, convertido en “un hidalgo con hambre”, se pregunta “qué hubiera sucedido si él, siguiendo los dictados de su corazón, hubiera llevado la noticia al Rey” (38), y concluye: “el destino de España no podía quedar ligado a la indecisión de un hombre [...] no podía considerar la posibilidad de que Dios, al definir Su Plan, lo hubiera rebajado con la inclusión del albedrío de un hombre” (38).

El resto de los cuentos de este libro son de tema político. “Gloria” denuncia las dificultades económicas y sociales de las personas vinculadas a la cultura, y el enriquecimiento de aquéllos que, olvidando la dignidad, se acercan al dictador. Con ese fin, contrapone la historia de Josefina, una maestra encarcelada por la acusación de proteger a un campesino perseguido, y de Gloria, una de sus alumnas, que se convierte en amante de Stroessner. Mientras Josefina, que hubo de sobrevivir con un salario mísero, acaba cortándose las venas en prisión, Gloria consigue ganar mucho dinero ejerciendo la prostitución con importantes políticos paraguayos. Similar es el mensaje de “El rubio”, donde se critica la sumisión al poder y los beneficios que la misma aporta para quienes la asumen. En este caso, tal sumisión es protagonizada por Diógenes González, un individuo de baja extracción social que entra en contacto con los militares de alto rango, y termina haciendo de músico en las fiestas de Stroessner, siguiendo el modelo de don Antonio, otro músico tras el que no es difícil reconocer alusiones a Roa Bastos. “Buenos Aires” narra la fascinación de una joven por esa ciudad. Su amor por un guerrillero que se ha refugiado en Argentina hace que Tania tome una lancha para huir de Paraguay. “La deuda” es un cuento en el que, gracias a la reproducción del discurso oral de un hombre acusado de asesinato, se narra el desencanto por la política de la transición. El personaje llega a decir: “si ésta es la democracia, yo me quedo con Stroessner, y eso que soy liberal” (25). “Quebracho” reclama una reforma agraria a través de la confesión del protagonista ante el inspector de policía, tras la invasión de una estancia por parte de unos indígenas. En “La vida eterna”, el coronel Glenn Miller, operado tras un derrame cerebral, acude con el narrador a la conferencia de un médico de Harvard. Que el relato se acerque al cuento fantástico (especialmente por su final) no es óbice para que aparezca la denuncia: de la ciencia ejercida como medio de beneficio personal, de un castellano cada vez más invadido por los anglicismos, y de la prepotencia de los anglosajones en el trato con los latinoamericanos.

¹La época de Velasco interesó desde siempre al autor. En “El marqués de Guarani” (*Cuentos* 37), ya planteaba: “cuando estalló la rebelión en el año diez [...] el Paraguay [...] obligó a su legítimo gobernador, Don Bernardo de Velasco, a resignar su cargo [...] los leales [...] consiguieron conservar [...] su influencia en el Gobierno. Motor de la feliz combinación fue don José Gaspar Rodríguez de Francia, nombrado gobernador por los rebeldes pero apoyado secretamente por los Españoles [...]. Éste consiguió mantener a la Provincia Paraguaya apartada de las rebeliones del Plata y, si bien se atribuyó el falso título de Gobernador, esa falsedad ocultaba una firme lealtad”.

explicar el presente, lo que ocurre también en *Temporada de ángeles* de Lisandro Otero y *La guerra del fin del mundo* de Vargas Llosa, y la rebelión contra la historia patrioterista recibida como enseñanza por los intelectuales hispanoamericanos, como ocurre en *Noticias del Imperio* de Fernando del Paso, o en *El general en su laberinto* de Gabriel García Márquez. [...] La búsqueda de las raíces personales y colectivas, de lo que los individuos del pasado conservan en los actuales, puede convertirse en una nueva forma de compromiso personal, alejada de los presupuestos sartrianos. Así, Guido Rodríguez Alcalá [...] Con *Caballero* y *Caballero rey* se convierte en uno de los novelistas históricos más esperanzadores del panorama de la narrativa paraguaya actual.

Lo cierto es que tanto sus ensayos y como su obra literaria muestran la preocupación de este autor por la realidad paraguaya¹, centrándose en la historia y la situación actual del país, y en los vínculos entre el pasado y el presente. Así, sus tres volúmenes de cuentos denuncian los abusos de poder, con un lenguaje que refleja el habla del pueblo paraguayo², adecuando el registro al *status* de los personajes, a la época que se narra³ y al tipo de escrito al que se hace referencia⁴. Además, usa la anacronía y el sobreentendido para conseguir que los conceptos actuales sirvan para juzgar el pasado⁵, tanto como los hechos pasados sirven

¹Por eso, no es de extrañar que muchos de los protagonistas de sus relatos sean mujeres, representantes de un grupo que ha sufrido la misma crueldad que sus compañeros, pero que, además, ha tenido que soportar la discriminación social.

²Usa la narración en segunda persona, puntos suspensivos para dejar las frases inconclusas o para insinuar las palabras no reproducidas de un interlocutor (“... Sí, eso le voy a contestar!”, en “¡Viva Juan Pablo II”, *Cuentos decentes* 53), oraciones encadenadas mediante polisíndeton (“y él venía por la vereda de enfrente y cuando lo vieron comenzaron a hacer chistes y yo me hice la que no veía nada y cuando él se acercó” en “Del diario de una adolescente”, *Cuentos decentes* 37), onomatopeyas (“Abuelita hace sss como si tiene dentera sss como la cebolla que se fríe”, en “La edad feliz”, *Cuentos decentes* 81), voseo (“vos tenés”, 49; “lo que decís”, 49; “a vos no te iba a respetar”, 49; “no tenés derecho”, 50; todas en *Curuzú Cadete*), formación de los imperativos típica de Paraguay (“mirá que costaba”, 49; “reíte no más”, 50; ambas en *Curuzú Cadete*), expresiones en guaraní (“erú ñandeve la cuña mi”, *Curuzú Cadete* 50), construcciones típicas (“¡pobre angá!”, 49; “no es por eso que me trataba bien”, 50; el vocativo “mi hija”, 50; “demasiado bueno” por “muy bueno”, 50; todas en *Curuzú Cadete*) y algunas incorrecciones propias de la lengua oral paraguaya (como los anacolutos, la preposición “en” con complementos de dirección, “de mi” con valor de posesivo...). Por otra parte, varios cuentos reproducen confesiones de los protagonistas ante la autoridad, mostrando así su modo de hablar y sus sentimientos más íntimos.

³“El marqués de Guarani” (*Cuentos*), que se centra en la época de Fernando VII, inserta algunos arcaísmos, como “asaz rústico” (32), “otrora” (35) y “empero” (35).

⁴Por ejemplo, en “El marqués de Guarani” (*Cuentos*), consigue reproducir con certeza el del ámbito judicial: “El acusado dice llamarse José Agustín Fort, catalán de origen, residente en América por varios años, llegado a Reino después de una breve estadía en la Corte de Lisboa, donde sirvió a la Señora Reina de Portugal [...] cuya gracia le permitió acercarse posteriormente a la Corte de Su hermano, nuestro Rey [...] de quien es fiel vasallo [...] Solicita el reo se le ponga en libertad inmediata” (32).

⁵En “La traidora” (*Cuentos decentes*), cae en la anacronía cuando la narradora, que vive en el tiempo de López, dice: “usted me considera estropeada por Caballero Aquino” (Caballero Aquino es un historiador paraguayo contemporáneo del autor, que también ha atacado el revisionismo). En “El marqués de Guarani” (*Cuentos*) se nos habla de “el allanamiento practicado para arrestarlo”, usando un concepto jurídico actual para hablar de un hecho de principios del siglo XIX. Además, la España ese momento es juzgada con criterios del siglo XX: “aquella Corte impuesta como una valla entre el Rey legítimo y su Pueblo [...] La misma Inquisición, otrora brazo de la Fe, multiplica rigores contra los arrieros que juran y las gitanas que echan suertes” (35).

para denunciar la situación actual¹. De ese modo, el análisis de la historia se convierte en una forma de desentrañar el presente, y de sentar unas bases distintas para el futuro. Esperamos poder demostrarlo al estudiar sus dos novelas históricas².



¹Conociendo el resto de la obra de este escritor, no es difícil comprender que, cuando habla de la “policía secreta, mal necesario en tiempos de fiebre republicana” (“El marqués de Guarani”, *Cuentos* 31), está usando una ironía que trasciende la crítica a la España de Fernando VII, y se extiende a toda la historia de su país, desde la colonia hasta el tronismo. Y lo mismo puede decirse cuando denuncia “la mala voluntad de las autoridades cuyo deber sería colaborar con el juez de la causa y, sin embargo, parecen sólo dispuestos a forzarle dicte una sentencia injusta” (“El marqués de Guarani”, *Cuentos* 34).

²Como ya hemos citado, existe una excelente tesis sobre *Caballero*: Claude Castro, *Histoire et fiction dans la littérature paraguayenne actuelle: “Caballero” de Guido Rodríguez Alcalá*, Université Toulouse-Le Mirail, enero de 1997; publicada como *Historia y ficción: “Caballero” de Guido Rodríguez Alcalá*, Asunción, Don Bosco, 1997.

II. Caballero

No se ha obedecido a López impunemente, y la sombra de aquel hombre siniestro [...] oscurece la conciencia de los viejos y tal vez ha impregnado la sangre de los niños.

Rafael Barrett, *El dolor paraguayo*.

1. Intención y recepción

El narrador de la primera novela de Guido Rodríguez Alcalá es Bernardino Caballero¹, “héroe” de la Guerra Grande y “Reconstructor de la Patria”, según la visión difundida por la biografía *El Centauro de Ybycuí*, en la que Juan E. O’Leary explicaba:

Conocimos al general Caballero en el destierro, en diciembre de 1904. Eran días amargos para él [...]. Después de 30 años, la traición, humillada por su espada, había levantado la cabeza, para tomar el poder con el auxilio manifiesto del vencedor. Era como una vuelta al nefasto 1870².

El Caballero de la novela reúne pocas de las virtudes del mito, ya que, para el autor, “Caballero es un tipo de caudillo personal no muy distinto de otros que vivieron en los tiempos de Stroessner” (entrevista en Asunción, junio de 1998). Al igual que *Yo el Supremo* (Augusto Roa Bastos), *Caballero* se basa en la desmitificación del personaje histórico. Así, la obra de ficción se convierte en una revisión del revisionismo³, que transparenta una concepción de la historia característica de la nueva novela histórica hispanoamericana:

Se producen casos [...] de figuras protagonistas de ilustre abolengo o de importancia social destacada que a veces el autor “desmonta o desenmascara” en el transcurso de la narración; son bajadas del pedestal en que las había puesto la historia y la tradición. Con ello se subraya nuevamente que la historia no es definitiva. (Spang, “Apuntes” 103).

Desde su denominación, *Caballero* enlaza con la tradición de novelas históricas que mencionan en el título el nombre de su protagonista, como *Vida y hazañas de Alejandro* (Pseudo Calístenes), *La jeunesse d’Alexandre* (R. Peyfitte), *Alejandro* (G. Haefs), *Memorias de Adriano* (Marguerite Yourcenar), *El joven César* (Rex Warner), *Yo, Claudio* (Robert Graves), *Yo, Zenobia, reina de Palmira* (B. Simiot), *Azaña* (Carlos Rojas), *El divino Augusto* (Ph. Vandersen), *Tiberio* (Allan Massie), *Pericles* (Rex Warner), *Yo Aníbal* (Juan Eslava), *Espartaco. La rebelión de los gladiadores* (A. Koestler) y *Yo Trajano* (Jesús Pardo).

Según Carlos García Gual, en la novela histórica, “es frecuente [...] que sea el

¹El mismo personaje protagoniza su segunda novela (*Caballero rey*), en la que se narra la vida de Caballero después de la contienda: su regreso a Paraguay desde Río de Janeiro (1872), sus cargos de ministro, su presidencia (1880-1886), y su papel de fundador de la Alianza Nacional Republicana (el llamado Partido Colorado, que después sustentó a Stroessner).

²Juan E. O’Leary, *El Centauro de Ybycuí: vida heroica del general Bernardino Caballero en la Guerra del Paraguay*, París, Ed. Le Livre Livre, 1929, 21. Todas las citas de esta obra se toman de esta edición. En adelante, se mencionará exclusivamente el número de página.

³El propio Caballero contribuyó al desarrollo de esos mitos revisionistas y, siendo ministro del gabinete formado por Rafael Franco, “propôs recriar no Paraguai uma versao nacional-socialista dos nibelungos: uma mitologia em que o marechal López seria Sigfried e Franco, Hitler” (Guido Rodríguez Alcalá, “Fascismo” 7).

protagonista quien nos cuente su vida, desde la última vuelta del camino” (*Antigüedad* 268). Como Cristóbal Colón en *El arpa y la sombra* (Alejo Carpentier), el protagonista de *Caballero* es el narrador de un relato bajo el cual descubrimos las debilidades, los errores, las ambiciones que caracterizan más a los hombres que a los héroes míticos. Gracias a la elección del personaje, y al punto de vista de la narración, *Caballero* se sitúa en la órbita de esa nueva narrativa histórica en la que, según Barchino,

La novela se convierte en una forma de escribir la historia que compite con la historiografía tradicional. Esta apropiación de la historia por los novelistas se muestra especialmente fructífera con las biografías de personajes peculiares y controvertidos, en muchas ocasiones convertidos en verdaderos mitos para la sociedad americana¹.

La desmitificación elaborada por Guido Rodríguez Alcalá va mucho más allá de una crítica a Bernardino Caballero. Durante la lectura de las dos novelas que protagoniza este personaje, comprendemos que el pasado es el origen del presente paraguayo, que esa crítica se extiende a toda la historia de un país que, en su etapa independiente, sólo ha disfrutado de un régimen democrático durante algo más de medio siglo. Como el propio autor señalaba durante una de las entrevistas que mantuvimos en junio de 1998, “mis novelas toman el pasado como pretexto para investigar en el presente”.

En *Caballero*, se recrea el ascenso militar de Bernardino Caballero durante la Gran Guerra. Esto permite a su autor analizar, desde una perspectiva alejada de la historia oficial, el evento bélico que ha sido el punto de partida del revisionismo rioplatense. Para entender la importancia de la guerra de la Triple Alianza, hay que considerar que la contienda, al enfrentar a países jóvenes que tenían problemas de límites entre sí, constituye un hecho de vital importancia en la formación de sus conciencias de identidad nacional.

O presidente Bartolomé Mitre (presidente franco de um Estado apenas projetado) teve que enfrentar oposições internas e potenciais inimigos externos em fronteiras cujo traçado nao era definitivo [...]. As divergências ideológicas com a ditadura paraguaia, os problemas de fronteira, as ambições de reconstrução do Vice-Reinado do Prata etc. formaram um contexto suficiente para deslatchar um conflito bélico. A história das relações paraguaio-brasileiras (problemas de fronteira, livre navegação do rio Paraguai até o Mato Grosso etc) forneciam motivo suficiente para a entrada do Brasil no conflito².

Como en el caso argentino, la guerra fue determinante para la formación de la conciencia nacional brasileña. Murillo y Carvalho lo explican de la siguiente manera:

Foi o factor mais importante na construção da identidade brasileira no século passado. Superou até mesmo as proclamações da Independência e da República [...]. A ideia e o sentimento de Brasil, até a metade do século, eram limitados a pequena parcela da população [...]. Em contraste, a guerra pôs em risco a vida de milhares de combatentes, produziu um inimigo concreto e mobilizou sentimentos poderosos [...]. Pela primeira vez, brasileiros de todos os quadrantes do país se encontravam, se

¹Matías Barchino, “La novela biográfica como reconstrucción histórica y como construcción mítica: el caso de Eva Duarte en *La pasión según Eva*, de Abel Pose”, en José Romera Castillo et alii, *La novela histórica a finales del siglo XX*, Madrid, Visor, 1996, p. 149.

²Leo Pomer, “A chave dos cofres britânicos”, *Folha do Sao Paulo*, 9 de noviembre de 1997, Suplemento *Mais!*, p. 7.

conheciem, lutavam pela mesma causa [...]. A imprensa contribouí também para construir a imagem do inimigo, factor crucial para a construção da propria identidade [...] a guerra era pela patria, pela justiça e pelo sistema constitucional e representativo de governo. (“Brasileiros” 5).

A pesar de la derrota, algo similar ocurrió en Paraguay: Claude Castro compara esa guerra con un mito fundador moderno en el que Paraguay, destruido por defender su independencia, renace de sus cenizas gracias a gobernantes como Bernardino Caballero:

La Guerra Grande se convierte en símbolo de la afirmación de la identidad colectiva, en acontecimiento “totalizador” de la historia nacional. Es la prueba intangible de que el Paraguay constituye, desde la independencia y por la “eternidad”, una entidad autónoma indestructible [...]. Si la guerra del Paraguay, que arruinó el país, se emprendió en nombre de la independencia nacional, fue Caballero [...] el Reconstructor según la historia oficial. (*Historia* 14).

La imagen de la Guerra Grande como mito fundador¹ es también expuesta por los propios paraguayos. Por ejemplo, en la novela de Rivarola Matto *La isla sin mar* (137), uno de los personajes apunta:

Cualquier cosa buena o mala que se diga del Mariscal nos afecta profundamente. Como a los griegos la de Troya, la Guerra Grande nos ha marcado para siempre. Allí nuestro ser muestra su imagen, su arquetipo. Entonces se plantea la pregunta de si nuestra Epopeya fue el sublime holocausto de un pueblo en defensa de la patria, o la ciega adhesión a un déspota maniático que lo arrastró a una aventura demencial. Es como la religión ¿sabes? Mientras la aceptemos sin pensar... [...] Para los simples la cosa está resuelta: el mariscal es mito, un semidiós hecho a su imagen, que les ayuda a vivir... ¡Pensar, esa es la broma!... Sospecho que ningún paraguayo culto tiene definitiva y racionalmente resuelta la cuestión.

Al obligar al lector a pensar, al criticar una época fundamental para la historia del país, Guido Rodríguez Alcalá se inserta en la órbita de los narradores que “suelen buscar momentos históricos de crisis, especialmente atractivos por su dramatismo, bien porque en los conflictos del pasado se espejen los del presente, bien porque el marco histórico alcance una especial intensidad emotiva” (García Gual, *Antigüedad* 11-12). Así, *Caballero* se alza contra una historia nacionalista y manipulada que, como sostiene otro de los personajes de la recién citada novela de Juan Bautista Rivarola Matto (296-197), ha impedido al pueblo tomar conciencia de su realidad:

La peor de nuestras taras es el chauvinismo, que sólo puede sustentarse en la irracionalidad [...] nos llenaron la cabeza de cuentos, como el mito de la Provincia Gigante de las Indias, el de una Edad de Oro anterior a la Guerra Grande, el del heroísmo descomunal y hasta el mito de la superioridad racial que nos encajó Manuel Domínguez [...]. Nos masturbamos con las cargas de Valois Rivarola, los mandobles de Bado, los cañonazos de Bruguez, los abordajes en canoa a los acorazados brasileños, el holocausto de los niños en Acosta Ñu [...]. Hubiera sido grandioso si de todo esto hubiera salido una Iliada de Homero o unas Troyanas de Eurípides; pero en cambio ¿qué tenemos? La hojarasca de una literatura patrioterica disfrazada de historia [...]. Para peor, esa hueca oratoria ha arraigado profundamente en el alma de un pueblo orgulloso, privándolo de tomar conciencia de su tremenda

¹Creemos oportuno recordar que Homi K. Bhabha (*Nation and Narration*) sostenía: “Nations, like narratives, lose their origins in the myths of time and only fully realize their horizon in the mind’s eye. [...] it is from those traditions of political thought and literary languages that the nation emerges as a powerful historical idea in the west” (tomado de Seydel, “Ser” 154).

realidad nacional.

Desde esa perspectiva, se puede afirmar que *Caballero* es una novela con la finalidad política de analizar el pasado para comprender y criticar el presente. Tanto es así que Francisco Pérez-Maricevich llegó a sostener:

Caballero no es una novela histórica, es una novela política [...] contra el régimen de Stroessner y el Partido Colorado [...]. A quien se está caricaturizando no es a Caballero, es a Stroessner. Por eso es una novela política, aunque la excusa sea histórica. (Entrevista mantenida en su oficina de Asunción, el 5 de junio de 1998).

El recurso de usar el relato de hechos pasados para criticar una situación presente ha sido muy utilizado en todas las literaturas que han sufrido la censura. Sánchez Reboledo, refiriéndose a la literatura española durante el franquismo, señala: “una de las veladuras más utilizadas es la que se viste de ropajes históricos”, y cita a Ricardo Domenech (*El teatro de Buero Vallejo*) para explicar: “esta distancia histórica es un modo de decir lo que pasa cuando lo que pasa no se puede decir”¹.

La finalidad de *Caballero* coincide con la de *El general en su laberinto*, donde Gabriel García Márquez “a través de Bolívar, nos da una metáfora de la historia americana dirigida al presente”². Del mismo modo que el escritor colombiano fue acusado de parcialidad cuando se publicó esta obra³, Guido Rodríguez Alcalá recibió las más diversas acusaciones a partir de la edición de *Caballero*: su desmitificación de la Guerra Grande y de la figura de su protagonista no pasó desapercibida para los defensores del stronismo, quienes entendieron que la novela, al criticar las “verdades revisionistas”, podía constituir un ataque al régimen. Esto hizo que el director del diario *Patria*⁴, usara el periódico para defender al Partido Colorado (al que la publicación era afín), y para condenar la novela de Guido Rodríguez Alcalá:

[Es] una agresión inconcebible adjudicar a nuestro país la culpa de la Guerra de la Triple Alianza [...] proclamar la inocencia del imperialismo inglés en su desencadenamiento [...] llamar “Chabón” al mariscal López, los “Tres chiflados” a Francia y los López e ignorante al General Caballero [...] va mucho más allá de la simple y desesperada ansia de notoriedad por el escándalo y se articula

¹José Sánchez Reboledo, *Palabras tachadas (retórica contra la censura)*, Alicante, Gil-Albert, 1988, p. 514.

²José Carlos Rovira, *Entre dos culturas (voces de identidad hispanoamericana)*, Alicante, Universidad de Alicante, 1995, p. 193.

³Como recuerda en el mismo lugar José Carlos Rovira (191), el artículo de Arciniegas, “La última novela de García Márquez enfrenta a colombianos y venezolanos”, sostenía: “no es una novela [...]. Es un libro de tesis histórica apasionado y falso [...]. García Márquez ha querido hacer un libro que le sirva a Fidel Castro, amigo de gobiernos totalitarios como el que quería Bolívar”; y Miguel García Posada (“El general en su laberinto”) afirmaba: “García Márquez se ha acercado al libertador con un evidente propósito político [...]. Bolívar es, pues, el soporte humano de un discurso ideológico preciso, que ve en el general liberal un antecedente de [...] Ernesto Guevara o incluso [...] de Fidel Castro [...]. Admitidos estos supuestos, las discusiones sobre el rigor histórico del escritor carecen de sentido”.

⁴No resulta casual que el mismo diario publicara dos de sus editoriales de 1986 con el título de “Ofensiva cultural”. En el primero (31 de octubre de 1996), se hablaba de un “farfullante texto de ‘crítica histórica’ que lleva la firma de un investigador (sic) que lleva el mismo apellido que el Centauro” (en referencia a *La Segunda República Paraguaya*, de Caballero Aquino) donde “se nos muestra a éste como un soldado torpe y sin luces [...] esta ofensiva cultural [...] está pasando de la provocación puramente intelectual a la etapa de provocación política”.

dentro de un programa de sembrar la semilla del descreimiento [...] y arrebatarse [...] los cimientos mismos de la nacionalidad para defender un anarquismo demencial mediante la destrucción de la historia, lo que favorece el sometimiento del pueblo a cualquier servidumbre¹.

El mismo autor lo acusó, “con cierta generosidad”, de “vargasvilismo”², de “socavar las bases tradicionales de la vida política paraguaya y promover la destrucción de los partidos políticos tradicionales, es decir, dar un borrón a cien años de historia, maestra de la vida”³. Pyta llamó a su autor “roedor de los mármoles de la Patria” (la misma acusación se había vertido contra Casaccia), y le achacó una “petulancia increíble [...] procuran tirar la memoria de nuestros próceres y héroes a la inmundicia [...] hablan de democracia y no se sabe de qué democracia hablan, porque lo más lógico es que estén parafraseando a la democracia popular del totalitarismo comunista”⁴. Y Jaguareté dijo de él: “es apenas un gozque de esos que desahogan su cuaru’i al pie de las estatuas y después salen disparando”⁵.

Caballero no tardó en ser publicada en Argentina, Brasil y Uruguay, donde los críticos alabaron su calidad literaria. Así, Roberto Delgado señala su amenidad y su alejamiento de la crónica erudita⁶; y Rodolfo M. Fattoruso destaca su “destreza narrativa” y su ironía, para concluir: “Guido Rodríguez Alcalá va camino de convertirse en la voz más autorizada de la literatura contemporánea de su país”⁷. Además, la crítica de esos países supo ver la importancia del ejercicio desmitificador emprendido por la novela, y encontrar las vinculaciones del texto con la picaresca y las obras de caballerías.

Por la crítica en la prensa nacional, comprendemos la importancia de *Caballero* en la desmitificación de la historia oficial. La crítica extranjera nos aporta una valoración de la misma como “novela”, con sus técnicas narrativas particulares. Desde esa unión de realidad y literatura, hemos de abordar el estudio de las obras de Guido Rodríguez Alcalá.

¹Mario Halley Mora, “Defender nuestras fronteras internas”, *Patria*, 7 de agosto de 1987.

²Mario Halley Mora, “Vargasvilismo histórico”, *Patria*, 4 de agosto de 1987, p. 11. En referencia al colombiano José María Vargas Vila, de cuyas obras dice que eran escandalosas, que deformaban la realidad, y dañaban a la juventud.

³Guido Rodríguez Alcalá, a quien no se nombra sino como “un intelectual paraguayo que llamó a nuestros tres mandatarios más importantes del siglo pasado ‘los tres chiflados’”, sería culpable, según el artículo, de destruir las figuras de Caballero y López.

⁴Poncho Pyta, “Vargasvilistas”, *Patria*, 21 de agosto de 1987, p. 40.

⁵Jaguareté, “Caballero de a pie (IV)”, *Patria*, 9 de agosto de 1987.

⁶Roberto Delgado, “Guerra del Paraguay”, *La Gaceta*, 31 de enero de 1988.

⁷Rodolfo M. Fattoruso, “Imaginación y poder”, *Búsqueda*, 29 de junio de 1995, p. 50.

2. La utilización de las fuentes

El cronista de *Caballero* fecha el prólogo el primero de marzo de 1912, en plena era liberal. La figura del cronista, que sirve para dar veracidad al relato, está vinculada a la del compilador de *Yo el Supremo* (Roa Bastos) y a la del amanuense de *La isla sin mal* (Rivarola Matto). El dato temporal nos es útil para ubicarnos en un momento muy concreto de la historia paraguaya: como hemos mencionado, en aquellos años, los problemas entre las dos tendencias del partido gobernante posibilitaron el nacimiento del nacionalismo y del revisionismo. Esta situación explica las opiniones del cronista sobre su época (“la ignorancia generalizada en estos últimos tiempos”¹, 7), y la necesidad que siente de reivindicar las figuras de López y Caballero. De este modo, el cronista se sitúa en la órbita de los autores revisionistas que tratan la figura de Caballero (“personas más calificadas que yo han emprendido la tarea de biografiar al Centauro”, 8). En el propio prólogo, cita al “distinguido publicista paraguayo don Juan Emiliano O’Leary” (8), autor de la obra que mitificó la figura de Caballero, y que sirve de base a esta novela: *El Centauro de Ybycuí*. En ella, O’Leary afirmaba:

Alentados por su bondad infinita [de Caballero] y en presencia del caudal de anotaciones tomadas en nuestras plácidas evocatorias, le propusimos una vez redactarle sus memorias, bajo su dictado y dirección [...] era demasiado tarde [...] desde entonces nos propusimos ordenar nuestros apuntes, para rendir póstumo homenaje al que nos honró con su amistad (26).

La misma finalidad parece mover a O’Leary (autor real de las memorias que actúan como fuente) y al cronista de nuestra novela (quien sostiene: “si esperamos el Homero que cante las glorias del general Caballero, éste se morirá antes de haber relatado sus memorias”, 7). Por tanto, la crítica implícita que, como veremos, se hace del cronista de *Caballero* sirve también como crítica general del revisionismo al que éste representa. Además, la unión entre la fuente y la novela, entre O’Leary y el supuesto narrador de la obra de ficción, se consolida cuando vamos descubriendo que el cronista anónimo es Raúl Amarilla², nombre tras el que apenas se oculta la figura de Raúl Amaral³: al igual que Amaral, Amarilla es argentino y discípulo de O’Leary (aunque Amaral naciera en 1918, y la conversación entre Amarilla y Caballero se desarrolle en 1912).

Como su propio autor manifestó, *Caballero* “está basado en *El Centauro de Ybycuí*,

¹Caballero murió el 23 de febrero de 1912. Aunque, debido al cambio de partido en el poder, su influencia había disminuido a partir de 1904, hubo una gran manifestación de duelo. Sobre este punto, puede consultarse la noticia de José Rodríguez Alcalá en *El Tiempo*, que fue reproducida en *Patria*, el 26 de febrero de 1992.

²En las páginas 50-51, Caballero dice: “Y de paso, usted debería conocer a O’Leary, Raúl, porque usted necesita dirección y él puede convertirse en su maestro”. Así sabemos el nombre propio del cronista, y su vinculación con O’Leary. Pero sólo 36 páginas antes del final (155) aparece su apellido: Amarilla.

³Raúl Amaral (Buenos Aires, 1918): en 1983, la Corte Suprema de Justicia le concedió la nacionalidad paraguaya en reconocimiento a su labor. Este discípulo de O’Leary fue Jefe de Seminario en la Universidad Nacional y Catedrático en la Católica. Entre 1955 y 1988, dirigió la Biblioteca Nacional y fue Director interino de Archivos, Museos y Bibliotecas. En 1985, recibió el Premio Nacional de Literatura La República. Escribió *El león y la estrella* (1953, 1973 y 1986), *El modernismo poético en Paraguay* (1982), *La sien sobre Areguá* (1983), *Escritos paraguayos* (1985), *Breviario Aregüeño de Gabriel Casaccia* (1993), *Los presidentes del Paraguay. Crónica política (1844-1954)* (1994) y *Antecedentes del nacionalismo paraguayo* (1995).

de Juan E. O'Leary, y constituye -si se quiere- una reelaboración del mismo"¹. Dicha relación, además, parece tener presente que también los textos de la historia son reelaboraciones de otros previos:

El hecho innegable que la historiografía siempre es una escritura nueva sobre textos anteriores [...] en lugar de acentuar [...] el hiato entre ficción e historicidad, acentúa esta relación textual, se concibe [...] ya de antemano como una re-escritura de textos preexistentes [...] llegando así a una superposición de varios textos que crean un espacio de diálogo intertextual en el que la Historia con mayúscula se descompone. (Rössner, "Utopía" 70).

El libro de O'Leary se publicó en 1929, esto es, diecisiete años después de que el cronista de *Caballero* "redactara" ese prólogo en el que señala que la biografía de O'Leary "todavía no ha sido publicada" (8). Esto no imposibilita que *Caballero* cite textualmente fragmentos de *El Centauro de Ybycuí* a través de las palabras del personaje: "publicado o no, el asunto es que resulta cierto; así mismo es como dice O'Leary" (39). Este tipo de anacronías, presentes en otras obras de la nueva novela hispanoamericana (por poner sólo un ejemplo, las usa Gabriel García Márquez en *El general en su laberinto*, cuando critica a Estados Unidos), conducen al lector hacia una lectura distanciada de la historia.

Además, el procedimiento de seguir a un revisionista consagrado para presentar a *Caballero* aporta verosimilitud, y sirve para ofrecernos una imagen de *Caballero* opuesta a la elaborada *El Centauro de Ybycuí*. Es decir, para "revisar el revisionismo" con ironía: "ahora ya se puede hablar sin problema; uno puede decir que fue *lopizta*. Ahora que los mozos jóvenes se dedican al culto de los héroes y a la historia de la patria -ese *revisionismo histórico* que le dicen" (190). Esa ironía en el tratamiento de la historia oficial vincula a Guido Rodríguez Alcalá con la "nueva novela histórica":

Frente al respeto de los escritores de antaño por los relatos de los historiadores antiguos los novelistas actuales han descubierto un escepticismo que resulta muy productivo para su reinterpretación de los personajes históricos [...]. La veracidad de los historiadores queda en entredicho, como una personal interpretación de unos hechos y unas actitudes. (García Gual, "Novelas" 60).

Aunque *El Centauro de Ybycuí* sea la fuente principal de *Caballero*, no es la única. Como señala Claude Castro,

Detrás de una aparente unicidad, muchas voces se superponen y contradicen dentro de un mismo discurso [...]. Una versión de los hechos muy diferente de la versión oficial surge de la tensión de esas voces múltiples. Así, *Caballero* no es una simple parodia de *El Centauro de Ybycuí*. El objetivo de Guido Rodríguez Alcalá es mucho más ambicioso porque se propone, mediante la ficción, no sólo demostrar la perversidad del discurso revisionista, sino también re-escribir la historia desde su punto de vista. (*Historia* 96).

Para reescribir la historia, se recurre a otras publicaciones de la época, afines a la tesis de *Caballero*, como los periódicos *El Semanario* (del que llegan a aparecer artículos dentro de la novela) y *Cabichui*; y las propias cartas de López, procedentes de *Proclamas y cartas del Mariscal*. Para contrarrestar el peso de estas fuentes, y dar una visión más

¹Guido Rodríguez Alcalá, "Caballero, criatura de ficción", *La Tarde*, 6 de diciembre de 1986.

imparcial de los hechos, el autor cita, a través de su personaje, a los detractores de López: entre ellos, a agentes norteamericanos como Charles Wasburn (*The History of Paraguay*) y Jorge Thompson (*La guerra del Paraguay*), y a liberales argentinos como Mitre y Sarmiento. El propio Caballero alude a la obra de Jorge Federico Masterman (*Siete años de aventuras en el Paraguay*), y al libro de Juan Crisóstomo Centurión¹, quien, además de vivir el conflicto, realizó un estudio documental para escribir *Memorias o reminiscencias históricas sobre la guerra del Paraguay*. Además, el protagonista no duda en incluir los testimonios de sus enemigos si considera que le son favorables, como sucede cuando cita al hispano-uruguayo León de Palleja (*Diario de la campaña de las fuerzas aliadas contra el Paraguay*).

Todas estas obras forman un entramado que se funde en el discurso, dando lugar a un relato global lleno de intertextualidades que, en algunos casos, llegan a parodiarse. Pero, al margen de estos libros explícitos, Guido Rodríguez Alcalá mencionó, en una entrevista que mantuvimos en Asunción el uno de junio de 1998, otras fuentes utilizadas, como la correspondencia del representante francés en Paraguay al comienzo de la guerra; los libros *Sobre los escombros de la guerra. Una década de vida nacional (1869-1880)* (Héctor Francisco Decoud), *Documentos históricos: El fusilamiento del Obispo Palacios y los tribunales de Sangre de San Fernando* (Juan Silvano Godoi) y *Diplomático en el estridor de la guerra* (editado por Arthur H. Davis y Martin T. McMahan, 1985); las memorias de Silvestre Aveiro (*Memorias militares*), Fidel Maíz (*Etapas de mi vida*) e Isidoro Resquín (*Datos históricos de la guerra del Paraguay con la Triple Alianza*); la compilación de testimonios de víctimas de López publicada como *Papeles de López o el tirano pintador por sí mismo y sus publicaciones*; y los testimonios de mujeres que vivieron la guerra, que el propio autor recogió en *Residentas, destinadas y traidoras*.

Además, el autor declaró que, en *Caballero*, “se intercalan otros textos, los cuales, yendo en bastardillas, tienen la finalidad de decir cosas que el protagonista -narrando en primera persona- no podría decir” (“Caballero”). Claude Castro ha demostrado que las citas en cursivas² se insertan a la perfección en el texto de *Caballero*, contribuyendo a suscitar la impresión de verosimilitud, y la sospecha en el lector de que la historia es manipulable. Pero no todas las cursivas de *Caballero* son citas de otros textos. Es una de las licencias que el autor se concede, y que nos ayudan a recordar que estamos ante una novela.

Al margen de las obras concretas en la que se basa *Caballero*, conviene subrayar las coincidencias entre nuestra novela y la picaresca³, género que cobró importancia en la

¹Juan Crisóstomo Centurión fue uno de los oficiales del ejército de López. Llegó a alcanzar el grado de coronel. Se dice que, en 1867, trató de defender a uno de los oficiales acusados de desertión, y López lo castigó. Nunca más mostró una actitud similar: fue un implacable fiscal de sangre. Vivió en Cuba después de la guerra.

²Guido Rodríguez Alcalá ha usado, en otras obras de ficción, la tipografía para diferenciar discursos. Por ejemplo, en “La traidora” (*Cuentos decentes*) la cursiva distingue las palabras de la narradora de aquellas que reproducen otros discursos inventados (como el de la abuela residenta, 85; y el de una pariente, 86) o reales (el del obispo Palacios, 89; y el de Thompson, 90).

³El gusto de este autor por la picaresca se hace evidente también en “El marqués de Guarani” (*Cuentos*), donde nos presenta una España de “hidalgos arruinados que mendigan su pan en las calles” (35) y “charlatanes llegados a Palacio con la pretensión de ver al Rey. En la España desangrada por la invasión napoleónica y la insurrección liberal, sobran visionarios. Éste ha visto al mismísimo Santiago Apóstol; aquél quiere un ejército para terminar con Bolívar. Locos o logreros, suelen pedir alguna gracia por sus servicios imaginados” (31). Tal vez la referencia al apóstol esté (continúa...)

narrativa hispanoamericana desde sus comienzos¹, que se fundió intencionadamente con la crónica en *El Carnero*²; y que sirvió de base a Reynaldo Arenas para mitificar a Fray Servando (protagonista de *El mundo alucinante*, 1969), a través de una caracterización picaresca. Al reseñar *Caballero*, Carlos Cogoy aludía a sus “aspectos históricos, mesclando arbitrariedades, lances patéticos e o curioso depoimento do oficial que participou da guerra sem sofrer ferimentos ou arranhões”, y hablaba de una novela picaresca de guerra³. Fernando Py la calificó de “ficção picaresca, um tanto à moda do *Lazarillo de Tormes*, e que pinta a Guerra do Paraguai como uma ópera-bufa italiana, que o desvario do elenco transformou em tragédia grega”⁴. También Rodolfo M. Fattoruso (“Imaginación”) y Roberto Delgado (“Guerra”) destacaron su conexión con la picaresca española. Además, éste último la vinculó con las obras de caballerías.

Cuando abrimos tanto *Caballero* como *Caballero rey*, lo primero que encontramos es la dedicatoria “Al Lazarillo de Tormes, respetuosamente”. El héroe de *Caballero* (“espejo de los caballeros paraguayos” lo llama el cronista, 7, como si de un nuevo Quijote se tratara) es, en realidad, un antihéroe que tiene muchas de las características del pícaro tradicional. Como Lázaro, Caballero se dispone a contar su historia para exponer “la verdad” por medio de una serie de capítulos con títulos de resonancia caballerescas. Como *El Guzmán de Alfarache*, *Caballero* se divide en tres partes. Y, al igual que todas las novelas picarescas, *Caballero* es una obra autobiográfica, a pesar de que un cronista abra el prólogo prometiéndonos una biografía. Pero las coincidencias con la picaresca van más allá de los aspectos formales y estructurales. *Caballero* comparte con la picaresca tradicional el tono ligero y humorístico, la ubicación en un tiempo y un espacio concretos, la estructura formada por episodios ensartados, el personaje “haciéndose”, el “servicio a un amo” (en este caso, el mariscal López), el ascenso social (aquí, militar) por medio de la astucia y el oportunismo, la presentación realista de la época... La picaresca española es, al cabo, la oposición irónica y desmitificadora del esquema de los libros de caballerías, de las gestas heroicas. Del mismo modo, *Caballero* no es sólo la otra cara de *El Centauro de Ybycuí*: es una reacción “realista” a la idealización revisionista.

3. Las voces del relato

³(...continuación)

relacionada con la polémica que sobre él se gestó en el siglo XVIII, y con las afirmaciones de la época sobre la verdad, que no es conveniente que el pueblo conozca en su totalidad. Si así fuera, esto aludiría al concepto de la posibilidad de manipular la historia.

¹Una de las primeras manifestaciones narrativas del continente fue *La endiablada*, un breve relato peruano del siglo XVII, de autor desconocido, cuyo argumento es picaresco (el texto se halla recogido en R. Chang Rodríguez, *Prosa hispanoamericana virreinal*). Este cuento se suele explicar por el éxito que en Hispanoamérica tuvieron las obras picarescas de Torres de Villarroel, y la burla de predicadores del Padre Isla. Ya en el siglo XIX, es fundamental la aportación a la picaresca del mexicano José Joaquín Fernández de Lizardi (1776-1823), con obras como *El Periquillo Sarmiento* (1816), *Don Catrín de la Fachenda* (1819), *La Quijotita y su prima* (1819).

²Recordamos que el autor de *El Carnero* (1636), el colombiano Juan Rodríguez Freile, afirmaba narrar una crónica pero, en realidad, recogía relatos apicarados.

³Carlos Cogoy, “A guerra picaresca”, Suplemento *Pelotas* del *Diário do Manha*, 24 de junio de 1995, p. 2.

⁴Fernando Py, “Leitura”, *Diário de Petrópolis*, 24 de septiembre de 1995.

Aunque el cronista firmante del prólogo dice haber escrito una biografía de Caballero (“me atreví a escribir esta biografía del héroe”, 7), lo cierto es que tal “biografía” no existe: en todo momento, escuchamos directamente la voz del protagonista. En ese sentido, podemos afirmar que el cronista nos miente, y que lo hace a la inversa que verdadero biógrafo de Caballero: el cronista afirma escribir una obra cuando, en realidad, nos presenta el discurso del personaje; O’Leary elaboró una auténtica hagiografía de Caballero, aunque había prometido transmitirnos su testimonio sin apenas retocar: “para hablar de un hombre sincero [...] había que despojarse de todo disimulo o fingimiento [...]. Hemos trasladado nuestras notas al papel, casi sin retocar” (*El Centauro de Ybycuí*, 31).

Así, *Caballero*, que debería ser una biografía, es un simulacro de memoria autobiográfica que utiliza la polifonía: el narrador del texto que leemos no es el cronista, sino el propio personaje, que relata su historia en una serie de entrevistas, citando palabras de otros autores que han tratado el tema de la Triple Alianza. De ese modo, nuestra novela, como otras de la nueva narrativa hispanoamericana, reanima

la propia historia mediante la re-escritura, el repensamiento de la Historia con mayúscula, fracturada en una imagen poliacética de voces, contravoces, de afirmaciones e ironías [...]. América Latina definitivamente [...] recupera su propia historia a través de la literatura actual. (Rössner, “Utopía” 77).

Caballero se une a las novelas que, en las dos últimas décadas, han usado la forma autobiográfica como medio para que sus protagonistas reflexionaran sobre los hechos de los que fueron testigos¹. Pero, en contra de lo que suele ocurrir en este género, el personaje de *Caballero* no trata de justificar su pasado ni de mostrar arrepentimiento, sino que parece limitarse a narrar la Guerra Grande. Y esto es así porque, en la versión de la historia que los revisionistas han difundido, Bernardino Caballero es un héroe militar y un excelente político, que no tiene nada por lo que justificarse ni de lo que arrepentirse.

Sabedor de que el cronista está de su lado, Caballero no duda en subrayar la complicidad mediante expresiones del tipo de “como usted sabe” (14). El personaje cuenta los hechos de modo que le favorezcan, y será esa confianza la que acabe delatando lo endeble de su discurso. Así, Guido Rodríguez Alcalá aprovecha la ventaja que, según García Gual (“Novelas” 58), ofrece el relato en primera persona: “darnos una visión de los hechos y del personaje mismo que se distancia de la de los historiadores [...] una réplica a la versión de los hechos y de los personajes aceptada y transmitida por la historiografía oficial”.

Al alejarse de la biografía heroica que habían practicado O’Leary y Natalicio González en Paraguay, y Manuel Gálvez en Argentina (*Escenas de la guerra del Paraguay*, 1928), *Caballero* se convierte en “una suerte de novela de tesis que entrecruza [...] el relato de dictadores y la ficción histórica” (Rocca, “Límites” 9), y se une a la tendencia de algunas de las principales novelas del continente:

“The novel of dictator” whose granddaddy is Valle Inclán’s *Tirano Banderas*, the daddy Miguel Ángel Asturias’ *El Señor Presidente*, and the lively, contemporary offspring Alejo Carpentier’s *Reason of State*, Augusto Roa Bastos’ *I the supreme* and Gabriel García Márquez’ *The Autumn of*

¹ Así sucede, por ejemplo, en la obra de Juan José Saer *El entenado* (1983), o en la trilogía de José María Merino (*El oro de los sueños*, 1986; *La tierra del tiempo perdido*, 1987; y *Las lágrimas del sol*, 1989).

*the Patriarch*¹.

Como hemos dicho, el cronista se limita a transcribir las palabras del personaje narrador. Su falta de elaboración y de pericia se manifiestan en el hecho de que incluso copie las órdenes que Caballero le da sobre su hipotético trabajo. Hemos seleccionado algunos de los numerosos ejemplos: “aquí solamente tiene que anotar que yo fui el continuador del Mariscal López” (23); “le voy a decir en confianza (no para que escriba)” (23); “lo anote como quede mejor” (119); “algo que debe agregar es” (124); “no lo ponga, Raúl, que el hombre ya está muerto” (165); “no sé si debe ponerlo aquí, o en la segunda parte de mi historia” (189).

Es evidente, por tanto, que el cronista no redacta el texto. Las escasas ocasiones en las que interviene en el relato, se limita a preguntar o a apuntar un término al narrador². Pero ni entonces oímos su voz, sino que la adivinamos por medio de las alusiones de Caballero (“¿La conversación? Se la cuento si quiere”, 27; “Eso nos dio una dignidad, una... ¿cómo decirlo?... ¡Gracias joven!, una identidad nacional”, 118), y a través de los cambios de tema del discurso (“y entonces el Mariscal se quedó muy solo y ya no había nadie para mediar... ¿La Madama Lynch³? No, esa sí que no”, 23).

Al margen de transcribir y de hacer algunas preguntas, parece que la única aportación del cronista consiste en dividir el discurso de Caballero en unos capítulos que ni se corresponden con sucesivas entrevistas ni marcan un cambio de tema (por ejemplo, el capítulo dos de la primera parte se titula “continuación del capítulo anterior”, al modo del capítulo XL de la primera parte de *El Quijote*: “donde se prosigue la historia del cautivo”). Castro (*Historia 73*) afirma que, mediante la división en capítulos encabezados por un título de estilo caballeresco, “el cronista trata de dar al texto una resonancia literaria. Sin embargo, este efecto queda inmediatamente interrumpido cuando aparece el discurso de Caballero, un discurso que contradice esta pretensión ‘literaria’ y se desarrolla según las reglas de la oralidad”. Aunque esta afirmación es atractiva y coherente, conviene decir que, a veces, incluso dudamos que la división en capítulos sea del cronista: si lo fuera, el personaje no podría referirse a los capítulos anteriores ni mencionar los títulos de los mismos. Sin embargo, así lo hace en varias ocasiones: en la página 142, Caballero alude al título del capítulo; y, en la 185, cita explícitamente el capítulo precedente (“hicieron todas las

¹Carlos Fuentes, “Latin America and the University of the Novel”, en Raymond Leslie Williams (ed.), *The Novel in the Americas*, University Press of Colorado, 1992, pp. 6-7.

²Es la misma técnica que el autor utiliza en algunos de sus cuentos. Al igual que en “La traidora” (*Cuentos decentes*), en “El peluquero”, la voz de la narradora nos permite reproducir las respuestas y las objeciones de su oyente: “¡ah! Pero vos tenés obsesión con Enrique, ¡qué va a ser de él!” (*Curuzú Cadete*, 49).

³Elisa Alicia Lynch (1837-1886) quedó huérfana de padre a los diez años. Cinco años después, se casó con Carlos Javier de Quatrefages, con quien abandonó Dublín en 1851, y se instaló en Argel. Todavía no había cumplido los dieciocho años cuando conoció al mariscal López en 1854, durante el viaje que éste hizo a Europa. Llegó a Paraguay, en 1855, llevando consigo a Juan Francisco, el primero de los ocho hijos que tuvieron juntos (Panchito, que peleó junto a su padre y murió en Cerro Corá; Corina Adelaida, que murió a los seis meses; Enrique Venancio Víctor; Federico Loel; Carlos; Leopoldo, muerto en Londres al poco tiempo de terminar la guerra; y Miguel Marcial, que murió en una epidemia de peste durante la contienda). Desde el primer momento, la familia de López se negó a aceptarla, y ella fue haciéndose un lugar en una sociedad que la rechazaba. Organizó un teatro de aficionados, y sesiones de linterna mágica; además, encargaba libros, trajes, vinos y perfumes a Europa. Casi al final de la guerra, entregó en depósito una caja cerrada y bastantes monedas de oro, al general Mac Mahon (ministro de Estados Unidos en Paraguay). Al morir López, regresó a Europa. Intentó recuperar sin éxito “sus posesiones” en Paraguay.

salvajadas del capítulo anterior”).

Así, la voz de Caballero y la del cronista se confunden. No sólo el segundo dice escribir una biografía que, como hemos visto, es sólo la transcripción literal de las palabras del personaje; sino que Caballero parece conocer el trabajo que todavía el cronista no ha realizado: dividir el discurso en capítulos, y darles título a los mismos. Esta identificación entre el cronista y Caballero, que se iniciaba en el prólogo, conecta con la ambigüedad de narradores que, en otras “nuevas novelas históricas hispanoamericanas”, se ha vinculado al problema de separar la verdad de la ficción. Por no salir de Paraguay, recordamos que, en *Yo el Supremo* (Roa Bastos), era el juego de narradores (el pasquín que abre la novela, las anotaciones privadas del dictador, la circular perpetua, las transcripciones del secretario) lo que generaba el problema de discernir la verdad.

Además, como la identificación entre el narrador y el cronista de *Caballero* imita la que se produce en los textos pretendidamente históricos de los revisionistas, el lector se cuestiona también la autenticidad de esos textos. El hecho de que Amarilla no reescriba la historia hace que nos encontremos con el discurso oral del personaje sin la elaboración literaria que hubiera correspondido al cronista. Así, en el juego creado por el autor, el libro que leemos (que Claude Castro ha calificado de “pre-texto”¹) adquiere más verosimilitud que la obra elaborada en la que el autor se basa, porque el cronista de la novela, al contrario que O’Leary, no filtra los hechos del protagonista.

La ficcionalización de personajes históricos se ajusta sobre todo a su valoración. Los personajes sublimes se mezclan con los populares y medios, para ajustar más aún la desmitificación del importante. La huida de cualquier planteamiento maniqueísta y el distanciamiento en el tratamiento de estos personajes, a quienes deja en exposición libre de pensamientos, evita la sensación de acientificismo del discurso histórico oficial que pretende combatir el autor. (Peiró, Tesis).

El discurso del protagonista, que llega sin filtrar al lector, no iba, en principio, destinado a un público amplio sino al cronista, un receptor al que Caballero sabía predispuesto a creer en su heroísmo. Eso evita que oculte informaciones que perjudican su imagen, y le permite autoensalzarse y criticar a otros, sin considerar el efecto negativo que tal actitud suele provocar en el lector. Como señala Castro (*Historia* 78), el personaje “se ve en la incapacidad de controlar sus efectos sobre un destinatario desconocido”. Sin el filtro idealizante del cronista, sin la “distancia épica”, el lector se encuentra ante un discurso que puede interpretar con una libertad que, como bien ha señalado la misma crítica, es sólo aparente, porque el autor usa distintos procedimientos para encaminar dicha “libertad”. Estos procedimientos, característicos de la “nueva novela histórica”, coinciden con los que emplea, por ejemplo, Napoleón Baccino en *Maluco, la novela de los descubridores* (Barcelona, Seix Barral, 1990). En ambas, hay intertextualidades, pasajes parodiados (en *Caballero*, la ya citada biografía de O’Leary; en *Maluco*, las *Coplas a la muerte de mi padre*, de Jorge Manrique), manifestaciones que ponen en duda la veracidad de los datos ofrecidos por otros autores, y un cronista (que, en *Maluco*, relata los hechos y se ve interrumpido por un bufón que maneja la historia, y acaba convirtiéndose en narrador-

¹Claude Castro (*Historia* 76) toma de Oswaldo Ducrot (*Le dire et le dit* 76) la definición de texto: “un discurso considerado como el objeto de una sola opción, y cuyo fin, por ejemplo, se encuentra ya previsto por el autor en el momento en que éste escribe las primeras líneas”. Desde esa perspectiva, el discurso de “Caballero”, por no estar elaborado, no es un “texto” literario sino el estadio anterior al mismo: el “pre-texto”.

protagonista, a la vez testigo y omnisciente).

Caballero comienza *in media res*, mediante la pregunta que, en principio, creemos del cronista: “¿Qué le dijo Benigno¹?” (11). Con un discurso relajado, el protagonista empieza a narrar mediante largas frases coordinadas, en las que podemos seguir su pensamiento.

El lenguaje de *Caballero* carece del brillo al que llegan Vargas Llosa en *La guerra del fin del mundo* (1981) o García Márquez en *El otoño del patriarca* (1975) y en *El general en su laberinto* (1989). Escasean las imágenes ricas y las descripciones jugosas, domina una prosa seca, un lenguaje salpicado con términos guaranícos y deliberadas incorrecciones sintácticas. (Pablo Rocca, “Límites” 9).

Y es que el lenguaje de *Caballero* viene determinado por su condición de discurso oral dirigido a alguien predispuesto a creer y respetar al héroe (“ya sé que usted entiende [...] pero por las dudas escriba que no soy brasilerista [sic], porque mis enemigos siempre me acusaron de eso²”, 188). Esa condición marca algunas de las características del habla del personaje, como la aparición de guaranismos³, coloquialismos⁴, frases hechas⁵ y refranes⁶. Pero no todo es producto de esa relajación confiada: el discurso delata también la falta de cultura de *Caballero* por su uso de vulgarismos⁷, errores preposicionales⁸, calcos sintácticos

¹El hermano menor del mariscal, Benigno López, estudió en la Academia Militar de Río de Janeiro. Durante el viaje a Europa, era el secretario de la Legación. Hombre inteligente y crítico, nunca estuvo de acuerdo con la guerra, de la que dijo que había estallado “por la voluntad de un hombre y no de la del pueblo”.

²Notemos la ironía: esta opinión de sus “enemigos” coincide ya con la del lector, que ha leído en el prólogo del cronista: “me llega la noticia del fallecimiento del general en Asunción, con los honores fúnebres que le rindió el ejército brasileño”, 8.

³Entre ellos, “guanté”, 16; “cambá”, 23; “yacariná”, 24 y 27; “tarumá”, 28; “naco”, 33; “po guazú”, 33; “vyro”, 121; “jei”, 149; y “vyreza”. Respecto a este último, Yaguareté (“*Caballero de a pie* (II), *Patria*, 25 de julio de 1987) dice: resulta “imposible que el general haya empleado el moderno yopará de ‘vyreza’, siendo que por entonces se hablaba un guaraní bastante puro”.

⁴Por ejemplo, “estaba bien pichado”, 45; “trancar la diarrea”, 48; “seguía hasta Asunción y allí se terminaba el cuento”, 59; y “se empecinaron”, 79.

⁵Sirven de ejemplo las siguientes: “buscarle tres pies al gato”, 37; “me quedaba con la boca abierta”, 65; “a tontas y a locas”, 66; “caían como moscas”, 70; “andaba en las nubes”, 86; “hacerlo de balde”, 97; “un hueso duro de roer”, 101; y “trabajando como negros”, 118.

⁶Hemos recogido algunos de ellos: “en boca cerrada no entran moscas”, 63; “el que va a villa pierde su silla”, 65; “cayó por su boca, como el pez”, 109; “del árbol caído todos hacen leña”, 150; “piensa mal y acertará” 151; y “ojos que no ven, corazón que no siente”, 153.

⁷He aquí algunos: “encorazados” por “acorazados” (13); “apersonarse” por “personarse”; “rejuntaron” por “reunieron” (168); y “disgrisión” por “disgresión” (112).

⁸La más repetida es “ir en” por “ir a”.

del guaraní¹, verbos mal conjugados y anacolutos²; confusiones fonéticas y conceptuales; desplazamientos acentuales y metátesis³; pleonasmos⁴ e hipérbatos⁵. Según nos manifestó Guido Rodríguez Alcalá en una entrevista: “no necesité inventar los errores lingüísticos: me bastó con copiarlos de los textos oficiales y de las cartas personales del mariscal López”. Copiado o inventado, lo cierto es que el lenguaje oral de Caballero se convierte en un instrumento más de la desmitificación del personaje y de la guerra que, narrada desde un nivel coloquial, pierde su carácter épico.

Cualquier relato que pretenda mostrar los hechos históricos como algo admirable tiene que usar un lenguaje solemne, y una exposición razonada de causas y efectos, de modo que el lector comprenda la importancia de esos hechos. Por tanto, si de lo que se trata es de cuestionar la historia oficial, y de desnudar los tópicos, el mejor camino puede ser relatar los acontecimientos con un lenguaje y una forma que, en lugar de aproximarse a los de la epopeya, se acerquen a los del cuento infantil. Ésta es una técnica que Guido Rodríguez Alcalá utiliza en varios momentos de su primera novela. Por ejemplo, en el segundo capítulo de la primera parte, los gobiernos de Gaspar Rodríguez de Francia y Carlos Antonio López quedan resumidos por medio de los tópicos que los revisionistas han ido acuñando, pero expresados con un tono muy distinto del usado en la historia oficial:

Teníamos muchas cosas: esa fundición de hierro de Ybycuí, donde se hacían nuestros cañones y otras armas; esos astilleros donde hacíamos nuestros barcos; fábricas de pólvora y otras cosas [...]. También teníamos el telégrafo y el ferrocarril, nuestra flota mercante; en eso les pasábamos a nuestros vecinos, porque de uno a uno podíamos ganarle al Brasil o a la Argentina. Y no le hablo de la paz porque ya sabe usted que mientras los otros vivían peleándose, nosotros tranquilos: en 50 años, habíamos tenido solamente dos presidentes (19).

Aunque las ideas coinciden con las que Juan E. O’Leary plasma en *El Centauro de Ybycuí*, el lenguaje les resta credibilidad. Para comprobarlo, basta comparar el fragmento anterior con el texto del principal revisionista paraguayo:

Nuestras minas de hierro y cobre daban metal a nuestras fundiciones y arsenales; nuestros astilleros botaban naves que iban aumentando nuestra ya poderosa y útil marina mercante; el ferrocarril⁶ se

¹Como “apenas le fusilamos todo”; “tampoco no quería”, 49; y “ver un poco el modo de salir”, 128.

²Entre ellos, “si querían [...] pasaba a la historia”, 37; “dea” como imperativo de “dar”, 49; “él dijo [...] que vaye”, 77; y “para que haiga”, 147.

³Del tipo de “La guerra esa de la... ¿sucesión?”, refiriéndose a la Guerra de Secesión; “gánemos” por “ganemos”; y “vedera” por vereda.

⁴He aquí algunos ejemplos: “esa su actitud sospechosa que despertaba las sospechas”, 11; “yo no soy un militar militarista” 22; “nos habíamos escapado del todo”, 161; “para volver a nuestro cuento, le cuento que” 118; “el camino más corto entre dos puntos es el más corto”, 120; y “un triunvirato de tres”, 137.

⁵Como “porque ya no se podía más, decían que.”; “De todos modos, parece que, mi actuación le gustó”, 84.

⁶Conviene señalar que la explotación de metales planteó graves problemas desde el principio, ya que se carecía de la energía necesaria para su transformación. Como señala Josefina Pla (*Británicos*), “el carbón vegetal no podía subvenir a la necesidad de la fundición [...] el carbón mineral era de importación costosa y a la vez, sólo el carbón mineral aseguraba la buena calidad del hierro” (56). Este problema, unido a la lejanía de las minas y a las continuas (continúa...)

internaba en el país [...]; el telégrafo aproximaba a los pueblos [...]; el comercio prosperaba; las industrias nacionales florecían; el Paraguay se bastaba a sí mismo (52).

También las causas de la guerra, tal como aparecen definidas en *Caballero*, nos recuerdan, por su simplicidad, a los cuentos infantiles. De ese modo, la mayor fuente de inspiración de los revisionistas, queda reducida a una “rabieta” del mariscal López:

La guerra de la Triple Alianza [...] comenzó como una guerra contra el Brasil no más. Porque el Brasil invadió el Uruguay y el Mariscal entonces le mandó una nota diciéndole que respete a los vecinos, pero el Emperador contestó de muy mala manera, y entonces nosotros les invadimos el Matto Grosso [...]. Pero los brasileros [sic] siguieron invadiendo no más el Uruguay, y entonces el Mariscal tuvo que invadirlos por Río Grande del Sur [...] cuando el mariscal le pidió permiso, Mitre¹ le dijo que no [...] porque era cómplice del Pedro II, ya andaban en tratativas [...]. Por eso fue que el mariscal le declaró la guerra también a la Argentina (15-17).

Compárese este modo de enfocar el asunto con la dignidad que le confiere Juan Bautista Rivarola Matto en su novela *Diagonal de sangre*:

El proceso que condujo a la guerra del Paraguay es una obra maestra de diplomacia diabólica, ejecutada pacientemente [...] a lo largo de una década, sin perder nunca de vista el objetivo: destruir al Paraguay. El gran error de López no fue tanto el haber precipitado la guerra como el haber creído que podía evitarla (115).

Por otra parte, resulta curioso que Concepción Leyes de Chaves, que siempre ensalza la actuación durante la guerra, presente una visión similar a la de Caballero:

Es innegable que López se dejó conducir por su genio [...]. La fe en sus principios [...] arrastraron a Francisco Solano a la guerra. No todo estuvo arreglado, medido, acordado. Alguna cosa se dejó al azar, al tiempo, a la mejor o peor fortuna, a los chispazos del genio. (*Madame Lynch* 312).

⁶(...continuacion)

averías, tuvo sus consecuencias: “nunca se pudo crear la indispensable reserva de hierro colado” (124). Aunque el arsenal fabricó numerosas armas (principalmente proyectiles y cañones), “la producción de armamento de guerra en el Arsenal no alcanzó [...] a cubrir las exigencias contempladas por el plan de defensa nacional” (Pla, *ibidem*, 132). Por otra parte, según los datos de Josefina Pla (*ibidem*, 128), tras un excelente comienzo de los astilleros, “entre los años 1860 y 1864 sólo un nuevo barco fue lanzado al agua”. Finalmente, las obras del ferrocarril, proyectadas desde 1856, no comenzaron hasta 1858. Trabajaron en ellas más de cinco mil hombres, y el primer tramo (de una legua) se inauguró en 1861, con el descarrilamiento de la locomotora. Según Josefina Pla (*ibidem*, 143), “a fines de 1864, Burrell y Valpy habían llegado a la conclusión de que el personal paraguayo no ponía en el uso del material del ferrocarril el necesario cuidado y diligencia; las averías se multiplicaban”.

¹Bartolomé Mitre (Buenos Aires, 1821-1906) se opuso a Rosas, y tuvo que huir a Uruguay, Bolivia, Perú y Chile. Después de luchar en Caseros a favor de Urquiza, se enemistó con él, y consiguió vencerlo. Fue Presidente de Argentina entre 1862 y 1868. Fundó el periódico *La Nación*, y escribió la novela *Soledad* y las obras *Historia de Belgrano* y *la Independencia Argentina e Historia de San Martín y la emancipación sudamericana*. A través de uno de sus personajes, Juan Bautista Rivarola Matto, en su novela *Diagonal de sangre* (116), nos lo presenta de la siguiente manera: “general entre los poetas y poeta entre los generales, autor de una dantesca traducción de Dante y de una biografía de Belgrano [...]. Mitre es personalmente un hombre honesto, que avala su integridad con la pobreza y suple con laboriosidad su monumental mediocridad mental. Seguramente creyó de buena fe que la guerra sería beneficiosa para Argentina”.

Tal como la relata Caballero, la decisión de comenzar la guerra parece descabellada al lector; más aún si se considera que él mismo añade: “la artillería, porque la de ellos era toda rayada, mientras la nuestra lisa (en algunos casos cañones de la colonia)” (13). Es evidente que, aunque Caballero no lo diga, Paraguay no está preparado para la guerra y, por tanto, hubiera sido preferible hacer caso a Benigno: “mucho mejor hacer la paz” (28).

Ni siquiera cuando el personaje califica una acción de brillante, como sucede en el caso de la batalla de Río Desbarrancado, logra escapar de la simplificación que evita que el lector comparta sus ideas:

El coronel Isidoro Resquín recibió unos sargentos recomendados cuando marchó a Matto Grosso [...] allá por diciembre/ 64 salimos de la Asunción [...] entre las brillantes acciones en las cuales me tocó participar, estaba esa del Río Desbarrancado [...] los brasileros [sic] que eran menos, echaron abajo el puente y se pusieron a hacernos gestos indecentes del otro lado [...] les matamos unos cuantos y yo capturé una bandera (39).

La identificación entre el cuento popular y el relato de las batallas puede llegar a ser total. En un título como “De la destrucción de nuestra flota en la batalla fluvial de Riachuelo (11-VI-65) y de mi participación en ella”, la ambigüedad sólo puede conducir a la ironía: Caballero no participa en la batalla, sino en la destrucción de la flota. Pero eso lo sabremos después. Al principio, el capítulo narra el plan de combate¹:

Se trataba no más de acercárseles sin hacer ruido para abordarles los barcos por sorpresa; una vez que los teníamos abordados (sin estropearlos, por supuesto) ya teníamos una flota de guerra; con la flota de guerra, el río (o los ríos) eran nuestros; si los ríos eran nuestros, la victoria era nuestra [...] lo llamó al capitán Meza y le dio el comando de la flota paraguaya, que tenía que salir de Humaitá por la noche y atacarlos por la madrugada (32).

Sin embargo, este plan que a nosotros nos recuerda el cuento de “La lechera”, y que (como todos) es para Caballero tan sencillo, acaba fracasando porque Meza “recién se presentó frente a la flota brasilera [sic] a las 9 de la mañana” (32). El argumento de Caballero coincide con el del narrador de Rivarola Matto en *Diagonal de sangre* (“Meza perdió tiempo en reparar las averías de uno de los barcos de la flotilla y atacó con varias horas de retraso”, 169); y ambos reproducen el esgrimido por O’Leary:

Resolvió, pues, llevarles un ataque de sorpresa, a la madrugada, con todos nuestros elementos navales [...]. Nuestra escuadra era inferior a la enemiga. Pero podíamos contar con la ventaja de la sorpresa y, sobre todo, con la bravura de nuestros marinos. La sorpresa y el abordaje nos prometían un triunfo seguro [...]. Meza cometió el error capital de detenerse a reparar la avería de uno de sus buques, y ya de día se presentó ante la escuadra brasilera [sic]. (*El Centauro de Ybycuí* 95).

Por tanto, la diferencia fundamental entre los revisionistas y Caballero no es tanto lo que se cuenta, sino cómo se cuenta. Y sólo hay una ocasión en la que el lenguaje del personaje adquiere la solemnidad necesaria para convertir una batalla en un hecho épico:

¹Sin esperar la llegada de las armas encargadas en París, López decidió hacer un ataque sorpresa a la escuadra brasileña que defendía la confluencia del Riachuelo con el Paraná (11 de junio de 1865). Tres de las diez embarcaciones paraguayas se averiaron. Mientras trataban de repararlas, amaneció. Sólo cuatro de las naves volvieron tras la derrota, y hubieron de dedicarse al transporte interno, dada la imposibilidad de renovar la armada.

Se portaron como valientes [...] venían avanzando [...] veíamos romperse sus filas, [...] eran los que caían en las *bocas de lobo*, esos pocitos con una estaca filosa con la punta para arriba que con la lluvia no se podían ver porque todo el campo quedó lleno de agua [...]. Pero seguían avanzando; venían con una disciplina digna de un paraguayo. Después llegaron sobre los *abatisses*, esos árboles llenos de puntas que les sacaron más de un ojo. Pero siguieron avanzando. Y así llegaron a la primera línea de trincheras, que se la dejamos tomar. Porque los necesitábamos más cerca, todavía más cerca; tanto que ya escuchábamos el murmullo de sorpresa cuando llegaron frente a nuestras trincheras [...] les habían dicho que estaban *descangalhadas* y habían marchado felices [...]. Pero cuando se nos llegan comienzan a desanimarse; [...] los oficiales les dicen que sigan adelante y entonces siguen no más esos pobres negros; siguen justito frente a la boca redonda que los está mirando de nuestros cañones viejos. Pero viejos y todo sirven para tirar metralla a quemarropa [...], como sirven también nuestros fusiles a chispa para fusilar de cerca [...]. Se portaron como valientes, marchando en buena formación y con la bayoneta calada [...]; todavía siguen avanzando después de nosotros largar nuestra primera descarga con nuestros cincuenta cañones que dejan de pie menos de la mitad; pero el resto continúa con ánimo, se tira al foso, pero allí se da cuenta de que les faltan puentes y fajinas y escaleras para escalar nuestras trincheras y mientras esperan con mucha paciencia que se las traigan de Curuzú los baleamos sin perder más que 60 de los nuestros. Ellos dejaron [...] más de 5.000 muertos¹, que nos sirvieron para vestir nuestros hombres que ya andaban desnudos², y fue por eso que los desvestimos (83).

Es uno de los escasos momentos en los que Caballero reconoce el valor de los brasileños; y el único en el que el relato de un ataque se hace con morosidad, con un lenguaje completamente alejado de la irreverencia habitual. Para ello, el narrador juega con los tiempos verbales, con las repeticiones semánticas, y con la intensificación que da carácter épico a la batalla. El uso de estas técnicas, intencionadamente ausentes en el resto de la novela, resalta que la manipulación del lenguaje se convierte en un medio para cuestionar la historia oficial, y para subrayar la condición literaria de *Caballero*.

El cronista que, llevado por su afán de ensalzar al “héroe”, ha cometido la torpeza de dar en el prólogo datos que no le benefician, se muestra “incapaz [...] de comprender el efecto perverso de un discurso [...] fuera del contexto” (Castro, *Historia* 90); y ni siquiera subsana las múltiples faltas de coherencia del relato de Caballero.

Una de las primeras características de la argumentación de Caballero es el sistema de ruptura utilizado [...] para disociar un efecto de su causa original. Esta disfuncionalidad [...], que parece estar ligada a las dificultades de expresión del personaje, [...] proviene esencialmente del hecho de que Caballero se sirva, cuando le es útil, de elementos tomados de discursos ajenos, y sin ninguna preocupación por la coherencia [...]. Según el interés al que pueda servir [...], el narrador-personaje manipula sin escrúpulos argumentos contradictorios, llegando incluso a poner en duda la versión oficial [...]. Notemos empero que, cuando se aparta del discurso oficial, el narrador-personaje tiene

¹Esta es la cifra de muertos aliados que da Centurión. Como señala Claude Castro en su tesis doctoral (II, 46), los diversos autores dan distinto número de bajas: O’Leary habla de diez mil, y Beverina de mil.

²También en la novela de Juan Bautista Rivarola Matto (*Diagonal de sangre*, 149) se señala la utilización de los uniformes enemigos por parte de los soldados paraguayos: “escaseaba el vestuario, pues se habían agotado las existencias de lona y bayeta [...]. Los individuos de la tropa ofrecían un aspecto abigarrado. Algunos lucían uniformes completos del enemigo [...]. Por lo general iban con el torso desnudo [...]. Los oficiales estaban un poco mejor vestidos, pero andaban igualmente descalzos hasta el grado de coronel”. Además, la protagonista de “La traidora” (*Cuentos decentes*) recuerda una de las misiones de las mujeres durante la guerra: “recoger las bombas de los brasileiros [sic] para devolvérselas con nuestros cañones”. Esta fue una práctica común durante toda la contienda. En la novela de Rivarola Matto que acabamos de citar, también se dice: “cuando había bombardeo, todo el mundo corría a recoger las balas de cañón que no habían estallado, pues recibían a cambio puñados de maíz” (149).

cuidado de conservar cierta distancia [...] con respecto a lo que él mismo dice [...]. Si el discurso de Caballero es fluctuante y heterogéneo en su conjunto, en ciertos casos puede volverse una caricatura del discurso oficial. (Castro, *Historia* 83).

Gracias a estas técnicas, el autor no precisa inmiscuirse en la trama para darnos su visión de la historia: a través de la forma de hablar, y del modo de argumentar de Caballero, el lector va formándose una imagen sobre él que, cuanto menos, pone en duda el contenido de su discurso. La guerra de la Triple Alianza deja así de ser una epopeya para devenir un cuento infantil en el que los villanos pierden sus máscaras de héroes.

4. La desmitificación

4.1. Los héroes que dejan de serlo

Con los saltos y las digresiones del lenguaje oral del personaje (literariamente elaborado por el autor), *Caballero* se atiene a la historia que el prólogo nos promete, y narra la vida del protagonista, “desde el ingreso del héroe al Campamento de Cerro León (Paraguay) en 1864 hasta su ingreso en el palacio de S.A.I. don Pedro II (Brasil) en 1870” (8).

Aunque todavía no se dice explícitamente, se insinúa que el motivo por el que el personaje se incorporó al ejército como soldado raso era su analfabetismo. Este hecho refuta las opiniones revisionistas, que sostenían: “desde 1860 no había soldado paraguayo que no supiera leer” (Domínguez, *Alma* 47).

El ascenso militar del personaje¹ se explica mediante dos citas de *El Centauro de Ybycuí*, que aparecen en cursiva dentro del texto de *Caballero*: cuando el “mariscal” pasa revista, se fija en su estatura, lo asciende a cabo, y le dice a su madre:

Usted puede volver tranquila a su hogar. Su hijo a mi lado está llamado a una brillante carrera. Yo velaré por él, y le aseguro que pronto le dará motivos de sentirse orgullosa² [...] y enseguida me ascendieron a cabo pero ya me trataban como oficial: el cabo Caballero recibía tratamiento de oficial y merecía consideraciones especiales de sus superiores. Sólo algunos días permaneció confundido en el anonimato de las filas. El recluta pasó a ser instructor de sus compañeros, recibiendo él, por su parte, instrucciones particulares, con singular aprovechamiento (38).

El texto de O’Leary que sigue a la primera de las citas dice: “aquella promesa era una profecía que había de cumplirse. Cuatro años más tarde, aquel joven recluta lucía los entorchados de General y era el primer adalid de nuestro ejército”. En efecto, Caballero, como cualquier pícaro literario, usa todas sus tretas para ponerse al servicio de su amo y, gracias a su obediencia ciega y a su habilidad, consigue convertirse en el protegido de López, lo que lo libra de participar en buena parte de los combates.

¹Aunque en la novela de Concepción Leyes de Chaves, *Madame Lynch y Solano López*, Caballero apenas aparece, el general Díaz, en su lecho de muerte, recomienda Caballero a López con esta frase: “Mi Mariscal le recomiendo al comandante Bernardino Caballero, mitá porá coupeva [es un buen muchacho]” (358).

²Quizá nos ayude a comprender la importancia de usar este fragmento de *El Centauro de Ybycuí* (58) el saber que fue reproducido en el homenaje que *Patria* rindió a Caballero en el ochenta aniversario de su muerte (26 de febrero de 1992).

Para explicar su “suerte” en las batallas, Caballero recurre a la protección divina: “pienso que fue mi *abogado*, el escapulario de Nuestra Señora que llevaba cosido en la chaqueta, porque [...] si no recibí un rasguño fue por milagro” (69). El tema del talismán es frecuente en otros cuentos y novelas históricas. En “El abogado” (Vicente Lamas, 1936), un soldado de la guerra del Chaco presta su “abogado” a otro que parte a una difícil misión. El que se ha llevado el “abogado” regresa, pero el que lo ha prestado aparece con un tiro en el lugar que antes ocupaba su talismán. En *La isla sin mar* (Juan Bautista Rivarola Matto, 1987), se habla de que Feliciano Palacios “tenía un poderoso ‘abogado’ que lo protegía” (42), y de que Melgarejo llevaba a San Lamuerte como “abogado” (104). León Ior, en *Exhumación* (1997, 35), también menciona: “no le penetraban las balas debido a un ‘abogado’ que tenía debajo de la piel”.

Sin embargo, el lector pronto descubre que los milagros, abundantes en la novela histórica tradicional, no son válidos en la nueva narrativa histórica. La “suerte” de Caballero no necesita milagros, ya que se basa en su capacidad para sacar provecho de las situaciones más adversas. Por ejemplo, López lo asciende a alférez por delatar al coronel Resquín¹ tras la batalla de Río Desbarrancado². Así lo relata en la novela:

El Mariscal me dio una libretita para controlar un poco al ejército, y eso le molestaba al comandante Resquín, que me tenía envidia [...] los dos le dimos parte al Mariscal López. El primero [Resquín] [...] le contó solamente la parte que le convenía [...]. Y yo, que tenía mi libretita [...] le conté que una vez [...] el coronel Resquín se bañaba en un río mientras nosotros peleábamos; también le conté otras cosas, y mientras le contaba, el coronel se ponía de más en más rabioso (39-40).

Tampoco necesita Caballero de un milagro para que López lo perdone por haber dudado de su capacidad militar: astutamente, utiliza su ignorancia como eximente:

En el momento no supe qué decirle, porque discutir con él [con Benigno] resultaba imposible, por su asombrosa facilidad de palabra. Él le podía demostrar que lo blanco era negro, y no era un muchacho de campaña como yo quien podía demostrarle sus equivocaciones (29).

¹Cuando la ofensiva de Robles fracasó, López puso a Resquín al mando de la División del Sur. Juan Bautista Rivarola Matto (*Diagonal de sangre*, 146) lo retrata de la siguiente manera: “Isidoro Resquín, Jefe de la Mayoría y encargado de disponer los castigos por las faltas graves e insignificantes, pensaba siempre lo peor de todo el mundo. Pésimo general y puntilloso burócrata, tenía el mérito de la fidelidad inquebrantable. Hacía de perro guardián del ejército y de bufón en la mesa del Mariscal”.

²La anécdota está tomada de *El Centauro de Ybycuí*. La diferencia estriba en que O’Leary, gracias a la elaboración de los hechos, trata de destacar la franqueza de Caballero, mientras que el discurso de la novela sólo subraya la delación. Para comprender el proceso de transformación, conviene reproducir el texto de O’Leary: “López [...] dio instrucciones especiales [a Caballero], recomendándole que observase con la mayor atención el curso de las operaciones y hasta entregándole un cuaderno para que fuera anotando fechas y lugares [...]. Durante la campaña no ocultó Resquín su inquina a Caballero. No ignoraba que el Mariscal López le distinguía [...]. Y Caballero fué engrillado [...]. Su venganza fue anotar esta nueva debilidad de Resquín en su libreta de apuntes [...]. Interrogado sobre los incidentes de la campaña [...] no titubeó en contar toda la verdad [...] apelando a los apuntes de su libreta. Su injusto y arbitrario jefe pasaba del pálido al rojo oyendo a su joven y apuesto subordinado, que nada omitió, ni el episodio de Río Feio, ni el cruel e inmotivado castigo de Villa Miranda. Hombre franco y leal, habló como tal, sin preocuparse de la presencia de su poderoso enemigo” (75, 80-82, 96).

Delaciones, manipulaciones, ningún medio es inmoral para Caballero cuando se trata de salvarse o de ascender. Y el autor da todavía un paso más: se inventa la culpabilidad de Caballero en un hecho en el que no intervino, para mostrárnoslo mintiendo sin ambages ni remordimientos:

- Dígame, Caballero, ¿ese atarantado de Meza no le pidió los garfios de abordaje?
- En ningún momento, Excelencia.

No le estaba mintiendo, porque lo que Meza me pedía eran garfios y no de abordaje, así que yo no podía comprender luego; él tenía la obligación de hablar más claro (34-35).

Como él mismo reconoce, en toda la contienda Caballero no sufrió ni una herida. Por ejemplo, salió ileso de su primera participación en la guerra, ya que abandonó el enfrentamiento para “volver con los cañones” capturados al enemigo “enseguida porque o sino los hubiésemos perdido de nuevo” (60). A pesar de esta afirmación, el lector sospecha con López: “parece que se asustó de los chumbos, Caballero” (60).

Desde noviembre de 1867, Caballero apenas entró en combate, porque se encontraba en el Chaco preparando el repliegue del ejército paraguayo. En diciembre de 1868, siendo comandante, dirigió las batallas de Ytôrôrô y Avay, que resultaron ser dos derrotas para Paraguay, derrotas de las que Caballero volvió a salir ileso gracias a la ayuda divina, y al escudo humano que algunos de sus soldados formaron para que él escape del campo de batalla:

Debe ser que mi *abogado* se portó porque o sino resulta inexplicable. Me salvé gracias al padre Moreno, ese cura que en Cerro León me trató tan mal porque no sabía leer, pero que ahora daba su vida con el capitán Páez para salvarme de los negros abriéndome un camino a sablazos por entre el enemigo (123).

La historia oficial alaba la actuación de Caballero en la batalla de Acosta Ñu, al frente de un ejército de niños. El personaje relata que tenía órdenes de no permitir que lo tomaran prisionero, y por ello abandonó la lucha ante la certeza de la derrota. Los niños siguieron combatiendo, y gran número de ellos pereció. Caballero no sólo salvó la vida sino que alcanzó el grado de general de división. Fue la última batalla en la que participó: durante el combate de Cerro Corá él cumplía una misión fuera del campo.

Poco a poco, mediante el propio discurso de Caballero, que el cronista nos ofrece sin depurar, va forjándose la imagen del personaje que llega al lector. No es la imagen de un valiente héroe patrio, sino la de un hombre cobarde, inculto y astuto que siempre consigue huir de los peores momentos bélicos y labrarse un futuro.

Cuando yo tenía suerte, digamos cuando yo ascendía, la Patria se iba para abajo... ¿Cómo explicarle...? [...] No sé por qué tuve esa suerte... Y lo raro del caso es que a mí todo me salió muy bien, porque me volví más culto con la guerra, me hice de amigos influyentes, me dieron condecoraciones y todo eso [...]. Como le digo, ésta es una cuestión muy importante, muy profunda, que ustedes los historiadores tienen que explicar. Yo no entiendo, pero tampoco tengo la obligación, porque soy un hombre de acción y no un letrado... (51).

A través de las palabras de Caballero, Guido Rodríguez Alcalá no sólo cuestiona a Bernardino Caballero. El propio Francisco Solano López no sale mejor parado que su protegido. En primer lugar, por falta de pericia o por exceso de confianza con el cronista,

Caballero deja ver que Francisco Solano podría no ser hijo de Carlos Antonio López¹, y desliza datos que ponen en duda su capacidad para gobernar:

Del Mariscal le voy a decir que también tenía sus cualidades de presidente porque se había estado ensayando para la presidencia desde chiquito... Resulta que las lenguas infames dijeron que era un bastardo y entonces para probar lo contrario don Carlos lo trataba como a su hijo propio, e incluso le daba más mando que a los otros porque a los 18 años lo hizo general y le encargaba una serie de asuntos del gobierno, como la fortaleza de Humaitá -que la hizo muy bien para un mozo de su edad (21).

Claude Castro (*Historia* 102) ha analizado el uso del sobrentendido en ese fragmento de la novela, y ha extraído las siguientes conclusiones: Caballero presenta la presidencia de López como un cargo hereditario para el que ha sido preparado “desde chiquito”, en contra de las alegaciones de López para no firmar un acuerdo de paz a costa de su cargo (“*si a mí me ha elegido el pueblo paraguayo, solamente el pueblo paraguayo puede decirme que me vaya*”, 87). Además, en un intento aparente de contradecir a “las lenguas infames” que sostenían que Francisco Solano López era fruto de una relación extramatrimonial de su madre, Caballero acaba haciendo pensar al lector en la realidad de esas afirmaciones, al decir: “don Carlos lo trataba como a su propio hijo”². Por último, se desliza la sospecha de

¹Juana Paula Carrillo (la madre de Francisco Solano López) era hija del español Pedro Ignacio Carrillo y de la argentina Magdalena de Viana. Pertenece a una familia acomodada que vivía cerca de la de Carlos Antonio López (quien era hijo de un sastre). Cuando Magdalena de Viana quedó viuda, se casó con Lázaro Rojas Aranda. Según las murmuraciones de la época, Francisco podría haber sido fruto de una relación entre Juana Carrillo y su padrastro. Lo cierto es que, a pesar de la diferencia social, Carlos Antonio López pidió la mano de Juana Pabla, y se casó con ella en 1826. El periódico colorado *Patria*, en 1926, da cuenta del festejo de los cien años del nacimiento del mariscal López. Más tarde, la fecha oficial de su nacimiento fue la de 1827. De ese modo, se borraban las dudas sobre la paternidad de Carlos Antonio López. Pero fue Lázaro Rojas quien libró al futuro presidente del confinamiento al que lo había castigado el doctor Francia, el que le regaló la finca en la que vivió, y el que acogió a Francisco Solano en su casa cuando nació Benigno. Además, Rojas pagó a los preceptores del futuro mariscal (Joaquín Palacios, Marco Antonio Maíz y Pedro Manuel Escalada) y, cuando enfermó, dictó testamento a favor de Solano López, quien volvió a vivir con sus padres. El testamento (que se encuentra en el Archivo Nacional de Asunción, y es citado en la página 177 de la novela de Concepción Leyes, *Madame Lynch y Solano López*) dice: “declaro que no tengo heredero forzoso y que, al nombrado heredero, profeso el más tierno afecto y paternal amor”. También *Diagonal de sangre* (Juan Bautista Rivarola Matto, 250-251) se hace eco de los rumores sobre la paternidad de Solano López: “Las Cazal no simpatizaban con Solano López. Según ellas, Pancho no era hijo de don Carlos, sino de don Lázaro Roxas Aranda, tutor y seductor de Juana Carrillo. Carlos Antonio López, un pobre profesor de latines en el colegio de San Carlos, se había casado con Juana por intereses, estando ella embazada y próxima a dar a luz. Don Lázaro apadrinó al niño, se ocupó de su educación y le hizo heredero universal de su inmensa fortuna [...]. Si faltaran otras pruebas de la paternidad estuproso de don Lázaro, estaban el extraordinario parecido físico de Francisco Solano con su padrino, así como las diferencias de fisonomía y de carácter de Pancho con los hermanos y hermanas de padre y madre”. Además, en esta misma novela (319), se cita el Breviario del obispo Palacios, en el que aparece la declaración de Juana Carrillo, afirmando: “Pancho no es hijo de don Carlos [...] sino de don Lázaro de Roxas”.

²En el cuento “La traidora”, Guido Rodríguez Alcalá hace que la protagonista diga, exactamente, la misma frase: “a Francisco lo criaba como a su propio hijo [...] no quería dar tema a las murmuraciones negándole sus privilegios de hijo mayor y de hijo de presidente [...] desde chico se paseaba por la calle con escolta y se hacía tratar como hijo del presidente” (92-93). Y si Caballero insinúa que el mariscal no era hijo de Carlos Antonio López, la narradora del cuento lo afirma: “con un padre tan severo [Juana Pabla Carrillo] termina por liarse con el tipo para hacerle la contra. Y él parecía muy decente [...] pero resultó un badulaque, aprovechando que los Carrillo eran mal vistos por Francia y entonces podía abusar de doña Juana Pabla como abusó [...]; ella muy ingenua todavía para suponer que si la aceptaba en esas condiciones, no la aceptaba por el hijo del otro sino por la estancia de ella [...] ahora en poder de la Lynch [...] la necesitaba no más. Por eso agachó la cabeza [...] pero se compensaba tratándola mal [...] a Francisco lo criaba como a su propio hijo [...] no quería dar tema a las murmuraciones negándole sus privilegios” (92). Además, añade: “no era ni (continúa...)”

que López no tenía la madurez suficiente para asumir las responsabilidades que Carlos Antonio López le confiaba, y que la fortaleza de Humaitá (“que la hizo muy bien para un mozo de su edad”) fue el resultado de una falta de experiencia, y no una plaza inexpugnable como se consideró. Como sucede en otras ocasiones, esta crítica velada de Caballero se reproduce después en una crítica mucho más explícita de Benigno: “Humaitá [...] no es fortaleza porque la construyó mi hermano a los veinte años, y en vez de hacerla de piedra la hizo de adobe” (28).

Por tanto, con el hábil uso de sobrentendido, el autor ha conseguido que Caballero introduzca algunos de los temas que han manejado los que han criticado a López. Eso parece pasar inadvertido tanto para el cronista (que se ha manifestado en el prólogo seguidor del revisionismo) como para Caballero, quien, en el fondo, trata de ensalzar a ese “héroe” al que tanto él como las dictaduras posteriores han tratado de imitar. De hecho, Caballero no duda, en otros momentos, en tergiversar los datos para dar una buena imagen del mariscal. Así lo hace cuando recoge una anécdota que también aparece en la novela de Concepción Leyes de Chaves, *Madame Lynch y Solano López*¹: López ve a un hombre herido, y ordena que le den un trago de caña. En el relato del personaje, este hecho se distorsiona de la siguiente manera:

Era capaz de hacer pelear a los enfermos! Cuando veía un tipo caído en medio del campamento, les decía a sus ayudantes:

- Denle un trago de caña.

Y después de la caña y de las palabras del jefe, el soldado se levantaba y salía corriendo para el frente aunque le faltara una pierna (61).

Para Caballero, las palabras de López son tan poderosas que hacen que hasta los mutilados peleen. Sin embargo, ningún lector objetivo está dispuesto a creer tal hipérbole. Si, además, dicho lector ha empezado a desconfiar del narrador, no podrá sino inclinarse a pensar que, diga lo que diga Caballero, no fue López sino el alcohol el artífice del “milagro”. Parece que el uso del alcohol fue bastante frecuente en el ejército paraguayo, y la propia novela de Guido Rodríguez Alcalá nos ofrece episodios en los que se demuestra: “alguien tuvo la buena idea de mostrarle otra botella de jerez [...], y entonces salió para [...] bajarse su segunda botella fuera del polvorín” (53). Por su parte, Juan Bautista Rivarola Matto, en *Diagonal de sangre*, relata que el teniente Sosa, herido de bala en el pulmón, exclama: “si estamos tristes, caña; si contentos, caña... ¡Aguardiente delicioso, el mejor de los soldados! Das coraje en el combate, curas nuestras heridas, alivias el dolor físico y moral” (145-146). Además, Claude Castro (*Historia* 108) recoge un fragmento de *Memorias* de Centurión sobre este tema: “siempre estaba [el capitán Cabañas] de buen humor y su establecimiento era muy frecuentado, porque allí nunca faltaba la panacea del ejército: un traguito de caña!

²(...continuacion)

un poco bueno, el viejo López. Tenía un resentimiento enorme sabiendo que la sociedad no lo aceptaba por ser quien era, un chacarero de segunda que entró a la clase alta por la *puerta de servicio* [...]. Pero como comenzó de abajo, tenía aprendida la prudencia [...]. Le hizo las mil y una, el dictador Francia, pero don Carlos siempre mandándole regalitos [...]. Claro que entre bueyes no hay cornadas [...] y cuando se murió Francia don Carlos fue el primero en prohibir que se hablara mal de su colega difunto” (93).

¹Así aparece en esta novela: “uno de ellos fue herido en un muslo, en el momento en que recibía órdenes. ‘Déle de tomar un poco de caña’, dijo el Mariscal, dirigiéndose a Elisa, que se hallaba cerca de él” (443)

para consolar nuestro famélico estómago!” (II 122). También la imagen de López bebiendo es bastante común en las novelas que tratan sobre él: Maybel Lebrón, en *Pancha*, nos lo presenta a menudo borracho, e insinúa que el coñac condiciona su comportamiento. Sin embargo, Concepción Leyes de Chaves, en *Madame Lynch y Solano López*, sostiene que López no bebía: “hacía buchec de coñac, empeñado en combatir su dolor de muelas” (446); y cita a Thompson para explicar que, tras la batalla de Curupayty, “López se emborrachó, y fue la única vez que lo hizo” (355). A pesar de ello, las referencias al champán y al vino que tomaba con Mme. Lynch son bastante frecuentes en esta novela (283, 395 y otras).

Más importantes que estos datos puntuales resulta el hecho de que López, al que el revisionismo ha aclamado como el héroe que dio la vida por su patria, acabe apareciendo como un cobarde¹: López siempre se encuentra lejos de la lucha armada. Esta versión de los hechos coincide con la de muchos de los detractores del mariscal López. Por ejemplo, Adolfo Aponte (Ministro de Justicia, Culto y Educación durante la presidencia de Eligio Ayala) decía estar dispuesto a aceptar que López era un héroe si le demostraban, entre otras cosas, “que, fuera de Lomas Valentinas y Cerro Corá, se le vio alguna vez en el campo de batalla” (Junta Patriótica Paraguaya, *López* 18). En *Diagonal de sangre*, Juan Bautista Rivarola Matto trata de justificar esta actitud de López: “su trabajo es usar la cabeza, no la espada”. Como él, Caballero encuentra la actitud del mariscal admirable (“el Mariscal fue el primero que dirigía a sus ejércitos por telégrafo”, 98) o, al menos, justificable:

Es que el Mariscal era un romántico² [...] y de eso se aprovechaba la Lynch y no lo dejaba gobernar, y hasta le hacía pasar un papel ridículo porque le convencía de que tenía que quedarse encerrado en su casamata y lejos del frente de operaciones [...] y entonces comenzaron a decir que Díaz³ era más valiente que el propio Mariscal (23).

El reproche por esta actitud se puede encontrar en los textos de la Junta Patriótica Paraguaya: por ejemplo, respecto a las primeras campañas del conflicto, Cecilio Báez (*López* 47) sostiene que Estigarribia hubo de rendirse por culpa de López, quien “se quedó en la Asunción, retenido por temores desconocidos o por los ruegos de la inglesa”. Sin embargo, el punto de vista de Caballero coincide con el de los defensores del mariscal: Juan E. O’Leary recoge las palabras del discurso del ocho de junio de 1865, en el que López anunció que iba a abandonar el “seno de la patria” para unirse a sus soldados; y culpa a otros de que

¹En el artículo “El juramento del héroe”, Manuel Domínguez pasa lista a los jefes de Estado que juraron morir por su patria (Alejandro de Prusia, Luis XVIII, Napoleón I, Napoleón III, Piérola, Santa Cruz...) para concluir que todos actuaron con cobardía, y sólo el mariscal López fue capaz de cumplir su promesa.

²Ya hemos mencionado que López vivió en el momento de esplendor del Romanticismo en Paraguay. La nuera de Elisa Lynch (Maud Bray de López) escribió en sus memorias que, ante Mme. Lynch, “la romántica figura del militar sudamericano apareció como un personaje de novela”.

³En la novela de Juan Bautista Rivarola Matto (*Diagonal de sangre* 171-172), se nos describe así a Díaz: “el general Díaz era la mano derecha de López. [...] Provenía de una familia de modestos labradores [...] hizo el servicio militar en el Batallón Policiaco de Asunción, de todos el más humilde [...] fue ascendido hasta quedar incorporado al cuadro de oficiales, momento en el cual, seguramente, por primera vez en su vida usó zapatos. Era cumplidor, inteligente, pero remolón para el estudio [...]. Y, sobre todo, una buena persona y un hombre decente [...]. Hecho capitán, a poco de estallada la guerra formó el famoso batallón 40 [...]. Tuvo rápidos ascensos. Terriblemente exigente en el servicio, en ocasiones despiadado, se mostraba sencillo, afectuoso y solícito con la tropa [...]. A nadie el Mariscal le mostró mayor apego, sólo a él le lloró y sólo por él llevó luto. Díaz podía visitarle a cualquier hora [...]. Nadie más que Díaz se permitía objetar las órdenes del Mariscal”.

López no cumpliera tal promesa:

Esta patriótica resolución fue malograda por infames cortesanos -entre los que estaba en primer término el obispo Palacios- que le disuadieron hábilmente de la idea de ir a ponerse al frente de las tropas en el territorio invadido de la República Argentina. (“Héroe” 21).

Se trata de una postura compartida por todos los revisionistas (cuyo punto de vista trata de reproducir Caballero), que siempre se esforzaron por culpar a otros de los fracasos de López. Por no extendernos en este punto, nos limitamos a dar un ejemplo:

López no fue vencido por los torpes generales de la Alianza. [...] Solano López cayó abrumado por la fatalidad de su destino. Sus planes militares más infalibles fallan por la incapacidad de sus lugartenientes. Recursos que ya estaban en sus manos se disipan por una arbitrariedad de la suerte. Cuando se creía inexpugnable en sus posiciones, la traición delata al enemigo el secreto de la defensa¹.

Las justificaciones con las que Caballero trata de proteger la imagen del mariscal, lejos de cumplir su cometido, van convenciendo al lector de que éste jamás se pide a sí mismo los sacrificios que exige a su pueblo². A pesar de que la situación paraguaya es cada vez más desesperada, López siempre rechaza llegar a un acuerdo de paz, ya que ello implicaría su destitución. Al final de la segunda parte, cuando se narra el combate de Lomas Valentinas, la idea de la cobardía del mariscal llega a su momento cumbre: rechazada la rendición, hace que hombres, mujeres³ y niños combatan contra un ejército numeroso y bien armado. Mientras, él, que les ha prometido estar al frente, consigue huir, y se obstina en continuar una guerra ya perdida⁴, escapando hacia el norte. La ambigüedad de la narración de Caballero permite incluso suponer al lector que tal huida tenía la finalidad buscar refugio en Bolivia. No se trata de una invención del autor: en diciembre de 1868, cuando López desapareció durante su huida, muchos pensaron en esa posibilidad⁵. En la novela de Concepción Leyes de Chaves, *Madame Lynch y Solano López*, es Elisa quien lo sugiere poco antes de la muerte de López (502). En *Diagonal de sangre* (Juan Bautista Rivarola Matto, 209), los propios soldados de López se plantean: “cada vez somos menos, estamos más hambrientos, inermes, extenuados. ¿Será verdad que el Mariscal piensa escapar a Bolivia con la Madama y sus hijos?”. Y, en *Buenos días, Asunción* (Marcio Sgreccia), el

¹Natalicio González, “El mariscal Solano López”, *Guaranía*, 20 de marzo de 1935, p. 12.

²En el texto de la Junta Patriótica Paraguaya (18), Aponte pedía que le demostraran que López “participó, en alguna medida, de las penurias que en tan alto grado sufrió su ejército”.

³Sus defensores siempre han señalado que López se negó a aceptar mujeres en su ejército. Sin embargo, no tuvo ningún reparo en movilizar a la población femenina y obligarla a seguirle. Caballero llega a afirmar: “pelearon también las mujeres” (126), lo que contradice la versión de novelas como *Madame Lynch* (Concepción Leyes de Chaves) y *Diagonal de Sangre* (Juan Bautista Rivarola Matto), donde se dice que López jamás permitió que las mujeres entraran en combate.

⁴Aponte (Junta Patriótica Paraguaya 18) reclama que le prueben que López “tuvo posibilidades de ganar la guerra después de Lomas Valentinas”.

⁵Esta insinuación se convierte en acusación directa en el cuento de Guido Rodríguez Alcalá “Toro pichai” (*Curuzú Cadete*): “el tirano López perdió la guerra [...] pero no podía perderla como soldado ni como hombre; tuvo que deshonorarse con una absurda retirada [...] la vergonzosa fuga hacia Bolivia” (40).

narrador lo anima: “foge, filho, foge [...]. Nao te deixes aprisionar nunca. Jamais. Alcança a fronteira da Bolívia”.

Concluido el combate de Acosta Ñu con la muerte de todos los niños que han peleado contra los aliados, López no duda en brindar con Caballero. Esta falta de sensibilidad relatada en la novela¹ coincide con el testimonio de Resquín sobre la actitud del mariscal López durante el ajusticiamiento de San Estanislao:

El señor Resquín afirma que continuaba el mariscal durmiendo cómodamente, levantándose a las diez o a las once de la mañana; jugaba a las cartas con la Madama Lynch y sus hijos, bebían champagne, y se cambiaban ropas de seda. (Junta Patriótica Paraguaya 94).

Así, a pesar de la intención del narrador, el mariscal se perfila en *Caballero* como un hombre cobarde, ambicioso, irresponsable y caprichoso, que se beneficia económicamente de la contienda². López es un personaje similar a los protagonistas de las ya citadas novelas de Roa Bastos y Carpentier, cercano a los dictadores de Asturias, Aguilera Malta y García Márquez. Si cabe, peor, ya que carece de formación militar para dirigir una guerra como la de la Triple Alianza.

Castro (*Historia* 202) llega a calificar el comportamiento del mariscal de paranoide³, por la pérdida de contacto con la realidad que manifiesta en las negociaciones de paz; por el modo en que proyecta su mundo interior en el exterior; y por su manía obsesiva de ver enemigos por doquier⁴. Como cualquier tirano, López ordena la pena de muerte para los supuestos conspiradores, eliminando así cualquier posible oposición⁵. La novela consigue que el lector tenga una imagen del personaje muy cercana a la que la Junta Patriótica Paraguaya (7-8) tuvo del López real:

¹Aunque en la novela de Leyes de Chaves, *Madame Lynch*, se culpe a los aliados de las muertes de los niños (“centenares de niños [...] esperaban la muerte con las heridas abiertas y los ojos cerrados [...]. Las granadas civilizadoras caían sobre ellos”), los pensamientos de López no se centran en la desgracia de su pueblo, sino en el revés para su lucha: “el Mariscal [...] consideró su situación. Era indudable que la lucha era un desastre para su ejército. Habría que cubrir los claros producidos por las pérdidas de vidas y reforzar la artillería”.

²Cecilio Báez (en Junta Patriótica Paraguaya) relata: “viéndose perdido, Solano López pensó naturalmente en preparar lo necesario para después de la fuga [...]. Muchos cajones de dinero fueron embarcados a orden de la Lynch, en 1866 en Humaitá, en la cañonera italiana Ardita; otros cajones de dinero y alhajas arrebatadas a las familias paraguayas fueron embarcadas en 1868 en Angostura, en las cañoneras Décidée francesa y Veloce, italiana” (127-128). Concepción Leyes de Chaves, en *Madame Lynch y Solano López*, recoge la misma versión de los hechos: “A Villeta llegó un buque italiano [...] en su viaje de regreso, llevó grandes cajones precintados de hierro, que parecían extraordinariamente pesados [...]. En el campamento se murmuró que los cajones contenían onzas de oro, enviadas a recaudo por el Mariscal” (434). Además, añade que López y Elisa mandaron enterrar cinco pesados cajones en 1870, poco antes de separarse, y quedaron en juntarse para desenterrarlos (499).

³Esta visión coincide con la que Benigno le da a Caballero, el día de la batalla de Tuyutí, en la novela de Juan Bautista Rivarola Matto (*Diagonal de sangre*, 160): “ese mi hermano está loco”.

⁴Concepción Leyes de Chaves, que, en *Madame Lynch y Solano López*, ha venido sosteniendo que López confiaba en los que le rodeaban, en las páginas 420-421 señala: “López se sintió rodeado de enemigos [...]. Deslizó centenares de espías [...]. Él no era cruel por naturaleza, pero endurecido por la adversidad, por el tremendo fracaso originado por la traición, llegó a mirar con indiferencia el dolor ajeno”.

⁵En el texto de la Junta Patriótica Paraguaya, lo primero que reclama Aponte para que él pueda convenir que López fue un héroe es que le demuestren “que el Mariscal López no mandó matar, torturar ni arruinar a la mayor parte de la gente más distinguida de nuestro país, en lo intelectual y en lo social” (17).

- 1°- Que la defensa del territorio nacional no tuvo para aquel [el mariscal López] otro valor ni alcance que el de incorporarlo definitivamente a su patrimonio.
- 2°- Que igual destino tuvieron la fortuna pública y privada [...] de los habitantes de todo el país.
- 3°- Que la continuación de la guerra no fue para él otro problema que la continuación del mando y su ejercicio en la forma más brutal y tiránica de que haya memoria.
- 4°- Que para acallar para siempre a sus desgraciadas víctimas y justificar el despojo de sus bienes, transferidos a su pecunio, las envolvió en un proceso infamante y las sometió a toda clase de torturas [...] infringiéndoles, además, toda clase de penurias para terminar con todos ellos y hasta con sus familias, a fin de que no quedaran acusadores ni memoria de sus nefandos crímenes.
- 5°- Que en esa fiebre de destrucciones y de demencia, [...] sacrificó sin piedad y con frío y siniestro cálculo a lo más granado de la sociedad paraguaya [...].
- 6°- Que su torpeza [...] su tiranía y su crueldad sin límites causaron más víctimas que el enemigo.
- 7°- Que en consecuencia, antes que defensor de la patria, debe ser considerado y juzgado como el más grande traidor a la causa de su pueblo.
- 8°- Que en todo momento [...] antepuso sus intereses y su egoísmo a la suerte [...] de la nación.
- 9°- Que [...] llevó su cobardía [...] a huir siempre de los campos de acción no obstante sus reiteradas promesas de morir en la lucha [...] fue siempre el primero y el único en correr, y así ocurrió todavía en Cerro Corá cuando vislumbró [...] el peligro de verse cortado en su retirada.

Con posterioridad, otros autores han recogido una visión del mariscal López similar a la que se nos ofrece en *Caballero*. Ejemplo de ello es “Coloquio ya entre sombras” (contenido en *La doma del jaguar* 151-156), donde Hugo Rodríguez Alcalá emula el infierno dantesco para situar una conversación entre Rafael [Franco] y un general que se plantea:

- ¿Cómo puede ser un gran general un jefe [López] que rehuyó mandar directamente todas las grandes batallas de una guerra de cinco años; que jamás se puso al frente de sus tropas cuando todavía era concebible el éxito y cuyas campañas no fueron más que descabelladas aventuras [...]? [...] Él siempre mandaba pelear a otros y, lejos de la lucha, juez severo, castigaba al vencido fusilando, degradando, vejando [...]. El que mandó ejecutar a sus más heroicos jefes, el gran culpable de los sangrientos tribunales, el torturador de su propia madre, el jefe de Estado que regaló a su querida extranjera más de 3.000 leguas de tierras fiscales, fue el mayor verdugo de este pueblo en toda su historia. [...] Nosotros no necesitamos glorificar un falso héroe y un tirano sangriento para exaltar el heroísmo indiscutible de nuestro pueblo.

Por lo tanto, a través de la literatura, la figura de López ha sido cuestionada, ya que se ha puesto en entredicho la versión que sobre él ha generado la historia oficial.

4.2. La desmitificación de la guerra de la Triple Alianza

A lo largo del discurso de *Caballero*, todos los aspectos de la guerra de la Triple Alianza quedan desmitificados. Aunque él trate de distanciarse o de demostrar la inocencia de López, la imagen del ejército paraguayo y de los ejércitos aliados se va deteriorando ante los ojos del lector, quien acaba rechazando la guerra tanto como el autor de la novela.

Un análisis honesto de la Guerra llevaría a la conclusión de que hubo culpa concurrente. No se puede justificar el saqueo de Asunción, ni el saqueo de Piribebuy, ni el genocidio en contra del Paraguay. Tampoco se puede justificar la torpeza diplomática y militar del Paraguay. Hay que reconocer que también el Paraguay tuvo la culpa de provocar una guerra, que finalmente no tuvo resultados para nadie. El Paraguay quedó arruinado. El Brasil se endeudó terriblemente y, a causa de eso, el Emperador perdió su corona. El territorio de Matto Grosso es una tontería en comparación con los

gastos de Guerra. [...] La Argentina tampoco ganó nada. Toda la Guerra de la Triple Alianza es un claro caso de obstinación y necesidad. (Guido Rodríguez Alcalá, “Caballero”).

Desde esa perspectiva, no resulta extraño que, en *Caballero*, la desmitificación abarque todo lo relacionado con la guerra que narra. Claude Castro sostiene:

La desacralización de la guerra del Paraguay se efectúa atacando los dos principios que han servido a su sacralización: la sublimación de los jefes y la presentación de los acontecimientos como la reacción de todo un pueblo en defensa de sus intereses [...] los héroes se transformarán en actores ridículos de acontecimientos irrisorios. La guerra no aparecerá como una epopeya colectiva sino como una empresa totalmente deshumanizada, que permite a los más oportunistas conquistar el poder, con la más profunda indiferencia por los sufrimientos de la mayoría. Es en torno a esta visión de la guerra que se estructura la totalidad de la novela. (*Historia* 114).

Al desmitificar esta guerra y a sus grandes héroes, Guido Rodríguez Alcalá nos ofrece una interpretación de la historia y del presente del país. Como afirma Pablo Rocca,

Francisco Solano López [...] aparece [...] como un empecinado megalómano de corte napoleónico, capaz de sacrificar todo y a todos con tal de afirmar su autoridad absoluta [...] la guerra [...] como una acción criminal conducida por un fanático que encontraría su ignorado émulo en el Tercer Reich, en 1945. Bernardino Caballero [...] renueva su fidelidad hacia los que había combatido, ya que lo eligen como gobernante títere de su país. Visto de esta forma, Rodríguez Alcalá sugiere que la raíz de todos los males paraguayos está en el autoritarismo lopizta, fermento de una corte de fanáticos adulones, enemigo de la libertad, opresor del pueblo. (“Límites” 9).

Para cuestionar la versión oficial de los hechos, el autor se vale del discurso de *Caballero* (lleno de afirmaciones que no se argumentan, y de sobreentendidos), y de la inclusión de diversos textos. Los sobreentendidos con los que juega el personaje son un modo que tiene el autor de mostrarnos una realidad distinta de la que quiere ofrecer el protagonista. Pero, además, los podemos vincular con los sobreentendidos que aparecen en toda literatura amenazada por la censura. José Sánchez Reboledo apunta:

En esta literatura [la española del franquismo] repleta de sobreentendidos [...] el escritor hace frecuentes llamadas para que se le entienda [...]. Los guiños, las invitaciones a que se lea entre líneas, las llamadas a la inteligencia del lector para que por debajo de las limitaciones que la época impone entienda por las alusiones y los sobreentendidos son frecuentes. (*Palabras* 52).

En nuestra novela, el discurso del personaje aporta datos que hacen llegar al lector a conclusiones diferentes de las que él trata de ofrecer. Sirva de ejemplo el siguiente texto, en el que Caballero intenta restar importancia a la debilidad del ejército paraguayo:

Los que estaban del otro lado eran como 50.000 en Corrientes y unos 12.000 en Candelaria (para desembarcar en Encarnación) y nosotros no llegábamos a 30.000 en Paso de Patria. Bueno, eso no importaba tanto, porque dos a uno podíamos pelearles; el problema era la artillería, porque la de ellos toda rayada, mientras que la nuestra lisa (en algunos casos cañones de la colonia). Cierto que tampoco tenía tanta importancia [...] los aliados enemigos pensaban que teníamos artilleros europeos, porque tirábamos tan bien! [...] El único problema entonces era sus encorazados [sic]. Porque esa clase no teníamos nosotros, apenas si buques mercantes artillados [...]. Quiero decir que ellos dominaban el río, los ríos [...] en 1865 ya podían llegar directamente hasta Asunción [...] si tomaban la capital nos dejaban cercados, completamente inútiles en la frontera del país [...]. Eso es lo que el Mariscal sabía demasiado bien (13-14).

No son datos que se invente Guido Rodríguez Alcalá, sino que los propios revisionistas los han reconocido:

López tenía buques de madera y los aliados encorazados [sic]. López se puso en campaña con cañones lisos y fusiles de chispa y los aliados entraron en función con cañones rayados y fusiles de retrocarga [...]. López y sus leones estaban presos por la geografía. El enemigo superior en número, tenía libre la comunicación con el exterior. (Domínguez, *Alma* 37-38).

Al leer las palabras del personaje, el lector concluye que, en 1865, Paraguay ya no podía ganar la guerra: su ejército, que tenía menos hombres y peores armas, estaba amenazado por el aislamiento de la capital. Sin embargo, Caballero no lo ve así:

Pero que podía perder no quiere decir que perdió allí mismo [...]. Porque, ocurre, mi amigo, que la guerra no es una cuestión de fuerza, sino de moral [...]. Y eso lo sabía muy bien el Mariscal. Sabía que los otros eran más y con más cañones y con barcos encorazados [sic] que nosotros no teníamos ni podíamos recibir porque ellos controlaban el Río de la Plata [...]. Pero ese no fue nuestro problema, en el fondo, porque todo se puede suplir con la moral, *con la fuerza del soldado paraguayo*, como dijo mi jefe (14-15).

Aunque más realista, similar es la conclusión a la que llega Manuel Domínguez tras la exposición arriba citada: “a la larga el heroísmo debería sucumbir. [...] Cada uno de nuestros soldados valía por varios enemigos” (*Alma* 38).

Frente a la imagen que O’Leary trata de darnos de Caballero (“juzgaba a los hombres y a los acontecimientos con el criterio objetivo [...]. Jamás pudimos sorprenderle en una información inexacta”, 22 y 25), el protagonista de la novela cae en contradicciones y matizaciones, que nos llevan a dudar de sus datos. Por ejemplo, respecto a la batalla de Estero Bellaco, primero afirma: “el plan era un poco arriesgado, porque íbamos 4.000 paraguayos para atropellar el campamento aliado que tenía casi 50.000” (59). Más tarde, no sólo disminuye el número de los aliados (“4 contra 40 mil”), sino que la valentía de Díaz se convierte en precipitación irresponsable: “de puro nervioso, siguió cargando [...]. Y entonces tuvo que recular otra vez, y no de miedo, porque es un poco exagerado, por más valiente que uno sea” (60).

A los datos que contradicen las conclusiones del narrador, se añade el discurso de

Benigno, por quien el cronista comienza preguntando en la página once, y del que tendremos noticia a lo largo de la novela.

Por intermedio del discurso del personaje de Benigno, la crítica de la versión oficial, sólo subyacente hasta aquel momento, aparece en cierto modo descodificada, y ello gracias al restablecimiento del sistema argumentativo [...] el discurso de Benigno no tiene una utilidad estrictamente informativa. Ella permite, y es fundamental, privilegiar un punto de vista, el del enunciador. En efecto, el estatuto particular que se acuerda al discurso de Benigno nos lleva a pensar que, a través de él, se expresa la voz del enunciador [...]. El receptor, ya predispuesto a rechazar el discurso de Caballero, se ve conducido inevitablemente a adoptar el punto de vista de Benigno, cuya lógica argumentativa contrasta con el discurso de Caballero [...]. La utilización, en la ficción, de este personaje como productor de un discurso crítico, además de no ser chocante desde un punto de vista histórico, permite al enunciador, de una manera notablemente económica, abrir lo enunciado a la polémica histórica y manifestar una posición sin interrumpir con eso la trama novelesca. (Castro, *Historia* 105).

Desde el principio, Benigno apuesta por llegar a un acuerdo con los aliados, ya que los ejércitos enemigos, no sólo son más poderosos sino que “nos bloquean el comercio; no podemos exportar y tenemos que utilizar todos nuestros hombres y nuestro dinero para contenerlos” (28). Estas afirmaciones del personaje en la novela coinciden con el punto de vista que Benigno López sostuvo durante la guerra. Juan Bautista Rivarola Matto (*Diagonal de sangre*, 160) recoge una conversación entre Benigno y Caballero el día de la batalla de Tuyutí. El hermano del mariscal reflexiona así:

A esos negros que vemos allí vamos a matarlos a todos. Pero vendrán más. Mi hermano cree que acabarán por agotarse. No hay que hacerse ilusiones. Cuantos más negros matemos, cuando más dinero gasten y más se endeuden, tendrán que mandar más y más al matadero. No hacerlo acarrearía el derrumbe del Imperio.

Además, no es sólo la propia acción bélica lo que se enjuicia, sino también el funcionamiento de la prensa y de la justicia. *El Semanario* aparece como la fuente por la que el ejército conoce sus victorias, y de la que ni Caballero se fía: “lo que decía el Semanario no nos convencía del todo, así que tratábamos de saber un poco más por nuestra cuenta” (12). Esta apreciación del personaje se ve luego reforzada por las palabras de Benigno, que en la novela actúa como portavoz de las críticas: “*El Semanario* dice una cosa, Caballero, pero los hechos son otra. [...] Todo el mundo lo sabe, usted también. *El Semanario* dice que ganamos la guerra, pero [...] nos corrieron del Brasil y la Argentina y que ahora ellos se disponen a atacarnos” (28).

El hecho de que, desde el principio de la obra, los tribunales militares y la prensa sean vistos como manipuladores de la verdad adquiere más importancia si consideramos que *Caballero* critica, además de la Guerra de la Triple Alianza, toda la historia dictatorial del país. De este modo, podemos interpretar estas críticas puntuales como un mal endémico de las dictaduras: el falseamiento de la información, la manipulación de las masas por medio de la prensa oficial, y el uso de la justicia como medio de controlar al pueblo.

El obispo con Resquín se hicieron cargo del interrogatorio, y el argentino ese terminó diciendo que había muerto no más el general Mitre, y todos festejamos, y hasta salió la noticia en *El Semanario*...

Una verdadera vergüenza, porque no era cierto, y resulta no más que entre Resquín y Palacios¹ lo apuraron tanto al pobre prisionero que tuvo que confesar lo que ellos querían: que murió Mitre. Pero confesó obligado, así que el gobierno paraguayo se desprestigió de balde [...]. Después venía esa *yacariná*² Aveiro [...]. Entonces cuando el Mariscal me llamó para increparme, para decirme que le cuente todo lo que hablé con don Benigno, yo supuse allí mismo que era un cuento de Isidoro Resquín, aunque tampoco sabía muy bien hasta dónde el chisme y eso me tenía muy preocupado... Porque si la cosa seguía, si empeoraba, tenían que mandarme a una corte marcial, y allí precisamente iban a estar Resquín con el Aveiro, malo como esa víbora (24).

Estamos, pues, ante una guerra liderada por un cobarde, dirigida por unos oficiales poco dotados, manipulada por la prensa, y enrarecida por una justicia que tortura. ¿Queda algo que funcione? Parece que no: tampoco la sanidad es un dechado de virtudes:

La enfermería [...] parecía un corral o un gallinero [...]. No podíamos tener un servicio mejor. Ni siquiera peor porque ya resultaba imposible; usted no se imagina nuestra impresión [...] al ver esas camas sucias donde se ponían a los que de tan débiles no podían resistirse a que les corten brazos y piernas... [...] Con tanta miseria, salimos corriendo. [...] Martínez no podía caminar, pero prefirió morir decentemente, si tenía que morir, a morir en un chiquero como ese (61-62).

Sin embargo, una vez más, Caballero opta por no culpar a López sino al personal sanitario de esa terrible situación, que los revisionistas usaron como argumento para defender el valor paraguayo.

Y eso por culpa de los médicos ingleses como el doctor Steward, a quien le pagábamos bien pero que no hacía nada, y encima se comió la plata del Mariscal... Masterman³ no era más inocente, ese farmacéutico que terminó conspirando con el cónsul americano... Y bueno, ¿qué quiere con esa

¹Manuel Antonio Palacios fue compañero de estudios de Solano López en las clases de Filosofía y Derecho dictadas por Joaquín Palacios. Cuando Solano López accedió a la presidencia, solicitó al Papa su nombramiento como sucesor del obispo Urbietta.

²En la nota a pie de página se explica que “yacariná” es “una especie de víbora”. Yaguareté (“Caballero (II)”) recrimina al autor: “es notorio que el General no era propenso a las calificaciones violentas, de lo que no resulta nada veraz que haya dicho que el Cnel Aveiro ‘era malo como esa víbora’. Además, según el autor del artículo, el nombre real de la víbora en guaraní es “ñacariná”.

³Josefina Pla (*Británicos* 79-82) nos da los siguientes datos sobre William Steward: “médico cirujano de relieve, veterano, a pesar de su juventud, de la guerra de Crimea [...] llegó a Asunción en julio de 1857 [...]. Su sueldo y regalías eran al principio idénticos a los del Dr. Barton, pero luego fue beneficiado con aumentos, como jefe de la Sanidad Militar paraguaya. De 400 libras al año pasó a 500 y luego a 800 [...]. Introdujo métodos higiénicos en los cuarteles y hospitales [...] estableció asimismo [...] el programa [...] para la formación de médicos ayudantes, eligiendo para ello jóvenes paraguayos de disposición manifiesta [...]. Estas clases [...] constituyeron la primera Escuela de Medicina en el país”. No parece que sea verdad lo que dice Caballero (que Steward “no hacía nada”). Respecto al sueldo, Josefina Pla señala que las 400 libras (2000 pesos) que cobraba el Ingeniero Jefe del Estado (Whythead) en 1854 era “el más alto hasta entonces percibido en el país, si se exceptúa el Presidente” (44): “Francisco Solano López, Brigadier General en Jefe del Ejército, ganaba [...] en 1855, 2000 pesos anuales, y el Ministro de Hacienda cobraba [...] 600 pesos al año [...]. Pero esos sueldos [los de los técnicos extranjeros], en rigor, no eran sino los mismos que por ese tiempo regían en otros países americanos para el personal contratado en Europa o Norteamérica; les eran, inclusive, en algunos casos inferiores” (48). Sobre Masterman, Pla (*ibidem* 149-150) da la siguiente información: “el boticario Prickett, regresado a Inglaterra en 1861 fue reemplazado por un dinámico y optimista joven, George Frederick Masterman, llegado el 23 de diciembre del mismo año, y que por sus dotes y cultura llegó a ser figura destacada en su comunidad. A pesar de su juventud (por entonces debe de haber contado 24 años) Masterman parece haber servido en la guerra de Crimea [...]. Localmente aparecía como jefe de la Farmacia; más tarde ejerció otras funciones (cátedra de Materia Médica [...] y Cirujano Asistente) [...] la tarea asignada a Masterman fue asentar la farmacopea del país sobre bases científicas”.

gente? (61-62).

La visión fría y distanciada del relato de Caballero nos acerca a la idea de que, para los dirigentes de la guerra, los soldados paraguayos que participaron en ella fueron meros instrumentos para su glorificación personal.

La historia de los grandes jefes es la historia de sus hazañas, de su valor; pero también la historia de transacciones, de abusos, de grandes fortunas. En la guerra, el país se desangra, pero no importa. La guerra es el camino para alcanzar las altas posiciones¹.

Desde esa perspectiva, el lector cuestiona que la culpa sea realmente del personal médico, aproximándose así a la realidad de los hechos, tal como los expone Josefina Pla:

La tarea a la cual se enfrentó el puñado de médicos ingleses [...] fue [...] hasta el final de la guerra, verdaderamente ciclópea [...] las provistas de remedios y medicinas se hallaban ya prematuramente agotadas [...] el cuerpo médico se vio disminuido en número [...]. En octubre de 1866 el Hospital General de Asunción daba albergue a 1.500 enfermos y heridos. Sólo se contaba con dos médicos, ayudados por unos cuantos practicantes [...]. El Dr. Steward aseguró que la causa principal de defunción en los campamentos paraguayos fue el cambio del recluta a una dieta consistente casi exclusivamente en carne. (*Británicos* 214-215).

En esta novela desmitificadora, como estamos viendo, el ejército paraguayo queda bastante cuestionado, tanto por sus procedimientos como por su organización. Pero hay algo que los revisionistas se han encargado de ensalzar incluso más que al propio Solano López, y que mencionábamos al comenzar este apartado: el valor de todo un pueblo que, siguiendo a su líder, se encaminó hacia el holocausto al que lo sometieron los aliados. Guido Rodríguez Alcalá no pone en duda el valor de ese pueblo, pero explica los motivos que le llevaron a tal actitud desde una perspectiva muy distinta a la que dan los textos oficiales. Manuel Domínguez (*Alma* 17-39) buscó las causas del heroísmo paraguayo, siguiendo las ideas de Taine sobre el influjo de la raza, la tierra y la historia, y concluyó: “el Paraguay fue colonizado por la más alta nobleza de España [...] se estableció un servicio militar obligatorio [...] era fuerte porque con el *minimum* de esfuerzo se nutría bien [...] hablando su sonoro guaraní es alegre, otro índice de su salud física y mental, otra prueba de superioridad”. Hoy, no resulta difícil contradecir tales conclusiones: no parece que hablar una determinada lengua o tener unos antepasados nobles (suponiendo que los tuvieran) sea una ayuda para el valor. Respecto a la alimentación y la salud, por si no basta la opinión de Steward arriba mencionada, damos paso a la voz de uno de los personajes de Rivarola Matto (*La isla sin mar* 46):

Supongamos que se dé el milagro de que pobres infelices desnutridos desde la infancia, hinchados de anquilostomas, comidos por la tuberculosis, podridos por la sífilis; [...], escuálidos, analfabetos, sean los mejores soldados del mundo [...] sobre esta ideología [...] se asienta ¡la dictadura!

Caballero se hace eco de opiniones como la del ministro norteamericano Washburn:

¹ Enrique Bernardo Núñez, *El hombre de la levita gris*. Tomado del artículo citado de Luis Britto García “Enrique Bernardo Núñez: novelista, filósofo de la Historia, utopista”, en Sonja M. Steckbauer (ed), *La novela latinoamericana entre la historia y la utopía*, Eichstätt, Universidad Católica, 1999.

“la razón por qué [los paraguayos] pelean de un modo desesperado, es que hay siempre más peligro en retroceder que en marchar adelante” (Circular al Cuerpo Diplomático, Buenos Aires, 24 de septiembre de 1868). También el general Garmendia sostenía que encontraba “el origen de la electricidad que dio vida al valor y constancia del soldado paraguayo” en “el terror” y “la disciplina feroz”¹. En la misma línea, Castro (*Historia* 215) sugiere que la propia represión y el temor a las delaciones explica que el pueblo siga a López en su camino de destrucción². Por su parte, Doratioto (“Construção”) señala: “Solano López foi chefe militar incompetente. Esse fato foi, porém, compensado pela disciplina do soldado paraguaio, mantidas quer por sua bravura, quer pelo clima de terror a que era submetido”. Así, *Caballero* presenta a los soldados paraguayos peleando con valor, pero condicionados por el miedo a un tirano que ha puesto en marcha una justicia que, como veremos al analizar las supuestas conspiraciones que narra *Caballero*, no busca establecer la verdad sino provocar el miedo.

Por lo que hemos apuntado hasta el momento, podría pensarse que Guido Rodríguez Alcalá desprestigia a los paraguayos para tomar partido por el bando aliado. Nada más lejos de la verdad. Como la contienda se narra desde el frente paraguayo, es éste el que recibe mayor cantidad de críticas pero el autor nos hace ver que tampoco los aliados se comportaron mucho mejor. En primer lugar, carecían de organización, y les faltaba el apoyo de la población. Por eso, Benigno argumenta:

En sus países les decían que no hacían nada, tenían que demostrar que hacían; también estaba eso de que habían perdido el entusiasmo, porque una vez que nos echaron de la Argentina y del Brasil ya la mayoría no quería más la guerra; decían que se podía terminar con el asunto, que ya no éramos peligro. También tenían problemas de logística, porque su centro estaba en Corrientes, pero nunca llegaban las provisiones ni las armas que mandaban de Buenos Aires y de Río (65-66).

Además, Argentina y Brasil eran países enfrentados, que se unieron exclusivamente para la guerra. Como explica el personaje, esas diferencias hicieron que fueran incapaces de llegar a acuerdos:

Los enemigos se pelearon entre ellos. En realidad se peleaban todo el rato, porque el comandante en jefe era [...] Mitre, [...] pero los brasileros [sic] ponían más plata y la flota era de ellos, y la flota no tenía por qué obedecerle al generalísimo, de acuerdo con ese su tratado de la Triple Alianza; después los uruguayos que eran muy pocos pero que también eran aliados querían opinar y eso no les gustaba demasiado a los brasileros [sic]; si ellos no le hacían caso al generalísimo Mitre, ¿por qué tenían que escucharle a un pobre tipo como Flores, que ya estaba gastando todos sus pocos soldados? [...] Todos los días estaban de deliberaciones [...] pero nunca se ponían de acuerdo [...] y mientras tanto aprovechábamos nosotros para hacer las trincheras (77-78).

La peor parte de las críticas se la llevan los brasileños, que suelen aparecer como cobardes (“Porto Alegre tuvo miedo”, 79; “Tamandaré [...] no sé si el tipo se equivocaba o si tenía miedo”, 81; “necesitaban demostrar que eran valientes”, 83). Su imagen de

¹José Ignacio Garmendia, artículo en *La Nación* (Buenos Aires), al que responde Domínguez, el dos de marzo de 1907, con una carta en *Los Sucesos* (Asunción), que se reproduce en *El alma de la raza* 44-49.

²Rivarola Matto (*Diagonal de sangre*, 203) dice explícitamente: “hay algunos que, dando la guerra por terminada o pensando que ya han tenido suficiente, se dirigen a sus valles. Si son atrapados se los fusila sin apelación. López no quiere oír nada a favor de estos hombres, a los que considera desertores”.

ineficientes llega hasta el punto de que Caballero los considere sus colaboradores (“Dios y Caxias nos ayudaron” 125; “también nos ayudaba Caxias, ese buen señor” 184). Aunque los aliados poseen más hombres y mejores armas, son incapaces de actuar con la rapidez necesaria, pierden las oportunidades que se les presentan, y no planean bien sus ataques. Tanto es así que, cuando aciertan, logran sorprender al ejército paraguayo:

Después de haber visto la pereza de los negros, ¿quién diría que podrían decidirse a hacer un camino de tantos kilómetros [...]? Nadie. Lo normal era pensar que seguirían otros dos años perdiendo el tiempo como en el cuadrilátero [...] después de haberse comportado como tontos desde 1865, nadie podía prever que tuviesen una idea aceptable justamente ahora en el 68 (118-120).

Este humorístico comentario del personaje se justifica porque los aliados rara vez saben aprovechar sus victorias.

Sólo en dos posiciones se podía desembarcar: en Curuzú y en Curupayty [...]. Entonces Porto Alegre con unos 10.000 hombres desembarcó en Curuzú el 2 de septiembre, y allí les volamos su mejor acorazado con un torpedo [...]. Pero mientras tanto nos dieron un buen susto, porque Curuzú no estaba bien defendida [...]. Eso fue el 3 de septiembre, la única vez que nuestros soldados se corrieron [...] si tomaban Curuzú podían entrar tranquilamente hasta Humaitá o hasta Paso Pucú, donde estaba el PC de nuestro Mariscal. Los 10.000 de Porto Alegre bastaban para eso, por lo mal que estábamos; pero si no bastaban podían traer unos cuantos negros más de Tuyutí para cargarnos entre todos, porque los paraguayos del cuadrilátero no éramos muchos más de 15.000 en total, mientras ellos seguían reponiendo sus bajas, y para esa época andarían por los 50.000 hombres... Es una suerte que Porto Alegre tuvo miedo, que dejó pasar unas semanas antes de atacarnos, porque mientras tanto pudimos mejorar un poco las fortificaciones por ese lado (79-80).

En *Diagonal de sangre* (Juan Bautista Rivarola Matto, 161), se nos da otra visión de los hechos:

El tan vilipendiado almirante Tamandaré tiene razón: ¿qué se adelantaría con que unos cuantos acorazados forzasen el paso de Humaitá, aunque pudieran hacerlo sin que fueran hundidos la mitad de ellos y malamente averiados los demás? ¿Qué harían una vez que estuviesen al otro lado, sin medios para abastecerse de municiones, combustible y alimentos, y de reparar sus averías? López sabe que los marinos brasileños sospechan que los argentinos insisten en que se emprenda una operación inútil y temeraria, si no suicida, porque desean ver destruida la tropa imperial.

Caballero prefiere autoencumbrarse a plantearse semejante posibilidad, pero es incapaz de demostrar al lector que los éxitos paraguayos sean fruto de la inteligencia y de la pericia. Más bien, parecen el resultado de la suerte y la incapacidad de los aliados:

Las trincheras eran de primera porque las hice yo con mis soldados [...]. La sorpresa fue el 16 los encorazados [sic] toman posiciones [...]. Pero por suerte comienza a llover, y entonces suspendieron el bombardeo, y nosotros aprovechamos para seguir cavando [...]. Tamandaré [...] era su trabajo, como almirante de la flota que tenía los cañones más grandes, bombardear un poco nuestras trincheras [...] no sé si el tipo se equivocaba o si tenía miedo, pero el asunto es que comenzó a tirar desde lejos, por elevación, y nosotros le dejamos tirar esa *duas horas*; [...] y entonces pensó que había silenciado nuestra artillería, y entonces dio la orden [...] para que los macacos avancen (82).

Las palabras en cursiva corresponden a la frase de Tamandaré “in duas horas descangalhare tudo isso”. En *Diagonal de sangre*, se recoge así esta anécdota:

Los jefes de la Alianza estaban convencidos de que una victoria decisiva estaba al alcance de la mano; pero, no lograban ponerse de acuerdo sobre cuál de ellos coronaría su frente de laureles. Perdieron un tiempo precioso [...]. El almirante Tamandaré se comprometió a destruir las fortificaciones de Curupayty antes del asalto: “in duas horas descangalhare tudo isso” (195).

Como señala Castro (*Historia* 187), Caballero esgrime como argumento la cobardía de Tamandaré, y así obvia la explicación racional del fracaso del bombardeo, que Centurión relata de la siguiente manera:

A las 12, los encorazados [sic] Barroso, Brasil y Tamandaré levaron ancla y siguieron aguas arriba, a fin de barrer la retaguardia de nuestra trinchera; pero debido a la altura de la barranca, aquélla no era visible, de suerte que la mayoría de sus tiros fueron por elevación. (*Memorias* II 217).

Al narrar la batalla de Humaitá, el propio Caballero reconoce que es la falta de organización de los aliados lo que prolonga inútilmente la contienda:

El 22 de febrero (me parece) están frente a Asunción [...] y se quedaron un buen tiempo más sin bloquear el río como se debía. Si lo bloqueaban en serio terminaba la guerra. Quiero decir que lo agarraban a López [...] porque el mariscal se retiró del cuadrilátero la noche del 3 de marzo (100).

Otro ejemplo de la falta de pericia del bando aliado se da en el capítulo que cierra la segunda parte. Una vez más, se empieza subrayando que la lentitud de las reacciones de los aliados permite a los paraguayos asentarse y fortificar sus posiciones:

En el mes de agosto, Caxias hizo de Humaitá su centro logístico [...] y después de unas semanas de vacaciones [...], se decidió a enfrentarse con nosotros, que estábamos [...] en San Fernando. Le hubiésemos esperado [...] pero siendo muy pocos y mal armados [...] decidimos mudarnos (115).

Además de mencionar su impericia, Caballero habla de la crueldad de algunos dirigentes aliados, como Gaston d'Orleans, conde d'Eu y yerno del emperador del Brasil, quien se pone al frente de los ejércitos de la Triple Alianza en enero de 1869. Es una visión que el protagonista comparte con los narradores de otras novelas. Por ejemplo, en *Diagonal de sangre* (Rivarola Matto), se dice de él: “ha inaugurado el degüello de prisioneros y el incendio de hospitales llenos de heridos” (207); y en *Buenos días, Asunción* (Marco Sgreccia), Orleans aparece como un “tirano colérico [...] capaz de asumir a mais asustadora furia animal”. Pero Caballero tiende a ver el mundo desde su perspectiva:

El bandido ese nos estaba ayudando, porque en aquel momento hubo quienes decían que la guerra ya no tenía sentido, que pensaban transar con el enemigo; pero la forma en que se trataba a los rendidos, en que violaban a las mujeres [...], en que quemaban hospitales les hizo ver que del enemigo no podían esperar nada [...]. Uno se rinde cuando tiene algo que ganar, pero cuando gana que le corten la garganta no gana nada, y entonces prefiere seguir peleando por su patria, y en especial por la superstición aquella de cierta gente del pueblo, que piensa que el que muere degollado no puede entrar al cielo -una tontería si quiere, pero que les asustaba en serio (159-160).

Así, la tiranía de López y la crueldad de los aliados aparecen de forma simultánea. Y los motivos de estos últimos para combatir al mariscal no son, como ellos han planteado, acabar con la tiranía, sino que tienen mucho que ver con razones económicas: según Caballero, el campamento aliado de Tuyutí “se había convertido en depósito y prostíbulo,

con todas las mujerzuelas y comerciantes y casas de juego” (96). Esta descripción coincide con la que de Itapurú hace Juan Bautista Rivarola Matto:

Itapurú es un vasto emporio creado por la guerra, en el que florecen la voluptuosidad y la depravación. Corre abundante el oro [...] tiene iglesia, imprenta, periódico, teatros; bulliciosas salas de baile, de juego; prostíbulos. Hay también una sucursal de la Banca Mauá [...] el primer banco extranjero instalado en el Paraguay (*Diagonal de sangre* 121).

A la vista de estas descripciones, no podemos sino coincidir con Claude Castro cuando apunta:

Comerciantes, burdeles y casinos acompañaban al ejército en campaña. Y aquella era sólo una mínima parte del comercio desarrollado durante la guerra, mediante el cual numerosos argentinos, incluyendo el general Urquiza, amasaron fortunas considerables. Así, uno se siente tentado de emitir la hipótesis de que el factor económico no fue para nada ajeno a la duración del conflicto. *Historia* (190).

Por lo tanto, los motivos de los aliados quedan en entredicho, sus acciones distan de ser coordinadas y heroicas; y la insinuación de que la guerra se prolongó para obtener más beneficios es un dato de crueldad que poco favorece la imagen de los aliados.

5. Juegos de verdad y ficción

5.1. Mentiras que parecen verdades

Incluso en los textos presuntamente historiográficos, no siempre es fácil discernir dónde acaba la historia, y dónde comienza la interpretación del historiador.

La tradición discursiva ha venido postulando desde Aristóteles que la verosimilitud es el rasgo constitutivo de la ficción mientras que la historiografía formula enunciados verdaderos [...]. Entre el discurso historiográfico y el discurso ficcional existen, sin embargo, interferencias [...]. Rüsen constata, por ejemplo, que toda historiografía es narrativa y que la ciencia histórica, con el criterio de la narratividad, se redescubre como mera literatura¹.

Esos límites son todavía más difusos en el caso de la narrativa histórica, que, como hemos visto, se define por mezclar realidad e invención. Como obra perteneciente a este género, *Caballero* se basa en unos hechos reales, pero puede permitirse la inclusión de datos ficticios. Así sucede, por ejemplo, cuando se relata la batalla de Riachuelo: el personaje narra que, la noche anterior a la batalla, López había dado una fiesta. Decimos que este detalle es una invención del autor no porque tales eventos no fueran habituales durante la guerra, sino porque, como Claude Castro ha señalado (*Historia* 167), no hay constancia de la existencia de esa fiesta en concreto. Sin embargo, la recepción resulta perfectamente verosímil: *El Semanario* describe con todo lujo de detalles la decoración, los trajes de los asistentes y el menú de numerosas fiestas similares. Y también la literatura ha recogido alusiones a estos

¹Brigitte König, “El discurso de la utopía: tensiones entre ficción e historiografía en las nuevas novelas históricas latinoamericanas”, en Sonja M. Steckbauer (ed.), *La novela latinoamericana entre la historia y la utopía*, Eichstätt, Universidad Católica, 1999, p. 79.

bailes. Por ejemplo, la novela de Concepción Leyes de Chaves, *Madame Lynch y Solano López*, dice: “se daban grandes bailes [...]. Se bailaba palomita, *London Carapé*, cuadrilla boliviana, *miriquinaró*, caledonia, y como final, *mamá cumandá*”. Y Guido Rodríguez Alcalá, en “La traidora” (*Cuentos decentes* 85-86), hace una descripción más pormenorizada de estas fiestas:

La carroza de oro y terciopelo rojo del Mariscal presidente. Llegando (¡al fin!) a presidir el baile de disfraz oficial. Él muy ceremonioso, de Carlos V, [...] sube por los peldaños de mármol del zaguán alfombrado [...] con su séquito de marqueses y de pares de Francia [...] ciñe con decoro la corona de lauros que le ofrecen las niñas asunceñas de las mejores familias y declamando poemas. Él da por inaugurada la fiesta [...] bajo el dosel de paño fino levantado sobre el trono y rematado con el escudo de armas de los López que bordamos nosotras punto por punto.

Durante el transcurso del baile que Guido Rodríguez Alcalá inventa en su novela, López se niega a recibir al capitán Meza. Ante esa situación, Meza le pide a Caballero: “no se olvide de mandarme los garfios” (33-34). Como, según los textos de la época, los garfios para el abordaje nunca llegaron a Meza¹, la anécdota se convierte en un nuevo juego de confluencia entre la realidad y la ficción, que el autor aprovecha para culpabilizar al personaje del desastre.

Otro ejemplo de este tipo de manipulaciones se produce mientras Caballero está preso, por no haber contado al mariscal lo que le había dicho Benigno. Tal situación la relata O’Leary en las páginas 103 y 104 de *El Centauro de Ybycuí*. Sin embargo, la novela y la obra supuestamente biográfica difieren al explicar el medio que utiliza el personaje para volver a congraciarse con López. *Caballero* lo narra así:

Encerrado en mi tienda [...] me ponía nervioso el ruido del cañón [...]. Por eso fue que mamá, cuando vino a visitarme, me encontró tan flaco. [...]. Yo estaba incomunicado [...] pero el guardia [...] la dejó entrar. Venía con María de la Cruz y unas bananas, [...] nos pusimos a llorar. [...] Tardó media hora en serenarse para explicarme [...]. Una operación muy arriesgada, por eso ella no quería que me manden (sabía que me pusieron en la lista) [...]. Bueno, entonces mis hermanas hablan con la Madama y ella [...] le pide ese favor [a López] [...]. Así me salvé de una buena [...] y entonces tuve una idea que me la dio María de la Cruz [...]. Ella me dijo que, igual no más, me presente en la tienda de López como voluntario y eso fue lo que hice (48-50).

De ese modo, es la madre de Caballero quien le informa de la intención de atacar a los aliados en la isla Purutué para recuperarla. Desde diciembre de 1865, los aliados se encontraban frente a Paso Patria y, tras la reunión del 25 de febrero, habían decidido emprender la ofensiva, que se llevó a cabo en marzo. Los brasileños consiguieron conquistar la isla de Purutué el seis de abril de 1866, alcanzando una posición que les permitía controlar el fuerte de Itapirú. En ese contexto, como señala la madre de Caballero, la operación de los paraguayos resultaba “muy arriesgada”. Por eso, el personaje no impide que su familia interceda por él y, cuando se sabe a salvo de participar, se vale de las ideas de su hermana: rompe su arresto, y se presenta como voluntario ante López para congraciarse con él. La

¹Castro ha localizado varios textos que se refieren a los garfios: George Thompson (*La guerra del Paraguay*, Asunción, RP, 1992, p. 66) señala: “por un olvido no llegaron los ganchos de abordaje, y ésta fue quizá la razón porque no pudieron tomar la escuadra brasilera [sic]”; Centurión (*Memorias* I 271) dice: se olvidó de “aportar [...] ganchos, escalerillas, etc.”.

versión de O'Leary es bien distinta:

Su único visitante [de Caballero] era Enrique Solano López, segundo hijo del Mariscal [...]. Una tarde le contó que se celebraba en el Cuartel General una reunión de oficiales y que su padre tomaba parte en ella. Le dio, además, algunas noticias que, en su ingenuidad, trasuntaban que algo serio se preparaba. [...] Mil suposiciones le asaltaron. (*El Centauro de Ybycuí* 105).

Así, la visita de la madre resulta una invención que sirve para demostrar la falta de orden del ejército de López. Sin embargo, la novela recoge el fragmento de la obra de O'Leary en el que se narra cómo Caballero se ofrece voluntario (*El Centauro de Ybycuí* 107). El anacronismo de la inclusión de esa cita, que aparece en cursivas, se justifica con las palabras del personaje: “como le conté ya al maestro O'Leary, que alguna vez lo ha de contar en su libro” (50). Según ambos textos, “el mismo Enrique Solano López le llevó su espada y le anunció que su padre había ordenado su libertad. Y en seguida fue dueño otra vez del noble corazón de su jefe, que olvidó todo, para seguir amándole”.

No se trata, por tanto, de una invención baladí: la restauración del protagonista ante el mariscal, según la novela, está fríamente calculada, y no entraña ningún riesgo. Además, ni siquiera se debe a la astucia de Caballero, sino a la de su hermana, que tal vez emplea algo más que la inteligencia para salvarlo: “al borracho aquel lo fusilaron por las indecencias que había dicho contra el honor del mariscal y de mis dignas hermanas” (53). En un correo de diciembre de 2000, el autor apuntaba:

Según O'Leary, las hermanas de López se destacaban por su belleza. Según los enemigos, esa belleza fue la razón de la meteórica carrera militar de Caballero, que en 1864 era recluta y en 1868 era general. Lo leí en un artículo llamado “Paraguay 1882”, publicado en la *Revista del Paraguay*, editada fuera del país en esa fecha. [...] De una hermana de Caballero, María de la Cruz o María Saturnina de la Cruz, se dice que tuvo un hijo de López.

Por tanto, partiendo de datos reales, Guido Rodríguez Alcalá inventa episodios verosímiles, cuya finalidad es dar una imagen del personaje muy distinta de la que se obtiene leyendo la historia oficial. Otro procedimiento para conseguir este fin es la manipulación de los hechos mediante el lenguaje y el sobrentendido. Por ejemplo, la última batalla de la guerra se focaliza en la lucha de López, a quien “persiguen” los aliados hasta alcanzarle. Como no se relata directamente su muerte, y sí se hace constar su tiro en la espalda, nos queda la sensación de que López, una vez más, ha tratado de rehuir la lucha. Por si no hubiera quedado claro, la novela incluye un croquis (180) en el que se traza una línea desde el cuartel General hasta el lugar de su muerte. Sobre dicha línea se lee: “la fuga de López”. Estos son los hechos, según la novela:

Son seis hombres detrás del Mariscal López, perseguido también por el cabo Chico Diabo que le acierta en el vientre con su lanza mientras un otro negro consigue darle un tajo en la sien derecha [...]. Vivo fue la última vez que se lo vio allí en el Aquidabán; lo vieron Silvestre Aveiro y una mujer. Pero después ya está la autopsia brasilera [sic] donde figura un tiro por la espalda que recibió después (nadie sabe cuándo) porque la bala esa no tenía cuando llegó al Aquidabán ni cuando lo tomaron a la fuerza cuatro o cinco soldados quitándole su espadín con que quería defenderse porque para pelear ya estaba demasiado débil y entre todos era fácil hasta para un cobarde (179-181).

Sin embargo, nada de eso puede intuirse en el mensaje del general Cámara (“el tirano

fue derrotado, y no queriendo entregarse, fue muerto a mi vista. Intimele orden de rendirse, cuando ya estaba completamente derrotado y gravemente herido, y no queriendo, fue muerto”¹⁾ ni en la del Jefe Mayor del Ejército de López:

El mariscal López con su Estado Mayor se dirigió hacia el paso de abajo del [riachuelo] Aquidabán [...] fue alcanzado por un regimiento de la caballería enemiga quienes le hirieron de un lanzazo en el muslo izquierdo; en este estado apenas pudo llegar a la costa del río Aquidabán donde alcanzado otra vez fue requerido por sus perseguidores brasileños intimándole se rindiera a discreción [sic]. Al oír el Mariscal López proferir semejantes palabras, les contestó con toda la energía de un valiente que no se rendiría y que estaba dispuesto a sacrificarlo todo por su querida patria. Inmediatamente [...] recibió con heroísmo las balas de las fuerzas del Brasil, con lo que entregó su vida al creador².

Como vemos, las sutiles divergencias respecto a la verdad que se dan en esta obra de ficción tienen siempre una justificación literaria; y un propósito de condicionar al lector, hasta conducirlo a una tesis contraria a la del revisionismo.

5.2. La manipulación temporal

Según Gullón (“Discurso” 69), una de las principales diferencias entre la historia y la novela histórica es el uso del tiempo en el relato: “la historia necesita del orden, de la lógica, en caso contrario la gente no lo entiende como historia sino como ficción”. *Caballero* no es una novela lineal: como vamos a analizar, la manipulación temporal se convierte en uno de los recursos utilizados por el autor para transformar la materia histórica en literaria. Además, este desorden cronológico vuelve a vincular *Caballero* con la “nueva novela hispanoamericana” porque, como destaca Pedro Ramírez Molas, “lo que la ‘nueva novela’ implica esencialmente es la sublevación contra el espíritu de geometría en la linealidad”³.

En la novela histórica actual suele existir una superposición de tiempos históricos diferentes. En el presente histórico de la narración inciden otros tiempos del pasado o anacronías deliberadas, para sincronizar el momento histórico con lo que sucederá posteriormente. La ruptura de la cronología [...] trasciende el simple trastocamiento del orden secuencial de los episodios, porque en realidad estamos ante una negación de la temporalidad real (Peiró, Tesis).

Al caracterizar la novela histórica tradicional, König (“Discurso” 82) explicaba: “un narrador [...] practica una narración coherente, ordenadora y sabia [...], está en posesión de la verdad histórica [...], anula la distancia del lector respecto de los acontecimientos relatados”. No sucede así en *Caballero*: el discurso del personaje aparece intencionadamente desordenado, lleno de prolepsis y analepsis que dificultan que el lector interprete los hechos de un modo distinto al que el autor persigue. La falta de linealidad permite que el relato que

¹Emiliano O’Leary, *Historia de la guerra*, Asunción, Carlos Schauman, 1992, p. 461.

²Isidoro Resquín, *Datos históricos de la guerra del Paraguay contra la Triple Alianza*, Asunción, El Lector, 1996.

³Pedro Ramírez Molas, *Tiempo y narración (enfoques de la temporalidad en Borges, Carpentier, Cortázar y García Márquez)*, Madrid, Gredos, 1978, p. 205.

Caballero hace de la guerra de la Triple Alianza¹ esté siempre al servicio de su propia historia. Incluso, la primera de sus tres partes transmite una cierta sensación de caos temporal que parece debido al carácter oral del discurso. Pero, si analizamos mejor sus siete capítulos, comprenderemos que dicho caos tiene una motivación más profunda: el autor ha postergado la narración de la Campaña del Mato Grosso, con la que empezó la guerra, para narrarla después de la Batalla de Riachuelo. Esto evita que el lector pueda considerar que la victoria de Paraguay es plausible. En este sentido, podemos afirmar que Guido Rodríguez Alcalá ha sabido aprovechar los recursos usados por los escritores más innovadores. Según Joan Oleza, “la descomposición de la continuidad temporal operada en las obras de Joyce, Proust y Virginia Wolf, ofrece un reto y una oportunidad a los narradores históricos”². El caos de *Caballero* es aparente y consciente: tiene la finalidad de obligar al lector a percibir la guerra en función de los actos del personaje; y permite al autor diversas estrategias para mezclar la realidad con la ficción. Como apunta Claude Castro:

Quando se toma una anécdota de la “pequeña historia”, se la conserva intacta en sus grandes líneas, y es sobre esa estructura que se injertan los elementos ficticios; cuando se integra un elemento ficticio a un acontecimiento histórico, se lo recubre de un “barniz de autenticidad” en lo posible, se le conceden características de historicidad. (*Historia* 148).

Para explicar la importancia del tratamiento del tiempo como elemento manipulador, hemos de centrarnos en la primera parte de la novela, “Mis primeros pasos o de Matto Grosso a Uruguayana (1864-1866)”: es allí donde los hechos aparecen más desordenados,

¹Aunque no resulte imprescindible para la comprensión de la novela, hemos considerado conveniente incluir una breve cronología de la Guerra de la Triple Alianza:

- 1862: Solano López y Bartolomé Mitre asumen, respectivamente, la presidencia de Paraguay y Argentina.
- 1863: el colorado uruguayo Venancio Flores, apoyado por Brasil, invade Uruguay (gobernado por los “blancos”) en abril, y provoca una guerra civil. Tres meses después, una misión uruguaya pide ayuda a Paraguay (así como a Italia, Francia e Inglaterra). López contacta con Mitre para resaltar la necesidad de la independencia uruguaya.
- 1864: en octubre, Brasil invade Uruguay. Paraguay da un ultimátum a Brasil para que abandone el territorio uruguayo. En noviembre, Paraguay toma un vapor brasileño, y Brasil corta las relaciones diplomáticas con Paraguay. En diciembre, Paraguay declara la guerra a Brasil, e invade el Mato Grosso.
- 1865: Argentina niega el permiso a Paraguay para atravesar Corrientes de camino a Río Grande. En febrero, los colorados ganan la guerra civil uruguaya. En marzo, Paraguay declara la guerra a Argentina, e invade Corrientes. El uno de mayo, Argentina, Brasil y Uruguay firman el tratado de la Triple Alianza (el ministro argentino Carlos de Castro entrega una copia a Lettson, y ésta pasa a la prensa). Mientras, Estigarribia avanza por Río Grande do Sul. El once de junio, los aliados ganan en Riachuelo, y bloquean el río Paraguay. En septiembre, Estigarribia se rinde, y comienza la fase defensiva de la guerra.
- 1866: los aliados invaden Paraguay. Sus victorias se suceden hasta la derrota en Curupaiti (22 de septiembre).
- 1867: los ejércitos aliados van cercando Humaitá.
- 1868: los aliados bombardean Asunción (22 de febrero), y ocupan Humaitá (5 de agosto), de donde López ha salido en marzo. En diciembre, López consigue escapar del combate de Lomas Valentinas.
- 1869: en enero, los aliados ocupan Asunción (que ha sido desalojada); y, en junio, se establece un gobierno provisional. El 16 de agosto, el ejército paraguayo es derrotado en Acosta Ñu. Ha terminado la fase de las grandes batallas, y se entra en una guerra de guerrillas.
- 1870: el uno de marzo, los aliados matan a López en la batalla de Cerro Corá.
- 1872: Paraguay cede a Brasil el territorio del Mato Grosso comprendido entre los ríos Apa y Blanco.
- 1876: en febrero, se firma el tratado de paz con Argentina, por el cual Paraguay cede los territorios de Misiones entre los ríos Bermejo y Pilcomayo. Las tierras entre el Pilcomayo y el Verde, sometidas a arbitrio internacional, son otorgadas, finalmente, a Paraguay. En junio, salen de Asunción los últimos soldados brasileños.

²Joan Oleza Simó, “Una nueva alianza entre historia y novela. Historia y ficción en el pensamiento literario del fin de siglo”, en José Romera Castillo et alii, *La novela histórica a finales del siglo XX*, Madrid, Visor, 1996, p. 85.

y donde ese desorden tiene una finalidad más claramente manipuladora. Tras el prólogo en el que el cronista promete contarnos la historia de Caballero, comenzamos a escuchar al protagonista. Podríamos pensar que tras la pregunta con la que empieza la novela (“¿Qué le dijo Benigno?”, 11) se esconde la voz del cronista pero, en realidad, la cuestión la plantea Francisco Solano López en una entrevista, mantenida en marzo de 1866, en la que López quiso averiguar de qué había hablado Caballero con Benigno “un 8 de enero [de 1866]” (28). López, que buscaba conocer una trama contra él, no se da por satisfecho con la respuesta de Caballero, y decide encarcelarlo (30). Al final de la primera parte, Caballero consigue ser liberado, en abril del mismo año.

Así, la anécdota de la caída en desgracia y posterior restauración de Caballero, que dura apenas tres meses, se mezcla con el relato de los acontecimientos de la fase ofensiva paraguaya en la Guerra de la Triple Alianza (1864-1866), en los que Caballero no toma parte. Por eso, los hechos bélicos se consideran globalmente, y no se relata ninguna batalla, excepto la de Riachuelo. Claude Castro (*Historia* 161) señala, además, otra consecuencia del hecho de comenzar a narrar la contienda en 1866: la derrota en Riachuelo marca el momento en el que Paraguay empieza a perder la guerra, al dejar de controlar un río que era el medio de comunicación imprescindible para el ejército paraguayo. Podríamos decir que comienza entonces la fase defensiva para Paraguay¹. Natalicio González, en el mismo artículo en el que afirma que López “se despoja de los caracteres humanos”, da la siguiente visión del transcurrir de la guerra:

La decisión de vencer nos llevó como águilas victoriosas a conquistar en breves días el Matto Grosso; el afán de vencer explica las invasiones lejanas hacia las tierras del sur [...]. Después... vino el delirio de la muerte. Ya no peleamos sino para cumplir la segunda parte del lema [vencer o morir], para morir con el estoicismo propio de nuestra estirpe. (“López” 11).

Si el relato hubiera comenzado en 1864, hubiera existido una percepción de la posibilidad de la victoria: en los primeros momentos de la guerra contra Paraguay, los aliados tenían problemas de organización, y avanzaban muy despacio. Buenos Aires se enfrentaba a menudo a sublevaciones de las provincias; parte de las tropas brasileñas estaban en Uruguay; y éste último país sufría una revolución. Pero el lector no asiste a esa primera fase del conflicto, sino que se incorpora a la narración en 1866, cuando fracasan las campañas de Río Grande del Sur y de Corrientes, y comienza para Paraguay una sucesión de derrotas. Para entonces, la situación de Paraguay es ya desesperada:

En Uruguayana se perdieron como 10.000 hombres. Y en los hospitales de Humaitá, Cerro León y Paso Pucú murieron como 40.000 hombres de disentería y otras enfermedades. De suerte que en el primer año de la guerra, 1865, había perdido su primer gran ejército de 64.000 hombres antes de que los enemigos atacaran al Paraguay. (Cecilio Báez, en Junta Patriótica Paraguaya 48).

El primer capítulo de la novela resume las Campañas de Río Grande (de diciembre

¹Tanto los defensores como los detractores de López han dividido la guerra en dos fases: la ofensiva y la defensiva. Aunque no hay un acuerdo sobre la batalla a partir de la cual se pasa de una fase a la otra, el momento clave para todos es a mediados de 1866.

de 1864 a septiembre de 1865) y Corrientes (de abril a octubre de 1865)¹, no como dos acciones diferenciadas², sino como dos campañas paralelas que fracasan por la impericia de los hombres que están al mando:

¹Claude Castro (*Historia* 118-119) ha restablecido de la siguiente manera el orden de los acontecimientos que aparecen en el primer capítulo:

- “- Marzo 1866. Interrogatorio de Caballero por Francisco Solano López.
- Junio 1865. El mariscal López sale de Asunción para Humaitá y ordena a su hermano Benigno que le siga.
- Marzo 1866. Invasión inminente de los aliados; situación interna del Paraguay (conspiraciones, traiciones).
- Enero 1866. Alusión a la ejecución del general Robles.
- Marzo 1866. Caballero sospechoso de conspiración.
- 1868. Arresto de Benigno López.
- Marzo 1866. Posible arresto de Caballero. Alusión a la conversación entre éste y Benigno López.
- Diciembre 1865 - Marzo 1866. Ambiente del campamento paraguayo en espera del desembarco aliado.
- Agosto 1865. Alusión a la batalla de Yatay y al modo en que los aliados trataron a los prisioneros.
- Diciembre 1865 - Marzo 1866. Ambiente del campamento paraguayo en espera del desembarco aliado.
- Diciembre 1864 - Marzo 1866. Alusión a la fase ofensiva paraguaya y a su fracaso.
- Marzo 1866. Situación de los paraguayos.
- 1865. Alusión a la primera fase de la guerra.
- Marzo 1866. Situación de los paraguayos.
- Junio 1865. Alusión indirecta a la batalla de Riachuelo.
- Octubre 1866 - Julio 1867. Agravamiento del conflicto.
- 1868. Alusión a la conspiración de San Fernando.
- 1864. Orígenes de la guerra.
- Diciembre 1864. Invasión paraguaya de Mato Grosso.
- Fines 1864 - setiembre 1865. Campaña de Río Grande del Sur y rendición de Uruguayana.
- Octubre 1865. Fracaso de la ofensiva paraguaya conducida por Robles en Corrientes.
- 1910. Alusión al surgimiento de la corriente revisionista.
- Comienzos de 1865. Entrada de Argentina en el conflicto.
- Mayo 1865. Firma del tratado de la Triple Alianza.
- 1910. Alusión al surgimiento de la corriente revisionista.
- Abril - octubre 1865. Operaciones paraguayas en Corrientes.
- Década de 1850. Evocación de la antigua amistad entre el Paraguay y Urquiza.
- Octubre 1865. Fracaso de las operaciones conducidas por Robles.
- Marzo 1866. Situación de los paraguayos.
- Octubre 1865. Fin de las operaciones en Corrientes y evacuación de la provincia.
- Marzo 1866. Situación de los paraguayos; Caballero sospechoso de conspiración”.

²Para ayudar al lector, hemos considerado conveniente esbozar los principales pasos de dichas campañas:

- Río Grande: el coronel Estigarribia sale con diez mil hombres para avanzar por el río Uruguay; desde Encarnación (Itapúa), pasando por Santo Tomé, llega a San Borja. Cercado por el enemigo, tuvo que rendirse.
- Corrientes: el general Robles, al mando de veintitún mil hombres, avanza por el río Paraná. Cuando llega a Corrientes, la ciudad ha sido ocupada por los aliados, y desalojada. Robles decide no tomar la ciudad. Es destituido y conducido preso a Humaitá. Meses más tarde, lo ajustician, acusado de haberse vendido al enemigo.

CAMPAÑA DE RÍO GRANDE

Ese *Lacú* Estigarribia con sus 12000 y pico hombres [...] donde había unos 6/7000 soldados brasileiros [sic] [...] y al principio todo parecía bien, porque avanzaba sin que nadie le diga nada y se metió en territorio brasileño tranquilamente, y llegó hasta la villa de Uruguayana, que los macacos abandonaron cuando le vieron llegar. Desde allí le dijo al Mariscal que no sabía qué hacer, que esperaba sus instrucciones. Y el Mariscal no estaba muy seguro; al fin y al cabo él se había quedado en Asunción porque confiaba en Estigarribia, pensó que un teniente coronel era capaz de descubrir sus objetivos militares con un poco de inteligencia (15-16).

CAMPAÑA DE CORRIENTES

A él [Robles] lo mandaron con 25000 hombres (que en el momento era muchísimo). [...] Así que Corrientes era fácil y en el medio quedaba la provincia de Entre Ríos, o sea entre Corrientes y Buenos Aires. Tampoco podía ser tan difícil, porque allá teníamos un amigo, el Urquiza ese [...]. Pero Robles se pasó perdiendo su tiempo (17-18).

Castro (*Historia* 154-156) ha establecido la conexión entre la narración de Caballero y *El Centauro de Ybycuí* (88-92), que también relata estas dos campañas en paralelo, y culpa a los jefes militares de no saber llevar a cabo el plan de López:

El Centauro de Ybycuí: “Y el general Robles resultó inferior a la difícil misión que se le había encomendado. Al tiempo perdido se agregó la irresolución del jefe paraguayo. Y el Emperador pudo ajustar la Triple Alianza y hasta organizar un fuerte ejército para hacernos frente. Robles llegó lentamente hasta los confines de Corrientes [...] mas no se efectuó la reunión de las dos columnas ni, menos, la entrada en el Uruguay. Vale decir que se malogró un plan de operaciones que aseguraba nuestra victoria” (91).

Caballero: “Pero Robles se pasó perdiendo su tiempo; no movió un dedo para ayudarlo a Estigarribia cuando el enemigo lo rodeó; no movió un dedo para aprovechar la sorpresa [...]. Es que con Robles estaba repitiéndose el mismo cuento que con Estigarribia: así como Estigarribia se quedó en Uruguayana sin hacer nada, Robles se había quedado por Corrientes sin tomar Buenos Aires” (17-18).

La versión de los hechos de O’Leary ha alcanzado, por la influencia del revisionismo, el valor de verdad. Y como tal la recoge Rivarola Matto en *Diagonal de sangre*:

El coronel Estigarribia, desobedeciendo instrucciones precisas, fue a encerrarse en Uruguayana, justamente en el sitio donde el enemigo podía cercarlo por tierra y agua. Fue obligado a rendirse por hambre, sin combatir. El general Robles se movió en Corrientes de manera lenta y vacilante, mantuvo correspondencia no autorizada con el enemigo; se desmoralizó, se entregó a la bebida, rechazó con grosería una condecoración que le mandó López para tratar de levantar su espíritu, estuvo a un paso de la insubordinación. Fue destituido, procesado y fusilado. No se probó que hubiera sido un traidor, solamente un incapaz (169).

El hecho de que *Caballero* incluya el final de las campañas antes de la narración de Riachuelo evita que el lector tenga conciencia de la posible influencia de esta batalla en la derrota de la ofensiva paraguaya: tras la victoria aliada en Riachuelo, a Robles y Estigarribia les faltó abastecimiento. Mientras Robles se retiraba, Estigarribia bordeaba el río Uruguay. En Mbuty (junio de 1865), cuatrocientos paraguayos resistieron a tres mil quinientos brasileños. El cinco de agosto se apoderaron de Uruguayana; pero el diecisiete, los tres mil hombres del mayor Duarte fueron aniquilados por más de diez mil aliados, y el mayor se rindió. El diecinueve de septiembre, Estigarribia, cercado en Uruguayana, también optó por la rendición. Las bajas paraguayas superaron los veintidós mil hombres. Cualquier posibilidad de ganar la guerra quedaba anulada tras ese desastre. A pesar de ello, López se

comprometió a seguir luchando para lavar el honor paraguayo.

Por el modo de Caballero de narrar los hechos, se acentúa la impresión de los paralelismos entre ambas campañas, y entre los hombres que estaban al mando de las mismas. Sin embargo, en el capítulo tres, el relato de Caballero da paso a la voz de Benigno, cuyo punto de vista coincide con el de los textos elaborados durante la contienda. Por medio de Benigno, el autor consigue que el receptor se cuestione la versión del personaje-narrador (y con ella, la tesis de los autores revisionistas). Como podemos ver por los fragmentos que se recogen a continuación, la tesis de Benigno es una reproducción de los argumentos de quienes culparon al mariscal del fracaso de esas misiones. El contrapunto narrativo se articula de manera que el lector tiende a creer más a Benigno que a Caballero (a los críticos que a los revisionistas), y comienza a dudar de la capacidad estratégica de López.

BENIGNO	TESIS DE LOS CRÍTICOS
Lo mandaron al sur con ejército grande, es cierto, pero se olvidaron de darle caballos [...]. Lo mandaron sin ponchos ni abrigo [...]. Lo mandaron suponiendo que tendría las comunicaciones expeditas con el Paraguay (29).	López [...] es responsable [...] por la suerte que tuvo [...] Estigarribia que destacó a una inmensa distancia, sin apoyo, reserva, ni retirada posible. (Centurión, <i>Memorias</i> I 325).
	Estigarribia [...] aislado e incomunicado del Paraguay, tuvo que rendirse. (Báez, en Junta Patriótica Paraguaya 47).
Lo mandaron sin decirle claramente qué tenía que hacer [...]; en esas condiciones se pasó esperando las cartas que le enviaba el Mariscal desde Asunción, que llegaban siempre atrasadas (29).	Robles estaba sujeto a obedecer las órdenes de López maquinalmente, puesto que él ignoraba cuál era la causa a que obedecía el nuevo movimiento de retroceso que se le ordenaba. (Centurión, <i>Memorias</i> I 282).
Entre los dos cuerpos de nuestro ejército había 300 kilómetros de lagunas y pantanos [...]. En todo caso, la culpa fue de mi hermano Francisco, por dividir su ejército en dos columnas para que el enemigo acabe con una y después con la otra [...], si nos quedábamos en la Argentina, nos deshacían el resto de la División del Sur (29).	Los ejércitos de Robles y Estigarribia estaban separados por la inmensa e intransitable laguna llamada Iberá [...]. Los dos ejércitos no podía comunicarse. Estaban separados por una distancia de 200 millas en línea recta [...]. Este aislamiento de Estigarribia fue un error fatal e imperdonable que López pagó con la pérdida de ese ejército. Era una operación audaz, poner el Paraná entre el ejército y el Paraguay, sin tener fortificaciones ni buques de guerra para proteger su retirada. (Thompson, <i>Guerra</i> 73-74).

Como deducimos de las palabras de Benigno, las primeras campañas de la guerra estaban, desde el comienzo, condenadas al fracaso. Tanto es así que incluso O'Leary se permite criticarlas en *El Centauro de Ybycuí*:

Creemos honradamente que fué un error, de funestas consecuencias, empezar la guerra por ahí. El éxito dependía de ir con la celeridad del rayo al Uruguay, aplastar al invasor y aliarse al pueblo redimido por las armas [...] el tiempo perdido en esta campaña robusteció al enemigo y acumuló dificultades en nuestro camino (72-73).

Además de las manipulaciones temporales, la novela se permite una manipulación selectiva: de las acciones de la Campaña de Mato Grosso (diciembre 1864 a junio 1865),

Caballero narra sólo la de Río Desbarrancado, porque fue en la única en la que participó, y porque le sirve para mostrar sus repercusiones en su caída en desgracia y posterior restauración¹. En el capítulo sexto, la anécdota de Caballero y la historia de la Triple Alianza confluyen en el tiempo por primera vez: el personaje, liberado provisionalmente, ha de llevar una carta a un piquete de comunicación en la costa del Paraná. Pero su primera participación en la guerra resulta un fracaso que hace que de nuevo sea arrestado. Al comenzar el capítulo séptimo, y una vez establecida la unión entre el personaje y las batallas del ejército, Caballero ha de recapitular:

Usted está escribiendo para la historia, mi amigo, y para que todo se entienda no tiene importancia repetir, así que le repito que ahora estamos en marzo/66, cuando me tenían a mí encerrado en mi tienda [...] 1866 era un año que comenzaba mal, así como 1865 comenzó bien [...] lo comenzamos invadiendo el Matto Grosso, donde les ganamos sin ninguna dificultad, y lo continuamos [...] invadiendo la Argentina y el Brasil en el mes de abril [...]. Pero a partir de allí comenzaron los problemas, porque en el mes de junio nos quedamos sin flota (Riachuelo); en el mes de setiembre sin Estigarribia (Uruguayana) y en el mes de octubre sin Corrientes -tuvimos que retirarnos de la Argentina y corriendo, porque o si no el resto de nuestro ejército se perdía en Uruguayana (47).

A partir de ese momento, pasamos de los resúmenes precipitados a los que el narrador nos tiene habituados a los detalles de los actos bélicos trascurridos en abril de 1866: el ataque de la isla Purutué (día 11), el desembarco de los aliados (del 16 al 18), y la evacuación del campamento paraguayo de Paso de Patria (del 19 al 23):

Desembarcaron el 16 de abril y sobre el Río Paraguay [...]. El 17 hubo otro combate y el 18 se apoderaron de Itapirú [...] los acorazados brasileros [sic] se nos pusieron enfrente para comenzar a bombardearnos en la tarde del día 19 [...]. Resquín estaba bastante nervioso porque el Mariscal no le había dejado instrucciones [...] comenzaron a bombardearnos, justo en el momento en que el Mariscal nos mandó un mensajero diciéndonos que estaba bien allá arriba y que nos reunamos con él [...]. Nos fuimos [...] al otro lado de Estero Bellaco Norte (51-53).

Como puede observarse, la visión de López vuelve a ser bastante negativa, y esta evacuación, con la que termina la primera parte, supone el final de la fase ofensiva paraguaya. Es, además, la primera vez que López huye sin dejar instrucciones, poniéndose a salvo antes de procurar por sus hombres. Aunque, en abril de 1866, los acontecimientos bélicos y la anécdota de Caballero coinciden en el tiempo, esta ruptura con el ritmo narrativo anterior no es tan fundamental como pudiera parecer, ya que la visión de la guerra está siempre subordinada a las consecuencias que ésta tiene para el personaje: las tres operaciones militares citadas son tres fracasos para el ejército paraguayo, y la segunda de ellas marca el paso del ataque a la defensa. Sin embargo, lo que el lector percibe es la “rehabilitación” de Caballero a los ojos de López, el comienzo de una “buena suerte” que el mismo narrador se confiesa incapaz de explicar.

¹Como se menciona varias veces en *Diagonal de sangre* (Juan Bautista Rivarola Matto), uno de los sistemas de castigo de López consistía en “sanciones morales como el *santo-jhú*, la caída en desgracia hasta que el culpable hiciera méritos para recuperar la confianza del mariscal” (166).

5.3. La selección de los hechos: contra la tesis revisionista

Unida a los procedimientos del desorden temporal y de la manipulación de la verdad, está la selección de los acontecimientos que se narran, que parecen elegidos con un doble fin: de una parte, el relato de la guerra se hace en función del personaje; de otra, dicho relato trata de combatir las tesis revisionistas, mostrando lo absurdo la estrategia, y de la guerra misma. Caballero llega a afirmar: “si es cierto que se murió mucha gente también es cierto que sin eso el Paraguay no se hubiera hecho famoso ni yo estaría aquí dictándole mis memorias” (57). Por afirmaciones como éstas, Castro (*Historia* 129) se plantea:

¿No es ésta, para el enunciador, una manera de decir que lo que parece ser una historia colectiva es de hecho la historia de unos pocos? La guerra del Paraguay, entonces, ya no sería la reacción unánime de un pueblo frente a la agresión extranjera, sino el medio para que “triumfen” algunos.

Esta percepción de los hechos, que se va haciendo más consistente conforme avanza la guerra relatada por Caballero, supone una ruptura profunda con la tesis revisionista que planteaba la de la Triple Alianza como la gesta heroica de todo un pueblo contra los manipulados ejércitos de sus vecinos. Según los mismos revisionistas, ese pueblo se hallaba representado en el mariscal López. Por ejemplo, Natalicio González llegó a afirmar: “López era la patria”; y esta frase se convirtió en uno de los tópicos del discurso revisionista. Así, el diario *Patria* del primero de marzo de 1991 (centenario de la muerte de López en Cerro Corá) reproducía esa afirmación en su editorial.

El mismo Caballero parece consciente de la importancia de la identificación entre López y la patria. Por ejemplo, la campaña de Lomas Valentinas se anuncia como un fracaso. Según el propio López, era la última oportunidad para luchar por la independencia, el momento en que el pueblo paraguayo, encabezado por su mariscal, se sumiría en un sacrificio mortal que demostraría al mundo su honor y sus razones:

El mariscal nos mandó uno de sus discursos de los que nos hacían llorar; dijo que después de haber peleado tan valerosamente y contra un enemigo tan superior en fuerzas, carecía de sentido desfallecer a último momento, huyendo o desertando vergonzosamente. Los ojos de la humanidad estaban puestos en nosotros; todos habían seguido con entusiasmo, con interés, con admiración, el desarrollo de esta lucha titánica del pueblo paraguayo por su dignidad y su independencia, no era cuestión de quedar en ridículo. Él nos prometió otra vez morir a la cabeza del ejército¹ y nosotros le prometimos otra vez seguir su ejemplo; él y nosotros éramos una sola persona o, si se quiere, *López era la patria*, como ha dicho uno de nuestros pocos filósofos (117).

Como señala Claude Castro (*Historia* 215), esos discursos de López, a los que sumaba toda la prensa del momento, creaban en el pueblo “la sensación de pertenecer a una

¹En la novela de Leyes de Chaves, *Madame Lynch* (354), López declara algo similar: “permaneceré en mi puesto hasta la muerte -imbuido en su mesianismo romántico y rebelde, López comprometía su destino personal”. Manuel Domínguez (“El juramento del héroe”, *Guarania*, 20 de marzo de 1935) hizo un listado de las veces que López repitió esa promesa: antes de comenzar la guerra, le dijo a su madre: “juro morir con mis últimos soldados” (junio de 1866, Palleja, *Memorias*); según Washburn (*Historia*), en el cuartel general de Paso-Pucú, declaró: “antes que aceptar el tratado secreto, sucumbiré al frente de mi última guardia. Sólo los huesos han de quedar en mi Paraguay y mis enemigos apenas han de tener la satisfacción de contemplar mi tumba”; al recibir la espada con que le obsequiaron las damas de Asunción, prometió: “vencer o morir antes que envilecer esta espada” (25 de diciembre de 1867, Resquín, *Datos*); en Piquysyry, pronosticó: “salvaremos la patria o una ancha losa reunirá nuestras cenizas” (16 de octubre de 1868, Maíz, *Etapas de mi vida*); y en la carta a su hijo Emiliano (enviado a estudiar a Richmond antes de que comenzara la guerra), escribió: “si la Patria cae, yo caeré con ella”.

entidad bien definida -a una patria”, y convertían la Guerra Grande en una “gesta fundadora de la identidad nacional paraguaya”. Así lo expresa el personaje:

De cualquier manera, hicimos una resistencia tan heroica que hoy en día todo el mundo sabe que el Paraguay es ese país del mundo que enfrentó a la Argentina, el Brasil y el Uruguay en la guerra más grande de América Latina. Eso nos dio una dignidad, una... ¿cómo decirlo?... ¡Gracias joven!, una identidad nacional... ¡Qué palabra tan linda! Se nota que usted es historiador (118).

La “identidad nacional”, a la que tantas veces han recurrido revisionistas y dictadores, está basada en la idea de que la Triple Alianza fue la lucha de un pueblo libre, liderado por un hombre justo, contra un imperio esclavista como el brasileño. Sin embargo, el autor de *Caballero*, en su afán de destruir estos mitos, hace decir a su personaje: “el Mariscal aprovechó para meter en el ejército unos 6.000 esclavos del estado” (74). No es un dato inventado, ya que la existencia de la esclavitud está atestiguada en el Paraguay de aquellos tiempos: Gutiérrez Escudero (*López*) da el año de 1867 como la fecha de la liberación de los esclavos para incorporarlos al ejército. Además, Doratioto (“*Construção*”) se basa en Pla (*Hermano negro*) para establecer que el número de esclavos en Paraguay era de unos veinticinco mil; y en Salles (*Guerra do Paraguai*) para decir que el diez por ciento del ejército paraguayo estaba integrado por esclavos.

Otro de los argumentos revisionistas es el de que la guerra llevó a la destrucción del país porque los aliados imposibilitaron un acuerdo de paz. En la novela, López consigue retrasar un ataque enemigo solicitando una entrevista con Mitre. El doce de septiembre, en Yataity Corá, el mariscal dice estar dispuesto a terminar la guerra si no se cumple el tratado de la Triple Alianza. Según Gregorio Benítez, López le dijo a Mitre: “hoy creo que la sangre derramada ya es bastante para lavar las ofensas con que cada uno de los beligerantes se creyese agraviado, y considero que puede hacerse que esta terrible guerra tenga un fin”¹. Según Manuel Domínguez (“*Juramento*”), las palabras de López fueron: “antes que aceptar el Tratado Secreto, me defenderé hasta mis últimas trincheras”. En todo caso, Bartolomé Mitre no podía garantizar la ruptura del tratado sin contar con los otros firmantes², y el emperador Pedro II no estaba dispuesto a consentir que López siguiera gobernando Paraguay. Su retirada del cargo era condición *sine qua non* para cualquier acuerdo. Los hechos históricos se recogen en la novela de la siguiente manera:

Si terminamos nuestras trincheras a tiempo fue gracias a nuestro jefe [...]. Él se dio cuenta de que no nos quedaba tiempo para las fortificaciones y entonces tuvo una idea genial: pedirle una entrevista a Mitre para ganar tiempo [...] cuando el mariscal le habló de paz, el cobarde ese aprovechó la ocasión, y eso aunque ese Tratado de la Triple Alianza le prohibía hacer la paz por separado [...] pero lo que pedía Mitre era imposible: que se vaya el mariscal. *Eso*, le contestó mi jefe, *sólo será posible cuando me hayan matado el último soldado* (81).

La visión de la historia que obtiene el lector por medio de este relato es que López usó

¹Gregorio Benítez, *Las primeras batallas contra la Triple Alianza*, Asunción, Talleres Gráficos del Estado, 1919, p. 229.

²El artículo sexto del Tratado dice explícitamente: “Los aliados se comprometen solemnemente a no dejar sus armas sino por mutuo acuerdo hasta tanto que hayan concluido con el presidente del gobierno del Paraguay, ni tratar con el enemigo separadamente, ni formar ningún tratado de paz, tregua, armisticio o convención cualquiera para poner fin o suspender la guerra a menos de haber un perfecto acuerdo de todos”. (Thompson, *Guerra* 241-245).

la conferencia con Mitre para ganar tiempo. Sin embargo, en la novela de Concepción Leyes, se reproduce la versión oficial: López parece dispuesto a la paz que hubiera supuesto su continuación en el poder y la libertad en Paraguay. Sólo la intransigencia de Mitre lo impide: López le dice a Elisa Lynch “si pudiera persuadirme de que puedo también servir a la causa de mi patria intentando la paz, trataría de evitar la desolación devoradora”, y ella le responde que, en las condiciones en las que están, “se puede hablar de paz sin sonrojos”. Siguiendo su consejo, López convoca a Mitre:

El uno [Mitre] aspiraba a la destrucción de un hombre y a federar una nación y López soñaba con países libres, que se respetasen mutuamente [...]. López exigía como condición de paz, la renuncia al tratado secreto. Mitre proponía que López se retirase al extranjero y dejara un sucesor que negociara la paz con Alianza. La estrechez de miras del hombre que se jactaba de manejar tan bien la pluma como la espada, determinó el fracaso de la entrevista. Ganó la partida a favor de la guerra, y se retrasó cien años la evolución americana. (*Madame Lynch y Solano López* 351-353).

Como se puede observar, el autor de *Caballero*, al contrario que otros novelistas paraguayos, toma partido por la versión de los hechos más alejada de la historiografía oficial. De ese modo, el personaje de López no puede ya aparecer como un gran héroe conductor de masas, sino como un egoísta, capaz de sacrificar a todo un pueblo con tal de mantenerse en el poder. Es la misma impresión que nos transmite en el capítulo titulado “De las largas vacaciones militares que tuvimos después de Curupayty, porque los otros se quedaron quietos como un año”, donde Caballero comienza a narrar la infructuosa mediación de la diplomacia extranjera para terminar con la guerra:

Los aliados [...] prometían respetar el país [...] decían que para firmar la paz era necesario que el mariscal se vaya del país; que se vaya a Europa o donde quiera, que se lleve todo lo que quiera [...]. Pero esto no podía ser, como le dijo López, porque *si a mí me ha elegido el pueblo paraguayo, solamente el pueblo paraguayo puede decirme que me vaya, esa es la única opinión que cuenta, y como el pueblo paraguayo me apoya, no puedo abandonarlo* [...]. Washburn le dijo que tenía toda la razón del mundo, pero que los otros estaban dispuestos a echarlo por la fuerza, y que entonces resultaba mejor, para que no sufra el pueblo paraguayo, terminar de una vez con esa guerra, haciendo ese sacrificio; pero entonces López le contestó que si querían echarlo que lo echen, pero hasta el momento no parecía que podían (87).

El ministro norteamericano Washburn¹ (no se sabe si por salvar a los paraguayos o a cambio del dinero ofrecido por Caxias) garantizó la independencia del país a cambio de la retirada de López del gobierno. Entonces, se comenzó a pensar en nombrar a Benigno presidente. López declaró: “estoy hasta ahora dispuesto a tratar de la terminación de la guerra sobre bases igualmente honorables para todos los beligerantes; pero no estoy dispuesto a oír una intimidación de deposición de armas” (*Proclamas* 185, tomado de Guido Rodríguez Alcalá, *Ideología* 46). Como ya hemos señalado, las razones de López para rechazar el abandono de su cargo (“a mí me ha elegido el pueblo”) han sido contradichas en la propia novela, donde se ha expuesto que el mariscal “había estado ensayando para la presidencia desde chiquito” (21). Si la presidencia de López aparece así cuestionada, otro tanto ocurre con imagen que los revisionistas han difundido sobre Caballero, convertido en

¹Cuando Asunción fue evacuada, Charles Washburn se hizo cargo de los bienes de muchas familias paraguayas, dejados en depósito en la legación norteamericana.

sucesor del mariscal¹. El capítulo de la novela titulado “De cómo me convierto en el sucesor de López (designado por él)” se dedica a las confidencias que López hace a Caballero:

Al Mariscal nadie lo comprendía, ni siquiera la gente de su propia familia; eso él solía decirme:
 - Siempre me consideraron como un extraño; era mi propia familia que me tenía envidia y en especial mis hermanos porque mientras ellos disipaban vergonzosamente su juventud en las frivolidades típicas de su edad yo [...] desde mi adolescencia me preparé a gobernar, encargándome de los asuntos de mi padre, y fue precisamente por eso que mi señor padre se decidió a nombrarme su digno sucesor [...]². A los dieciocho años ya tenía sobre mis espaldas toda la carga del gobierno: era ya el principal colaborador de mi padre. Todo el día y buena parte de la noche me los pasaba leyendo, trabajando [...]. No tenía maestros y tuve que improvisarme gobernante y después soldado [...] generalísimo antes de los veinte; una responsabilidad tan grande incidió decisivamente en el carácter, hasta el punto de adquirir un aire un poco grave para mis años; un aire que no era de arrogancia sino de responsabilidad. Mas no lo comprendieron así mis hermanos, que me llamaban “mi general” en vez de Francisco. Hasta mi propia madre, que me quería tanto, comenzó a burlarse de mi decidida vocación militar por la mala influencia de mis hermanos- ella que se había puesto tan contenta cuando me nombraron comandante en jefe siendo tan joven. [...] una vez me dijo que su verdadero hermano era yo [...] yo solamente podía asistirle en todo y hasta “velar su sueño”, como dijo O’Leary, porque el pobre lo necesitaba porque de noche daba grandes gritos y una madrugada se despertó diciéndome que trajese mucho jabón y lejía para lavar su tienda de campaña, que la había soñado como sucia de sangre.
 Todo por culpa de los traidores -los sobresaltos digo (166).

Este fragmento, que incluye en cursiva las palabras de O’Leary, es importante por dos motivos: en él, López nombra a Caballero su sucesor; y se nos dan datos sobre el estado psíquico del mariscal. Respecto al primer punto, conviene recordar que Caballero siempre reclamó para sí la herencia espiritual de López³.

¹El diario colorado *Patria* ha reproducido en varias ocasiones, entre ellas el 26 de febrero de 1992 (“Caballero y la fidelidad a la Patria paraguaya”) y el 11 de septiembre de 1992 (“Tandey-1869”), el supuesto discurso que López dirigió a sus tropas el 16 de octubre de 1869, en Tandey: “Yo descanso en vuestra fidelidad y sé que, aun faltando en mi puesto de honor [...] no ha de faltarnos un Jefe que os enseñe el camino [...]. Si llego a morir, aquí tenéis a mi reemplazante. El general Caballero sintetiza [...], toda vuestra lealtad, todo vuestro heroísmo [...], yo os recomiendo en esta hora amarga de mi vida que lo améis siempre, como yo le amo, y que le sigáis confiados como me seguís”.

²Juan Bautista Rivarola Matto (*Diagonal de sangre*, 157) cita al Dr. Faustino Benítez para transmitir la misma idea: “se quejaba el mariscal de no haber tenido juventud. A los quince años, su padre ya le impuso cargas abrumadoras y graves responsabilidades. Poseía elevación de miras”.

³Juan Bautista Rivarola Matto (*Diagonal de sangre*, 158) reproduce un texto del Dr. Faustino Benítez que viene a negar la existencia de este legado espiritual que citan los revisionistas: “no hay noticia de alguien a quien hubiese hecho una confidencia personal”. Claude Castro (*Historia* 203-204) recoge el fragmento de *El Centauro de Ybycuí* que sirve de base a estas palabras de López (dicho texto, aparece también reproducido el 9 de enero de 1983 en el Suplemento Cultural de *Abc*): “El Mariscal López acostumbraba adelantarse algunas cuerdas a sus soldados, platicando fraternalmente durante la marcha con su intrépido lugarteniente [...]. Una noche, después de salir de Sanjajhú [...] el Centauro se vio de pronto interpelado sobre un hecho que era la preocupación constante de su vida. El Mariscal López había ido comentando adolorido la conjura recién descubierta, entrando en curiosos detalles para explicarle su situación en su familia y la conducta de sus hermanos. Yo he sido como un extraño entre los míos -le decía- me he formado solo y a nadie debo lo que soy. Apenas he tenido maestros que me guiaran. Desde niño me he aislado en mi hogar, para estudiar, para meditar, para ser lo que he llegado a ser. No he tenido juventud. A los diez y ocho años pesaban sobre mí las más serias responsabilidades y era activo colaborador de mi padre. Mientras mis hermanos disipaban su vida en frivolidades, sin preocupaciones, yo me hallaba absorbido por los más graves problemas nacionales y me improvisaba hombre de Estado, como me había improvisado militar, por necesidad. Me pasaba el día y buena parte de la noche trabajando, leyendo, despachando la extensa correspondencia oficial, resolviendo mil cuestiones, atendiendo los más diversos asuntos de (continúa...)

El liderazgo político del general Bernardino Caballero [...] es explicado por O'Leary como el resultado de un infalible golpe del índice del mariscal López, al tiempo que exclamaba: "He aquí mi sucesor". O'Leary [...] agrega un colorido decorado a este acto, a orillas del arroyo Tandey'y. Hay también un mítico galope durante el cual ambos héroes pasan revista a las tropas, a las que López dirige las palabras rituales [...]. Lo curioso del caso es que ninguno de los sobrevivientes de la guerra [...] recuerda hecho tan singular [...]. Ni Silvestre Aveiro ni el General Francisco Isidoro Resquín ni Juan Crisóstomo Centurión ni el capitán Romualdo Núñez. (Helio Vera, *Hueso* 140).

Respecto al segundo punto, López aparece como un hombre al que le cuesta distinguir entre el sueño y la realidad: por eso imagina su tienda manchada de sangre¹. En esto, la visión de López coincide con la que otras obras paraguayas, como *Yo El Supremo* (Roa Bastos), nos ofrecen sobre Francia. El mismo Guido Rodríguez Alcalá (en "El Negrito Pilar") describía así las obsesiones del primer dictador del país:

Negro, ¡Quítame ese demonio! Eso fue lo primero que me dijo [...]. Cuando le comencé a querer, yo también comencé a oír los pasos del Capitán Caballero² [...]. Solía volver con el Viento Norte, cuando al amo le daban unas fuertes migrañas [...] el Dictador [...] comenzó a convulsionarse y gritarle que volviese al infierno, pero el hombre seguía sentado al escritorio, escribiendo con pluma y sangre (10).

Desde esa perspectiva, ambos dictadores serían enfermos obsesionados por su propia crueldad. Además, según *Caballero*, en el caso de López, la enfermedad vendría condicionada por la falta de reconocimiento de su núcleo familiar. Quizá la misma inseguridad lo llevara a sentirse continuamente amenazado, y a vengarse de sus posibles opositores. La máxima expresión de tales hechos se dio en los procesos de San Fernando y San Estanislao. Para analizar el primero, conviene tener presente lo que el propio Caballero relata respecto a la caída de Humaitá en manos de los aliados:

Finalmente, un día de febrero del 68 fuerzan la fortaleza de Humaitá sin inconvenientes [...] Humaitá tenía que caer, desde luego, porque quedaron solamente 3.000 hombres con los comandantes

³(...continuacion)

gobierno, hoy en Asunción, mañana en Humaitá, después en Pilar o Encarnación, siempre en movimiento y siempre solicitado por los múltiples deberes que me había impuesto. En los últimos años de gobierno de mi padre pesaba sobre mí la dirección de la administración pública. Y así fui arrebatado a mi hogar por el destino, constituyendo desde niño un mundo aparte, completamente extraño al mundo en que actuaban los míos. Mis hermanos, sin dejar de quererme, me fueron mirando con prevención, tal vez con envidia, atribuyendo seguramente a vanidad y orgullo la seriedad de mi carácter, ya que no me quedaba tiempo para entregarme a las alegres expansiones de la vida familiar. Se acostumbraron a llamarme "general", dándome el tratamiento que se da a un extraño, tratamiento respetuoso, casi hostil, que mortificaba mi corazón. A mi vuelta de Europa aumentó más todavía la distancia que nos separaba. En la Presidencia de la República sentí ya la franca animadversión de los míos, que nunca me comprendieron y acabaron por no perdonarme mi encumbramiento, que les resultaba una verdadera usurpación. Mi pobre madre vivía en este ambiente y hubo de ser arrastrada por mis hermanos. Su voluntad era de ellos. Y ellos han hecho lo que han querido de ella".

¹En "Toro pichai" (Guido Rodríguez Alcalá, *Curuzú Cadete*), se habla del ajusticiamiento de Benigno, y se dice que fue un "crimen que siempre pesó sobre el tirano, porque Dios se lo enviaba de noche" (39).

²El capitán Caballero fue uno de los líderes de la Independencia paraguaya encarcelados por Francia. Para evitar su ejecución, se suicidó en prisión. La leyenda dice que, en los días de Viento Norte, su espíritu acudía para atormentar al dictador.

Martínez y Alén¹ para resistir a toda la negrada [...]. Pero el asunto no era resistir sino ganar tiempo [...]. López les había dicho a los defensores que resistieran hasta el 20 de julio [...]. Ellos resistieron todavía más, porque la fortaleza cayó recién el 25 de julio, después de que los defensores habían pasado más de tres días comiendo cuero y monturas hervidas y cargando los cañones con vidrio roto y nueces de coco [...]. Para reunirse tenía que cruzar la laguna Verá [...] y los aliados, que los perseguían con sus lanchas artilladas y sus baterías de tierra y el fuego de sus acorazados [...]. Los últimos que quedaron rodeados en la laguna Verá eran menos de 1.000 y otros 1.000 que flotaban como cadáveres en el agua [...] cuando llegaron los parlamentos aliados los recibieron a tiros, y solamente porque intervinieron los sacerdotes se rindieron, y entonces el general Rivas los trató con mucho respeto (99-102).

El relato sobre la resistencia en Humaitá nos muestra el intachable comportamiento de Martínez². A pesar de ello,

Dijeron que era un traidor y por eso procedieron contra su señora, la señora doña Juliana Insfrán de Martínez [...] aunque era una buena señora doña Juliana Insfrán. Entonces sí que se volvió traidor el coronel Martínez, esta vez de veras.

- *Demén [sic] una división y yo mismo le voy a matar a López.*

Así mismo les dijo a los aliados, cuando vino con el ejército de ellos (103).

El episodio sobre la traición de Martínez se explica en capítulo titulado “De ciertos acontecimientos que tuvieron lugar en el campamento de San Fernando, donde el mariscal permaneció de marzo a agosto de mil ochocientos sesenta y ocho, mientras yo seguía en el Chaco”. Los acontecimientos se refieren a la conspiración y el proceso de San Fernando, en el que fueron acusados de traición José Berges (cuyo nombre había llegado a ser barajado como candidato a la presidencia, cuando fue nombrado Solano López), Benigno y Venancio López, el deán Bogado, y varios políticos extranjeros. Ellos implicaron al general Barrios, que culpó a su mujer (Inocencia López) y a Saturnino Díaz. El tribunal condenó a muerte a Benigno López, Juliana Insfrán, el general Barrios, el coronel Alén y el obispo Palacios. La pena de Venancio (gracias a su confesión) fue permutada por cadena perpetua. Juan Bautista Rivarola Matto apunta:

No se sabe la cantidad de presos concentrados [...] pero sí la nómina día por día, de las 834 bajas producidas [...]. De estos, 403 eran paraguayos y 431 extranjeros. Fueron ejecutados o fallecieron por otras causas 438. En el trayecto de San Fernando a Villeta perecieron 167; 216 salieron de prisión para realizar trabajos en las trincheras; uno fue remitido a la capital, Mastermann y Bliss entregados a la cañonera “Wasp”, y 10 fueron puestos en libertad [...]. Tal es el resumen de las “Tablas de Sangre” del general Isidoro Resquín. (*Diagonal de sangre*, 322).

¹Paulino Alén fue amigo de Solano López desde la infancia. Era teniente cuando lo acompañó durante su viaje a Europa, con el cargo de ayudante del ministro. Parece que cuando la situación fue desesperada, pidió permiso a López para evacuar Humaitá. Ante su negativa, se disparó un tiro en la sien y otro en el vientre pero, en vez de morir, perdió la razón. Fue ajusticiado en Pikysyry.

²En “Juliana” (Guido Rodríguez Alcalá, *Curuzú Cadete*) Francisco Martínez es descrito como “un oficial severo, cortés, a veces cruel con sus subordinados. Hombre que daba y recibía órdenes sin pensar demasiado, son una sencillez mezclada de tontería y heroísmo” (18). Sin embargo, también se destaca su inocencia: “vivir varias semanas alimentándose con la carne, el cuero, y hasta las monturas de sus caballos, cargando sus cañones con nueces de coco y trozos de botella para resistir a los 40.000 soldados [...] hasta que, sin bala y sin comida, decidió replegarse porque había cumplido plenamente la consigna de demorar al enemigo [...]. Francisco López quería disculparse acusando a Martínez; quería conservar (si todavía era posible) una reputación [...]: Dios sobre la tierra (palabras de Fidel Maíz)” (18-19).

El lector de *Caballero*, que ha tenido referencias previas sobre este proceso¹, asiste al momento en que se desencadena, cuando el cuñado del mariscal dice:

- *¿Qué estarán haciendo aquellos [la flota brasileña] en Asunción?*

Una expresión *muy rara*, ¿no le parece?

En seguida se lo contaron al Mariscal, y justo cuando Bedoya pasaba frente a la comandancia sin quitarse el sombrero, y entonces S. E. le mandó un ayudante a darle unos cuantos cintarazos por irrespetuoso, y entonces el cuñado comprendió que lo habían pillado; tuvo que confesar que en la Asunción se tramaba algo y que el hermano Benigno era el cabecilla (109).

Esta versión de los hechos coincide con la relación de Manuel Palacios a Ignacio Ibarra, recogida por Federico García:

Cuando pasó la escuadra por Humaitá, el 19 de febrero del 68, Bedoya cometió la indiscreción de expresarse humorísticamente en presencia de los generales Barrios y Bruguez y del obispo Palacios: “¿Qué estarán haciendo los de Asunción?² Quien sabe si creyendo que nos hayan tomado los negros no se les antojará poner un nuevo gobierno³.”

En un nuevo caso de desorden temporal, *Caballero* no comienza mostrando los “motivos” del proceso de San Fernando, sino recordando la última vez que vio a Juliana Insfrán de Martínez:

La encontré muy triste y muy flaca [...] era muy poco lo que se podía hacer por ella -a ella le perjudicaba ese rumor sobre la traición del coronel Martínez [...] le conseguí de todos modos el espejo [...] allí pudo ver el moretón que le habían hecho sobre el ojo derecho [...] la marca que le habían hecho parecía muy profunda [...] nunca pensé que ella haya sido una traidora. Por eso en una de esas, ya mucho tiempo después, pude hablar con el padre Maíz, que había estado en ese caso, y él me dijo que, por las pruebas presentadas, habían tenido que interrogarla, pero que después se descubrió que había sido un error, porque la arrestaron sobre la base de unas pruebas, o sea calumnias inventadas por el obispo Palacios [...] lo que dijeron de la señora Juliana Insfrán es que ella se comunicaba con su marido, el coronel Martínez (105-106).

Así sabemos que Juliana fue acusada de participar en el complot de San Fernando, y ajusticiada por ello. Juliana era familiar de *Caballero*, quien, aunque no hizo nada por salvarla, dice que era una buena mujer, y revela que todo fue un error. Pero lo fundamental es que la desconfianza hacia la justicia militar, que el personaje confesaba al principio de su relato, va tomando cuerpo. El mismo padre Maíz había sido víctima de esa “justicia” al ser

¹En la página 74, *Caballero* ha dicho: “la situación de este desventurado país puede comprenderse sabiendo que [...] el gobierno no tiene más de 25.000 hombres bajo las armas, incluyendo los heridos, de acuerdo con estimaciones de sus propios partidarios y empleados. Sus propios partidarios y amigos, eso fue lo que nos preocupó demasiado, y entonces se aumentó la vigilancia y así se descubrió la conspiración aquella que se llama de San Fernando porque en ese campamento fue que se hicieron las investigaciones”.

²Según la novela de Concepción Leyes de Chaves, *Madame Lynch y Solano López*, “Benigno regresó del ejército en septiembre, lo visitó a Washburn en los primeros días de octubre, y le preguntó: ‘¿cómo están allá abajo?’”, a lo que Washburn contestó que la situación se agravaba porque ya nadie confiaba en el éxito de la guerra”.

³Federico García, “La prisión y vejámenes de Doña Juana Carrillo de López”, *El Liberal*, 1 de marzo de 1920.

acusado por Palacios¹. Y también Palacios cae en desgracia²:

Terminaron descubriendo las maquinaciones del obispo Palacios y fijese que fue el propio padre Román³, un sacerdote amigo, el que tuvo que declararlo reo por alta traición en el proceso que finalmente le hicieron [...] desde el principio de la guerra ha manifestado un espíritu contrario al sostén de la santa causa nacional [...]. Esto lo firmó el propio padre Román, que fue fiscal de sangre en los procesos de San Fernando... Sí, también el padre Maíz; los dos fueron fiscales allí, pero no había nada personal sino que Fidel Maíz cumplía con la obligación que le encargó el Mariscal (106-107).

Con esa forma de retratar los hechos, el proceso de San Fernando más bien parece un ajuste de cuentas entre los que tenían en sus manos la justicia: “se trata de una historia larga y triste, que recién se terminó el 21 de diciembre del 68, un poco antes de comenzar

¹En el capítulo seis de la primera parte, Caballero ha narrado: “En setiembre del 62 muere don Carlos, y don Francisco ocupa el lugar de su padre, pero Fidel Maíz se va a la cárcel. ¿El motivo? Las maniobras del cura Manuel Antonio Palacios, que no era nadie y que lo envidiaba a Fidel Maíz, un hombre superior. Entonces le hacen un proceso y le prueban (todo se puede probar cuando uno quiere) que leía los libros de los franceses ateos y que enseñaba indecencias a los alumnos del seminario y que hacía de todo con las señoritas... Una mentira enorme [...]. Pero Palacios era muy ladino para fabricar las pruebas, así que al pobre Maíz tuvieron que mandarle no más al encierro, y así quedó como tres años” (*Caballero*, 44). Juan Bautista Rivarola Matto, en la novela que dedica a analizar la figura de Maíz, *El santo de guatambú*, también hace referencia a que “era demasiado asiduamente visitado por una señorita de buena familia” (20), “era tenido por uno de los hombres más inteligentes e instruidos del Paraguay” (21), un “solapado librepensador de ideas lindantes con la herejía y próximas al anarquismo porteño” (136). Además, narra que tenía un cofre lleno de libros “cuya lectura está prohibida por la Iglesia -explicó-. Tengo licencia especial para leerlos, pero [...] ya me han causado demasiados trastornos [...]. No hay dos que digan lo mismo; no tienen certidumbre de la religión católica y el supremo Gobierno” (44); y que Benigno le dice: “lo que ocurre es que no eres un incondicional, usas tu propia cabeza, y aunque trates de disimularlo no siempre estás de acuerdo con él [...]. Basta para hacerte sospechoso a los ojos de mi hermano. Pancho hace culto de su autoridad” (89). El mismo autor, en *Diagonal de sangre* (193), da la siguiente versión de los hechos: “es el presbítero Fidel Maíz, uno de los hombres más inteligentes e instruidos del Paraguay. Carga grillos desde hace cuatro años por haber sugerido que era necesaria una nueva constitución que pusiera al presidente de la república ‘en la feliz imposibilidad de obrar el mal’. Una vez restituido, “declamó su fervorosa adhesión a López e hizo su apología en términos repugnantes [...]. Le atribuyó sacrílegamente atributos de divinidad”.

²En “La traidora” (Guido Rodríguez Alcalá, *Cuentos decentes*), el episodio se relata así: “El obispo [...] murió víctima de sus propias mentiras, de las conspiraciones que inventaba para complacer a López. Y murió después de la muerte de muchos. [...] los juzgó el propio padre Maíz [...]. No, no trato de justificar al padre Maíz, que se convirtió en un monstruo haciendo de *fiscal de sangre* -arrancando confesiones, dirigiendo verdugos, firmando sentencias. Pero ese era ya otro padre Maíz. No el sacerdote alto e inteligente que [...] sabía latín y hasta castellano [...] todos lo consideraban ya obispo, hasta que su Palacios lo acusó de *liberal* [...] revisaron la casa del padre Maíz y [...] encontraron esos libros, dice que prohibidos, pero el padre Maíz tenía permiso para leer. Igual no más le hicieron un proceso, dice que por *ateo* [...] esos cuatro años lo tuvieron encerrado en una celda sucia donde no podía moverse [...] lo torturaron y amenazaron [...]. Cuando al final salió ya era otro hombre [...] salió para convertirse en el *fiscal de sangre*, pero si no aceptaba lo mataban a él [...]. Entonces le llegó el turno: el negro se llevó al obispo [...] le aplastó los dedos a martillazos; lo fusilaron en diciembre del 68” (87-89).

³Además de Román, formaron parte del tribunal de sangre Vicente Ávalos, Mauricio Benítez, Silvestre Carmona, Crisóstomo Centurión, Matías Goiburú, Juan Antonio Jara, Manuel Maciel y Juan B. del Valle. En la cordillera de Amambay, al final de la guerra, éste último, pensando que López quería fusilarle, rechazó su invitación de reunirse con él. Tras la muerte de López, los brasileños acabaron con su división. Claude Castro (*Historia* 212) recoge un fragmento de *Memorias* de Centurión para explicar el funcionamiento de los tribunales: “es innegable que todas las declaraciones han sido arrancadas por la fuerza, mediante la aplicación de la bárbara y cruel tortura, cuyo medio indagatorio está completamente desterrado de la legislación y práctica de todos los países civilizados. Bajo este concepto, aquellos procesos no pueden merecer fe, y como documentos históricos, adolecen de una nulidad absoluta, tanto más cuanto que en ellos, según me han asegurado personas bien informadas, no se ha hecho constar la manera cómo fueron tratados los procesados”.

esa batalla, porque allí ejecutaron al obispo Palacios, al ministro José Berges¹, al general Barrios, al cónsul Leite Pereira, a don Benigno López y a Juliana Insfrán” (108). Esta sensación de indefensión, difundida entre la población, provoca intrigas y delaciones²: “¡Usted no se imagina las personas que estaban comprometidas! Toda la gente de plata de la Asunción, esa que le dicen la oligarquía, y también los jueces de paz y los jefes de las milicias urbanas de la campaña, porque estaba muy ramificada³” (112).

A pesar de que Caballero afirma que la conspiración existió, ningún dato de su intrincada exposición avala esa teoría. El lector percibe los hechos como una imaginación más de López⁴, a quien ha visto obsesionado con una trama para terminar con él, herido en su orgullo por la actitud de su familia. Quizá ese despecho propició las medidas que tomó en San Estanislao contra sus hermanos, sus cuñados, su propia madre⁵ y su ex novia.

¹José Berges estudió en Europa, y llevó a cabo misiones diplomáticas en Washington y Río de Janeiro. Cuando Solano López llegó a la presidencia, lo nombró ministro de Asuntos Exteriores.

²Castro (*Historia* 211) ilustra ese clima de tensión con otro fragmento de las *Memorias* de Centurión: “San Fernando [...] se convirtió en un verdadero infierno. Por doquier se echaba la vista, no veía sino presos, todas personas respetables, conocidas, y con quienes uno estaba ligado por los vínculos de parentesco, de amistad o de gratitud. Por todos lados no se escuchaba otra cosa que el gemido de los sufrimientos, los ayes del dolor y de la desesperación y los clamores de muchos inocentes que la calumnia los arrastraba y precipitaba a una vorágine infernal de donde nadie volvía a salir con vida! El estado moral especialísimo en que nos encontrábamos es indescriptible. Reinaban el terror y la desconfianza. Uno miraba y observaba, pero sin abrir la boca para pronunciar una palabra, emitir una idea generosa o inquirir sobre el destino de los reos, o saber lo que pasaba en los respectivos tribunales. Cualquier manifestación de sentimientos de caridad, de compasión o de humanidad, propia de un corazón sensible, era mirada y considerada como acto de deslealtad o de debilidad digno de un castigo. La debilidad para el Mariscal era [...] equivalente a traición o falta de energía y de patriotismo [...]. En tales circunstancias, en que toda libertad había desaparecido por completo, en que la razón se hallaba supeditada y avasallada, en que las cosas todas no marchaban por su orden natural y racional, sino por el que trazaba el capricho; en que, en una palabra, cada uno tenía la vida en un hilo, se había desarrollado un espantoso egoísmo”.

³García (“Prisión”) dice que el diario de Resquín “registra 605 víctimas, fusiladas y lanceadas [...]. El cuadro demográfico ordenado según papeles del Mariscal [...] arroja una lista de 831”.

⁴Resulta curioso constatar que, a pesar de que el balance general que se nos da sobre el mariscal López en la novela de Leyes de Chaves *Madame Lynch* es bastante positivo, la autora no duda en atribuirle “la vehemencia audaz propia de la juventud, y [...] un exceso de imaginación, perjudicial para los que deben gobernar” (256). En “Toro pichai” (*Curuzú Cadete*), Guido Rodríguez Alcalá hace que el narrador afirme: “López [...] veía conspiraciones en todas partes. Él mandó fusilar a sus hermanos por eso; martirizó a su madre y a sus hermanas por eso. Y por eso murieron también don Saturnino Bedoya, en el tormento, y don Vicente Barrios, fusilado cuando tenía ya de vivo menos que de muerto. Por eso también la conjuración de San Fernando [...] la de Concepción, que no fue tal. Ciertamente, padre, todos deseábamos la muerte del Nerón americano” (41-42). Castro (*Historia* 212-213) ha buscado en los textos de los contemporáneos de López algún dato que aclare la existencia de una conspiración contra López. Su conclusión es que, aunque casi todos los autores afirman dicha existencia, ninguno aporta pruebas de la misma.

⁵En “La traidora” (Guido Rodríguez Alcalá, *Cuentos decentes*), la protagonista sostiene: “Doña Juana [...] percibía muy bien que la guerra nos llevaba a la ruina pero no podía con su hijo, que terminó condenándola a muerte -a ella con hijos/hijas- justamente por decirle verdades desagradables” (92). La versión de los hechos de Masterman es recogida por García (“Prisión”): “en diciembre de 1868 obligó a su madre a dejar su casa de la Trinidad, en donde había permanecido brutalmente presa por cerca de dos años, e ir a Luque, [...] allí delante del altar de la iglesia, jurar que ella sólo reconocía como hijo suyo a Francisco Solano López y maldecir a los demás como rebeldes y traidores. Se excusó alegando ancianidad [...] pero el oficial encargado de ejecutarla le dijo que tenía que obedecer o morir”.

La Garmendia¹ estaba presa desde San Fernando [...] pero el mariscal le perdonó la vida porque era mujer y también porque había estado enamorado de ella [...] era la más hermosa del Paraguay [...] López estaba tan enamorado de ella que le escribía versos y aguantó que ella le diera cuatro bifés [...]. Así era la poesía que el mariscal le mandó² y que tiró al basurero la desgraciada, después de mostrarsela a todo el mundo diciendo que no valía nada (171).

Según las memorias de Resquín, la conspiración de San Estanislao “acabó con el fusilamiento de 86 individuos de tropas y 16 oficiales, entre los cuales el general Mongelós”³. Caballero narra así sus comienzos:

La cosa se pilló cuando nuestros hombres agarraron tres espías, dos hombres y una mujer Astorga, que venían enviados por el conde d’Eu para arreglar una conspiración contra la vida del Mariscal presidente. Los hombres se escaparon pero la Astorga no; a ella sí que pudimos interrogarla y confesó que estaba complotada con un oficial de la escolta presidencial, un tal Aquino, con quien la careamos y tuvo que terminar contando toda la verdad (167).

En este proceso, el tribunal de sangre juzga a la familia del mariscal, y a la que fuera su novia. Al narrarlo, Caballero no duda en tratar de desmentir las opiniones de quienes criticaron al mariscal pero, con ese procedimiento, el autor consigue que el lector participe de tales críticas:

Con el proceso de doña Juana Pabla [la madre de López] se hizo mucho lío; los brasileros [sic] después dijeron que la tenían condenada a muerte a ella con sus hijas Inocencia y Rafaela, y que tenían que lancearlas el primero de marzo, y que no la mataron solamente porque llegaron ellos al campamento, justo a tiempo. Pero no pasan de ser puras mentiras [...]. Sí, también está esa historia de la Pancha Garmendia [...] el límite llegó cuando la mujer esa se puso a conspirar contra el Mariscal López con la esposa de Marcó [...] de todos modos pensaba perdonarla, siempre y cuando

¹La figura de Pancha Garmendia ha inspirado poemas, cuentos y hasta una novela. Era hija del español Juan F. Garmendia y la paraguaya Dolores Duarte. Su padre fue ajusticiado por Francia (acusado de recaudar fondos para apoyar la resistencia antinapoleónica, le exigieron que entregara las cantidades supuestamente obtenidas; y no pudo reunir tal suma). Al poco tiempo, murió su madre. Pancha y su hermano fueron acogidos por Manuela Díaz de Bedoya. Fue cortejada por Juan Reyes, pero no llegó a casarse con él. Posteriormente, conoció a Francisco Solano López. A partir de ese momento, resulta difícil saber cuál es la verdad de los hechos. Parece que Carlos Antonio López se opuso a la boda, y podría ser que el viaje de Francisco Solano a Europa hubiera sido un modo de evitarla. Algunas versiones narran que Pancha se negó a entregar a Solano López su virginidad, y éste trató de tomarla por la fuerza, lo que originó la ruptura e hirió el orgullo de López, quien nunca se olvidó de ese amor y ese desdén (es la tesis que sostiene Maybel Lebrón en *Pancha*). Los revisionistas han descartado esta versión, argumentando que aquel episodio fue una invención de Pancha (Leyes de Chaves, en su novela *Madame Lynch*, explica: “durante años había esperado la recuperación del amor de Solano López. Cuando se convenció de que el milagro no sobrevendría, enarboló el mito de la persecución de su virtud, que los enemigos de López divulgaron”, 406).

²Igual que años después hizo Maybel Lebrón en la página 150 de *Pancha*, la novela de Guido Rodríguez Alcalá reproduce una de las cuatro estrofas de un pésimo poema (“Si alguna vez alcanzara / A coronarme rey / Mandaría que por ley / Por reina te proclamaran; / Diamantes, perlas y oro / Tú eres mi único tesoro, / En quien mi esperanza fundo, / Pues, en lo que encierra el mundo / Tú eres el ángel que adoro”), que el autor tomó de *Sobre los escombros de la guerra. Una década de vida nacional (1869-1880)* de Héctor Decoud (223-224). Aunque la novela atribuya su autoría a López, en una nota a pie de página, Héctor Decoud aclara que López lo encargó al peruano David Golas (“enfermo de la cabeza”). Jaguararé (“Caballero (IV)”) debía de desconocer este libro cuando criticó la inclusión del poema en *Caballero*: “no se alcanza a descubrir la intención de esa poesía [...] que además de no existir ni en la imaginación más caldeada no ha sido aprovechada por ninguno de los panegiristas de dicha dama”.

³Recogidas en George Frederick Masterman, *Siete años de aventuras en el Paraguay*, Buenos Aires, Imprenta Americana, 1970, p. 493.

denunciara a los demás [...] y entonces la Garmendia [...] suplicó clemencia al Mariscal. Él le contestó que ya no se podía [...] que ahora el proceso seguiría su curso normal (170-172).

Esta versión contradice la que el propio Caballero nos ha ofrecido al principio de la novela:

Equivocaciones hubo [...] como la vez aquella que tomábamos mate en la Mayoría y viene un sargento a decirle: En cumplimiento de la orden de Su Excelencia hemos ejecutado a la rea traidora Francisca Garmendia¹. Y S. E. casi se muere, porque la orden había sido de cualquiera menos de él, pero ya era demasiado tarde para resucitarla” (27).

Poco a poco, hemos ido viendo cómo se opera la selección de los hechos, destinada a desacreditar las tesis revisionistas. Conviene ahora que nos detengamos en otro propósito de la selección de los acontecimientos narrados: convertir la guerra de la Triple Alianza, a los ojos del lector, en una sucesión de errores y despropósitos. Esta finalidad es evidente, sobre todo, en las dos últimas partes de *Caballero*. La segunda parte de la novela comienza describiendo Humaitá, para que se aprecie que el ejército paraguayo se prepara para resistir el ataque de los aliados:

Humaitá era la fortaleza nuestra que quedaba sobre el Río Paraguay [...] tuvimos que reforzarla por el otro lado [...], y eso hacía que nuestras posiciones fueran impasibles porque además del arte teníamos la naturaleza; esa es una región de bosques, carrizales, bañados, esteros, pantanos y lagunas... Casi le voy a decir que nuestro cuadrilátero era como una isla [...] en el camino que llevaba a la Asunción, y por eso justamente que nos aposicionamos [sic] en ese lugar, para cerrarles el paso [...] no podían tomarlo y a pesar de sus rifles de Aguja, cañones Krupp y todo lo demás. Aunque los defensores éramos muchos menos que ellos y con fusiles a chispa, y a veces ni siquiera con eso porque los fusiles no alcanzaban para todos y muchos los equipábamos con machete o lanza y nada más [...]. No se imaginaban que la guerra iba a ser de posiciones (58-59).

Caballero está señalando uno de los grandes problemas de Paraguay (la falta de armas), que aparece también reflejado en la novela de Juan Bautista Rivarola Matto, *Diagonal de sangre* (126): “fusiles de chispa [...] lo usan para hacer un poco de humo. Pero en cada escuadra, el mejor tirador está armado con una carabina a la minié. No pelea en formación. Salta de un lado a otro y dispara cuando quiere, desde la posición más ventajosa”.

A partir de los datos del personaje (el mal equipamiento de un ejército escaso, la ayuda de la geografía), la segunda parte de *Caballero* narra las campañas de Humaitá (capítulos 1 al 6) y de Pikysyry (capítulo 7). El relato de esta fase, la más activa del conflicto, se centra en la novela en la preparación estratégica de las batallas, y en el

¹En realidad, el fin de Pancha nunca ha quedado claro: Aveiro sostiene en sus memorias que murió de inanición; Lucas Carrillo declara que sólo fueron lanceadas dos mujeres: las esposas de Eguzquiza y Recalde. Entre los que afirman que fue ejecutada, unos sostienen que López firmó la orden, y otros que no lo hizo. En la novela de Juan Bautista Rivarola Matto *La isla sin mar* (31), uno de los personajes resume así su caso: “la escatología legionaria, viciada de romanticismo, atribuyó el presunto lanceamiento de Pancha Garmendia, doncella cuarentona, a los despechos del Mariscal. Decían que la Garmendia prefirió la muerte al ultraje de su virtud. [...] Otra versión más verosímil, dicen que corroborada por el general Caballero, afirma que la Pancha fue amante del Mariscal. Lo cierto es que hubo una niña, criada por los Mazó, a la que llamaban Magdalena Garmendia, que volvió de Cerro Corá de la mano de [...] doña Pilar Frutos de Recalde”. Según otra novela de Rivarola Matto (*Diagonal de sangre*, 37), esa niña, al crecer, fundó una casa de prostitución en lo que hoy es la Avenida España de Asunción.

desarrollo de las mismas. Con ese fin, comienza a abundar la aparición de croquis y planos, que incitan al lector a considerar un absurdo la preparación de las acciones militares, muchas de las cuales terminan en fracasos. Además, el mismo Caballero justifica estas acciones no por su valor táctico sino como meras distracciones para la tropa, como medio para demostrar el valor de los paraguayos:

Nuestras bajas no importaban tanto, con tal de entusiasmar a nuestros soldados y desmoralizarlos a los otros, que fue precisamente lo que pasó, sobre todo por la fiesta que hicimos esa misma noche, que les hizo pensar a los soldados enemigos y a los nuestros que ganamos (61).

Los soldados son como los niños: a cada rato pueden ponerse tristes [...]. Por eso había que hacer algo enseguida, porque nada peor que el soldado que se está mano sobre mano sin pelear y pensando todo el tiempo (64).

Para Caballero, el hecho de “entretener a los soldados” justifica una batalla que, en *Diagonal de sangre*, se ve así: “atacar Tuyutí sería una temeridad concebible en un loco, como sinceramente están persuadidos que es el mariscal López, y sólo realizable por fanáticos aterrorizados, como creen que son los paraguayos” (293). Las conclusiones del lector son similares ante ambos textos, pero algo fundamental ha variado: mientras Rivarola Matto se inmiscuye en los hechos, Rodríguez Alcalá parece ajeno a las palabras de su personaje, que son coherentes con su forma de proceder. De ese modo, se establece la complicidad entre un autor (oculto) y un lector que se siente inducido, pero no obligado, a creer en los datos que ofrece una obra que siempre trata de mantenerse en los márgenes de lo literariamente aceptable. No obstante, el procedimiento de *Caballero* no deja de ser una manipulación más: mientras la fase ofensiva de Paraguay apenas ha sido esbozada mediante resúmenes en los que, desde el comienzo, sabíamos del fracaso final, la fase defensiva se describe con detalle. Para analizarlo, volvemos sobre un texto que ya hemos citado parcialmente:

El plan era un poco arriesgado, porque íbamos 4.000 paraguayos para atropellar el campamento aliado que tenía casi 50.000 [...] el Mariscal le dijo [...] que vaya a sablear a los negros, pero no todos juntos; Díaz, que era muy impulsivo, comenzó con la vanguardia de Flores, que era su objetivo, y se entusiasmó tanto después que siguió corriendo a los uruguayos hasta llegar al grueso del enemigo que ya lo estaba esperando y entonces nos hicieron bastantes bajas (podían habernos hecho todavía más de ser más decididos y perseguirnos en serio). Un error militar, por supuesto, pero que tampoco salió tan mal, porque lo importante fue el triunfo moral: demostrar que no les teníamos miedo (59-61).

La manipulación se opera del siguiente modo: primero, se ofrecen al lector los datos suficientes para demostrarle que el ataque es inútil; después, Caballero trata de culpar a otros del fracaso; y, por último, siguiendo la tendencia de los revisionistas, interpreta la derrota y las muertes de los soldados como un mal necesario para demostrar valentía. En otras ocasiones, el procedimiento es todavía más complicado: se comienza por señalar la superioridad del ejército aliado (“casi puedo decirle que nos gustaba ver un ejército tan lindo -quiero decir con tantos caballos, tantos cañones nuevos, tantos uniformes de primera”, 63), frente a la precaria situación de Paraguay: “allí estaba de acuerdo la familia, o sea la Señora Presidenta y las hermanas de López; todas quejándose de lo cara que andaba la carne, de lo que había que pagar por medio jarro de maíz, de que no se conseguía una cebolla por

ninguna parte” (66). Ante esos datos, se nos ofrece explícitamente la ventaja de la posición defensiva planteada por Benigno y Wisner:

Ellos tenían más apuro que nosotros en terminar la guerra. Nosotros podíamos aguantar meses y años; al fin y al cabo estábamos en nuestro país [...]. Benigno dijo que podíamos ganarles [...] siempre que nos quedásemos en la defensa. Podíamos ganarles -decía- porque conocíamos el terreno y no teníamos apuro; era cuestión no más de impacientarlos, para que se vinieran al ataque a tontas y a locas. Ellos necesitaban eso por la política, porque en sus países les decían que no hacían nada [...]. Wisner¹ dijo que, de cualquier manera, teníamos que seguir con la defensiva. No teníamos suficientes fuerzas para atacarlos, decía, y de cualquier manera podíamos aprovechar el terreno, fortificarlo a la ligera; era siempre mejor que llevar una ofensiva (65-66).

Entonces, el lector, predispuesto a creer a Benigno, ve reforzada su adhesión a los planteamientos de este personaje por los datos que el propio Caballero ha ofrecido, y por las razones del estratega Wisner. Pero, en una nueva apelación al valor paraguayo, vemos cómo se opta por la ofensiva: “el general Díaz intervino entonces, le dijo que ya le estaban cansando tantas discusiones; que parecía que ya les teníamos miedo a esos negros brasileros [sic] y que en vez de correrlos teníamos que enfrentarlos y eso le gustó mucho al Mariscal” (67). A pesar de que el lector percibe la estrategia ofensiva como un absurdo, Caballero se esfuerza en poner de relieve los errores de los dirigentes para exculpar a López, quien, una vez más, se limita a contemplar al ejército desde la lejanía.

Resquín [...] cruzó el Estero Bellaco por el lado equivocado, mientras tanto nuestro jefe lo miraba con sus catalejos y se desesperaba, pero no podía hacer nada, absolutamente nada, para salvar a esos pobres soldados que [...] caían como moscas; [...] Barrios hizo tontería tras tontería. Primero: marchó borracho. Segundo: tenía que llegar a nuestro puesto temprano pero llegó a mediodía, dándoles tiempo a prepararse. Tercero: no atacó como debía² (67-70).

Como de costumbre, Caballero no atribuye los errores a López sino a sus hombres. Y el mariscal, por encima de los logros, valora el valor de las tropas (“el Mariscal los felicitó igual a los pocos que volvieron, porque la culpa había sido de Barrios y no de ellos, que pelearon como paraguayos³). Así, quedan en entredicho las tesis revisionistas: lo que ellos y Wisner⁴ (tanto el personaje de la novela como el Wisner histórico) llaman “la batalla más

¹Solano López conoció a Francisco Wisner de Morgestern (coronel de la infantería húngara) cuando, a los catorce años, acompañó a un oficial brasileño a explorar el sur de su país para levantar una fortaleza. Por encargo de Carlos Antonio López, Wisner escribió una historia de la dictadura francista. Con el grado de capitán del ejército paraguayo, dirigió la construcción de Humaitá, y las obras que reformaron Asunción.

²La misma versión da Rivarola Matto en *Diagonal de sangre* (169): “Barrios [...] debía dar la señal de ataque a la madrugada. No llegó sino a mediodía [...]. Resquín [...] se entretuvo en sablear batallones argentinos”.

³Esta expresión apareció en *La guerra del fin del mundo* (Mario Vargas Llosa) cuando, al reproducir los pensamientos del Sargento Fructuoso Medrado (que había combatido contra Paraguay), dice que los jagunços “pelean como paraguayos”. Además, en *Diagonal de sangre* (Juan Bautista Rivarola Matto, 131), uno de los personajes confiesa: “prefiero a los indios pampas [antes que a los paraguayos]. Aunque igualmente peleadores, son mucho más juiciosos y como a cualquier humano no les gusta morir”.

⁴Claude Castro (*Historia* 182) cita este fragmento de Centurión: “en seguida, dando vuelta [López] hacia el lado donde venía el Coronel Wisner, le dijo: ‘¿Y... qué le parece de Morgenstern?’ ‘Nada, Señor, es la batalla más grande que se ha dado jamás en la América del Sud’, contestó aquél... El Mariscal, visiblemente satisfecho con esta contestación, (continúa...)

grande de América del Sur” (71) acaba de la siguiente manera:

Después del 24 de mayo quedamos destruídos [...] de los 20.000 hombres que lanzamos al asalto, 6.000 quedaron en el campo de Tuyutí, heroicamente, pero muertos; de los sobrevivientes, Steward¹, Masterman y otros médicos traidores nos mataron unos 8.000, que se los habíamos mandado muy graves; el resto quedó maltrecho, herido, disperso, vagando por los montes por dos o tres semanas antes de poder reincorporarse a nuestro ejército. Y para colmo no podíamos cavar las trincheras que no habíamos cavado antes del 24 de mayo, ahora que ya no teníamos hombres... Considerando que los otros eran unos 40.000, podían atropellarnos en cualquier momento (73).

El balance coincide con el que ofrece de R. Andrew: “probably the bloodiest battle in Latin America post-colonial history. 8000 allied and 6000 paraguayan soldiers died” (600). Además, sobre la batalla de Tuyutí, Centurión escribió (*Memorias* II 106): “puede decirse que perdimos el único [ejército] que tuvimos”. Y, en *Diagonal de sangre* (Juan Bautista Rivarola Matto, 163), se afirma: “López sabe, y se lo dirá a Mr. Washburn, que después de la batalla de Tuyutí el Paraguay no puede ganar la guerra; pero sí puede evitar que el enemigo la gane”. Similares son las palabras de López en *Caballero*: “Si en tres semanas no tenemos *novedades* -dijo el mariscal- la situación está salvada” (73). Entonces, también la táctica aliada se ve cuestionada: aunque lo lógico hubiera sido un ataque inmediato, los aliados demoran el nuevo ataque hasta julio. Según O’Leary (“Héroe”, 22), “la victoria de los aliados fue una victoria paralítica, ya que los sumió en la inmovilidad y la impotencia más absolutas”. Caballero, por su parte, explica la demora del ataque aliado “porque Dios estaba de nuestro lado”² (74), y relata cómo el ejército de López aprovecha esa pausa para reorganizarse:

Cuando comenzamos a hacer las trincheras de Ñaro y de Carapá no sabíamos exactamente para qué [...]. El enemigo se decidió entonces a atacarnos y atacó, aunque tampoco sabía para qué servían las benditas trincheras [...]. Y les dejamos tomar tranquilamente la trinchera de Carapá [...]. El 18 de julio se vinieron sobre la de arriba [...]. También les dejamos tomar esa trinchera y entonces fue que se envalentonaron: cargaron sobre la trinchera de Sauce, haciendo paso gentil esa picada de 300/400 metros bajo nuestros tiros, y los que consiguieron llegar fueron muy pocos y los echamos enseguida de allí [...] para cuando llegó el brasilero [sic] [...] casi se muere, porque [...] los aliados tenían ya como 4.500 bajas. [...] Nuestras maniobras eran perfectamente inútiles, hasta que se volvieron útiles [...]. Tonterías del enemigo [...] pero el mérito de un jefe puede consistir exactamente en eso, [...] aprovecharla para continuar una guerra que parecía perdida (74 y 76).

⁴(...continuación)

le hizo una inclinación de cabeza y replicó: ‘Pienso lo mismo que Ud.’” (*Memorias* II 98). En *Diagonal de sangre* (Juan Bautista Rivarola Matto), se da ese apelativo a dos batallas: la de Tuyutí (“la más grande librada en Sudamérica”, 162) y la de Riachuelo (“los periódicos explotaban al máximo la simpatía sentimental que despiertan los débiles enfrentados a los fuertes [...] había aparecido con grandes titulares en el ‘Express’ de Nueva York: ‘El Riachuelo. La más grande batalla naval librada en aguas Sudamericanas’, 70).

¹Steward fue sospechoso de intentar envenenar al mariscal pero el resto de los médicos no pudieron encontrar pruebas concluyentes. En diciembre de 1868, ante la desaparición de López, Steward se entregó a los aliados, y los informó de la terrible situación del ejército paraguayo. Parece que era el depositario de doscientos mil patacones del Mariscal. Al terminar la guerra, Elisa Lynch emprendió juicios contra él, reclamándole más de cuatro mil onzas de oro que, supuestamente, le había entregado en 1868. El médico se declaró insolvente.

²Esta afirmación está en contra de la visión que *Diagonal de sangre* (Rivarola Matto, 100) da sobre el conflicto. En esa obra se llega a afirmar que “en la Guerra Grande hasta Dios peleó contra los paraguayos”.

Según el relato de Caballero, la estrategia de los aliados acaba pareciendo tan absurda como la del propio López, a quien la victoria empuja hacia la continuación de la guerra tanto como lo han empujado las derrotas anteriores. Los aliados, al no actuar con rapidez, posibilitan la reorganización de los paraguayos, y la eternización de la guerra. El último capítulo de la segunda parte, titulado “de los gloriosos combates de Ytôrôrô, Avay y Lomas Valentinas, donde las tropas paraguayas se batieron heroicamente”, narra así esas batallas:

Ytôrôrô (6 de diciembre de 1868): “me dio 3.500 para que detenga al marqués de Caxias que acababa de desembarcar con 20.000 hombres. Había que perder el tiempo como sea [...]. Caxias decidió ocupar el puente del arroyo Ytôrôrô [...] acampó al lado y dejó la ocupación para el día siguiente [...]. Cuando los negros se despertaron ¡sorpresa!, encuentran una trinchera paraguaya sobre el puente [...]. La trinchera nuestra era bastante modesta, así que decidieron asaltarla [...] hasta que el Caxias carga a la cabeza de sus tropas y tenemos que retirarnos [...] después de hacerles más de 3.000 bajas” (120-121).

Avay (11 de diciembre de 1868): “Imposible detenerlo, [...] pero por lo menos podíamos debilitarlo [...]. Yo no era partidario de dar combate en Avay [...]. Pero en la mayoría estaba Germán Serrano [...] él le convenció de que sí se podía dar combate [...]. Y nos apostamos de este lado del arroyo Avay, sin demasiadas esperanzas, porque eran demasiados [...]. Nos retiramos en cuadro, ordenadamente, y cada cual mata su negro antes de ser atravesado [...] les matamos [...] más de 4.000” (121-123).

Lomas Valentinas (21 a 27 de diciembre de 1868): “para el 21 [...] quedábamos en Lomas Valentinas unos 4.000 y nada más, pero resistimos con coraje la carga de un enemigo infinitamente superior, haciéndole un número de bajas impresionante, [...] el combate [...] comenzó con un bombardeo formidable, que se llevó muchísimos soldados, y siguió por un ataque sobre nuestra derecha [...] ganaron fácilmente, y el Mariscal les dijo a los pocos que quedaron que se viniesen con él a Ita Ybaté, para dar el último y glorioso combate de la guerra [...]. Pelearon también las mujeres, pelearon todos; aunque en un momento los enemigos se pusieron como a 200 pasos de la comandancia del Mariscal, los rechazamos entre todos [...] con palos, piedras, lanzas y machetes, que terminó empujando a los macacos hacia atrás, haciéndolos retroceder hasta las trincheras (nuestras) que quedaron llenas con los cuerpos de ellos, y que pudimos limpiar de ocupantes recién para las ocho de la noche del día 21, cuando exterminamos hasta el último invasor [...]. Mariscal me dijo que reuniese todos los hombres sanos y apenas pude reunir 90 [...]. Para no ser tan groseros nos mandaron una nota [...] decía que estábamos perdidos [...]. Entonces el jefe nos reunió para consultarnos [...]. Goiburú le dice, en nombre de todos, que queremos vencer o morir [...] el 27 de diciembre, cuando nos atropellaron finalmente” (124-127).

Como puede verse, en todas quedan patente su inutilidad, las bajas que causan, y el sacrificio del pueblo. A pesar de eso, el mariscal decide no rendirse. La misma idea que López transmite a su ejército en su discurso, se reproduce en la novela mediante la inclusión de un documento de carácter histórico (la respuesta del mariscal a la nota en la que los aliados piden su rendición¹), que se inserta en las palabras del personaje:

Vuecencias tienen a bien notificarme el conocimiento que tienen de los recursos de que pueda actualmente disponer, creyendo que yo también pueda tenerlo de la fuerza numérica del Ejército aliado [...]. Yo no tengo ese conocimiento, pero tengo la experiencia de más de cuatro años de que esa fuerza numérica y esos recursos nunca se han impuesto a la abnegación y bravura del soldado paraguayo, que se bate con la resolución del ciudadano honrado y del hombre cristiano², que se

¹Los aliados enviaron una nota a López en la que le daban doce horas para deponer las armas.

²Concepción Leyes de Chaves, en su novela *Madame Lynch y Solano López* (465) nos presenta a López dedicado a la lectura de obras que han podido influir en esta visión de los hechos: “dedicaba largas horas a la lectura. Leía *Vidas paralelas*, de Plutarco, y *El genio del cristianismo*, de Chateaubriand. Salía a recorrer los prados con Elisa”. También Juan Bautista Rivarola Matto (*Diagonal de sangre*, 203) menciona este dato: “por aquel tiempo -recuerda el coronel Juan Crisóstomo Centurión-, el Mariscal de repente se dio mucho a la lectura [...] se sentaba [...] a leer el ‘Genio del cristianismo’ [...]. Sin duda buscaba distraer su espíritu, o tal vez atenuar o acallar el remordimiento de su conciencia (continúa...)”

abre una ancha tumba en su patria, antes que verla ni siquiera humillada.

Vuecencias han tenido a bien recordarme que la sangre derramada en Ytororó y Avay debía determinarme a evitar aquella que fue derramada el 21 del corriente; pero VV. EE. olvidan, sin duda, que esas mismas acciones pudieron de antemano demostrarles cuán cierto es lo que pondero en la abnegación de mis compatriotas, y que cada gota de sangre que cae en la tierra es una nueva obligación para los que sobrevive (127).

En el transcurso de la contienda, la situación de los paraguayos se ha ido volviendo más desesperada, las batallas más inútiles, los sacrificios más bárbaros. En Lomas Valentinas, la guerra parece completamente terminada: un ejército de noventa hombres se enfrenta nuevamente a los aliados el día 27. Pero López desaparece, y corre el rumor de su muerte. Entonces, Guido Rodríguez Alcalá vuelve a jugar con el tiempo del relato, y deja en suspenso la suerte que ha corrido el mariscal. Así, en la tercera parte de la novela, Caballero empieza por hablar de la ocupación de Asunción, de la instauración en Asunción de un Gobierno Provisional, de las tierras que López dejó a Mme. Lynch y que esta nunca pudo recuperar¹, de los sucesivos presidentes hasta llegar a él mismo... Sólo más tarde, el suspenso con el que se cerraba la segunda parte queda resuelto: en el capítulo titulado “De uno de los mayores misterios de la guerra”, descubrimos que López no sólo no está muerto, sino que ha decidido continuar luchando: “*No es nada, general Caballero, dijo abrazándome para calmar mi tristeza, la guerra todavía no ha comenzado*” (142-143). Por tanto, “el gran héroe” que ha sacrificado a hombres, mujeres y niños, ha huido del “último y glorioso combate de la guerra”, de la batalla en la que él mismo ha jurado morir².

Como el final de la novela narra la campaña de las Cordilleras (la retirada paraguaya de Lomas Valentinas a Cerro Corá), carente de grandes batallas, el autor puede centrarse en la vida cotidiana de los soldados y de la población civil, en la “intrahistoria” unamuniana³.

²(...continuación)

por tantos actos de difícil o imposible justificación”.

¹Parece que, antes de partir hacia el frente, López dejó un testamento a favor de sus hijos (Juan Francisco, Enrique, Federico, Carlos y Leopoldo, de Madame Lynch; y Emiliano Víctor y Avelina Constanza, de Juana Pesoa). Cuando, en diciembre de 1868, los aliados atacaron Lomas Valentinas, López redactó su segundo testamento (en el que firmaron como testigos Centurión y Aveiro), que anulaba el anterior, dejaba a Mme. Lynch como heredera universal, y le transfería tierras públicas que se encontraban, en su mayoría, en la zona disputada con Brasil. Al terminar la guerra, Juana Carrillo solicitó la anulación de dicho testamento. Elisa, desde Londres, emprendió juicios para recuperar lo que consideraba suyo. Por eso, Aponte pedía que le demostraran “que no envió fuera del Estado sus bienes al exterior, consignados a su querida” y “que no regaló a ésta hasta 3105 leguas de tierras públicas, de ese mismo territorio que él decía defender” (Junta Patriótica Paraguaya 18).

²Castro (*Historia* 195) recoge el fragmento de Masterman, un contemporáneo de López que da cuenta de su huida: “López huyó temprano, partió solo porque nadie le echase de menos: no lo advirtió ni aun Madame Lynch que había permanecido a su lado: la abandonó sin que ella supiera cuándo ni dónde había ido” (*Siete* 301). En la novela de Leyes de Chaves, *Madame Lynch y Solano López* (452), Caballero le dice a López: “si Su Excelencia se salva, todavía podemos pensar en la victoria. Monte mi caballo [...] y aléjese de este sitio”. Más tarde, Elisa Lynch se da cuenta de su ausencia, y se pone a buscarlo.

³Castro (*Historia* 144-145), en lugar de “intrahistoria”, usa el término “non événementiel” (tomado de Paul Veyne), y señala: “seis textos son de importancia capital por las informaciones que contienen para el efecto: *La guerra del Paraguay* de Jorge Thompson (1869); *Siete años de aventuras en el Paraguay* de Jorge Federico Masterman (1870); *Datos históricos de la guerra del Paraguay* de Francisco Isidoro Resquín (1875); *Memorias o reminiscencias sobre la guerra del Paraguay* de Juan Crisóstomo Centurión (cuatro tomos publicados entre 1894 y 1901); *Etapas de mi vida del padre Fidel Maíz* (1919) y *Memorias militares* de Silvestre Aveiro (sin fecha de primera edición). Con excepción (continúa...)

Y es que, tras su victoria en Lomas Valentinas, muchos consideran la guerra contra Paraguay terminada (el mismo Caxias vuelve a Brasil días después del combate). Por tanto, el comportamiento de los aliados no cambia sustancialmente respecto a lo que hemos ido viendo: de nuevo, dejan escapar a López; y el lector no puede sino preguntarse, con George Thompson (*Guerra* 211), “por qué razón Caxias [...] no persiguió a López? ¿Fue por imbecilidad, o por el deseo de sacar más dinero de la proveduría de su ejército?”. Lo cierto es que López consigue reunir doce mil soldados movilizandolos a los pocos hombres disponibles¹, y a jóvenes cada vez más niños. En mayo, los aliados, dirigidos por el conde d’Eu², vuelven a las acciones bélicas, y destruyen Ybycuí “porque los traidores les entregaron la plaza” (152). Es el comienzo de una nueva etapa de enfrentamientos que desemboca en otra retirada de López.

Para agosto del 69, [...] el conde d’Eu, de golpe aparece por Piribebuy, allá por el 10, y le dice que se rinda [...] d’Eu ataca con 50 cañones y miles de negros, y terminan conquistando Piribebuy el 12, porque los defensores no llegaban a 2000 y la posición era pésima [...] después de Piribebuy, [...] se puso a cobardear en Piribebuy, y recién ocupó Caacupé el 15, donde ya no había un alma porque nos habíamos ido a Caraguatay (153-154).

Caballero trata con detenimiento las batallas, especialmente la de Acosta Ñu, una de las más recordadas por los revisionistas, y por todo el pueblo paraguayo. El combate de los niños de Acosta Ñu, como se señala en la novela, aparece en los libros de texto a modo de ejemplo de cómo ha de comportarse un buen paraguayo:

Se libraba una de las batallas más memorables de la historia universal. [...] un ejército de niños voluntarios, de diez a quince años, hacía frente al ejército invasor. No teniendo ya el mariscal López hombres con quienes combatir [...]. Con aquellos niños se dispuso la defensa sobrehumana de Acosta Ñu, y [...] quedó en la Historia la sublime enseñanza que nos dieron esos niños con su muerte colectiva. ¡No hay bronce suficiente para ese monumento! (Domaniczky, *Acosta Ñu* 66).

Allí estaba montando guardia, esgrimiendo las rotas lanzas, un puñado de niños mancillentos [...] se lanzaron a la carga, dispuestos a consumirse sobre el ara sangrante de la Patria, a modo de tiernas materias de holocausto [...] este episodio sublime de nuestra historia [...] eternizará la memoria de

³(...continuación)

de Masterman, encargado de la sanidad militar durante los primeros años del conflicto, los demás autores pertenecían a la plana mayor del mariscal López y narran tanto el desarrollo de las grandes batallas como la vida cotidiana en los campamentos paraguayos. [...]. La alusión a los textos [...] nos permite poner en evidencia una última diferencia (fundamental, en nuestra opinión) entre la novela de Guido Rodríguez Alcalá y los escritos de los revisionistas. El discurso ficcional, aun sin pretensiones de ser ‘la realidad histórica’ se encuentra mejor presentado, desde el punto de vista documental, que el de los historiadores [...]. En numerosos casos, los pasajes tomados de otros autores, y particularmente de los contemporáneos de la guerra, no son esenciales para la comprensión del acontecimiento. En efecto, la mayor parte de las informaciones va incluida en el texto ficcional. La función esencial de estas inserciones es la de permitirnos establecer un sistema de referencia a las obras utilizadas para la elaboración de la ficción, un modo literario de ‘citar las fuentes’. Y esto es un aspecto que, paradójicamente, no se encuentra en los libros de los historiadores revisionistas”.

¹Aponte (*Junta Patriótica Paraguaya* 27) señaló: “a partir de Lomas Valentinas, López no tuvo ya ejército propiamente hablando, pues no merecían ese nombre las pocas tropas, mal armadas, que logró reunir”.

²El conde d’Eu era nieto de Luis Felipe I (proclamado rey de Francia tras la revolución de julio de 1830, abdicó en 1844), primogénito del conde Nemours, y yerno de don Pedro II de Braganza. Sustituyó a Caxias cuando el gobierno de su país lo hizo responsable de la continuación de la guerra.

nuestros niños héroes [...] ¡Acosta-Ñú, Belén del suelo guaraní, templo sacrosanto del valor y del dolor de una raza [...] eres sí, de nuestra gloria máxima el episodio sobre el cual la fama esplende sus fulgores diamantinos, y que las trompetas de la inmortalidad seguirán pregonando por el mundo, mientras mundo sea. (Artecona, *Antología* 116-117).

Sin embargo, el personaje, que no duda en adjudicarse el mérito de la lucha, desliza suficientes datos para que el lector constate que López utilizó a los niños como escudo de su huida; y que el valor de Caballero terminó justo en el momento en que había terminado en otras ocasiones: cuando el peligro se hizo real.

[López] llegó primero porque marchaba a la cabeza, pero a mí me dieron la retaguardia [...]. Él sabía que no podíamos enfrentarlos en campo abierto [...] por eso justamente fue que los veteranos y los hombres más robustos habían salido de Caacupé con poco equipaje el 13 [...] a mí me dejó puras criaturas [...] 4000 soldaditos armados de lanzas que les quedaban demasiado grandes, que tardaban media hora para cargar un fusil porque les faltaba fuerza para empujar la baqueta para abajo como se debe, con fusiles por lo demás a chispa y descalibrados -sin que yo tuviera caballería para protegerles los extremos ni artillería para frenar un poco al enemigo que para colmo se nos venía encima en varias columnas [...]. Cuatro contra veinte mil; así era la cosa...

Lo más inteligente parecía salir corriendo, pero entonces nos alcanzaban más rápido. Además, tenía la misión del Mariscal Presidente de *ganar tiempo*, hacer que la batalla dure lo más posible para que la vanguardia pueda ponerse segura, porque allí estaban nuestros verdaderos soldados, los que no podíamos malgastar¹. [...] O'Leary dice que yo era *como el escudo de nuestro ejército en retirada, contra el cual se estrellaría todo el poder de la alianza. Caería despedazado, pero [...] cuando ya estuviese a salvo el Presidente*. Así mismo es, porque la resistencia que les hicimos a los negros la recuerdan hoy con orgullo los paraguayos, que cada año recuerdan en las escuelas la batalla de los niños mártires de Acosta Ñú, esos soldaditos que ahora sirven de ejemplo y guía a los niños de edad escolar en nuestro país [...]. Pero recuérdelo bien, Raúl Amarilla; si pelearon como bravos, fue gracias a mí! [...] se nos vienen encima por todos lados, por eso solamente con dificultad puedo cumplir la orden expresa de López: *que no me deje tomar prisionero*. [...] fue la ayuda de la Virgen Santísima la que me permitió cruzar el arroyo [...] nos aguantamos la rabia de ver arder el campo como una fogata enorme donde se quemaban nuestras pobres criaturas (154-158).

Con esta última reflexión, el autor está insinuando que, en el genocidio de Acosta-Ñú, existió una responsabilidad compartida, que también han apuntado otros estudiosos. Bonalume (“Lições” 4) recuerda: “Chiavenatto [*Genocídio Americano*] acusa o conde [d’Eu] de ter deliberadamente assassinado os adolescentes feridos paraguaios ao mandar incendiar o capim seco”. Inmediatamente después, añade: “Bacchi [...] foi fazer o que poucos leitores fazem: foi à fonte. E Taunay diz esato oposto: havia balas que ainda explodiam no campo por causa do incêndio da macega ateadado, no princípio da ação, pelos paraguaios, para ocultarem o seu movimento tático”.

A pesar de lo que Caballero quiere hacernos creer, su cobardía vuelve a quedar en evidencia: sale del campo de batalla, y contempla cómo los niños son exterminados. Después, López y Caballero dan otra prueba de irracionalidad y falta de sentimientos:

¹Resulta sorprendente cómo Caballero y López se sienten con el derecho de “gastar soldados” en las batallas. Y no es sólo una visión de esta novela. En otras, que no se apartan de la historia oficial, se reproducen estos hechos. Por ejemplo, en la de Concepción Leyes de Chaves, *Madame Lynch y Solano López*, López le dice a Elisa Lynch “no me importa el número de muertos, si se llega a realizar algo significativo” (403).

brindan, y el personaje-narrador es ascendido (“sacó tres copas para tomar un vino¹ [...] pensé que era una broma, pero iba en serio; me habían ascendido [...] a general de división!”), 158). A partir del relato de Acosta Ñu, el personaje narra cómo los aliados persiguen a López por los montes de Mbaracayú y de Amambay:

El Mariscal salió de Caacupé el 13 de agosto, cuando el conde d’Eu estaba en Piribebuy; cuando el conde d’Eu llegó a Caacupé, el 15, nuestro jefe estaba en Caraguatay [...]. El conde d’Eu llegó a Caraguatay el 18; el 19 López ya estaba en camino para San Estanislao, donde nos quedamos una semana [...]. Creo que Caaguy yuru fue el 18 de agosto [...]. Salimos con el enemigo en los talones, aunque sin demasiadas ganas de alcanzarnos [...]. En Santaní estuvimos del 23 al 30 de agosto [...]. Entonces seguimos para el norte, hacia Ygatimí, donde estuvimos el mes de noviembre, y el mes de diciembre lo pasamos por Panadero, para ir después hacia la Cordillera de Amambay [...] allí hicimos una larga marcha hacia el oeste, hacia Cerro Corá [...] nuestro camino fue de aprovisionamiento, y por eso el Mariscal decidió retirarse hacia el norte cuando comenzaron a apretarlo por el sur [...] todo el mundo se preguntaba si era cierto que los brasileros [sic] y sus amigos querían destruir de veras el Paraguay. Porque con nosotros, con el ejército, no querían problemas (159-163).

A lo largo de la tercera parte, vemos como la vida del pueblo paraguayo se hace cada vez más complicada: la guerra está perdida, y todo el mundo teme la arbitrariedad del mariscal y la crueldad del enemigo, ahora dirigido por el sanguinario Conde D’Eu. Es una situación que no cesará hasta que los aliados logren matar a López. En el capítulo VII (“De nuestra marcha desde panadero hasta Cerro Corá, incluyendo el famoso combate del primero de marzo de mil ochocientos setenta”) se narra el final de la guerra:

Los nuestros tratan de acercarse para luchar con arma blanca, pero los otros prefieren aprovechar sus rifles, tirando de lejos, y así es que Centurión, que manda la partida, cae de su caballo que le mataron y él mismo con una bala en la quijada que le llevó los dientes, allí comienza el *sálvese quien pueda*² (179).

Al contrario que las novelas históricas de tipo tradicional, *Caballero* no termina al acabar la guerra en la que se centra sino que reproduce unas palabras que, supuestamente, pronunció el mariscal López, y que justifican la continuación de la historia: “*vendrán otras generaciones. Y ellas nos harán justicia, proclamarán la grandeza de nuestro sacrificio [...]. Seré puesto fuera de la ley de Dios y de los hombres [...] para llegar a ser lo que debo ser en las páginas de la Historia*” (181). Como señala con ironía Helio Vera (*Hueso* 141), el estilo de este discurso atribuido a López por O’Leary, “tiene muy poco que ver con el suyo [de López] [...]”. En cambio, el estilo rimbombante del discurso póstumo -se comenzó a repetirlo treinta años después de su muerte- se parece mucho al de Juan E. O’Leary. Casualidad, obviamente”.

Parece que, tras años de revisionismo, de estar fuera de la ley de Dios y de los hombres, *Caballero* ha desnudado a López y su guerra de los velos de la épica, para mostrarlos ante el lector con toda su carga de absurdo, de cobardía y de sacrificio inútil.

¹Jaguareté (“Caballero (IV)”), en busca de detalles para desprestigiar la obra, dice: “en 1867, ante la carencia de aquéllos [los vinos], se fabricaba, con métodos propios y locales, vino de [...] naranja”.

²Castro (*Historia* 197) señala que “sálvese quien pueda” se toma de esta frase de Centurión: “se produjo el desbande, con un *sauve qui peut*, bajo una lluvia de balas [...] sobre nuestro campamento”.

5.4. El relato de la guerra al servicio del personaje

Si atendemos a los títulos de las tres partes, podría parecer que, en contra de lo señalado, nos encontramos ante una novela lineal. Sin embargo, esos títulos parciales encierran ya manipulaciones. “Mis primeros pasos o de Matto Grosso a Uruguayana (1864-1866)” nos hace pensar que el relato de los primeros pasos del “héroe” correrá parejo a la narración de los actos bélicos acontecidos entre 1864 y 1866. Ya sabemos que, en realidad, como Caballero apenas entró en combate en esos dos primeros años, el comienzo de la novela se centra más en los avatares del personaje que en la propia contienda. Al evitar dar cuenta de las campañas en las que los paraguayos salen vencedores, se produce la sensación de que la guerra estuvo perdida desde sus comienzos. Una vez que ambas historias confluyen, ya no se necesita marcar el paralelismo entre la vida del “héroe” y la historia de la guerra. Por eso, el orden temporal se restablece en las dos últimas partes, tituladas “de Humaitá a Lomas Valentinas (1866-1868)” y “de Azcurra a Cerro Corá (1869-1870)”. Y ahí se produce otra manipulación: cuanto más desesperada es la situación de los paraguayos, más páginas se dedican a la descripción de las batallas. Así, en las dos últimas partes, aunque el orden se vea (más o menos) respetado, los hechos están narrados en función de sus repercusiones para Caballero.

Aunque parece que *Caballero* se centra en retratar la guerra, al personaje le interesa, fundamentalmente, narrar su historia. Por eso, la primera parte de la novela comienza con una pregunta (“¿Qué le dijo Benigno?”, 11) que López plantea a Caballero en una entrevista, “allá por marzo del 66” (11), y termina con la “rehabilitación [de Caballero] con el Exmo. Señor Mariscal López” (47), y su liberación “hacia el 16 de abril [de 1866]” (51). Esto explica que una anécdota de tres meses (desde la conversación con Benigno hasta la “rehabilitación”) se relate de modo disperso a lo largo toda la primera parte de la novela, entremezclada con los acontecimientos de la fase ofensiva paraguaya en la Guerra de la Triple Alianza (1864-1866), y con los recuerdos de épocas anteriores y posteriores a esos años. La lógica de unir en los mismos capítulos unidades temporales tan distintas se basa en que, debido al encarcelamiento, Caballero no participa en la guerra hasta abril de 1866. Desde su perspectiva, la parte de la contienda en la que él no ha intervenido ha de llegar al lector convertida en apenas un esbozo. Y algo similar sucede en la segunda parte: en contraste con la técnica utilizada en sus tres primeros capítulos (cada uno dedicado a una batalla), las acciones desde Curupayty (octubre de 1866) al traslado a San Fernando (marzo de 1868) se condensan en el capítulo sexto, que comienza por resumir las etapas anteriores:

En octubre/65 el ejército paraguayo volvió tranquilamente de Corrientes cruzando el Paraná y no le hicieron nada; que después de eso pasaron seis meses [...], antes de que se decidieran a desembarcar; que después de eso cobardaron frente a Curuzú, Curupayty y Humaitá, porque no se atrevían a tirarles cerca [...]. Cuando finalmente la flota se fue al norte, Mitre comenzó a organizar su ataque por tierra. Era su viejo plan, que le podía haber resultado en el 66, pero que en el 67 estaba ya un poquito viejo [...] de frente era imposible entrarnos [...] como no podíamos atacarlos de frente, les hacíamos guerrillas, matándole mucha gente; en esos meses desde julio a noviembre tuvimos una serie de enfrentamientos; ninguno de ellos era importante (93-95).

Así, el capítulo titulado “De cómo preferimos mudarnos del cuadrilátero de San Fernando, siendo nuestra mudanza el día tres de marzo de mil ochocientos sesenta y ocho” narra las batallas de Tayi (3 de octubre de 1867), Tatayibá (21 de octubre de 1867) y Tuyutí

(3 de noviembre de 1867), y el ataque y evacuación de Humaitá (16 de agosto de 1868). El siguiente cuadro recoge la información esencial sobre las mismas:

Tayi ¹ : “Esa vuelta andábamos de recorrida y los vimos cerca [...]. Entonces doy la orden de acercarnos y formar en combate y se vienen los negros encima para recibir una sorpresa [...]. Quedaron resentidos, los macacos, por eso nos tendieron la celada de Tatayibá, tres semanas después” (95).
Tatayibá: “Era el 24 de octubre, me parece [...]. Esta vez no buscábamos pelea, pero los tipos [...] decidieron juntarse entre 5.000 para encerrarnos a nosotros, que éramos unos 1.000 [...] por suerte eran demasiados y se estorban para maniobrar [...]. Entonces amenazo una carga por el frente para hacer después una conversión a la izquierda, hacia Humaitá, hacia donde nos retiramos con orden” (95-96).
Tuyutí ² : “Después de Tatayibá vino Tuyutí, la segunda batalla de ese nombre y en el mismo lugar, con la diferencia de que la segunda vez les ganamos nosotros, porque su campamento ardió por los cuatro costados y les tomamos un botín impresionante [...] yo dirigí la caballería [...] llegamos por la noche y de sorpresa [...] en el fondo nos resultó bastante fácil [...]. Tuyutí vino a ser una victoria moral, que nos compensaba un poco de la caída del fortín de Tayi ³ ” (96-97).
Otras batallas: “Nos tomaron Pilar, es cierto, pero Pilar no tenía importancia, quiero decir que seguimos en contacto con la capital con o sin Pilar. Nos tomaron el potrero Obella el 20 de octubre; eso nos perjudicó bastante, pero seguimos tirando. Nos tomaron fortín Tayi, el 2 de noviembre; allí la cosa se puso brava en serio, porque con eso nos alteraban en serio todo nuestro sistema de comunicaciones... Y conste que les salió de pura casualidad, porque ellos atacaban y atacaban todos los puntos alrededor del cuadrilátero, sin saber para nada su importancia estratégica [...]. Cayó Tayi, entonces nos rodearon por el este [...]. Pero todavía nos quedaba el camino del Chaco” (97-98).

Como se puede ver, de esos enfrentamientos “sin importancia” que Caballero mencionaba, se narran (siquiera brevemente) las batallas en las que él participa, Tayi y Tatayiba. Y esto se hace como si la segunda fuera consecuencia de la primera, y no hubiera sucedido nada más entre ellas. Sólo a continuación, se relata la segunda batalla de Tuyutí, que dio la victoria a los paraguayos. Por tanto, la intervención del personaje parece un criterio más importante que el resultado para el ejército.

La misma lógica se utiliza para anticipar, varias veces, que Caballero llegó a ser presidente de Paraguay. Así reflexiona sobre su doble condición de militar y presidente, y sobre la necesidad mutua del ejército y la sociedad civil:

Los dos nos necesitamos el uno al otro, porque si no hay plata no se puede pagar el ejército, pero si no hay ejército tampoco se puede trabajar porque cualquier anarquista italiano viene a dinamitarle su fábrica. O sea que tenemos que estar aliados porque nos necesitamos, y eso es justamente lo que hice después, allá por 1880, cuando me eligieron presidente del Paraguay (22).

Por ese mismo motivo, *Caballero* no podía terminar con la muerte de López, y el fin a la Guerra Grande. El personaje tenía que contar por qué no murió con los demás:

¹Juan Crisóstomo Centurión dice sobre esa batalla: “la pequeña fuerza [...] iba a un sacrificio seguro y estéril. No era suficiente, ni mucho menos, por su número ni armamento [...]. Aquella operación, desprovista como era de todo criterio militar, no merecía otro concepto que un acto de desesperación” (*Memorias* III 34).

²También Centurión juzga con dureza esta batalla: “el asalto de Tuyutí era uno de tantos actos descabellados del Mariscal, que no obedecía a ninguna concepción militar [...] fue [...] una segunda edición del 24 de mayo, por la inmensa pérdida que hemos tenido” (*Memorias* III 51).

³En la novela de Juan Bautista Rivarola Matto, *Diagonal de sangre* (129), el mayor Mansilla comenta cómo festejaron los paraguayos esa “victoria moral”: “la noche que siguió a la batalla de Tuyutí la pasaron celebrando con músicas y bailes, y así se convencieron ellos mismos que habrán ganado una gran victoria”.

“necesitábamos carne, y [...] me fui al Brasil a buscar [...] cuando volvimos muy contentos con las vacas ya no había soldados” (185). Caballero, que ha conseguido, una vez más, salir ileso, no se resiste a narrar su exilio dorado y su etapa posterior:

Muy amables esos brasileros [sic], pero al último no me dejaban respirar y yo quería un poco de tiempo para hacer turismo [...] mi vida política ya es otra cosa; una cosa para la que me fui preparando y me llevó mucho tiempo -casi le diría que más trabajo que la guerra, porque recién en 1880 llegué al palacio [...]. No sé si debe ponerlo aquí o en la segunda parte de mi historia (189).

Gracias a los distintos comentarios que Caballero va insertando en su relato, y al epílogo, el final queda abierto. Como apunta José Vicente Peiró en su tesis, además de servir de anuncio a una segunda parte de la biografía de Caballero, esta técnica “da pie a la reflexión o la continuidad de acontecimientos semejantes, lo que es una manera de demostrar la pervivencia y actualidad, en época de Stroessner, de las formas políticas que se critican en las obras”. Hemos de añadir que esta apertura final conecta con la concepción del tiempo en la novela. Como hemos visto, aunque Caballero relate fundamentalmente su actuación durante la Guerra de la Triple Alianza, “ese pasado se proyecta hacia el futuro, hacia el Caballero que narra”¹, rompiéndose, por ese procedimiento, la linealidad característica de la novela histórica tradicional; y conectando con la llamada “nueva novela histórica hispanoamericana”.

¹Antonio Carmona, “Ficción, ironía y el marco de la historia”, *Última Hora*, 13 de febrero de 1986.

III. *Caballero rey*

La novela devora hoy todas las formas: estamos casi obligados a pasar por ella. Este estudio [...] hubiera sido una tragedia en el siglo XVI y un ensayo en el Renacimiento.
Marguerite Yourcenar, “Cuadernos de notas a las *Memorias de Adriano*” 216.

1. Intención y recepción

Cumpliendo lo anunciado en *Caballero*, la trayectoria política del personaje, iniciada a terminar la Guerra de la Triple Alianza, se relata en *Caballero rey*. Como señaló su autor durante una entrevista mantenida en Asunción en junio de 1998,

Caballero fue la figura dominante del siglo pasado, entre 1880 y 1904. 1880 es el año en que muere Cándido Bareiro, presidente de la República del Paraguay [...]. Desaparecido Bareiro, [...] queda Caballero como la figura más importante del grupo que termina fundando el Partido Colorado.

Así, en esta segunda novela, asistimos al ascenso político de Bernardino Caballero. El propio cronista expone en su prólogo el contenido de la obra:

Así que va la segunda, como dice el gaucho [...]. Don Bernardino Caballero (1839-1912) fue el principal colaborador del mariscal [...] durante la Guerra Grande (1864-1870), emprendida con el oro inglés [...] contra la próspera República del Paraguay. La guerra terminó con el 60% de los paraguayos, incluido el propio mariscal López. Privado de la satisfacción de caer con su Jefe en el combate final, don Bernardino Caballero, sin embargo, tuvo la satisfacción de reconstruir el Paraguay [...]. El voto popular lo llevó a la Presidencia de la República (1880-1886); después de eso fundó el glorioso Partido Colorado [...] (1887), siendo la principal figura política hasta 1904, en que una revolución del Partido Liberal, financiada por el oro porteño, lo expulsó del poder (6).

Según podemos observar en la cita anterior, el cronista recoge algunos de los principales tópicos revisionistas que hemos estudiado al hablar de la formación de los mitos históricos: el Paraguay anterior a la guerra presentado como un país próspero e independiente; la intervención de un “cuarto aliado”, Gran Bretaña, como manipulador de los otros tres; las cifras de los paraguayos muertos en la guerra; y el sobrenombre de “el Reconstructor” aplicado a Caballero. Además, al hablar de su periodo presidencial, el cronista no menciona que, según la Constitución, éste era de cuatro años y no de seis, ni que Caballero fue el único presidente de la etapa liberal que excedió ese periodo.

Así, el cronista pretende que el “caro lector” (2), el “inteligente lector” (4), adopte una visión revisionista de la figura de Bernardino Caballero, y, para ello, se propone combatir la imagen que de él tienen los “enemigos de la paraguayidad” (4). Por tanto, el cronista justifica su obra como un medio para rebatir a quienes acusan a Caballero de venderse a Brasil, y han hecho público un documento del Ministerio de Guerra Brasileño, que ordena el pago del sueldo a Caballero y a otros “héroes paraguayos”. De ese modo, la motivación del cronista resulta ficticia por ser un evidente anacronismo: tal documento (la planilla de pagos de Brasil, donde aparece Caballero) apareció fotocopiado y comentado en el libro que

el brasileño Mario Barreto¹ publicó como réplica a la obra de O'Leary *El Centauro de Ybycuí*, con la que comparte título (y que, en *Caballero rey*, aparece como inédita). Ante ese documento (real por su existencia, ficticio por la anacronía), O'Leary intenta sin éxito que el representante de Brasil se retracte, y Natalicio Talavera y el propio cronista quedan “tiosos de indignación” (4).

Las firmas eran legítimas, el documento falso. ¿Qué negra iniquidad, qué siniestro ministro pudo haber sobornado al funcionario brasilero [sic], hoy difunto, para hacerle fraguar ese espécimen que, con papel, tinta y sello [...] con visos de legitimidad, arrojaba un puñado de inmundo cieno sobre la ejecutoria de don Bernardino Caballero? (4).

A pesar de las pruebas, como el documento es contrario a su tesis, los revisionistas se empeñan en verlo como el resultado de una confabulación, que el cronista ha de desenmascarar por medio de su libro:

Un recurso farisaico que le servía para vengarse de *El Centauro de Ybycuí* [...] donde se ponía en evidencia la cobardía brasilera [sic] y el heroísmo paraguayo durante la Guerra [...] ¿Qué tendría de raro que el Emperador [Pedro II] tratara de desquitarse *post mortem*? [...] estas especulaciones lógicas, no podían tener mayor influencia en la psique de un pueblo que, como el paraguayo, ha sido bombardeado por la propaganda antipatriótica, extranjerizante, bárbara. La dialéctica de J. Natalicio González, profunda, lúcida, nada o muy poco podía hacer [...]. Eso fue lo que me decidió a escribir este libro (5).

Si en *Caballero* toda la Guerra Grande quedaba reducida al absurdo, y los ejércitos aliados no eran tratados con mayor consideración que los “héroes” paraguayos, en *Caballero rey* la crítica vuelve a ser globalizadora: no sólo queda claro que los aliados gobernaron Paraguay mucho después de retirarse, y que se beneficiaron de la ocupación (“cada año de servicio en Paraguay le contaban por dos; [...] demasiado luego se hallaban en el Paraguay donde no hacían nada ni corrían peligro” 68), sino que se hace evidente que la historia ha sido manipulada, que los colorados aspiraban a alcanzar el poder por cualquier medio, y que los liberales se guiaron por las mismas motivaciones. Según manifestó el autor en una entrevista mantenida en Asunción en junio de 1998, “ningún personaje tiene principios. Los pocos que quieren ser héroes dejan de existir inmediatamente. El resto son pícaros”.

Gracias al uso que el autor hace de la ironía, héroes, revisionistas y políticos aparecen ante los ojos del lector como seres desprovistos de su aureola mítica; y sus conductas, lejos de ser modélicas, se desvelan como ilógicas, interesadas y despreciables. En concreto, la figura de Caballero queda definitivamente desmitificada porque, en contra de lo que sucediera en la novela histórica tradicional, sus pasiones personales están muy lejos de la meta que, como “individuo histórico”, había de perseguir. Recordemos que Lúckacs sostenía:

La configuración de los “individuos históricos” a través de sus victorias o de su fracaso en el cumplimiento de su misión histórica, elimina de los personajes todo lo mezquino y anecdótico de la narración biográfica, sin que por ello su destino tuviera que renunciar a su emotividad humana. Pues

¹Según Mario Barreto (*El Centauro de Ybycuí*, Río de Janeiro, Oficinas do Centro Boa Imprensa, 1930, p. 55), *El Progreso* del 8 de marzo de 1930 publicó en primera página la nómina de oficiales a sueldo de los brasileños.

se han convertido en “individuos históricos” justamente porque [...] sus más apasionados afanes personales se hallan vinculados estrechamente a la tarea histórica que debían cumplir, porque sus pasiones personales tendían justamente hacia esa meta. (*Novela*).

Según la novela, esta característica no se cumple en el caso del protagonista, ya que su labor política aparece como un medio para lograr otros fines. En *Caballero*, la desmitificación del revisionismo y sus héroes se basaba casi exclusivamente en la ironía, la forma de expresión del personaje, la selección de los hechos narrados, y la utilización de textos de diversos autores; en *Caballero rey* dicha crítica se hace patente a través de métodos más complejos. Como en la primera novela, los mapas y planos facilitan la ubicación del lector y dotan de verosimilitud a la obra pero, dando un paso más, algunos de los documentos insertados se presentan en forma de facsímil¹. A estos elementos de carácter real, el autor añade un procedimiento nuevo: la reticencia², que aparece por medio de la alusión a roturas y tachaduras del manuscrito de Amarilla, que permiten al lector interpretaciones diferentes de las que el cronista persigue.

Es evidente que, al relatar la vida política de Caballero desde una perspectiva opuesta a la versión oficial, Guido Rodríguez Alcalá volvía a atentar contra el revisionismo, y contra el partido que había sustentado la dictadura stronista. Por ello, una vez más, la reacción de *Patria* no se hizo esperar: su crítica a la obra pasa de la descalificación del autor a la defensa de los “hombres honestos y probos” que han servido de base a su novela, y a la denuncia de la supuesta manipulación de parte de la prensa, para terminar caracterizando al novelista como el “pobre Tartufo de una comedia miserable”³. También *Hoy* publicó una carta⁴ en la que un lector ridiculizaba y amenazaba a Guido Rodríguez Alcalá, y acusaba a su familia de enriquecerse con el contrabando de azúcar durante la guerra del Chaco. Aunque Stroessner había caído, una parte de la sociedad y de los medios de comunicación se encargaban de mantener viva su ideología, y el revisionismo impulsado por el dictador.

¹Los facsímiles son los siguientes:

- Página 8: documento de “Directoria Geral. de Contabilidade da Guerra”, firmado el 26 de octubre de 1870, por el cual se asigna a Caballero el sueldo de Coronel. Ya hemos mencionado que está copiado del libro de Mario Barreto, *El Centauro de Ybicui*.

- Página 58: plano de Asunción en 1870.

- Página 90: carta de O’Leary a Caballero, fechada el 14 de diciembre de 1906. Es copia de la que publica O’Leary en *El Centauro de Ybicui*. Sorprende la elegancia de la caligrafía de Caballero, que resulta muy distinta de la letra infantil y titubeante que muestran, por ejemplo, las esquelas que éste le dirigía al coronel Eugenio Garay (conservadas por la familia).

- Página 145: mapa de Paraguay según el *Anuario Estadístico del Paraguay de 1886*.

²Lansberg (*Manual de retórica literaria*, Madrid, Gredos, 1967, p. 278) define la reticencia como “la omisión de la exteriorización de un pensamiento, omisión dada a conocer mediante el corte de una frase comenzada o, a veces, declarada expresamente después”. Para Estébanez Calderón (*Diccionario de términos literarios*, Madrid, Alianza, 1996), “consiste en el corte intencionado de la frase, dando por supuesto que el receptor intuye o sobreentiende el sentido pleno de la comunicación interrumpida. Es un recurso que dota al mensaje de mayor expresividad y capacidad sugestiva. En el texto escrito se reconoce por los puntos suspensivos”.

³Sin firma, “Mendacidad irresponsable”, *Patria*, 13 de septiembre de 1989, p. 38.

⁴Héctor Zanabria, “Sobre *Caballero rey*”, *Hoy*, 31 de enero de 1989, p. 12.

2. Las fuentes

En *Caballero rey*, vuelven a aparecer en cursiva algunos fragmentos de las obras históricas que han servido de fuente, principalmente de *El Centauro de Ybycui*:

Partido liberal. Esos llegaron con los ejércitos extranjeros, querían luego hacer su Constitución extranjera, reírse de nuestro *ser nacional*, como dijo O’Leary, de nuestra identidad [...] esa Constitución, como dice O’Leary, fue impuesta por las armas enemigas para perjudicarnos; *salió de sus tiendas de campañas de los vencedores*¹ esa que le dicen la constitución de 1870 (21 y 29).

Las fuentes revisionistas se ven contrarrestadas por el uso de datos procedentes de los libros de Harris Gaylord Warren que analizan la historia paraguaya entre 1869 y 1879 (*Paraguay and the Triple Alliance*), y entre 1879 y 1904 (*Rebirth of the Paraguayan*). Además, Guido Rodríguez Alcalá ha consultado ensayos que tratan temas más puntuales. Por ejemplo, para narrar la revolución de Molas, ha recurrido a Héctor Decoud (*La revolución del comandante Molas*) y a Manuel Ávila (“La contra revolución de Molas en 1874”). Y, según él mismo nos ha declarado,

Usé el libro de Gomes Freire Esteves, *Historia contemporánea del Paraguay* [...], el libro de Carlos Pastore, *La lucha por la tierra en el Paraguay*, donde se habla de la venta masiva de tierras publicas comenzada durante el gobierno de Caballero. Sobre este punto también sirve *Infortunios del Paraguay* de Teodosio González. Además de los libros, he recurrido a la historia oral, y en esto me ayudó muchísimo Manuel Poesa, autor de *José S. Decoud, estadista del partido colorado* (Asunción, 1979) y *Biografía de don Antonio Taboada* (Asunción, 1979) [...]. Poesa me permitió acercarme al “espíritu del tiempo”, tal como se lo habían contado las personas de la época. También me ayudó César Garay, hijo de [...] el coronel Eugenio Garay. [...] Estoy muy agradecido a Pancho Campos, pariente del otro Pancho Campos, el fundador del Partido Colorado, y también de Decoud.

La versión sobre algunos de los acontecimientos (fundamentalmente, aquellos en los que Caballero vuelve a tratar el tema de la Guerra de la Triple Alianza) se extrae de los textos que Guido Rodríguez Alcalá había usado para la redacción de su novela anterior². Y,

¹Resulta curioso comprobar hasta qué punto esas ideas han arraigado en la mente de los paraguayos de todas las tendencias políticas. En *Esa hierba que nunca muere* (Gilberto Ramírez Santacruz), el narrador relata, con evidente simpatía hacia ellos, cómo un grupo de revolucionarios quiere acabar con la dictadura de Stroessner, y sostiene: “somos descendientes de renegados y lameculos. Los verdaderos paraguayos murieron ¡todos! a lado del Mariscal [...]. Desde el principio, los liberales degollaban a los colorados [...]. Luego vinieron los colorados e hicieron lo mismo con los liberales. Entre los dos habían aparecido los febreristas, que hicieron algo similar con los dos. Y los tres juntos coincidieron, en todos los tiempos, en aniquilar a los ‘comunistas’ o a las personas que idean continuar la revolución nacionalista y latinoamericanista, interrumpida, de Francia y los López” (127).

²Además de los estudios de los brasileños Tasso Fragoso y Francisco Doratioto, del argentino Beverina y del norteamericano Thomas Whigham, utilizó:

- Memorias de paraguayos que pelearon con López, y se vieron comprometidos en sus persecuciones: Silvestre Aveiro (*Memorias militares*), Juan Crisóstomo Centurión (*Memorias*), Fidel Maíz (*Etapas de mi vida*) e Isidoro Resquín (*Datos históricos*).
- El libro de Héctor Francisco Decoud (*Una década de vida nacional*), autor que, a los diez años, fue confinado con su madre en un campo de concentración situado en el actual Chaco argentino, frente al campamento paraguayo de Paso de Patria.
- La compilación de testimonios de víctimas de López publicada como *Papeles de López*.
- Testimonios de extranjeros como Jorge Thompson (*La guerra del Paraguay*); Jorge Federico Masterman (*Siete años*) (continúa...)

al igual que en aquélla, se mencionan textos procedentes de diversos diarios¹ (“¿Qué es lo que está pasando, decía *El Pueblo* [...]?”, 51; “*La Nación paraguaya* protestaba”, 72), que se insertan en el discurso del personaje:

Si el general Bernardino Caballero no se encuentra de vuelta en su Patria, no es por decisión del gobierno brasileiro [sic]. Así decía el diario ese. Se llamaba El Pueblo. Ese es el que publicaba don Miguel Macías, ese que trabajaba primero con La Voz del Pueblo pero abrió después su diario propio. Sí, La Voz del Pueblo era de don Miguel Gallegos, mejor dicho de don Cándido Bareiro. Porque don Cándido quería publicar su diario, pero los otros no le tenían confianza, decían que era sobrino del Mariscal López [...] yo leía los diarios, todos los diarios. Viene a ser los dos: La Regeneración y La Voz del Pueblo (El Pueblo salió recién cuando quemaron La Regeneración, o sea que siempre hubieron [sic] dos) (15).

Cuando se murió Mariscal López, Decoud escribió en *La Regeneración*: ¡Gloria al general Cámara! ¡Gloria a Su Alteza, el conde d’Eu! ¡Vivan las armas aliadas! (22).

Como no siempre los textos que reproduce Caballero avalan su tesis, éste se permite criticarlos. Por ejemplo, menciona el libro de José Segundo Decoud, *Cuestiones económicas y sociales*, para señalar que como teoría estaba muy bien “pero no funcionaba para nada” (95); y cita la serie de artículos que Manuel Pedro de la Peña publicó contra López en la prensa bonaerense de mediados del XIX, para dejar constancia de su disconformidad:

Vamos pues, a derogar estas leyes brutas y escandalosas [...], que hacen distinción de clase por nacimientos y colores, y prohíben el matrimonio entre unos que se califican de mulatos y otros de blancos, y entre libres y esclavos, y declarar a todos iguales para amarse y unirse según los afectos de sus corazones [...]. Esto es de Manuel de la Peña²; esa clase escribía (18).

Entonces ese Pedro de la Peña (papá de mi secretario) sacó su carta contra el Mariscal López:

²(...continuación)

de aventuras en el Paraguay); el representante norteamericano en Asunción, Charles Wasburn (*The History of Paraguay*); y el prusiano L. Schneider (*A Guerra da Triplice Allianca*).

- Los testimonios de mujeres, que el propio autor recogió en *Residentas, destinadas y traidoras*.

- El libro de Juan Silvano Godoi (*Documentos históricos*); y el editado por Arthur H. Davis y Martin T. McMahon (*Diplomático en el estridor de la guerra*).

¹Cuando preguntamos al autor por las fuentes de su novela, destacó : “trabajé bastante en el Archivo Nacional y la Biblioteca Nacional. En la Biblioteca está la colección -incompleta- de periódicos del siglo pasado”.

²Manuel Pedro de la Peña salió de la cárcel a la muerte de Francia. Fundó en Buenos Aires la Asociación Paraguaya, germen de la Legión Paraguaya (a la que pertenecieron José Segundo Decoud y Benigno Ferreira, entre otros), que peleó contra López en la guerra de la Triple Alianza. Fue padre de cuatro hijos: Benigna (que contrajo matrimonio con Decoud), Rosa (que se casó con el futuro presidente Juan González), y Ángel y Otoniel (que aparecen en la novela). Sus artículos fueron publicados en diversos periódicos de Buenos Aires, entre 1857 y 1865. La Imprenta de la Sociedad Tipográfica Bonaerense recogió algunos de ellos en el libro *Cartas del ciudadano paraguayo Manuel Pedro de Peña a su querido sobrino Francisco Solano López, Excelentísimo Señor Presidente de la República del Paraguay* (1865), y se reprodujeron en *Revista del Instituto Paraguayo*, entre 1903 y 1908 (números 46 al 60, excepto 55, 57 y 58). Los artículos tenían forma de cartas, dirigidas a Carlos Antonio López y, después, a Francisco Solano López. Más adelante, el propio Caballero vuelve a referirse a la carta que cita ahora: “Manuel Pedro de la Peña, ese que doctor Francia le metió en la cárcel, y para distraerse comenzó a leer el diccionario [...] y al cabo de 20 años aprendió de memoria, letra por letra, pero ya no sabía caminar [...] después en Buenos Aires escribía la carta irrespetuosa que le mostré, le llamaba *rinoceronte maldito* al Mariscal, de don Carlos decía que llegó a Presidente porque casó con la mujer de plata, Juana Pablo Carrillo, pero igual no más se le veía la hilacha” (37).

rinoceronte maldito, le decía, vamos a hacer una ene de palo para colgarte, vamos a hacer Constitución y todo. Ese es el [sic] que querían los legionarios (26).

Sin embargo, si los textos de sus enemigos le sirven para justificar sus actos, el personaje no duda en darles toda la credibilidad. Es el caso de una cita que Caballero atribuye a Godoi, que le resulta útil para insistir en las dilapidaciones del gobierno, y que, a su modo de ver, demuestra la necesidad de una nueva revuelta:

Como dice mi secretario Juan Silvano Godoi [...] para fines del 73 ya todo el mundo estaba *bastante disgustado por las graves i públicas acusaciones [...] de que tanto el presidente de la república, como sus ministros, se llevaban a sus casas, de dos, tres i cinco, los cajoncitos de a mil libras del empréstito; sin abrirlos siquiera ni tomarse de ellos razón en la contaduría nacional* (73).

Conviene señalar que, en otras ocasiones, el protagonista niega la veracidad de los trabajos de este mismo autor. Por ejemplo, antes de que muera Bareiro, Caballero se ha encargado de informarnos de sus problemas de tristeza, impotencia sexual e insomnio. Son las recreaciones que se han hecho en la novela de un mal que Juan Bautista Rivarola Matto, en *Diagonal de Sangre* (333) se refleja así: “tenía una enfermedad secreta e inconfesable que haría crisis después del asesinato de don Cirilo [Rivarola] y llevaría a la tumba a Cándido Bareiro: tenía conciencia”. A nada de eso alude Caballero en el momento de su muerte, sino que trata de convencernos de que Bareiro murió “del corazón” (142), contradiciendo la versión de Godoi: “es mentira lo que cuenta Godoi: que murió echando espuma por la boca, como envenenado¹” (142). Pero el lector no puede evitar recordar la misteriosa muerte de Rivarola, acontecida poco después de que Caballero le llevara una tarta. Y la tesis de Godoi adquiere mayor veracidad cuando vemos que, en lugar de apenarse por su muerte, Caballero y sus amigos se ponen “a pensar quién podría ser presidente” (142).

La falta de cultura de Caballero se manifiesta en los errores que comete al citar las obras: *Lo que son los yerbales*, de Rafael Barrett, es llamada *Lo que pasa en los yerbales* (176). Además, cuando, desde la cárcel, el protagonista continúa sus intentos de acabar con el poder establecido, considera que hay un libro en el que se puede intuir que tal forma de actuar es válida. Por eso, el personaje no tiene ningún reparo en ordenar copiar a su cronista: “*Quebrantos del Paraguay... ¡Copie, don Teodosio [González]² no se va a enojar, si me regaló es para algo!*”. En realidad, la obra se titula *Infortunios del Paraguay*. Al cambiar el título, Guido Rodríguez Alcalá está manipulando el lenguaje para ridiculizar a Caballero. Como él mismo nos confirmó en un correo electrónico, “por aquí, la expresión quebranto es típicamente campesina y suena ridícula”.

Además, Caballero cita, para autoalabarse, una obra de José Rodríguez Alcalá (abuelo del autor de la novela), de quien afirma: “es un mozo leído [...] trabajó con don Eugenio Garay en *Los Sucesos* [...]. También muy amigo de su Maestro, don Juan” (174).

¹Según nos manifestaba el autor en un correo de diciembre de 2000, el historiador Ricardo Caballero Aquino le contó: “corrieron por Asunción rumores de que Candido Bareiro habia sido envenenado, aunque se trata de rumores no confirmados”. También en la novela *Diagonal de sangre* Rivarola Matto recoge la versión de Juan Silvano Godoy, quien afirma: “se apoderó de él una tristeza profunda, que le consumió rápidamente. Perdió el apetito, enseguida la memoria, más tarde el habla, y falleció desasosegado, echando espumarajos por la boca a la manera de aquellos ex comulgados de la Edad Media”.

²Teodosio González fue jurista. Redactó el código penal paraguayo, inspirándose en el prusiano.

En *El Paraguay en marcha*, se retrataba la situación del país a comienzos de siglo: “decía que estábamos los más capaces en el Directorio; tiene que ser así, porque en el primer ejercicio ya se repartieron beneficios a los accionistas por un 63%, pocas firmas hacen eso” (174). Sin embargo, el personaje es incapaz de comprender que esos beneficios desorbitados dan idea de la explotación a la que se somete a los trabajadores: “¿Usted sabe cuánto gana un peón? ¡Cinco centavos al día! ¿Usted sabe cuánto gana La Industrial? ¡Hemos pasado el 60% al año! Calcule 60% sobre un capital de \$ 30.000.000” (176).

Así, Caballero aborda uno de los temas más espinosos que ha de enfrentar al referirse a La Industrial Paraguaya: la explotación de los trabajadores, de la que, al comienzo de la novela, ha acusado a la compañía rival (“las tierras al norte de Apa compró la Matte Larangeira, esa yerbatera que les explotaba a sus peones”, 57). Ahora apoya esta acusación con una cita de un artículo de Manuel Domínguez¹:

Hasta Manuel Domínguez se dio cuenta [...]: *¿Y cómo sufre dolores el paraguayo: soporta trabajos que matan al extranjero! El peón de ahora, medio anémico o anémico entero, algunas veces alcoholizado, como no le falte el loco, es de una increíble resistencia. Sólo el paraguayo puede con el pesado trabajo de los yerbales [...]. ¿Dónde recluta sus peones la compañía Matte Larangeira? En el Paraguay. Aquello revienta a cualquiera que no sea paraguayo* (174).

Sin comprender que sus explicaciones le perjudican, Caballero subraya las palabras de Domínguez explicando la dureza del trabajo en los yerbales:

Usted no crea que es como recoger papa o tomate, de ninguna manera. La yerba es un arbolito, lo que se corta son las ramitas y las hojas; ese hay que ir a buscar por el monte, kilómetros y kilómetros, porque el árbol no crece en plantación sino en el monte, protegido por los árboles grandes. Y allá se va el *mensú*, tan laborioso, camina sus kilómetros, corta las ramitas, hace un fardo que trae de vuelta hasta el horno, porque la yerba hay que secar primero. Después vuelve al monte para cortar otro montón; así te trae 80/90 kilos al día (174).

Además, el personaje apoya su tesis citando el ya mencionado estudio de José Rodríguez Alcalá:

En los vastos dominios de La Industrial Paraguaya vive una verdadera población de peones con sus familias [...] cuatro mil peones [...] á mucha distancia de las poblaciones más inmediatas. Ningún jornalero del mundo seria capaz de resistir aquella vida de trabajo, de privaciones y sacrificios [...]. Mucho antes del amanecer, [...] el yerbatero ya está de pié, con el machete en la mano, apurando su frugal desayuno [...]. Duerme al pié de los árboles en que trabaja, [...] y su sueño es siempre ligero porque el yerbatero sabe que en las entrañas de la selva le acechan cien peligros: [...] las alimañas que pueblan el yerbal. A veces, cuando el cansancio de una labor más fuerte que de ordinario hace pesado su sueño, alguna víbora llega a picarle y entonces el peón, heroico en el trabajo y heroico en el sufrimiento, corta tranquilamente de su cuerpo la carne mordida por los dientes ponzoñosos del reptil. Viven por centenares en los yerbales, bajo las órdenes de unos cuantos capataces (174. Se ha respetado la ortografía del original).

Esa vida que a José Rodríguez Alcalá le parecía encomiable es la que criticaba Rafael Barrett en sus escritos, fundamentalmente en *Lo que son los yerbales*, obra publicada por entregas, y editada en forma de libro en 1910, a la que Amarilla califica en una nota de

¹Manuel Domínguez, “Causas del heroísmo paraguayo”, *Patria*, 30 de enero de 1903, p. 4.

ordinaria por acusar “de expoliadores, atormentadores de esclavos y homicidas a los administradores de La Industrial Paraguaya y de las demás empresas yerbales”. El comentario de Amarilla no es baladí: como se recordará, la obra de Barrett fue criticada en su tiempo por oponerse a la glorificación de los héroes que triunfaba en las letras paraguayas. También Caballero trata de desacreditarla:

Rafael Barrett, un gallego anarquista [sic] que vino en Paraguay con una mano atrás y otra adelante: le recibieron bien, le dieron para su empleo [...]. ¡Sandeces!, dijo don Carlos Casado cuando se enteró de que Barrett dijo de que en su propiedad fusilaban peones. ¡Sandeces! Y no le digo ya *Lo que pasa en los yerbales* [...] ¡todo lo que no dice de La Industrial! (176).

Caballero trata de sostener que las acusaciones de Rafael Barrett son falsas pero, en sus palabras, se desliza su visión del “mensú” como un mero instrumento de trabajo; y sus alusiones nos hacen dudar de la libertad de estos trabajadores:

¿Le parece que nos vamos a ensuciar robándole unos centavos al pobre mensú [...]? Y mucho menos le vamos a matar, ¡con lo que cuesta conseguir peones! [...] Son todos peones sanos, gordos [...]. Ellos están muy contentos en el campo; el que se quiere ir, se va, tienen absoluta libertad. Lo único que no pueden irse con deudas: el que quitó anticipo tiene que trabajar primero hasta pagar el anticipo [...]. Porque algunos vivos, al comienzo, pedían sueldo adelantado y después se iban sin pagar, por eso fue que ya en tiempos de Cirilo Rivarola se quitó la ley de que nadie salga de las propiedades si primero no arregló su deuda con el patrón (176).

Por tanto, las fuentes de *Caballero rey* se insertan en el discurso del personaje, como sucediera en *Caballero*, y nos ofrecen una visión de los hechos múltiple, aunque encaminada a que saquemos conclusiones que pocas veces son favorables al “héroe”. Así, como en *Noticias del imperio* (Fernando del Paso, 1994), “el resultado es un conglomerado multidiscursivo, polifónico de textos aparentemente dispares” (König, “Discurso” 88-89). Sin embargo, tal polifonía adquiere apariencia de univocidad, ya que las fuentes y el discurso de Caballero se mezclan y se confunden hasta formar un todo. En ocasiones, sólo el uso de la cursiva nos da la pista de que un fragmento de la obra de ficción es una cita. Pero, en virtud de su condición de autor de una novela, Guido Rodríguez Alcalá también juega con esas cursivas, de manera que, por una parte, las líneas en itálica pueden no ser citas; y, por otra, las citas pueden no estar en itálica.

3. Las voces del relato

El prólogo de *Caballero rey* vuelve a estar firmado por “raúl amarilla, EL CRONISTA”. Tras él, apenas se esconde Raúl Amaral quien, como “amarilla”, nació en algún lugar de Argentina distinto de Buenos Aires, firma con minúsculas¹, y se declara discípulo del principal revisionista paraguayo:

Mi querido maestro, don Juan Emilio O’Leary, llamado también el Reivindicador por su valiente campaña a favor de los Héroes militares del Paraguay, criticados por la propaganda extranjerizante, que les imputaba la supuesta destrucción del país (2).

Así, *Caballero rey* se convierte en una suerte de memorias de un protagonista que, como en la novela anterior, cita *El Centauro de Ybycuí* (“soy de esos pagos; me llaman el Centauro de Ybycuí justamente por eso. Su maestro O’Leary, justamente, fue que me puso el nombre; ahora ya me dicen el Centauro todos”, 32). Esto supone una anacronía porque, como señala Amarilla, “en 1904, [...] comenzó la era [...] liberal que, unos años después, mandaría al exilio al inmortal Centauro, circunstancia que aproveché para la entrevista” (149). De ese modo, las entrevistas del cronista “al Centauro tuvieron lugar en 1910” (48), fecha en la que, como apunta el personaje, el libro de O’Leary todavía no se había publicado:

O’Leary está escribiendo un libro sobre mí: ya me hizo toda la entrevista; dice que le va a poner *El Centauro de Ybycuí*, espero que publique pronto porque me queda poco tiempo, tengo como 70 años (48).

Se me apura un poco, porque el libro *El Centauro* que O’Leary tenía que quitar después de las entrevistas que me hizo, todavía no aparece, y eso que le hice varios adelantos, pero si no se apura he de morirme antes (163).

Además, Caballero vuelve a afirmar la existencia de otras memorias, supuestamente escritas por el ministro brasileño José María da Silva Paranhos, Barón de Rio Branco², a quien el personaje llama cariñosamente “Juca”:

Me acompañó para escribirme mis *memorias* [...] son memorias confidenciales que hicimos entre el Juca y yo pero no para el público. A mí luego no me estiran la lengua como a Juan Crisóstomo, que le contó una serie de indiscreciones que después el Juca publicó en ese su libro contra el libro del alemán Schneider³ sobre la Triple Alianza (14).

Juca me despidió muy bien [...] pasamos un tiempito para hacer mis memorias (32).

¹El propio Caballero le recrimina: “¡esa costumbre suya de poner todo en letra chica: *raúl amarilla*, por ejemplo!” (9). La firma original de Raúl Amaral se reduce a “r. a.”.

²Según Warren (*Paraguay*), se sospecha que esas memorias existieron, pero nunca se han encontrado, quizá porque quedaron para uso reservado del gobierno brasileño.

³Prusia envió dos oficiales para estudiar la guerra: von Versen, que estuvo en el campamento de López; y L. Schneider, que pasó la guerra en el campamento brasileño, y publicó en Río de Janeiro (1902) los dos tomos de su obra *A Guerra da Triplíce Allianca contra o Governo da Republica do Paraguai*.

Al igual que sucediera en *Caballero*, el discurso del personaje se transcribe sin la elaboración del cronista, como si fuera un monólogo libre, ligeramente estructurado para facilitar la comprensión de un oyente al que se le pide explícitamente una redacción posterior: “usted es un mozo ilustrado, ya sabe luego lo que tiene que hacer [...], así que yo le cuento *grosso modo*” (165). Esto permite observar la relajación de un personaje que se dirige a alguien tendente a la credibilidad y el respeto. Este hecho, evidente ya en la relación que el “héroe” y el cronista mantenían en *Caballero*, se perfila todavía más en *Caballero rey*: mientras el cronista trata de ser solemne, Caballero demuestra su carácter caprichoso cuando interrumpe su discurso para dormir la siesta (“ese para después de la siesta”, 99; “vamos a tener que dormir no más porque la comida nos cayó pesada”, 164; “ahora me va a trancar la puerta y después ya puede ir a dormir la siesta”, 165), para tomar algo (“le metemos al cocido¹ y continuamos”, 117; “primero un cocido porque [...] no podemos entrarle con el estómago vacío”, 154) o para comer (“le cuento después, ya son las doce, ya me llegó mi hora de mi tallarín”, 26; “vamos a recular un poco, pero después de mofar”, 45; “me llegó la hora de comer”, 122).

También la forma de tratar al cronista se perfila en esta novela más explícitamente que en la anterior: Caballero le da instrucciones (“ponga también que en mi gobierno se hicieron muchas cosas por la educación, no me deje mal”, 157), lo reprende (“disciplina no le vendría mal [...] no quiera discutirme”, 10; “¡no me va decir que no!”, 93), lo humilla (“usted entiende al revés Amarilla [...] para que no siga metiendo la pata le voy a explicar otra vez”, 17; “vamos, Amarilla esa es una falta de cultura”, 173), le da órdenes (“la próxima vez me trae su fichero [...], yo voy a hacer revisar por su maestro O’Leary”, 17), lo trata con condescendencia paternalista (“no sea tan sensible. Un tirón de orejas para su bien no más, no se me quede tan abaratado”, 10), lo compara sin cesar con O’Leary (“usted no ceba el mate como Juan O’Leary, tan culto pero tan humilde: él mismo me preparaba cuando estaba aquí²” 59), y no parece estar muy convencido de su capacidad para llevar a buen puerto la misión que le ha encomendado (“me avisa a tiempo cuando le voy contando, no sea que mi cuento quede patas arriba”, 83). Además, resulta curioso que un personaje como Caballero, que suele tratar de “don”, de “señor” y de “usted”, incluso a sus compañeros de partido, deslice el voseo, que anula cualquier distanciamiento con Amarilla: “¿anotaste?... [...] no me dejes fuera a los uruguayos... poné ahí” (162).

El cronista no sólo se guía por sus convicciones políticas al convertirse en hagiógrafo de Caballero. Su actitud, ahora, se desvela interesada: Amarilla, como O’Leary, persigue el empleo que Caballero puede proporcionarle:

Ya le dije a Juancito O’Leary que le consiga un puesto en Asunción, bibliotecario si es posible, ahora que le echaron de su empleo por robar cuadros (10).

Le consigo empleo [...] he de hacer que pongan a O’Leary. En ese caso es secretario usted. De la Biblioteca Nacional. Y en ese caso me revisa un poco el manifiesto del 22 de marzo del 73 (59).

Usted no se preocupe, Amarilla, si O’Leary se va en Europa [sic], igual le vamos a conseguir empleo;

¹El cocido es una bebida popular, que se toma en el desayuno o entre horas, y se elabora quemando hierbas y azúcar en leche.

²La ceremonia de cebar el mate es toda una institución en el Río de la Plata: siempre lo ceba la persona de menor rango. Así, Caballero está dejando claro que es él quien tiene el poder en la relación con sus cronistas.

yo tengo mis influencias (163).

Además, por lo que dice Caballero, sabemos que está remunerando a ambos por redactar su biografía:

¿Entonces para qué le estoy pagando? (122).

Ya sé que usted no es porteño [...] o sino luego no le iba a contratar para mi secretario (149).

Si necesita para su café con leche, avíseme no más, Amarilla. Con confianza. Yo no quiero que un mozo tan leído como usted ande en apuros... No tiene por qué agradecer, yo siempre ayudo a la gente meritoria, pregúntele a O'Leary, ¡las veces que le invité! (163).

Amarilla no es, no puede ser en estas circunstancias, un cronista imparcial. Esa posición de poder lleva al personaje a dar datos que no obran en su favor (“no me ponga. Eso yo le cuento en confianza, hablando como hombres”, 12). Muchas veces, el propio Caballero es consciente de que esos datos pueden ser utilizados en su contra (“imagínese usted si es que los legionarios se enteran [...] es un asunto muy, pero que muy delicado; ahora que aprovechan cualquier oportunidad para desprestigiarme”, 107). Por eso, da instrucciones expresas, incluso en forma amenazante (“una cosa, que si usted repite ¡pobre de usted!”, 106), para que esos datos sean anulados en la reelaboración que Amarilla no lleva a cabo (“¡está bien! Le tengo confianza, Amarilla, pero esto queda entre nosotros. ¡Ni una palabra!”, 106), y le aconseja: “usted tiene que tener mucho, pero mucho cuidado con esas cosas [...] piense luego bien antes de firmar. Incluso mejor todavía si usa seudónimo o si manda hacer por Roque” (153-154).

4. La desmitificación

4.1. La crítica al revisionismo

La figura de Amarilla, como “historiador” económicamente subordinado a Caballero, está relacionada con otros personajes de la narrativa hispanoamericana, como Humberto Peñaloza (*El obscuro pájaro de la noche*, José Donoso), a quien el dinero de su mecenas transforma de poeta en historiador que elabora la historia de la familia de Azcoitia tergiversando la verdad; y Felipe Montero (*Aura*, Carlos Fuentes), “antiguo becario de la Sorbona, historiador cargado de datos inútiles”, a quien Aura entrega las memorias de su marido indicándole: “son sus memorias inconclusas. Deben ser completadas [...]. Usted aprenderá a redactar en el estilo de mi esposo. Le bastará ordenar y leer los papeles para sentirse fascinado por su prosa”.

Amarilla parece sentirse fascinado por el lenguaje del revisionismo, al que confiesa su adhesión. Por eso, el lenguaje del cronista juega un papel importante como elemento desmitificador de ese movimiento pseudohistórico:

En cuanto a mi estilo, aclaro que no pienso hacer concesiones. Me he formado en la escuela periodística de *Patria* [...] esto significa que soy nacionalista y revisionista, que rechazo rotundamente la interpretación de la historia puesta en boga por Bartolomé Mitre & Cía [...] he tomado partido por el *nacionalismo integral* defendido por O'Leary, que me ha dado orientación espiritual y empleo cuando me echaron de mi Patria chica, la Argentina (6).

Como se ha mencionado antes, fue en *Patria*, periódico cercano al Partido Colorado, donde aparecieron gran parte de las críticas a *Caballero* y a su autor. La mención de este diario recuerda el procedimiento con el que Cervantes justificó la segunda parte de su novela¹; y apoya la tesis de que la intención última de la narrativa histórica de Guido Rodríguez Alcalá es política.

Si toda historiografía en cierta manera es narración, la novela histórica tiene que ser una narración “otra”, debe distinguirse de la narración historiográfica, y al mismo tiempo referirse a ella [...] esto se puede hacer incluso imitando parodísticamente las técnicas de la narración historiográfica. (Rössner, “Utopía” 70).

Al identificarse Amarilla con el revisionismo empeñado en reivindicar a los héroes paraguayos, la parodia de la forma de expresión del cronista se convierte en una parodia del estilo altisonante (y pretendidamente poético) de esos revisionistas a los que trata de imitar:

La canícula propia del mes se había trocado en frío nórdico. Un cielo triste, ceniciento, semejante al cielo de Edgar Allan Poe² [...] ponía una nota de recogimiento y devoción sobre la venerada tumba del patriota, el general de división don Bernardino Caballero de Añazco, el Centauro de Ybycui. La piedad de los hijos (legítimos o no) había depositado rosas rojas sobre la gloriosa lápida del finado reconstructor del Paraguay; como hijo espiritual del mismo, yo, Raúl Amarilla, deposito mi flor, mi pobre rosa, que queda como una gota en el océano de rosas que recuerdan el tránsito del héroe a la inmortalidad³ (1).

La ironía se resalta mediante una nota a pie de página: “el señor Raúl Amarilla (Raúl amarilla, como firma él), dista mucho de ser un poeta⁴” (1). Añadiríamos que también dista de ser inteligente: con evidente falta de pericia, revela que Caballero tuvo hijos ilegítimos. Este tipo de datos, poco favorecedores para aquellos a quienes el cronista trata de defender, son uno de los medios que el autor utiliza para conseguir la ironía. Pero, además, el procedimiento es una imitación algo exagerada del estilo de los propios revisionistas, quienes deslizan contradicciones similares en sus intentos reivindicadores.

Por otra parte, la crítica implícita a los revisionistas no atañe solamente al estilo sino, sobre todo, a sus actos y a sus métodos. Respecto a los primeros, ya hemos mencionado el valor simbólico que tuvo el traslado de los restos de López al Panteón de los Héroes, ubicado en el centro neurálgico de Asunción. Por las informaciones de Caballero deducimos que, en 1936, debía de ser bastante complicado encontrar los supuestos “restos del héroe”, que todavía hoy se veneran en la capital paraguaya:

¹No es la única vez que el autor recurre a procedimientos cervantinos: por ejemplo, en “El marqués de Guaraní” (*Cuentos*), el narrador duda sobre el nombre de su protagonista, “un indiano de apellido Fort o Tort” (31).

²La mención no es arbitraria: Raúl Amaral dedicó un estudio a este poeta.

³El diario *Patria* del 26 de febrero de 1992 reprodujo un artículo del periódico *El Tiempo* de 27 de febrero de 1912, en el que se narraba la procesión que se organizó en el sepelio de Bernardino Caballero. El lenguaje del articulista no es muy distinto del que el cronista usa en la novela.

⁴Raúl Amaral es autor de varios poemarios, en los que incluyó creaciones dedicadas a los tres dictadores deificados por el revisionismo. Por ejemplo, en la edición de 1985 de *El león y la estrella*, aparecen los poemas “Abuelo don Carlos” (25-27) y “Mariscal de la patria” (29-31).

Era ya después del primero de marzo. Puros ranchos quemados y esqueletos. Dicen que el Mariscal quedó enterrado allí. Me lo contó la Madama: ella personalmente cavó la tumba del hombre y de su hijo. Pero cavó demasiado playo (como casi todas): en seguida vinieron los bichos de la selva para desenterrar (10-11).

Páginas más tarde, el propio Caballero confirma esta sospecha del lector, para reivindicar su derecho a ocupar el puesto que los revisionistas quieren dar a López:

El Napoleón [sic], por ejemplo, siempre tuve esa curiosidad, ¡un cajón que daba gusto ver, todo de mármol, tenemos que hacer uno así en el Paraguay! Mariscal López luego ya empezó [...]. O'Leary dice que tenemos que ponerle allí¹. Pero yo ya le dije que nadie sabe dónde Mariscal quedó enterrado, así que si traemos lo primero que encontramos en Cerro Corá, puede ser brasilero [sic], y eso puede desprestigiar nuestro panteón de los Héroes (así se tiene que llamar cuando se termine el monumento ese). En esos casos, es mejor seguir la regla militar: cuando falta el jefe, le sucede el que le sigue en antigüedad (88).

Del método revisionista se critica también su tendencia a destruir todo documento que niegue sus tesis. El mismo Caballero, que apoya que O'Leary haga desaparecer pruebas contra él, señala que tiene varias copias de *Las dilapidaciones del señor Jovellanos* (la obra de José Segundo Decoud que avala sus palabras²), “por si los parientes quieren hacer desaparecer el libro como se usa en Paraguay cada vez que a alguno no le gusta el libro” (52). Tal riesgo no es banal: el propio cronista anota que hay que destruir algunos documentos que no favorecen a Caballero (como sucede en la página 42), y el personaje relata que O'Leary “dice que tiene ganas de entrar en la Biblioteca Nacional, [...] y arrancar las páginas de *El Pueblo* de noviembre del 71, donde sale mi proceso político” (49). En un nuevo ejercicio de ironía del autor, la nota del cronista informa: “según parece, don Juan cumplió su promesa, ya que en la Biblioteca Nacional faltan los números de *El Pueblo* de 1871” (49). Por otra parte, queda claro que Caballero aprueba el modo de proceder de los revisionistas cuando sostiene:

Me revisa un poco el manifiesto [...] no es justo que [...] Godoi le muestra a todo el mundo. Cree que la Biblioteca es de él³ [...]. Pero al fin y al cabo la historia está para usar y no abusar, y si me consigue copia le voy a agradecer muchísimo (roto) entre usted y O'Leary pueden hacer un buen trabajo, hay muchas cosas luego que pueden descubrir en el Archivo, la juventud necesita conocer la verdad, sobre todo con el revisionismo que le llaman (60).

Además, no se obvia la vinculación que los totalitarismos (y los revisionismos) han tenido con la publicidad. Como sugiere el propio Caballero, los hechos, al repetirlos, acaban

¹Los supuestos restos de López fueron trasladados al Panteón de los Héroes en 1936. Para conmemorarlo, *Patria* publicó los discursos de O'Leary, en los que afirmaba: “ya puedo morir tranquilo, porque mi lucha ha tenido éxito”.

²Según un correo electrónico del propio autor, “el folleto es una separata del periódico *La Reforma*, y apareció en 1877, con un título largo: ‘La historia de una administración o sea las dilapidaciones de Salvador Jovellanos’. En la colección ‘Enrique Solano López’ de la Biblioteca Nacional [de Paraguay], figura con el número 1190”.

³En el mismo correo que acabamos de citar, Guido Rodríguez Alcalá nos informaba: “Juan Silvano Godoi fue propietario de lo que ahora son la Biblioteca Nacional y el Museo Nacional, colecciones privadas pasadas a mano del gobierno”. Además, hay que señalar que Godoi fue autor de *Alberdi y el señor Olleros*, *Documentos históricos*, *El barón de Río Branco*, *Mi misión a Río*, *Monografías históricas* y *Últimas operaciones de guerra del general Díaz*.

pareciendo verdad: “repita no más, Amarilla, repita. La gente es demasiado burra, tiene que repetirle varias veces. Hasta que se acostumbren. Hasta que les entre en la cabeza, como discurso militar” (10). Así, el lector concluye que sólo un método basado en la repetición sin razonar puede llevar a creer en las tesis revisionistas. Incluso Caballero parece consciente de que lo que hace O’Leary no es historia sino ficción (“yo no soy novelista como su maestro”, 88); y se maravilla de sus tergiversaciones:

Su maestro don Juan [...] a él le llaman el *Reivindicador*, porque demostró que la Guerra de la Triple Alianza estábamos a un pasito de ganarla, pero por culpa de los traidores a la patria, que nos dieron su puñalada por la espalda, perdimos 3 a 0 [...] gente muy inteligente como O’Leary tiene que ser, porque ni yo me había dado cuenta en su momento, y eso que me pasé toda la guerra junto a Mariscal (124).

Debido a ese tipo de ironías, el lector desconfía de los revisionistas que Amarilla trata de ensalzar. Por ejemplo, Natalicio González aparece como un individuo de ideas retardadas (antes de hablar, siempre ha de darse tiempo), y carente de distinción (ni siquiera llevaba zapatos): “cuando le llegaba el momento de hablar, esperaba unos instantes, se miraba los dedos de los pies o miraba el piso (cuando estaba calzado) y después emitía alguna sentencia conciliatoria” (3-4). Para sustentar esa parodia de González, el autor hace que el cronista lo alabe por sus ensayos, a pesar de que éstos lo llevan a disparatadas conclusiones:

Ocorre, ¡oh vergüenza! que el gobierno liberal (en el poder desde 1904) desconocía los méritos de J. Natalicio González [...]. J. Natalicio González (permítaseme la disgresión) acababa de terminar un original ensayo sobre las raíces platónicas de la civilización guaraní y estaba preparando otro sobre las raíces guaraníes de *La Tempestad* de Shakespeare (este último puso en evidencia que *La Tempestad* había utilizado, sin citarlas, fuentes guaraníes) (4).

El artículo no es una invención del autor: *Guarania* (nº 3, pp. 16-19) lo publicó con el título de “Los orígenes guaraníes de *La Tempestad* de Shakespeare”:

El genio de Shakespeare se asemeja al genio de Inglaterra [...] en su magnífica capacidad de rapiña [...] el capítulo sobre los Caníbales que se lee en los *Ensayos* [de Montaigne, que supuestamente inspiraron la obra de Shakespeare], es una pintura veraz y animosa de las costumbres guaraníes [...]. A falta de pruebas documentales, una exégesis literaria puede acercarnos a la verdad [...] un estudio de la raza guaraní ha servido de punto de partida al poeta inglés para su concepción de *La Tempestad*, no es difícil sorprender una casi identidad entre Calibán y el Añang indio [...] Añang encarna los malos instintos [...]. Así también Calibán [...]. Shakespeare [...] se apoderó de las costumbres y de los dioses de los indios [...]. Aunque nacidos entre las brumas de Inglaterra, en las venas de Ariel y Calibán galopa la sangre guaraní (16-19).

Como se puede observar, Natalicio González ha omitido cualquier rigor, con tal de llegar a una conclusión satisfactoria. El mismo error atribuía Roque Vallejos (*Antología* 31) a Raúl Amaral: “Amaral se embriaga demasiado (rastrea influencias evanescentes de probables lecturas fantasmas: Saint-Victor, Nietzsche, Oscar Wilde)”.

Por otra parte, las informaciones que la novela da sobre O’Leary nos hacen desconfiar de su persona. De su padre, se nos dice varias veces que se dedicaba al contrabando: “metían contrabando [...] para vender en la plaza o rematar en las casas comerciales como Juan E. O’Leary (el papá de Juancito), el rematador de moda le decían” (24); “don Juan vendía más barato porque contrabandeaba con Vedia” (43); “es hijo de

Gringo (contrabandista encima) pero aprendió” (59). Además, como se ha mencionado antes, O’Leary recibe dinero de Caballero a cambio de escribir la biografía: “O’Leary está escribiendo un libro sobre mí [...] me salieron unos buenos pesos; ese Juancito cuando te comienza a pedir para el cafecito, para pagar su pensión, ya no para nunca; pregúntele a don Enrique Solano López”¹ (48).

Como sucedía en *Caballero*, no es Amarilla quien ha elaborado el libro, sino que las palabras del protagonista se recogen sin la elaboración necesaria para el distanciamiento mitificador: Amarilla se limita a transcribir el discurso de Caballero, anotar a pie de página, apostillar en los márgenes, y apuntar alguna idea a su interlocutor (“gracias porque me estaba olvidando”, 21). Al estudiar *Caballero*, apuntábamos nuestra sospecha de que el cronista ni siquiera dividía ni titulaba los capítulos. En *Caballero rey*, esta sospecha se confirma: el lenguaje que Amarilla maneja en el prólogo dista mucho del que se usa en los títulos de los tratados. Difícilmente podemos imaginar al cronista titulado “De cómo había escuelas a patadas cuando yo fui ministro de instrucción” (91) o “De cómo serví en el gabinete del Vicepresidente en ejercicio [...] sin asesinarle para nada al comandante José Dolores Molas” (111). Además, como los títulos nunca se corresponden con lo que tras ellos se narra, bien pudiera suceder que el personaje, guiado por su tendencia a no seguir un orden lógico en el relato, hubiera dictado los encabezamientos y, posteriormente, hubiera dejado de tenerlos presentes. Creemos que esta tesis se puede demostrar comparando cada uno de los títulos con el contenido de los tratados.

Aunque el primer tratado de *Caballero rey*, “De cómo me castigaba en Río de Janeiro, todo por amor a la patria (1871 / 1872)”, sugiera que su exilio fue una experiencia tan patriótica como sacrificada, lo cierto es que él mismo acaba reconociendo: “a caballo regalado no se le miran los dientes [...] si en vez de fusilar, nos pagan vacaciones, no nos podemos quejar” (16); “el que salió perdiendo fue él, que se pasó todo el mes de enero con el calor de Asunción mientras yo en Copacabana” (125). El segundo tratado recoge anécdotas que van de 1868 a 1873; sin embargo, se titula “De cómo me puse orden y disciplina en la Legión Paraguaya, amén de otras cosas que por pura modestia no digo (1871)”. La única parte que podría dar lugar a tal enunciado es aquella en la que sabemos que Caballero ha decidido aceptar el cargo que le ofreció Rivarola, olvidando los agravios, como hace siempre que esto va en beneficio de su ascenso y de su imagen: “me olvidé de contarle que finalmente tuve que aceptarle el cargo de Inspector General de Armas” (39). Poco cuenta de cómo pone “orden y disciplina” en el ejército, excepto lo siguiente:

Yo los conciencité [sic] muy bien, porque después, la mayoría se volvieron patriotas [...]. Les ajusté las cuentas. Pero ellos después me agradecieron: vieron que había sido no más para su bien, por eso me acompañaron después, cuando fundé el glorioso Partido Colorado (1887, el mismo año que fundé

¹A través del sobrentendido, Caballero deja ver que fue el hijo del Mariscal el que pagó a O’Leary para que cambiara de posición ideológica por dinero. En otro momento, el personaje narra la historia de ese cambio sin argumentar otras razones que el patriotismo, un motivo que, a la vista de su trayectoria anterior, no parece muy sólido: “la Dolores [sic] Urdapilleta, la mamá [de O’Leary], se casó al principio con el señor Jovellanos, que no le quiso firmar una sentencia a López (era juez) y entonces López le metió en la cárcel y murió de quebranto. Después la llevaron presa a la señora (un lamentable error), destinada a Yhu junto con las leprosas (por equivocación) y encima luego nuestro teniente aquel quería degollarle cuando le rescató el brasilero [sic], por eso después la Dolores casó con O’Leary, macatero del ejército aliado, no le podía perdonar. *A los tiranos, madre, mi maldición*, dijo O’Leary (h), incluso publicaba poesías contra López, pero después se dio cuenta de que nuestro jefe no hacía con mala intención: hasta el sabio se equivoca [...] no todo el mundo es tan patriota como su maestro, Amarilla” (19).

La Industria Paraguaya¹, Sociedad Anónima) (39).

El tratado tercero (“De cómo serví con distinción al Gran Partido Nacional, luchando valerosamente contra el defraudador Salvador Jovellanos (1873 / 1874)”) vuelve a no circunscribirse a la época que menciona el título; y, sólo cuando han transcurrido dos tercios del tratado cuarto (“De cómo había escuelas a patadas cuando yo fui Ministro de la Instrucción (1874 / 1877)”), Caballero se acerca a los hechos que enuncia: “primero tenía que contarle lo que hacían los otros antes de entrar en mi brillante actuación como Ministro de Justicia, Culto e Instrucción Pública” (104). Además, para el personaje, está claro que el ministerio en cuestión es sólo un paso necesario para llegar a la presidencia: “ese Ministerio que me dieron era un irrespeto” (104); “Patricio Escobar [...] me dijo también que sentía mucho que me hubieran dado un empleo *vaí* [mal]” (109); “[Ministro] de Instrucción puede ser cualquiera” (155). Por si quedara alguna duda sobre su escasa brillantez como ministro, pronto sabemos: “en la Justicia no podía meterme” (104), ya que los jueces trataban directamente con Gill. Respecto al Culto, Fidel Maíz le pide que interceda por él para que lo nombren obispo, pero Gill no le hace caso: “Maíz nunca fue obispo; le quitó su puesto Aponte y después Bogarín” (104). En la práctica, las competencias de Caballero eran mínimas (“tenía solamente dos empleados”, 107); carecía de la confianza del presidente (los empleados “estaban solamente para espiarme [...] porque Gill les dijo [...]. Por suerte no cobraban casi nunca y entonces no venían casi nunca”, 107); y él mismo se sabía incapaz para llevar a buen puerto su responsabilidad (“tenía paz para reunirme con Aceval, Decoud y los más cultos”, 107). Por tanto, cuando Gill le ordena recorrer el país, él alega: “para no hacer nada, es más cómodo no hacer nada en Asunción” (108). Así, frente a la afirmación del título (“había escuelas a patadas”), la realidad es bien distinta: no sólo se redujo el sueldo de los maestros (“Gill había comenzado su economía pagándoles a los empleados públicos medio sueldo”, 107), sino que ese dinero llegaba hasta con seis meses de retraso: “una maestra venida del campo [...] me decía que el atraso todavía pasaba [...] en el interior siempre se pagaba más tarde que en la capital [...] tenía razón, pero de balde” (107-108).

El tratado quinto evidencia que es falsa la afirmación del enunciado que lo encabeza (“De cómo serví en el gabinete del Vicepresidente en ejercicio, don Higinio Uriarte, sin asesinarle para nada al comandante José Dolores Molas ni a otros prohombres (1877 / 1878)”) y, como de costumbre, abarca muchos temas que no se mencionan en él. Por fin, los dos últimos tratados, “De cómo fui Ministro del Interior de don Cándido Bareiro, fundador del Partido Nacional, mas no del Nacional Republicano (1878 / 1880)” y “De cómo fundé el Partido Conservador o sea Nacional Republicano (1887)”, confirman la obsesión de Caballero por demostrar que fue él el fundador del Partido Colorado. Pero no todo el tratado séptimo se dedica a este fin. De hecho, es la parte del libro en la que el discurso aparece más desordenado y, al final, éste se interrumpe abruptamente.

Otra consideración hace que no nos extrañe que sea el propio Caballero quien ponga los títulos a las partes del libro: por la relación de poder establecida entre los dos personajes, al cronista le cuesta, incluso, intervenir por medio de preguntas, como hacía en la novela anterior. En ésta, cuando lo intenta, se encuentra con la negativa de Caballero. A pesar de que el lector observa tales hechos, no puede dejar de sospechar que bien pudiera ser que,

¹Es la primera alusión de Caballero a la industria con la que se enriqueció, pero ya se había referido a ella el cronista en el prólogo.

en una imitación de los textos revisionistas, Amarilla hubiera confundido su propia voz con la del héroe, y hubiera puesto en boca de aquél afirmaciones que no eran sino del cronista. En cualquier caso, en *Caballero rey* aparece una nueva voz a través de las notas a pie de página. La misma voz que juzgaba poco poético el estilo de Amarilla, y nos hacía reflexionar sobre la unión de historia y literatura en Paraguay (“hemos decidido publicar la obra así como está, ya que la cuestión no es literaria sino histórica”, 1), informa al lector:

El señor Raúl Amarilla [...] se encuentra postrado a resultas de un ataque de ictericia y en la imposibilidad de hacer uso de sus facultades mentales. Los médicos opinan que el daño es permanente... Aunque estas memorias necesiten una revisión general (están llenas de contradicciones) hemos decidido publicarlas así como están: la historia lo exige (9).

Y también es el editor quien trata de explicar, mediante una nota, el interrumpido final de la novela:

Aquí termina, abruptamente, la relación de Raúl Amarilla, noble trabajador de la cultura que, debido a la ictericia, se encuentra en estado de completo cretinismo... El lector, sin embargo, habrá apreciado debidamente el esfuerzo del cronista, disculpándolo por sus numerosos errores propios de una mente poderosa pero minada por la enfermedad (185).

La voz del editor se adhiere de ese modo a los planteamientos revisionistas de la “necesidad histórica”. Pero, al igual que Caballero, Amarilla y los propios revisionistas, es incapaz de borrar de su discurso afirmaciones que en nada favorecen a las personas a las que tratan de alabar. Que Amarilla sufra un ataque de ictericia es una ironía obvia. Que la ictericia dé como resultado el cretinismo y la privación permanente de las facultades mentales no sólo resulta inexplicable, sino que anula cualquier juicio del cronista. Así, la “exigencia histórica” acaba resultando tan contradictoria como el propio relato al que el editor anónimo achaca ese error.

Al margen de las tres notas reseñadas, el editor sólo aparece para transcribir los apuntes marginales de Amarilla. Son unos apuntes en los que el propio cronista se advierte a sí mismo de la necesidad de omitir algunos datos y documentos poco favorecedores, y de aclarar las dudas que le habían ido surgiendo ante el relato de Caballero (“no está claro que sea el pequeño García a quien alude el Centauro. Preguntarle. (Apunte marginal de Raúl Amarilla)”, 27). Pero el juego con esta tercera voz es todavía más intrincado: al igual que la voz de Caballero y la de Amarilla parecen fundirse en el relato, la de Amarilla y la del “editor” llegan a confundirse en algunas notas en las que no se advierte sobre la identidad del autor (así ocurre, por ejemplo, en las páginas 53, 85, 113 y 174).

4.2. La desmitificación del pasado

La tendencia desmesurada de Caballero hacia la subjetividad, que lo lleva siempre a plasmar los hechos según éstos influyan en él, permite al autor dar una visión completamente negativa de la dictadura de Francia¹, en la que cualquier oposición a los deseos del dictador acababa con la cárcel o el “ajusticiamiento”:

Regalada [...] solía contar la historia de la Petronila Zavala, que la pretendió [sic] el doctor Francia, allá por el año cuatro... dice que el doctor Zavala, cuando le pidió la mano, reunió a sus amigos para preguntarles [...]. La casó con Machaín que después terminó en la cárcel y después en el paredón cuando Francia llegó a la dictadura Suprema (79-80).

El personaje no trata de defender a Francia sino de desprestigiarle, ya que éste había perseguido a su familia. Por eso, no duda en acusarle de varias de las injusticias que asolaron el país mucho tiempo después de que Gaspar Rodríguez de Francia hubiera muerto.

Decían también que esos legionarios [...] que las leyes bárbaras, que dificultaban luego el casamiento; eso ya no era culpa del mariscal sino de Francia, que había declarado negros a unos cuantos blancos [...]. Ese portugués desgraciado le persiguió a mi familia (20).

Caballero muestra los datos que los revisionistas trataron de ocultar sobre el primer dictador de Paraguay: “Fernando de la Mora le dijo que ni era doctor ni se llamaba Francia sino França y para más era hijo natural, mulato brasilero [sic] y volteado” (79). Pero, aunque el personaje quiera convencernos de la necesidad de difundir esos datos por ser ciertos (“yo pienso, con todo respeto, que también se debe saber un poco la verdad”, 79), en sus palabras no se ocultan ni el despecho ni la indignación personal:

Somos fundadores de la Villa Rica, pero igual no más el brasilero [sic] França les prohibió usar el *de* a los Melgarejo y les quitó sus tierras, lo mismo que a los Caballero *de* Añazco, lo que sufrió mi familia por su culpa, negrito que se creía todo un *de*... por eso aproveché que Decoud no le quería para que publiquen en *La Regeneración* esa *Melancolía de los hombres famosos*, donde el doctor Mejía explicaba luego que clase lo que era França (79-80).

Su subjetividad y su deseo de venganza lo llevan, incluso, a cuestionar los métodos revisionistas que ha compartido siempre que le han beneficiado. Aparentemente, Caballero no comprende que, al desvelar el modo en el que el revisionismo ha creado a los héroes, está haciendo que el receptor cuestione las “verdades” que ellos han difundido; y provocando una visión de la historia oficial como una mentira conveniente, hábilmente manipulada por los dictadores y sus acólitos:

Mariscal siempre quería saber qué clase lo que era el doctor Francia; no se sabía mucho porque su

¹También en los cuentos, Guido Rodríguez Alcalá ha tratado de desmitificar la figura de Francia. Al margen de la imagen que se da sobre él en “El negrito Pilar” (*Curuzú Cadete*), en “El marqués de Guarani” (*Cuentos* 33), se dice: “nunca ha recibido nombramiento para ese cargo [Gobernador de Paraguay], [...] obra en archivo constancia de don Fernando datada de 1807, donde Su Majestad declara la valía de aquel súbdito americano; el citado Rodríguez de Francia resultó electo Diputado por el Paraguay ante las Cortes de Cádiz [...] nadie puede ofrecer información reciente sobre el Gobernador presunto, que pudo haber conservado su fidelidad o sucumbido a la impiedad de las Provincias americanas”.

papá había quitado un bando prohibiendo que se hable del finado Dictador y entonces las gentes se callaron por veintitantos años, hasta que asumió Mariscal la Presidencia y entonces le pidió a Wisner von Morgenstern que le haga una historia del dictador [...] pero a Mariscal no le gustó que se sepa que un Primer Mandatario era brasilero [sic] y entonces hubo que acortar el libro para que no sea pues tan negativo (perjudica al país) [...] un día viene su propio maestro y me dice: General ¿qué le parece si reivindicamos también a doctor Francia ahora que ya le reivindicamos todo a Mariscal López?. ¡Ni se le ocurra!, yo le dije [...] ni siquiera es paraguayo sino paulista [...] era mulato encima y no tenía ningún derecho a firmar *de* Francia porque ese *de* solamente para la gente bien como los *de* Melgarejo, como mi señora madre (79-80).

Por las palabras del personaje, descubrimos una vinculación más entre el revisionismo y la dictadura: no sólo el primero sirve a la segunda, y la dictadura se vale de él para justificarse, sino que fueron los propios dictadores de la familia López los que propiciaron el nacimiento de esta tendencia pseudohistórica. Aunque lo intenta, Caballero no consigue persuadir de que la diferencia entre Francia y los López opere en favor de estos últimos. Sus argumentos resultan flojos y mal explicados; y, el lector, que conoce cómo López ha ajusticiado sin ningún motivo, no ve en la barbaridad de Francia algo nuevo.

Tenía almacenes del Estado [...] robándote cada vez que le comprabas [...]. Pero si le querías estafar, ¡pobre de vos!... A ese negrito Pilar, que tenía diecisiete años, le hizo ajusticiar bajo el naranjo porque robó tela para su amiguita¹ [...] no era luego el monopolio patriótico como en tiempos de don Carlos o de Mariscal, que le mantenían al ejército con su monopolio (eso muy diferente) (91).

Parece que el propio Caballero sólo encuentra como diferencia entre Francia y los López el hecho de que estos últimos usaran los monopolios como modo de financiación del ejército (lo que, indirectamente, beneficia al personaje, que es un militar). Sin embargo, sabemos que Francia, para mantener su poder, destinó un mínimo del setenta y cinco por ciento de su presupuesto a los gastos militares, y creó un ejército de cinco mil hombres. Así, la única divergencia que Caballero señalaba entre Francia y el mariscal López tiene todos los visos de ser una nueva manipulación de datos. Esta impresión se ve confirmada cuando sabemos: “Mariscal, para ayudarle un poco, le dio a su familia la proveduría del ejército, pero la familia abusó” (147). La misma acusación hace Juan Bautista Rivarola Matto en su novela histórica *El santo de guatambú*:

En el entorno de los López Carrillo había un buen número de personas que aprovechaba sin rubores las ventajas del poder. [...] los hijos y parientes de don Carlos, las amantes de sus hijos y los parientes de las amantes [...]. Esta inmoralidad escandalosa e irritante no parecía preocuparlo [...]. No echaban mano directamente a los recursos del estado. Pero eran muy comerciantes, empezando por Juana Carrillo de López [...] y terminando por Madame Lynch (97).

En la misma novela, además, se añade que el hermano del mariscal tenía una explotación privada:

¹La historia de este personaje real se narra más extensamente en el primer cuento que Guido Rodríguez Alcalá incluye en *Curuzú Cadete*, “El negrito Pilar”, donde se relata la tortura a la que fue sometido: “un día me envió a la Cámara de la Verdad [...] a pesar de su panza grande y transpirada, Bejarano saltaba como un gato para complacer al Amo [...]. Me preguntó por los aros que alguna vez robé para Ramonita [su novia] en el Mercado [...]. Me preguntó por el paño colorado que robé en sus almacenes para Ramonita también [...]. El dictador no me daba 16 años pero me condenaba igual [...] no pude ver dónde estaba el Dictador Supremo cuando me remataban con machete” (13).

Las opiniones de Benigno López eran conocidas en círculos representativos de la alta sociedad [...]. Tales divergencias [con Solano López] habían ido apartando a Benigno de las funciones públicas. Se dedicaba de lleno a los negocios privados [...]. Poseía en San Pedro de Ycuamandiyú la única plantación existente explotada al modo brasileño, con empleo de esclavos y jornaleros (90).

Y María Concepción Leyes de Chaves, en su novela *Madame Lynch*, tratando de defender la actuación de Elisa Lynch, acusa a la madre del mariscal López de usurera:

Doña Juana Carrillo y otras damas de alta alcurnia prestaban dinero a intereses usurarios, y se quedaban con las prendas que preferían. Doña Juana compraba con el ocho por ciento de descuento el papel moneda utilizado y “valiéndose de sus relaciones lo cambiaba en la Tesorería del Estado por papel que representaba su valor real” [...]. Si las damas respetadas [...] recurrían a tales arbitrios ¿por qué no lo haría una mujer [...] amenazada de frustración? (170).

En su largo y desordenado discurso, Caballero no puede sustraerse a la tentación de evocar a Francisco Solano López continuamente. De ese modo, la visión de la época de la Triple Alianza se completa, y *Caballero* y *Caballero rey* se imbrican hasta formar un todo: si en la primera se nos anunciaban episodios de la segunda, en la segunda se añaden datos a los que nos había dado en el libro anterior. Sin embargo, en contra de lo que pudiera parecer por su desorden, estos datos no se ofrecen al azar: el autor ha seleccionado con habilidad lo que quiere que no olvidemos los que hemos leído *Caballero*, y lo que desea que conozca un posible lector que no haya accedido a su primera novela. Enlazando con sus cuentos y con la última parte de *Caballero*, la visión de la guerra en *Caballero rey* se centra, en ocasiones, en mostrarnos la dureza de la vida de la población, que contrasta con los lujos que se permiten López (“Mariscal se levantaba a las nueve”, 55), su amante, y los oficiales de su ejército:

La Madama Lynch [...] tocaba [el piano] todo el rato; solía hacer veladas con la Egusquiza y con Juliana Insfrán (esas cantaban) [...] nos alegramos casi cuando las llevaron al cadalso a esas dos, porque hasta las tres de la mañana solía durar, ellas a grito pelado y nosotros firmes¹ [...]. Y lo peor que la Madama se encariñó con su piano; teníamos que llevar cuando nos perseguían los Aliados, hasta que por suerte se trancó en ese lugar que se llama Piano *cué*, desde entonces marchamos más livianos (160).

La frivolidad de Caballero deja de llamarnos la atención. Resulta inconcebible que se alegre de la muerte de dos mujeres por el mero hecho de que cantasen. Sobre todo, si

¹En “La traidora” (Guido Rodríguez Alcalá, *Cuentos decentes*) la protagonista describe así a Madame Lynch: “su fulana irlandesa, y con sus muebles y sus pianos de cola y las ganas de hacer baile tras baile [...] para el sesenta y siete se nos habían pasado las ganas de festejar, pero teníamos que seguirle el cuento [...] y usted puede rabiar ahora, prima Carmen, sabiendo que sus joyas terminaron en el cofre mandado por López al extranjero -lleno de oro y de divisas negras” (87). Similar acusación se hace en “Toro pichai” (*Curuzú Cadete*): “los soldados [...] hurgaban los bolsillos de los muertos para ver si les hallaban unas monedas para complacer a la postiza, que se fue a París para seguir viviendo allá con lo que nos había robado” (37). El gusto por la música, el dinero y el lujo de Elisa Lynch no es negado ni por sus mayores defensores. Concepción Leyes de Chaves, en su novela *Madame Lynch y Solano López* (355-356), relata que, en plena guerra, “cultivó rosas, claveles, madreelvas y jazmines en su pequeño jardín. Puso cortinas en las ventanas, flores sobre el piano, sábanas orladas de ñandutí en las camas de bronce, libros en todas partes [...]. El lujo de la extranjera ofendía la miseria del pueblo. Ninguno penetraba la íntima grandeza, el milagro del amor que se complace en la preciosa fragilidad en medio de la tormenta, para deleite del ser amado”.

consideramos que se ignora el motivo del fusilamiento de Dolores Egusquiza (pariente del futuro presidente Juan Bautista Egusquiza, que había estado en la legión paraguaya); y que Juliana Insfrán (que era familiar de Caballero, quien no hizo nada por salvarla) fue fusilada bajo la acusación de estar en contacto con su marido (aunque ella se encontraba cerca de San Bernardino), al que se consideró un desertor por rendirse en Humaitá cuando no existía ninguna posibilidad de defensa. Este comportamiento arbitrario de López no es puntual:

Un día que el Urquiza vino en Asunción, le vio a ese *mitái* Ferreira, le llevó a estudiar en la Concepción del Uruguay como su ahijado [...]. Y un día José Segundo llega con un manifiesto, de esos que escribía su papá, le hace firmar a Ferreirita... Salió en los diarios porteños [...]. El mariscal [...] le hizo llamar a la señora Ferreira, la mamá de Benigno [...]. Pero la señora no quiso firmar (era una declaración en contra del Benigno) y entonces López le llamó al sargento y le cortó la mano a la señora. Ella lo tomó muy mal, también el hijo (18-19).

Mientras la población se enfrenta a la dureza de la guerra y del hombre que la dirige, el mariscal sigue con sus fiestas y sus excesos. Quizá, en el terreno en el que la diferencia entre los combatientes y los altos mandos resulta más inmoral es en el de la alimentación:

Era oficial y para el resto apenas si alcanzaba la carne, y las mujeres ya ni eso: se metían con los chicos por el monte para buscar guayabas, naranja agria, lagartijas¹ [...] una vaca hacíamos alcanzar para 400 con cuero y todo [...]. El cuero no es tan malo si se hierva cinco horas, igualito al tocino [...]. Por suerte, yo comía con el mariscal [...] al principio nos peleábamos por el chocolate [...] y no porque faltaba; no más que en la guerra [...]. Piensa que puede pasar [tener hambre] y entonces cuando tiene, come a doble carrillo [...]. Pero al último fue mejor, incluso sobraba, porque [...] éramos menos (147).

Estos hechos relatados por Caballero encuentran su aval en una curiosa nota de Raúl Amarilla, que aparece a pie de página:

El delincuente infantil Héctor F. Decoud, que comenzó su carrera de preso a los diez años, confirma la visión del Centauro sobre el punto. Decoud, confinado con su madre por atentar contra la Patria, refiere que los traidores comían insectos, siendo su plato favorito las hormigas reinas, por tener mayor cantidad de carne (147).

La nota contiene las informaciones que Héctor Francisco Decoud da en *Una década de vida nacional*, obra en la que cuenta su peregrinaje durante la guerra, como miembro de una familia traidora. Es obvio que Amarilla interpreta los datos de Decoud según su conveniencia, y que el lector no puede compartir su punto de vista, a pesar de que su redacción contenga afirmaciones tajantes (Decoud es un “traidor” y un “delincuente infantil”), y deslizamientos intencionados (no se dice si quien atentó contra la Patria fue el niño o su madre): el cronista no parece advertir que el trato que se dispensa a los prisioneros no es digno del gran hombre que trata de convencernos que fue López.

Además, se nos recuerda que las condiciones infrahumanas del ejército y de los prisioneros están motivadas por una contienda que comenzó por la falta de previsión de López: “ha de ser verdad lo que dijo don Cándido: que [López] se puso nervioso y declaró

¹También en “La traidora” (Guido Rodríguez Alcalá, *Cuentos decentes*) se recrea esta situación: “era peor tener que rebuscarse por los basurales como las otras *residentas* y *destinadas*, comiendo puro cuero hervido y hormigas y hasta carne de gente. Pero el obispo siguió con su *paté de foie gras* y sus licores” (89).

la guerra por adelantado [...] Mariscal era nervioso” (55). Y desliza que la misma precipitación llevó al mariscal a equivocarse en algunas de sus órdenes: “en Lomas Valentinas [...] su orden luego estaba muy mal dada. Pero yo no le culpo, desde luego [...]. Allí se terminó el ejército [...] andábamos nerviosos. Y Mariscal también [...], entre la maldición del obispo y de su familia” (55-56).

Este dato es especialmente valioso si tenemos en cuenta que, páginas más tarde, Caballero cita al mariscal para apoyar sus tesis, y nos muestra el concepto que tanto él como López tienen de su pueblo. Una visión que les impide delegar en nadie, y los lleva a creer que las únicas decisiones correctas son las suyas:

Decía Mariscal López que ya estaba cansado de hacer todo él solo, no tenía luego colaboradores, una punta de inútiles, no se podía contar con nadie, él tenía que firmar tratados, corregir los diarios, contar la platita de Hacienda, aconsejarles a los jueces, organizar el baile del Club Nacional, castigarles a los cabos cuando no le bañaban el caballo (63).

Esta percepción de los hechos anula la importancia que Caballero ha tratado de darse como colaborador del mariscal; sugiere la inexistencia de la justicia y de la prensa libre; y apunta a las motivaciones económicas del conductor de la guerra. Una motivaciones que Caballero subrayará cuando viaje a Europa (“sabíamos luego que Mariscal había mandado ponchadas de dinero en la Europa [sic] cuando la guerra”, 87), y que ya se han reflejado en el interrogatorio a su hermano Benigno López:

El 21 de diciembre se lo llevaron con Monseñor Palacios y la Juliana Insfrán; el padre le dice que confiese dónde está el dinero, necesitábamos para la Patria, para defender del enemigo, se podía condenar o sino. *¡Jero!*, le dijo don Benigno, *encima que me fusila quiere que le dé mi plata*. Así que le fusilaron sin saber luego dónde quedaron esas onzas de oro (33).

Solano López aparece, pues, como una persona frívola, capaz de exprimir a su pueblo para satisfacer sus ansias de grandeza (“Mariscal [...] le pedía contribución a la gente (el Club Nacional se hizo con contribuciones, como la residencia del Mariscal, ahora Palacio de Gobierno)”, 130). A pesar de que Caballero trata de convencernos de lo contrario (“a mamá y sus hermanas, Mariscal les hacía comer en ese potrero donde estuvo Masterman (aunque ellas estaban atadas, les [sic] trataban bien)”, 147), su verborrea le impide ocultar que la carencia de escrúpulos de López lo convierte en capaz de fusilar incluso a su familia:

Marcó: *Excelencia, su señora madre no quiere ir*. Entonces mariscal, personalmente la puso en la carreta a doña Juana con sus hijas, [...] para que vean como mueren los traidores como don Benigno López que le gritaba *fratricida* y don Vicente Barrios que trataba de hablar y no podía porque se cortó la garganta para salvarse pero le salvaron aunque no quería: le cosieron para poder ajusticiarlo con monseñor Palacios, deán Bogado, Juliana Insfrán y el resto [...]. Saturnino Bedoya no estaba [...] lo mataron no más en el tormento¹ (55-56).

También se deja ver que López actuó con una enorme irresponsabilidad al regalar a Mme. Lynch posesiones que no le pertenecían, y al fusilar a su ex novia (“la Madama Lynch

¹Cuando Solano López viajó a Europa, el comandante Vicente Barrios era uno de sus acompañantes. En 1859, se casó con Inocencia López, contra la voluntad del entonces presidente Carlos Antonio López. Por otra parte, según la versión oficial, Bedoya murió de disentería.

le regaló como 30 casas, diez millones de hectáreas de yerbales. Él sabía tratar a las mujeres... ¿La Garmendia? [...] le [sic] fusilaron como a cualquier otro (la igualdad de sexos que le dicen)” (20). Y queda claro que exigió a sus hombres mucho más que a sí mismo, y que se vengó de aquellos que, desde su punto de vista, no habían hecho bien lo encomendado:

Al coronel Martínez: *¡Aguante hasta el 20 de julio!*, le dijo Mariscal. Le dejó en Humaitá con 3000 hombres; los aliados tenían 40.000. Pero igual aguantó hasta el 5 de agosto del 68 [...]. Le quiero decir que era valiente, que cumplió porque el Mariscal pudo retirarse gracias a él (le dejó de *carpada* como solía decir) [...]. Igual no más el mariscal le castigó; no le gustó su trabajo. No a Martínez, a él no podía agarrarle. Pero le agarró a la Juliana Martínez [sic]; le torturó [sic] en lugar de su marido. Después le fusiló el 21 de diciembre con monseñor Palacios, don Benigno López, don Vicente Barrios, deán Bogado, la señora Egusquiza... Un poco exagerado, tiene razón. Pero eso demuestra que Mariscal tomaba en serio su trabajo (34).

Además, Caballero pone en cuestión la autonomía de López, y acusa indirectamente a Mme. Lynch de algunas de sus crueldades. Así sucede cuando nos da una nueva versión del caso de Mongelós, y cuando recuerda el ajusticiamiento del peluquero de Elisa Lynch, anécdota ésta que el autor toma de Masterman¹, y usa también en su relato “El peluquero”².

Con la mujer del jefe no tenés que meterte, o si no podés tener dificultades. Allí tiene al coronel Mongelós, por ejemplo: un lindo mozo, alto, rubio, como yo. Le acababan de ascender. Pero un día, Mariscal le llama para castigarle. *¡Soy inocente, Excelencia!, ¡usted lo sabe!, ¡No me puede fusilar como a un traidor!* [...] a todo el mundo le fusilaron por la espalda (por traidores) pero a Mongelós de frente. Y eso fue por un problema con la Madama Lynch (78-79).

Me recordaba los tiempos del peluquero francés [...]. Bueno, un día el tipo (justo cuando andábamos perdiendo y el Mariscal se ponía nervioso y nos ponía nerviosos) le hace un mal rulo del peinado a la vieja, y entonces ella lo manda al calabozo. Pero el francesito, en vez de callarse, dijo a todo el mundo que la Madama era pelada, puro peluca su melena [...]. No me sorprendió ni un poco cuando el francés apareció en la lista negra; a ella no podías llevarle la contraria (89).

Todo el mundo sabe que la figura de Elisa Lynch es incuestionable para López (“si le decía, después remataba por mí (era como mariscal con la Madama Lynch [...])” 124-125), y que nadie puede mantener su *status* si no sigue los dictados del mariscal. Esto genera un clima de miedo y delaciones³, que lleva a la muerte a muchos inocentes:

¹En el texto citado de Junta Patriótica Paraguaya (365), aparece el relato de los hechos bajo el título de “Un envenenado”, pero sin el nombre del autor.

²Allí, la protagonista reflexiona: “¿Cómo te engaña la gente!. Yo, cuando la vi, pensé que era un ángel. Blanca, con vestido de seda, como han de ser las reinas en Europa. Y ella muy amable [...] la pobre Concepción, que se asincero con ella y terminó en la cárcel [...]. Henry, una vuelta, se confidenció conmigo: esa mujer es el mismo diablo [...] de puro bruja ella nos decía, muy mansita, que si necesitábamos algo le contáramos [...] lo primero que ella hacía era repetir [...] la Madama era mandona, era desagradable, se divertía haciéndole trabajar de balde [...] le mortificaba por ese defecto que él tenía” (“El peluquero”, *Curuzú Cadete* 50-54).

³El mismo autor ha tratado de demostrar en otras obras de ficción que la delación es consustancial a la dictadura. Por ejemplo, el protagonista de “El negrito Pilar” (*Curuzú Cadete*), “contaba las cosas del Mercado [...] las murmuraciones contra su gobierno [de Francia], y se las repetía con cuidado para no repetir también que se lo hacía pardo como nosotros, hijo de portuguesa negra que el padre abandonó después para casar con española noble y permitir al hijo (continúa...)”

Gente como Matías Goiburú [...]. Ese cuando tenían prisionera a la Juliana Insfrán [...] era de los que trataba de hacer puntos siendo malo con la pobre Juliana; ese cuando no había conspiración inventaba [...] cualquier cosa no más hacía para ascender (48-49).

El obispo [Palacios] quedaba muy bien con nuestro Jefe inventando conspiraciones, sobre todo después de nuestra retirada de Humaitá, cuando el Mariscal necesitaba levantarse el ánimo rematando por los otros su nerviosidad (106).

Además, en esta novela, por medio del personaje de Fidel Maíz, se culpa directamente al Francisco Solano López de actos que en la anterior parecían imputarse a otros personajes. En el fondo, el matiz diferenciador es mínimo: el responsable último de toda la crueldad no puede ser sino el mariscal, sean quienes sean los ejecutan dichos actos.

- Dígame una cosa, padre -le pregunté- ¿cómo fue el asunto aquel de monseñor Palacios?
- Órdenes del mariscal.
- ¿Y el deán Bogado?
- De puro terco; sabíamos bien que el hombre era inocente; no más queríamos una declaración firmada...
- ¿Y los cincuenta sacerdotes?
- ¡Exageraciones! Apenas treinta. Pero los brasileros [sic] no pueden criticarnos; ellos también fusilaron curas paraguayos.
- ¿Juliana Insfrán'?
- Páseme la botella, Caballero (106).

Para librarse de los castigos de López, el único medio era alabarlo y agasajarlo, estrategia que usan tanto Caballero como Maíz:

No es que uno sea un chupamedias, pero los demás eran, y se podía interpretarte mal, y entonces tratábamos todos de quedar bien con nuestro Jefe, yo mismo le regalé el reloj de oro que piqué en Matto Grosso². Por educación no más *paí* Maíz dijo que Mariscal López era Jesucristo (105).

Y la crueldad de López lleva a los fiscales de sangre a condenar a inocentes, simplemente para no entrar en conflicto con el tirano: “Silvestre Aveiro, ese que había sido fiscal de Sangre de Mariscal López, y que la gente no lo quería, porque siempre se dijo que castigaba para quedar bien con el Jefe, que no quería creer yo, pero tuve que creer al fin, por lo que le hizo a mi cuñado” (128).

³(...continuacion)

servir al Rey. Cosas como esa me callaba para no hacerme malquerer [...] pero tenía muy adentro la amonestación del Fiel de Fechos y me guardaba de repetir las cosas de la Casa de gobernadores” (11-12).

¹En “Juliana” (Guido Rodríguez Alcalá, *Curuzú Cadete*) se narra la vinculación entre la protagonista y Fidel Maíz: “se habían conocido de niños, habían jugado hasta el momento en que [...] ella se hizo mujer, él cura [...] dejó de hablarse de monseñor Fidel Maíz [...] que se convirtió en un hombre corvado en la celda estrecha, cuya altura no le permitía ni ponerse de pie. Allí entró, posiblemente en el 63, para salir, años más tarde, como fiscal de Sangre” (16).

²Que Caballero robara un reloj ya se mencionaba en *Caballero*. Cuando le preguntamos al autor sobre la autenticidad de este hecho, respondió: “no recuerdo si encontré el dato en alguna parte o simplemente quise decir que, en la campaña de Matto Grosso, los paraguayos saquearon de la manera más indecente. Lo mismo hicieron en Corrientes, y de ahí las reclamaciones de los aliados, mencionadas en *Caballero rey*”.

Sólo mediante la adulación y la barbarie logran salvarse del “ajusticiamiento” que acabó con muchos de los acusados de atentar contra el mariscal: “los hermanos y cuñados, ajusticiados. Lo mismo que el obispo [...] el coronel Bruguez, el comandante Marcó, Pancha Garmendia. Todos esos que conspiraron” (147). A esas bajas, hay que sumar las que se produjeron en acción bélica, provocadas por la desmesura de los ataques emprendidos por mandato de López, pero que Caballero considera justificadas porque la vida de los soldados no tiene para él valor alguno:

José Molas [...]. Era también amigo del [sic] Ignacio Genes; se conocían desde que asaltaron los acorazados brasileros [sic] con canoas [...] creo que fueron los dos que se salvaron... ¡tiene razón! También se salvó Eduardo Vera [...] pero nuestras pérdidas no fueron tan grandes: apenas los cien que mandamos a asaltar la escuadra brasileria [sic]... No, material no perdimos porque se fueron en canoa; para ese tiempo ya no teníamos flota, y era justamente por eso que Mariscal los mandó al asalto, para ver si les quitábamos su flota a ellos (73-74).

Habiendo sobrevivido a un personaje como López, y a la irracionalidad de sus actos, Caballero no alberga ninguna duda sobre su futuro: “Gill tenía su carácter; medio difícil trabajar con él... Pero no podía ser más difícil que Mariscal López, que fusilaba su familia y hasta su Estado Mayor... No... Si a mí Mariscal me condecoraba, era que Gill también tenía que condecorarme” (86-87).

Por si no fuera suficiente con la imagen moral que el autor nos ofrece de López a través de las palabras de Caballero, incluso su físico queda ridiculizado. Para ello, se utiliza una anécdota que Guido Rodríguez Alcalá usa también en “La traidora”, achacándosela a otro personaje.

<p><i>Caballero rey</i>: “Mi hermana se andaba vuelteando entonces por la sala de baile cuando le viene un gato petisón para invitarle a bailar; ella no le reconoce. <i>Magancha</i>, ¿cómo es que permiten en la fiesta criaturas? [...] Pero mamá que oyó [...] la llevó en casa y la pegó [sic] bien grande; al día siguiente tuvo que ir en el Palacio para pedirle perdón a Su Excelencia” (79).</p>	<p>“La traidora”: “Tiene un palmo menos que la niña. [...] <i>Daba la espalda al presidente</i>, y el Vicepresidente me miraba ya como un basilisco. Pero ¿cómo podía adivinarlo yo?. Al ver ese cuadro donde se veía tan buen mozo el Presidente (alto, con las piernas derechas y sin panza) [...]. S.E. se fue a la guerra dejándonos un poco más tranquilas, cierto, pero dejándonos también su cuadro idealizado sobre el trono (exigiendo las reverencias de todos), y dejándonos, para colmo, un Vicepresidente para segurar que no le dieran la espalda al Adonis que presidía las reuniones de cuadro presente” (86).</p>
--	--

Además, tal como se plantea en *Caballero rey*, este tema conecta con las insinuaciones que aparecían en *Caballero* sobre una posible relación entre López y la hermana del protagonista.

Por otra parte, si en *Caballero* la contienda aparecía como una situación de la que se beneficiaban económicamente los mandos aliados, en esta novela se denuncia lo absurdo de un tratado que pretendía hacer pagar a Paraguay los gastos de guerra de sus enemigos:

Andaban todos locos, porque cuando hacen su Tratado de la Triple Alianza para macanear al Paraguay, ponen que el Paraguay tiene que pagarles la indemnización de la guerra y también los gastos de la guerra, que ni ellos mismos pudieron pagar porque fueron como trescientos millones, y allí perdió su puesto Dom Pedro, Dios le castigó porque le trató tan mal a Mariscal López (162).

Además, la guerra se retrata como un continuo acto de pillaje por ambos bandos. Tras denunciar el saqueo que los brasileños hacen en Asunción (32), Caballero reconoce:

Cuando conquistamos la Argentina [...] alguno que otro soldadito se llevó su requecho [...] con 40.000 soldados ¿cómo no va a haber algún ladrón? En especial cuando el jefe, el coronel Resquín, el mismo robaba un piano [...] para quedar bien [...] le dijo que comprado a la Madama Lynch [...] en Brasil [...] alguno que otro soldadito robó alguna cosita, ¿cómo no va a robar si [...] nadie se queda para cuidar la casa? (Así fue que encontré un reloj de oro en una estancia; después le regalé a Mariscal [...] pero no era tanto como dijeron después [...] dijeron que llevamos todas sus vacas, todos sus caballos, todas sus cucharas de plata [...] ellos exageraban luego a su favor y nosotros en contra) (160).

Así, en contra de las tesis revisionistas, las dictaduras iniciales y la guerra de la Triple Alianza aparecen como hechos cuestionables, crueles y hasta necios. Francia es un déspota y un ladrón; y Solano López, un caprichoso que, ofuscado por sus ansias de poder y sus obsesiones, no tuvo reparo en llevar al país a una guerra en la que él no participó.

4.3. Una nueva visión de Caballero

El protagonista, consciente de su posición de poder ante un cronista al que paga por su trabajo, no cuida un lenguaje plagado de guaranismos¹, coloquialismos², frases hechas y refranes³. Pero, una vez más, no son sólo la confianza y la oralidad las causas del nivel de lengua del personaje. Su falta de cultura se refleja a través de las metáforas que utiliza (“tiene que hacer como el *pancake* que frita la muchacha en la cocina: tiene que revollear para que quede del otro lado, en su lugar”, 45), y de sus propias afirmaciones: “me dicen que hay un alemán, uno muy leído que publicó su libro sobre el sueño; lea un poco y me cuenta” (46); “las cartas que le mandaba Hugo [...] no me acuerdo del apellido [...] Uno que

¹Sirvan de ejemplo: “jei chupe” (11), “mbore” (11), “pua racú” (13), “paí Maíz” (15), “curepí” (18), “mitái” (18), “vyro rei” (21), “tavyrón” (23), “cuera” (29), “acapaté” (31), “cambá” (32), “yaguará” (33), “cué” (35), “camba ñaña” (38), “che nico” (41), “pyragué” (46), “guaunte” (47), “aca moroti” (70), “aca pytá” (70), “quelembú” (77), “pe guaré” (79), “pynandí” (93), “pacová piré” (103), “tombutú” (104), “maera” (109), “vaí” (109), “umíva” (112), “vyrezas” (133), “saí la piola” (143), “nácore” (159), “caí miriquiná” (161), “ysaú” (163), “paraguá mascada” (163), “chai” (167) y “mensú” (175). En la página 186 de la novela, se ofrece un glosario de términos dialectales y guaraníes.

²Como “pítuco” (10), “al empiezo” (18), “enchufarnos sus códigos foráneos” (21), “se nos carneaban el país” (22), “perdiamos grande” (27), “descogotado” (32), “puta que me mordieron grande” (33), “no le confirmaban para Vice” (46), “empréstito” (51), “puta que podía” (52), “le cagamos a patadas” (56), “me anunció el secre” (55), “le coimeó” (57), “soldados como la gente” (62), “rumbeamos para el Tebicuary” (63), “un petisito” (75), “quitándoles a cenar” (87), “una barra fenomenal” (88), “cholos” (103), “terminamos de lo más bien” (126), “se pichó” (129), “compró para su casa” (por “compró una casa”) (152) y “empatar con el gringo” (181).

³Entre las primeras, “con las manos en la masa” (12), “con la sogá al cuello” (25), “sobre el pucho” (27), “como rata por tirante” (39), “al pedo” (53), “encontró para la horma de su zapato” (57), “se armó el bochinche” (57), “le prometía a Dios y al Diablo” (59), “andaba metiendo la cuchara” (73), “cuatro gatos” (74), “no tenía vela en el entierro” (76), “patas para arriba” (83), “no me quería dejar ni a sol ni a sombra” (86), “más perdido que un yaguá en canoa” (88), “andar con el culo a cuatro manos” (92), “con una mano atrás y otra adelante” (93), “no había lo que no faltaba” (94), “el burro por delante” (104), “con paciencia se llega al cielo” (124), “échele un galgo” (124), “espantar la perdiz” (128), “sin pestañear” (136), “despacito y buena letra” (137), “la sartén por el mango” (165), “come a doble carrillo” (147), “¡la pucha!” (176) y “por fin mi perro cazó una mosca” (176). Como ejemplo de las segundas: “a caballo regalado no se le miran los dientes” (16), “cría cuervos y te sacarán los ojos” (21), “al papel y a la mujer, hasta el culo le has de ver” (42), “no hay mal que por bien no venga” (85) y “del árbol caído, todos hacen leña” (165).

hacia versos en Francia” (78); “cruce el Canal (muy limpio pero le dicen Mancha)” (88).

Caballero no duda en asociar los conceptos como se le antoja: cree que Damocles era egipcio (“continuaba sobre nuestra cabeza como la espada del egipcio”, 161), es incapaz de diferenciar países con nombres similares (“se siente en Suiza o Suecia (no sé cómo se dice)”, 182), y no duda en afirmar: “en Francia [...] tenían un palacio grandioso que quemó el comunismo [...] habrá sido enorme; eso se puede ver en la puerta, que la limpiaron un poco y le pusieron Arco del Triunfo” (88). De alguien a quien, en una ciudad como París, lo más cultural que se le ocurre hacer es ir a un cabaret (“yo quería visitar el *Moulin Rouge* y otras actividades culturales”, 104), y que piensa que el Arco del Triunfo era la puerta de un palacio, sólo puede esperarse un lenguaje como el de Caballero: lleno de calcos del guaraní¹ y vulgarismos²; dequeísmos, loísmos, laísmos e incorrecciones de pronombres complemento³; pleonasmos y redundancias⁴; confusiones fonéticas, acentuales y conceptuales⁵; concordancias incorrectas⁶; verbos mal conjugados, errores preposicionales, y usos agramaticales del estilo indirecto y las circunstanciales⁷.

En la primera novela, el personaje trataba de ocultar su analfabetismo, echándole la culpa al nerviosismo de quien había de evaluar su capacidad lectora (“te hacían leer una hoja del *Semanario* [...] el diario ese no tenía dibujos y la letra era muy chica, así que me costaba y el paí se puso nervioso, y me dijo que estaba engañando al ejército porque no leía nada; un cura muy nervioso”, *Caballero* 37). Ahora, su escasa capacidad intelectual vuelve a quedar solapada tras una excusa: “él [Decoud], me escribió mi renuncia al Ministerio porque

¹Como la utilización de la partícula guaraní “picó” con valor interrogativo: “¿para qué picó nos hizo la resistencia?” (76). También “nicó”: “eso nicó no nos perjudicaba” (91).

²Entre ellos, “polecía” (21), “rejuntaban” (40), “reclar” (45), “deputados” (47), “la Rafaela y la Inocencia” (55), “el Juan” (91), “asinceramos” (92), “nerviosidad” (106), “a los dos nos jodía Buenos Aires” (149), “nos daba una puteada de tanto en tanto” (150) y “le jodió a su familia” (166).

³Por ejemplo: “le dijo de que sí; de que todo...” (13-14), “la pegó bien grande” (79), “la publicó un artículo en contra” (100), “murmurando de que le queríamos matar” (119), “la apresó al Patricio” (176) y “hay lo que es así” (120). Preguntado sobre el tema, Guido Rodríguez Alcalá respondía, en un correo de diciembre de 2000: “debería hacerse un estudio de ‘lo’. Por ejemplo: ‘cómo lo que haces eso’. ¿Influencia del guaraní? No sé. El guaraní no tenía artículo, pero ahora tiene ‘la’ para el singular femenino y masculino: p.e. la pan, la partido liberal. Para el plural de ambos géneros, ‘lo’: lo cuña=las mujeres”.

⁴Algunas cercanas al absurdo: “no se pudieron casar porque no podían” (18), “se cortó la garganta para salvarse pero le salvaron aunque no quería” (56), “se largó al ataque a la cabeza (les dejó sin cabeza a unos cuantos)” (75), “tanto me insistió que le insista que tuve que insistirle” (78), “le creyeron pero también no le creyeron” (101), “empezar por el empiezo” (148) y “nos reunimos para la reunión” (154).

⁵Sólo damos cuatro ejemplos: “quiso ser triunvirato” (44), “demasiado nos gustan sus informes” (59), “cuando séamos presidentes” (68) y “se molestó demasiado grande” (93).

⁶Por ejemplo: “sinvergüenzos” (40), “optimista” (64), “el de él era misión diplomática” (65), “pesimista” (71), “nadie luego le pensabas elegir” (149) y “las elecciones más reñidas que hubieron” (173).

⁷Entre los primeros, “me recuerdo” (18), “para que vuelvamos” (61), “le deamos tiempo” (67), “se vaye” (75), “que nos váyemos” (81), “me distraí” (85), “había absolvido” (114), “me dean un Ministerio” (118), “no estea” (153), “le dea su pasaporte” (126), “asadeando” (153) y “le hédemos hacer circular” (154). Como ejemplo de los segundos: “llegamos en Río de Janeiro” (13), “le mandó en la Asunción” (23), “tenía que agarrarse de cualquiera” (31), “se habían ido todas en nuestra propiedad” (32), “me fui en París” (50), “llegó en la Asunción” (59), “se rieron por él” (79), “se fue en Corrientes” (111), “se vaye en Buenos Aires” (125), “me habían invitado en su casa y todo” (148) y “hablar en ellos” (161). Y por fin: “preguntan si qué pasaba” (40), “le dicen si qué significa” (42) y “por eso lo que la gente se iba” (94).

yo no tenía tiempo” (44). Según un correo electrónico del autor (de noviembre de 2000), “Decoud nunca pudo llegar a la presidencia debido al veto de los militares, aunque siempre estuvo en el gobierno: era el único capaz de redactar cartas”.

La impresión del lector respecto a la falta de cultura del personaje se hace patente en todo el libro, desde la propia portada, en la que observamos las palabras “Bernardino Caballero” escritas nueve veces en un papel de libreta escolar, con una caligrafía infantil que, poco a poco, mejora ligeramente. En el mismo correo que acabamos de mencionar, Guido Rodríguez Alcalá explicaba: “la letra de la portada de Caballero es del diagramador. La de Caballero, según ciertas esquelas que pude ver, era muy parecida”. Por eso, no sorprende que su narración (como ya sucedía en la novela anterior) tenga, en ocasiones, tintes de cuento infantil:

El señor F. Decoud tenía cinco hijos: José Segundo, Diógenes [...], Juan José, Héctor y Adolfo [...]. Los fusilados fueron los dos hermanos de don Juan F., allá por 1859, cuando quisieron matarle al Presidente [...] por eso fue que Juan F. Decoud tuvo que escaparse a Buenos Aires, dejando en Asunción a su señora con su hijito Héctor, que andaba por los nueve años [...]. Formaron la *Legión* para hacernos la guerra [...] el Mitre les dejó tener bandera, cuerpo aparte, etc. Tenían su propio comandante: el coronel Decoud [...]. Conste que a los Decoud los entiendo; eran la propia familia y fusilados. Y después la señora con el niño destinada al Chaco (17-18).

Ni el propio personaje oculta sus limitaciones (“no sabíamos inglés”, 87; “menos mal que vinieron conmigo [...] tienen su facilidad de palabra”, 119; “me costaba un poco comprenderle: ese *tú* y el *vosotros* te lleva pues un tiempo”, 159). Y su falta de inquietud cultural (“como música clásica, yo solamente escucho *campamento*”, 160) la cree compensada por unas vivencias (“no tengo estudio pero sí experiencia”, 163) que anulan cualquier voluntad de aprender: “ese librito [...] que mi compadre y yo siempre nos poníamos de acuerdo para leer pero nunca comenzábamos; allí estaba explicado todo el adelanto moderno para el militar. Pero más vale diablo conocido que santo por conocer” (74). Sin embargo, Caballero es consciente de las posibles consecuencias de su escasa instrucción. Por eso le dice a Amarilla:

Raúl, usted haga no más lo que le guste con su poesía, pero con mi memoria, mucho cuidado. No me vaya a poner con letra chica. Usted me cuida las comas y la sintaxis, no que vayan a decir después que Bernardino Caballero no sabía, como ya dijeron luego, son así: siempre pescando por si uno se atraganta en su discurso para decir después que no sabía hablar [...] yo le voy dictando así como me sale y usted me pone como debe, por ejemplo: *V* corta o *B* de burro. Los *antes* después de los *despueses*... quiero decir al revés (9).

No obstante, como ocurría en la novela anterior cuando el personaje utilizaba su ignorancia para librarse de un castigo (“[Benigno] le podía demostrar que lo blanco era negro, y no era un muchacho de campaña como yo quien podía demostrarle sus equivocaciones”, *Caballero* 29), el protagonista vuelve a ocultarse tras su buena fe para no responsabilizarse de sus actos. Así sucede cuando Cirilo Rivarola le presenta un escrito contra López, y le pide: “lea bien este documento, quiero saber su opinión” (41). Según su relato, Caballero no lo leyó (“si es de usted, firmo con confianza [...]. Pero uno les da confianza a los amigos y después sale mal”, 41-42). En una nota a pie de página, en la que

Amarilla escribe “hacerlo desaparecer” (42), se reproduce dicho escrito¹:

El Paraguay desde la aparición de su primer tirano José Gaspar de Francia desapareció del catálogo de las demás naciones [...]; a su muerte don Carlos Antonio López [...] hizo conocer su existencia como nación... Posteriormente su sucesor, el nuevo Nerón Americano le arrancó su existencia, su porvenir entero sacrificando a sus pasiones brutales tantas víctimas ilustres... Durante dos años el Gobierno del Paraguay ha sido protegido generosamente por los aliados (42).

El lector no puede creer que Caballero firmara sin leerlas esas acusaciones contra el mariscal López. Conoce suficientemente al personaje como para dudar de su palabra: las críticas a López aparecen ante sus ojos como un medio más para alcanzar el poder y, para lograrlo, un buen sistema es congraciarse con los brasileños criticando a López, quien, hasta hace poco, ha sido enemigo de Brasil en la guerra. Esta tesis resulta aún más verosímil cuando sabemos que el documento se presenta en el Congreso, mientras éste hace una interpelación a los ministros de Rivarola (firmantes del escrito), en un intento infructuoso de suavizar la situación: “los tipos escuchan muy atentos cuando Rivarola les leía su mensaje que firmamos todos, pero cuando termina [...], le vuelven a preguntar” (42).

Del mismo modo, el protagonista trata de simplificar aquellas cuestiones que, incluso para sus más fieles partidarios, pueden resultar ambiguas. Por ejemplo, Caballero relata que, ante la imposibilidad de conseguir dinero de Brasil, Paraguay intenta obtener un crédito en Londres. Con ese fin, el presidente Gill envía a Bareiro, quien se pone en contacto con Blyth (“ese que había trabajado ya con don Carlos para la fundición de hierro”, 99), para que lo conduzca ante “ese *Council of Foreign Bondholders*, habían hecho sociedad para ver si recuperaban un poco el crédito que nos habían dado” (99). El relato de los acuerdos tiene el tono que Caballero suele utilizar para minimizar los problemas:

Los otros decidieron hacer el banco para recuperar sus ahorrillos y, de paso, para darnos más plata [...]. Plata desde luego no había, pero no era problema, porque el Banco nos podía prestar [...]. Incluso nosotros también íbamos a ganar plata, el Estado Paraguayo, porque íbamos a ser accionistas [...] ellos se contentaban con algunos edificios viejos como el Club Nacional [...] o el Palacio de Gobierno [...]. También el ferrocarril les cedíamos; ellos se comprometían a hacerlo funcionar, incluso a llevar la vía hasta Villarrica [...] seguro que cumplían porque [...] les dábamos un kilómetro de tierra fiscal a cada lado de la vía [...]. Colocábamos nuestra tierra fiscal, y encima cancelábamos esa deuda [...]. Les dábamos a los tipos la explotación de yerba por 30 años (99-100).

Incluso antes de saber este último dato, el cronista dista de compartir la euforia de Caballero. Aunque no oímos su voz, sí escuchamos al personaje recriminarle: “¿cómo que no entiende [...]? era un negocio redondo” (100). No debía de serlo tanto cuando pronto surgieron las críticas: “Decoud [...] dijo que el convenio con los ingleses era la venta más escandalosa del país” (100). Es lo mismo que el lector ha pensado cuando, a través de Caballero, ha sabido que Bareiro planteó abiertamente: “dinero no tenemos, pero tenemos el país” (99). El propio Gill intuía: “a los brasileiros [sic] no les iba a gustar, pero hizo aprobar no más” (100).

¹Guido Rodríguez Alcalá nos ha proporcionado la transcripción literal (avalada por el sello y la firma del Director de la Biblioteca Nacional de Asunción) del texto del diario *El Pueblo* del 18 de agosto de 1871, “Del Poder Ejecutivo al Poder Legislativo”, firmado por Rivarola, Jovellanos, Loizaga, Gill, Decoud (José Segundo) y Caballero, del que ha sido extraído el fragmento de la novela. Resulta curioso que, a pesar de tratarse de una obra de ficción, se mencione la fuente. Sobre todo, porque los textos supuestamente históricos de los revisionistas no suelen tener tal rigor.

Al igual que *Caballero, Caballero rey* se abre con una dedicatoria “Al Lazarillo de Tormes, respetuosamente”, repitiéndose así el juego de enlazar a Caballero con el pícaro tradicional. Hemos visto al personaje perfilarse como un pícaro que ascendió rápidamente durante la Guerra de la Triple Alianza (“cuando entré en el ejército, en el 64, apenas sabía disparar, pero para el 70, mi coronel Isidoro Resquín [...] ya era mi subordinado”, 34), y terminó la contienda “sin haber recibido por eso (‘designios del destino’, O’Leary *dixit*), ninguna herida en ningún combate” (4). En *Caballero rey*, sin abandonar sus conexiones con el pícaro tradicional, el personaje evoluciona para enriquecerse gracias a un poder que utiliza como instrumento de beneficio personal: a lo largo de la novela, vemos que Caballero, como Lázaro de Tormes, va cambiando de amo según la situación se va transformando. Así, durante el exilio, el protagonista se pone al servicio de los brasileños; más tarde, al de Gill y Bareiro; y, cuando la muerte de éstos le permite llegar a la presidencia, se somete a los intereses económicos. Tales cambios de amo se ven posibilitados porque, como hacía en la novela anterior, el protagonista no duda en desprestigiar a quienes le rodean, con tal de salir él impune de acusaciones y errores:

A mí me decían que dirigí los fusilamientos de San Estanislao (el mariscal fue) y que remataba rezagados y que todo el camino dejábamos sembrado de cadáveres (Roa) y que yo azoté a la señora madre del mariscal López (fue Silvestre Aveiro) y que a Venancio López lo ultimé yo (fue Patricio Escobar) (11).

Sin embargo, su verborrea lo induce a caer en constantes contradicciones y matizaciones. Por ejemplo, a raíz de un incidente con el presidente Gill, Caballero se va a Europa, en una aparente misión diplomática (“tuvo necesidad de mis servicios diplomáticos para mandarme [...] en [sic] Francia”, 85) a la que él confiere la mayor importancia:

Una misión muy difícil, para gente muy capacitada: había que pedirle al Papa que nos ponga Obispo (¿para qué, si le van a fusilar de vuelta?, decía¹); había que preguntar a la Madama dónde enterró su tesoro el Mariscal [...]; había que pedirle un descuento a los acreedores de Londres y de paso averiguar dónde guardó su plata Gregorio Benítez... Como puede ver, una misión muy, pero muy difícil; y para colmo nos daban poco tiempo [...] pero lo peor fue el *vyyro* Higinio Uriarte, el primo de Gill, que Juan Bautista le mandó conmigo para que me controle (86).

Frente a estos planteamientos, no tardamos en descubrir que tal misión es, en realidad, un nuevo destierro (“se quería quitar de encima la oposición”, 86) que el personaje vuelve a utilizar para divertirse (“me distraí [sic] un poco y de paso conocí Europa [...] no hay mal que por bien no venga”, 85). Claro que esta nueva visión de los hechos es excesivamente inadecuada, y aparecerá matizada poco después:

Al final yo decidí turistar no más; no que soy irresponsable, sino que si no me dan plata ni el tiempo ni quieren que investigue ya no vale la pena, y entonces métale *champán* con la Madama y sus

¹El último obispo que había tenido Paraguay fue monseñor Palacios, fusilado durante la guerra por orden del mariscal. Caballero ha aludido a este episodio (narrado también en la novela anterior) para explicar la “mala suerte” de López en la guerra: “antes de morir, dijo que maldecía el Paraguay” (56). Además, ha recordado: “Vaticano no nos quería luego poner otro obispo” (28); y ha comentado el modo en que se elegían los obispos en el país, cuando el padre Duarte ha querido acceder a ese cargo: “se usa que los padres le eleven una terna al gobierno para que el gobierno le pase al Vaticano para que elija un obispo entre los tres, pero cuando nuestra Iglesia le pasó la terna a Rivarola, él no quiso aceptar porque el primero de la lista era el padre Duarte” (46).

amigas [...]. Así que mi viaje todo un éxito, gracias a la Madama Lynch; ella, que conocía la calle, me llevó por todas partes (87-88).

Como vemos, Caballero, que no pierde ocasión para autoencumbrarse y culpar a los demás de sus fracasos, acaba haciendo prevalecer su interés (la misión fue un éxito porque se divirtió) sobre el del estado (no consiguió recuperar el dinero que López envió a Europa¹, ni le permitieron revisar las cuentas del crédito, ni tuvo fondos para comprar al Vaticano). Esto va en contra de todos los preceptos de la oratoria, que exigen humildad para ganar el favor del oyente. Pero no debemos olvidar que el personaje tiene el favor de su cronista, y que confía en que éste reelabore su discurso como él mismo llega a hacer en otras ocasiones. Así sucede cuando va matizando las explicaciones sobre la estatua ecuestre que quería tener Cándido Bareiro: cuanto más se acerca el momento de su realización, más parece que la estatua sea una iniciativa de Caballero. Primero, ha dicho: “Ángel Peña [...] hizo una colecta para hacerle una estatua ecuestre a don Cándido [...] pero se gastó toda la plata que le dieron para arreglar su propia casa” (121). Después, Caballero ha aparecido como el autor de la idea: “yo comencé con la colecta, pero Peña [...] se comió la plata” (130). Por fin, Peña y la colecta desaparecen completamente en su exposición del proyecto: “con la plata que di para su estatua, le gané a don Cándido” (133).

En ocasiones, las matizaciones tienen una importancia mucho más relevante, ya que llegan a presentarnos a Caballero como un conspirador, un traidor y un asesino; y cuestionan los fundamentos del Partido Colorado. Respecto a este último punto, resulta curioso observar que, en su Fundación, se pronuncia un discurso contra López, cuando Caballero afirma: “hicimos [...] la Asociación Nacional Republicana (1887) para conservar un poco los recuerdos de la guerra” (148). Además, el personaje ha intentado demostrarnos, como hace O’Leary en sus obras, que el amor a la patria equivale al amor a López, y que el partido que enarbola la bandera lopista es el Colorado.

El partido Nacional Republicano, que le dicen colorado; ese fundé yo [...] el partido más lopizta, o sea el patriota. Porque en el Paraguay hay dos partidos: los que le quieren a López (somos nosotros) y los que le traicionaron (son los otros) [...] su maestro don Juan [...] le puede explicar bien (123).

Conectando la filosofía colorada con la de las grandes dictaduras europeas y latinoamericanas, Caballero adscribe su movimiento, y da muestras del paternalismo populista que ha caracterizado muchos de los regímenes totalitarios:

Somos [...] un movimiento Nacionalista y Popular; nos preocupa el bienestar de nuestro Pueblo [...]. Vamos levantándole pasito a paso, como decía Mariscal: el Pueblo todavía no está preparado para andar solo [...] somos un partido muy culto, cultísimo, así que no me puede dejar de lado la filosofía. El nacionalismo también, desde luego (181-182).

Claro que el personaje no es precisamente un paradigma de hombre culto, y que él

¹Sólo encuentra “una cuenta con 30.000 libras a nombre de Pedro Gill, pero Juan nos dijo que dejemos no más” (87). Ante la prohibición, Caballero se decide a abandonarlo todo, y a disfrutar del viaje; y considera que con eso su misión ha triunfado. Después, el personaje insinuará que, en esa cuenta, podría estar el dinero que Juan Bautista Gill confiscó a la Asociación de Comerciantes Brasileños: “no puede ser que se funda el único banco [...] para que el propio Presidente mande ese dinero [...] (a lo mejor a la cuenta donde estaban las libras esterlinas que pillamos Uriarte y yo [...] y que Gill no nos permitió más investigar)” (93-94).

mismo ha sostenido que para ser un “buen colorado” no hay porqué tener grandes conocimientos: “aquí no precisamos doctores [...] andamos muy bien sin ellos” (158).

Múltiples ejemplos contribuyen a afianzar su imagen de conspirador. Durante la presidencia de Rivarola, el personaje menciona, como de pasada, “primero me encarceló” (45), y afirma: “le puedo asegurar que no conspirábamos y nos metieron presos de puro antipáticos y prepotentes” (46). Más tarde, añade: “Rivarola [...] hizo publicar después en *El Pueblo* [...]: *El general Bernardino Caballero no sabe conspirar* [...] ¡claro que no sabía! ¡Cómo iba luego si yo en esas porquerías nunca me metí!” (48). Pero no tardamos en saber que Caballero nos está mintiendo al negar su participación en las conspiraciones, como nos miente al tratar de hacernos creer que los liberales “cada vez que quieren apresar a la gente inventan alguna conspiración” (50).

Me apresaron [...] la noche del 12 de octubre [...] Rivarola [...] le dijo que yo había faltado a mi Ministerio de Guerra varias veces sin pedir permiso y que después pedí permiso para hacer una gira por el campo 15 días, estuve en Tacuaral, les [sic] dije a todo el mundo que había que echarle y al mayor Godoi le mandé una carta: *había que voltearle a Gobierno* [...]. Después apareció en *El Pueblo* [...] la noche del 12 nos juntamos con don Urdapilleta para hacer la conspiración para el día 13; pensábamos matarle a Jovellanos en pleno Congreso (49-50).

El personaje volverá a negar su participación en los hechos que ahora acaba de relatar, cuando Rivarola, ya convertido en su aliado, le pregunte: “¿usted conspiraba cuando fue ministro?”, y él responda: “Don Cirilo, ¡qué cosas se le ocurren!” (126).

Así, las contradicciones de Caballero no evitan que su imagen de conspirador tome cuerpo. Y lo mismo sucede respecto a su faceta de traidor durante la revolución de Molas, que, como reconoce el propio personaje, tenía la finalidad de “echarles a los brasileros [sic]” (82). La situación es la siguiente: Caballero envía a Escobar para tratar de comprar a Molas por “2.500 onzas y un generalato” (82); exactamente la misma recompensa que Gill le ha ofrecido por matarlos a ellos dos. Molas declina la invitación, y sugiere a Escobar que se una a la revolución. Pero éste no da una respuesta sin consultar con Caballero: “desde entonces empezaron a llamarle *pantalla*, pero él no se enteró hasta que Cristóbal Campos¹ publicó *El general avestruz*” (82). Caballero acude entonces a hablar con Molas, y de su entrevista toma nota Juan Silvano Godoi (“todas estas cosas están en el libro del sinvergüenzo Godoi, Juan Silvano estaba en la carpa, como Secretario de Molas”, 82). Según la versión del personaje (que Godoi no recoge), él sostuvo: “contra los brasileros [sic] no se puede [...] a no ser que los argentinos nos defiendan” (82), pero Molas, “demasiado apurado, siguió avanzando hacia la Asunción” (82). Páginas después, sin embargo, contradirá estas afirmaciones:

¹Según informaciones del autor de la novela, Cristóbal Campos (bajo el pseudónimo de “Perico de los Palotes”) publicó en Buenos Aires (sin fecha ni editorial), a finales del siglo XIX, el poema *Historia del general Avestruz escrita en verso jocoso-serio* (citado por Margarita Kallsen, “Referencia”). Allí, Escobar es llamado “general pantalla”, por dedicarse a encubrir a Caballero. Cristóbal Campos era familiar del poeta Hérib Campos Cervera, y del artista Julián de la Herrería (marido de Josefina Pla). Murió asesinado en circunstancias misteriosas. Caballero alude al apelativo de “pantalla”, referido a Escobar, en otros momentos de la novela: “le había dicho una vez [...] que el que sacaba la cara siempre era él y que aprovechábamos nosotros, y que tenía un problema familiar después de Facundo Machaín porque su suegra y su mujer dejaron de hablarle” (133). Estas palabras de Caballero equivalen a una confesión sobre la autoría del atentado contra Machaín, y contradicen la versión oficial del intento de fuga.

Matías Goiburú y José Dolores Molas [...] se quedaron muy molestos por febrero del 74, cuando yo no tuve tiempo para explicarles que el ejército iba a intervenir aunque el cónsul argentino nos dijo que no, sobre todo que Gill nos hizo firmar el papelito ese pidiendo que intervengan los brasileros [sic], nos hizo quedar muy mal con los amigos a Escobar y a mí, que les habíamos dicho a Molas y Goiburú que ataquen al gobierno con toda confianza (112)

Sea como fuere, la de apresuramiento es la misma imputación que Caballero ha hecho a López y a otros militares de la guerra de la Triple Alianza. Por eso, incluso antes de leer que Caballero dio la orden a Molas de seguir, el lector intuye que esa acusación la utiliza el protagonista para salvar su imagen. Porque, a pesar de la supuesta premura, Molas consigue acabar con el ejército, y parece que va a vencer. Hasta que, en una nueva traición, Escobar y Caballero firman con Jovellanos, Gill, Serrano y Uriarte un documento “requiriendo el apoyo moral y material de las fuerzas brasileñas para garantizar el orden [...] desconocido por una rebelión armada y encabezada por los sargentos mayores Molas y Avalos” (85). Es el tercer documento que se transcribe en el que Caballero traiciona a quienes ha apoyado. Y, como en las dos ocasiones anteriores, niega su responsabilidad: “el ministro brasileño [...] nos presentó el papel todo redactado. Ni siquiera nos explicó lo que estábamos firmando” (84). El lector deduce que o Caballero no sabe leer, y necesita que le expliquen lo que tiene delante, o está mintiendo de nuevo. Para excusarse, alega que le obligaron (“Gill nos obligó; por las buenas no íbamos a firmarle. Firmamos porque o sin no peor”, 85), dándonos nuevos motivos para dudar de su palabra: si no quería firmar es porque conocía el contenido del documento que provoca que Molas sea derrotado. Al enterarnos de la existencia de ese documento (tomado de las páginas 54 y 55 del libro de Manuel Pessoa, *Decoud*), comprendemos la acusación que Caballero hacía a un militar que parecía triunfante, y nuestras sospechas se confirman: “no fue por culpa mía sino de Molas, que avanzó sin consultarme, pero Molas nunca me perdonó, creyó que yo le había fallado” (85).

Más graves todavía resultan las contradicciones que nos inducen a pensar en Caballero como un asesino. Veamos cómo se narra en la novela la muerte de Machaín: la oposición empieza a sospechar que, por las artimañas del personaje y sus copartidarios, el juicio contra los asesinos de Gill, defendidos por Machaín, podía no ser justo. Después de todo, al afirmar “cuando le matamos a Gill quedó como presidente provisorio Higinio Uriarte” (117), ha reconocido su implicación en los hechos; y no le interesa que, en un juicio, ésta salga a la luz. Más adelante, Caballero volverá al tema para explicar que Facundo Machaín “perdió su conchabo de Canciller porque se negó a firmarles las pólizas [a los aliados], decía que demasiado caro... ¿Vio como era vyro? Si se quedaba en su cargo, nadie le iba a asesinar después” (160-161). Hemos de señalar que no existen documentos que acrediten la implicación gubernamental en dicho magnicidio pero, como nos señaló el autor, “la participación de la gente del gobierno es parte de la tradición oral, que puede estar equivocada, pero que he tenido en cuenta al escribir”. Además, la forma de proceder habitual del personaje hace que el lector crea firmemente que Caballero es capaz de participar en el asesinato; y empiece a intuir que la vida de los presos, y la del propio Machaín, corre peligro:

Machaín todavía no decía que quería ser presidente pero quería [...], y entonces luego iba a hacer cualquier cosa para que el proceso de los asesinos del señor Presidente sea un escándalo y nos haga quedar muy mal a todos [...]. Y decían también que el estado de excepción era un pretexto que aprovechábamos para perseguir a la gente, que pensábamos matar a los presos políticos en la cárcel y a Machaín también si se metía; le íbamos a matar como a don Antonio Núñez, ese que se escapó

de la cárcel pública pero le atraparon los soldados en el bajo y le mataron, una imprudencia de la tropa que no pudimos evitar [...] la oposición aprovechó para decir que, si le mataron a Núñez, que no era nadie ¿cómo no le iban a matar a José Dolores Molas, uno que no podían condenar porque demasiado prestigio luego tenía? [...] si algún peligro corría Molas, era que no le maten, quiero decir que le traten demasiado bien por su amistad con Genes (peligro, en realidad, no corría) (117-118).

Sus negaciones nos llevan a pensar que siempre que Caballero se defiende de unas acusaciones, éstas acaban siendo ciertas. Más aún cuando su seguridad de llegar al poder hace que el grupo se reparta los cargos antes de ganar unas elecciones que corren serio peligro de perder:

Ya nos habíamos puesto de acuerdo: don Cándido habló con Saguier para que sea su Vicepresidente [...] y Decoud se quedó tranquilo cuando le ofrecimos el Ministerio de Justicia. Don Patricio Escobar fue a Guerra; yo al de Interior. O sea que arreglamos el asunto como amigos [...] don José Urdapilleta renunció al Ministerio del Interior y entonces me pusieron a mí (ya era hora que me dean [sic] un Ministerio decente) (118).

A pesar de que el de Interior es el Ministerio al que ha aspirado durante mucho tiempo (como paso previo para llegar a la Presidencia), Caballero se muestra repentinamente tendente a la elusión. En el fondo, lo único que le interesa es desacreditar a sus oponentes, convencer al que escucha de que no merecían alcanzar el poder:

Del Ministerio le puedo contar muchas cosas pero no tenemos tiempo aquí. Ponga no más que yo sabía todo y que sabía también que el mayor Marcelino Gamarra andaba conspirando con Cirilo Rivarola para hacer un levantamiento en Pirayú y después de ponerle de Presidente a Machaín. Yo les dejé conspirar tranquilamente; cuanto más conspiren mejor porque entre ellos luego tenía mis informantes [...] sabía muy bien que el médico ese Galeano estaba conspirando con Rivarola [...] desde 1871 [...] para venir en Asunción el 15 de octubre. Pero el 15 no pudieron, y entonces aproveché para meterles en la cárcel a esos con el Facundo Machaín [...] yo sabía todo [...]. Lo único que se escapó fueron cuatro presos de la cárcel, y eso venía siendo un mal comienzo (119).

Así, sienta las bases que parecen legalizar el encarcelamiento de Machaín. Pero se contradice, y explica que metió en la cárcel a Machaín justo antes de un juicio que, a buen seguro, iba a ganar:

Llegó el momento de elegir los jurados que tenían que hacer el juicio de los delincuentes [...] el día 5 de septiembre, cuando se hace el sorteo para los jurados, yo hago llamar a Facundo Machaín (había hecho trampa y salieron todo gente de él); [...] y entonces tuve que decretar la prisión de Facundo Machaín (118).

Ante tal abuso de poder, el Tribunal de Justicia le ordena que ponga a Machaín en libertad. Como Caballero vuelve a desobedecer esas órdenes (“yo alargué un poco su *hábeas corpus* y le solté recién el 13”, 119), es interpelado por el Congreso; y las sospechas de un complot gubernamental contra Machaín van tomando cuerpo: “aprovechó la gente para seguir murmurando de que le queríamos matar a Lolo Molas, y al Facundo Machaín y al Cirilo Rivarola” (119). Según el personaje, “los presos comenzaron a moverse para conseguir el aguafuerte para corroer el hierro de los grillos [...] y limas para los barrotes...” (119). Entonces, Machaín le pide a una entrevista:

Porque la Petrona Velazco, la mujer de Molas le mandó aquel 24 de octubre una nota dentro de un ramo de rosas y decía haber sido avisada por doña Pabla Garcete, suegra del general Escobar, que la noche anterior se había resuelto en el consejo de Ministros el asesinato de Machaín, Molas, Galeano y otros, en la misma cárcel (119-120).

Aunque el personaje trate de desmentirlo, su discurso contiene demasiados datos para que el lector no perciba que, tal como decía la nota, el Consejo de Ministros había decidido matarlos, y dar la versión de que habían intentado huir:

Yo le hice decir [...] que [...] nada le iba a pasar, pero que no se le ocurra asaltar la guardia, tratar de escapar a tiros [...] eso justamente hicieron ellos: el día 29 de octubre por la noche apresaron al oficial de guardia y después comenzaron a soltar presos [...]. Y allí tuvimos que mandar la guardia [...] se escaparon los presos Juan Regúneza, Marcelino Gamarra, Nicolás Delgado, Justo León (faltan varias líneas) (118-120).

Ésa fue, realmente, la versión oficial de los hechos. Pero Caballero nos había adelantado que a Molas “Higinio Uriarte lo asesinó en la cárcel, un héroe de la guerra como Molas no merecía eso” (84). Si, como ha sostenido, Uriarte estuvo tras los hechos, la versión que Ángel Peña da en una carta¹, y que se reproduce en la novela, adquiere mayor verosimilitud que la que nos ha ofrecido el personaje:

Al entrar en la cárcel se dirigieron al cuarto de Molas que estaba llaveado y abrieron la puerta y [...] le tiraron unos tiros, después lo sacaron afuera y le pegaron hasta 29 balazos y 6 hachazos [...]. Después se dirigieron a donde estaba Scotto y lo sacaron de un brazo y lo fusilaron y después a Franco y enseguida a Galeano que le tiraron por la ventana de la cárcel [...] se cebaron en los cadáveres de los fusilados y algunos de ellos tenían grillos, como ser [sic] Molas, Franco y Galeano [...]. Marcos Riquelme [...] se dirigió al cuarto del Dr. [Machaín] y [...] por la ventana le cerrajaron un tiro [...]. Y abrieron la puerta y le cerrajaron otro balazo [...] concluido este salvajismo comenzaron el robo y saqueo de lo que tenía Facundo: [...] el reloj lo tiene el jefe de la Escolta, coronel Meza, las pulseras Crisaldo, [...] todos esos trofeos de guerra se encuentran en manos de los representantes de la autoridad (Caballero, Meza, Escobar, etc) (120-121).

Como en otras ocasiones, Caballero trata de negar lo evidente (“era puro mentira, calumnia, intriga liberal”, 121), y de eludir responsabilidades (“no era mi culpa si Marcos Riquelme no pudo controlar a la tropa”, 121); pero, basándose en la versión oficial, desliza que aprueba el comportamiento de los soldados: “se enfurecieron, aunque también con razón, porque cuando fueron a la cárcel [...] les recibieron a balazos, a cualquiera le pasa” (121).

El personaje, guiado por su orgullo y la confianza en el cronista, no parece consciente de las contradicciones en las que incurre. Por ejemplo, su afán de presentarse como el mejor lo lleva a revelarnos que, algunas veces, desobedeció al mariscal López. Sin embargo, trata de hacernos ver que el hecho de salir ileso de la guerra no se debió a la cobardía, sino a que sus razonamientos eran más acertados que los del mariscal:

Aquella vez se equivocó su orden [...]. Oficial superior no es soldado, puede utilizar su iniciativa [...]. Patricio se quedó donde le dijo [López]; yo en un lugar más estratégico. Y tenía razón (yo):

¹Esta carta aparece en el libro de Gomes Freire Esteves, *Historia Contemporánea del Paraguay*, Asunción, Napa, 1983, p. 161.

cuando terminamos, Patricio tenía como diez agujeros [...] [López] no podía entender que mi compadre salga tan mal y yo tan bien (aparte mis soldados, que murieron todos) (55-56).

A pesar de sus intentos de camuflar la cobardía como inteligencia, Caballero no puede evitar que el lector saque sus propias conclusiones: la única vez que su integridad física se ve amenazada en *Caballero rey*, su comportamiento no es, precisamente, el que habríamos de esperar de un héroe que ordena al cronista que nombre sus condecoraciones (“esto tiene que poner usted, Amarilla, pero poner bien”, 34). Cuando regresa del exilio en Brasil, presenciamos la lucha entre el personaje y un brasileño, en un relato que nos recuerda sus actuaciones durante la guerra por su falta de valor y de puntería, y por su dependencia de la suerte:

Un negrazo se me viene encima [...]. Le largué dos tiros, porque el primero le acerté en la pata no más [...]. Allí le di uno bueno en la cabeza. Pero justamente en eso me resbalo, caigo en pleno charco y los infames se aprovechan, así que me vienen todos juntos [...] me faltaba mi abogado [...] me mordieron grande mientras las tipas se reían [...] me vieron pero dejaron no más que la manada me muerda a sus antojos para divertirse ellas, hasta que me salvaron metiéndoles piedra y garrotazo (32-33).

Así, acaban siendo las prostitutas asunceñas las que salvan al “gran héroe”, y el lector no puede sino coincidir con los que “aprovechan porque soy viejo para llamarme *general avestruz*¹” (34).

Dado que todos los hechos se enfocan desde su perspectiva, su interés por el país aparece como ficticio. Los que combatieron a López pueden ser buenos si a él le perdonan las deudas (“me quedo con los legionarios como Adolfo Saguier, que hasta ahora no me reclamó la plata que le pedí prestada”, 103). Además, cuando regresa a Asunción, la ciudad está destrozada (“los soldados borrachos, violadores y bandas de bandidos que se mataban en la calle”, 26) y la situación de la población civil es desesperada²:

Los extranjeros nos decían *perroguay* por los *yaguá* que había buscando su comida y que a veces podía ser cristiano vivo [...] los cadáveres se quedaban en las calles varias horas (la gente luego se moría de balde, no que la mataban) y entonces les gustaba nuestra carne a los perros callejeros esos (33).

Sin embargo, igual que ocurría en la novela anterior con su relato sobre la sanidad paraguaya, no parece que provoque su ira la situación en sí, sino las consecuencias que tiene para él:

¡Qué desastre! [...] Yo esperaba alojarme en un departamentito que teníamos sobre el río [...] ¡No quedaba nada! Es que los desgraciados de los brasileños, para saquear más pronto, se pusieron a quemar casas en el puerto, así tenían luz para embarcar también de noche lo que nos robaban. ¡Qué infelices! Mi casita quemada con las otras (32).

¹La expresión no es una invención del autor, pertenece a la rumorología paraguaya. Además, como hemos mencionado, es el título del un poema de Cristóbal Campos, *Historia del general Avestruz*.

²Marco Sgreccia, en *Buenos días, Asunción* (www.hotbook.com.br), la retrata así: “o desespero e a dor vestem luto asunción. Asunción prenteia seus mortos! Nao há misericórdia mas angustia e ódio [...]. Faltam alimentos nos mercados vazios”.

Su egocentrismo llega hasta el punto de hacer que no se alegre tanto de la supervivencia del Mariscal López cuanto de lo que ésta le benefició:

Parece que Juan F. [Decoud] cuando llegó en Buenos Aires, se puso a pescar por el futuro Mariscal López, para hacerle lo que luego le hicieron a sus dos hermanos, pero el Mariscal entonces ya no estaba [...] por suerte no acertaron porque o sino no quedaba quién me ascienda (17).

Ante todo, el personaje no duda en mentir, en simular, en tratar de aparentar humildad, cuando lo único a lo que aspira realmente es al poder. Durante su viaje a Europa, lo vemos hacer cabalas sobre el tiempo que habrá de esperar para llegar a la presidencia:

Me dije: *Bernardino, paciencia*. Al fin y al cabo, tenía 35 años; podía esperar. Tenía que esperar [...]. La Constitución decía *cuatro años*; bueno supongamos que Gill se quede ocho (era muy capaz de avivarse); en ese caso, para 1882, yo era Presidente... ¡Y acerté! Es decir, me retrasé dos años porque no podía saber lo de don Cándido, pero acerté... Esto no es para poner en la memoria, Amarilla, es para que usted vea no más cómo hay que ser prudente (86-87).

En 1878, cuando Rivarola le promete alejarse de la política durante diez años, a cambio de que el gobierno de Bareiro garantice su seguridad, Caballero no duda en esconderse bajo una falsa modestia:

- Tiene mi palabra, general Caballero; yo por diez años, me olvido de la política. Eso le da tiempo de ser Presidente y todo...
- Don Cirilo, yo pues no soy tan ambicioso... (126).

Y, justo antes de apartar a Saguier de la presidencia para ocuparla él mismo, vuelve a repetir: “yo no tengo ambiciones” (142). La misma posición adopta poco después respecto al dinero. Aunque lo vemos aprovecharse económicamente, él no duda en sostener:

Yo nunca me preocupé mucho por la plata, mi familia tenía estancia, me pasé mi juventud cuidando nuestros animalitos [...]. Después entré al ejército, de la estancia derecho al cuartel. Allí tampoco tenía que preocuparme tanto, las Gloriosas se encargaban y les quedé muy agradecido (147).

Por su discurso, comprendemos que Caballero, que quiere presentarse como un paradigma de hombre democrático (“yo por la Constitución he de hacer cualquier cosa”, 43), no cree en la democracia más de lo que creyó en las máximas de López. Tanto una como otras fueron tan solo un medio para alcanzar el poder, y aferrarse a él. Caballero inserta la opinión que otros tienen sobre el método democrático para elegir presidente (“ahora vota cualquiera -dijo Juan B. Gill. Cantidad en vez de calidad- dijo Rufino Taboada”, 27), y no tardamos en saber que sus puntos de vista coinciden con los del protagonista (“con nuestra gente no vale la democracia”, 47; “la Constitución; no te deja hacer nada”, 172), y con los del propio cronista, que anota a pie de página: “el populacho necio no votaba anteriormente” (27). Estas ideas se van confirmando a lo largo del texto, cuando Caballero juzga que disolver las Cámaras “era un poquito inconstitucional” (48), y cuando habla con desprecio de otros movimientos políticos: “nuestros peones fueron llegando [...]. Con la comida y los pesitos para el vicio ya se contentaban, no tan exigentes como ahora desde que llegaron los Rafael Barrett y el anarquismo” (35).

En nombre de la democracia, es capaz de emprender cualquier tipo de acto no sólo

poco democrático sino, incluso, claramente delictivo, como ocurre cuando consiente el asesinato de Machaín para evitar que éste sea elegido presidente: “esas cosas no se pueden permitir porque somos demasiado demócratas para tolerar así no más que le critiquen a la democracia [...] no podíamos permitir que vengan a estropearnos la elección por pura envidia” (117-118). Por eso, acaba confesando: “si soy Presidente otra vez, liquidado el Congreso. No se puede, me dicen. Bueno, entonces vamos a tratar de hacer una constitución mejor. No es cuestión que nos déjemos [sic] vapulear por los civiles” (172).

Caballero es un maestro en el arte del disimulo, un hipócrita capaz de cualquier traición para obtener el poder, un pícaro que no duda en decir y hacer aquello que se espera de él en cada momento, y que justifica sus actos sosteniendo: “teníamos pues que disimular un poco, en política no se puede chocar tanto” (153). Su visión de la libertad de prensa es altamente significativa. Cuando habla del primer periódico independiente que existió en el país, *La Regeneración*, lo califica de “ese pasquín que no valía nada” (20); y nos informa de que “comenzó a publicarse [...] en el mes de octubre del 69” (19), y fue incendiado en septiembre de 1870:

Yo soy un pacifista, Raúl, pero le cuento de que [sic] me alegro un poco de que la *Regeneración* ya no estaba cuando yo llegué después en la Asunción. Eran muy insolentes. Incluso del Presidente Rivarola decían que robaba [...] cuando les quisieron parar ya no había caso (31).

Además, al referir un suceso real, en el que se atenta contra una imprenta para evitar que desde allí se siga criticando al gobierno, las opiniones de Caballero no dejan duda sobre su concepto de la libertad de expresión:

Por eso Albino Jara (mozo atolondrado Albino) tuvo que empastelar la Imprenta, le hizo comer al linotipista el artículo. En realidad, el que tenía que comer era Barrett, porque él escribió, pero en vez de comer como le ordenó Jara, le trató de ¡canalla! y él se dejó tratar así, siendo un oficial del ejército... Pero el daño ya está hecho. Todo el mundo lee Rafael Barrett. Hasta Morenito¹ vino a verme un día a preguntarme si era cierto lo que decía el gallego comunista de nosotros (176).

Tampoco es partidario del funcionamiento libre de la justicia, a la que no duda en manipular para conseguir sus intereses: “los legionarios [...] destruyen el país con sus ideas foráneas; en tiempos del Mariscal López no había eso; él se hacía respetar por todo el mundo, y a veces uno extraña un poco aquellos tiempos, ahora que cualquier juez-í se le insolenta” (129). Además, Caballero comprarte con Stroessner su forma de hacer política, manteniéndose siempre en contacto con los oficiales jóvenes, en un intento de ganar su amistad y de mantenerlos controlados:

La barra éramos mi compadre don Patricio, Juan Alberto Meza y otros camaradas, que siempre nos juntábamos muy temprano para matear, sea en nuestras casas o en el cuartel, para estar un poco en contacto con la juventud (115).

La política es así: tiene que tener tiempo libre para levantarse temprano, matear en los cuarteles, almorzar con el Comisario, cenar con el Ministro, irse a todas las fiestas por la noche. Es la única forma para conocer a la gente. [...] Entonces el que conocía era yo; yo sabía quién era cada cual (166).

¹Se refiere a Fulgencio R. Moreno, historiador partidario de Caballero.

Como Stroessner, el personaje sabe que, para mantenerse en el poder, es imprescindible contar con la fidelidad de los que le rodean. Y ambos utilizan el mismo procedimiento: fiestas, asados, tertulias, y el conocimiento directo de la gente:

Las reuniones partidarias las hacíamos en la quinta [...] allí los correligionarios del interior [...] podían orinar en los geranios [...] en esos almuerzos es que se hace política [...] no era mi capricho sino para conocer a todo el mundo: yo carneaba más de una vez a la semana [...] y eso nuestra gente no se olvida, porque son muy agradecidos, y por supuesto ya no van a votar por un pituco como José Segundo Decoud ni Facundo Machaín, que se creen demasiado finos para mezclarse con el pueblo (116-117).

Hacíamos asados serios, para los ex-combatientes, por ejemplo. Allá en la quinta, toda la semana se carneaba, y el que quería sentarse, se sentaba en la mesa aunque yo no estea [sic]... Desde luego que no estaba siempre, solamente cuando se reunían los oficiales [...] cuando venían amigos (153).

Sigue siendo un supersticioso (“tuve suerte, pero ahora se acabó porque perdí mi abogado”, 11; “monseñor Palacios, antes de morir, dijo que maldecía el Paraguay. Maldición de obispo no es maldición de burro: apenas le fusilamos todo cuando comenzó la artillería brasilera [sic]...”, 56; “le solté recién el 13 para que le traiga mala suerte”, 119). Y no duda en autoencumbrarse (“nos mandaron no mas en Rio de Janeiro a los más importantes”, 12; “fui el militar más condecorado de la guerra”, 34; “el mejor oficial de la caballería”, 84; “nadie quería darle un peso al Paraguay (así fue hasta que yo llegué a la presidencia)”, 99; “mi Presidencia [...] la más constructiva desde el tiempo del Mariscal”, 154).

En la carta de Vasconcelos (basada en los informes reales que éste enviaba a su gobierno) que Regalada le enseña, se lee la acusación siguiente: “pasaba todo el día borracho¹ y pescando por mujer en vez de trabajar” (122). A pesar de la parquedad de sus alusiones al sexo, el personaje da suficientes datos para que sepamos que la segunda parte de la denuncia era cierta (además, su auténtica biografía lo confirma). Nada sabemos, sin embargo, ni por la propia novela ni por su vida, de que Caballero fuera aficionado en exceso a la bebida (sólo hay un par de menciones a que el personaje bebiera con sus amigos, como la de la página 126). No obstante, en el marco de la novela, tendemos a creerlo. Más aún porque, como se recordará, también el tema se ha tratado en la obra anterior, en alusión a la forma de actuar de Solano López (del que él se declara sucesor) y de todo su ejército.

Fiándose de la discreción del cronista, Caballero desliza datos que no conviene que se sepan. Así sucede con la imagen que da sobre Fidel Maíz (“ha muerto como un santo [...]. Así que no me ponga. Eso yo le cuento en confianza”, 12). Con la advertencia expresa a Amarilla de no reproducirlo, el personaje narra que Maíz había sido encarcelado y posteriormente rehabilitado por López:

Paí Maíz le dijo que [...] en 1862, López le metió tres años engrillado y pan y agua por hablar de la Constitución y le sacó de la cárcel a condición de que vaye [sic] al Tribunal de Sangre y allí tenía no más que firmar las sentencias porque con las Siete Partidas y las Ordenanzas españolas que seguíamos usando tenías que mandarles a la horca (que solía conmutar por paredón, no somos bárbaros) (15-16).

¹Según el autor (correo de diciembre de 2000), el historiador Caballero Aquino estuvo en los archivos de Brasil, donde “leyó el informe de Guimaraes que acusaba a Caballero y compañía de pasarse el día borrachos”.

En el fragmento reproducido, no cita otras causas a las que sí aludía Caballero en la primera novela: “que hacía de todo con las señoritas” (*Caballero*, 44). Pero, en contra de la versión que el protagonista da más adelante (“el más perjudicado era luego *paí* Maíz porque el *paí* [Fidelis] D’Avola [el capellán brasileño] no le perdonaba luego su pecado de juventud”, 38), la tendencia de Fidel Maíz a no respetar su voto de castidad no es un hecho pasado. Y así nos lo ha narrado Caballero, usando, como suele, el sobreentendido: no se cuenta que Maíz dejara embarazada a una muchacha, pero sí se alude al aborto:

En Rio [...] vemos al *paí* Maíz con la hija del teniente [...] después le pillamos con las manos en la masa, en la hija del teniente, y entonces ya nos aseguramos de que no podía repetir en Asunción (nos podía perjudicar) [...] ellos le dijeron al teniente que no le demande por aborto (12-13).

Sin embargo, el personaje parece obviar todo lo que ha narrado, para achacar a la mala suerte lo que le ocurre a Fidel Maíz:

A él no le dejaron participar en la Convención Nacional Constitucional [...] tenía mala suerte, pobrecito. Todo porque le respondió al mariscal [...]. Tenía una puntería formidable [...] le capturaron en la Uruguayana en el 66; le querían fusilar [...] por suerte [...] le mandaron entonces a la catedral de Buenos Aires para que ayude misa hasta que pudo volver en la Asunción, donde le extrañaban tanto; a pesar de su carácter tan nervioso es un buen amigo (28).

Respecto a la figura de López, sigue actuando como en la primera novela: trata de justificarlo, siempre que eso no entre en conflicto con sus propios intereses: “en Tuyutí [...] tuvimos que salir nosotros, la caballería, culpa que Vicente Barrios le informó mal al Mariscal y Mariscal entonces nos mandó atacar por donde no debía” (13)

Por si le faltara algún defecto, Caballero desprecia a sus compatriotas, a los jóvenes y a las mujeres. Y considera que el valor de la vida no es intrínseco, sino que depende del lugar que el ser humano ocupe en la jerarquía social:

En caso de guerra, lo importante es la Patria. No importa si se mueren unos cuantos soldados, siempre que se cumpla el objetivo y no muera nadie de coronel para arriba. Ese es un principio militar que me enseñaron en la Guerra Grande; yo siempre apliqué muy bien (71).

Es un misógino obsesionado con el respeto que las mujeres han de mostrar ante los hombres: “en nuestra época, Amarilla, la mujer no andaba así no más por su cabeza como ahora; le enseñábamos a respetar” (79), “lo importante, Amarilla, es hacerse respetar por las mujeres” (141). Ese “respeto” tiene, sobre todo, un valor de sumisión, que permite al hombre afianzar su autoridad: “¿si no le manda a su mujer, a quién le va a mandar?” (158). Por eso, Caballero desprecia a los que no son capaces de imponerse:

[Escobar] era un dominado. Un hombre político tiene que tener más independencia, como yo: a mí mi mujer no me decía nada si volvía a las cuatro [...]. Pero mi compadre no podía: la mujer le dominaba demasiado. No le dejaba salir. Siempre en casa (166).

A cambio de ese “respeto” ciego, de esa sumisión, se les ofrece otro respeto, que no coincide con el de los liberales (“por primera vez le iban a respetar a las mujeres, como si el Mariscal no les respetaba. ¿Cómo que no? Si a la Madama Lynch le regaló como 30 casas”, 20), y que parece consistir, únicamente, en respetar la casa como territorio femenino

en el que el hombre no puede hacer lo que desagrada a la mujer:

La mujer luego está para eso, para poner el orden en la casa, por lo menos si es casa de familia, y yo le daba su lugar a mi difunta esposa [...] las reuniones partidarias las hacíamos en la quinta. [...] Concepción se quejaba, pobrecita, pero siempre me acompañó: cuando había que preparar, prepara el tallarín para 300 personas (116).

Eso Julia¹ entendía mejor, ella luego no se enojaba cuando los muchachos se divertían en mi quinta. ¡Cosas de hombres!, decía ella; se solía reunir con las señoras de ministro para comentar lo que se contaba, pero mi señora no tomaba a mal. Al fin y al cabo, yo le respetaba la casa: allí nadie podía entrar sin su permiso. Pero la quinta Caballero era distinto (153).

En todo caso, el concepto de respeto del personaje no excluye la violencia física: Caballero reconoce abiertamente pegarle a su amante por planchale mal la ropa (“yo le pegué grande”, 55), y maltratarla por no acudir a una cita (“quise darle un bife allí mismo [...] le retorcí el brazo disimuladamente (nos estaban mirando)”, 141-142); y parece que el cronista rompe la parte en la que el personaje narra que también le pega a su mujer: “¿*Qué vas a hacer con nuestra plata?*, me preguntó Concepción?. *Política, Conchela*, yo le dije. *Así se desperdicia el sacrificio del finado*, me dijo ella. Eso ya no pude aguantar y (roto)” (152).

Estas actitudes se pueden ver como una muestra de un cierto complejo de inferioridad de Caballero, siempre obsesionado con demostrar que es él quien domina al sexo contrario (“no es que yo me dejo dominar así no más, pero recién habíamos comenzado”, 115). Desde esa perspectiva, sus abundantes relaciones con mujeres (“el mismo Ministro Vasconcelos [...] decía que [...] yo me pasaba el día [...] pescando por mujer”, 122), serían poco más que un modo de afirmar su masculinidad, y de conseguir dinero (como sucede con la viuda de Gill) e información (como en el caso de Regalada), o de afianzar la confianza de los superiores. Por eso, Caballero hace suya la máxima de “con la mujer del jefe no tenés que meterte, o si no podés tener dificultades” (78), enunciada con ligeros matices (“uno no debe andar mal con la mujer del jefe” 124). Sin embargo, este principio no excluye mantener citas con las amantes de sus superiores (“me dejó plantado porque se fue con don Cándido (orden superior)” 142).

Y si las mujeres no saben actuar adecuadamente (“la Madama [...] cavó demasiado playo (como casi todas)” 11), en los jóvenes, Caballero no encuentra sino vicios y defectos (“la juventud de ahora, vicios no más son los que tiene [...]. Ustedes los jóvenes de ahora ni idea tienen”, 147); y sus opiniones le parecen despreciables (“decían entonces los *mitái* culo sucio”, 169). Tampoco es mucho mejor la opinión que tiene de los paraguayos en general: para él, ese pueblo que ha combatido al enemigo con heroísmo es, en realidad, un pueblo cobarde ante el poder (“los paraguayos [...] hablan por hablar pero en la hora de la verdad se asustan, no he conocido uno que no le tenga miedo a la autoridad”, 112), vago (“nuestra gente, en vez de producir, tocaba la guitarra”, 179) e irrespetuoso con las leyes (“el paraguayo luego anda por su cabeza, qué le va a escuchar a la autoridad”, 183). Un pueblo, en definitiva, en el que no se puede delegar ni confiar: “paraguayo es así. Le dice siempre que sí, pero después no cumple la orden, anda por su cabeza; es como los niños de la

¹Se refiere a Julia Álvarez. Caballero convivió con ella. Se casaron tras el fallecimiento de Concepción Díaz de Bedoya (que había sido esposa de Gill).

escuela cuando falta el maestro [...] una punta de inútiles” (63). Desde esa perspectiva, la única forma de tratar a semejante pueblo es la dureza de López, ya que sólo el temor le impide sacar lo peor de sí mismo:

¡Es que el paraguayo es sinvergüenzo [sic]! Cuando se murió Mariscal, se acabó el respeto. En tiempos de la guerra, por ejemplo, habían [sic] vacas del Estado en todas partes, nadie se animaba a tocar, aunque se mueran de hambre... Después no hubo caso. [...] Por cada arroba que beneficiaban legal, beneficiaban diez de contrabando (179).

Dadas las características del personaje (su autoritarismo, su hipocresía, su cinismo, su falta de cultura, sus actos interesados, su orgullo mal entendido), la visión que el lector que *Caballero rey* tiene de Bernardino Caballero coincide plenamente con el retrato que, en 1892, hacía de él Pastor Fretes y Britos: “hombre oscuro, analfabeto, una nulidad como soldado, lacayo de tiranos, ejecutor de masacres durante la guerra, completó la tarea de destrucción de sus colaboradores y predecesores Gill, Uriarte y Bareiro”¹. Es decir, una imagen completamente opuesta a la difundida por la historia oficial.

4.4. La crítica política

La política paraguaya, tal como aparece en *Caballero rey*, produce en el lector una cierta sensación caos, y no sólo (ni principalmente) por las contradicciones y la falta de linealidad: el caos se genera por la ausencia de planificación, por una concepción de la política en la que cada uno de los personajes aspira a conseguir, a través de ella, dinero, poder o prestigio. Así, la llegada a cargos públicos casi nunca tiene el objetivo del bien común, y casi nunca es consecuencia de una elección de la persona más cualificada para desempeñar la función que se le adjudica. Como señalaba el autor en un correo electrónico de noviembre de 2000, la novela “refleja un cierto tipo de organización política donde no hay coherencia y, si se quitaran las referencias históricas, eso sería como *Esperando a Godot*”.

A pesar de todo, una atenta lectura de *Caballero rey* permite reconstruir los principales acontecimientos de la historia paraguaya del último cuarto del siglo XIX. Es la historia de los pícaros que dirigieron el país, pero también la historia de su pueblo. Sin embargo, tal como la narra el protagonista, parece que lo trascendente sea el camino que él va cubriendo hasta llegar a la presidencia. Por tanto, igual que el relato de la Triple Alianza se hacía en *Caballero* en función del personaje, la narración de los distintos gobiernos parece enfocada a mostrar su ascenso. Lo veremos en el resumen de esa trayectoria.

La primera vez que el personaje tiene un cargo público es durante la presidencia de Cirilo **Rivarola**, que comenzó el 25 de noviembre de 1870, y concluyó el 18 de diciembre de 1871. Aunque el título del tratado segundo intento demostrarnos que Caballero fue eficiente, lo cierto es que el Congreso se vio obligado a hacerle una interpelación:

Un día me llaman del Congreso [...] me preguntan si qué [sic] pasaba pues con el orden público [...] les dije que el de Interior era Jovellanos [...] dijo que yo no le prestaba suficientes soldaditos para

¹Tomado de Ricardo Caballero Aquino, “José Segundo Decoud y la elusiva presidencia”, Suplemento Cultural de *Abc*, 19 de junio de 1983, pp. 4-5.

su polecía [sic] y que entonces no podía guardar el orden público [...] me dicen que me van a aumentar el presupuesto. No se molesten, les digo, con que me paguen los que tengo basta y sobra [...]. Culpa del presidente Rivarola, que no sabía luego cómo sacar la plata (40-41).

Como vemos, el procedimiento del personaje no ha cambiado: trata de eludir su responsabilidad culpando a otros. Además, también el gobierno del que forma parte es interpelado por el Congreso:

Le vuelven a preguntar si qué [sic] significaba esa cañonera de guerra cuando no teníamos un cobre; cuando a todo el Congreso se le debía el sueldo; cuando no se había aprobado en el presupuesto fiscal la compra esa [...]. Y el segundo punto es dónde están las cuentas del Ferrocarril [...] ¡mire el papelón que nos hacen hacer! [...] Pero no era contra él [contra Rivarola]. Era contra Gill (42-43).

En lugar de colaborar, los miembros del gobierno se dedican a tratar de destacar sobre los demás, y utilizan los mismos métodos que el personaje ha reprochado a los brasileños. Caballero, aunque trate de justificarse, no hace otra cosa:

Yo tenía que prestarle soldaditos del ejército a la Polecía [sic], pero cuando pasaban por allí se me estropeaban todo [...]. En su Ministerio podía hacer lo que quería (Hacienda), pero que me respete a mí el mío [...]. Las cosas que hacía Gill: me compra cañonera sin permiso (40-41).

La situación se complica para el gobierno: no sólo se malgasta el dinero existente, sino que, además, se está emitiendo moneda para hacer frente a los gastos:

Les dicen si qué [sic] significa su emisión de moneda [...]. Rivarola se negó a destituirle aunque el Congreso ya le había destituido (juicio político y todo); Gill siguió no más fabricando su dinero falso, firmando notas de Tesorería, organizando su batallón guarará (42-43).

Más tarde, cuando esa primera etapa le parezca ya lejana, el personaje desacreditará ese gobierno por ineficaz y utópico:

Las otras [leyes de Rivarola] no servían para nada¹, como esas que le obligaban al campesino a plantar el algodón y el tabaco, como en tiempos de Mariscal, pero el Mariscal tenía en esos tiempos 50.000 soldados y Rivarola ni 500, ¿con qué les iba a obligar? (176).

También nos enteramos de que Rivarola, que había estado apoyado por Brasil (“Rio Branco ya dijo bien que Rivarola era su hombre [...]. Cada vez metía más la pata, pero ni conspirarle podíamos”, 38), pierde la presidencia: “le convencieron los dos [Gill y Jovellanos] a Cirilo Rivarola que [...] le deje la Presidencia provisoria a Jovellanos mientras le hacían juicio político² [...]; renunció Rivarola y se jodió” (44).

Caballero se enorgullece de luchar contra el vicepresidente en ejercicio, Salvador

¹Como se recordará, Cirilo Rivarola fue uno de los redactores de la Carta Magna.

²Juan Bautista Rivarola Matto, en *Diagonal de Sangre*, expone así el juicio contra el presidente Rivarola: “En la presidencia de la república [...] es despótico e implacable como sus antecesores. Dicen de él que es un Dr. Francia en pequeño. [...] Procura usar a los brasileños. Busca entenderse con los argentinos pero éstos lo delatan. Los brasileños advierten que está maniobrando para que no se cumpla el Tratado de Alianza. Cándido Bareiro, mediante una intriga que explota la credulidad de don Cirilo, le hace caer en una trampa y éste abandona la presidencia” (332).

Jovellanos, que está en el poder desde el 18 de diciembre de 1871 hasta el 25 de noviembre de 1874. Resulta curioso observar que es la misma actitud mantenida por el revisionismo, que encuentra loables los hechos que en la novela se barajan. Por ejemplo, el diario *Patria* del 26 de febrero de 1992, en su artículo “La difícil tarea de reconstruir la patria”, dice: “entre los años 1873/74, Caballero fue el principal protagonista militar de sucesivos alzamientos campales contra el gobierno de Jovellanos”. Desde ese exilio, Caballero y su grupo tratan de derrocar al presidente, pero la revuelta de marzo de 1873 resulta un fracaso por la falta de organización:

Salvador Jovellanos se murió de miedo cuando el maquinista del tren le contó que le habían secuestrado (se escapó), que le preparábamos una revolución [...] yo era el jefe militar de la revuelta; el político, Cándido Bareiro [...] lo único bueno que teníamos eran los oficiales: [...] Matías Goiburú, Germán Serrano, Silvestre Aveiro, Patricio Escobar. Pero [...] también se precisa soldados... Soldados como la gente, no esos *mitái* asustados [...]. Ahora me explico por qué el mariscal fusilaba tanto: soldado que corre le perjudica al jefe! (60-62).

Caballero actúa como lo ha hecho durante la guerra: se pone a salvo, espera que peleen los otros, y desacredita a los que no siguen su ejemplo (“mi compadre parece que no sabía ser oficial superior; siempre quería meterse en la primera línea”, 69). En esta ocasión, se queda en una estancia de Corrientes hasta que Escobar lo llama:

Escobar nos hizo llamar desde Carapeguá [...]. Para el 17 de junio ya estábamos en la Recoleta. [...] llegamos en la casa de gobierno [...] yo les hice atacar por tres costados [...] era un asalto simple [...] tuvimos que replegarnos (ordenadamente), justo cuando le agarrábamos al bandido Jovellanos en su propia cuevas [...] porque los tiros de la Recoleta eran ciertos [...] el 19 de junio le llamé a Matías Goiburú [...] pero Ferreira se enteró. [...] Después Goiburú dijo que le mandé a una muerte segura [...] si le capturábamos a Ferreira ya ganábamos [...]. Ocurre no más que los correntinos, cuando llegamos a Paraguari, se corrieron de Ferreira (que nos venía siguiendo) [...] necesitaban alguna recompensa, pero no le pudimos dar por culpa de Ferreira (62-72).

La operación fracasa, pero Caballero, que ha confesado ser el jefe militar de la misma, y ha manifestado (como en la guerra) que la operación era sencilla, no tarda en encontrar otros culpables: la falta de experiencia de los soldados, la carencia de dinero para pagarles, la poca pericia del resto de los jefes... Y desliza, sin confirmarlas ni negarlas, algunas acusaciones contra Gill: “dicen que también les prometió pagar los dineros del ejército de ocupación brasilero [sic]; devolverles los fusiles [...] ¡Dios sabrá!” (73). Los revolucionarios convienen con Brasil la distribución de los ministerios, pero, en 1874, Caballero es destituido de su cargo:

Aquel 30 de marzo [...] poco después del pacto de febrero [...] ya me encuentro sentado a otro tipo en mi sitio [...] me fui a contarle a mi compadre Escobar [...] entonces vino entrando con Cándido Bareiro para contarnos de que ya no era el Relaciones Exteriores [...]. En el Congreso había unos cuantos senadores; les dijimos que teníamos que hacer el golpe pero nos dijeron que no había *quórum* [...]. En eso viene un soldado brasilero [sic]; dice que el Ministro Gondim nos dice que nos vayemos en [sic] nuestras casas [...] el cónsul argentino, que llegó en seguida, nos hizo decir que nos vayemos [sic], porque los brasileros [sic] pensaban atacar y ellos no tenían soldados para defendernos [...] tuvimos que salir, nosotros, todos unos Ministros del poder ejecutivo [...] por eso fue que hicimos la revolución de Molas (80-81).

La nueva revuelta, que también parece lideraba por Caballero, acaba con la traición

del grupo dirigente hacia los sublevados, a cambio de puestos de poder:

Le mandé al Dolores Molas junto al finado comandante Genes, que era Jefe Político de Pilar. [...]. Cuando estuvo listo, me dice Loló Molas que ya puedo cruzar el Río Paraná [...] para el mes de febrero ya estábamos todos juntos en Campo Grande [...] el desgraciado ese [Ferreira], una vez más, nos levanta trinchera con el polaco Chodaciewicz; nos fortifica la Plaza de Armas [...]. Dicen que porque le dijeron que si entrábamos nosotros, íbamos a cortarle a su mamá la otra mano [...]. Jovellanos no estaba dentro de la fortificación [...] ese fue el pacto de febrero que ni a Cándido ni a mí nos gustaba nada, pero que tuvimos que firmar no más. Esa fue la transada [...] Don Cándido fue de Relaciones Exteriores; yo del Interior. Marina y Guerra para Germán Serrano; para Gill, el Ministerio de Hacienda. Justicia, Culto e Instrucción Pública, para Francisco Soleras; estaba bien, ese tipo merecía un Ministerio de Segunda [...] Gill, en Hacienda (73-77).

La presidencia de **Gill** (25 de noviembre de 1874 a 12 de abril de 1877) se juzga con dureza: según Caballero, todas las acciones de Gill para intentar sacar al país de la bancarrota son erróneas. Ante lo desesperado de la situación (“el 75 fue la época en que tocamos fondo, en que no había plata para pagar”, 94), no caben sino medidas drásticas:

Decidió ser honrado: les llamó a don Benjamín Aceval, a don José Urdapilleta, a don José Segundo Decoud (los más leídos); les preguntó si qué [sic] podía hacer [...] primero de todo, había que suprimir el Estanco del Tabaco¹, que se suprimió. Después había que terminar con las emisiones de pesos inconvertibles [...] hacer circular solamente los que tenían respaldo; para respaldarles había que vender las propiedades del Estado. Y así fue que se vendieron unos cuantos inmuebles del centro de Asunción y que se pusieron en venta tierras públicas [...] había que bajar el ejército a 400 hombres y el presupuesto a los \$ 16.000 mensuales [...]. Decoud tenía razón, la única solución, la inmigración (95).

Las medidas de urgencia se encuentran con varios problemas: era difícil conseguir inmigrantes (“nadie quería venir en Paraguay”, 95), y resultaba imposible vender unas tierras que “no se sabe todavía si el Brasil o la Argentina no se van a quedar con ella” (95), donde “no conseguís peón” (95) ni hay infraestructuras (“tampoco hay luego puente ni ferrocarril que funcione, y el transporte por río de Asunción a Buenos Aires te sale más caro que de Buenos Aires a París”, 95). Esa situación lleva a que los paraguayos se vean en la urgencia de firmar el tratado con los aliados.

El asesinato de Gill lleva al poder al vicepresidente, Higinio **Uriarte** (12 de abril de 1877 a 25 de noviembre de 1878). Caballero se ocupa de esbozar la situación política paraguaya del momento:

Los que nos estaban preocupando eran los vivos [...] se fueron en la cárcel con la seguridad de que iban a salir tranquilamente después de una temporada [...]. Porque usted sabe, Amarilla, cómo son los abogados: puros sinvergüenzos [sic]. [...]. Y cuanto más inteligentes, más sinvergüenzos... así que el jefe de los sinvergüenzos el Facundo Machaín [sic], porque era el mejor [...] les iba a perdonar a los conspiradores [...]. Sobre todo cuando el Facundo Machaín quería hacer política, quería ser Presidente. Quería candidatarse aprovechando que le salió tan bien el Machaín-Irigoyen

¹Páginas atrás, Caballero ha hablado del monopolio del tabaco instaurado por Gill: “un buen día Gill quita su ley con efecto retroactivo: dice que a partir de enero se confiscaba el tabaco (éramos [sic] en marzo), porque el único que puede vender es el Gobierno, y entonces las autoridades de campaña empiezan a confiscar todo el tabaco que tenían los pobres [...] no les pagaban. Y si se les pagaba era con los pesos que de los que hacía Gill con su maquina [...] entonces los agricultores dejaron luego de producir [...] y entonces el país no recibía más divisas” (91-92).

(casualidad no más) y que el Vicepresidente en ejercicio Higinio Uriarte era un chambón [...]. O sea, a ellos no les importaba hacer justicia, como tenía que ser; aprovechaban la oportunidad para criticar al Gobierno [...] el Facundo Machaín, que acababa de fundar su *Sociabilidad Paraguaya* [...] que en el fondo era para hacer política (114-115).

En este fragmento, el personaje introduce varios datos destacables. El primero es que la persona que Uriarte no resulta de su agrado. Por otra parte, sus palabras nos hacen comprender que las aspiraciones al poder de su grupo peligran por el prestigio de Machaín; prestigio que él trata de anular sosteniendo que sus méritos como mediador fueron fruto de la casualidad. Esta afirmación hace que todo el discurso del personaje se ponga en duda: o Machaín era muy inteligente (como él mismo ha dicho antes) y el excelente tratado que firmó con Argentina no era mera casualidad, o sus acciones políticas se deben al azar, y no es tan taimado como Caballero sostiene. Saque el lector la conclusión que saque, conoce suficientemente bien al personaje como para saber que sus acusaciones siempre tienen una consecuencia posterior. Ésta no se hará esperar sino hasta que Caballero vuelva a incidir en la idea de que, a pesar de sus manipulaciones, las interferencias de Brasil, y su extraño concepto de la democracia, Facundo Machaín aparecía como un firme candidato a la presidencia:

Comenzamos la campaña presidencial democráticamente. Lo ideal es [...] la lista integrada, como se dice, pero en aquellos tiempos [...] los candidatos eran tres. Don José Urdapilleta era el candidato de don Patricio Escobar. El Adolfo Saguier venía a ser el candidato de Decoud. Y yo, como siempre, le apoyaba a don Cándido Bareiro [...]. Adolfo Saguier no podía ser presidente porque [...] los brasileros [sic] no querían nada con Decoud [...] yo le dije a don Patricio que no podía hacerle eso a un viejo camarada (o sea, a mí) [...] y don José tuvo que renunciar [...] y el único candidato venía a ser don Cándido Bareiro [...] pero los liberales comenzaron a intrigarnos, Cirilo Solalinde [...] dijo que el mismo don Cándido le habían contado que cuando estuvo en Europa se comió la plata que le mandaba López [...] por supuesto que Solalinde estaba con Machaín (117).

A pesar de todo, el partido de Caballero se hace con el poder, y Cándido **Bareiro** llega a la Presidencia de la República, tal como ellos habían maquinado:

El 25 de noviembre, don Cándido fue el Presidente Constitucional elegido por el pueblo [...]. Todo salió muy bien menos la tristeza, y eso por culpa de los chismes. Pero la tristeza no me pone, ni tampoco me pone que yo quería haber sido Presidente, porque me quería todo el mundo, pero que ya me había comprometido, y entonces no podía hacerle eso al pobre don Cándido, que desde 1869 había estado esperando su turno y que, al fin y al cabo, merecía (122).

Bareiro no dista mucho de Caballero. También él ha aparecido como un hombre lo bastante astuto como para ocultar sus ideas cuando lo ha creído conveniente: “les dice que después de sesenta años de tiranía tenían que aprender la democracia; dejarse de tiranos como Francia y López; elegir de una vez un gobierno serio, liberal. Don Cándido le aplaudió por educación” (23). Al igual que Caballero, Bareiro mantiene relaciones con Regalada, de la que se vale para conseguir información sobre sus otros amantes. Ambos han asumido: “en política luego hay que ser un poco práctico. Disimular si es posible... Sobre todo no dejar ganar a los otros, al *partido liberal*” (21). Así, las aspiraciones de Bareiro al poder han estado presentes en toda la obra y, si no se han materializado hasta este momento, no ha sido por no intentarlo por cuantos medios lícitos e ilícitos ha tenido a su alcance, sino porque los brasileños no se lo han permitido. Cuando por fin consigue ser presidente, lo hace en medio

del escándalo por la muerte de Gill y de Machaín. Caballero resume su trayectoria de este modo:

Llegó a la Presidencia, después de que el brasilero [sic] no le dejó ser triunvirato (1869), ni Presidente Constitucional (1870), ni Presidente Constitucional otra vez, con el Pacto de Febrero (1874) [...] los envidiosos no quisieron felicitarle cuando asumió su presidencia en el 78 [...] pero con paciencia se llega al cielo (124).

Sin embargo, el lector sabe que, en esa llegada al cielo del poder, Bareiro ha empleado algo más que paciencia: cuando Rivarola gana las primeras elecciones, se gesta el golpe de estado del 31 de agosto, después de que “don Cándido [...] le pregunta [a Rivarola] si no quiere seguir en la Presidencia” (29). Por el relato de Caballero, parece que fue Bareiro quien planeó el incendio de *La Regeneración*, atentando así contra la libertad de expresión. Además, en octubre de 1871, su partido trató de falsear las urnas para alcanzar el poder (46-47) y, más tarde, “llenó [...] con los raídos [...] el Teatro Nacional don Cándido Bareiro aquella vez que se habló de la unificación del Club Unión con el Club del Pueblo” (46). Con el grupo que Otoniel Peña junta en su casa (Caballero, Jovellanos, Gill, Bareiro, Escobar y González), germen del Partido Nacional (37), creado durante el exilio en Corrientes (57), Bareiro participa en varias revoluciones infructuosas contra Jovellanos (60-72); y, en octubre de 1873, pide ayuda al representante brasileño (72) para deponer a Jovellanos y alcanzar el poder. Sin embargo, Brasil apuesta por Gill; y Caballero y Bareiro deciden apoyar la insurrección de Molas (80-81), a quien traicionan más tarde. Por tanto, si no acaban antes con Gill es porque no se fían de las intenciones de los brasileños (“don Cándido decía que Gondim todavía le quería a Juan B. Gill, pero nos quería hacer conspirar un poco para hacerle entender lo que le podía pasar si transaba con la Argentina”, 92; “no quería conspirar de balde”, 102). Esta trayectoria explica que Bareiro no investigue el complot que iba a acabar con la vida de Gill, como el mismo Gill le había pedido; y que aparezca implicado en el mismo, aunque hayan sido amigos:

Comenzaron siendo amigos. Porque los dos estaban en la Argentina en el 69: Bareiro con MILINAS Y CIA, vendiéndoles provista a los aliados desde Buenos Aires [...] don Cándido Bareiro le hizo luego entrar en el *partido barierista*, ese que le llamaban *club lopizta* [...], y que publicaba luego *La Voz del Pueblo*, que le hacía la contra a *La Regeneración* (21).

No obstante, Caballero no duda en afirmar: “a los grandes hombres no se les comprende en su momento, incluso se les tiene envidia” (134); “un señor tan inteligente luego tenía que hacer una gran Presidencia” (124). Pero, cuando resume los logros de esa “gran presidencia”, parece que lo único positivo que encuentra es un hecho que no depende de Bareiro: el nombramiento del obispo.

Menos mal que algunas cosas le salieron, como el Obispo, fue el primero que tuvimos de 1868 [...]. Ese día le fusilaron a monseñor Palacios [...] monseñor maldijo el Paraguay y en verdad que tuvimos mala suerte: nada nos salía hasta que le nombraron a monseñor Aponte [en 1879] (141).

La muerte de Bareiro permite el acceso de **Caballero** a una presidencia, cuyo relato no es sino el cumplimiento de lo que el personaje había anticipado en la novela anterior:

El ejército me respetaba, porque soy militar, y los civiles me respetaban porque no soy un militar

militarista. Y también los vecinos, porque [...] ya se habían calmado, y [...] los extranjeros que venían era para trabajar y poner dinero, y así fue que entraron en el Paraguay todas esas grandes compañías extranjeras y hasta Carlos Casado S. A. que nos movieron un poco la economía, que desde 1870 había quedado trancada por el esfuerzo y los perjuicios de la guerra... Conste que fue una idea mía eso de venderles las tierras, porque teníamos demasiadas que nadie quería trabajar y con el dinero de la venta comenzamos a recibir moneda que hicimos trabajar para adelantar el país. Pero son cosas que le voy a contar después, si continuamos mis memorias (*Caballero*, 23).

Salvando los continuos saltos de tema, el tratado séptimo de *Caballero rey*, además de la fundación de los dos principales partidos paraguayos, de la influencia de Caballero en los mandatos de los colorados que le sucedieron, y de su exilio en Argentina, narra la presidencia de Caballero, marcada por la venta de tierras públicas, y el comienzo de las industrias y los monopolios. El personaje, tergiversando las fechas, señala: “del 80 hasta el 86, fui el Presidente Constitucional de la República” (148). Ya sabemos que esto no es del todo cierto: entre 1880 y 1882, fue Presidente Interino gracias a la renuncia (según la novela, forzada) del Vicepresidente. Pero lo fundamental quizá sería plantearse cómo un hombre tan inculto como Caballero puede gobernar un país. Él ha tratado de explicarlo del siguiente modo: “de escuchar y de preguntar a la gente fui aprendiendo, le voy a decir que hasta bastante” (136). Y, al igual que se declaraba heredero del mariscal, se autoproclama sucesor de Bareiro: “me transmitió su experiencia [...]; yo aprendí muchísimo a su lado, porque era muy culto, muy leído, había viajado por Europa y todo” (133). Con tan escaso bagaje, podríamos pensar que Caballero supo rodearse de un buen equipo de gobierno. Pero si pasamos lista a su gabinete, descubriremos que buena parte del mismo fue elegido por amistad en lugar de por su valía: “Juan Alberto Meza, que era el Interior [...] no podía ser tan instruido [sic], pero [...] mi cuñado era un hombre muy leal” (155). Meza, que ha estado implicado en el asesinato de Machaín, concibe el homicidio como el modo para acabar con cualquier problema:

Mi cuñado era un hombre muy leal: ¡E yucá catú! [mátalo], me dijo cuando se enteró de que [...] andaban tratando de hacernos el Partido Liberal. Y no decía por decir; él estaba dispuesto... Yo no le permitía, desde luego; [...] pero siempre te da confianza saber que tenés amigos de esa clase (155).

Aunque sospechemos que tales afirmaciones son una hipérbole del autor, llevado por su afán de desacreditar al partido de Caballero, parece que no se trata sino del reflejo de la realidad. En un correo de diciembre de 2000, Guido Rodríguez Alcalá explicaba: “Juan Alberto Meza era cuñado de Caballero y un perfecto animal. No sorprende que usara el vulgarismo ‘hedemos hacer’, en vez de ‘hemos de hacer’. Caballero debía sujetar a su pariente, dispuesto a resolverlo todo con eso de ‘e yucá catú’”.

Pedro Duarte ocupa el Ministerio de Guerra. Caballero nos lo ha presentado como un “héroe de Yatay” (133), capturado por los aliados en 1866; y después ha tratado de desmentir sus crímenes durante la contienda (“mentira no más fue que fusiló a muchos argentinos y brasileros [sic] prisioneros”, 142). A la muerte de Bareiro, cuando era Ministro de Guerra, obligó al vicepresidente a firmar la renuncia para que Caballero accediera al poder. Ahora, sin embargo, sabemos que Duarte no es del agrado del personaje:

Ese Pedro Duarte, le voy a decir, era luego una especie de compromiso; es que no había otro. Cuando estuve Provisorio yo le di la cartera de Guerra y también Interior, pero para el Constitucional le di solamente Guerra [...] incluso estábamos una vez hablando para no darle nada cuando entra en

la pieza [...]. Entonces yo me adelanté: *Coronel Pedro Duarte, estábamos hablando sobre su ascenso* [...]. No lo ascendí, pero le dí otra vez Guerra [...] después nos resultó bastante bien (155).

En principio, de la Cruz Jiménez ocupaba el Ministerio de Hacienda. De él, Caballero nos había dicho: “[era] muy meritorio [...] empezó de abajo; comenzó las apuestas en su casa con aquellos pesitos que le presté yo, pero al cabo de un tiempo progresó (todo un comerciante, tenía cabeza para los números)” (109). Ahora lo define como un “mozo bien intencionado pero sin Matemáticas” (156), que dura poco en el cargo:

Se olvidó de sumar los ingresos de la Capitanía de Tacurupucu el año 83, entonces Taboada, Ibarra, Fretes le hicieron la interpelación. *¡Todos los Ministros de Hacienda han sido unos ladrones!*, dijo Antonio Taboada [...]. Yo le hice llamar; le pregunté si no podíamos arreglar entre amigos [...] él me dijo que solamente si le sacábamos a Giménez y le hacíamos juicio; le sacamos pero sin juicio [...] le quitamos a *Lacú* Giménez y le pusimos a Agustín Cañete, ese que le decían hijo de Francia, aunque Francia no tenía hijos. Ese sí que sabía economía (156).

El Ministerio de Cultura, siempre despreciado por el protagonista, está regido por Juan Gualberto:

Yo a Juan Gualberto le conocía bien, había sido mi subordinado en la Legión Paraguaya y le puse de Instrucción porque tenía una señora muy leída, muy voluntariosa, que le sobraba tiempo y entonces colaboraba con nosotros haciendo las escuelas, una gran educadora¹ (157).

Y, por fin, ocupa la Cancillería José Segundo Decoud, del que el ministro norteamericano John E. Bacon, en una carta de 1887 dirigida a Thomas Bayard (tomada de Caballero Aquino, “Decoud”), decía: “es el hombre más hábil e inteligente y mejor formado que he conocido en Sudamérica. Se educó en Buenos Aires y en Europa y habla inglés, francés, alemán y español. Tiene la más extensa biblioteca en el Río de la Plata”. Incluso el narrador le reconoce sus méritos (“nos ayudaba mucho aunque fuera Canciller y no de Hacienda”, 158), a pesar de su afán por evitar que se le atribuyan los logros de su gobierno:

Doctor Decoud tenía razón: tenía a veces, por eso le puse en mi gabinete aunque los muchachos no le querían: Juan Alberto le quería pegar, *Lacú* Giménez se enojaba porque le revisaba sus cuentas... Sí Decoud era canciller no más, pero de tanto en tanto le mandaba en Hacienda para ayudarle a su colega, no para que abuse tratándole de burro... En fin, no hay que tenerle rencor a un muerto, Amarilla. Hay que ver también su lado positivo, que Decoud tenía cuando era mi ministro y yo sabía dirigirle. Yo le evité muchos problemas a él, sobre todo con mi cuñado, pero Decoud nunca supo agradecerme; dijo que perdió su tiempo con militares ignorantes [...]. Todo lo que se hizo en mi gobierno ahora le atribuyen a Decoud (164).

El mismo Caballero (que juzga: “con eso y todo era un buen equipo”, 156), sostiene que alcanzaron éxitos notables: “conmigo, por primera vez, cubrimos el déficit [...], mejoramos la ganadería [...] vendimos las tierras fiscales y restablecimos el crédito” (154). Poco después, la lista de logros se hace más detallada:

En el 83 hicieron el Instituto Paraguayo, esa institución tan importante, esa fue la que trajo profesores

¹En efecto, la mujer de su Ministro de Educación, Rosa Peña de González (hermana de la esposa de Decoud), fue una eminente educadora, pero no parece que eso avale el nombramiento de su marido.

de la Europa. También les mandábamos a los jóvenes a estudiar afuera, conseguimos varias becas y hasta les becábamos a los mozos del campo para que puedan estudiar en el Colegio Nacional que comenzó a funcionar como se debe bajo mi gobierno [...] recién había plata; con ese [sic] fue que les pagábamos a los maestros, que alindamos Asunción [...]. Conmigo recién comenzó la edificación, hicimos el telégrafo hasta Europa, vino el teléfono, vino el *tramway* moderno a mulita [...] cuando llegué al gobierno, don Cándido me dejó luego un presupuesto de \$ 270.000 con déficit; cuando salí, le dejé a mi compadre más de \$ 1.000.000 sin deuda (157).

Aunque, acostumbrados a que el personaje se autoencumbre, tendemos a no creer todo lo que dice, lo cierto es que los gobiernos de la posguerra supusieron un avance para el país, que se vio enturbiado por la falta de escrúpulos de quienes estaban en el poder. Guido Rodríguez Alcalá lo explicaba así en un correo de noviembre de 2000:

Relativamente, hubo progreso durante el gobierno de Caballero. Llegaron los tranvías y el teléfono; se construyeron inmuebles en el centro; y aparecieron las fábricas de pastas de Pecci y Saguier. La Universidad se fundó en 1889; el Colegio Nacional, en 1877 (antes, la institución de enseñanza secundaria era el viejo seminario de San Carlos, seminario y liceo al mismo tiempo). También se fundó la Escuela Normal de Niñas (anteriormente, las mujeres no iban a la escuela). El primer periódico independiente, *La Regeneración*, apareció en 1869, cuando López ya no estaba en Asunción. En tiempos de Francia y los López, no había distinción entre las finanzas públicas y las de la familia gobernante. Entiendo que el primer banco del país, el Banco Nacional, se fundó en 1881. En 1884, apareció un segundo Banco Nacional, que duró hasta 1891. Además, a partir de 1870 se organizó el Estado: se crearon el registro de la propiedad y el del estado civil, y la oficina de estadística; se promulgaron los códigos civil, penal y comercial; y se organizaron los tribunales. En la racionalización de la administración pública intervinieron Decoud, Machaín, Godoi, Ferreira; por desgracia, quedaba suficiente margen para las trapisondas de Caballero y compañía.

El personaje expone que acabó con el déficit gracias a la mejora de la ganadería, la venta de las tierras fiscales, y la obtención de créditos (154). Respecto a la ganadería, dice: “comenzamos luego en el 70, pero en aquel entonces no había dinero para traer vacas, se traía de a puchito [...] con la guerra se murió todo el ganado y después ya no quedaba plata para importar” (150). La solución al problema llega en los años ochenta:

Comenzaron las revoluciones en Corrientes, allá por el 80, nosotros ya éramos gobierno gracias a ellos; les dejamos traer sus ganaderías [...] nos convenía a nosotros y también a ellos [...] nosotros les facilitamos pasturas para que vengan al país con su tropa, y este viene a ser el comienzo de la ganadería [...] y entonces una suerte, que me perdone Gallino, que se haya empeorado tanto la situación de Corrientes porque allí pudimos progresar (150).

No es extraño que Caballero se alegre de los problemas de quienes le han ayudado, y a quienes acaba de presentarnos como aliados en sus luchas contra las injusticias de Buenos Aires: “los hacendados de Corrientes se dieron cuenta de que teníamos que unirnos: a los dos nos jodía Buenos Aires” (149).

Para afrontar el problema del déficit “nos reunimos todos juntos para la reunión con mi gabinete” (154). Allí habían de tomar medidas ante una situación que Caballero expone así:

El presupuesto nacional \$ 352.963,60 (año 82) pero apenas si entraron en tesorería \$ 250.000 para cubrir los gastos y para el año en curso (1883) vamos a tener un déficit más grande. Uno propio, digamos, porque el otro se arrastraba de don Cándido, incluso de mucho antes, porque desde 1869

estábamos en déficit, y lo único que hacían los gobiernos era emitir billetes inconvertibles y pecharles a los comerciantes (154).

Entonces, el personaje escucha las opiniones de sus ministros, y no tardamos en comprobar que sólo Decoud parece conocer los problemas del país.

- El problema es la falta de circulante -dijo Decoud.
- Les hédemos [sic] hacer circular aunque no quieran -dijo Juan Alberto (155).
- ¿Me puede decir cómo andamos de plata, señor Ministro? -yo le dije.
- ¡Me olvidé en mi casa! -dijo Giménez.
- Entonces Decoud sacó el papel (había traído) [...].
- ¡Cómo 20.000.000! -le interrumpió Giménez- ¡Quién hubiera pensado!
- Son \$ 20.534.747,59 -le contestó Decoud¹- y todavía faltan...
- Bueno, el resto para después... ¿Cuánto viene a ser nuestra deuda interna?
- ¡La puta! [...] El contador todavía no me pasó la cuenta... le traigo mañana [...].
- Si se hizo la anticipación debida, para fines del 82 debían ser \$ 415.125,55... Señor Ministro de Hacienda, ¿se hizo la amortización?
- Decoud le miró fuerte. Lacú se puso todavía más blanco.
- \$ 400.000 entonces... gracias, doctor Decoud (157-158).

Como se ve, destaca el uso de la ironía en estos diálogos en los que los ministros de Caballero caen en el absurdo. Pero, a pesar de los reparos del personaje Decoud, Caballero decide que, para cobrar, los poseedores de los bonos de la deuda interna habrán de esperar “hasta [la venta de] las tierras públicas” (159). Respecto a la deuda externa, su gabinete desperdicia las oportunidades que tiene para anularla:

El delegado paraguayo en el Congreso Panamericano [...] aprovechó [...] para hablar con el míster [...] de Norteamérica [...]: mire por qué no habla un poco en ellos para que nos perdonen su indemnización de guerra² [...] el cambá le dice que no era cierto [...] ellos luego son demasiado panamericanistas para eso [...] el argentino le dijo que sí [...] pero que después de tanto tiempo ya no era más para cobrar [...] entonces don Teodosio [...] llama [...] a la cancillería paraguaya: [...] que le manden los comprobantes para [...] hacer anular de una vez la deuda [...]. Teodosio llama que te llama [...]. Manolo no te va a contestar [...]. Sí, ese Manolo Gondra (161).

Esta anécdota sobre el reconocimiento de la situación de la deuda externa paraguaya, durante la Conferencia Panamericana, figura en *Infortunios del Paraguay*, de Teodosio González. En la novela, Caballero decide que tal deuda³, acumulada por préstamos y por los gastos y la indemnización de guerra que Paraguay llevaba negociando desde 1872, ha de

¹Los datos que da Decoud en la novela están tomados del libro de Warren, *The First Colorado Era* (58), donde se afirma: “the budget for 1882 was set at \$ 285.275, while the country acknowledged debts of \$ 23.426.293”. Como se ve en el discurso de la obra de ficción, la mayor parte de la deuda correspondía a la pactada con los aliados como indemnización de guerra.

²El tratado de la Triple Alianza (Reproducido por Thompson, *Guerra* 241-245) establecía en su artículo decimocuarto: “los aliados exigirán [sic] [...] los gastos de la guerra [...] así como la reparación, indemnización de los daños y perjuicios causados a las propiedades públicas y privadas y personas y ciudadanos”.

³Según las palabras de Decoud, que Caballero cita en la novela, la deuda era de \$ 10.126.133 con Argentina y \$10.458.614 con Brasil.

resolverse como la interna: “les fuimos diciendo que esperen un poco, que nos estiren la cuota, y así fuimos llegando hasta hoy” (161).

Respecto a la venta de tierras públicas, aunque el personaje trate de convencernos de que “eso es lo que trataron de hacer desde los tiempos de Cirilo Rivarola, pero recién se pudo hacer con mi Superior Gobierno” (178), pronto sabemos que dicha venta está incluida en el proyecto de reforma agraria de Decoud:

El Estado tenía toda la tierra [...]. La tierra estaba inútil [...] lo mejor venderla [...]. Le quería decir esa reforma agraria que le llaman, esa que también le dicen *Homestead*, como en Norteamérica. Esa es la que quería hacer Decoud. Decía que nos sobraba la tierra, que podíamos darle al campesino y vender el resto para equilibrar el presupuesto. *Estimando nuestra población en 239.000, me decía, tendríamos entonces unas 45.000 familias de cinco personas cada una (promedio); suponiendo que el 80% se vea privada de la posesión de la tierra, serían 40.000 familias que deberíamos asentar: dando a cada una 50 hectáreas, bastaría con 2.000.000 hectáreas* (178-179).

Un proyecto que, como tantos otros, Caballero califica de “pura teoría” (179), y que adapta a su conveniencia, argumentando que el pueblo paraguayo no necesitaba las tierras que Decoud proponía regalarle:

La ley que ya teníamos, que le daba [...] a la familia campesina [...] un lote de [...] 7.000 metros [...]. Decoud decía que teníamos que hacer como la Norteamérica, que les daban más hectáreas por familia, como sesenta [...]. Nuestro paraguayito ya tenía bastante con su cuadra, que ni cultivaba entera. ¿Para qué? Si tenía [...] también su bosque comunal por ley, o sea que las municipalidades le dejaban cortar leña para su uso personal y también para algunas cositas más; tenía su pradera comunal donde metía hasta 10 animalitos sin pagar al Fisco; tenía los yerbales que administraban las municipalidades de campaña, que le daban licencia para explotar la yerba y ganar sus pesitos... Y también que no había propiedad, prácticamente; nuestro campesino entonces podía cazar en el bosque fiscal o bosque ajeno [...]. No necesitaba más (179).

En un correo de noviembre de 2000, Guido Rodríguez Alcalá comentaba este tema de la siguiente manera:

Según el censo de 1886, había 239.000 habitantes en el país. Tierra sobraba para repartirla a los agricultores, además de venderla a los capitalistas. Pero el proyecto de “homestead” de Decoud, que pretendía asentar las familias campesinas en el campo, no corrió. El mismo Decoud, después de haber hablado de la necesidad de consolidar una clase media en el campo, opinó que el futuro del país no estaba en la agricultura sino en la ganadería. La venta masiva de tierras públicas responde al cambio.

Caballero expone a su modo las mismas conclusiones sobre la población, aportando, además, las fuentes documentales en las que se basa:

Exactamente cuántos [habitantes] por kilómetro no sabíamos, y eso que hicimos la oficina de estadística (idea de Decoud) pero para el censo 1886 [sic] no supieron decirme exactamente si teníamos 239.000 o 263.000... 239.000 decía el censo, pero parece que algunos no enviaron los datos de sus pueblos, y entonces a ojo le calcularon 10% más, o sea 260.000 y pico. También había los que decían *menos*, como *La Nación* (nuestro diario): *¿Para qué necesitamos partidos*, dijo en el 87, *si somos 199.000?* Yo en esas cosas no soy muy entendido, pero allá por el 72 me contaron que veníamos a ser 170.000 (ese censo que hicieron los aliados pero nunca se vio). O sea que no estábamos progresando, incluso para atrás; yo me recuerdo [sic] siempre de antes de la guerra, que andábamos por los 500.000. Nos sobraba gente para el ejército pero después ya no conseguimos

así no mas... [...] puede ser como decía Decoud: uno por kilómetro, más o menos (177).

Como se ve, el autor está deslizando una cifra de población que contradice la defendida por los revisionistas. Pero ahora lo importante es que, hubiera los habitantes que hubiera, la reforma agraria de Decoud fue aceptada sólo parcialmente por Caballero: aunque se rechazó dar tierra a los campesinos, el gobierno, siguiendo la tendencia de sus predecesores, decidió poner en marcha la venta de terrenos, mediante dos leyes de 1883 y 1885.

Además de la llegada de capitales, hay otro tema recurrente en la novela que se materializa en el gobierno de Caballero. Se trata de la inmigración.

E. de Bourgade la Dardye escribió ese libro tan criterioso, *Le Paraguay*, para ver si podía convencerles a los inversionistas europeos. Dardye decía, pero Decoud no le iba luego a admitir, que la inmigración de capitales era más importante que la inmigración de colonos, porque las inversiones que se deben hacer para comenzar a trabajar son demasiado grandes (tienen que ser como Casado, por ejemplo, que se puede pagar su ferrocarril propio) (180).

Se recordará que López concertó la llegada de europeos para afincarse en Paraguay, y que su padre, el entonces presidente, se mostró reticente con ese proyecto, que acabó fracasando. Tras esa experiencia, los gobiernos de la posguerra llevaron a cabo diversos intentos de atraer la inmigración, como se menciona en *Caballero rey*:

Cuando fracasó el *Lincolnshire farmers*, esa colonización *mbore* que nos hicieron, nos echaron la culpa a nosotros. Pusieron carteles en los puertos de Inglaterra: *El Paraguay es un país peligroso, no se vaya* [...] los agricultores que nos mandaron no eran agricultores sino maleantes [...]. Durante muchos años no llegaron inmigrantes, y en especial a partir del 76 [...] cuando Gill dejó de pagar el crédito de Londres [...]. Precisábamos la colonización. O sea la inmigración, porque con los paraguayos no alcanzaba [...] precisábamos compañías que nos hagan el ferrocarril, caminos, todo eso [...]. Pero no iban a venir por la mala fama que teníamos [...]. Por eso es que Uruguay y Argentina recibían toneladas de inmigrantes, pero nosotros nada (164-165).

Más tarde, bajo el gobierno de Bareiro (dato que Caballero omite, en su afán de adjudicarse todos los logros), Decoud desarrolló su ley de inmigración:

Ley de 1881, creo que, que tuvimos que liquidar en el 85/86. Teórica, como todo lo que hacía Decoud... [...] le pagaba pasaje y equipaje gratis desde su país hasta la Asunción, y que en la Asunción [...] le recibía un funcionario, muy amable, que le hablaba en su idioma [...]: le llevaba en el Hotel del Inmigrante a él y su familia, todo pago, y allí podía quedarse cinco días gratis por si estaba cansado: cuando se reposaba bien, seguíamos viaje hasta su campito, todo pago: allí le estaba esperando un campito de dieciséis cuerdas cuadradas, completamente gratis, se le regalaba, y si quería podía ocupar sin pagar por unos años tres lotes más de dieciséis cuerdas: cuarenta y ocho cuerdas, digamos... Salía un poco caro: al comienzo tenía que ser así: con la fama que tenía el Paraguay, nadie luego quería venir a él y nos faltaba gente. [...] les manteníamos por seis meses (la comida) y hasta podía ser un año entero cuando en los primeros meses les salía mal: les regalábamos \$ 50, una lechera con su ternero, yunta de bueyes, instrumentos de trabajo, semilla para el primer año... Si trabajaban bien, les regalábamos un lote más de 16 cuerdas: también había premio para el que plantaba muchos árboles... Así vinieron muchos extranjeros trabajadores (180).

Algunos de esos extranjeros se instalaron en San Bernardino, cuya fundación ha anunciado Caballero páginas atrás: “me fui a recibirles a los colonos alemanes cuando

llegaron; les acompañé hasta el pueblo, por eso le pusieron San Bernardino” (p .95). La idea de Decoud era que los inmigrantes aportarían un importante capital a Paraguay:

- 20.000 inmigrantes -nos explicó Decoud- son un promedio de \$ 1.000 por inmigrante...

- \$ 20.000.000¹ -gritó Juan Alberto: por primera vez estuvo contento con Decoud.

Vamos a comenzar una nueva era, dijo *La Reforma*. Parecía que sí (182).

A pesar de las opiniones de *La Reforma*, las concesiones que se hacen a los colonos parecen excesivas al congreso:

Enseguida salió a chillar José de la Cruz Ayala: *¿Qué significaba eso de que al campesino paraguayo le dean [sic] lotes de una cuadra y nada más pero al extranjero le dean dieciséis, además del pasaje, de la liberación de impuestos, de todos los privilegios que le daban mientras al pobre paraguayo le echaban de su tierra con trampas de abogado, probándole luego que su campo no era su campo?* (180).

Ante la incapacidad del gobierno de Caballero para solucionar este problema, decide terminar con la ley de inmigración. Pero no lo reconoce así: la culpa es de los otros.

¡En cinco años no tuvieron tiempo esos benditos congresos de aumentarle un poco el toco al paraguayo! [...] Entonces se acabaron las diferencias para que nuestra gente no proteste [...] porque la mentalidad de un pueblo, la *fisonomía moral* como decía *La Reforma*, no la vas a cambiar de golpe. Incluso se perjudicaban los propios inmigrantes: quiero decir cuando venían solos y no en colonia: en seguida se mezclaban demasiado, perdían todas sus costumbres (181).

Por tanto, si repasamos los temas de los que Caballero se enorgullecía durante su gobierno, parece que el único que realmente tiene éxito es la creación de La Industrial Paraguaya, la empresa que le sirvió para enriquecerse. A pesar de todo, el personaje siguió controlando la política del país muchos años después de dejar la presidencia:

Cuando subió González, le puse como Vice a Marquitos Morínigo. A Egusquiza también le puse un Vice de confianza: nada menos que mi sobrino, el doctor Facundo Insfrán [...]. También le ayudé a don Emilio Aceval, [...] yo le sugerí Héctor Carvallo², que se portó muy bien aquel 9 de enero del año dos: cuando le echamos a Aceval. Carvallo quedó de Presidente provisorio (168).

Hemos podido comprobar la evidente crítica política que subyace en toda la obra; y cómo el narrador siempre enfoca los hechos según su conveniencia. Ahora estudiaremos el modo en el que la verdad y la ficción se unen en una novela que, por su estricta documentación, podría parecer, en principio, completamente fiel a la historia.

5. Juegos de verdad y ficción

Al tratar de definir la novela histórica, hemos citado a Jitrik (*Historia* 11) para afirmar

¹El autor comentó en un correo de noviembre de 2000: “en el diario oficialista *La Reforma* (del diez al doce de abril de 1883), se habla de la inmigración alemana. Si vienen 5.000 familias, serán 20.000 personas; si cada una trae (promedio) 1.000 pesos, serán 20.000.000 de pesos, suma sideral para la época”.

²Los tres vicepresidentes pertenecían a la órbita de los fieles a Caballero: Marcos Morínigo era hijo de su prima, Facundo Insfrán lo era de su hermana, y Héctor Carvallo se lo debía todo al personaje.

que, en ella, existe “un acuerdo -quizá siempre violado- entre ‘verdad’, que estaría del lado de la historia, y ‘mentira’, que estaría del lado de la ficción”. En *Caballero rey*, la verdad y la ficción se funden, de modo que la primera queda al servicio de la segunda. Ciertamente que esta novela denuncia la manipulación de la historia paraguaya desmitificando a uno de sus héroes (y que, valiéndose de eso, critica también el presente) pero, al contrario que el revisionismo, no lo hace como si escribiera historia: lo elabora en el marco de una obra de ficción que no sólo se presenta como tal sino que, además, utiliza los recursos propios de la narrativa de creación.

Dicho esto, conviene señalar que el juego entre la realidad y la ficción ha sido tan sutil en el revisionismo que, al emprenderlo una novela, se puede conseguir (como se persigue) que el lector cuestione los límites entre una y otra. Como hemos visto, las fuentes se manipulan en la misma dirección pero en sentido contrario a la manipulación que sufrieron en los textos revisionistas: gracias a esas fuentes, se evidencia que el personaje está muy lejos de la visión que la historia oficial ha transmitido sobre él. Y, como estudiaremos a continuación, con ese objetivo se inventan hechos y personajes; se elige un cronista que se declara discípulo del principal revisionista paraguayo; y se hace uso de la ironía, de la reticencia y de la elaboración literaria de la lengua.

5.1. Mentiras verosímiles y verdades sospechosas

No todos los hechos que se narran en *Caballero rey* están documentados. Al poner en juego la invención, Guido Rodríguez Alcalá da un paso más en la mezcla de realidad y fantasía, y vuelve a situar su texto en el terreno literario. Como se recordará, este recurso también se usaba en *Caballero*, donde se incluían anécdotas ficticias que, sin distar mucho de las reales, contribuían a crear la imagen del protagonista. Lo mismo sucede varias veces en nuestra novela. Por ejemplo, Caballero cuenta que Gill ha instaurado un impuesto sobre el comercio que perjudica a los más pobres. Pero, partiendo de este dato real, recrea un episodio ficticio:

Un mozo joven que recién estaba comenzando. Viene un funcionario y le dice que el inmueble vale tanto, la mercadería vale tanto y entonces le corresponde pagar tanto. Pero, señor, le dice el pobre, si la casa es de mi suegra y la mercadería compré con dinero prestado. [...] Entonces se le expropia, dice el otro. Y menos mal que el mozo habló conmigo, entonces yo hablé con el general Gill, que le dio una buena raspa al funcionario sinvergüenzo [sic] (93).

Hemos confirmado que esta anécdota es una invención del autor, pero bien podría ser cierta, porque cierto es que Caballero intercedió por sus amigos en numerosas ocasiones, y que usó su influencia en favor de sus familiares. Este tipo de invenciones se aplica también a otros asuntos de mayor trascendencia, como cuando Fidel Maíz declara que tanto él como el propio Caballero han estado en la lista de los que iban a ser fusilados por López:

Me contó que Monseñor Palacios había hecho su lista negra, y que en la lista me ponía a mí [...]. Mariscal comenzó a sospechar algo; le dijo a Maíz que vigile un poco, y entonces el padre encontró un buen día su nombre con el mío y el de Juliana Insfrán [...]. Por la pobre Juliana no pudo hacer nada, pero me salvó la vida, tachando mi nombre de la lista negra, tachando también el suyo y haciendo otra lista con el nombre de monseñor Palacios a la cabeza (106).

Aunque sea falso que el nombre de Caballero apareciera en ninguna de las listas que

se han encontrado sobre los condenados a muerte, el lector puede llegar a creer en la autenticidad de tal dato: Palacios, en cuya figura se basa la obra de Juan Silvano Godoi, *Documentos históricos*, ha pasado a la historia como delator. Claro que, si el receptor acepta que López estuvo a punto de fusilar a Caballero, queda anulada toda posibilidad de que vea en el segundo el heredero nombrado por el primero y, así, se desvanece la principal tesis que los revisionistas han usado para encumbrar al “héroe”.



Para ayudar a que el lector llegue a la conclusión a la que el autor quiere conducirlo con esta invención, Caballero menciona el testamento de Garzoy, pero el texto aparece incompleto: “no se le ocurra decir que Mariscal López quiso fusilarme, aunque no sea cierto, ahora que ya está corriendo (roto) el testamento de Gazory (faltan varias líneas)” (107). Esas roturas llevan a pensar que el cronista ha querido ocultarnos algo. Y es que el testamento de Gazory fue un invento de O’Leary (como él mismo le confesó a Pesa, según informaciones del autor). Sin embargo, los revisionistas se han basado en él para designar a Caballero como el sucesor de López ya que, según el libro de O’Leary, el mariscal pronunció estas palabras:

Si yo llego a morir [...] aquí tenéis a mi reemplazante. El general Caballero sintetiza en sí toda vuestra lealtad, todo vuestro heroísmo, toda vuestra ablegación. [...] Jamás declina su entusiasmo, nunca se debilita su fidelidad a la patria y a su infortunio. A mi lado le habéis visto siempre, el primero en el peligro, el último en la retirada. De soldado como vosotros ha ido subiendo, hasta llegar a la más alta dignidad. La República tiene en él al más gallardo de sus generales y yo el mejor de mis amigos. Yo os recomiendo, en esta hora amarga de mi vida, que le améis siempre, como yo le amo, y que le sigáis confiados como me seguís. (*El Centauro de Ybycui* 376-377).

Otro de los episodios falsos que parecen verdaderos es aquél en el que vemos a Caballero utilizando un pijama de Gill, después de que la viuda de éste último lo arreglara:

Mi pijama nuevo [...] me quedaba bien, aunque soy más alto que el occiso, pero Concepción era una artista para esas cosas: consiguió en *O’Leary* y *Cía* unos retazos, justo del mismo color, para alargarme donde hacía falta [...] era casi nuevo; conde d’ Eu prácticamente no lo había usado, y de ahí fue que O’Leary lo puso en venta, y Juan B. Gill que era un *yaguá paquete* en seguida compró, pero por suerte no tuvo tiempo para estropearlo porque le fajaron un escopetazo [...] al principio me peleé con [...] Concepción viuda de Gill [...], y al final [...] tuve que ponerme. No es que yo me dejo dominar así no más, pero recién habíamos comenzado la relación (115).

A través de esta anécdota falsa, y aparentemente trivial, Caballero vuelve a aludir a la faceta de contrabandista del padre de O’Leary. Además, desliza que se ha alegrado de la muerte de Gill (“por suerte [...] le fajaron un escopetazo”); y se pone a la defensiva cuando comprende que sus palabras pueden ser interpretadas como una falta de autoridad frente a las mujeres. Sin embargo, lo más importante de este fragmento es que menciona, por primera vez, su relación con la viuda del presidente que acaban de asesinar: Caballero, sin esperar el tiempo que exigen las costumbres, se traslada a la casa de la viuda de Gill.

Llegué con mi valija [...] ella esperó [...] para decirme que le daba vergüenza, que todavía no se habían terminado los rezos por su finado esposo [...]. Yo le dije que justamente por eso: era demasiado pronto para casarnos [...] una mujer sola con tanta plata puede ser peligroso (116).

De ese modo, el episodio inventado viene a apoyar la mala imagen que el lector va teniendo del personaje, y añade nuevos datos a su descrédito: por la manera en que relata el traslado a casa de la viuda, parece más un acto interesado de los que lo caracterizan que el producto de un amor. Esta impresión es, justamente, la que el autor ha querido que tengamos. Cuando le preguntamos al respecto, contestó: “en cuanto al dinero, puede haber sido un aliciente, si no la causa de la pronta unión con la viuda. Pruebas no tengo”.

Lo mismo sucede cuando se nos dice que, siendo Caballero Ministro de Educación, le encargaron ocuparse del descubrimiento de un brontosaurio. La ciencia queda tan lejos de la concepción del mundo del protagonista, que es incapaz de valorar la importancia de

cualquier búsqueda que no sea económicamente rentable.

Comenzaron a cavar, ahondaron un poco más el pozo que ya tenían comenzado esos dos italianos que venían al país para macanear no más pero se creían científicos [...]. Con todo el cachivache llegamos en el Ministerio [...], donde me esperaba Gill con el italiano ese [...]. Él le había dicho a Juan B. Gill *importante para la cultura*, dijeron que teníamos que desenterrarlo, ponerle una pieza especial para él solo. Museo de la Historia Natural [...]. Y entonces me mandaron a mí, todo un Ministro, para recoger un animal difunto [...] todo para que después los desgraciados salgan y digan por ahí que en ese Ministerio, el más leído luego era el brontosaurio... (108-109).

La desilusión y el enfado de Caballero se comprenden si tenemos en cuenta que él esperaba ir en busca de oro, y del tesoro que López enterró antes de morir.

1867 [...] López vio (roto) y le hizo preguntar a Masterman qué era [...]. Masterman le dijo que una mezcla de azufre con hierro, [...] pero Wisner von Morgenstern dijo que tenía que ser oro; al fin y al cabo estábamos al sur de una zona del Brasil donde había oro [...]. Esta vuelta tenía razón Masterman [...]. Pero después de la guerra, Wisner habló con el coronel Lucio Mansilla, le dijo que Paraguay tenía que haber oro, porque había, y también porque la población que huía escondía sus ahorros por el camino, y el Mariscal tenía también su tesoro [...] Wisner [...] enseguida le convenció al coronel Lucio Mansilla, que se juntó con don Mauricio Mayer [...]. Entre los dos hicieron la Sociedad Anónima de Minerales [...] por supuesto nos dieron acciones a don Cándido Bareiro, don Patricio Escobar y el que habla [...] no encontraron oro, pero existir, existe el oro (faltan varias líneas) (108).

Con sus “razonamientos”, que nos suenan a dichos populares sobre “meigas”, Caballero introduce uno de los temas que más literatura ha generado en Paraguay: la existencia de los tesoros escondidos durante la contienda. La alusión a la falta de líneas en el manuscrito, y a sus “roturas”, nos hace incluso sospechar que el cronista ha arrancado la parte en la que Caballero informaba sobre la supuesta ubicación de los tesoros, para aprovechar ese dato en beneficio propio. Al margen de la ficción, lo cierto es que la sociedad que menciona existió: la fundaron Juan Silvano Godoi y el argentino Lucio Mansilla (autor de *Una incursión a los indios ranqueles*). El resultado fue el que Caballero relata, pero, en principio, la empresa no era tan descabellada como pueda parecer: la información sobre los bienes escondidos del mariscal, que Caballero sostuvo no haber conseguido conocer durante su viaje a París (“la Madama Lynch no supo decirme exactamente dónde [escondió López su tesoro]”, 108), sólo podía tenerla Godoi, que ejerció como abogado de Elisa Lynch después de la guerra.

Además, aunque no se hallaron brontosaurios, es verdad que encontraron los restos de animales prehistóricos. Y no sólo en Paraguay. Como nos relataba el autor, en Argentina, “las exploraciones habían comenzado antes, hacia 1825, cuando llegó como representante británico Woodbine Parish (a quien los paisanos llamaban ‘el inglés de los guesos’), que mandó unos cuantos esqueletos a Inglaterra”.

Por último, se incluyen en la novela invenciones puras, sin finalidad alguna; e invenciones que no encuentran su justificación en el momento en que se producen. Entre las primeras, está la relación entre Cirilo Solalinde e Isabel Nietzsche:

Al Foerster le mató de quebranto su mujer, la Isabel Nietzsche, se creía porque tenía plata y su hermano era profesor en la Alemania... Yo vi como le hacía ojito a don Cirilo Solalinde cuando el tipo estaba en tratativas para transferirles el campo para la colonia que se tenía que llamar la *Nueva Germania*... Lo enterraron en San Bernardino, pobrecito: por culpa de esa banda perdimos los \$

20.000.000 (182).

Es cierto que Liseberth Nietzsche, la hermana del filósofo, llegó a Paraguay con su marido, Bernhard Foerster, quien fundó la colonia Nueva Germania hacia 1886, después de tratar con Solalinde. Pero no está documentada su infidelidad. Preguntado el autor sobre esta insinuación, respondió en un correo de diciembre de 2000: “que yo sepa, no hubo ninguna relación, pero ésta es la opinión del personaje Caballero, que si no viera el mundo a su manera, no sería un pillo auténtico”. Esta frase nos recordó la reflexión de Yourcenar (“Cuadernos” 217): “en ocasiones, aunque no a menudo, me asaltaba la impresión de que el emperador [Adriano] mentía. Y entonces tenía que dejarle mentir, como todos hacemos”.

Entre los hechos ficticios que encuentran una explicación posterior está viaje (real) que Caballero realiza a Europa, por encargo de Gill. El presidente, que no se fía del personaje, hace que Uriarte lo acompañe para vigilarlo. La antipatía de Caballero hacia él es manifiesta y, por ello, no duda en relatar:

Quería ahorrar sus pesitos para Europa, [...], cuando estuvo en Rio se fue a un lenicidio de segunda y ahí... Sospecho que era eso, aunque [...] la [sic] contaba a su primo [Gill] que estaba *resfriado*. Pero un día que estábamos los dos en el hotel (teníamos habitación doble, pero el desgraciado no quería salir un rato cuando yo tenía *visitas*), yo entré sin llamar, y le encontré en el baño [...] parece que se había lavado con permanganato. Resfriado o no, Uriarte se dejó de molestar (87).

La supuesta enfermedad venérea de Uriarte no está documentada y pertenece, por tanto, al campo de la ficción. En todo caso, Caballero la usa para cuestionar de antemano la figura de un presidente provisional cuyo futuro en el poder ya está decidido: “desde el comienzo vimos que no servía, así que él iba a terminar el período de su primo y nada más” (117). Por tanto, la aparición de este tipo de hechos ficticios está vinculada a la imagen que la novela ofrece sobre su protagonista.

A veces, la ficción va más allá de las simples anécdotas. El autor de *Caballero rey* se inventa un personaje, Regalada, que nunca existió pero que podría tener su parangón real en la actriz brasileña apodada “Chiquinha”, con la que Escobar llegó a “intimar”. Regalada no es un personaje completamente secundario en una historia protagonizada por “grandes hombres” que de verdad existieron, y que perviven en la mente de los paraguayos. En la novela, su casa sirve de refugio a algunos de los que participan en la revolución de 1873 (“Escobar [...] se ocultó en la carnicería de la Regalada”, 62), y es ella quien redacta las notas por las que se descubre la implicación de Caballero en la insurrección de Molas:

[Gondim] me hace llamar [...] me muestra la carta: era la letra de la Regalada. *¿Qué sabe de esto, general?* [...] salí corriendo y le conté a don Cándido: *Gondim tiene la carta* [...] la Regalada [...] le juró que no sabía nada, se puso a llorar [...] la carta; no podía ser que ella le pase a Ministro Gondim, si era secreta; la conspiración, digamos. [...] Regalada sabía escribir porque ella luego era muy culta [...] la carta de la Regalada, que mandamos a Molas para que se insurreccione un poco (78-80).

La figura de Regalada sirve al autor (y al personaje) para exponer el modo en que la dictadura francista reprimió la incipiente burguesía paraguaya, destrozando las familias, y condenándolas a la marginalidad:

Era de una familia de comerciantes fuertes, de esas que tuvieron que pagar multa demasiado alta en

tiempos del doctor Francia y quedaron en la calle, hasta que llegó don Carlos y abrió otra vez los puertos. Los parientes de ella habían muerto, así que ella se puso a trabajar de banda [como prostituta] (79).

Además, es un paradigma de las mujeres que intervenían como reclamo en las “fiestas” que hacía Caballero (en las que estuvo “Chiquinha”) para mantener fieles a sus hombres, y resolver importantes cuestiones de estado.

La quinta Caballero era distinto, allí luego teníamos que hacer política [...] hay que dejarlos divertir. Aunque después la pintura te salga casa y tengas que comprar vidrio nuevo [...] me acuerdo luego de aquella vez que Decoud pasó por nuestro asado (él nunca se iba) y vio que los muchachos se bañaban con la Regalada y (roto) (153).

Esas fiestas, en las que el alcohol y el sexo eran los principales alicientes, eran herederas de las que organizaba el mariscal López, criticadas en varios cuentos del autor, donde llega a denunciarse también el papel de prostituta que se hacía ejercer a las mujeres “decentes”:

El mismo don Venancio que tenía el mal gálico y quería seguir como cualquiera [...]. Él quería gritar como su hermano [...]. Y menos mal que don Henry nos defendía, porque o sino esos bárbaros vaya a saber lo que nos hacían [...] le dijo a la madama en francés lo peligrosas que son las mujeres cansadas y sin ganas de hacer cuando las fuerzan [...] y dejaron de molestarnos (“El peluquero”, 52).

Por lo demás, el mismo procedimiento fue seguido por el propio Stroessner: la prensa estadounidense acusó: “muchachitas entre 8 y 14 años eran usadas para la gratificación sexual de las máximas autoridades civiles y militares” (*The Washington Post*, 20 de diciembre de 1977). Así, a través de la figura ficticia de Regalada, el autor consigue criticar los procedimientos de López, Caballero y Stroessner; y, gracias a la falta de elaboración del cronista (quien ya ha mencionado en la primera página del prólogo la existencia de “los hijos (legítimos o no)” de Caballero), la vinculación entre el personaje y Regalada da pie a que el lector conozca una faceta del “héroe” que no suelen mencionar sus hagiógrafos¹: “tampoco ponga que Regalada aquella vez me quiso clavar la criatura, dijo que era mía [...]. Yo no le dije que no” (34).

La naturaleza de la “amistad”, y la “realidad” (dentro del texto de ficción) de las imputaciones de Regalada se deslizan, poco a poco, ante los ojos del lector. Primero, deducimos que Regalada ha sido la amante de Benigno (una información que no nos sorprende, ya que se les conocen concubinas a todos los hijos varones de Carlos Antonio López):

Regalada, Amarilla, le lavaba la ropa a don Benigno López cuando andábamos en guerra [...] y don

¹Se calcula que Bernardino Caballero tuvo alrededor de setenta hijos (la mayoría ilegítimos). Según informaciones de Guido Rodríguez Alcalá, existe en el Paraguay una “Asociación de Herederos del General Caballero”, a la que pertenecen todos sus descendientes, reconocidos o no. Como señalaba el autor en un correo electrónico de noviembre de 2000, “Caballero se casó, después de una larga convivencia, con la esposa del asesinado Gill, Concepción Díaz de Bedoya. Cuando ella murió, convivió con Julia Álvarez, con quien se casó antes de que ésta pereciera. También tuvo hijos con una señora Villalba: los reconoció, pero no se casó con ella. Un Caballero Álvarez (vecino y muy amigo de mi abuelo materno; creo que se llamaba Bonifacio; en su casa, donde estuve varias veces, vivió Natalicio González) contaba que, a final de mes, desfilaban por casa de Caballero sus hijos, a quienes él les entregaba su ‘mesada’”.

Benigno, dicen, le dejó sus onzas a Regalada antes de morir¹ [...] pero todo esto no es para poner en la memoria, por favor (33).

Poco después, se nos informa de que no sólo “le lavaba la ropa a don Benigno”, como nos acaba de narrar, sino que, además, se la planchaba a Caballero. Como el personaje suele evitar hacer referencia a las relaciones sexuales, intuimos que esas alusiones a los trabajos domésticos incluyen algo más de lo que narran. Más tarde, sabremos que Candido Bareiro se enamora de Regalada, y que Caballero actúa como Celestina, propiciando la relación:

¡Esa lo mató a don Cándido!. Y pensar que fue culpa mía, yo la presenté. [...] Tuve que hablar con ella. ¡Nambrel!, con ese gordito no ha de dar gusto, me dijo ella. Pero don Cándido estaba medio loco; tanto me insistió que le insistía, que tuve que insistirle hasta que la Regalada aceptó. Y desde entonces hubo romance [...] la tipa demasiado malcriada; don Cándido no sabía decirle que no (78-79).

Sin embargo, la relación entre Regalada y Bareiro no es óbice para que la que mantienen ella y Caballero continúe:

Le tomó del brazo a don Cándido Bareiro, le llevó de mi despacho, pero mientras el Presidente Constitucional recogía su sombrero para irse, ella me guiñó un ojo disimuladamente. Me molestó un poco; seguro que hacía lo mismo cuando yo buscaba mi sombrero, pero me hice el tonto (124).

Así, Caballero y Stroessner vuelven a coincidir en el modo de llevar sus relaciones con sus amantes. En Paraguay, es de todos sabido que Stroessner tenía la costumbre de casarlas con los oficiales del ejército; y que no solía cortar una relación al comenzar otra: por ejemplo, el día del golpe de estado que acabó con su dictadura, Stroessner se encontraba en casa de su (teóricamente, ex) amante, Ñata Legal.

Caballero, además, usa a Regalada como espía. Y, cambiando la actitud precavida y algo pacata que ha mantenido respecto al sexo en la novela anterior, no duda en deslizar datos comprometedores en su discurso:

Todas esas cosas le iban poniendo muy triste a mi jefe, yo no sabía qué hacer para consolarle. Regalada tampoco. Cuanto más viejos, más mañosos, decía ella. Decía que don Cándido [Bareiro] le pedía milagros, a ella que no era la Virgen y que, con cincuenta y pico y enfermo, la culpa era de él y no de ella cuando no (roto) (131).

Su aparente desinhibición pronto se ve justificada, ya que Caballero utiliza ese dato para explicar la muerte de Bareiro (“el pobre don Cándido, que ya estaba enfermo, trató (roto) y le dio el ataque”, 142), descartando los rumores de envenenamiento que podrían atentar contra la buena imagen que Caballero trata de ofrecernos sobre su persona.

Regalada también mantiene relaciones con el ministro brasileño Gondim. A través de ese hecho, queda manifiesto que los aliados, en la posguerra, son los auténticos gobernantes de Paraguay; y que aquéllos que aspiraban al poder habían de intentar congraciarse con

¹Así, esta información de Caballero puede ser un artificio del autor para hacernos coincidir con la acusación que la Junta Patriótica Paraguaya hizo a Solano López: “para acallar para siempre a sus desgraciadas víctimas y justificar el despojo de sus bienes, transferidos a su pecunio, las envolvió en un proceso infamante y las sometió a toda clase de torturas como medio de arrancarles falsas confesiones y acusaciones [...] infringiéndoles, además, toda clase de penurias para terminar con todos ellos”.

ellos: “paí Maíz quiso ir a felicitarle a la Regalada (era su cumpleaños), pero don Cándido le dijo que no, que no nos convenía, porque seguramente el Ministro iba a pasar también después de la recepción, y entonces podíamos pasar un mal momento” (92). Cuando Gondim es sustituido por Vasconcelos, Regalada empieza una relación con él, de la que se sirven Caballero y sus amigos:

Y el mismo Ministro Vasconcelos [...] le mandó una carta que decía que el Paraguay era peor que África, que todos éramos ignorantes y encima contratábamos extranjeros para los cargos importantes, que todos éramos luego unos haraganes, yo me pasaba el día borracho y pescando por mujer en vez de trabajar [...]. Don Ricardo Brugada, ese español tan decente, quiso ir allí mismo a pedirle explicaciones al Ministro brasilero [sic] [...] pero nosotros le pedimos que se tranquilice, porque o sino Regalada no nos iba a poder más mostrar las cartas, era mejor no más hacernos los tontos, para poder vigilarlo al tipo (122).

Evidentemente, las cartas que les muestra Regalada son una invención del autor, pero sí existieron los informes de Vasconcelos (que aparecen en el libro de Warren). El propio autor nos señalaba en un correo en noviembre de 2000:

No es imposible que en Asunción, donde todo se sabe, se conocieran los informes confidenciales del representante Vasconcelos. Tampoco es imposible que el diplomático se adaptara a ciertos usos locales y frecuentara las mismas compañía (ha sucedido), y que la compañía lo hubiese repetido. Repetir y tener la carta en la mano son dos cosas distintas, pero debemos concederle a Caballero el derecho a dar su propia versión. En vez de “me dijeron”, un enfático “lo he visto con mis propios ojos”. Eso de “lo he visto” o “me consta personalmente” era parte de las invenciones de O’Leary y de ciertos políticos que he conocido.

De este modo, un personaje ficticio se mezcla con las personas reales que la obra literaturiza. Uno y otros encuentran cabida en una novela donde la verdad se transforma para convertirse en ficción, y la ficción encuentra su punto de referencia en la verdad histórica: por ejemplo, en *Belle époque y otras hadas*, José María Rivarola Matto, al describir el burdel de Madame Poulet, que funcionaba en las afueras de Asunción en la década de 1920, nos dice: “solamente los que habían servido a la Patria tenían acceso a los encantos del pecado” (30). Por tanto, no es ajena a Paraguay la situación en la que los hombres públicos mantienen relaciones con prostitutas.

Al juego de incluir mentiras verosímiles y personajes ficticios que parecen reales, *Caballero rey* une otro recurso literario: la inclusión de verdades que parecen mentiras. Por ejemplo, en un discurso en el que varias veces el personaje ha tratado de desacreditar a Francia, algunos de los datos que aporta sobre él pueden provocar la incredulidad del lector.

El Dictador Francia [...] tenía almacenes del Estado; uno no podía comprar si no era allí, con el Dictador que estaba todo el tiempo detrás del mostrador con su metro falso, robándote cada vez que le comprabas tela, robándote cada vez que le comprabas harina con pesas falsas, por eso le decían dictador pulpero... (91).

La imagen de Francia tras el mostrador, usando medidas amañadas, puede parecer una hipérbole de Caballero, que vincularía la descripción de Francia a la que nos ofrecen las novelas del dictador. Sin embargo, es cierto que Francia creó los Almacenes del Estado, inspirándose en los pósitos o alhóndigas del siglo XVII (prácticamente desaparecidos con las reformas de Carlos III) que, si bien se proponían garantizar el abastecimiento de los

productos de primera necesidad, se prestaban a abusos. Además, el apelativo de “el dictador pulpero” no es una invención del autor. Está tomado de *Descripción histórica de la antigua provincia del Paraguay*, donde Mariano Antonio Molas¹ dice:

La República del Paraguay, gimió veinticinco años, bajo la férula férrea de un dictador pulpero y monopolista, que para mandar vender agujas, cintas, pimienta, avellanas, etc., primero se ocupaba en varear solo las piezas de cinta, y contar las agujas y demás cosas (74).

Como se ve, el epíteto alude a la actitud de Francia de fijar los precios, y supervisar, tasar y medir personalmente las mercancías. El propio Guido Rodríguez Alcalá ha señalado que uno de los métodos de Francia para controlar la sociedad era el llamado “despotismo oriental”: el control de la economía (la agricultura y el comercio), que condujo a la ruina del país. En su libro *Justicia penal de Francia* (63-66), recoge textos del dictador, en los que se refleja perfectamente su forma de actuar. Uno de ellos (que figura en el Archivo Nacional de Asunción, Nueva Encuadernación, vol. 2972; y aparece en la página 63 de la obra mencionada) demuestra que Francia se ocupaba incluso de los asuntos más triviales: “Concedo licencia al Cacique Baya morador en el departamento de Santiago para que vuelva a llevar sus diez arrobas de Tabaco de oja [sic] a emplear en el Mercado de Ytapua sirviendole de Guía [sic] esta Orden. Francia”.

Además, Renger y Longchamp (*Ensayo* 151) acusaron a Francia de abusar de su poder en el terreno comercial: “de cada cargamento que llega, hace escoger el gobierno lo que más le conviene, y generalmente no lo paga sino muchos años después de haber hecho la compra, y esto siempre a un precio inferior al que ha servido de base para el pago de derechos”. En esas condiciones, la competencia era prácticamente imposible, máxime cuando el ejército recibía parte de su salario en bonos que había de gastar en los almacenes del estado, y cuando éstos engañaban al comprador. Como señala el autor en el estudio arriba citado, el trato a los clientes de los almacenes del estado era bastante deficiente². En la página 64, recoge un texto de Molas en el que se narra:

Así que ésta se abría, se llenaba de gente la tienda: todo era atropellamiento... que los soldados reprimían con golpes que daban a discreción. De esta manera, se proveía el pueblo de las mercaderías precisas... El tendero alguacil mayor no dejaba de hacer sus sisas reservadas de algunos renglones que por partidas pequeñas o lotes vendía al mismo precio secretamente a sus favoritos amigos³.

Así pues, la imagen de Francia que nos ofrece Caballero no es falsa. Pese a su aspecto de exageración, la aparente mentira es una verdad documentada: Francia robaba al pueblo, ya sea a través de sus tenderos, ya directamente. Un ejemplo de esto último es el texto (que el autor recoge en la página 66 del estudio citado) en el que el dictador ordena

¹Como se recordará, Molas fue uno de los independentistas. Al principio, apoyó a Francia pero, en 1828, cayó en desgracia por asumir la defensa de un preso político. Francia lo encarceló. Estuvo en prisión hasta la muerte del dictador.

²Así se desprende de la “Relación que manifiesta el Dinero que han dejado las Tropas, por el Vestuario, descontados de sus sueldos en el presente mes” (Archivo Nacional de Asunción, Nueva Encuadernación, vol. 1218).

³Mariano Antonio Molas, *Descripción histórica de la Antigua Provincia del Paraguay*, Buenos Aires, Nizza, 1957, p. 74.

comprar gacetas, que paga con reses de las Estancias de la Patria:

Decirle á Guimaraens, que no solo se quieren las gazetas de Buenos Ayres, que salgan en adelante, sino también una colección de todas las gazetas, que allá hayan salido en este año, lo que debe importar alguna cantidad, para lo que se le ofrece alguna hacienda adelantada. [...] Asunción y Noviembre 24 de 1834. Francia. (Archivo Nacional de Asunción, Colección Doroteo Bareiro, 1605. Se ha mantenido la ortografía del original).

Otro de los momentos en los que el lector duda de la veracidad de las palabras de Caballero es cuando éste manifiesta haber pertenecido a la masonería¹. Es un tema que, al principio, ha preferido obviar (“la masonería deje no más, Amarilla. No me ponga aquí [...] la gente luego no va a entender”, 12) pero al que vuelve, guiado por su orgullo: “a mí me ascendieron rápido (grado Tres); los Honorables Hermanos me daban tratamiento especial, incluso el Benjamín [sic] Constant, que me daba clases extras para que aprenda su positivismo más rápido” (14-15).

Por la personalidad y las ideas de Caballero, nos cuesta creer en su vinculación con una organización vinculada al liberalismo, basada en la fraternidad de sus miembros, y regida por principios racionalistas y promotores de la paz, la justicia y la caridad. Sin embargo, el dato no es una invención de la novela: en el Panteón de los Héroes de Asunción, hay una placa de los “Honorables Hermanos” dedicada a Bernardino Caballero; en los periódicos paraguayos de la época, se anunciaban las reuniones de los “HHMM” (honorables hermanos masones); y parece que Caballero fue iniciado en la masonería durante su exilio en Río de Janeiro (recordemos que en esta ciudad todavía existe un templo positivista; y que la bandera brasileña lleva símbolos masónicos, y el lema “Orden y progreso”).

La constatación de estos hechos nos llevó a preguntar al autor sobre el tema. En el curso de una conversación en junio de 1998, Guido Rodríguez Alcalá nos relataba que entró en contacto con miembros de la masonería para obtener más detalles, pero no consiguió más información. No obstante, añadió: “para fines de siglo pasado, creo que la masonería (al menos la brasilera) era un club social antes que una institución revolucionaria”. Para completar esa explicación, tratamos de encontrar alguna posible vinculación entre las ideas de Caballero y la historia de la masonería. Sólo hallamos una curiosidad: la existencia de las logias en España en un momento de cambios políticos y sociales similar al que vivió Paraguay tras la guerra de la Triple Alianza. Julio Busquets describe así el contexto histórico en el que surgió “La Isabelina”:

Se pasa de un sistema político caracterizado por la total ausencia de libertad [...] a un régimen democrático y liberal, plasmado en las Constituciones [...] permitió el regreso de muchos liberales,

¹Recordamos que la masonería está compuesta por diversas asociaciones caracterizadas por estructurarse en pequeños grupos (logias) secretos, que usan ritos (recreados en la ópera *La Flauta Mágica*, de Mozart) y símbolos sólo identificables por los iniciados. Las logias medievales de albañiles, durante la Reforma, empezaron a admitir a hombres ricos o de prestigio. A partir del siglo XVIII, la burguesía británica vio en la masonería un medio de obtención de prestigio social, y en sus ideales (tolerancia, igualdad, fraternidad) una filosofía de vida. Básicamente, existen dos sistemas masones (el rito de York y el rito Escocés). La logia española más antigua de la que se conservan documentos es la de Las Tres Flores de Lys, fundada en febrero de 1728. El movimiento tuvo su auge durante la época en la que triunfó el liberalismo, especialmente durante la revolución de 1868 y las dos etapas republicanas de la historia española. En Iberoamérica, la masonería se extendió a comienzos del siglo XIX, cuando los diversos países comenzaron sus procesos de emancipación.

disidentes políticos y militares, que estaban exiliados¹.

Además, las referencias a la masonería en el Río de la Plata se encuentran en otras novelas que recrean esa época y las inmediatamente anteriores. Por ejemplo, en *Diagonal de sangre*, Rivarola Matto narra que Carlos Antonio López “desbarató una conspiración organizada desde Buenos Aires por las logias masónicas [...] dos de los hermanos Decoud, Gregorio y Teodoro, fueron ejecutados al año siguiente por alta traición” (90); que Dorotea Duprat² “militaba en la logia masónica ‘Pitágoras’, fundada y dirigida por el ‘venerable’ Enrique Tubo, un maestro de escuela italiano de dudosa conducta” (229); que “el maquinista John Watts, héroe de la batalla de El Riachuelo y caballero de la Orden Nacional del Mérito, pertenecía a la logia ‘Conway’” (270); que “el marqués de Caxias era masón; masones los altos jefes y gobernantes de los tres países aliados; ‘venerable’ de una logia -después introducida al Paraguay por el ejército invasor y a la que se afiliaría Cándido Bareiro-” (271); y que, durante la guerra grande, “los acólitos de las logias masónicas ‘Conway’ y ‘Pitágoras’ activan sus reuniones secretas” (302).

Por su parte, María Concepción Leyes de Chaves, en *Madame Lynch y Solano López*, cita un suelto de *The Standard* en el que se dice: “las dificultades que se presentan en el Paraguay, obedecen a un complot fraguado en la Argentina por las logias masónicas” (330); durante la invasión de Asunción por los aliados, se apunta: “la francmasonería se ocupa de los hospitales, de los huérfanos y de las mujeres sin hogar. Los socios se reúnen por la noche, anotan adeptos, crean órdenes” (500); y reprocha: “hasta los excombatientes [...] adoptaban el tono marcado por los vencedores [...]. Una francmasonería pronunciaba palabras misteriosas y les imponía silencio o un solo modo de pensar” (527).

Aunque estos textos certificaban la existencia de la masonería en Paraguay en la época en la que se refiere a ella *Caballero rey*, seguían sin explicar cómo Caballero había podido adherirse a la orden. Así que volvimos a preguntar al autor, quien, en un correo electrónico de noviembre de 2000 señalaba:

Cuando llegó Caballero [a Brasil] por allá había un Benjamín Constant, clon del Constant francés [...]. En cuanto a las aventuras del Centauro en Europa, tras la pista de las cuentas bancarias del mariscal López, me han asegurado que Caballero conoció a Marx. No lo he comprobado, pero es interesante. [...]. El Benjamín Constant brasileño que adoctrinó a Caballero era profesor de matemáticas de los militares, incluyendo los que establecieron la república en 1889. Era positivista, y el positivismo no fue una teoría progresista, al menos en América, donde tuvo gran aceptación a fines del siglo pasado. Los republicanos brasileños, en parte siguiendo a Comte, pensaban que la política era una ciencia, que el pueblo no entendía nada, y que una elite debía gobernarlo. En México,

¹Julio Busquets, “Las sociedades secretas militares en la primera transición española: La Isabelina (1833-36)”, en J. A. Ferrer Benimeli (coord), *Masonería, revolución y reacción*, 1990, tomo I, pp. 80-81.

²Dorotea Duprat, se casó con Narciso Lasarre en Francia, cuando ella tenía dieciséis años. El matrimonio, acompañado por los padres de Dorotea, se estableció en Asunción diez años antes de que comenzara la guerra de la Triple Alianza. Se dedicaron a la importación de vinos franceses. Cuando el bloqueo les impidió seguir desarrollando esta actividad comercial, instalaron en Luque una destilería de aguardiente y vino de naranja. Los varones de la familia fueron detenidos, sin que se sepa exactamente cuál era la acusación. Tanto el marido como el padre y el hermano de Dorotea murieron fusilados en San Fernando. Dorotea y su madre tuvieron que acompañar al ejército en calidad de destinadas. Guido Rodríguez Alcalá recogió el testimonio de Dorotea en *Residentas, destinadas y traidoras*, y lo ficcionalizó en el cuento “Las destinadas” (*Curuzú cadete*). El mismo testimonio inspiró el impresionante relato de Helio Vera “Destinadas” (con el que se cierra *Angola y otros cuentos*) que, narrado desde la omnisciencia, se sitúa en diciembre de 1869, cuando la guerra está a punto de terminar, y un grupo de destinadas tratan de encontrar a los aliados.

Porfirio Díaz se rodeó del grupo llamado “científico”, los ideólogos positivistas de su gobierno. En Argentina, estuvo Julio Roca (masón), que inició “la conquista del desierto”, o sea, la masacre de los indios y la ocupación de sus tierras. En Uruguay, estaba Máximo Santos, amigo de Caballero. Desde México hasta el Paraguay, pasando por el Brasil y la Argentina, el proyecto era civilizar el país mediante la migración y las inversiones europeas. Los negros, los indios y los compatriotas no ocupaban un lugar muy alto en la estima de los ideólogos finiseculares. En *Cuestiones políticas y económicas*, Decoud dice que el paraguayo es haragán y que el país necesita europeos. Ese era el parecer positivista-masónico del momento.

Desde esa perspectiva, el dato adquiere una gran validez ya que, como hemos visto, Caballero desprecia a sus compatriotas. Así, un elemento en apariencia falso no sólo es verdadero, sino que explica el comportamiento del personaje.

Tampoco acabamos de creer a Caballero cuando relata que le regaló una casa a un copartidario del que no se nos da el nombre pero sí algunos datos (la posesión de una sastrería) que nos hacen pensar que pudiera tratarse de O’Leary. Aunque el resto de las informaciones nos alejan de tal suposición (en 1904, O’Leary estaba afiliado al Partido Liberal, y había escrito un poema a Benigno Ferreira), la ambigüedad no es gratuita: en otros lugares, Caballero señala que O’Leary cobraba por su trabajo de ensalzador.

Me encontré una vez con un correligionario que me dijo: *I caturo, aiporá che roga ra mí. ¿Cómo le iba pues a decir que no al pobre don (roto)?* Que precisaba tanto, que siempre me había respondido con los comicios? Ni un instante dudé, allí me fui en mi casa, levanté mi colchón [...] el señor compró para su casa [sic]; ya finó pero todavía vive la familia, incluso la pobre hijita que quedó viuda [...]. Incluso el negocio le fue mejor porque mudó la sastrería en su casa nueva, y allí venían más clientes porque estaba mejor ubicada. Después me fue muy leal en el cuatro (152).

Según Guido Rodríguez Alcalá, la tradición oral paraguaya mantiene que, en cierta ocasión, un hombre se acercó a Caballero para pedirle “si fuera posible, quisiera dinero para comprarme una casita”, y Caballero se lo dio.

También podría parecer que la crueldad de arrancarle la barba a Serrano, tras su intento de revuelta en 1878, es una exageración más de Caballero, pero el hecho fue real¹:

Con 100 hombres, más o menos, tuvo que correrse cuando el gobierno mandó a Patricio Escobar con 350 [...] a Serrano lo alcanzaron por camino. *Guárdeselo usted, sargento [...] este es un regalo del Mariscal López y no quiero que se pierda.* Y le entregó el reloj de oro al sargento que dirigía la partida que venía a degollarle, y el sargento después le mandó unos pelos de las barbas de Serrano (con la piel en que venían pegados) a las hermanas del difunto. (Un recuerdo menos agradable que el reloj de oro; mi compadre solía usar los dos juntos, o sea el de Serrano con el de Machaín...) (102).

Por tanto, en cuanto novela histórica, *Caballero rey* cumple la característica que, según Carlos Mata (“Retrospectiva” 44), definía este género: “la historia está siempre en situación ancilar respecto a la ficción novelesca”. Los que aquí hemos ofrecido son sólo algunos ejemplos del modo en que Guido Rodríguez Alcalá pone la historia al servicio de la

¹En “Manorá: 12 de abril de 1877”, Helio Vera toma ese dato, y le añade uno ficticio (el de que también le cortaron la oreja) para redondear la relación este crimen y el de Gill: “la sangre, todavía fresca de Germán Serrano, ejecutado en Caazapá inmediatamente después de haber sido tomado prisionero. Su barba, dorada como el sol, fue traída por los verdugos, quienes la extendieron orgullosamente sobre el escritorio del presidente Gill. Envuelta en ella, la oreja izquierda del muerto”.

narración. Y la misma finalidad literaria cumple el uso de las anacronías.

5.2. Anacronías intencionadas

La verdad y la ficción no sólo se mezclan por medio de lo que son estrictas invenciones, sino gracias a un procedimiento que Guido Rodríguez Alcalá también ha usado en su novela anterior: las anacronías. Ya hemos hecho referencia a algunas de ellas en los apartados anteriores. Además, existen otras, como la confusión entre los dos periódicos en los que colaboró O'Leary, *La Patria* y *Patria*. Eugenio Garay fundó *La Patria* a finales del siglo XIX (en la Hemeroteca de la Biblioteca Nacional de Paraguay, hay ejemplares desde 1901). Aunque trataba de mantener la objetividad, no excluyó algunos artículos a favor del general Caballero y del “glorioso pasado paraguayo”. En él colaboró O'Leary, quién instaba, desde sus páginas, a reconquistar los territorios cedidos a Brasil. El periódico del Partido Colorado *Patria* nació más tarde (dado el desorden de la hemeroteca, resulta difícil saber cuándo, pero existen ejemplares de 1926 y de 1936). Apareció y desapareció en varias ocasiones, ya que su existencia estuvo condicionada a la obtención de fondos públicos para su financiación (por ejemplo, dejó de publicarse cuando triunfó la revolución liberal de 1904; y desapareció definitivamente en la década de 1990). Se consideró heredero de *La Patria*, sirvió de medio a O'Leary para difundir sus ideas revisionistas, sustentó el régimen stronista y, como hemos visto, criticó con dureza las obras de Guido Rodríguez Alcalá.

El personaje, sin embargo, llega a identificar ambos diarios hasta el punto de afirmar: “el españolito Martínez [...] escribía en *Patria*, los que allí escribían eran todos *pyraguê*” (83). El aparente lapsus temporal de Caballero (se refiere a 1873) permite a su autor acusar de delatores a los colaboradores del vocero del stronismo.

Similar es la consecuencia de atribuir a Decoud la frase “volvemos a los tiempos de la tiranía [...] los pynandí son la muerte de la República” (93). Resulta imposible que Decoud utilizara, en 1877, el término “pynandí”, acuñado por Natalicio González en 1948 (en su libro *Proceso y formación de la cultura paraguaya*) para hablar del “agricultor-soldado”¹, base del triunfo contra la revolución de 1947. Su figura fue utilizada por el propio Natalicio González (quien instituyó el 14 de marzo como “Día del Pynandí”) y, posteriormente, por Stroessner.

Esta anacronía, además, se repite cuando Caballero señala: “nos preocupa [a los colorados] el bienestar de nuestro Pueblo. ¿Cómo le vamos a olvidar al pobre campesino, tan patriota, al agricultor-soldado como dice su Maestro? No. Nosotros no le olvidamos” (181). Como vemos, el anacronismo intencionado del discurso de Caballero permite a Guido Rodríguez Alcalá sostener que la figura del “agricultor-soldado” ha sido nefasta para el país y, además, dejar ver que Bareiro y Gill fueron los precursores de esos “pynandí” en los que se han basado las dictaduras más recientes.

Todavía se da un paso más cuando se presentan tres mapas (dos de ellos atribuibles a Caballero) de los límites entre Paraguay y Bolivia (138-140). El tercero de esos mapas es una anacronía que no trata de disfrazarse: se extrae del libro de Warren, *Rebirth of the Paraguayan Republic* (1985). Resulta irónico el texto (no se sabe si de Amarilla o del autor de algunas de las notas) que le sirve de pie: “Tratado de límites con Bolivia, según el

¹Para más información, puede consultarse la ya citada comunicación de Christiane Taroux-Follin, “Le pynandi, un soldat-laborateur dans le Paraguay des années 30-40”.

extranjerizante libro de Harris Gaylord Warren (nótense las palabras en inglés)”. En realidad, este tercer mapa es la versión cuidada del segundo (si atendemos a la lógica temporal, habríamos de decir que el segundo es la versión descuidada del tercero, ya que el autor debió de inspirarse en el de Warren para hacer el que se atribuye a Caballero) pero la palabra “extranjerizante” parece quitarle validez. Probablemente, si Amarilla hubiera conocido el libro de Warren, hubiera opinado que atentaba contra el patriotismo paraguayo. Por tanto, ese adjetivo resulta una nueva ironía, camuflada dentro de un comentario abiertamente anacrónico, y aparentemente ridículo (es absurdo tachar de extranjerizante un mapa por usar terminología geográfica en inglés, cuando está inserto en un libro escrito en esa lengua).

Como estamos viendo, el objetivo de la mayor parte de los anacronismos es demostrar que la historia se repite, que los hechos sucedidos en un determinado momento pueden trasladarse a otra época sin perder verosimilitud. En este sentido, es particularmente relevante la anacronía que se incluye en el discurso de Caballero, cuando éste trata de explicar los principios del Partido Colorado:

Hicimos [...] la Asociación Nacional Republicana (1887) para conservar un poco los recuerdos de la guerra [...] precisamente cuando andaban entrando tipos como el Rafael Barrett y la Asociación de Artesanos y los comunistas de Australia y toda esa gentuza¹ (148).

Aunque Caballero no duda en sostener que su partido combatió al santanderino Barrett y al comunismo, lo cierto es que el Partido Comunista Paraguayo nació en 1928; y Rafael Barrett, que sólo tenía once años en 1887, no llegó a Asunción hasta 1904. Sin embargo, no es falso que el Partido Colorado luchara, en cierto modo, contra ambos; sólo que lo hizo mucho tiempo después de su fundación.

Como se recordará, Barrett manifestó en sus escritos sus ideales anarquistas, criticando la explotación de los obreros y los campesinos. Su artículo “Bajo el terror” (1908) le valió la cárcel y la deportación a Corumbá (Brasil). En sus obras, evitó unirse a la tendencia, vigente en su momento, de usar la exaltación de la historia paraguaya como tema literario. Por ello, Manuel Domínguez (“Barrett”¹⁷) denunció que para este autor “no existía nuestra leyenda donde esa energía alcanzó el rango de epopeya”. Es decir, sus ideas eran molestas para los que estaban en el poder, y su literatura no servía a los fines que los revisionistas perseguían.

Por su parte, el comunismo fue la bestia negra de la dictadura stronista. Stroessner sabía que había sido la rebelión de liberales, febreristas y comunistas la que había obligado a Morínigo a dejar su cargo (1947), a pesar de que éste había ganado la guerra civil, ayudado por Perón y el Partido Colorado. Tal vez por ello, siempre trató de combatir cualquier brote de comunismo, utilizó la acusación de comunismo como uno de los principales argumentos para la represión, y propició la fundación del “Centro Anticomunista Paraguayo General Rogelio E. Benítez” (1960).

Por tanto, al obligar al personaje a equivocarse fechas y mezclar épocas, el autor no

¹En “La traidora” (Guido Rodríguez Alcalá, *Cuentos decentes*) se repite un anacronismo similar: “el señor Couverville muy contento con Francisco, cuando todavía no era presidente [...] había estado en Europa y había visto cosas que los paraguayos no conocían [...] pensó que iba a ser mejor presidente que su papá. Don Carlos estaba al final demasiado viejo, era muy bruto, y recibía a sus visitas en calzoncillos. Francisco [...] prometía un gobierno diferente [...] cuando llegó a Presidente se quitó la máscara y comenzó una campaña antidemocrática antiliberal” (88).

está generando un absurdo, sino una constatación de que Caballero y Stroessner se guiaron por los mismos parámetros. De ese modo, las críticas a Caballero son mucho más que la desmitificación de una figura fundamental de la historia paraguaya. Son una crítica de conjunto a la historia dictatorial del país.

5.3. La selección de los hechos: una política picaresca

Caballero rey se estructura en siete tratados y, como si fuera una obra picaresca clásica, cada uno de ellos está dedicado a mostrar cómo el personaje se pone al servicio de un nuevo amo. Si *Caballero*, que ya perfilaba al protagonista como un pícaro, no se hubiera publicado 1986, podríamos pensar que Guido Rodríguez Alcalá había tomado la palabra a los personajes de Juan Bautista Rivarola Matto cuando, en 1987, sugerían hacer una obra sobre “el gran loco paraguayo”:

Se trata de un héroe frustrado [...]. Le han secado los sesos Domínguez y O’Leary. La Patria es su Dulcinea, [...] la ínsula a conquistar, la Provincia Gigante de las Indias; los gigantes a abatir, el Brasil y la Argentina; Mitre, el diabólico Merlín; la yerba, el bálsamo de Fierabrás; el entuerto a desfacer, la Guerra Grande. Otros pueblos más afortunados recibieron un rico patrimonio de civilización y cultura; el nuestro es sólo heredero de desdichas [...]. Esta puede ser una noche memorable en la historia de las letras paraguayas [...]. Tenemos al personaje. Nos falta elegir el género para llevarlo a la literatura. ¿Qué prefieren? ¿la épica o el drama? (*Diagonal de sangre* 308-309).

Para Guido Rodríguez Alcalá, la respuesta es obvia: su “Gran Loco”, el reivindicado por revisionistas y dictadores, aparenta tener la patria por Dulcinea, pero está más interesado en el poder y el dinero; critica a Brasil y Argentina, pero se sirve de ellos; y no usa la yerba como bálsamo, sino como fuente de riqueza, a través de la explotación de los trabajadores. Por tanto, su literaturización no puede ser ni dramática ni épica, sino picaresca: en *Caballero rey*, el capítulo primero trata de la servidumbre a Rio Branco; el segundo, a Rivarola; el tercero, a Jovellanos; el cuarto, a Gill; el quinto, a Uriarte; el sexto, a Bareiro; y el séptimo, a Decoud. En contra de lo que pudiera parecer por esta afirmación, volvemos a no estar ante una novela lineal: el personaje narrador salta de una época a otra, como si fuera incapaz de detener su verborrea, y se dejara llevar por las asociaciones. Sin embargo, no todos los saltos temporales se deben a la condición oral del discurso (“usted me pone donde tiene que poner porque viene antes”, 45): muchos posibilitan que Caballero modifique lo que ha dicho previamente. Así, las contradicciones se acumulan, y nos ayudan a mantener la distancia respecto a la sinceridad del narrador, que las utiliza dentro de su estrategia para el ascenso. Por ejemplo, aprovecha su exilio para comenzar a preparar su carrera política: “en el Brasil me hallé grande, me hice amigo de Rio Branco” (125). Por eso, los liberales lo acusan de brasileñista, y él tan pronto lo reconoce (“¿qué sería yo sin Rio Branco?”, 184) como se empeña en negarlo: “no tenían que meternos a nosotros, decir que nosotros también éramos luego brasileños [sic], todas esas cosas que pueden desorientar a un pueblo ignorante como el nuestro, que se le engaña fácil” (115).

No es necesario recordar que, durante la guerra, el personaje ha tildado a los brasileños de cobardes y sanguinarios; y que, en la primera novela, se ha intentado defender de la acusación de ser brasileñista, con el mismo vigor que el cronista ha usado en el prólogo de *Caballero rey*. En la inmediata posguerra, cuando Paraguay está ocupado por los aliados, que tienen el poder, la visión del personaje cambia, y Caballero no tiene ningún problema

en intimar con ellos:

Nos trataron muy bien [...]. Y es que los militares no somos rencorosos: simpatizamos enseguida con el comandante Mallet. Ese que dirigía la *batería revólver* en Tuyutí [...] don Pedro [II de Brasil]. Él no nos hacía la guerra si no era por culpa de esos viejos *mbores* que le aconsejaron mal [...] todos me querían bien en Rio de Janeiro. Y no es que yo sea un vende patria desde luego; lo que pasa es que sabía manejarme (14-15).

El teniente Coutinho [...] me dijo que cuando saquearon [Asunción] él no estaba, no tenía la culpa; le creí [...]. Así que no le tomé a mal al teniente Coutinho, incluso hay que perdonar a los enemigos [...]. Así que nos hicimos muy amigos (32).

Caballero está tan acostumbrado a la ligereza de sus propias explicaciones que ni siquiera parece sorprendido cuando el barón de Rio Branco explica que la Guerra de la Triple Alianza “fue un malentendido entre dos pueblos amigos como nosotros” (14). Claro que este tipo de argumentos sólo son válidos cuando le interesan. Así, aunque ha reconocido que el Barón de Rio Branco era su amigo (“*Juca* [...] le llamábamos los amigos”, 12) y lo ayudaba económicamente (“me dio la dirección incluso de su hijo en Rio de Janeiro [...] no quería abusar, porque se estaba portando demasiado bien conmigo (ni el hotel me dejaban pagar)”, 11-12), al entrar en contacto con un grupo de antibrasileñistas, analiza así la ocupación: “estábamos bien hartos. Teníamos que decirles *Excelencia, Generalísimo*; agradecerles su flota en nuestro río que nos llenaba de contrabandos; sonreírles porque o sino peor [...]. Teníamos que ser educados con ellos” (38). Conviene señalar que, cuando emite esas quejas, Caballero está al servicio de Rivarola, a pesar de que sus afirmaciones previas hacían suponer que jamás podría producirse tal colaboración: el personaje nos había informado de que Cirilo Rivarola había provocado su destierro en Brasil, y no había sido valiente durante la guerra:

Una vez en nuestro campamento, no recuerdo por qué, Mariscal López le tuvo de plantón frente a la tienda y cuando pasaban los soldaditos por enfrente le tiraban con coco, para jugar no más, pero el tipo se puso a llorar como señorita, tuvieron que desatarle del poste porque o sino se volvía loco a los tres meses [...]. Lindo candidato (23).

Además, había reproducido las acusaciones de *La Regeneración*, había reflejado su incapacidad para gobernar (“de balde que Rivarola quite sus decretos [...] decretar no te sirve cuando no hay plata [...] por eso que después pidió ese crédito a Londres, el crédito más caro que tuvimos”, 25), y lo había acusado de traidor¹ (“el infeliz de Rivarola por mal paraguayo, mal amigo, mal todo. Primero le traicionó a Mariscal López, después a los liberales, después al propio Bareiro”, 31). Por tanto, resultaba coherente que, al terminar el tratado primero de *Caballero rey*, pareciera que el personaje se negaba a colaborar con Rivarola. Para hacernos llegar a tal conclusión, el autor ha utilizado una técnica que ya había usado en *Caballero*: ofrecernos una información que queda incompleta, y conduce al lector

¹Cirilo Rivarola era hijo de Juan Bautista Rivarola, quien propuso, en el primer congreso tras la muerte de Francia, elaborar una constitución. Cirilo Rivarola repitió el intento de su padre en 1862, cuando Francisco Solano López alcanzó el poder. Pasó cuatro años en prisión (1864-68) por oponerse a López y a la guerra. Después, participó en las batallas de Ytororó e Itá Ybaté (en la que una bala le atravesó el cuello). Consiguió escapar tras ser hecho prisionero por los brasileños en la batalla de Abay, y volvió a las filas paraguayas. Como triunfador, y como primer presidente constitucional, puso al mariscal López fuera de la ley.

a interpretar lo contrario de lo que realmente ocurre.

Llega un soldadito. Dice que de parte del señor Presidente de la República [...]: me quería nombrar Inspector General de Armas (viene a ser Comandante en Jefe del Ejército) [...] con Rivarola no quería trato. Ese traidor que nos sacaba decretos en contra mientras nosotros [...] corríamos por montes y collados [...]. El mismo tipo que le pidió a Rio Branco que me manden en Rio [...] mientras él organizaba su gobierno provisorio [...] me nombraba Inspector porque nadie le quería más; su gobierno un desastre; necesitaba mi prestigio... Yo no me iba a dejar utilizar (35).

La acusación contra Rivarola de haber sido él el causante de su destierro en Brasil no se aclarará hasta el tratado sexto: Rivarola le había pedido que apoyara su candidatura a la Presidencia de la República, en abril de 1870, y, según el texto de Arsenio López Decoud que se reproduce en la novela, Caballero respondió:

“No deseo mezclarme en la política que se inicia [...] tengo derecho a la tranquilidad [...]”. “Pero es que si se niega a lo que le pido... le enviaré ahora mismo a bordo de ‘La Princesa’, que lo llevará al Brasil como prisionero de guerra”. “Pero si no soy tal prisionero [...] me he presentado voluntariamente a las autoridades nacionales al recibir la noticia de la muerte del Mariscal” (125).

Resulta interesante que esta información se incluya casi al final de la novela, cuando el lector ya ha visto a Caballero hacer todo lo posible por llegar al poder, y ocupar varios ministerios; cuando ya no es posible creer que no quisiera mezclarse en la política. Sabiendo Caballero lo que ha sucedido respecto a su destierro, sería todavía más lógico que se negara a colaborar con Rivarola, de no ser por su desmesurada ambición de poder.

Lo mismo sucede respecto a Gill: después de dar cuenta de las ilegalidades que cometía (“Gill siguió no más fabricando su dinero falso”, 41), y de acusarlo incluso de asesinato (“nunca más se supo si los empochados que le balearon al señor presidente [Jovellanos] eran de Gill. Pero parece que sí”, 57), decide olvidar los agravios (“culpa del infeliz Gill que nos metió en la cárcel”, 56) a cambio de un ministerio, y trata de justificar su actitud: “aceptamos por el bien de la Patria, no por el Ministerio que no daba nada” (114). Es difícil descubrir cómo se puede servir a la patria aliándose con un personaje al que ha descrito así:

Gill le dominó a Jovellanos (ya tenía experiencia); le dominó a Serrano (Guerra y Marina); me echó del Ministerio del Interior a mí (me farreó dándome el de Justicia); encima, tenía el de Hacienda a su cargo [...] se metía en la pieza con la maquineta nueva [...] se ponía a darle a la manija él mismo [...] parece que salieron más de un millón de pesos inconvertibles... Con eso pagaba su batallón guarará [...] *¡Estamos volviendo a los tiempos del Tirano!*, decía Godoi y se ponía a practicar el tiro al blanco (77-78).

Al final, acaba intentando convencernos (o convencerse: “de los muertos luego no se puede hablar mal”, 110) de que Gill fue “un amigo, [...] un caballero” (110). Quizá es la imagen que debiera habernos dado el cronista si hubiera reelaborado su discurso. Al fin y al cabo, su misión era la de dejar en buen lugar a los integrantes del Partido Nacional (futuro Partido Colorado), al que los revisionistas siempre ensalzaron. Incluso Caballero parece comprender lo que al cronista se le ha escapado: que es fundamental mantener una buena imagen. Como él mismo señala, resulta preferible minimizar los errores de los copartidarios, y mantener una cierta distancia que salve a los demás de los mismos: “le acabo de contar los

defectos del finado Juan B. Gill [...] pero eso tampoco es motivo para que hablen mal de nosotros, del Partido Nacional, porque nosotros no teníamos que ver con algunas cositas del finado Presidente” (114).

También respecto a Cándido Bareiro, Caballero cambia de opinión. De su actuación durante la guerra, el personaje ha apuntado: “Benítez dijo que Bareiro se comió la plata que le dieron para comprar cañones (eso dijo también Cirilo Solalinde, dijo que perdimos la guerra por él)¹” (21). En otro momento, nos recordará: “él siempre había andado bien con los vecinos, desde 1868, cuando Mariscal le quitó su empleo; ellos siempre le habían tenido muy en cuenta” (134). Ese pasado ambiguo, en el que Bareiro aparece como servidor de López y de sus enemigos, hacía que todo el mundo recelara de él. Sin embargo, cuando Bareiro llega a la presidencia, el protagonista accede a entrevistarse con él: “¿Cómo le he de aceptar su invitación?, le dije. Toda persona tiene su lado bueno, búsquelo, me dijo. Entonces al final me fui en la casa de Cándido Bareiro” (55). No es fácil encontrar el “lado bueno” de Bareiro (“un petisito gordito [...] pero sabía mandar [...]. Cuando don Cándido comenzaba, te podía retar toda la tarde”, 75) en la prensa de la época. El 26 de junio de 1873, *La Nación Paraguaya* lo retrataba de la siguiente manera:

Encarnación de la vacuidad, hombre que nada sabe y todo aparenta saber. Cuando se le interroga contesta con axiomas robadas [sic], y nada propio dice, porque nada es capaz de forjar. En su viaje a Europa vio mucho [...] pero al que Dios le niega [...] la inteligencia, lo que ve [...] sólo sirven para llenarle de amor propio [...]. Bareiro es pretencioso hasta la insolencia, no admite réplica a sus ideas, ni contra sus pretensiones, por consecuencia su carácter es despótico y ¡ay del día en que su voluntad se imponga!

Incluso en el estricto marco de la novela, las reticencias de Caballero respecto a Bareiro son justificadas. Por la información que teníamos del que se va a convertir en el nuevo amo del personaje, sabíamos que, si no obedeció las órdenes de López (“decía que resultaba muy desobediente porque ya lo había hecho llamar para que se presente en el cuartel pero no venía”, 15), no fue por estar en desacuerdo con él, sino por la misma cobardía que le impulsó a denunciar a otros ante el mariscal (“Centurión [...] dijo también que [...] don Cándido [...] había sido *pyrague* de López, se pasó denunciando a los becarios paraguayos y se comió la plata que les mandaban de Asunción y por eso unos cuantos se murieron de hambre allá por Londres”, 16); que entró a formar parte del grupo que redactó la Constitución por imposición de Argentina, y en contra de la opinión de los brasileños (“es un bribón pero sabe lo que quiere, dijo el brasilero [sic] de don Cándido”, 39); y que se sospecha que provocó el incendio de *La Regeneración* (“habló con don Marcos Quaranta, ese de la colonia italiana que afilaba con una sobrina de don Cándido [...] menos mal que los Decoud saltaron por la muralla de atrás porque les quemaban con el diario y todo”, 31).

A pesar de eso, basta con rastrear las palabras anteriores de Caballero para comprender que su cambio de opinión no es tan repentino como trata de hacernos creer. Él

¹En la novela de María Concepción Leyes de Chaves, *Madame Lynch y Solano López*, cuando Elisa Lynch le pide al mariscal que reflexione sobre la conveniencia de iniciar una guerra contra Brasil, éste le explica: “he pedido a Cándido Bareiro [...] que adquiera dos barcos de guerra, una cincuentena de cañones Amstrong y varios millares de fusiles [...] los sucesos de armas convencerán a mis enemigos de lo que puedo hacer” (320-321). Uno de los personajes de Rivarola Matto, en *Diagonal de sangre* (249) sostiene que la guerra podría haberse ganado “si Cándido Bareiro no hubiera sido un imbécil o un traidor”. Más tarde, su propio hijo exclama “como a padre te venero [...] como a traidor te abomino” (358).

mismo ha afirmado que Bareiro “merecía ser nuestro primer Presidente constitucional para el 25 de noviembre del 70” (30), y se ha compadecido cuando no le han dado ningún cargo en el gobierno de Rivarola. Además, ha justificado su “acercamiento” a los argentinos (después sabremos: “trabajaba para el Ejército Argentino, pero no era por gusto, sino por necesidad”, 97; “Argentina [...] le dio trabajo en sus ejércitos cuando López quería fusilarlo”, 101), y su actitud antidemocrática:

Bareiro es pérfido, fue criado y educado por López, representa la continuación del pasado, dijo Benigno Ferreira [...] por eso no más don Cándido tuvo que acercarse a la Sanidad argentina; no que no sea patriótico, pero en política luego hay que ser un poco práctico (21).

Cuando le interesa, aun a riesgo de desacreditar a su alabado mariscal, parece creerse la explicación que Cándido Bareiro le da sobre su actitud durante la guerra:

Le pregunté del empréstito, de las armas que tenía que comprar para el mariscal en Europa (esas que según Benítez regaló al enemigo). Y entonces me dijo que mariscal se apuró un poquito; él declaró la guerra y *después* pidió el crédito [...] pero ya no le quisieron dar [...] y también que los *cambá* nos bloquearon los ríos (55).

Una vez el personaje ha decidido creer a Bareiro, nada le detiene para seguirlo y ensalzarlo: “fue el único que llegó a Presidente solo, sin ayuda brasilera [sic]” (134). De él, destaca:

Lo que daba gusto con don Cándido es que te dejaba ser ministro, no como Juan B. Gill que te hacía firmar *vyrezas* y después el que quedaba mal era uno [...] con don Cándido era diferente: todo se arreglaba como amigos. Y así no más tenía que ser [...] porque después de diez años de andar juntos ya se vio más o menos quienes éramos (123).

En ocasiones, incluso Caballero es consciente de que sus cambios de opinión resultan negativos para su imagen. Entonces, se dirige al cronista para pedirle que destruya las pruebas. Es lo que ocurre cuando habla del manifiesto del 22 de marzo de 1873. Implícitamente, reconoce la autoría (“derecho de autor [...]”; no es justo que el único que no tenga manifiesto sea yo”, 60) de un texto en el que se condenan las dictaduras de Francia y los López, y se alaba la labor de los aliados:

Sesenta años de encierro, de oscuridad y tiranía deben ser más que suficientes para que las tristes lecciones de esos tiempos no vuelvan jamás a repetirse [...]. Acabamos de purgar con una guerra tremenda contra un poder colozal [sic] las culpas que pesaban sobre nosotros y sobre nuestros padres. Nuestro aislamiento, nuestro encierro, la falta de espíritu público entre nosotros, entregaron los destinos del país a tres tiranos, de los cuales dos no tienen paralelo en la historia de los siglos país [...]. Si toleramos que nuestros ciudadanos sean así arrebatados de sus hogares [...] podremos decir que sólo somos dignos de arrastras cadenas como heramos [sic] antes, y no de gozar de la libertad con que nos han brindado tres naciones cultas y civilizadas (60)¹.

El manifiesto se cita en *El Centauro de Ybycui*, donde O’Leary señala que se publicó sin la autorización de Caballero. En la obra de ficción, sin embargo, el lector no duda de su

¹Las graves faltas de ortografía que aquí se reproducen no son fruto de la invención del autor: figuran en el documento original.

autoría: por las palabras de Caballero, y por el documento anterior que conocíamos, resulta coherente que el personaje haya cometido esta nueva infidelidad hacia su pasado. Sin embargo, al final del tratado tercero, se reproduce la carta que, supuestamente (la caligrafía es muy distinta de la habitual en Caballero), Caballero envió a O’Leary el 14 de diciembre de 1906 (y éste incluyó en *El Centauro de Ybycuí*), negando haber firmado tal escrito, y reivindicando a López:

Me explico su mortificación al leer en el libro aludido palabras del manifiesto revolucionario de 1871 [...] yo no redacté ese documento, impreso en Corrientes sin que tuviera conocimiento de sus términos [...]. Por lo que hemos hablado conoce Vd. mi manera de juzgar al mariscal López, como militar patriota y amigo. Yo que lo conozco como nadie puedo afirmar, como he afirmado siempre, que fue el más grande de los paraguayos, un soldado extraordinario y un amigo sin igual. No haga caso de lo que digan y hagan los que llevan sus odios políticos a nuestra historia (90).

El lector, que conoce la falta de cultura de Caballero, y tiende a creer que la que aparece en la portada con letra infantil es su firma, desconfía de la autoría de la carta. Pero, incluso si opta por creer en ella, se encuentra con que el autor ha sido lo suficientemente hábil como para incluir, inmediatamente antes del facsímil, una afirmación contundente del personaje que, al estar incompleta, le permite desechar cualquier duda que pudiera haberle surgido: “en esos tiempos [1903] ya no se tenía más vergüenza de ser patriota, de ser lopizta... En el 1870, muy difícil (roto)” (90). Las fechas no coinciden por casualidad: el manifiesto es de 1871, la carta a O’Leary de 1906... Y este tipo de afirmaciones volverá a repetirse a lo largo de la novela, avalando así la impresión de que ese documento fue, muy probablemente, suscrito por Caballero: “ahora ya somos [...] el partido lopizta, el de las gloriosas tradiciones de los Héroes que explicó O’Leary, aprovechando un poco que se calmaron un poco las pasiones después de 30 años, porque en el 70 nadie te dejaba ser lopizta” (107).

Al margen de las contradicciones, *Caballero rey* viene a demostrar la tradición autoritaria de Paraguay, cuyos políticos parecen incapaces de cumplir las normas de la convivencia democrática. Por eso, la novela se ve salpicada de fraudes electorales, golpes y contragolpes. Un ejemplo de la falta de respeto por las decisiones populares se da al comienzo de la obra: tras el Triunvirato, llegan los comicios. Caballero juzga que no son limpios porque no los ganan ellos, a pesar de que intentan manipularlos con los mismos métodos que años más tarde utilizaría Stroessner, y que incluso sigue utilizando el Partido Colorado en las zonas rurales: coaccionar a los campesinos para que voten a un determinado candidato, y falsificar los censos electorales. Con este tipo de situaciones, Guido Rodríguez Alcalá consigue que su novela, en principio histórica, adquiera un claro matiz político:

Se vota [...]. Pero con trampa... Por ejemplo, ese padre Blas Duarte, tan leído, quiere inscribir a unos de los suyos en la circunscripción electoral de San Roque [...] pero el presidente de la mesa le dice siento mucho, ya se cerró la mesa [...] entonces el *paí* Duarte le dice que así no se habla a los representantes de Dios [...] le llevaron preso por desacato, que no era [...] esa es su democracia. Y desde luego que ganaron su elección, julio del 70 [...]. Entonces llegó el negrito ese que le dicen el Tani; dijo que en la circunscripción de San Roque perdimos, perdimos grande. Eso no podía ser; San Roque era luego la parroquia del *paí* Duarte, allí toda la gente le quería al *paí* y él les había dicho para que voten barierista [...] sobre el pucho rompió [Rufino Taboada] el registro electoral en cuarenta partes [...] mientras el *paí* Duarte discutía con el presidente de la mesa para entretenerle (27).

Como “Bareiro quedó afuera. Ni siquiera un puestito le dejaron tener los miserables esos” (28), se empieza agestar un golpe de estado:

El 31 de agosto hicieron ese golpe para echarle a Rivarola, para ponerle Presidente al Facundo Machaín [...]. Ese día Juan Silvano Godoi le dice a Rivarola: *tiene que renunciar* [...]. Así que renunció no más [...]. Le eligen Presidente a Machaín [...]. Guimares le mandó llamar a Rivarola [...] le preguntó que con qué permiso había renunciado [...]. Allí mismo le hizo firmar esos papeles [...] para apresarlos inmediatamente a aquellos revoltosos [...]. Para las doce de la noche del 31 de agosto, Machaín ya no era presidente [...] y quedó en su lugar Cirilo Rivarola, hasta que termine la Constitución (29-30).

Sin embargo, cuando se ve en la obligación de dar explicaciones previas, acusa al bando contrario de falta de transparencia. Así sabemos que Rivarola ha disuelto el Congreso para evitar la destitución del vicepresidente:

El primero de octubre del 71, había que elegir a los electores, porque en el Paraguay no elegimos directamente [...]. Oficialistas contra nacionales [...]. Nacionales los de Cándido Bareiro [...]. Los otros [...], los de Rivarola y Gill [...] el padre Duarte le sacó su pañuelo blanco al cuello que llevaba el tipo del otro bando; vinieron polecía [sic] y le apresaron al padre, que en la cárcel escribió este poema tan sagrado que me hizo lagrimear¹ [...] en la parroquia de la Encarnación pasó mucho peor el día de la elección, el primero de octubre. Allí luego había un grupo de *guarará* armando bochinche [...] cambiando el registro electoral. Cuando los nacionales reaccionaron, sobre la marcha les metieron bala. Allí murió el joven Pedro Irigoyen [...] Ministro de Interior, Salvador Jovellanos, que ganó la elección y le nombraron Vicepresidente, pero trampa, y por eso el congreso (tenía razón) le llamó para interpelarlo para que explique [...] que los polecías [sic] atropellaban las urnas [...] la interpelación quedó para el 13 de octubre [...]. Pero primero llenó todo el Congreso con los raídos [...] y entonces los diputados *cuera* se corrieron; no pudieron hacerle su interpelación a Jovellanos porque desde la barra les mostraba sus armas [...]. Rivarola, en vez de contestarle [a la interpelación del Congreso], le [sic] disuelve [...] él no puede perdonar que le interpele a un mozo tan honrado como Jovellanos (46-47).

Por modo de narrar los hechos, y por las consecuencias de los mismos, el relato de lo acontecido en octubre de 1871 nos recuerda lo que Caballero ha contado sobre las elecciones de julio de 1870. En diciembre de 1871, con un Congreso en el que sólo quedan los partidarios de Rivarola y Gill,

La elección se hace y la ganan ellos [...] Lanús² habló con el comandante Vedia; le dijo que mire un poco, en el Paraguay no se podía trabajar, y entonces Vedia habló con Rivarola [...] la silla presidencial de Rivarola temblaba [...]. Rivarola desesperado entonces se asincó con Gill [...]. Para demostrar su decencia, le dijo Gill, tenía que someterse al juicio político [...] por disolver las cámaras [...] mientras tanto, le dejaba su Presidencia a Salvador Jovellanos [...] el Congreso le había confirmado a Jovellanos como Presidente Constitucional de la República (le aceptaron en serio su renuncia a Rivarola) (47-48).

¹El poema que se cita en el texto (“Al Glorioso Patriarca San Francisco de Asís. Soneto”) es un conjunto de rimas forzadas y versos de medidas irregulares. Aunque en principio pensamos que el propio autor había debido de manipularlo, él nos aseguró haberlo copiado de *El Pueblo* del 19 de diciembre de 1871.

²Lanús es uno de los hombres que prestaron dinero al gobierno de Rivarola. Para camuflar su ignorancia, o evitar dar más datos, Caballero argumenta: “eran varios millones pero no me fijé; un gentleman no discute por dinero” (47).

Claro que las maquinaciones del personaje no son una excepción: Gill trata de asesinar a Jovellanos, y por eso lo destierran. Además, la revolución que Caballero intenta organizar desde la cárcel es sólo la primera de una larga serie: “le dijo al brasilero [sic] que pensábamos hacer una revolución para echarle a Jovellanos, ponerle a los argentinos y denunciar el Loizaga-Cotegipe” (57). Esa referencia a Brasil como país director de la política paraguaya se concreta cuando vamos viendo que, en realidad, el triunfo o el fracaso de las conspiraciones contra los sucesivos gobiernos depende del beneplácito brasileño. Por ejemplo, el personaje narra que el Ministro Gondim “andaba haciendo fiestas en la Legación brasilera [sic] para criticar el gobierno del presidente Gill; ahora se acordaba de nosotros, del Partido Nacional” (92). Resultaría difícil comprender que esta frase encierra una mención a la posibilidad de una nueva revolución si no hubiéramos leído las palabras de Río Branco y la reflexión de Caballero, relatadas cuando ha narrado su estancia en Río de Janeiro de camino a Europa:

Acho que nao devimos ter acreditado no Juan Bautista. No. Claro que no. Pero se dieron cuenta tarde: cuando Gill ya era Presidente y ya las tropas brasileiras [sic] se habían marchado de Asunción; entonces Ministro Gondim y otros nos llaman a nosotros; incluso nos insinúan que podíamos conspirarle un poco, *¡Mbore!* Después de lo que nos hicieron, no (86).

Por el momento, Caballero, Bareiro y Maíz logran eludir la insinuación del ministro brasileño, y se limitan a “nadar y guardar la ropa”: no pueden hacer nada más que eso, ya que saben que a los brasileños les urge dejar un presidente de confianza antes de abandonar el país; y que, de momento, ese presidente parece ser el que está en el poder:

Teníamos que demostrarle que éramos mejores que Gill. Pero tampoco [...] podíamos asincerarnos con Gondim, vaya a saber usted si él después no le contaba a Gill? Porque Gill seguía siendo todavía su esperanza y Gondim quería volver en Río de Janeiro (cuanto antes) y decir: *Encontré un buen presidente, podemos retirar las tropas sin problema.* [...] Don Cándido decía que Gondim todavía le quería a Juan B. Gill, pero nos quería hacer conspirar un poco para hacerle entender lo que le podía pasar si transaba con la Argentina (92).

Caballero se demora en relatar las revueltas de Germán Serrano (8 de diciembre de 1875), Decoud y Rivarola; y en explicarnos porqué Bareiro no acepta los planes de conspiración brasileños: “don Cándido [...] no quería conspirar de balde” (102). Previamente, el personaje ha mencionado que, cuando los brasileños les han propuesto conspirar contra Gill, ellos le han respondido: “no; déjenle el trabajo [...] a Rivarola o Decoud [...] o al tonto de Germán Serrano” (86). Ahora sabemos que tal “trabajo” se llevó a cabo. La revuelta del primero no triunfó, ya que no tuvo el seguimiento esperado, porque el Canciller Irigoyen hizo llegar a Gill cincuenta mil pesos argentinos para sofocarla, y porque la cañonera brasileña encalló (“si no encallaba, Serrano no perdía su cabeza pero Gill sí perdía su sillón presidencial”, 102). De la segunda revuelta, “el golpecito de Cirilo Rivarola y Decoud” (112), Caballero sólo nos dice que Rivarola se fío de las proposiciones brasileñas. Y, como las revoluciones no consiguen acabar con la presidencia de Gill, los brasileños inician otras estrategias: “presiones diplomáticas, le anularon el convenio con los acreedores de Londres” (103).

Las maquinaciones por alcanzar el poder llegan incluso al asesinato de un presidente. En la novela, la noche del magnicidio, Caballero se ha reunido con Patricio Escobar, Cándido Bareiro y de la Cruz Giménez (*Lacú*), para hacer apuestas en las riñas de gallos.

En la conversación que mantienen el personaje y Escobar, vemos que el Partido Nacional, al que Caballero siempre trata de presentarnos como modélico, no es sino un medio que los políticos utilizan para hacerse con el poder. Así, Escobar reconoce haber “sido un poco ingrato con el Partido Nacional [...] me dijo que [...] al principio Gill, le había impresionado porque le ascendió a general y le dio su Ministerio de Guerra [...] pero que se estaba dando cuenta de que Gill le utilizaba” (109). Para comenzar, Caballero repasa las distintas tentativas de acabar con Gill:

Gill [...] hacía rato que tenía que estar [...] muerto; todo el mundo trataba de madrugarle, como Adolfo Decoud, que se había juntado con Rivarola para hacerle el golpe y se escapó después en la cañonera brasilera [sic] (roto) [...]. Creo que el 75, no recuerdo el año, debe de ser antes de Germán Serrano, del 8 de diciembre. Ese también con apoyo brasilero [sic], como los Godoi. Tiene que ser con apoyo brasilero [sic] porque, o si no no se explica (111).

Después, pasa a relatarnos que el plan del asesinato era de dominio público. De ese modo, trata de eludir su posible responsabilidad en el asunto, pero sólo consigue que el lector piense que no hizo nada para evitarlo.

En Asunción se sabe todo [...] el capitán Esquivel me contó que sabía lo que andaban tramando los Godoi y el resto [...]. Matías Goiburú y José Dolores Molas tampoco le querían. Pero tampoco me dijeron nada y eso que siempre habíamos conspirado juntos [...]. Pero después hablaron con Juan Silvano Godoi [...]. Por eso fue que aquel 5 de abril, Juan Silvano Godoi se fue en Corrientes para conspirar [...] con Ferreira, Sosa [...]. Y, mientras tanto, Rivarola, desde Barrero Grande, se preparaba para juntar a su gente y hacer el golpe juntos, o sea, cuando Molas, Goiburú, Franco (cuñado de Molas), Regúnega (hijo de Germán Serrano), Galeano y el resto se les junten después de dar el golpe en la Asunción [...]. Todas esas cosas se sabían [...] y la misma Concepción le dijo al Presidente que se cuide (111-112).

Además, Gill, advertido del peligro que corre, ha mandado a Bareiro que investigue, y éste ha preferido quedarse charlando con quienes ha compartido apuestas en la riña de gallos. Entendemos que Gill se ha tranquilizado sólo parcialmente con la respuesta de Bareiro, y que sospecha de Godoi. Caballero relata que el presidente sale a la calle con sus edecanes, Esquivel y Bentos:

Al llegar a la calle Independencia y Palmas [...] le dice Bentos [...] que mejor seguir caminando de este lado, porque del otro lado queda el escritorio de los Godoi [...] (Gill sabía que los Godoi se pulseaban con revólver en el patio de su casa para *matar a los tiranos*); en vez de matarle se fue para hacer una revolución que no podía hacer (112).

Cualquier lector atento recordará que, al principio de la novela, Caballero ha aludido a que Godoi entrenaba su puntería en el patio de su casa. Su narración de los hechos apoya todavía más la teoría de que Caballero fue cómplice por omisión del asesinato de Gill: “una vez le pillé en su casa [...] escribiendo a tiros de revolver por el muro de atrás: JSG, JSG. Así se preparaba (roto)” (19). Aunque tal anécdota pueda parecer ficticia, tiene su base real. Ésta es la descripción de Godoi que Guido Rodríguez Alcalá nos proporcionaba en un correo electrónico de octubre de 2000:

Tenía mucho dinero, era medio aventurero y medio mecenas. Conoció a Victor Hugo. Escribía sus iniciales a tiros de revolver en las paredes. Publicó ensayos históricos. Era abuelo de Rodrigo Díaz

Pérez, compañero de generación de Carlos Villagra y Rubén Bareiro. Él firmaba a veces Juan Silvano y, a veces, Juansilvano.

El caso es que, aunque Juan Silvano fuera el motor del magnicidio, quien lo acometió fue su hermano. El relato de los hechos que ahora hace Caballero coincide plenamente con el que aparecía en el tratado primero, como puede verse en este cuadro:

<p>Llegó el momento y Nicanor le dijo: <i>Sos demasiado intelectual para esto, hermano, dejame a mí.</i> Nicanor [...] se aseguró cortando el caño de su escopeta [...] con munición especial para tirarle a quemarropa (faltan varias líneas) (19).</p>	<p>Cuando se dieron cuenta se toparon con Nicolás Godoi que se había pasado varios días recortando la reja de su casa con unas tenazas de hierro y unas pinzas para preparar munición especial para su escopeta calibre doce. Juan Silvano tenía más puntería pero Nicanor le dijo a su hermano <i>déjame a mí</i> [...] y cuando llegó el doctor Steward para atender al Presidente Gill, ya era ex-Presidente (113).</p>
--	--

Sin embargo, por el procedimiento de las suposiciones, los deslizamientos y las omisiones, intuimos que Caballero no está tan al margen del asesinato como trata de hacernos creer. Según el relato del personaje, momentos antes de morir, Gill mencionó su nombre (“capitán Esquivel -le decía Gill- usted debe saber que yo sé que el general Bernardino Caballero...”, 112), pero nunca llegó a conocer lo que iba a decir:

Yo le insistí mucho a Bentos y también a Esquivel pero ninguno de los dos recordaba bien; no me sabían decir si olvidaron o si no tuvo tiempo de decirles todo [...] conste que si se atrasaba un poco, a lo mejor le daba tiempo a Gill para terminar lo que les iba diciendo a sus edecanes sobre mí, pero Nicanor Godoi siempre fue un apurado, así que tiró no más y me quedé con las ganas (112-113).

Él “se queda con las ganas”; nosotros, con una sospecha que también tiene el autor, quien, en un correo de noviembre de 2000 confirmaba: “es muy posible que Caballero supiera del atentado contra Gill, pero se lo guardó, porque tenía sus rivalidades con el presidente”. El propio personaje afirmará más tarde: “los Godoi nos hicieron un favor a todos” (126). Además, en esta novela que mezcla la realidad y la ficción en un personaje que constantemente corrige lo que ha dicho, esta sospecha pronto quedará confirmada. Pero no es el único asesinato de la noche, Matías Goiburú, durante su huida, mata también al hermano del presidente, y hace gala de una brutalidad que Caballero relata así: “al general Emilio Gill, cuando lo encontró en la calle Manorá [...] lo mató y después le cortó la oreja, y por eso después le nació un nietito sin oreja, como es lógico, porque a mi sobrino Facundo Insfrán¹ le pasó lo mismo con su hijo Facundito, que le nació sin dedos” (114). Caballero, por tanto, ve muy “lógico” que las mutilaciones se hereden. Esta muestra de su forma de razonar, tan vinculada a las supersticiones que lo caracterizan, se basa en un hecho real, cuanto menos curioso, que mencionan Juan Bautista Rivarola Matto en *Diagonal de Sangre* (“en generaciones sucesivas, algunos vástagos de la familia Gill nacerán desorejados”, 332), y Helio Vera en “Manorá: 12 abril de 1877”. Vera cambia el parentesco entre Emilio Gill y el niño que nace sin oreja, para convertirlo en su hijo en lugar de en su nieto. Además,

¹Como ha informado Amarilla en una nota de la página 32, “el comandante [Julián] Insfrán [...] estaba casado con la hermana del Centauro y fue padre del brillante médico don Facundo Insfrán, asesinado en el Congreso”. En la misma nota, Amarilla explicaba: “Coronado asesinó a sangre fría al comandante Julián Insfrán en la fundición del hierro de Ybucú en 1869”.

manipulando el tiempo, hace coincidir el parto de Concepción Valdovinos y el asesinato de su marido. En el relato, es Goiburú quien le sugiere a Regúnega que le corte la oreja “en pago de lo que le hizo a su padre”. Poco después, nace el hijo de Emiliano Gill, y su madre, al examinarlo, descubre “aterrada [...] en el costado izquierdo de la cabeza, como si hubiese sido segada limpiamente por una mano invisible, falta una oreja”.

Antes de narrar el asesinato de Goiburú, Caballero da cuenta de las consecuencias que el de Gill tuvo para los conspiradores. En el tratado primero, ya nos ha dicho que Juan Silvano Godoi se marchó a Buenos Aires: “no le hicieron nada a Juan Silvano, aprovechó en Buenos Aires [...] le dio para comprarse un museo, 20.000 libros, volvió de lo más campante en Asunción y ahora es director de la Biblioteca Nacional como si nada” (19). Ahora, añade que los demás, los que participan directamente en el magnicidio, corren peor suerte: “a polecía [sic] les ataja [...] y Molas liga un tajo en la cabeza [...] al final tuvo que entregarse el día 18 de abril, todo malherido. Y Galeano cayó preso cuando esperaba un bote para cruzar a la Argentina [...] a Matías Goiburú [...] lo mataron [...] en San José” (114).

Además, no podemos olvidar que Bareiro accede a la presidencia en medio de las sospechas de su participación en los asesinatos de Gill y Machaín. Pero todavía hay un obstáculo para que la permanencia en el poder del grupo de Caballero quede garantizada. Se trata de “Cirilo Rivarola, que también quería ser presidente” (124). De él ya sabíamos que era difícil de capturar porque, en el tratado quinto, Caballero ha dicho:

Ellos eran así, los Rivarola; toda la zona les respondía 100%, por eso cada vez que le fallaba el tiro Cirilo se escondía en su valle y desde allí mandaba las partidas¹ [...]. El gobierno después llegaba tarde; hasta el mismo Saguier hizo una batida grande pero nada, y también mi compadre don Patricio y el general Ignacio Genes. Perfectamente inútil. Cuando se acercaba la batida, Rivarola se escondía y era inútil luego preguntarles dónde. Ni aunque les amenacen ni les azoten. Por allí no mandaba luego el gobierno sino los Rivarola (111).

Por eso, cuando el narrador menciona que, según Bareiro, “nos falta Cirilo Rivarola” (124), no podemos sino interpretar “nos falta acabar con él”. Enseguida esta sospecha se ve confirmada: según *Caballero rey*, cuando Rivarola acude a Asunción, respondiendo a la llamada del gobierno, el presidente exclama “*ereime ñane pope, nde cambá añá* (por fin te tenemos, negro desgraciado)” (125). Según Juan Bautista Rivarola Matto (*Diagonal de Sangre*, 332), es Caballero quien murmura “*¡reimé poráma nde cambá añá! ¡Ya estás arreglado, negro desgraciado!*”. En cualquier caso, poco importa quién de los dos pronunciara tal frase: las murmuraciones apuntaban a ambos como culpables de un asesinato que Caballero parece tratar de legitimar aportando datos negativos sobre Rivarola: “le ponía nervioso a todo el mundo: era muy argel [...] le hacía falta viajar para su cultura general² (tenía el problema de los que nunca salen del país, como le dijo *La Voz del Pueblo* en diciembre del 71, cuando renunció a su Presidencia Constitucional)” (125). A partir de ese momento, Caballero va narrando los hechos como él suele hacer, dejándonos que leamos entre líneas. Su relato, bastante similar a la versión más difundida, difiere de ésta al mostrar

¹Juan Bautista Rivarola Matto también recoge este hecho en *Diagonal de Sangre*: “Don Cirilo subleva las Cordilleras, donde su prestigio es inmenso [...] se mantiene dos años en las Cordilleras. Desde allí se las arregla para enviar a *La Tribuna* de Buenos Aires artículos en contra del gobierno” (332).

²No es lo que dice de él Rivarola Matto en *Diagonal de Sangre*: “era cualquier cosa menos un palurdo. Sabía latín y francés, era versado en historia y capaz de recitar de memoria las leyes de las Partidas” (332).

que fue Caballero quien se entrevistó con Rivarola:

Esas cosas yo se las voy contando como son, porque la historia dice que el 31 de diciembre, Cirilo le hizo la visita protocolar al Presidente [...] pero don Cirilo me pasó el clavo porque [...] quería estar con Regalada [...] bueno, eso tampoco se puede poner aquí, causa mala impresión de la Historia; póngame no más como dicen todos (127).

Sin el dato ficticio de que el presidente pasó la noche con la amante que Guido Rodríguez Alcalá le ha inventado, también Juan Bautista Rivarola Matto (*Diagonal de Sangre*, 332) alude a la entrevista entre Caballero y Rivarola: “la noche del 31 de diciembre de 1878 visita al ministro del Interior, general Bernardino Caballero”. Sea como dice la historia o como relatan las novelas, Rivarola acudió a Asunción, y el gobierno le prometió un pasaporte a cambio de desaparecer de la escena política.

En diciembre del 78, [...] vino [...] para hacer las paces con el gobierno, que le había dado garantías de que si venía en Asunción, [...] le íbamos a dar pasaporte tranquilamente para que se vaye en [sic] Buenos Aires [...] yo le dije que espere, que pase un poco el Año Nuevo (éramos [sic] 31 de diciembre) y que después venga a verme [...] pero que por favor [...] que ande con cuidado (124-126).

Sabiendo que Caballero ha garantizado la seguridad de Machaín si no intentaba huir, y que ha relatado que su muerte se debió a que no le hizo caso, esta advertencia a Rivarola nos hace pensar que, en cualquier momento, pueden acabar con su vida. Lo mismo parece sospechar Rivarola quien, tras hablar con Caballero,

Se fue en casa [sic] del representante brasilero [sic], [...] para pedirle garantías; Totta le dijo que por supuesto, que no se preocupe, que ya nos había dicho que teníamos que dejarle en paz. Después, como ya se sentía más tranquilo, se fue a visitarle por el Año Nuevo a don Cándido Bareiro [...] que le había dicho que quería hablar un rato con él [...]. Cuando Rivarola se despidió, don Cándido subió al balcón [...] llegó la polecía [sic] para contarle la desgracia [...] un rato después le agarraron a López *yacaré* con el puñal en la mano y (roto). Lástima no más que llegó tarde en la dirección de la Polecía [sic] [...] los comerciantes [...] tenían miedo. Nadie quiso ayudarlo (127).

El miedo de los comerciantes bien podría estar vinculado a su conocimiento de quién está tras el asesinato. Como ha sucedido en el caso de Gill, el grupo de Caballero ve en la justicia un enemigo. Si entonces era Machaín el abogado de los inculpados, ahora es Silvestre Aveiro el juez, y tanto el cuñado de Caballero (jefe de la escolta del Presidente) como Ignacio Genes (jefe de la policía) resultan acusados:

El tipo quiere condenar a Juan Alberto Meza [...]. Aveiro le pregunta si dónde estaba en la noche del 31 de diciembre; Juan Alberto no podía explicarle que se fue en [sic] casa de la Regalada para llevarle una botella de sidra [...] y entonces le dijo que en su puesto [...]. Y allí fue que Aveiro [...] le dice que entonces es culpable [...] le daba tiempo a intervenir [...] si no hizo nada es porque también estaba metido si no es que, como dice la gente, el mismo Juan Alberto no fue el autor material, para cumplir la orden de Bareiro: *Vaya a ponerle a Rivarola un pañuelo rojo al cuello* (128-129).

Caballero desliza así una acusación contra Bareiro, al que ya intuíamos instigador del caso desde que lo hemos oído exclamar el “ya te tenemos”. De ese modo, poco a poco,

Caballero está logrando dos impresiones contradictorias: como pretende el autor, el lector sospecha del equipo de gobierno; como desea el personaje, parece que el auténtico instigador no es él sino el presidente. Es la consecuencia de que la novela esté relatada por el propio Caballero, y de que éste no sea sino un pícaro que (aunque con cierta torpeza) usa sus artimañas. En una novela histórica tradicional, el narrador puede afirmar abiertamente: “acumulábanse pruebas con peligro de alcanzar al ministro del interior y al propio presidente de la república” (Juan Bautista Rivarola Matto, *Diagonal de Sangre* 333). En esta nueva novela histórica, las conclusiones ha de sacarlas el propio lector, al que se le dice que de nada han servido las garantías de Totta, y que el representante brasileño amenaza con retirar los créditos si no se investiga el asesinato.

Caballero no puede permitir que su cuñado sea declarado culpable: “Juana Isabel también se enojó conmigo, me dijo que yo no hacía nada para protegerle a su marido [...] así que finalmente tuve que ir a hablar con [...] Aveiro” (129). Tras la conversación, Aveiro “terminó renunciando, y el otro juez era más comprensivo; en seguida lo puso en libertad a Juan Alberto, y el fiscal no apeló la sentencia” (129). La manipulación es evidente, incluso antes de que Caballero se haga eco de las declaraciones del fiscal: “salió a decir que no apeló [...] porque yo lo había amenazado de muerte, como al juez Aveiro” (129). Pero la presión brasileña no permite que el crimen quede impune, y el grupo de Caballero decide utilizar a Genes como cabeza de turco. Tener un culpable es la moneda de cambio imprescindible para conseguir de Brasil el dinero necesario para dar en Asunción fiestas de sociedad que recordaran al tiempo de los López. Esta irresponsabilidad y esta falta de escrúpulos resultan más llamativas cuando Caballero reconoce que Genes ha sido un hombre leal, y que lo sabe inocente:

Don Ignacio Genes, que se ofendió bastante cuando lo apresamos, aunque tratamos de explicarle que no fue por gusto, sino que el brasilero [sic] Totta nos exigió la investigación [...] el pobre Genes seguía preso. Pero nosotros no podíamos hacer nada. [...] Genes, que había sido un excelente colaborador, sabía demasiado bien que era inocente, pero tuvo que meterlo preso porque o sino Brasil no prestaba \$ 300.000 (129-130).

La deslealtad de Bareiro se hace patente: como se ha narrado en la novela, Genes es uno de los pocos paraguayos que sobrevivieron a la batalla de Riachuelo (73); ha formado parte, desde el principio, del Partido Nacional (73); ha participado en la revolución de 1874 (73-77); y ha luchado contra los alzamientos de Rivarola (111). Sin embargo, su destino parece que va a ser paralelo al de su amigo Molas. Así lo intuimos cuando vemos a Caballero llevarle una torta cocinada por la mujer de Bareiro, y negarse a probarla. Conociendo al personaje, poco nos convencen sus explicaciones:

Le dolía a don Cándido hacerle eso a un buen amigo, por eso fue que un día me llamó a su casa para que le lleve a don Ignacio una torta que había preparado doña Anastasia [...]. Me invitó [sic] un pedazo de su torta [...] no acepté, pero que me quedó la satisfacción moral de haberle llevado un poco de optimismo a un héroe de la Guerra [...] fue la última satisfacción porque también fue la última vez que lo vi [...] enfermó de tristeza y falleció enseguida; nosotros por las dudas le pedimos su opinión autorizada al médico forense [...] pero no pudo encontrar nada y por eso le digo que habrá sido la melancolía, porque es imposible que una señora tan decente como doña Anastasia Estacato de Bareiro, Primera Dama, le haya regalado torta con vidrio en polvo adentro, como quisieron decir (130-131).

De ese modo, como nos había adelantado, “el proceso por la muerte de Rivarola nunca se aclaró [...] pero la gente culpó a don Cándido, y eso le dejó muy mal” (130). Y no sólo su cuñado no es condenado sino que, como sabremos poco después, “le ascendieron: le nombraron comandante militar del Chaco, para contentarlo un poco después de todas las acusaciones que le hicieron” (132).

Tampoco el acceso al poder de Caballero está exento de manipulaciones: tras la muerte de Bareiro, según la ley, debería haber ocupado la presidencia el vicepresidente. Pero el personaje ya nos había anticipado que Bareiro no se fiaba de Saguier:

Adolfo Saguier seguía molestando [...] se ponía de acuerdo para hacernos la contra con el Jefe político de Ajos, coronel Florentín Oviedo, el mayor Eduardo Vera, de Ita, el coronel Silvestre Carmona de San Pedro. Esos, con Antonio Taboada, con Cirilo Solalinde, Francisco Soteras, Antonio Zayas, comenzaron a decir que no a cada cosa que don Cándido decía y por eso fue que don Cándido me pidió por favor que no le haga Presidente a Saguier (roto) (141).

Ahora, todos parecen coincidir con esta estimación de Bareiro; y, a las culpas presentes de Saguier, Caballero añade las pasadas:

El coronel Pedro Duarte, Ministro de la Guerra, me dijo que sea yo, y *paí* Maíz también; él me contó que don Cándido, varias veces, le había dicho luego que el Presidente tenía que ser yo [...] cuestión patriótica, porque Adolfo Saguier, allá cuando los peleamos con los aliados en Acosta Nú, era el baqueano que les mostraba el camino (142).

Evidentemente, el único modo de guardar las formas (“porque nosotros nunca violamos la Constitución”, 142) es conseguir la renuncia de Saguier, para lo que utilizan el mismo método que Caballero usó cuando iban a juzgar a su cuñado:

Pedro Duarte [...] le hizo llamar a don Adolfo Saguier, le dijo que si no firmaba el papelito ese, *no respondía por su vida*. Por supuesto, don Pedro Duarte era incapaz de matarle (mentira no más fue que fusiló a muchos argentinos y brasileros [sic] prisioneros, por lo que los enemigos querían fusilarle). Pero le corrió con la vaina al Saguier [...] y el tipo firmó su renuncia a la Presidencia (142).

Con el camino libre hacia la presidencia, Caballero se pone en contacto con Escobar para “evitar que los civiles se entremetan” (143). Hace público su manifiesto al pueblo, en el que apela a “la salvación de la patria y de las instituciones” (143) como motivo para ponerse “al frente de las fuerzas nacionales, hasta tanto se reúna el Congreso” (142); y garantiza “el orden [...] las vidas y los intereses de todos los habitantes de la República” (142-143), así como el cumplimiento de “la Constitución y las Leyes” (143). El Congreso se reúne ese mismo cuatro de septiembre, y lo nombra Presidente Provisional, hasta las elecciones de 1884. Pero después sabremos que “Taboada [...] dijo [...] que me había apoyado en el 80 porque o sino peor” (156). A pesar de todo, Caballero resume su mandato, y los años siguientes, de esta forma:

Se acabó la revolución [...] hice un lindo Gobierno Provisorio del 82 al 84 y después Gobierno Constitucional, del 82 al 86; después, el Pueblo me pidió que siga no más de Presidente [...] pero los liberales intrigaron a don Patricio Escobar; le convencieron de que él no más tenía que ser el Presidente, y así fue que mi compadre descuidó sus negocios [...] y se metió en la Presidencia, donde estuvo del 86 al 90... No le salió tan mal, pero porque yo le ayudaba, pero le dio demasiada

confianza a la oposición, que le fundó el Partido Liberal en el 87, y que también le rechazó su tratado de límites con Bolivia [...] si me hacía caso [...] no nos iban a echar los liberales con su revolución de 1904, que sirvió para que lleguen al Gobierno todos los enemigos de la Patria, como el Benigno Ferreira [...] si él me dejaba repetir la Presidencia para el 86/90, yo nunca iba a permitir que los liberales nos ganen [...] después del 86, yo siempre dirigía la política, pero sin ser Presidente es más difícil [...] porque los otros hacen lo que quieren (143-144).

Como hemos ido viendo, el personaje de la novela consigue mostrar la política paraguaya como un mundo en el que todo vale. Las traiciones, las delaciones, las revoluciones ocupan páginas de la novela, generando una sensación de caos. Ninguno de los personajes se salva de aparecer como un pícaro, entre los que destaca el propio protagonista, que no duda en cambiar de opinión cuando ello le conviene, y en ir eligiendo sus amos según las circunstancias.

5.4. La política al servicio de los políticos

En la desmitificación que *Caballero rey* emprende, nada ni nadie queda a salvo. Toda la política paraguaya del último cuarto del siglo XIX aparece como una estrategia que benefició a los que estaban en el poder. Así, la misión de los aliados no estuvo guiada por el intento de poner orden en un país que acababa de salir de una guerra atroz, sino por asegurarse una hegemonía que les fuera propicia; los políticos paraguayos vieron en sus funciones un medio para el enriquecimiento; el Partido Colorado no fue una asociación heredera del heroísmo paraguayo, sino un grupo de hombres que se unió porque le convenía; y la pervivencia de López no constituyó una vinculación con “el ser nacional”, sino un lastre que llega hasta nuestros días. Por tanto, como vamos a ver, la novela quiere demostrar que la política siempre estuvo al servicio de los políticos.

La servidumbre de Caballero a los brasileños, que es útil para que la novela critique al personaje desde un punto de vista histórico (por “venderse” a sus antiguos enemigos), tiene también una lectura política, ya que el Brasil de la posguerra actuaba como los Estados Unidos durante el stronismo y la transición democrática: llevándose militares a su territorio para aleccionarlos, e interviniendo en los proyectos locales. Incluso Caballero llega a asociar ambos países: “Gill les prometió que, si le ponían de Presidente, él iba a colaborarles para el protectorado (pero protectorado de Brasil, no de los Estados Unidos como se pidió después, en el año cuatro)”, 86). Como señaló el propio autor en un correo electrónico de noviembre de 2000, los aliados marcaron el curso de la política paraguaya:

La ocupación duró hasta 1879. Sin embargo, hasta 1890, los brasileños mantuvieron embarcaciones de guerra en el río Paraguay [...]. El golpe de 1894 lo financiaron los brasileños (está comprobado), aunque perdieron plata porque Caballero, Escobar y Egusquiza habían decidido darlo, para que Decoud no fuera presidente. Esa presencia de los argentinos y brasileños, y la manera en que manejaban a sus partidarios en el Paraguay, explica lo que, en caso contrario, carecería de explicación: la confusión política del momento. Una orden llegada de Río o de Buenos Aires podía dejar sin validez cualquier proyecto local. Caballero debió esperar su turno, y llegó al poder en 1880, después de la muerte de Gill (1877), hombre del Brasil, y de Bareiro (1880), hombre de Argentina.

La intervención de Brasil es el producto de un proyecto que empieza cuando Caballero y sus compañeros van exiliados a ese país: “el Juca [...] me contó después que siempre luego había maliciado que yo iba a llegar lejos, incluso Presidente, porque a los

demás prisioneros los trataban peor” (148). De hecho, al principio de la novela, vemos cómo el barón de Rio Branco trata de obtener información sobre las auténticas convicciones políticas de los exiliados:

Yo le dije que no soy político, pero como militar he de respetar la constitución y se quedó contento. Claro que para mis adentros recordaba lo que nos decía el Mariscal [...] la Constitución estaba muy bien, era lo más moderno, pero nuestro pueblo no estaba preparado. ¿Cómo iba a estar si los demás países, más adelantados, tampoco estaban?. El Uruguay que era tan culto, la Argentina; lo único que hacían era pelearse, matarse unos a otros... por lo menos ese tipo de desgracias no conocíamos en el Paraguay (16).

La lucha por el poder entre los aliados, durante la ocupación de Asunción, es sólo el comienzo de una serie de estrategias para controlar a los políticos paraguayos. Así, ante una pregunta del cronista (“¿Qué hacían esos bribones en la Asunción?”, 16), que nos recuerda a la que en la novela anterior provocaba las sospechas contra Benigno (“¿Qué estarán haciendo aquellos en Asunción?”, *Caballero* 109), el protagonista narra cómo se formó el Gobierno Provisional en 1869. Su relato muestra las tensiones entre los aliados, y reinterpreta la realidad de modo que el lector, ante la ambigüedad y la confusión de sus palabras, se vea abocado a creerle:

Los legionarios [...] comenzaron a insistirles a los aliados ya desde el comienzo del año 1869 que querían gobierno propio [...] gobierno militar y nada más, decía el brasileiro: pero entonces salen los argentinos [...]. Los uruguayos también los apoyan, sobre todo porque ya estaban con ganas de irse [...]. Los brasileiros no tenían por qué hacerles caso [...]. Pero estaba también la diplomacia [...]. Entonces Rio Branco les llamó a los paraguayos: Machaín, Decoud, Ferreira, Godoi. Les dice muy bien, que se preparen para hacer su gobierno [...]. Pero que haya lista única (22-23).

Más tarde, cuando su situación ya no dependa tanto de Rio Branco, el personaje nos ofrecerá más datos al respecto:

Cuando terminó la guerra, y los brasileros [sic] querían dividirnos sobre la marcha, el delegado argentino les dijo [...] *La fuerza no da derechos*¹. O sea, en vez de repartirnos, vamos a dejarles que hagan su Gobierno Provisorio democráticamente, y después arreglamos la cuestión de los límites. Rio Branco se enojó, pero eran argentinos y uruguayos, dos a uno, y entonces tuvo que cederles [...] pero le puso a Rivarola de Presidente (97).

Al comienzo de la posguerra, Brasil impone la fórmula del Triunvirato, y consigue colocar en el poder a hombres de su confianza:

No querían un solo presidente sino tres [...] el Triunvirato, si lo hacían como pensaban luego hacer tenía que quedar así: Juan F. Decoud, José Díaz de Bedoya, Carlos Loizaga. Si hacían así, Rivarola no podía presentarse, porque don Juan F. era su jefe [...] mandan cuatro nombres para que los aliados quiten uno... Desde luego, quitan a Decoud [...]. Entonces Cirilo [Rivarola] queda presidente... bueno, no presidente, pero sí, por lo menos, Ministro del Interior, que venía a ser igual [...]. José Díaz de Bedoya [...] les mandó la renuncia a los dos que quedaban del Triunvirato aquel (23-24).

¹Se trata de una simplificación de la frase de Mariano Varela (canciller argentino del gobierno de Domingo Faustino Sarmiento) quien, ante la presión brasileña para que el gobierno provisional aceptara los términos del tratado de la Triple Alianza, dijo: “la victoria no da el derecho a las Naciones Aliadas”.

También el gobierno de Jovellanos está, en realidad, en manos de los aliados, que evitan que el grupo disidente dé un golpe de estado: “Mitre [...] me dijo que si atacábamos la capital, teníamos que vernos con el ejército aliado” (66); “don Cándido Bareiro [...] les dijo que [...] no pensábamos atacar si no nos daban permiso” (67). Cuando los argentinos dejan de apoyar a Ferreira (“el Mitre [sic] le escribió a su gobierno (el Juca me mostró): DERRIBAR AL MINISTRO FERREIRA”, 67), las consecuencias no tardarán en producirse:

Le quitaron el Ministerio del Interior [...] porque se enteraron que el artículo de *La Nación Paraguaya* era de Ferreira: los aliados tenían que irse, decía aquel artículo. También porque les estropeaba sus negociaciones: los brasileros ya transaron con Mitre que podría quedarse con el Chaco desde Río Pilcomayo para abajo [...], pero Ferreira les dijo desde el Río Bermejo para abajo; al norte nada (72).

En octubre de 1873, mientras Bareiro escribe al representante brasileño para explicarle “estamos, pues, en campaña contra el Gobierno de nuestro país. No perjudicaremos en lo más mínimo a los Aliados” (72), Gill se dirige a Rio Branco para contarle que va a dirigir la revolución.

Y la negociación del tratado de límites no es tanto un acuerdo entre Paraguay y cada uno de los aliados cuanto una lucha entre Brasil y Argentina, en la que cada uno trata de evitar el crecimiento excesivo del otro. Desde la perspectiva revisionista, Caballero recuerda: “por el Tratado de la Triple Alianza, Argentina y Brasil se pusieron de acuerdo para carnearnos el país” (96). Pero los aliados rompen el pacto que no permitía “firmar tratados por separado” (96). Así, “Brasil se contenta con el Matto Grosso [...] que el Mariscal había vendido a la Madama [...]. Y allí fue que los brasileros [sic] luego comenzaron a echarle el ojo a Juan B. Gill” (96). En principio, el personaje narra esto:

¿No le conté el tratado? Con ese les cedimos todo ese terreno entre el Río Apa y Río Blanco [...]. Todo por culpa del Congreso vendido que aprobó el Loizaga-Cotegipe allá por el empiezo del 1872 [...] no valía la pena pelear como peleamos para terminar transando así... Pero tampoco es cierto que pensábamos repudiar [...]. Habladurías de Gill (57-59).

Sin mencionarlo, Caballero se está refiriendo al papel que Gill jugó como presidente del Senado: “con las libras esterlinas les convenció a los otros de que firmen” (96). De este modo, según el personaje, los intereses de los aliados se ven posibilitados por la ambición económica de los dirigentes paraguayos. Además, Brasil siempre está presente en las revoluciones del país: las ordena, las evita o las financia, dependiendo de si le convienen o son contrarias a sus intereses. Por ejemplo, la revolución de febrero de 1874 estuvo apoyada por los brasileños, como reconoce el propio Caballero en varias ocasiones:

¡Y pensar que nos quejamos de Ministro Gondim! [...] uno nunca valora lo que tiene... Nos daba una puteada de tanto en tanto pero siempre se ponía por los amigos... ¿Se acuerda febrero del 74? Ahí daba gusto. Te daba pues confianza la colaboración brasilera [sic], así podíamos gobernar (150).

Además, páginas más tarde sabremos que fue Brasil quien les proporcionó las armas (“cuando hicimos la revolución de febrero del 74, que nos daban las armas pero después de echarle a Jovellanos le devolvíamos a Brasil”, 82); y que todo fue una estrategia de los brasileños para darle un cargo a Gill:

Juca [...] me contó que la revolución de febrero había estado toda cocinada: le dijeron a Cabrizas que vaya a enfrentarnos en Campo Grande para ganar tiempo no más. O sea para darle tiempo a Gill para que vuelva de Rio de Janeiro. También estaba cocinado desde entonces que Gill tenía que ser el Presidente Constitucional después de Jovellanos; los brasileros [sic] decidieron porque Gill, cuando estuvo en Rio, les había prometido más que don Cândido Bareiro (86).

Los revolucionarios firman con Brasil la distribución de los ministerios. Y ese pacto de amigos del que nos habla Caballero vuelve a poner a Gill en Hacienda, para que siga emitiendo moneda falsa. A pesar de conocer los hechos, Caballero no hace nada. Sabe que los que realmente gobiernan el país son los brasileños, y que éstos protegen a Gill (“si yo le mataba a Gill [...] allí se enojaba en serio”, 78) como han protegido a Jovellanos (“Jovellanos [...] mandaba porque el brasileño quería”, 82). Pero, como la mayor parte de los políticos paraguayos de la época, Gill tiene como principal objetivo alcanzar el poder. Por eso, trata de sacarle partido a la enemistad de brasileños y argentinos (“Gill prometía a Dios y a Diablo”, 59), hasta que los primeros sospechan “que Juan B. Gill les hacía doble juego” (98).

Durante su presidencia, Gill hace una política que perjudica a sus mentores: “en seguida pone sus Estancos, o sea el Monopolio del Estado¹ sobre la sal y el jabón también... Bueno, eso nicó no nos perjudicaba tanto; sal y jabón metían más bien los brasileros [sic] de contrabando” (91). Entonces, los comerciantes brasileños, que se han enriquecido con la situación, no tardan en protestar. De ese modo, igual que la guerra en *Caballero* se prolongaba por los intereses económicos de los aliados, la ocupación se decide sobre la base de sus costos (“el Congreso andaba apurando el asunto; decía que ya era hora de terminar con la ocupación del Paraguay, que les salía demasiado cara”, 93) o de sus beneficios (“los propios comerciantes brasileros [sic] [...] estaban con ganas de quejarse a Rio de Janeiro por el Presidente que Gondim había elegido. ¡Con lo que pagamos, podemos elegir algo mejor!”, 93), y no tiene en cuenta los motivos altruistas que podrían asistirle. Así, gracias a las ansias de poder de algunos paraguayos, la guerra y la posguerra quedan convertidas en acciones manipuladoras y oscuras de los aliados, que sirven para el enriquecimiento de unos pocos, y para la ruina de todo un país.

Luis Patri² [...] tenía que venderle bueyes al gobierno; el gobierno tenía que comprarle para repartirles a los campesinos, pero los que compró de Patri no fueron bueyes sino novillos, y encima a un precio demasiado grande [...], y se molestó demasiado grande cuando Gill confiscó la Asociación de Comercio, una especie de banco comercial que andaba funcionado muy bien [...] no más para que el propio Presidente mande ese dinero a Buenos Aires o a París (93)

Cuando Paraguay comienza las negociaciones de los tratados de límites, surgen los problemas entre las potencias aliadas. El firmado con los brasileños en 1872 no es del agrado

¹Tales leyes figuran en el Registro Oficial (compilación anual de leyes y decretos, que comenzó a publicarse a partir de 1869), que el autor declara haber consultado. Además de decretar los monopolios del estado, como señala Caballero, Gill gravó con impuestos las actividades comerciales, e intervino la Asociación de Comerciantes Brasileños.

²De él, además, nos dice: “ese Patri, con Travassos, pusieron esa firma Travassos, Patri y Compañía, que compró el ferrocarril del estado por \$ 1.000.000, que no pagaba ni los durmientes de la vía, pero ni siquiera pagaron \$ 1.000.000 sino \$ 100.000 y nada más, y se pusieron a hacer funcionar el ferrocarril cobrando unos pasajes que eran un robo, pero ni siquiera así pudieron hacer funcionar como se debe, así que revendieron el ferrocarril que les había costado \$ 100.000 por \$450.000 a una firma que no pudo pagar todos los \$ 450.000, así que les quitaron de nuevo el tren que les había salido gratis” (93).

de los argentinos:

Los argentinos se enojaron grande. Porque al principio era que los *curepi* se comían todo el Chaco; ese tenía que ser el tratado de la Triple Alianza [...] cuando comenzaron con el límite, Argentina le dice *fuerza no da derecho*; no podemos quitarle así su territorio, hay que negociar [...]. Río Branco [...] le coimea al Congreso para hacer el Lozaiga-Cotepige. *Ahora es nuestro turno*, dice el argentino, *venga el Chaco. Fuerza no da derecho*, dice el brasilero [sic], hay que negociar [...] el brasilero [sic] no quería que la Argentina llegue a Bahía Negra (65).

Por su parte, el tratado Sosa-Tejedor, entre Argentina y Paraguay, queda anulado por la presión brasileña:

Le reglaba todo a la Argentina y eso no quería Brasil, y no porque sean buenos, sino tampoco querían que la Argentina se coma todo el Chaco, que llegue hasta Bahía Negra, hasta Matto Grosso, porque entonces les hacía la competencia [...]. Ese era el acuerdo con Juan B. Gill, que podía regalarles a los argentinos el Chaco entre el Bermejo y el Pilcomayo, incluso las Misiones, pero más arriba ya no [...] los brasileros [sic] se volvieron muy patrióticos [...] si le da el Río Verde a la Argentina, los argentinos van a seguir empujando la frontera [...]. Sosa se reunió con don Tejedor [...]. Y entre los dos hicieron el tratado Sosa-Tejedor: ¡Argentina se quedaba con todo el Chaco! [...] cuando el brasilero [sic] le pidió explicaciones, Gill dijo que no sabía nada [...] y Machaín desautorizó el tratado (96-98).

Después, el ministro brasileño le recordará a Gill que les ayudó “para que no nos quiten el Chaco” (101); y la posición del presidente queda en entredicho a raíz del tratado con Argentina (“no le perdonaron así no más el Sosa-Tejedor”, 101).

Las tropas brasileñas salieron de Paraguay en junio de 1876. Por tanto, Gill consiguió su propósito: “no quería que [...] se retiren antes del 25 de noviembre de 1874, asunción presidencial de Gill, incluso tenía que pedirle que se queden un tiempito más [...] hasta ver un poco cómo se comportaba la oposición” (98). Pero Brasil, auténtico motor de la política local, no estaba dispuesto a abandonar ese papel al tiempo de dejar el país: “le dio a entender que ni se haga ilusiones, que la flota estaba lista en Corumbá y que podía volver en cualquier momento, así que nuestro Presidente tuvo que rechazar la resolución del Congreso con un Decreto-Ley” (101). Cuando las manipulaciones de los paraguayos llegan a conocimiento de los brasileños, éstos toman las medidas que consideran oportunas para seguir controlando la situación política del país:

Gill había informado mal a Itamarati sobre Ministro Gondim [...] pero los otros les mostraron el informe [...] y ellos contrainformaron que Juan B. Gill no valía nada; estaba fundiendo el país, pelándose con todo el mundo y encima no cumplía sus compromisos con el Brasil [...] y para colmo quería fundir a los comerciantes brasileros [sic] con impuestos [...]. Río Branco [...] le preguntó a Gondim (confidencialmente) si que pensaba de don Cándido, y Gondim le dijo que posiblemente se había equivocado con él [...]. Parece que también hablaron de Facundo Machaín y que dijeron que, por el momento, no podía ser Presidente [...] pero que, cuantas más pavadas hacía Gill, más crecía el prestigio de Facundo Machaín y el prestigio del difunto Partido Liberal, que desde el 31 de agosto había quedado disuelto, pero que ahora podía recuperar su fuerza (101).

Sólo en el tratado quinto sabremos que hubo un intento de sublevación, reprimida por las armas, y por la mediación de Brasil:

También eran en parte liberales; le estoy hablando de ese *Club del Pueblo* con el Facundo Machaín,

Jaime Sosa, Godoi, Ferreira [...] de esos que hicieron el 31 de agosto para ponerle de Presidente al Facundo Machaín pero que después se quedaron tranquilos porque les llamaron Vedia y Guimaraes y les dijeron que se dejen de joder. Y allí fue que José Segundo se separó de su compinche Machaín: vamos a luchar cada cual como pueda, individualmente, no en grupo (115).

A partir de ese momento, Brasil empieza a cuestionarse que Gill cumpla su palabra de convertir Paraguay en un protectorado del imperio. Por tanto, se plantea un cambio de Presidente, y comienza a barajar posibles candidatos. El de Machaín resulta atractivo ya que, aunque se hubiera negado “a firmar las indemnizaciones de guerra” (101) con Brasil, ha sido el artífice del nuevo tratado con Argentina, que sustituye al Sosa-Tejedor. Según Caballero, el Machaín-Irigoyen (1876) lo firmó Facundo Machaín “a espaldas de Gill” (102). Por el tratado, Paraguay entregó a Argentina Misiones y el Chaco hasta Pilcomayo, dejando la zona entre este río y el Verde para arbitraje internacional.

Incluso durante el gobierno de Bareiro (1878-1880), vuelve a quedar patente la presencia constante de Brasil en la política paraguaya:

Menos mal que nos ayudaron los brasileros [sic] con las pruebas [...] el único problema era cómo llegar hasta allá, [...] precisábamos cañonera pero no teníamos ni una [...] no era el caso de que rían una vez más de nosotros viéndonos en bote [...]. Menos mal que los brasileros [sic] nos dieron otra vez la mano: nos prestaron su *Gonzalez Vieira* (131-132).

Caballero ha anticipado que los exiliados amenazan con dar un golpe de estado (“siempre listos para hacernos la invasión”, 128). Ahora sabemos: “acusaban al pobre Bareiro de la muerte de Machaín, Molas, Galeano, Rivarola” (134); y que el gobierno supone que reciben ayuda de Argentina para combatir a Bareiro:

La misma Marina de Guerra argentina le dio los cañones. [...] Los Godoi [...] armaron su vapor, *el Galileo*, en pleno puerto de Buenos Aires [...] con Juan Silvano a la cabeza. Él, con Raimundo Machaín (hermano del difunto), Miguel Carísimo, Andrés Decoud, coronel Pedro Fernández [...] llegaron hasta Villa Franca, como a ochenta kilómetros de Asunción [...] mi compadre (tan valiente) trató un tiempo de enfrentarlo pero se retiró prudentemente; el *Galileo* venía bien armado [...] incluso si le parábamos al *Galileo*, Nicanor Godoi nos podía hacer un desastre en Corrientes (134).

Por último, hemos de señalar que si Decoud no llegó nunca a presidente de Paraguay fue por la negativa de los brasileños. Sin embargo, en el último tratado, Caballero se pone al servicio de Decoud. Cuando, en diciembre de 2000, consultamos esta impresión con el autor, él nos respondió:

Como el Lazarillo, Caballero fue siempre un criado. Hasta cuando fue presidente y se sintió amo, fue sirviente de un sistema de compromisos (el partido, los especuladores). Sin embargo, se sentía muy satisfecho consigo mismo [...]. Para mayores referencias, ver “Memorias de un cortesano de 1812” de Galdós, donde se dice que tipos como Fernando VII solo han visto en el Paraguay, “donde el déspota y el bufón se dan en la misma pieza”. Los historiadores dirán por qué.

La servidumbre del personaje hacia Decoud no resulta extraña en el contexto de la novela: él es el único miembro del gabinete de Caballero cuyas ideas no resultan descabelladas, cuyos actos no se basan en la búsqueda de dinero o el revanchismo. Decoud representa la única voz discordante en ese grupo de incultos e irresponsables, dirigido por un hombre cuya ignorancia le impide redactar sus propios documentos. En ocasiones, oímos

a Decoud a través de las palabras de Caballero: “murmuraba con Taboada [1873] que los militares (nosotros), todos unos brutos; *por el momento tenemos que aguantarlos, no queda más remedio, pero después veremos, no podemos seguir con el lopizmo hasta 1900*” (64).

Por ese tipo de acusaciones, Fretes y Britos lo juzga así: “como hombre es pérfido, como amigo desleal; como correligionario es renegado”¹. Sin embargo, como ha señalado el propio Caballero, José Segundo Decoud era un hombre de profundas convicciones democráticas (“cada vez que podía, se soltaba el discurso de la Revolución Francesa [...] hablaba del mercantilismo” 38), que había luchado contra López (“estaba en la Legión paraguaya”, 23) y denunciado la barbarie de los aliados (“salió [de la Legión Paraguaya] cuando se enteró de que querían comerse Paraguay esos aliados. Entonces tiró el uniforme, se fue en Corrientes, escribió unos artículos contra la guerra en un periódico que fundó”, 23-24). Según explicaba el autor, en un correo de octubre de 2000, Decoud fue “colaborador de Caballero y eterno ministro, que quiso ‘cambiar las cosas desde adentro’, desde el gobierno, y no consiguió nada”. Poco a poco, Decoud vio fracasar todos sus esfuerzos por mejorar el país: fundó el primer periódico independiente que existió en Paraguay (*La Regeneración*), y éste fue incendiado (“se desilusionó bastante [...] con el incendio de *La Regeneración*. *Hay que arreglar el gobierno desde adentro*, le dijo a su compadre el Facundo Machaín”, 38-39). Y no consiguió llegar a la presidencia por oposición de Brasil:

Quedó muy amargado cuando le quemaron *La Regeneración*; cuando Rio Branco dijo que, de partido liberal, ni hablar. (Allí se separó de sus compinches Juan Silvano Godoi, Facundo Machaín) (77).

Presidente luego no podía ser porque los brasileros [sic] no querían, y los argentinos tampoco le apoyaban del todo aunque él luego estudió en la Argentina, muy amigo de Sarmiento y todo eso (96).

No obstante, nunca se apartó completamente de la política: además de ser Canciller con Caballero, colaboró con el gobierno de Rivarola (“muy engraido porque le nombraron Ministro de Justicia, Culto e Instrucción pública” 38) y con el de Juan Bautista Gill: “Gill tuvo buenos colaboradores, más de los que se merecía; Decoud, por ejemplo, le hizo su política económica que le llaman, le hizo la reforma administrativa sin cobrarle, y eso que no robaba... No, el tipo no robaba” (96).

Cuando los aliados abandonaron Paraguay, sus copartidarios le prometieron nombrarlo candidato a la presidencia. Como señalaba Guido Rodríguez Alcalá en una entrevista mantenida en Asunción en junio de 1998, existía un pacto:

Primero tenía que ir a la presidencia Caballero, después Escobar y después Decoud. En estos términos Decoud accedió a convertirse en el primer ministro *de facto* de los generales Caballero y Escobar, que no estaban en condiciones de definir una política económica para el país. Sin embargo, el pacto no fue cumplido, ya que después de Escobar le sucedió González [...] en 1884, cuando González quiso apoyar la candidatura de Decoud, aquél fue depuesto por Caballero y su grupo (con el apoyo del representante brasileño). Por tanto, Decoud nunca llegó a la presidencia.

La negativa de Caballero a cumplir su palabra se explica en el tratado séptimo de la novela del siguiente modo:

¹Pastor Fretes y Britos, “Un hombre de estado en el mejor de los mundos”, *Revista del Paraguay*, agosto de 1892, p. 340.

Emaé nde Pancho, reipotáramo ambogueyí Segundo casó ja ayerei hevicuá ayapota ndeve, pero namoiro chupé de Presidente, ñandé yucapata... Así le dije yo a don Pancho Campos, cuando vino a pedirme que le apoye a Decoud. No era luego por mí sino por el Partido: yo no puedo pues permitir que un loco como Juan González le apoye a su conuñado sin consultamos. Y además que era inútil: el que no quería era el brasilero [sic], Cavalcanti. Así se llamaba ese Ministro que le dijo a su Gobierno que Decoud podía cederle el país a la Argentina, no podía ser, y entonces de Rio le mandaron cañonera (167).

La frase en guaraní no es inventada. A pesar de su crudeza, parece que Caballero la pronunció, o al menos eso es lo que recuerda un pariente de Pancho Campos (fundador del Partido Colorado) y de Decoud, que se llama como el primero. El autor nos comentaba en un correo de septiembre de 2000:

Estoy muy agradecido a Pancho Campos, pariente del Pancho Campos de los tiempos de Caballero. Él me contó que Campos habló con Caballero para pedirle que apoyara la candidatura de Decoud a la presidencia, y él le contestó: “Pancho, pídamme cualquier cosa, hasta que le baje los pantalones y le lama el culo, pero eso no me lo pida”.

Era el final de la carrera política del auténtico ideólogo de la posguerra de la Triple Alianza. Su obra, *Cuestiones políticas y económicas* (Asunción, 1877), se convirtió en la base de diversos gobiernos, que tomaron de ella sólo lo que creyeron conveniente: “la teoría de Decoud muy bien; Gill hizo publicar esas *Cuestiones políticas y económicas* [...] pero no funcionaba para nada” (95). Así explicaba esta frase Guido Rodríguez Alcalá en un correo de octubre de 2000:

Quise decir a mi manera lo que dice el historiador Warren: que ese libro fue la biblia de los gobiernos de posguerra. La biblia se cumple o no, desde luego. No la cumplía Gill, que recibió varios proyectos de Decoud pero no los puso en práctica. Decoud fue eterno asesor de los presidentes, creyendo que podía redimirlos. No lo logró, y terminó suicidándose. Dejó una carta donde mandaba al diablo a Caballero & Cía.

Las manipulaciones a las que se someten los paraguayos adquieren sentido si consideramos que formar parte del gobierno era uno de los escasos modos que tenían para enriquecerse durante la posguerra. De hecho, Guido Rodríguez Alcalá retoma las acusaciones que Pedro de la Peña hacía en sus cartas, para poner en boca de Caballero el relato de la venta de los objetos valiosos que quedaban en el país:

José Díaz de Bedoya [...] le voy a decir (entre nosotros) que el gobierno provisorio no tenía un mango, y entonces le mandaron a José, al *Pepe candelero*, para vender los candelabros de plata de la Catedral de Asunción en Buenos Aires [...] pero don Pepe se embolsó los \$ 1.000.000; se quedó en Buenos Aires; dijo que no quería pertenecer más a un gobierno tan poco patriota (24).

De la misma manera, los préstamos que el país consigue para superar los destrozos de la guerra, acaban revirtiendo en las finanzas privadas de los dirigentes.

El empréstito de 1.000.000 de libras era una fortuna para entonces; solucionaba los problemas del país, pero de entrada nos picaron 200.000 los BARNING BROTHERS, porque la emisión se hacía en bonos de suscripción pública, como se dice, bonos por el 80% [...] los BARNING [...] se cobraron 160.000 de comisión por gestionar el crédito. Y el *curepi* Terrero, que fue el intermediario, se comió su buen toco, y cuando llegaron esas libras en el puerto de Asunción, apenas si 400.000

llegaron [...]. Salvador Jovellanos se fue con carretilla con Francisco Soteras y Benigno Ferreira, su Ministro nuevo, y entre todos se robaron lo que quedó del crédito... Sí, Juan B. Gill también ligó¹ [...] el primer crédito negoció Rivarola, pero recién llegó en el 72 [...]. Y ese mismo año pidieron el segundo crédito, que también se comió Jovellanos con su claqué [...] hicieron por 2.000.000 el crédito y otra vez por bonos [...]. Resulta que colocaron solamente L 500.000 [...]. Entonces Jovellanos le manda en Londres a don Gregorio Benítez para que vea un poco lo que estaba pasando [...]. Así que les demanda, los tribunales ingleses le dan la razón a Paraguay [...]. Cuando todo se arregla, Benítez transa [...] apenas si cien mil y pico libras llega en el puerto de Asunción (51-53).

Por otra parte, la finalidad de las revoluciones tampoco queda exenta de sospechas. Caballero vincula la de marzo del 1873 a la falta de empleo y a la llegada del crédito. Por ello, la sensación del lector no es que los revolucionarios traten de evitar el robo de Jovellanos, sino de hacerlo ellos mismos y, de paso, conseguir un puesto en el poder:

Estábamos todos en Corrientes, tristes y sin conchabo, los exiliados políticos que peleamos por la patria [...] sabíamos luego que al Paraguay llegaba el crédito gestionado en el 72, no podíamos permitir que Jovellanos se quede otra vez con él (60).

Esta impresión se confirma cuando, en la Comisaría de Encarnación, lo primero que hacen es mirar la caja (“ese bribón mandó toda la plata con el chasque”, 63); y cuando Caballero desliza el acuerdo al que habían llegado:

Don Cándido tenía que ser presidente [...]. El resto nos repartimos como amigos: Ministerio de Guerra para mí; Interior para compadre. Todo marchaba bien el glorioso Partido Colorado ahora que Juan B. Gill no estaba [...] todos juntos. Todo por la patria (63).

Por frases como estas, no creemos el motivo que Caballero esgrime para esa revolución: “en el Paraguay también nos extrañaban, por eso luego fue que la partida aquella se levantó en armas” (60). Está claro que el dinero y el poder eran lo más importante para ellos, aunque el personaje trate de esgrimir otras razones para sus actos. Así, el problema con Escobar, después de que éste participara en la conjura contra Machaín, se arregla dándole ambas cosas: el Ministerio de Guerra y la concesión de la explotación de la yerba de Tacupurupucú por diez años, “con liberación de impuestos y todo” (133). Una explotación que, según Caballero, generaba 50.000 arrobas de yerba, eso es mucha plata” (133). Escobar se asocia con “el señor Uribe, que puso como 100.000 dólares de capital” (133) y consigue manejar una explotación que “tenía más dinero que el gobierno, con un presupuesto [...] de doscientos mil y pico pesos convertibles” (133). Es el comienzo de los grandes negocios con los que se hacen los del grupo de Caballero cuando llegan al poder. Por eso, no nos extraña que Escobar renuncie poco después al Ministerio, para el que nombran a Pedro Duarte.

Cuando Bareiro alcanza la presidencia, Caballero es consciente de que está cada vez más cerca de gobernar el país, y de que con dinero se puede comprar el futuro: en los actos de entrega de Villa Occidental de Argentina a Paraguay, no duda en invertir “nuestras libras esterlinas” (133); es decir, las libras esterlinas que el presidente Gill había robado al erario público, que su viuda heredó, y que Caballero usufructuó al unirse a ella.

¹En un correo de diciembre de 2000, el autor nos comentaba: “los descendientes de Gill conservan, como recuerdo, algunas monedas del dichoso crédito inglés, analizado en los *Infortunios del Paraguay*”.

Menos mal que Concepción vivió lo suficiente para verme de Presidente [...] y que comprendió que no era gasto inútil, sino más bien inversión para el futuro [...]. Eso creo que lo decidió [a Bareiro] a dejarme la Presidencia a mí en vez de al Vicepresidente (133).

Todas las maquinaciones del personaje alcanzan su punto cumbre con la fundación, durante la presidencia de Escobar, de La Industrial Paraguaya: “*Société Générale, Anglo Paraguayan, Carlos Casado, La Industrial Paraguaya*, todas esas comenzaron a funcionar gracias a mí” (165). Incluso llega a sostener que fue él el artífice de su funcionamiento: “trabajábamos juntos en el Directorio y yo solía hacerle su trabajo [a Escobar] a veces, porque era Senador no más y tenía más tiempo” (166). Resulta bastante sospechoso que un senador y un presidente del gobierno formen parte de la dirección de una empresa privada que, además, es administrada por un ministro:

Agustín Cañete [...] siguió siendo ministro con don Patricio Escobar y cuando fundaron La Industrial Paraguaya se acordaron de él, era un gran administrador, tan eficiente, que le quedaba tiempo para La Industrial y el Ministerio al mismo tiempo, y encima tenía todavía unos negocios... Por eso le tenían envidia, incluso trataron de hacerle una demanda criminal (156).

Además, en un intento de autodefensa, Caballero nos pone sobre la pista de una más que probable prevaricación:

La firma entonces se organizó a lo grande, sin tacañería. Incluso se regalaban acciones. A mí también quisieron regalarme, pero yo tenía mis ahorritos así que compré como todo el mundo; no es cierto lo que dicen por ahí que me regalaron no más (172-173).

En realidad, su defensa es inútil ya que, poco antes, el propio personaje, llevado por su afán de demostrar lo acertado de su medida de venta de tierras públicas, ha señalado: “los mismos que me criticaban me ofrecieron después acciones de La Industrial Paraguaya como reconocimiento” (159). Además, según nos ha dicho, parece que Escobar vendió a su propia empresa los terrenos que sus amigos le concedieron durante la presidencia de Bareiro (“la explotación de los yerbales de Tacupurupucú [...] LA INDUSTRIAL PARAGUAYA tiene ahora esas propiedades, las compró después”, 133). Por si no ha quedado clara la manipulación, el autor hace que Caballero nos la recuerde ahora, ampliando los datos:

Tacurupucú fue la concesión que le hicimos a PATRICIO ESCOBAR & COMPAÑÍA! (1880). Esa fue la concesión para explotar los yerbales de Tacurupucú, con liberación de impuestos y todo: en esos momentos éramos íntimos amigos, así que Patricio nos metió como socios a don Cándido Bareiro y a mí [...] entró don Uribe también en la compañía, puso \$ 100.000... Le estoy hablando de pesos oro; pesos de papel tenía cualquiera¹, hasta el gobierno... Con eso vino a ser una sociedad de capital y trabajo; con el dinero de Uribe y el apoyo del gobierno, fuimos progresando bastante. Nos fue muy bien, digamos. Por eso cuando se pusieron en venta las tierras del Estado, quisimos continuar nuestro trabajo, pero ya con más plata. (172-173).

En un correo de diciembre de 2000, Guido Rodríguez Alcalá comentaba este tema

¹Como aclara el propio Caballero en otro lugar, se llamaban pesos fuertes a los que tenían “su respaldo en oro o en moneda fuerte” (162) pero las cifras suelen venir en pesos, que era la moneda utilizada en los presupuestos del estado. Guido Rodríguez Alcalá nos señalaba en un correo de noviembre de 2000: “las cifras se dan en pesos, que en principio eran los pesos de la colonia, y conservaban su paridad de 5 pesos=1 libra”.

de la siguiente manera:

Pastore [*La lucha por la tierra en el Paraguay*] da otros datos en la página 254: La Industrial Paraguaya SA compró un total de 2.647.727 hectáreas. Entre sus fundadores estaba Bernardino Caballero. La Industrial no ha dejado buenos recuerdos, debido a la forma en que se trataba a los peones que trabajaban en la explotación de la yerba. La rival de La Industrial fue la Matte Larangeira, que se quejaba de la competencia desleal de La Industrial, que tenía apoyo del gobierno. La Industrial fue el principal latifundio de la región oriental del Paraguay.

Son cifras que coinciden con las que Caballero aporta en la novela (“teníamos como 2.800.000 hectáreas”, 180; “teníamos más hombres que el ejército [...] más tierra que la Holanda”, 176); y detalles que el personaje ratifica:

La Matte Larangeira nos envidiaba, decía que la competencia desleal. Pero hablaban por hablar: ellos tampoco no eran ningunos muertos de hambre. Lo que pasa es que ellos comenzaron antes, eran los únicos [...]. *Tendrán que aprender a competir*, dijo don Pacifico de Vargas, y así no más fue. Nosotros les dejamos trabajar; ellos ahora tienen su capital de \$ 40.000.000; 50.000 cabezas de ganado; ni ellos mismos saben lo que tienen [...] sin nosotros, esa Matte no iba a conseguir peones, por lo menos para su parte del Brasil (tiene propiedad en Paraguay y Brasil), porque los brasileros [sic] son muy flojos, no quieren trabajar luego por la yerba, entonces nosotros le dejábamos a la Matte que enganche sus peones en el Paraguay, más *free trade* que nosotros no ha de haber (174).

Por medio de las diversas citas que hemos comentado al hablar de las fuentes, la Industrial Paraguaya aparece como un imperio lleno de irregularidades, irrespetuoso con sus trabajadores y con quienes la critican: un gran negocio para los que participan en ella, y una nueva forma de que Caballero se aferre al poder (“nosotros mantenemos al gobierno”, 176). Por tanto, los avances que el personaje ha señalado como los grandes logros de su gobierno no favorecen a la población en general.

Además, hay que señalar que Caballero y sus colaboradores no sólo se beneficiaron económicamente de la Industrial Paraguaya, sino de otros proyectos, como la venta de tierras públicas. Por ejemplo, Caballero ha introducido que, resuelto el problema del Chaco, el gobierno cree que es el momento de atraer el capital extranjero. Fiel a su máxima antes enunciada (“dinero no tenemos, pero tenemos el país”, 99), Bareiro empieza a tramitar su plan: “ahora que el Chaco es nuestro, ya lo podemos vender, me dijo. Y tenía ideas muy brillantes para la colonización, para la civilización de los indios; él quería ferrocarriles y europeos” (133-134). Entonces, se convoca una reunión de Ministros para tratar el tema del señor Bravo, cuyo proyecto (realmente existente) era el de obtener una concesión favorable para él, que también beneficiaría a las personas del gobierno. En la novela se expone así:

Quería poner un tren desde Santa Cruz (Bolivia) hasta un puesto sobre el río Paraguay [...] iba a poner pueblos [...] europeos trabajadores para plantar [...]. Y además había sal, bromelia [...] índigo y hasta oro [...] si le dábamos [...] cinco millones de hectáreas, que le dimos sin pestañear, pero despacito, porque el terreno no era totalmente de nosotros (136).

Ese proyecto, que Caballero ve como “la salida al mar de ellos, y de paso [...] nos dejaban unos cuantos pesitos y también nos desarrollaban el Chaco” (136), tiene algunos inconvenientes: “un pedazo [...] era boliviana en realidad” (136). Surge así un problema de límites que, años más tarde, desembocaría en otro conflicto internacional. Decoud advierte que Bolivia no va a estar de acuerdo con las concesiones, y sus previsiones se ven cumplidas.

Los brasileros [sic] protestaron. Dijeron que no teníamos ningún derecho a darle a Bravo el derecho de cobrar impuestos [...] porque por el tratado que firmamos el Río Paraguay quedaba libre de impuestos [...]. También los bolivianos protestaron: dijeron que no teníamos derecho para darle el derecho de acuñar moneda a Bravo en un territorio [...] boliviano (137).

Esto explica que las Cámaras se opongan, y que Bareiro pida a Decoud un tratado secreto y urgente con Bolivia. Páginas atrás, Caballero ha reflexionado sobre la importancia del arbitraje del presidente Hayes:

Nos vino muy bien. Porque entonces por lo menos ese pedazo del Chaco [entre el río Pilcomayo y el río Verde] venía a ser de nosotros [sic], reconocido por Norteamérica, para pararle un poco el carro a los cholos bolivianos que cada día se ponían luego más y más pedigüños... Porque el problema del Chaco luego estábamos dispuestos a arreglar por las buenas, por eso hicimos el Decoud-Quijarro 1879. Pero después los tipos esos se vuelven más y más exigentes, y menos mal que pisaron el *pacová piré*. Eso cuando hicieron el mapa Bertret, mapa oficial de Bolivia, donde nos daban todo el Chaco; así figuraba en el mapa ese, que por supuesto tenía Rio Branco (103).

Ahora, cuando Decoud se reúne con Quijarro (el ministro boliviano), éste pretende que se reconozca que todo el Chaco pertenece a Bolivia. Esta suposición debía de ser compartida por el gobierno de Caballero, como demuestra el grabado de lo que el *Anuario Estadístico de Paraguay* de 1886 consideraba territorio paraguayo. Al pie de la reproducción de ese mapa, que aparece en la página 145, se recoge una frase irónica: “sorprende que el cartógrafo se haya olvidado de incluir el ochenta por ciento del Chaco”. En realidad, no sorprende: como señalaba el autor en un correo de diciembre de 2000,

En la polémica entre los liberales y colorados, los primeros acusaron a los segundos de haber cedido el Chaco a Bolivia, lo que no es del todo falso. La publicación del mapa con los tratados Decoud-Quijarro, Aceval-Tamayo [...] produjo el “empastelamiento” del periódico *El País* en 1946. (Ese incidente, en la biografía de Roa por Rubén Bareiro, aparece como quema del diario, pero es falso.) En la novela, reproduje un mapa publicado en el *Anuario Estadístico del Paraguay* de 1886, o sea, bajo el gobierno de Caballero. Lo fotocopié de la Biblioteca Nacional, pero esa página fue arrancada al poco tiempo, pues probaba que el general Caballero estaba dispuesto a entregar el Chaco.

En la novela, Decoud recurre al arbitraje de Hayes para explicar el derecho paraguayo sobre ese territorio, y Caballero reconoce: “nuestro derecho sobre el Chaco es flojo. Pero si la República Argentina nos cede, si el Presidente Hayes nos adjudica, entonces debe ser que hay algún derecho” (137). Aun así, incapaz de ser modesto, el personaje no duda en atribuirse buena parte de lo conseguido en el tratado entre Decoud y Quijarro:

Les sacó un buen pedazo a los bolivianos: el Chaco hasta casi el paralelo 22... Era [...] más de lo que se podía esperar, pero ese mozo Decoud hizo un buen trabajo porque siguió mi consejo [...] él era un mozo algo culto pero le faltaba experiencia, pero siguiendo mis consejos hizo un lindo tratado (137-138).

Las explicaciones de Caballero se ilustran desde ese momento con dos mapas manuscritos, y el que comentábamos al hablar de los anacronismos. En el primero (138), se observa la línea del tratado Decoud-Quijarro, al que el Congreso de ambos países se opuso. Entonces Caballero, que había defendido que “uno siempre tiene derecho a pedir de más, sobre todo si es por la Patria; teníamos que pedir [...] más al norte que el Decoud-Quijarro

(1879)” (136), cambia de opinión:

Si arreglábamos el asunto de las fronteras (incluso ganando un poco) el señor Bravo se venía enseguida con las libras esterlinas y nos llenaba el Chaco de inmigrantes europeos [...]. La compañía Bravo se quedó en nada, porque nadie quería poner plata en ese terreno que todavía no tenía dueño; era mejor regalarle un pedazo a Bolivia para que Bravo nos colonice un poco, pero dijeron que no y que no, incluso que don Cándido Bareiro había recibido libras de Bravo, pero me consta que por el bien del país (138-139).

Para Caballero, por tanto, el bien del país siempre ha de coincidir con lo que a él le interesa. Y el lector, que sabe que “Bravo [...] ya se había ido en Londres [sic] y había ingresado un capital de L 2.000.000 para su compañía” (137) sospecha que parte de ese dinero cayó en sus manos, y que el negocio sólo era tal para el gobierno. De hecho, la pérdida de ese negocio posibilitó un tratado más favorable a Paraguay, el Aceval-Tamayo (que se ilustra con los mapas de las páginas 139 y 140), firmado bajo la presidencia de Escobar (1887), y nuevamente rechazado por el Congreso paraguayo.

Caballero argumenta que la venta de tierras fue el mayor impulso económico de su gobierno (“la venta de las tierras públicas se hizo bajo mi gobierno: ponga porque ahora me quieren negar todos mis méritos” 172), y la base del resto de las mejoras (“con la venta de las tierras vinieron las vaquitas, las compañías yerbateras, la industria del campo, todo”, 159; “a partir de mi Superior Gobierno se vendieron esas tierras del Estado y comenzamos a tener para nuestro presupuesto”, 180). De hecho, como señalaba el autor en correo de septiembre de 2000, “la venta de tierras mejoró el panorama: el presupuesto de 1887 fue de \$ 1.012.667”. Sin embargo, no se trata de una operación limpia: en *Infortunios del Paraguay*, Teodosio González denunciaba los beneficios que ésta proporcionó a los miembros de gobierno. Son unas acusaciones de las que Caballero trata de defenderse así:

Se hizo para darle tierra al Pueblo (Yo no reservé nada, aparte del campito que compré hacia el Norte con Juan Crisóstomo Centurión. Pero ese fue para dar el ejemplo no más. Si yo, el Presidente, no compraba, iban a decir que nuestra tierra no valía nada) (182).

Sin embargo, Carlos Pastore desmiente ese particular despotismo ilustrado de Caballero: no fue el pueblo el beneficiado, ya que 1.130 compradores adquirieron 15.519.767 hectáreas de la región oriental de Paraguay. Para el resto de los propietarios (los de terrenos menores de 1.875 hectáreas, una legua), quedaron solamente 529.931 hectáreas en esa región: “los agricultores quedaron sin tierras, los mejores bosques y praderas pasaron bajo el dominio del capital extranjero, y algunos pueblos, villas y aldeas (Tacuaras, Villa Florida, Desmochados, San Antonio, Mbuyapey y otros) quedaron ubicados en tierras de propiedad privada”¹. Respecto al Chaco, que estaba (y sigue estando) bastante despoblado, la concentración de la propiedad, iniciada con las leyes de 1883 y 1885, perjudicó a las comunidades indígenas. En beneficio de Bernardino Caballero, cabe apuntar que no fue un problema exclusivo de Paraguay. Como explicaba el autor en un correo de noviembre de 2000,

A fines del siglo pasado, Díaz, Caballero, Roca y Santos modifican la tenencia de la tierra. Coincidió

¹Carlos Pastore, *La lucha por la tierra en el Paraguay*, Montevideo, Antequera, 1949, pp. 255-256.

con lo que Lenin llamó imperialismo, y otros Segunda Revolución Industrial: un crecimiento económico que exportaba capitales y buscaba inversiones en América, donde se compraban tierras y se enviaban inmigrantes. Con las leyes de venta o concesión de tierras fiscales, se despojó a muchos campesinos, propietarios legítimos pero sin títulos. Pasó en México con la ley de terrenos baldíos; pasó en Paraguay con las leyes de 1883 y 1885. El problema mayor no fue el surgimiento de latifundios en áreas poco pobladas, sino el despojo de los minifundarios en áreas pobladas, las que interesaban más a los especuladores. Sucedió en todos estos países, estuvo condicionado por factores políticos y económicos internacionales.

Así, el concepto del desarrollo del país de Caballero está más relacionado con ayudar a los grandes estancieros que a los pequeños campesinos:

Paraguay precisa ser ganadero antes que agrícola. (Sí, eso es justamente lo que decía *La Reforma*: pero el artículo no era de Decoud, como creyeron, sino de Juan González, que estaba muy contento con la venta de tierras) [...]. Eso es lo que salvó al país; [...] las leyes de la venta de las tierras fiscales: 1883 y 1885. Quiero decir que las dos le permitieron al estanciero tener su campo; o sea, si también quería poner allí yerbatal y obraje, adelante, sin problema (180).

Por eso, el personaje ha potenciado la importación de reses. Y ahora explica su apoyo a la ganadería, en detrimento de la agricultura, culpando, como siempre, a los demás:

Agricultura no da nuestro país; lo único que funciona es el tabaco (para exportar, desde luego); el resto son porotos, maíz, mandioca, que el campesino planta para comer él y su familia. Más, no puede. ¿Cómo ha de poder si no hay camino, ni puente, ni ferrocarril? Eso yo le dije bien a la empresa privada que me hagan, le repetí varias veces en mi Mensaje Presidencial. Pero no hubo caso (180).

Para vender las tierras, sin embargo, el gobierno de Caballero se encuentra con un problema cultural. Como señalaba el autor en un correo de diciembre de 2000,

En todo el continente, el título de propiedad podía valer más que el terreno; por eso, su pago se justificaba sólo en el caso de las grandes propiedades [...] el gobierno no sabía cuáles eran tierras fiscales y cuáles no; los informes de 1871 dicen que menos del 2% del país era propiedad privada y el resto del estado, aunque eso puede deberse en parte a la falta de escrituración. Digamos que se generó un gran problema social, pero eso no puede mencionarlo el personaje Caballero.

Sin embargo, Caballero deja entrever ese problema de falta de escrituración, y añade otros dos que todavía arrastra la administración del país: la falta de eficiencia (el “vuelva usted mañana” de Larra) y la corrupción:

Con la Guerra Grande se perdieron los títulos de la propiedad, y entonces se creó recién en el 71 ese Registro de la Propiedad [...]: si usted tenía un campito en Ajos, supongamos, pero sin título, entonces se hacía dar en Ajos un título supletorio por la autoridad local, que después inscribía en el Registro de la Propiedad y después se hacía el juicio de mensura, deslinde y amojonamiento y después tenía que alambrar porque o sino la multa. [...] cada cual seguía con su tierra porque pensaba luego que no hacía falta, que el título es papel sin importancia. Y también digamos que [...] la administración pública un desastre: el tipo que venía caminando de Ajos se encontraba con que el empleado no estaba, se pasaba días esperando en Asunción porque la oficina no se abría cuando no tenían ganas de trabajar. Y a veces se le abría, pero si no pagaba coima no inscribían el título supletorio en el Registro, o incluso hubo casos en que no querían inscribirle porque decían que no podían inscribirle si no tenía límites precisos el terreno, aunque no podía tener antes del juicio de

mensura, pero tampoco valía la pena hacer esa mensura si antes no se tenía título... Problema de empleados públicos haraganes (183).

A pesar de ser consciente de las dificultades y las injusticias, Caballero decide seguir adelante con su proyecto, ya que lo considera el único modo de sanear las cuentas:

En el 83 tenemos un déficit fenómeno y la única manera de salir adelante es vender la tierra, pero la tierra no se puede vender porque no sabemos luego cuál es la nuestra, así que tuvimos que [...] Vender la tierra que casi estábamos seguros que era del Estado. Aunque no estábamos tanto: enseguida comenzaron las reclamaciones: que el campo ese que se vendió como fiscal era de don Fulano... [...] Tuve que dictar una ley dando una prórroga de seis meses para que el que tiene que inscribir, inscriba: después de eso, *nácore*... (183).

Sin embargo, la operación no da los resultados previstos. Caballero ha anticipado: “Wisner calculaba entonces \$ 20.000 la legua de yerbal” (178), y ha tratado de convencernos: “por una cuestión de patriotismo se vendió después en \$ 1.500” (178). Como ya sabemos que el lugar en el que coloca el patriotismo del personaje suele coincidir con sus intereses, empezamos a pensar que sus palabras ocultan algo:

\$ 1.500 para la Argentina no es nada: para el Paraguay, era plata. Y entonces se iban a venir los extranjeros, nos iban a comprar todos los campos [...]. Había tantos que querían ser ganaderos (ya habían organizado su asociación y todo) y ahora les íbamos a dejar sin campos, porque el precio era demasiado alto. [...] Menos mal que la ley tenía su procedimiento para proteger nuestra soberanía nacional [...]: no se podía comprar directamente. No. Había que hacer una solicitud en forma: presentarla a las autoridades: esa se podía rechazar [...] rechazábamos cuando tenía que ser; PARAGUAY FIRTS [sic]. *¡El susto que nos dio, cuñado!*, me dijo Juan Alberto. El le había estado echando el ojo a un campito y pensó que iba a caer en las manos de esos que le mataron al Mariscal López. Entonces defendimos nuestra soberanía: extranjeros, en efectivo; correligionarios, a crédito [...] vendimos tierras por valor de unos \$ 30.000. Eso venía a ser un poco menos del total de \$ 150.000 previstos, pero nos alcanzó para comprar unos *chassepot* usados (184).

Del fragmento anterior, se deducen las tretas del equipo de gobierno, su interés por beneficiar a “los amigos”, y el mal uso que hacen del (escaso) dinero recaudado. Sin embargo, el personaje saca sus propias conclusiones: “seguimos un poquito apretados con el presupuesto nacional, [...] pero ganamos experiencia” (184). Una experiencia en manipulaciones que volverá a usar dos años después, y que une, de nuevo, la forma de actuar de Caballero con la de López (revisar personalmente cualquier cuestión) y la de Stroessner (conseguir fidelidades por medio de favores políticos):

La ley del 85 nos salió mejor. Bajamos los precios para que todo el mundo pueda comprar (el sueño del hogar propio), sobre todo en el Chaco donde se vendía por \$ 130 (promedio) la legua... No, no se vendía de a legua en el Chaco, tu lotecito tenía que tener, por lo menos, una legua de frente por diez de fondo, diez leguas cuadradas... Tampoco se vendía por subasta a no ser cuando había dos que pedían al mismo tiempo el mismo campo; [...] pasaba todo por el Ministerio del Interior, y allí si pedía primero un gringo no le hacían caso (al paraguayo sí), y además yo revisaba las solicitudes una por una, e incluso cuando un compatriota quería comprar pero todavía no tenía plata podía reservar la tierra a su nombre (hasta que consiga el crédito del Banco) (184).

El autor de la novela reflexionaba sobre este tema en un correo de noviembre de 2000, con los siguientes argumentos:

La ley de venta de tierras de 1883 había fijado precios que parecieron muy caros a los miembros del equipo de gobierno, que querían comprarlas. Las tierras de primera clase se vendían a 1500 pesos la legua cuadrada (algo más de 1800 hectáreas); las de segunda a 1000 y las de tercera a 500. Debido al pedido de los amigos, la ley de 1885 estableció cinco clases, cuyos precios eran 1200, 800, 300, 200 y 100 pesos la legua. Esto ya resultó más accesible para Escobar, Egusquiza y otros, que se convirtieron en compradores. También Caballero y Juan Crisóstomo Centurión se compraron un terreno en la confluencia del río Paraguay con el Apa. Los del gobierno temían la competencia extranjera, porque en el Paraguay no había dinero (en 1885, se dio curso legal a las monedas argentina, chilena, boliviana, peruana, mexicana, francesa, belga, italiana y alemana -la libra esterlina siempre tuvo curso legal-). Por eso, una persona con una mediana fortuna era muy rica en el país, y podía comprar mucho más. Al “gobierno” le convenía, porque obtendría más por la venta, pero “a los del gobierno” no les convenía, y de ahí la rebaja del precio.

Por lo que hemos visto, Caballero pretende presentarse como un adalid de la soberanía nacional, dispuesto a todo para impedir que los extranjeros consigan las tierras que han salido a la venta. Sin embargo, no siempre sucede así. Esas tierras se utilizan como moneda de cambio para conseguir o agradecer los favores de los extranjeros, como en el caso de la renegociación del crédito de Londres (“les dio quinientas leguas cuadradas de tierra como compensación por los intereses atrasados”, 165) o el de la deuda a Uruguay (“el general Máximo Santos quería comprar tierra en Paraguay; ¿cómo le vamos a vender al hombre que nos perdonó la deuda? [...] Le escrituramos esas 100.000 hectáreas en el Chaco”, 163). Además, como reconoce el personaje, “hay extranjeros y extranjeros, algunos muy decentes” (184). En esa incierta categoría incluye a “don Carlos [Casado de Alisal], un español tan decente” (159), “militar como yo, que le naufragó su barco y se vino en Argentina [sic], donde comenzó a mandar el trigo en Europa [sic]” (170). Según el relato de Caballero, Carlos Casado (futuro poseedor de la empresa Carlos Casado S.A., que el personaje juzga “podía haber hecho ya hace veinte años [...] si es que los congresos eran más comprensivos”, 172) lo visitó en 1886. Sus pretensiones de comprar grandes extensiones de tierra en el Chaco chocaban con la propia ley de venta de tierras:

El Chaco dividimos en regiones para su venta, según su ubicación, y en cada región se podía comprar solamente un lote [...]. O sea que en total lo máximo que le iban a permitir a don Casado que venía con la plata en el bolsillo eran doscientas veinte leguas, siendo que él quería comprar y nosotros vender pero más de doscientas veinte en las cuatro zonas no podía ser según decían. Dice que la ley para evitar el monopolio, ¿pero qué monopolio puede haber en el Chaco donde no más hay indios? (170).

La novela termina con una cita de la *Geografía Universal* de Eliseo Reclus, al que Caballero acusa de estar comprado por los liberales:

Los especuladores argentinos, ingleses y norteamericanos se echaron sobre la presa, sin respetar siquiera las pequeñas porciones donde las familias guaraníes cultivaban el suelo de generación en generación, sin que hubieran tenido jamás necesidad de hacer constar sus títulos de propiedad; se formaron sindicatos de compradores, que adquirieron las tierras por decenas y centenas de miles de hectáreas a fin de revenderlas por el duplo de su valor: un solo concesionario acapara varios miles de kilómetros cuadrados. En pocos años vastos desiertos fueron adjudicados a propietarios ausentes, y en adelante, ningún campesino paraguayo podrá cavar el suelo de la patria sin pagar renta a los banqueros de Nueva York, Londres o Amsterdam (185).

Acabar con esa cita no es fruto del azar: tal opinión anula cualquier posibilidad de

creer que el gobierno de Caballero fuera beneficioso para los habitantes del país, y nos obliga a poner en duda todas sus palabras. El propio autor, en un correo de diciembre de 2000, aclaraba:

La cita de Reclus [...] la tomé de Carlos Pastore, *La lucha por la tierra en el Paraguay*, p. 256. En la región occidental [Chaco], el mayor latifundio fue el de Carlos Casado (5.600.000 has), que se dedicó después a la explotación de tanino. Hace unas semanas, Casado vendió a los Moon cerca de 400.000 hectáreas, quedándose con otras 400.000, restos de la gran propiedad. Los problemas agrarios del país derivan de las leyes de venta de tierras de Caballero y de su aplicación.

En el siglo XIX, el Partido Colorado era de ideología liberal, y pretendía desarrollar Paraguay mediante la inmigración y el capital extranjero. En el siglo XX, se vuelve un partido nacionalista, agrarista, indigenista. Caballero, en sus discursos, planteaba dejarlo todo, hasta la construcción de caminos y puentes, al capital privado. Natalicio González propuso un “socialismo de estado” en su libro *El Paraguay Eterno*. Sobre la base de ese socialismo se crearon las empresas públicas, que ahora el Partido Colorado (en el gobierno desde 1948) propone privatizar. Crean el problema, y luego ofrecen la solución.

Relacionado también con el tema del dinero está el de la fundación del Banco Mercantil. El primero que llevó ese nombre se creó en 1871, pero fue un proyecto efímero: “cuando fundamos el Banco, yo me dije: *Bernardino, esperate un poco para confiarle tus ahorros*. Y efectivamente: al poco tiempo, quebró” (163). En 1884, se creó un nuevo Banco Mercantil, que quebró en 1891, por motivos que son evidentes en el discurso de Caballero:

Más o menos los mismos estábamos en La Industrial y en el Banco Mercantil [...] porque el Banco tenía también otros negocios, y entonces si le salía mal el préstamo, supongamos, ganaban en las vaquitas (tenía estancia). Y también nosotros le ayudábamos, la Industrial: colaboramos siempre porque la Unión hace la fuerza; hacíamos los negocios con ellos; ellos nos devolvían la gauchada cuando hacia falta (176).

Quizá lo más destacado es que, a pesar de sus intentos de demostrar su integridad política y moral (“no vaya luego a creer que soy tan materialista cuando le hablo de economía [...]. Para mí la plata no sirve para nada”, 151), Caballero reconoce que ha utilizado el poder para favorecer a sus allegados (“lo único que quería era ayudarle un poco a la familia y los amigos”, 152). Y no sólo no se avergüenza de ello, sino que cree estar actuando con altruismo. Una de las anécdotas que narra es la siguiente:

Yo ya no quería ni una vara más de campo... Pero el congreso me insistió (eso fue en el 80, cuando me eligieron Presidente). *No vayas pues a hacerle el desprecio*, me dijo Juana Isabel. Yo me acordé de golpe que llegaba el cumpleaños de mamá y estábamos a mitad de mes [...] ¡Veinticinco leguas cuadradas, qué alegría! ¡Era el mejor regalo! Y no piense usted que escrituré a su nombre nada más; le regalé de veras. Ella después le regaló a Juana Isabel, con Juan Alberto pusieron para su estancia, daba de sobras (152).

No se trata de un hecho inventado: el autor encontró en el Registro Oficial la ley que concedía a doña Melchora de Caballero una buena extensión de tierra. Por otra parte, su afirmación inicial (“yo ya no quería ni una vara más de campo”) se ve pronto contradicha, cuando compara las tierras de su empresa con las de Carlos Casares y concluye: “nosotros en la Región Oriental; nuestra tierra vale más” (172). Por otra parte, esta situación no se inició durante su presidencia, sino que Caballero se benefició de concesiones especiales

cuando ocupaba diversos ministerios: ya sabemos que la Sociedad Anónima de Minerales le dio acciones. Y los beneficios a la familia no acaban con las tierras escrituradas a nombre de su madre, sino que incluyen las concesiones que hace a su hija:

Hay Saguieres y Saguieres... El que se casó con mi hija la Melchora... [...] aquella vez elegí bien, un buen muchacho [...] ellos tuvieron la concesión del molino harinero; daba gusto ver lo moderno que era, una de las muchas industrias que vinieron durante mi gobierno como la fábrica de hielo de Pecci y la de pastas de don Marcos Quaranta... Yo en el negocio de la harina había estado un rato, junto con la señora Atanasia Escato viuda de Bareiro, pero después tuve que dedicarme más y más a la Presidencia, así que les dejé a los Saguier (173).

De hecho, tan clara tiene el personaje la relación directa entre dinero y poder que, como hemos visto, no duda en invertir el primero para lograr el segundo. Este tipo de cuestiones pone en entredicho al partido que Caballero contribuyó a crear, y que después sustentó la dictadura stronista. El Partido Colorado, según relata el personaje en la novela, empieza a gestarse como un pequeño grupo que se reúne para conspirar contra el gobierno:

A Juan B. Gill [...]. Yo le volvería a ver, después de tanto tiempo, en casa de don Otoniel Peña [...]. Don Otoniel no andaba tanto en la política todavía (después fundador del Partido Colorado) [...]. De los que estábamos allí todos nos volvimos famosos, incluso presidentes: Salvador Jovellanos, Juan B. Gill, Cándido Bareiro, Patricio Escobar, Juan G. González... Don Otoniel conocía a la gente [...] decía que no le olvidemos cuando seamos Excelencias (37-38).

Poco después, llega la fundación del Partido Nacional, creado en el exilio al que parte de ese grupo ha sido condenado, tras haber intentado dar un golpe de estado:

Me olvidé de decirle que hicimos el Partido Nacional en Corrientes [...] culpa del infeliz Gill que nos metió en la cárcel y nos tuvo que largar después pero al final nos exiliamos [...] Cándido Bareiro, Patricio Escobar, Germán Serrano, Matías Goiburú, José Segundo Decoud y muchos otros más (56-57).

En todo momento, Caballero trata de presentarnos el partido como una gran familia, en la que caben incluso aquellos a los que antes ha criticado. Sus palabras son importantes, porque anticipan hechos que después va a narrar, y presentan ya a Caballero como el personaje que pone y quita presidentes a su antojo:

En el Partido Nacional estábamos Godoi, Taboada, junto con Decoud, con Patricio Escobar, Juan B. Gill, Germán Serrano, Matías Goiburú, José Dolores Molas, José Ignacio Genes, Juan A. Jara (mi Vicepresidente), Ángel Peña (mi secretario privado)... Y Adolfo Saguier, por supuesto, mi amigo del cuatro de septiembre... toda la muchachada bien de la República, incluyendo mis dos mejores pupilos de la Legión paraguaya: Juan González y Juan Egusquiza (a esos dos les puse de Presidente Constitucional)... Pero no se vaya a olvidar de Cirilo Antonio Rivarola [...]. Vea que no somos rencorosos: él nos metió presos a don Cándido y a mí; él le destituyó a Juan B. Gill... Pero de todas esas cosas hay que olvidarse... *Somos todos paraguayos*, dijo Rivarola, cuando vendió su casa para conseguir la plata para la revolución (73).

Mucho después, en el curso de la última conversación que Caballero mantiene con Rivarola, la noche de su muerte, sabremos que el dinero de la venta de la casa no se destinó a la compra de armas (“le hicimos vender su casa para que no se entere de que los fusiles nos prestaba el brasilero [sic]”, 126).

Cuando Bareiro llega a la presidencia, ésta se enfoca como un triunfo compartido por todos los que han formado el Partido Nacional, que aglutina personas de muy diversa procedencia, unidas por el objetivo común de alcanzar el poder:

Llegamos a la Presidencia los que siempre luego habíamos estado en el Partido Nacional [...] los paraguayos 100%: don Patricio Escobar, Juan Crisóstomo Centurión, *paí* Duarte y Maíz, los Milton, los Jara; o sea los que se habían ido en la Europa [sic] con beca de Mariscal López o que le habían acompañado fielmente hasta el último momento como yo, incluso algunos que le habían estado en contra pero después se arrepintieron como el coronel Iturburu, Jefe de la Legión Paraguaya, o el coronel Pedro Fernández, que también era legionario [...] somos un partido de gente práctica (123).

Por lo que sabemos de esos “paraguayos 100%” de los que habla Caballero, éstos no son, precisamente, un dechado de virtudes. A Patricio Escobar, él mismo lo ha acusado de acabar con la vida de Venancio López durante la guerra (11). Después, ha participado en el complot que tramaba asesinar a Jovellanos en el Congreso (49), y en la revolución de 1873, que trató de acabar con su gobierno (62). Ha colaborado en la insurrección de Molas, al que traicionaron para no perder sus cargos (80). Ha ordenado la muerte de Serrano para evitar que triunfara su revolución (102). Ha traicionado a Gill cuando era su ministro de guerra (109), y ha estado en la conjura contra Machaín (120).

De Fidel Maíz, conocemos que en su juventud defendió la democracia, lo que provocó que fuera encarcelado por López (16). Fue restituido a cambio de formar parte de los Tribunales de Sangre. Entonces, tomó las armas durante la guerra, comparó a López con Jesucristo (16), (según la novela) salvó la vida de Caballero (106), y fue enviado a Buenos Aires al ser capturado por los aliados (28). Además, lo hemos visto romper su voto de castidad (12 y 38), apoyar la revolución de 1874 (75), e intentar ser nombrado obispo (104). Más tarde, sabremos que también él traicionó al mariscal:

Apenas le matan al Mariscal [...] *paí* Maíz le manda esa carta a conde d’Eu, le dice que por fin le mataron al Mariscal, qué suerte, era todo un vampiro. Esa es la carta que Juan Silvano Godoy le muestra a todo el mundo; le dio mucho quebranto al pobre padre, que yo sé bien que era muy lopizta, siempre le recordaba bien a nuestro Jefe, pero en un momento no más cometió la imprudencia (153).

De Centurión tenemos menos datos, y el único negativo es que “cuando tomaba dos tragos quedaba del otro lado” (15). Sabemos que es una persona instruida (“hablada con los Altezas en puro inglés”, 15; “había hecho su estudio en las Europas [sic]”, 16), que defiende la democracia y que, en la primera posguerra, se ha enfrentado a Bareiro. Sin embargo, aceptó ocupar un lugar público cuando volvió a Asunción del exilio brasileño: “dijo que [...] era una vergüenza seguir así [sin constitución]; pero cuando volvió en el Paraguay tuvo que andar tomando órdenes de polecías [sic] ignorantes” (16). Tampoco el padre Duarte ha aparecido desde las primeras páginas, cuando le vimos encarcelado por tratar de falsear las primeras elecciones para favorecer la candidatura de Bareiro (27); escribir un horrible poema en su siguiente encarcelamiento (46); y tratar de acceder al obispado (46). Aunque todavía no sabemos mucho de Juan A. Jara, no tardaremos en verlo tramar el secuestro de Caballero, cuando sea su vicepresidente. El coronel Iturburu, que fue Jefe de la Legión Paraguaya, peleó durante la guerra contra López, en compañía de Peña, Machaín, Decoud y Ferreira (18). Y el coronel Pedro Fernández, antiguo legionario, ha protagonizado la revuelta del 31 de agosto contra Machaín.

La gran obsesión de Caballero, a lo largo de toda la novela, es adjudicarse el mérito

de la fundación del Partido Colorado, que nace en 1887, durante el gobierno de Patricio Escobar (1886-1890): “tampoco diga que el Partido Colorado fundó Cándido Bareiro [...]. Ese ya fundé yo personalmente” (64). Los seguidores de Bernardino Caballero siempre han mantenido que tal fundación fue uno de sus mayores logros. Por ejemplo, el diario *Patria* del 26 de febrero de 1992, en su artículo “La difícil tarea de reconstruir la patria”, destaca: “su legado político, el de mayor trascendencia por su proyección a este presente y continuidad de futuro, es sin duda alguna su decisión de fundar un partido que aglutine todos los sentimientos nacionalistas del pueblo paraguayo”. En su afán de destacar este hecho, Caballero ha mencionado el discurso de Decoud durante tal fundación:

En el 87, cuando fundamos el glorioso Partido Colorado, Decoud se mandó su discurso de apertura; dijo que me nombraban presidente a mí, general Caballero, porque siempre había luchado como un tigre contra las dictaduras del pasado, siempre había respetado la ley (43).

No es necesario aclarar que tales informaciones han sido desmentidas en numerosas ocasiones por el propio Caballero, pero sí hemos de detenernos ante la explicación que da el personaje sobre el discurso de Decoud, a quien no duda en tachar de “atolondrado” (148). Pronto descubrimos que tal calificativo no es sino un artificio con el que, una vez más, el personaje trata de exculparse por haber repudiado públicamente la labor de López:

El 11 de septiembre, cuando fundamos la Asociación Nacional Republicana, habla de *despotismo terrible*, dice que a mí me disgustaba Mariscal López... todo porque yo le di confianza: le pedí que me haga un poco la ideología para ese partido que andábamos fundando y él le puso *Republicano* como el de Lincoln, hasta ahí estaba bien, pero después me sale con discurso antilopizta y justamente el día de la fundación. Eso para darle gusto al Egusquiza, Juan González y otros legionarios que aceptamos para ver si mejoraban un poco, pero me dejó demasiado mal con los héroes (148).

Caballero ha ido narrando la formación del Partido Republicano como una iniciativa suya, consecuente con la trayectoria del Partido Nacional. Sólo después descubrimos que su fundación es una reacción frente al nacimiento del Partido Liberal, que permite incluso que Caballero y Escobar olviden sus viejas enemistades (“nos arreglamos [...] cuando hicieron el Partido Liberal en el 87”, 166):

Cuando le fundan el Centro Democrático (también llamado Partido Liberal), el hombre [Patricio Escobar] viene a verme, preocupado. *Allí está*, yo le dije, *ahora se acuerda usted de los amigos*. Pero no soy rencoroso; allí mismo hicimos el Partido Nacional Republicano (1887); pero este se llamó caballerista, no escobarista (155).

¡Si fueron las elecciones más reñidas que hubieron [sic]! [...] 1887. ¡Usted sabe como son los guaireños! No saben perder. Así que sobre el pucho nos hicieron el Centro Democrático, que también le dicen Partido Liberal. Antonio Taboada, José de la Cruz Ayala, Rómulo Decamilli, todos esos... ¿Adolfo Saguier? No, él no fue de los fundadores pero andaba cerca (173).

Como vemos, la mayoría de los fundadores del Partido Republicano han formado parte del Nacional (“dijo [Taboada] [...] que las cosas ya estaban llegando demasiado lejos [...] había que tener partido distinto: dentro del Partido Nacional ya no cabíamos todos”, 156), y han sido colaboradores de los diversos gobiernos. Es un reproche que Caballero subraya así: “los hay que son muy malagradecidos como Antonio Taboada, que don Cándido Bareiro le dio puesto en la Sanidad Argentina, que le nombramos Jefe Político de Villarrica

y hasta diputado [sic], pero después fundó el partido Liberal” (152). Incluso, algunos de los fundadores de ese partido, como Ignacio Ibarra, apoyaron abiertamente a Caballero cuando éste asumió en interinidad de la presidencia del Gobierno, tras la renuncia del vicepresidente:

Me dedicó un artículo tan lindo cuando subí a la Presidencia. Esa [sic] Partido Nacional, decía, *triunfó en Campo Grande imponiéndose al Gobierno de Jovellanos, y fue el partido que buscó el finado Gill en el último período de su Gobierno, y fue el que acompañó a D. Higinio Uriarte durante todo el tiempo que duró su mandato, y fue el que elevó a la presidencia a D. Cándido Bareiro, y es el que está encarnado en la persona del Gral. de División D. Bernardino Caballero, Presidente Provisorio hoy de la Rca. Y es por fin el único partido que puede seguir gobernando, porque fuera de él no hay sino fracciones insignificantes sin fuerza ni prestigio para mantenerse en el poder.* Eso es lo que decía el Deputado [sic] Ignacio Ibarra, el Director de *La Democracia*, que anduvo comiendo de nuestro plato y de golpe se nos vuelve opositor (156).

Con la formación de esos dos partidos, ha quedado perfilada la política paraguaya hasta nuestros días. León Ior (*Exhumación* 11) opina: “se había puesto de manifiesto la finalidad para las que fueron creados los dos partidos más importantes [...] la sistemática desinformación a que fue sometido [el pueblo paraguayo]”. Como la novela se centra en la figura de Caballero, el Partido Colorado es el que se lleva la mayor parte de las críticas. Sus miembros aparecen como una banda de manipuladores, liderada por el personaje, que se niega a abandonar su poder: su sucesor en la presidencia, Patricio Escobar (1886-1890), accede al cargo a pesar de que Caballero trata de desobedecer la Constitución para prolongar su mandato:

En el 86, [...] cuando el Pueblo me pidió que siga en el Gobierno un período más, él [Escobar] se dejó engañar por Antonio Taboada. Taboada le dijo de que si seguía yo de Presidente [...] ya no pensaba más dejarle el puesto a él. Y entonces Escobar se postuló para Presidente con los opositores, todo para hacerme la contra a mí que no pensaba luego traicionarle a un viejo amigo (166).

Caballero no puede admitir la pérdida de poder y, aunque trate de negarlo (“nunca se me ocurrió traicionarle, y eso que el que tenía amigos en los cuarteles era yo, pero no soy [...] un atolondrado para crear divisiones en el seno de las F.F.A.A. La Institución ante todo” 166-167), pone en marcha todos sus resortes para mantenerlo: amenaza de golpe de estado, impone a los miembros del gabinete... Todo lo considera lícito:

Yo acuartelé las tropas y le hice decir a mi compadre que quería ver un poco su lista de ministros... No es que yo quería influenciarle, claro que no, pero la oposición macaneaba demasiado y entonces yo le puse otra vez a Juan Alberto para el Interior, a Pedro Duarte para Guerra, a Cañete como Hacienda. Era una penosa necesidad; me molesta un poco meterme en gabinete ajeno, pero Escobar tampoco aquella vuelta se había portado demasiado bien, porque yo estaba tratando de servir al Pueblo paraguayo otro período más, pero la oposición entonces, para perjudicarme, lanzaron [sic] la candidatura de Patricio, que yo no podía oponer por la amistad que teníamos [...] pero entonces yo le dije: *Muy bien, mi compadre [...] pero por lo menos yo elijo los ministros* (155).

Sobre la presidencia de Escobar, Caballero ya había mencionado que el Congreso había rechazado el acuerdo Aceval-Tamayo (1887), que fijaba los límites con Bolivia (“no le quiso ratificar el tratado de límites, y eso que yo les pedí personalmente que le aprueben, pero los tipos se querían hacer los patriotas, como si más patriotas que mi compadre y yo puede encontrar”, 141). Ahora vuelve a incidir en el tema y, por su discurso, deducimos que

Caballero está más interesado en sí mismo que en el país, y que hubiera sido partidario de ceder a Bolivia buena parte del Chaco: “no tenía sentido pelear por un poco más, un poco menos de terreno que está de balde: lo importante es tener una frontera de una vez por toda para poder vender” (172). El resto de las acciones de gobierno de Escobar no se mencionan. El protagonista, sin embargo, no olvida aquello que le concierne directamente: la fundación del Partido Colorado y de la Industrial Paraguaya, y su acceso al Senado: “me presenté como candidato por Villarrica (que no es mi valle), pero igual no más les gané a los guaireños, al Antonio Taboada con su claqué” (173).

Aunque, según el pacto, “primero tenía que ser yo [presidente], después compadre [Escobar], después Decoud” (167), Caballero le pide a Decoud que retrase su turno (“espérese un momento, doctor Decoud, ¿por qué no le cede el turno a Juan González? El aceptó porque eran concuñados”, 167), y el siguiente presidente paraguayo es Juan G. González (1890-94), un hombre que había ocupado la cartera de Instrucción durante el gobierno de Caballero, y que había compartido los asados en su quinta:

[Decoud] vio que los muchachos se bañaban con la Regalada [...]. Allí mismo le contó a la Benigna, que le contó a la Rosa Peña (eran hermanas) y el pobre Juan González, nuestro ministro de Instrucción, tuvo que dormir en la quinta porque la Rosa Peña no le dejaba entrar (153).

Caballero sostiene que, al terminar el periodo constitucional de Escobar, “sin discutir le pusimos a Juan G. González, que parecía un mozo muy decente” (167), pero lo cierto es que tal nombramiento se llevó a cabo por una imposición de Bernardino Caballero, de la que pronto el personaje empieza a arrepentirse: “apenas le nombro Presidente, ya se me empieza a hacer el antipático” (167). Tras esta queja, se esconde la progresiva pérdida de control del partido por parte de Caballero. De hecho, González ofreció la vicepresidencia a un liberal, quien la rechazó (recodemos que Caballero ha señalado: “cuando subió González, le puse como Vice a Marquitos Morínigo”, 168). Pero el presidente no cejó en su intento de obtener el apoyo del Partido Liberal (con algunos de cuyos líderes mantenía amistades de su época de integrante de la Legión Paraguaya). Además, González era cuñado de Decoud, y trató de hacer cumplir a su partido la promesa que le habían hecho:

Le quiso poner de Presidente a Decoud [...]. Cierto que nos habíamos comprometido [...]. Pero las circunstancias cambiaron [...] González se peleó con el Partido, entonces no podía ya ser... [...] no teníamos nada contra Juan González, pero no podíamos más dejarle ser Presidente porque la presidencia lo estaba estropeando y encima le quería apoyar a José Segundo Decoud como el siguiente candidato a la presidencia, o sea para él periodo 94/98. Era por el Partido: ¿cómo un Presidente saliente va a apoyar candidato sin consultamos? (167-168).

En evitar la carrera política de Decoud está también de acuerdo Brasil, que ayuda económica y militarmente a dar un golpe de estado: “mandaron cañonera y libras esterlinas que los muchachos aceptaron por patriotismo [...]. Y ese fue nuestro 9 de junio del 94 (que después ratificó el Congreso)” (167). Lo que no dice ahora Caballero es lo que sí ha afirmado páginas atrás: que Decoud se había opuesto a su intento de llegar de nuevo a la presidencia: “cuando el Partido Colorado me quiso llevar en la Presidencia una vez más (1894), él dijo que un ignorante como yo no podía ser Presidente. Pero ese es el golpe del 9 de junio” (158). Tras el golpe, el hasta entonces vicepresidente, Marcos Morínigo, asumió la presidencia en funciones. Y el nuevo presidente constitucional (1894-98) fue uno de los golpistas: el Ministro de Guerra de González.

Juan Egusquiza; ese también parecía decente, ese también había estado a mis órdenes en la Legión. Por eso yo le puse de Ministro de Guerra, incluso hicimos juntos el golpe contra Juan González y después le dejé ser Presidente. Yo hubiera preferido mi sobrino el Facundo para Presidente, pero en política no se puede hacer solamente el gusto (167).

El lector de Caballero no comprende esta última frase (en un hombre que, siempre que puede, hace lo que quiere) a no ser que sepa que Egusquiza se había convertido en un héroe para los colorados, por haber vencido en una sangrienta batalla a los liberales sublevados contra González en 1891; y que el golpe contra él se llevó cabo porque los militares decidieron seguir a su héroe cuando el presidente trató de que Decoud le sucediera. No obstante, entendemos la preferencia por su sobrino: Caballero sigue perdiendo poder, y tampoco consigue manipular a Egusquiza:

En vez de agradecerme, [...] comienza a hacer venir a los exiliados como Benigno Ferreira, que estaban fuera desde 1874. [...] Eso se llamaba *egusquicismo*: transar con la oposición, traicionar a su propio partido. [...] Para colmo en esos tiempos la juventud como Enrique Solano López y O'Leary comienzan su campaña patriótica por el Mariscal López [...] y Egusquiza les dice que se dejen de eso (168).

Ese intento de conciliación nacional es, desde su punto de vista, el principio del fin: “lo que cuenta en el Partido es su militancia [...] y mientras me hicieron caso andamos [sic] bien [...] después vinieron los egusquicistas, diálogo nacional [...] les dieron Ministerios a los opositores y allí estamos” (158). Por eso evita contar que, bajo el gobierno de Egusquiza, se puso fin a la cuestión de límites con Bolivia, se organizó el Tribunal de Justicia, aumentó la población, y se desarrolló una eficaz política financiera y cultural.

Como se puede observar, cuando Caballero no protagoniza los hechos que se narran, los comentarios son parcos y breves. Así ocurre cuando habla de la presidencia de Emilio Aceval, de la que sólo menciona que permitió una mayor participación de la oposición, y que, en su nombre, se solicitó el protectorado a los Estados Unidos. Una medida que contaba con la aprobación de Caballero aunque para el país protector no era sino un medio de comprar Paraguay:

Eso les venía diciendo desde 1900, la primera vez que les pedimos protectorado [...]. *Por un millón de dólares se puede comprar todo el país*, decía el gringo. Pero los otros que demasiado caro, comenzaron a dudar [...]. Y conste que no fue culpa de Ruffin [el cónsul norteamericano] [...] les había dicho muchas veces a sus superiores [...] que aquí podían vendernos mucho querosén (149-150).

Sin embargo, lo fundamental es que Aceval no era del agrado de Caballero: a pesar de haber peleado con el ejército de López, su condición de no-afiliado al Partido Colorado lo convertía en sospechoso:

Cuando [Egusquiza] sale del Palacio, [...] le deja de presidente a uno que ni siquiera era colorado: el Emilio Aceval [...]. Yo no quería luego permitirle, pero los muchachos me dijeron: *Vamos a darle su oportunidad*. [...] Este nos va a traicionar, les dije yo. [...] Pero los demás insistieron; encima, se comentaba que yo ya estaba viejo y entonces me estaba volviendo demasiado terco (168).

Según Caballero, él tenía razón: Egusquiza ofreció cargos a opositores, y permitió la vuelta de un eterno exiliado, Benigno Ferreira:

Aceval lo primero que hizo fue ponerle para el Superior Tribunal al Benigno Ferreira, dice que porque era el único doctor [sic] con estudio en Buenos Aires, como si no era un legionario que traicionó a su Patria. Y en los ministerios nos metía liberales (169).

Caballero y su partido consideran que Aceval ha llegado demasiado lejos en las concesiones a la oposición, y que se debe volver a la línea dura. Como no pueden permitir esa pérdida de poder, y Aceval se niega a que Ecurra le suceda, el protagonista prepara un golpe de estado:

El 9 de enero aquel [...] el coronel Ecurra, tan decente, era su Ministro de Guerra, y entonces le dice al Aceval que ya estaba terminando su mandato presidencial (era 1902) y entonces queda un poco designar su sucesor él, Ecurra, que tenía experiencia en el gobierno. [...] Pero Aceval se creía porque estudió en el extranjero, entonces le quitó del Ministerio a Ecurra y también a Fulgencio R. Moreno (era su Hacienda). Los dos mozos se sintieron muy dolidos: vinieron enseguida a verme para hacer la *reacción nacionalista* (como dice el gordo¹) (169).

No obstante, el Congreso de Aceval decide mantener la lealtad al presidente, y los golpistas optan por tomar el Congreso:

Le apresamos al [sic] Emilio Aceval y ese 9 de enero nos vamos al Congreso para arreglar la situación constitucionalmente. El Congreso siempre había sido legalista: piense en el cuatro de setiembre (Sagüer) o en el nueve de Junio (González). Pero esta vez ya estaban malacostumbrados por los gobiernos liberales; cuando Facundito Insfrán les dice que por derecho divino Aceval ya no es Presidente, comienzan a tirarle tinteros y sillas [...] la artillería, que teníamos prevenida, comenzó a cañonear el Congreso [...] pero cuando terminó el guarará le veo a mi sobrino el Facundito. Pobre santo, que tenía una bala en la cabeza... (169).

La muerte del sobrino de Caballero (y, aunque el personaje no lo diga, las elecciones fraudulentas) permite que Juan Ecurra, del que incluso Caballero se avergüenza por su ignorancia, pueda llegar a gobernar el país:

Entonces tuvimos que ponerle para presidente constitucional [...] a Juan Ecurra, pobrecito, que no era un genio. Yo pasé vergüenza cuando le visitaba ese Ministro argentino tan pituco y el pobre, para comenzar su conversación oficial: *nde, Güesalaga*, ¡qué lindo tu zapato! (169).

La anécdota, que describe perfectamente la falta de modales del presidente, es real. Y, páginas después, Caballero desliza que Ecurra apresó a Patricio Alejandrino Escobar, sin aclarar que él, como Albino Jara y otros hijos de personajes del gobierno colorado, en una reacción contra el caballerismo, se pasaron a la causa revolucionaria dirigida por los liberales, que dio el golpe del 9 de enero de 1902 contra Emilio Aceval:

Ecurra la apresó al [sic] Patricio Alejandrino, mi compadre Escobar se fue en [sic] el Norte; si no le soltaban a su hijito, él iba a levantar la peonada de la firma: cuatro a seis mil personas que van a dar la vida por la empresa. Tuvo que aflojar Ecurra (176).

La trayectoria de Juan Ecurra como presidente se verá truncada por la revolución

¹“El gordo” no es otro que Leandro Prieto Yegros, el historiador colorado que escribió una historia de su partido llamada *Enciclopedia Republicana*, donde elogia el golpe de 1902.

de 1904, que terminó con los años de predominio colorado, y mandó a Bernardino Caballero al exilio:

Con todo [...] no merecía la revolución del cuatro. Lo más triste es que la hicieron los colorados: los liberales solos no podían. Pero se juntaron los *cívicos y radicales* con los colorados *egusquicistas* y entre todos consiguieron armas propaganda, barco de guerra y todo. Se juntaron porque corrió la propaganda que el general Caballero quería ser el dueño del Partido (169).

Poco después, el cronista añade un comentario que nos deja entrever las tensiones que esos pactos crearon en el seno del partido, y las consecuencias de los mismos:

El general Caballero se opuso terminantemente al compromiso con los revolucionarios de 1904, pero se impuso el criterio acomodaticio, y el Presidente Ecurra tuvo que salir del gobierno, después de haber firmado un pacto que los liberales no cumplieron (170).

Las noticias sobre esta revolución se hallan dispersas en toda la segunda mitad del libro, mediante informaciones que se complementan. Si en la página 155 explicaba la “traición” de Escobar porque “le seguían diciendo *general pantalla*, por eso me dejó el cuatro”, poco después lo hace así:

¡Tú también, hijo mío!, quise decirle yo, como el romano cuando le jodió su familia. [...] ¡Quién hubiera pensado que en el cuatro, justo cuando estábamos por ganar, el compadre me dice: *Compadre, no podemos seguir en el gobierno!* No más porque los hijos se le volvieron liberales [...] eso no quería decir que la juventud estaba en contra. Pero desertó Escobar y entonces desertó también el Vicepresidente, don Manuel Domínguez, junto con los diputados [sic] y los senadores (166).

Y antes, había aludido a los colorados, que permitieron la vuelta de los exiliados, y se unieron a ellos en esa revolución:

Los exiliados se quedaron en Corrientes veinticinco años más. Todavía estarían, de no ser por los malos colorados que no se dieron cuenta de que el caballerismo era la esencia nacional (como dijo O’Leary) y que se juntaron con los liberales para venir entre todos a invadirnos con la infame, perversa, legionaria revolución de 1904 (135).

Como se puede ver en las dos citas anteriores, bajo la revolución subyace un problema interno en el Partido Colorado, un hecho similar al que terminó con la dictadura de Stroessner. En el caso de Caballero, se narra un enfrentamiento entre los que querían que él mantuviera su poder en la sombra, y aquéllos que apostaban por una renovación democratizadora. Desde ese punto de vista, Caballero, más que como fundador de partido, aparece como destructor del mismo: su ansia por mandar se traduce en el fin de los gobiernos colorados. Por tanto, la versión que tanto él como el cronista tratan de darnos de los hechos pierde valor, y no podemos creer la afirmación que Raúl Amarilla hace en una nota a pie de página: “en 1904, cuando el país respiraba paz y tranquilidad, gracias a los gobiernos *colorados*, estalló una revolución liberal, acaudillada por Benigno Ferreira y otros, que comenzó la era de la tiranía liberal” (149).

Pero ¿qué ocurrió realmente en 1904? Por las palabras de Caballero, apenas podemos entrever que, aprovechando los problemas del Partido Colorado, los liberales se unieron a los colorados eguzquicistas (partidarios del depuesto Aceval) y, con el apoyo de Argentina,

protagonizaron una revolución que lideró el general Ferreira. No se menciona que hubo cuatro meses de luchas antes de que tal revuelta acabara con los gobiernos colorados, pero sí se habla de las gestiones de Caballero para tratar de evitarlo:

Culpa de Benigno Ferreira y de los porteños que bloquearon el río para que no entren armas. Yo le mandé unos mensajes urgentes al Juca, que por entonces mandaba bastante, pero me dijo que ya no podía hacer nada [...] el Ministro brasilero [sic] le mandó carta al Juca diciendo que si querían mandar armas tenían guerra contra la Argentina [...]. Juancito Ecurra reunió el Congreso para hacer el protectorado, pero el Congreso no tenía *quórum*; se habían desertado todos para la revolución. Así que De Korab le dijo *zorry* [sic]; si no nos piden, no podemos [...] en esos tiempos tenían varias solicitudes: Ecuador también quería ser protectorado, estaban estudiando el caso en Washington [...] y así llegó diciembre, 1904; cuando nos dimos cuenta, teníamos cañonera liberal en el puerto (149-150).

Como puede observarse, la petición del protectorado a Estados Unidos se hizo en plena revolución de 1904. En un correo de diciembre de 2000, el autor explicaba:

Cuando las papas quemaban, el gobierno de Ecurra entró en tratativas oficiales con el representante norteamericano. Si los yanquis daban armas al gobierno, éste se comprometía a convertir el Paraguay en protectorado (está en el libro de Warren). Resulta un tanto grotesco, y hubiera contado con la oposición de la Argentina, que entonces era potencia regional, al menos tan importante como el Brasil. Durante la guerra de 1870, el Brasil era muy superior a la Argentina, pero eso había cambiado en 30 años, y para 1900 se pensaba que la Argentina se convertiría en potencia mundial en poco tiempo. Ni la intervención del barón de Rio Branco pudo hacer gran cosa por el gobierno de Ecurra, hechura de Caballero.

Benigno Ferreira encabezó la revolución de 1904, e inició la etapa liberal. Por la novela sabemos de su pasado en la Legión Paraguaya, y de cómo su familia sufrió la ira del mariscal López. Además, lo hemos visto enfrentarse a Gill cuando éste trató de devolver a Elisa Lynch parte de sus propiedades (“Ferreira era en el Interior [...] un día Juan B. Gill le manda [...] los polecías [sic] dicen que vienen a quitar los muebles [...] *son de la Madama Lynch, tenemos que retirar*. Bueno, no le quiero decir cómo salieron”, 57), y abogar por la retirada de los aliados durante la ocupación (“les dice que se vayan del país y por supuesto que salió Ferreira y no los otros, veinte años de exilio”, 38). Sin embargo, Caballero ha considerado que le faltan dotes de mando (“cornudos luego no precisamos aquí; ¿si no le manda a su mujer, a quién le va a mandar?”, 158). En el fondo, lo que no puede perdonarle es la instauración del liberalismo, que lo llevó al destierro:

Por culpa de ellos me desterró el gobierno liberal, a mí que he sido luego Presidente de la República, fundador del Partido Colorado... No, no fue Benigno Ferreira, todavía no fue destierro en el cuatro; cuando ganó la revolución yo me fui en [sic] Buenos Aires; después volví; el Benigno Ferreira me trató bastante bien; teníamos entrevista y todo. Incluso el José Guggiari me recibió en el puerto, pero yo no me dejaba engañar; si eran tan amigos ¿por qué hicieron entonces la revolución del cuatro? (149).

El destierro, para Caballero, fue el fin de su imperio económico (“el mitaí que me embargó mis bienes en Asunción aprovechando que estoy exiliado en Buenos Aires”, 130), y del control del partido:

Del árbol caído todos hacen leña; ahora que me exiliaron los liberales, todos me echan la culpa. Dicen que por culpa de mí se fundió el Partido Colorado, porque tuve tanto tiempo la sartén por el mango que no quise dar su lugar a la gente joven, seguí no más con mi equipo de carcamanes que se hacían ver con señoritas para aparentar más jóvenes... No, eso no me escriba porque no es cierto (166).

Corrió la propaganda que el general Caballero quería ser el dueño del Partido, no le escuchaba a nadie, no quería permitir que nadie más que sus amigos agarren el zoquete. Eso dicen ahora. ¿por qué no me dijeron antes? ¿Por qué no me dijeron en la cara, como colorados? (169-170).

Sin embargo, aun desde esa posición, Caballero sueña con un futuro colorado (“¡vamos a ver ahora cuándo volvemos al gobierno!”, 170) aunque pase por el golpe de estado (ya sabemos su forma de pensar: “cuando conspirábamos nosotros, conspiraba el pueblo”, 149) o el asesinato (“Manolo Gondra es el mismo que me hizo el cuatro junto a Benigno Ferreira; otro liberal *tuyá* que uno de estos días le vamos a dar un susto”, 161).

Así, el Partido Colorado se nos presenta como un grupo dispuesto a cualquier acto con tal de mantener el poder, aunque esos actos sean delictivos y contrarios a las libertades. Esta crítica evidente puede vincularse con las críticas que se han hecho a las dictaduras anteriores, y puede entenderse como una condena a los regímenes autoritarios posteriores. Por tanto, la novela de Guido Rodríguez Alcalá adquiere una dimensión que va más allá de lo que narra: la de obligar al lector a considerar la política paraguaya como una serie de mandatos autoritarios, que se justifican los unos en los otros. Por ejemplo, cuando menciona un proyecto que termina alistando a los delincuentes en la Fuerzas Armadas, la anécdota puede leerse como una crítica a ese cuerpo de seguridad, artífice de buena parte de los atentados antidemocráticos de la historia del país:

Estaban hablando siempre de obligarles a trabajar a los Vagos y Mal Entretenidos; incluso se trató, pero nos mataron un Jefe Política y los otros vinieron a decirnos que mejor suspender; no tenían personal para forzarle a nadie y lo único que les iban a hacer era matarles a ellos. Así que por el momento suspendimos; lo único que hicimos fue enganchar los Vagos y Mal Entretenidos en las Gloriosas Fuerzas Armadas, porque los muchachos bien no querían ir, protestaban [...] como si servir a la Patria es un castigo (176-177).

Por otra parte, no faltan en los personajes los intentos de emular al mariscal López, cuya figura se cuestionaba de forma constante en *Caballero*. Ahora, el mismo protagonista, en los aspectos más superficiales, no duda en imitarlo, por medio de actos que no hacen sino contribuir a la ridiculización de ambos: “me fui a rezarle un poco a mi antiguo superior [...] como solía hacer Mariscal cuando estaba en Francia, pero con Napoleón¹ que le gustaba

¹El relato “La traidora” (Guido Rodríguez Alcalá, *Cuentos decentes*) recrea las aspiraciones de López de imitar a Napoleón: “el señor Couverville me explicó que el número al lado son los emperadores y los reyes: CARLOS QUINTO, NAPOLEÓN TERCERO. Entonces entendí que López, con el PRIMERO al lado eran las ganas que tenía el tipo de ser emperador [...] a los treinta se paseó por Europa y el Napoleón III lo trató muy bien (era no más para venderle perfumes pero Francisco se lo tomó muy en serio) [...]. Como todo le venía fácil, pensó que también es fácil ser Napoleón. Y nos mandó a la guerra sin zapatos, sin comida, sin enfermeros, sin municiones. Para él igual, porque se hace famoso gane o pierda” (87 y 93). Muchos acusaron a López, en su tiempo, de tener aspiraciones monárquicas. Concepción Leyes de Chaves, en su novela *Madame Lynch y Solano López* (352), lo constata así: “tenía su poncho de vicuña favorito, de paño grana, muy fino, con flecos de oro y una coronita imperial de Brasil, bordada de realce, con hilo de oro en el cuello, regalo de Pimienta Bueno a don Carlos [...] detalle que fue utilizado en la falsa propaganda de sus aspiraciones (continúa...)”

tanto” (66). Pero la identificación entre López y Caballero no se basa tanto en sus actos cuanto en la condición del segundo de “heredero” del primero, enunciada del siguiente modo: “yo prácticamente soy el heredero del Mariscal López; él me nombró su sucesor para que continúe su trabajo positivo cuando ya se iba a morir porque el país estaba en ruinas” (148). El hecho de que Caballero, como el propio Stroessner, se considere sucesor de López hace que los tres queden igualados en su condición de pícaros. Además, hemos de fijarnos en la ambigüedad del enunciado del personaje, que nos recuerda al título del capítulo IV de la primera parte de *Caballero* (“De la destrucción de nuestra flota en la batalla fluvial de Riachuelo y de mi participación en ella”), en el que no se sabía si Caballero había participado en la batalla o en la destrucción de la flota. En *Caballero rey*, el autor hace que el protagonista insinúe que el mariscal murió cuando ya no podía extraer (sustraer) nada más del país. Y subraya que su “trabajo positivo” consistió en dejar Paraguay “en ruinas”. Por tanto, si López lo nombra “su sucesor para que continúe” ese “trabajo positivo”, no podemos esperar que Caballero abandone las prácticas tiránicas, delictivas e incluso homicidas que, como hemos visto, se han llevado a cabo durante la presidencia de Francisco Solano López.

También Gill utiliza unos métodos que no son muy distintos de los que han utilizado los dictadores paraguayos:

Juan B. Gill se creía porque su familia había sido luego amiga de Mariscal y de don Carlos [...], una familia muy decente, pero la oveja negra nunca ha de faltar y ese fue Juan B., que le daba quebranto hasta a su propio hermano, el general Emilio Gill, que le ascendió a general para que se calle pero don Emilio igual [...] decía que su hermano el [sic] Juan quería volver a los tiempos del Dictador Francia (91).

Así, los modos de actuar de los paraguayos no han cambiado mucho a pesar de la muerte de López. Por una parte, “Gill [...] siempre nos asustaba con conspiraciones para tenernos todos juntos” (110). Por otra, el hecho de que Gill envíe a Caballero a Europa, escoltado por un hombre de su confianza, supone una coincidencia con la forma de actuar de los López. Como se recordará, el propio Caballero ha citado a Centurión para acusar a Cándido Bareiro: “que había sido *pyrague* de López, se pasó denunciando a los becarios” (16). Como señalaba Guido Rodríguez Alcalá en un correo electrónico de octubre de 2000,

Tanto Bareiro como Gill tenían cierto parentesco con López, y habían estado en su gobierno: la guerra no modificó la burocracia [...]. Creo que algo parecido pasó en Alemania después de 1945. Cayeron Hitler y los más destacados pero, después de los juicios de Nuremberg, los aliados decidieron que, para manejar el país, era mejor contar con la burocracia del antiguo régimen que, en líneas generales, seguía siendo la del Kaiser.

El propio Caballero menciona que los liberales desacreditaban a Bareiro vinculándolo con López: “*Bareiro es pérfido, fue criado y educado por López, representa la continuación del pasado*, dijo Benigno Ferreira” (21). Tal vez por ello, en medio de una pésima situación económica (“ni siquiera había plata para arroz, y estábamos atrasados con la deuda de Londres y todavía teníamos más deudas con los comerciantes que se estaban cansando de prestarnos”, 127-128), el presidente se dedica a imaginar el lugar idóneo para

¹(...continuación)

monárquicas”. Por su parte, uno de los personajes de Rivarola Matto (*Diagonal de sangre* 35) admite: “era también posible que el general abrigara sueños de gloria e insensatas ambiciones imperiales”.

su estatua ecuestre; y a pedir préstamos para remozar el Club Nacional, y organizar fiestas:

Mi hermanita la Juana Isabel fue la que le dio la idea a don Cándido de abrir otra vez el Club Nacional [...] había que hacer como Mariscal y la Madama que tenían su club para hacer el baile de disfraces [...]. Pero no tenemos plata, le decía don Cándido. Tiene que hacer como Mariscal, le decía Juana, que le pedía contribución a la gente [...]. Mire, señora, le decía don Cándido, ocurre que nadie tiene plata en el país. Igual se puede prestar le dijo ella. Y así fue que don Cándido habló con los brasileros [sic] para que le pasen 300.000 pesos [...] con eso ya se podía reparar un poco la ciudad [...] nos distraíamos [...] calculando dónde íbamos a poner su monumento (130).

Otro ejemplo del gusto por la ostentación que vincula el gobierno de Bareiro con el de López es la ceremonia de entrega de Villa Occidental, en la que los paraguayos se gastan lo que no tienen (“nos salieron bastante caras”, 133). Claro que no es la única coincidencia entre ambos: como Caballero ha recordado, Bareiro llega a citar las palabras del mariscal: “¡No aguanto a los ideólogos!, solía decir don Cándido, y eso también le escuchaba decir a Mariscal (Napoleón le enseñó según me dijo)” (123). Además, al igual que López, Bareiro desconfía de sus hombres, y se encarga de hacerlos vigilar: “le había dicho que le controle a su vicepresidente” (127); y no duda en premiar con cargos a quienes le son útiles: los representantes de Paraguay en la ceremonia de entrega de Villa Occidental son el recién ascendido cuñado de Caballero y Patricio Escobar, a quien han convencido de que mantenga su silencio sobre el asesinato de Machaín (“estaba un poco argelado porque se enteró de que le decían el *pantalla*; decían que encubría todo lo que hacíamos don Cándido y yo”, 132).

Ante la posibilidad de perder el poder, e incluso la vida, las similitudes entre Bareiro y López se acrecientan. Como se recordará, en *Caballero*, el personaje ha señalado las dificultades de López para conciliar el sueño: “de noche daba grandes gritos y una madrugada se despertó diciéndome que trajese mucho jabón y lejía para lavar su tienda de campaña, que la había soñado como sucia de sangre. Todo por culpa de los traidores -los sobresaltos digo” (*Caballero*, 166). Por su parte, sabemos que, desde la noche del asesinato de Machaín, “don Cándido tuvo que tomar el láudano ese para dormir” (127). Alcanzada la presidencia, Bareiro sigue teniendo el mismo problema, empieza a obsesionarle la idea de ser asesinado, y se convierte en un nuevo López, capaz de ver enemigos por doquier:

Un día, que por no poder dormir nos paseábamos por la Plaza de Armas, la Escolta le detiene a un tipo que quería acercarse [...] don Cándido se puso muy nervioso (no quería ser otro Gill); no se iba a acostar hasta no saber por qué el tipo se le había acercado tanto [...] ¡Trató de matarme!, decía (135).

Como casi siempre ocurría en los intentos de asesinar a López, éste no es sino una imaginación de Bareiro: “el preso aquel tenía noticias importantísimas: el *Galileo* no tenía coraza ni cañones” (135). Esto ridiculiza la supuesta valentía de Bareiro, y su “prudente” retirada. Pero, quizá lo más importante es que, para obtener esta información, la policía de Bareiro ha usado los mismos métodos que López utilizó durante la guerra para obtener información sobre las traiciones: “les dije de entrada [...] pero me garrotearon igual, recién cuando vieron la recomendación de *paí* Maíz me creyeron” (135).

También coinciden en considerar la necesidad de inmigrantes: López forzó a su padre a llevar a cabo el proyecto de Nueva Burdeos, e implantó en Paraguay el primer ferrocarril de América Latina. Tal vez por eso, Caballero apostilla:

La idea de don Cándido era muy buena [...]. No podíamos dejar ese Chaco como estaba: un desierto lleno de *yaguareté* y de infieles; había que civilizar un poco todo eso, no se podía dejar tanta tierra de balde, sobre todo cuando había los europeos que querían venir para colonizar (136).

Claro que el equipo de Caballero nunca ha dado demasiadas muestras de respetar las leyes que contradicen sus intereses, así que “hecha la ley, hecha la trampa” (170): para salvar la norma que impedía la acumulación de tierras en manos de extranjeros, Monte, Aceval, Pedro Gill y otros compran lotes para vendérselos a Casado. Una estrategia que el personaje justifica por la necesidad de poblar el Chaco para evitar el avance de Bolivia:

Lo que precisábamos era justamente ocupar el Chaco, los bolivianos se estaban poniendo atrevidos [...], pero no teníamos un peso para ocupar el Chaco, la única forma venderle a un hombre de confianza como don Casado, que además tiene sus relaciones con la política argentina, así que si los cholos quieren quitarle sus 3.000 leguas, Buenos Aires no les ha de dejar (170-172).

En realidad, como él mismo señala, el procedimiento no es tan distinto del usado por López. Como se recordará, según la versión oficial, el mariscal regaló a Elisa Lynch una gran extensión de tierras porque, siendo ella extranjera, los enemigos, supuestamente, no se atreverían a expropiárselas en caso de ganar la guerra.

Los bolivianos se jodieron; ya no nos pueden quitar el Chaco porque es de Casado. (Es una forma de hacerle guardar, como el Mariscal a la Madama). El Chaco ya ha sido colonizado, como el resto del país; nadie se va a animar ahora a quitarnos el país, porque entonces van a tener que verse con gentes muy influyentes, como el señor Rothschild. Para proteger nuestra independencia (184).

Las conclusiones a las que llega el lector al analizar estos datos son bastante similares a las que nos ofrece Juan Bautista Rivarola Matto en su novela histórica *El santo de guatambú*: “Don Cirilo fue el primer presidente constitucional del Paraguay, el primero en violar la constitución y el primero en ser destituido al cabo de un año de gobernar de un modo casi tan arbitrario y despótico como [...] Francia y los López” (150). La diferencia, evidentemente, radica en el modo en que se llega a tal pensamiento: Rivarola, como el novelista tradicional, no duda en intervenir en el texto; Rodríguez Alcalá, como los representantes de la nueva novela histórica, se limita a inducirnos a pensar.

Finalmente, hemos de destacar que la presencia de López en la política paraguaya no sólo se opera por medio de la imitación. Durante el viaje de Caballero a Europa, a pesar de que Madame Lynch se ha enterado de todas las infidelidades que el personaje ha cometido respecto a su pasado, el narrador y Elisa renuevan su vieja amistad:

Tenía todos los diarios: *El Pueblo* del 18 de agosto del 71, por ejemplo [...]. Pero el manifiesto vaya y pase; lo que no podía perdonarme decía, era que los dejé en la calle a ella con los cinco niños [...]. Tenía también todos los decretos del Gobierno, la confiscación de bienes de la familia López [...] ¿cómo permitía yo, cómo firmaba papeles contra López, contra la familia, con qué derecho le exigíamos que devuelva al Fisco sus veintiocho inmuebles, sus 10.000.000 de hectáreas [...] que devuelva el dinero de las cuentas de Europa [...]? (88-89).

La imagen de Madame Lynch que se nos ofrece en estas líneas es la de una mujer más interesada por el dinero que por las traiciones. Por eso, a Caballero no le resulta difícil recuperar su confianza. Parece que le basta hacerle una promesa de ayudarla en el futuro:

“espere un poco. Espere que se vayan los negros, después solucionamos su problema” (89). Aunque, más tarde, nos deja entrever que la relación no se basó exclusivamente en una amistad (“si no era por la Madama (¡tan amable!) que me ponía la bolsa de agua caliente sobre la colcha, me hubiera muerto de frío”, 104). Sea como fuere, Caballero nos adelanta que no pudo cumplir su promesa: “yo le dije espere, pero no tanto; recién en el 85 vino Enrique a verme” (89). Con su llegada a Paraguay, Enrique Solano López, el hijo del mariscal, se convierte en un colaborador del Partido Colorado.

Nuestro partido era luego el de los héroes [...] no como el de los liberales, que no tienen ni uno, ellos son los que vendieron la Patria, los que le traicionaron al Mariscal López [...]. Hasta los curepí se dieron cuenta: *la vuelta del partido lopizta es una de las acciones significativas para los estadistas sudamericanos; no creemos que esté distante el día en que los hijos de Francisco Solano López sean llamados a tomar parte en los consejos de su país nativo.* [...] ¿Quién diría que un día Enrique Solano López iba a tener puesto público, Inspector de Escuelas incluso en tiempos de Egusquiza? (153).

Como ha señalado Caballero, con el tratado de límites con Brasil pasaron a ser propiedad del imperio “los yerbatales que mariscal le dejó a la Madama Lynch [...] la Madama Lynch se pasó la vida reclamando sus tierras¹; cuando murió la pobre vino Enrique Solano López para reclamar también, no hubo caso” (57). Así, la imagen de la concubina y el hijo de López aparecen también marcados por las luchas económicas que impregnan a la mayor parte de los personajes de la novela:

Recién en el 85 vino Enrique a verme, yo le prometí mi apoyo [...]. Después presenta su alegato, creo que 1888. Escobar ya era Presidente; eran las 3.105 leguas de yerbales, entre el Río Apa y el Río Jejuí (el Matto Grosso y el Chaco ya le habían quitado; quedaron en territorio brasilero [sic] y argentino). Entonces yo hablé con mi compadre; él habló con el Juez. *No va a haber problemas* [...]. Pero después me quitan resolución en contra [...] ¡Piense en la memoria de mi santa madre!, me dijo Enrique (Madama había muerto en 1886 [...]). Pero no había caso; el título de las 3.105 leguas de tierra que Mariscal le dio a la Madama Lynch allá por 1869 no está inscrito en el registro de la Propiedad [...]. Enrique comenzó después su campaña patriótica; pidió que se invada el Matto Grosso para recuperar las tierras (89).

Resulta curioso contrastar estas palabras de Caballero (en las que no podemos sino intuir que la crítica a los revisionistas está vinculada con una crítica a los intereses económicos que movieron al hijo del mariscal) con la visión que se nos da en otra novela histórica paraguaya de la misma época. En *Diagonal de sangre* (Juan Bautista Rivarola Matto), se dice: “el hijo del Mariscal y de Madame Lynch [...] había regresado de Europa para ponerse al servicio de la cultura de su patria y reivindicar el nombre entonces maldito de su padre” (86). Nada menciona Rivarola Matto de las tierras que Enrique Solano trató de

¹Leyes de Chaves, en *Madame Lynch y Solano López*, nos da más datos sobre este hecho: “en 1874 el señor Juan B. Gill, desterrado en Montevideo, escribió a Elisa [Lynch] anunciándole un próximo cambio radical en el escenario político de Paraguay [...]. Elisa recibió otra carta en la que Gill le comunicaba que sus compatriotas lo habían llamado para ocupar el cargo de ministro de Hacienda [...] que sería beneficioso a sus intereses que ella viniera lo más pronto posible al Paraguay, y terminaba ofreciéndole sus servicios [...]. Elegido presidente del Paraguay, Gill envió a Madama una copia del discurso pronunciado [...]; le reiteró su invitación [...]. Despreciando las amenazas de muerte, Elisa salió de Buenos Aires en compañía de su hijo Enrique [...]. Tan pronto como se supo que Elisa Lynch llegó a Asunción, las señoras Domeq de Decoud, Machaím de Hedo y Escato de Bareiro, entregaron al presidente de la República un petitorio [...]. El poder ejecutivo [...] la expulsó del Paraguay” (564-566).

conseguir, como nada dice Rodríguez Alcalá de las labores intelectuales del amigo de O'Leary.

La falta de coherencia en los actos de los personajes hace que la época de *Caballero rey* no diste mucho de la política paraguaya de sus antecesores, y de la de los que, como Stroessner, se declaran sus sucesores¹ (incluso, en la transición); y que la novela histórica pueda leerse en clave de crítica política. Hay incluso algunas frases de *Caballero rey* que no han perdido su vigencia, y que podrían formar parte de cualquier artículo periodístico que aludiera al stronismo. La siguiente, por ejemplo, hace referencia a la etapa en la que Gill es presidente, pero podría encabezar una crónica sobre las guerrillas que combatieron la dictadura stronista en los años sesenta: “les recibían los exiliados, pero eso siempre fue así, desde los tiempos del doctor Francia; los exiliados se van en Buenos Aires, donde quitan panfleto, diario incluso contra el Gobierno Paraguayo, hablan de invasión, etcétera” (134)

Algunos males parecen endémicos: existían en tiempos de Caballero, siguen existiendo en la actualidad, y no parece que se esté haciendo mucho por solucionarlos. Es el caso de algunas de las principales lacras del Paraguay actual: la corrupción (“nuestros Jueces de Paz y Jefes Políticos [...] terminaban haciendo una trampita para comer la tierra del vecino” 181); los sobornos y el contrabando (“nuestra frontera es demasiado larga, las autoridades se dejaban sobornar, costaba más trabajo controlarles a las autoridades que dejarles hacer”, 179); y la falta de infraestructuras, que impide el desarrollo económico (“importaban arroz, maíz, poroto; todo lo que se come”, 25). Por eso, la frase de la novela que recogemos a continuación sigue vigente:

Y hasta ahora la agricultura es un desastre, a no ser que vivas por San Lorenzo, Luque, que te queda cerca de Asunción y podés mandar para el mercado. Los que están más lejos ya no pueden. ¿Cuánto tarda la papa desde San Isidro hasta Asunción? Te sale más barato traer de Europa o de Argentina, como seguimos trayendo (180).

La mención a que “la deuda [...] del Banco Nacional del Paraguay nadie la arregla” (163) podría haber aparecido en cualquier diario del siglo XX. Además, la descripción que hace Caballero sobre la quiebra, cambiando los detalles, sirve para explicar todas las quiebras posteriores:

Al poco tiempo, quebró el Banco, y eso porque los muchachos abusan con la valeada. Porque a cada rato hacían *vales* contra el Banco: cien, doscientos pesos [...] por ejemplo, nos venía el Jefe de Yancaguazú, necesitaba un \$ 50 para el cajón de su tío [...] le dábamos *vale* contra el Banco Nacional, pero el tipo no venía nunca más en Asunción, y nos salía más caro hacerle buscar [...]. Así que de a poquito se nos fue comiendo nuestro capital (163).

Guido Rodríguez Alcalá comentaba, en un correo de noviembre de 2000, la similitud entre la situación actual y la que se narra en *Caballero rey*:

Hace unos días, se anunció que el Banco Nacional de Fomento (el banco del estado) está en quiebra.

¹Si no fuera porque las novelas de Juan Bautista Rivarola Matto casi nunca critican a López, podríamos afirmar que el enfoque de uno de los personajes de *Diagonal de sangre* es muy similar: “el mariscal López trató de instaurar una suerte de despotismo ilustrado, el único viable en su época en un país de rústicos imbéciles, como lo definía su padre. Veán ustedes en que se ha convertido el ‘lopizmo’: en sustento y fundamento del despotismo analfabeto que ahora padecemos” (92).

En 1891, quebró el Banco Nacional (también del gobierno) porque había dado créditos políticos, que no se podían recuperar. En tiempos de Stroessner, quebró el Banco del Paraguay por la misma razón. En el Banco Nacional de Fomento, faltan la mayoría de las garantías de los préstamos porque los empleados las hicieron desaparecer. Historia vieja. Cuando se vendieron las tierras públicas según las leyes de 1883 y 1885, se hacía lo mismo. Se amortizaba la primera cuota y después se pagaba al funcionario para que hiciera desaparecer los documentos. Así, se anulaba la deuda, y uno se convertía en propietario. La historia se repite o sigue siendo la misma.

La historia del país aparece como un *continuum*, como una repetición de acontecimientos desde antes de la Independencia hasta nuestros días. A veces, nos da la sensación de que Guido Rodríguez Alcalá ha forzado hábilmente las similitudes entre López, Caballero y Stroessner. Pero, inmediatamente, nos damos cuenta de que dichas semejanzas no son sino la consecuencia de la pervivencia de ciertas estructuras políticas y sociales. Como reconoce el propio autor en un correo de noviembre de 2000,

Hasta cierto punto, me he propuesto explicar el pasado sobre la base al presente, y por eso he mandado cien años más atrás ciertos personajes que he conocido como parte de la corte de Stroessner. Es objetable como historia, pero tampoco hace errar siempre.

Esta afirmación se confirma por otros aspectos que se recogen en la novela. Por ejemplo, cuando Guido Rodríguez Alcalá escribió *Caballero rey*, faltaban once años para que Argaña fuera asesinado. Y, sin embargo, hay demasiados detalles de asesinato del vicepresidente de Raúl Cubas que nos recuerdan al de Gill y al de Rivarola. Los tres ocurrieron en el centro de Asunción, y resultaban previsibles: en la novela, la mujer de Gill “le dijo al Presidente que se cuide” (112), y Rivarola “se fue en [sic] casa del representante brasilero [sic], [...] para pedirle garantías” (127). Cuando Argaña fue asesinado, Helio Vera escribía en el diario *Noticias* del 24 de marzo de 1999:

Deploro confesar que el asesinato del doctor Argaña no me ha sorprendido. Digo más: en cierto modo, lo esperaba. [...] Era demasiado evidente que el sainete que estábamos viviendo iba a desembocar, más temprano que tarde, en una tragedia. Por eso, todos los que escriban sobre esto caerán en la tentación de repetir el título de la conocida novela de García Márquez: *Crónica de una muerte anunciada*.

Además, la novela se hace eco de las sospechas populares hacia el grupo de Caballero como instigador del asesinato de Gill (hasta el punto de que el personaje afirma: “le matamos a Gill”, 117), como medio para acceder al poder, y decretar el estado de excepción que la población interpreta como “un pretexto que aprovechábamos para perseguir a la gente” (117). En el caso de Argaña, todas las sospechas apuntaron a Lino Oviedo, quien esperaba que la muerte del vicepresidente permitiera a Cubas decretar el estado de excepción, disolver el congreso, y anular el juicio contra Oviedo. Por otra parte, Caballero señala: “el proceso por la muerte de Rivarola nunca se aclaró” (130); y, en mismo artículo que hemos citado, Helio Vera decía:

En realidad, no importa mucho quiénes fueron los ejecutores [del asesinato de Argaña]. Lo que interesa es saber quién dio la orden y quién puso el dinero para los gastos. Aunque, con sinceridad, creo que nunca conoceremos la verdad [...] la identidad política del grupo ejecutor es desconocida, y hasta que se la esclarezca, solo pueden hacerse conjeturas acerca de ella.

Las coincidencias se vuelven todavía más evidentes si nos fijamos en los pequeños detalles. Tanto en el caso de Rivarola como en el de Argaña, la policía dista mucho de ser eficiente. Respecto al primero, Caballero señala: “llegó tarde en la dirección de la Polecía [sic] (que queda como a 200 metros) [...] pasaron como 40 minutos antes de que lleguen los agentes” (128). Sobre el segundo, ya hemos mencionado que la policía dejó transcurrir casi tres cuartos de hora entre el momento de los disparos y el traslado del cuerpo al Sanatorio Americano, que estaba a sólo cuatro kilómetros. Así, la historia se repite incluso en hechos que suceden tiempo después de la publicación de la novela.

Otro ejemplo de ello es la referencia a los bonos que emitieron para hacer frente a los gastos del estado, tanto el gobierno provisional (“los comerciantes aliados les prestaban, no para cobrar, sino para conseguir permiso para hacer contrabando [...] le pagaban con títulos de deuda pública que cambiaban por tierras”, 24-25) como el de Caballero (“eran \$ 400.000 de deuda pública interna [...] porque solíamos largar unos bonos que colocábamos en el comercio local, y a veces no amortizábamos en seguida”, 158). Como señalaba el autor en un correo de noviembre de 2000, “hoy el gobierno emite bonos para pagar los sueldos de los funcionarios públicos”. Pero la situación no es puntual en dos momentos distintos de la historia, es un hecho que ha venido sucediendo desde la colonia. Guido Rodríguez Alcalá lo resumía así en ese mismo correo:

El gobernador Pinedo¹ [...] decía que el gobierno no tenía fondos para pagar los gastos de la administración. Por eso pedía a España los necesarios para pagar un ejército profesional de 500, pues lo barato salía caro. No era economía gastar menos en un ejército improvisado, que hacía lo que no debía, incluso meterse en política. ¿No te suena familiar?

1. Debido a la falta de capital, se recurría al préstamo usurario (mayormente de prestamistas de Buenos Aires), lo que empobrecía todavía más a la provincia. Ahora, los créditos comerciales aquí tienen intereses del 36%, que impide devolverlos. Como resultado, quiebra el productor, y hasta el mismo prestamista, dándose “una cadena de quiebras”, como decía Pinedo.

2. La situación del campo hace que los pobres busquen la protección de los poderosos. El que tiene dinero y sabe guaraní manipula la campaña como quiere. El caso más reciente fue el de Oviedo.

3. El país se encuentra incomunicado, decía Pinedo; la historia sigue.

4. Un sistema impositivo y de intermediación absurdo, que explota al productor. No lo dice Pinedo expresamente, pero la yerba no costaba un peso en los yerbales y se vendía en Buenos Aires a 20 o 30 pesos. Muchos estudios recientes te dirán que, cambiando lo que se debe cambiar, el sistema continúa.

En líneas generales, siguen los mismos problemas. Esto no quiere decir que se trate de problemas eternos; son históricos y tienen solución, como han tenido causa y comienzo. Sólo que se requiere entenderlos para resolverlos. Hay que dejarse de mistificaciones, terminar con el cuento de que la literatura debe expresar el *alma nacional*, el *ser nacional*, esencias inasibles de tipo metafísico; por ese camino vamos mal. Tampoco es necesario ser historiador para ver las cosas que ve cualquier persona normal. Sin ser especialista, uno no está obligado a no ver.

Siguiendo la implícita invitación del autor, empezamos a buscar en la novela (y, por tanto, en el tiempo de Caballero), y en la realidad actual, los hechos que Pinedo denunciaba en el siglo XVIII. Por una parte, en *Caballero rey*, hay múltiples referencias al “batallón

¹Se refiere al “Informe del gobernador del Paraguay Agustín Fernando de Pinedo a S. M. el rey de España acerca de la pobreza de la provincia y de la opresión de los indios”, redactado el 29 de enero de 1777, y publicado por la *Revista del Instituto Paraguayo*, en 1905.

guarará”, compuesto por “machateros de la Chacarita¹” a los que “en vez de pagarles Juan Bautista Gill les daba su *hace y deshaz* [...] con él podían robar como querían” (40-41). Además, se señala que, durante la posguerra de la Triple Alianza, “el Jefe Político [...] no cobraba su sueldo y se cobraba robándole lo poco que tenía el campesino” (94). En realidad, no es una situación muy diferente de lo que sucedía con la policía y las Fuerzas Armadas durante el stronismo (y, en menor medida, en la etapa democrática): para mantener la fidelidad y “completar el sueldo”, el gobierno ha permitido actos ilegales como el soborno, las primas y el cohecho. Y aunque, durante la transición, una ley trató de evitar que los militares estuvieran afiliados a partidos políticos, los intentos de golpe de estado se hicieron por parte de personas (militares y civiles) afines al coloradismo. Este tema enlaza con el de los préstamos, a los que la novela alude en varias ocasiones, para señalar que, como el gobierno no puede devolver el dinero, permite a quienes se lo prestan todo tipo de actos ilegales:

Luis Patri, que llegó al Paraguay con una mano atrás y otra adelante pero después se convirtió en un gran señor con la casa que se hizo en la calle 25 de diciembre... Se hizo de dinero como macatero, era uno de los que le prestaba plata a Rivarola y Jovellanos, que no podían pagarle, pero se cobraba metiendo su mercadería de contrabando (93).

El correo del autor da cuenta de los intereses que se pagaban por los préstamos en la Colonia y en la actualidad. La novela constata la misma situación durante el gobierno de Caballero: “no había circulante, porque si prestabas el dinero te pedían 3% de interés mensual [...] así que el comercio luego estaba trancado, se estaban aburriendo de darnos crédito” (154); “los argentinos [...] nos ofrecieron otro crédito de \$ 100.000 [...] aunque nos salía un poco caro (\$ 45.000 al año)” (159).

La referencia a la política populista de Lino Oviedo, que concuerda con la forma de actuar de Stroessner, y con la denuncia de Pinedo de que los campesinos buscaban la protección de los poderosos, tiene también su reflejo en la novela, donde se dice: “en el campo, [...] la ley era luego lo que decía el Jefe Político” (94); y se señala la manipulación de las campañas en el interior del país (“San Roque era luego la parroquia del *paí* Duarte, allí toda la gente le quería al *paí* y él les había dicho para que voten barierista”, 27). Por tanto, Caballero y su grupo han de buscar la fórmula para que el pueblo esté contento a pesar de los desmanes de sus gobernantes²: “nos querían intrigar. Pero de balde. Porque al pueblo le gusta el uniforme, el desfile, la fiesta con cohete, con corrida de toros, con asado y todo... Para completar vino [...] una carpa de circo” (163).

En el tratado cuarto, Caballero aparece repentinamente preocupado por los pobres. Si leemos sus palabras desde una perspectiva política, entenderemos que forman parte de

¹La Chacarita es uno de los barrios más pobres y marginales de Asunción. Con esa sola referencia, el lector paraguayo entiende a qué se refiere Caballero. Sin embargo, el término no tiene porqué interpretarse como un anacronismo. Como señala el autor en un correo de diciembre de 2000, “la palabra *chácara* o *chacra* (huerto) es de los tiempos coloniales. Las *chácaras* de los primeros asuncenos estaban sobre la ribera, aunque al borde del río vivían los criados y esclavos, y los amos tenían casa sobre la parte alta del terreno. Por las mismas razones, existía una *chacarita* en Buenos Aires”.

²No es muy distinto este sistema del que, según Mario Vargas Llosa (*La fiesta del Chivo* 166), utilizaba Trujillo: “¿Cuántos millones de pesos había gastado [...] en fundas de caramelos, chocolates, juguetes, frutas [...]? [...] Trabrar una relación de compadrazgo [...] era asegurarse la lealtad”.

las campañas populistas que han caracterizado las dictaduras del Río de la Plata¹, y que las acusaciones que el personaje hace a los jefes políticos de finales del siglo XIX bien podrían aplicarse a los de finales del XX, especialmente a los que, con su actitud, ayudaron al sostenimiento de la dictadura stronista. Ambos momentos tienen, además, otra característica común que Caballero no tarda en enunciar: “todo el mundo se iba en Argentina [...] dicen que 15.000 familias emigraron” (94).

Por último, respecto al sistema impositivo, Caballero relata con especial énfasis las medidas adoptadas por Gill, que él juzga injustas y desproporcionadas:

Los comerciantes ya no querían prestar más dinero a Gill, y entonces Gill les dijo: De acuerdo, entonces me pagan los derechos de aduana. Los tipos le dijeron que en todo caso le cobre al Ejército aliado que era a nombre de quién venía la mercadería. Y desde luego que no podía cobrarle al Ejército, entonces pensó avivarse cobrándole el impuesto al capital [...]. Eso perjudicó al más pobre (94).

Creemos que la constatación de la existencia de este tipo de hechos a lo largo de toda la historia paraguaya avala la tesis del autor antes enunciada: “la historia se repite o sigue siendo la misma”, y nos acercan a la afirmación que Helio Vera hacía en el artículo que aquí estamos citando: “siempre creí que los ritos democráticos no fueron sino un maquillaje que nos pusimos después de 1989, pero al que nunca terminábamos de acostumbrarnos”. A su manera, el propio personaje predice la continuación de su forma de gobierno: “cuando volvamos [sic] los colorados, Amarilla, nos hédemos [sic] quedar 40 años, por lo menos; hédemos [sic] hacer como los López, que no le dejaban la Presidencia a cualquiera” (157). Esta prolepsis es una constatación de que esta novela, aparentemente histórica, es sobre todo una crítica política a la dictadura.

¹Ellen Spielmann (“Populismo”) señala: “después de la Escuela de Birmingham, populismo y pueblo son términos empleados cada vez más en los estudios culturales [...] los trabajos de Ernesto Laclau sobre el populismo son considerados básicos [...]. Lo decisivo según él es que el populismo no es inherente a un tipo de movimiento, ni a una ideología sino que se trata de una manipulación de contradicciones, que no son de clase, en discursos políticos originados en contradicciones de clase [...] como bien analiza Carlos Rincón [...] el pueblo no existe en un sentido definido: se trata de una articulación del discurso político. El discurso político interpela a un sujeto, una subjetividad, dando lugar a una posición de sujeto. [...] El pueblo nunca se presenta a sí mismo como lucha directa entre clases [...] el populismo surge, históricamente ligado a una crisis del discurso ideológico dominante, que es, a su vez, parte de una crisis social más general. Esta crisis puede ser [...] el resultado de una fractura en el bloque de poder, en el que una clase o fracción necesita, para afirmar su hegemonía, apelar al ‘pueblo’ contra la ideología vigente en su conjunto, o bien de una crisis en la capacidad del sistema para neutralizar a los sectores dominados” (182-183).

CONSIDERACIONES FINALES

Todo tendrá que ser reconstruido, invencionado de nuevo, y los viejos mitos, al reaparecer de nuevo, nos ofrecerán sus conjuros y sus enigmas con un rostro desconocido. La ficción de los mitos son nuevos mitos, con nuevos cansancios y temores.

José Lezama Lima, *La expresión americana*.

Al comienzo de esta tesis, afirmábamos que, con la adopción de la nueva novela histórica, las letras paraguayas habían logrado desarrollar la tendencia narrativa actual más importante del continente. No era un paso sencillo: para darlo, tenían que romper con el retraso secular que las caracterizaba, y con una historia convertida en mito con el beneplácito interesado de las diversas dictaduras. Además, tenían que luchar contra unas condiciones socioculturales adversas, enfrentarse a la escasez de público lector, a las carencias editoriales, y a la falta de reconocimiento internacional. Por último, tenían que superar la inercia de una prosa que seguía escindida entre los logros conseguidos en el exterior, y los escasos intentos renovadores del interior.

Como vimos en la primera parte de este trabajo, la propia historia del país explica que la literatura escrita en Paraguay, hasta los años ochenta del siglo XX, fuera poco más que un conjunto de obras dispersas.

Poblado inicialmente por tribus paleolíticas y neolíticas, colonizado por hombres de escasa cultura, marcado por la inexistencia de metales preciosos, privado de la aristocracia por el fracaso de la Revolución de los Comuneros, y carente de prensa desde la expulsión de los jesuitas, Paraguay llegó a la Independencia sin haber formado una elite cultural que fuera capaz de generar obras literarias o de dirigir el país en su nueva etapa. Los esfuerzos de la primera Junta Gubernativa en pro de la cultura no tuvieron ocasión de consolidarse: la dictadura de Francia cerró y reglamentó la vida del país, convirtiendo en imposible cualquier actividad artística, cualquier disidencia política. Su sucesor, Carlos Antonio López, comprendió la importancia de la apertura internacional, y empezó así a gestarse una esperanza que pronto se vería truncada por la Guerra de la Triple Alianza. Finalizada la contienda, los “intelectuales” consideraron que las necesidades de Paraguay eran de índole, sobre todo, práctica, y enfocaron sus esfuerzos hacia la política o hacia la literatura consoladora. Más tarde, los continuos cambios de gobierno y las sucesivas dictaduras llevaron al exilio o al silencio a buena parte de la población. De ese modo, Stroessner pudo tiranizar a un pueblo acostumbrado a la violencia y el autoritarismo.

Sin embargo, el hecho de que los paraguayos hayan sufrido esa historia terrible no significa que fueran ajenos a la necesidad humana de narrar. El pueblo iletrado desarrolló una “literatura oral” por medio del “caso” y la “maravilla”; y los escritores trataron de crear una tradición literaria que, si bien no fue tan abundante ni tan novedosa como en otros países de su entorno, constituyó un sustrato sobre el que trabajar en el futuro. En la tercera parte de esta tesis, pudimos comprobar que, desde la Colonia, se constata la existencia de literatura en Paraguay; que la novela empezó a tener representantes desde el siglo XIX; y que la narrativa se renovó en la década de 1950, gracias a las obras de autores como Casaccia y Roa Bastos, que vivían fuera del país. Además, en los años ochenta del siglo XX, concurren una serie de circunstancias políticas, sociales y editoriales que facilitaron el auge de la narrativa, y la diversificación de sus tendencias, sus recursos y sus temas. En los últimos años, no sólo ha aumentado espectacularmente el número de publicaciones, sino que

narradores como Renée Ferrer, Raquel Saguier, Helio Vera y Guido Rodríguez Alcalá, por citar sólo cuatro de los ya reseñados, han logrado generar obras de incuestionable calidad.

Aunque es cierto que el panorama narrativo paraguayo todavía no muestra una nómina de novelistas tan extensa como la de otros países hispanoamericanos, no lo es menos que la población apenas supera los cinco millones de habitantes, y que la prosa de creación arrastraba un enorme retraso. Por eso, la experiencia de grupos como el “Taller Cuento Breve”, y la aparición de nuevos narradores, no pueden sino suponer una esperanza. Son hombres y mujeres culturalmente inquietos, ávidos seguidores de lo que acontece en el exterior, y, en algunos casos, formados en el extranjero. Las estancias de Guido Rodríguez Alcalá en Ohio y Nuevo México le permitieron, además de cursar un doctorado, conocer otros modos de vida, otras formas de pensar y de escribir. Probablemente, fueron determinantes para la dirección del magnífico Suplemento Cultural de *Abc Color*, y para dar el paso desde la poesía (vehículo, por excelencia, de la literatura paraguaya) a la prosa.

No obstante, hay que señalar que las circunstancias favorables de las dos últimas décadas paliaron los viejos problemas de la literatura nacional pero no acabaron con ellos. La escasez de público lector, los enfrentamientos entre escritores, las críticas basadas en juicios extraliterarios, las dificultades de distribución, y el desconocimiento en el exterior siguen lastrando la narrativa paraguaya. A tales problemas, la novela histórica añadía el que estudiamos en la segunda parte de esta tesis: la existencia de una historia intencionadamente tergiversada por el revisionismo, y casi universalmente aceptada por el pueblo. Gracias a la labor de Emiliano O’Leary, Natalicio González y los políticos que gobernaron el país desde la Guerra del Chaco, los dictadores de la Independencia se convirtieron de héroes imitables, la contienda de la Triple Alianza en mito de la nacionalidad, y el fundador del Partido Colorado en símbolo de la Reconstrucción.

La nueva novela histórica paraguaya, en sintonía con las expresiones de este género en el resto del continente, usa técnicas que poco tienen que ver con las utilizadas por la narrativa más tradicional, y cuestiona las verdades oficiales mediante la ficcionalización de los “grandes hombres” y los “grandes hechos” de la historia nacional. Por eso, cuando se publicó *Caballero*, los acólitos del todavía dictador Alfredo Stroessner entendieron que la obra era una amenaza para un sistema que prefería que la gente siguiera creyendo, sin cuestionarla, la historia creada a la medida de los gobiernos totalitarios. Esto explica que las críticas que la novela recibió sólo se centraran en aspectos literarios cuando se escribieron fuera de Paraguay: la prensa del país apenas si hizo algo más que demostrar que suponía una amenaza para el sistema.

Al leer la narrativa histórica de Guido Rodríguez Alcalá, vamos descubriendo que muchos de los hechos del pasado se repiten una y otra vez; y que sólo la tradición antidemocrática explica los actuales problemas de Paraguay. Como señala Luis Britto García (“Núñez” 11), la “perduración de épocas y repetición de personajes crea un inexorable marco trágico. Si seres y sucesos se repiten, al protagonista le quedan dos opciones: la rebelión trágica contra el destino, o la sumisión pícaro a él”. Está claro que la elección del *Caballero* de las novelas es la picaresca, pero cabe recordar que algunos de los personajes de los cuentos optan por la rebeldía: son los marginados, los ajusticiados, la gente anónima que nunca ha tenido voz en la historia oficial, porque su presencia hubiera empañado la imagen de esos pícaros que el revisionismo ha convertido en próceres de la patria.

Caballero y *Caballero rey* bajan del pedestal a esos supuestos héroes, y los humanizan hasta el punto de mostrarlos ante el lector como hombres que, sobre el bien

común, impusieron su afán de mando, de poder y de dinero. Así, ese gran mito de la nacionalidad paraguaya, la guerra contra la Triple Alianza, pierde su valor fundacional, y aparece, con toda su crudeza, como la obra de un loco sanguinario para quien la destrucción de su pueblo no era sino el modo de apaciguar su espíritu enfermo. Al desenmascarar la historia, la narrativa de Guido Rodríguez Alcalá está privando de sus bases ideológicas a los políticos que, desde hace un siglo, se vienen declarando sucesores de López y de Caballero, para legitimarse como continuadores de la labor que ellos emprendieron.

Otros habían asumido antes la tarea de desmitificar el pasado por medio de la narrativa. Lo hizo Lincoln Silva en 1970, cuando *Rebelión después* vino a demostrar que la dictadura de Stroessner era la actualización de las tiranías del pasado. Y lo hizo Augusto Roa Bastos en 1974, cuando inauguró la “novela del dictador” con *Yo el Supremo*, donde abordó la figura de Gaspar Rodríguez de Francia sin el distanciamiento de la épica, con novedosas técnicas constructivas, y un elaborado trabajo lingüístico. Pero como ambas obras se publicaron en Buenos Aires, en un momento en que los autores que estaban en Paraguay apenas se veían influidos por los que escribían fuera, se puede afirmar que, hasta los años ochenta, no se sentaron las bases del género en el país. Por tanto, dentro de Paraguay, el principal intento de explicar la historia a través de la ficción había sido el de Juan Bautista Rivarola Matto, que aspiró a la objetividad sin abandonar los cánones de la prosa tradicional.

Así pues, Guido Rodríguez Alcalá tenía modelos recientes, creados por escritores de su país; y contaba con el precedente de poemas, cuentos, artículos, ensayos y hasta alguna novela, que abordaban un argumento presente en la prosa paraguaya desde sus orígenes: la historia. Sin embargo, ni unos ni otros están en la base de su narrativa, porque ésta rompe con los espacios míticos, y con los juegos lingüísticos y conceptuales de Roa Bastos; y, al contrario que Rivarola Matto, el autor ni aspira a la objetividad ni interviene visiblemente en los juicios, sino que queda intencionalmente fuera del relato. Claro que esto no significa que haya elaborado unas obras neutras ni que la lengua sea un mero vehículo de expresión. De hecho, el modo de hablar del personaje, con sus incorrecciones, sus contradicciones, sus saltos temporales y sus incoherencias, es una manipulación literaria que conduce al lector a las conclusiones que el autor pretendía. Y el estilo del cronista imita, hasta la parodia, el tono de los historiadores revisionistas a los que trata de desacreditar.

Paradójicamente, sus novelas están más documentadas que la mayor parte de las obras, supuestamente científicas, de la historiografía paraguaya. Las voces y contravoces, los pre-textos (o, si seguimos a Genette, los “hipotextos”) de *Caballero* y *Caballero rey* aparecen citados en ellas, de modo que éstas se presentan como reescrituras de las obras que les sirven de base. Por tanto, igual que sucede con *El arpa y su sombra*, para interpretarlas, hay que verlas “como respuesta y no como mensaje directo” (Rössner, “Utopía” 70-71). Tantos son los textos y las anécdotas que se refieren en estas novelas, especialmente en la segunda, que sólo un buen conocimiento de la historia paraguaya oficial permite que el lector disfrute de todas sus connotaciones y de todas sus irreverencias.

Como las narraciones se sustentan sobre la base de los documentos que se citan, se copian y se insertan en el relato, esta literatura es, en cierto sentido, más “verdadera” que la historia oficial. Sin embargo, la manipulación literaria de las fuentes hace que las tesis revisionistas queden en entredicho dentro del contexto de los hechos que se narran, mientras que las de los autores más críticos resultan esclarecedoras para el lector. Además, unas y otras se mezclan con sucesos inventados; y los seres humanos reales, cuyos actos llegan a parecer absurdos, conviven con personajes ficticios, que resultan completamente

convincentes. Así, el lector se cuestiona los límites entre la verdad y la ficción, mientras observa los guiños en forma de ironías, anacronías y manipulaciones temporales.

Al contrario de lo que sucedía en la novela histórica tradicional, el discurso de *Caballero y Caballero rey* aparece lleno de prolepsis y analepsis, que permiten una interpretación de los hechos afín a la que el autor persigue. Por tanto, en estas novelas, como sucedía en *El general en su laberinto* (García Márquez), “el autor instrumentaliza al narrador para denunciar implícitamente la historiografía oficial que prefiere enaltecer a próceres impecables y heroicos”; como en *El mundo alucinante* (Reynaldo Arenas), “la ficción biográfica aparece fragmentada, interrumpida, impregnada de citas en cursiva”; y, como en *Respiración artificial* (Ricardo Piglia), existe una “densa red de referencias intertextuales y el distanciamiento respecto de la ficción en los excursos de historia” (König, “Discurso” 83-93). Es decir, como en todos los textos analizados por el artículo de Brigitte König, en las obras de Guido Rodríguez Alcalá “las tensiones entre ficción e historiografía, siempre latentes en la novela histórica, no se enmascaran ni se encubren sino que por el contrario se ponen de relieve [...] al [...] relativizar el valor de testimonios y documentos” (“Discurso” 99). Además, las alusiones a la conveniencia de hacer desaparecer documentos, que surgen tanto en el discurso del personaje como en el del cronista de *Caballero rey*, nos remiten a la idea de Foucault de que el documento “fue seleccionado según la imagen que la época pretendía sugerir de sí misma”¹.

Esta utilización de las fuentes, del lenguaje y del tiempo del relato, estas interferencias entre documentación e invención, se unen a una selección de los hechos que subraya delaciones, miedos, traiciones, revoluciones, y todo cuanto pueda contribuir a que el lector comprenda que la historia de los héroes no es sino “la obra de intereses de grupos, de partidos. Simulaciones, trucos, propaganda [...]. Un cuento para niños a quienes no se les permite razonar por cuenta propia”². Frente a ello, su literatura ofrece una nueva historia paraguaya, “pero ya no en la versión patética de los manuales escolares, sino en una forma lúdica y desmitificadora” (Rössner, “Utopía” 73). Para lograrlo, Guido Rodríguez Alcalá ha utilizado la misma herramienta que sus contemporáneos de otros países latinoamericanos: la nueva narrativa histórica. Y en este molde ha insertado los recursos de la picaresca: un tono humorístico, una estructura de episodios ensartados, unos títulos de capítulos con resonancias caballerescas, y un protagonista que cuenta su historia para esclarecer la verdad, que se pone al servicio de varios amos para ascender en la escala social, con un comportamiento astuto, oportunista y hasta delictivo.

Por tanto, podemos concluir que, como nuevas novelas históricas que son, *Caballero y Caballero rey* abandonan la estructura lineal, como si el tiempo no importara en una visión de la historia en la que los hechos se repiten cíclicamente. Además, el tradicional narrador omnisciente ha sido remplazado por un narrador intradiegetico al que el lector acaba confiriendo poca credibilidad. De ese modo, la historia deja de ser una materia incuestionable y “verdadera” para convertirse en un conjunto de hechos que se deben interpretar. Si a esto añadimos que las novelas mezclan sucesos reales e inventados, e incluyen evidentes anacronías y notas apócrifas, el resultado no puede ser otro que el distanciamiento. En ese contexto, los héroes tradicionales pasan a ser pícaros; y la historia,

¹Foucault, *La arqueología del saber*. Tomado de Gnutzmann, “Historia, utopía y fracaso”, en Sonja M. Steckbauer (ed.), *La novela latinoamericana entre la historia y la utopía*, Eichstätt, Univ. Católica, 1999, p. 122.

²Enrique Bernardo Núñez, *Bajo el Samán*, Caracas, Vargas, 1963.

un conjunto de subjetividades y mentiras intencionadas.

Para romper con la tradición dictatorial, el único camino es la mirada crítica; y, como señala Gnutzmann (“Historia” 133), “la literatura puede permitirse ofrecer una visión más compleja, menos ‘purificada’ de los motivos y actos de los grandes de la historia”. Guido Rodríguez Alcalá, consciente de ello, ha dedicado buena parte de su vida a estudiar la tradición autoritaria de su país, y ha plasmado sus investigaciones en ensayos y obras literarias. Además, ha entendido que la prosa paraguaya de ficción es, todavía, una gran desconocida, que merece atención y respeto. De ahí que sus últimos trabajos publicados hayan sido una antología de la narrativa paraguaya de los años ochenta (con María Elena Villagra), y otra de narradoras del siglo XX (con José Vicente Peiró). Por tanto, el valor de su obra es doble: tanto sus investigaciones como sus creaciones luchan por romper con el desalentador ostracismo, y se enfrentan a las mentiras oficiales.

Como vimos en la tercera parte de esta tesis, *Caballero* emprendió un camino que otros escritores paraguayos han seguido, constituyendo un pequeño núcleo de voces críticas, dispuestas a mejorar el panorama literario de su país. Es el mismo propósito al que Guido Rodríguez Alcalá se sigue dedicando en el presente: después de más de tres años de trabajo, acaba de concluir la novela *Velasco*, de la que él mismo nos decía en un correo de abril de 2001:

Me ha llevado muchísimo tiempo y no debe salir mal. El personaje es el último gobernador español, supuestamente derrocado por el golpe del 14 y 15 de mayo de 1811, día (o noche) de la Independencia. No sé por qué se habla del 14 y el 15. La noche del 14 hubo un levantamiento en el cuartel pero, el día 15, Velasco seguía siendo gobernador, y como tal lanzó un bando. El 16 se incorporaron al gobierno dos personas más, y se juró fidelidad a Fernando VII. La declaración de la Independencia del Paraguay, hasta donde sé, fue el 25 de diciembre de 1842. Carlos López se sintió obligado a hacerla porque, de lo contrario, no lo reconocían los ingleses. De hecho, el país ya era independiente, pero sin declaración. Es un momento interesante, tengo información, y trato de hacer algo útil con esa información.

Tras muchos correos en los que el autor nos ha ido comunicando su minucioso trabajo para recabar datos, y su sorpresa por lo que iba descubriendo, hemos tenido la oportunidad de leer el primer capítulo de la novela. La voz del propio Velasco se funde con los textos que han servido de base a la obra, para recrear la vida en Paraguay entre 1810 y 1812, cuando la Ilustración llega a un país que se está desprendiendo de su condición de colonia, y todavía no sabe que ese sabio-ignorante que es Francia acabará con las esperanzas de renovación. Ese interesante argumento (que, de nuevo, viene a romper con la visión más difundida de la historia) se narra con una prosa clara y seductora, jalonada de interrogaciones retóricas en las que el lector ve reflejadas sus dudas, logrando así establecer una enorme complicidad. Es el fruto de la vocación literaria, y de la curiosidad por estudiar el pasado como medio para entender el presente y reconducir el futuro, de un escritor que, cada vez que termina un relato histórico, sostiene que va a ser el último. Y, sin embargo, por fortuna, continúa en su intento de hacer de la novela paraguaya un género de calidad que, casi como mandaban los clásicos, deleite al lector y le obligue a pensar. Todo un reto en un país en el que la prosa histórica solía dedicarse a otros menesteres.





BIBLIOGRAFÍA



1.- General

a. Libros.

- ACÍN, Ramón, *Narrativa o consumo literario (1975-1987)*, Universidad de Zaragoza, 1990.
- ALONSO, Santos, *La novela en la transición (1976-1981)*, Madrid, Dante, 1983.
- AMELL, Samuel, *La cultura española del posfranquismo. Diez años de cine, cultura y literatura en España (1975-1985)*, Madrid, Playor, 1988.
- AMORÓS, Andrés, *Introducción a la novela contemporánea*, Madrid, Cátedra, 1971.
- ANDERSON IMBERT, Enrique, *Teoría y técnica del cuento*, Madrid, Ariel, 1992.
- AYALA, Francisco, *La estructura narrativa y otras experiencias literarias*, Barcelona, Grijalbo, 1984.
- AZUAR CARMEN, Rafael, *Teoría del personaje literario y otros estudios sobre la novela*, Alicante, Gil-Albert, 1987.
- BAJTIN, Mijaíl, *Teoría y estética de la novela*, Madrid, Taurus, 1991.
- BAL, Mieke, *Teoría de la narrativa*, Madrid, Cátedra, 1987.
- BALLESTEROS, Jesús, *Posmodernidad, decadencia o resistencia*, Madrid, Tecnos, 1990.
- BAQUERO GOYANES, Mariano, *Qué es la novela*, Buenos Aires, Columbia, 1961.
- _____, *Estructuras de la novela actual*, Barcelona, Planeta, 1970.
- _____, *Teoría de la novela*, Madrid, Taurus, 1974.
- BARTHES, Roland, *Crítica y verdad*, Buenos Aires, siglo XXI, 1972.
- BELEVAN, Harry, *Teoría de lo fantástico*, Barcelona, Anagrama, 1976.
- BHABHA, Homi K., *Nation and Narration*, Londres-Nueva York, Routledge, 1990.
- BETTELHEIM, Bruno, *Psicoanálisis de los cuentos de hadas*, Barcelona, Crítica, 1978.
- BOBES NAVES, M^a del Carmen, *Teoría de la literatura y literatura comparada. La novela*, Madrid, Síntesis, 1993.
- BOURNEUF, Roland - OUELLET, Réal, *La novela*, Barcelona, Ariel, 1985.
- BURUNAT, Silvia, *El monólogo interior como forma narrativa en la novela española 1940-1975*, Madrid, Turanzas, 1980.
- CAMARENA, Julio - CHEVALIER, Maxime, *Catálogo tipológico del cuento folklórico español. Cuentos maravillosos*, Madrid, Gredos, 1995.
- CASTRO, Isabel de - MONTEJO, Lucía, *Tendencias y procedimientos de la novela española actual*, UNED, Aula Abierta, 1990.
- CHEVALIER, Jean, J. *Diccionario de símbolos*, Barcelona, Herder, 1986.
- CIPLIJAUSKAITĖ, Biruté, *La novela femenina contemporánea (1970-1985). Ensayo para una tipología en primera persona*, Barcelona, Anthropos, 1988.
- COHN, Dorrit, *La transparence intérieure (Modes de représentation de la vie psychique dans le roman)*, Paris, Seuil, 1981.
- CROS, Edmond, *Literatura, ideología y sociedad*, Madrid, Gredos, 1986.
- ECO, Umberto, *Apostillas a "El nombre de la rosa"*, Barcelona, Lumen, 1984.
- _____, *Obra abierta*, Barcelona, Ariel, 1985 (2^a edición).
- ESCARPIT, Robert, *Sociología de la literatura*, Barcelona, Oikos-Tau, 1971.
- ESTÉBANEZ CALDERÓN, Demetrio, *Diccionario de términos literarios*, Madrid, Alianza, 1996.
- FERRER BENIMELI, J. A. (coord), *Masonería, revolución y reacción*, Alicante, Gil-Albert, 1990 (dos tomos).
- FERRERAS, José Ignacio, *La novela en el siglo XX (1936-1988)*, Madrid, Taurus, 1988.
- FORSTER, E.M., *Aspectos de la novela*, Madrid, Debate, 1990 (1^a ed: 1983).
- FUENTES, Carlos, *Geografía de la novela*, Buenos Aires, Alfaguara, 1991.
- GALEANO, Eduardo, *Las venas abiertas de América Latina*, México, Siglo XXI, 1971.

- _____, *Nosotros decimos no (Crónicas 1963/1988)*, México, Siglo XXI, 1989.
- GENETTE, Gérard, *Palimpsestos. La novela en segundo grado*, Madrid, Taurus, 1989 (edición original: París, Seuil, 1982).
- GIL CASADO, Pablo, *La novela deshumanizada española (1958-88)*, Barcelona, Anthropos, 1990.
- GUASCH, Antonio - ORTIZ, Diego, *Diccionario castellano-guaraní / guaraní-castellano*, Asunción, CEPAG, 1995 (12ª edición).
- GULLÓN, Ricardo, *Espacio y novela*, Barcelona, Bosch, 1980.
- _____, *La novela lírica*, Madrid, Cátedra, 1984.
- HACHIM LARA, Luis, *Tres estudios sobre el pensamiento crítico de la Ilustración Americana*, Murcia, Universidad de Alicante, 2000.
- HAMBURGER, Käte, *Logique des genres littéraires*, Paris, Éditions du Seuil, 1986.
- HAYDEN, White, *Tropics of discours. Essays in cultural criticism*, Baltimore, Hopkins University Press, 1986.
- JAMESON, Frederic, *El posmodernismo o la lógica cultural del capitalismo avanzado*, Barcelona, Paidós, 1992.
- KRIVOSHEIN DE CANESE, Natalia - ACOSTA, Feliciano, *Ñe'êryru. Diccionario guaraní-español*, Asunción, Ñemity, 1993 (4ª edición).
- KUNZ, Marco, *El final de la novela*, Madrid, Gredos, 1997.
- LACLAU, Ernesto, *Política e ideología en la teoría marxista. Capitalismo, fascismo, populismo*, Madrid, Siglo XXI, 1978.
- LANSBERG, Heinrich, *Manual de retórica literaria*, Madrid, Gredos, 1967.
- LEONARD, Irving A., *Los libros del conquistador*, México, FCE, 1959.
- LYON, David, *Posmodernidad*, Madrid, Alianza, 1996.
- LLOVERT, Jordi (ed.), *Lecciones de literatura universal*, Madrid, Cátedra, 1995.
- MAESTRE, Agapito, *Modernidad, historia y política*, Navarra, Verbo Divino, 1992.
- MARAÑÓN, Luis, *Cultura española y América Hispana*, Madrid, Espasa-Calpe, 1984.
- MATEO GAMBARTE, Eduardo, *El concepto de generación literaria*, Madrid, Síntesis, 1996.
- MATTALÍA, Sonia - ALEZA, Milagros (edts.), *Mujeres: escrituras y lenguajes*, Valencia, Universidad de Valencia, 1995.
- MAYORAL, Marina, *El oficio de narrar*, Madrid, Cátedra, 1989.
- _____, *El personaje moderno*, Madrid, Cátedra, 1990.
- McHALE, Brian, *Postmodernist fiction*, London-New York, Methuen, 1987.
- MORALES Y MARTÍN, José L., *Diccionario de Iconografía y Simbología*, Madrid, Taurus, 1984.
- MORÍNIGO, Marcos A., *Diccionario del español de América*, Madrid, Anaya & Mario Muchnik, 1993.
- NAVAJAS, Gonzalo, *Teoría y práctica de la novela española postmoderna*, Barcelona, Ed. del Mall, 1987.
- NEVES, Alfredo N., *Diccionario de Americanismos*, Buenos Aires, Sopena, 1975 (2ª edición).
- NOBILE, A., *Literatura infantil y juvenil*, Madrid, Ediciones Morata - Ministerio de Educación y Ciencia, 1992.
- PARAÍSO, Isabel, *Psicoanálisis de la experiencia literaria*, Madrid, Cátedra, 1994.
- PÉREZ RIOJA, José A., *Diccionario de símbolos y mitos*, Madrid, Tecnos, 1988.
- PUYMÈGE, Gérard de, *Chauvin, le soldat-laborateur. Contribution à l'étude des nationalismes*, Paris, Gallimard, 1993.
- POZUELO YVANCOS, José María, *Teoría del lenguaje literario*, Madrid, Tecnos, 1988.
- _____, *Teoría del canon y de la literatura*, Madrid, Cátedra, 1998.
- RÍOS VELAZCO de CALDI, Ramona Luisa, *Diccionario de la mujer guaraní*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1977.
- ROMERA, José - YLLERA, Alicia - GARCÍA-PAGE, Mario - CALVET, Rosa (eds.), *Escritura autobiográfica*, Madrid, Visor, 1994.

- ROMERO TOBAR, Leonardo, *La novela popular española del siglo XIX*, Barcelona, Fundación Juan March - Ariel, 1976.
- SÁNCHEZ REBOREDO, José, *Palabras tachadas (retórica contra la censura)*, Alicante, Gilbert, 1988.
- SANZ VILLANUEVA, Santos, *Historia de la literatura española, 6/2, Literatura actual*, Barcelona, Ariel, 1991.
- _____, *Historia de la novela social española (1942-1975)*, Madrid, Alhambra, 1980 (dos tomos).
- SCHOLES, Robert - RABKIN, Eric S., *La ciencia ficción. Historia, ciencia, perspectiva*, Madrid, Taurus, 1982.
- SOLDEVILA-DURARTE, Ignacio, *La novela española desde 1936*, Madrid, Alhambra, 1980.
- TODOROV, Tzvetan, *Poétique de la prose*, Paris, Éditions du Seuil, 1976.
- _____, *Teoría de los géneros literarios*, Madrid, Arco Libros, 1988.
- URDIROZ VILLANUEVA, Nieves, *La nouvelle en la historia literaria*, Córdoba, Universidad de Córdoba, 1995.
- VIDAL, M. Carmen África, *Arte y literatura. Interrelaciones entre la pintura y la literatura del siglo XX*, Madrid, Palas Atenea, 1989.
- VILLANUEVA, Darío (compilador), *La novela lírica*, Madrid, Taurus, 1983 (dos tomos).
- _____, *Los nuevos nombres: 1975-1990*, Barcelona, Crítica, 1992.
- VV.AA, *Historia universal de la literatura*, Orbis, 1988.
- WEINRICH, Harald, *Estructura y función de los tiempos en el lenguaje*, Madrid, Gredos, 1968.
- WHITE, Hayden, *Metahistory. The Historical Imagination in 19th Century Europe*, Baltimore, John Hopkins, 1973.
- YERRO VILLANUEVA, Tomás, T. *Aspectos técnicos y estructurales de la novela española actual*, Madrid, Eunsa, 1977.

b. Otros

- ALONSO, Santos, “Novela en la transición. Transición en la novela”, *Nueva Estafeta*, nº 31-32, 1981, pp. 86-91.
- ANTOLÍN RATO, Mariano, “Tardomodernismo y postmodernismo”, *Cuadernos del Norte*, nº 26, 1984, pp. 72-73.
- APARICIO MAYDEU, Javier, “Notas sobre ‘lo fingido verdadero’ en la prosa de Indias. Con un ejemplo de Juan de Cárdenas”, en *Actas del XXIX Congreso del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana*, Universidad de Barcelona (15-19 de junio de 1992), Barcelona, PPU, 1994, tomo primero, pp. 253-259.
- BARTH, John, “Literatura postmoderna”, *Quimera*, nº 46-47, 1985, pp. 13-20.
- BARTHES, Roland, “Le discours de l’histoire”, *Poétique*, nº 49, 1982, pp. 13-21.
- BENET, Juan “La novela española de hoy (1980). Estado presente y futuras tendencias”, *Cuadernos del Norte*, nº 3, 1980, pp. 8-10.
- BÉRTOLO, Constantino, “Introducción a la narrativa española actual”, *Revista de Occidente*, nº 98-99, 1989, pp. 29-60.
- BUSQUETS Julio, “Las sociedades secretas militares en la primera transición española: La Isabelina (1833-36)”, en J. A. Ferrer Benimeli, (coord), *Masonería, revolución y reacción*, 1990, tomo I, pp. 80-81.
- CAMARENA Julio, “Algunos mitos clásicos en la tradición oral castellano-manchega. Consideraciones acerca del mito y cuento popular”, *Actas de las II Jornadas de Etnología de Castilla -La Mancha*, Ciudad Real, Junta de Comunidades de Castilla - La Mancha, 1984, pp. 127-156.

- _____, “El cuento popular”, *Anthropos*, nº 166-167, 1995, pp. 30-33.
- CARDOZO, Juan Andrés, “Los escritores de América Latina y España”, *Correo Semanal* (Asunción), 29 de julio de 1995, p. 6.
- Contrastes. Revista cultural*, nº 14, febrero-marzo 2001. Especial: “Una mirada hacia Latinoamérica”.
- El Urogallo*, nº 110-111, 1995. Número dedicado a la mujer en la cultura brasileña.
- GÁNDARA, Alejandro, “El imperio de las librerías”, *El País*, 4 de junio de 1987.
- GARCÍA DíEZ, “Experiencia & experimento”, *Quimera*, nº 70-71, 1987, pp. 36-37.
- GOYTISOLO, Luis, “La novela del siglo XX y el porvenir del género”, *Revista Canadiense de Estudios Hispánicos*, vol. XV, nº 3, 1991, pp. 545-550.
- JONES, Margaret E. W., “Del compromiso al egoísmo: la metamorfosis de la protagonista en la novelística femenina de la posguerra”, en PÉREZ, Janet W. (edit.), *Novelistas femeninas de la posguerra española*, Madrid, Porrúa Turanzas, 1983, pp. 125-134.
- LEJEUNE, Ph., “El pacto autobiográfico”, *Suplementos Anthropos*, nº 29, 1991, pp. 47-61.
- LLOVET, Jordi, “Muerte y literatura”, *Quimera*, nº 1, 1980, pp. 29-30.
- LOZANO, Pilar, “Bogotá. Entre la ternura y la violencia”, *Babelia* (Suplemento Cultural de *El País*), 9 de marzo de 1996, p. 19.
- MANSILLA TRIVIÑO, Antonio, “Reflexión filosófica sobre la posmodernidad”, *Exégesis* (Puerto Rico), nº 30, 1997. Se puede encontrar en <http://culhwww.upr.clu.edu/exégesis>
- McCORMICK, “El posmodernismo norteamericano en la novela ¿animalizar?”, *Camp de l' Arpa*, nº 41, 1977, pp. 12-17.
- MIGNOLO, Walter D., “La grafía. La voz y el silencio”, *Ínsula*, nº 522, junio de 1990.
- PERI ROSSI, Cristina, “Posmodernidad”, *Quatre Gats* (Barcelona), 17 de abril de 1993, p. 4.
- RIERA, Carme, “Literatura femenina ¿un lenguaje prestado?”, *Quimera*, nº 18, 1982, pp. 9-12.
- ROVIRA, José Carlos, “La pretensión posmoderna”, *Anales de Literatura Hispanoamericana*, nº 28, 1999, pp. 355-371.
- SOBEJANO, Gonzalo, “La novela poemática y sus alrededores”, *Ínsula*, nº 464-465, 1985, pp. 1 y 26.
- _____, “La novela ensimismada (1980-85)”, *España Contemporánea*, año 1, vol. 1, 1988, pp. 9-26.
- _____, “Novela y metanovela en España”, *Ínsula*, nº 512-513, 1989, pp. 4-6.
- _____, “Sobre la novela y el cuento dentro de la novela”, *Lucanor*, nº 2, 1988, p. 5.
- SOLDEVILA-DURARTE, Ignacio, “Reflexiones sobre la situación y orientación de los géneros narrativos desde 1980”, *Cahiers du CRIAR*, nº 8, 1988, pp. 31-54.
- TODOROV, Tzvetan, “Les catégories du récit littéraire”, *Communications* (París), nº 8, 1966, pp. 125-151.
- VALLS, Fernando, “La literatura femenina en España: 1975-1989”, *Ínsula*, nº 512-513, 1989, p. 13.
- VALVERDE, José María, “Muerte de la literatura”, *Quimera*, nº 1, 1980, p. 28.
- WEINTRAUB, Karl J., “Autobiografía y conciencia histórica”, *Suplementos Anthropos*, nº 29, 1991, pp. 18-33.

2.- Sobre Paraguay

a. Libros

- ACEVEDO, Euclides - RODRÍGUEZ, José Carlos, *Manifiesto democrático: una propuesta para el cambio*, Asunción, Araverá, 1986.
- ALMADA, Martín, *Paraguay, la cárcel olvidada. El país exiliado*, Asunción, Intercontinental, 1989.

- ALSINA, Arturo, *Paraguayos de otros tiempos*, Asunción, NAPA, 1983.
- AMARAL, Raúl, *Los presidentes del Paraguay. Crónica política (1844-1954)*, Asunción, Centro Paraguayo de Estudios Sociológicos, 1994.
- _____, *Antecedentes del nacionalismo paraguayo. El grito de Piribebuy (12 de agosto de 1919)*, Asunción, Fundación Asunción (Gamarra-Pozzoli), 1995.
- ARCINIEGAS, Germán, *Los comuneros*, México, Guaranía, 1951.
- ARDISSONE, Carlos J., *Reflexiones sobre el Paraguay*, Asunción, Intercontinental, 1994.
- ARDITTI, Benjamín, *Una gramática posmoderna para pensar lo social*, Asunción, Centro de Documentación y Estudios, 1986.
- _____, *La reconstrucción política en el Paraguay*, Asunción, Centro de Documentación y Estudios, 1992.
- ARDITTI, Benjamín - RODRÍGUEZ, José Carlos, *La sociedad a pesar del estado*, Asunción, El Lector, 1987.
- ARES PONS, Roberto, *El Paraguay del siglo XIX. Un estado socialista*, Montevideo, Mundo Nuevo, 1987.
- ARGAÑA, Luis M^a, *Historia de las ideas políticas en el Paraguay*, Asunción, Instituto Colorado de Cultura, 1979.
- ARMANI, Alberto, *Ciudad de Dios, Ciudad del Sol. El "estado" jesuita de los guaraníes (1609-1768)*, México, FCE, 1980.
- ASTRAIN, Antonio, *Jesuitas, guaraníes y encomenderos*, Asunción, CEPAG, 1995.
- AVEIRO, Silvestre, *Memorias militares*, Asunción, Comuneros, 1989 (2^a ed.; 1^a ed.: Asunción, Comuneros, 1970).
- AZARA, Félix de, *Descripción general del Paraguay*, en cervantesvirtual.com/servlet/sirveobras/15097640683807644725114 (1^a ed.: 1790)
- _____, *Geografía física y esférica del Paraguay*, Montevideo, 1904.
- _____, *Viajes por la América Meridional*, Madrid, Espasa-Calpe, 1969 (1^a ed: 1809).
- BÁEZ, Cecilio, *Historia colonial del Paraguay y Río de la Plata*, Asunción, Zamphirópolis, 1926. También en Asunción, Carlos Schauman Editor, 1991.
- _____, *Ensayo sobre el Dr. Francia y la dictadura en Sudamérica*, Asunción, Cromos, 1985.
- BAREIRO SAGUIER, Rubén, *De nuestras lenguas y otros discursos*, Asunción, Biblioteca de Estudios Paraguayos, 1990.
- _____- DUVIOLS, Jean Paul, *Tentación de la utopía. La república de los jesuitas en el Paraguay*, Barcelona, Tusquets-Círculo de Lectores, 1991.
- BARRET, Rafael, *Obras Completas*, Asunción, 1990.
- BARRETO, Mario, *El Centauro de Ybicui*, Río de Janeiro, Oficinas do Centro Boa Imprensa, 1930.
- BARTOLOMÉ, Miguel Alberto, *Orekuera royhendu. Chamanismo y religión entre los Ava-katuete del Paraguay*, México, Instituto Indigenista Interamericano, 1977.
- BENÍTEZ, Gregorio, *Las primeras batallas contra la Triple Alianza*, Asunción, Talleres Gráficos del Estado, 1919.
- BENÍTEZ, Justo Pastor, *Bajo el signo de Marte*, Montevideo, Impresora Uruguaya, 1934.
- _____, *Carlos Antonio López, estructuración del estado paraguayo*, Buenos Aires, Ayacucho, 1949.
- _____, *El solar guaraní. Panorama de la cultura paraguaya del siglo XX*, Buenos Aires, Nizza, 1959 (2^a edición).
- _____, *Los comuneros del Paraguay 1640-1735*, Asunción, Imprenta Nacional, 1938. También en Asunción, Casa Libro, 1976.
- _____- VASCOSELLOS, César Augusto - AVEIROLAGO, Eusebio, edición de *El Paraguay Independiente* (del 26 de abril de 1845 al 18 de septiembre de 1852), Asunción, Imprenta Nacional, 1930 (3^a edición).
- BERMEJO, Ildefonso A., *Vida paraguaya en tiempos del viejo López*, Buenos Aires, Eudeba, 1973

- (primera edición: Madrid, Labajos, 1873, con el título de *Episodios de la vida privada, política y social de la República del Paraguay*).
- BERNHARDSON, Wayne y MASSOLO, María, *Argentina, Uruguay y Paraguay*, Barcelona, Kairós, 1993.
- BETHELL, Leslie (ed.), *Historia de América Latina*, Barcelona, Crítica, 1985 (diez tomos).
- BLINDER, Samuel, *Paraguay, exilio, intolerancia*, Asunción, QP, 1995.
- BOCCIA PAZ, Alfredo - GONZÁLEZ, Myriam Angélica - PALAU AGUILAR, Rosa, *Es mi informe. Los archivos secretos de la policía de Stroessner*, Asunción, CDE, 1994.
- _____, *La década inconclusa; historia real de la OPM*, Asunción, El Lector, 1997.
- BOURGADE LA DARDYE, E. de, *El Paraguay 1889*, Asunción, Arte Nuevo, 1985 (1ª ed: *Le Paraguay*, París, Plon, 1889).
- BOX, Pelham Horton, *Los orígenes de la Guerra de la Triple Alianza*, Asunción, Nizza, 1958.
- BRAY, Arturo, *Solano López: soldado de la gloria y del infortunio*, Buenos Aires, Kraft, 1946.
- _____, *Hombres y épocas del Paraguay*, Asunción, El Lector, 1957 (3ª edición; 1º ed.: 1943).
- _____, *Armas y letras. Memorias*, Asunción, NAPA, 1981 (tres tomos).
- BRITTEZ, E., *Hacia el cambio político: los años 80 en Paraguay*, Asunción, El Lector, 1987.
- CABANELLAS, Guillermo, *El dictador del Paraguay, Dr. Francia*, Buenos Aires, Ed. Claridad, 1946.
- CABALLERO AQUINO, Ricardo, *La Segunda República Paraguaya: 1869-1906. Política - Economía y Sociedad*, Asunción, Arte Nuevo Editores, 1985.
- _____, *La tercera república del Paraguay 1936-19..*, Asunción, El Lector, 1988.
- CANCOGNI, Manlio - BORIS, Iván, *El Napoleón de Plata*, Noguer, 1972.
- CARDOZO, Efraim, *Vísperas de la Guerra del Paraguay*, Buenos Aires, El Ateneo, 1954.
- _____, *El Imperio del Brasil y el Río de la Plata*, Buenos Aires, Librería de la Plata, 1961.
- _____, *Efemérides de la Historia del Paraguay*, Buenos Aires, Nizza, 1967.
- _____, *Hace 100 años. Crónicas de la guerra 1864-1870 publicadas en "La Tribuna" de Asunción en el Centenario de la Epopeya Nacional*, Asunción, Emasa, 1967-1972 (seis tomos; con mapas de Thompson).
- _____, *Apuntes de historia cultural del Paraguay*, Asunción, Litocolor, 1985.
- _____, *El Paraguay colonial: las raíces de la nacionalidad*, Asunción, El Lector, 1991 (primera edición: Buenos Aires, Nizza, 1959).
- _____, *Breve Historia del Paraguay*, Asunción, El Lector, 1996. También en Buenos Aires, Eudeba, 1965.
- CARDOZO OCAMPO, Mauricio, *Mundo folklórico Paraguayo*, Asunción, Ed. Cuadernos Republicanos, 1998-89 (tres tomos).
- CARLYLE, *El dictador Francia*, Buenos Aires, Guaranía, 1937.
- CENTURIÓN, Carlos R., *Historia de la cultura paraguaya*, Asunción, Biblioteca Ortiz Guerrero, 1961.
- CENTURIÓN, Juan Crisóstomo, *Memorias o reminiscencias históricas sobre la guerra del Paraguay*, Asunción, El Lector, 1997 (cuatro tomos). También en Asunción, Guaranía, 1944 y 1976.
- CHAVES, Julio César, *El Presidente López: Vida y gobierno de Don Carlos*, Buenos Aires, Ayacucho, 1955.
- _____, *El Supremo Dictador. Biografía de José Gaspar de Francia*, Asunción, Carlos Schaumann, 1985. También en Buenos Aires, Nizza, 1958.
- _____, *Compendio de la historia paraguaya*, Asunción, Carlos Schaumann, 1989.
- CHEVALIER, François, *América Latina de la independencia a nuestros días*, Barcelona, Labor, 1983.
- CIBILIS, Manuel J., *Anarquía y Revolución en el Paraguay*, Buenos Aires, Editorial Américalle, s.d.

- COLOMER VIADEL, Antonio (coord.), *Economía, sociedad y estado en América Latina contemporánea*, México, FCE, 1995.
- COONEY, Jerry W. - WHIGHAM, Thomas L. (compiladores), *El Paraguay bajo los López*, Asunción, Centro Paraguayo de Estudios.
- CORVALÁN, Graziella, *Avances y perspectivas de los estudios sobre el bilingüismo en el Paraguay*, Asunción, Centro Paraguayo de Estudios Sociológicos, 1982.
- _____, *Estado del arte del bilingüismo en América Latina*, Asunción, Centro Paraguayo de Estudios Sociológicos, 1985.
- DECOUD, Héctor Francisco, *Sobre los Escombros de la Guerra; Una Década de Vida Nacional, (1869-1880)*, Asunción, s. e., 1925.
- _____, *La masacre de Concepción*, Buenos Aires, Ayacucho, 1955.
- _____, *La revolución del comandante Molas*, Buenos Aires, s.e., 1930.
- DECOUD, José Segundo, *Cuestiones económicas y sociales*, Asunción, s. e., 1877.
- DÍAZ MELIAU, Mafalda Victoria, *Índice General de la Revista del Instituto Paraguayo (1896-1909)*, Paraná, Revista del Instituto Paraguayo, 1970.
- DÍAZ PÉREZ, Viriato, *La Revolución Comunera del Paraguay*, Palma de Mallorca, Imprenta Mossen Alcover, 1973.
- DIRECCIÓN GENERAL DE ESTADÍSTICA DE LA SECRETARÍA TÉCNICA DE PLANIFICACIÓN DE LA PRESIDENCIA DE LA REPÚBLICA DEL PARAGUAY, *Compendio Estadístico*, Asunción, s.e., 1995.
- DOMANICZKY DE CÉSPEDES, Mercedes, *Acosta Ñu (texto obligatorio de lectura 4º grado)*, Asunción, s.e, s.d. (posterior a 1969).
- DOMÍNGUEZ, Manuel, *Paraguay-Bolivia, Cuestión de límites*, Asunción, Taller Gráfico del Estado, 1918.
- _____, *El Chaco boreal fué, es y será del Paraguay (texto adoptado por el Consejo Nacional de Educación)*, Asunción, Imprenta Nacional, 1927.
- _____, *El alma de la raza*, Buenos Aires, Ayacucho, 1946.
- ESTRADA, José Manuel, *Ensayo histórico sobre los Comuneros del Paraguay en el siglo XVIII*, Buenos Aires, Imprenta Nacional, 1865.
- FLORES G. de Zarza, Idalia, *La mujer paraguaya protagonista de la historia (1537-1870)*, Asunción, El Lector, 1987.
- _____, *La mujer paraguaya protagonista de la historia (1870-1930)*, Asunción, Intercontinental, 1993.
- FREIRE ESTEVES, Gomes, *Historia Contemporánea del Paraguay*, Asunción, Napa, 1983 (1ª ed.: *El Paraguay constitucional: 1870-1920*, Buenos Aires, Gráfica del Paraguay, 1921).
- GALVIS, Ignacio - RODRÍGUEZ ALCALÁ, Hugo, *A bibliography. 1937-1981*, Syracuse, Centro de Estudios Hispánicos, 1982.
- GANSON de RIVAS, Bárbara, *Las consecuencias demográficas y sociales de la Guerra de la Triple Alianza*, Asunción, Litocolor, 1985.
- GAONA, Francisco, *Introducción a la Historia Gremial y Social del Paraguay*, Asunción, Editorial Arandú, 1967.
- GARAY, Blas, *Breve resumen de la historia del Paraguay*, Madrid, Uribe, 1897.
- GARCÍA, Cristina, *Francisco Solano López*, Madrid, Historia 16, 1987.
- GARCÍA ALVARADO, José María - GUTIÉRREZ PUEBLA, Javier, *Paraguay*, Madrid, Anaya, 1988.
- GARCÍA MELLID, Atilo, *Proceso de falsificación de la Historia del Paraguay*, Buenos Aires, Theoría, 1963 (dos tomos).
- GATTI, Carlos, *Enciclopedia Guaraní-Castellano de Ciencias Naturales y Conocimientos Paraguayos*, Asunción, Arte Nuevo, 1985.
- GELLY, Juan Andrés, *El Paraguay, lo que fue, lo que es, lo que será*, París, Ed. de Indias, 1826.

- GODOI, Juan Silvano, *El barón de Rio Branco; La muerte del mariscal López; El concepto de Patria*, Asunción, Talleres Nacionales, 1912.
- _____, *La guerra al Paraguay: imperialismo y nacionalismo en el Plata*, Buenos Aires, Sudestada, 1968.
- _____, *Documentos históricos: El fusilamiento del Obispo Palacios y los tribunales de Sangre de San Fernando*, Asunción, El Lector, 1986.
- GODOY ZIOGAS, Marilyn, *Indias, vasallas y campesinas. La mujer rural paraguaya en las colectividades tribales, en la Colonia y en la República*, Asunción, Arte Nuevo, 1987.
- GONDRA, César - FRANCO, Victor I., *El general Patricio Escobar visto por César Gondra y Victor I. Franco*, Asunción, Arte Nuevo, 1990.
- GONZÁLEZ, Natalicio (ed.), *Cincuentenario del Cerro Corá*, Asunción, Taller de Prensa, 1920.
- _____, *Cómo se construye una nación*, Asunción, Guaranía, 1949.
- _____, *Proceso y formación de la cultura paraguaya*, Asunción, Instituto Colorado de Cultura, 1976 (1ª edición: Asunción, 1938).
- _____, *El Paraguay eterno*, Asunción, Cuadernos Republicanos, 1986 (2ª edición; 1ª edición: Asunción, Guaranía, 1935).
- _____, *Solano López y otros ensayos*, Asunción, Cuadernos Republicanos, 1991.
- GONZÁLEZ, Teodosio, *Lecciones de Derecho Penal*, Asunción, Ediciones Cerro Corá (3ª edición).
- _____, *Infortunios del Paraguay*, Buenos Aires, s.e., 1931.
- GONZÁLEZ TORRES, Dionisio M., *Folklore del Paraguay*, Asunción, Litocolor, 1992.
- _____, *Toponimia guaraní en Paraguay*, Asunción, Litocolor, 1994.
- GUERRA, Josefa, *Apuntes para una historia de la cultura paraguaya*, Asunción, Taller Gráfico Zamphiropolos, 1967.
- GUTIÉRREZ ESCUDERO, Antonio, *Francisco Solano López. El Napoleón del Paraguay*, Madrid, Anaya, 1988.
- HALPERIN DONGHI, Tulio, *Historia contemporánea de América Latina*, Madrid, Alianza, 1990 (10ª edición; 1ª ed.: 1966).
- HAUBERT, Maxime, *La vie quotidienne des indiens et des jésuites du Paraguay au temps des missions*, París, Hachette, 1967.
- HERKER, Juan Carlos - GIMÉNEZ DE HERKER, María, *Gran Bretaña y la guerra de la Triple Alianza*, Asunción, Arte Nuevo, 1983.
- HERNÁNDEZ BARBA, Mario, *Formas políticas en Iberoamérica (1945-1975)*, Barcelona, Planeta, 1975.
- _____, *Iberoamérica en el siglo XX, dictaduras y revoluciones*, Madrid, Anaya, 1988.
- HILTON, Silvia L.; GONZÁLEZ CASASNOVAS, Ignacio, *Fuentes manuscritas para la Historia de Iberoamérica. Guía de instrumentos de investigación*, Madrid, Maphre, 1995.
- IBARRA, Alonso, *Cien Años de Vida Política Paraguaya; Posterior a la Epopeya de 1865 al 70*, Asunción, Imprenta Comuneros, 1973.
- IOR, León, *Exhumación*, Asunción, Ñandereko, 1997.
- JUNTA PATRIÓTICA PARAGUAYA, *El mariscal Francisco Solano López*, Asunción, s.e., 1926.
- KALLSEN, Osvaldo, *Historia del Paraguay contemporáneo: 1869-1983*, Asunción, edición del autor, 1983.
- KRIVOSHEIN de CANESE, Natalia, *Gramática de la lengua guaraní*, Asunción, Ñemity, 1994 (3ª edición).
- LAFUENTE MACHAÍN, Ricardo, *Los conquistadores españoles del Río de la Plata*, Madrid, 1931.
- LEGER SILVARD, Ruth, *Gastos militares y sociales en el mundo*, Barcelona, Eds. del Serbal, 1986.
- LEWIS, Paul H., *Paraguay bajo Stroessner*, México, F.C.E., 1986.
- LEWIS JONES, David, *Paraguay. A bibliography*, New York-London, Garland Publishing In., 1979.
- LEZCANO, Carlos Mª, *Lealtad al General-Presidente: una respuesta de las FF.AA. A la crisis*

- económica y política*, Asunción, 1986.
- LOCKHART, James - SCHWARTZ, Stuart, *América Latina en la edad moderna*, Madrid, Akal, 1992.
- LÓPEZ, Carlos Antonio, *Mensajes*, Asunción, Fundación Cultural Republicana, 1987. También en Asunción, Imprenta Nacional, 1930.
- LÓPEZ, Francisco Solano, *Proclamas y cartas del Mariscal López*, Buenos Aires, Ed. Asunción, 1957.
- LÓPEZ BREARD, Miguel Ángel, *Mitos guaraníes*, Asunción, Intercontinental, 1995.
- LÓPEZ DECOUD, Arsenio (dtor.), *Álbum gráfico de la República del Paraguay 1811-1911*, Buenos Aires, Comp. Impresora de Billetes del Banco, 1911.
- LUCENA, Manuel (coord.), *Historia de Iberoamérica*, Madrid, Cátedra, 1992.
- LUNA, Félix, *Breve Historia de los Argentinos*, Barcelona, Planeta, 1994.
- MAÍZ, Fidel, *Etapas de mi vida*, Asunción, s.e., 1919.
- MARCO, Miguel Ángel de, *La Guerra del Paraguay*, Barcelona, Planeta, 1998.
- MASTERMAN, George Frederick, *Siete años de aventuras en el Paraguay*, Buenos Aires, Imprenta Americana, 1970. También en Buenos Aires, Palumbo, 1911. Primera edición: 1870.
- MARIÑAS OTERO, Luis, *Las Constituciones del Paraguay*, Madrid, 1975.
- MELIÀ, Bartolomeu, *Elogio de la lengua guaraní*, Asunción, Intercontinental, 1989.
- _____, *La lengua guaraní del Paraguay*, Madrid, Maphre, 1992.
- _____, *Una nación - dos culturas*, Asunción, RP, 1990.
- MÉNDEZ-FAITH, Teresa, *Antología del recuerdo. Méndez Fleitas en la memoria de su pueblo*, Asunción, El Lector, 1995.
- MÉNDEZ FLEITAS, Epifanio, *Lo histórico y lo antihistórico en el Paraguay. Carta a los colorados*, Buenos Aires, s.e., 1976.
- MIRANDA, Aníbal (comp.), *EE.UU. y el régimen militar paraguayo (1954-1958)*, Asunción, El Lector, 1987.
- _____, *Prisionero en Paraguay. Reflexiones sobre la tortura bajo el stronismo*, Asunción, Miranda & Asociados, 1989.
- _____, *Corrupción y represión en el Cono Sur*, Asunción, Intercontinental, 1993.
- MOLAS, Mariano Antonio, *Descripción histórica de la Antigua Provincia del Paraguay*, Buenos Aires, Nizza, 1957.
- MURATORI, Ludovico Antonio, *El cristianismo feliz en la misiones de los padres de la compañía de Jesús en Paraguay*, Santiago de Chile, Ediciones de la Dirección de Biblioteca, Archivos y Museos, 1997. Traducción, notas e introducción de Francisco Borghesi.
- NAGY, Arturo - PÉREZ-MARICEVICH, Francisco, *Paraguay, imagen romántica (1811-1853)*, Asunción, Centenario, 1969.
- NAVARRO, Luis (coord.), *Historia de las Américas IV*, Madrid, Alhambra-Logman, 1991.
- NECKER, Louis, *Indios guaraníes y chamanes franciscanos*, Asunción, Universidad Católica, 1990.
- NICKSON, R. Andrew, *Breve historia del movimiento obrero paraguayo 1880-1984*, Asunción, CDE, 1987.
- _____, *Historical Dictionary of Paraguay*, Londres, The Scarecrow Press, 1993.
- O'LEARY, Juan E., *Apostolado patriótico*, Asunción, La Mundial, 1930.
- _____, *Ildefonso Bermejo, falsario, impostor y plagiaro*, Asunción, Biblioteca de las Fuerzas Armadas de la Nación, 1953.
- _____, *El Centauro de Ybycuí: vida heroica del general Bernardino Caballero en la Guerra del Paraguay*, Asunción, Ministerio de Hacienda, 1970. Prólogo de Carlos Pereyra. (1ª edición: París, Ed. Le Livre Livre, 1929).
- _____, *El mariscal Solano López*, Asunción, Casa América, 1970 (3ª edición).
- _____, *El libro de los héroes. Páginas históricas de la guerra del Paraguay*, Asunción,

- Ministerio de Hacienda, 1970. También en Asunción, La Mundial, 1922.
- _____, *El doctor Francia: héroe máximo de la independencia nacional*, Asunción, Imprenta Militar, 1978.
- _____, *Prosa polémica*, Asunción, NAPA, 1982.
- _____, *Nuestra epopeya*, Asunción, Mediterráneo, 1985.
- _____, *Historia de la guerra de la Triple Alianza*, Asunción, Carlos Schauman, 1992 (primera edición: 1911). Con introducción de Raúl Amaral.
- OLIVEIRA, Filiberto de, *Leyendas de los indios guaraníes*, Buenos Aires, Imp. Jacobo Peuser, 1892.
- OLMEDO DE PEREIRA, M^a Elina, *Nociones generales de educación cívica y moral*, Asunción, Arte Nuevo, 1994.
- PALLEJA, León de, *Diario de la campaña de las fuerzas aliadas contra el Paraguay*, Clásicos Uruguayos, 1960.
- PASTELLS, Pablo, *Historia de la Compañía de Jesús en la provincia de Paraguay*, Madrid, Biblioteca Missionalia Hispánica, 1912-1949, ocho tomos.
- PASTORE, Carlos, *La lucha por la tierra en el Paraguay*, Montevideo, Antequera, 1949.
- PEÑA VILLAMIL, Manuel, *La fundación del Cabildo de Asunción. Antecedentes históricos y jurídicos*, Asunción, El Gráfico, 1969.
- PÉREZ ACOSTA, Juan Francisco, *Carlos Antonio López, obrero máximo*, Asunción, Guaranía, 1948.
- PESOA, Manuel, *José Segundo Decoud: Estadista del Partido Colorado*, Asunción, 1979.
- PLA, Josefina, *Apuntes para una historia de la cultura paraguaya*, Asunción, Zamphirópolis, 1967.
- _____, *Hermano negro. La esclavitud en el Paraguay*, Madrid, Paraninfo, 1972.
- _____, *Los británicos en el Paraguay*, Asunción, Arte Nuevo, 1984.
- POMER, León, *La guerra del Paraguay, gran negocio*, Buenos Aires, Calden, 1968.
- POTTHAST-JUTKEIT, Bárbara, *¿“Paraíso de Mahoma” o “País de las mujeres”?*, Asunción, Instituto Cultural Paraguayo-Alemán, 1996.
- PRIETO, Esther, *Mujer y justicia penal en el Paraguay*, Asunción, Centro de Estudios Humanísticos, 1995.
- PRIETO YEGROS, Leandro, *El colorado eterno con Stroessner*, Asunción, Cuadernos Republicanos, 1988.
- _____, *Colorados al poder*, Asunción, Cuadernos Republicanos, 1993.
- RAMA, Carlos M., *Historia de América Latina*, Barcelona, Bruguera, 1978.
- RENGER, Johann Rudolph - LONGCHAMP, Marcelline, *Ensayo histórico de la revolución del Paraguay y el gobierno dictatorial del doctor Francia*, Asunción, Imprenta Nacional, 1995 (facsímil de la edición de París, Imprenta Moreau, 1828).
- RESQUÍN, Francisco Isidoro, *Datos históricos de la guerra del Paraguay contra la Triple Alianza*, Asunción, Imprenta Militar, 1942. También en Asunción, El Lector, 1996 (1^a ed: Buenos Aires, 1896). Parcialmente reproducido por el diario *Patria* (Asunción), 1 de marzo de 1991.
- RIQUELME, Marcial A., *Transición a la Democracia en el Paraguay: perspectivas y problemas*, Caracas, Nueva Visión, 1992.
- RIVAROLA, Milda, *La polémica francesa sobre la Guerra Grande*, Asunción, Ed. Histórica, 1988.
- _____, *Obreros, Utopías & Revoluciones; la formación de las clases trabajadoras en el Paraguay liberal (1870-1931)*, Asunción, CDE, 1993.
- RIVAROLA MATTO, José María, *La Belle Epoque y otras hadas*, Asunción, Arte Nuevo, 1980.
- ROBERTSON, J. P. y G. P., *Letters on Paraguay*, Asunción, Imprenta Nacional, 1995 (1^a ed.: Buenos Aires, 1920).
- RODRÍGUEZ, José Carlos, *Situación actual de la historiografía sobre el movimiento obrero paraguayo*, Asunción, CDE, 1986.
- RODRÍGUEZ ALCALÁ, Beatriz y Hugo, *San Bernardino, Historia, imagen y poesía*, Asunción,

- Arte Nuevo, 1986.
- RODRÍGUEZ-ALCALÁ, Guido, *Ideología autoritaria*, Asunción, RP, 1987.
- _____, *Testimonio de la represión política en el Paraguay: 1975-1989*, Asunción, Comité Iglesias, 1990.
- _____, (comp), *Residentas, destinadas y traidoras*, Asunción, RP-Criterio, 1991 (segunda edición).
- _____, *La justicia penal de Francia*, Asunción, Expo Libro - RP, 1997.
- ROLÓN MEDIAN, Anastasio, *El general Bernardino Caballero: homenaje al prócer en el centenario de la Epopeya Nacional*, Asunción, La Humanidad, 1965.
- ROMERO PEREIRA, Carlos, *El pensamiento ético, la transición y las Fuerzas Armadas en el Paraguay*, Asunción, Editorial Histórica, 1989.
- ROMERO SANABRIA, Aníbal, *Más paraguayo que la mandioca*, Asunción, Fundación El Alcher, 1996.
- ROTH, Hans, *Una joya en el oriente boliviano*, Bolivia, Ed. del Vicariato Apostólico de Chávez, 1985.
- SÁENZ, Jorge, *El embudo*, Asunción, Arte Nuevo, 1999.
- SALERNO, Osvaldo, *Paraguay: artesanía y arte popular*, Asunción, Museo del Barro (ed. El Gráfico), 1986 (2ª edición).
- SÁNCHEZ, Luis Alberto, *Reportaje al Paraguay*, Asunción, Guaranía, 1949.
- SARDI REZK, José, *Hermano contra hermano. Autocrítica novelada de la Revolución del 47*, s.l., s.e., s.f. (Librito de 64 páginas, consultado en una biblioteca privada, en la que consta la fecha de adquisición: 1984).
- SCHNEIDER, L., *A Guerra da Triplice Allianca contra o Governo da Republica do Paraguai*, Río de Janeiro, 1902 (dos tomos; con notas del barón de Río Branco).
- SEIFERHELD, Alfredo M., *Economía y petróleo durante la guerra del Chaco*, Asunción, El Lector, 1984.
- SOSA TENAILLON, Horacio, *Cincuenta años después (Recuerdos de la Guerra del Chaco)*, Asunción, Arte Nuevo, 1985.
- SUSNIK, Branislava, *El rol de los indígenas en la formación y en la vivencia del Paraguay (I y II)*, Asunción, Instituto Paraguayo de Estudios Nacionales, 1982-1983.
- _____, *Una visión socio-antropológica del Paraguay del siglo XVIII*, Asunción, Litocolor, 1990-1991.
- _____, *Una visión socio-antropológica del Paraguay. XVI-XVII*, Asunción, Litocolor, 1993.
- THOMPSON, George, *La guerra del Paraguay acompañada de un bosquejo histórico del país y con notas sobre la ingeniería militar de la guerra*, Asunción, RP, 1992. También en Buenos Aires, L J Rosso, 1910 (2ª edición). Primera edición, 1869.
- URBIETA ROJAS, Pastos, *El libro y la generación del 25*, Asunción, Escuela Salesiana, 1970.
- VÁZQUEZ, José A. (ed.), *El Centinela: colección del semanario de los paraguayos en la Guerra de la Triple Alianza*, Asunción, Paraquariza, 1964.
- VELÁZQUEZ, Rafael Eladio, *Breve historia de la cultura en el Paraguay*, Asunción, edición del autor, 1994. También en Asunción, Edit. Libero-écnica, 1965.
- VERA, Helio, *En busca del hueso perdido. Tratado de paraguayología*, Asunción, RP, 1990.
- _____, *Diccionario Contrera*, Asunción, Colihue, 1994 (3ª edición).
- VERA, Saro, *El paraguayo. Un hombre fuera de su mundo*, Asunción, El Lector, 1994 (3ª edición).
- VOLTA GAONA, Enrique, *La revolución del 47*, Asunción, Imprenta Militar, 1988.
- VV. AA., *Anuario Paraguay. Recopilación de los diarios "Última Hora", "Hoy", "El Diario Noticias", "Patria", "Sendero", "El Pueblo"*, Asunción, Ñandutí Vive, 1989.
- VV. AA., *El mariscal Francisco Solano López*, s.l., s.e., 1926.
- VV. AA., *Papeles de López o el tirano pintado por sí mismo y sus publicaciones*, Buenos Aires, Imprenta América, 1871.

- VV. AA., *El golpe de estado: 2 y 3 de febrero de 1989*, Asunción, Universidad Católica, s.d.
- WARREN, Harris Gaylord, *Paraguay and the Triple Alliance. The Postwar Decade, 1869-1878*, Austin, University of Texas Press, 1978.
- _____, *Rebirth of the Paraguayan Republic*, Pittsburg, University of Pittsburg Press, 1985.
- WASBURN, Charles Ames, *The story of Paraguay*, Boston, Lee and Shepard, 1971 (dos tomos). Primera edición: Boston, s.e., 1871. El primer tomo se halla traducido en *Revista del Paraguay*, Buenos Aires, 1892.
- WHIGHAM, Thomas, *The Politics of the River Trade*, Albuquerque, The University of New Mexico Press, 1991.
- _____, *La yerba mate del Paraguay (1780-1870)*, Asunción, Centro Paraguayo de Estudios Sociológicos, 1991.
- WISNER DE MORGENSTERN, Franz, *El Supremo Dictador José Gaspar de Francia*, Buenos Aires, Ayacucho, 1957.
- WHITE, Richard A., *La primera revolución radical de América: Paraguay 1811-1840*, Asunción, La República, 1984.
- ZUBIZARRETA, Carlos, *Historia de mi ciudad*, Asunción, Emasa, 1964.

b. Otros

- ABENTE, Diego, "The War of the Triple Alliance: Three Explanatory Models", *Latin American Research Review*, n° 2, 1982.
- AGÜERO WAGNER, Luis, "La guerra del Paraguay", *La República*, 1 de marzo de 1998, pp. 6-7.
- AMARAL, Raúl, *Paraguayos del 900 y argentinos del 80*, Asunción, Comuneros, 1978 (18 pp.).
- AMARAL DE TORAL, André, "Imagens em desordem", *Folha do Sao Paulo*, 9 de noviembre de 1997, Suplemento *Mais!*, p. 5.
- ÁVILA, Manuel, "La contra revolución de Molas en 1874", *Revista del Instituto Paraguayo*, año III, n° 24 y 25, 1900.
- BAREIRO SAGUIER, Rubén, "Los intelectuales frente a la dictadura", *Nueva Sociedad*, n° 35, marzo-abril 1978, pp. 56-63.
- _____, "Bilingüismo y diglosia en Paraguay", *Río de la Plata. Culturas* (París), vol. 10, 1990, pp. 3-12.
- BARUJA ROMERO Víctor E., <http://www.geocities.com/Athens/Aegean/8942/>
- _____, "Fin de milenio con muchas dudas", *Una historia de Paraguay*, <http://members.tripod.com/narraciones/Paraguay>
- BERMEJO, Ildefonso A., "El hombre de Estado", *La Aurora* (Asunción), 1860, pp. 151-152.
- BILBAO, José Antonio - VILLAGRA MARSAL, Carlos, "El bilingüismo en el Paraguay", *Péndulo* (Asunción), n° 8, año 3, 1966, pp. 9-12.
- BONALUME NETO, Ricardo, "Novas lições do Paraguai" y "A didática conspiratória" *Folha do Sao Paulo*, 9 de noviembre de 1997, Suplemento *Mais!*, p. 4.
- _____, "A pressa do dictador", *Folha do Sao Paulo*, 9 de noviembre de 1997, Suplemento *Mais!*, p. 9.
- CABALLERO, Miguel Ángel, "Elogio del silencio", *La República*, 1 de marzo de 1998, p. 3.
- CABALLERO AQUINO, Ricardo, "El proceso de privatización de tierras y yerbales estatales 1871-1885", Suplemento Cultural de *Abc*, 27 de julio de 1981, pp. 4-5.
- _____, "José Segundo Decoud y la elusiva presidencia", Suplemento Cultural de *Abc*, 19 de junio de 1983, pp. 4-5.
- _____, "Historia Paraguaya Q.E.P.D.", *Abc Color*, 14 de junio de 1992.
- CARDOZO, Efraím, "Paraguay Independiente", en *Historia de América y de los Pueblos Americanos*, Barcelona, s.e., 1949.
- _____, "El desenlace", Suplemento Cultural de *Abc*, 9 de enero de 1983.

- CHASE-SARDI, Miguel, *El precio de la sangre; Tuguy ñeë repy*, Asunción, Centro de Estudios Sociológicos, 1992.
- COLMÁN GUTIÉRREZ, Andrés, “Entrevista a Bartolomeu Melià: El Paraguay nunca ha sido bilingüe”, *Vida* (revista de *Última Hora*), año I, nº 17, 23-30 de agosto de 1998, pp. 24-26.
- COMITÉ DE LAS IGLESIAS, *Situación de los derechos humanos en el Paraguay 1995*, Asunción, Comité de las Iglesias para Ayudas de Emergencia (CIPAE), 1995.
- CREYDT, Oscar, “Gobierno jesuítico en el Paraguay”, *Juventud* (Asunción), nº 73 (30 de abril de 1926) y nº 74 (15 de mayo de 1926).
- DÁVALOS, Juan S., “Cecilio Báez como ideólogo”, Suplemento Cultural de *Abc*, 5 de abril de 1981.
- DOMÍNGUEZ, Manuel, “El juramento del héroe”, *Guaranía*, 20 de marzo de 1935.
- _____, “Causas del heroísmo paraguayo”, *Patria*, 30 de enero de 1903, p. 4.
- _____, “El Paraguay, lo que fue, lo que es, lo que será”, *Guaranía*, 20 de noviembre de 1934.
- DOMÍNGUEZ, Ramiro, “Bilingüismo y cultura”, *Ñemity* (Asunción), nº 32, 1996, pp. 14-15.
- DORATIOTO, Francisco Fernando Monteoliva, “A construção de um mito”, *Folha do Sao Paulo*, 9 de noviembre de 1997, Suplemento *Mais!*, p. 6.
- _____, *La rivalidad argentino-brasileña y la reorganización estructural del Paraguay*, Separata de *Historia Paraguaya* (Anuario de la Academia Paraguaya de la Historia), vol. XXXVII, 1997.
- El Semanario*, 1855-1868, Colección Biblioteca Nacional, Asunción.
- ESCOBAR, Ticio, “El grabado paraguayo durante la guerra del 70”, Suplemento Cultural de *Abc*, 18 de julio de 1982.
- FARRAN, Margarita (coord.), “Paraguay: recuperar el pasado para cambiar el futuro”, *Ajoblanco*, Especial Latinoamérica, nº 4, 1997, pp. 32-40. Con algunas variaciones, el artículo puede encontrarse en www.eurosur.org/rebellion/Internacional
- FLECHA, Víctor Jacinto “Nación, estado e ideología nacionalista en el Paraguay. Notas acerca de la cuestión nacional y el nacionalismo”, *Río de la Plata. Culturas* (París), vol. 3, 1986, pp. 17-32.
- FRANCO, Carlos Hernán, “Esquema del sistema represivo vigente en el Paraguay”, *Caravelle* (Toulouse), nº 14, 1970, pp. 125-138.
- FREITAS, Newton, “*El Paraguay eterno* de J. Natalicio González”, en GONZÁLEZ, Natalicio, *Letras paraguayas*, Asunción, Cuadernos Republicanos, 1988, pp. 337-345.
- FRETES Y BRITOS, Pastor, “Un hombre de estado en el mejor de los mundos”, *Revista del Paraguay*, agosto de 1892, p. 340.
- GARCÍA, Federico, “La prisión y vejámenes de Doña Juana Carrillo de López”, *El Liberal*, 1 de marzo de 1920.
- GRANDA, Germán de, “Lengua y sociedad; notas sobre el español de Paraguay”, *Estudios Paraguayos* (Universidad Católica de Asunción), vol. VIII, nº 1, junio de 1980.
- _____, “El español de Paraguay; temas, problemas y métodos”, *Estudios Paraguayos*, vol. VII, nº 1, junio de 1979.
- _____, “Hacia una caracterización del español paraguayo”, *Estudios Paraguayos*, vol. X, nº 2, diciembre de 1982.
- _____, “Hacia una valoración del proceso de interferencia del guaraní sobre el español paraguayo”, *Revista Paraguaya de sociología* (Asunción), año 27, nº 77, enero-abril de 1990.
- GARAY, Blas, “De la dictadura al Consulado. Gobiernos intermedios entre la Dictadura perpetua y el segundo Consulado”, *Guaranía* (Asunción), 20 de marzo de 1936, pp. 19-31.
- GONZÁLEZ, Natalicio, “De los Comuneros a López”, *Guaranía* (Asunción), nº 28, 20 de febrero de 1936, pp. 1-4 y 35.
- _____, “El mariscal Solano López”, *Guaranía*, 20 de marzo de 1935, pp. 11-12.
- GONZÁLEZ ERICO, Miguel Ángel, “Estructura y Desarrollo del Comercio Exterior Paraguayo:

- 1870-1918”, *Revista Paraguaya de Sociología* (Asunción, Centro Paraguayo de Estudios Sociológicos), año 12, n° 34, septiembre - diciembre 1975, pp. 125-155.
- GYNAN, Shaw N., “Sociolingüística del bilingüismo paraguayo”, *Nemity* (Asunción), n° 32, 1996, pp. 16-24.
- HERKER, Juan Carlos - GIMÉNEZ DE HERKER, María, “*The Times* (Londres) y la guerra de la Triple Alianza”, Suplemento Cultural de *Abc*, 22 de mayo de 1983.
- INSFRÁN, Pablo Max, “El Paraguay, país bilingüe”, *Revista del Ateneo Paraguayo*, 1942, vol. 1, n° 5-6, pp. 59-61.
- IRALA BURGOS, Adriano, “La coalición entre Caballero y Ferreira”, Suplemento Cultural de *Abc*, 8 de marzo de 1981.
- KRIVOSHEIN de CANESE, Natalia - CORVALÁN, Graziella, *El español del Paraguay en contacto con el guaraní*, Asunción, Centro Paraguayo de Estudios Sociológicos, 1983.
- La Regeneración*, 1869-1870, Colección Biblioteca Nacional, Asunción.
- Lonely Planet, *Destination Paraguay*, en <http://www.lonelyplanet.com/dest/sam/par.htm>
- LÓPEZ, Francisco Solano, “La última carta de López”, Suplemento Cultural de *Abc*, 9 de enero de 1983.
- MARTÍNEZ, Luis María, “El nacionalismo en Paraguay”, *Debate* (Buenos Aires), n° 25, año VII, 1996, p. 38.
- MARTINI, Carlos, “Militares y política: La danza de las afiliaciones”, *Punto Marginal* (Asunción), n° 3, 1994, pp. 24-26.
- MELIÀ, Bartolomeu, “Una metáfora de la lengua en el Paraguay”, *Cuadernos Hispanoamericanos*, n° 493-494, 1991, pp. 65-73.
- _____, “Aprender guaraní, ¿para qué?”, *Correo Semanal* (Asunción), 15 de julio de 1995, pp. 20-22. También en *Nemity* (Asunción), n° 32, 1996, pp. 12-13.
- MÍNGUEZ, Ramiro, “Glosario del yopará”, *Suplemento Antropológico* (Universidad Católica de Asunción), vol. XIII, n° 1-2, 1978.
- MORENO, Fulgencio, “La educación pública en el Paraguay antes del 70”, *Guaranía* (Asunción), 20 de septiembre de 1936, pp. 20-24.
- MORÍNIGO, José Nicolás, “Tiempo de utopías”, *La Isla* (Asunción), n° 4, 1994, pp. 15-17.
- MURILLO DE CARVALHO, José - SOARES, Pedro Paulo, “Brasileiros, uni-vos!”, *Folha do Sao Paulo*, 9 de noviembre de 1997, Suplemento *Mais!*, p. 5.
- NETO, Ricardo Bonalume, “Novas lições do Paraguai”, *Folha do Sao Paulo*, 9 de noviembre de 1997, Suplemento *Mais*, p. 4.
- OCAMPOS ALONSO, Luis, “Años rebeldes”, *La Isla* (Asunción), n° 4, 1994, pp. 8-13.
- O’LEARY, Juan E., “Un héroe italiano en el Paraguay”, *Guaranía*, n° 26, diciembre de 1935, p. 21.
- Patria* (Asunción), 1 de marzo de 1991. Edición dedicada al centenario de la muerte de Francisco Solano López.
- _____, 26 de febrero de 1993. Edición dedicada al ochenta aniversario de la muerte de Bernardino Caballero.
- PASTOR BENÍTEZ, Justo, “Historia Contemporânea do Paraguai a partir de 1870” en LEVENE, Ricardo (org.), *História das Américas*, São Paulo, W. M. Jackson, 1947, vol. IX.
- _____, “D. Domingo Sarmiento. Rememoración de su estadía en Paraguay, de los afectos procesados y de los homenajes rendidos al recio vencedor de la barbarie”, *Juventud*, n° 57-58, 15 de septiembre de 1925.
- PECCI, Antonio, “En busca de la memoria perdida”, *La Isla* (Asunción), n° 4, 1994, pp. 34-35.
- PETRAS, Jaime, “Paraguay: recuperar el pasado para cambiar el futuro”, *Ajoblanco*, primavera 1997, pp. 30-36.
- PINEDO, Agustín Fernando de, “Informe del gobernador del Paraguay a S.M. el Rey de España”, *Revista del Instituto Paraguayo*, n° 51-52, 1905.
- POMER, Leo, “A chave dos cofres britânicos”, *Folha do Sao Paulo*, 9 de noviembre de 1997,

- Suplemento *Mais!*, p. 7.
- POUCEL, Benjamín, "Formation de la nationalité paraguayenne", en *Mensaje de Carlos Antonio López*, Asunción, Fundación Cultural Republicana, 1987.
- RIVAROLA, Domingo, "Política y sociedad en el Paraguay contemporáneo. El autoritarismo y la democracia", *Revista Paraguaya de Sociología*, vol. 10, 1987, pp. 127-165.
- ROA BASTOS, Augusto, "Del poeta y escritor paraguayo Augusto Roa Bastos a don Epifanio Méndez" y "Del señor Augusto Roa Bastos al coronel Esteban López Martínez", *La Unión* (Asunción), 22 de agosto de 1953.
- _____, "Cerro Corá", en *Anuario de la Academia de la Historia*, Asunción, 1957, vol. II, pp. 65-67.
- _____, "La larga noche trágica del Paraguay", *Leviatan. Revista de hechos e ideas*, n° 21, 1985, pp. 33-44.
- ROBERTSON, William H., "La poesía paraguaya de protesta social", *Alcor*, n° 30, mayo-junio 1964.
- RODRIGUES, Ayrton, "A classificação do tronco lingüístico Tupi", *Revista de Antropologia* (Sao Paulo), n° 12, 1-2.
- RODRÍGUEZ-ALCALÁ, Guido, "Temas del Autoritarismo", ensayo presentado en el Congreso de la Universidad de Maryland (EE.UU.) en abril de 1994. Edición de un amigo del autor, sin fecha, lugar, ni editorial. También en *Borges y otros ensayos*, Asunción, Don Bosco, 1995, pp. 33-49.
- _____, "Fascismo e revisionismo", *Folha do Sao Paulo*, 9 de noviembre de 1997, Suplemento *Mais!*, p. 7.
- _____, "Paraguay-Alemania: inmigración y relaciones culturales", en KOHUT, Karl (ed.), *La recepción de la cultura alemana en América latina. Cinco visiones*, Universidad de Eichstätt, 1998, pp. 7-15.
- _____, "Teatro, política y afines", *Abc Color*, 15 de febrero de 1981.
- _____, "Cine e ideología", *Abc Color*, 1 de marzo de 1981.
- _____, "Poesía y compromiso", *Abc Color*, 18 de octubre de 1981.
- _____, "El nacionalismo integral de Charles Maurras y Juan E. O'Leary", *Abc Color*, 21 de febrero de 1982.
- RODRÍGUEZ-ALCALÁ, Hugo, "Luis Alberto Sánchez y el Paraguay. Historia de una incógnita", en *La incógnita del Paraguay y otros ensayos*, Asunción, Arte Nuevo, 1987, pp. 13-31.
- _____, "El guaraní y el castellano. El problema lingüístico", en *Poetas y prosistas paraguayos*, Asunción, Mediterráneo - Don Bosco - Intercontinental, 1988, pp. 295-301.
- SANABRIA, Lino Trinidad, "Nuestro bilingüismo. Ante la reforma educativa", *Noticias* (Asunción), 21 de enero de 1996. También en <http://www.uni-mainz.de/lustig/texte/culpares.html>
- SÁNCHEZ QUELL, Hipólito, "Caballero, libertador del Paraguay", *Guaranía* (Asunción), 20 de mayo de 1935, pp. 19-23.
- SEIFERHELD, Alfredo M., "El *Cabichui* en el contexto histórico de la guerra grande", en ESCOBAR, Ticio y SALERNO, Osvaldo (compiladores), *Cabichui, periódico de la guerra de la Triple Alianza*, Asunción, Museo del Barro, 1984.
- TAROUX-FOLLIN, Christiane, "Le *pynandi*, un soldat-laborateur dans le Paraguay des années 30-40", comunicación presentada en el IV Congreso Internacional de Sociocrítica, Fez, Noviembre de 1995 (Actas en prensa, en la Universidad de Montpellier III).
- VARGAS PEÑA, Alberto, "El antecedente terrible", *Revista de La Nación* (Asunción), 1 de mayo de 1997.
- VELLARD, Jehan, "Textes mbwiha recuillis au Paraguay", *Journal de la Société des Américanistes* (París), XXIX, pp. 375-386.
- VELÁZQUEZ, Humberto, "El mejor homenaje a los fundadores", *Patria* (Asunción), 11 de septiembre de 1992.

- VERA, Helio, "Cómo sentarse sobre bayonetas", *Noticias*, 11 de abril de 1999.
- _____, "¿Quién pone el cascabel a la Una?", *Noticias*, 16 de mayo de 1999.
- _____, "El dengue y los carpinchos", *Noticias*, 13 de febrero de 2000.
- _____, "La comedia de las equivocaciones", *Noticias*, 26 de mayo de 2000.
- VILLA, Marco Antonio, "A batalha republicana", *Folha do Sao Paulo*, 9 de noviembre de 1997, Suplemento *Mais!*.
- VILLALBA, Roberto, "Paraguay", en MARTÍN NÁJERA, Aurelio y GARRIGÓS FERNÁNDEZ, Agustín, *Documentos para la Recuperación y Conservación de Archivos y Documentos de los Trabajadores y Movimientos sociales*, Madrid, Pablo Iglesias, 1992, pp. 367-372.
- ZARRATEA, Tadeo, "Bilingüismo y marco legal", *Ñemity* (Asunción), nº 32, enero-junio 1996, p. 2.

3.- Sobre literatura hispanoamericana e histórica

a.- Libros

- AÍNSA, Fernando, *Identidad cultural de Iberoamérica en su narrativa*, Madrid, Gredos, 1986.
- BALDERSTON, Daniel, *Ficción y política. La narrativa argentina durante el proceso militar*, Buenos Aires, Alianza, 1987.
- BAREIRO SAGUIER, Rubén - LEÓN, Olver Gilberto de, *Antología del cuento latinoamericano*, Montevideo, Asesur, 1989 (cinco tomos).
- BECCO, Horacio Jorge (ed.), *Poesía colonial hispanoamericana*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1990.
- BELLINI, Giuseppe, *Historia de la literatura hispanoamericana*, Madrid, Castalia, 1985.
- _____, *Nueva historia de la literatura hispanoamericana*, Madrid, Castalia, 1997.
- BENEDETTI, Mario, *Subdesarrollo y letras de la osadía*, Madrid, Alianza, 1987.
- BOSI, Alfredo, *Historia concisa de la literatura brasileña*, México, F.C.E., 1982.
- BRANDING, David A., *Los orígenes del nacionalismo mexicano*, México, Secretaría Ednc. Públicas, 1972.
- BRUSHWOOD, John S., *La novela hispanoamericana del siglo XX. Una vista panorámica*, México, F.C.E., 1984.
- BURGOS, Fernando (ed.), *El cuento hispanoamericano del siglo XX*, Madrid, Castalia, 1997 (tres tomos).
- CABALLERO, Carmen, *Literatura Hispanoamericana*, Madrid, Ingelek, 1987.
- CALVIÑO IGLESIAS, Julio, *La novela del dictador en Hispanoamérica*, Madrid, Cultura Hispánica, 1985.
- _____, *Historia, ideología y mito en la narrativa hispanoamericana contemporánea*, Madrid, Ayuso, 1987.
- CARILLA, Emilio, *El Romanticismo en la América Hispana*, Madrid, Gredos, 1967 (segunda edición ampliada).
- CARPENTIER, Alejo, *La novela latinoamericana en vísperas de un nuevo siglo y otros ensayos*, Madrid, Siglo XXI, 1981.
- CIPLIJAUSKAITE, Biruté, *Los noventayochistas y la historia*, Madrid, Porrúa Turanzas, 1981.
- CONTE, Rafael, *Lenguaje y violencia. Introducción a la narrativa hispanoamericana*, Madrid, Alborak, 1972.
- _____, *16 escritores de Hispanoamérica*, Madrid, Biblioteca Cultural RTV, Magisterio Español, 1977.
- Diccionario Enciclopédico de las Letras Americanas*, Caracas, Ayacucho - Monte Ávila, 1995.
- DOMÍNGUEZ, Mignon (coord), *Historia, ficción y metaficción en la novela latinoamericana contemporánea*, Buenos Aires, Corregidor, 1996.

- ELZBIETA, Skolodowska, *La parodia en la novela hispanoamericana: 1960-1985*, Amsterdam-Philadelphia, Purdue University Monographs in Romance Languages, 1991.
- FERNÁNDEZ, Jesse, *El poema en prosa en Hispanoamérica. Del Modernismo a la Vanguardia*, Madrid, Hiperión, 1994.
- FERNÁNDEZ MORENO, César (coord.), *América Latina en su literatura*, México, Siglo XXI, 1972.
- FERNÁNDEZ PRIETO, Celia, *Historia y novela: poética de la novela histórica*, Pamplona, Eunsa, 1998.
- FERNÁNDEZ RETAMAR, Roberto, *Para una teoría de la literatura hispanoamericana*, Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1995.
- FRANCO, Jean, *Introducción a la literatura hispanoamericana contemporánea*, Barcelona, Ariel, 1990.
- FUENTES, Carlos, *La nueva novela hispanoamericana*, México, Joaquín Mortiz, 1966.
- GÁLVEZ ACERO, Marina, *La novela hispanoamericana del siglo XX*, Madrid, Cíncel, 1981.
- GARCÍA GUAL, Carlos, *La antigüedad novelada. Las novelas históricas sobre el mundo griego y romano*, Barcelona, Anagrama, 1995.
- GIRONA FIBLA, Nuria, *Escrituras de la historia. La novela argentina de los años 80*, Valencia, Universitat de València, 1995.
- GOIC, Cedomil, *Historia y Crítica de la Literatura Hispanoamericana (Época contemporánea)*, Barcelona, Grijalbo, 1988.
- HAYDEN, White, *Metahistoria. La imaginación histórica en el siglo XIX europeo*, México, F.C.E., 1992.
- HERAS, César Alonso de las - MARCOS ÁLVAREZ, Juan Manuel, *Curso de literaturas hispánicas*, Asunción, FVD Colegio San José, 1981-82 (tres tomos).
- HUTCHEON, Linda, *A Poetics of Postmodernism: History, Theory, Fiction*, Nueva York, Routledge, 1992.
- JITRIK, Noé, *Historia e imaginación literaria. Las posibilidades de un género*, Buenos Aires, Biblos, 1995.
- KOHUT, Karl (ed.), *Las literaturas del Río de la Plata hoy. De las utopías al desencanto*, Madrid, Vervuert, 1996.
- LABANYI, Jo, *Myth and History in the contemporary Spanish Novel*, Cambridge, Cambridge UP, 1989.
- LLORENS, Irma, *Nacionalismo y literatura. Constitución e institucionalización de la "República de las letras cubanas"*, Lérida, Ed. de la Universitat de Lleida, 1998.
- LOVELUCK, Juan (ed), *Novelistas hispanoamericanos de hoy*, Madrid, Taurus, 1976.
- LUKÁCS, Georg, *The historical novel*, Londres, Merlin Press, 1989. También en Madrid, Grijalbo, 1976; y en México, Era, 1966.
- MADRIGAL, Luis Íñigo (coord), *Historia de la literatura hispanoamericana I. Época colonial*, Madrid, Cátedra, 1982.
- MARCO, Joaquín, *La nueva voz de un continente. Literatura hispanoamericana contemporánea*, Madrid, Salvat, 1982.
- MAZZEI, Norma, *La novela latinoamericana: estudios críticos*, Buenos Aires, Filofalsia, 1988.
- MENÉNDEZPELAYO, Marcelino, *Historias de la literatura hispanoamericana*, Santander, Aldus, 1948.
- MENTON, Seymour, *La nueva novela histórica de la América Latina, 1979-1992*, México, F.C.E., 1993.
- MEYER-MINNEMANN, Klaus, *La novela hispanoamericana de fin de siglo*, México, F.C.E., 1979.
- MORA, Carmen de (ed.), *Diversidad sociocultural en la Literatura Hispanoamericana*, Universidad de Sevilla, 1995.

- MORÁN, Fernando, *Novela y semidesarrollo: una interpretación de la novela hispanoamericana y española*, Madrid, Taurus, 1971.
- MORÍNIGO, Mariano, *Hispanoamérica en la narrativa*, Asunción, Biblioteca de Estudios Paraguayos, 1989.
- MORILLAS VENTURA, Enriqueta, *El relato fantástico en España e Hispanoamérica*, Madrid, Siruela, 1991.
- OSORIO T., Nelson, *Las letras hispanoamericanas en el siglo XIX*, Murcia, Universidad de Alicante, 2000.
- OVIEDO, José Miguel, *Antología crítica del cuento hispanoamericano del siglo XX*, Madrid, Alianza, 1992 (dos tomos).
- _____, *Breve historia del ensayo hispanoamericano*, Madrid, Alianza, 1990.
- PUPO WALTER, Enrique, *La vocación literaria del pensamiento histórico en América (desarrollo de la prosa de ficción: siglos XVI, XVII, XVIII y XIX)*, Madrid, Gredos, 1982.
- _____, *El cuento hispanoamericano*, Madrid, Castalia, 1995 (1ª ed.: 1973).
- RAMA, Ángel, *Diez problemas para el novelista latinoamericano*, Caracas, Síntesis Dosmil, 1972.
- _____, *Novísimos narradores hispanoamericanos en "Marcha"*, México, Marcha, 1981.
- _____, *Transculturación narrativa en América Latina*, México, Siglo XXI, 1982.
- _____, *La crítica de la cultura en América Latina*, Caracas, B. Ayacucho, 1985.
- RAMÍREZ MOLAS, Pedro, *Tiempo y narración (enfoques de la temporalidad en Borges, Carpentier, Cortázar y García Márquez)*, Madrid, Gredos, 1978.
- RODRÍGUEZ, Juan Carlos - SALVADOR, Álvaro, *Introducción al estudio de la literatura hispanoamericana*, Madrid, Akal, 1994 (2ª edición; 1ª ed.: 1987).
- RODRÍGUEZ ALCALÁ, Hugo, *La narrativa hispanoamericana del siglo XX*, Madrid, Gredos, 1973.
- RODRÍGUEZ MONEGAL, *El boom de la novela hispanoamericana*, Caracas, 1972.
- ROMERA CASTILLO, José - GUTIÉRREZ CARBAJO, Francisco - GARCÍA-PAGE, Mario (eds.), *La novela histórica a finales del siglo XX*, Actas del V Seminario Interamericano, Madrid, Visor, 1996.
- ROSELL, Sara, *La novela antiesclavista en Cuba y Brasil, siglo XIX*, Madrid, Pliegos, 1997.
- ROVIRA, José Carlos (ed.), *Identidad cultural y literatura*, Alicante, Instituto Gil Albert, 1992.
- _____, *Entre dos culturas (voces de identidad hispanoamericana)*, Alicante, Universidad de Alicante, 1995.
- SÁINZ DE MEDRANO, Luis, *Historia de la Literatura Hispanoamericana (Desde el Modernismo)*, Madrid, Taurus, 1989.
- SÁNCHEZ, Luis Alberto, *Historia de la literatura americana (Desde los orígenes hasta 1936)*, Santiago de Chile, Ercilla, 1937.
- _____, *Proceso y contenido de la Literatura Hispanoamericana*, Madrid, Gredos, 1968.
- SHAW, Donald L., *Nueva narrativa hispanoamericana*, Madrid, Cátedra, 1983.
- SHIMOSE, Pedro, *Literatura Latinoamericana*, Madrid, Playor, 1989.
- SOUZA, Raymond, *La historia en la novela hispanoamericana moderna*, Bogotá, Tercer Mundo Editores, 1988.
- SPANG, Kurt - ARELLANO, Ignacio - MATA, Carlos, *La novela histórica, teoría y comentario*, Pamplona, Euns, 1995.
- STECKBAUER, Sonja M. (ed.), *La novela latinoamericana entre la historia y la utopía*, Eichstätt, Universidad Católica de Eichstätt, 1999 (actas de la sección "La historia del futuro: utopía y novela histórica" del Congreso de Romanistas Romania I: Jena, 1997).
- TORRES RIOSECO, Arturo, *Historia de la literatura iberoamericana*, New York, Las Américas Publishing Company, 1965.
- VIDAL, Hernán (comp.), *Fascismo y experiencia literaria: reflexiones para una recanonización*, Minneapolis, Institute for the Study of Ideologies and Literature, 1985.

- VILLANUEVA, Darío - VIÑA LISTE, José María, *Trayectoria de la novela hispanoamericana actual (del realismo mágico a los años ochenta)*, Madrid, Espasa-Calpe, 1991.
- WILLIAMS, Raymond Leslie (ed.), *The Novel in the Americas*, University Press of Colorado, 1992.

b.- Otros

- AÍNSA, Fernando, “La nueva novela histórica latinoamericana”, *Les Cahiers du Criar* (Université de Rouen), nº 11, 1991, pp. 13-22.
- _____, “La reescritura de la historia en la nueva narrativa latinoamericana”, *Cuadernos Americanos*, nº 5, pp. 13-31.
- ANDRADE BOUÉ, Pilar, “Algunos problemas de la novela histórica documentada: el ejemplo de *Les pérégrines* y *Les compagnons d'éternité* de Jeanne Bourin”, en José Romera Castillo et alii, *La novela histórica a finales del siglo XX*, Madrid, Visor, 1996.
- BARCHINO, Matías, “La novela biográfica como reconstrucción histórica y como construcción mítica: el caso de Eva Duarte en *La pasión según Eva*, de Abel Pose”, en José Romera Castillo et alii, *La novela histórica a finales del siglo XX*, Madrid, Visor, 1996.
- BARTHES, Roland, “Le discours de l'histoire”, *Poétique*, nº 49, pp. 14-21.
- BENEDETTI, Mario, “Los de adentro y los de afuera”, en *Subdesarrollo y letras de la osadía*, Madrid, Alianza, 1987.
- BINNS, Niall, “La novela histórica hispanoamericana en el debate posmoderno”, en José Romera Castillo et alii, *La novela histórica a finales del siglo XX*, Madrid, Visor, 1996.
- BOBES NAVES, M^a del Carmen, “Novela histórica femenina”, en José Romera Castillo et alii, *La novela histórica a finales del siglo XX*, Madrid, Visor, 1996.
- BRITTO GARCÍA, Luis, “Enrique Bernardo Núñez: novelista, filósofo de la Historia, utopista”, en Sonja M. Steckbauer (ed.), *La novela latinoamericana entre la historia y la utopía*, Eichstätt, Universidad Católica, 1999.
- CARMONA, Antonio, “Ficción, ironía y el marco de la historia”, *Última Hora*, 13 de febrero de 1986.
- ESPÍNOLA WIEZEL, Lourdes, “From Madonna to Venus: The Projection of Women's Literature”. Ponencia presentada en la Universidad de Miami (EE.UU.) el 23 de octubre de 1997.
- ELZBIETA, Skolodowska, “El (re-)descubrimiento de América: la parodia de la novela histórica”, *Romance Quarterly*, 37, nº 3, 1990, pp. 345-352.
- FUENTES, Carlos, “Latin America and the University of the Novel”, en Raymond Leslie Williams (ed.), *The Novel in the Americas*, University Press of Colorado, 1992.
- GARCÍA GUAL, Carlos, “Explorar y reinventar el pasado”, *Babelia*, 22 de agosto de 1998, pp. 8-9.
- _____, “Novelas biográficas o biografías novelescas de grandes personajes de la Antigüedad: algunos ejemplos”, en José Romera Castillo et alii, *La novela histórica a finales del siglo XX*, Madrid, Visor, 1996.
- GNUTZMANN, Rita, “Historia, utopía y fracaso en *La revolución es un sueño eterno* de Andrés Rivera”, en Sonja M. Steckbauer (ed.), *La novela latinoamericana entre la historia y la utopía*, Eichstätt, Universidad Católica, 1999.
- GONZÁLEZ BOIXO, José Carlos, “Realidad y ficción en el discurso narrativo de Cristóbal Colón”, *Actas del XXIX Congreso del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana*, 1994, tomo primero, pp. 389-401.
- GONZÁLEZ ECHEVARRÍA, Roberto, “Bakhtin, los orígenes de la novela y las crónicas de Indias”, *Ínsula*, nº 525.
- GULLÓN, Germán, “El discurso histórico”, en José Romera Castillo et alii, *La novela histórica a finales del siglo XX*, Madrid, Visor, 1996.
- IAÑEZ, Eduardo, “Literatura hispanoamericana actual”, en *Historia de la literatura*

- contemporánea (Después de 1945)*, Barcelona, Tesys-Bosch, 1995.
- Ínsula*, nº 522, junio de 1990. Monográfico dedicado a las Letras Virreinales.
- KÖNIG, Brigitte “El discurso de la utopía: tensiones entre ficción e historiografía en las nuevas novelas históricas latinoamericanas”, en Sonja M. Steckbauer (ed.), *La novela latinoamericana entre la historia y la utopía*, Eichstätt, Universidad Católica, 1999.
- LÓPEZ ADORNO, Pedro, “Descolonización literaria y utopía: el caso puertorriqueño”, *Exégesis* (Huamaco, Puerto Rico), nº 25, 1996. Se puede encontrar en <http://cuhwww.upr.clu.edu/exégesis>
- LUSTIG, Wolf, “Cristo y los hombres en la novela hispanoamericana del siglo XX”, en http://www.romaniskit.uni_mainz.de/hisp/roa/roa_materiales.htm
- MADARIAGA, Francisco, “Literatura, política y sociedad en América Latina”, *Exégesis* (Puerto Rico), nº 26, 1996, pp. 26-27. Se puede encontrar en <http://cuhwww.upr.clu.edu/exégesis>
- MARCO, Joaquín, “Relaciones de la novela de España y América”, *Ínsula*, nº 512-513, 1989, p. 16.
- MATA, Carlos, “Retrospectiva sobre la evolución de la novela histórica”, en Kurt Spang et alii, *La novela histórica, teoría y comentario*, Pamplona, Eunsa, 1995.
- MOLLOY, Silvia, “Historia y fantasmagoría”, en Enriqueta Morillas Ventura, *El relato fantástico en España e Hispanoamérica*, Madrid, Siruela, 1991.
- NOGA ALBERTI-KLEINBORT, Eleonora, “El romancero judeo-español en Argentina, Chile y Paraguay”, *La Coronica: Spanish Medieval Language and Literature Journal and Newsletter*, vol. 12 (2), 1984, pp. 275-276.
- NOGUEROL-JIMÉNEZ, Francisca, “Novelas del dictador: un descenso a los infiernos”, *Revista Acta Académica* (Universidad Autónoma de Centro América), en <http://www.uaca.cr/acta/1997may/franci01.htm>
- OLEZA SIMÓ, Joan, “Una nueva alianza entre historia y novela. Historia y ficción en el pensamiento literario del fin de siglo”, en José Romera Castillo et alii, *La novela histórica a finales del siglo XX*, Madrid, Visor, 1996.
- ORTEGA, Carlos, “La historia como palimpsesto”, *Babelia*, nº 208, 14 de octubre de 1995, p. 15.
- RAUSKIN, Jacobo, “Dificultades del escritor en América Latina hoy”, *Exégesis* (Puerto Rico), nº 26, 1996, pp. 25-26. Se puede encontrar en <http://cuhwww.upr.clu.edu/exégesis>
- ROA BASTOS, Augusto, “Imagen y perspectivas de la narrativa latinoamericana actual”, en LOVELUCK Juan (edit.), *Novelistas hispanoamericanos de hoy*, Madrid, Taurus, 1976.
- RODRÍGUEZ MONEGAL, Emir, “Tradición y renovación”, en César Fernández Moreno (coord.), *América Latina en su literatura*, México, Siglo XXI, 1972.
- RÖSSNER, Michael, “De la utopía histórica a las historia utópica: reflexiones sobre la nueva novela histórica como re-escritura de textos históricos”, en Sonja M. Steckbauer (ed.), *La novela latinoamericana entre la historia y la utopía*, Eichstätt, Universidad Católica, 1999.
- ROVIRA, José Carlos, “Giambattista Vico en la recuperación indigenista del siglo XVIII novohispano”, en PRIETO DE PAULA, Ángel Luis y RÍOS, Juan A. (eds.), *Relaciones culturales entre Italia y España: Leopardi y España*, Alicante, Aguacilar, 1999, pp. 129-141. (Se trata de una versión resumida del artículo siguiente:).
- _____, “De Boturini a Clavijero: Giambattista Vico en la recuperación dieciochesca del mundo indígena americano”, en *Tra referenti italiani nella tradizione ispano-americana*, Pubblicazioni dell’ Università di Macerata, 1999.
- _____, “Del espacio geográfico medieval al espacio utópico renacentista en las primeras crónicas”, en *Entre dos culturas (voces de identidad hispanoamericana)*, Alicante, Universidad de Alicante, 1995, pp. 29-35.
- SEYDEL, Utel, “Ser algo más que espectadores de la vida violenta: el carácter utópico de las prácticas artísticas”, en Sonja M. Steckbauer (ed.), *La novela latinoamericana entre la historia y la utopía*, Eichstätt, Universidad Católica, 1999.
- SOLDEVILA-DURARTE, Ignacio, “Esfuerzo titánico de la novela histórica”, *Ínsula*, nº 512-513,

1989, p. 8.

SPANG Kurt, "Apuntes para una definición de la novela histórica", en Kurt Spang et alii, *La novela histórica, teoría y comentario*, Pamplona, Eunsa, 1995.

SPIELMANN, Ellen, "Populismo como utopía: la novela histórica *Viva o povo brasileiro* de Joao Ubaldo Ribeiro y el estudio historiográfico de *Opovo brasileiro* de Darcy Ribeiro", en Sonja M. Steckbauer (ed), *La novela latinoamericana entre la historia y la utopía*, Eichstätt, Universidad Católica, 1999.

TEOBALDI, Daniel Gustavo, "Notas sobre la novela histórica argentina", en <http://www.ucm.es/OTROS/especulo/numero9/historia.html>

YOURCENAR, Marguerite, "Cuadernos de notas a las *Memorias de Adriano*", *Memorias de Adriano*, Barcelona, Salvat, 1994, pp. 205-235.

4.- Sobre literatura paraguaya

a. Libros

ACOSTA, Feliciano, *Ñe'ëporâhaipyre*, Asunción, Vercam, 1995.

ÁLVAREZ, Mario Rubén, *Poesía taller*, Asunción, Taller de Poesía Manuel Ortiz Guerrero, 1982.

AMARAL, Raúl, *Las generaciones en la cultura paraguaya, ensayo de interpretación bibliográfica*, Asunción, Centro Paraguayo de Estudios Sociológicos, 1976.

_____, *Paraguayos del 900 y argentinos del 80*, Asunción, Comuneros, 1978.

_____, *El modernismo poético en el Paraguay (1901-1916)*, Asunción, Alcándara, 1982 (2ª edición).

_____, *Escritos paraguayos: introducción a la cultura nacional*, Asunción, Mediterráneo, 1984.

_____, *El romanticismo paraguayo 1860-1910*, Asunción, Alcándara, 1985.

_____ (ed), *La noche antes. Antología paraguaya 1901-1905. Goycoechea Menéndez*, Asunción, Alcándara, 1985.

_____, *La literatura del romanticismo en el Paraguay*, Asunción, El Lector, 1996.

ARTECONA de THOMPSON, Marialuisa [sic], *Antología de la literatura infanto-juvenil paraguaya*, Asunción, Ed. Paraguayo SRL, 1992.

BAREIRO SAGUIER, Rubén, *Literatura guaraní del Paraguay*, Caracas, Ayacucho, 1980.

_____, *Augusto Roa Bastos*, Montevideo, Trilce, 1989.

BAZÁN, Juan F., *Narrativa paraguaya y latinoamericana*, Asunción, T. G. Casa Américas, 1976.

BUZÓ GÓMEZ, Sinfiriano, *Índice de la poesía paraguaya*, Asunción, Nizza, 1959 (tercera edición).

CADOGÁN, León, *La literatura de los guaraníes*, México, Joaquín Mortiz, 1965.

CASTRO, Claude, *Histoire et fiction dans la littérature paraguayenne actuelle: "Caballero" de Guido Rodríguez Alcalá* (Tesis doctoral), Université Toulouse-Le Mirail, enero de 1997 (dos tomos).

_____, *Historia y ficción: "Caballero" de Guido Rodríguez Alcalá*, Asunción, Don Bosco, 1997.

CENTURIÓN, Carlos R., *Historia de la cultura paraguaya*, Buenos Aires, Ayacucho, 1947-51 (tres tomos).

CENTURIÓN MORÍNIGO, Ubaldo, *Hugo Rodríguez Alcalá y la vida intelectual del Paraguay*, Asunción, Editora Paraguaya, 1993 (2ª edición corregida y actualizada).

CORRAL, Francisco, *El pensamiento cautivo de Rafael Barrett. Crisis de fin de siglo, juventud del 98 y anarquismo*, Madrid, Siglo XXI, 1994.

CUNHA-GIABBAL, Gloria, *La cuentística de Renée Ferrer: continuidad y cambio de nuestra expresión*, Asunción, Arandura, 1997.

- DÍAZ-PÉREZ, Viriato, *La literatura del Paraguay*, Palma de Mallorca, Luis Ripoll, 1980 (dos tomos).
- DOMÍNGUEZ, Manuel, *Estudios históricos y literarios*, Asunción, La Colmena, 1956.
- GONZÁLEZ, Natalicio, *Letras paraguayas*, Asunción, Cuadernos Republicanos, 1988 (1ª ed.: 1921).
- GRANDA, Germán de, *Sociedad, historia y literatura en el Paraguay*, Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1988.
- FEITO, Francisco E., *El Paraguay en la obra de Gabriel Casaccia*, Buenos Aires, Francisco García Cambeiro, 1977.
- FERRER, Renée, *Narrativa paraguaya actual: dos vertientes*, Washington, Centro Cultural del BID, 1994.
- FERRER AGÜERO, Luis María, *El universo narrativo de Augusto Roa Bastos* (Tesis doctoral), Madrid, Universidad Complutense, 1981.
- FLORES, Ángel, *Narrativa Hispanoamericana 1816-1981. Historia y Antología*. (Tomo 8: *La generación de 1939 en adelante: Argentina, Paraguay, Uruguay*), México, Siglo XXI, 1985.
- FOSTER, David William, *The myth of Paraguay in the fiction of Augusto Roa Bastos*, Chapel Hill, The University of North Carolina Press, 1969.
- GONZÁLEZ PETIT, Elena R. de - MOREL SOLAECHE, Rubén E. (comp.) *Bibliografía de obras paraguayas*, Asunción, Universidad Nacional, 1982.
- KALLSEN, Margarita, *Paraguay. Un año de bibliografía: 1987*, Asunción, s.e., 1988.
- _____, *Los poetas paraguayos y sus obras*, Asunción, CEPUC, 1996.
- LUNA SELLÉS, Carmen, *La narrativa breve de Augusto Roa Bastos*, Alicante, Inst. Gil Albert, 1993.
- MARCOS, Juan Manuel, *El ciclo romántico modernista en el Paraguay*, Asunción, Criterio, 1977.
- _____, *Roa Bastos, precursor del post-boom*, Ciudad de México, Katun, 1983.
- MARTÍNEZ, Luis María, *El trino soterrado. Paraguay: aproximación al itinerario de su poesía social*, Asunción, Intento, 1985.
- MÉNDEZ-FAITH, Teresa, *Paraguay: novela y exilio*, New Jersey, SLUSA, 1985.
- _____, *Breve diccionario de la literatura paraguaya*, Asunción, El Lector, 1994. Existe, en la misma editorial, una edición actualizada y revisada (1997).
- _____, *Breve antología de la literatura paraguaya*, Asunción, El Lector, 1994.
- PEIRÓ, José Vicente - RODRÍGUEZ ALCALÁ, Guido, *Narradoras paraguayas (antología)*, Asunción, Expolibro, 1999.
- PÉREZ-MARICEVICH, Francisco, *La poesía y la narrativa en el Paraguay*, Asunción, Centenario, 1969.
- _____, *La Aurora. Contenido y significado*, Asunción, Cuadernos Republicanos, 1975.
- _____, *Diccionario de la literatura paraguaya. 1ª parte*, Asunción, Biblioteca Colorados Contemporáneos, 1983.
- _____, *Ficción breve paraguaya. Una selección de Barrett a Roa Bastos*, Asunción, Comuneros, 1983 (1ª ed: 1969).
- _____, *Panorama del cuento paraguayo*, Asunción, Tiempo, 1988.
- PLA, Josefina, *Pequeño diccionario de la literatura paraguaya*, Asunción, Comunidad, 1964.
- _____, *Literatura paraguaya del siglo XX*, Asunción, Comuneros, 1976. También en Asunción, Escuela Técnica Salesiana, 1972.
- _____, *Obra y aportes femeninos en la literatura nacional*, Asunción, Centro Paraguayo de Estudios Sociológicos, 1976.
- _____, *Voces femeninas en la poesía paraguaya*, Asunción, Alcándara, 1982.
- _____, *La cultura paraguaya y el libro*, Asunción, Biblioteca de Estudios Paraguayos, 1983.
- RODRÍGUEZ-ALCALÁ, Guido - VILLAGRA, María Elena, *Narrativa paraguaya (1980-1990)*, Asunción, Editorial Don Bosco, 1992.

- RODRÍGUEZ-ALCALÁ, Hugo, *La literatura paraguaya*, Buenos Aires, América Lee, 1953.
- _____, *Historia de la literatura paraguaya*, Asunción, Colegio San José, 1970. También en México, Ediciones de Andrea, 1970.
- _____, *Narrativa hispanoamericana: Güiraldes, Carpentier, Roa Bastos, Rulfo*, Madrid, Gredos, 1973.
- _____, *Luis Alberto Sánchez y el Paraguay* (Homenaje a Luis Alberto Sánchez), Madrid, Ínsula, 1983.
- _____, *Poetas y prosistas paraguayos, y otros breves ensayos*, Asunción, Intercontinental, 1988.
- TOVAR, Francisco, *Las historias del dictador. "Yo el Supremo" de Augusto Roa Bastos*, Barcelona, Ediciones del Mall, 1987.
- VALDOVINOS, Arnaldo, *La incógnita del Paraguay*, Buenos Aires, Atlántida, 1945.
- VALLEJOS, Roque, *Antología crítica de la poesía paraguaya contemporánea*, Asunción, Don Bosco, 1968.
- _____, *La literatura paraguaya como expresión de la realidad nacional*, Asunción, Don Bosco, 1971 (1ª ed.: Don Bosco, 1967).
- _____, *Antología de la literatura paraguaya contemporánea. Generación del 900*, Asunción, Ed. del Pueblo, 1973.
- VILA BARNES, Gladys, *Significado y coherencia del universo narrativo de Augusto Roa Bastos*, Madrid, Orígenes, 1984.
- WELCH, Thomas L. - GUTIÉRREZ, René L., *Bibliografía de la literatura paraguaya*, Washington, Biblioteca Colón, O.E.A., 1990.
- VV.AA, *Teatro rioplatense 1886-1930*, Caracas, Ayacucho, 1986.
- VV.AA, *Rubén Bareiro Saguier. Valoraciones y comentarios acerca de su obra*, Asunción, Arte Nuevo-Araverá, 1986.
- VV.AA, *El gateo de los nuestros. Narrativa erótica indígena*, Asunción, Ediciones del Sol, 1992.

b. Otros

- ALMADA ROCHE, Armando, "Diálogo con Ana Iris Chaves de Ferreiro", *La Prensa* (Buenos Aires), 2 de diciembre de 1979, p. 25.
- ALVAR, Manuel, "Los murmullos opacos de la noche: *Los nudos del silencio* de Renée Ferrer de Arréllaga", *Exégesis (Revista del Colegio Universitario de Humacao UPR)*, n° 26 (1996), pp. 52-53. Se puede encontrar en <http://cuhwww.upr.clu.edu/exégesis>
- AMARAL, Raúl, "Prólogo" a: GONZÁLEZ, Natalicio, *La raíz errante*, Asunción, Cuadernos Republicanos, 1991, pp. XVII-LIX.
- _____, "Prólogo" a: GOYCOECHEA MENÉNDEZ, Martín de, *La noche antes*, Asunción, Alcándara, 1985, pp. 11-25.
- ANDREU, Jean, "Literatura paraguaya actual", *Caravelle* (Toulouse), n° 58, 1992, pp. 169-195.
- _____, "Ojo por diente o la pasión paraguaya según R. Bareiro Saguier", en VV. AA, *Rubén Bareiro Saguier. Valoraciones y comentarios acerca de su obra*, Asunción, Arte Nuevo-Araverá, 1986.
- Anthropos. Revista de documentación Científica de la Cultura*, n° 115, diciembre de 1990. Monográfico dedicado a Roa Bastos.
- ARENES, Carolina, "Roa Bastos, cada vez más cerca de hacer realidad su sueño argentino", *La Nación* (Buenos Aires), 7 de diciembre de 1995.
- ARGÜELLO, Manuel E. B., "La enseñanza de la narrativa en los establecimientos educacionales", *Péndulo* (Asunción), n° 8, año 3, 1966, pp. 14-17.
- AVALOS, César, "El mundo mágico de Roa Bastos", *Abc*, 27 de septiembre de 1970.
- BADO, Laura, "Guido Rodríguez Alcalá; la historia en polémica" (entrevista), *Revista de La*

- Nación*, 13 de julio de 1997.
- BAREIRO SAGUIER, Rubén, "Panorama de la literatura paraguaya", en MONTEZUMA, Joaquim, *Panoram das literaturas das Americas*, Lisboa, 1957, tomo 3.
- _____, "El criterio generacional en la literatura paraguaya", *Revista Iberoamericana* (Pittsburgh), n° 58, 1964, pp. 203-303.
- _____, "El tema del exilio en la narrativa paraguaya contemporánea", *Caravelle* (Toulouse), n° 13, 1970, pp. 79-96.
- _____, "La generación nacionalista indigenista del Paraguay y la cultura guaraní", *Actes du XLIIe Congrès International des Américanistes*, Paris, 1976, pp. 549-555.
- _____, "Roa Bastos, entre la realidad, el mito y la ficción", Suplemento Cultural de *Abc*, 22 de febrero de 1981.
- _____, "Estructura autoritaria y producción literaria en Paraguay", *Caravelle* (Toulouse), vol. 42, n° 1984, pp. 93-106. También en *De nuestras lenguas y otros discursos*, Asunción, Biblioteca de Estudios Paraguayos, 1990, pp. 103-122.
- _____, "La ideología nacionalista en la literatura paraguaya", *Río de la Plata. Culturas* (París), vol. 3, 1986, pp. 3-15.
- _____, "La cultura paraguaya de los años 20 y su proyección actual", *Río de la Plata, Culturas* (París), vol. 4-6, 1987, pp. 65-75.
- _____, "Raíces, ejes, caminos de una escritura", *Ínsula*, n° 521, 1990, pp. 1-2.
- BARRETT, Rafael, "A propósito de *Ignacia*", en *Obras completas*, Asunción, RP Ediciones - ICI, tomo III, 1989, pp. 80-82, edición de Francisco Corral y Miguel Ángel Fernández.
- BELLINI, Giuseppe, "*El Supremo* y el coloquio con perros", *Ínsula*, n° 521, 1990, pp. 32-31.
- BILBAO, José Antonio, "Sobre libros y autores", *Péndulo* (Asunción), n° 8, año 3, 1966, pp. 12-13.
- _____- VILLAGRA MARSAL, Carlos, "El bilingüismo en el Paraguay", *Péndulo* (Asunción), n° 8, año 3, 1966, pp. 9-12.
- BOREL, Jean Paul, "Apuntes para un análisis sociológico de la narrativa paraguaya: A. Roa Bastos y R. Bareiro Saguier", *Caravelle* (Toulouse), n° 25, 1975, pp. 39-56.
- CABALLERO AQUINO, Ricardo, "El *dilettante* como intelectual", *Abc Color*, 13 de marzo de 1982.
- CALVIÑO, Julio, "El discurso de la esfinge (De mistagogias y onirocritismos: *Yo el Supremo* como metátesis de inverosimilización)", *Cuadernos Hispanoamericanos*, n° 493-494, 1991, pp. 285-311.
- _____, "Los protocolos del disparate político: *El Supremo* como dictador/dictador", *Ínsula*, n° 521, 1990, p. 22.
- CAMPRA, Rosalba, "Roa Bastos o los caminos de la memoria", *Ínsula*, n° 521, 1990, pp. 12-13.
- CARLISLE, Charles Richard, "La mujer en la narrativa de Ana-Iris Chaves de Ferreiro", *Discurso Literario* (Oklahoma), vol. 1, n° 2, 1984, pp. 289-293.
- CASE, Thomas E., "Visión de la mujer paraguaya en las novelas de Gabriel Casaccia", *Circulo: Revista de Cultura*, n° 8, 1979, pp. 133-141.
- _____, "The *coyguá* character in the novels of Gabriel Casaccia", *Discurso Literario* (Oklahoma), vol. 2, n° 1, 1985, pp. 155-165.
- CASTRO, Claude, "Paraguay: actualité littéraire", *L'Ordinaire Mexique Amérique Centrale* (Université de Toulouse-Le Mirail), n° 144, 1993, pp. 15-20.
- CARIGNANO, Dante, "La escritura: o la suprema representación del ser", *Ínsula*, n° 521, 1990, pp. 17-19.
- CEA, José Roberto, "Notas sobre el mundo poético de los guaraníes", *Cultura. Revista del Ministerio de Educación* (San Salvador), n° 36, 1965, pp. 79-88.
- COGOY, Carlos, "A guerra picaresca", Suplemento *Pelotas* del *Diario do Manha*, 24 de junio de 1995, p. 2.
- COLMÁN GUTIÉRREZ, Andrés, "¿A dónde va la literatura paraguaya?", *Mundo del Libro*, año

- I, nº 1, abril de 1995, pp. 2-3.
- CONTE, Rafael, "En torno a *Hijo de hombre*, la primera gran novela de A. R. B.", *Ínsula*, nº 521, 1990, pp. 13-14.
- CORRAL, Francisco, "Rafael Barrett en las memorias de Pío Baroja", Suplemento Cultural de *Abc*, 19 de abril de 1981.
- DECOUD, Adolfo, "Las letras en el Paraguay", *Revista Nacional* (Buenos Aires), t. 12, pp. 343-359.
- DECOUD, José Segundo, "La literatura en el Paraguay", en Raúl AMARAL, *El romanticismo paraguayo*, Asunción, Alcándara, 1985, pp. 152-169 (1ª ed.: Buenos Aires, Imp. M. de Biedma, 1888, pp. 33-46).
- DELGADO, Roberto, "Guerra del Paraguay", *La Gaceta*, 31 de enero de 1988.
- DELGADO COSTA, José, "Renée Ferrer con ojos humanos", *Noticias* (Asunción), 13 de julio de 1997, p. 3.
- DIAZ-PEREZ, Rodrigo, "Questions à Rubén Bareiro Saguier: Éléments pour une biographie personnelle / Preguntas a Rubén Bareiro Saguier: Elementos para una biografía personal" (tr. de TARROUX-FOLLIN Christiane), *Co-textes* (Montpellier), nº 14, 1987, pp. 43-57.
- DOMÍNGUEZ, Manuel, "Rafael Barrett", *Guaranía* (Asunción), año III, 20 de junio de 1936, pp. 15-17.
- DORFMAN, Ariel, "Un lenguaje para América", *Ercilla* (Santiago de Chile), nº 1593, 15 de diciembre de 1965, p. 45.
- El País*, "Sábado y Roa Bastos, contra viento y marea", 19 de julio de 1998, pp. 26-27.
- EL ABKARI, Boujemaa, "Los nudos del silencio y la dialéctica del silencio", *Exégesis* (Puerto Rico), nº 26, 1996, pp. 54-57. Se puede encontrar en <http://cuhwww.upr.clu.edu/exégesis>
- ENDER S, Erika, "Roa Bastos: Contravida", en http://www.romaniskit.uni_mainz.de/hisp/roa/Asunción.htm
- EZQUERRO, Milagros, "Estructura y sentido de *Yo el Supremo*", *Ínsula*, nº 521, 1990, pp. 19-20.
- FATTORUSO, Rodolfo M., "Imaginación y poder", *Búsqueda*, 29 de junio de 1995, p. 50.
- FEITO, Francisco E., "Un dialogo a distancia: Entrevista con Gabriel Casaccia", *Circulo: Revista de Cultura*, nº 6, 1977, pp. 35-46.
- _____, "Narrativa paraguaya", Suplemento Cultural de *Abc Color*, 15 de noviembre de 1981.
- FERNANDES, Carla, "*Contravida*: hacia una poética de las repeticiones en la obra de Augusto Roa Bastos". Ponencia en el coloquio *Augusto Roa Bastos: la obra posterior a Yo el Supremo*, organizado por la Universidad de Poitiers, CNRS-URA 2007-Literaturas Latinoamericanas, celebrado los días uno y dos de febrero de 1996.
- FERNÁNDEZ, Ceneas, "Renée Ferrer: una de las voces de la literatura paraguaya actual", Suplemento Cultural de *Noticias* (Asunción), sábados de agosto y septiembre de 1997.
- FERNÁNDEZ, Heriberto, "La literatura paraguaya contemporánea", *Juventud* (Asunción), año II, nº 41, 15 de diciembre de 1924, pp. 408-410. También en *L'Amérique Latine*, 2 de noviembre de 1924.
- FERRER, Renée, "Narrativa paraguaya actual: dos vertientes", *Exégesis* (Puerto Rico), nº 26, 1996, pp. 42-52. Se puede encontrar en <http://cuhwww.upr.clu.edu/exégesis>
- FLEITAS Arturo, "Predicción cumplida", *El Augur Mediterráneo*, nº 11-12, 1993.
- FRANCIS, Aldo, "La novela en el Paraguay", en Juan Felipe Bazán *Polen al viento*, Buenos Aires, Difusión, 1954, pp. 166-168.
- GAZZOLO, Ana M., "Escritura y oralidad en *Yo el Supremo*", *Cuadernos Hispanoamericanos*, nº 493-494, 1991, pp. 313-327.
- GARAY, Blas - MORENO, Fulgencio R., "La literatura paraguaya", *La Unión*, 3 de noviembre de 1894.
- GENTILE, Juan Carlos, "Aproximación a los elementos novelescos en *La Argentina* de Ruy Díaz de Guzmán", *Neophilologus*, vol. 69, nº 4, 1985, pp. 558-567.

- GÓMEZ MENGO, Edmundo, "Letra o muerte: Aproximación psicoanalítica a *Yo el Supremo*", *Ínsula*, n° 521, 1990, pp. 20-21.
- GONZÁLEZ, Natalicio, "Letras paraguayas", *Guaranía* (Asunción), año 1, n° 1, 1920, pp. 16-20.
- _____, "Los orígenes guaraníes de *La Tempestad* de Shakespeare", *Guaranía*, n° 3, 20 de enero de 1934, pp. 16-19.
- GONZÁLEZREAL, Osvaldo, "La oralidad en la literatura paraguaya", *Correo Semanal* (Asunción), 10 de diciembre de 1994, pp. 20-21.
- _____, "La posmodernidad: de norte a sur", *Correo Semanal* (Asunción), 28 de enero de 1996, pp. 8-9.
- _____, "La posmodernidad en el Paraguay", *Correo Semanal* (Asunción), 4 de febrero de 1996, pp. 12-13.
- GRANDA, Germán de, "El romancero tradicional español en el Paraguay: razón de una (aparente) anomalía", *Thesaurus: Boletín del Instituto Caro y Cuervo* (Bogotá), vol. 37, n° 1, 1982, p. 120-147.
- HALLEY MORA, Mario, "Palabras para Roa Bastos en carta de Mario Halley Mora", *Abc Color* (Asunción), 27 de septiembre de 1970, p. 18.
- _____, "Defender nuestras fronteras internas", *Patria*, 7 de agosto de 1987.
- _____, "Vargasvillismo histórico", *Patria*, 4 de agosto de 1987, p. 11.
- H. H. M., "Vargasvillismo histórico", *Patria*, 4 de agosto de 1987, p. 11.
- HAZERA, Lydia D., "Signos y mensaje de *Historia de un número* de Josefina Pla", *Explicación de Textos Literarios* (Sacramento), n° 15:1, 1986-1987, pp. 59-64.
- Ínsula*, n° 521, mayo de 1990. Monográfico dedicado a Roa Bastos.
- _____, n° 549-550, septiembre-octubre de 1992. Monográfico dedicado a la expresión iberoamericana.
- Jaguareté, "Caballero de a pie (II)", *Patria*, 25 de julio de 1987.
- _____, "Caballero de a pie (IV)", *Patria*, 9 de agosto de 1987.
- KALLSEN, Margarita, "Referencia bibliográfica de la historia paraguaya. Guerra contra la Triple Alianza. Guerra del Chaco", *Estudios Paraguayos*, vol. 1, n° 1, noviembre de 1973, pp. 85-137.
- KRIVOSHEIN de CANESE, Natalia, "Influencia del bilingüismo en la literatura paraguaya", *Ñemity* (Asunción), n° 5, 1980, pp. 10-12.
- _____, "Cultura y bilingüismo en el Paraguay", <http://www.uni-mainz.de/lustig/hisp/guarani/reformed.html>
- LAMAS CARÍSIMO DE RODRÍGUEZ ALCALÁ, Teresa, "Del folk-lore nacional", *Juventud* (Asunción), año III, n° 44-45 (15 de febrero de 1925).
- LANGA PIZARRO, M. MAR, "Paraguay: narrativa e historia de una isla sin mar" en *La isla posible* (Actas del III Congreso de la Asociación Española de Estudios Hispanoamericanos, Tabarca, 25-28 de marzo de 1998), Murcia, Universidad de Alicante, 2001. También en *Cultural de Noticias* (Asunción), 31 de mayo y 7 y 14 de junio de 1998.
- _____, "Josefina Pla, in memoriam", *Arte y Letras* (Suplemento de *Información*, Alicante), 18 de febrero de 1999, p. 4.
- LIANO, Dante, "El prisionero": Técnicas y símbolos", *Ínsula*, n° 521, 1990, pp. 16-17.
- LIENHARD, Martin, "Del padre Montoya a Roa Bastos: La función histórica del Paraguay", *Cuadernos Hispanoamericanos*, n° 493-494, 1991, pp. 53-64.
- LUSTIG, Wolf, "Literatura popular en guaraní e identidad nacional paraguaya", en <http://www.uni-mainz.de/-lustig>.
- MAEZTU, Ramiro de, "Rafael Barrett", *Juventud* (Asunción), n° 67-68, 15 de febrero de 1926.
- MARCOS, Juan Manuel, "Entrevista con Carlos Villagra Marsal", *Discurso Literario* (Oklahoma), vol. 3, 1986, pp. 247-261.
- _____, "Rodrigo Díaz-Pérez, Jesús Ruiz Nestosa y Helio Vera: narrativa contracultural de los

- ochenta en el Paraguay”, *Confluencia: Revista Hispánica de Cultura y Literatura* (Niwot), vol. 2, 1987, pp. 53-61.
- _____, prólogo a: Carlos VILLAGRA MARSAL, *Mancuello y la perdiz*, Quito, Libresa, 1996.
- MARINI PALMIERI, Enrique, “Estudio preliminar” en Eloy FARIÑA NÚÑEZ, *Las vértebras de Pan*, Asunción, Ñanduti Vive - Intercontinental, 1990, pp. 7-32.
- MARTÍNEZ, Reinaldo, “Proyección de nuestra narrativa”, *Péndulo* (Asunción), n° 8, año 3, 1966, pp. 20-22.
- MARTUL TOBÍO, Luis, *La novela del mundo guaraní: estructuras económico-sociales* (Tesis doctoral), Universidad Complutense, Madrid, 1985.
- MATEO DEL PINO, Ángeles, “En la piel de la mujer: Un recorrido por la cuentística de Josefina Pla”, *Philologica Canariensis: Revista de Filología de la Universidad de las Palmas de Gran Canaria*, n° 0, 1994, pp. 281-297.
- MÉNDEZ-FAITH, Teresa, “Dictadura y espacios-cárceles: Doble reflejo de una misma realidad en *Hijo de hombre* y *Yo el Supremo*”, *Cuadernos Hispanoamericanos*, n° 493-494, 1991, pp. 239-245. También en *Chasqui: Revista de Literatura Latinoamericana* (Williamsburg), n° 13:1, 1983.
- _____, “Exilio y estructuración espacio-temporal en la novelística de Gabriel Casaccia”, *Escritura: Revista de Teoría y Crítica Literarias* (Caracas), n° 8:16, 1983, pp. 179-190.
- _____, “Reflexiones en torno a textos-contextos paraguayos: Rescate de una realidad camuflada”, *Discurso Literario: Revista de Temas Hispánicos*, n° 1:1, 1983, pp. 36-48.
- _____, “Exilio y producción literaria paraguaya”, *Revista de Estudios Hispánicos* (St. Louis), n° 18:3, 1984, pp. 357-369.
- _____, “El exilio en la novelística de Roa Bastos”, *Ínsula*, n° 521, 1990, pp. 14-16.
- MENTON, Seymour, “Realismo mágico y dualidad en *Hijo de hombre*”, *Revista Iberoamericana*, n° 63 (volumen XXXIII).
- MONTEFILPO CARVALLO, Reinaldo, “Principales causas de la carencia de una tradición novelística. La escasez de novelistas. Problemas de edición y distribución”, *Péndulo* (Asunción), n° 8, año 3, 1966, pp. 29-31.
- MOODY, Michael, “Entrevista con Carlos Villagra Marsal”, *Confluencia: Revista Hispánica de Cultura y Literatura* (Niwot), vol. 5, 1989, pp. 101-107.
- _____, “Entrevista con Tadeo Zarratea”, *Confluencia: Revista Hispánica de Cultura y Literatura*, vol. 5 (2), 1990, pp. 121-126.
- Mundo del Libro*, “Mesa redonda: La problemática del libro en el Paraguay”, *Mundo del Libro*, año I, n° 2, mayo de 1995, pp. 14-19.
- O’LEARY, Juan E., prólogo a: Martín de GOYCOECHEA MENÉNDEZ, *Guaraníes*, edición de la *Revista Americana de Buenos Aires*, n° 183-184, año XVI, 1939, pp. 12-17.
- ORTEGA, José, “La pesadilla histórica paraguaya”, *Cuadernos Hispanoamericanos*, n° 55, 1996, pp. 125-128.
- OSORIO, Manuel, “Entrevista a Augusto Roa Bastos”, *Plural* (México), n° 263, 1993.
- PANE, Ignacio A., “Intelectualidad paraguaya”, en LÓPEZ DECOUD, Arsenio (dtor.), *Álbum gráfico de la República del Paraguay 1811-1911*, Buenos Aires, Comp. Impresora de Billetes del Banco, 1911, pp. 265-267.
- PECCI, Antonio, “El día que Roa Bastos fue expulsado del Paraguay”, *Correo Semanal (Última Hora)*, 24 de noviembre de 1990, pp. 4-5.
- PEIRÓ, José Vicente, *Análisis de “El Fiscal” de Augusto Roa Bastos*, Tesina de Licenciatura, Madrid, UNED, 1995.
- _____, “Los cuentos de Feliciano Acosta”, *Ñemity* (Asunción), n° 32, 1996, pp. 4-5.
- _____, prólogo a: Carlos VILLAGRA MARSAL, *Mancuello y la perdiz*, Madrid, Cátedra, 1996.
- _____, “Indicios de posmodernidad en la literatura paraguaya actual”, *Noticias* (Asunción), 29

- de junio de 1997.
- _____, “La revista *La Aurora*: primera manifestación del Romanticismo en el Paraguay”, *Noticias: Suplemento Especial de Cultura* (Asunción), 1998: 9 de agosto (pp. 2-3), 16 de agosto (p. 4), 23 de agosto (p. 4), 30 de agosto (p. 4), 6 de septiembre (p. 4).
- _____, “¿Ruptura del silencio?. *Los nudos del silencio* de Renée Ferrer”, Suplemento Cultural de *La Nación* (Asunción), 2 y 9 de agosto de 1998.
- _____, “La evolución de la novela histórica paraguaya”, *Espaces Latinos*, n° 169, noviembre de 1999, pp. 17-19.
- _____, “La novela paraguaya en vísperas del nuevo siglo”, en *Actas del XXXI Congreso del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana* (en prensa), celebrado en Salamanca del 20 al 30 de junio de 2000.
- PÉREZ-MARICEVICH, Francisco, “Introducción” a *J. Natalicio González. Antología poética*, Asunción, Alcándara, 1984, p. 7-14.
- _____, “La narrativa paraguaya: algunas coordenadas”, Suplemento Cultural de *La Nación* (Asunción), n° 7, 10 de septiembre de 1995, p. 1.
- PLA, Josefina, “Literatura paraguaya del siglo XX”, en PLA, Josefina - FERNÁNDEZ, Miguel Ángel, *Aspectos de la cultura paraguaya*, México, sobretiro de *Cuadernos Americanos*, febrero de 1962, p. 67-70.
- _____, “Literatura en el siglo XX”, *Cuadernos Americanos* (México), enero-febrero 1962, pp. 19-90.
- _____, “Contenido humano y social de la narrativa”, *Panorama*, n° 8, marzo-abril 1964.
- _____, “La situación de la cultura paraguaya en 1965”, *Cuadernos 100* (Asunción), 1965, pp. 151-152.
- _____- PÉREZ-MARICEVICH, Francisco, “Estética y temática de la narrativa paraguaya”, *Péndulo* (Asunción), n° 8, año 3, 1966, pp. 23-26.
- _____- PÉREZ-MARICEVICH, Francisco, *Narrativa paraguaya (Recuento de una problemática)*, sobretiro de *Cuadernos Americanos* (México), n° 4, 1968.
- _____, “La narrativa en el Paraguay de 1900 a la fecha”, *Cuadernos Hispanoamericanos*, n° 23, 1969, pp. 641-654.
- _____, “La cultura en 1980”, *Estudios Paraguayos* (Asunción), vol. X, n° 1, 1982, pp. 245-250.
- PRIETO, Justo José, “Entrevista a Gabriel Casaccia y a Augusto Roa Bastos”, *Alcor* (Asunción), n° 18-19, 1962.
- PY, Fernando, “Leitura”, *Diário de Petrópolis*, 24 de septiembre de 1995.
- PYTA, Poncho, “Más sobre O’Leary”, *Patria*, 27 de marzo de 1982, p. 24.
- _____, “En torno a O’Leary”, *Patria*, 3 de marzo de 1982, p. 24.
- _____, “Roer y roer”, *Patria*, 19 de marzo de 1982, p. 24.
- _____, “Vargasvilistas”, *Patria*, 21 de agosto de 1987, p. 40.
- RIVAROLA MATTO, Juan Bautista, “Literatura paraguaya de hoy”, *Tiempo de Hoy* (Buenos Aires), n° 2, año 1, 1971.
- _____, “Algunas ideas acerca de la literatura paraguaya”, *Cuadernos Americanos* (México), 1972, pp. 225-235.
- _____, “¿Roa Bastos folletero?”, *Hoy* (Asunción), 7 de marzo de 1982.
- _____, “Historia y literatura en Paraguay”, *Hoy* (Asunción), 26 de marzo de 1982, pp. 8-9.
- _____, “La literatura paraguaya existe”, *Hoy* (Asunción), 31 de marzo de 1982, pp. 8-9.
- _____, “Una carta de NAPA”, Suplemento Cultural de *Abc Color*, 15 de febrero de 1981, p. 6.
- RODRÍGUEZ ALCALÁ, Guido, “Dotar de materiales al escritor es lo mejor”, *Hoy*, 1 de febrero de 1988.
- ROA BASTOS, Augusto, “Pasión y expresión de la literatura paraguaya”, *Universidad* (Argentina),

- nº 44, 1960.
- _____, “Cultura popular en Latinoamérica y creación literaria”, *Stromata*, nº 30, 1974, pp. 54-59.
- _____, “La agonía de un pueblo que canta su muerte”, *Humboldt*, nº 55, 1974, pp. 50-56.
- _____, “Rafael Barrett descubridor de la realidad social del Paraguay”, en Rafael BARRETT, *El dolor paraguayo*, Caracas, Ayacucho, 1978, pp. IX-XXXII.
- _____, “La literatura paraguaya según Augusto Roa Bastos”, Suplemento Cultural de *Abc*, 15 de febrero de 1981.
- _____, “El texto cautivo (I)”, *Quimera*, nº 17, 1982, pp. 8-14.
- _____, “El texto cautivo (y II)”, *Quimera*, nº 18, 1982, pp. 13-18.
- _____, “La narrativa paraguaya en el contexto de la narrativa hispanoamericana actual”, en *Augusto Roa Bastos. Antología narrativa y poética. Documentación y estudios* (selección de TOVAR, Paco), Barcelona, Suplementos *Anthropos*, nº 25, pp. 117-125. También en SOSNOVSKI, Saúl (ed.), *Augusto Roa Bastos y la producción cultural americana*, Buenos Aires, Ediciones de la Flor, 1986, pp. 117-138. También en *Quimera*, nº 28, 1983, pp. 54-63. También en Suplemento Cultural de *Abc*, 18 de julio de 1982.
- _____, “La tradición narrativa en el Paraguay”, *Hoy* (Asunción), 16 y 17 de octubre de 1989.
- _____, “La tradición narrativa en el Paraguay (Segunda serie, I)”, *Hoy* (Asunción), 18-20 de octubre de 1989.
- _____, “Una literatura sin pasado”, *Quimera*, 28 de marzo de 1983.
- _____, “Conversación con Rubén Bareiro Saguier”, en VV. AA, *Rubén Bareiro Saguier. Valoraciones y comentarios acerca de su obra*, 1986.
- _____, “De escritores en exilio, militares y otras calamidades”, en VV. AA, *Rubén Bareiro Saguier. Valoraciones y comentarios acerca de su obra*, 1986, p. 136.
- _____, “Una cultura oral”, *Suplemento Antropológico* (Centro de Estudios Antropológicos, Universidad Católica de Asunción), XXIII, 1, 1988. Recogido en Paco TOVAR, edit., *Augusto Roa Bastos. Antología narrativa y poética. Documentación y estudios*, Barcelona, Suplementos *Anthropos*, nº 25, 1991, pp. 99-111. También en *Síntesis. Revista Documental de Ciencias Sociales Iberoamericanas*, nº 10, 1990, pp. 101-124.
- _____, “Acordar la palabra con el sonido del pensamiento. ¡Lo más difícil del mundo!”, en TOVAR, Paco, *Augusto Roa Bastos. Antología narrativa y poética. Documentación y estudios*, Barcelona, *Anthropos*, 1991, pp. 55-77.
- _____, “Paraguay: Inscripciones sobre un cuerpo”, Suplemento Literario de *La Nación* (Buenos Aires), 7 de julio de 1992, pp. 1-2.
- ROCCA, Pablo, “Los límites de la ficción histórica”, *El País Cultural* (Montevideo), 13 de septiembre de 1996, pp. 8-9. Reproducido en *Noticias* (Paraguay), 3 de noviembre de 1996.
- RODRÍGUEZ-ALCALÁ, Guido, “La poesía y la novela en el Paraguay en los últimos años (1960-1980)”, en *Literatura del Paraguay*, Palma de Mallorca, Luis Ripoll, 1980, pp. 167-185.
- _____, “Caballero, criatura de ficción”, *La Tarde*, 6 de diciembre de 1986.
- _____, “El chapulín exiliado”, *El Diario*, 4 de noviembre de 1987, pp. 4-5.
- _____, “Ecos de Maryland: trayectoria política de Roa Bastos”, suplemento *Cultura de Noticias* (Asunción), 15 de mayo de 1994, pp. 2-3.
- _____, “Arte proletario”, *Noticias* (Asunción), 23 de julio de 1995, p. 4.
- _____, “Diplomáticos y escritores”, *Abc Color* (Asunción), 20 de octubre de 1997, p. 12.
- RODRÍGUEZ-ALCALÁ, Hugo, “La narrativa paraguaya desde comienzos del siglo XX”, en *Augusto Roa Bastos. Premio Cervantes 1989*, Asunción, Intercontinental, 1990, pp. 81-106. También en *Narrativa hispanoamericana: Güiraldes-Carpentier-Roa Bastos-Rulfo (estudios sobre invención y sentido)*, Madrid, Gredos, 1973, pp. 37-81.
- _____, “Dos cuentos de Augusto Roa Bastos”, en *Narrativa hispanoamericana: Güiraldes-Carpentier-Roa Bastos-Rulfo (estudios sobre invención y sentido)*, Madrid, Gredos, 1973,

- pp. 173-211.
- _____, “El vanguardismo en el Paraguay”, *Revista Iberoamericana* (Pittsburgh), n° 118-119, 1982, pp. 241-255.
- _____, “Prólogo” a: CASACCIA, Gabriel, *La Babosa*, Madrid, ICI, 1984, pp. 9-42.
- _____, “La narrativa paraguaya desde 1960 a 1970”, en *La incógnita del Paraguay y otros ensayos*, Asunción, Arte Nuevo, 1987, pp. 48-75. También en *Augusto Roa Bastos. Premio Cervantes 1989*, Asunción, Ñandutí Vive - Intercontinental, 1990, pp. 107-130.
- _____, “Sobre la ficción humorística de Lincoln Silva”, en *La incógnita del Paraguay y otros ensayos*, Asunción, Arte Nuevo, 1987, p. 82-82.
- _____, “Sobre el estilo figurado de Mario Halley Mora”, en *Poetas y prosistas paraguayos*, Asunción, Mediterráneo - Don Bosco - Intercontinental, 1988, pp. 237-242.
- _____, “Sobre las ficciones experimentales de Neida de Mendonça”, en *Poetas y prosistas paraguayos*, Asunción, Mediterráneo - Don Bosco - Intercontinental, 1988, pp. 243-248.
- _____, “*Hijo de hombre* de Roa Bastos y la intrahistoria del Paraguay”, en *Augusto Roa Bastos. Premio Cervantes 1989*, Asunción, Ñandutí Vive - Intercontinental, 1990, pp. 45-58.
- ROHENA, Ricardo, “Notas sobre la verdad y el poder en *El fiscal* de Augusto Roa Bastos”, *Exégesis* (Puerto Rico), n° 26, 1996, pp. 70-72. Se puede encontrar en <http://cuhwww.upr.clu.edu/exegesis>
- ROSES, Lorraine, “La expresión dramática de la inconformidad social en cuatro dramaturgas hispanoamericanas”, *Plaza: Revista de Literatura* (Cambridge), n° 5-6, 1981-1982, pp. 97-114.
- RUBIO, Fanny, “A. R. B.: Una escritura abierta”, *Ínsula*, n° 521, 1990, pp. 11-12.
- SICARD, Alain, “Del incesto al parricidio: escritura y sexualidad en la obra de Augusto Roa Bastos”, Centre de Recherches Latino Américaines, Université de Poitiers, *Coloquio internacional: Escritura y sexualidad en la Literatura Hispanoamericana*, Madrid, Fundamentos, 1990, pp. 337-347.
- SUAREZ, Victorio V., “Entrevista a la escritora Dirma Pardo de Carugati”, *Noticias*, Suplemento *Cultura*, 7 de agosto de 1994, pp. 2-3.
- _____, “Alcándara a 12 años de su primera edición”, *Noticias*, Suplemento *Cultura*, 7 de agosto de 1994, p. 4.
- VALDÉS, Edgar, “Mancuello y la perdiz”, Suplemento Cultural de *Abc Color* (Asunción), 5 de enero de 1992, p. 1.
- _____, “Realidad histórica y ficción”, *Exégesis* (Puerto Rico), n° 26, 1996, pp. 22-24. Se puede encontrar en <http://cuhwww.upr.clu.edu/exegesis>
- _____, “En torno a *Contravida*, *Madama Sui* y la poesía de Roa Bastos”, *Exégesis* (Puerto Rico), n° 26, 1996, pp. 64-70. Se puede encontrar en <http://cuhwww.upr.clu.edu/exegesis>
- _____, “La cuentística de Renée Ferrer”, *El Correo Semanal*, 20 de diciembre de 1997, pp. 22-23.
- _____, “De la crónica a la poesía”, *El Correo Semanal*, 28 de febrero de 1998, pp. 22-23.
- VALDÉS, Sylvia, “La historia y su doble (Roa Bastos y Cándido López)”, *Cuadernos Hispanoamericanos*, n° 493-494, 1991, pp. 119-127.
- VILLAGRA MARSAL, Carlos, “Variaciones sobre narrativas en Paraguay”, *Hoy* (Asunción), 10 de septiembre de 1989, p. 15.
- _____, “Papeles de Última Altura. La única, obligada respuesta”, *Hoy* (Asunción), 22 y 29 de octubre y 5 de noviembre de 1989, p. 15.
- ZANABRIA COLMÁN, Héctor, “Sobre *Caballero rey*”, *Hoy*, 31 de enero de 1989, p. 12.
- ZUBIZARRETA, Carlos, “Lo cuantitativo en la novela paraguaya”, *Péndulo* (Asunción), n° 8, año 3, 1966, pp. 27-29.